

STEPHEN KING

LA TORRE OSCURA VII



LA TORRE OSCURA

LA TORRE OSCURA VII

LA TORRE OSCURA

por Stephen King

Ilustraciones por Michael Whelan

Traducción por ASKANIKODOMO

Todas las cosas buenas deben tener un final, Lector Constante, y ni siquiera Stephen King puede hacer una historia que continúe por siempre. La historia de la empecinada gesta de Rolando Deschain por alcanzar la Torre Oscura, teme el autor, ha tentado demasiado la paciencia de aquellos que la han seguido desde sus primeros capítulos. Pero atiendan a ella un poco más, si no les molesta, pues este volumen es el último, y a menudo las últimas partes son las mejores.

El ka-tet de Rolando permanece intacto, aunque dispersado en dónde y cuándo. Susannah-Mia ha sido llevada del Dixie Pig (en el verano de 1999) a una sala de partos—realmente una cámara de horrores— en Fedic de Thunderclap; Jake y el Padre Callahan, con Acho entre ellos, han entrado al restaurante entre las calles Lex y Sesenta y uno con las armas desenfundadas, sin saber casi nada de lo numerosos y peligrosos que son sus enemigos. Rolando y Eddie se encuentran con Jhon Cullum en Maine, en 1977, buscando el lugar en Turtleback Lane donde a menudo se han visto “aparecidos.” Quieren desesperadamente regresar con los otros, especialmente con Susannah, y sin embargo tienen que darse cuenta de que el mundo del que necesitan escapar es el único que importa.

Así abre el libro, como una puerta a los rincones más alejados de la imaginación de Stephen King. Has llegado hasta aquí. Llega un poco más lejos. Llega hasta el final. El sonido que escuchas puede ser la puerta detrás de ti que se cierra. Recibe la bienvenida a *La Torre Oscura*.

STEPHEN KING escribió la primera frase del ciclo de la Torre Oscura en 1970. Empezando con su primera novela, *Carrie*, el Sr. King ha escrito más de cuarenta bestsellers a nivel mundial, y en el año 2003 se hizo acreedor de la Medalla de la Fundación Nacional del Libro por Contribución Distinguida a las Letras Norteamericanas.

MICHAEL WHELAN ha creado por más de veinticinco años cientos de ilustraciones para libros, revistas, calendarios y producciones musicales. Ha ganado innumerables premios incluyendo la Medalla Spectrum de Oro y Lifetime Achievement. Ilustró la primera novela de la Torre Oscura, *El Pistolero*, publicada por Donald M. Grant en 1982.



*Aquel que habla sin un oído atento está mudo.
Por eso, Lector Constante, este libro final del Ciclo de la Torre Oscura
está dedicado a ti.
Largos días y noches placenteras.*

*¿No escuchan? ¡Y el ruido estaba en toda parte! tañía
Como si fuera una campana. Nombres en mis oídos
De todos los aventureros perdidos, mis pares–
Qué fuertes, y qué osados,
Y qué afortunados, y empero cada uno de los antiguos
¡Perdido, perdido! un momento tocó el féretro de la tristeza de los años.
Allí estaban, dispuestos en las colinas, reunidos
Para ver lo último de mí, un esqueleto viviente
¡Por una imagen más! En sábanas de fuego
Los vi y los conocía a todos. Y empero
Temerario me llevé el cuerno a los labios,
Y soplé. 'Childe Roland a la Torre Oscura llegó.'
–Robert Browning*

*Nací
de seis, pistola en mano,
tras una pistola
haré mi acto final.
–Mala Compañía
¿En qué me he convertido?
Mi querido amigo
Todo el que conozco
Se aleja al final
Podrías tenerlo todo
Mi imperio de suciedad
Te dejaré triste
Haré que te duela
– Trent Reznor*

CONTENIDOS

PARTE UNO: EL PEQUEÑO REY ROJO DAN-TETE

- I: CALLAHAN Y LOS VAMPIROS
- II: LEVANTADOS EN LA OLA
- III: EDDIE HACE UNA LLAMADA
- IV: DAN-TETE
- V: EN LA JUNGLA, LA PODEROSA JUNGLA
- VI: EN LA CALLE TURTLEBACK
- VII: REUNIÓN

PARTE DOS: CIELO AZUL DEVAR-TOI

- I: LA DEVAR-TETE
- II: EL OBSERVADOR
- III: EL ALAMBRE BRILLANTE
- IV: LA PUERTA A THUNDERCLAP
- V: STEEK-TETE
- VI: EL AMO DE CIELO AZUL
- VII: KA-SHUME
- VIII: NOTAS DESDE LA CASA DE PAN DE JENGIBRE
- IX: HUELLAS EN EL CAMINO
- X: LA ÚLTIMA PALABRA (EL SUEÑO DE SHEEMIE)
- XI: EL ATAQUE SOBRE ALGUL SIENTO
- XII: EL TET SE ROMPE

PARTE TRES: EN ESTA NIEBLA DE VERDE Y ORO VES'–KA GAN

- I: LA SRA. TASSENBAUM CONDUCE AL SUR
- II: VES'–KA GAN
- III: NUEVA YORK DE NUEVO (ROLANDO MUESTRA SU IDENTIFICACIÓN)
- IV: FEDIC (DOS PERSPECTIVAS)

PARTE_CUATRO:
***LAS TIERRAS BLANCAS DE EMPATHICA
DANDELO***

I: LA COSA BAJO EL CASTILLO
II: EN LA AVENIDA TIERRAS MALAS
III: EL CASTILLO DEL REY CARMESÍ
IV: PIELES
V: JOE COLLINS DE ODD'S LANE
VI: PATRICK DANVILLE

PARTE_CINCO:
EL CAMPO ESCARLATA DE CAN'KA-NO REY



I: EL GRANO Y LA PUERTA (ADIÓS, MI AMADA)
II: MORDRED
III: EL REY CARMESÍ Y LA TORRE OSCURA

EPÍLOGO
SUSANNAH EN NUEVA YORK

CODA: HALLADA



APÉNDICE
**ROBERT BROWNING «CHILDE ROLAND A LA TORRE
OSCURA LLEGÓ»**

NOTA DEL AUTOR

19

99

REPRODUCCIÓN
REVELACIÓN
REDENCIÓN
REASUNCIÓN

PARTE UNO:

EL PEQUEÑO REY ROJO

DAN-TETE

Capítulo I

Callahan y los Vampiros

UNO

El padre Don Callahan había sido una vez el sacerdote católico de un pueblo, Salem's Lot había sido su nombre, que ya no existía en ningún mapa. No le importaba mucho. Conceptos como *realidad* habían dejado de importarle.

Este otrora sacerdote ahora sostenía un objeto pagano en su mano, una tortuga grabada hecha de marfil. Había un corte en su pico y una marca con forma de signo de interrogación en su lomo, pero por lo demás era una cosa bella.

Bella y *poderosa*. Podía sentir el poder en su mano como voltios.

"Qué adorable es," le susurró al muchacho que iba con él. "¿Es la Tortuga Maturin? Lo es, ¿cierto?"

El muchacho era Jake Chambers, y él había dado una larga curva para retornar casi a su sitio de partida aquí en Manhattan. "No lo sé," dijo. "Ella la llama la *sköldpadda*, y puede ayudarnos, pero no puede matar a los tiradores que nos esperan allí." Moviò la cabeza hacia el Dixie Pig, preguntándose si se refería a Susannah o a Mia cuando usaba el pronombre femenino para todo propósito *ella*. Alguna vez habría dicho que no importaba porque las dos mujeres estaban estrechamente unidas. Ahora, sin embargo, pensó que importaba, o lo haría pronto.

"¿Y usted?" preguntó Jake al Padre, queriendo decir *Y usted resistirá. Y usted peleará. Y usted matará.*

"Vaya que sí," dijo Callahan con calma. Puso la tortuga de marfil con sus ojos sabios y lomo rayado en el bolsillo de su camisa con las vainillas extra para la pistola que llevaba, luego acarició una vez la cosa ingeniosamente hecha para asegurarse de que estaba segura. "Dispararé hasta que se acaben las balas, y si se me acaban antes de que me maten, los golpearé con la. . . culata."

La pausa fue tan ligera que Jake ni siquiera lo notó. Pero en esa pausa, lo Blanco le habló al Padre Callahan. Era una fuerza que conocía de tiempo atrás, incluso en su niñez, aunque había tenido unos cuantos años de mala fe por el camino, años en los que su comprensión de esa fuerza elemental primero se había vuelto difusa y luego se perdió completamente. Pero esos días se habían ido, lo Blanco era lo suyo de nuevo, y le dijo a Dios gracias.

Jake asentía, diciendo algo que Callahan apenas oyó. Y lo que Jake dijo no importaba. Lo que la otra voz dijo – la voz de algo

(*Gan*)

tal vez demasiado grande para ser llamado Dios – *sí importaba.*

El chico debe continuar, le dijo la voz. Pase lo que pase aquí, termine como termine, el chico debe continuar. Tu parte de la historia casi acabó. La de él no.

Pasaron caminando por una señal en una columna cromada (**CERRADO POR FUNCIÓN PRIVADA**), y trotando entre ellos el amigo especial de Jake, Acho, con la cabeza levantada y su hocico con su usual sonrisa dentada. Al subir los escalones, Jake alargó su brazo al interior del saco tejido que Susannah-Mio había traído de Calla Bryn Sturgis y asió dos de los platos Orizas. Los entrechocó, asintiendo ante el sonido sordo, y luego dijo: "Veamos la suya."

Callahan levantó la Ruger que Jake había traído de Nueva York, y ahora devuelto; la vida es una rueda y todos decimos gracias. Por un momento el Padre sostuvo el tambor de la Ruger junto a su mejilla derecha como un duelista. Luego tocó su bolsillo, que estaba repleto de vainillas, y con la tortuga. La *sköldpadda*.

Jake asintió con la cabeza. "Una vez dentro, nos quedamos juntos. Siempre juntos, con Acho en el medio. A la de tres. Y una vez empezamos, ya no paramos."

"Nunca parar."

"Cierto. ¿Está listo?"

"Sí. El amor de Dios sobre ti, muchacho."

"Y sobre usted, Padre. Uno... dos... tres." Jake abrió la puerta y avanzaron juntos a la luz difusa y el muy dulce olor de carne rostizada.

DOS

Jake avanzó a lo que estaba seguro sería su muerte recordando dos cosas que Rolando Deschain, su padre verdadero, había dicho. *Batallas que duran cinco minutos engendran leyendas que viven mil años. Y No necesitas morir feliz cuando llegue tu día, pero debes morir satisfecho, pues has vivido tu vida de principio a fin y el ka siempre es servido.*

Jake Chambers examinó el Dixie Pig con una mente satisfecha.

TRES

También con una claridad cristalina. Sus sentidos estaban tan alerta que podía oler no sólo la carne que se asaba sino el romero con que la habían sazonado; podía escuchar no sólo el ritmo calmado de su respiración sino el murmurar como olas de su sangre subiendo hacia el cerebro por un lado de su cuello y descendiendo hacia el corazón por el otro.

También recordó la frase de Roland de que incluso la batalla más corta, desde el primer disparo hasta el último cuerpo cayendo, le parecía larga a aquellos que participaban. El tiempo se hacía elástico; alargado hasta el punto de desvanecer. Jake había asentido como si entendiera, aunque no era así.

Ahora la entendía.

Su primer pensamiento fue que había demasiados de ellos – muchísimos. Calculó su número en cerca a cien, la mayoría ciertamente del tipo al que el Padre Callahan se había referido como "hombres bajos."¹ (Algunas eran mujeres bajas, pero Jake no dudaba de que el principio era el mismo.) Dispersos entre ellos, todos menos carnosos que la *gente* baja y algunos tan delgados como armas de esgrima, con complexiones cenizas y cuerpos rodeados por diáfanas auras azules, estaban lo que tenían que ser vampiros.

Acho se quedó a los talones de Jake, su pequeña cara como de zorro lucía severa. Chillaba en voz baja.

Ese olor de carne cocinándose errando por el aire no era cerdo.

CUATRO

¹ N. del T. En Corazones en la Atlántida, Low Men (Hombres bajos) es traducido como "Hampones."

Tres metros entre nosotros cada vez que tengamos tres metros para dar, Padre – así había dicho Jake fuera en la acera, e incluso mientras se acercaba a la plataforma de entrada, Callahan se desplazaba a la derecha de Jake, poniendo la distancia requerida entre ellos.

Jake también le había dicho que gritara tan duro como pudiera por todo el tiempo que fuera posible, y Callahan estaba abriendo su boca para empezar a hacer eso precisamente cuando la voz de lo Blanco habló una vez más desde dentro. Sólo una palabra, pero fue suficiente.

Sköldpadda, dijo.

Callahan aún sostenía la Ruger junto a su mejilla derecha. Ahora ponía la mano izquierda en el bolsillo de su camisa. Su conciencia de la escena frente a él no estaba hiper-alerta como la de su joven compañero, pero veía bastante: la *iluminación* eléctrica naranja-carmesí en las paredes, las velas en cada mesa inmersas en candelabros de vidrio de un naranja más brillante, como de noche de Halloween, las relucientes servilletas. A la izquierda del comedor había un decorado que mostraba caballeros y sus damas sentados en una larga mesa de banquete. Había una sensación aquí –Callahan no estaba seguro de qué la provocaba exactamente, los varios efectos y estímulos eran demasiado sutiles– de gente que se vuelve a acomodar después de un poco de excitación: un pequeño incendio de cocina, por decir algo, o un accidente de autos en la calle.

O una mujer teniendo un bebé, pensó Callahan al cerrar su mano alrededor de la Tortuga. *Siempre es buen tiempo para una pequeña pausa entre el aperitivo y el plato de entrada.*

“¡Vengan ahora ka-mais de Gilead!” gritó una ansiosa y nerviosa voz. No una voz humana, de eso estaba casi seguro Callahan. Era muy *zumbante* como para ser humana. Callahan vio lo que parecía ser alguna clase de monstruoso híbrido entre pájaro y ser humano de pie al final del cuarto. Llevaba vaqueros rectos y una camisa blanca, pero la cabeza que se alzaba desde esa camisa estaba pintada con plumas lisas de color amarillo oscuro. Sus ojos parecían gotas de alquitrán líquido.

“¡Atrápenlos!” gritó esta horriblemente ridícula cosa, y empujó a un lado una servilleta. Bajo ella estaba algún tipo de arma. Callahan supuso que era una pistola, pero parecía de aquellas que se ven en *Viaje a las Estrellas*. ¿Cómo las llamaban? ¿Desintegradores? ¿Aturdidores?

No importaba. Callahan tenía un arma mucho mejor, y quería asegurarse de que todos la vieran. Limpió la mesa más cerca de la decoración y el candelabro de vidrio con la vela, luego tomó el mantel como un mago haciendo un truco. Lo último que quería hacer era tropezar con un pedazo de lino en el momento crucial. Luego, con una ligereza que no habría creído una semana atrás, subió a una de las sillas y de allí a la mesa. Una vez allí, levantó la *sköldpadda* con los dedos como base del caparazón plano de la parte de abajo de la tortuga, dándoles a todos una buena exhibición.

Podría canturrear algo, pensó. *Tal vez “La luz de la luna se vuelve tú” o “Dejé mi corazón en San Francisco.”*

En ese momento llevaban dentro del Dixie Pig exactamente treinta y cuatro segundos.

CINCO

Los profesores de la secundaria que se enfrentan a un grupo numeroso de estudiantes en una sala de estudios o una reunión escolar les dirán que los adolescentes, aunque estén recién bañados y cepillados, apestan a las hormonas que sus cuerpos están tan ocupados fabricando. Cualquier grupo de personas bajo estrés emite un hedor similar, y Jake, con sus sentidos afinados al tono más exquisito, lo olía aquí. Cuando pasaron de la recepción (a su Papá le gustaba llamar Central del Chantaje a tales cubículos), el olor de los comensales del Dixie Pig había sido vago, el olor de gente que vuelve a la normalidad después de alguna suerte de pelea. Pero cuando la criatura-pájaro en la esquina alejada gritó, Jake había olido los patrones con más fuerza. Era un aroma metálico, lo suficientemente parecido a la sangre para incitar su temperamento y emociones. Sí, vio a Piolín quitar de un golpe la servilleta de su mesa; sí, vio el arma debajo; sí, entendió que Callahan, de pie sobre la mesa, era un blanco fácil. Eso era de mucha menor importancia para Jake que el arma en movimiento que era la boca de Piolín.

Jake estaba llevando hacia atrás su brazo derecho para lanzar el primero de sus diecinueve platos y amputar la cabeza en la que esa boca residía, cuando Callahan levantó la tortuga.

No va a funcionar, no aquí, pensó Jake, pero incluso antes de que la idea hubiera sido articulada del todo en su mente, entendió que *estaba* funcionando. Lo sabía por el olor de ellos. La agresividad se evaporó de éste. Y los pocos que habían empezado a levantarse de sus mesas –los ojos rojos en las frentes de la gente baja abiertos totalmente, las auras azules de los vampiros al parecer recogiendo e intensificándose– se sentaron de nuevo, y con fuerza, como si hubieran perdido de repente el control de sus músculos.

"Atrápenlos, esos son los que Sayre. . ." Entonces Piolín dejó de hablar. Su mano izquierda –si es que ese talón horrible podía ser llamado mano– tocó la culata de su pistola de alta tecnología y luego cayó. El brillo pareció abandonar sus ojos. *"Ellos son los que Sayre. . . S-S-Sayre. . ."* Otra pausa. Luego la cosa-pájaro dijo, *"Oh sai, ¿qué es la hermosa cosa que sostiene?"*

"Sabes lo que es," dijo Callahan. Jake se estaba moviendo y Callahan, recordando lo que el chico pistolero le había dicho afuera –*Asegúrese de que cada vez que yo mire a la derecha vea su cara*– se bajó de la mesa para moverse con él, aún sosteniendo en alto la tortuga. Casi podía saborear el silencio del cuarto, pero–

Pero había *otro* cuarto. Carcajadas fuertes y gritos de ebriedad rasposos –una fiesta por como sonaba, y cerca. A la izquierda. Desde atrás del decorado que mostraba a los caballeros con sus damas cenando. *Algo pasa allí atrás*, pensó Callahan, *y probablemente no es la Noche de Póquer de Elk*.

Escuchó a Acho respirar rápido y sin ruido a través de su sonrisa perpetua, un motor perfecto. Y algo más. Un duro ruido de cascabel con un cliqueo rápido y bajo por detrás. La combinación le destempló los dientes a Callahan e hizo que su piel sintiera frío. Algo se ocultaba bajo las mesas.

Acho vio primero a los insectos que avanzaban y se quedó congelado como un perro a la caza, una pata levantada y su hocico hacia adelante. Por un momento la única parte de él que se movió, fue la piel oscura y aterciopelada de su hocico, primero retrayéndose para revelar las agujas apretadas de sus dientes, luego relajándose para ocultarlos, y luego retrayéndose otra vez.

Los bichos se acercaron. Fueran lo que fueran, la Tortuga Maturin levantada en la mano del Padre no significaba nada para ellos. Un tipo gordo vestido con un esmoquin de solapas plegadas habló lentamente, casi preguntando, a la cosa-pájaro: *"No debían llegar más lejos que aquí, Meiman, ni irse. Se nos dijo. . ."*

Acho se movió hacia adelante, con un gruñido que escapaba entre sus dientes apretados. Definitivamente era un sonido muy poco como los de Acho, lo que le recordó a Callahan un globo de tira cómica: *¡Arrrrrr!*

"¡No!" gritó Jake, alarmado. *"¡No, Acho!"*

Ante el sonido del grito del chico, los gritos y risas desde atrás del decorado cesaron abruptamente, como si la gente allá atrás se hubiera dado cuenta de repente de que algo había cambiado en el cuarto frontal.

Acho no notó el grito de Jake. Aplastó tres de los bichos en una rápida sucesión, el crujido de sus caparazones rotos espantosamente claro en el nuevo silencio. No intentó comerlos sino que simplemente arrojó sus cadáveres al aire, cada uno del tamaño de un ratón, con un giro de su cuello y una sonriente relajación de sus mandíbulas.

Y los otros se retiraron bajo las mesas.

Fue hecho para esto, pensó Callahan. *Tal vez en algún momento en la larga historia eran así todos los brambos. Hechos para esto en la misma forma que algunas razas de terrier son hechas para–*

Un grito rasposo desde atrás del decorado interrumpió estos pensamientos: *"¡Humas!"* gritó una voz, y luego una segunda: *"¡Ka-humas!"*

Callahan tuvo un absurdo impulso de gritar *¡Gesundheit!*

Antes que pudiera gritar eso o cualquier otra cosa, la voz de Rolando llenó repentinamente su cabeza.

SEIS

"Jake, vete."

El muchacho se volteó hacia Padre Callahan, confundido. Caminaba con los brazos cruzados, listo para lanzar los Orizas al primer hombre o mujer baja que se moviera. Acho había vuelto a sus pies, aunque balanceaba incesantemente la cabeza de lado a lado y sus ojos estaban brillantes con la perspectiva de más presa.

"Vamos juntos," dijo Jake. "¡Están hipnotizados, Padre! ¡Y estamos cerca! La trajeron aquí. . . este cuarto. . . y luego por la cocina –"

Callahan no le prestó atención. Aún sosteniendo en alto la tortuga (como uno podría sostener una lámpara en una cueva profunda), se había vuelto hacia el tapete decorado. El silencio desde atrás de éste era mucho más terrible que los gritos y carcajadas febriles y como gárgaras. Era silencio como de un arma apuntada. Y el muchacho se había detenido.

"Vete mientras puedes," dijo Callahan, acopiando toda la calma que podía. "Alcázala si puedes. Esta es la orden de tu dinh. Esta es también la voluntad de lo Blanco."

"Pero no puede–"

"¡Vete, Jake!"

Los hombres y mujeres bajos del Dixie Pig, esclavizados o no por la *sköldpadda*, murmuraron incómodos ante el sonido de ese grito, y bien que podían hacerlo, pues no era la voz de Callahan la que salía de su boca.

"¡Tienes esta oportunidad y debes aprovecharla! ¡Encuéntrala! ¡Como dinh te lo ordeno!"

Los ojos de Jake se abrieron de par en par ante el sonido de la voz de Rolando surgiendo de la garganta de Callahan. Su boca se abrió. Miró a los lados, mareado.

En el segundo antes que el decorado a su izquierda se rasgara, Callahan vio su chiste negro, lo que el ojo descuidado seguramente pasaría por alto al principio: la carne que era el plato principal del banquete tenía forma humana; los caballeros y sus damas estaban comiendo carne humana y bebiendo sangre humana. Lo que el decorado mostraba era una comunión de caníbales.

Entonces los antiguos que habían estado en su propia cena rasgaron el obsceno decorado y salieron de golpe, chillando a través de los grandes colmillos que mantenían sus bocas deformes por siempre abiertas. Sus ojos eran tan negros como la ceguera, la piel de sus mejillas y frentes –incluso sus manos– con tumores de dientes salvajes. Como los vampiros del comedor, estaban rodeados por auras, pero estas eran de un violeta envenenado que era tan oscuro que casi era negro. Una clase de icor salía de las esquinas de sus ojos y bocas. Parloteaban y muchos reían: era como si no crearan los sonidos sino más bien los arrancaran del aire como algo que podía estar vivo.

Y Callahan los conocía. Desde luego que sí. ¿No había sido enviado aquí por uno de sus miembros? Aquí estaban los verdaderos vampiros, los Tipo Uno, guardados como un secreto y ahora liberados sobre los intrusos.

La tortuga que sostenía no los detuvo en lo más mínimo.

Callahan vio a Jake con expresión sorprendida, pálido, los ojos brillando de horror y moviéndose en sus cuencas, todo propósito olvidado al ver estos fenómenos.

Sin saber lo que iba a salir de su boca hasta que lo oyó, Callahan gritó: "*¡Matarán a Acho primero! ¡Lo matarán frente a ti y beberán su sangre!*"

Acho ladró ante el sonido de su nombre. Los ojos de Jake parecieron aclararse ante el sonido, pero Callahan no tenía tiempo para seguir más las fortunas del muchacho.

La tortuga no los detendrá, pero al menos mantiene atrás a los otros. Las balas no los detendrán, pero–

Con un sentido de *déjà vu* – y por qué no, había pasado por todo esto antes en la casa de un niño llamado Mark Petrie – Callahan escarbó en el frente abierto de su camisa y sacó la cruz que llevaba allí. Sonó contra la culata de la Ruger y luego colgó bajo ésta. La cruz estaba iluminada con un fulgor blanco azulado brillante. Las dos cosas antiguas que iban adelante habían estado a punto de agarrarlo y llevarlo hacia ellos. Ahora en cambio retrocedían, aullando de dolor. Callahan vio la superficie de su piel arder y empezar a derretirse. Ver esto lo llenó de una felicidad salvaje.

“¡Aléjense de mí!” gritó. “¡El poder de Dios se los ordena! ¡El poder de Cristo se los ordena! ¡El ka del Mundo Medio se los ordena! *¡El poder de lo Blanco se los ordena!*”

Uno de ellos se lanzó hacia adelante sin embargo, un esqueleto deforme en un antiguo traje de comida lleno de musgo. Alrededor de su cuello portaba algún tipo de premio antiguo, ¿la Cruz de Malta, tal vez? Alargó una de sus manos de uñas largas hacia el crucifijo que Callahan sostenía. La devolvió al último instante, y la garra del vampiro pasó un par de centímetros por encima. Callahan se abalanzó sin pensarlo y envió la punta de la cruz hacia el parche amarillo en la frente de la cosa. El crucifijo dorado entró como un cuchillo caliente en mantequilla. La cosa en el traje de cena oxidado dejó escapar un grito líquido de agonía dolorosa y se tambaleó hacia atrás. Callahan vio el agujero que su cruz había hecho. Luego una cosa gruesa, serosa y amarilla empezó a derramarse a través de los dedos del antiguo. Sus rodillas se doblaron y cayó al suelo entre dos mesas. Sus compañeros se alejaron de él, gritando con rabia. La cara de la cosa ya estaba destruyéndose hacia adentro bajo las manos retorcidas. Su aura vacilaba como una vela y luego no hubo más que un charco de carne amarillo descomponiéndose, derramándose como vómito desde las mangas de su chaqueta y las piernas de sus pantalones.

Callahan se adelantó hacia los otros. Su miedo se había evaporado. La sombra de vergüenza que había pendido sobre él desde que Barlow había tomado su cruz y la había roto también se había evaporado.

Libre por fin, pensó. Libre por fin, gran Dios Todopoderoso, estoy libre por fin. Luego: Creo que esto es redención. Y es bueno ¿no? Muy bueno, de hecho.

“¡Zzla a un lado” gritó uno de ellos, sus manos levantadas para proteger su rostro. “Asquerosa baratija del ios de las ovejas, zzla a un lado si te atreves!”

Asquerosa baratija del Dios de las ovejas, de hecho. Si es así, ¿por qué huyes?

Contra Barlow no se había atrevido a responder a este reto, y esto había sido su error. En el Dixie Pig, Callahan movió la cruz hacia la cosa que se había atrevido a hablar.

“No necesito apostar mi fe ante el reto de una cosa como tú, sai,” dijo, sus palabras resonando claramente en el cuarto. Había obligado a los viejos a retroceder casi al arco por el que habían salido. Grandes tumores negros habían aparecido en las manos y rostros de aquellos al frente, comiéndose el papel de su anciana piel como el ácido. “Y jamás arrojaría a un viejo amigo como este en cualquier caso. Pero, ¿hacerla a un lado? Sí, si gustas.” Y la puso de vuelta en su camisa.

Muchos de los vampiros se le abalanzaron de inmediato, sus bocas llenas de colmillos retorciéndose en lo que podrían haber sido sonrisas. Callahan levantó sus manos hacia ellos. Los dedos (y el tambor de la Ruger) brillaban, como si hubieran sido inmersos en fuego azul. Los ojos de la tortuga se habían llenado de luz de igual forma; su caparazón brillaba.

“¡Aléjense de mí!” gritó Callahan. “¡El poder de Dios y lo Blanco se los ordena!”

SIETE

Cuando el terrible chamán se dio vuelta para hacer frente a los Abuelos, Meiman de los taheen sintió el terrible y adorable brillo de la Tortuga flaquear un poco. Vio que el muchacho se había ido, y eso le llenó de angustia, pero al menos había entrado más en vez de escapar, así que todavía podría estar bien. Pero si el muchacho encontraba la puerta a Fedic y la usaba,

Meiman estaría en muy graves problemas. Pues Sayre respondía a Walter de la Penumbra², y Walter sólo respondía al Rey Carmesí en persona.

Olvídalo. Una cosa a la vez. Arregla primero el problema del chamán. Libera a los Abuelos sobre él. Luego ve por el muchacho, tal vez gritando que su amigo lo quería después de todo, eso podría funcionar–

Meiman (el Hombre Canario para Mia, Piolín para Jake) se arrastró, agarrando a Andrew –el gordo con el esmoquin de solapas plegadas– con una mano y la incluso más gorda esposa de Andrew con la otra. Hizo un gesto a las espaldas de Callahan.

Tirana sacudió la cabeza de manera vehemente. Meiman abrió su picó y le murmuró. Ella se alejó de él. Detta Walker ya había puesto sus dedos en la máscara que Tirana llevaba y colgaba en tiras sobre su quijada y cuello. En medio de su frente, una herida roja se abría y se cerraba como las agallas de un pez agonizante.

Meiman giró hacia Andrew, lo soltó lo suficiente para señalar hacia el chamán, luego se pasó el talón que le servía como mano por la garganta emplumada en un gesto sombríamente expresivo. Andrew asintió haciendo a un lado las manos regordetas de su esposa cuando intentaron retenerlo. La máscara de humanidad era lo suficientemente buena para mostrar al hombre bajo en su esmoquin lustroso visiblemente acumulando su valor. Luego saltó hacia adelante con un grito estrangulado agarrando a Callahan por el cuello no con las manos sino con sus gordos antebrazos. En el mismo momento su esposa se movió hacia adelante y golpeó la tortuga de marfil de la mano del Padre, gritando al hacerlo. La *sköldpadda* cayó al tapete rojo, rebotó bajo una de las mesas, y allí (como un cierto bote de papel que algunos de ustedes pueden recordar) sale de este cuento para siempre.

Los Abuelos aún estaban en su sitio, así como los vampiros Tipo Tres que cenaban en el comedor público, pero los hombres y mujeres bajos sintieron debilidad y se movieron, primero dudosos, luego con una confianza creciente. Rodearon a Callahan, hicieron una pausa, y luego cayeron todos sobre él.

“¡Déjenme ir en nombre de Dios!” gritó Callahan, pero desde luego no funcionó. A diferencia de los vampiros, las cosas con las heridas rojas en las frentes no respondían al nombre del Dios de Callahan. Todo lo que podía hacer era esperar que Jake no parara, o peor aún se devolviera; que él y Acho fueran como el viento hacia Susannah. Que la salvaran si podían. Que murieran con ella si no. Y que mataran a su bebé, si la oportunidad se daba. Que Dios le ayudara, pero había estado equivocado en eso. Deberían haber apagado la vida del bebé en la Calla, cuando tenían la oportunidad.

Algo mordió profundamente en su cuello. Los vampiros vendrían ahora, con cruz o sin ella. Caerían sobre él como los tiburones que eran una vez sintieran el olor de su sangre. *Dios ayúdame, dame fuerzas*, pensó Callahan, y sintió que era llenado de fuerza. Rodó a su izquierda cuando garras rasgaban dentro de su camisa, dejándola en trizas. Por un momento la mano derecha quedó libre, y aún tenía en ella la Ruger. La movió hacia el rostro trabajador, sudoroso y lleno de odio del gordo llamado Andrew y puso el cañón de la pistola (comprada para protección doméstica en el distante pasado por el más que un poco paranoico padre de Jake que era ejecutivo de televisión) contra la herida roja suave en el centro de la frente del hombre bajo.

“¡Noooooo, no te atrevas!” gritó Tirana y al estirarse hacia la pistola, el frente de su bata se rompió finalmente, dejando libres sus inmensos pechos. Estaban cubiertos de rudo pelo.

Callahan haló el gatillo. El reporte de la Ruger fue ensordecedor en el comedor. La cabeza de Andrew explotó como una calabaza llena de sangre, lavando a las criaturas que se acumulaban tras de él. Sonaron gritos de horror e incredulidad. Callahan tuvo tiempo de pensar, *No se suponía que fuera así, ¿cierto? Y: ¿Es suficiente para ponerme en el club? ¿Soy ya un pistolero?*

² N. del T. El nombre real de Walter, Walter o'Dim no es traducido en la versión al español de “Canción de Susannah.” Sin embargo, como se verá adelante, es preciso traducirlo. o'Dim traduce desde luego de Dim, una palabra muy frecuente en varios de los libros de King (e.g., El Talismán, Corazones en la Atlántida), para la cual no existe una traducción exacta al español. Dim significa *falto de luz, en penumbra, oscuro, y difícil de ver*. En otros libros de King, se habla de Walter como alguien que “se hace *dim*.” A falta de una mejor palabra, en lo subsecuente será traducido como Walter de la Penumbra.

Tal vez no. Pero allí estaba el hombre pájaro, frente a él entre dos mesas, con el pico abriéndose y cerrándose, y la garganta latiendo visiblemente por la excitación.

Sonriendo, levantándose sobre un codo mientras la sangre de su garganta rasgada caía sobre la alfombra, Callahan apuntó la Ruger de Jake.

"¡No!" gritó Meiman, levantando sus manos deformes al rostro en un gesto infructífero de protección. "¡No, no PUEDES!"

Puedo, pensó Callahan con alegría infantil, y disparó de nuevo. Meiman dio dos pasos tambaleantes hacia atrás, y luego un tercero. Golpeó la mesa y se derrumbó sobre ella. Tres plumas amarillas colgaron sobre él en el aire, zigzagueando perezosas.

Callahan escuchó aullidos salvajes, no de ira ni de miedo sino de hambre. El aroma de la sangre finalmente había penetrado en las narices expertas de los viejos, y nada los detendría ahora. *Así que si no quería ser uno de ellos-*

El Padre Callahan, una vez Padre Callahan de Salem's Lot, apuntó el cañón de la Ruger contra sí mismo. No perdió el tiempo buscando eternidad en la oscuridad del cañón sino que la puso contra el borde de su barbilla.

"¡Salve, Rolando!" dijo, y sabía

(la ola están levantados por la ola)

que le oían. "¡Salve, pistolero!"

Su dedo se tensó en el gatillo cuando los monstruos antiguos cayeron sobre él. Estaba sepultado en el hedor de su sangre y su aliento sin sangre, pero no amilanado por él. Nunca se había sentido tan fuerte. De todos los años de su vida había sido más feliz cuando era un simple vago, no un sacerdote sino sólo Callahan de los Caminos, y sintió que pronto sería liberado para asumir de nuevo esa vida y errar como quisiera, con sus deberes cumplidos, y eso estaba bien.

"¡Que encuentres tu Torre, Rolando, y la abras, y que subas a la cima!"

Los dientes de sus viejos enemigos, aquellos antiguos hermanos y hermanas de una cosa que se hacía llamar Kurt Barlow, se hundieron en él como agujones. Callahan no los sintió en absoluto. Sonreía al halar el gatillo y escapar de ellos para bien.

Capítulo II

Levantados en la Ola

UNO

De paso por el sucio camino campestre que les había llevado a la casa del escritor en la ciudad de Bridgton, Eddie y Rolando llegaron junto a un camión naranja con las palabras ENERGÍA DE MAINE CENTRAL MANTENIMIENTO pintadas en los lados. Cerca, un hombre con un casco amarillo y un chaleco reflector naranja cortaba ramas que amenazaban los cables eléctricos que colgaban bajo. ¿Y sintió algo Eddie en ese instante, una fuerza que se acumulaba? ¿Acaso un precursor de la ola que descendía por el Camino del Haz hacia ellos? Más tarde pensó que sí, pero no estaba seguro. Sabía Dios que ya estaba con un humor bastante raro, y ¿por qué no? ¿Cuántas personas llegaban a conocer a sus creadores? Bueno. . . Stephen King *no había* creado a Eddie Dean, un joven cuya Ciudad Co-Op quedaba en Brooklyn y no en el Bronx– no todavía, no en ese año de 1977, pero Eddie estaba seguro de que con el tiempo King lo haría. ¿Cómo más podía estar aquí?

Eddie se aparcó adelante del camión, salió, y le preguntó al hombre sudoroso con las tijeras en mano cómo podía llegar a la Calle Turtleback, en la ciudad de Lovell. El tipo de Electricidad de Maine Central le dio las señas con suficiente agrado, y luego añadió: “Si en verdad va a ir a Lovell hoy, va a tener que tomar la Ruta 93. Algunos lo llaman el Camino Lodoso.”

Levantó una mano hacia Eddie y sacudió la cabeza como un hombre evitando una discusión, aunque de hecho Eddie no había dicho una sola palabra desde que le hizo la pregunta original.

“Son otros once kilómetros, lo sé, y fastidiosos como alguna gente, pero pueden llegar a Stoneham Este hoy. Los policías lo tienen bloqueado. Osos estatales, campechanos locales, incluso el Departamento de Comisarios del Condado de Oxford.”

“Bromea,” dijo Eddie. Parecía una respuesta lo suficientemente segura.

El tipo de la electricidad movió la cabeza de manera sombría. “Parece que nadie sabe qué pasa exactamente, pero han habido disparos –armas automáticas, tal vez– y explosiones.” Le dio unos golpecitos al maltrecho y lleno de polvo radioteléfono que llevaba en el cinturón. “He escuchado incluso la palabra con t una o dos veces esta tarde. No es que me sorprenda.”

Eddie no tenía idea de qué era la palabra con t, pero sabía que Rolando quería que siguieran. Podía sentir en su cabeza la impaciencia del pistolero; casi podía ver el gesto impaciente de Rolando de dar vueltas con los dedos, el que significaba *Vámonos, vámonos*.

“Estoy hablando de terrorismo,” dijo el tipo de la electricidad, luego bajó la voz. “La gente no piensa que mierdas como ésa puedan pasar en Estados Unidos, hombre, pero le tengo noticias, es posible. Alguien va a volar la Estatua de la Libertad o el Empire State, eso es lo que creo –los de derecha, los de izquierda o los malditos árabes. Hay demasiados locos.”

Eddie, quien tenía una cierta familiaridad con diez años más de historia que este tipo, asintió. “Probablemente tenga razón. En cualquier caso, gracias por la información.”

“Sólo le quiero ahorrar tiempo.” Y, cuando Eddie abrió la puerta del lado del conductor del sedán Ford de John Cullum: “¿Ha estado en una pelea, señor? Se ve un poco golpeado. También está cojeando.”

Eddie había estado en una pelea, de acuerdo: había sido rozado en el brazo e impactado en la pantorrilla derecha. Ninguna herida era seria, y en la avalancha de eventos casi se le habían olvidado. Ahora le volvían a doler. ¿Por qué en nombre de Dios había rechazado la botella de tabletas de Percocet de Aaron Deepneau?

"Sí," dijo, "por eso es que voy para Lovell. Me mordió el perro de este hombre. Los dos vamos a tener que hablar de ello." Historia extraña, no tenía mucho de plan, pero no era escritor. Ese era el trabajo de King. En cualquier caso, fue lo bastante buena para hacerlo volver tras el volante del Ford Galaxie antes de que el tipo de la electricidad le pudiera hacer más preguntas, y Eddie pensó que eso hacía de ella un éxito. Se alejó conduciendo rápidamente.

"¿Te dieron las indicaciones?" preguntó Rolando.

"Sí."

"Bien. Todo se está disgregando al mismo tiempo, Eddie. Tenemos que llegar a Susannah tan rápido como podamos. Jake y el Padre Callahan, también. Y el bebé ya llega, sea lo que sea. Puede haber llegado ya."

A la derecha cuando vuelvan al Camino Kansas, le había dicho a Eddie el tipo de la electricidad (Kansas como en Dorothy, Toto, y Tía Em, todo disgregándose al mismo tiempo), y eso hizo. Esto los puso a rodar hacia el norte. El sol había caído tras los árboles a su izquierda, poniendo a la carretera de dos carriles enteramente en sombras. Eddie tenía una sensación casi palpable de tiempo que se le escurría entre los dedos como una prenda fabulosamente cara que era demasiado suave para agarrarla. Pisó el acelerador y la vieja Ford de Cullum, aunque jadeó, aceleró un poco. Eddie la llevó a noventa y la dejó allí. Habría sido posible ir más rápido, pero el Camino Kansas era torcido y con mal mantenimiento.

Rolando había tomado una hoja de cuaderno del bolsillo de su camisa, la desdobló y ahora la estudiaba (aunque Eddie dudaba si el pistolero podía leer realmente mucho del documento; las palabras escritas de este mundo siempre serían en su mayoría un misterio para él). En la parte superior del papel, sobre la letra un poco temblorosa pero perfectamente legible de Aaron Deepneau (y la importantísima firma de Calvin Torre), había un castor de caricaturas sonriendo y las palabras COSAS IMPORTANTES QUE HACER. Una frase tonta como no había otra.

No me gustan las preguntas tontas, no voy a jugar juegos tontos, pensó Eddie, y de repente sonrió. Era un punto de vista al que Rolando aún se aferraba, Eddie estaba muy seguro, a pesar del hecho de que, cuando iban en Blaine el Mono, sus vidas habían sido salvadas por unas cuantas preguntas tontas oportunas. Eddie abrió la boca para señalar que lo que podía ser bien el documento más importante en la historia del mundo – más importante que la Carta Magna o la Declaración de Independencia o la Teoría de la Relatividad de Albert Einstein – tenía como encabezado una frase estúpida, y si a Rolando le gustaban las manzanas. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, la ola golpeó.

DOS

Su pie resbaló del acelerador, y eso fue bueno. Si se hubiera quedado allí, tanto él como Rolando seguramente habrían resultado heridos, tal vez muertos. Cuando llegó la ola, tomando control del Ford Galaxie de John Cullum derrumbó toda la lista de prioridades de Eddie Dean. Era como ese momento cuando la montaña rusa ha alcanzado la cima de su primera montaña, duda un momento. . . se asoma. . . *se lanza*. . . y caes con un repentino golpe de aire caliente de verano en el rostro y una presión contra el pecho y el estómago flotando en algún lugar detrás de ti.

En ese momento, Eddie vio que todo en el auto de Cullum se había soltado y flotaba – ceniza de pipa, dos plumas y un clip del tablero, el dinh de Eddie y, notó, el ka-mai de su dinh, el bueno y viejo Eddie Dean. ¡No era una sorpresa que hubiera perdido el estómago! (No era consciente de que el carro mismo, que se había detenido junto al camino, también estaba flotando, moviéndose perezosamente hacia delante y hacia atrás diez o quince centímetros sobre el suelo como un bote pequeño en un mar invisible.)

Entonces el camino rodeado de árboles desapareció. Bridgton desapareció. El mundo desapareció. Había sonido de campanillas de exotransito, repulsivas y produciendo náusea,

haciéndole querer apretar los dientes en protesta. . . sólo que sus dientes desaparecieron, también.

TRES

Como Eddie, Rolando tuvo una clara sensación primero de ser *levantado* y luego de ser *suspendido*, como algo que había perdido sus lazos con la gravedad de la tierra. Escuchó las campanillas y se sintió elevado a través del muro de la existencia, pero entendió que esto no era exotransito real –al menos no del tipo que habían experimentado antes. Esto era muy probablemente lo que Vannay llamaba *aven kal*, palabras que significaban *levantado en el viento* o *llevado en la ola*. Sólo que la forma *kal*, en vez de la más usual *kas*, indicaba una fuerza natural de proporciones desastrosas: no un viento sino un huracán; no una ola sino un *maremoto*.

El mismísimo Haz quiere hablarte, Gabby, decía Vannay en su mente –Gabby, el viejo apodo sarcástico que Vannay había adoptado porque el chico de Steven Deschain era tan callado. Su cojeante y brillante tutor había dejado de usarlo (probablemente ante la insistencia de Cort) el año en que Rolando había cumplido once. *Harías bien en escucharlo si lo hace*.

Escucharé muy bien, replicó Rolando, y fue soltado. Hizo algunas arcadas, sin peso y con náusea.

Más campanillas. Luego, de repente, flotaba de nuevo, esta vez sobre un cuarto lleno de camas vacías. Una mirada fue suficiente para asegurarle que era aquí donde los Lobos llevaban a los niños que secuestraban de las Callas Limítrofes. Al fondo del cuarto–

Una mano tomó su brazo, una cosa que Rolando habría pensado era imposible en este estado. Miró a su izquierda y vio a Eddie a su lado, flotando desnudo. Los dos estaban desnudos, sus ropas habían quedado atrás en el mundo del escritor.

Rolando ya había visto aquello a lo que Eddie señalaba. Al fondo del cuarto, un par de camas habían sido juntadas. Una mujer blanca yacía en una de ellas. Sus piernas –las mismas que Susannah había usado en su visita de exotransito a Nueva York, Rolando no lo dudaba– estaban bien separadas. Una mujer con la cabeza de una rata –una de los taheen, estaba seguro– se doblaba entre ellas.

Junto a la mujer blanca había una de piel oscura cuyas piernas terminaban apenas por debajo de las rodillas. Flotando desnudos o no, con náuseas o no, exotransito o no, Rolando no había estado tan feliz de ver a alguien en toda su vida. Y Eddie sentía lo mismo. Rolando lo escuchó gritar de alegría en el centro de su cabeza y estiró una mano para acallar al joven. *Tenía* que acallarlo, pues Susannah los miraba, casi seguramente los había visto, y si ella les hablaba, necesitaba escuchar cada palabra que dijera. Porque aunque aquellas palabras no saldrían de su boca, muy probablemente sería el Haz el que hablara; la Voz del Oso o la de la Tortuga.

Las dos mujeres llevaban gorros metálicos sobre su cabello. Un pedazo de tubo de acero segmentado las conectaba.

Alguna clase de mezcladora de mentes Volcán, dijo Eddie, llenando de nuevo el centro de su cabeza y bloqueando todo lo demás. *O tal vez–*

¡Silencio! interrumpió Rolando. *¡Silencio, Eddie, por tu padre!*

Un hombre vestido con una bata blanca tomó un par de fórceps que se veían crueles de una bandeja e hizo a un lado a la enfermera taheen con cabeza de rata. Se inclinó, asomándose entre las piernas de Mia y sosteniendo los fórceps sobre su cabeza. De pie, cerca, con una camiseta con palabras del mundo de Eddie y Susannah, había un taheen con la cabeza de un feroz pájaro marrón.

Nos sentirá, pensó Rolando. *Si nos quedamos mucho tiempo, de seguro nos sentirá y gritará la alarma*.

Pero Susannah lo miraba, los ojos bajo el seguro del gorro se veían febriles. Brillantes de comprensión. *Viéndolos*, ahá, digo la verdad.

Habló una sola palabra, y en un momento de inexplicable pero perfectamente confiable intuición, Rolando entendió que la palabra no venía de Susannah sino de Mia. Y sin embargo también era la Voz del Haz, una fuerza tal vez lo bastante sensible para entender lo seriamente que estaba amenazada, y para querer protegerse a sí misma.

Chassit fue la palabra que Susannah dijo; la escuchó en su cabeza porque eran ka-tet y an-tet; también la vio formarse sin sonido en sus labios cuando ella alzó la mirada hacia el lugar en que flotaban, espectadores de algo que pasaba en otro lugar y tiempo en ese mismo momento.

El taheen con cabeza de halcón alzó la mirada, tal vez siguiendo la de Susannah, tal vez escuchando las campanillas con sus oídos agudos de manera sobrenatural. Y entonces el doctor bajó los fórceps y los arrojó debajo de la bata de Mia. Ella chilló. Susannah chilló con ella. Y como si el ser esencialmente con cuerpo de Rolando pudiera ser empujado por la fuerza de aquellos gritos combinados como hierba en el viento de octubre, el pistolero se sintió levantado violentamente, perdiendo contacto con este lugar al irse, pero aferrándose a esa palabra. Llevaba con ella un brillante recuerdo de su madre inclinándose sobre él mientras estaba acostado en su cama. En el cuarto de muchos colores, había ocurrido, la guardería, y desde luego entendía ahora que los colores que sólo había aceptado como un niño pequeño, aceptado como los niños que apenas han dejado los pañales aceptan todo; con asombro incuestionado, con el supuesto tácito de que *todo* es magia.

Las ventanas de la guardería eran de vidrio de colores que representaban los Haces del Arco Iris, desde luego. Recordó a su madre inclinarse sobre él, con el rostro lleno de esa hermosa luz variada, con la capucha de su manto atrás para que él pudiera trazarle la curva del cuello con el ojo de un niño

(Todo es magia)

y el alma de un amante; recordó pensar cómo la cortejaría y se la ganaría a su padre, si ella quería; cómo se casarían y tendrían sus propios hijos y vivirían por siempre en ese reino de cuento de hadas llamado el Todo Brilla; y cómo ella le cantaba, cómo Gabrielle Deschain le cantaba a su niñito de grandes ojos que la miraban solemnemente desde su almohada y su rostro ya marcado por los muchos colores de su vida errante, cantando una canción sin sentido que era así:

*Bebé—entre colores, bebé querido,
Bebé, trae tus moras aquí.
¡Chussit, chissit, chassit!
¡Trae suficiente para llenar tu canasta!*

Suficiente para llenar mi canasta, pensó mientras volaba, sin peso, a través de la oscuridad y el terrible sonido de las campanillas del exotransito. Las palabras no eran tanto sin sentido como números antiguos, le había dicho ella una vez cuando le preguntó. *Chussit, chissit, chassit: diecisiete, dieciocho, diecinueve.*

Chassit es diecinueve, pensó. Desde luego, *todo es diecinueve*. Entonces él y Eddie estuvieron otra vez a la luz, una luz febril naranja, y allí estaban Jake y Callahan. Incluso vio a Acho junto al talón izquierdo de Jake, con la piel erizada y el hocico retraído para mostrar sus dientes.

Chussit, chissit, chassit, pensó Rolando al mirar a su hijo, un muchacho tan pequeño y terriblemente rodeado por tantos en el comedor del Dixie Pig. *Chassit es diecinueve. Suficiente para llenar mi canasta. Pero ¿qué canasta? ¿Qué significa?*

CUATRO

Junto al Camino Kansas en Bridgton, el Ford de doce años de John Cullum (ciento setenta mil se leía en el contador de kilómetros y apenas estaba calentando, le gustaba decir a John

Cullum) zigzagueó perezosamente hacia delante y atrás sobre la tierra suave, las llantas delantera tocando el suelo y luego levantándose de manera que las llantas traseras pudieran besar brevemente el piso. En el interior, dos hombres que parecían no sólo inconscientes sino *transparentes* se movían con pereza con el movimiento del carro como cadáveres en un bote hundido. Y alrededor de ellos flotaba la basura que se acumula en cualquier carro viejo que ha sido muy usado: las cenizas y plumas y clips y el cacahuete más viejo del mundo y una moneda de cincuenta centavos de la silla trasera y agujas de pino de los tapetes e incluso uno de los tapetes. En la oscuridad de la guantera, los objetos sonaban tímidamente contra la puerta cerrada.

Alguien que pasara sin duda habría quedado paralizado al ver todas estas cosas –iy personas! ipersonas que *podrían estar muertas!*– flotando dentro del carro como en una cápsula espacial. Pero nadie venía. Aquellos que vivían a este lado del Gran Lago en su mayoría miraban a través del agua hacia el costado de Stoneham Este incluso aunque ya no había realmente nada que ver allí. Incluso el humo había desaparecido.

Lentamente el carro flotaba y en su interior, Rolando de Gilead se levantó despacio hacia el techo, donde su cuello presionó contra el borde y sus piernas dejaron la silla frontal para ir detrás de él. Al principio Eddie se quedó en su puesto pues el volante lo retuvo, pero luego algún movimiento lateral aleatorio del carro lo dejó libre y también subió, su rostro relajado y soñador. Una línea plateada de saliva escapó de la esquina de su boca y flotó, brillante y llena de minúsculas burbujas, junto a una mejilla manchada de sangre.

CINCO

Rolando sabía que Susannah lo había visto, había visto probablemente a Eddie también. Por eso había trabajado tanto para decir esa única palabra. Jake y Callahan, sin embargo, no los vieron. El muchacho y el Padre habían entrado al Dixie Pig, una acción que era o muy valiente o muy estúpida, y ahora toda su concentración estaba necesariamente enfocada en lo que habían encontrado allí.

Tontería o no, Rolando estaba muy orgulloso de Jake. Vio que el muchacho había establecido canda entre él y Callahan: esa distancia (nunca igual en dos situaciones cualesquiera) que asegura que un par de pistoleros superados en número no pueden ser asesinado con un sólo disparo. Los dos estaban listos para luchar. Callahan llevaba la pistola de Jake. . . y otra cosa, asimismo: alguna clase de grabado. Rolando estaba casi seguro de que era un can-tah, uno de los pequeños dioses. El muchacho tenía los Orizas y su bolso, recuperados de sólo los dioses sabían dónde.

El pistolero espió a una mujer gorda cuya humanidad terminaba en el cuello. Sobre su trío de flácidas barbillas, la máscara que había estado usando colgaba arruinada. Mirando la cabeza de rata tras ella, Rolando de repente entendió varias cosas. Algunas pudo haberlas entendido antes, si su atención –a diferencia de la del muchacho y el Padre en este mismo instante– no hubiera estado enfocada en otros asuntos.

Los hombres bajos de Callahan, por ejemplo. Bien podían ser taheen, criaturas ni del *Prim* ni del mundo natural sino cosas despreciables de un lugar entre los dos. Ciertamente no eran el tipo de cosas que Rolando llamaba mutantes lentos, pues aquellos habían surgido como resultado de las guerras mal aconsejadas y experimentos desastrosos de los antiguos. No, podrían ser genuinos taheen, a veces conocidos como la tercera gente o los can-toi, y sí, Rolando debió haberlo sabido. ¿Cuántos de los taheen ahora servían al ser conocido como el Rey Escarlata? ¿Algunos? ¿Muchos?

¿Todos?

Si la tercera respuesta era la correcta, Rolando creía que el camino a la Torre sería de verdad difícil. Pero mirar más allá del horizonte no estaba mucho en la naturaleza del pistolero, y en este caso su falta de imaginación seguramente era una bendición.

SEIS

Vio lo que necesitaba ver. Aunque los can-toi –la gente baja de Callahan– habían rodeado a Jake y a Callahan por todo lado (los dos ni siquiera habían visto al par detrás de ellos, los que habían estado vigilando las puertas que daban a la calle 61), el Padre los había congelado con el grabado, así como Jake había sido capaz de congelar y fascinar a la gente con la llave que había encontrado en el lote vacío. Un taheen amarillo con el cuerpo de un hombre y la cabeza de un pájaro tenía alguna clase de pistola cerca a su mano pero no hizo el menor esfuerzo de tomarla.

Pero aún había otro problema, un ojo de Rolando, entrenado para ver cada posible carnada y emboscada, se dio cuenta de inmediato. Vio la parodia blasfema de la Última Comunidad de Eld en la pared y entendió su significado completamente en los segundos antes de que fuera rasgado. Y el olor: no sólo carne sino carne humana. Esto también lo habría entendido antes, si hubiera tenido el tiempo de pensarlo. . . sólo la vida en Calla Bryn Sturgis le había dejado poco tiempo para pensar. En la Calla, como en un libro de historias, la vida había sido una maldita cosa tras otra.

Pero era claro ahora, ¿no? La gente baja sólo podían ser taheen: los ogros de un niño, si es más fácil. Aquellos tras el tapete decorado eran lo que Callahan llamaba los vampiros Tipo Uno y lo que Rolando mismo conocía como los Abuelos, tal vez los más horribles y poderosos sobrevivientes de la antiquísima recesión del Prim. Y si bien los taheen podrían contentarse con quedarse como estaban, mirando el sigil que Callahan sostenía, los Abuelos no desperdiciarían otra mirada.

Ahora surgieron insectos repiqueteantes de bajo de la mesa. Eran de una clase que Rolando había visto antes, y cualesquiera dudas que aún pudiera tener sobre lo que había detrás de ese decorado desaparecieron al verlos. Eran parásitos, chupasangres, seguidores de campamento: pulgas de Abuelo. Probablemente no peligrosos mientras hubiera un brambo presente, pero desde luego cuando espiabas a los pequeños doctores en tales números, los Abuelos nunca estaban muy lejos.

Cuando Acho cargó contra los insectos, Rolando de Gilead hizo la única cosa en que pudo pensar: nadó hacia Callahan.

Al interior de Callahan.

SIETE

Padre, estoy aquí.

Ah, Rolando. ¿Qué –

No hay tiempo. SÁQUELO DE AQUÍ. Debe hacerlo. ¡Sáquelo mientras queda tiempo!

OCHO

Y Callahan lo intentó. El muchacho, desde luego, no quería irse. Observándolo a través de los ojos del Padre, Rolando pensó con alguna amargura: *Debí haberlo enseñado mejor en la traición. Y no obstante todos los dioses saben que hice lo mejor que pude.*

“Vete mientras puedes,” dijo Callahan acopiando toda la calma que podía. “Alcánzala si puedes. Esta es la orden de tu dinh. Esta es también la voluntad de lo Blanco.”

Debió haberlo movido, pero no lo hizo, aún discutía –dioses, ¡era casi tan malo como Eddie!– y Rolando no podía esperar más tiempo.

Padre, déjeme.

Rolando tomó el control sin esperar una respuesta. Ya podía sentir la ola, el *aven kal*, empezando a amainar. Y los Abuelos llegarían en cualquier momento.

¡Vete, Jake!" gritó, usando la boca y cuerdas vocales del Padre como un altavoz. Si hubiera pensado en cómo uno podía hacer algo como esto, habría estado completamente perdido, pero pensar en las cosas tampoco había sido su forma, y estaba agradecido de ver abrirse los ojos del muchacho. *¡Tienes esta oportunidad y debes aprovecharla! ¡Encuéntrala! ¡Como dinh te lo ordeno!"*

Y entonces, como en el pasillo del hospital con Susannah, se sintió una vez más elevado como algo sin peso, soplado de la mente y cuerpo de Callahan como una telaraña o una semilla de diente de león. Por un momento luchó por volver, como un nadador intentando vencer una corriente fuerte lo suficiente para alcanzar la playa, pero era imposible.

¡Rolando! Esa era la voz de Eddie, y llena de angustia. *Jesús, Rolando, ¿qué son esas cosas, en nombre de Dios?*

El tapete decorado se había rasgado. Las criaturas que salían eran antiguas y dementes, sus rostros hechiceros llenos de dientes que se hacían salvajes, sus bocas abiertas por colmillos tan gruesos como las muñecas del pistolero, sus barbillas arrugadas y velludas lucían pegajosas con sangre y pedazos de carne.

Y todavía –dioses, oh dioses– ¡el chico no se iba!

¡Matarán a Acho primero!" gritó Callahan, sólo que Rolando no pensaba que *fuera* Callahan. Pensó que era Eddie, usando la voz de Callahan como Rolando lo había hecho. De alguna manera Eddie había encontrado corrientes más suaves o más fuerza. Suficiente para entrar después de que Rolando había sido expulsado. *¡Lo matarán frente a ti y beberán su sangre!"*

Finalmente fue suficiente. El muchacho se dio la vuelta y corrió con Acho a su lado. Atravesó directamente al frente del taheen waseau y entre dos de la gente baja, pero ninguno hizo el menor esfuerzo por atraparlo. Aún miraban a la Tortuga levantada en la palma de Callahan, hipnotizados.

Los abuelos no le prestaron atención en absoluto al chico que huía, como Rolando estaba seguro que pasaría. Sabía por la historia del Padre Callahan que uno de los Abuelos había llegado a la pequeña ciudad de 'Salem's Lot donde el Padre había predicado por un tiempo. El Padre había sobrevivido a la experiencia –nada común para aquellos que enfrentaban a tales monstruos tras perder sus armas y siguls de poder– pero la cosa había obligado a Callahan a beber su sangre antes de dejarlo ir. Esto lo había marcado para estos otros.

Callahan sostenía su cruz-sigul hacia ellos, pero antes de que Rolando pudiera ver algo más, fue expulsado de nuevo a la oscuridad. Las campanillas empezaron de nuevo, enloqueciéndolo con su terrible campanilleo. En algún lugar, levemente, pudo escuchar a Eddie gritando. Rolando se estiró hacia él en la oscuridad, rozó el brazo de Eddie, lo perdió, encontró su mano y la tomó. Giraron y giraron, aferrándose uno al otro, intentando no separarse, esperando no perderse en la oscuridad sin puertas entre los mundos.

Capítulo III

Eddie hace una Llamada

UNO

Eddie regresó al viejo auto de John Cullum en la misma forma en que a veces despertaba de pesadillas cuando era adolescente: enredado y sin aliento por el susto, totalmente desorientado, inseguro de quién era, por no hablar de dónde.

Tardó un segundo para darse cuenta de que, con todo y lo increíble que parecía, Rolando y él flotaban uno en brazos del otro como gemelos no nacidos en el útero, sólo que esto no era un útero. Una pluma y un clip se movían frente a sus ojos. Así como un estuche plástico amarillo que reconoció como un casete de ocho canciones. *No gastes tu tiempo, John*, pensó. *No hay una tendencia real en ello, es un artefacto sin futuro como no ha habido otro.*

Algo le molestaba en el cuello. ¿Era la luz del techo del viejo Galaxie de Cullum? Por Dios que pensaba que –

Entonces la gravedad se reafirmó y cayeron, en medio de una lluvia de objetos insignificantes. El tapete que había estado flotando por la cabina del Ford aterrizó sobre el volante. El tronco de Eddie golpeó el espaldar de la silla frontal y le sacó todo el aire en una ruda exhalación. Rolando aterrizó a su lado, y sobre su cadera mala. Emitió un sólo aullido y luego empezó a acomodarse en la silla delantera.

Eddie abrió la boca para hablar. Antes de que pudiera, la voz de Callahan llenó su cabeza: *¡Salve, Rolando! ¡Salve, pistolero!*

¿Cuánto esfuerzo psíquico le había costado al Padre decir eso desde ese otro mundo? Y tras él, leve pero *allí*, el sonido de gritos de triunfo. Aullidos que no eran palabras.

Los ojos abiertos y asombrados de Eddie se encontraron con aquellos azul deslucido de Rolando. Se estiró para tomar la mano izquierda del pistolero, pensando *Está muriendo. Dios Santo, creo que el Padre está muriendo.*

Que encuentres tu Torre, Rolando, y la abras –

“–y que subas a la cima,” dijo Eddie respirando.

Estaban de vuelta en el auto de John Cullum y aparcados– mal ubicados pero por lo demás tranquilamente– al costado del Camino Kansas en las horas sombrías del anochecer temprano de un día de verano, pero lo que Eddie veía era la luz infernal naranja de ese restaurante que no era en lo absoluto un restaurante sino una cueva de caníbales. La idea de que podían *existir* tales cosas, que la gente podía pasar por su escondite todos los días, sin saber lo que había dentro, sin sentir los ojos hambrientos que tal vez los señalaban y medían–

Entonces, antes que pudiera pensar más, gritó de dolor cuando dientes fantasmas se posaron en su cuello, mejillas y vientre; cuando su boca fue besada violentamente por ortigas y sus testículos fueron pinchados. Gritó, arañando el aire con la mano libre, hasta que Rolando la agarró y la calmó.

“Detente, Eddie. Detente. Se han ido.” Una pausa. La conexión se rompió y el dolor se desvaneció. Rolando tenía razón, desde luego. A diferencia del Padre, ellos habían escapado. Eddie vio que los ojos de Rolando brillaban con lágrimas. “También él se ha ido. El Padre.”

“¿Los vampiros? Tú sabes, ¿los caníbales? ¿Ellos. . .? ¿Ellos lo. . .?” Eddie no pudo terminar el pensamiento. La idea de que el Padre Callahan era uno de *ellos* era demasiado terrible para decirla en voz alta.

"No, Eddie. En lo absoluto. Él—" Rolando sacó la pistola que aún portaba. Los lados acerados brillaban en la luz vespertina. Se pasó el cañón por debajo de la barbilla por un momento, mirando a Eddie mientras lo hacía.

"Él se les escapó," dijo Eddie.

"Ahá, y qué enojados deben estar."

Eddie asintió, de repente exhausto. Y sus heridas le dolían de nuevo. No, *sollozaban*. "Bien," dijo. "Ahora pon esa cosa en su sitio antes que te dispare con ella." Y cuando Rolando lo hizo: "¿Qué fue lo que nos acabó de pasar? ¿Fue el exotransito o fue otro Hazemoto?"

"Creo que fue un poco de ambos," dijo Rolando. "Hay una cosa llamada *aven kal*, que es como una ola que corre por el Camino del Haz. Fuimos levantados en ella."

"Y nos dejaron ver lo que queríamos ver."

Rolando pensó en ello por un momento, luego sacudió la cabeza con gran firmeza. "Vimos lo que el *Haz* quería que viéramos. A donde quiere que vayamos."

"Rolando, ¿estudiabas estas cosas cuando eras niño? ¿Tu viejo amigo Vannay te daba clases de. . . no sé, La Anatomía de los Haces y las Curvas del Arco Iris?"

Rolando sonreía. "Sí, supongo nos enseñaban tales cosas en Historia y Summa Logicales."

"¿Logicka-qué?"

Rolando no respondió. Miraba por la ventana del auto de Cullum, aún intentando recuperar el aliento— el físico y el figurativo. Realmente no era tan difícil de hacer, no aquí; estar en esta parte de Bridgton era como estar en el vecindario de un cierto lote vacío en Manhattan. Porque había un generador cerca. No *sai King*, como Rolando había creído al principio, sino el *potencial* de *sai King* . . . de lo que *sai King* podría ser capaz de crear, siempre y cuando hubiera suficiente mundo y tiempo. ¿No era King llevado también en *aven kal*, tal vez generando la misma ola que le levantaba?

Un hombre no puede ser levantado por sus propias botas, sin importar lo duro que lo intente, había dicho Cort cuando Rolando, Cuthbert, Alain y Jamie apenas tenían un par de años. Cort hablando en el tono de autoconfianza alegre que se había endurecido gradualmente hasta convertirse en aspereza a medida que su último grupo de muchachos se hacían mayores acercándose a sus pruebas de hombría. Pero tal vez Cort había estado equivocado en relación a las botas. Tal vez, bajo ciertas circunstancias, un hombre *podía* ser levantado por ellas. O dar a luz al universo por su ombligo, como se decía que había hecho Gan. Como escritor de historias, ¿no era King un creador? Y en el fondo, ¿no se trataba la creación de hacer algo de la nada— ver el mundo en un grano de arena o que las propias botas lo levanten a uno?

Y ¿qué estaba haciendo, sentado allí y pensando ideas filosóficas mientras dos miembros de su tet estaban perdidos?

"Pon en marcha este carruaje," dijo Rolando, intentando ignorar el suave zumbido que podía escuchar — la Voz del Haz o la Voz de Gan el Creador, no lo sabía. "Tenemos que llegar a Turtleback Lane en esta ciudad de Lovell y ver si no podemos encontrar el camino a donde está Susannah."

Y no sólo por Susannah. Si Jake lograba eludir a los monstruos en el Dixie Pig, él también se dirigiría a donde ella yace. De esto no le cabía a Rolando la menor duda.

Eddie se estiró para tomar la palanca de cambios —a pesar de todos sus giros la vieja Galaxie de Cullum nunca se apagó— y entonces alejó la mano de ella. Se volteó y miró a Rolando con expresión desolada.

"¿Qué te detiene, Eddie? Lo que sea, dilo rápido. El bebé ya viene — puede ya haber nacido. ¡Pronto no la van a necesitar más!"

"Lo sé," dijo Eddie. "Pero no podemos ir a Lovell." Hizo una mueca como si lo que decía le causara dolor físico. Rolando pensó que probablemente así era. "Todavía no."

DOS

Se sentaron en silencio por un momento, escuchando el dulce zumbido del Haz, un zumbido que en ocasiones se tornaba en voces alegres. Se sentaron mirando a las sombras que crecían entre los árboles, donde un millón de rostros y un millón de historias asechaban, Oh puedes decir puerta no hallada, puedes decir perdida.

Eddie casi esperaba que Rolando le gritara –no sería la primera vez– o que acaso le diera un golpe en la cabeza, como el viejo maestro del pistolero, Cort, solía hacer cuando sus pupilos eran lentos o rebeldes. Eddie casi ansiaba que lo hiciera. Un buen disparo a la quijada podría aclararle la cabeza, por Shardik.

Sólo que pensar enredado no es el problema y lo sabes, pensó. Tu cabeza está más clara que la de él. De lo contrario podrías abandonar este mundo e ir tras tu esposa perdida.

Por fin habló Rolando. “¿Qué es entonces? ¿Esto?” Se dobló y recogió la hoja doblada con la caligrafía de Aaron Deepneau en ella. Rolando la miró por un momento, y luego la lanzó al regazo de Eddie con una mueca de disgusto.

“Sabes cuánto la amo,” dijo Eddie con una voz baja y calculada. “Eso lo sabes.”

Rolando asintió, pero sin mirarlo. Parecía contemplar sus propias botas maltrechas y polvorientas, y el piso sucio de su lado del carro. Aquellos ojos tristes, esa mirada que no se movería hacia él que casi había llegado a idolatrar a Rolando de Gilead, casi rompió el corazón de Eddie Dean. Aún así prosiguió. Si antes era posible equivocarse, eso había pasado. Este era el final del juego.

“Iría con ella en este mismo instante si pensara que es lo correcto. Rolando ¡ahora mismo! Pero tenemos que acabar nuestra tarea en este mundo. Porque este mundo es de un sólo sentido. Una vez que nos vayamos hoy, Julio 9 de 1977, nunca podremos volver otra vez. –”

“Eddie, ya hemos hecho todo.” Aún sin mirarlo.

“Sí, pero ¿lo entiendes? Sólo una bala que disparar, un Oriza para lanzar. ¡Por eso es que vinimos a Bridgton en primer lugar! Dios sabe que quería ir a Turtleback Lane tan pronto como John Cullum nos dijo de él, pero pensé que teníamos que ver al escritor, y hablar con él. Y tenía la razón, ¿no?” Casi rogaba en ese instante. “¿No?”

Rolando lo miró por fin, y Eddie se alegró. Ya era muy duro, muy *deplorable*, sin tener que soportar la mirada alejada y cansina de su dinh.

“Y tal vez no importe que nos quedemos un poco más. Si nos concentramos en esas dos mujeres que yacen en esas dos camas, Rolando–si nos concentramos en Suze y en Mia *como las vimos la última vez*–entonces es posible que cortemos en su historia en ese momento. ¿Cierto?”

Tras un largo momento de reflexión durante el que Eddie no fue consciente de respirar, el pistolero asintió. Tal cosa podría no pasar si en Turtleback Lane encontraban aquello en lo que el pistolero había llegado a pensar como una “puerta de los antiguos” porque tales puertas estaban *dedicadas*, y siempre salían al mismo lugar. Pero si llegaban a encontrar alguna puerta *mágica* en alguna parte de Turtleback Lane en Lovell, una que había quedado atrás cuando el *Prim* retrocedió, entonces sí, podría cortar en el lugar que querían. Pero tales puertas podían ser tramposas, asimismo; esto lo habían descubierto por sí mismos en la Cueva de las Voces, cuando la puerta había enviado a Jake y a Callahan a Nueva York en vez de enviar a Rolando y a Eddie, arrojando por tanto todos sus planes a la Tierra del Diecinueve.

“¿Qué más tenemos que hacer?” dijo Rolando. No había ira en su voz, pero a Eddie le sonó a la vez cansada e insegura.

“Sea lo que sea, va a ser difícil. Eso te lo aseguro.”

Eddie tomó la nota de venta y la miró tan sombríamente como cualquier Hamlet en la historia del teatro hubiera visto jamás la calavera del pobre Yorick. Luego volvió a mirar a Rolando. “Esto nos da la propiedad del lote vacío con la rosa en él. Necesitamos llevárselo a Moses Carver de Industrias Dentales Holmes. ¿Y dónde se encuentra? No lo sabemos.”

“No sólo eso, Eddie, ni siquiera sabemos si aún está vivo.”

Eddie emitió una carcajada. “¡Dices lo cierto, yo digo gracias! ¿Por qué no damos la vuelta, Rolando? Conduciré otra vez a la casa de Stephen King. Podemos pedirle que nos dé veinte o

treinta dólares –porque, hermano, no sé si lo notaste pero no tenemos un maldito centavo entre los dos– pero más importante, podemos hacer que nos escriba un detective privado con agallas, uno que se parezca a Bogart y patee traseros como Clint Eastwood. ¡Que *el tipo* rastree al tal Carver por nosotros!”

Sacudió la cabeza como para aclarársela. El zumbido de las voces sonaba dulcemente en sus oídos, el antídoto perfecto para las feas campanillas del exotransito.

“Es decir, mi esposa está en graves problemas en algún lugar de la línea, por lo que sé vampiros o insectos vampiros se la están comiendo viva, y yo estoy aquí sentado en un camino rural con un tipo cuya habilidad más básica es dispararle a las personas, intentando descifrar como voy a empezar una maldita *corporación*!”

“Cálmate,” dijo Rolando. Ahora que estaba resignado a quedarse un poco más en este mundo, parecía bastante tranquilo. “Dime qué es lo que sientes que necesitamos hacer antes que nos sacudamos de los talones el polvo de este dónde y cuándo.”

Eso hizo Eddie.

TRES

Rolando había escuchado bastante de esto antes, pero no había entendido a plenitud la difícil posición en la que se encontraban. Poseían un lote vacío en la Segunda Avenida, sí, pero su base de propiedad era un documento holográfico que se vería increíblemente tembloroso en una corte legal, especialmente si las fuerzas de la Corporación Sombra empezaban a lanzarles abogados.

Eddie quería dejar la transacción a Moses Carver, si él podía, junto con la información de que su ahijada, Odetta Holmes –extraviada por trece años para el verano de 1977– estaba viva y bien y quería por sobre todas las cosas que Carver asumiera la vigilancia, no sólo del lote vacío mismo, sino de una cierta rosa silvestre que crecía dentro de sus límites.

Moses Carver –si aún vivía– tenía que quedar suficientemente convencido de lo que oyera para mezclar la así llamada Corporación Tet con Industrias Holmes (o viceversa). ¡Más que eso! Tenía que dedicar lo que le quedara de vida (y Eddie tenía la idea de que Carver podía ser de la edad de Aaron Deepneau para entonces) en construir un gigante corporativo cuyo único propósito real fuera estorbar a otros dos gigantes corporativos, Sombra y North Central Positronics, en cada cosa. Estrangularlos si fuera posible, y evitar que se convirtieran en un monstruo que dejaría destrucción a su paso por toda la extensión agonizante del Mundo Medio y la misma Torre Oscura herida de muerte.

“Tal vez deberíamos haberle dejado el documento a sai Deepneau,” concluyó Rolando cuando escuchó a Eddie terminar. “Al menos él habría podido localizar al tal Carver y buscarlo y contarle nuestra historia por nosotros.”

“No, hicimos lo correcto quedándonos con él.” Ésta era una de las pocas cosas de las que Eddie estaba completamente segura. “Si hubiéramos dejado esta hoja con Aaron Deepneau, para ahora sería cenizas en el viento.”

“¿Crees que Torre se habría arrepentido del trato y le habría pedido a su amigo que lo destruyera?”

“Lo sé,” dijo Eddie. “Pero incluso si Deepneau pudiera soportar la cantaleta de su anciano amigo por horas y horas –‘Quémalo, Aaron, me obligaron y ahora intentan joderme, lo sabes tan bien como yo, quémalo y llamaremos a la policía para que los atrape’– ¿crees que Moses Carver creería una historia tan loca?”

Rolando sonrió parcamente. “No pienso que el que lo crea sea el punto, Eddie. Porque, piensa un momento, ¿cuánto de nuestra historia loca *escuchó* Aaron Deepneau realmente?”

“No lo suficiente,” estuvo de acuerdo Eddie. Cerró los ojos y presionó los dorsos de sus manos contra ellos. Difícil. “Sólo se me ocurre una persona que realmente podría convencer a Moses Carver para que haga las cosas que tendríamos que pedirle, y ella está ocupada en este

momento. En el año 99. Y para entonces, Carver estará tan muerto como Deepneau y tal vez Torre mismo."

"Bueno, ¿qué podemos hacer sin ella? ¿Qué te dejará satisfecho?"

Eddie pensaba que tal vez Susannah podría regresar a 1977 sin ellos, dado que *ella*, por lo menos, no había estado allí todavía. Bueno. . . había venido en el exotransito, pero no creía que eso contara exactamente. Supuso que ella podría ser puesta en 1977 por la simple razón de que era ka-tet con él y con Rolando. O por otras razones. Eddie no lo sabía. Leer las letras pequeñas nunca había sido su fuerte. Giró hacia Rolando para preguntarle qué pensaba, pero Rolando habló antes de que pudiera hacerlo.

"¿Qué tal nuestro dan-tete?" preguntó.

Aunque Eddie entendía el término –significaba bebé dios o pequeño salvador– al principio no entendió a qué se refería Rolando. Luego lo entendió. ¿No les había prestado su dan-tete de Waterford el mismísimo carro en que estaban sentados, digo gracias? "¿Cullum? ¿Es de él de quien hablas, Rolando? ¿El tipo con la caja de bolas de béisbol autografiadas?"

"Dices la verdad," respondió Rolando. Hablaba con ese tono seco que indicaba no diversión sino ligera exasperación. "No me abrumes con tu entusiasmo por la idea."

"Pero. . . ¡le dijiste que se largara! ¡Y él estuvo de acuerdo!"

"¿Y qué tan animado dirías que estaba por ir a visitar a su amigo en Vermong?"

"*Vermont*," dijo Eddie, incapaz de evitar una sonrisa. Sin embargo, sonriendo o no, lo que más sentía era angustia. Pensó que el sonido rasposo que escuchaba en su imaginación era la mano derecha sin dedos de Rolando, moviéndose en el fondo del cañón de su pistola.

Rolando subió los hombros como si dijera que no le importaba si Cullum había hablado de ir a Vermont o a la Baronía de Garlan. "Responde mi pregunta."

"Bueno . . ."

Cullum realmente no había expresado mucho entusiasmo por la idea. Desde el comienzo había reaccionado más como uno de ellos que como uno de los estúpidos entre los que vivía (Eddie reconocía a los estúpidos muy fácilmente, había sido uno hasta que Rolando lo secuestró y empezó sus lecciones homicidas). Claramente Cullum había quedado intrigado por los pistoleros, y curioso de sus asuntos en su pequeña ciudad. Pero Rolando había sido muy enfático sobre lo que quería, y siempre lograba que la gente siguiera sus órdenes.

Ahora hacía un movimiento con la mano derecha, su viejo gesto impaciente. *Apresúrate, por tu padre. Caga o salte del baño.*

"Supongo que realmente no *quería* ir," dijo Eddie. "Pero eso no significa que aún esté en su casa en Stoneham Este."

"Lo está, sin embargo. No *fue*."

Eddie logró mantener la boca cerrada con sólo un pequeño esfuerzo. "¿Cómo puedes saberlo? ¿Puedes tocarlo, es eso?"

Rolando sacudió la cabeza.

"¿Entonces cómo–"

"Ka."

"¿Ka? ¿Ka? ¿Qué demonios significa eso?"

El rostro de Rolando estaba ojeroso y cansado, la piel lucía pálida tras su bronceado. "¿A quién más conocemos de esta parte del mundo?"

"A nadie, pero–"

"Entonces él es." Rolando hablaba planamente, como si le dijera a un niño un hecho obvio de la vida: arriba queda sobre tu cabeza, abajo es donde los pies se pegan a la tierra.

Eddie se preparó para decirle que era estúpido, nada más que superstición extrema, pero se detuvo. Aparte de Deepneau, Torre, Stephen King, y el horrible Jack Andolini, John Cullum *era* la única persona que conocían en esta parte del mundo (o en este nivel de la Torre, si se prefiere pensarlo de esa forma). Y, después de las cosas que Eddie había visto en los últimos meses –demonios, en la última *semana*– ¿quién era él para burlarse de la superstición?

"De acuerdo," dijo Eddie. "Creo que mejor lo intentamos."

"¿Cómo nos ponemos en contacto?"

"Podemos llamarlo por teléfono desde Bridgton. Pero en una historia, Rolando, un personaje menor como John Cullum *nunca* se levantaría del sofá para salvar el día. No sería considerado realista."

"En la vida," dijo Rolando, "estoy seguro que pasa todo el tiempo."

Y Eddie rió. ¿Qué más podía hacerse? Era simplemente tan perfectamente *Rolando*.

CUATRO

CALLE BRIDGTON HIGH 1

LAGO HIGHLAND 2

HARRISON 3

WATERFORD 6

SWEDEN 9

LOVELL 18

FRYEBURG 24

Apenas habían pasado esta señal cuando Eddie dijo, "Busca un poco en la guantera, Rolando. Mira si ka o el Haz o lo que sea nos dejó un poco de cambio para pagar el teléfono."

"¿Guante-? ¿Te refieres a este panel de aquí?"

"Sí."

Rolando intentó primero dar vuelta al botón cromado al frente, luego dio con el programa y lo empujó. En el interior había un desorden que no había sido mejorado por el breve periodo sin peso del Galaxie. Habían recibos de tarjetas de crédito, un viejísimo tubo de lo que Eddie identificó como "pasta dental" (Rolando pudo descifrar las palabras **DENTAL HOLMES** sobre él claramente), una fotografía que mostraba una pequeña sonriendo –la sobrina de Cullum, tal vez– sobre un pony, un cartucho de lo que pensó primero que era explosivo (Eddie dijo que era una bengala de emergencia), una revista que parecía llamarse YANKME. . . y una cajetilla de cigarrillos. Rolando no pudo descifrar la palabra sobre ella, aunque pensó que podía ser *manadas*. Le mostró la cajetilla a Eddie, cuyos ojos se iluminaron.

"Dice MONEDAS," dijo. "Tal vez tengas razón sobre Cullum y el ka. Ábrela, Rolando, hazlo por favor."

El niño que había dado esta alcancía como regalo había grabado un cierre adorable (y más bien incómodo) en el frente para mantenerla cerrada. Rolando lo corrió, abrió la caja, y le mostró a Eddie varias monedas plateadas. "¿Es suficiente para llamar a la casa de sai Cullum?"

"Sí," dijo Eddie. "Parece bastante para llamar a Fairbanks, Alaska. Aunque no nos ayudará de mucho si Cullum va en camino a Vermont."

CINCO

La plaza de Bridgton limitaba con una droguería y una pizzería a un lado; un teatro donde exhibían películas (La Linterna Mágica) y una tienda (Reny's) al otro. Entre el teatro y la tienda había una pequeña plaza con sillas y tres teléfonos de monedas.

Eddie buscó entre la caja de monedas de Cullum y le dio a Rolando seis dólares en monedas de veinticinco centavos. "Quiero que vayas allí," dijo, señalando a la droguería, "y me compres aspirinas. ¿Las reconocerás cuando las veas?"

"Astinas. Lo sabré."

"La caja más pequeña que tengan es lo que quiero, porque seis dólares no son realmente mucho dinero. Luego ve al lado, al lugar que dice Pizza y Sandwiches Bridgton. Si todavía te

quedan al menos dieciséis de esas monedas, diles que quieres un sandwich de ensalada con carne."

Rolando asintió, lo que no fue suficiente para Eddie. "Déjame escucharte decirlo."

"Salada con carne."

"Ensalada."

"Saa-lada."

"En—" Eddie se rindió. "Rolando, di 'pobrecito.' "

"Pobre cito."

"Bien. Si te quedan por lo menos dieciséis monedas pide un pobrecito. ¿Puedes decir 'mucha mayonesa'?"

"Mucha mayonesa."

"Sí. Si te quedan menos de dieciséis, pide un sandwich de salami y queso. Sandwich."

"Sandich de salomi."

"Casi. Y no digas nada más a menos que sea absolutamente necesario."

Rolando asintió. Eddie tenía razón, sería mejor si no hablaba. Sólo tenían que echarle una mirada para saber, en lo secreto de sus corazones, que no era de por aquí. También tenían una tendencia a alejarse de él. Mejor que no empeorara eso.

El pistolero se puso una mano en la cadera izquierda al moverse hacia la calle, un viejo hábito que no le dio comodidad esta vez; los dos revólveres estaban en el baúl del Galaxie de Cullum, envueltos en sus cinturones con balas.

Antes de que empezara a andar de nuevo, Eddie lo tomó del hombro. El pistolero se dio vuelta, con las cejas levantadas, poniendo sus ojos desvaídos en su amigo.

"Tenemos un dicho en este mundo, Rolando – decimos que tal y tal estaba luchando contra la corriente."

"¿Y qué significa?"

"Esto," dijo Eddie sobriamente. "Lo que hacemos. Deséame buena suerte, hombre."

Rolando asintió. "Ahá, eso deseo. A los dos."

Empezó a darse la vuelta y Eddie lo llamó otra vez. Esta vez Rolando tenía una expresión de impaciencia leve.

"Que no te maten pasando la calle," dijo Eddie, y luego imitó brevemente la manera de hablar de Cullum "La gente 'e verano es peor que garrapata 'e perro. Y no van a caballo."

"Haz tu llamada, Eddie," dijo Rolando, y luego cruzó la calle principal de Bridgton con confianza lenta, caminando con el mismo andar que lo había llevado por otras mil calles en miles de pequeñas ciudades.

Eddie lo observó, luego se movió hacia el teléfono y consultó las instrucciones. Luego levantó la bocina y marcó el número de Ayuda Telefónica.

SEIS

No se fue, había dicho el pistolero, hablando de John Cullum con una certeza plana. Y ¿por qué? Porque Cullum era el final de la línea, no había nadie más a quien llamar. El maldito viejo ka de Rolando de Gilead, en otras palabras.

Tras una breve espera la operadora escupió el número de Cullum. Eddie intentó memorizarlo –siempre había sido bueno recordando números, Henry lo llamaba a veces Pequeño Einstein– pero esta vez no podía confiarse de su habilidad. Parecía que algo le había pasado a sus procesos de pensamiento en general (lo que no creía) o a su habilidad para recordar ciertos artefactos de este mundo (lo que casi creía). Cuando preguntó el número por segunda vez –y lo escribió en el polvo acumulado en la cabina telefónica– Eddie se encontró preguntándose si habría sido capaz de leer una novela, o seguir la trama de una película a

partir de la sucesión de imágenes en una pantalla. Lo dudaba. ¿Y qué importaba? La Linterna Mágica al lado mostraba *La Guerra de las Galaxias*, y Eddie pensó que si lograba llegar al final del camino de su vida y al claro sin volver a ver a Luke Skywalker o a escuchar la respiración ruidosa de Darth Vader, todavía estaría muy bien.

"Gracias, señora," le dijo al operador, y estaba a punto de marcar otra vez cuando escuchó una serie de explosiones detrás suyo. Eddie giró, con el corazón acelerado, y la mano bajando, esperando ver Lobos, o francotiradores, o tal vez el hijo de puta de Flagg-

Lo que vio fue un convertible lleno de estudiantes de expresión estúpido y riendo con las mejillas quemadas por el sol. Uno de ellos acaba de sacar una línea de cohetes que le había quedado del Cuatro de Julio -lo que los chicos de su edad en Calla Bryn Sturgis habrían llamado explosiones.

Si hubiera tenido una pistola en la cintura, pude haberle dado a un par de esos idiotas, pensó Eddie. Si quieres hablar como estúpido, empieza con eso. Sí. Bueno. Y tal vez podría no haberlo hecho. De cualquier forma, tenía que admitir la posibilidad de que ya no estaba exactamente seguro en los territorios más civilizados.

"Vive con ello," murmuró Eddie, y luego agregó el consejo favorito del gran sabio y eminente yonqui para los pequeños problemas de la vida. "*Afróntalo.*"

Marcó el número de John Cullum en el teléfono de discado pasado de moda, y cuando una voz robótica -la tatara, tatara, tatarabuela de Blaine el mono, tal vez- le pidió que depositara noventa centavos, Eddie puso un dólar. Qué demonios, estaba salvando el mundo.

El teléfono sonó una vez . . . sonó dos veces . . . y lo contestaron!

"¡John!" casi gritó Eddie. "¡Maldita sea! Jhon, soy-"

Pero la voz al otro lado de la línea ya estaba hablando. Como un niño de finales de los ochenta, Eddie sabía que no era bueno.

"-ha llamado a Jhon Cullum de Cuidado y Revisión de Campamentos Cullum," decía la voz de Cullum con su familiar acento yanqui. "Me llamaron de repente, no sabe, y no tengo ni idea de a que hora volveré. Si esto le causa inconveniente, pido peedón, pero puede llamar a Gary Crowell, al 926-5555, o a Junior Barker, al 929-4211. "

La inicial angustia de Eddie había desaparecido -dehaparecido, habría dicho el propio Cullum- en el momento en que la voz grabada del hombre le decía a Eddie que él, Cullum, no tenía idea de cuándo regresaría. Porque Cullum estaba allí mismo, en su cabañita de hobbit en la playa oeste del Estanque Keywadin, sentándose en su sofá de hobbit repleto de cosas o en una de sus igualmente sobrecargadas sillas de hobbit. Sentado y escuchando los mensajes en su contestadora de los setentas sin duda ruidosa. Y Eddie lo sabía porque . . . bueno . . .

Porque simplemente lo sabía.

La primitiva grabación no podía ocultar del todo el humor astuto que se había colado en la voz de Cullum para el final del mensaje. "Pohque, si aún le disguhta no hablarle a nadie sino a uhted mismo, me puede dejah un mensaje cuando escuche la señal. Que sea corto." La palabra final sonaba como *cohto*.

Eddie esperó la señal y dijo, "Soy Eddie Dean, John. Sé que estás allí, y creo que estabas esperando mi llamada. No me preguntes *porqué* pienso eso, porque realmente no lo sé, pero-"

Hubo un click sonoro en el oído de Eddie, y luego la voz de Cullum -su *viva* voz- dijo, "Hola, hijo, ¿estáh cuidando bien mi carro?"

Por un momento Eddie estuvo demasiado aturdido para responder, pues el acento de Cullum había hecho que la pregunta sonara muy diferente: *¿Estáh cuidando bien mi ka?*

"¿Muchacho?" preguntó Cullum, preocupado de repente. "¿Sigueh en la línea?"

"Sí," dijo Eddie, "y tú también. Pensé que te ibas para Vermont, John."

"Bueno, te diré una cosa. Este lugar nunca ha tenido un día tan movido probablemente desde que Zapatos de Stoneham Sur se quemó en 1923. Loh polis han cerrado todoh los caminos fuera de la ciudad."

Eddie estaba seguro de que dejaban a la gente por los caminos si mostraban la identificación apropiada, pero ignoraba si eso iba a favor de algo más. "¿Me quieres decir que no podrías encontrar un camino fuera de ese pueblo sin ver un solo policía, si tuvieras que imaginarlo?"

Hubo una pausa breve. En ella, Eddie se dio cuenta de que había alguien junto a su codo. No se volteó para ver quién era; era Rolando. ¿Quién más en este mundo olería –de manera sutil pero innegable– a otro mundo?

"Vaya, está bien," dijo por fin Cullum. "Tal vez conozco uno o dos caminos entre los bosqueh que llegan a Lovell. Ha sido un verano seco, y creo que mi camioneta podría quedar atrapada."

"¿Uno o dos?"

"Bueno, digamos tres o cuatro." Una pausa, que Eddie no rompió. Se estaba divirtiendo demasiado. "Cinco o seis," corrigió Cullum, y Eddie decidió tampoco responder a esto. "Ocho," dijo Cullum, y cuando Eddie rió, Cullum se le unió. "¿Qué tienes en mente, hijo?"

Eddie le echó un vistazo a Rolando que sostenía una cajita de aspirinas entre los dos dedos que le quedaban de la mano izquierda. Eddie la tomó agradecido. "Quiero que vengas a Lovell," le dijo a Cullum. "Parece que podríamos tener alguna palabra más, después de todo."

"Ahá, y parece que tengo que saberla," dijo Cullum, "aunque nunca estuvo en mi mente; me la pasé pensando en el camino a Montpelier, y siempre encontraba algo más que hacer y algo más aquí. Si me hubierah llamado hace cinco minutos, la línea habría ehtado ocupada – estaba hablando con Charlie Beemer. A la que mataron en el mercado fue a la hermanastra de su esposa, no sabes. Y luego pensé, 'Qué demonios, voy a darle una barrida a toda la casa antes de subir mis cosah en la camioneta e irme.' Nada de eso es lo que me decía, pero muy en el fondo pienso que ehtaba esperando tu llamada desde que regresé. ¿Dónde estarán? ¿Turtleback Lane?"

Eddie abrió la caja de aspirinas y observó hambriento la línea de tabletas. Una vez yonqui, siempre yonqui, pensó. Incluso con estas cosas. "Ahá," dijo, con su lengua sólo parcialmente en su mejilla; se había transformado en el imitador de dialectos regionales desde que conoció a Rolando en un avión Delta que descendía al Aeropuerto Kennedy. "Dijiste que esa calle estaba a no más que un par de kilómetros por la Ruta 7, ¿cierto?"

"Eso dije. Hay casas muy bonitah en Turtleback." Una breve pausa meditativa. "Y muchah de ellah en venta. Ha habido un montón de aparecidos en esa parte del mundo últimamente. Como pude haber mencionado también, tales cosas ponen nerviosa a la gente, y los ricos, por lo menos, pueden soportar económicamente irse de lo que les quita el sueño por las noches."

Eddie no podía esperar más; tomó tres aspirinas y las arrojó a su boca, disfrutando el sabor amargo cuando se disolvieron en su lengua. Con todo y lo malo que era el dolor actualmente, podría haber soportado el doble si pudiera oír de Susannah. Pero ella estaba callada. Tenía la idea de que la línea de comunicación entre ellos, azarosa en el mejor de los casos, había dejado de existir con el nacimiento del bebé maldito de Mia.

"Sería bueno que tengan sus pihtolas a mano si van a Turtleback en Lovell," dijo Cullum. "En cuanto a mí, creo que pondré mi rifle en la camioneta antes de zarpar."

"¿Por qué no?" acordó Eddie. "Buscarás tu carro por el camino ¿de acuerdo? Lo encontrarás."

"Ahá, esa vieja Galaxie eh difícil de pasar por alto," dijo Cullum. "Dime algo, hijo. Ya no voy a Vermont, ¿cierto? Tengo la sensación de que planean enviarme a otra parte, si estoy de acuerdo. ¿Te molehtaría decirme a dónde?"

Eddie pensó que Mark Twain podría decidir ponerle por nombre al siguiente capítulo de la vida sin duda colorida de John Cullum *Un Yanqui de Maine en la Corte del Rey Carmesí*, pero decidió no decirle eso. "¿Has estado alguna vez en Nueva York?"

"Rayos, sí. Unas veinticuatro horas, cuando estaba en el Ejército." La última palabra le sonó con un acento ridículamente plano. "Estuve en el Radio City Music Hall y en el edificio Empire State, eso lo recuerdo. Seguro fui a otros sitios turísticos porque perdí treinta dólares de mi billetera y unoh meses después me diagnosticaron un bonito caso de gonorrea."

"Esta vez vas a estar demasiado ocupado para que te prendan la gonorrea. Lleva tus tarjetas de crédito. Sé que tienes algunas, porque pude ver los recibos en tu guantera." Sintió una necesidad casi desquiciada de pronunciar la última palabra para que sonara *guaahteera*.

"Un poco dehordenada, ¿no?" preguntó Cullum, igualmente.

"Ahá, parece lo que quedó después que el perro mordiera los zapatos. Nos vemos en Lovell, John." Eddie colgó. Observó la bolsa que Rolando llevaba y levantó las cejas.

"Es un sandwich pobrecito," dijo Rolando. "Con mucha mayonesa, sea lo que sea. Preferiría una salsa que no se pareciera tanto al semen, pero que te guste."

Eddie lo miró. "Diablos, eso sí que es un aperitivo de verdad."

"¿Eso dices?"

Eddie tuvo que recordarse una vez más que Rolando casi no tenía sentido del humor. "Eso digo, eso digo. Vamos. Puedo comerme mi sandwich de semen y queso mientras conduzco. También necesitamos hablar sobre cómo vamos a manejar esto."

SIETE

La manera de manejarlo, estuvieron de acuerdo, era contarle a John Cullum tanto de su cuento como pensarán que su credulidad (y su cordura) pudiera resistir. Entonces, si todo salía bien, le confiarán la vital nota de venta y lo enviarán con Aaron Deepneau. Con órdenes estrictas para que se asegurara de hablar con Deepneau por aparte del no enteramente confiable Calvin Torre.

"Cullum y Deepneau pueden trabajar juntos para rastrear a Moses Carver," dijo Eddie, "y creo que le puedo dar a Cullum suficiente información sobre Suze –cosas privadas– para convencer a Carver de que todavía está viva. Después de eso, no obstante. . . bueno, mucho depende de lo convincentes que puedan ser esos dos. Y con lo ansiosos que están por trabajar para la Corporación Tet en sus años de ocaso, ¡pueden darnos una sorpresa! No me imagino a Cullum con traje y corbata, pero ¿viajar por todo el país y tenderle trampas a los negocios de Sombra?" lo consideró, con la cabeza gacha, luego asintió sonriendo. "Sí. Eso sí me lo puedo imaginar."

"El padrino de Susannah puede bien ser todo un viejo carcamal," observó Rolando. "Sólo que uno de un color diferente. Estos tipos a menudo hablan en su propio lenguaje cuando son an-tet. Y tal vez puedo darle a John Cullum algo que lo ayudará a convencer a Carver para que nos ayude."

"¿Un sigul?"

"Sí."

Eddie estaba intrigado. "¿De qué tipo?"

Pero antes de que Rolando le pudiera responder, vieron algo que hizo que Eddie pisara a fondo el freno. Estaban ahora en Lovell, en la Ruta 7. Delante de ellos, tambaleándose sin ritmo por el hombro, había un viejo con cabello canoso desordenado y abundante. Vestía un horrible trajo que de ninguna manera podía llamarse túnica. Sus brazos y piernas esqueléticos estaban llenos de rasguños. Había heridas irritadas en ellos, asimismo, de un rojo incandescente. Sus pies estaban descalzos e iban equipados con unas feas y aparentemente peligrosas garras amarillentas en vez de dedos. Bajo un brazo llevaba un objeto de madera astillado que podría haber sido una lira rota. Eddie pensó que nadie podía verse más fuera de sitio en este camino, donde los únicos peatones que habían visto hasta ahora eran personas de expresión seria que hacían ejercicio, obviamente "lejos," y al parecer juntos con sus pantalones cortos de nylon para trotar, gorras de béisbol y camisetas (la de uno que trotaba llevaba la frase **NO LE DISPARE A LOS TURISTAS**).

La cosa que había estado cruzando por la Ruta 7 se volteó hacia ellos, y Eddie soltó un involuntario grito de horror. Sus ojos sangraban a la vez por encima del puente de su nariz, recordándole un huevo con doble yema en una paila. Un colmillo dependía de una de sus fosas nasales como un moco de hueso. Sin embargo, lo peor era el brillo verdoso que salía del rostro de la criatura. Era como si le hubieran pintado la piel con engrudo delgado fosforescente.

La cosa los vio y de inmediato se lanzó a los bosques, soltando su lira astillada.

"¡Por Dios!" gritó Eddie. Si eso era un aparecido, esperaba no volver a ver otro.

"¡Detente, Eddie!" gritó Rolando, y luego movió la mano contra el tablero del viejo Ford de Cullum que se detenía cerca a donde la cosa se había desvanecido.

"Abre la puerta de atrás," dijo Rolando mientras abría la puerta. "Ve por mi pistola."

"Rolando, estamos de afán, y faltan cinco kilómetros para Turtleback Lane. Realmente creo que deberíamos–"

"*¡Cierra tu boca de tonto y ve por ella!*" gruñó Rolando, luego corrió al borde de los árboles. Tomó aire profundamente, y cuando le gritó a la criatura, su voz hizo que a Eddie se le pusiera la carne de gallina en los brazos. Había escuchado a Rolando hablar así una o dos veces antes, pero entre ellas era fácil olvidar que la sangre de un Rey le corría en las venas.

Pronunció varias frases que Eddie no pudo entender, y luego entendió una: "¡Entonces adelántate, tú Hijo de Roderick, tú despreciado, tú perdido, y haz tu venia ante mí, Rolando, hijo Steven, de la línea de Eld!"

Por un momento no pasó nada, Eddie abrió el baúl del Ford y sacó la pistola. Rolando la tomó sin mirar siquiera a Eddie, por no hablar de darle las gracias.

Tal vez treinta segundos pasaron. Eddie abrió la boca para hablar. Antes de que pudiera, el follaje del sucio camino empezó a temblar. Un instante después la cosa despreciable reapareció. Se tambaleó con la cabeza agachada. Frente a su túnica había una larga mancha mojada. Eddie podía oler el hedor de la orina de algo enfermo, salvaje y fuerte.

Con todo, puso una rodilla en tierra y levantó una mano deforme hacia su frente, un gesto maldito de fidelidad que le dio a Eddie ganas de llorar. "¡Salve, Rolando de Gilead, Rolando de Eld! ¿Me mostrarás algún sigil, querido?"

En una ciudad llamada River Crossing, una anciana que se hacía llamar Tía Talitha le había dado a Rolando una cruz plateada en una fina cadena de plata. La había llevado desde entonces en su cuello. Ahora buscó entre su camisa y la mostró a la criatura arrodillada –un mutante lento que moría por la enfermedad de la radiación, estaba bastante seguro Eddie– y la cosa dio un graznido de asombro.

"¿Tendrás paz al final de tu viaje, tú Hijo de Roderick? ¿Tendrás la paz del claro?"

"Ahá, mi querido," dijo, gimiendo, luego agregó mucho más en una lengua incoherente que Eddie no pudo entender. Eddie miró a los dos lados de la Ruta 7, esperando ver tráfico –era el comienzo de la temporada de verano, después de todo– pero no vio nada en ninguna dirección. Por el momento, al menos, aún tenían suerte.

"¿Cuántos de ustedes hay en estas partes?" preguntó Rolando, interrumpiendo al aparecido. Mientras hablaba sacó su revólver y levantó ese viejo motor de muerte hasta que lo puso contra su camisa.

El Hijo de Roderick levantó la mano hacia el horizonte sin alzar la mirada. "Delah, pistolero," dijo, "pues aquí los mundos son delgados, digo *anro con fa; sey-sey desene fanno billet cobair can. Yo Chevin devar dan do*. Porque me sentí trizte por elloz. *Can-toi, can-tah, can Discordia, aven la cam mah can. ¿May-mi? Iffin lah vainen, eth–*"

"¿Cuántos *dan devar*?"

La cosa pensó sobre la pregunta de Rolando, luego separó sus dedos (*eran* diez, notó Eddie) cinco veces. Cincuenta. Aunque cincuenta qué Eddie no lo sabía.

"¿Y Discordia?" preguntó Rolando con rudeza. "¿Eso dices en verdad?"

"Oh sí, así dice mí, Chevin de Chayven, hijo de Hamil, bardo de los Llanos del Sur que una vez fueron mi hogar."

"Di el nombre de la ciudad que se encuentra cerca al Castillo Discordia y te liberaré."

"Ah, pistolero, todos allí están muertos."

"Creo que no. Dilo."

"¡Fedic!" gritó Chevin de Chayven, un músico errante que nunca pudo sospechar que su vida terminaría en un lugar tan lejano y extraño –no los Llanos del Mundo Medio sino las montañas occidentales de Maine. De repente levantó su horrible cara resplandeciente hacia Rolando. Separó los brazos a lado y lado como algo que ha sido crucificado. "*¡Fedic al costado lejano de Thunderclap³, en el Camino del Haz! En V Shardik, V Maturin, el Camino a la Torre O–*"

El revólver de Rolando habló una sola vez. La bala tomó a la cosa arrodillada en el centro de su frente, completando la ruina de su cara arruinada. Cuando volaba hacia atrás, Eddie vio que

³ N. del T. En "Lobos de Calla" se traduce como Tronido.

su carne se tornaba en humo verdoso tan transparente como el ala de un avispon. Por un momento Eddie pudo ver los dientes de Chevin de Chayven flotando como un anillo fantasmal de coral, y luego desaparecieron.

Rolando puso el revólver en su funda, luego estiró los dos dedos que le quedaban en la mano derecha y los movió hacia abajo frente a su rostro, un gesto de bendición como Eddie no había visto otro.

"Te doy paz," dijo Rolando. Luego se soltó el cinturón y empezó a poner en él el arma una vez más.

"Rolando, ¿eso era. . . era un mutante lento?"

"Aha, supuse que eso dirías, pobre cosa vieja. Pero los Rodericks son de tierras más allá de las que jamás llegué a conocer, aunque antes que el mundo se moviera le daban su gracia a Arturo Eld." Se giró hacia Eddie, con los ojos azules ardiendo en su rostro cansado. "Fedic es a donde Mia fue para tener su bebé, no me cabe duda. A donde llevó a Susannah. El último castillo. Debemos regresar a Thunderclap eventualmente, pero Fedic es a donde debemos ir primero. Es bueno saberlo."

"Dijo que estaba triste por alguien. ¿Quién?"

Rolando sólo movió la cabeza, sin responder la pregunta de Eddie. Un camión de Coca Cola pasó, y el trueno sonó en el lejano oeste.

"Fedic de la Discordia," murmuró en cambio el pistolero. "Fedic de la Muerte Roja. Si podemos salvar a Susannah –y a Jake– volveremos a las Callas. Pero volveremos cuando acabemos nuestros asuntos aquí. Y cuando volvamos de nuevo al sudeste. . ."

"¿Qué?" preguntó incómodo Eddie. "¿Qué pasará entonces, Rolando?"

"Entonces no habrán más paradas hasta que lleguemos a la Torre." Estiró sus manos, las miró temblar levemente. Luego alzó la mirada hacia Eddie. Su rostro estaba cansado pero sin miedo. "Nunca he estado tan cerca. Escucho a todos mis amigos perdidos y sus padres perdidos susurrándome. Susurran en el mismo aliento de la Torre."

Eddie lo observó por un minuto, fascinado y asustado, y luego rompió el ambiente con un esfuerzo casi físico. "Bueno," dijo, moviéndose hacia la puerta del conductor del Ford, "si alguna de esas voces te dice qué decirle a Cullum –la mejor manera de convencerlo de lo que queremos– asegúrate de dejármelo saber."

Eddie se subió al auto y cerró la puerta antes que Rolando pudiera responder. En el ojo de su mente seguía viendo a Rolando levantando su gran revólver. Lo vio apuntarlo a la figura arrodillada y halando el gatillo. Este era el hombre que llamaba dinh y amigo. ¿Pero podía decir con alguna certeza que Rolando no le haría a él lo mismo. . . o a Suze . . . o a Jake . . . si su corazón le decía que ello le llevaría más cerca de su Torre? No podía. Y aún así continuaría con él. Habría continuado incluso si hubiera estado seguro en su corazón –¡Que Dios me perdone!– de que Susannah estaba muerta. Porque tenía que hacerlo. Porque Rolando se había convertido para él en mucho más que su dinh o su amigo.

"Mi padre," murmuró Eddie en voz baja apenas antes de que Rolando abriera la puerta del pasajero y se subiera.

"¿Dijiste algo, Eddie?" preguntó Rolando.

"Sí," dijo Eddie. "'Sólo un poco más.' Esas fueron mis palabras."

Rolando asintió. Eddie puso el auto en reversa y puso el Ford en camino a Turtleback Lane. Aún en la distancia –pero un poco más cerca que antes– el trueno retumbó de nuevo.

Capítulo IV

Dan-Tete

UNO

A medida que se acercaba el tiempo del bebé, Susannah Dean alzó la mirada, contando una vez más sus enemigos como Rolando le había enseñado. *Nunca debes desenfundar*, había dicho, *hasta que sepas cuántos están contra ti, o estés satisfecha con que nunca podrás saberlo, o hayas decidido que es tu día de morir*. Susannah deseaba no tener que pelear también contra el terrible casco, que invadía sus pensamientos, que tenía en la cabeza, pero fuera lo que fuera, no parecía estar preocupado por el esfuerzo de Susannah de contar a los presentes a la llegada del chico⁴ de Mia. Y eso era bueno.

Estaba Sayre, el hombre a cargo. El hombre bajo, con uno de esos puntos rojos latiendo en el centro de su frente. Estaba Scowther, el doctor entre las piernas de Mia, preparándose para el parto. Sayre había levantado al doctor cuando Scowther había mostrado demasiado arrogancia, pero probablemente no lo suficiente como para interferir con su eficiencia. Habían otros cinco hombres bajos además de Sayre, pero sólo recordaba dos nombres. El de las mandíbulas de bulldog y la pesada barriga bamboleándose era Haber. Junto a Haber había una cosa pájaro con la cabeza llena de plumas café y los ojos viciosos de un halcón. El nombre de esta criatura parecía ser Jey o posiblemente Gee. Eso daba siete, todos armados con lo que parecían pistolas automáticas en fundas. La de Scowther colgaba de manera descuidada de entre su bata blanca cada vez que se agachaba. Susannah ya la había marcado como la suya.

Habían también tres cosas pálidas con forma humana vigilantes junto a Mia. Éstas, rodeadas por auras azul oscuro, eran vampiros, Susannah estaba muy segura de ello. Probablemente de los que Callahan había llamado Tipo Tres. (El Padre se había referido a ellos una vez como tiburones piloto.) Eso daba diez. Dos de los vampiros llevaban bahs, el tercero alguna clase de espada eléctrica que ahora había sido usada nada más que como una fuente de luz. Si lograba tomar la pistola de Scowther (*cuando la tomes, dulzura, corrigió –había leído *El Poder del Pensamiento Positivo* y todavía creía cada palabra que había escrito el reverendo Peale*), la movería primero al hombre con la espada eléctrica. Sabía Dios cuánto daño podría causar esa arma, pero Susannah no quería averiguarlo.

También estaba presente una enfermera con la cabeza de una gran rata café. El ojo rojo latiendo en el centro de su frente hizo que Susannah creyera que la mayoría de la demás *gente* baja llevaba máscaras humanas, probablemente así no arruinarían el juego mientras caminaran por Nueva York. Puede que no todos parecieran ratas por debajo, pero estaba muy segura de que ninguno se parecía a Robert Goulet. La enfermera cabeza de rata era la única presente que no llevaba ninguna arma por lo que Susannah podía ver.

⁴ N. del T. La palabra original usada por Mia para referirse a su bebé es “chap.” La versión en español de “Lobos de Calla” la traduce como “chaval,” y la versión en español de “Canción de Susannah” por Natascha Kozak (¿?) la traduce como “chico.” Sin embargo, “chap” puede referirse tanto a un niño como a un hombre, y en general traduce “tipo.” En lo sucesivo, será traducida como chico, para que se mantenga la continuidad con la traducción anterior.

Once en total. Once en esta vasta y casi desierta enfermería que no se encontraba, estaba muy segura, bajo el área de Manhattan. Y si ella iba a provocar su ruina, tendría que ser mientras estuvieran ocupados con el bebé de Mia –su precioso *chico*.

“¡Ya viene, doctor!” gritó la enfermera en pleno éxtasis nervioso.

Ya venía. El conteo de Susannah se detuvo cuando el peor dolor la cruzaba. A las dos. Sepultándolas. Gritaron al unísono. Scowther le ordenaba a Mia *empujar, iempujar YA!*

Susannah cerró los ojos y también pujó, pues también era su bebé. . . o lo había sido. Al sentir el dolor brotar de su interior como agua que cae a un drenaje oscuro, experimentó la aflicción más profunda que había conocido. Pues era en el interior de Mia en el que el bebé flotaba; de alguna manera, los últimos renglones del mensaje viviente del cuerpo de Susannah habían sido hechos para ser transmitidos. Estaba terminando. Pasara lo que pasara luego, esta parte estaba terminando, y Susannah Dean dejó escapar un grito de alivio y lamento mezclados; un grito que era en sí mismo como una canción.

Y luego, antes que el horror empezara –algo tan terrible que recordaría cada detalle como si estuviera en medio de una luz brillante hasta el día de su entrada en el claro– sintió una pequeña mano caliente que agarraba su muñeca. Susannah giró la cabeza, cargando con ella el peso desagradable del casco. Podía escuchar su propia respiración entrecortada. Sus ojos se encontraron con los de Mia. Mia abrió los labios y pronunció sólo una palabra. Susannah no pudo escucharla por el rugido de Scowther (se doblaba ahora, asomándose entre las piernas de Mia y sosteniendo los fórceps en alto y contra su sien). Y sin embargo la *escuchó*, y entendió que Mia intentaba cumplir su promesa.

Te liberaré, si la suerte lo permite, había dicho su secuestradora, y la palabra que ahora escuchaba Susannah en su mente y que veía en los labios de la mujer en labor de parto era *chassit*.

¿Susannah, me escuchas?

Te escucho muy bien, dijo Susannah.

¿Y entiendes nuestro acuerdo?

Ahí. Te ayudaré a huir de estos con tu chico, si puedo. Y . . .

¡Mátanos si no puedes! terminó con fiereza la voz. Nunca había sido tan fuerte. En parte, Susannah estaba segura, era fruto del trabajo del cable de conexión. *¡Dilo, Susannah, hija de Dan!*

¡Los mataré a ambos si tú–

Se detuvo allí. Mia, sin embargo, parecía satisfecha y eso estaba bien, porque Susannah no podría haber continuado si sus dos vidas hubieran dependido de ello. Su ojo se había fijado en el techo del enorme cuarto, hacia la mitad, sobre los pasillos de camas. Y allí vio a Eddie y a Rolando. Eran translúcidos, flotaban entrando y saliendo del techo, mirándola como peces fantasmas.

Otro dolor, pero éste no tan severo. Podía sentir cómo se tensaban sus muslos, empujando, pero eso parecía lejano. Sin importancia. Lo que importaba era si estaba de verdad viendo o no lo que creía que veía. ¿Podía ser que su mente sobre-estresada, deseando que la rescataran, hubiera creado esta alucinación para darle calma?

Casi podía creerlo. Lo *habría* hecho, muy probablemente, si no hubieran estado los dos desnudos y rodeados por una extraña colección de basura flotante: una libreta, un cacahuete, una moneda. ¡Y un tapete por Dios! Un tapete de auto con la palabra **FORD** en él.

“Doctor, puedo ver la cabez–”

Se oyó un graznido sin aire cuando el Dr. Scowther, no muy caballero, hizo a un lado a la Enfermera Ratita de manera poco ceremoniosa y se inclinó más cerca al sitio en que se unían los muslos de Mia. Como si quisiera sacar al chico con los dientes, tal vez. La cosa halcón, Jey o Gee, le hablaba a la que se llamaba Haber en un dialecto zumbante y emocionado.

Realmente están allí, pensó Susannah. *El tapete lo demuestra*. No estaba segura de cómo el tapete lo demostraba, sólo de que así era. Y pronunció sin sonidos la palabra que Mia le había dado: *chassit*. Era una contraseña. Abriría al menos una puerta y tal vez muchas. Preguntarse si Mia le había dicho la verdad nunca se le pasó siquiera por la mente. Estaban unidas, no sólo

por el cable y los cascos, sino por el acto más primitivo (y mucho más poderoso) de dar a luz. No, Mia no había mentido.

"*iEmpuja, maldita puta perezosa!*" había casi aullado Scowther, y Rolando y Eddie desaparecieron de repente a través del techo, como si los hubiera soplado la fuerza del aliento del hombre. Por lo que Susannah sabía, así había sido.

Se dio la vuelta hasta quedar de costado, sintiendo el cabello pegado a la cabeza como en grumos, consciente de que su cuerpo derramaba sudor en cantidades que bien podían ser galones. Se acercó un poco más a Mia; un poco más a Scowther; un poco más a la culata bamboleanante de la automática de Scowther.

"Quédate quieta, hermana, escúchame lo ruego," dijo uno de los hombres bajos, y tocó el brazo de Susannah. La mano estaba fría y flácida, cubierta de anillos gordos. La caricia hizo que su piel se erizara. "Esto acabará en un minuto y luego todos los mundos cambiarán. Cuando éste se una a los Disgregadores en Thunderclap—"

"¡Cállate, Straw!" soltó Haber, y empujó hacia atrás a quien consolaba a Susannah. Luego puso su atención ávidamente en el parto otra vez.

Mia arqueó la espalda, gruñendo. La enfermera cabeza de rata puso las manos en las caderas de Mia y las empujó suavemente a la cama. "Ahora, ahora, empujad el vientre."

"*iCome mierda, puta!*" gritó Mia, y si bien Susannah sintió un ligero jalón de su dolor, eso fue todo. La conexión entre ellas se debilitaba.

Reuniendo toda su concentración. Susannah gritó a su propia mente. *iOye! iOye, mujer de Positronics! ¿Aún estás allí?*

"El vínculo. . . está roto," dijo la agradable voz femenina.

Como antes, hablaba en medio de la cabeza de Susannah, pero a diferencia de antes, parecía oscura, no más peligrosa que la voz en la radio que viene de lejos debido a alguna falla atmosférica. "Repito: el vínculo. . . está roto. Esperamos que recuerde a North Central Positronics para todas sus necesidades de mejoramiento mental. ¡Y Corporación Sombra! ¡Un líder en la comunicación mente a mente desde los años diez mil!"

Hubo un *BIIIIIIP* como tintineo de dientes en el fondo de la mente de Susannah, y luego el vínculo desapareció. No era sólo la ausencia de la horriblemente agradable voz femenina; era *todo*. Se sentía como si la hubieran liberado de alguna dolorosa trampa que le comprimía el cuerpo.

Mia gritó de nuevo, y Susannah dejó escapar un grito propio. Parte de esto era que no quería que Sayre y sus amigos supieran que el vínculo entre ella y Mia se había roto; parte era dolor genuino. Había perdido a una mujer que, en cierta forma, se había convertido en su verdadera hermana.

iSusannah! ¿Suze, estás ahí?

Se levantó en sus codos al oír esta voz nueva, olvidando casi por un momento a la mujer a su lado. Ése había sido—

¿Jake? ¿Eres tú, cariño? Eres tú ¿cierto? ¿Me puedes oír?

iSÍ! gritó él. *iFinalmente! ¿Dios, con quién estabas hablando? Sigue gritando para que pueda seguirte a—*

La voz se interrumpió, pero no antes de que escuchara el fantasmal ruido de los disparos en la distancia. ¿Jake disparándole a alguien? Pensó que no. Pensó que alguien le estaba disparando a él.

DOS

"¡Ahora!" gritó Scowther. "¡Ahora, Mia! ¡Puja! ¡Por tu vida! ¡Con todo lo que tengas! ¡PUJA!"

Susannah intentó acercarse a la otra mujer —*Oh, estoy preocupada y necesito consuelo, miren lo preocupada que estoy, preocupación y consuelo es todo lo que hay—* pero el llamado Straw la haló hacia atrás. El pedazo de cable colgó y se estiró entre ellas. "Mantén la distancia,

ramera," dijo Straw, y por primera vez Susannah afrontó la posibilidad de que no le iban a permitir hacerse con la pistola de Scowther. O cualquier otra pistola.

Mia gritó, increpando a algún dios extraño en un lenguaje extraño. Cuando intentó levantar las caderas de la mesa, la enfermera –Alia, Susannah pensó que el nombre de la enfermera era Alia– la obligó a bajarlas de nuevo y Scowther emitió un grito corto y brusco que sonaba a satisfacción. Puso a un lado los fórceps que había estado sosteniendo.

"¿Por qué hace eso?" demandó Sayre. Las sábanas bajo las piernas abiertas de Mia estaban llenas de sangre, y el jefe sonó molesto.

"¡No habrá que usarlas!" respondió alegremente Scowther. "Fue hecha para tener hijos, podría tener una docena en los arrozales y jamás pasar por alto una rama buena. ¡Aquí viene, como usted lo quería!"

Scowther hizo ademán de tomar la palangana alargada que estaba en la cama siguiente, decidió que no tenía el tiempo suficiente, y en cambio deslizó sus manos rosadas y sin guantes por el interior de los muslos de Mia. Esta vez, cuando Susannah se esforzó por acercarse a Mia, Straw no la detuvo. Todos ellos, hombres bajos y vampiros por igual, observaban la última etapa del nacimiento con una fascinación completa, la mayoría de ellos apretujados al final de las dos camas que habían sido unidas para hacer una. Sólo Straw estaba todavía cerca a Susannah. El vampiro con la espada de fuego acababa de ser degradado; Susannah decidió que Straw sería el primero en irse.

"¡Una vez más!" gritó Scowther. "¡Por tu bebé!"

Al igual que los hombres bajos y los vampiros, Mia se había olvidado de Susannah. Los ojos heridos y llenos de dolor los tenía puestos fijamente en Sayre. "¿Puedo quedarme con él, señor? ¡Por favor diga que puedo aunque sea por un rato!"

Sayre le tomó la mano. La máscara que cubría su rostro real sonrió. "Sí, querida," dijo. "El chico es tuyo por años y años. Sólo puja esta última vez."

¡Mia, no creas sus mentiras! gritó Susannah, pero el grito no fue a ninguna parte. Probablemente estaba bien también. Mejor que la olvidaran del todo por el momento.

Susannah puso sus pensamientos en otra dirección. *¡Jake! Jake, ¿dónde estás?*

No hay respuesta. No es bueno. Dios que por favor siga con vida.

Tal vez sólo está ocupado. Corriendo. . . escondido. . . peleando. El silencio no significa necesariamente que esté–

Mia aulló lo que parecía una sarta de obscenidades, pujando mientras lo hacía. Los labios de su vagina ya distendida se separaron aún más. Un chorro de sangre se derramó, ensanchando la mancha en forma de delta que había bajo ella. Luego, a través del cúmulo de carmesí, Susannah vio una punta de blanco y negro. Lo blanco era piel. Lo negro era cabello.

La mancha de blanco y negro empezó a ceder en el carmesí y Susannah pensó que el bebé se devolvería, no listo aún para venir al mundo, pero Mia ya había acabado de esperar. Pujó con todo su considerable poder, con las manos elevadas ante sus ojos y fuertemente cerradas y temblando, los ojos casi cerrados, los dientes apretados. Una vena latía de manera alarmante en el centro de su frente; otra sobresalía en su garganta.

"¡AAAAHHHHH!" gritó. "¡COMMALA, HERMOSO BASTARDO! ¡COMMALA-VEN-VEN!"

"Dan-tete," murmuró Jey, la cosa halcón, y los otros se sumaron en una suerte de susurro reverente: *Dan-tete. . . dantete. . . commala dan-tete.* La venida del pequeño dios.

Esta vez la cabeza del bebé no sólo se asomó sino que salió de un golpe. Susannah vio sus manos contra su pecho lleno de sangre como pequeños puños que temblaban de vida. Vio ojos azules, bien abiertos y sorprendentes tanto en su atención como en su similitud con los de Rolando. Vio pestañas negras. Pequeñas gotas de sangre las adornaban, atavíos natales barbáricos. Susannah vio –y nunca olvidaría– cómo el labio inferior del bebé quedó atrapado momentáneamente en el labio interior de la vulva de su madre. La boca del bebé quedó brevemente abierta, revelando una fila perfecta de dientecitos en la mandíbula inferior. Eran dientes –no colmillos, sino dientecitos perfectos– y sin embargo, verlos en la boca de un recién nacido le produjo a Susannah un estremecimiento. Como se lo causó el ver el pene del chico, desproporcionadamente grande y completamente erecto. Susannah pensó era más grande que su dedo meñique.

Aullando de dolor y triunfo, Mia se levantó en sus codos, con los ojos salidos y llorando. Se estiró y agarró la mano de Sayre apretándola con mucha fuerza cuando Scowther tomó ágilmente el bebé. Sayre chilló e intentó zafarse, pero igual podía intentar. . . bueno, zafarse de un Comisario Diputado en Oxford, Mississippi. El cántico había muerto y hubo un momento de silencio impactado. En él, los oídos sobre-presionados de Susannah escucharon con claridad el sonido de huesos crujendo en la muñeca de Sayre.

"¿ESTÁ VIVO?" vociferó Mia en el rostro sorprendido de Sayre. Escurría baba de los labios de Mia. "¡DIME, MISERABLE HIJODEPUTA, SI MI HIJO ESTÁ VIVO!"

Scowther levantó al chico de manera que él y el niño quedaran cara a cara. Los ojos café del doctor se encontraron con los azules del bebé. Y mientras el chico colgaba allí en brazos de Scowther con el pene desafiantemente proyectado hacia arriba, Susannah vio claramente la marca carmesí en el talón izquierdo del bebé. Era como si ese pie hubiera sido sumergido en sangre justo antes de que el bebé abandonara el vientre de Mia.

En vez de darle una palmada en el trasero al bebé, Scowther tomó aire y lo sopló directamente a los ojos del chico. El chico de Mia parpadeó con una sorpresa cómica (e innegablemente humana). Tomó aire también, lo sostuvo por un momento y luego lo soltó. Rey de Reyes podría ser, o destructor de mundos, pero empezó la vida como tantos antes que él, llorando con rabia. Mia explotó en lágrimas alegres al escuchar ese llanto. Las diabólicas criaturas reunidas alrededor de la nueva madre eran sirvientes del Rey Carmesí, pero eso no las hacía inmunes a lo que acababan de presenciar. Estallaron en aplausos y carcajadas. Susannah no se disgustó al descubrirse riendo con ellos. El bebé miró a su alrededor con el sonido, y su expresión era de clara sorpresa.

Gimiendo, con lágrimas cayendo por sus mejillas y moco saliendo de su nariz, Mia estiró los brazos. "¡Dénmelo!" lloró; así lloró Mia, hija de ninguno y madre de uno. "¡Déjenme cargarlo, lo ruego, déjenme cargar a mi hijo! ¡Déjenme cargar a mi chico! ¡Déjenme cargar a mi tesoro!"

Y el bebé *movió la cabeza* hacia el sonido de la voz de su madre. Susannah habría dicho que tal cosa era imposible, pero desde luego habría dicho que un bebé que nace bien despierto, con la boca llena de dientes y una erección, era imposible, asimismo. Empero por todo lo demás el bebé le parecía completamente normal: regordete y bien formado, humano y por tanto querido. Estaba la marca en su talón, sí, pero ¿cuántos niños, normales en todos los demás aspectos, nacían con alguna marca de nacimiento? ¿No había nacido su propio abuelo con las manos rojas, de acuerdo a la leyenda familiar? Esta marca ni siquiera se vería, a menos que el chico estuviera en la playa.

Aún con el recién nacido frente a su rostro, Scowther miró a Sayre. Hubo una ligera pausa durante la cual Susannah pudo haber agarrado con facilidad la automática de Scowther. Ni siquiera lo pensó. Había olvidado el grito telepático de Jake; había igualmente olvidado la loca visita de Rolando y de su esposo. Estaba embelesada como Jey y Straw y como Haber y todos los demás, embelesada en este momento de la llegada de un niño a un mundo gastado.

Sayre asintió, casi de manera imperceptible, y Scowther bajó al bebé Mordred, todavía llorando (y todavía mirando por sobre su hombro, al parecer a su madre), y lo llevó a los brazos de Mia.

De inmediato Mia le dio vuelta para poder verlo, y el corazón de Susannah se quedó congelado por la angustia y el horror. Pues Mia había enloquecido. Estaba en el brillo de sus ojos; estaba en la manera en que su boca se movía para reír con desprecio y sonreír a la vez mientras que la saliva, rosada y gruesa de sangre de su lengua mordida, resbalaba por su barbilla; más que todo estaba en su risa triunfante. Podría volver a la cordura en los siguientes días, pero—

La puta no va'volvé, dijo Detta, no sin simpatía. *Llegá hahta aquí y da a luh la quebró*, dijo, *iy lo sabeh tan bien como yo!*

"¡Oh qué hermosura!" canturreó Mia. "¡Oh mira tus ojos azules, tu piel tan blanca como el cielo antes de la primera nieve de la Tierra Amplia! ¡Mira tus pezones, bayas perfectas son, mira tu verga y tus bolas tan suaves como melocotones!" Miró a los lados, primero a Susannah —los ojos pasaron por el rostro de Susannah sin la más mínima señal de reconocimiento— y luego a los demás. "¡Ved a mi chico, oh desafortunados, oh malditos, mi tesoro, mi bebé, mi niño!" Les gritó, les *ordenó*, riendo con sus ojos locos y llorando con su boca curvada. "¡Ved la

razón por la que renuncié a la eternidad! ¡Ved a mi Mordred, vedlo bien, pues nunca veréis otro como él!"

Respirando rápidamente, cubrió de besos el rostro atento y lleno de sangre del bebé, manchando su boca hasta que parecía un borracho que ha tratado de ponerse lápiz labial. Reía y besaba la regordeta piel de la barbilla quebrada de su bebé, sus pezones, su ombligo, la punta elevada de su pene, y –alzándolo más y más alto en sus brazos temblorosos, el niño que al que quería poner Mordred mirándola atentamente con esa cómica expresión de sorpresa– besó sus rodillas y cada piecito. Susannah escuchó el primer chupón de ese cuarto: no el bebé en el pecho de su madre, sino la boca de Mia en cada dedo perfectamente formado de sus pies.

TRES

Tu niño es la ruina de mi dinh, pensó fríamente Susannah. Podría tomar la pistola de Scowther y dispararle, aunque no haga nada más. Sería cosa de dos segundos.

Con su velocidad –su increíble velocidad de pistolero– eso era probablemente cierto. Pero descubrió que no podía moverse. Había previsto muchos resultados en este acto de la obra, pero no la locura de Mia, eso nunca, y la había tomado completamente por sorpresa. Se le pasó por la cabeza que tenía suerte de que el vínculo de Positronics hubiera terminado cuando lo hizo. Si no hubiera sido así, podría estar tan loca como Mia.

Y ese vínculo podría regresar, hermana – ¿no piensas que es mejor que hagas tu jugada mientras puedes?

Pero no podía, ésa era la cuestión. Estaba paralizada por la sorpresa, estaba amarrada.

"¡Deja de hacer eso!" le gritó Sayre. "¡Tu trabajo no es sorberlo sino alimentarlo! ¡Si quieres quedártelo, apresúrate! ¡Dale de mamar! ¿O tengo que llamar a una niñera para que lo amamante? ¡Hay muchas que darían a cambio sus ojos por esta oportunidad!"

"¡JA - MÁS!" gritó Mia, riendo, pero llevó el niño a su pecho e impacientemente se hizo a un lado la bata blanca que vestía, desnudando su pecho derecho. Susannah comprendió al verla por qué atrapaba a los hombres; incluso en este momento ese pecho era un globo perfecto con una punta de coral que parecía hecho más para la mano y la lujuria de un hombre que para alimentar un bebé. Mia llevó el chico hacia él. Por un momento buscó el pezón tan cómicamente como había mirado antes a su madre, golpeándolo con el rostro y luego al parecer rebotando. Cuando volvió a acercarse, sin embargo, el rosado de su boca se cerró sobre el monte erecto rosado de su pecho y empezó a mamar.

Mia acariciaba los rizos negros enredados y empapados de sangre del chico, todavía riendo. Para Susannah, su risa sonaba como gritos.

Hubo un sonido en el piso cuando un robot se acercó. Se parecía un poco a Andy el Robot Mensajero –la misma estatura esquelética entre dos metros y medio y dos metros ochenta, el mismo cuerpo brillante. En sus brazos llevaba una caja de vidrio grande llena de luz verde.

"¿Para qué es esa jodida cosa?" escupió Sayre. Sonaba a la vez enojado e incrédulo.

"Una incubadora," dijo Scowther. "Sentí que era mejor prevenir que lamentar."

Cuando se volteó a mirar, la pistola colgada a su hombro se movió hacia Susannah. Fue una oportunidad incluso mejor, la mejor que había tenido, y lo sabía, pero antes de poder tomarla, el chico de Mia *cambió*.

CUATRO

Susannah vio una luz roja que recorría la suave piel del niño, desde la corona de su cabeza hasta el talón oxidado de su pie derecho. No era como si se sonrojara, sino un resplandor, iluminando al niño desde fuera: Susannah lo habría podido jurar. Y luego, mientras yacía en el estómago vaciado de Mia con los labios aferrados al pezón, la luz roja fue seguida por una oscuridad que subió y se esparció, convirtiendo al niño en un gnomo sin luz, un

negativo del bebé rosado que había escapado del vientre de Mia. Al mismo tiempo su cuerpo empezó a marchitarse, sus piernas se encogieron y se mezclaron con su estómago, su cabeza se hundió –halando con ella el pecho de Mia– en su cuello, que se hinchó como la garganta de un sapo. Sus ojos azules se volvieron de alquitrán, y del negro volvieron de nuevo al azul.

Susannah intentó gritar y no pudo.

A lo largo de los costados de la cosa negra aparecieron tumores, y luego explotaron y de allí salieron patas. La marca roja que estaba en talón aún se veía, pero se había vuelto una mancha como la marca carmesí en el vientre de una araña viuda negra. Pues eso es lo que era esta cosa: una araña. Y sin embargo el bebé no había desaparecido del todo. Una excrescencia blanca surgió en el lomo de la araña. En ella Susannah pudo ver una carita deforme, y chispas azules que eran ojos.

“¿Qué–?” preguntó Mia y se levantó una vez más en sus codos. Se había empezado a derramar sangre de su pecho. El bebé la bebía como leche, sin desperdiciar ni una gota. Junto a Mia, Sayre estaba tan silencioso como una imagen grabada, con la boca abierta y los ojos a punto de salirse de sus cuencas. Sea lo que fuera que esperaba de este parto –lo que le hubieran *dicho* que esperara– no era esto. La parte Detta de Susannah obtuvo el placer enfermo de un niño ante la expresión en shock del hombre: se parecía al comediante Jack Benny haciendo una mueca para hacer reír.

Por un momento sólo Mia pareció darse cuenta de lo que había pasado, pues su rostro empezó a alargarse con una suerte de horror deforme –y, tal vez, dolor. Luego regresó su sonrisa, esa angélica sonrisa de virgen. Se estiró y acarició el fenómeno aún cambiante que había en su pecho, la araña negra con la cabecita humana y la marca roja en su tórax velludo.

“¿No es hermoso?” gritó. “¡No es bello mi hijo, tan hermoso como el sol de verano!”

Éstas fueron sus últimas palabras.

CINCO

Su rostro no se paralizó, exactamente, sino que se *calmó*. Sus mejillas, frente y garganta que se habían teñido de rojo con el esfuerzo del parto apenas un momento antes, perdieron todo color hasta quedar del blanco ceroso de los pétalos de orquídea. Sus ojos brillantes se calmaron más y más y quedaron quietos en sus cuencas. Y de repente fue como si Susannah no estuviera viendo a una *mujer* yaciendo en una cama sino el *dibujo* de una mujer. Uno extraordinariamente bueno, pero todavía algo que había sido creado en el papel con trazos de grafito y unos cuantos colores pálidos.

Susannah recordó cómo había vuelto al Hotel Plaza–Parque Hyatt después de su primera visita al atractivo del Castillo Discordia, y cómo había venido a Fedic después de su última palabra con Mia, en el abrigo del merlón. Cómo el cielo y el castillo y las mismas piedras del merlón se habían rasgado. Y luego, como si su idea lo hubiera provocado, el rostro de Mia se rasgó desde su cabello hasta la barbilla. Sus ojos fijos y embotados cayeron de forma torcida a cada lado. Sus labios se separaron en una desquiciada sonrisa gemela doble. Y no fue sangre lo que brotó de esa fisura que se expandía en su rostro sino un polvo blanco que olía a guardado. Susannah recordó de manera fragmentada a T. S. Eliot

(hombres vacíos hombres cargados cabeza llena de paja)

y a Lewis Carroll

(porque no eres nada más que un baraja de cartas)

antes de que el dan-tete de Mia levantara su cabeza innombrable de su primera comida. Tenía la boca llena de sangre abierta y se levantó en sus piernas traseras buscando afirmarse en el desinflado vientre de su madre, y con las delanteras casi parecía boxeando hacia Susannah.

Graznó triunfante, y si en ese momento hubiera decidido atacar a la otra mujer que le había dado sustento, seguramente Susannah Dean habría muerto junto a Mia. En vez de ello, la

araña regresó al saco vacío del pecho del cual había mamado por primera vez, y lo rasgó. El sonido que hacía al masticar era húmedo y suelto. Un momento después se hundió en el hoyo que había hecho, y el rostro humano blanco desapareció mientras que mía se desmoronaba por el polvo que salía de su cabeza vacía. Sonó un chupón duro, casi industrial y Susannah pensó, *Le está quitando toda la humedad, toda la que queda. ¡Y mírenlo! ¡Miren cómo se infla! ¡Como una sanguijuela en el cuello de un caballo!*

Justo en ese momento una voz ridículamente británica –era la entonación alargada del sirviente de por vida de un caballero– dijo: “Perdón, señores, pero ¿van a querer esta incubadora después de todo? Pues la situación parece haberse alterado un poco, si se me permite decirlo.”

La voz rompió la parálisis de Susannah. Se levantó de un golpe con una mano y agarró la pistola automática de Scowther con la otra. Haló, pero la pistola estaba enfundada por la culata y no se soltaría. Su dedo índice encontró la perilla deslizante que era el seguro y lo empujó. Movié la pistola, con todo y funda, hacia las costillas de Scowther.

“¿Qué dem–” empezó, y entonces ella haló el gatillo con el dedo del medio, halando al mismo tiempo hacia atrás con toda su fuerza. Los colgadores que sostenían la funda al cuerpo de Scowther resistieron pero el que sostenía en su lugar a la automática, más delgado, se soltó, y mientras Scowther caía, intentando ver el negro agujero humeante en su bata blanca de laboratorio, Susannah tomó completa posesión de su pistola. Le disparó a Straw y al vampiro a su lado, el de la espada eléctrica. Por un momento el vampiro estuvo allí, aún contemplando el dios araña que al comienzo se parecía tanto a un bebé, y entonces su aura se evaporó. La carne de la cosa se fue con ella. Por un momento no hubo nada donde lo había habido sino una camisa vacía metida entre un par de vaqueros azules. Luego las prendas cayeron.

“¡Mátenla!” gritó Sayre, buscando su propia pistola. *“¡Maten esa ramera!”*

Susannah se alejó rodando de la araña imbuida en el cuerpo de su madre que rápidamente se desinflaba, arrastrando el casco que usaba incluso al caer a un costado de la cama. Hubo un momento de terrible dolor en que pensó que no se iba a salir y entonces dio contra el piso, libre de él. Colgaba a un lado de la cama, decorado con su cabello. La cosa araña, sacada momentáneamente de su nido cuando el cuerpo de su madre fue sacudido, chilló enojada.

Susannah rodó bajo la cama cuando una serie de disparos pasó sobre ella. Escuchó un sonoro golpe cuando una de las balas golpeó un resorte. Vio los pies y las piernas peludas de la enfermera rata y le puso una bala en cada rodilla. La enfermera dio un grito, se giró y empezó a alejarse cojeando y gritando.

Sayre se inclinó, apuntando con la pistola hacia la cama doble improvisada justo al lado del cuerpo desinflado de Mia. Ya habían tres agujeros humeantes y ardientes en la sábana. Antes de que pudiera agregar un cuarto, una de las patas de la araña le acarició la mejilla, desgarrando la máscara que llevaba y revelando la mejilla peluda en su interior. Sayre retrocedió, chillando. La araña se volteó hacia él e hizo un ruido como de llanto. La cosa blanca en su lomo –un nodo con rostro humano– miró con expresión enojada, como advirtiéndole a Sayre que se alejara de su cena. Luego se volteó hacia la mujer, que ya no se veía como una mujer realmente; parecía las ruinas de una momia increíblemente anciana que ahora estaba reducida a vendajes y polvo.

“Digo que esto es un poco confuso,” apuntó el robot con la incubadora. “¿Debo retirarme? Tal vez podría volver cuando los problemas se hayan arreglado un poco.”

Susannah cambió de dirección, saliendo de debajo de la cama. Vio que dos de los hombres bajos ya habían emprendido la huida. Jey, el hombre halcón, no parecía capaz de decidirse. ¿Me quedo o me voy? Susannah lo decidió por él, poniendo una sola bala en la cabeza marrón. Volaron sangre y plumas.

Susannah se levantó tan bien como pudo, asiéndose al costado de la cama para equilibrarse, y con la pistola de Scowther frente a ella. Había alcanzado a cuatro. La enfermera cabeza de rata y otro habían corrido. Sayre había soltado su pistola e intentaba ocultarse tras el robot con la incubadora.

Susannah le disparó a los dos vampiros que quedaban y al hombre bajo con cara de bulldog. Aquel –Haber– no había olvidado a Susannah; había guardado su terreno y esperaba un

objetivo claro. Ella lo consiguió primero y lo observó caer con profunda satisfacción. Haber, pensó, había sido el más peligroso.

"Madam, me pregunto si podría decirme—" empezó el robot, y Susannah le puso dos balas rápidamente en el rostro acerado, oscureciendo los ojos azules eléctricos. Este truco lo había aprendido de Eddie. Una sirena gigantesca empezó a sonar. Susannah sintió que si le escuchaba demasiado, quedaría ensordecida.

"¡HE SIDO CEGADO POR UN DISPARO!" aulló el robot, todavía con su acento de *le gustaría otra taza de té, madam*. *"VISIÓN CERO, NECESITO AYUDA, CÓDIGO 7,1 DIGO, ¡AYUDA!"*

Sayre se alejó de él, con las manos en alto. Susannah no lo pudo escuchar por el sonido de la sirena y el parloteo del robot, pero pudo leer las palabras cuando salieron de los labios del bastardo: *me rindo, ¿aceptarás mi palabra?*

Ella sonrió ante la divertida idea, inconsciente de que lo hacía. Era sin humor y sin misericordia y sólo significaba una cosa: deseaba hacer que lamiera sus muñones como él había obligado a Mia a lamer sus botas. Pero no quedaba tiempo. Él vio su ruina en la sonrisa y se dio la vuelta para correr, y Susannah le disparó dos veces en la parte de atrás de la cabeza —una por Mia, una por el Padre Callahan. El cráneo de Sayre se destrozó en una furia de sangre y sesos. Agarró la pared, buscó soporte en un estante lleno de equipo y aparatos, y luego cayó muerto.

Susannah apuntó ahora al dios araña. La blanca carita humana en su lomo negro y velludo se giró para mirarla. Los ojos azules, tan parecidos a los de Rolando, miraron enojados.

¡No, no puedes! ¡No debes! ¡Porque soy el único hijo del Rey!

¿No puedo? le envió a la vez, levantando la automática. *Ay, dulzura estás . . . tan ¡EQUIVOCADO!*

Pero antes que pudiera halar el gatillo, hubo un disparo detrás suyo. Una bala ardió por el lado de su cuello. Susannah reaccionó al instante, girando y lanzándose al pasillo. Uno de los hombres bajos que había corrido había cambiado de opinión y regresó. Susannah le puso dos balas en el pecho e hizo que lo lamentara mortalmente.

Se volvió, ansiosa de más —sí, esto era lo que quería, para lo que había sido hecha, y siempre daría reverencia a Rolando por enseñárselo— pero los otros estaban muertos o habían escapado. La araña corrió por el costado de la cama con sus muchas piernas, dejando atrás el cadáver como de papel maché de su madre. Brevemente giró su cabeza blanca de bebé hacia ella.

Harías bien en dejarme pasar, Negrita, o —

Ella le disparó, pero al hacerlo tropezó con la mano estirada del hombre halcón. La bala que habría matado a la abominación salió un poco desviada, cercenando en cambio una de sus ocho patas velludas. Un fluido rojo y amarillento, más parecido a pus que a sangre, brotó del lugar donde la pierna se había unido con el cuerpo. La cosa le gritó de dolor y sorpresa. La porción audible de ese grito era difícil de escucharse por el interminable sonsonete de la sirena del robot, pero lo escuchó fuerte y claro en su cabeza.

¡Haré que pagues por eso! ¡Mi padre y yo haremos que pagues! ¡Haremos que grites pidiendo que te maten, eso haremos!

No vas a tener la oportunidad, dulzura, envió Susannah, intentando proyectar toda la confianza que podía, queriendo que la cosa no supiera lo que creía: que la automática de Scowther podía haberse quedado sin balas. Le apuntó con una deliberación que era innecesaria, y la araña se alejó rápidamente, lanzándose primero tras el robot con su interminable sirena y luego a través de un corredor oscuro.

De acuerdo. No era grandioso, no era para nada la mejor solución, pero aún estaba viva, y eso era bueno.

¿Y el hecho de que todo el grupo de sai Sayre estuviera muerto o huyendo? Eso tampoco era malo.

Susannah arrojó la pistola de Scowther a un lado y escogió otra, ésta una Walther PPK. La tomó de la funda que llevaba Straw, luego esculcó en sus bolsillos, donde encontró media docena de cargadores más. Consideró brevemente agregar la espada eléctrica del vampiro a su arsenal pero decidió dejarlo donde estaba. Mejor las herramientas que se conocen.

Intentó ponerse en contacto con Jake, no pudo oírse a sí misma pensando, y se giró hacia el robot. “¡Oye, grandullón! Apaga esa maldita sirena, ¿qué dices?”

No tenía idea de si funcionaría, pero así fue. El silencio fue inmediato y maravilloso, con la sensual textura de la seda muaré. El silencio podría ser útil. Si había un contraataque, los oíría venir. ¿Y la sucia verdad? *Ansiaba* un contraataque, *quería* que vinieran, y olvida si eso tiene o no sentido. Tenía una pistola y la sangre caliente. Eso era todo lo que importaba.

(*¡Jake! Jake, ¿me escuchas, chico? ¡Si me escuchas respóndele a tu hermana mayor!*)

Nada. Ni siquiera el sonido del tiroteo a la distancia. Él estaba fuera de—

Entonces, una sola palabra— ¿era una palabra?

(*wimewe*)

Más importante, ¿era Jake?

No estaba segura, pero creía que sí. Y la palabra le resultaba familiar, de alguna manera.

Susannah reunió su concentración, intentando llamar con más fuerza esta vez, y luego se le ocurrió una idea extraña, una demasiado fuerte para llamarla intuición. Jake intentaba estar en silencio. Se estaba. . . ¿ocultando? ¿Tal vez alistándose para soltar una emboscada? La idea sonaba loca, pero tal vez también tenía la sangre caliente. No lo sabía, pero pensó que o bien él le había enviado esa extraña palabra

(*wimewe*)

a propósito, o que se le había escapado. De cualquier manera, podría ser mejor dejar que juegue su juego por un rato.

“¡Digo que he sido cegado por un disparo!” insistía el robot. Su voz aún sonaba fuerte, pero había caído a un rango al menos cercano a lo normal. “No puedo ver una sola cosa sangrante y tengo esta incubadora—”

“Arrójala,” dijo Susannah.

“Pero—”

“Arrójala, Chumley.”

“Perdón, madam, pero mi nombre es Nigel el Mayordomo y realmente no puedo—”

Susannah se había estado arrastrando hacia él durante este pequeño intercambio – descubría que no se olvidaban los viejos medios de locomoción sólo porque hubieras tenido unas breves vacaciones con piernas– y leyó el nombre y el número serial estampado en el tronco de cromo y acero del robot.

“¡Nigel DNK 45932, arroja esa jodida caja de vidrio, digo gracias!”

El robot (**DOMÉSTICO** se podía leer bajo su número serial) arrojó la incubadora y luego se estremeció cuando se quebró en sus pies de acero.

Susannah logró llegar a Nigel, y encontró que tenía que conquistar un miedo momentáneo antes de estirarse y tomar una de las manos de acero de tres dedos. Necesitó recordarse que éste no era Andy de Calla Bryn Sturgis, y que Nigel no podía saber de Andy. El robot mayordomo podría ser lo suficientemente sofisticado para tener sed de venganza o no – ciertamente Andy lo había sido– pero no se podía tener sed de aquello que no se sabía.

Eso esperaba.

“Nigel, álzame.”

Hubo un sonido de motores cuando el robot se inclinó.

“No, cariño, tienes que acercarte un poco más. Hay vidrios rotos donde estás.”

“Perdón, madam, pero estoy ciego. Creo que fue usted la que voló mis ojos.”

Ah. Eso.

“Bueno,” dijo, esperando que su tono de irritación disfraczara el miedo que latía debajo, “No puedo conseguirte unos nuevos si no me alza, ¿o sí? Ahora apresúrate. El tiempo se acaba.”

Nigel dio un paso adelante, aplastando vidrio roto con sus pies, y se acercó a la voz. Susannah controló el deseo de alejarse, pero una vez que el Robot Doméstico la había agarrado, su tacto era muy suave. La levantó en sus brazos.

“Ahora llévame a la puerta.”

“Madam, perdón pero hay *muchas* puertas en Dieciséis. Aún más bajo el castillo.”

Susannah no pudo evitar la curiosidad. "¿Cuántas?"

Una breve pausa. "Debería decir que quinientas noventa y cinco se encuentran en operación actualmente." Ella notó de inmediato que cinco, nueve y cinco sumaban diecinueve. Sumaban *chassit*.

"¿Te molestaría llevarme a aquella por la que vine antes que empezara el tiroteo?" Susannah señaló hacia el final del cuarto.

"No, madam, no me molestaría en absoluto, pero lamento informarle que no le servirá de nada," dijo Nigel en su voz alargada.

"Esa puerta, NUEVA YORK #7/FEDIC, es de un sólo sentido." Una pasa. Sonaron circuitos en su cabeza de acero. "Además, se quemó tras su último uso. Ha, como usted podría decir, ido al claro al final del camino."

"Ay vaya, *imaravilloso!*" gritó Susannah, pero se dio cuenta de que no estaba exactamente sorprendida por las noticias de Nigel. Recordó el zumbido rasgado que emitía justo antes de que Sayre la hubiera empujado con rudeza por ella, recordó pensar, incluso en su situación, que era algo moribundo. Y sí, había muerto. "*iMaravilloso!*"

"Puedo sentir que está usted molesta, madam."

"Tienes toda la jodida razón, iestoy molesta! ¡Ya era malo con que la maldita cosa sólo se abriera en un sentido! ¡Ahora está completamente cerrada!"

"Excepto por la configuración."

"¿Configuración? ¿Qué quieres decir con configuración?"

"La puerta NUEVA YORK #9/FEDIC," Nigel le dijo. "Hubo una época en que habían unos treinta portales Nueva York-Fedic en un sólo sentido, pero creo que la #9 es la única que queda. Todos los comandos relacionados con NUEVA YORK #7/FEDIC habrán sido configurados a la #9 para ahora."

Chassit, pensó. . . casi rezó. *Está hablando de chassit, creo. Oh Dios, espero que esté hablando de eso.*

"¿Quieres decir contraseñas y demás, Nigel?"

"Así es, madam."

"Llévame a la Puerta #9"

"Como desee."

Nigel empezó a moverse rápidamente por el pasillo entre los cientos de camas vacías, con sus sábanas blancas reluciendo bajo las brillantes lámparas en el techo. La imaginación de Susannah llenó momentáneamente el cuarto con niños que gritaban asustados, recién llegados de Calla Bryn Sturgis, tal vez de las Callas vecinas asimismo. Vio no sólo una enfermera con cabeza de rata sino batallones de ellas, ávidas por colocar los cascos sobre las cabezas de los niños secuestrados y empezar el proceso que. . . ¿que hacía qué? Que los arruinaba de alguna manera. Les sacaba la inteligencia de las cabezas y disparaba sus hormonas de crecimiento y los arruinaba por siempre. Susannah supuso que al comienzo estarían emocionados al escuchar una voz tan placentera en sus cabezas, una voz que les daba la bienvenida al maravilloso mundo de North Central Positronics y el Grupo Sombra. Su llanto se detendría, sus ojos se llenarían de esperanza. Tal vez pensarían que las enfermeras con sus uniformes blancos eran buenas a pesar de sus rostros peludos y aterradorizantes y sus colmillos amarillos. Tan buenos como la voz de la agradable mujer.

Luego empezaría el zumbido, rápidamente aumentando el volumen al moverse hacia la mitad de sus cabezas, y este cuarto se llenaría nuevamente de sus gritos asustados—

"¿Madam? ¿Se encuentra bien?"

"Sí. ¿Por qué lo preguntas, Nigel?"

"Creo que usted tembló."

"No te preocupes. Sólo llévame a la puerta a Nueva York, la que aún funciona."

SEIS

Una vez abandonaron la enfermería, Nigel la condujo rápidamente primero por un corredor y luego por otro. Llegaron a unas escaleras eléctricas que parecían haberse congelado como estaban hacía siglos. Mientras las bajaban, a la mitad una bola de acero con piernas encendió sus ojos ámbar hacia Nigel y gritó. “*iHowp! iHowp!*” Nigel respondió “*iHowp, howp!*” y luego le dijo a Susannah (con el tono confidencial que cierta gente chismosa adopta cuando habla de Los Desafortunados), “Es un mayordomo Mecánico y ha estado en ese lugar por unos ochocientos años– circuitos fritos, imagino. ¡Pobre alma! Pero aún intenta hacer lo mejor que puede.”

Dos veces le preguntó Nigel si creía que sus ojos podrían ser reemplazados. La primera vez Susannah le dijo que no lo sabía. La segunda vez –sintiendo un poco de dolor por él (definitivamente él ahora, no eso)– le preguntó qué pensaba él.

“Creo que mis días de servicio casi han terminado,” dijo, y luego añadió algo que hizo que la piel de sus brazos se pusiera de gallina: “¡Oh Discordia!”

Los Hermanos Diem están muertos, pensó, recordando –¿había sido un sueño? ¿una visión? ¿un vistazo de su Torre?– algo de su época con Mia. ¿O de su época en Oxford, Mississippi? ¿O los dos? *Papa Doc Duvalier está muerto. Christa McAuliffe está muerto. Stephen King está muerto, popular escritor muerto al dar su paseo en la tarde, ¡Oh, Discordia, Oh, perdido!*

Pero, ¿quién era Stephen King? ¿Quién era Christa McAuliffe, de paso?

Una vez pasaron a un hombre bajo que había estado presente en el nacimiento del monstruo de Mia. Yacía acurrucado en un piso polvoriento como una langosta humana con la pistola en una mano y un agujero en la cabeza. Susannah pensó que se había suicidado. En cierta forma, supuso que tenía sentido. Porque las cosas habían salido mal, ¿o no? Y a menos que el bebé de Mia encontrara al camino a donde pertenecía, el Gran Papá Rojo se iba a enfadar. Podría estar enfadado incluso si Mordred encontraba de alguna forma el camino a casa.

Su *otro* padre. Pues este era un mundo de gemelos e imágenes en el espejo, y Susannah entendía más ahora sobre lo que había visto de lo que realmente quería. Mordred también era un gemelo, una criatura Jekyll y Hyde con dos personalidades, y él –o eso– tenía las caras de dos padres para recordar.

Llegaron a un grupo de otros cadáveres; todos le parecían suicidios a Susannah. Le preguntó a Nigel si lo podía saber –por el olor u otra cosa– pero afirmó que no podía.

“¿Cuántos piensas que aún queden aquí?” preguntó. Su sangre había tenido tiempo de enfriarse un poco, y ahora estaba nerviosa.

“No muchos, madam. Creo que la mayoría se han movido. Muy probablemente a la Derva.”

“¿Qué es la Derva?”

Nigel dijo que lo sentía terriblemente, pero esa información estaba restringida y sólo se podía tener acceso a ella con la contraseña apropiada. Susannah intentó *chassit*, pero no sirvió. Tampoco *diecinueve* o, su intento final, *noventa y nueve*. Supuso que debía contentarse sólo con saber que la mayoría de ellos ya no estaban.

Nigel giró a la izquierda, a un corredor nuevo con puertas a cada lado. Hizo que se detuviera lo suficiente para abrir una de ellas, pero no había nada particularmente notable dentro. Era una oficina, y abandonada mucho antes, a juzgar por la gruesa capa de polvo. Le interesó ver un afiche de adolescentes saltando enloquecidos en una pared. Bajo él, con letras azules grandes, había esto.

¡DIGAN, USTEDES GATOS ALEGRES Y GATITAS QUE BAILAN!

¡ROCKEÉ EN EL HOP CON ALAN FREED!

CLEVELAND, OHIO, OCTUBRE 1954

Susannah estaba muy segura de que el artista en escena era Richard Penniman. La gente que se arrastraba por los clubes como ella, sentía desprecio por cualquiera que roqueara más fuerte que Phil Ochs, pero Suze siempre había tenido un punto débil en su corazón para con el Pequeño Richard; Vaya, vaya, Señorita Molly, seguro le gusta lanzar. Supuso que era algo Detta.

¿Usaba esta gente de vez en cuando estas puertas para vacacionar en los varios dónde y cuándo de su elección? ¿Usaban el poder de los Haces para convertir ciertos niveles de la Torre en atracciones turísticas?

Le preguntó a Nigel, quien le dijo que estaba seguro de ignorarlo. Nigel todavía sonaba triste por la pérdida de sus ojos.

Finalmente llegaron a una sala llena de ecos con puertas por toda la extensión de su amplia circunferencia. Las baldosas de mármol en el piso eran blancas y negras y en un patrón de tablero de ajedrez que a Susannah le recordaba sueños conflictivos en los que Mia había alimentado a su chico. Arriba suyo, en lo alto, titilaban constelaciones de estrellas eléctricas en un firmamento azul que ahora mostraba varias grietas. Este lugar le recordaba la Plataforma de Lud, e incluso con más fuerza, la Estación Grand Central. En algún lugar en las paredes, los ventiladores sonaban oxidados. El olor en el aire era extrañamente familiar, y tras una breve lucha, Susannah lo identificó: Limpiador Cometa. Patrocinaban *El Precio es Correcto*, que a veces daban en la televisión si uno estaba en casa en las mañanas. "*Soy Don Pardo, ahora por favor den la bienvenida a nuestro anfitrión, ¡el señor Bill Cullen!*" Susannah sintió un momento de vértigo y cerró los ojos.

Bill Cullen está muerto. Don Pardo está muerto. Martin Luther King está muerto, abaleado en Memphis. ¡Reine Discordia!

Oh Dios, ¿jamás se callarán estas voces?

Abrió los ojos y vio puertas marcadas SHANGHAI/FEDIC y BOMBAY/FEDIC y una marcada DALLAS (NOVIEMBRE 1963)/FEDIC. Otras estaban escritas en runas que no significaban nada para ella. Al fin Nigel se detuvo frente a una que reconoció.

NORTH CENTRAL POSITRONICS, LTDA.

Nueva York/Fedic

Máxima Seguridad

Todo esto lo reconoció Susannah desde el otro lado, pero debajo de **SE REQUIERE CÓDIGO DE ENTRADA VERBAL** estaba este mensaje, brillando en un rojo ominoso:

#9 CONFIGURACIÓN FINAL

SIETE

"¿Qué le gustaría hacer ahora, madam?" preguntó Nigel.

"Ponme en el piso, dulzura."

Tuvo tiempo para preguntarse cuál sería su respuesta si Nigel no lo hiciera, pero Nigel ni siquiera dudó. Ella caminó-saltó-se acurrucó hacia la puerta a su vieja manera y puso las manos en ella. Tras ellas sintió una textura que no era madera ni metal. Pensó que podía escuchar un muy suave zumbido. Pensó en intentar chassit -su versión del *Ábrete sésamo* de Alí Babá- y no se molestó en hacerlo. Ni siquiera había un picaporte. Un sólo sentido era un sólo sentido, pensó; nada de bromas.

(¡JAKE!)

Envío con todo su poder.

No hubo respuesta. Ni siquiera esa leve

(*wimewe*)

palabra sin sentido. Esperó un momento más, luego giró y se sentó con la espalda contra la puerta. Soltó los cargadores extra de munición entre sus rodillas separada y luego sostuvo la Walther PPK en la mano derecha. Una buena arma para tenerla con la espalda a una puerta sellada, pensó; le gustaba su peso. Érase una vez que ella y otros habían sido entrenados en una técnica de protesta llamada resistencia pasiva. Acuéstate en el piso del comedor, cubre tu suave tórax y tus partes privadas más suaves. No respondas a quienes te golpean e insultan, y maldicen a tus padres. Canta en tus cadenas como el mar. ¿Qué dirían sus viejos amigos de aquello en lo que se había convertido?

Susannah dijo: "¿Sabes qué? No me importa una mierda. La resistencia pasiva también está muerta."

"¿Madam?"

"Nada, Nigel."

"Madam, ¿puedo preguntar—"

"¿Qué estoy haciendo?"

"Exactamente, madam."

"Esperando a un amigo, Chumley. Sólo esperando a un amigo."

Pensó que DNK 45932 le recordaría que su nombre era Nigel, pero no lo hizo. En cambio, le preguntó cuánto tiempo esperaría a su amigo. Susannah le dijo que hasta que el infierno se congelara. Esto produjo un largo silencio. Finalmente Nigel preguntó: "¿Puedo irme entonces?"

"¿Cómo verás?"

"He cambiado a infrarrojo. Es menos satisfactorio que macrovisión tres-X, pero bastará para llevarme al área de reparación."

"¿Hay alguien en el área de reparación que pueda arreglarte?" preguntó Susannah con curiosidad leve. Presionó el botón que soltaba el seguro de la culata de la Walther, luego lo volvió a meter con fuerza, encontrando un cierto placer metálico en el *¡CLIC!* aceitoso y metálico que hacía.

"No puedo saberlo con certeza, madam," replicó Nigel, "aunque la probabilidad de tal cosa es muy baja, ciertamente menos de uno por ciento. Si nadie viene, entonces, como usted, esperaré."

Ella asintió, de repente cansada y muy segura de que era aquí donde terminaba la gesta – aquí, contra esta puerta. Pero no te rendiste, ¿o sí? Rendirse es para los cobardes, no para los pistoleros

"Que tengas bien, Nigel –gracias por el paseo. Largos días y noches placenteras. Espero que recuperes tus ojos. Lamento haberlos volado, pero estaba en un aprieto y no sabía de qué lado estabas."

"Y buenos deseos a usted, madam."

Susannah asintió. Nigel se alejó y entonces quedó sola, apoyándose contra la puerta hacia Nueva York. Esperando a Jake. Escuchando a Jake.

Todo lo que oyó fue el ruido oxidado y agonizante de la maquinaria en las paredes.

Capítulo V

En la Jungla, La Poderosa Jungla

UNO

La amenaza de que los hombres bajos y los vampiros podrían matar a Acho fue lo único que evitó que Jake muriera con el Padre. No lo pensó dos veces; Jake gritó

(¡ACHO, A MÍ!)

con toda la fuerza mental que pudo reunir, y Acho corrió ligeramente en sus tobillos. Jake pasó hombres bajos que estaban hipnotizados por la tortuga y cruzó una puerta que leía SÓLO EMPLEADOS. Del difuso brillo naranja-rojizo del restaurante, él y Acho pasaron a una zona de brillante luz blanca, y platos tostados y de olor fuerte. El vapor pegaba contra su rostro, caliente y húmedo,

(la jungla)

tal vez preparando el escenario para lo que se venía,

(la poderosa jungla)

y tal vez no. Su visión se aclaró al encogerse sus pupilas y vio que estaba en la cocina del Dixie Pig. Tampoco era la primera vez. En una ocasión, no mucho antes de que los Lobos llegaran a Calla Bryn Sturgis, Jake había seguido a Susannah (sólo que entonces había sido Mia) a un sueño en el que buscaba una amplia cocina vacía en busca de comida. *Esta* cocina, sólo que ahora el lugar estaba lleno de vida. Un cerdo inmenso se chamuscaba atravesado por una barra de hierro sobre el fuego, las llamas saltaban a través de una parrilla manchada de comida cada vez que caía una gota de grasa. A cada lado habían estufas gigantescas recubiertas de cobre sobre las cuales se cocinaba ollas casi tan altas como el propio Jake. Batiendo una de éstas había una criatura de piel gris tan horrible que los ojos de Jake casi no sabían cómo mirarla. De cada lado de su boca gris de grandes labios asomaban largos colmillos como de elefante. Sus mejillas llenas de rocío colgaban en bolsas verrugosas de carne. El hecho de que la criatura llevara puesto un delantal blanco manchado de comida y un sombrero de chef completaba de alguna manera la pesadilla, la sellaba bajo una capa de barniz. Más allá de esta aparición, casi perdidas en el vapor, otras dos criaturas vestidas con delantales lavaban los platos una junto a la otra en un lavaplatos doble. Los dos llevaban pañoletas al cuello. Uno era humano, un muchacho de tal vez diecisiete años. El otro parecía ser una suerte de gato doméstico monstruoso caminando en dos piernas.

"iVai, vai, los mostros pubes, tre cannits en founs!" les gritó el chef de los colmillos. No se había dado cuenta de la presencia de Jake. Uno de ellos –el gato– sí. Agachó las orejas y siseó. Sin pensarlo, Jake lanzó la Oriza que sostenía en la mano derecha. Pasó silbando por entre el aire lleno de vapor y atravesó el cuello del gato tan suave como un cuchillo atraviesa una bola de manteca. La cabeza cayó al agua del lavaplatos con un sonido espumoso, con los ojos verdes aún mirándolo.

"iSan fai, can dit los!" gritó el chef. Parecía no haberse dado cuenta de lo que había pasado o incapaz de entenderlo. Se volteó hacia Jake. Los ojos bajo su frente irregular y curvada eran de un azul grisáceo desvaído, los ojos de un ser con sentimientos. Visto así, Jake descubrió lo

que era: alguna clase de jabalí monstruoso e inteligente. Lo que significaba que estaba cocinado a los de su propia especie. Eso parecía muy propio del Dixie Pig.

"iCan foh pube ain-tet can fah! iShe-so pan! iVai!" Esto fue dirigido a Jake. Y luego, para hacer completa la locura: *"iY sii no vazz a hacerlo, ni dziquiera empiezzzzzz!"*

El otro lavaplatos, el humano, gritaba alguna clase de advertencia, pero el chef lo ignoró. El chef parecía creer que como Jake había matado a uno de sus ayudantes, tenía ahora el deber y el honor de tomar el lugar del gato muerto.

Jake lanzó el otro plato y éste cruzó a través del cuello del jabalí, poniendo fin a su balbuceo. Tal vez unos cuatro litros de sangre volaron hacia la estufa que estaba a la derecha de la cosa, ardiendo y emitiendo un horrible olor a quemado. La cabeza del jabalí se descolgó a la izquierda sobre su cuello y luego se movió hacia atrás, pero no se desprendió. El ser – fácilmente de unos dos metros con cuarenta– dio dos pasos a su izquierda tambaleándose y abrazó el cerdo que se asaba dándole vuelta en su barra. La cabeza se rasgó un poco más, y ahora yacía en el hombro derecho del Chef Jabalí, con un ojo mirando hacia las luces fluorescentes empañadas de vapor. El calor hizo que las manos del cocinero se quedaran pegadas al cerdo y empezaron a derretirse. Luego la cosa cayó hacia adelante a la llama y su túnica se incendió.

Jake lo esquivó a tiempo para ver al otro lavaplatos avanzando hacia él con un cuchillo de carnicero y otro más grande en la otra. Jake agarró otro Oriza de la bolsa pero se abstuvo de lanzarlo a pesar de la voz en su cabeza que le gritaba que siguiera, que siguiera y lo hiciera, que le diera al bastardo aquello que le había oído alguna vez a Margaret Eisenhart, un "corte de cabello profundo." Este término había hecho reír mucho a las otras Hermanas del Plato. Y con todo y las ganas de lanzarlo, no movió su mano.

Lo que vio era un joven cuya piel se veía gris amarillenta bajo las luces brillantes de la cocina. Se veía a la vez aterrado y desnutrido. Jake levantó el plato como advertencia y el joven se detuvo. No era a la Oriza a lo que miraba sino a Acho, que se encontraba entre los pies de Jake. La piel del bramo estaba esponjada por todo su cuerpo, y parecía doblar su tamaño, y mostraba sus dientes.

"¿Hab—" empezó Jake, y entonces la puerta que llevaba al restaurante se abrió de un golpe. Uno de los hombres bajos saltó a través de ella. Jake lanzó el plato sin dudarlo. Gimió a través del brillante aire lleno de vapor y arrancó la cabeza del intruso con una precisión sangrienta apenas por encima de su manzana de Adán. El cuerpo sin cabeza primero se tambaleó a la izquierda y luego a la derecha, como un comediante que acepta aplauso con un movimiento divertido, y después cayó.

Jake tenía casi de inmediato otro plato en cada mano, y sus brazos se cruzaron una vez más sobre su pecho en la posición que sai Eisenhart llamaba "la carga." Miró al lavaplatos, que aún sostenía los cuchillos. Sin ser demasiada amenaza, sin embargo, pensó Jake. Intentó de nuevo y esta vez salió la pregunta completa. "¿Hablas español?"

"Zzí," dijo el muchacho. Soltó el cuchillo grande para levantar el pulgar enrojecido por el agua y su correspondiente dedo índice a un par de centímetros. "Ppero zzólo un poquito. Aprender desde que llegué aquí." Abrió la otra mano y el cuchillo se unió al otro en el suelo de la cocina.

"¿Vienes del Mundo Medio?" preguntó Jake. "Vienes de allí, ¿cierto?"

No pensaba que el lavaplatos fuera muy brillante ("No es ningún chico de exámenes," habría apuntado sin duda Elmer Chambers), pero al menos era suficientemente listo para extrañar su casa; a pesar del terror que el chico aparentaba, Jake vio un inconfundible rastro de eso en sus ojos. "Zzí," dijo. "Venir de Ludweg, yo."

"¿Cerca a la ciudad de Lud?"

"Al norte, si te gusta o no," dijo el lavaplatos. "¿Me mataráz, muchacho? No quiero morir, triste como estoy."

"No seré yo quien te mate si me dices la verdad. ¿Vino una mujer por aquí?"

El lavaplatos dudó, y luego dijo: "Ahá. Sayre y los suyos la tenían. Iba descalza, con la cabeza caída. . ." Lo demostró, moviendo la cabeza de lado a lado y más parecido al idiota del pueblo que nunca. Jake pensó en Sheemie en el cuento de Rolando de sus días en Mejis.

"Pero no muerta."

"No. La ezcuché hablándome, a mí."

Jake miró hacia la puerta, pero nadie venía por allí. Sin embargo. Tenía que irse, pero–

"¿Cómo te llamas, hombre?"

"Jochabim, ese soy yo, hijo de Hossa."

"Bien, escucha, Jochabim, hay un mundo fuera de esta cocina llamado Nueva York, y los muchachos de tu edad son libres. Sugiero que salgas mientras puedes."

"Me traerían de vuelta y me golpearían."

"No, no entiendes lo grande que es. Como Lud cuando Lud fue–"

Miró a la cara de ojos simples de Jochabim y pensó, *No, soy yo el que no entiende. Y si pierdo el tiempo aquí intentando convencerlo de que escape, sin duda me ganaré lo que me–*

La puerta que llevaba al restaurante se abrió de nuevo. Esta vez dos hombres bajos intentaron entrar al mismo tiempo y por un momento quedaron atrapados, hombro a hombro. Jake lanzó los dos platos y los vio cruzarse en el aire vaporoso, decapitando a los recién llegados justo cuando entraban. Cayeron hacia atrás y una vez más la puerta se cerró. En la Escuela Piper Jake había aprendido sobre la Batalla de las Termópilas, donde los griegos habían resistido a un ejército persa que los superaba diez a uno. Los griegos habían conducido a los persas a un paso montañoso estrecho; él tenía esta puerta de cocina. En tanto siguieran entrando de a uno o dos –como debían hacerlo a menos que pudieran atacarlo por los flancos de alguna manera– podría acabar con ellos.

Al menos hasta que se le acabaran los Orizas.

"¿Pistolas?" le preguntó a Jochabim. "¿Hay pistolas aquí?"

Jochabim sacudió la cabeza, pero dada la irritante mirada de estupidez del joven, era difícil afirmar si significaba *No hay pistolas en la cocina* o *No te entiendo*.

"De acuerdo, me voy," dijo. "Si no te vas mientras tienes oportunidad, Jochabim, eres incluso más tonto de lo que pareces. Lo que sería mucho. Allí fuera hay video juegos, chico–piensa en ello."

Jochabim siguió dándole a Jake la mirada de *¿uhm?*, sin embargo, y Jake se rindió. Estaba a punto de hablarle a Acho, cuando alguien le habló a él a través de la puerta.

"Oye, chico." Ruda. Confiada. Llena de entendimiento. La voz de un hombre que podría darte una golpiza o dormir con tu novia cada vez que se le diera la gana, pensó Jake. "Tu amigo el padre está muerto. De hecho, el padre es la *cena*. Sal ahora, sin más problemas, tal vez puedas evitar ser el postre."

"Dale vuelta y métetela en el culo," dijo Jake. Esto logró atravesar incluso el muro de estupidez de Jochabim; se veía sorprendido.

"Última oportunidad," dijo la voz ruda y con entendimiento. "Sal de una vez."

"¡Entra!" respondió Jake. "¡Tengo muchos platos!" De hecho tenía el afán lunático de lanzarse, atravesar la puerta, y trasladar la batalla a los hombres y mujeres bajos en el comedor del restaurante al otro lado. La idea no era del todo loca, como el mismo Rolando habría entendido; era lo último que esperaban, y al menos había una buena oportunidad de asustarlos con media docena de platos lanzados con rapidez y abrir un camino.

El problema eran los monstruos que se alimentaban tras el bordado. Los vampiros. *Ellos* no se asustarían, Jake lo sabía. Tenía la idea de que si los Abuelos hubieran sido capaces de entrar en la cocina (o tal vez sólo era la falta de interés lo que los retenía en el comedor– eso y los últimos fragmentos del cadáver del Padre), ya estaría muerto. Al igual que Jochabim, muy probablemente.

Puso una rodilla en el piso, murmuró "¡Acho, encuentra a Susannah!" y reforzó la orden con una rápida imagen mental.

El brambo le dio a Jochabim una última mirada desconfiada, luego empezó a olfatear el piso. Las lozas estaban húmedas pues habían sido trapeadas recientemente, y Jake temía que el brambo no pudiera encontrar el olor. Entonces Acho emitió un sólo grito agudo –más como un ladrido que como una palabra– y empezó a moverse hacia el centro de la cocina entre las estufas y las mesas, con la nariz contra el piso, desviándose apenas lo suficiente para esquivar el cuerpo ardiente del Chef Jabalí.

"¡Escúchame, pequeño bastardo!" gritó el hombre al otro lado de la puerta. "¡Estoy perdiendo la paciencia contigo!"

"¡Bien!" gritó Jake. "¡Entra! ¡Veamos si vuelves a salir!"

Puso un dedo en sus labios haciendo un gesto de silencio mientras miraba a Jochabim. Estaba a punto de darse la vuelta y correr –no tenía idea de cuánto duraría en silencio antes que el lavaplatos gritara por la puerta que el chico y su bilibrambo ya no defendían el paso de las Termópilas– cuando Jochabim le habló en una voz baja que era poco más que un susurro.

"¿Qué?" preguntó Jake, observándolo inseguro. Sonaba como si el chico hubiera dicho *ten en mente la trampa mental*, pero eso no tenía sentido. ¿O sí?

"Ten en mente la trampa mental," dijo Jochabim, esta vez mucho más claramente, y se alejó hacia sus ollas y su agua espumosa.

"¿Qué trampa mental?" preguntó Jake, pero Jochabim hizo como si no le oyera y Jake no podía quedarse para preguntarle. Corrió para alcanzar a Acho, mirando a cada instante hacia atrás sobre su hombro. Si otro par de hombres bajos entraran en la cocina, Jake quería ser el primero en saberlo.

Pero ninguno entró, al menos no antes de que hubiera seguido a Acho por otra puerta a la bodega del restaurante, un cuarto semioscuro lleno de cajas y que olía a café y especias. Era como el cuarto detrás del Almacén General de Stoneham Este, sólo que más limpio.

DOS

Había una puerta cerrada en la esquina de la bodega del Dixie Pig. Al otro lado había una escalera embaldosada que descendía sólo Dios sabía cuánto. Estaba iluminado por bombillos de bajo voltaje detrás de cobertores sucios de vidrio. Acho descendió sin dudarlo, bajando con una clase de regularidad meneante delantera–trasera que resultaba muy cómica. Mantenía la nariz pegada a las escaleras, y Jake supo que iba tras Susannah; podía deducirlo de la mente de su pequeño amigo.

Jake intentó contar las escaleras, llegó hasta ciento veinte, y luego se cansó. Se preguntó si aún estaban en Nueva York (o debajo de ella). Una vez pensó que había oído un leve y familiar rugido y decidió que si eso era un tren subterráneo aún lo estaban.

Finalmente llegaron al final de las escaleras. Aquí había una amplia área con bóvedas que parecía el lobby gigantesco de un hotel, sólo que sin hotel. Acho lo atravesó, con el hocico aún contra el suelo, el garabato que tenía por cola se movía adelante y atrás. Jake tuvo que trotar para ir a su paso. Ahora que ya no llenaban la bolsa, los Orizas se movían a cada lado. Había un kiosco en el lado lejano del lobby–bóveda, con una señal en una ventana polvorienta que decía ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA COMPRAR RECUERDOS DE NUEVA YORK y otra que decía ¡VISITE EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001! ¡AÚN QUEDAN TIQUETES PARA ESTE MARAVILLOSO EVENTO! ¡PROHIBIDO PARA ASMÁTICOS SIN CERTIFICADO MÉDICO! Jake se preguntó que había tan fabuloso en el 11 de septiembre del 2001 y decidió que tal vez no quería saberlo.

De repente, tan fuerte en su cabeza como una voz directamente en su oído: ¡Oye! ¡Oye, mujer de Positronics! ¿Aún estás allí?

Jake no tenía idea de quién podía ser la mujer de Positronics, pero reconoció la voz que hacía la pregunta.

¡Susannah! gritó, deteniéndose cerca al kiosco de turistas. Una sonrisa sorprendida y gozosa cruzó su rostro cansado y lo convirtió de nuevo en el de un niño. ¿Suze, estás ahí?

Y la escuchó gritar feliz por la sorpresa.

Acho, notando que Jake ya no le seguía tan de cerca se dio la vuelta y emitió un grito ¡Ake-Ake! impaciente. Por el momento al menos, Jake lo ignoró.

"¡Te escucho!" gritó. "¡Finalmente! ¿Dios, con quién estabas hablando? Sigue gritando para que pueda seguirte a–"

Atrás suyo –tal vez en el comienzo de la larga escalera, tal vez ya en ella– alguien gritó, “¡Ahí está!” Sonaron disparos, pero Jake apenas los oyó. Para su intenso horror, algo había reptado al interior de su cabeza. Algo como una mano mental. Pensó que era probable que fuera el hombre bajo que le había hablado al otro la puerta. La mano del hombre bajo había encontrado botones en alguna clase de Dogan de Jake Chambers, y estaba jugando con ellos. Intentando

(congelarme congelarme donde estoy congelar mis pies al piso)

detenerlo. Y esa voz había entrado porque mientras enviaba y recibía, estaba *abierto*–

¡Jake! ¿Jake, dónde estás?

No había tiempo de responderle. Una vez, al intentar abrir la puerta no hallada en la Cueva de las Voces, Jake había invocado una visión de un millón de puertas abriéndose. Ahora invocó una de ellas cerrándose, creando un sonido como el de la explosión sónica del mismísimo Dios.

Y justo a tiempo. Por un momento más sus pies se quedaron pegados al piso sucio, y luego algo gritó en agonía y se separó de él. Que se vaya.

Jake se puso en marcha, primero a empujones, luego cogiendo ritmo. ¡Dios, estuvo cerca! Muy levemente escuchaba a Susannah pronunciar su nombre de nuevo pero no se atrevió a abrirse lo bastante para responder. Sólo tenía que esperar que Acho agarrara su olor, y que ella siguiera enviando.

TRES

Decidió luego que debió haber empezado a cantar la canción de la radio de la Sra. Shaw poco después del último grito leve de Susannah, pero no había forma de estar seguro. Era como señalar el punto exacto del génesis de un dolor de cabeza o el momento exacto en que uno se da cuenta conscientemente de que le va a dar gripe. De lo que estaba seguro Jake era que sonaron más disparos, y una vez el sonido zumbante de una esquirla, pero todo eso estaba a una buena distancia atrás, y finalmente no le molestó dejar de agacharse (o incluso dejar de mirar atrás). Además, Acho se movía rápido ahora, usando realmente esos huesitos peludos que tenía. Maquinaria sepultada emitía ruidos. Aparecieron rieles de acero en el piso del pasaje, lo que llevo a Jake a asumir que un tren u otro tipo de vehículo había corrido por aquí. A intervalos regulares había comunicados oficiales (**PATRICIA ADELANTE; FEDIC; ¿TIENE SU PASE AZUL?**) impresos en las paredes. En algunos lugares las baldosas se había caído, en otras desaparecían los rieles de tren, y en varios puntos charcos de agua antigua y contaminada llenaban lo que parecían agujeros producto de la erosión. Jake y Acho pasaron dos o tres carros varados que parecían un cruce de carros de golf y vagones planos. También pasaron por un robot con cabeza de nabo cuyos ojos rojos se prendían y apagaban y que hizo un sonido como de rana que pudo haber sido un *alto*. Jake levantó uno de los Orizas, sin tener idea de si serviría si tal cosa venía tras él, pero el robot nunca se movió. Ese simple encender y apagar sin fuerzas de sus ojos parecía haber utilizado lo último de sus baterías, células de energía, motor atómico o lo que fuera que lo hacía funcionar. A cada paso veía graffitis. Dos eran familiares. El primero era TODOS SALUDEN AL REY CARMESÍ, con el ojo rojo encima de la I del mensaje. El otro decía BANGO SKANK, 1984. *Vaya*, pensó Jake de manera distraída, *este tal Bango aparece en todo lado*. Y luego se oyó claramente por primera vez, cantando por debajo de su respiración. No eran palabras exactamente, sino un viejo y apenas recordado estribillo de una de las canciones del radio de la cocina de la Sra. Shaw: “A-wimewe, a-wimewe, awiii-ummm-immm-owe. . .”

Se calló, asustado por la cualidad talismánica del canto, y le ordenó a Acho que se detuviera. “Necesito desaguar, muchacho.”

“¡Acho!” Las orejas elevadas y los ojos brillantes transmitieron el resto del mensaje: *No te tardes mucho*.

Jake salpicó orina en una de las paredes embaldosadas. Basura verdosa se acumulaba entre las baldosas. También escuchó el sonido de la persecución y no le decepcionó. ¿Cuántos

venían? ¿Qué tipo de turba? Rolando probablemente lo habría sabido, pero Jake no tenía idea. Los ecos los hacían parecer un regimiento.

Mientras se la sacudía, se le ocurrió a Jake Chambers que el Padre nunca volvería a hacer esto, o sonreírle y señalar con el dedo, o santiguarse antes de comer. Lo habían matado. Le habían quitado la vida. Habían detenido su respiración y su pulso. Excepto tal vez por los sueños, el Padre se ha ido ya de la historia. Jake empezó a llorar. Como su sonrisa, las lágrimas lo hicieron de nuevo verse como un niño. Acho se había dado la vuelta, ansioso de agarrar el olor, pero ahora miró hacia Jack por sobre su hombro con una expresión de inconfundible preocupación.

"Está bien," dijo Jake, abotonando su pantalón y secándose las lágrimas con las manos. Sólo que no estaba bien. Estaba más que triste, más que enojado, más que asustado de los hombres bajos que corrían incansables tras su rastro. Ahora que la adrenalina en su sistema había disminuido, se dio cuenta que estaba hambriento tanto como triste. Cansado, también. ¿Cansado? Al borde del agotamiento. No recordaba cuándo había dormido por última vez. Ser absorbido por la puerta a Nueva York, lo podía recordar, y a Acho casi atropellado por un taxi, y el predicador de las bombas de Dios con el nombre que le recordaba a Jimmy Cagney imitando a George M. Cohan en esa vieja película en blanco y negro que había visto en televisión en su cuarto cuando era pequeño. Porque, notó ahora, que había una canción en esa película sobre un tipo llamado Harrigan: *H-A-doble R-I; Harrigan, ése soy yo*. Podía recordar esas cosas, pero no cuándo había comido por última vez un-

"¡Ake!" ladró Acho, incansable como el destino. Si los brambs tenían un punto de quiebre, pensó Jake débilmente, Acho aún estaba muy lejos del suyo. "¡Ake-Ake!"

"Sí-sí," estuvo de acuerdo, alejándose de la pared. "Ake-Ake va a correr-correr. Adelante. Encuentra a Susannah."

Quería caminar despacio, pero esto probablemente no sería suficiente. Sólo caminar tampoco. Movié las piernas hasta alcanzar un trote y una vez más empezó a cantar bajo, esta vez las palabras de la canción: "*En la jungla, la poderosa jungla, el león duerme esta noche. . . En la jungla, la quieta jungla, el león duerme esta noche. . . ohhh. . .*" Y entonces se calló de nuevo, *wimewe, wimewe, luimewe*, palabras sin sentido de la radio de la cocina que siempre sintonizaba los clásicos en WCBS. . . ¿pero no habían recuerdos de alguna película y en su memoria con esta canción en particular? ¿No una canción de *Yankee Doodle Dandy* sino de otra película? ¿Una con monstruos terribles? ¿Algo que había visto cuando era apenas un chiquillo, tal vez aún con

(*envoltorios*)

pañales?

"*Cerca a la villa, la quieta villa, el león duerme esta noche. . . Cerca a la villa, la pacífica villa, el león duerme esta noche. . . Uh-oh, awimewe, a-wimeww. . .*"

Se detuvo, respirando con fuerza, frotándose el costado. Sentía escozor allí pero no era malo, al menos no todavía, no se había inflamado lo suficiente para detenerlo. . . pero esa sustancia verdosa filtrándose entre las baldosas. . . frotaba a través del sedimento antiguo y la cerámica porque esto estaba

(*en la jungla*)

en lo profundo bajo la ciudad, profundo como las catacumbas

(*wimeweh*)

o como-

"Acho," dijo, hablando a través de sus labios secos. ¡Jesús, tenía tanta sed! "Acho, esto no es un fluido, esto es *pasto*. O hierba. . . o. . ."

Acho ladró el nombre de su amigo, pero Jake apenas si lo notó. El sonido de los perseguidores continuó (de hecho, se había acercado un poco) pero por el momento también los ignoró.

Pasto, surgiendo de la pared con baldosas.

Llenando la pared.

Bajó la mirada y vio más pasto, de un verde brillante que se veía casi púrpura bajo las luces fluorescentes, saliendo del piso. Y fragmentos de baldosa rota quedaban en pedazos como los

restos de la gente antigua, los ancestros que habían vivido y construido antes que los Haces empezaran a disgregarse y el mundo empezara a moverse.

Se inclinó. Se estiró hacia el pasto. Levantó afilados fragmentos de baldosa, sí, pero también *tierra*, la tierra de

(*la jungla*)

alguna catacumba o tumba profunda o tal vez –

Había un bicho reptando por la tierra que había recogido, un bicho con una marca roja en su lomo como una sonrisa sangrienta, y Jake lo arrojó con un grito de asco. ¡La Marca del Rey! ¡Digo la verdad! Volvió en sí y descubrió que tenía una rodilla en tierra, practicando arqueología como el héroe de alguna vieja película mientras los perros se acercaban más en su rastro. Y Acho lo miraba, con los ojos brillando de ansiedad.

"¡Ake! ¡Ake-Ake!"

"Sí," dijo, poniéndose en pie. "Ya voy. Pero Acho. . . ¿qué lugar es éste?"

Acho no tenía idea de por qué escuchaba ansiedad en la voz de su ka-dinh; lo que *él* veía era lo mismo que antes y lo que olía era lo mismo que antes: el olor de *ella*, el olor que el muchacho le había pedido que hallara y siguiera. Y ahora estaba más fresco. Corrió tras de él .

CUATRO

Jake volvió a detenerse cinco minutos después. "¡Acho! ¡Espera un momento!"

El ardor en su costado había vuelto, y era más profundo, pero no era aún suficiente para detenerlo. *Todo* había cambiado. O estaba cambiando. Y que Dios le ayudara, pensó que sabía en qué estaba cambiando.

Por encima de él las luces fluorescentes todavía brillaban, pero las baldosas estaban pobladas de verde. El aire se había tornado húmedo, empapando su camisa y pegándola contra su cuerpo. Una hermosa mariposa naranja de sorprendente tamaño pasó volando frente a sus ojos abiertos. Jake intentó atraparla pero la mariposa lo eludió fácilmente. Casi alegremente, pensó.

El corredor embaldosado se había transformado en un camino por la jungla. Adelante de ellos, descendía a un hoyo en el espesor, probablemente alguna clase de claro de bosque. Más allá Jake pudo ver inmensos árboles viejos creciendo en la niebla, con los troncos llenos de musgo, y las ramas cargadas de racimos. Podía ver helechos gigantescos, y a través de la fila de hojas, un cielo ardiente selvático. Sabía que estaba bajo Nueva York, debía estarlo, pero–

Lo que sonaba como un mono chilló, tan cerca que Jake se sobresaltó y alzó la mirada, seguro que lo vería encima de él sonriendo detrás de un banco de luces. Y luego, helándole la sangre, escuchó el rugido pesado de un león. Uno que definitivamente *no* estaba dormido.

Estaba a punto de retirarse, y a toda carrera, cuando se dio cuenta de que no podía; los hombres bajos (encabezados probablemente por el que le había dicho que el *padre* era *cena*) estaban atrás por esa vía. Y Acho lo miraba con una impaciencia de ojos brillantes, claramente esperando para continuar. Acho no era estúpido, pero no mostraba señales de alarma, al menos no por lo que había adelante.

Por su parte, Acho todavía no podía entender el problema del chico. Sabía que el muchacho estaba cansado –podía oler eso– pero también sabía que Ake estaba asustado. ¿Por qué? Habían olores desagradables en este lugar, el olor de muchos hombres destacando entre ellos, pero no le parecían a Acho peligrosos inmediatamente. Y además, el olor de *ella* estaba aquí. *Muy* fresco ahora. Casi nuevo.

"¡Ake!" gritó de nuevo.

Jake ya había recuperado el aliento. "De acuerdo," dijo, mirando a los lados. "Está bien. Pero despacio."

"Acio," dijo Acho, pero incluso Jake pudo detectar la sorprendente falta de aprobación en la respuesta del brambo.

Jake se movió sólo porque no tenía más opciones. Ascendió caminando por la curva del camino lleno de maleza (a los ojos de Acho el camino era perfectamente derecho, y así había sido desde que dejaron las escaleras) hacia la apertura llena de parras y helechos, hacia el chillido lunático del mono y el rugido que le congelaba los testículos del león cazando. La canción le daba vueltas en la cabeza una y otra vez

(en la villa. . . en la jungla. . . cállate querido, no molestes querido. . .)

y ahora sabía su nombre, incluso el nombre del grupo

(son los Token con "El León Duerme esta Noche," que salió de los listados pero no de nuestros corazones)

que la había cantado, pero ¿cuál era la película? ¿Cuál era el nombre de la maldita pe-?

Jake alcanzó la cima de la loma y el borde del claro. Vio a través de gruesas hojas verdes entrelazadas y brillantes flores púrpura (una pequeña lombriz verde viajaba en el corazón de una), y al ver, recordó el nombre de la película y la piel se le puso de gallina del cuello a los pies. Un momento después salió de la jungla (la poderosa jungla) el primer dinosaurio, y caminó hacia el claro.

CINCO

Érase una vez hace mucho mucho tiempo. . .

(lejos y pequeño)

cuando él era apenas un chiquillo;

(hay un poco para ti y un poco para mí)

érase una vez cuando una madre fue a Montreal con su club de arte y su padre fue a Las Vegas para el estreno anual de los programas de otoño;

(jalea de mora y té de mora)

érase una vez cuando 'Bama tenía cuatro-

SEIS

'Bama es como la única buena

(Sra. Shaw Sra. Greta Shaw)

lo llama. Ella corta los bordes de sus sandwiches, pone sus dibujos de la guardería en la nevera con imanes que parecen frutitas de plástico, lo llama 'Bama y ése es un nombre especial para él

(para ellos)

porque su padre le enseñó una noche embriagada de sábado a cantar "Más ancho, más ancho, cruza tu ola, corremos y no nos ocultamos, isomos la Ola Carmesí de (Ala)'Bama!" y por eso ella lo llama 'Bama, es un nombre secreto y el hecho de que ellos dos sepan lo que significa y nadie más lo sepa es como tener una casa en la que entras, una casa segura en los bosques tenebrosos donde afuera todas las sombras parecen monstruos, ogros y tigres.

("Tigre, tigre, arde brillante," le canta su madre, pues esto es su idea de una canción de cuna, junto con "Escuché un zumbido de mosca . . . cuando morí," lo que le produce a 'Bama Chambers un terrible caso de escalofríos, aunque él nunca se lo dice; yace en su cama a veces por la noche y a veces en la siesta de la tarde pensando Escucharé una mosca y será la mosca

de mi muerte, mi corazón se detendrá y mi lengua se atorará en mi garganta como una piedra que cae a un pozo y estos son los recuerdos que niega)

Es bueno tener un nombre secreto y cuando descubre que su madre se va a Montreal por amor al arte y su padre va a Las Vegas a ayudar a presentar los nuevos programas del Canal en el Upfronts le ruega a su madre que le pida a la Sra. Greta Shaw que se quede con él y finalmente su madre accede. El pequeño Jakie sabe que la Sra. Shaw no es madre y en más de una ocasión la Sra. Greta Shaw en persona le ha dicho que no es madre.

("Espero que sepas que no soy tu madre, 'Bama," dice, dándole un plato y en el plato hay mantequilla de maní, beicon y sandwich de banana con los bordes cortados como sólo Greta Shaw sabe cortarlos, "porque eso no está en mi contrato")

(Y Jakie –sólo que es 'Bama aquí, es 'Bama entre ellos– no sabe exactamente cómo decirle que lo sabe, lo sabe, lo sabe, pero que le basta con ella hasta que la cosa real aparezca o hasta que crezca lo suficiente para quitarse el miedo de la mosca de la muerte)

Y Jakie dice No se preocupe, me parece bien, pero aún le alegra que la Sra. Shaw esté de acuerdo con quedarse en vez de la última sirvienta extranjera que usa falda corta y siempre juega con su cabello y su lápiz labial y no le importa una mierda cómo esté él y no sabe que en lo secreto de su corazón él es 'Bama, y vaya si esa pequeña Daisy Mae

(que es como su padre llama a todas las sirvientas extranjeras)

es estúpida estúpida estúpida. La Sra. Shaw no es estúpida. La Sra. Shaw le da un pasabocas que a veces llama Té de la Tarde o incluso Té Alto, y sin importar lo que sea –queso campestre y fruta, un sandwich con los bordes cortados, flan y torta, canapés que quedaron de un cóctel la noche anterior– canta la misma canción cuando lo sirve: "Un pequeño pasabocas que está lejos y pequeño, hay un poco para ti y un poco para mí, jalea de mora y té de mora."

Hay un televisor en su cuarto, y todos los días mientras sus padres están fuera lleva allí su pasabocas de después de la escuela y mira mira mira y escucha el radio de la Sra. Shaw en la cocina, siempre los clásicos, siempre WCBS, y a veces la escucha, escucha a la Sra. Greta Shaw cantando con las Cuatro Estaciones Wanda Jackson Lee "Yah-Yah" Dorsey, y a veces sueña que sus padres mueren en un accidente aéreo y de alguna manera ella se vuelve su madre y le dice pobre chiquillo y pobre diablillo perdido y luego en virtud de alguna transformación mágica ella lo ama en vez de sólo cuidarlo, lo ama lo ama lo ama en la forma en que él la ama, ella es su madre (o tal vez su esposa, no está seguro de la diferencia entre las dos cosas), pero lo llama 'Bama en vez de dulzura

(su madre real)

o lanzador

(su padre)

y aunque sabe que la idea es estúpida, pensarlo en la cama es divertido, pensar en ello aleja la idea de la mosca de la muerte que entraría y zumbaría sobre su cadáver cuando muriera con la lengua en la garganta como una piedra en un pozo. En la tarde cuando llega a casa de la escuela guarda (para cuando es lo suficientemente mayor para saber que realmente es escuela guardaría ya está fuera de ella) mira Película del Millón de Dólares en su cuarto. En Película del Millón de Dólares pasan exactamente la misma película a exactamente la misma hora –cuatro en punto– todos los días por una semana. La semana antes que sus padres se fueran y la Sra. Greta Shaw se quedara en la noche en vez de irse a casa

(Oh qué alegría, pues la Sra. Greta Shaw niega Discordia, puedes decir amén)

había música proveniente de dos direcciones todos los días, estaban los clásicos en la cocina (WCBS puedes decir Dios bomba)

y en la televisión James Cagney camina orgulloso en un derby y canta sobre Harrigan –H-A-doble R-I, Harrigan ¡Ése soy yo! También aquella sobre ser un sobrino vivo real de mi Tío Sam.

Entonces es una nueva semana, la semana en que sus padres se fueron, y una nueva película, y la primera vez que la ve lo deja aterrorizado. Esta película se llama El Continente Perdido y es protagonizada por el Sr. César Romero, y cuando Jake la ve de nuevo (a la avanzada edad de diez años) se preguntará cómo pudo haber sentido miedo por una película tan estúpida como ésta. Porque es sobre exploradores que se pierden en la jungla, y hay dinosaurios en la jungla, y a los cuatro años de edad no se da cuenta que los dinosaurios no eran más que malditas CARICATURAS, en nada diferentes de Piolín y Silvestre, y Popeye el

Marino, uck-uckuck, puedes decir Pilón, Puedes darme una Oliva Olivo. El primer dinosaurio que ve es un triceratops que viene arrastrándose por la jungla, y la chica exploradora

(Preciosas te-tes, habría dicho sin duda su padre, es lo que su padre dice siempre acerca de lo que la madre de Jake llama Un Cierta Tipo de Chica)

grita a todo pulmón, y Jake gritaría también si pudiera pero su pecho está sellado del terror, ¡Oh aquí está la Discordia encarnada! En los ojos del monstruo ve la manifiesta nada que significa el final de todo, pues rogar no funcionará con un monstruo como ése y gritar no funcionará con un monstruo como ése, es demasiado tonto, el grito sólo sirve para atraer la atención del monstruo, y lo hace, éste gira hacia la Daisy Mae con las preciosas te-tes y luego embiste a la Daisy Mae con las preciosas te-tes y en la cocina (la poderosa cocina) escucha a los Tokens, que se fueron de los listados pero no de nuestros corazones, cantando sobre la jungla, la pacífica jungla, y aquí frente a los inmensos ojos aterrados del pequeño se encuentra una jungla que es cualquier cosa menos pacífica, y no es un león sino una cosa que se arrastra que se parece a un rinoceronte pero más grande, y tiene una clase de collar de huesos alrededor del cuello, y después Jake descubrirá que tales monstruos son llamados triceratops, pero por ahora no tiene nombre, lo que lo hace peor, sin nombre es peor. "Wimewe," cantan los Tokens, "Wiiii-ummmm-a-we," y desde luego César Romero le dispara al monstruo justo antes que pueda despedazar a la chica con las preciosas te-tes, lo que es bueno en el momento, pero esa noche el monstruo regresa, el triceratops regresa, está en su armario, porque incluso con cuatro años entiende que a veces su armario no es su armario, que su puerta puede abrirse a diferentes lugares donde hay peores cosas esperando.

Empieza a gritar, en la noche puede gritar, y la Sra. Greta Shaw entra al cuarto. Se sienta en el borde de su cama, su casa luce fantasmagórica con la mascarilla azul y gris, y le pregunta qué pasa 'Bama y de hecho él es capaz de decirle. Jamás habría podido decírselo a su padre o madre, si alguno de ellos hubiera estado allí para empezar, como desde luego no están pero le puede decir a la Sra. Shaw porque si bien no es muy diferente de las demás –las sirvientas extranjeras niñeras cuida niños estudiantes– es un poco diferente, lo suficiente para poner sus dibujos en la nevera con los pequeños imanes, suficiente para marcar toda la diferencia, para mantener firme la torre de la cordura un pequeño niño tonto, digan aleluya, digan hallado no perdido, digan amén.

Escucha todo lo que él tiene que decirle, asintiendo con la cabeza, y le hace decir tri CER a Tops hasta que finalmente le sale bien. Que le salga bien es mejor. Y entonces dice, "Esas cosas fueron reales alguna vez, pero murieron hace cientos de millones de años, 'Bama. Puede que incluso más. Ahora no me molestes más porque necesito dormir."

Jake mira El Continente Perdido en Película del Millón de Dólares todos los días esa semana. Cada vez que la ve, le asusta un poco menos. Una vez, la Sra. Greta Shaw entra y ve con él una parte. Le trae su pasabocas, una gran taza de Postre Hawaiano (y una para ella también) y le canta su maravillosa cancioncilla: "Un pequeño pasabocas que está lejos y pequeño, hay un poco para ti y un poco para mí, jalea de mora y té de mora." Desde luego no hay moras en el Postre Hawaiano, y en vez de té toman jugo de uvas Welch, pero la Sra. Greta Shaw dice que lo que cuenta es la idea. Le ha enseñado a decir salud antes de que tomen y a brindar con los vasos. Jake piensa que eso es lo mejor de todo, la tapa.

Pronto aparecen los dinosaurios. 'Bama y la Sra. Greta Shaw sentados uno junto al otro, comiendo Postre Hawaiano y viendo cómo uno de los grandes (La Sra. Greta Shaw dice que se llaman Tiranosorbetes rex) se come al explorador malo. "Dinosaurios de caricaturas," dice la Sra. Greta Shaw. "Es lo mejor que podrían hacer, ¿o no?" En lo que a Jake respecta, es la crítica de cine más brillante que ha oído en su vida. Brillante y útil.

Eventualmente sus padres regresan. Top Hat disfruta una semana de aparición en Película del Millón de Dólares y los terrores nocturnos del pequeño Jackie nunca se mencionan. Eventualmente olvida el miedo que tiene del triceratops y del Tiranosorbete.

SIETE

Ahora, yaciendo en el pasto alto y asomándose al claro nublado entre las hojas de un helecho, Jake descubría que algunas cosas *nunca* se olvidan.

Ten en mente la trampa mental, había dicho Jochabim, y al mirar el dinosaurio que se movía perezosamente –un triceratops de caricatura en una jungla real como un sapo imaginario en un jardín real– Jake se dio cuenta que era esto. Ésta era la trampa mental. El triceratops no era real sin importar lo terriblemente que pueda rugir, sin importar que Jake pudiera realmente olerlo –la vegetación crecida enraizándose en los suaves pliegues donde sus diminutas y regordetas piernas se encontraban con su estómago, la mierda pegada a su trasero con armadura, la rumia cayendo por entre sus mandíbulas llenas de colmillos– y escuchar su respiración irregular. No *podía* ser real, iera una *caricatura*, por amor de Dios!

Y sin embargo sabía que era lo suficientemente real para matarlo. Si bajaba a ese lugar, el triceratops de caricatura lo despedazaría como despedazaría a la Daisy Mae con las preciosas te-tes si César Romero no hubiera aparecido a tiempo para poner una bala en el Único Punto Vulnerable de la cosa con su gran rifle de cazador. Jake había logrado deshacerse de la mano que había intentado jugar con sus controles motores –había cerrado de un portazo todas esas puertas tan duro que le había cercenado los dedos intrusos de la mano, por lo que sabía– pero esto era diferente. No podía sólo cerrar los ojos y pasar caminando; eso era un monstruo real que su mente traidora había creado, y lo podía despedazar.

No había ningún César Romero aquí que evitara que sucediera. Ningún Rolando tampoco.

Sólo estaban los hombres bajos, corriendo tras su rastro y acercándose todo el tiempo.

Como para darle énfasis a esto, Acho miró hacia el lugar por donde habían venido y ladró una vez, muy duro.

El triceratops escuchó y rugió en respuesta. Jake esperaba que Acho se escondiera tras él cuando se oyó el terrible sonido, pero Acho siguió mirando a la espalda de Jake. Acho estaba preocupado por los hombres bajos, no por el triceratops adelante o el *Tiranosorbete rex* que podría venir luego, o–

Porque Acho no lo ve, pensó.

Consideró esta idea y no se la pudo sacar de la cabeza. Acho no lo había olfateado ni escuchado. La conclusión era inevitable: para Acho, el terrible triceratops en la poderosa jungla no existía.

Lo que no cambia el hecho de que para mí existe. Es una trampa que me pusieron, o para cualquiera que apareciera y que tuviera imaginación. Algún cachivache de la gente antigua, sin duda. Lástima que no esté dañada como casi todo lo demás que hicieron, pero no lo está. Veo lo que veo y no hay nada que pueda hacer en contra de –

No, espera.

Espera sólo un segundo.

Jake no tenía idea de qué tan buena era realmente su conexión mental con Acho, pero pensó que podría descubrirlo pronto.

“¡Acho!”

Las voces de los hombres bajos, estaban terriblemente cerca. Pronto verían al muchacho y al brambo detenidos allí y cargarían contra ellos. Acho podía olerlos acercándose pero miró a Jake con bastante calma de cualquier manera. A su amado Jake, por quien moriría si se lo pidieran.

“Acho, ¿podemos cambiar de lugares?”

Resultó que podían.

OCHO

Acho se irguió tambaleante en dos piernas, con Ake en sus brazos, moviéndose hacia adelante y atrás, horrorizado de descubrir lo delgado que era el rango de equilibrio del

muchacho. La idea de caminar incluso una pequeña distancia en sólo dos piernas era terriblemente preocupante, pero tenía que hacerse, y hacerse en el acto. Eso dijo Ake.

Por su parte, Jake sabía que tendría que cerrar los ojos prestados a través de los que veía. Estaba en la cabeza de Acho pero todavía podía ver el triceratops; también podía ver ahora un terodáctilo volando en el aire caliente sobre el claro, con las alas como de cuero extendidas para atrapar las corrientes termales que soplaban de los ventiladores.

¡Acho! Tienes que hacerlo tú solo. Y se queremos ir por delante de ellos tienes que hacerlo ya.

¡Ake! respondió Acho, y dio un paso tentativo hacia adelante. El cuerpo del muchacho onduló de lado a lado, al borde mismo del equilibrio y luego más allá. Las estúpidas dos piernas del cuerpo de Ake se tambalearon hacia los lados. Acho intentó no perder el equilibrio y sólo lo empeoró, cayendo hacia el costado derecho del muchacho y golpeando la cabeza peluda de Ake.

Acho intentó ladrar su frustración. Lo que salió de la boca de Ake fue una estupidez que era más palabra que sonido:

"¡Bark! ¡Ark! ¡Mierda-bark!"

"¡Lo escucho!" gritó alguien. "¡Corran! ¡Vamos, apuren, coños inservibles! ¡Antes que el pequeño bastardo llegue a la puerta!"

Los oídos de Ake no eran agudos, pero dado que las lozas magnificaban los sonidos, no hubo problema. Acho podía escuchar sus pies corriendo.

"¡Tienes que levantarte y seguir!" Intentó gritar Jake, y lo que salió fue una enredada frase en ladridos: *"¡Ake-Ake, arte y guir!"* Bajo otras circunstancias podría haber sido gracioso, pero no bajo éstas.

Acho se levantó poniendo la espalda de Ake contra la pared y empujando con sus piernas. Por fin lograba controlar los controles motores; estaban en un lugar que Ake llamaba *Dogan* y eran bastante simples. A la izquierda, sin embargo, un corredor de forma arqueada conducía a un inmenso cuarto lleno de maquinaria brillante. Acho sabía que si iba a ese sitio –la cámara donde Ake guardaba todos sus maravillosos pensamientos y su almacén de palabras– se perdería para siempre.

Afortunadamente no había necesidad. Todo lo que necesitaba estaba en el Dogan. Pie izquierdo. . . adelante. (Y *pausa.*) Pie derecho. . . adelante. (Y *pausa.*) Agarra la cosa que parece un bilibrambo pero que realmente es tu amigo y usa el otro brazo para equilibrar. Aguanta el afán de ponerte en cuatro patas y moverte. Los perseguidores llegarán si lo hace; no puede olerlos ya (no con el sorprendentemente estúpido bulbo que Ake tenía por nariz), pero está seguro de ello.

Por su parte, Jake podía olerlos con claridad, al menos una docena y tal vez incluso dieciséis. Sus cuerpos eran motores perfectos de hedor, y enviaban su aroma por delante en una nube sucia. Podía oler el espárrago que había sido la cena de uno de ellos; podía oler el aroma carnoso y errado del cáncer que crecía en otro, probablemente en su cabeza o tal vez en su garganta.

Entonces escuchó al triceratops rugir de nuevo. Obtuvo respuesta de la cosa-pájaro que volaba sobre su cabeza.

Jake cerró sus ojos –bueno, los de Acho. En la penumbra, el movimiento de lado a lado del brambo era aún peor. Jake estaba preocupado porque si tenía que soportarlo mucho tiempo (especialmente con sus ojos cerrados), vomitaría. Sólo llámenlo 'Bama el Marino que se Marea.

Ve, Acho, pensó. Tan rápido como puedas. No vuelvas a caer, pero. . . itan rápido como puedas!

NUEVE

De haber estado Eddie allí, se habría acordado de la señora Mislaburski en su cuadra: la señora Mislaburski en febrero, después de una nevisca, cuando el andén estaba lleno de hielo y aún sin que se le echara sal. Hubiera o no hielo, sin embargo, nada la alejaba de su merienda en el mercado de la Avenida Castle (o de la misa los domingos, pues la señora Mislaburski era

tal vez la católica más devota de Co-Op City). De forma que allí iba, con las gruesas piernas separadas, sus medias veladas de color rosa, un brazo pegando su bolso a su inmenso busto, y el otro para darse equilibrio, con la cabeza gacha, y los ojos buscando las pilas de cenizas donde algún responsable edificio de supermercado había desaparecido (que Jesús y la Virgen bendigan esos buenos hombres), así como por aquellos pedazos traicioneros que la vencerían, que la harían caer con las grandes rodillas color rosa separados, y caería en sus sentaderas o con la espalda, una mujer podría romperse la columna, una mujer podría quedarse *paralizada* como la pobre hija de la Sra. Bernstein que estuvo en ese accidente de autos en Mamaroneck, esas cosas pasaban. Y así ignoraba los insultos de los niños (a menudo entre ellos Henry Dean y su pequeño hermano Eddie), y seguía su camino, con la cabeza baja, un brazo estirado para equilibrarse, un bolso negro de anciana apretado contra su tórax, convencida de que si caía protegería su bolso y sus contenidos a cualquier costo, caería sobre él como Joe Namath caía sobre el balón después de un saque.

Así caminaba Acho del Mundo Medio con el cuerpo de Jake por un alargado corredor subterránea que se veía (al menos para él) casi igual a todos los demás. La única diferencia que podía ver eran los tres hoyos a cada lado, con grandes ojos de vidrio asomándose por ellos, ojos que hacían un bajo y constante zumbido.

En sus brazos iba algo que parecía un brambo con los ojos cerrados estrechamente. Si hubieran estado abiertos, Jake podría haberlos reconocidos como dispositivos de proyección. Más probablemente no los habría visto en absoluto.

Caminando lentamente (Acho sabía que los estaban alcanzando, pero también sabía que caminar despacio era mejor que caerse), con las piernas bien separadas y meneándose a cada lado, con Ake acurrucado en su pecho tal como la señora Mislaburski cargaba su bolso en esos helados días, caminó a través de los ojos de vidrio. El zumbido se diluyó. ¿Ya era lo suficientemente lejos? Eso esperaba. Caminar como humano era sencillamente demasiado difícil, demasiado fatigoso. Como lo era estar cerca de toda la maquinaria de pensamiento de Ake. Sentía una necesidad de darse la vuelta y verla –todas esas superficies brillantes– pero no lo hizo. Mirar bien podría producir hipnosis. O algo peor.

Se detuvo. “¡Jake! ¡Mira! ¡Ve!”

Jake intentó decir *Okay*, y en cambió ladró. Muy gracioso. Cuidadosamente abrió los ojos y vio pared con baldosas a cada lado. Había pasto y pequeños brotes de helechos aún creciendo en ella, bastante reales, pero *era* una baldosa. *Era* un corredor. Miró atrás suyo y vio el claro. El triceratops los había olvidado. Estaba enzarzado en una batalla a muerte con el Tiranosorbete, una escena que recordaba con perfecta claridad de *El Continente Perdido*. La chica con las preciosas te-tes había visto la batalla desde la seguridad de los brazos de César Romero, y cuando el Tiranosorbete de caricaturas había puesto su amplia boca sobre la cara del triceratops dándole muerte, la chica había sepultado su propio rostro contra el varonil pecho de César Romero.

“¡Acho!” ladró Jake, pero el ladrado era *endeblo* y cambió a pensar en vez de ladrar.

¡Cambia conmigo de nuevo!

Acho estaba ansioso por obedecer –nunca había querido nada tanto– pero antes que pudieran hacer el cambio, los perseguidores los vieron.

“¡Allí!” gritó el que tenía el acento de Boston –el que había dicho que el *Padre* era *cena*. “¡Allí están! ¡Atrápenlos! ¡Dispárenles!”

Y mientras Jake y Acho intercambiaban sus mentes a sus propios cuerpos, empezaron a volar las primeras balas alrededor suyo como dedos que chasquean.

DIEZ

El tipo que dirigía a los perseguidores era un hombre llamado Flaherty. De los diecisiete, era el único huma. Los demás salvo uno eran hombres bajos y vampiros. El último era un taheen con la cabeza de un armiño inteligente y un par de piernas peludas que salían de unas bermudas. Por debajo de las piernas habían unos pies delgados que terminaban en espinas

brutalmente afiladas. Una sola patada de uno de los pies de Lamla partiría en dos a un hombre ya crecido.

Flaherty –criado en Boston, por los últimos veinte años uno de los hombres del Rey en un número de Nueva Yorks de final del siglo veinte– había reunido esta partida tan rápido como pudo, en una agonía de miedo y furia. *Nada entra al Pig*. Eso era lo que Sayre le había dicho a Meiman. Y si algo *entraba*, bajo ninguna circunstancia debía dejársele salir. Eso valía el doble para el pistolero o cualquiera de su ka-tet. Su intromisión hacía tiempo había superado la etapa apenas molesta, y no era necesario ser de la élite para saberlo. Pero ahora Meiman, a quien sus pocos amigos llamaban Canario, estaba muerto y el chico había logrado pasarlos de alguna manera. ¡Un *chico*, por el amor de Dios! ¡Un jodido *chico*! Pero ¿cómo iban a saber que los dos tendrían un tótem tan poderoso como esa tortuga? Si la maldita cosa no hubiera caído bajo una de las mesas, aún los tendría quietos en su sitio.

Flaherty sabía que esto era cierto, pero también sabía que Sayre nunca lo aceptaría como un argumento válido. Ni siquiera le daría a él, Flaherty, una oportunidad de esgrimirlo. No, estaría muerto mucho antes de eso, y los otros también. Tirados en el suelo con los insectos-doctores hartándose con su sangre.

Era fácil decir que el chico sería detenido en la puerta, que no sabría –no *podía* saber– ninguna de las frases de autorización que la abrían, pero Flaherty ya no confiaba en tales ideas, con todo y lo tentadoras que parecieran. Todas las apuestas eran favorables, y Flaherty tuvo una sensación creciente de alivio cuando vio al chico y su amiguito peludo detenerse adelante. Muchos de la partida dispararon, pero erraron. Flaherty no estaba sorprendido. Había una suerte de área verde entre ellos y el chico, un pedazo de jungla bajo la ciudad era lo que parecía, y subía una neblina, haciendo difícil apuntar. ¡Además de alguna clase de ridículos dinosaurios de caricatura! Uno de ellos levanto su cabeza manchada de sangre y les rugió, sosteniendo sus pequeñas patas frontales contra su pecho escamado.

Parece un dragón, pensó Flaherty, y ante sus ojos el dinosaurio de caricatura se transformó en un dragón. Rugió y expelió una llamarada que incendió varias viñas y algo de musgo. El chico, entretanto, se movía de nuevo.

Lamla, el taheen con cabeza de armiño, se puso al frente y levantó un puño peludo a su frente. Flaherty devolvió el saludo impacientemente. “¿Qué hay allá abajo, Lam? ¿Lo sabes?”

Flaherty mismo nunca había estado debajo del Pig. Cuando viajaba por negocios, siempre era entre los Nueva Yorks, lo que significaba que sólo tenía que usar la puerta en la Calle cuarenta y siete entre primera y segunda, la que quedaba en la bodega eternamente vacía en la calle Bleecker (sólo que en algunos mundos era un edificio eternamente construido a medias), o la de un sólo sentido en la calle noventa y cuatro. (La última estaba ahora dañada la mayor parte del tiempo, y desde luego nadie sabía cómo repararla.) Habían otras puertas en la ciudad –Nueva York estaba lleno de portales a otros dónde y cuándo– pero aquellas eran las únicas que todavía funcionaban.

Y la que llevaba a Fedic, desde luego. La que quedaba adelante.

“Es un hacedor de milagros,” dijo la cosa–armiño. Su voz era húmeda y temblorosa y muy lejos de ser humana. “Esta máquina produce lo que temes y lo hace real. Sayre la debió haber prendido cuando él y su tet pasaron con la mujer de piel negra. Para mantener seguro su rastro, entiendes.”

Flaherty asintió. Una trampa mental. Muy astuto. Sin embargo ¿de qué bien sirvió, realmente? De alguna manera el niño cagón había pasado, ¿o no?

“Lo que el niño vio se tornará en lo que nosotros tememos,” dijo el taheen. “Funciona por la imaginación.”

Imaginación. Flaherty evaluó la palabra. “Bien. Vean lo que vean diles que lo ignoren.”

Levantó un brazo para poner en movimiento a sus hombres, muy aliviado por lo que Lam le había dicho. Porque tenían que apurar la cacería, ¿no? Sayre (o Walter de la Penumbra, que era aún peor) mataría muy seguramente a todos si no podían detener a este mocoso. Y Flaherty le tenía realmente *miedo* a la idea de los dragones, eso era lo otro; les temía desde que su padre le había leído una historia de ellos cuando era niño.

El taheen lo detuvo antes que completara el gesto de vamos.

“¿Qué pasa ahora, Lam?” gruñó Flaherty.

"No entiendes. Lo que hay allí es tan real como para mataros. Para matarnos a *todos*."

"¿Qué ves *tú*, entonces?" No era momento de ser curioso, pero ésa había sido siempre la maldición de Conor Flaherty.

Lamla bajó la cabeza. "No me gusta decirlo. Es muy malo. El punto es, sai, que moriremos allí si no tenemos cuidado. Lo que sucedería podría parecer un infarto o un ataque al corazón ante los ojos de cualquiera, pero sería lo que se ve abajo. Cualquiera que no crea que la imaginación puede matar es un tonto."

El resto se había ya reunido tras el taheen. Miraban de manera intercalada al claro nublado y a Lamla. A Flaherty no le gustó lo que vio en sus rostros, ni un poco. Matar a uno o dos de aquellos menos dispuestos a vendar sus enojados ojos podría devolver el entusiasmo al resto, pero ¿de qué serviría eso si Lamla tenía la razón? ¡Maldita gente antigua, siempre dejando regados sus juguetes! ¡Juguetes peligrosos! ¡Cómo complicaban la vida! ¡Una viruela en cada uno de ellos!

"¿Entonces cómo pasamos?" gritó Flaherty. "Y de paso, ¿cómo cruzó el *mocoso*?"

"No sé del mocoso," dijo Lamla, "pero todo lo que *nosotros* tenemos que hacer es dispararle a los proyectores."

"¿*Cuáles* malditos proyectores?"

Lamla señaló abajo. . . o a lo largo del curso del corredor, si lo que el feo bastardo decía era cierto. "Allí," dijo Lam. "Sé que no podéis verlos, pero os doy mi palabra, allí están. A cada lado."

Flaherty observaba con una cierta fascinación mientras que el claro nublado de la jungla seguía cambiando ante sus ojos en lo profundo del bosque, como en *Érase una vez una época en la que todos vivían en el bosque oscuro y profundo y nadie vivía en otras partes, que un dragón vino a destruir*.

Flaherty no sabía que era lo que Lamla y el resto de ellos veían, pero ante sus ojos el dragón (que no hacía mucho era un Tiranosorbete) obedientemente destruyó, incendiando árboles y buscando pequeños niños católicos que comer.

"¡No veo *NADA*!" le gritó a Lamla. "¡Creo que has perdido la maldita *CABEZA*!"

"Los he visto apagados," dijo Lamia calmadamente, "y puedo recordar en dónde se encuentran. Si me dejaras traer cuatro hombres y ponerlos a disparar a cada lado, no creo que nos lleve mucho apagarlos."

Y ¿qué dirá Sayre cuando le diga que destruimos a disparos su preciosa trampa mental? podría haber dicho Flaherty. *Y de paso ¿qué diría Walter de la Penumbra? Porque lo que está roto no puede repararse nunca, no por nosotros que sabemos cómo frotar dos palos y hacer fuego pero no mucho más.*

Podría haberlo dicho pero no hizo. Porque atrapar al muchacho era más importante que cualquier artificio de la gente antigua, incluso uno tan sorprendente como una trampa mental. Y Sayre era quien la había prendido, ¿o no? ¡Digo sí! Si era necesario explicar algo, ¡que lo haga Sayre! ¡Que él se arrodille ante los chicos grandes y hable hasta que le callen! Entre tanto el mocoso maldito por todos los dioses seguía aumentando la ventaja que Flaherty (quien se imaginaba recibiendo honores por alcanzar la brecha tan pronto) y sus hombres habían reducido de manera tan radical. ¡Si sólo uno de ellos hubiera tenido la suficiente suerte para haberle dado al chico cuando él y su bola de pelos habían estado a la vista! ¡Ah, pero siempre estaba el deseo en una mano y la mierda en la otra! ¡Mira a ver cuál se llena primero!

"Lleva a los mejores tiradores," dijo Flaherty en su acento de Back Bay/John F. Kennedy. "Que lo hagan."

Lamla le ordenó a tres hombres bajos y a uno de los vampiros que se acercaran, puso a dos a cada lado y les habló rápidamente en otro lenguaje. Flaherty dedujo que un par de ellos ya había estado allí y, al igual que Lam, recordaban dónde se encontraban ocultos los proyectores en las paredes.

Mientras tanto, el dragón de Flaherty –o más propiamente hablando, el dragón de su *papá*– siguió destruyendo en el profundo bosque oscuro (la jungla ya había desaparecido completamente) y encendía cosas.

Finalmente –aunque para Flaherty pareció mucho tiempo, fueron probablemente menos de treinta segundos– los tiradores empezaron a disparar. Casi inmediatamente bosque y dragón

palidecieron ante los ojos de Flaherty, transformados en algo que parecía una escena de película sobre-expuesta.

"*¡Ése es uno de ellos!*" gritó Lamla en una voz que sonaba desafortunadamente ovina cuando elevaba el tono. "*¡Disparen a ése! ¡Disparen a ése por el amor de sus padres!*"

La mitad del grupo probablemente nunca tuvo tal cosa, pensó melancólicamente Flaherty. Luego se escuchó el claramente audible sonido de un cristal rompiéndose y el dragón quedó paralizado en su sitio con oleadas de llamas surgiendo de su boca y fosas nasales, así como de las agallas en los costados de su garganta cubierta.

Animados, los tiradores empezaron a disparar más rápido, y unos pocos momentos después el claro y el dragón congelado desaparecieron. En el lugar en que habían estado sólo había más corredor embaldosado, con los rastros de aquellos que habían pasado recientemente por esa vía marcados en el polvo. A cada lado estaban los portales proyectores destrozados.

"¡De acuerdo!" gritó Flaherty después de asentir con la cabeza hacia Lamia. "¡Ahora vamos por el chico, y vamos a alcanzarlo y a atraparlo, y lo vamos a traer con la cabeza en una estaca! ¿Están conmigo?"

Rugieron de acuerdo salvajemente, ninguno con más fuerza que Lamla, cuyos ojos brillaban con el mismo amarillo-naranja malévolamente del aliento del dragón.

"¡Bien, entonces!" dijo Flaherty, murmurando un estribillo que cualquier soldado de la Marina habría reconocido: "*No importa cuánto corras-*"

"*¡NO IMPORTA CUÁNTO CORRAS!*" gritaron a su vez mientras trotaban de a cuatro por el lugar donde había estado la jungla de Jake. Sus pies crujieron sobre el vidrio roto.

¡Te atraparemos antes que acabemos!

¡TE ATRAPAREMOS ANTES QUE ACABEMOS!

¡Puedes correr a Caín o a Lud-

¡PUEDES CORRER A CAÍN O A LUD!

¡Nos comeremos tus bolas y beberemos tu sangre!

Lo gritaron en respuesta, y Flaherty apretó el paso aún un poco más.

ONCE

Jake los escuchó acercarse de nuevo, vengan-vengan-commala. Los escuchó prometiendo comerse sus bolas y beberse su sangre.

Bla, bla, bla, pensó, pero intentó correr más rápido de cualquier forma. Le alarmó descubrir que no podía. Hacer el cambio de mentes con Acho lo había agotado un poco-

No.

Rolando le había enseñado que el auto engaño no era nada más que orgullo disfrazado, una indulgencia a negar. Jake había hecho lo más que podía para seguir este consejo, y como resultado admitió que "estar cansado" ya no describía su situación. Al escozor en su costado le habían crecido colmillos que se hundían en su axila. Sabía que le había sacado ventaja a sus perseguidores; también sabía por la cadencia de los gritos que estaban ganando la distancia que habían perdido. Pronto estarían disparándoles a él y a Acho otra vez, y si bien los hombres no disparaban una mierda mientras corrían, siempre alguien podía correr con suerte.

Ahora vio algo adelante, bloqueando el corredor. Una puerta. Al acercarse, Jake se permitió preguntarse que haría si Susannah no estaba al otro lado. O si estaba allí pero no sabía cómo ayudarlo.

Pues él y Acho se defenderían, eso era todo. No hay dónde cubrirse, no hay manera de volver a utilizar el Paso de las Termópilas esta vez, pero lanzaría platos y quitaría cabezas hasta que lo derribaran.

Si era necesario, claro está.

Tal vez no lo era.

Jake se lanzó hacia la puerta, la respiración latiendo caliente en su garganta –casi quemándole– y pensó, *Da igual. No podría haber corrido mucho más de cualquier manera.*

Acho llegó primero. Puso sus patas frontales en la madera y alzó la mirada como si pudiera leer las palabras escritas en la puerta y el mensaje que se prendía y apagaba debajo. Luego miró hacia atrás a Jake, quien llegó sin aire con una mano presionada contra su axila y el resto de los Orizas meneándose ruidosamente en el bolso.

NORTH CENTRAL POSITRONICS, LTDA.

Nueva York/Fedic

Seguridad Máxima

SE REQUIERE CÓDIGO VERBAL DE ENTRADA

#9 CONFIGURACIÓN FINAL

Intentó mover la cerradura, pero eso sólo era una formalismo. Cuando el helado metal se rehusó a girar al moverlo, no se molestó en intentarlo otra vez sino que en cambio golpeó con los puños contra la madera. “¡Susannah!” gritó. “¡Si estás ahí, déjame pasar!”

Ni por el pelo de mi barbilla–barbilla–barbilla escuchó decir a su padre, y su madre, mucho más gravemente, como si supiera que narrar historias es un negocio serio: *Escuché el zumbido de una mosca,. . . cuando morí.*

De atrás de la puerta no había nada. De atrás de Jake, las voces del grupo del Rey Carmesí cantando se acercaban.

“¡Susannah!” vociferó, y cuando esta vez no hubo respuesta se dio la vuelta, puso la espalda contra la puerta (¿no había sabido siempre que así terminaría, con la espalda contra una puerta cerrada?), y agarró un Oriza en cada mano. Acho se quedó entre sus pies, y ahora su piel estaba erizada, ahora la suave piel aterciopelada de su hocico se retrajo para mostrar sus dientes.

Jake cruzó los brazos, adoptando “la carga.”

“Vengan entonces, bastardos,” dijo. “Por Gilead y los Eld. Por Rolando, hijo de Steven. Por mí y por Acho.”

Al principio estaba tan fieramente concentrado en morir bien, en llevarse consigo al menos a uno de ellos (el tipo que le había dicho que el *Padre* era *cena* sería su preferencia personal) y más si podía, para darse cuenta de que la voz que oía había venido del otro lado de la puerta más que de su propia mente.

“¡Jake! ¿Realmente eres tú, dulzura?”

Sus ojos se agrandaron. Por favor que no sea un truco. Si lo fuera, Jake pensó que jamás le volverían a hacer otro.

“¡Susannah, ya vienen! ¿Sabes cómo–”

“¡Sí! Debería ser *chassit* todavía, ¿me escuchas? Si Nigel tiene la razón, la palabra aún debe ser *cha*–”

Jake no le dio tiempo de terminar de decirlo. Ahora podía verlos acercándose, corriendo. Algunos agitaban sus pistolas y ya disparaban al aire.

“¡Chassit!” gritó. “¡Chassit por la Torre! ¡Ábrete! ¡Ábrete, hija de puta!”

Tras de su espalda, la puerta entre Nueva York y Fedic sonó abriéndose. Al comando de la partida que atacaba, Flaherty vio cómo sucedía, profirió la maldición más amarga de su léxico y disparó una sola bala. Era bueno disparando, y toda la fuerza de su no poco considerable voluntad fue con ese proyectil en particular, guiándola. Sin duda habría atravesado la frente de Jake por encima de su ojo izquierdo, entrando en su cerebro y terminando con su vida, si una mano fuerte de dedos oscuros no hubiera tomado a Jake del cuello en ese mismo instante y lo hubiera arrastrado a través del agudísimo sonido de agujero de ascensor que suena

interminablemente entre los niveles de la Torre Oscura. La baló zumbó sobre su cabeza en vez de penetrar en ella.

Acho fue con él, ladrando el nombre de su amigo agudamente –*iAke-Ake, Ake-Ake!*– y la puerta se cerró con fuerza detrás de ellos. Flaherty llegó veinte segundos después y la golpeó hasta que sus puños sangraron (cuando Lamia intentó calmarlo lo empujó con tal fiereza que el taheen quedó tendido en el suelo), pero no había nada que hacer. Golpear la puerta no funcionaría; maldecir no funcionaría; nada funcionaría.

En el último minuto, el muchacho y el brambo los habían eludido. Por al menos un poco más el núcleo del ka-tet de Rolando permanecía sin romperse.

Capítulo VI

En Turtleback Lane

UNO

Mira esto, te ruego, y míralo muy bien, pues es uno de los lugares más bellos que aún quedan en los Estados Unidos.

Te mostraré un camino casero sin pavimentar que corre por un risco en espiral rodeado de muchos árboles en el oeste de Maine, sus límites a norte y sur dan a la Ruta 7 a unos tres kilómetros de distancia entre ellos. Al oeste de este risco, como una obra de joyería, existe una profunda depresión verde en el paisaje. En el fondo de ella –la piedra en la joya– está el Lago Kezar. Como todos los lagos de montaña, puede cambiar su aspecto media docena de veces en un sólo día, pues aquí el clima es más que mágico; podrías llamarlo medio loco y tener toda la razón. Los locales estarían felices de decirte sobre copos de nieve de helado que cayeron en esta parte del mundo una vez a finales de agosto (hacia 1948) y una vez cayeron en el Cuarto Glorioso (1959). Estarían aún más deleitados al decirte sobre el tornado que vino arrasando a través de la superficie congelada del lago en enero de 1971, absorbiendo nieve y creando un mini huracán que sonaba con truenos en la mitad. Difícil de creer un clima tan desquiciado, pero puedes ir a ver a Gary Baker, si no me crees; él tiene las fotografías para comprobarlo.

Hoy día el lago al fondo de la depresión es más oscuro que el pecado casero, no sólo reflejando los rayos sino amplificando su humor. A cada instante una mezcla de rayos plateados golpea a través del cristal que parece de obsidiana cuando los rayos brotan de las nubes en lo alto. El sonido del trueno rueda a través del cielo congestionado de occidente a oriente, como las ruedas de algún gran carruaje de piedra rodando por un callejón en el cielo. Los pinos, robles y abedules están quietos y todo el mundo sostiene la respiración. Todas las sombras han desaparecido. Los pájaros han quedado en silencio. En lo alto otro de esos grandes vagones hace su solemne curso, y en su movimiento –iescuchen!– oímos un motor. Pronto el polvoriento Ford Galaxie de John Cullum aparece con el rostro ansioso de Eddie Dean asomándose tras el volante y las luces brillando en la oscuridad prematura.

DOS

Eddie abrió la boca para preguntarle a Rolando qué tan lejos iban, pero desde luego lo sabía. El extremo sur de Turtleback Lane estaba marcado por una señal que mostraba un gran 1 negro, y cada una de las variantes que llevaban al lago a su izquierda llevaba otro número mayor. Vieron chispazos del agua a través de los árboles, pero las casas mismas estaban debajo de ellos en la pendiente y no podían verse. Eddie parecía saborear ozono y aceite eléctrico cada vez que inhalaba, y un par de veces se pasó la mano por el pelo en su nuca, seguro de que estaría erizado. No lo estaba, pero saberlo no cambiaba la sensación nerviosa y

embruja de regocijo que seguía fluyendo a través suyo, iluminando su plexo solar como un corto circuito sobrecargado que se esparcía desde allí. Era la tormenta, desde luego; resultó ser uno de esos que sienten cómo se acercan en las terminaciones de sus nervios. Pero nunca tan fuerte como esta vez.

No es sólo por la tormenta y lo sabes.

No, desde luego que no. Aunque pensó que todos esos voltios salvajes podrían de alguna manera haber facilitado su contacto con Susannah. Iba y venía como la señal que se tiene de estaciones de radio distantes en las noches, pero desde su encuentro con

(Tú Hijo de Roderick, tú despreciado, tú perdido)

Chevin de Chayven, se había vuelto mucho más fuerte. Porque toda esta parte de Maine era delgada, sospechaba, y cercana a muchos mundos. Así como su ka-tet estaba cerca de estar completo de nuevo. Pues Jake estaba con Susannah, y los dos parecían estar a salvo por el momento, con una puerta sólida entre ellos y sus perseguidores. Sin embargo había algo adelante de aquellos dos, igualmente –algo de lo que Susannah o no quería hablar o no podía hacer claro. Incluso así, Eddie había sentido el miedo que le tenía y el miedo de que volviera, y pensó que sabía lo que era: el bebé de Mia. Que había sido también de Susannah en alguna forma que no entendía del todo. Por qué una mujer armada le tendría miedo a un bebé, Eddie no lo sabía, pero estaba seguro de que si le tenía miedo, sería por una buena razón.

Pasaron por una señal que leía FENN, 11, y otra que decía ISRAEL, 12. Luego llegaron a una curva y Eddie pisó los frenos del Galaxie, parando el auto con fuerza y levantando mucho polvo. Aparcado al lado del camino junto a una señal que decía BECKHARDT, 13, había una camioneta Ford familiar y un hombre todavía más familiar apoyado despreocupadamente contra la parte delantera con manchas de óxido, vestido con vaqueros azules con dobladillos y una camisa azul de chambray abotonada hasta el cuello con papada bien afeitado. También llevaba una gorra de los Medias Rojas de Boston inclinada ligeramente a un lado como si dijera *Atrapé tu lanzamiento, compañero*. Fumaba una pipa, el humo azul salía y parecía flotar suspendido alrededor de su cara alegre y llena de líneas en el aire difícil de respirar previo a la tormenta.

Todo esto lo vio Eddie con la claridad de sus nervios amplificadas, consciente de que sonreía como cuando uno se encuentra con un viejo amigo en un lugar extraño –las pirámides de Egipto, la plaza de mercado en el viejo Tangiers, tal vez una isla en la costa de Formosa, o Turtleback Lane en Lovell en una tarde llena de relámpagos en el verano de 1977. Y Rolando también sonreía. ¡La vieja, larga, alta y fea sonrisa! Las maravillas nunca cesaban, eso parecía.

Salieron del auto y se acercaron a John Cullum. Rolando levantó un puño a su frente y dobló un poco su rodilla. “¡Salve, John! Te veo muy bien.”

“Ahá, te veo, también,” dijo John Cullum. “Claro como el día.” Produjo un rápido saludo desde abajo de su gorra y por encima de sus cejas. Luego movió la barbilla en dirección a Eddie. “Joven tipo.”

“Largos días y noches placenteras,” dijo Eddie, y tocó su frente con los nudillos. No era de este mundo, ya no, y fue un alivio dejar de fingir.

“Es un buen deseo,” comentó John. Luego: “Les gané en llegar. Pensé que podría.”

Rolando miró a los árboles a lado y lado del camino, y a la acumulación de oscuridad en el cielo sobre ellos. “¿No creo que éste sea el lugar. . .?” En su voz sólo había un pequeño fragmento de pregunta.

“No, éste no es el lugar al que quieren llegar,” dijo John, soplando su pipa. “Pasé por el lugar donde quieren llegar de camino, y les digo esto: si quieren que tengamos una palabra, mejor aquí que allá. Cuando llegas allí, no puedes más que rehipirar. Les digo, nunca he visto nada igual.” Por un momento su rostro brilló como el de un niño que ha atrapado su primera libélula entre las manos y Eddie vio que cada palabra iba en serio.

“¿Por qué?” preguntó. “¿Qué hay allí? ¿Aparecidos? ¿O una puerta?” La idea se le ocurrió y luego lo atrapó. “Es una puerta, ¿cierto? ¡Y está abierta!”

John empezó a negar con la cabeza, y luego pareció pensarlo de nuevo. “Podría ser una puerta,” dijo, alargando el sustantivo hasta se volvió algo lujurioso, como un suspiro al final de un largo y difícil día: *pueeehhhtaa*. “No se ve exactamente como una puerta, pero. . . sí. Podría

ser. ¿En alguna parte de esa luz?" Parecía estar calculando. "Ahá. Pero creo que quieren que tengamos una palabra, y si subimos allí a Cara Risa, no habrá palabra; sólo ustedes con la boca abierta." Cullum llevó hacia atrás su cabeza y rió. "¡Yo también!"

"¿Qué es Cara Risa?" preguntó Eddie.

John levantó los hombros. "Mucha gente con propiedades junto a los lagos le pone nombres a sus casas. Creo que es porque pagan mucho por ellas, y quieren recibir un poco más a cambio. Como sea, Sara está vacía en este momento. La familia McCray de Washington D. C. es la dueña, pero la han puehhto en venta. No han tenido buena suerte. El hombre tuvo un infarto, y ella. . ." hizo con la mano un movimiento como de beber de una botella.

Eddie asintió. Había mucho de esta cacería de Torres que no entendía, pero también habían cosas que sabía sin preguntar. Una era que el centro de la actividad de aparecidos en esta parte del mundo era la casa en Turtleback Lane que John Cullum había identificado como Sara Risa. Y cuando llegaran allí, encontrarían que el número que la identificaba en la carretera era 19.

Alzó la mirada y vio nubes de tormenta moviéndose apresuradas al oeste sobre el Lago Kezar. Oeste hacia las Montañas Blancas, también –lo que casi seguramente se llamaba la Discordia en un mundo no lejos de aquí– y a lo largo del Camino del Haz.

Siempre a lo largo del Camino del Haz.

"¿Qué sugieres, John?" preguntó Rolando.

Cullum asintió ante la señal que decía BECKHARDT. "He cuidado de la propiedad de Dick Beckhardt desde finales de los cincuentas," dijo. "Un buen hombre, ehtá en Washington ahora, haciendo algo con la administración Carter." *Caahhteeeh*. "Tengo la llave. Podríamos ir allí. Está tibio y seco y no creo que vaya a estar así en este lugar por mucho tiempo. Pueden contah su cuento, y yo puedo ehcuchar –algo que hago muy bien– y luego podemoh ir a dar un vistazo en Cara. Yo. . . bueno *nunca* he. . ." Sacudió la cabeza, se sacó la pipa de la boca, y los miró con un asombro completo. "Nunca he visto nada igual, les digo. Es como si ni siquiera supiera cómo mirarlo."

"Vamos," dijo Rolando. "Iremos en tu carromóvil, si está bien para ti."

"Está bien," dijo John, y se subió a la parte de atrás.

TRES

La cabaña de Dick Beckhardt estaba a casi un kilómetro, rodeada de pinos, agradable. Había una caldera en la sala y un tapete bordado en el piso. La pared occidental era de vidrio de lado a lado y Eddie tuvo que quedarse allí un momento, contemplando, a pesar de la urgencia de su misión. El lago se había puesto de un color como de ébano muerto que de alguna manera provocaba miedo –*como el ojo de un zombie*, pensó, y no tenía idea de por qué lo pensó. Tenía la idea de que si el viento soplaba (como lo haría seguramente cuando cayera la lluvia) la espuma de las olas movería la superficie y haría más fácil verla. Se llevaría esa apariencia de algo que *te devolvía* la mirada.

John Cullum se sentó en la mesa de pino pulido de Dick Beckhardt, se quitó la gorra, y la sostuvo en los dedos apretados de la mano derecha. Miró con gravedad a Rolando y Eddie. "Nos conocemos bahtante bien para ser gente que no se ha conocido por mucho tiempo," dijo. "¿No dirían eso?"

Asintieron. Eddie seguía esperando que el viento empezara fuera, pero el mundo seguía conteniendo la respiración. Quería apostar que iba a ser una tormenta infernal cuando llegara.

"La gente se conoce así en el Ejército," dijo John. "En la guerra." *Ejéeehcito*. Y *guerra* demasiado yankee como para representarlo. "Como es siempre cuando no hay papas fritas, debería decir."

"Sí," dijo Rolando. "'Disparar produce relaciones cercanas,' decimos."

"¿Sí? Ahora sé que tienen cosas que contarme, pero antes que empiecen, hay algo que tengo que decirles. Y le daría una sonrisa y un beso a un cerdo si no les va a gustar mucho."

“¿Qué?” preguntó Eddie.

“El Comisario del Condado Eldon Royster tomó en custodia a cuatro tipos en Auburn hace un par de horas. Parece que intentaban eludir un bloqueo policiaco en un camino entre el bosque y quedaron atascados para su desdicha.” Jhon se puso la pipa en la boca, tomó un fósforo de madera de su bolsillo y puso su dedo pulgar contra la punta. Por el momento, sin embargo, no lo encendió; sólo lo mantuvo allí. “La razón por la que querían eludir a la policía es que al parecer tenían mucho armamento.” *Ahmaaamento*. “Pistolas, granadas, y algo de lo que llaman C-4. Uno de ellos era un tipo que creo ustedes nombraron –¿Jack Andolini?” y con eso encendió el fósforo Diamond Punta Azul.

Eddie se derrumbó en una de las sillas Shaker de sai Beckhardt, con la cabeza hacia el techo, y soltó una carcajada hacia las vigas. Cuando le hacían cosquillas, reflexionó Rolando, nadie se reía como Eddie Dean. Al menos no desde que Cuthbert Allgood había pasado por el claro. “¡El hermoso Jack Andolini, sentado en una cárcel de condado en el Estado de Maine!” dijo. “¡Que me envuelvan en azúcar y me digan rosquilla de jalea! Si sólo mi hermano Henry viviera para verlo.”

Entonces Eddie se dio cuenta de que Henry probablemente *estaba* vivo en ese momento – alguna versión de él, de cualquier modo. Asumiendo que los hermanos Dean existían en este mundo.

“Ajá, pensé que te gustaría,” dijo John, poniendo la llama del fósforo que se consumía rápidamente en su pipa. Claramente le gustaba, también. Sonreía casi demasiado para encender su tabaco.

“Ay vaya,” dijo Eddie, secándose los ojos. “Eso me arregla el día. Casi me arregla el *año*.”

“Tengo algo más para ustedes,” dijo John, “pero lo dejaré para más tarde.” La pipa por fin se estaba encendiendo a satisfacción y se acomodó, con los ojos turnándose para mirar a los dos extraños errantes que había conocido antes ese día. Los hombres cuyo *ka* estaban entretejidos con el suyo propio, para bien o para mal. “En este momento quisiera oír su historia. Y qué es lo que quieren precisamente que haga.”

“¿Qué edad tienes, John?” le preguntó Rolando.

“No tanta como para no poder levantar e irme,” respondió John, un poco fríamente. “¿Qué de ti? ¿Cuántas veces te agachaste bajo la vara?”

Rolando le dio una sonrisa –del tipo que decía *entendí el punto, ahora cambiemos de tema*. “Eddie hablará por los dos,” dijo. Lo habían decidido durante su paseo desde Bridgton. “Mi propia historia es demasiado larga.”

“Eso dices,” dijo John.

“Eso digo,” dijo Rolando. “Que Eddie te cuente su historia, tanto como tenga tiempo, y los dos te diremos lo que queremos que hagas, y luego, si estás de acuerdo, él te dará algo para que le lleves a un hombre llamado Moses Carver. . . y yo te daré otra cosa.”

John Cullum lo consideró, luego asintió. Miró a Eddie.

Eddie tomó mucho aire. “Lo primero que deberías saber es que conocí a este hombre en medio de un vuelo desde Nassau, Bahamas, hasta el Aeropuerto Kennedy en Nueva York. Yo era un adicto a la heroína en esa época, al igual que mi hermano. Yo era una mula y llevaba una carga de cocaína.”

“¿Y cuándo ocurrió esto, hijo?” preguntó John Cullum.

“Verano de 1987.”

Vieron sorpresa en el rostro de Cullum pero ni un sólo rastro de incredulidad. “¡Entonces *vienes* del futuro! ¡Sangriento!” Se inclinó hacia adelante a través del fragante humo de la pipa. “Hijo,” dijo, “cuenta tu historia. Y no te saltes una maldita palabra.”

CUATRO

Le tomó a Eddie casi una hora y cuarto –y para ser breve se saltó de hecho algunas de las cosas que les habían pasado. Para cuando terminó, una noche prematura se había colocado sobre el lago debajo de ellos. Y aún la tormenta amenazante ni empezaba ni se movía. Por encima de la cabaña de Dick Beckhardt a veces sonaban truenos y a veces tan fuerte que todos saltaban. Un rayo golpeó directamente contra el centro del delgado lago debajo de ellos, iluminando brevemente toda la superficie con un delicado púrpura nacarado. Una vez sopló con más fuerza el viento, haciendo que se movieran voces entre los árboles, y Eddie pensó *Va a empezar ya, de seguro va a empezar ya*, pero no fue así. Como tampoco se fue la tormenta, y este suspenso extraño, como una espada que cuelga de los hilos más delgados le hizo pensar en el largo y extraño embarazo de Susannah, ahora terminado. Hacia las siete la electricidad se fue y John fue a las gavetas de la cocina a buscar velas mientras Eddie seguía hablando –la vieja gente de River Crossing, la loca gente de la ciudad de Lud, la aterrada gente de Calla Bryn Sturgis, donde habían conocido un ex-sacerdote que al parecer había salido directamente de un libro. John puso las velas sobre la mesa, junto con galletas y queso y una botella de té helado Red Zinger. Eddie concluyó con su visita a Stephen King, contando cómo el pistolero había hipnotizado al escritor para que olvidara la visita, cómo habían visto brevemente a su amiga Susannah, y cómo habían llamado a John Cullum porque, como decía Rolando, no había nadie más en esta parte del mundo a quién *pudieran* llamar. Cuando Eddie calló, Rolando le contó del encuentro con Chevin de Chayven en su camino a Turtleback Lane. El pistolero puso la cruz plateada que le había mostrado a Chevin en la mesa junto al plato de queso, y John empujó los finos eslabones de la cadena con una uña gruesa.

Entonces, por un largo tiempo, hubo silencio.

Cuando no lo pudo soportar más, Eddie le preguntó al viejo cuidador cuánto del cuento creía.

“Todo,” dijo John sin dudarlo. “Tienen que cuidar de esa rosa en Nueva York, ¿cierto?”

“Sí,” dijo Rolando.

“Porque eso es lo mantiene a salvo esos Haces mientras que la mayoría de los demás han sido derrumbados por estos telépatas, ¿cómo los llaman?, los Disgregadores.”

Eddie estaba sorprendido por lo rápida y fácilmente que Cullum había entendido eso, pero tal vez no había de qué sorprenderse. *Los ojos claros ven claro*, le gustaba decir a Susannah. Y Cullum era en gran medida lo que los grises de Lud habrían llamado “un punto de primera.”

“Sí,” dijo Rolando. “Dices la verdad.”

“La rosa cuida de un Haz. Stephen King está a cargo del otro. Al menos eso es lo que piensan.”

Eddie dijo, “Estará vigilando, John –aparte de todo lo demás, ha adquirido algunos malos hábitos– pero una vez que dejemos este mundo de 1977, nunca podremos volver a ver cómo va.”

“¿King no existe en ninguno de estos otros mundos?” preguntó John.

“Casi de seguro no,” dijo Rolando.

“Incluso si así fuera,” agregó Eddie, “lo que haga en ellos no importa. Éste es el mundo clave. Éste y aquel del que viene Rolando. Éste mundo y aquel son gemelos.”

Miró a Rolando esperando que lo confirmara. Rolando asintió y encendió el último de los cigarrillos que John le había dado antes.

“Podría echarle un vistazo a Stephen King,” dijo John. “No necesita saber que lo hago. Es decir, si regreso del maldito negocio en Nueva York. Tengo una buena idea de qué es, pero tal vez sea mejor que ustedes lo digan.” Del bolsillo trasero de su pantalón sacó un maltrecho bloc de notas con las palabras Memo Mead sobre la cubierta verde. Pasó casi todas las hojas, encontró una en blanco, sacó un lápiz de su camisa, lamió la punta (Eddie contuvo un escalofrío), y luego los miró con tanta expectativa como un estudiante en su primer día de clases en la secundaria.

“Ahora, queridos,” dijo, “por qué no le cuentan el resto a su tío John.”

CINCO

Esta vez fue Rolando el que más habló, y aunque tenía menos que decir que Eddie, aún le tomó media hora, pues hablaba con mucho cuidado, mirando a cada rato a Eddie para pedirle ayuda con una palabra o frase. Eddie ya había visto el asesino y el diplomático que vivían en el interior de Rolando de Gilead, pero esta fue la primera vez que vio con claridad al enviado, un mensajero que quería decir bien cada palabra. Afuera, la tormenta aún rehusaba empezar o irse.

Finalmente el pistolero recostó su espalda. A la luz amarilla de las velas, su rostro parecía antiguo y extrañamente adorable. Mirándolo, Eddie sospechó por primera vez que podría haber más cosas malas en él que lo que Rosalita Muñoz había llamado el "giro seco." Rolando había perdido peso, y los círculos oscuros bajo sus ojos susurraban enfermedad. Se tomó todo un vaso de té rojo de un sólo trago, y preguntó: "¿Entiendes las cosas que te he dicho?"

"Ahá." No dijo nada más.

"Piénsalo muy bien, ¿sí?" presionó Rolando. "¿No hay preguntas?"

"No creo."

"Entonces, cuéntanoslo."

John había llenado dos páginas con notas en su caligrafía curvada. Ahora movía las páginas atrás y adelante entre ellas, asintiendo para sí un par de veces. Gruñó y devolvió el bloc de notas al bolsillo en su cadera. *Podrá ser un tipo del campo, pero está muy lejos de ser estúpido*, pensó Eddie. Y encontrarlo era mucho más que suerte; era ka teniendo un buen día.

"Ir a Nueva York," dijo John. "Encontrar a este tipo Aaron Deepneau. Mantener a su amigo alejado. Convencer a Deepneau que cuidar la rosa en el lote vacío es casi el trabajo más importante del mundo."

"Puedes ahorrarte el casi," dijo Eddie.

John asintió como si eso fuera obvio. Tomó la hoja de cuaderno con el castor de caricatura sobre él y lo dobló en su voluminosa billetera. Pasarle la nota de venta había sido una de las cosas más difíciles que había hecho Eddie Dean desde que fue absorbido por la puerta no hallada a Stoneham Este, y estuvo cerca de rapárselo a Cullum antes de que pudiera desaparecer en la vieja y maltrecha Lord Buxton del cuidador. Pensó que entendía mucho mejor ahora cómo se había sentido Calvin Torre.

"Como ustedes chicos poseen el lote ahora, poseen la rosa," dijo John.

"La Corporación Tet posee ahora la rosa," dijo Eddie. "Una corporación de la que estás a punto de convertirte en vicepresidente ejecutivo."

John Cullum no parecía impresionado con su nuevo título putativo. Dijo, "Se supone que Deepneau debe hacer los artículos de incorporación y asegurarse de que el Tet sea legal. Entonces iremos a ver a este tipo Moses Carver y nos aseguraremos que él suba a bordo. Probablemente ésa será la parte difícil—" *Ppaahte difiiicil* "—pero le daremos nuestra mejor oferta."

"Ponte la cruz de la Tía alrededor del cuello," dijo Rolando, "y cuando conozcas a sai Carver, muéstrasela. Puede ayudar mucho a convencerlo de que estás del lado correcto. Pero primero debes soplar sobre ella, así."

En su viaje desde Bridgton, Rolando le había preguntado a Eddie si recordaba algún secreto —no importaba lo trivial o grande— que Susannah y su padrino podrían haber compartido. De hecho, Eddie conocía tal secreto, y se sorprendió ahora de escuchar a Susannah decirlo desde la cruz que yacía en la mesa de pino de Dick Beckhardt.

"Enterramos a Pimsy bajo el árbol de manzana, donde pudiera ver florecer los capullos en primavera," dijo su voz. "Y Papá Mose me dijo que no llorara más, porque Dios piensa que llorar demasiado a una mascota. . ."

Aquí las palabras se desvanecieron, primero a un murmullo y después al silencio total. Pero Eddie recordaba el resto y lo repitió ahora: " . . . llorar demasiado a una mascota es un pecado." Dijo que Papá Mose le dijo que podía ir a la tumba de Pimsy de vez en cuando y susurrar 'Sé feliz en el cielo' pero no debía decirle a nadie, porque a los predicadores no les gusta la idea de que los animales van al cielo. Y ella guardó el secreto. A mí fue al único que

jamás se lo dijo.” Eddie tal vez recordando esa confidencia post-coito en la oscuridad de la noche, sonreía con dolor.

John Cullum miró a la cruz, y luego a Rolando con los ojos bien abiertos. “¿Qué es? ¿Alguna clase de grabadora? No lo es, ¿o sí?”

“Es un sigul,” dijo con paciencia Rolando. “Uno que puede ayudarte con este tipo Carver, si resulta ser lo que Eddie llama ‘un culo duro.’ ” El pistolero sonrió un poco. *Culo duro* era un término que le gustaba. Uno que entendía. “Póntela.”

Pero Cullum no lo hizo, al menos no de inmediato. Por primera vez desde que el viejo había entrado a sus vidas –incluyendo ese periodo en que les habían disparado en el Almacén General– se veía genuinamente descompuesto. “¿Es magia?” preguntó.

Rolando subió los hombros impaciente, como si le dijera a John que la palabra no tenía ningún significado útil en este contexto, y solamente repitió: “Póntela.”

Cuidadosamente, como si pensara que la cruz de Tía Talitha podría brillar al rojo vivo en cualquier momento y causarle una seria quemadura, John hizo lo que se le dijo. Dobló la cabeza para mirarla colgada (dándole momentáneamente a su larga cara de yankee una divertida quijada doble burguesa), y luego la metió en su camisa.

“Genial,” dijo de nuevo, muy suavemente.

SEIS

Consciente ahora de que hablaba como una vez le habían hablado, Eddie Dean dijo: “Di el resto de tu lección, John de Stoneham Este, y di la verdad.”

Cullum se había levantado esa mañana como nada más que un cuidador del campo, uno de los desconocidos e invisibles del mundo. Se acostaría con el potencial de convertirse en una de las personas más importantes del mundo, un verdadero príncipe de la tierra. Si le daba miedo la idea, no lo mostraba. Tal vez no lo había entendido todavía.

Pero Eddie no creía eso. Este era el hombre que el ka había puesto en su camino, y era al mismo tiempo astuto y valiente. Si Eddie hubiera sido Walter en este momento (o Flagg, como se hacía llamar a veces Walter), creía que habría temblado.

“Bien,” dijo John, “no les importa un pito quién dirija la compañía, pero quieren que Tet absorba a Holmes, porque de ahora en adelante el trabajo no tiene nada que ver con fabricar dentífrico y calzar dientes, aunque pueda parecerlo por un tiempo.”

“¿Y cuál es–”

Eddie no continuó. John levantó una mano nudosa para detenerlo. Eddie intentó imaginarse una calculadora de Texas Instruments en esa mano y descubrió que podía, y con mucha facilidad. Raro.

“Dame una oportunidad, joven, y te lo diré.”

Eddie volvió a recostarse contra la silla, haciendo un movimiento de cerrar una cremallera sobre sus labios.

“Mantener la rosa a salvo, eso es lo primero. Mantener al escritor a salvo, eso es lo segundo. Pero más allá de eso, se supone que yo y este tipo Deepneau y este otro tipo Carver debemos levantar una de las más poderosas corporaciones del mundo. Comerciamos en el sector inmobiliario, trabajamos con. . . este. . .” Sacó el maltrecho bloc verde, lo consultó rápidamente. “Trabajamos con ‘desarrollo de software,’ sea lo que sea, porque ellos van a ser la siguiente ola de tecnología. Se supone que recordemos tres palabras.” Las pensó. “Microsoft. Microchips. Intel. Y sin importar qué tan grande crezcamos –o qué tan *rápido*– nuestros tres trabajos reales son los mismos: proteger la rosa, proteger a Stephen King, e intentar arruinar a otras dos compañías cada vez que podamos. Una se llama Sombra. La otra es. . .” Hubo una ligerísima duda. “La otra es North Central Positronics. Sombra está principalmente interesada en las propiedades, de acuerdo a ustedes. Positronics . . . bueno, ciencia y aparatos, eso es

obvio hasta para mí. Si Sombra quiere un pedazo de tierra, Tet intenta conseguirlo primero. Si North Central quiere una patente, intentamos conseguirla primero, o al menos negársela a ellos. Lanzársela a un tercero si es necesario.”

Eddie asentía mostrando su aprobación. No le había dicho eso último a John, el viejo había llegado a ello por sí mismo.

“Somos los Tres Mosqueteros sin Dientes, los Viejos Pedos del Apocalipsis, y debemos evitar que esos dos desadaptados logren lo que quieran por medios limpios o injustos. Los trucos sucios están definitivamente permitidos.” John sonrió. “Nunca he ido a la Escuela de Administración de Harvard” –Ehcuera de Ammnihtación de Haavard– “pero creo que puedo darle a alguien en la entrepierna tan bien como cualquiera.”

“Bien,” dijo Rolando. Empezó a ponerse de pie. “Creo que es hora de–”

Eddie levantó una mano para detenerlo. Sí, quería llegar a Susannah y a Jake; no podía esperar a tenerla en sus brazos y cubrir de besos su cara. Parecía que habían pasado años desde que la había visto por última vez en el Camino Este en Calla Bryn Sturgis. Pero no podía dejar esto así tan fácil como Rolando, quien había pasado su vida siendo obedecido y había llegado a tomar la alianza a muerte de completos extraños como algo evidente. Lo que Eddie veía al otro lado de la mesa de Dick Beckhardt no era otra herramienta sino un yanqui independiente que era rudo y listo como un zorro. . . pero realmente demasiado viejo para lo que pedían. Y hablando de demasiado viejo, ¿qué de Aaron Deepneau, el Chico Quimioterapia?

“Mi amigo quiere ponerse en movimiento, y yo también,” dijo Eddie. “Aún nos quedan kilómetros por andar.”

“Eso lo sé. Está en su rostro, hijo. Como una cicatriz.”

Eddie estaba fascinado por la idea del deber y el ka como algo que dejaba una marca, algo que podría parecer decorado a un ojo y desfigurado a otro. Afuera, el trueno sonaba y el rayo centelleaba.

“Pero ¿por qué habrías de hacerlo?” preguntó Eddie. “Tengo que saber eso. ¿Por qué harías todo esto por dos hombres que acabas de conocer?”

Jhon lo pensó. Tocó la cruz que llevaba ahora y llevaría hasta su muerte en el año de 1989 –la cruz dada a Rolando por una anciana en un pueblo olvidado. La tocaría de igual manera en los años por venir al contemplar una decisión importante (la mayor podría haber sido cortar la conexión del Tet con IBM, una compañía que había mostrado una creciente voluntad por hacer negocios con North Central Positronics) o prepararse para una acción encubierta (el bombardeo sobre Empresas Sombra en Nueva Delhi, por ejemplo, el año antes de morir). La cruz le habló a Moses Carver y nunca volvió a hablar en presencia de Cullum sin importar cuánto soplara sobre ella, pero a veces, durmiéndose con la mano alrededor de ella, pensaría: *Es un sigul. Es un sigul, querido—algo que vino de otro mundo.*

Si lamentaba algo hacia el final (aparte de algunas de las jugarretas, que eran sucias y costaban la vida de más de un hombre), fue nunca haber tenido la oportunidad de visitar el mundo al otro lado, que vislumbró una noche tormentosa en Turtleback Lane en la ciudad de Lovell. De tiempo en tiempo el sigul de Rolando le enviaba sueños de un campo lleno de rosas, y una torre negra. De vez en cuando era visitado por terribles visiones de dos ojos carmesí, flotando sin cuerpo e incansablemente mirando el horizontes. A veces habían sueños en que escuchaba el sonido de un hombre incansablemente soplando su cuerno. De estos últimos sueños se despertaba con lágrimas en las mejillas, aquellas de nostalgia, pérdida y amor. Despertaba con la mano cerrada alrededor de la cruz, pensando *Negué a Discordia y no lo lamento; he escupido en los ojos sin cuerpo del Rey Carmesí y me regocijo; jugué mi parte con el katet del pistolero y con lo Blanco y nunca cuestioné una sola vez la decisión.*

Y sin embargo deseaba haber podido caminar, sólo una vez, en ésa otra tierra: la que se encontraba más allá de la puerta.

Ahora dijo: “Ustedes quieren todo lo que es correcto. No puedo explicarlo mejor. Les creo.” Dudó. “Creo en ustedes. Lo que veo en sus ojos es la verdad.”

Eddie pensó que había acabado, y entonces Cullum sonrió como un niño.

“Además me parece que me están ofreciendo las llaves de un gigantesco motor.” *Mootoh.* “¿Quién no querría encenderlo, y ver lo que hace?”

“¿Tienes miedo?” preguntó Rolando.

John Cullum consideró la pregunta, luego asintió.

"Ahá," dijo.

Rolando asintió. "Bien," dijo.

SIETE

Condujeron hacia Turtleback Lane en el auto de Cullum bajo un hirviente cielo negro. Aunque era el centro de la estación veraniega y la mayor parte de las cabañas en Kezar probablemente estaban ocupadas, no vieron un solo carro moviéndose en cualquier dirección. Todos los botes en el lago habían sido puestos bajo cubierta hacía un buen tiempo.

"Les dije que tenía algo más para ustedes," dijo John, y fue al baúl de su camioneta, donde había una caja de acero contra la cabina. Ahora el viento había empezado a soplar. Hacía girar su escasa mota de pelo blanco alrededor de su cabeza. Puso una combinación, abrió un candado y levantó la tapa del cofre. Del interior sacó dos bolsas polvorientas que los errantes conocían bien. Una se veía casi nueva en comparación con la otra, que tenía el no color rayado del polvo del desierto y estaba cubierto de cuero.

"¡Nuestro gunna!" gritó Eddie, tan deleitado –y tan *sorprendido*– que las palabras casi fueron un grito. "¿Cómo es *posible* que–?"

John les ofreció una sonrisa que le auguraba bien en su futuro como un jugador sucio: divertida en la superficie, y astuta por debajo. "Buena sorpresa, ¿no? Eso pensé. Volví a echar una mirada en el almacén de Chip –lo que quedó de él– mientras había todavía mucha confusión. Gente corriendo aquí y allá, y es a lo que me refiero; cuerpos cubiertos, esa cinta amarilla, tomando fotografías. Alguien había puesto esos bolsos a un lado y se veían tan solos, que yo. . ." Levantó un hombro huesudo "me hice con ellos."

"Debió ser mientras estábamos visitando a Calvin Torre y a Aaron Deepneau en su cabaña rentada," dijo Eddie. "Después que *regresaste* a casa, supuestamente a empacar para irte a Vermont. ¿Es correcto?" Acariciaba el lado de su bolso. Conocía muy bien esa suave superficie; ¿no le había disparado al ciervo del que provenía y le había quitado el pelo con el cuchillo de Rolando y formado el interior él mismo, con la ayuda de Susannah? Eso había sido no mucho después de que el gran robot oso Shardik casi le sacara a Eddie los intestinos. Alguna vez en el siglo pasado, parecía.

"Sí," dijo Cullum, y cuando se endulzó la sonrisa del viejo, las últimas dudas sobre él se disiparon. Habían encontrado al hombre correcto para este mundo. Digo la verdad y le agradezco mucho–mucho a Gan.

"Cuélgate tu pistola, Eddie," dijo Rolando, pasándole el revólver con la culata de madera de sándalo.

Mía, ahora dice que es mía. Eddie sintió un pequeño escalofrío.

"Pensé que íbamos por Susannah y Jake." Pero tomó el revólver y se lo puso a la cintura muy gustoso.

Rolando asintió. "Pero creo que tenemos un trabajito que hacer primero, contra aquellos que mataron a Callahan y luego intentaron matar a Jake." Su rostro no cambió mientras hablaba, pero tanto Eddie Dean como John Cullum sintieron un escalofrío. Por un momento casi era imposible mirar al pistolero.

Así sonó –aunque ellos no lo sabían, lo cual era probablemente más misericordia de lo que merecían– la sentencia de muerte de Flaherty, el taheen Lamla y su ka-tet.

OCHO

Oh Dios mío, intentó decir Eddie, pero no salió ningún sonido.

Había visto luz creciendo adelante de ellos mientras conducían al norte a lo largo de Turtleback Lane, siguiendo la luz trasera de la camioneta de Cullum. Al principio pensó que podrían ser las lámparas que iluminaban la vía de entrada de algún rico, luego que tal vez eran reflectores. Pero la luz seguía haciéndose más fuerte, una brillantez azul dorada a su izquierda, donde la depresión se convertía en lago. Al acercarse a la fuente de luz (la camioneta de Cullum apenas avanzando), Eddie boqueó y señaló con el dedo cuando un círculo radiante se despegó del cuerpo principal y voló hacia ellos, cambiando de colores al acercarse: azul a dorado y a rojo, rojo a verde y a dorado y otra vez a azul. En el centro había algo que parecía un insecto con cuatro alas. Entonces, mientras flotaba sobre la camioneta de Cullum y hacia los oscuros bosques al lado occidental del camino, miró hacia ellos y Eddie vio que el insecto tenía rostro humano.

“¿Qué. . . santo Dios, Rolando, *qué*–”

“Taheen,” dijo Rolando y no dijo más. En la creciente brillantez su rostro estaba calmado y cansado.

Más círculos de luz se desprendieron del cuerpo central y cruzaron a través del camino en un esplendor como de cometas. Eddie vio moscas y pequeños colibríes y lo que parecían ser ranas aladas. Más allá de ellos. . .

La luz trasera de la camioneta de Cullum centelleó, pero Eddie estaba tan ocupado mirando que lo habría golpeado por detrás si Rolando no le hubiera hablado duramente. Eddie paró el Galaxie sin molestarse en poner el freno de mano ni apagar el motor. Luego salió y caminó hacia la vía oscura que descendía la inclinada curva rodeada de árboles. Sus ojos se veían enormes a la delicada luz, y la boca estaba abierta. Cullum se le unió, y se quedó mirando hacia abajo. La carretera estaba flanqueada por dos señales: CARA RISA a la izquierda y **19** a la derecha.

“Es algo, ¿no?” preguntó calmadamente Cullum.

En eso tienes razón, intentó responder Eddie, y aún así no salieron palabras de su boca, sólo un murmullo sin aire.

La mayor parte de la luz provenía de los árboles al este del camino y a la izquierda de la carretera de entrada de Cara Risa. Aquí los árboles –en su mayoría pinos, abetos y abedules doblados por una nevada del invierno anterior– estaban separados, y cientos de figuras caminaban solemnemente entre ellos como en una sala de baile rústica, con los pies descalzos arrastrándose entre las hojas. Algunos eran claramente Hijos de Roderick, y tan estúpidos como Chevin de Chayven. Sus pieles estaban cubiertos con las quemaduras de la enfermedad por radiación y muy pocos tenían más de un mechón de pelo, pero la luz en que caminaban les daba una belleza casi demasiado grande para mirarla. Eddie vio una mujer tuerta cargando lo que parecía un niño muerto. Ella lo miró con una expresión de dolor y su boca se movió, pero Eddie no pudo oír nada. Él levantó su puño a su frente y dobló su pierna. Luego tocó la esquina de un ojo y señaló hacia ella. *Te veo*, decía el gesto. . . o eso esperaba. *Te veo muy bien*. La mujer que cargaba el niño muerto o dormido devolvió el gesto, y luego dejó de verse.

En el cielo, el trueno sonaba agudamente y los rayos centelleaban al centro del brillo. Un antiguo árbol de abeto, con su tronco lleno de musgo, recibió la descarga y se rasgó por el centro cayendo cada mitad a un lado. El interior estaba en llamas. Y una gran cantidad de chispas –no de fuego, no éste, sino de algo con la cualidad etérea de la luz del pantano– subía hacia los cúmulos de nubes. En aquellas chispas Eddie vio pequeños cuerpos danzando, y por un momento no pudo respirar. Era como ver un escuadrón de Campanitas, un momento allí y luego ya no.

“Míralos,” dijo John reverente. “¡Aparecidos! ¡Genial, hay *cientos* de ellos! Quisiera que mi amigo Donnie estuviera aquí para verlos.”

Eddie pensó que tal vez tenía razón: cientos de hombres, mujeres y niños caminaban entre los árboles debajo de ellos, caminando a través de la luz, apareciendo y desapareciendo y luego apareciendo otra vez. Al verlos, sintió que una gota de agua se estrellaba contra su cuello, seguida por una segunda y una tercera. El viento soplaba entre los árboles, provocando

otro chorro de esas criaturas parecidas a hadas y convirtiendo al árbol que había sido partido en mitades por el rayo en un par de inmensas antorchas ardientes.

"Vamos," dijo Rolando, agarrando el brazo de Eddie. "Va a caer un temporal y esto saldrá como una vela. Si aún estamos de este lado cuando pase, quedaremos atrapados aquí."

"¿Dónde—" empezó Eddie, y entonces lo vio. Cerca al final de la carretera de entrada, donde la cubierta del bosque daba paso a un montón de piedras cayendo al lago, estaba el núcleo del brillo, por el momento demasiado brillante para verlo. Rolando lo arrastró en esa dirección. John Cullum permaneció hipnotizado por un momento más por los aparecidos, luego intentó seguirlos.

"¡No!" dijo Rolando sobre su hombro. La lluvia caía más fuerte ahora, las gotas frías en su piel y del tamaño de monedas. "¡Tienes tu trabajo, John! ¡Que tengas bien!"

"¡Y ustedes, chicos!" dijo John. Se detuvo y levantó la mano. Un rayo atravesó el cielo, iluminando momentáneamente su rostro en azul brillante y el negro más profundo. "¡Y ustedes!"

"Eddie, vamos a correr al núcleo de la luz," dijo Rolando. "No es una puerta de los antiguos sino del *Prim*— eso es magia, entiendes. Nos llevará al lugar que queramos, si nos concentramos lo suficiente."

"¿A dónde—"

"¡No hay tiempo! ¡Jake me dijo dónde con el tacto! ¡Sólo sostén mi mano y mantén la mente en blanco! ¡Puedo llevarnos!"

Eddie quería preguntarle si estaba completamente seguro de eso, pero no había tiempo. Rolando empezó a correr. Eddie se le unió. Corrieron por la pendiente hacia la luz. Eddie la sentía respirando sobre su piel como un millón de pequeñas bocas. Sus botas crujían contra el piso cubierto de hojas. A su derecha estaba el árbol en llamas. Podía oler la savia y el sonido de su tronco ardiendo. Ahora se acercaban al núcleo de la luz. Al comienzo Eddie podía ver el Lago Kezar a través suyo y luego sintió una enorme fuerza agarrándolo y halándolo a través de la fría lluvia y a ese brillante resplandor murmurante. Por sólo un momento vio la forma de una puerta. Luego redobló su fuerza en la mano de Rolando y cerró los ojos. La tierra llena de hojas pasó bajos sus pies y estaban volando.

Capítulo VII

Reunión

UNO

Flaherty se encontraba en la puerta Nueva York/Fedic, que había quedado rayada por numerosos disparos pero por lo demás se alzaba completa ante ellos, una barrera impasable que el maldito niño había pasado de alguna manera. Lamia permanecía a su lado en silencio, esperando que la ira de Flaherty se consumiera. Los otros también esperaban, manteniendo el mismo silencio prudente.

Finalmente los golpes que Flaherty le había estado dando a la puerta empezaron a cesar. Dio uno último, y Lamla movió a un lado la cabeza con una mueca cuando empezó a correr sangre de los nudillos del huma.

“¿Qué?” preguntó Flaherty, notando el gesto. “¿Qué? ¿Tienes algo que decir?”

Lamla no se preocupó en lo absoluto por los círculos blancos alrededor de los ojos de Flaherty y el rojo fuerte de sus mejillas. Menos aún por la manera en que la mano de Flaherty se había levantado y posado en la culata de la Glock automática que colgaba bajo su axila. “No,” dijo. “No, sai.”

“Adelante, di lo que tienes en la cabeza, por favor,” persistió Flaherty. Intentaba sonreír y en cambio le salió una mueca horrible –la risa de un desquiciado. Calmadamente, con apenas un murmullo, el resto retrocedió. “Otros tendrán mucho que decir; ¿por qué no empiezas tú, mi amigo? ¡Lo perdí! ¡Se el primero en quejarte, cabrón!”

Estoy muerto, pensó Lamla. Después de una vida de servicio al Rey, una expresión descuidada en presencia de un hombre que necesita un chivo expiatorio, y estoy muerto.

Alzó la mirada alrededor suyo, verificando que ninguno de los otros intercedería por él, y entonces dijo: “Flaherty, si te he ofendido de alguna manera, lo si–”

“¡Me ofendiste, claro que sí!” chilló Flaherty, haciéndose más fuerte su acento de Boston al aumentar su ira. “Seguro voy a pagar por el trabajo de esta noche, sí, pero creo que tú vas a pagar pri–”

Hubo una clase de aspiración en el aire alrededor suyo, como si el corredor mismo hubiera tomado mucho aire. El pelo de Flaherty y la piel de Lamia se erizaron. El grupo de hombres bajos y vampiros de Flaherty empezó a darse la vuelta. De repente uno de ellos, un vampiro llamado Albrecht, gritó y se lanzó hacia adelante, dejando ver a Flaherty un par de recién llegados, hombres con gotas de lluvia aún frescas y oscuras en sus vaqueros y botas y camisas. En sus pies habían sucios gunna-gar y en sus caderas colgaban revólveres. Flaherty vio las culatas de sándalo en el momento previo a que el más joven desenfundara, más rápido que las llamas azules, y entendió de golpe por qué Albrecht había corrido. Sólo un tipo de hombre llevaba pistolas que se veían así.

El joven disparó sólo una vez. El cabello rubio de Albrecht saltó como si lo despeinara una mano invisible y luego cayó de bruces, desvaneciéndose dentro de su ropa al caer.

“Salve, esclavos del Anillo,” dijo el mayor. Hablaba en un tono puramente conversacional. Flaherty, cuyas manos todavía sangraban por el extravagante tocar de tambores en la puerta a través de la cual había desaparecido el mocoso, no parecía lograr encontrarle sentido. Era aquel de quien le habían advertido, seguro que era Rolando de Gilead, pero ¿cómo había llegado aquí, y a sus espaldas? ¿Cómo?

Los fríos ojos azules de Rolando los examinaron. "¿Cuál de este horrendo rebaño se llama a sí mismo dinh? ¿Nos honraría dando un paso al frente o no? ¿No?" Sus ojos los examinaba; su mano izquierda dejó la vecindad de su pistola y se dirigió a la esquina de su boca, donde había florecido una sarcástica sonrisa. "¿No? ¡Qué lástima! Me apena ver que son cobardes después de todo. Matarían a un sacerdote y perseguirían a un chiquillo pero no se pararían y defenderían su trabajo del día. Son cobardes e hijos de cob-"

Flaherty dio un paso adelante con la mano derecha sangrante alrededor de la culata de la pistola que colgaba debajo de su axila izquierda en su arnés. "Ese soy yo, Rolando de Steven."

"Conoces mi nombre, ¿cierto?"

"¡Ea! Conozco tu nombre por tu rostro, y tu rostro por tu boca. Es igual a la boca de tu madre, quien se la mamó a John Farson con tal alborozo hasta que él descargó su-"

Flaherty desenfundaba mientras hablaba, un truco de guerrillero que sin duda había practicado y usado antes para tomar ventaja. Y aunque era rápido y el dedo índice de la mano izquierda de Rolando todavía tocaba el lado de su boca cuando Flaherty empezó a desenfundar, el pistolero le dio de baja con facilidad. La primera bala pasó entre los labios del francotirador en jefe de Jake, explotando los dientes en el frente de su quijada en fragmentos de hueso que Flaherty se tragó al expirar. La segunda perforó la frente de Flaherty entre las cejas y voló hacia atrás hasta estrellarse contra la puerta Nueva York/Fedic mientras la pistola Glock sin disparar resbaló hasta caer finalmente al suelo del corredor.

La mayor parte de los otros desenfundó un segundo después. Eddie mató a los seis en el frente, pues tuvo tiempo de recargar la cámara que había disparado a Albrecht. Cuando el revólver estuvo vacío, se desplazó hacia atrás de su dinh para recargar, como le habían enseñado. Rolando se encargó de los siguientes cinco, luego se movió ágilmente tras Eddie, quien se encargó de los demás salvo uno.

Lamla había sido demasiado listo para intentarlo y por eso era el último en pie. Levantó sus manos vacías, con los dedos peludos y las palmas suaves. "¿Me concederás palabra, pistolero, si os prometo paz?"

"Ni una poca," dijo Rolando y preparó su revólver.

"Te sea maldita, entonces, chary-ka," dijo el Taheen, y Rolando de Gilead le disparó en donde se encontraba, y Lamla de Galee cayó muerto.

DOS

El grupo de Flaherty yacía arrumado frente a la puerta como leña, Lamla boca abajo frente a todos. Ni uno solo tuvo la oportunidad de disparar. El corredor embaldosado apestaba al olor del humo de las pistolas que flotaba en una capa azul. Entonces las ventilas arrancaron, ronroneando cansadamente en la pared, y los pistoleros sintieron que el primer aire era puesto en movimiento y luego era absorbido sobre sus rostros.

Eddie recargó la pistola –la suya, ahora, eso le habían dicho– y la volvió a enfundar. Luego fue a los muertos y movió a un lado a cuatro de ellos de manera ausente para poder llegar a la puerta. "¡Susannah! ¿Suze, estás ahí?"

¿Realmente alguno de nosotros, excepto en sueños, espera reunirse con los más profundos amores de nuestros corazones, aunque nos dejen sólo por minutos, y en la más mundana de las misiones? No, en lo absoluto. Cada vez que no los vemos en lo secreto de nuestros corazones los damos por muertos. ¿Habiendo dado tanto, razonamos, cómo esperaríamos no ser llevados tan bajo como Lucifer por el supuesto tambaleante de nuestro amor?

Así pues Eddie no esperaba que ella le respondiera hasta que lo hizo –desde otro mundo, y a través del simple grosor de la madera. "¿Eddie? Dulzura, ¿eres tú?"

La cabeza de Eddie, que había parecido perfectamente normal apenas unos segundos antes, de repente era demasiado pesada para sostenerla. La apoyó contra la puerta. De igual manera sus ojos eran demasiado pesados para mantenerlos abiertos y los cerró. El peso debía ser por

las lágrimas, pues de repente nadaba en ellas. Podía sentir las rodando por sus mejillas, tibias como sangre. Y la mano de Rolando, tocándole la espalda.

"Susannah," dijo Eddie. Tenía los ojos aún cerrados. Los dedos estaban desplegados en la puerta. "¿Puedes abrirla?"

Respondió Jake. "No, pero ustedes pueden."

"¿Qué palabra?" preguntó Rolando. Había estado mirando alternativamente a la puerta y detrás suyo, casi ansiando que llegaran refuerzos (pues su sangre estaba caliente), pero el corredor embaldosado estaba vacío. "¿Qué palabra, Jake?"

Hubo una pausa –breve, pero que a Eddie le pareció muy larga– y entonces los dos hablaron al unísono. "*Chassit*," dijeron.

Eddie no se tenía la suficiente confianza para decirla; su garganta estaba inundada de lágrimas. Rolando no tenía tal problema. Alejó de la puerta muchos cuerpos más (incluyendo el de Flaherty en cuya cara aún estaba su gruñido final) y luego pronunció la palabra. Una vez más se oyó el sonido de la puerta entre los mundos abriéndose. Fue Eddie quien la abrió del todo y entonces los cuatro estuvieron frente a frente una vez más, Susannah y Jake en un mundo, Rolando y Eddie en otro, y entre ellos una reluciente membrana transparente como mica viviente. Susannah alargó sus manos y éstas atravesaron la membrana como manos que salían del agua que había sido puesta mágicamente de alguna manera en su lado.

Eddie las tomó. Dejo que los dedos se cerraran sobre los suyos y lo arrastraran a Fedic.

TRES

Para cuando Rolando pasó, Eddie ya había alzado a Susannah y la llevaba en brazos. El muchacho alzó la mirada hacia el pistolero. Ninguno de los dos sonreía. Acho estaba sentado a los pies de Jake y sonreía por los dos.

"Salve, Jake," dijo Rolando.

"Salve, Padre."

"¿Me llamarás así?"

Jake asintió. "Sí, si puedo."

"Sería un honor eterno," dijo Rolando. Luego, lentamente –como cuando se realiza una acción con la que no se es familiar– estiró los brazos. Mirándolo solemnemente, sin quitar los ojos del rostro de Rolando, el muchacho se movió entre esas manos de asesino y esperó hasta que se cerraron en su espalda. Había tenido sueños sobre esto que jamás se habría atrevido a contar.

Entretanto, Susannah cubría de besos el rostro de Eddie. "Casi atraparon a Jake," decía. "Yo me senté a mi lado de la puerta. . . y estaba tan cansada que empecé a adormilarme. Debí llamarme tres o cuatro veces antes que. . ."

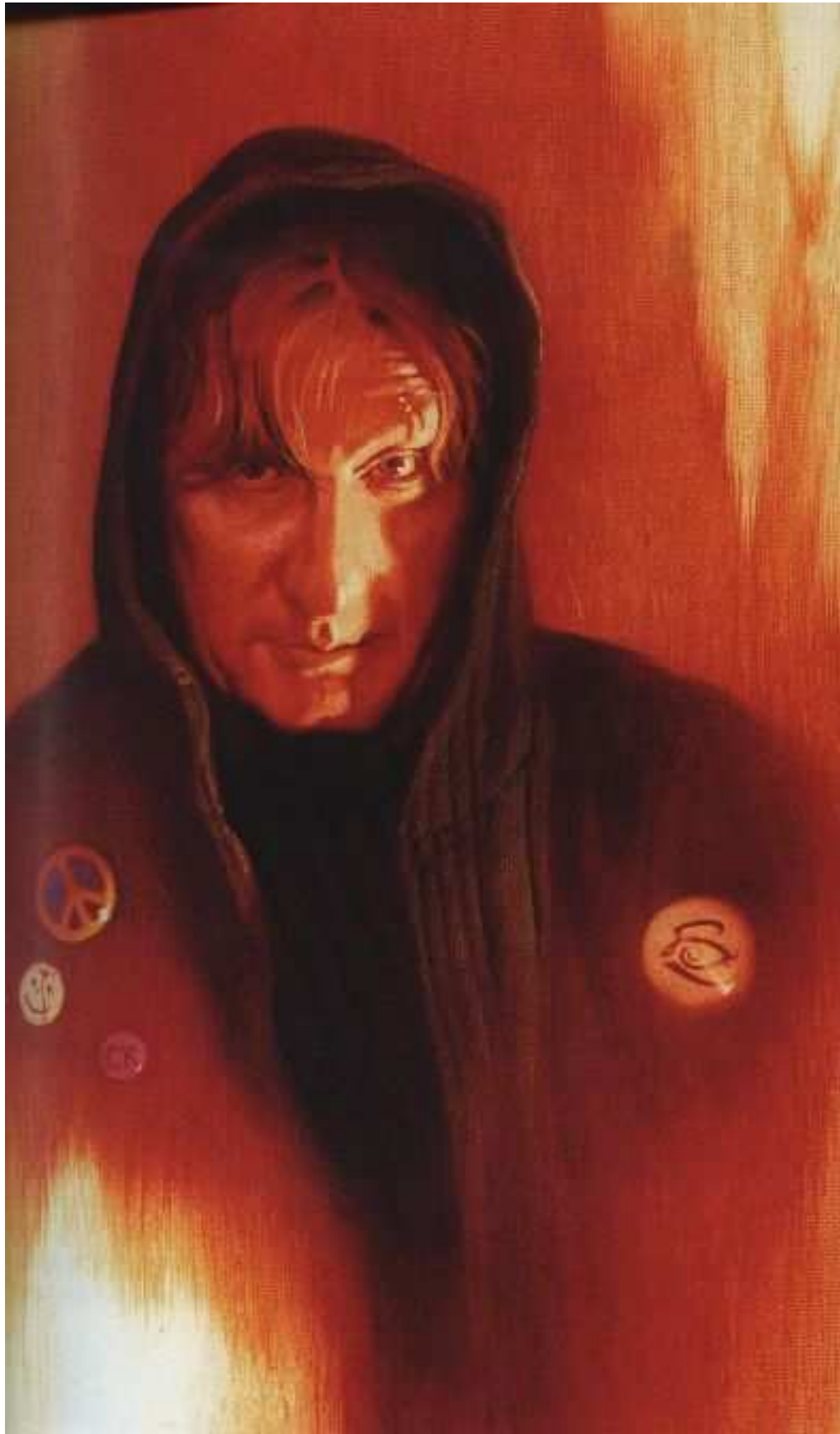
Él escucharía su historia más tarde, cada palabra hasta el final. Más tarde habría tiempo de tener palabras. Por ahora agarró su pecho –el izquierdo, para poder sentir el latido fuerte y acompasado de su corazón– y luego hizo que dejara de hablar con su boca.

Mientras tanto, Jake no decía nada. Estaba de pie con la cabeza hacia un lado de manera que su mejilla descansara contra el estómago de Rolando. Tenía los ojos cerrados. Podía oler lluvia, polvo y sangre en la camisa del pistolero. Pensó en sus padres, que estaban perdidos; en su amigo Benny, que estaba muerto; el Padre, que había sido excedido por todos aquellos de los que había huido tanto tiempo. El hombre que abrazaba lo había traicionado una vez por la Torre, lo había dejado caer, y Jake no podía asegurar que no volvería a pasar. Ciertamente estaban a kilómetros, y serían duros. Sin embargo, por ahora, estaba contento. Su mente estaba en calma y su corazón lastimado estaba en paz. Era suficiente abrazar y ser abrazado.

Suficiente estar aquí con los ojos cerrados y pensar *Mi padre ha venido por mí*.

PARTE DOS:

CIELO AZUL
DEVAR-TOI





Capítulo I: La Devar-Tete

UNO

Los cuatro viajeros reunidos (cinco, contando a Acho del Mundo Medio) estaban a los pies de la cama de Mia, observando lo que quedaba de la *Gemela*⁵ de Susannah, lo que quería decir su gemela. Sin las ropas desinfladas para darle al cadáver alguna definición, probablemente ninguno de ellos podría haber dicho con certeza lo que había sido alguna vez. Incluso el mechón de pelo sobre la calabaza rota que era la cabeza de Mia no parecía nada humano; podría haber sido un conejo de polvo excepcionalmente grande.

Rolando bajó la mirada a los rasgos que desaparecían, asombrándose de que quedara tan poco de la mujer cuya obsesión—el chico, el chico, siempre el chico—había estado tan cerca de arruinar su empresa. Y sin ellos, ¿quién quedaría para hacer frente al Rey Carmesí y su infernalmente listo canciller? John Cullum, Aaron Deepneau y Moses Carver. Tres ancianos, uno de ellos con la enfermedad de la boca negra, la que Eddie llamaba can ser.

Tanto hiciste, pensó, mirando arrebatado a la cara que se disolvía. *Tanto hiciste y tanto más habrías hecho, sí, y todo sin un remordimiento, y así terminará el mundo, creo, víctima del amor más que del odio. Pues el amor siempre ha sido el arma más destructiva, seguro.*

Se inclinó, sintiendo el olor de lo que podían haber sido flores viejas o especias antiguas y exhaló. La cosa que vagamente parecía una cabeza se movió incluso con eso como una mota de asclepias o un diente de león ya sin pétalos.

"No pretendía perjudicar el universo," dijo Susannah con una voz no del todo firme. "Sólo quería el privilegio de cualquier mujer: tener un bebé. Alguien a quien amar y criar."

"Ea," dijo Rolando mostrando su acuerdo, "dices la verdad. Eso es lo que hace que su final sea tan negro."

Eddie dijo, "A veces creo que estaríamos mejor si la gente que pretende hacer el bien simplemente se alejara y muriera."

"Eso sería *nuestro* fin, Gran Ed," señaló Jake.

Todos pensaron en esto, y Eddie se encontró preguntándose a cuántos ya habían matado con su bien intencionada intromisión. Los malos no le importaban, pero también habían otros—el amor perdido de Rolando, Susan, era sólo una de ellas.

Entonces Rolando dejó los restos polvorientos del cadáver de Mia y fue hacia Susannah, quien se sentaba en una de las camas cercanas con las manos entrelazadas entre sus muslos. "Cuéntame todo lo que sucedió desde que nos dejaste en el Camino Este, después de la batalla," dijo. "Necesitamos—"

"Rolando, nunca quise dejarlos. Era Mia. Ella tomó el control. Si yo no hubiera tenido un lugar a dónde ir—un Dogan—ella podría haber tomado el control completamente."

Rolando asintió para mostrar que entendía eso. "Sin embargo, cuéntame cómo llegaste a esta devar-tete. Y Jake, quiero oír lo mismo de ti."

"Devar-tete," dijo Eddie. La frase tenía una leve familiaridad. ¿Tenía algo que ver con Chevin de Chayven, el mutante lento al que Rolando había liberado de su miseria en Lovell? Eso pensaba. "¿Qué es eso?"

Rolando pasó su mano señalando hacia todo el cuarto, con todas las camas cada una dotada con su máquina como un casco y su línea de acero segmentado; camas donde sólo los dioses

⁵ *N. del T.* La palabra en inglés es *Twim*, la misma con la cual se designan los Gemelos en *El Talismán* y *Casa Negra*. Desde luego, tal palabra es un neologismo introducido por King para dar la idea de que las personas no son exactamente gemelas (*twins*).

sabían cuántos niños de las Callas habían yacido, y habían sido arruinados. "Significa pequeña prisión, o cámara de torturas."

"No me parece tan pequeña," dijo Jake. No podía asegurar cuántas camas habían, pero suponía que el número era de alrededor de trescientas. Trescientas por lo menos.

"Tal vez llegaremos a una más grande antes de que terminemos. Cuenta tu historia, Susannah, y tú también, Jake."

"¿A dónde iremos luego?" preguntó Eddie.

"Tal vez la historia nos lo dirá," respondió Rolando.

DOS

Rolando y Eddie escucharon fascinados en silencio mientras Susannah y Jake contaban sus aventuras, cada giro. Rolando detuvo a Susannah primero mientras les contaba de Mathiessen van Wyck, quien le había dado su dinero y le había rentado un cuarto de hotel. El pistolero le preguntó a Eddie por la tortuga en el bolsillo del bolso.

"No *sabía* que era una tortuga. Pensé que podía ser una piedra."

"Si contaras de nuevo esta parte, la escucharía," dijo Rolando.

Así pues, pensando cuidadosamente, intentado recordarlo todo (pues parecía haber pasado hacía mucho tiempo), Eddie relató cómo él y el Padre Callahan habían subido a la Cueva de la Puerta y habían abierto la caja de fustánima que llevaba en su interior la Trece Negra. Esperaban que la Trece Negra abriera la puerta, y así había pasado, pero primero—

"Pusimos la caja en el bolso," dijo Eddie. "El que decía NADA MÁS QUE GOLPES EN LOS CAMINOS DE PUEBLO MEDIO en Nueva York y NADA MÁS QUE GOLPES EN LAS LÍNEAS DEL MUNDO MEDIO del lado de la Calla Bryn Sturgis.⁶ ¿Recuerdan?"

Todos lo recordaban.

"Y sentí algo en la costura del bolso. Le dije a Callahan, y él dijo. . ." Eddie lo pensó. "Dijo, 'No es el momento para investigarlo.' O algo así. Estuve de acuerdo. Recuerdo haber pensado que ya teníamos suficientes misterios en las manos, y que dejaríamos éste para otro día. Rolando, ¿quién piensas que en nombre de Dios puso esa cosa en la bolsa?"

"Y de paso, ¿quién dejó la bolsa en el lote vacío?" preguntó Susannah.

"¿O la llave?" irrumpió Jake. "Encontré la llave a la casa en Dutch Hill en ese mismo lote. ¿Fue la rosa? ¿De alguna manera la rosa. . . no sé. . . los hizo?"

Rolando pensó en ello. "Si tuviera que adivinarlo," dijo, "diría que esos signos y siguls los dejó sai King."

"El escritor," dijo Eddie. Consideró la idea, y luego asintió lentamente. Vagamente recordaba un concepto de la secundaria—el dios de la máquina, se llamaba. Había una palabra en latín para él también, pero eso no lo podía recordar. Probablemente había estado escribiendo el nombre de Mary Lou Kenopinsky en su escritorio mientras que los demás chicos habían estado tomando nota obedientemente. El concepto básico era que si un dramaturgo se ponía en una esquina podía enviar al dios, que llegaría en un vagón lleno de flores de lo alto y rescataría a los personajes que estaban en problemas. Esto sin duda complacía a los más religiosos, quienes creían que Dios—no la versión en efectos especiales que bajaba de alguna plataforma elevada que la audiencia no podía ver, sino Aquel que habitaba en el cielo—realmente salvaba a las personas que se lo merecían. Tales ideas sin duda ya no estaban de moda en la edad moderna, pero Eddie pensó que los novelistas populares—del tipo que sai King parecía estar volviendo—probablemente usaban aún la técnica, sólo que disfrazándola mejor. Pequeñas puertas de escape. Tarjetas que decían SAL LIBRE DE PRISIÓN o ESCAPA DE

⁶ N. del T. "NOTHING BUT STRIKES AT MID-WORLD LANES" El sentido de esta frase no es claro en inglés, pues *strikes* también puede traducirse como *huelgas*. La traducción de Plaza & Janés de *Wolves of the Calla* no es muy adecuada: "MUNDO MEDIO JUEGA EN ESTAS PISTAS."

LOS PIRATAS o TERRIBLE TORMENTA CORTA LA CORRIENTE ELÉCTRICA, EJECUCIÓN POSPUESTA. El dios de la máquina (que realmente era el escritor), trabajando pacientemente para mantener a salvo a los personajes para que su cuento no termine con una línea insatisfactoria como “Y así el ka-tet fue destruido completamente en Jericho Hill y los chicos malos ganaron, reine Discordia, lo siento mucho, mejor suerte para la próxima, (qué próxima vez, ja, ja), FIN.”

Pequeñas redes de seguridad, como una llave. Por no mencionar una tortuga grabada.

“Si él escribió esas cosas en su historia,” dijo Eddie, “fue mucho después de que le viéramos en 1977.”

“Ea,” dijo Rolando.

“Y no pienso que se le ocurrieran,” dijo Eddie. “No realmente. Él es sólo. . . no sé, sólo un...”

“¿Un timo?⁷” preguntó Susannah, sonriendo.

“¡No!” dijo Jake, sonando un poco irritado. “No eso. Es un enviado. Un transmisor.” Pensaba en su padre y su trabajo en el Canal.

“Bingo,” dijo Eddie, y señaló con un dedo al chico. Esta idea le condujo a otra: que si Stephen King no hubiera seguido con vida lo suficiente para escribir esas cosas en su historia, la llave y la tortuga no estarían allí cuando las necesitaron. Jake habría sido devorado por el Guardián de la Puerta en la casa en Dutch Hill. . . suponiendo que hubiera llegado hasta allí, lo que probablemente no habría hecho. Y si hubiera escapado del monstruo de Dutch Hill, habría sido devorado por los Abuelos—los vampiros tipo I de Callahan—en el Dixie Pig.

Susannah pensó en decirles de la visión que había tenido cuando Mia empezaba su viaje final del Hotel Plaza-Parque hacia el Dixie Pig. En esta visión había estado atada en una celda en Oxford, Mississippi, y de alguna parte salían voces que venían de un televisor. Chet Huntley, Walter Cronkite, Frank McGee: presentadores de noticias cantando los nombres de los muertos. Algunos de aquellos nombres, como el Presidente Kennedy y los hermanos Diem, los conocía. Otros, como Christa McAuliffe, no. Pero uno de los nombres había sido el de Stephen King, estaba muy segura de ello. El compañero de Chet Huntley

(buenas noches Chet buenas noches David)

diciendo que Stephen King había sido golpeado y muerto por una minivan Dodge mientras caminaba cerca a su casa. King tenía cincuenta y dos de acuerdo a Brinkley.

De habérselos dicho Susannah, muchas cosas podrían haber pasado de manera diferente, o podrían no haber pasado en absoluto. Abría la boca para añadirlo a la conversación—una piedrita que cae por una colina golpea una piedra que golpea una más grande que luego golpea otras dos y empieza un deslizamiento—cuando se oyó una puerta abriéndose y pasos que se acercaban. Todos giraron, Jake alcanzando una Oriza, los otros sus pistolas.

“Relájense, chicos,” murmuró Susannah. “Está bien. Conozco a este tipo.” Y luego, hacia DNK 45932, **DOMÉSTICO**, dijo: “No esperaba volver a verte tan pronto. De hecho, no esperaba volver a verte. ¿Qué pasa, Nigel viejo amigo?”

Así que esta vez algo que podría haberse dicho no se dijo, y el *deus ex machina* que podría haber descendido para rescatar a un escritor que tenía una cita con una minivan Dodge en un día de finales de primavera en el año de 1999 se quedó donde estaba, muy por encima de los mortales que hacían sus partes debajo.

TRES

⁷ *Bumhug*. Es un chiste usual del tet, que no es explicado (ni traducido) en ninguna de las traducciones. En *La Bola de Cristal*, Jake utiliza la palabra *Humbug* (timo, fraude, farsa) para referirse al Mago de Oz, pero Rolando lo entiende mal y lo pronuncia *Bumhug*. Desde entonces el tet lo utiliza como un chiste al decir *timo*.

Lo bueno de los robots, en opinión de Susannah, era que la mayoría de ellos no guardaba rencores. Nigel le dijo que no había habido nadie disponible para arreglar su equipo visual (aunque podría ser capaz de hacerlo él mismo, dijo, si tuviera acceso a los componentes adecuados, discos y tutoriales de reparación), de forma que había vuelto aquí, sirviéndose del infrarrojo, para recoger los restos de la incubadora destrozada (y completamente innecesaria). Le agradeció a Susannah por su interés y se presentó ante sus amigos.

"Mucho gusto, Nige," dijo Eddie, "pero querrás empezar esas reparaciones, entiendo, de manera que no te retendremos." La voz de Eddie era agradable y volvió a acomodar su pistola en la funda, sin quitar la mano de la culata. Realmente estaba un poco asustado por el parecido que Nigel tenía con un cierto robot mensajero en el pueblo de Calla Bryn Sturgis. Aquel *sí* guardaba rencor.

"No, quédate," dijo Rolando. "Podemos tener tareas para ti, pero por el momento quisiera que estuvieras quieto. Apagado, si está bien para ti." *Y si no*, implicaba su tono.

"Ciertamente, sai," respondió Nigel con su alargado acento británico. "Pueden reactivarme con las palabras *Nigel, te necesito*."

"Muy bien," dijo Rolando.

Nigel dobló sus delgados (pero sin duda poderosos) brazos de acero inoxidable sobre su pecho y quedó en silencio.

"Regresó para alzar los vidrios rotos," Eddie se maravilló. "Tal vez la Corporación Tet podría venderlos. Cada ama de casa en Estados Unidos querría dos—uno para la casa y otro para el jardín."

"Mientras menos tengamos que ver con la ciencia, mejor," dijo oscuramente Susannah. A pesar de su breve siesta apoyada contra la puerta entre Fedic y Nueva York, se veía agotada, casi de muerte. "Miren a dónde ha llevado a este mundo."

Rolando asintió con la cabeza hacia Jake, quien contó sus aventuras con el Padre Callahan en el Nueva York de 1999, empezando por el taxi que casi había atropellado a Acho y concluyendo con su ataque de dos hombres sobre los hombres bajos y los vampiros en el comedor del Dixie Pig. No olvidó contar cómo se habían deshecho de la Trece Negra poniéndola en un casillero en el World Trade Center, donde estaría segura hasta comienzos de junio del 2002, y cómo habían encontrado la tortuga, que Susannah había arrojado, como un mensaje en una botella, en una zanja en el exterior del Dixie Pig.

"Qué valiente," dijo Susannah despeinando el cabello de Jake con una mano. Luego se dobló para acariciar la cabeza de Acho. El brambo estiró su largo cuello para maximizar la caricia, con los ojos entrecerrados y una sonrisa en su carita de zorro. "Qué valientes. Te doy gracias sai, Jake."

"¡Gracias Ake!" estuvo de acuerdo Acho.

"Si no hubiera sido por la tortuga, nos habrían atrapado a los dos." La voz de Jake era firme, pero se había puesto pálido. "Como fue, el Padre. . . él . . ." Jake se enjugó una lágrima con el borde de la mano y miró a Rolando. "Tú usaste su voz para enviarme. Te escuché."

"Ahá, tuve que hacerlo," dijo el pistolero. "era nada más lo que él quería."

Jake dijo, "Los vampiros no lo atraparon. Usó mi Ruger antes que pudieran tomar su sangre y cambiarlo en uno de *ellos*. No creo que lo hubieran hecho, de cualquier modo. Lo habrían despedazado y se lo habrían comido. Estaban *locos*."

Rolando asentía.

"Lo último que envió—creo que lo dijo en voz alta, aunque no estoy seguro—fue que. . ." Jake lo pensó. Lloraba libremente ahora. "Dijo 'Que encuentres tu Torre, Rolando, y la abras, y que llegues a la cima.' Luego. . ." Jake hizo un sonido como de soplar entre sus labios levantados. "Se fue, como la luz de una vela. A los mundos que haya."

Se quedó en silencio. Por un buen rato todos quedaron en silencio, y la quietud tenía el tono de algo deliberado. Entonces habló Eddie, "De acuerdo, estamos juntos de nuevo. ¿Qué demonios hacemos ahora?"

CUATRO

Rolando se sentó con una mueca, luego le dedicó a Eddie Dean una mirada que decía—más clara que cualquier palabra—*¿Por qué pones a prueba mi paciencia?*

"De acuerdo," dijo Eddie, "es sólo un hábito. Deja de mirarme así."

"¿Qué es un hábito, Eddie?"

Eddie pensaba con menos frecuencia estos días sobre su último año adictivo con Henry, pero pensó en ello ahora. Sólo que no le gustaba contarlo, no porque estuviera avergonzado—Eddie realmente pensaba que lo había superado—sino porque sentía la impaciencia creciente del pistolero cuando Eddie explicaba las cosas en términos de su hermano mayor. Y tal vez eso era justo. Henry había sido la fuerza moldeante y definitoria en la vida de Eddie, está bien. Así como Cort había sido la fuerza moldeante y definitoria en la de Rolando . . . pero el pistolero no hablaba *todo* el tiempo sobre su viejo maestro.

"Hacer preguntas cuando ya conozco la respuesta," dijo Eddie.

"¿Y cuál es la respuesta esta vez?"

"Volveremos al camino a Thunderclap antes de ir a la Torre. Vamos a matar a los Disgregadores o a liberarlos. Lo que sea necesario para mantener los Haces a salvo. Mataremos a Walter, o Flagg, o como quiera que se llame. Porque él es el mariscal de campo, ¿o no?"

"Lo era," dijo Rolando, "pero ahora ha entrado en escena un nuevo jugador." Miró al robot. "Nigel, te necesito."

Nigel desdobló sus brazos y levantó la cabeza. "¿Como puedo servir?"

"Consiguiéndome algo con qué escribir. ¿Lo hay?"

"Plumas, lápices y tiza en el cubículo del Supervisor al final del Cuarto de Extracción, sai. O así era, la última vez que tuve ocasión de estar allí."

"El Cuarto de Extracción," murmuró Rolando, estudiando las filas de camas. "¿Así lo llamas?"

"Sí, sai." Y luego, casi tímidamente: "Elisiones de vocales y fricativos sugieren que está enojado. ¿Es así?"

"Traían cientos y miles de niños aquí—saludables en su mayoría, de un mundo donde aún nacen demasiados con deformidades—y absorbían sus mentes. ¿Por qué habría de estar enojado?"

"Sai, estoy seguro de que no lo sé," dijo Nigel. Tal vez se estaba arrepintiendo de regresar a este sitio. "Pero no tuve parte en los procedimientos de extracción, se lo aseguro. Estoy a cargo de servicios domésticos, incluyendo el mantenimiento."

"Tráeme un lápiz y una tiza."

"Sai, no me destruirá, ¿o sí? Era el Dr. Scowther el que estaba a cargo de las extracciones los últimos doce o catorce años, y él está muerto. Esta dama—sai le disparó, con su propia pistola." Había un toque de reproche en la voz de Nigel, que era muy expresivo dentro de su estrecho alcance.

Rolando sólo repitió: "Tráeme un lápiz y una tiza, y hazlo rápidamente."

Nigel se alejó a cumplir su labor.

"Cuando dices un nuevo jugador, te refieres al bebé," dijo Susannah.

"Ciertamente. Tiene dos padres, ese bah-bo."

Susannah asintió. Pensaba en la historia que Mia le había contado durante su visita en exotransito a la ciudad abandonada de Fedic—abandonada, excepto por aquellos como Sayre y Scowther y los Lobos merodeando. Dos mujeres, una blanca y una negra, una embarazada y otra no, sentándose en sillas afuera del Salón Gin-Puppy. Allí Mia le había dicho bastante a la esposa de Eddie Dean—más de lo que cualquiera de ellos había sabido, tal vez.

Allí es donde ellos me cambiaron, le había dicho Mia, "ellos" refiriéndose probablemente a Scowther y su equipo de doctores. ¿Y magos? ¿Gente como los Manni, sólo que del otro lado? Tal vez. ¿Quién podría saberlo? En el Cuarto de Extracción la habían hecho mortal. Luego, con el esperma de Rolando ya en ella, algo más había ocurrido. Mia no recordaba mucho de esa parte, sólo una oscuridad roja. Susannah se preguntaba si el Rey Carmesí había llegado a ella

en persona, montándola con su inmenso y antiguo cuerpo de araña, o si su innombrable esperma había sido transportada de alguna manera para mezclarse con el de Rolando. En cualquier caso, el bebé crecía en el horrible híbrido que Susannah había visto: no un hombre lobo sino un hombre *araña*. Y ahora estaba por ahí, en alguna parte. O tal vez estaba aquí, vigilándolos incluso mientras tenían palabra y Nigel regresó con varios implementos de escritura.

Sí, pensó. Nos está vigilando. Y nos odia. . . pero no por igual. A quien más odia el dan-tete es a Rolando. Su primer padre.

Tembló.

"Mordred pretende matarte, Rolando," dijo. "Ése es su trabajo. Para eso fue hecho. Para ponerte fin y a tu gesta, y a la Torre."

"Sí," dijo Rolando, "y para gobernar en lugar de su padre. Pues el Rey Carmesí es viejo y cada vez pienso más y más que está encarcelado, de alguna manera. Si así es, ya no es más nuestro enemigo real."

"¿Iremos a su castillo al otro lado de la Discordia?" preguntó Jake. Era la primera vez que hablaba en media hora. "Iremos, ¿cierto?"

"Eso creo, sí," dijo Rolando. "Las viejas leyendas lo llaman *Le Casse Roi Russe*. Iremos allá ka-tet y acabaremos con lo que viva allí."

"Que así sea," dijo Eddie. "Por Dios, que así sea."

"Ea," concordó Rolando. "Pero nuestro primer trabajo son los Disgregadores. El Hazemoto que sentimos en Calla Bryn Sturgis, justo antes de venir, sugiere que su trabajo casi está hecho. Pero incluso si no lo está—"

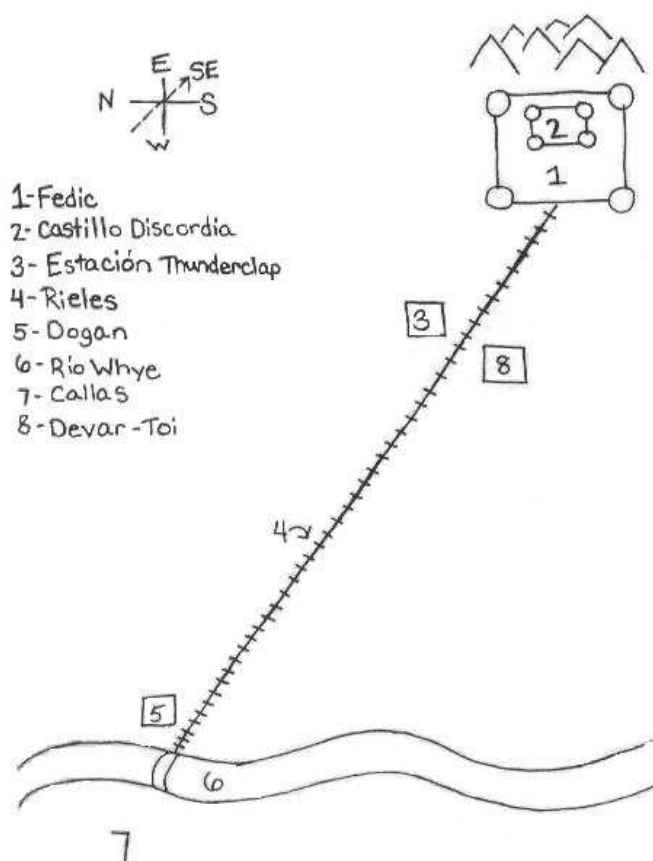
"Poner fin a lo que hagan es nuestro trabajo," dijo Eddie.

Rolando asintió. Se veía más cansado que nunca. "Ea," dijo. "Matarlos o liberarlos. De cualquier forma, debemos acabar su intromisión con los dos Haces que quedan. Y debemos acabar con el dan-tete. El que pertenece al Rey Carmesí. . . y a mí."

CINCO

Nigel terminó siendo de mucha ayuda (aunque no sólo para Rolando y su ka-tet como resultaron las cosas). Para empezar trajo dos lápices, dos plumas (una de ellas una inmensa cosa vieja que habría estado en casa en la mano de un Dickens escribano), y tres tizas, una de ellas con un protector plateado que lo hacía ver como lápiz labial. Rolando escogió ésta y le dio a Jake otra pieza. "No puedo escribir palabras que ustedes entenderían fácilmente," dijo, "pero nuestros números son los mismos, o casi. Escribe lo que yo diga a un lado, Jake, y bien."

Jake obedeció. El resultado era crudo pero bastante comprensible, un mapa con una leyenda.



"Fedic," dijo Rolando, señalando al 1, y luego dibujó una línea con tiza al 2. "Y aquí está el Castillo Discordia, con las puertas debajo. Un enredo de ellas, por lo que escuchamos. Habrá un pasaje que nos llevará de aquí a allá, bajo el castillo. Ahora, Susannah, cuenta de nuevo cómo van los Lobos, y lo que hacen." Le pasó la tiza en su cobertor.

Ella la tomó, notando con alguna admiración que se afilaba al usarse. Un pequeño truco pero ingenioso.

"Cabalgan a través de una puerta en un sólo sentido que los lleva aquí," dijo, dibujando una línea del 2 al 3, que Jack había llamado Estación Thunderclap. "Conoceremos la puerta cuando la veamos, porque será *grande*, a menos entren en fila de uno en uno."

"Tal vez así sea," dijo Eddie. "A menos que me equivoque, están bastante impedidos con lo que los antiguos les dejaron."

"No te equivocas," dijo Rolando. "Adelante, Susannah." No se sentaba en sus talones sino con la pierna derecha estirada severamente. Eddie se preguntó el dolor que debía sentir en la cadera, y si tenía algo del aceite de gato de Rosalita en su monedero recién recuperado. Lo dudaba.

Ella dijo, "Los Lobos cabalgan desde Thunderclap por el curso de las vías del tren, al menos hasta que están fuera de la sombra. . . o la oscuridad. . . o lo que sea. ¿Lo sabes, Rolando?"

"No, pero lo veremos pronto." Hizo el gesto impaciente con la mano izquierda.

"Cruzan el río a las Callas y toman a los niños. Cuando regresan a la Estación de Thunderclap, creo que deben subir sus caballos y prisioneros a un tren y regresar a Fedic por esa vía, pues la puerta no les sirve."

"Ea, creo que así es," dijo Rolando. "Rodean la devar-toi—la prisión que hemos marcado con un 8—por ahora."

Susannah dijo: "Scowther y sus doctores Nazis usaban las cosas parecidas a cascos de estas camas para extraer algo de los niños. Es lo que le dan a los Disgregadores. Se lo hacen comer o se lo inyectan, creo. Los chicos y lo que queda de sus cerebros regresan a la Estación de Thunderclap por la puerta. Los niños son enviados de regreso a Calla Bryn Sturgis, tal vez a las otras Callas también, y en lo que llamas la devar-toi—"

"Amo, la cena está servida," dijo Eddie melancólico.

Nigel interrumpió en este punto, sonando absolutamente animoso. "¿Desean comer algo, sais?"

Jake consultó su estómago y encontró que hacía ruidos. Era horrible tener hambre estando tan reciente la muerte del Padre—y después de las cosas que había visto en el Dixie Pig—pero tenía hambre, sin embargo. "¿Hay comida Nigel? ¿La hay realmente?"

"Así es, jovencito," dijo Nigel. "Sólo cosas enlatadas, me temo, pero puedo ofrecerles más de dos docenas de opciones, incluyendo frijoles, atún, varios tipos de sopa—"

"Pescado para mí," dijo Rolando, "pero trae una bandeja, si está bien."

"Ciertamente, sai."

"No creo que me puedas preparar un Elvis Especial," dijo Jake nostálgico. "Mantequilla de maní, banana y beicon."

"Jesús, chico," dijo Eddie. "No sé si se puede decir con tan poca luz, pero me estoy poniendo verde."

"Desafortunadamente no tengo beicon ni bananas," dijo Nigel (pronunciando lo último *ba-NAU-nas*), pero tengo mantequilla de maní y tres clases de gelatina. También mantequilla de manzana."

"La de manzana estaría bien," dijo Jake.

"Adelante, Susannah," dijo Rolando mientras Nigel se movía a cumplir su labor. "Aunque creo que no necesito apurarte; una vez comamos necesitaremos descansar." Sonaba muy poco alegre por la idea.

"No creo que haya más que decir," dijo ella. "Suena confuso—se ve confuso, también, sobre todo porque nuestro mapa no tiene escalas—pero es una curva que hacen cada veinticuatro años o más: de Fedic a Calla Bryn Sturgis, luego a Fedic con los niños, para hacer la extracción. Luego devuelven a los chicos a las Callas y llevan la comida cerebral a esta prisión donde se encuentran los Disgregadores."

"La devar-toi," dijo Jake.

Susannah asintió. "La cuestión es qué hacemos para interrumpir el ciclo."

"Vamos a través de la puerta a la estación Thunderclap," dijo Rolando, "y de la estación al lugar donde mantienen a los Disgregadores. Y allí. . ." Miró a cada uno de su ka-tet a la vez, luego levantó su dedo e hizo un gesto secamente expresivo de disparar.

"Habrán guardias," dijo Eddie. "Tal vez muchos de ellos. ¿Qué pasa si nos exceden?"

"No será la primera vez," dijo Rolando.



Capítulo II: El Observador

UNO

Cuando Nigel regresó, llevaba una bandeja del tamaño de una rueda de vagón. En ella habían sándwiches, dos termos llenos de sopa (carne y pollo), y bebidas enlatadas. Había Coca Cola, Sprite, Nozz-A-La, y algo llamado Wit Green Wit. Eddie intentó esta última y la pronunció mal más allá de lo descriptible.

Todos podían ver que Nigel ya no era el mismo pip-pip, muy buen tipo que había sido por sabía Dios cuántas décadas y siglos. Su cabeza en forma de rombo se caía a un lado y al otro. Cuando iba a la izquierda murmuraba "*iUn, deux, trois!*" A la derecha era "*iEin, zwei, drei!*" Un constante ruido bajo había empezado en su diafragma.

"Dulzura, ¿qué tienes?" preguntó Susannah cuando el robot doméstico depositó la bandeja en el piso entre ellos.

"Las series de exámenes de auto-diagnóstico sugieren un daño sistémico total entre las siguientes dos y seis horas," dijo Nigel, sonando triste pero por lo demás en calma. "Fallas lógicas preexistentes, en cuarentena hasta ahora, se han colado a los SMG." Luego torció viciosamente la cabeza a la derecha. "*iEin, zwei, drei!* ¡Libres o morir, aquí está Greg en tu ojo!"

"¿Qué es SMG?" preguntó Jake.

"¿Y quién es Greg?" agregó Eddie.

"SMG significa sistemas de mentación general," dijo Nigel. Hay dos de esos sistemas, racional e irracional. Consciente y subconsciente, como ustedes podrían decir. En cuanto a Greg, es Greg Stillson, un personaje en una novela que estoy leyendo. Bastante divertida. Se llama *La Zona Muerta*, de Stephen King. En cuanto a por qué lo traigo a este contexto, no tengo idea."

DOS

Nigel explicó que las fallas lógicas eran comunes en lo que llamaba Robots Asimov. Mientras más listo era el robot, más fallas lógicas. . . y más pronto empezaban a mostrarse. Los antiguos (Nigel los llamaba los Hacedores) compensaban esto instalando un estricto sistema de cuarentena, que trataba los errores mentales como si fueran viruela o cólera. (Jake pensó que esto era una manera realmente buena de tratar con la locura, aunque supuso que la idea no le interesaría mucho a los psiquiatras; los sacaría del negocio). Nigel creía que el trauma de que hubieran disparado a sus ojos había debilitado de alguna manera sus sistemas de supervivencia mental, y ahora todo tipo de cosas malas estaban sueltas en sus circuitos, deteriorando sus capacidades deductivas e inductivas, devorando sus sistemas lógicos a izquierda y derecha. Le dijo a Susannah que no la culpaba a ella en lo absoluto. Susannah levantó un puño a su frente y le agradeció grande-grande. Realmente, no le creía del todo al bueno de DNK 45932, aunque no tenía la más mínima idea de por qué. Tal vez era un recuerdo

de su tiempo en la Calla Bryn Sturgis, donde un robot no muy diferente de Nigel había resultado ser un detestable rencoroso. Y había algo más.

Yo espíó con mi ojo pequeño, pensó Susannah.

"Estira las manos, Nigel."

Cuando el robot lo hizo, todos vieron los tensos pelos atrapados en las articulaciones de sus dedos de acero. También había una gota de sangre en un. . . ¿lo llamarías nudillo? "¿Qué es esto?" preguntó levantando varios de los pelos.

"Lo siento, madam, no puedo—"

No podía ver. No, desde luego que no. Nigel tenía infrarrojo, pero su visión real había muerto, cortesía de Susannah Dean, hija de Dan, pistolera del Ka-Tet de Diecinueve.

"Son pelos. También veo algo de sangre."

"Ah, sí," dijo Nigel. "Ratas en la cocina, madam. Estoy programado para deshacerme de las plagas cuando las detecto. Hay muchas estos días, lamento decirlo; el mundo se está moviendo." Y luego, girando con violencia la cabeza a la izquierda: "*¡Un-deux-trois! ¡La ratona Minnie est la ratón pour moi!*"

"Este. . . ¿mataste a Minnie y a Mickey antes o después de hacer los sándwiches, Nige viejo amigo?" preguntó Eddie.

"Después, sai, se lo aseguro."

"Bueno, da lo mismo," dijo Eddie. "Me comí un pobrecito en Maine, y lo tengo pegado a las costillas."

"Deberías decir, *un, deux, trois*," le dijo Susannah. Las palabras le salieron antes que supiera que las iba a decir.

"¿Perdón?" Eddie se sentaba con el brazo a su alrededor. Desde que los cuatro se habían reunido, tocaba a Susannah cada que tenía oportunidad, como si necesitara confirmar el hecho de que era más que un pensamiento.

"Nada." Más tarde, cuando Nigel no estuviera en el cuarto o cuando se dañara completamente, le contaría su intuición. Pensaba que los robots como Nigel y Andy, como aquellos en los cuentos de Isaac Asimov que había leído de adolescente, no debían mentir. Tal vez Andy había sido modificado o se había modificado a sí mismo para que eso no fuera un problema. Con Nigel, pensaba que sí era un problema: puedes decir problema grande-grande. Tenía la idea que, a diferencia de Andy, Nigel era esencialmente de buen corazón, pero sí—había mentido u ocultado la verdad sobre las ratas en la bodega. Tal vez también sobre otras cosas. *Ein, zwei, drei* y *Un, deux, trois* era su método de liberar la presión. Por un rato, de cualquier forma.

Es Mordred, pensó, mirando a los lados. Se hizo con un sándwich porque tenía que comer—como Jake, estaba famélica—pero se le había ido el apetito y sabía que no disfrutaría lo que pasara sombríamente por su garganta. Él ha estado con Nigel, y ahora nos vigila desde alguna parte. Lo sé—lo siento.

Y, mientras le daba el primer mordisco a alguna carne misteriosa empacada al vacío y conservada por mucho tiempo:

Una madre siempre sabe.

TRES

Ninguno de ellos quería dormir en el Cuarto de Extracción 1 (aunque podían haber escogido cualquiera de las trescientas o más camas recién hechas) ni en el pueblo desértico afuera, de forma que Nigel los llevó a sus propios cuartos, haciendo pausas cada momento para sacudir la cabeza y aclarársela y para contar en alemán o en francés. A esto le empezó a agregar números en otro lenguaje que ninguno conocía.

Los condujo a través de una cocina—todo máquinas de acero inoxidable y con un zumbido suave, muy diferente de la antigua cocina que Susannah había visitado en exotransito bajo el

Castillo Discordia—y aunque vieron el desorden de la cena que Nigel les había preparado, no había rastro de ratas, vivas o muertas. Ninguno de ellos lo comentó.

La sensación de ser observada de Susannah iba y venía.

Más allá de la bodega había un limpio apartamento pequeño de tres cuartos donde presumiblemente Nigel descansaba. Ninguno tenía camas, pero más allá de la sala y una bodega de mayordomo llena de equipos de monitoreo había un estudio lleno de libros con un escritorio de cedro y una silla cómoda junto a una lámpara de lectura de halógeno. El computador en el escritorio había sido fabricado por North Central Positronics, ninguna sorpresa. Nigel les llevó sábanas y almohadas que les aseguró estaban frescas y limpias.

"Puede que duermas de pie, pero creo que te gusta sentarte y leer como cualquier otro," dijo Eddie.

"Oh, sí que sí, un dos tres sí," dijo Nigel. "Disfruto un buen libro. Es parte de mi programación."

"Dormiremos seis horas, luego continuaremos," les dijo Rolando.

Entretanto, Jake examinaba los libros más de cerca. Acho se movía a su lado, siempre en sus talones, mientras Jake revisaba las carátulas, sacando alguno ocasionalmente para mirarlo mejor. "Parece que tiene todo lo de Dickens," dijo. "También Steinbeck. . . Thomas Wolfe. . . mucho de Zane Grey . . . alguien llamado Max Brand. . . un tipo llamado Elmore Leonard . . . y el siempre popular Steve King."

Todos se tomaron el tiempo para mirar los dos estantes de libros de King, más de treinta, al menos cuatro de ellos muy grandes y dos del tamaño de Biblias. Al parecer King había sido un escritor extremadamente ocupado desde sus días en Bridgton. El más nuevo se llamaba *Corazones en la Atlántida* y había sido publicado en un año que les era muy familiar: 1999. Los únicos que faltaban, por lo que podían decir, eran los que hablaban de *ellos*. Suponiendo que King los hubiera escrito. Jake revisó las páginas de derechos de autor, pero habían pocos agujeros obvios. Eso podría no significar nada, sin embargo, porque había escrito mucho.

Susannah le preguntó a Nigel, quien dijo que nunca había visto ningún libro de Stephen King sobre Rolando de Gilead o la Torre Oscura. Luego, después de haberlo dicho, giró viciosamente la cabeza a la izquierda y contó en francés, esta vez hasta diez.

"Aún así," dijo Eddie después que Nigel se hubo retirado, sonando por todo el cuarto, "apuesto que hay mucha información aquí que podríamos usar. Rolando, ¿piensas que podríamos llevarnos los libros de Stephen King con nosotros?"

"Tal vez," dijo Rolando, "pero no lo haremos. Podrían confundirnos."

"¿Por qué lo dices?"

Rolando sólo sacudió la cabeza. No sabía porqué lo decía, pero sabía que era verdad.

CUATRO

El centro nervioso de la Estación Experimental Arc 16 se encontraba cuatro niveles abajo del Cuarto de Extracción, la cocina y el estudio de Nigel. Se entraba a la Suite de Control a través de un vestíbulo en forma de cápsula. El vestíbulo sólo podía abrirse desde afuera usando tres tarjetas de identificación, una después de otra. La música ambiental en este nivel inferior del Dogan de Fedic sonaba como las melodías de los Beatles pero ejecutadas por El Cuarteto de Cuerdas Comatoso.

Dentro de la Suite de Control había alrededor de una docena de cuartos, pero el único que necesita importarnos es el que está lleno de pantallas de televisión y dispositivos de seguridad. Uno de estos últimos dispositivos controlaba un pequeño pero terrible ejército de robots cazadores-asesinos equipados con sneetches y pistolas láser; se suponía que otro liberaba gas envenenado (del mismo tipo que Blaine había usado para asesinar a la gente de Lud) en caso de una invasión hostil. Lo que había sucedido, a los ojos de Mordred Deschain. Había intentado activar tanto los cazadores-asesinos como el gas; ninguno había respondido. Ahora a Mordred

le sangraba la nariz, tenía un moretón en la frente y tenía hinchado el labio inferior, pues se había caído de la silla en que se sentaba y había rodado por el piso, emitiendo gritos infantiles y pastosos que no reflejaban en lo absoluto lo profundo de su furia.

¡Ser capaz de verlos en por lo menos cinco pantallas y no poder matarlos o al menos lastimarlos! ¡No era extraño que estuviera furioso! Había sentido la oscuridad viviente que se cerraba sobre él, la oscuridad que señalaba su cambio, y se había obligado a calmarse para que el cambio no ocurriera. Ya había descubierto que la transformación de su yo humano a su yo araña (y al revés) consumía terribles cantidades de energía. Más tarde eso no importaría, pero por el momento tenía que ser cuidadoso, o se moriría de inanición como una abeja en un fragmento quemado del bosque.

Lo que les mostraré es mucho más bizarro que nada que hayamos visto hasta ahora, y les advierto de antemano que su primer impulso será reír. Eso está bien. Rían si deben hacerlo. Sólo no quiten los ojos de lo que vean, pues incluso en su imaginación, he aquí una criatura que puede infligirles daño. Recuerden que vino de dos padres, los dos, asesinos.

CINCO

Ahora, apenas unas horas después de su nacimiento, el chico de Mia ya pesaba diez kilogramos y se veía como un saludable bebé de seis meses. Mordred sólo llevaba una prenda, un pañal de toalla improvisado que Nigel le había puesto cuando le había llevado al bebé su primera comida de la vida salvaje del Dogan. El niño necesitaba un pañal, pues todavía no podía controlar sus esfínteres. Entendía que el control sobre estas funciones sería suyo pronto—tal vez antes que acabara el día, si seguía creciendo a la tasa actual—pero no ocurriría lo suficientemente pronto para él. Estaba encarcelado en este estúpido cuerpo de bebé.

Estar atrapado de esa forma era horrible. ¡Caer de la silla y no ser capaz de nada más que quedarse allí, moviendo sus brazos y piernas amoratados, sangrando y gritando! DNK 45932 habría venido a alzarlo, no podía resistir las órdenes del hijo del Rey más de lo que una piedra arrojada por una ventana alta podía resistir la atracción de la gravedad, pero Mordred no se atrevió a llamarlo. La puta de color oscuro ya sospechaba que algo no andaba bien con Nigel. La puta oscura era jodidamente perceptiva, y Mordred mismo era terriblemente vulnerable. Era capaz de controlar cada máquina en la estación Arc 16, dominar las máquinas era uno de sus muchos talentos, pero mientras yacía en el suelo del cuarto en cuya puerta se leía CENTRO DE CONTROL (mucho tiempo atrás había sido llamado “La Cabeza,” antes que el mundo se moviera), Mordred empezó a darse cuenta de que habían muy pocas máquinas que controlar. ¡No era extraño que su padre quisiera derribar la Torre y empezar de nuevo! Este mundo estaba dañado.

Había necesitado cambiar de nuevo a araña para volver a subir a la silla, donde de nuevo había asumido su forma humana. . . pero para cuando lo hizo, su estómago crujía y su boca se sentía amarga del hambre. Empezaba a sospechar que no era sólo el cambio el que le absorbía la energía; la araña era más cercana a su forma verdadera, y cuando estaba en esa forma su metabolismo era mayor y más rápido. Sus pensamientos cambiaban, también, y eso era atractivo, porque sus pensamientos humanos estaban llenos de emociones (sobre las cuales al parecer no tenía control, aunque creía que lo adquiriría con el tiempo) que eran en su mayoría desagradables. Como araña, sus pensamientos no eran pensamientos reales en absoluto, al menos no en el sentido humano; eran cosas oscuras que gritaban y que parecían surgir de algún territorio interior húmedo. Eran sobre

(COMER)

y

(VAGAR)

y

(VIOLAR)

y

(MATAR)

Las muchas maneras deliciosas de hacer estas cosas erraban por la rudimentaria consciencia del dan-tete como máquinas con luces que se aceleraban sin control por el más oscuro clima del mundo. Pensar de esa forma—deshacerse de su mitad humana—era inmensamente atractivo, pero pensaba que hacerlo ahora, mientras no tenía casi defensas, haría que lo mataran.

Y casi lo habían hecho. Levantó su brazo derecho—rosado y suave, y perfectamente desnudo—para poder mirar a su cadera derecha. Fue allí donde la puta oscura le había disparado, y aunque Mordred había crecido considerablemente desde entonces, había crecido el doble en tamaño y peso, la herida seguía abierta, derramando sangre y una materia como nata, amarillo oscuro y apestosa. Pensó que esta herida en su cuerpo humano jamás se curaría. De la misma forma que la pata en su otro cuerpo—que la puta oscura le había volado de un disparo—jamás volvería a crecerle. Y si no se hubiera tropezado—ka: sí, no había duda de ello—el disparo le habría volado la cabeza en vez de la pata, y entonces el juego habría terminado, porque—

Hubo un zumbido duro y como un graznido. Miró al monitor que mostraba el otro lado de la entrada principal y vio al robot doméstico con un saco en una mano. El saco se movía, y el bebé de cabello oscuro, y con unos pañales torpemente puestos que se sentaba frente a los monitores empezó a salivar de inmediato. Estiró una mano regordeta y presionó una serie de botones. La curvada puerta exterior se abrió y Nigel entró al vestíbulo, que estaba construido como un despresurizador. Mordred pasó de inmediato a los botones que abrirían la puerta interior en respuesta a la secuencia 2-5-4-1-3-1-2-1, pero su control motriz aún era casi inexistente y fue recompensado con otro zumbido duro y una molesta voz femenina (molesta porque le recordaba a la voz de la puta oscura) que decía, "HA INSERTADO EL CÓDIGO DE SEGURIDAD EQUIVOCADO PARA ESTA PUERTA. PUEDE INTENTARLO DE NUEVO UNA VEZ DENTRO DE LOS SIGUIENTES DIEZ SEGUNDOS. DIEZ. . . NUEVE . . ."

Mordred habría dicho *Mierda* si hubiera sido capaz de hablar, pero no era así. Lo mejor que pudo hacer fue un balbuceo que sin duda habría hecho que Mia sonriera de orgullo materno. Ahora no se molestó con los botones; quería demasiado lo que el robot traía en la bolsa. Las ratas (suponía que eran ratas) estaban vivas esta vez. Vivas, por Dios, con la sangre aún corriéndoles por las venas.

Mordred cerró los ojos y se concentró. La luz roja que Susannah había visto antes de su primer cambio corrió una vez más bajo su piel desde la cabeza hasta el talón teñido de rojo. Cuando esa luz pasó por la herida abierta en la cadera del bebé, el flujo baboso de sangre y materia se volvió más fuerte brevemente, y Mordred emitió un grito bajo de dolor. Su mano fue a la herida y desparramó sangre sobre su estómago en un gesto de alivio impensado. Por un momento hubo una sensación de negritud creciendo para reemplazar el rojo, acompañada por un movimiento en la forma del bebé. Sin embargo, esta vez no hubo transformación. El bebé se derrumbó en la silla, respirando con fuerza, y un chorrito de orina clara salió de su pene para mojar el frente de la toalla que llevaba. Hubo un sonido enmudecido de debajo del panel de control en frente a la silla donde el bebé se derrumbó desfigurado, boqueando como un perro.

Al otro lado del cuarto, una puerta marcada ACCESO PRINCIPAL se abrió. Nigel entró torpemente por ella, moviendo a los lados la cápsula que tenía por cabeza casi constantemente, contado no en dos o tres idiomas sino tal vez en una docena.

"Señor, realmente no puedo seguir—"

Mordred emitió unas alegres sonidos de bebé, gu-gu-ga-ga, y estiró las manos hacia el saco. El pensamiento que envió era claro y frío: **Cállate. Dame lo que necesito.**

Nigel le puso la bolsa en el regazo. Desde dentro venía un sonido chirriante que sonaba casi como habla humana, y por primera vez Mordred se dio cuenta de que el movimiento venía de una sola criatura. ¡No de una rata! ¡Algo más grande! ¡Más grande y con más sangre!

Abrió la bolsa y se asomó a su interior. Un par de ojos con aros dorados alrededor lo miraron suplicantes. Por un momento pensó que era el pájaro que volaba de noche, el pájaro ju-ju, no sabía su nombre, y luego vio que la cosa tenía pelo y no plumas. Era un throcken,

conocido en muchas partes del Mundo-Medio como un bilibrambo, éste apenas lo mayor para acabar de ser destetado.

Allí, allí, pensó sobre él, la boca llena de saliva. ***Estamos en el mismo bote, mi pequeño amigo –somos huérfanos en un mundo cruel y difícil. Quédate quieto y te daré alivio.***

Tratar con una criatura tan joven y de cabeza tan simple como ésta no era demasiado diferente de tratar con las máquinas. Mordred miró a sus pensamientos y encontró el nodo que controlaba su pequeña voluntad. Lo alcanzó con una mano hecha de pensamiento—hecha de su voluntad—y lo agarró. Por un momento pudo escuchar el tímido y esperanzado pensamiento de la criatura

(no me lastimes no me lastimes; por favor déjame vivir; quiero vivir divertirme jugar un poco; no me lastimes por favor no me lastimes por favor déjame vivir)

y respondió:

Todo está bien, no temas, amigo, todo está bien.

El brambo en el saco (Nigel lo había encontrado en el área de motores, separado de su madre, hermanos y hermanas por una puerta automática que se cerró) se relajó—no exactamente creyendo, sino *ansiendo* creer.

SEIS

En el estudio de Nigel, las luces habían sido casi apagadas. Cuando Acho empezó a gemir, Jake se despertó al instante. Los otros dormían, al menos por el momento.

¿Qué pasa, Acho?

El brambo no respondió, sólo hizo más profundo el gemido en su garganta. Sus ojos de aros dorados miraban a la sombría esquina del estudio, como si viera algo terrible allí. Jake pudo recordar mirar a la esquina de su propio cuarto de la misma manera después de despertarse de alguna pesadilla en las primeras horas de la mañana, un sueño de Frankenstein o Drácula o

(Tiranosorbetes rex)

algún otro coco, sabía Dios cuál. Ahora, pensando que tal vez los brambs también tenían pesadillas, intentó incluso con más fuerza tocar la mente de Acho. No hubo nada al principio, pero luego apareció una imagen profunda y borrosa

(ojos ojos mirando desde la oscuridad)

de algo que podría haber sido un bilibrambo en un saco.

“Shhh,” susurró al oído de Acho, poniéndole los brazos alrededor. “No los despiertes, necesitan dormir”

“Mir,” dijo Acho, muy bajo.

“Sólo tuviste un mal sueño,” susurró Jake. “A veces yo también los tengo. No son reales. Nadie te puso en un saco. Vuelve a dormir.”

“Mir.” Acho puso su hocico sobre su pata derecha. “Acho–tra–ilo.”

Correcto, pensó Jake respondiéndole, *Acho, tranquilo.*

Los ojos de aros dorados, que aún se veían perturbados, se quedaron abiertos un poco más. Luego Acho le guiño un ojo a Jake y los cerró. Un momento después el brambo dormía de nuevo. En algún lugar cerca, uno de su especie había muerto. . . pero morir era la ley del mundo; era un mundo difícil y siempre lo había sido.

Acho soñó que estaba con Jake bajo la inmensa orbe naranja de la Luna del Buhonero. Jake, durmiendo también, lo alcanzó con el tacto en el sueño y soñaron juntos con la Luna del Viejo y Barato Vagabundo.

¿Acho, quién murió? preguntó Jake bajo la sabia mirada de un ojo del Buhonero.

Acho, dijo su amigo. *Delah.* Muchos.

Bajo la naranja mirada vacía del Viejo Barato Acho no dijo más; de hecho había encontrado un sueño dentro de su sueño, y allí también Jake fue con él. Este sueño era mejor. En él, los dos jugaban a la luz del sol. A ellos llegó otro brambo: un tipo triste, por como se veía.

Intentaba hablarles, pero ni Jake ni Acho podían decir qué había dicho, porque hablaba en inglés.

SIETE

Mordred no tenía la fuerza suficiente para sacar al brambo del saco, y Nigel no lo ayudaría o no podía ayudarlo. El robot sólo se paraba junto a la puerta del Centro de Control, torciendo la cabeza a un lado o al otro, contando y emitiendo ruidos más duros que nunca. De su interior había empezado a surgir un caliente olor a quemado.

Mordred logró darle la vuelta al saco y el brambo, probablemente de unos seis meses, cayó en su regazo. Tenía los ojos entrecerrados, pero las órbitas amarillas y negras estaban apagadas y no se movían.

Mordred le movió hacia atrás la cabeza, haciendo una mueca por la concentración. Esa luz roja descendió por su cuerpo, y su cabello intentó erizarse. Antes de que pudiera más que levantarse, sin embargo, el cabello y el cuerpo al que pertenecía habían desaparecido. Apareció la araña. Puso cuatro de sus siete piernas en el cuerpo del brambo y lo empujó sin esfuerzo a su boca hambrienta. En veinte segundos había dejado seca a la criatura. Enterró la boca en el suave vientre de la criatura, lo rasgó, levantó más el cuerpo, y comió los intestinos que salieron: deliciosos pedazos goteantes de carne que le llenaban de fuerza. Comió más a fondo, haciendo sonidos apagados de satisfacción, quebrando la columna vertebral del bilibrambo y chupando el breve goteo de médula. La mayor parte de la energía estaba en la sangre—sí, siempre en la sangre, como bien sabían los Abuelos—pero habían también fuerza en la carne. Como bebé humano (Rolando había utilizado el viejo término de Gilead, *bah-bo*), podría no haberse nutrido del jugo o la carne. Probablemente se habría atorado con ella hasta morir. Pero como araña—

Terminó y arrojó el cadáver al suelo, como lo había hecho con los cadáveres disecados de las ratas. Nigel, ese dedicado y activo mayordomo, se había deshecho de ellos. No se desharía de éste. Nigel se quedaba en silencio sin importar cuántas veces Mordred dijera **¡Nigel, te necesito!** Alrededor del robot, el olor a plástico chamuscado se había hecho tan fuerte que se activaron los ventiladores. DNK 45932 estaba con su cara sin ojos hacia la izquierda. Le daba una curiosa apariencia inquisitiva, como si hubiera muerto justo antes de hacer una pregunta importante: *Cuál es el sentido de la vida, tal vez, o ¿Por qué los pollos de mi cazuela no sirven para comer?* En cualquier caso, su breve carrera como cazador de ratas y bilibrambos se había acabado.

Por el momento, Mordred estaba lleno de energía—la comida había estado fresca y maravillosa—pero eso no duraría mucho. Si se quedaba en su forma de araña, gastaría esta nueva reserva de fuerza incluso más rápido. Si volvía a ser un bebé, sin embargo, ni siquiera sería capaz de bajarse de la silla en que se sentaba, o de ponerse de nuevo el pañal—que desde luego, se le había zafado al cambiar. Pero tenía que cambiar pues en su forma de araña no podía para nada pensar con claridad. ¿Y el razonamiento deductivo? La idea era un chiste cruel.

El nodo blanco en el lomo de la araña cerró sus ojos humanos, y el cuerpo negro debajo se puso de un rojo congestionado. Las patas se retrajeron hacia el cuerpo y desaparecieron. El nodo que era la cabeza del bebé creció y ganó detalle mientras que el cuerpo palidecía y asumía forma humana; los ojos azules del niño—ojos de bombardero, ojos de pistolero—brillaron. Aún estaba lleno de fuerza por la sangre y la carne del brambo, podía sentirlo mientras la transformación llegaba a su fin, pero una molesta cantidad de ella (algo como la espuma en un vaso de cerveza) ya se había disipado. Y no sólo por las transformaciones. El hecho era que estaba creciendo a un ritmo acelerado. Ese tipo de crecimiento requería alimento constante y había demasiado poco en la Estación Experimental Arc 16. O en Fedic. Había alimentos enlatados y en paquetes de aluminio y bebidas energéticas en polvo, sí, cantidades de todo eso, pero nada de lo que había aquí lo alimentaría como necesitaba. Necesitaba carne fresca y más que la carne necesitaba *sangre*. Y la sangre de los animales sostendría la avalancha de su crecimiento sólo por un tiempo. Muy pronto necesitaría sangre

humana, o el ritmo de su crecimiento primero disminuiría y luego se detendría. El dolor del hambre llegaría, pero ese dolor, retorciéndose en sus órganos como un taladro, no sería nada comparado al dolor mental y espiritual de verlos a ellos en las numerosas pantallas de video: todavía con vida, reunidos en su comunidad, con el alivio de una causa.

El dolor de verlo a él. Rolando de Gilead.

¿Cómo sabía las cosas que sabía?, se preguntó. ¿De su madre? Algunas de ellas sí, pues había sentido un millón de las ideas y recuerdos de Mia (un buen número tomados de Susannah) cuando ella lo alimentaba. Pero también saber que así era con los Abuelos, ¿cómo sabía eso? Que, por ejemplo, un vampiro alemán que le desangraba la vida a un francés podía hablar francés por una semana o diez días, hablarlo como un nativo, y entonces la capacidad, como los recuerdos de su víctima, empezaría a desvanecerse. . .

¿Cómo podía saber algo como eso?

¿Importaba?

Ahora los veía dormir. El muchacho Jake había despertado, pero sólo brevemente. Antes, Mordred los había visto comer, cuatro tontos y un brambo—llenos de sangre, llenos de energía—cenando juntos en círculo. Siempre se sentaban en círculo, hacían ese círculo incluso si paraban a descansar cinco minutos en el camino, haciéndolo sin estar conscientes de ello, su círculo que mantenía fuera al resto del mundo. Mordred no tenía un círculo tal. Aunque era nuevo, ya entendía que *afuera* se encontraba su ka, así como era el ka del viento invernal soplar sólo a través de una mitad del compás: del norte al oriente y de nuevo a desolar el norte. Lo aceptaba, pero igual los miraba con el resentimiento de quien está afuera, sabiendo que los lastimaría y que la satisfacción sería amarga. Era de dos mundos, la unión que se había predicho del *Prim* y el *Am*, de *gadosh* y *godosh*, de *Gan* y *Gilead*. Era en cierta forma como Jesucristo, pero en cierta forma era *más puro* que el hombre-dios oveja, pues el hombre-dios oveja tenía sólo un padre verdadero, que estaba en el cielo altamente hipotético y un padrastro en la tierra. El pobre de José, que tenía unos cuernos que Dios mismo le había puesto.

Mordred Deschain, por otra parte, tenía dos padres. Uno de los cuales dormía en la pantalla ante él.

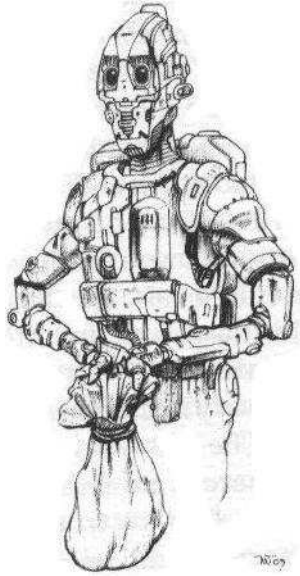
Estás viejo, Padre, pensó. Le produjo un placer morboso pensarlo; también lo hizo sentirse pequeño y vulgar, nada más que . . . bueno, nada más que una araña, que miraba desde su red. Mordred era gemelos, y seguiría siendo gemelos hasta que Rolando de Eld estuviera muerto y estuviera roto el último ka-tet. ¿Y la voz deseosa que le decía que fuera *con* Rolando, y lo llamara padre? ¿Que llamara a Eddie y Jake hermanos, y a Susannah hermana? Ésa era la voz confiable de su madre. Lo matarían antes de que saliera una palabra de su boca (suponiendo que hubiera llegado ya a una etapa en la que pudiera más que balbucear). Le cortarían las bolas y se las darían de comer al brambo del chico. Sepultarían su cadáver castrado, y cagarían en la tierra sobre la que yacería, y luego se irían.

Finalmente estás viejo, Padre, y ahora caminas cojeando, y al final del día veo que frotas tu cadera con una mano que ha adquirido un pequeño temblor.

Miren, si pueden. Aquí se sienta un bebé con sangre fluyendo sobre su piel. Aquí se sienta un bebé que llora lágrimas extrañas y silenciosas. Aquí se sienta un bebé que sabe demasiado y sabe demasiado poco, y aunque debemos mantener los dedos lejos de su boca (éste muerde; muerde como un cocodrilo bebé), se nos permite sentir un poco de lástima por él. Si el ka es un tren—y lo es, un inmenso y veloz monorriel, tal vez cuerdo, tal vez no—entonces este repulsivo pequeño licántropo es su pasajero más vulnerable, no atado a los rieles como la pequeña Nell sino atado a la luz frontal misma de la cosa.

Puede decirse que tiene dos padres, y hay algo de verdad en ello, pero aquí no hay padre ni madre. Se comió viva a su madre, digo verdad, la comió grande-grande, fue su primera comida, y ¿qué opción tuvo ante eso? Es el último milagro de la Torre Oscura aún en pie, el matrimonio con cicatrices de lo racional y lo irracional, lo natural y lo sobrenatural, y sin embargo está solo y está hambriento. El destino podía haber pretendido que gobernara una cadena de universos (o que los destruyera todos), pero hasta ahora ha logrado establecer dominio sobre nada más que un viejo robot doméstico que ya se ha ido al claro al final del camino.

Observa al pistolero durmiente con amor y con odio, detestando y añorando. ¿Pero supongan que fuera a ellos y no lo mataran? ¿Qué si le dieran la bienvenida? Idea ridícula, sí, pero permítanmela para propósitos del argumento. Incluso entonces se esperaría que Rolando estuviera sobre él, que lo aceptara como dinh, y eso nunca lo hará, nunca lo hará, no, nunca lo hará.



Capítulo III: El Alambre Brillante

UNO

“Los mirabas,” dijo una suave voz que reía. Luego canturreó un canto de cuna sin sentido que Rolando bien habría recordado de su propia niñez: “¡Feliz, feliz, Jack es una nariz! ¿Eso dices? ¿Eso digo? ¡Es mi chiquito y querido bah-bo! ¿Te gustó lo que viste antes de dormirte? ¿Los miraste irse con el resto del mundo que se derrumba?”

Tal vez habían pasado diez horas desde que Nigel el robot doméstico había hecho su última tarea. Mordred, que de hecho se había quedado profundamente dormido, giró la cabeza hacia la voz del extraño sin la cabeza confundida y sin sorpresa. Vio a un hombre con vaqueros azules y una chaqueta con capucha sobre las grises baldosas del Centro de Control. Su gunna—nada más que una maltrecha mochila—yacía a sus pies. Tenía las mejillas sonrojadas, un rostro hermoso, unos ojos que ardían. Llevaba en la mano una pistola automática y al mirar al ojo oscuro de su cañón, Mordred Deschain se dio cuenta por segunda vez que incluso los dioses podían morir una vez que su divinidad fuera diluida en sangre humana. Pero no tenía miedo. No de éste. *Miró* hacia atrás a los monitores que mostraban el apartamento de Nigel, y confirmaban que el recién llegado tenía la razón: estaba vacío.

El extraño sonriente, que parecía haber surgido del mismo piso, levantó la mano que no sostenía la pistola hacia la capucha de su chaqueta y dobló hacia afuera un poco de ella. Mordred vio un pedazo de metal. Algún tipo de alambre entretejido cubría el interior de la capucha.

“Lo llamo mi «gorra de pensamiento»,” dijo el extraño. “No puedo escuchar tus pensamientos, lo que es una desventaja, pero no puedes meterte en mi cabeza, lo que es una—”

(lo que es una ventaja definitiva, ¿no dirías?)

“—lo que es una ventaja definitiva, ¿no dirías?”

Habían dos parches en la chaqueta. Una decía EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS y mostraba un pájaro—el pájaro águila, no el pájaro ju-ju. El otro parche era un nombre: RANDALL FLAGG. Mordred descubrió (sin sorpresa tampoco esta vez) que podía leer con facilidad.

“Porque, si te pareces en algo a tu padre—al *rojo*, claro está—entonces tus poderes mentales pueden exceder la simple comunicación.” El hombre de chaqueta rió nerviosamente. No quería que Mordred supiera que estaba asustado. Tal vez se había convencido a sí mismo de que no *tenía* miedo, que venía a este lugar por su propia voluntad. Tal vez así era. No le importaba lo uno o lo otro a Mordred. Ni los planes del hombre, que se apilaban y salían de su cabeza como sopa caliente. ¿Realmente este hombre pensaba que la «gorra de pensamiento» había encerrado sus pensamientos? Mordred miró más de cerca, indagó más profundo, y vio que la respuesta era sí. Muy conveniente.

“En cualquier caso, creo que un poco de protección sería muy prudente. La prudencia siempre es el curso más sabio; ¿cómo más sobreviví a la caída de Farson y a la muerte de Gilead? No quisiera que te metieras en mi cabeza y me hicieras saltar de un edificio, ¿o

debería? ¿Aunque por qué habrías de hacerlo? ¡Me necesitas a mí o a alguien, ahora que tu saco de circuitos se ha quedado mudo y eres sólo un bah-bo que no puede amarrarse sus propios pañales sobre su culo cagado!"

El extraño—que realmente no era un extraño para nada—rió. Mordred se sentó en la silla y lo observó. En el costado de la mejilla del niño había una marca rosada, pues se había dormido con la carita sobre su pequeña mano.

El recién llegado dijo, "Creo que podemos comunicarnos muy bien si yo hablo y tú me dices sí o no con la cabeza. Golpea la silla si no me entiendes. ¡Es muy simple! ¿Estás de acuerdo?"

Mordred asintió. El recién llegado encontraba incómodo el firme brillo azul de esos ojos—très incómodo—pero intentó no demostrarlo. Se preguntó una vez más si venir había sido lo adecuado, pero había rastreado el curso de Mia desde que ella se había consumido, y ¿para qué, si no para esto? Era un juego peligroso, lo sabía, pero ahora sólo quedaban dos criaturas que podían abrir la puerta a los pies de la Torre antes de que la Torre cayera. . . lo que ocurriría, y pronto, porque al escritor sólo le quedaban algunos días de vida en su mundo, y los Libros finales de la Torre—tres de ellos—aún no se escribían. En el último que *se escribió* en ese mundo clave, el ka-tet de Rolando había desterrado a sai Randy Flagg de un palacio de sueños en una autopista interestatal, un palacio que a Eddie, Susannah y Jake les parecía el Castillo de Oz el Grande y Terrible (Oz el Rey Verde, que te haga bien). De hecho, casi habían matado al viejo timo malo de Walter de la Penumbra, dando por tanto lo que algunos sin duda llamarían un final feliz. Pero más allá de la página 676 de *La Bola de Cristal* Stephen King no había escrito una palabra sobre Rolando y la Torre Oscura, y para Walter éste era el *verdadero* final feliz. La gente de Calla Bryn Sturgis, los niños arruinados, Mia y su bebé: todas esas cosas aún dormían ancladas en el subconsciente del escritor, criaturas sin respirar confinadas tras una puerta no hallada. Y ahora Walter pensaba que era demasiado tarde para liberarlas. A pesar de lo endiabladamente rápido que King había hecho su carrera—un escritor genuinamente talentoso que se había convertido en un artista de rápidos bocetos irrespetuoso (pero rico), un Algernon Swinburne sin rimas, que te agrade—no podría ni empezar las primeras cien páginas de lo que quedaba de la historia en el tiempo que le quedaba, ni siquiera si escribiera día y noche.

Demasiado tarde.

Había existido un día de elección, como bien sabía Walter: había estado en *Le Casse Roi Russe*, y lo había visto en la bola de cristal que aún poseía la Vieja Cosa Roja (aunque para ahora seguramente yacía olvidada en algún rincón del castillo). Para el verano de 1997, King había conocido claramente la historia de los Lobos, los gemelos, los platos voladores llamados Orizas. Pero todo eso le pareció demasiado trabajo al escritor. En cambio había escogido un libro de historias medianamente entrelazadas llamado *Corazones en la Atlántida*, e incluso ahora, en su casa en Turtleback Lane (donde no había visto ni siquiera un aparecido), el escritor desperdiciaba el poco de tiempo que le quedaba escribiendo sobre paz, amor y Vietnam. Era cierto que un personaje en el que sería el último libro de King tenía un papel que jugar en la historia de la Torre Oscura, pero ese tipo—un anciano con sesos talentosos—nunca tendría la oportunidad de hablar las líneas que realmente importaban. Encantador.

En el único mundo que realmente importaba, el mundo verdadero donde el tiempo nunca se devuelve y no hay segundas oportunidades (te digo la verdad), era junio 12 de 1999. El tiempo del escritor se había encogido a menos de doscientas horas.

Walter de la Penumbra sabía que no tenía tanto tiempo para alcanzar la Torre Oscura, pues el tiempo (al igual que el metabolismo de ciertas arañas) corría más rápido y caliente a este lado de las cosas. Digamos cinco días. Cinco y medio en el exterior. Tenía ese tiempo para alcanzar la Torre con el pie amputado de Mordred Deschain en su gunna . . . para abrir la puerta en el fondo y escalar esas escaleras murmurantes . . . para eludir al atrapado Rey Rojo...

Si pudiera encontrar un vehículo . . . o la puerta correcta . . .

¿Era demasiado tarde para convertirse en el Dios de Todo?

Tal vez no. En cualquier caso, ¿qué perdía intentándolo?

Walter de la Penumbra había errado por mucho tiempo, y bajo cien nombres, pero la Torre siempre había sido su meta. Al igual que Rolando, quería escalarla y ver qué vivía en la cima. Si es que algo vivía allí.

No había pertenecido a ninguno de los círculos, cultos, fes y facciones que habían surgido en los confusos años desde que la Torre empezó a vacilar, aunque vistió sus sigils cuando le convenían. Su servicio al Rey Carmesí fue algo tardío, como su servicio a John Farson, el Hombre Bueno que había derrumbado Gilead, el último bastión de civilización, en una oleada de sangre y homicidio. Walter había hecho su propia parte de homicidios en esos años, viviendo una larga y sólo casi mortal vida. Había presenciado el fin de lo que entonces creía era el último ka-tet de Rolando en la Colina de Jericó. ¿*Presenciado*? ¡Eso era demasiado modesto, por todos los dioses y los peces! Bajo el nombre de Rudin Filaro, había peleado con el rostro pintado de azul, había gritado y cargado con el resto de los apestosos bárbaros y había derribado al mismísimo Cuthbert Allgood, con una flecha que le atravesó el ojo. Pero a través de todo siempre había mantenido la mirada en la Torre. Tal vez por eso era que el maldito pistolero—mientras el sol se ocultaba en el trabajo de ese día, Rolando de Gilead había sido el último de ellos—había sido capaz de escapar, ocultándose en un carruaje lleno con los muertos y luego se había arrastrado de la pila mortuoria en el ocaso, justo antes de que todo hubiera sido incendiado.

Había visto a Rolando años atrás, en Mejis, y también allí apenas se le había escapado (aunque eso se lo había delegado sobre todo a Eldred Jonas, el de voz temblorosa y largos cabellos grises, y Jonas lo había pagado). El Rey le había dicho entonces que no habían terminado con Rolando, que el pistolero iniciaría el final de las cosas y en últimas causaría el derrumbamiento de aquello que él deseaba salvar. Walter no lo había empezado a creer hasta el Desierto Mohaine, donde había mirado hacia atrás un día para descubrir a un cierto pistolero siguiendo su rastro, uno que había envejecido con el paso de los años decadentes, y no lo había creído completamente hasta la reaparición de Mia, quien cumplió una vieja y solemne profecía dando a luz al hijo del Rey Carmesí. Ciertamente la Vieja Cosa Roja ya no le era de utilidad, pero incluso en su encarcelamiento y en su locura, él—eso—era peligroso.

Aún así, hasta que había tenido a Rolando para completarlo—para hacerlo mayor que su propio destino, tal vez—Walter de la Penumbra había sido poco más que un vagabundo que quedaba de los viejos tiempos, un mercenario con una vaga ambición de penetrar en la Torre antes que la derribaran. ¿No fue eso lo que lo llevó al Rey Carmesí en primer lugar? Sí. Y no era su culpa que el escurridizo gran rey araña se hubiera vuelto loco.

No importa. Aquí estaba su hijo con la misma marca en el talón—Walter la podía ver claramente en este momento—y todo equilibrado. Desde luego necesitaba tener cuidado. La cosa en la silla se veía indefensa, tal vez incluso pensaba que *estaba* indefensa, pero no sería bueno subestimarla sólo porque parecía un bebé.

Walter depositó la pistola en su bolsillo (por el momento; sólo por el momento) y estiró las manos, vacías y con las palmas hacia arriba. Luego cerró una de ellas en un puño, que levantó a su frente. Lentamente, sin quitar ni por un instante los ojos de Mordred, cuidadoso de que cambiara (Walter había visto ese cambio, y lo que le había pasado a la madre de la pequeña bestia), el recién llegado puso en tierra una rodilla.

“Salve, Mordred Deschain, hijo de Rolando de Gilead y del Rey Carmesí cuyo nombre fue una vez pronunciado del Mundo Final al Mundo Exterior; salve hijo de dos padres, los dos descendientes de Arturo Eld, primer rey en surgir después que el *Prim* retrocedió, y Guardián de la Torre Oscura.”

Por un momento no pasó nada. En el Centro de Control sólo había silencio y el olor penetrante de los circuitos quemados de Nigel.

Entonces el bebé levantó sus puños regordetes, los abrió, y levantó sus manos: *Levántate, garante, y ven a mí.*

DOS

“Es mejor que no ‘pienses fuerte,’ en cualquier caso,” dijo el recién llegado, acercándose. “Sabían que estabas aquí, y Rolando es listo por Cristo Todopoderoso; trig-delah es él. Me atrapé una vez, sabes, y pensé que mi fin había llegado. De veras que sí.” De su gunna el

hombre que a veces se llamaba a sí mismo Flagg (en otro nivel de la Torre, había llevado a todo un mundo a la ruina bajo ese nombre) había sacado galletas y mantequilla de maní. Le había pedido permiso a su nuevo dinh, y el bebé (aunque amargamente hambriento) había asentido regiamente. Ahora Walter se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas, comiendo rápidamente, seguro con su gorra de pensamiento, inconsciente de que había un intruso adentro y que todo lo que sabía estaba siendo escarbado. Estaba seguro hasta que el escarbar terminara, pero después—

Mordred levantó una manita regordeta y en el aire trazó graciosamente la forma de un signo de interrogación.

“¿Cómo escapé?” preguntó Walter. “Hice lo que cualquier verdadero embaucador haría en tales circunstancias—ile dije la verdad! Le mostré la Torre, al menos muchos niveles de ella. Esto lo aturdió, justo y propio, y mientras estaba abierto de esa manera, tomé una hoja de su propio libro y lo hipnoticé. Estábamos en una de las fístulas del tiempo que a veces surgen de la Torre, ¡y el mundo se movió alrededor nuestro mientras tuvimos nuestra palabra en ese lugar de huesos, sí! Llevé más huesos—huesos humanos—y mientras él dormía los vestí con lo que quedaba de mi ropa. Lo pude haber matado entonces, pero ¿qué hubiera pasado con la Torre si lo hubiera hecho, ah? De paso, ¿qué de *tí*? Nunca habrías llegado a existir. Es justo decir, Mordred, que al permitir a Rolando vivir y reunir a sus tres, salvé tu vida antes de que hubiera sido siquiera iniciada, eso hice. Me alejé hacia la playa—¡necesitaba unas vacaciones! Cuando Rolando llegó allí, fue por un camino, hacia las tres puertas. Yo había ido por el otro, mi querido Mordred, y ¡heme aquí!”

Rió con la boca llena de galletas y escupiendo boronas en su barbilla y camisa. Mordred sonrió, pero se sentía mareado. Era con esto con lo que tenía que trabajar, ¿esto? ¿Un tonto traga galletas, y escupe boronas, que estaba tan orgulloso de sus propias artimañas pasadas para sentir su peligro actual, o para saber que sus defensas habían sido alcanzadas? ¡Por todos los dioses, *merecía* morir! Pero antes que eso pudiera pasar, habían dos cosas más que necesitaba. Una era saber a dónde habían ido Rolando y sus amigos. La otra era ser alimentado. Este tonto serviría para los dos propósitos. ¿Y qué lo hacía fácil? Que Walter también se había vuelto viejo—viejo y letalmente seguro de sí mismo—y demasiado arrogante para darse cuenta.

“Te debes preguntar por qué estoy aquí, y no en los negocios de tu padre,” dijo Walter. “¿Cierto?”

Mordred no se lo preguntaba, pero asintió igual. Su estómago crujió.

“La verdad, *estoy* en sus negocios,” dijo Walter y le dio su sonrisa más encantadora (arruinada un poco por la mantequilla de maní en sus dientes). Probablemente había sabido alguna vez que cualquier frase que empiece con las palabras *La verdad* casi siempre es mentira. Ya no. Era demasiado viejo para saberlo. Demasiado arrogante para saberlo. Demasiado estúpido para recordarlo. Pero era cauteloso, de cualquier manera. Podía sentir la fuerza del niño. ¿En la cabeza? ¿Dando vueltas por su cabeza? Seguramente no. La cosa atrapada en el cuerpo del bebé era poderosa, pero seguramente no *tanto*.

Walter se inclinó hacia adelante ávidamente, haciendo chocar sus rodillas.

“Tu Padre Rojo está. . . indispueto. Como resultado de haber vivido tan cerca a la Torre por tanto tiempo, y haber pensado tan profundamente en ella, sin duda. Te queda a ti terminar lo que él empezó. He venido a ayudarte en esa labor.”

Mordred asintió, como si le complaciera. *Estaba* complacido. Pero, ah, también estaba tan hambriento.

“Debes haberte preguntado cómo llegué a ti en esta cámara supuestamente segura,” dijo Walter. “La verdad ayudé a construir este lugar, en lo que Rolando llamaría el *hace mucho*.”

Esa frase de nuevo, tan obvia como un parpadeo.

Había puesto la pistola en el bolsillo izquierdo de su chaqueta. Ahora del derecho extrajo un artefacto del tamaño de un paquete de cigarrillos, sacó una antena plateada y oprimió un botón. Una sección de las baldosas grises se retiró en silencio revelando unas escaleras de escape. Mordred asintió. Walter—o Randall Flagg, si así es que se llamaba actualmente—realmente había salido del piso. Un truco ingenioso, pero desde luego había servido una vez a Steven el padre de Rolando como mago de la corte, ¿no? Bajo el nombre de Marten. Un hombre de muchos rostros y muchos trucos ingeniosos era Walter de la Penumbra, pero nunca

tan listo como creía. Ni la mitad de listo. Pues Mordred tenía ahora la última cosa que había estado buscando, el camino por el cual habían salido Rolando y sus amigos. No había necesidad de sacarlo de su lugar oculto en la mente de Walter, después de todo. Sólo necesitaba seguir el rastro del tonto.

Pero primero. . .

La sonrisa de Walter se había desvanecido un poco. "¿Dijiste algo, sire? Porque creo que escuché el sonido de tu voz en el fondo de mi mente."

El bebé lo negó con la cabeza. Y ¿quién es más creíble que un bebé? ¿No son sus rostros la definición misma de la pureza y la inocencia?

"Te llevaré conmigo e iremos tras ellos, si quieres," dijo Walter. "¡Qué equipo formaremos! Se han ido a devar-toi en Thunderclap, para liberar a los Disgregadores. Ya he prometido encontrarme con tu padre—tu Padre *Blanco*—y su ka-tet si se atrevían a continuar, y es una promesa que pretendo cumplir. Pues, escúchame bien, Mordred, el pistolero Rolando Deschain se ha atravesado en mi camino a cada paso, y no lo soporto más. *¡Ya no más!* ¿Lo escuchas?" Su voz se hacía más furiosa.

Mordred asentía inocentemente, abriendo más sus hermosos ojos de bebé mostrando lo que podría haberse tomado como miedo, fascinación o las dos. Ciertamente, Walter de la Penumbra parecía seguro por debajo de su intención, y realmente, la única pregunta ahora era cuándo tomarlo—¿De inmediato o más tarde? Mordred tenía mucha hambre, pero pensó que podía aguantar al menos un poco más. Había algo extrañamente atractivo en observar a este tonto tejiendo los últimos centímetros de su destino con tanta dedicación.

Una vez más Mordred dibujó en el aire la forma de un signo de interrogación.

Cualquier vestigio que quedara de la sonrisa había desaparecido de la cara de Walter. "¿Qué quiero realmente? ¿Es eso lo que preguntas?"

Mordred asintió con la cabeza.

"No es la Torre Oscura en absoluto, si quieres la verdad; es Rolando quien permanece en mi mente y en mi corazón. Quiero que muera." Walter hablaba con una finalidad plana y sin sonreír. "Por todas las jornadas largas y polvorientas en que me ha perseguido; por todos los problemas que me ha causado; y por el Rey Rojo, asimismo—el *verdadero* Rey, entiendes; por su arrogancia al rehusarse a renunciar a su gesta sin importar los obstáculos que tenga en el camino; más que todo por la muerte de su madre, a quien una vez amé." Y en un tono más bajo: "O al menos deseé mucho. En cualquier caso, fue él quien la mató. Independientemente del papel que yo o Rhea de Cöos pudimos haber jugado en esa acción, fue el muchacho mismo quien detuvo su corazón con sus malditas pistolas, lenta cabeza y rápidas manos.

"En cuanto al final del universo . . . digo que venga como ha de venir, con hielo, fuego u oscuridad. ¿Qué hizo el mundo por mí para que yo me preocupe por su bienestar? Todo lo que sé es que Rolando de Gilead ha vivido demasiado y *quiero ver a ese hijo de puta enterrado*. Y también a los que ha traído."

Por tercera y última vez, Mordred dibujó la forma de una pregunta en el aire.

"Sólo una puerta aún funciona de aquí a la devar-toi, joven amo. Es la que los Lobos usan... o usaban; creo que hicieron su última carrera, eso creo. Rolando y sus amigos han ido a través de ella, pero está bien, hay bastantes para mantenerlos ocupados justo donde salieron—¡puede que encuentren su bienvenida un poco calurosa! Tal vez podemos encargarnos de ellos mientras se preocupan por los Disgregadores y el resto de los Hijos de Roderick y los verdaderos guardias. ¿Te gustaría eso?"

El bebé asintió sin dudar. Luego puso sus dedos en la boca y los mordió.

"Sí," dijo Walter. Su sonrisa brilló. "Tienes hambre, desde luego. Pero estoy seguro que preferimos de cena algo mejor que las ratas y los bilibrambos a medio crecer, ¿o no?"

Mordred asintió de nuevo. Estaba seguro de que así era.

"¿Haré de buen padre y te cargaré?" preguntó Walter. "Así no tendrás que cambiar a tu yo araña. ¡Ugh! Ésa no es una forma fácil de amar, ni siquiera de gustar, debo decir."

Mordred estiraba los brazos.

"No te cagarás sobre mí, ¿cierto?" preguntó Walter casualmente, parando a mitad de camino en el piso. Su mano se deslizó a su bolsillo, y Mordred se dio cuenta con un poco de

alarma que el tramposo bastardo le había estado ocultando algo, era igual: sabía que la llamada “gorra de pensamiento” no funcionaba. Ahora pretendía usar la pistola después de todo.

TRES

De hecho, Mordred le daba a Walter de la Penumbra demasiado crédito, pero ¿no es ése un rasgo de los jóvenes, tal vez incluso una estrategia de supervivencia? Ante un chico con los ojos abiertos, los trucos sucios del prestidigitador más torpe del mundo parecen milagros. Realmente Walter no se dio cuenta de lo que pasaba hasta muy tarde en el juego, pero era un viejo y astuto sobreviviente, digo la verdad, y cuando llegó la comprensión, llegó completa.

Hay un refrán, *el elefante en la sala*, que se propone describir cómo es vivir con un drogadicto, un alcohólico o un abusador. La gente afuera de tales relaciones a veces preguntará, “¿Cómo pudiste dejar que eso continuara por tantos años? ¿No viste *el elefante en la sala*?” Y es tan difícil para cualquiera que vive en una situación más normal entender la respuesta que se encuentra más cerca de la verdad: “Lo siento, pero ya estaba ahí cuando me mudé. No sabía que era un *elefante*; pensé que era *parte de los muebles*.” Hay un momento *ajá* para algunos—los suertudos—en que reconocen de repente la diferencia. Y ese momento había llegado para Walter. Vino muy tarde, pero no demasiado.

No te cagarás sobre mí, o sí—ésa era la pregunta que había formulado, pero entre la palabra *cagarás* y la frase *sobre mí*, se dio cuenta de pronto de que había un intruso en su casa . . . y que *había estado allí desde el principio*. No era un bebé; era un escuálido y tarado adolescente con la piel con cicatrices del acné y graves ojos curiosos. Era tal vez la visualización más real y mejor que Walter podía hacer de Mordred Deschain tal y como existía en el momento: un ladrón de casas adolescente, probablemente drogado con algún producto de limpieza en aerosol.

¡Y había estado allí *todo el tiempo*! Por Dios, ¿cómo no se había dado cuenta? ¡El ladrón de casas ni siquiera se había ocultado! Estaba en lo abierto, contra la pared, con la boca cerrada y cogiendo todo.

Sus planes de llevarse con él a Mordred—de usarlo para terminar con la vida de Rolando (si no lo hacían primero los guardias en la devar-toi, claro está), y luego matar al pequeño bastardo y tomar su valioso pie izquierdo—se derrumbaron en un instante. En el siguiente surgió un plan nuevo, y era la simplicidad en persona. *No le debo dejar ver que lo sé. Un disparo, eso es todo a lo que me puedo arriesgar, y sólo porque debo hacerlo. Luego corro. Si está muerto, bien. Si no, tal vez morirá de hambre antes de que—*

Entonces Walter se dio cuenta de que su mano se había detenido. Cuatro dedos se habían cerrado alrededor de la culata en el bolsillo de su chaqueta, pero ahora estaban paralizados. Uno estaba muy cerca al gatillo, pero tampoco lo podía mover. Era como si estuviera enterrado en cemento. Y ahora Walter vio claramente por primera vez el alambre brillante. Surgía de la boca desdentada y de encías rosadas del bebé que se sentaba en la silla, cruzaba el cuarto, brillando bajo las luces, y luego lo rodeaba al nivel del pecho, paralizando sus brazos a los costados. Entendió que el alambre no estaba realmente allí. . . pero al mismo tiempo lo *estaba*.

No se podía mover.

CUATRO

Mordred no veía el alambre brillante, tal vez porque nunca había leído *La Colina de Watership*.⁸ Había tenido la oportunidad de explorar la mente de Susannah, sin embargo, y lo que veía era notoriamente parecido al Dogan de Susannah. Sólo que en vez de interruptores que decían cosas como CHICO o TEMPERATURA EMOCIONAL, veía unos que controlaban el movimiento de Walter (éste lo apagó rápidamente), pensamiento y motivación. Ciertamente era más complejo que el que había en la cabeza del joven brambo—allí sólo habían unos nodos simples, como nudos mal amarrados—pero aún así no eran difíciles de operar.

El único problema era que era un bebé.

Un maldito *bebé* atrapado en una silla.

Si realmente pretendía cambiar esta delicatessen con piernas en rebanadas frías, tendría que moverse rápidamente.

CINCO

Walter de la Penumbra no era demasiado viejo para ser crédulo, eso lo entendió ahora—había subestimado al pequeño monstruo, confiando demasiado en lo que aquel parecía y no lo suficiente en su propio conocimiento de lo que *era*—pero al menos estaba más allá de la trampa de pánico total del joven.

Si intenta hacer algo más que sentarse en esa silla y mirarme, tendrá que cambiar. Cuando lo haga, su control puede fallar. Ésa será mi oportunidad. No es mucha, pero es la única que tengo.

En ese momento vio una brillante luz roja recorrer la piel del bebé de la cabeza a los pies. Debido a ello, el regordete cuerpo rosado del bah-bo empezó a oscurecerse e hincharse, las patas de la araña surgiendo por sus costados. En el mismo instante, el alambre brillante que surgía de la boca del bebé desapareció y Walter sintió que la banda sofocante que lo mantenía en su sitio desaparecía.

No hay tiempo siquiera para un disparo, no ahora. Corre. Huye de él. . . de eso. Es todo lo que puedes hacer. En primer lugar, nunca debiste haber venido. Dejaste que tu odio por el pistolero te cegara, pero puede que aún no sea demasiado tar—

Giró hacia la puerta en el piso incluso mientras este pensamiento le cruzaba la mente, y estaba a punto de poner el pie en el primer escalón cuando el alambre brillante se restableció, esta vez enrollándose no alrededor de sus brazos y pecho, sino alrededor de su garganta, ahorcándolo.

Jadeando y asfixiándose, y escupiendo baba, con los ojos desorbitados, Walter se dio vuelta torpemente. La cuerda alrededor de su garganta se relajó ligeramente. Al mismo tiempo sintió algo muy parecido a una mano invisible que subía por su frente y le quitaba la capucha de la cabeza. Siempre se había vestido de esa manera, cuando podía; en ciertas provincias al sur incluso de Garlan había sido conocido como *Walter Hodji*, la última palabra significaba oscuro⁹ y capucha. Pero este cobertor en particular (que tomó prestado de una cierta casa desértica en French Landing, Wisconsin) no le había hecho ningún bien, ¿o sí?

Creo que he llegado al final del camino, pensó al ver a la araña arrastrarse hacia él en sus siete patas, una cosa hinchada y vigorosa (más vigorosa que el bebé, ahá, y cuatro mil veces más fea) con una horrible mancha con una cabeza humana asomándose sobre la curva velluda de su lomo. En su vientre, Walter podía ver la marca roja que había estado en el talón del bebé. Ahora tenía la forma de un reloj de arena, como la que marca a la hembra de la viuda negra, y entendió que ésa era la marca que debía haber querido; matar al bebé y amputar su

⁸ *N. del T.* Primera novela del autor británico Richard Adams.

⁹ *N. del T.* Oscuro. Literalmente “Dim,” sin luz, difuso, borroso, difícil de ver, penumbroso. Es también el “apellido” de Walter: de la Penumbra (o’Dim)

pie probablemente no le habría servido de nada. Parecía que había estado equivocado desde el principio.

La araña se levantó en sus cuatro patas traseras. Las tres del frente se lanzaron contra los vaqueros de Walter, haciendo un sonido bajo y horrible al rasgarlos. Los ojos de la cosa se levantaron hacia él con esa sórdida curiosidad de intruso que ya se había imaginado demasiado bien.

Oh sí, me temo que éste es el final del camino para ti. Duro en su cabeza. Explotando como palabras salidas de un parlante. **Pero tú pretendías lo mismo para mí, ¿no?**

¡No! Al menos no inmediatamente—

¡Pero lo pretendías! “No le hagas bromas a un bromista,” como diría Susannah. De manera que ahora le hago un pequeño favor al que llamas mi Padre Blanco. Puede que no hayas sido su mayor enemigo, Walter Padick (como te llamabas cuando empezaste, en el hace mucho), pero sí eres el más antiguo, lo aseguro. Y ahora te quito de su camino.

Walter no se dio cuenta de que aún se aferraba a alguna esperanza mínima de escape incluso con la espantosa cosa ante él, alzada, mirándolo fijamente con avidez sórdida mientras la boca salivaba, hasta que escuchó por primera vez en mil años el nombre al que un chico de una hacienda en Delain había respondido una vez: Walter Padick. Walter hijo de Sam el Molinero en la Baronía de Eastar’d. El que había escapado a los trece, que había sido violado por el culo por otro vagabundo un año después y sin embargo había resistido de alguna forma la tentación de devolverse a casa arrastrándose. En cambio había seguido hacia su destino.

Walter Padick.

Al escuchar esa voz, el hombre que a veces se había llamado Marten, Richard Fannin, Rudin Filaro y Randall Flagg (entre muchísimos otros), renunció a toda esperanza excepto a la de morir bien.

Estoy a-hambriento, Mordred está a-hambriento, habló la empecinada voz en la mitad de la cabeza de Walter, una voz que le llegaba a lo largo del alambre brillante de la voluntad del pequeño rey. **Pero voy a comer bien, empezando con el aperitivo. Tus ojos, creo. Dámelos.**

Walter luchó con mucha fuerza, pero no logró más que un éxito momentáneo. El alambre era demasiado fuerte. Vio a sus manos alzarse y flotar frente a su cara. Vio que sus dedos se doblaban como ganchos. Levantaron sus párpados como cortinas, luego se clavaron en las órbitas desde arriba. Podía escuchar los sonidos que hacían al rasgar los tendones que los movían y los nervios ópticos que liberaban sus mensajes maravillosos. El sonido que marcaba el final de su visión era bajo y húmedo. Brillantes embates rojos de luz llenaron su cabeza, y luego la oscuridad se coló al interior para siempre. En el caso de Walter, por siempre no sería mucho, pero si el tiempo es subjetivo (y la mayoría de nosotros sabemos que lo es), entonces era demasiado.

¡Dámelos, te digo! ¡No más distracciones! ¡Estoy a-hambriento!

Walter de la Penumbra—ahora Walter de la Oscuridad—movió las manos hacia afuera y soltó sus globos oculares. Arrastraron filamentos al caer, haciéndolos parecerse un poco a renacuajos. La araña agarró uno en el aire. El otro cayó a la baldosa donde la garra sorprendentemente flexible de una pata lo agarró y lo arrojó a la boca de la araña. Mordred lo mordió como una uva pero no se lo tragó; más bien dejó que la deliciosa sustancia babosa se deslizara por su garganta. Adorable.

Ahora la lengua, por favor.

Walter enrolló obedientemente una mano alrededor de ella y la haló, pero sólo la rasgó a medias. Al final estaba muy resbalosa. Habría llorado de agonía y frustración si las cuencas sangrantes donde habían estado sus ojos pudieran haber fabricado lágrimas.

Intentó asirla de nuevo, pero la araña tenía demasiada hambre para esperar.

Dóblate! Saca la lengua de tu boca como lo harías en el coño de tu querida. ¡Rápido, por tu padre! ¡Mordred está a-hambriento!

Walter, aún demasiado consciente de lo que le pasaba, luchó contra este fresco horror sin mayor éxito que contra el último. Se dobló con las manos en los muslos y la lengua sangrante

pegada entre sus labios, balanceándose débilmente mientras los músculos en hemorragia en el fondo de su boca intentaban sostenerla. Una vez más escuchó los sonidos de algo escarbando cuando las patas frontales de Mordred rasgaron las piernas de sus pantalones de denim. La boca velluda de la araña se cerró sobre la lengua de Walter, la chupó como una paleta por uno o dos felices segundos, y luego la arrancó con un único jalón poderoso. Walter—ahora con tanta voz como vista—emitió un grito hinchado de dolor y cayó, agarrándose el rostro distorsionado, dando vueltas a lado y lado en las baldosas.

Mordred masticó la lengua en su boca. Explotó en una fiesta de sangre que temporalmente obnubiló todo pensamiento. Walter había girado de costado y sentía a ciegas la puerta en el piso, algo en su interior aún gritando que no debía rendirse sino que debía intentar escapar del monstruo que le comía vivo.

Con el regusto a sangre en la boca, todo interés en el juego previo abandonó a Mordred. Fue reducido a su núcleo central, que era ante todo apetito. Saltó hacia Randall Flagg, Walter de la Penumbra, el que fuera Walter Padick. Hubieron más gritos, pero sólo unos cuantos. Y entonces el viejo enemigo de Rolando dejó de existir.

SEIS

El hombre había sido casi-inmortal (una frase que era al menos tan tonta como “más único”) y fue una comida legendaria. Tras haziarse tanto, el primer impulso de Mordred—fuerte pero no insuperable—fue vomitar. Lo controló, como lo hizo con el segundo, que era aún más fuerte: volver a cambiar a su yo bebé y dormir.

Si iba a encontrar la puerta de la que Walter había hablado, el mejor momento para hacerlo era justo ahora, y en una forma que le permitiera apresurarse a una buena velocidad: la forma de la araña. Así pues, pasando por el cadáver disecado sin mirarlo, Mordred se largó ágilmente a través de la puerta en el piso y bajó las escaleras que llevaban a un corredor. Este pasaje olía fuertemente a álcali y parecía haber sido sacado de una pieza del lecho del desierto.

Todo el conocimiento de Walter—al menos quinientos años de él—resonaba en su cerebro.

El rastro del hombre oscuro eventualmente le condujo a un túnel de ascensor. Cuando una garra velluda presionada en el botón SUBIR no produjo más que un zumbido cansado de arriba y un olor como cuero de zapatos fritándose desde atrás del panel de control, Mordred escaló la pared interna del carro, levantó la portezuela de mantenimiento con una delgada pata y se logró meter a la fuerza a través de ella. Que tuviera que hacerlo así no le sorprendió; ahora era más grande.

Escaló el cable

(itsy bitsy araña subió su telaraña)

hasta que llegó a la puerta donde, según le decían sus sentidos, Walter había abordado el ascensor y luego lo había enviado a su último viaje. Veinte minutos después (y aún ebrio en toda esa maravillosa sangre; *litros* de ella, parecían) llegó a un lugar donde el rastro de Walter se dividía. Esto podría haberlo confundido, pues aún era muy niño, pero aquí se unían al rastro de Walter el olor y la sensación de los otros y Mordred fue por ese camino, siguiendo ahora a Rolando y su ka-tet más que el rastro del mago. Walter debió haberlos seguido por un rato y luego se había dado vuelta para encontrar a Mordred. Para encontrar su destino.

Veinte minutos después el pequeño llegó a una puerta que no estaba marcada con ninguna palabra sino con un sigil que podía leer suficientemente bien:



La pregunta era si debía abrirla ya o esperar. La impaciencia infantil le clamaba a favor de la primera, la prudencia en aumento por la segunda. Se había alimentado bien y no tenía

necesidad de más alimento, especialmente si cambiaba a su yo huma por un rato. Además, Rolando y sus amigos podían estar aún al lado opuesto de esta puerta. ¿Supón que estuvieran, y desenfundaran sus armas al verlo? Eran endiabladamente rápidos y las balas podían matarlo.

Podía esperar; no sentía ninguna necesidad profunda más allá de la impaciencia del niño que quiere todo y lo quiere *ya*. Ciertamente no sufría de la brillante intensidad del odio de Walter. Sus propios sentimientos eran más complejos, con tintes de tristeza y soledad y—sí, sería mejor que lo admitiera—de amor. Mordred sentía que quería disfrutar de esta melancolía por un rato. Habría mucha comida del otro lado de la puerta, estaba seguro de ello, así que comería. Y crecería. Y observaría. Observaría a su padre, y a su hermana—madre, y a sus ka-hermanos, Eddie y Jake. Los observaría acampar en las noches, y encender sus hogueras y formar su círculo alrededor de ellas. Los observaría desde su lugar que se encontraba *afuera*. Tal vez lo sentirían y mirarían incómodos hacia la oscuridad, preguntándose que había allí fuera.

Se acercó a la puerta, retrocedió ante ella, y la tocó inquisitivo con sus patas. Era muy malo, realmente, que no hubiera un agujero para ver del otro lado. Y probablemente *sería* lo suficientemente seguro ir ahora. ¿Qué había dicho Walter? Que el ka-tet de Rolando pretendía liberar a los Disgregadores, lo que quiera que fueran (había estado en la mente de Walter, pero Mordred no se había molestado en buscarlo).

Hay bastantes para mantenerlos ocupados justo donde salieron—¡puede que encuentren su bienvenida un poco calurosa!

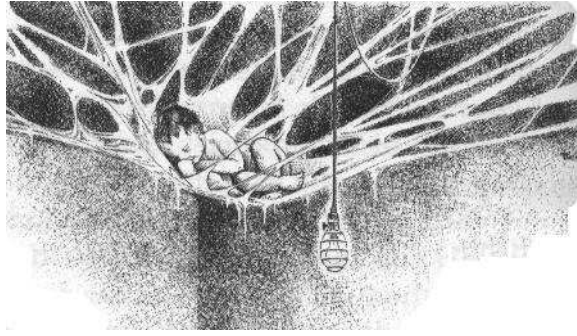
¿Habían sido asesinados Rolando y sus hijos del otro lado tal vez? ¿Emboscados? Mordred creía que lo habría sabido de haber pasado. Lo habría sentido en su mente como un Hazemoto.

En cualquier caso esperaría un rato antes de arrastrarse por la puerta con el sigil de la nube y el rayo en ella. ¿Y cuando hubiera pasado? Bien, los encontraría. Y escucharía de lejos su palabra. Y los observaría, despiertos y dormidos. Más que todo, observaría a aquel que Walter había llamado su Padre Blanco. Su único padre real ahora, si Walter había tenido la razón sobre que el Rey Carmesí se había vuelto loco.

Y ¿por el momento?

Ahora, por un rato, puedo dormir.

La araña corrió por la pared de este cuarto, que estaba lleno de grandes objetos colgantes y tejió una telaraña. Pero fue el bebé—desnudo, y al parecer plenamente de un año ahora—el que durmió en ella, con la cabeza hacia abajo y muy por encima de cualquier depredador que pudiera venir a cazar.



Capítulo IV:

La Puerta a Thunderclap

UNO

Cuando los cuatro errantes despertaron de su sueño (Rolando primero, y después de exactamente seis horas), había más popkins apilados en una bandeja cubierta por un trapo, y también más bebidas. Sin embargo, no había señal del robot doméstico.

"Está bien, suficiente," dijo Rolando, tras llamar a Nigel por tercera vez. "Nos dijo que estaba en lo último de sus piernas; parece que mientras dormíamos cayó de ellas."

"Estaba haciendo algo que no quería hacer," dijo Jake. Su rostro se veía pálido e hinchado. De dormir demasiado profundo fue el primer pensamiento de Rolando, y entonces se preguntó cómo podía ser tan tonto. El muchacho había estado llorando por el Padre Callahan.

"¿Haciendo qué?" preguntó Eddie, colocándose su bolso sobre un hombro y luego alzando a Susannah hacia su cadera. "¿Para quién? ¿Y por qué?"

"No lo sé," dijo Jake. "No *quería* que yo supiera, y no me sentía bien indagando. Sé que sólo era un robot, pero con esa bonita voz inglesa y lo demás, parecía más."

"Ése es un escrúpulo que tal vez necesites dejar," dijo Rolando, tan suavemente como pudo.

"¿Qué tan pesada estoy, dulzura?" preguntó Susannah a Eddie animada. "O tal vez debería preguntar '¿Qué tanto extrañas esa vieja y buena silla de ruedas?' Por no hablar del arnés de hombros."

"Suze, odiabas ese arnés de montar cerdos desde el comienzo y los dos lo sabemos."

"No ehtaba preguntando de eso, y *tú* lo sabes."

Siempre le fascinaba a Rolando cuando Detta se colaba silenciosamente en la voz de Susannah, o—aún más misteriosamente—en su rostro. La mujer misma parecía inconsciente de estas incursiones, como su esposo ahora mismo.

"Te cargaría hasta el fin del mundo," dijo Eddie sentimentalmente, y besó la punta de su nariz. "A menos que subas otros cinco kilos, claro está. Entonces podría tener que dejarte y buscar una dama más liviana."

Ella le dio un puño—no del todo suave—y luego volvió la mirada hacia Rolando. "Éste es un lugar muy grande, una vez que estás debajo. ¿Cómo vamos a encontrar la puerta que va a Thunderclap?"

Rolando sacudió la cabeza. No lo sabía.

"¿Qué hay de ti, Cisco?" le preguntó Eddie a Jake. "Eres el fuerte en el tacto. ¿Puedes usarlo para encontrar la puerta que queremos?"

"Tal vez si supiera cómo empezar," dijo Jake, "pero no lo sé."

Y con eso, los tres miraron de nuevo a Rolando. No, que sean cuatro, pues incluso el maldito por los dioses brambo lo miraba. Eddie habría hecho un chiste para deshacer cualquier incomodidad que sintiera ante tal mirada combinada, y de hecho Rolando intentó uno. Algo sobre cuántos ojos arruinaban el pastel, ¿tal vez? No. Ese refrán, que había oído de Susannah, era sobre platos y sopas. Al final simplemente dijo, "Buscaremos un poco, como hacen los sabuesos cuando han perdido el olor, y veremos qué encontramos."

"Tal vez otra silla de ruedas para mí," dijo Susannah brillantemente. "Este sucio chico blanco ha puesto sus manos *sobre* toda mi pureza."

Eddie le obsequió una mirada sincera. "Si realmente estaba pura, amor," dijo, "no tendría la grieta que tiene."

DOS

Fue Acho quien realmente asumió la tarea y los condujo, pero no hasta que regresaron a la cocina. Los humanos se asomaban con una suerte de despropósito que Jake encontraba más bien incómodo cuando Acho empezó a ladrar su nombre: "*iAke! iAke-Ake!*"

Se unieron al brambo en una puerta abierta pero trancada que decía NIVEL-C. Acho avanzó un poco más por el corredor y luego miró hacia atrás sobre su hombro, con los ojos brillantes. Cuando vio que no lo seguían, ladró su decepción.

"¿Qué piensan?" preguntó Rolando. "¿Deberíamos seguirlo?"

"Sí," dijo Jake.

"¿Qué olor ha atrapado?" preguntó Eddie. "¿Lo sabes?"

"Tal vez algo del Dogan," dijo Jake. "El verdadero, al otro lado del Río Whye. Donde Acho y yo escuchamos al Pa' de Ben Slightman y al . . . ya saben, al robot."

"¿Jake?" preguntó Eddie. "¿Estás bien, chico?"

"Sí," dijo Jake, aunque había pasado por un corto mal momento, recordando cómo había gritado el Pa' de Benny. Andy el Robot Mensajero, aparentemente cansado del gruñido de Slightman, había halado o pellizcado algo en el codo del hombre—un nervio, probablemente—y Slightman había "aullado como un buey," como podría decir Rolando (y probablemente con al menos una ligera alegría). Slightman el Menor estaba más allá de tales cosas, ahora, desde luego, y fue el darse cuenta de eso—un chico, alguna vez lleno de alegría y ahora tan frío como el yeso en el lecho de un río—lo que hizo que el hijo de Elmer hiciera una pausa. Tenías que morir, sí, y Jake esperaba poder hacerlo al menos moderadamente bien cuando llegara el momento. Después de todo, había tenido algo de entrenamiento en cómo hacerlo. Era la idea de todo ese tiempo de tumba lo que lo aterraba. Ese tiempo fuera. Ese tiempo quédate—quieto—y-sigue—estando—muerto.

El olor de Andy—frío pero aceitoso y distintivo—había estado por todo el Dogan en el costado lejano del Río Whye, pues él y Slightman el Mayor se habían encontrado allí muchas veces antes de la invasión de Lobos que había sido recibida por Rolando y su grupo improvisado. Este olor no era exactamente el mismo, pero era interesante. Ciertamente era el único que le resultaba familiar a Acho hasta ahora, y quería seguirlo.

"Espera un minuto, espera un minuto," dijo Eddie. "Veo algo que necesitamos."

Puso a Susannah en el piso, cruzó la cocina, y regresó con una mesa de acero inoxidable con ruedas probablemente usada para transportar platos recién lavados o utensilios más grandes.

"Arriba, Teresa, y no pierdas la cabeza," dijo Eddie, y levantó a Susannah depositándola en ella.

Susannah se sentó lo suficientemente cómoda, agarrándose de los costados, pero se veía con dudas. "¿Y cuando lleguemos a unas escaleras? ¿Qué haremos entonces, chico dulce?"

"Chico dulce quemará ese puente cuando llegue a él," dijo Eddie y empujó la mesa con ruedas hacia la sala. "¡Huele, Acho! ¡Adelante, perros de trineo!"

"¡Acho! ¡Erros!" El brambo continuó a prisa su camino, balanceando la cabeza a cada rato para sumergirse en el olor pero sin molestarse demasiado. Estaba demasiado fresco y disperso para que tuviera que ponerle mucha atención. Era el olor de los Lobos el que había encontrado. Tras una caminata de una hora, cruzaron una puerta del tamaño de un hangar que tenía escrito HACIA LOS CABALLOS. Más allá de ésta, el rastro los condujo a una puerta que decía ÁREA DE ALISTAMIENTO y SÓLO PERSONAL AUTORIZADO. (Que durante parte de su carrera los seguía Walter de la Penumbra era algo ninguno de ellos, ni siquiera Jake—a pesar de lo fuerte que era en el toque—sospechaba. En el muchacho, al menos, la "gorra de pensamiento"

del encapuchado funcionaba bastante bien. Cuando Walter estuvo seguro de a qué lugar los llevaba el brambo, se dio vuelta para ir a tener palabra con Mordred—un error, como resultó, pero uno con este consuelo: jamás cometería otro.)

Acho se sentó ante la puerta cerrada, que era de aquellas que se abren hacia los dos lados, con el garabato de caricatura que tenía por cola contra sus patas traseras, y ladró. “*iAke, brir-brir! iBrir, Ake!*”

“Sí, sí,” dijo Jake, “en un minuto. Ahorra tu agua.”

“ÁREA DE PREPARACIÓN,” dijo Eddie. “Eso suena al menos moderadamente esperanzador.”

Aún empujaban a Susannah en la mesa de acero inoxidable, y habían sorteado la única escalera por la que habían pasado (una bastante corta) sin demasiado problema. Susannah había bajado primero apoyándose en su trasero—su modo usual de bajar— mientras Rolando y Eddie cargaban la mesa detrás de ella. Jake bajó entre la mujer y los hombres con la pistola de Eddie en alto, con el largo cañón contra su hombro izquierdo, una posición conocida como “la guardia.”

Ahora, Rolando desenfundaba su pistola, y la acomodaba contra su hombro derecho, y abría la puerta empujándola. La cruzó casi en cuclillas, listo para lanzarse a cualquier parte o saltar hacia atrás si la situación lo exigía.

La situación no lo exigía. Si Eddie hubiera entrado primero, podría haber creído (si bien sólo por un momento) que estaba siendo atacado por Lobos voladores parecidos a los monos voladores en *El Mago de Oz*. Rolando, sin embargo, no tenía la sobrecarga de imaginación, y aunque un buen número de las luces fluorescentes en el techo de este inmenso espacio en forma de granero se habían apagado, no desperdició tiempo—ni adrenalina—confundiéndolos objetos suspendidos con algo más de lo que realmente eran: jinetes robots fundidos esperando ser reparados.

“Entren,” dijo, y sus palabras le regresaron por el eco. En alguna parte, en lo alto entre las sombras, se escuchó un batir de alas. Golondrinas, o tal vez herrumbreros de granero que habían logrado llegar allí desde afuera. “Creo que todo está bien.”

Entraron, y se quedaron mirando con un terror mudo. Sólo el amigo cuadrúpedo de Jake no estaba sorprendido. Acho aprovechaba la pausa para acicalarse, primero a la izquierda y luego a la derecha. Por fin Susannah, todavía sentada en la mesa de acero rodante, dijo: “¿Saben qué? He visto mucho, pero nunca nada como esto.”

Tampoco los otros. El inmenso cuarto estaba lleno de Lobos que parecían flotar en el aire. Algunos llevaban sus capas y capuchas del Doctor Doom¹⁰; otros colgaban desnudos salvo por sus trajes de acero. Algunos no tenían cabeza, otros no tenían brazos, y a unos cuantos les faltaba una pierna o la otra. Sus rostros de metal gris parecían refunfuñar o sonreír, dependiendo de cómo les diera la luz. En el suelo había un montón de basura compuesta por capas y guantes verdes descartados. Y a unos treinta o cuarenta metros (el cuarto mismo se extendía al menos ciento ochenta metros de un lado al otro) había un único caballo gris, reposando sobre su lomo y con las piernas estiradas hacia arriba. No tenía cabeza. De su cuello emergían enredos de cables amarillos, verdes y rojos.

Caminaron lentamente tras Acho, quien trotaba con astuta indiferencia por el cuarto. El sonido de la mesa rodante era fuerte aquí, produciendo un rugido siniestro por el eco. Susannah seguía mirando hacia arriba. Al comienzo—y sólo porque había muy poca luz en el que alguna vez debió ser un lugar de gran brillo—pensó que los Lobos estaban flotando, sostenidos por alguna suerte de dispositivo anti-gravedad. Entonces llegaron a un lugar donde la mayoría de luces fluorescentes aún funcionaban, y vio los cables sujetadores.

“Debe ser aquí donde los reparaban,” dijo. “Es decir, si quedaba alguien que lo hiciera.”

“Y creo que por allí es donde les daban energía,” dijo Eddie, y señaló. A lo largo de la pared opuesta, la que apenas ahora podían empezar a ver claramente, había una fila de cubículos. En algunos de ellos habían Lobos firmemente erguidos. Otros cubículos estaban vacíos, y en estos se podían ver varios puntos de conexión.

Abruptamente, Jake empezó a reírse a carcajadas.

“¿Qué?” preguntó Susannah. “¿Qué te pasa?”

¹⁰ N. del T. Villano del famoso cómic norteamericano “Los Cuatro Fantásticos.”

"Nada," dijo. "Es sólo que. . ." Su risa volvió a brotar, y sonaba fabulosamente joven en esa cámara melancólica. "Es sólo que se parecen a las cabinas en la Estación Penn, en fila en los teléfonos de moneda para llamar a casa o a la oficina."

Eddie y Susannah lo pensaron por un momento, y luego también estallaron en risas. *Entonces*, pensó Rolando, *la visión de Jake debió ser cierta*. Después de todo por lo que habían pasado, no le sorprendía. Lo que le alegraba era escuchar la risa del muchacho. Estaba bien que Jake llorara por el Padre, que había sido su amigo, pero era bueno que aún pudiera reír. Muy bueno, de hecho.

TRES

La puerta que querían estaba a la izquierda de los cubículos de reparaciones. Todos reconocieron de inmediato que el sigil de nube y rayo en ella era el mismo de la nota que "R.F." les había dejado al respaldo de una hoja del Zumbido Diario de Oz, pero la puerta misma era muy diferente de las que habían encontrado hasta ahora; excepto por la nube y el rayo, era estrictamente utilitaria. Aunque había sido pintada de verde, podían ver que era de acero, no de fustaferró o la más pesada fustánima. Alrededor de ella había un marco gris, también de acero, con gruesos cables eléctricos aislados saliendo de cada lado. Estos cables entraban en una de las paredes. Desde atrás de esa pared se escuchaba un rasposo sonido rugiente que Eddie pensó reconocía.

"Rolando," dijo en voz baja. "¿Recuerdas el Portal del Haz al que llegamos, cuando recién empezábamos? Eso fue antes incluso de que Jake se uniera a nuestra banda feliz."

Rolando asintió. "Donde le disparamos a los Pequeños Guardianes. La comitiva de Shardik. Aquellos de la comitiva que aún sobrevivían."

Eddie asintió. "Puse el oído contra esa puerta y escuché. '*Todo está en silencio en los salones de los muertos*' pensé. '*Estos son los salones de los muertos, donde las arañas tejen y los grandes circuitos se quedan quietos, uno por uno.*'"

De hecho lo había dicho en voz alta, pero Rolando no se sorprendía de que Eddie no lo recordara; había estado hipnotizado o cerca de estarlo.

"Entonces, estábamos en el exterior," dijo Eddie. "Ahora estamos en el interior." Señaló hacia la puerta a Thunderclap, y luego trazó con un dedo el curso de los gordos cables. "La maquinaria que envía electricidad a través de estos no suena muy saludable. Si vamos a usar esta cosa, creo que deberíamos hacerlo en este momento. Podría dejar de funcionar, para bien, en cualquier momento, y entonces ¿qué?"

"Tendríamos que llamar a Viajes Triple-A," dijo Susannah como en sueños.

"No lo creo. Estaríamos apaleados. . . ¿cómo es que lo llamas, Rolando?"

"Apaleados en un potrero. '*Estos son los cuartos de la ruina.*' Dijiste eso, también. ¿Lo recuerdas?"

"¿Lo dije? ¿En voz alta?"

"Ea." Rolando los condujo hacia la puerta. Se estiró, tocó el pestillo y luego retiró la mano.

"¿Caliente?" preguntó Jake.

Rolando lo negó con la cabeza.

"¿Electrificada?" preguntó Susannah.

El pistolero volvió a negar con la cabeza.

"Entonces ve por ella," dijo Eddie. "Hora de bailar."

Se amontonaron detrás de Rolando. Eddie llevaba una vez más a Susannah sobre su cadera y Jake alzó a Acho. El brambo jadeaba a través de su usual sonrisa alentadora y dentro de sus aros dorados los ojos le brillaban como el ónice pulido.

“¿Qué hacemos—” *si está sellada* era lo que Jake quería decir, pero antes de poder hacerlo, Rolando giró el pestillo con la mano derecha (tenía la pistola que le quedaba en la izquierda) y abrió la puerta. Tras la pared, la maquinaria le daba vueltas a un punto, y el sonido se estaba volviendo casi desesperado. Jake creía que olía algo caliente: aislamiento quemado, tal vez. Apenas estaba diciéndose a sí mismo que dejara de imaginarse cosas cuando un grupo de ventiladores sobre sus cabezas se activó. Sonaron tan duro como los aviones de guerra en una película de la II Guerra Mundial, y todos saltaron. De hecho Susannah se puso una mano sobre la cabeza, como para cubrirse de objetos que cayeran.

“Vamos,” soltó Rolando. “Rápido.” Pasó a través de la puerta sin mirar atrás. Durante el breve momento en que estuvo a la mitad, parecía que se hubiera partido en dos. Más allá del pistolero, Jake podía ver un vasto y sombrío cuarto, mucho más grande que el Área de Preparación. Y líneas que se cruzaban y que parecían rayos de luz pura.

“Adelante, Jake,” dijo Susannah. “Eres el siguiente.”

Jake tomó mucho aire y avanzó. No hubo ninguna ola terrible, como la que habían experimentado en la Cueva de las Voces, ni campanillas tintineantes. Ninguna sensación de ir a exotránsito, ni siquiera por un momento. En cambio había un horrible sentimiento de que lo volteaban del interior hacia fuera, y fue atacado por las náuseas más violentas que había conocido. Dio un paso adelante, y se le dobló la rodilla. Un momento después tenía las dos rodillas en el piso. Acho se le resbaló de los brazos. Jake apenas si lo notó. Empezó a dar arcadas. Rolando estaba a gatas a su lado, haciendo lo mismo. De alguna parte se escuchaban bajos y constantes sonidos de motores, el persistente *tin-tin-tin-tin* de un timbre, y una voz amplificadora que hacía eco.

Jake movió la cabeza, con la intención de decirle a Rolando que ahora entendía por qué enviaban jinetes *robots* a través de su maldita puerta, y luego empezó a vomitar de nuevo. Lo que quedaba de su última comida se deslizaba por el concreto agrietado.

De repente Susannah estaba gritando “¡No! ¡No!” en una voz frenética. Luego, “¡Ponme en el piso! ¡Eddie, ponme antes de que—” Su voz fue interrumpida por duros sonidos de arcadas. Eddie logró depositarla en el concreto agrietado antes de mover a un lado la cabeza y unirse al Coro de la Vomitona.

Acho cayó a su lado, chillando rasposamente, luego se puso de pie en sus patas. Se veía mareado y desorientado. . . o tal vez sólo era Jake atribuyéndole al brambo la forma en que él mismo se sentía.

La náusea empezaba a remitir un poco cuando escuchó resonantes pasos que hacían eco. Tres hombres corrían hacia ellos, todos vestidos con vaqueros, camisas de chambray azul, y extraños zapatos que parecían hechos en casa. Uno de ellos, un hombre mayor con una mata de desordenado cabello cano, iba por delante de los otros dos. Los tres llevaban las manos en alto.

“¡Pistoleros!” gritó el hombre de pelo blanco. “¿Son pistoleros? ¡Si lo son, no disparen! ¡Estamos de su lado!”

Rolando, quien no parecía estar en condiciones de dispararle a nadie (*Aunque no me gustaría comprobarlo*, pensó Jake), intentó ponerse de pie, casi lo hizo, y luego puso de nuevo una rodilla en tierra e hizo otro ahogado sonido de arcada. El hombre de pelo blanco lo asió por una de sus muñecas y lo levantó sin ceremonias.

“El mareo es malo,” dijo el viejo, “nadie lo sabe mejor que yo. Afortunadamente pasa rápido. Tienen que venir con nosotros ahora mismo. Sé los pocos deseos que tienen de hacerlo pero, saben, hay una alarma en el estudio del ki’-dam y—”

Se detuvo. Sus ojos, casi tan azules como los de Rolando, se abrían de par en par. Incluso en la penumbra Jake podía ver que el viejo hombre palidecía. Sus amigos lo habían alcanzado, pero parecía no darse cuenta. Era a Jake Chambers a quien miraba.

“¿Bobby?” dijo en una voz que no era mucho más que un susurro. “Dios mío, ¿es Bobby Garfield?”



Capítulo V: Steek-Tete

UNO

Los compañeros del tipo de pelo blanco eran mucho más jóvenes (a Rolando uno de ellos le parecía poco más que adolescente), y los dos parecían absolutamente aterrados. Con miedo de que les dispararan por error, desde luego—por esa razón venían corriendo desde la penumbra con las manos en alto—pero también de algo más, pues debía ser claro para ellos ahora que no los iban a asesinar.

El hombre mayor dio un tirón torpe, sacándose a sí mismo de algún lugar privado. “Desde luego no eres Bobby,” murmuró. “El cabello no es del mismo color, por una parte. . . y—”

“Ted, tenemos que *salir* de aquí,” dijo con urgencia el más joven de los tres. “Y quiero decir *inmediatamente*¹¹.”

“Sí,” dijo el hombre mayor, pero su mirada permanecía en Jake. Puso una mano sobre sus ojos (a Eddie se le parecía a un mentalista de carnaval alistándose para empezar su gran rutina de lectura de mentes), y luego la bajó de nuevo. “Sí, desde luego.” Miró a Rolando. “¿Es usted el dinh? ¿Rolando de Gilead? ¿Rolando de Eld?”

“Sí, yo—” empezó Rolando, luego se dobló y vomitó de nuevo. Nada salió además de una larga cuerda plateada de saliva; ya había expulsado su porción de sopa y sándwiches de Nigel. Luego levantó un puño que temblaba ligeramente a su frente a manera de saludo y dijo, “Sí. Tiene la ventaja sobre mí, sai.”

“Eso no importa,” replicó el hombre de cabello canoso. “¿Vendrá con nosotros? ¿Usted y su ka-tet?”

“De seguro,” dijo Rolando.

Tras de él, Eddie se doblaba y vomitaba otra vez. “¡Maldita sea!” gritó en una voz ahogada. “¡Y yo pensaba que montar en un autobús Greyhound era malo! Esa cosa hace que el autobús parezca un. . . un. . .”

“Un camarote de primera clase en el Queen Mary,” dijo Susannah con voz débil.

“¡Vamos!” dijo el hombre más joven con voz apremiante. “¡Si La Comadreja está en camino con su grupo de taheen, estará aquí en cinco minutos! ¡Ese gato puede *tregar*!”

“Sí,” concordó el hombre de pelo blanco. “Realmente debemos irnos, Sr. Deschain.”

“Guíenos,” dijo Rolando. “Lo seguiremos.”

DOS

¹¹ N. del T. En español en el original (si bien, dice *inmediatamente* en vez de *inmediatamente*).

No habían salido a una estación de tren sino más bien a una suerte de plataforma cubierta colosal de trasbordo. Las líneas plateadas que Jake había visto eran rieles que se cruzaban, tal vez de unos setenta tipos diferentes de trayectos. En un par de ellos corrían, de un lado a otro, pequeños motores autómatas en recorridos que debían llevar varios siglos. Uno de ellos empujaba un vagón plano lleno de vigas oxidadas. El otro empezó a gritar con una voz autómatas: "Por favor un Camka-A diríjase al Portal 9. Camka-A a Portal 9, por favor."

Moverse arriba y abajo en la cadera de Eddie empezó a hacer que Susannah se sintiera mareada de nuevo, pero había captado el afán del hombre de pelo canoso como un frío. Además, sabía lo que eran los taheen: criaturas monstruosas con cuerpo de seres humanos y cabezas de pájaros o mamíferos. Le recordaban a las cosas en la pintura de Bosch, *El Jardín de las Delicias Terrenales*.

"Puede que tenga que vomitar de nuevo, dulzura," dijo. "No te atrevas a ir más despacio si así es."

Eddie hizo un gruñido que ella interpretó como un sí. Podía ver que el sudor resbalaba por la pálida piel de Eddie y se sintió mal por él. Estaba tan mareado como ella. De forma que ahora sabía lo que se sentía pasar por un dispositivo científico de teletransportación que claramente ya no funcionaba muy bien. Se preguntó si alguna vez será capaz de pasar por otra.

Jake alzó la mirada y vio un techo compuesto de un millón de peroles de diferentes formas y tamaños; era como mirar un mosaico de lozas pintado uniformemente en un gris oscuro. En ese momento un pájaro voló a través de uno de ellos, y se dio cuenta de que no eran lozas sino paneles de vidrio, algunos de ellos rotos. Aparentemente el gris oscuro era la manera en que el mundo exterior se veía en Thunderclap. *Como un eclipse constante*, pensó, y tembló. A su lado, Acho hizo otra serie de aquellos sonidos rasposos y luego trotó, sacudiéndose la cabeza.

TRES

Pasaron por un arrume de maquinaria arrastrada—generadores, tal vez—y luego entraron a un laberinto de vagones desordenados que eran muy diferentes de los que llevaba Blaine el Mono. A Susannah se le parecían a aquellos carros de cambio que podría haber visto en la Estación Grand Central en su propio cuándo de 1964. Como para subrayar esta idea, notó uno que tenía impreso a un costado las palabras **BAR CAR**. Sin embargo, habían otros que parecían mucho más viejos; hechos de hojalata oscura remachada o acero en vez de cromo pulido, parecían el tipo de carros de pasajeros que se veían en una vieja película Western, o un programa de televisión como *Maverick*. Junto a uno de estos había un robot de cuyo cuello brotaban cables desordenadamente. Sostenía su cabeza—que llevaba un gorro con una placa que decía CONDUCTOR CLASE A—bajo un brazo.

Al comienzo, Susannah intentó mantener una cuenta de los giros a izquierda y derecha que hacían en este laberinto, y luego renunció a ello como a un mal trabajo. Finalmente salieron a unos cuarenta o cincuenta metros de una cabaña de madera con el mensaje ZONA DE CARGA/EQUIPAJE PERDIDO en la puerta. La distancia intermedia era un cobertor de concreto agrietado lleno de carros de equipaje abandonados, pilas de canastas, y dos Lobos muertos. *No*, pensó Susannah, *que sean tres*. El tercero yacía de pie contra la pared en las sombras más oscuras a la vuelta de la esquina de ZONA DE CARGA/EQUIPAJE PERDIDO.

"Vamos," dijo el hombre con la mata de cabello canoso, "no falta mucho, ahora. Pero tenemos que apresurarnos porque si los taheen de la Casa Heartbreak nos atrapan, los matarán."

"También nos matarían a nosotros," dijo el más joven de los tres. Se quitó el cabello de los ojos. "A todos excepto a Ted. Él es el único de nosotros que es indispensable. Sólo que es muy modesto para decirlo."

Después de ZONA DE CARGA/EQUIPAJE PERDIDO se encontraba (razonablemente, pensó Susannah) OFICINA DE EMBARQUE. El tipo con el pelo blanco trató de abrir la puerta. Estaba cerrada desde adentro. Esto pareció agraderle más que molestarle. "¿Dinky?" dijo.

Al parecer, Dinky era el más joven de los tres. Tomó el pestillo y Susannah escuchó un ruido desde algún lugar adentro. Dinky dio un paso atrás. Esta vez cuando Ted intentó abrir la puerta, lo logró con facilidad. Entraron a una oficina medio oscura partida en dos por un alto mostrador. En él había un letrero que casi hizo que Susannah sintiera nostalgia: **TOME UN NÚMERO Y ESPERE**, decía.

Cuando la puerta estuvo cerrada, Dinky asió una vez más el pestillo. Se escuchó otro chasquido.

"La acabas de poner bajo llave," dijo Jake. Sonaba acusador, pero había una sonrisa en su rostro, y el color regresaba a sus mejillas. "¿Cierto?"

"No ahora, por favor," dijo el hombre de pelo blanco—Ted. "No hay tiempo. Sígueme por favor."

Levantó una sección del contador y los condujo por allí. Tras él había un área de oficina que contenía dos robots que parecían muertos hacía mucho tiempo, y tres esqueletos.

"¿Por qué demonios seguimos encontrando huesos?" preguntó Eddie. Al igual que Jake, se estaba sintiendo mejor y sólo pensaba en voz alta, sin esperar realmente ninguna respuesta. Sin embargo, obtuvo una. De Ted.

"¿Sabe del Rey Carmesí, joven? Sí, claro que sí. Creo que una vez él cubrió toda esta parte del mundo con gas venenoso. Probablemente como una travesura. Mató casi a todos. La oscuridad que ve es el resultado perdurable. Está loco, desde luego. Eso es una buena parte del problema. Aquí."

Los condujo a través de una puerta que leía **PRIVADO** y a un cuarto que probablemente había pertenecido alguna vez a un alto oficial pomposo en el maravilloso mundo del embarque y el cargamento. Susannah veía rastros en el suelo, sugiriendo que este lugar había sido visitado recientemente. Tal vez por estos mismos tres hombres. Había un escritorio bajo unos quince centímetros de polvo acolchado, además de dos sillas y un sillón. Tras el escritorio había una ventana. Alguna vez había estado cubierta por una cortina corrediza, pero ésta había caído al piso, revelando una vista tan repugnante como fascinante. La tierra más allá de la Estación Thunderclap le recordaba a los escombros desérticos en el costado lejano del Río Whye, pero más rocosa e incluso más repugnante.

Y desde luego más oscura.

Rieles (trenes eternamente detenidos en algunos de ellos) salían como filamentos de una telaraña de acero. Por sobre ellos, un cielo del gris más oscuro parecía bajar casi lo suficientemente cerca para que lo tocaran. Entre el cielo y la tierra el aire era *grueso*, de alguna forma; Susannah se encontró entrecerrando un poco los ojos para ver si veía cosas, aunque no parecía haber ninguna niebla o humo real en el aire.

"Dinky," dijo el hombre de pelo blanco.

"Sí, Ted."

"¿Qué dejaste para que nuestro amigo La Comadreja encontrara?"

"Un robot de mantenimiento," replicó Dinky. "Parecerá que llegó hasta allí a través de la puerta de Fedic, encendió la alarma, y luego se fritó en algunos de los rieles en el costado lejano de la plataforma de trasbordo. Algunos aún están calientes. Se ven pájaros muertos alrededor de ellos todo el tiempo, completamente fritos, pero incluso un herrumbreiro de buen tamaño es demasiado pequeño para disparar la alarma. Un robot, sin embargo. . . Estoy bastante seguro de que se lo tragarán. La Comadreja no es estúpido, pero parecerá muy creíble."

"Bien. Eso está muy bien. Miren allí, pistoleros." Ted señaló un agudo solevantamiento de roca en el horizonte. Susannah podía distinguirlo fácilmente; en este terreno oscuro todos los horizontes parecían cercanos. No lograba ver nada notable en él, no obstante, sólo pliegues de sombras más profundas y curvas estériles de roca derrumbada. "Eso es Can Steek-Tete."

"La Pequeña Aguja," dijo Rolando.

"Excelente traducción. Allí es a donde vamos."

El corazón de Susannah se hundió. La montaña—o tal vez algo como eso era llamado otero—debía quedar a unos trece o quince kilómetros. En cualquier caso, al límite mismo de su campo visual. Eddie y Rolando y los dos hombres jóvenes del grupo de Ted no la podrían cargar tan lejos, no lo creía. ¿Y de cualquier manera, cómo sabían que podían confiar en estos nuevos tipos?

Por otra parte, pensó, ¿qué opción tenemos?

"No necesitará que la carguen," le dijo Ted, "pero Stanley puede utilizar su ayuda. Uniremos las manos, como tipos en una sesión de espiritismo. Quiero que todos visualicen esa formación rocosa cuando pasemos. Y mantengan el nombre en la mente: Steek-Tete, la Pequeña Aguja."

"Alto, alto," dijo Eddie. Se acercaban a otra puerta, esta se encontraba abierta en un armario. Ganchos de alambre y un antiquísimo blazer rojo colgaban allí. Eddie tomó a Ted por el hombro y lo hizo voltearse para que le viera. "¿Pasar por qué? ¿Pasar por dónde? Porque si es una puerta como la última—"

Ted alzó la mirada hacia Eddie—tenía que hacerlo, pues Eddie era más alto—y Susannah vio algo angustiante y sorprendente: los ojos de Ted parecían estar *temblando* en sus cuencas. Un momento después se dio cuenta de que eso no era verdad realmente. Las pupilas del hombre se ensanchaban y se encogían con sorprendente rapidez. Era como si no pudieran decidir si había luz u oscuridad en el lugar.

"No es en absoluto una puerta a través de lo que vamos a pasar, al menos no del tipo que les resulta familiar. Tiene que confiar en mí, joven. Escuchen."

Todos se quedaron en silencio, y Susannah podía escuchar el sonido de motores que se acercaban.

"Ése es La Comadreja," les dijo Ted. "Traerá taheens con él, al menos cuatro, tal vez media docena. Si nos ven aquí, Dink y Stanley morirán casi de seguro. No tienen que *atraparnos* sino sólo *vern*os. Estamos arriesgando nuestras vidas por ustedes. ¡Esto no es un juego, y necesito que dejen de hacer preguntas y me *sigan*!"

"Lo haremos," dijo Rolando. "Y pensaremos en la Pequeña Aguja."

"Steek-Tete," concordó Susannah.

"No les volverá a dar mareo," dijo Dinky. "Es una promesa."

"Gracias a Dios," dijo Jake.

"Acias-íos," concordó Acho.

Stanley, el tercer miembro del grupo de Ted, seguía sin decir absolutamente nada.

CUATRO

Sólo era un armario, y uno de oficina—angosto y enmohecido. El viejo blazer rojo tenía un distintivo de bronce en el bolsillo frontal con las palabras DIRECTOR DE EMBARQUE estampadas. Stanley los condujo a la parte de atrás, que no era nada más que una pared vacía. Los ganchos sonaban. Jake tenía que cuidar dónde pisaba para evitar tropezar con Acho. Siempre había sido un poco vulnerable a la claustrofobia, y ahora empezó a sentir que los dedos regordetes del Hombre-Pánico le acariciaban el cuello: primero a un lado y luego al otro. Las 'Rizas sonaban suavemente en el bolso. ¿Siete personas y un bilibrambo amontonadas en el armario de una oficina abandonada? Era absurdo. Todavía podía oír el rugido de los motores que se acercaban. El que estaba a cargo se llamaba La Comadreja.

"Unan las manos," murmuró Ted. "Y concéntrense."

"Steek-Tete," repitió Susannah, pero a Jake le sonó como que dudaba esta vez.

"Pequeña Agu—" empezó Eddie, y luego se detuvo. La pared blanca al final del armario había desaparecido. Donde había estado había ahora un pequeño claro con peñas a un lado y una inclinada falda llena de arbustos por el otro. Jake quería apostar que era Steek-Tete, y si era una salida de este espacio encerrado, estaba más que complacido de verlo.

Stanley soltó un pequeño gemido de dolor o esfuerzo o las dos cosas. Los ojos del hombre estaban cerrados y salían lágrimas detrás de los párpados.

“Ahora,” dijo Ted. “Condúcenos, Stanley.” A los otros añadió “¡Y ayúdenlo si pueden! ¡Ayúdenlo por sus padres!”

Jake intentó mantener una imagen del afloramiento que Ted había señalado a través de la ventana de la oficina y caminó hacia adelante, tomando la mano de Rolando adelante suyo y la de Susannah atrás. Sintió una brisa de aire frío en su piel sudorosa y caminó a la curva del Steek-Tete en Thunderclap, pensando apenas brevemente en el Sr. C. S. Lewis y el maravilloso guardarropa que te llevaba a Narnia.

CINCO

No salieron en Narnia.

Hacía frío en la curva del otero, y Jake pronto temblaba. Cuando miró por sobre su hombro no vio señal del portal a través del cual habían pasado. El aire estaba enrarecido y olía a algo punzante y no particularmente agradable, como el queroseno. Había una pequeña cueva metida en el flanco de la curva (realmente no era mucho más que otro armario), y de ella Ted trajo un fajo de cobijas y una cantina en la que resultó que llevaba agua fuerte con sabor alcalino. Jake y Rolando se envolvieron con sólo una cobija. Eddie tomó dos y se arropó junto con Susannah. Jake, intentando que sus dientes no empezaran a tiritar (una vez lo hicieran no habría cómo pararlos), los envidió por su calor extra.

Dink también se había envuelto en una cobija, pero ni Ted ni Stanley parecían sentir el frío.

“Miren allí abajo,” invitó Ted a Rolando y a los otros. Señalaba a la telaraña de rieles. Jake podía ver el techo irregular de vidrio de la plataforma de trasbordo, y una estructura de techo verde junto a ella que debía tener casi un kilómetro de larga. Los rieles se alejaban en todas las direcciones. *La Estación Thunderclap*, se maravilló. *Donde los Lobos ponían a los niños secuestrados en el tren y los enviaban a lo largo del Camino del Haz a Fedic. Y a donde los regresaban después que los habían arruinado.*

Incluso después de todo por lo que había pasado, era difícil para Jake creer que habían estado allí, a trece o quince kilómetros, hacía menos de dos minutos. Sospechaba que todos habían jugado un papel en mantener la puerta abierta, pero era el que llamaban Stanley quien la había creado en primer lugar. Ahora se veía pálido y cansado, casi agotado. Una vez se tambaleó y Dink (un apodo muy desafortunado, en la humilde opinión de Jake¹²) lo tomó del brazo y lo ayudó a componerse. Stanley no pareció darse cuenta. Observaba con pavor a Rolando.

No sólo pavor, pensó Jake, y no exactamente miedo, tampoco. Algo más. ¿Qué?

Acercándose a la estación iban dos carruajes motorizados con grandes ruedas como globos—vehículos como motos con tres o cuatro ruedas, que algunos llamaban vehículos para todo terreno o ATV's. Jake supuso que era La Comadreja (quienquiera que fuera) y sus amigos taheen.

“Como pueden haber visto,” les dijo Ted, “hay una alarma en la oficina del Supervisor de Devar-Toi. La oficina del *carcelero*, si prefieren. Se enciende cuando alguien o algo usa la puerta entre el área de preparación de Fedic y aquella estación—”

“Creo que la palabra que usaron para él,” dijo Rolando con sequedad, “no fue supervisor o carcelero sino ki'-dam.”

Dink rió. “Es un buen punto de tu parte, hombre.”

¹² N. del T. Dinky, puede significar *pequeño, insignificante, de mala calidad* o incluso *andrajoso*.

“¿Qué significa ki'-dam?” preguntó Jake, aunque tenía una buena idea. La gente en la Calla usaba una frase: caja cabeza, caja corazón y caja ki'. Y significaba, en orden descendiente, los procesos de pensamiento de uno, las emociones de uno, y las funciones inferiores de uno. Funciones animales, dirían algunos; caja ki' podía traducirse como caja mierda si uno solía pensar vulgarmente.

Ted alzó los hombros. “Ki'-dam significa mierda en vez de cerebro. Es el apodo que Dinky le tiene a sai Prentiss, El Amo de Devar. Pero ya sabías eso, ¿o no?”

“Supongo,” dijo Jake. “Algo así.”

Ted lo observó un rato, y cuando Jake identificó esa expresión, le ayudó a definir cómo Stanley miraba a Rolando: no con miedo sino con fascinación. Jake tenía la idea de que Ted aún pensaba en lo mucho que se parecía a alguien llamado Bobby, y estaba bien seguro de que Ted sabía que tenía el tacto. ¿Cuál era la fuente de la fascinación de Stanley? ¿O acaso estaba haciendo una tormenta en un vaso de agua? Tal vez era sólo que Stanley nunca había esperado ver a un pistolero en persona.

Abruptamente, Ted dejó de mirar a Jake para ver a Rolando. “Ahora mire hacia allí,” dijo.

“¡Qué!” gritó Eddie. “¿Qué rayos?”

Susannah estaba tan divertida como asombrada. A lo que Ted señalaba le recordaba de la película épica bíblica de Cecil B. DeMille *Los Diez Mandamientos*, especialmente las partes en donde el Mar Rojo separado por Moisés se veía sospechosamente como gelatina y la voz de Dios que provenía de la zarza ardiente sonaba un poco como Charles Laughton. Aún así, era sorprendente. Es decir, en una forma del tipo efectos especiales de Hollywood.

Lo que veían era un único rayo gordo y hermoso de luz solar descendiendo de un agujero en las nubes flotantes. Cortaba a través del aire extrañamente oscuro como la luz de una linterna e iluminaba un complejo que podía haber estado a unos diez kilómetros de la Estación Thunderclap. Y “a unos diez kilómetros” era realmente lo único que se podía decir, porque ya no había más norte o sur en este mundo, al menos no que uno pudiera determinar. Ahora sólo quedaba el Camino del Haz.

“Dinky, hay un par de binoculares en—”

“En la cueva inferior, ¿cierto?”

“No, los subí la última vez que estuvimos aquí,” respondió Ted con una paciencia cuidadosamente mantenida. “Se encuentran sobre esa pila de canastas adentro. Tráelos, por favor.”

Eddie apenas notaba este intercambio. Estaba demasiado sorprendido (y divertido) por ese único rayo ancho, brillando sobre un pedazo verde y animado de tierra, tan ajeno a este desierto estéril y oscuro como. . . bueno, supuso, tan ajeno como Central Park le debe parecer a los turistas del medio oeste que hacen su primer viaje a Nueva York.

Podía ver edificios que parecían dormitorios de universidad—dormitorios *bonitos*—y otros que parecían viejas y cómodas casas feudales con amplios prados frente a ellas. Al costado lejano del área iluminada había algo que parecía una calle llena de tiendas. La perfecta y pequeña Calle Principal de los Estados Unidos, excepto por una cosa: en todas las direcciones terminaba en desierto oscuro y rocoso. Vio cuatro torres de piedra, que eran rodeadas agradablemente por hiedra. No, que sean seis. Las otras dos estaban en su mayoría ocultas en medio de graciosos y antiguos olmos. ¡Olmos en el desierto!

Dink regresó con un par de binoculares y se los ofreció a Rolando, quien los rechazó moviendo la cabeza.

“No se los pongas a él,” dijo Eddie. “Sus ojos. . . bueno, digamos tan sólo que son algo más. No obstante, a mí no me molestaría echar un vistazo.”

“Ni a mí,” dijo Susannah.

Eddie le pasó los binoculares. “Las damas primero.”

“No, realmente, yo—”

“*Deténganse*,” refunfuñó Ted. “Nuestro tiempo aquí es breve, y nuestro riesgo es enorme. No malgasten el uno o aumenten el otro, si les parece bien.”

Susannah se enojó pero contuvo una respuesta. En vez de ello tomó los binoculares, los llevó a sus ojos y los ajustó. Lo que vio sólo aumentó su sensación de que veía un campus

universitario pequeño pero perfecto, uno que se mezclaba bellamente con la aldea vecina. *Apuesto que no hay tensiones de villa-versus-modernidad en ese sitio*, pensó. *Apuesto que Villa Olmo y la U Disgregador van juntas como la mantequilla de maní y la gelatina, Abbott y Costello, mano y guante*. Siempre que había un cuento corto de Ray Bradbury en el periódico *Saturday Evening Post*, iba a él primero, le *encantaba* Bradbury, y lo que miraba por los binoculares le hacía pensar en Greentown. El pueblo de Illinois idealizado de Bradbury. Un lugar donde los adultos se sentaban en sus porches en mecedoras, tomando limonada, y los niños jugaban a perseguirse a la luz del crepúsculo lleno de luciérnagas en las noches de verano. ¿Y el campus universitario cercano? No se bebía allí, al menos no en exceso. Tampoco habían porros ni pastillas ni rock and roll. Sería un lugar donde las chicas les daban a los chicos el beso de buenas noches con casto ardor y se sentían alegres de registrarse para que la Madre de Dormitorio no pensara mal de ellas. Un lugar donde el sol brillaba todo el día, donde Perry Como y las Hermanas Andrews cantaban en la radio, y nadie sospechaba que realmente vivían en las ruinas de un mundo que se había movido.

No, pensó con frialdad. *Algunos lo saben. Por eso es que estos tres aparecieron para encontrarnos*.

"Ésa es la Devar-Toi," dijo planamente Rolando. No era una pregunta.

"Sí," dijo Dinky. "La buena y vieja Devar-Toi." Se puso junto a Rolando y señaló a un gran edificio blanco cerca a los dormitorios. "¿Ves el blanco? Ésa es la Casa Heartbreak, donde viven los can-toi. Ted los llama los hombres bajos. Son híbridos de taheen y humano. Y ellos no la llaman Devar-Toi, la llaman Algul Siento, que significa—"

"Cielo Azul," dijo Rolando, y Jake se dio cuenta por qué: todos los edificios excepto las torres de roca tenían techos de tejas azules.

No Narnia sino Cielo Azul. Donde un grupo de tipos vivía ocupado produciendo el fin del mundo.

De *todos* los mundos.

SEIS

"Parece el lugar más placentero que existe, al menos desde que cayó el Mundo-Interior," dijo Ted. "¿No creen?"

"Muy bonito, de acuerdo," concordó Eddie. Tenía al menos mil preguntas, y supuso que Suze y Jake probablemente tenían otras mil entre ellos, pero éste no era el momento de hacerlas. En cualquier caso, seguía mirando al maravilloso pequeño oasis de cien acres allá abajo. El único punto verde y soleado en todo Thunderclap. El único lugar agradable. ¿Y por qué no? Nada más que lo mejor para Nuestros Amigos Disgregadores.

Y, a pesar de sus deseos, se le escapó una pregunta.

"Ted, ¿por qué quiere el Rey Carmesí derribar la Torre? ¿Lo sabe?"

Ted le obsequió una breve mirada. Eddie la creyó fría, tal vez helada, hasta que el hombre sonrió. Cuando lo hizo, todo su rostro se iluminó. Además, sus ojos habían dejado de hacer esa tenebrosa cosa de abrir y cerrar, lo que era una *gran* mejora.

"Está loco," le dijo Ted. "Más loco que una cabra. Montado en la imaginaria bicicleta de goma. ¿No se los dije?" Y luego, antes de que Eddie pudiera responder: "Sí, es bastante agradable. Así lo llares Devar-Toi, la Gran Prisión o Algul Siento, se ve espectacular. *Es* espectacular."

"Comodidades muy de clase," dijo Dinky mostrando su acuerdo. Incluso Stanley miraba a la comunidad iluminada con una expresión de leve nostalgia.

"Lo mejor es la comida," siguió Ted, "y la doble función en el Teatro Gem cambia dos veces a la semana. Si no quieres ir al cine, te puedes llevar las películas a casa en DVDs."

"¿Qué son esos?" preguntó Eddie, luego sacudió la cabeza. "Olvídelo. Continúe."

Ted alzó los hombros, como si dijera *¿Qué más necesitas?*

"Sexo absolutamente astral, además," dijo Dinky. "Es sexo virtual, pero aún así es increíble—lo hice con Marilyn Monroe, Madonna y Nicole Kidman en una sola semana." Lo dijo con un cierto orgullo incómodo. "Podría haberlas tenido a todas al mismo tiempo si hubiera querido. Lo único por lo que puedes decir que no son reales es al soplar directamente sobre ellas, desde cerca. Cuando lo haces, la parte donde soplas. . . como que desaparece. Es incómodo."

"¿Licor? ¿Drogas?" preguntó Eddie.

"Licor en cantidades ilimitadas," respondió Ted. "Si practicas la enología, por ejemplo, experimentarás frescas maravillas en cada comida."

"¿Qué es enología?" preguntó Jake.

"La ciencia de ser adicto al vino, dulzura," dijo Susannah.

"Si al llegar a Cielo Azul se es adicto a algo," dijo Dinky, "te sacan de ello. Amablemente. El par que se mostró particularmente duro en eso. . ." Sus ojos se encontraron brevemente con los de Ted. Ted alzó los hombros y asintió. "Esos tipos desaparecieron."

"A decir verdad, los hombres bajos no *necesitan* más Disgregadores," dijo Ted. "Tienen en este instante suficientes para terminar el trabajo."

"¿Cuántos?" preguntó Rolando.

"Unos trescientos," dijo Dinky.

"Trescientos siete, para ser exactos," dijo Ted. "Estamos distribuidos en cinco dormitorios, aunque esa palabra produce la imagen equivocada. Tenemos nuestras propias suites, y tanto—o tan poco—contacto como queramos con nuestros colegas Disgregadores."

"¿Y saben lo que están haciendo?" preguntó Susannah.

"Sí. Aunque la mayoría no pasa mucho tiempo pensando en ello."

"No entiendo por qué no se amotinan."

"¿Cuál es su cuándo, señora?" le preguntó Dinky.

"¿Mi. . .?" Luego entendió. "1964."

Él suspiró y sacudió la cabeza. "Entonces no sabe de Jim Jones y el Templo de la Gente. Es más fácil de explicar si se sabe de eso. Casi mil personas se suicidaron en el complejo religioso de un imitador de Jesús de San Francisco que quedaba en Guyana. Tomaron refresco envenenado de una bañera mientras él los miraba desde el patio de su casa y utilizaba un altavoz para contarles historias de su madre."

Susannah lo miraba con incredulidad aterrada y Ted con una impaciencia mal disfrazada. Sin embargo debía pensar que era importante pues se mantuvo en silencio.

"Casi mil," reiteró Dinky. "Porque estaban confundidos y solos y pensaban que Jim Jones era su amigo. Porque—piénselo—*no tenían nada a qué volver*. Así es aquí. Si los Disgregadores se unieran, podrían crear un martillo mental que enviaría de un golpe a Prentiss, La Comadreja y los taheen y can-toi a la siguiente galaxia. En vez de ello, no hay nadie más que yo, Stanley y el súper disgregador favorito de todos, el totalmente eventual Sr. Theodore Brautigan de Milford, Connecticut. Promoción de Harvard de 1920, Sociedad Teatral, Club de Debate, editor de *The Crimson*¹³, y—desde luego!—Phi Beta Inodoro.¹⁴"

"¿Podemos confiar en ustedes tres?" preguntó Rolando. La pregunta sonó engañosamente fútil, poco más que algo para pasar el tiempo.

"Tienen que hacerlo," dijo Ted. "No tienen a nadie más. Y nosotros tampoco."

"Si estuviéramos del lado de ellos," dijo Dinky, "¿no creen que tendríamos algo mejor en los pies que mocasines hechos de jodidas llantas de goma? En Cielo Azul se tiene todo excepto algunas cosas básicas. Cosas de las que no se pensaría comúnmente como indispensables, pero cosas que. . . bueno, es más difícil ahuecar el ala cuando no hay más para ponerse que sus pantuflas Algul Siento, pongámoslo así."

¹³ N. del T. El Carmesí.

¹⁴ N. del T. Juego de palabras intraducible. *Phi Beta Crapper* (inodoro) se refiere a Phi Beta Kappa, una fraternidad de honor en los Estados Unidos a la que sólo son admitidos los mejores estudiantes.

"Todavía no lo puedo creer," dijo Jake. "Todas esas personas trabajando para disgregar los Haces, quiero decir. No se ofendan, pero—"

Dinky se volvió hacia él con los puños cerrados y una sonrisa tensa y furiosa en el rostro. De inmediato Acho se puso frente a Jake, gruñendo bajo y mostrando sus dientes. Dinky o bien no lo notó o no le prestó atención. "¿Sí? Bueno, adivina qué, chico. *Me ofendo. Me ofendo como un cabrón. ¿Qué sabes tú de lo que es pasar toda tu vida por fuera, ser el chiste de todos todo el tiempo, ser siempre Carrie en el jodido baile de graduación?*"

"¿Quién?" preguntó Eddie, confundido, pero Dinky estaba inspirado y no le prestó atención.

"Hay tipos allá que no pueden caminar o hablar. Una chica no tiene brazos. Muchos tienen hidrocefalia, es decir que tienen cabezas que les llegan a *Nueva Jersey*." Levantó las manos un metro a cada lado de su cabeza, un gesto que todos interpretaron como exageración. Después descubrirían que no lo era. "El pobre de Stanley aquí, es uno de los que no puede hablar."

Rolando miró a Stanley, con su rostro pálido y sin afeitado y sus masas de oscuro cabello rizado. Y el pistolero casi soltó una sonrisa. "Yo creo que puede hablar," dijo, y luego: "¿Llevas el nombre de tu padre, Stanley? Creo que así es."

Stanley bajó la cabeza, y las mejillas se llenaron de carmín, pero sonreía. Al mismo tiempo empezó a llorar de nuevo. *¿Qué demonios pasa aquí?* se preguntó Eddie.

Ted también se asombró claramente. "Sai Deschain, me pregunto si podría preguntarle—"

"No, no, pido perdón," dijo Rolando. "Su tiempo es corto ahora mismo, eso dijo y todos lo podemos sentir. ¿Saben los Disgregadores cómo los alimentan? *¿Qué les dan de comer para aumentar sus poderes?*"

Ted se sentó abruptamente en una roca y bajó la mirada hacia la relumbrante tela de acero de rieles. "Tiene que ver con los niños que llevan por la Estación, ¿cierto?"

"Sí."

"No lo saben y yo no lo sé," dijo Ted en la misma voz profunda. "No realmente. Nos dan docenas de pastillas al día. En la mañana, al mediodía, y en la noche. Algunas son vitaminas. Algunas sin duda son para hacernos dóciles. He tenido algo de suerte purgándolas de mi sistema, y las de Dinky y Stanley. Sólo que. . . para que tal purga funcione, pistolero, debes *querer* que funcione. ¿Lo entiendes?"

Rolando asintió.

"He pensado por mucho tiempo que también nos deben estar dando alguna clase de. . . no sé. . . aumentador cerebral. . . pero con tantas pastillas, es imposible decir cuál podría ser.Cuál es la que nos hace caníbales o vampiros, o las dos cosas." Hizo una pausa, mirando al improbable rayo de sol. Extendió las manos a los dos lados. Dinky tomó una, Stanley la otra.

"Miren esto," dijo Dinky. "Esto es bueno."

Ted cerró los ojos. Lo propio hicieron los otros dos. Por un momento no había nada que ver más que tres hombres que miraban sobre el desierto oscuro hacia el rayo de sol Cecil B. DeMille. . . y *estaban* mirando, Rolando lo sabía. Incluso con los ojos cerrados.

El rayo de sol se apagó. Por un lapso de quizá unos doce segundos la Devar-Toi quedó tan oscura como el desierto, y la Estación Thunderclap, y las curvas de Steek-Tete. Entonces regresó ese brillo absurdamente dorado. Dinky emitió un suspiro duro (pero no sin satisfacción) y dio un paso atrás, soltándose de Ted. Un momento después, Ted soltó a Stanley y se dio vuelta hacia Rolando.

"¿Ustedes hicieron eso?" preguntó el pistolero.

"Los tres juntos," dijo Ted. "Sobre todo es Stanley. Es un enviador extremadamente poderoso. Una de las pocas cosas que aterran a Prentiss y los hombres bajos y taheen es cuando pierden su luz solar artificial. Ocurre más y más a menudo, ¿saben?, y no siempre porque nos metamos con la maquinaria. Simplemente la maquinaria. . ." Alzó los hombros. "Se está acabando."

"Todo se está acabando," dijo Eddie.

Ted lo miró, sin sonreír. "Pero no lo suficientemente rápido, Sr. Dean. Esta intromisión con los dos Haces restantes debe detenerse, y muy pronto, o no hará diferencia. Dinky, Stanley y yo les ayudaremos si podemos, incluso si esto significa matar al resto de ellos."

"Seguro," dijo Dinky con una sonrisa vacía. "Si lo pudo hacer el reverendo Jim Jones, ¿por qué no nosotros?"

Ted le dio una mirada de reprobación, luego volvió a mirar al ka-tet de Rolando. "Tal vez no haya necesidad de llegar a eso. Pero si así es. . ." Se incorporó repentinamente y tomó a Rolando por el brazo. "¿Somos caníbales?" preguntó con una dura voz casi estridente. "¿Nos hemos estado comiendo a los niños que los Capas Verdes traen de las Tierras Fronterizas?"

Rolando estaba en silencio.

Ted miró a Eddie. "Quiero saber."

Eddie no respondió.

"¿Señora-sai?" preguntó Ted, mirando a la mujer que se sentaba en la cadera de Eddie. "Estamos preparados para ayudarles. ¿No me ayudarán respondiendo lo que pregunto?"

"¿Saberlo cambiaría algo?" preguntó Susannah.

Ted la miró un momento más, luego miró a Jake. "Realmente podrías ser el gemelo de mi joven amigo," dijo. "¿Lo sabes, hijo?"

"No, pero no me sorprende," dijo Jake. "Así es cómo las cosas funcionan por aquí, de alguna manera. Todo. . . em. . . encaja."

"¿Me dirás lo que quiero saber? Bobby lo haría."

¿Para que puedas comerte a ti mismo en vida? pensó Jake, *¿Comerte en vez de comerlos a ellos?*

Sacudió la cabeza. "No soy Bobby," dijo. "Sin importar lo mucho que me le parezca."

Ted suspiró y asintió. "Permanecen juntos, y ¿por qué habría eso de sorprenderme? Después de todo son ka-tet."

"Tenemos que irnos," le dijo Dink a Ted. "Ya hemos estado aquí demasiado. No es sólo cuestión de volver a la revisión de cuartos; Stanley y yo tenemos que alterar su jodida telemetría para que cuando Prentiss y La Comadreja lo revisen digan 'Teddy B. estuvo allí todo el tiempo. Así como Dinky Earnshaw y Stanley Ruiz, ningún problema con esos chicos.' "

"Sí," concordó Ted. "Supongo que tienes razón. ¿Cinco minutos más?"

Dinky asintió reluciente. El sonido de una sirena, disminuido por la distancia, se oía en el viento, y los dientes del joven aparecieron en una sonrisa de genuina diversión. "Se ponen tan molestos cuando se apaga el sol," dijo. "Cuando tienen que confrontar lo que realmente está a su alrededor, que es una versión jodida del invierno nuclear."

Ted se puso las manos en los bolsillos por un momento, mirándose los pies, y luego subió la mirada hacia Rolando. "Es hora de que esta. . . comedia grotesca termine de una vez por todas. Los tres volveremos mañana, si todo sale bien. Entretanto, hay una cueva más grande a menos de cuarenta metros por la ladera, y del lado opuesto a la Estación de Thunderclap y Algul Siento. Hay comida y bolsas para dormir, y una estufa que funciona con gas propano. Hay un mapa, muy tosco, del Algul. También les dejé una grabadora y algunos casetes. Probablemente no explicarán todo lo que quisieran saber, pero llenarán muchos de los espacios en blanco. Por ahora, sólo dense cuenta que Cielo Azul no es tan agradable como parece. Las torres de hiedra son torres de vigilancia. Hay tres líneas de cercos alrededor de todo el lugar. Si intentas salir, la primera línea te produce un picazón."

"Como alambre de púas," dijo Dink.

"La segunda te da un golpe tal que puede noquearte," siguió Ted. "Y la tercera—"

"Creo que entendemos," dijo Susannah.

"¿Qué hay de los Hijos de Roderick?" preguntó Rolando. "Tienen algo que ver con la Devar, pues encontramos uno de camino aquí que lo dijo."

Susannah miró a Eddie con las cejas enarcadas. Eddie la miró como diciéndole *te cuento después*. Era un fragmento simple y perfecto de comunicación sin palabras, del tipo que le parece obvio a las personas que se aman.

"Esos imbéciles," dijo Dinky, pero no sin simpatía. "Son. . . ¿cómo los llaman en las películas viejas? De confianza, creo. Tienen una pequeña aldea a unos tres kilómetros después de la estación en esa dirección." Señaló. "Hacen trabajos de mantenimiento en el Algul, y puede que hayan tres o cuatro con capacidad suficiente para encargarse de los techos. . .

reemplazando tablillas y cosas como esas. Cualesquiera que sean los contaminantes que hay en el aire de este sitio, esos pobres tarados son especialmente vulnerables a ellos. Sólo que en ellos aparece como enfermedad por radiación en vez de simplemente granos y eczema."

"Cuéntame de ello," dijo Eddie, recordando al pobre y viejo Chevin de Chayven: su rostro carcomido y su bata empapada de orina.

"Son *yentes* nómadas," añadió Ted. "Beduinos. Creo que siguen los rieles, en su mayoría. Hay catacumbas bajo la estación y bajo Algul Siento. Los Rods saben cómo moverse por ellas. Hay toneladas de comida allá abajo, y dos veces a la semana la llevan al Devar en trineos. Eso es la mayor parte de lo que comemos ahora. Aún está buena, pero. . ." Subió los hombros.

"Las cosas se deterioran a prisa," dijo Dinky en un tono de melancolía poco característico. "Pero como dijo el hombre, el vino es genial."

"Si les pidiera que traigan con ustedes a uno de los Hijos de Roderick con ustedes mañana," dijo Rolando, "¿podrían hacerlo?"

Ted y Dinky intercambiaron una mirada sobresaltada. Los dos miraron a Stanley. Éste asintió, levantó los hombros y estiró las manos frente a sí con las palmas hacia abajo: *¿Por qué, pistolero?*

Rolando se quedó perdido en sus pensamientos por un momento. Luego miró a Ted. "Traigan uno al que le quede la mitad del cerebro en la cabeza," instruyó Rolando. "Dile 'Dan sur, dan tur, dan Rolando, dan Gilead.' Repítelo."

Ted lo repitió sin dudas.

Rolando asintió. "Si aún así duda, díganle que Chevin de Chayven dice que debe venir. Ellos hablan un poco plano, ¿no?"

"Seguro," dijo Dinky. "Pero señor. . . no se puede dejar que un Rod venga y los vea y luego liberarlo de nuevo. Sus bocas son gigantescas."

"Traigan uno," dijo Rolando. "y veremos lo que veremos. Tengo lo que mi ka-mai Eddie llama un corazonada. ¿Entienden el pensar corazonadas?"

Ted y Dinky asintieron.

"Si funciona, bien. Si no. . . estén seguros de que el tipo que traerán nunca dirá lo que vio aquí."

"¿Lo matarías si tu corazonada no es cierta?" preguntó Ted.

Rolando asintió.

Ted rió con amargura. "Claro que sí. Me recuerda de la parte en *Huckleberry Finn* cuando Huck ve un bote a vapor explotar. Corre a la señorita Watson y a la viuda Douglas con la noticia, y cuando una de ellas le pregunta si alguien murió, Huck dice con perfecto aplomo, 'No, señora, sólo un negrito.' En este caso podemos decir 'Sólo un Rod. El hombre pistolero tenía una corazonada pero no resultó cierta.'"

Rolando sonrió fríamente, una sonrisa que estaba llena de dientes, de una forma poco natural. Eddie la había visto antes y le alegraba que no fuera dirigida a él. Dijo. "Pensé que sabías cuáles eran los riesgos, sai Ted. ¿Entendí mal?"

Ted lo miró a los ojos por un momento, y luego desvió al suelo la mirada. Su boca trabajaba.

Durante esto, Dinky parecía estar en una palabra silenciosa con Stanley. Ahora dijo: "Si quieren un Rod, les conseguiremos uno. No es gran problema. El problema puede ser llegar aquí. Si no llegamos. . ."

Rolando esperó pacientemente a que el joven terminara. Cuando no fue así, el pistolero preguntó. "Si no llegan, ¿qué quieren que hagamos?"

Ted alzó los hombros. El gesto era una perfecta imitación del de Dinky que era gracioso. "Lo mejor que puedan," dijo. "También hay armas en la cueva inferior. Una docena de las bolas eléctricas que llaman sneetches. Un número de pistolas, que los hombres bajos llaman armas de rapidez. Son AR-15s del ejército de los Estados Unidos. De otras cosas no estamos seguros."

"Una de ellas es una clase de pistola de rayos de ciencia ficción como en una película," dijo Dinky. "Creo que está hecho para desintegrar cosas, pero o soy demasiado tonto para

encenderla o se quedó sin baterías." Miró ansiosamente al hombre de cabello canoso. "Se pasaron los cinco minutos y más. Tenemos que irnos ahora mismo, Tedster. Arranquemos."

"Sí. Bueno, volveremos mañana. Tal vez para entonces tengan un plan."

"¿No lo tienen *ustedes*?" preguntó Eddie sorprendido.

"Mi plan era correr, joven. En el momento pareció una idea terriblemente brillante. Corrí hasta la primavera de 1960. Me atraparon y me trajeron de vuelta, con un poco de ayuda de la madre de mi pequeño amigo Bobby. Y ahora, realmente debemos—"

"Un minuto más, si está bien," dijo Rolando, y avanzó hacia Stanley. Éste miraba a sus pies pero sus mejillas sin afeitar una vez más se llenaron de color. Y—

Está temblando, pensó Susannah. Como un animal en el bosque que se encuentra por primera vez con un ser humano.

Stanley parecía tener unos treinta y cinco, pero podía ser mayor; su rostro tenía la suavidad desprevenida que Susannah asociaba con ciertos defectos mentales. Ted y Dinky tenían salpullido, pero no Stanley. Rolando puso sus manos en los antebrazos del hombre y lo miró seriamente. Al principio los ojos del pistolero no encontraron más que el cabello oscuro rizado de la cabeza doblada de Stanley.

Dinky empezó a hablar. Ted lo silenció con un gesto.

"¿No me verás a la cara?" preguntó Rolando. Hablaba con una suavidad que Susannah rara vez había escuchado en su voz. "¿No lo harás, antes de irte, Stanley, hijo de Stanley? ¿El que fuera Sheemie?"

Susannah quedó boquiabierta. A su lado, Eddie gruñó como un hombre a quien le han golpeado. Ella pensó, *Pero Rolando es viejo. . . ¡tan viejo! Lo que significa que si este es el chico de la taberna que conocí en Mejis. . . el que tenía un burro y un sombrero rosado. . . entonces también debe ser. . .*

El hombre levantó el rostro lentamente. Las lágrimas caían de sus ojos.

"Bueno y viejo Will Dearborn," dijo. Su voz era ronca, y su tono subía y bajaba como cualquier voz que no ha sido usada en mucho tiempo. "Lo siento tanto, sai. Si sacaras tu pistola y me dispararas, lo entendería. De verdad lo haría."

"¿Por qué dices eso, Sheemie?" preguntó Rolando en la misma voz suave.

Las lágrimas de Stanley cayeron más rápido. "Salvaste mi vida. Arthur y Richard, también, pero sobre todo tú, bueno y viejo Will Dearborn que era realmente Rolando de Gilead. ¡Y la dejé morir! ¡A la que amabas! ¡Y yo también la amaba!"

El rostro del hombre se retorció en agonía e intentó zafarse de Rolando. Sin embargo, Rolando lo contuvo.

"Nada de eso fue culpa tuya, Sheemie."

"¡Debí morir por ella!" gritó. "¡Debí morir en lugar suyo! ¡Soy estúpido! ¡Tonto como decían!" Se dio una bofetada a sí mismo, primero hacia un lado y luego hacia el otro, dejando marcas rojas. Antes de que pudiera hacerlo de nuevo, Rolando le agarró la mano y la puso a la fuerza en su costado de nuevo.

"Fue Rhea la que hizo el daño," dijo Rolando.

Stanley—quien había sido Sheemie hacía un eón—miró al rostro a Rolando, buscando sus ojos.

"Ea," dijo Rolando, asintiendo. "Fue la de Cöos. . . y yo, también. Debí haberme quedado con ella. Si alguien no tuvo culpa en ello, Sheemie—*Stanley*—fuiste tú."

"¿Eso dices, pistolero? ¿ciertín—cierto?"

Rolando asintió. "Tendremos toda la palabra que quieras sobre esto, si hay tiempo, y sobre esos viejos días, pero no ahora. No hay tiempo ahora. Tienes que irte con tus amigos, y yo debo quedarme con los míos."

Sheemie lo miró un momento más, y sí, Susannah podía ver ahora al muchacho que había trabajado en una antigua taberna llamada el Descanso de los Viajeros, alzando envases de cerveza vacíos y arrojándolos al barril de lavado que se encontraba bajo la cabeza de reno bicéfala que era conocida como La Retozona, evitando el ocasional empujón de Coral Thorin o las incluso más malintencionadas patadas que bien podían salir de una ramera que se estaba

poniendo vieja llamada Pettie la Trotona. Podía ver al muchacho al que casi habían matado por derramar licor en las botas de un hampón llamado Roy Depape. Había sido Cuthbert quien había salvado a Sheemie de la muerte esa noche. . . pero había sido Rolando, conocido por la gente del pueblo como Will Dearborn, quien los había salvado a todos.

Sheemie puso los brazos alrededor del cuello de Rolando y lo abrazó con fuerza. Rolando sonrió y acarició su cabello rizado con su mano derecha desfigurada. Un sonoro sollozo como un graznido se le escapó a Sheemie de la garganta. Susannah podía ver las lágrimas llenando los ojos del pistolero.

"Ajá," dijo Rolando, hablando en una voz casi demasiado baja para oírse. "Siempre supe que eras especial; Bert y Alain también lo sabían. Y he aquí que nos encontramos, bien lejos en el camino. Somos bien encontrados, Sheemie hijo de Stanley. Eso somos. Eso somos."



Capítulo VI: El Amo de Cielo Azul

UNO

Pimli Prentiss, el Amo de Algul Siento, estaba en el baño cuando Finli (conocido en algunos medios como La Comadreja) tocó a la puerta. Prentiss examinaba su complexión ante la luz implacable de la barra fluorescente sobre el lavamanos. En el espejo de aumento, su piel se veía como un llano grisáceo y lleno de cráteres, no muy diferente de la superficie de las tierras baldías que se extendían en toda dirección alrededor del Algul. El grano en el que se concentraba actualmente parecía un volcán en erupción.

“¿Quién me busca?” voceó Prentiss, aunque tenía una buena idea de quién era.

“¡Finli de Tego!”

“¡Entra, Finli!” Sin despegar ni por un momento la mirada del espejo. Sus dedos, cerrándose alrededor de los costados del grano infectado, se veían enormes. Aplicaron presión.

Finli cruzó la oficina de Prentiss y se quedó en la puerta del baño. Tuvo que doblarse un poco para poder mirar hacia dentro. Medía poco menos de dos metros y medio, muy alto incluso para ser un taheen.

“Regreso de la estación como si nunca me hubiera ido,” dijo Finli. Como la mayoría de los taheen, su voz al hablar se tambaleaba a un lado y otro entre un chillido y un gruñido. A Pimli, todos le sonaban como los híbridos del libro de H. G. Wells *La Isla del Doctor Moreau*, y siempre esperaba que rompieran en un coro de “¿No somos hombres?” Finli le había sacado esto de la mente una vez y le había preguntado por ello. Prentiss había respondido con completa honestidad, conocedor de que en una sociedad donde la telepatía de nivel bajo era la regla, la honestidad siempre era la mejor política. La *única* política, al tratar con los taheen. Además, le agradaba Finli de Tego.

“Regresas de la estación, bien,” dijo Pimli. “¿Y qué encontraste?”

“Un robot de mantenimiento. Parece que se volvió loco del lado de Arc 15 y—”

“Espera,” dijo Prentiss. “Si te parece, si te parece, gracias.”

Finli esperó. Prentiss se hizo aún más cerca al espejo, con el ceño fruncido en concentración. El Amo de Cielo Azul era alto a su vez, alrededor de dos metros quince, y era poseedor de una enorme barriga curva que era cargada por piernas largas con muslos como vigas. Se le caía el pelo y tenía la nariz de nabo propia de un bebedor veterano. Parecía tal vez de cincuenta. Se *sentía* como de cincuenta (más joven, si no hubiera pasado la noche anterior bebiendo con Finli y varios de los can-toi). Tenía cincuenta cuando llegó a ese sitio, hacía muchos años; al menos veinticinco, y eso podía ser un mal cálculo. El tiempo era tonto de este lado, así como la orientación, y uno podía perder el sentido de las dos cosas rápidamente. Algunas *yentes* perdían la cabeza, también. Y si alguna vez llegaran a perder la máquina de sol—

La punta del grano creció. . . tembló. . . explotó. ¡Ah!

Un chorro de pus sanguinolenta surgió del sitio de la infección, se estrelló contra el espejo y empezó a resbalar por su superficie ligeramente cóncava. Pimli Prentiss la secó con la punta de un dedo, se dio la vuelta para arrojarlo a la basura, y luego se lo ofreció a Finli en cambio.

El taheen se rehusó sacudiendo la cabeza, luego hizo el tipo de ruido exasperado que cualquier veterano en hacer dietas habría reconocido, y guió el dedo del Amo a su boca. Chupó la pus y luego soltó el dedo con un chasquido audible.

"No debería hacerlo, no puedo resistir," dijo Finli. "¿No me dijiste que las *yentes* del otro lado decidieron que comer carne rara era mala para ellos?"

"Sí," dijo Pimli, secándose el grano (que aún supuraba) con un Kleenex. Llevaba aquí mucho tiempo, y nunca regresaría, por todo tipo de razones, pero sólo recientemente había empezado a estar al tanto de los eventos actuales; sólo a partir del—¿podía decirse año?—anterior recibía el *The New York Times* regularmente. Le tenía un gran afecto al periódico, le encantaba hacer el crucigrama diario. Era un pequeño pedazo de casa.

"Pero siguen comiéndosela igual."

"Sí, supongo que muchos lo hacen." Abrió el gabinete de medicinas y sacó una botella de peróxido de hidrógeno de Rexall.

"Es tu culpa por ponerlo frente a mí," dijo Finli. "No es que eso sea malo para nosotros, por lo común; es un dulce natural, como la miel o las moras. El problema es Thunderclap." Y, como si su jefe no hubiera entendido, Finli agregó: "Demasiado de lo que sale de él no corre por el camino correcto, sin importar lo dulce que pueda saber. Veneno, si te place."

Prentiss empapó un copo de algodón con el peróxido de hidrógeno y se lo pasó por la herida en su mejilla. Sabía exactamente de qué hablaba Finli, ¿cómo podía no saberlo? Antes de llegar a este sitio y asumir el manto de Amo, nunca había visto una mancha en su piel por más de treinta años. Ahora tenía granos en la mejilla y la frente, acné en las sienes, montones de espinillas en la nariz y un quiste en el cuello que pronto Gangli, el doctor del compuesto, le quitaría. (Prentiss pensaba que Gangli era un nombre terrible para un médico; le recordaba a *ganglio* y a *gangrena*.) Los taheen y los can-toi eran menos susceptibles a problemas dermatológicos, pero a menudo su carne se abría espontáneamente, la nariz les sangraba, e incluso las heridas más pequeñas—un raspón con una roca o una espina—podían llevar a infección y muerte si no se atendían prontamente. Al comienzo los antibióticos habían funcionado bien con tales infecciones, pero ya no era así. Lo mismo pasaba con maravillas farmacéuticas como Accutane. Era el ambiente, desde luego; la muerte hervía en las rocas y en la tierra que les rodeaba. Si se quería ver las cosas al extremo sólo se tenía que mirar a los Rods, que no estaban mejor que los mutantes lentos estos días. Desde luego, *ellos* erraban lejos hacia el. . . ¿aún era el sudeste? Erraban en dirección hacia donde se podía ver un leve brillo rojo por las noches, en cualquier caso, y todos decían que las cosas eran mucho peores en esa dirección. Pimli no sabía con certeza si eso era cierto, pero sospechaba que sí. No llamaban a las tierras más allá de Fedic la Discordia porque fueran sitios vacacionales.

"¿Quieres más?" preguntó a Finli. "Tengo un par en la frente que están maduros."

"No, quiero hacer mi reporte, revisar dos veces las videocintas y la telemetría, ir a echar un vistazo a El Estudio, y luego terminar. Después de eso quiero un baño caliente y unas tres horas con un buen libro. Estoy leyendo *El Coleccionista*."

"Y te gusta," dijo Finli, fascinado.

"Mucho, digo gracias. Me recuerda a nuestra situación aquí. Excepto que me gusta pensar que nuestras metas son un poco más nobles y nuestras motivaciones un poco más altas que la atracción sexual."

"¿Nobles? ¿Así las llamas?"

Finli alzó los hombros y no respondió. La discusión cercana sobre lo que pasaba aquí en Cielo Azul se evitaba generalmente por acuerdo tácito.

Prentiss llevó a Finli a su propia biblioteca-estudio, que tenía una vista a la parte de Cielo Azul que llamaban el Comercio. Finli se agachó bajo la luz con la gracia inconsciente de la mucha práctica. Prentiss le había dicho una vez (tras algunos tragos) que habría sido un centro espectacular en la NBA. "El primer equipo todo-taheen," había dicho. "Los llamarían Los Fenómenos, pero ¿qué con eso?"

"Estos jugadores de baloncesto, ¿tienen lo mejor de todo?" había preguntado Finli. Tenía la cabeza lisa de una comadreja y grandes ojos negros. No más expresivos que los ojos de las muñecas, pensaba Pimli. Llevaba muchas cadenas de oro—se habían puesto de moda entre el personal de Cielo Azul, y un activo mercado de tales cosas había crecido en los últimos años.

También había hecho que le amputaran la cola. Probablemente un error, le había dicho una noche a Prentiss cuando estaban ebrios. Más doloroso de lo que se pueda creer y sin duda lo llevaría al Infierno de la Oscuridad cuando terminara su vida, a menos. . .

A menos que no hubiera nada. Ésta era una idea que Pimli había negado con toda su mente y corazón, pero sería un mentiroso si no admitiera (al menos para sí mismo) que la idea a veces le acosaba en las noches. Para tales ideas habían píldoras para dormir. Y Dios, desde luego. Su fe en que todas las cosas servían a la voluntad de Dios, incluso la Torre misma.

En cualquier caso, Pimli había confirmado que sí, que los jugadores de baloncesto—al menos *los de Estados Unidos*—tenían lo mejor de todo, incluyendo más coños que un jodido inodoro. Este comentario había hecho que Finli riera hasta que le resbalaron lágrimas rojizas de sus ojos extrañamente inexpresivos.

“Y lo mejor,” continuó Pimli, “es esto: podrías jugar casi por siempre, para los estándares de la NBA. Por ejemplo, escucha, el jugador más importante de mi viejo país (aunque nunca lo vi jugar; apareció después de mi tiempo) era un tipo llamado Michael Jordan, y—”

“Si fuera taheen, ¿qué sería?” había interrumpido Finli. Este era un juego que jugaban a menudo, especialmente cuando tenían unos tragos encima.

“Una comadreja, realmente, y una condenadamente bella,” había dicho Pimli, y en un tono de sorpresa que a Finli le había parecido cómico. Una vez más había reído hasta que le salieron lágrimas.

“Pero,” había continuado Pimli, “su carrera había terminado en poco más de quince años, y eso incluye un retiro y un regreso o dos. ¿Cuántos años podrías jugar un juego en el que no tuvieras que hacer más que correr de un lado al otro de un campo por una hora o algo así, Fin?”

Finli de Tego, quien para entonces tenía más de trescientos años de edad, había alzado los hombros y movido su mano hacia el horizonte. Delah. Más años de los que se podían contar.

Y ¿cuánto tiempo Cielo Azul—Devar-Toi para los internos más nuevos, Algul Siento para los taheen y los Rods— cuánto tiempo había estado aquí? También delah. Pero si Finli tenía la razón (y el corazón de Pimli le decía que casi con certeza así era), entonces delah estaba a punto de terminarse. Y ¿qué podía hacer ante ello él, una vez Paul Prentiss de Rahway, Nueva Jersey, y ahora Pimli Prentiss del Algul Siento?

Su trabajo, eso podía hacer.

Su jodido trabajo.

DOS

“Entonces,” dijo Pimli, sentándose en una de las dos sillas con brazos junto a la ventana, “encontraste un robot de mantenimiento. ¿Dónde?”

“Cerca a donde la Ruta 97 deja el área de trasbordo,” dijo Finli. “Esa vía aún está caliente—tiene lo que llamas ‘un tercer riel’—y eso lo explica. Luego, una vez nos habíamos ido, llamas y dices que ha habido una *segunda* alarma.”

“Sí. ¿Y encontraron—?”

“Nada,” dijo Finli. “Esa vez, nada. Probablemente un mal funcionamiento, tal vez incluso causado por la primera alarma.” Alzó los hombros, un gesto que comunicaba lo que ambos sabían: todo se estaba yendo al infierno. Y mientras más se acercaban al fin, más rápido se iba.

“¿Pero tú y tus hombres revisaron bien?”

“Desde luego. Ningún intruso.”

Pero los dos pensaban en términos de intrusos que eran humanos, taheen, can-toi o mecánicos. Ninguno en el grupo de búsqueda de Finli había pensado en alzar la mirada, y probablemente ninguno habría visto a Mordred si lo hubiera hecho: una araña ahora tan grande como un perro de tamaño medio, agazapada en las oscuras sombras bajo el alar de la estación principal, colgando en una hamaca de telaraña.

“¿Vas a revisar la telemetría de nuevo debido a la segunda alarma?”

“En parte,” dijo Finli. “Más porque las cosas me parecen sospechosas.” Ésta era una palabra que había sacado de una de las muchas novelas policíacas del otro lado que leía—le fascinaban—y la usaba a cada oportunidad.

“¿Sospechosas cómo?”

Finli sólo sacudió la cabeza. No podía decirlo. “Pero la telemetría no miente. O eso me enseñaron.”

“¿Lo cuestionas?”

Consciente de que volvía a estar en hielo quebradizo—que los dos lo estaban—Finli dudó, y luego decidió qué demonios. “Son los tiempos finales, jefe. Cuestiono casi todo.”

“¿Eso incluye tu deber, Finli de Tego?”

Finli lo negó con la cabeza sin dudar. No, no incluía su deber. Lo mismo pasaba con los demás, incluyendo al que fuera Paul Prentiss de Rahway. Pimli recordaba un viejo soldado—tal vez Doug MacArthur—diciendo, “Cuando al morir se me cierran los ojos, caballeros, mi pensamiento final será para el batallón. Y el batallón. Y el batallón.” El pensamiento final de Pimli probablemente sería sobre Algul Siento. Porque ¿qué más quedaba ahora? En palabras de otra gran estadounidense—Martha Reeves de Martha y las Vandellas—no tenían a dónde correr, nené, ningún lugar para ocultarse. Las cosas estaban fuera de control, corriendo montaña abajo sin frenos y no quedaba nada más que disfrutar el paseo.

“¿Te molestaría algo de compañía mientras haces tus rondas?” preguntó Pimli.

“¿Por qué no?” replicó La Comadreja. Sonreía, revelando una boca llena de dientes afilados como agujas. Y cantó, en su extraña y ondulante voz: “Sueña conmigo. . . voy de camino a la luna de mis paa-adres. . . .”

“Dame un minuto,” dijo Pimli, y se puso de pie.

“¿Oraciones?” preguntó Finli.

Pimli se detuvo en el pasillo. “Sí,” dijo. “Ya que preguntas, ¿tienes algún comentario, Finli de Tego?”

“Sólo uno, tal vez.” La cosa sonriente de cuerpo humano y lisa cabeza marrón de comadreja seguía sonriendo. “Si la oración es tan exaltada, ¿por qué te arrodillas en el mismo cuarto donde te sientas a cagar?”

“Porque la Biblia sugiere que cuando se esté acompañado, se debería hacerlo en el cuarto. ¿Algún otro comentario?”

“No, no,” Finli ondeó una mano negligente. “Haz lo mejor y lo peor que puedas, como dicen los Manni.”

TRES

En el baño, Paul de Rahway cerró la tapa del inodoro, se arrodillo sobre las lozas, y unió las manos.

¿Si la oración es tan exaltada, ¿por qué te arrodillas en el mismo cuarto donde te sientas a cagar?

Tal vez debí decir que era porque me mantenía humilde, pensó. Porque me mantiene en el tamaño justo. Del polvo nacimos y en polvo nos convertiremos, y si hay un cuarto donde eso es difícil de olvidar, es en éste.

“Dios,” dijo, “concédeme fuerza cuando esté débil, respuestas cuando esté confundido, valor cuando tenga miedo. Ayúdame a no lastimar a nadie que no lo merezca, e incluso entonces no a menos que no me dejen otra opción. Señor. . .”

Y mientras está de rodillas ante la taza cerrada del inodoro, este hombre que dentro de poco le pedirá a su Dios que le perdone por trabajar para el fin de la creación (y sin el más pequeño asomo de ironía), bien podríamos mirarlo un poco más de cerca. No tardaremos

mucho, pues Pimli Prentiss no es central a nuestra historia de Rolando y su ka-tet. Con todo, es un hombre fascinante, lleno de pliegues, contradicciones y callejones sin salida. Es un alcohólico que cree profundamente en un Dios personal, un hombre de compasión que se encuentra ahora a punto de derrumbar la Torre y sacar volando a los trillones de mundos que orbitan alrededor de su eje hacia la oscuridad en un trillón de diferentes direcciones. Rápidamente mataría a Dinky Earnshaw y a Stanley Ruiz si supiera en lo que estaban. . . y se pasa casi todos los días de la madre llorando, pues amaba a su propia Ma y con fuerza y la extraña con amargura. En lo relacionado con el Apocalipsis, aquí está el hombre perfecto para el trabajo, uno que sabe arrodillarse y que puede hablarle al Dios y Señor de las Hostias como un viejo amigo.

Y he aquí una ironía: Paul Prentiss podría bien salir en los anuncios que proclaman "¡Conseguí mi trabajo a través del *New York Times*!" En 1970, despedido de la prisión conocida entonces como Ática (al menos él y Nelson Rockefeller no estuvieron durante el mega-motín), encontró un anuncio en el *Times* con este titular:

**SE BUSCA: OFICIAL CORRECCIONAL CON EXPERIENCIA
PARA POSICIÓN CON ALTÍSIMA RESPONSABILIDAD
EN INSTITUCIÓN PRIVADA
¡Alto Salario! ¡Múltiples Beneficios! ¡Debe Estar Dispuesto a Viajar!**

El alto salario había resultado ser lo que su amada Ma habría llamado "una mentirota gigantesca," porque no había salario en lo absoluto, al menos no en el sentido que los oficiales de correccional del lado de los Estados Unidos habrían entendido, pero los beneficios. . . sí, los beneficios eran excepcionales. Para empezar, se había revolcado en el sexo como ahora se revolcaba en comida y licor, pero ése no era el punto. El punto desde la perspectiva de sai Prentiss, era éste: ¿qué querías de la vida? Si no era más que ver los ceros aumentar en tu cuenta bancaria, entonces claramente Algul Siento no era un sitio para ti. . . lo que sería algo terrible, porque una vez firmabas no había vuelta de hoja; todo era el batallón. Y las tropas. Y a cada rato, cuando necesitaba hacerse un ejemplo, un cadáver o dos.

Lo que estaba cien por ciento OK-bien con el Amo Prentiss, quien había pasado por la solemne ceremonia taheen del cambio de nombre unos doce años antes y jamás se había arrepentido. Paul Prentiss se había vuelto Pimli Prentiss. Fue en ese momento en el cual había alejado su corazón así como su mente de aquello a lo que ahora sólo llamaba el "lado de los Estados Unidos." Y no porque tuviera el pastel mejor horneado y la mejor champaña de su vida en este sitio. Tampoco porque hubiera tenido sexo virtual con cientos de hermosas mujeres. Era porque era su trabajo, y pretendía terminarlo. Porque había llegado a creer que el trabajo que hacían en la Devar-Toi era tanto de Dios como del Rey Carmesí. Y detrás de la idea de Dios había algo incluso más poderoso: la imagen de un billón de universos embutidos en un huevo que él, el antiguo Paul Prentiss de Rahway, alguna vez un hombre de cuarenta mil dólares al año con una úlcera estomacal y un mal programa de servicios médicos acordado por una unión corrupta, ahora sostenía en la palma de su mano. Entendía que él también estaba dentro de ese huevo, y que dejaría de existir como carne cuando lo rompiera, pero seguramente si había un cielo y un Dios en él, entonces los dos superaban el poder de la Torre. Era a ese cielo al que iría, y ante ese trono se pondría de rodillas para pedir piedad por sus pecados. Sería recibido por un caluroso *Bien hecho, siervo bueno y fiel*. Su Ma estaría allí, y lo abrazaría, y entrarían juntos a la hermandad de Jesús. Ese día llegaría, Pimli estaba bastante seguro, y probablemente antes que la Luna de la Siega volviera a aparecer.

No es que se considerara a sí mismo como un fanático religioso. En lo absoluto. Estas ideas de Dios y el cielo se las guardaba estrictamente para sí mismo. En lo que competía al resto del mundo, era sólo un tipo haciendo un trabajo, uno que intentaba hacer bien hasta el fin. Ciertamente no se veía como un villano, pero jamás se ha considerado villano ningún hombre realmente peligroso. Piensen en Ulysses S. Grant, ese general de la Guerra Civil norteamericana que dijo que intentaba pelear en ese flanco incluso si le llevaba todo el verano.

En el Algul Siento, el verano casi había terminado.

CUATRO

La casa del Amo era una aseado casa de descanso en un extremo del Comercio. Se llamaba Casa Shapleigh (Pimli no tenía idea de por qué), y desde luego los Disgregadores la llamaban Casa Mierda. Al otro costado de el Comercio había una residencia mucho más grande—una graciosamente discurrida estilo Reina Ana llamada (por razones igualmente oscuras) Casa Damli. Se habría visto como en casa en la Zona de Fraternidades en las Universidades de Clemson o Mississippi. Los Disgregadores la llamaban Casa Heartbreak, o a veces Hotel Heartbreak. Bien. Era allí donde vivían los taheen y un considerable contingente de los can-toi vivían y trabajaban. En cuanto a los Disgregadores, que tengan sus chistecitos, y que crean, por todos los medios, que el personal no lo sabía.

Pimli Prentiss y Finli de Tego recorrieron el Comercio en un silencio acompañado. . . excepto, claro está, cuando pasaban junto a los Disgregadores que no estaban de turno, solos o acompañados. Pimli saludaba a cada uno de ellos con una cortesía inquebrantable. Los saludos que regresaban variaban de gruñidos completamente animosos hasta gruñidos hoscos. No obstante, todos daban alguna clase de respuesta, y para Pimli eso era una victoria. Se preocupaba por ellos. Les agradara o no—y a muchos no les agradaba—se preocupaba por ellos. Ciertamente eran más fáciles de llevar que los asesinos, violadores y ladrones armados de Ática.

Algunos leían periódicos o revistas viejas. Un grupo de cuatro lanzaba herraduras. Otro grupo de cuatro estaba en el campo de golf. Tanya Leeds y Joey Rastosovich jugaban ajedrez bajo un gracioso y viejo olmo, la luz del sol arrojaba sombras sobre sus rostros. Lo saludaron con placer real, y ¿por qué no? Tanya Leeds era ahora realmente Tanya Rastosovich, pues Pimli los había casado hacía un mes, como lo haría el capitán de un barco. Y supuso que en cierta forma, eso era lo que era esto: el buen barco *Algul Siento*, un crucero que navegaba por los mares oscuros de Thunderclap en su propio y soleado punto de luz. El sol se apagaba de vez en cuando, digo la verdad, pero el apagón de hoy había sido mínimo, sólo cuarenta y tres segundos.

“¿Cómo les va? ¿Tanya? ¿Joseph?” Siempre Joseph, nunca Joey, al menos no en su cara; no le gustaba.

Dijeron que les iba bien y le dieron esas sonrisas aturcidas por follar de las que sólo los recién casados son capaces. Finli no le dijo nada a los Rastosovich, pero cerca al extremo que daba a El Comercio de la Casa Damli, se detuvo frente a un joven que se sentaba en una silla de playa de mármol de imitación bajo un árbol, leyendo un libro.

“¿Sai Earnshaw?” preguntó el taheen.

Dinky alzó la mirada, con las cejas en alto como señal de cortés indagación. Su rostro, lleno con un mal caso de acné, mostraba la misma no-expresión cortés.

“Veo que lee *El Mago*,” dijo Finli casi con timidez. “Por mi parte leo *El Coleccionista*. ¡Vaya coincidencia!”

“Si usted lo dice,” replicó Dinky. Su expresión no cambió.

“Me pregunto, ¿qué piensa de Fowles? Estoy muy ocupado en este preciso instante, pero tal vez podríamos discutirlo más tarde.”

Aún con esa expresión cortésmente inexpresiva, Dinky Earnshaw dijo, “Tal vez más tarde usted podría tomar su copia de *El Coleccionista*—en pasta dura, espero—y metérsela por su culo peludo. De lado.”

La sonrisa esperanzada de Finli desapareció. Hizo una pequeña venia pero perfectamente correcta. “Lamento que se sienta así, sai.”

“Lárguese de aquí,” dijo Dinky, y abrió su libro una vez más. Lo levantó frente a su rostro.

Pimli y Finli de Tego siguieron caminando. Hubo un periodo de silencio durante el cual el Amo de Algul Siento intentaba diferentes aproximaciones a Finli, queriendo saber qué tan mal

le había sentado el comentario del joven. El taheen estaba orgulloso de su capacidad de leer y apreciar la literatura huma, eso era lo más que Pimli sabía. Luego Finli le ahorró el problema poniéndose las manos de largos dedos—su culo no era realmente peludo, pero sí sus dedos—entre las piernas.

“Sólo me aseguro de que mis cojones estén aún en su sitio,” dijo, y Pimli pensó que el buen humor que oía en la voz del Jefe de Seguridad era real, no forzado.

“Lamento eso,” dijo Pimli. “Si hay alguien en Cielo Azul que tiene un caso auténtico de angustia post-adolescente, es sai Earnshaw.”

“¡Me estás partiendo de dos!” gimió Finli, y cuando el Amo lo miró confundido, Finli sonrió, mostrando esas filas de afilados dienteitos. “Es una frase famosa de una película llamada *Un Rebelde Sin Causa*,” dijo. “Dinky Earnshaw me hace pensar en James Dean.” Hizo una pausa para pensar. “Sin su sorprendente belleza, desde luego.”

“Un caso interesante,” dijo Prentiss. “Fue reclutado para un programa de asesinato dirigido por un subsidiario de Positronics. Mató a su control y escapó. Lo atrapamos, desde luego. Nunca ha sido un problema real—no para nosotros—pero tiene esa actitud de dolor en el culo.”

“No obstante, piensas que no es un problema.”

Pimli lo miró de lado. “¿Hay algo que creas que yo debería saber de él?”

“No, no. Nunca te he visto tan nervioso como en las últimas semanas. Demonios, a cada cosa por su nombre—tan *paranoico*.”

“Mi abuelo tenía un refrán,” dijo Pimli. “ ‘No te preocupas porque se rompan los huevos hasta que estás a punto de llegar a casa.’ Casi hemos llegado a casa.”

Y era cierto. Diecisiete días antes, no mucho antes de que el último contingente de Lobos hubiera venido galopando desde el Área de Preparación Arc 16, su equipo en el sótano de Casa Damli había detectado la primera abolladura apreciable en el Haz Oso-Tortuga. Desde entonces el Haz del Águila y el León se había roto. Pronto los Disgregadores no se necesitarían más; pronto la desintegración del segundo Haz en duración ocurriría con o sin su ayuda. Era como un objeto en precario equilibrio que ahora había tomado un poco de movimiento. Pronto, iría más allá de su punto de equilibrio perfecto, y entonces caería. O, en el caso del Haz, se disgregaría. Dejaría de existir. Era la Torre la que caería. El último Haz, el del Lobo y el Elefante, podría durar otra semana, u otro mes, pero no mucho más.

Pensar en eso debería haber complacido a Pimli, pero no era así. Principalmente porque sus pensamientos habían vuelto a los Capas Verdes. Sesenta o más habían ido a las Callas la última vez, según calculó por lo que veía, y deberían haber regresado a las setenta y dos horas usuales con la acostumbrada carga de niños de la Calla.

En cambio. . . nada.

Le preguntó a Finli qué pensaba él de eso.

Finli se detuvo. Se veía sombrío. “Pienso que puede haber sido un virus,” dijo.

“¿Perdón?”

“Un virus de computador. Lo hemos visto pasar con mucho de nuestro equipo de sistemas en Damli, y es mejor recordarlo, sin importar lo aterradores que los Capas Verdes le hayan parecido a un montón de cultivadores de arroz, computadores con piernas es todo lo que son realmente.” Hizo una pausa. “O la *gente* de la Calla puede haber encontrado alguna manera de matarlos. ¿Me sorprendería encontrar que se levantaron para luchar? Un poco, pero no mucho. Especialmente si alguien con cojones se pusiera adelante para dirigirlos.”

“¿Alguien como un pistolero, tal vez?”

Finli lo miró con una expresión que casi le decía que era un estúpido.

Ted Brautigan y Stanley Ruiz pasaron por el andén en bicicletas de diez velocidades, y cuando el Amo y el Director de Seguridad levantaron las manos para saludarlos, los dos levantaron las suyas en respuesta. Brautigan no sonreía, pero Ruiz sí, la sonrisa suelta y feliz de un verdadero retrasado mental. Era todo lagañas, mejillas sin afeitarse y labios mojados, pero con todo era un poderoso lanzador, ante Dios lo era, y un hombre como ése podía estar haciendo peores cosas que andar por ahí con Brautigan, quien había cambiado por completo desde que lo habían devuelto de sus pequeñas “vacaciones” en Connecticut. Pimli estaba

divertido por las idénticas gorras de mezclilla que los dos llevaban—sus bicicletas también eran idénticas—pero no por la expresión de Finli.

“Basta ya,” dijo Pimli.

“¿Basta con qué, sai?” preguntó Finli.

“Mirarme como si fuera un chiquillo al que se le acaba de caer la mitad de su helado y no es lo suficientemente listo para darse cuenta.”

Pero Finli no bajó la mirada. Rara vez lo hacía, lo que era una de las cosas de él que le gustaban a Pimli. “Si no quieres que la gente te mire como un niño, no deberías actuar como uno. Han habido rumores de pistoleros que vienen del Mundo Medio para salvar el día por mil años y más. Y ni tan siquiera una vez un sólo avistamiento autenticado. Personalmente, se me hace más fácil esperar una visita de tu Hombre Jesús.”

“Los Rods dicen—”

Finli hizo una mueca como si esto le lastimara de verdad la cabeza. “No empieces con lo que dicen los Rods. Seguramente respetas mi inteligencia—y la tuya—más que eso. Sus cerebros se han podrido aún más rápido que sus pieles. En cuanto a los Lobos déjame proponer un concepto radical: no importa *dónde* están o qué les ha pasado. Tenemos suficiente aumentador para terminar el trabajo, y eso es lo único que me importa.”

El Director de Seguridad se quedó por un momento frente a los escalones que llevaban al patio de la Casa Damli. Miraba a los dos hombres con bicicletas idénticas y fruncía el ceño pensativo. “Brautigan ha creado muchos problemas.”

“¡Claro que sí!” rió Pimli con rudeza. “Pero sus días de problemas se acabaron. Se le ha dicho que sus amigos especiales de Connecticut—un chico llamado Robert Garfield y una chica llamada Carol Gerber—morirán si da más problemas. También se ha dado cuenta de que si bien un número de sus colegas Disgregadores lo consideran un mentor, y algunos, como el idiota con quien está, lo reverencian, nadie está interesado en sus. . . ideas filosóficas, digamos. Ya no, si es que alguna vez lo estuvieran. Y tuvimos una charla después que regresó. Una de corazón a corazón.”

Esto eran noticias para Finli. “¿Sobre qué?”

“Ciertos hechos de la vida. Sai Brautigan ha llegado a entender que sus únicos poderes ya no son tan importantes como fueron una vez. Ya se ha llegado demasiado lejos para eso. Los dos Haces restantes van a disgregarse con o sin él. Y sabe que al final puede haber. . . confusión. Miedo y confusión.” Pimli asintió lentamente con la cabeza. “Brautigan quiere estar aquí hasta el final, aunque sea sólo para darle calma a esos como Stanley Ruiz cuando el cielo se rasgue.”

“Ven, echemos otra mirada a las cintas y la telemetría. Sólo para estar seguros.”

Subieron los amplios escalones de madera de Casa Damli, uno junto al otro.

CINCO

Dos de los can-toi esperaban para escoltar al Amo y a su Jefe de Seguridad al sótano. Pimli reflexionaba en lo extraño que era que todos—Disgregadores y personal del Algul Siento por igual—los hubieran empezado a llamar “los hombres bajos.” Porque fue Brautigan quien acuñó la frase. “Habla de ángeles y escucharás el batir de sus alas,” habría dicho la amada Ma de Prentiss, y Pimli suponía que si habían verdaderos hombres-animales en estos días finales del mundo verdadero, entonces los can-toi llenarían los requisitos mucho mejor que los taheen. Si los veías sin sus extrañas máscaras vivientes, habrías pensado que *eran* taheen, con cabeza de ratas. Pero a diferencia de los verdaderos taheen, que consideraban a los humas (con unas pocas y notables excepciones como Pimli mismo) como una raza inferior, los can-toi adoraban la forma humana como si fuera divina. ¿Vestían las máscaras como señal de adoración? Eran muy callados sobre el asunto, pero Pimli no lo creía. Pensaba que creían que se estaban *volviendo* humanos—por lo cual, cuando por primera vez se ponían sus máscaras (éstas eran de carne viviente, cultivadas más que hechas), asumían un nombre huma que

fuera con su aspecto huma. Pimli sabía que creían que de alguna forma reemplazarían a los seres humanos después de la Caída. . . aunque *cómo* podían creer tal cosa estaba por completo más allá de su comprensión. Habría un cielo después de la Caída, eso era obvio para cualquiera que hubiera leído alguna vez el Apocalipsis. . . ¿pero tierra?

Alguna tierra *nueva*, tal vez, pero Pimli ni siquiera estaba seguro de eso.

Dos guardias de seguridad can-toi, Beeman y Trelawney, estaban al final del salón, resguardando la entrada de las escaleras que bajaban al sótano. Para Pimli, todos los hombres can-toi, incluso aquellos de cabello rubio y complexión delgada, se parecían locamente a ese actor de los cuarentas y cincuentas, Clark Gable. Todos parecían tener los mismos labios sensuales y orejas tontas. Entonces, cuando te acercabas mucho, podías ver las arrugas artificiales en el cuello y tras las orejas, donde sus máscaras humanas se enrollaban en colas de caballo y se metían dentro de la carne velluda y dentada que era su realidad (la aceptarían o no). Y estaban los ojos. Estaban rodeados de pelo, y si mirabas de cerca, podías ver que aquello que originalmente pensabas eran *ojeras*, de hecho eran agujeros en esas peculiares máscaras de carne viviente. A veces se podía escuchar a las máscaras mismas respirando, lo que a Pimli le parecía a la vez extraño y un poco repugnante.

"Salve," dijo Beeman.

"Salve," dijo Trelawney.

Pimli y Finli devolvieron el saludo, todos se llevaron un puño a las frentes, y entonces Pimli bajó de primero por las escaleras. En el corredor inferior, después del letrero que decía TODOS DEBEMOS TRABAJAR JUNTOS PARA CREAR UN AMBIENTE LIBRE DE INCENDIOS y el otra que decía TODOS SALVE A LOS CAN-TOI, Finli dijo, muy por lo bajo: "Son *tan* extraños."

Pimli sonrió y le dio una palmada en la espalda. Por esto era por lo que genuinamente le agradaba Finli de Tego. Como Tal y Pascual, pensaban igual.

SEIS

La mayor parte del sótano de Casa Damli era un amplio cuarto lleno de equipos. No todas las cosas funcionaban, y no conocían ningún uso para algunos de los instrumentos que aún lo hacían (habían muchos que ni siquiera entendían), pero les resultaba muy familiar el equipo de vigilancia y la telemetría que medía las *oscuridades*: las unidades de energía psíquica gastada. Los Disgregadores tenían expresamente prohibido usar sus habilidades psíquicas fuera de El Estudio, y no todos ellos podían de cualquier forma. Muchos eran como los hombres y mujeres a los que habían enseñado tan severamente a ir al baño que eran incapaces de orinar sin los estímulos visuales que les aseguraban que sí, estaban en el baño, y sí, era correcto dejarse ir. Otros, como los niños que todavía no han aprendido del todo a ir al baño, eran incapaces de evitar ocasionales estallidos psíquicos. Esto podía remontarse a nada más que darle a alguien que no les agradara un dolor de cabeza temporal o hacerlos estrellarse contra una silla en el Comercio, pero los hombres de Pimli mantenían un registro cuidadoso, y los estallidos que se estimaba eran "a propósito" eran castigados, las primeras ofensas levemente, las ofensas repetitivas con una severidad que aumentaba rápidamente. Y, como a Pimli le gustaba sermonear a los recién llegados (en la época en que aún *habían* recién llegados), "Estén seguros de que su pecado los descubrirá." Las escrituras de Finli eran aún más simples: *La telemetría no miente*.

Hoy no habían encontrado nada más que pequeñas fluctuaciones temporales en las lecturas de telemetría. Era tan insignificante como lo sería una grabación en audio de los pedos y eructos de un grupo. Las videocintas y los diarios de los guardias tampoco mostraban nada de interés.

"¿Satisfecho, sai?" preguntó Finli, y algo en su voz hizo que Pimli se diera la vuelta y lo mirara agudamente.

"¿Lo estás *tú*?"

Finli de Tego suspiró. En ocasiones como ésta Pimli deseaba que Finli fuera huma o que él mismo fuera realmente taheen. El problema eran los negros ojos inexpresivos de Finli. Casi

eran los ojos de botón de un muñeco Raggedy Andy, y simplemente no había forma de leerlos. A menos, tal vez, que fueras otro taheen.

"No me he sentido bien por semanas," dijo Finli por fin. "Bebo demasiado graf para conciliar el sueño, luego me obligo a andar por ahí durante el día, quitando cabezas. Parte de ello es la pérdida de las comunicaciones desde que el último Haz se—"

"Sabes que eso era inevitable—"

"Sí, por supuesto que lo sé. Lo que digo es que intento encontrar razones racionales para explicar los sentimientos irracionales, y eso nunca es buena señal."

En la pared más alejada había un cuadro de las Cataratas del Niágara. Algún guardia can-toi lo había puesto de cabeza. Los hombres bajos pensaban que poner las pinturas de cabeza era absolutamente lo más gracioso. Pimli no tenía idea de por qué. Pero al final, ¿a quién le importaba una mierda? *Sé cómo hacer mi trabajo*, pensó, colocando a las Cataratas del Niágara en su posición correcta. *Sé cómo hacerlo, y nada más importa, le digo a Dios y al Hombre Jesús gracias.*

"Siempre supimos que las cosas se iban a volver locas al final," dijo Finli, "por eso me digo que eso es todo lo que es esto. Este. . . ya sabes. . ."

"Este sentimiento que tienes," el que fuera Paul Prentiss completó. Entonces sonrió y puso su dedo índice de la mano derecha sobre un círculo hecho por su pulgar e índice izquierdos. Esto era un gesto taheen que significaba *Te digo la verdad*. "Esta sensación *irracional*."

"Sí. Ciertamente sé que el León Sangrante no ha reaparecido en el norte, ni creo que el sol se esté enfriando desde adentro. He escuchado cuentos de la locura del Rey Rojo y de que el Dan-Tete ha venido a tomar su lugar, y todo lo que puedo decir es 'Lo creeré cuando lo vea.' Lo mismo pasa con estas maravillosas noticias sobre cómo ha venido del oeste un pistolero a salvar la Torre, como predican las viejas historias y canciones. Una mierda de mentira, cada parte."

Pimli le dio una palmada en el hombro. "¡Le hace bien a mi corazón oírte decir eso!"

Así era, también. Finli de Tego había hecho un gran trabajo durante su tiempo como Director. Su equipo de seguridad había tenido que matar media docena de Disgregadores con los años—todos ellos tontos que extrañaban su casa e intentaban escapar—y otro par había sido lobotomizado, pero Ted Brautigan era el único que realmente lo había logrado "bajo la cerca" (esta frase la había sacado Pimli de una película llamada *Stalag 17*), y lo habían traído de vuelta, por Dios. Los can-toi se dieron el crédito, y el Jefe de Seguridad los dejaba, pero Pimli sabía la verdad: fue Finli quien había orquestado cada movimiento, de principio a fin.

"Pero podrían ser más que nervios, esta sensación que tengo," siguió Finli. "Creo que a veces la gente tiene intuiciones de buena fe." Rió. "¿Cómo podría uno no creerlo, en un lugar tan lleno de precognitivos y postcognitivos como éste?"

"Pero ningún teletransportador," dijo Pimli. "¿Correcto?"

La teletransportación era el llamado talento salvaje al cual todo el personal de la Devar temía, y por buenas razones. No había límite al tipo de caos que un teletransportador podía generar. Por ejemplo, traer unos cuatro acres de espacio exterior y crear un huracán inducido por el vacío. Afortunadamente había una prueba simple para aislar ese talento particular (fácil de administrar, aunque el equipo necesario era otro resto de la gente antigua y ninguno de ellos sabía cuánto seguiría funcionando) y un procedimiento simple (también dejado por los antiguos) para eliminar tales circuitos orgánicos peligrosos. El Dr. Gangli era capaz de hacerse cargo de los teletransportadores potenciales en menos de dos minutos. "Tan simple que hace que una vasectomía parezca una cirugía cerebral," había dicho una vez.

"Absolutamente ningún jodido teletransportador," era lo que decía ahora Finli, y condujo a una consola de instrumentos que se veían extrañamente como la visualización de Susannah Dean de su Dogan. Señaló a dos pantallas con las marcas de los antiguos (marcas similares a las de la Puerta No Hallada). La aguja en cada pantalla yacía horizontal contra la marca de **0** a la izquierda. Cuando Finli les dio unos golpecitos con sus pulgares peludos, saltaron un poco y volvieron a caer.

"No sabemos realmente qué pretendían medir estos marcadores exactamente," dijo, "pero algo que *sí* miden es el potencial de teletransportación. Hemos tenido Disgregadores que han

intentado ocultar el talento y no ha funcionado. Si hubiera un teletransportador en la leña, Pimli de Nueva Jersey, estas agujas estarían moviéndose hasta cincuenta o incluso ochenta."

"Entonces," medio sonriendo, medio serio, Pimli empezó a contar con los dedos. "Ningún teletransportador, ningún León Sangrante atacando desde el norte, ningún hombre pistolero. Oh, y los Capas Verdes sucumbieron a un virus de computadora. Si esto es todo, ¿qué hay bajo tu piel? ¿Qué se siente raro-raro?"

"El final que se acerca, supongo." Finli suspiró con fuerza. "Voy a redoblar la guardia en las torres de vigilancia esta noche, todas las filas, y humas a lo largo de la cerca, también."

"Porque se siente raro-raro," dijo Pimli, sonriendo un poco.

"Raro-raro, sí." Finli no sonrió; sus afilados dientecitos permanecieron ocultos dentro de su lustroso hocico marrón.

Pimli le dio una palmada en el hombro. "Vamos, vayamos a El Estudio. Tal vez ver todos esos Disgregadores trabajando te calmará."

"Tal vez así será," dijo Finli, pero aún no sonreía.

Pimli dijo suavemente, "Todo está bien, Fin."

"Supongo," dijo el taheen, que miró dudoso en medio del equipo, y luego hacia Beeman y Trelawney, los dos hombres bajos, que respetuosamente esperaban en la puerta a que los dos peces gordos terminaran su palabra. "Supongo que sí." Sólo que en su corazón no lo creía. Lo único de lo que estaba seguro su corazón creía era que no quedaban teletransportadores en Algul Siento.

La telemetría no mentía.

SIETE

Beeman y Trelawney los miraron todo el tiempo mientras recorrían el corredor forrado en cedro del sótano para llegar al ascensor del personal, que también estaba cubierto de cedro. Había un extintor en la pared del interior del ascensor y otro letrero que le recordaba a la gente de la Devar que tenían que trabajar para crear un ambiente libre de incendios.

Éste letrero también estaba de cabeza.

Los ojos de Pimli se encontraron con los de Finli. El Amo creía que veía diversión en la mirada de su Jefe de Seguridad, pero desde luego lo que veía podía no ser más que su propio sentido de humor, reflejado como un rostro en un espejo. Finli sacó el letrero sin decir una palabra y lo puso en su posición correcta. Ninguno de ellos comentó sobre la maquinaria del ascensor, que era ruidosa y sonaba a dañada. Tampoco sobre la forma en que el ascensor se tambaleaba en su lugar. Si se quedara quieto, escapar por la escotilla superior no sería problema, ni siquiera para alguien con un ligero sobrepeso (bueno. . . bastante sobrepeso) como Prentiss. Difícilmente podía la Casa Damli ser un rascacielos, y había mucha ayuda a la mano.

Llegaron al tercer piso, donde el letrero sobre la puerta cerrada del ascensor estaba puesto correctamente. Decía **SÓLO PERSONAL y POR FAVOR USE LA LLAVE y BAJE INMEDIATAMENTE SI HA LLEGADO POR ERROR A ESTE NIVEL. NO SERÁ PENALIZADO SI SE REPORTA DE INMEDIATO.**

Mientras Finli sacaba su tarjeta-llave, dijo con un tono de casualidad que podía ser fingido (*malditos* sean sus ojos negros ilegibles): "¿Has oído de sai Sayre?"

"No," dijo Pimli (más bien molesto), "ni espero realmente saber de él. Estamos aislados aquí por una razón, olvidados deliberadamente en el desierto como los científicos del Proyecto Manhattan en los cuarentas. La última vez que le vi, me dijo que podría ser. . . bueno, la última vez que lo viera."

"Relájate," dijo Finli. "Sólo preguntaba." Deslizó la tarjeta-llave por su ranura y la puerta del ascensor se abrió con un sonido más como un *chillido* infernal.

OCHO

El Estudio era un cuarto grande y alto en el centro de Casa Damli, también cubierto de cedro y que ascendía tres pisos hasta un techo de vidrio que permitía que la luz solar ganada con dificultad del Algul entrara. En el balcón opuesto a la puerta a través de la cual Prentiss y el de Tego entraron había un extraño trío consistente en un taheen con cabeza de cuervo llamado Jakli, un técnico can-toi llamado Conroi y dos guardias humas cuyos nombres no pudo recordar Pimli de inmediato. Taheen, can-toi y humas se reunían durante las horas de trabajo en virtud de la cuidadosa—y a veces frágil—cortesía, pero no se esperaba verlos socializando cuando no estaban de turno. Y de hecho el balcón estaba estrictamente prohibido en lo que tenía que ver con “socializar.” Los Disgregadores abajo no eran animales en un zoológico ni peces exóticos en un acuario; Pimli (y Finli de Tego también) le había dicho esto al personal una y otra vez. El Amo de Algul Siento sólo había tenido que lobotomizar a un miembro del personal en todos sus años allí, un guardia huma perfectamente idiota llamado David Burke, quien de hecho le había estado lanzando algo—¿no eran cáscaras de cacahuete?—a los Disgregadores abajo. Cuando Burke se había dado cuenta de que el Amo era muy serio en lo de lobotomizarlo, suplicó por una segunda oportunidad, prometiendo que jamás volvería a hacer algo tan estúpido y degradante. Pimli se había hecho el sordo. Había encontrado una oportunidad de dar un ejemplo que duraría por años, tal vez por décadas y la aprovechó. Se podía ver al ahora realmente idiota Sr. Burke hasta estos días, caminando por el Comercio o en Left’rds Bound’ry con la boca abierta y los ojos vagamente confundidos—Casi sé *quién soy*, casi recuerdo lo que hice para terminar así, decían esos ojos. Era un ejemplo viviente de lo que simplemente no debía hacerse cuando uno estaba en presencia de Disgregadores trabajando. Pero no había ninguna regla que prohibiera expresamente que el personal fuera allí y todos lo hacían de vez en cuando.

Porque era refrescante.

En primer lugar, estar cerca a Disgregadores trabajando hacía que hablar fuera innecesario. Lo que llamaban “buena mente” te pateaba mientras caminabas por el salón del tercer piso a cualquier lado, de cualquier elevador, y cuando abrías las puertas que daban al balcón la buena mente florecía en tu cabeza, abriendo toda clase de puertas perceptuales. *Aldous Huxley*, había pensado Pimli en más de una ocasión, *se habría vuelto loco en este sitio*. A veces uno se encontraba con que sus talones abandonaban el suelo en una clase de medio levitación. Las cosas en el bolsillo tendían a salirse y colgar en el aire. Situaciones anteriormente complejas parecían resolverse solas en el momento en que ponías en ellas tus pensamientos. Si se te había olvidado algo, tu cita de las cinco o el segundo nombre de tu cuñado, por ejemplo, éste era el lugar en que se podía recordar. E incluso si te dabas cuenta de que lo que habías olvidado era importante, nunca te ponías molesto. La gente dejaba el balcón con sonrisas en sus rostros incluso si habían venido con el peor de los humores (un pésimo humor era una razón excelente para visitar el balcón, para empezar). Era como si una suerte de gas de la felicidad, invisible al ojo e imposible de medir incluso por la telemetría más sofisticada, siempre surgía de los Disgregadores abajo.

Los dos saludaron al trío por el camino, luego se acercaron a la amplia baranda de cedro y miraron hacia abajo. El cuarto de abajo podría haber sido la amplia biblioteca de algún ricamente dotado club de caballeros en Londres. Lámparas que relucían suavemente, muchas con genuinos cobertores Tiffany, se alzaban en pequeñas mesas o brillaban en las paredes (desde luego cubiertas de cedro). Los tapetes eran Persas de la más exquisita calidad. Había un cuadro de Matisse en una pared, un Rembrandt en otra. . . y en una tercera estaba la *Monalisa*. La real, en oposición a la falsa que colgaba en el Louvre en la Tierra Clave. Un hombre estaba frente a él con las manos en la espalda. Desde arriba se veía como si estudiara la pintura—intentando descifrar, acaso, la famosamente enigmática sonrisa—pero Pimli sabía más. Los hombres y mujeres que sostenían revistas también se veían como si leyeran, pero si se estuviera abajo se vería que miraban vaciamente por sobre sus *McCall* y sus *Harper* o un poco hacia el lado. Una niña de once o doce años en un hermoso vestido veraniego a rayas que podría costar dieciséis mil dólares en una boutique de niños de Rodeo Drive, se sentaba frente

a una casa de muñecas junto a la chimenea, pero Pimli sabía que no le prestaba la menor atención a la réplica exquisitamente hecha de Damli en lo absoluto.

Treinta y tres de ellos allá abajo. Treinta y tres en total. A las ocho en punto, una hora después que se apagara el sol artificial, treinta y tres Disgregadores frescos entrarían. Y había un tipo—uno y sólo uno—que entraba y salía como le placía. Un tipo que había pasado bajo la cerca y que no recibió castigo por ello en lo absoluto... es decir, excepto por ser devuelto, y para este hombre era un castigo suficiente.

Como si el pensamiento lo hubiera invocado, la puerta al final del cuarto se abrió, y Ted Brautigan se deslizó suavemente al interior. Aún llevaba su gorra de mezcilla de montar en bicicleta. Daneeka Rostov alzó la mirada de la casa de muñecas y le sonrió. Brautigan le guiñó el ojo en respuesta. Pimli le dio a Finli un pequeño codazo.

Finli: (*lo veo*)

Pero era más que ver. Lo *sentían*. En el momento en que Brautigan entró al cuarto, aquellos en el balcón—y, mucho más importante, aquellos en el piso—sintieron que el nivel de energía aumentaba. Aún no estaban del todo seguros sobre qué habían encontrado en Brautigan, y el equipo de evaluación no ayudaba a ese respecto (el viejo perro había dañado varias piezas del equipo a propósito, estaba bien seguro el Amo). Si habían otros como él, los hombres bajos no habían encontrado a ninguno en sus cacerías de talentos (ahora suspendidas; tenían todo el talento que necesitaban para terminar el trabajo). Una cosa que *sí* parecía clara era el talento de Brautigan como facilitador, un psíquico que era poderoso no sólo por sí mismo sino que era capaz de aumentar las habilidades de otros sólo estando cerca de ellos. Los pensamientos de Finli, por lo general ilegibles incluso a los Disgregadores, ahora ardían en la mente de Pimli como neón.

Finli: (*Es extraordinario*)

Pimli: (*Y, por lo que sabemos, único Has visto la cosa*)

Imagen: Ojos que se expanden y se encogen, creciendo y estrechándose.

Finli: (*Sí Sabes qué lo causa*)

Pimli: (*Para nada Ni me importa querido Finli ni me importa Ese viejo*)

Imagen: Un viejo perro mestizo con cardos en su pelo enredado, cojeando en tres piernas.

(*casi ha terminado su trabajo casi es tiempo de*)

Imagen: Una pistola, una de las Berettas de los guardias humas, contra el costado de la vieja cabeza del perro.

Tres pisos abajo de ellos, el tema de su conversación tomó un periódico (los diarios eran todos viejos, ahora, viejos como Brautigan mismo, atrasados por años), se sentó en una silla de cuero tan voluminosa que casi parecía que se lo tragara, y aparentó leer.

Pimli sentía que la fuerza psíquica aumentaba a través de ellos, hacia la luz del cielo y a través de eso, también, subiendo hasta el Haz que pasaba directamente por encima de Algul, trabajando contra él, astillando, erosionando y frotando implacablemente contra la fibra. Haciendo agujeros en la magia. Trabajando pacientemente para sacarle los ojos al Oso. Para agrietar el caparazón de la Tortuga. Para disgregar el Haz que iba de Shardik a Maturin. Para derribar la Torre que se erigía en el medio.

Pimli se volvió para ver a su compañero y no se sorprendió de darse cuenta que ahora podía ver los dienteitos afilados en la cabeza de comadreja del Tego. ¡Sonriendo por fin! Tampoco le sorprendía darse cuenta que podía leer los ojos negros. Los taheen, bajo circunstancias ordinarias, podían enviar y recibir algunas comunicaciones mentales muy simples, pero no ser perforados. Aquí sin embargo, todo eso cambiaba. Aquí—

—Aquí Finli de Tego estaba en paz. Sus preocupaciones

(*raro-raro*)

desaparecían. Al menos por el momento.

Pimli le envió a Finli una serie de brillantes imágenes: una botella de champaña rompiéndose sobre la superficie de un barco; cientos de birretes de graduación volando en el aire; una bandera plantada en el Monte Everest; una pareja riendo que sale de una iglesia con las cabezas inclinadas contra una tormenta de arroz; un planeta—la tierra—de repente refulgiendo con un brillo fiero.

Imágenes que decían todas la misma cosa.

“Sí,” dijo Finli, y Pimli se preguntó cómo pudo pensar alguna vez que esos ojos eran difíciles de leer. “Sí, de hecho. Éxito al final del día.”

Ninguno de ellos bajó la mirada en ese momento. De haberlo hecho, habrían visto a Ted Brautigan—un viejo perro, sí, y cansado, pero tal vez no *tan* cansado como algunos pensaban—mirándolos a ellos.

Con un asomo de sonrisa propia.

NUEVE

Nunca había llovido aquí, al menos no durante los años de Pimli, pero a veces, en la estigia oscuridad de sus noches, habían grandes embates de truenos secos. La mayoría del personal de la Devar-Toi se había entrenado a sí mismo para dormir en medio de estas fusiladas, pero Pimli a menudo se despertaba, con el corazón latiéndole en la garganta, el Padre Nuestro atravesándole la mente casi del todo inconsciente como un círculo de un listón rojo que da vueltas.

Antes, ese día, hablándole a Finli, el Amo de Algul Siento había usado la frase *raro-raro* con una sonrisa consciente, y ¿por qué no? Era una frase de niños, casi como *rueda-rueda* o *ini-mini-mani-mo*.

Ahora, yaciendo en su cama en la Casa Shapleigh (conocida por los Disgregadores como Casa Mierda), lejos de Damli la distancia de todo un Comercio, Pimli recordó la sensación—la plana *certeza*—de que todo iba a estar bien; éxito asegurado, sólo cuestión de tiempo. En el balcón Finli la había compartido, pero Pimli se preguntaba si su Jefe de Seguridad estaba ahora despierto como él mismo, y pensando en lo fácil que era desorientarse cuando se estaba al lado de Disgregadores trabajando. Porque, sabes, enviaban ese gas de la felicidad. Esa vibra de buena mente.

Y supongan. . . sólo supongan, ahora. . . ¿que alguien estuviera *canalizando* esa sensación? ¿Enviándola hacia ellos como una canción de cuna? *Duérmete, Pimli, duérmete, Finli, duérmense todos ustedes buenos niños.* . .

Idea ridícula, totalmente paranoica. Sin embargo, cuando otro doble estallido de truenos sonó proveniente de lo que aún podía ser el sudeste—de la dirección de Fedic y la Discordia, de cualquier forma—Pimli Prentiss se sentó y encendió la lámpara de su mesa de noche.

Finli había hablado de redoblar la guardia esta noche, tanto en las torres de vigilancia como en las cercas. Tal vez mañana podrían triplicarla. Sólo para estar en el lado seguro. Y porque la complacencia tan cerca al fin sería algo muy malo, realmente.

Pimli salió de la cama, un hombre alto con una gran barriga velluda, vistiendo ahora pantalones azules de pijama y nada más. Orinó, luego se arrodilló frente a la tapa puesta del inodoro, dobló sus manos y oró hasta que se sintió con sueño. Rezó para poder hacer su deber. Pidió ver los problemas antes que estos lo vieran primero. Oró por su Ma, como Jim Jones había orado por la suya al ver la fila que se movía hacia la bañera de refresco envenenado. Oró hasta que el trueno había quedado reducido a poco más que un murmullo senil, luego volvió a la cama, en calma de nuevo. Su último pensamiento antes de dormirse fue que triplicar la guardia sería lo primero en hacer por la mañana, y en eso fue en lo primero que pensó cuando despertó en un cuarto bañado por la luz solar artificial. Porque se tenían que cuidar los huevos cuando se estaba a punto de llegar a casa.



Capítulo VII: Ka-Shume

UNO

Una sensación a la vez triste y extraña se generó entre los pistoleros después de que Brautigan y sus amigos se fueron, pero al principio ninguno habló de ello. Cada uno de ellos pensaba que la melancolía era sólo suya. Rolando, de quien podría esperarse que conociera ese sentimiento por lo que era (ka-shume, lo había llamado Cort), se lo achantó en cambio a las preocupaciones por el día siguiente e incluso más a la atmósfera debilitante de Thunderclap, donde el día era opaco y la noche tan oscura como la ceguera.

Ciertamente había suficiente para mantenerlos ocupados después de la partida de Brautigan, Earnshaw y Sheemie Ruiz, ese amigo de la infancia de Rolando. (Tanto Susannah como Eddie habían intentado hablarle al pistolero sobre Sheemie, y Rolando los había alejado. Jake, fuerte en el tacto, ni siquiera había intentado. Rolando no estaba listo para hablar de nuevo de esos días, al menos no todavía.) Había un camino que descendía por el flanco de Steek-Tete, y encontraron la cueva de la que les había hablado el viejo tras un astuto camuflaje de rocas y arbustos desérticos. Esta cueva era mucho más grande que la que se encontraba arriba, y en ella colgaban linternas de gas en puntas que habían sido clavadas en las paredes de roca. Jake y Eddie encendieron dos de éstas a cada lado, y los cuatro examinaron en silencio los contenidos de la cueva.

Lo primero que notó Rolando fueron las bolsas de dormir: cuatro alineadas contra la pared izquierda, cada una colocada consideradamente sobre un colchón de aire inflado. Las etiquetas sobre los sacos decían PROPIEDAD DEL EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS. Junto al último de estos, un quinto colchón de aire había sido cubierto con una capa de toallas de baño. *Esperaban cuatro personas y un animal*, pensó el pistolero. *¿Precognición, o nos han estado vigilando de alguna forma? ¿E importa?*

Había un objeto forrado en plástico sobre un barril con la marca **¡PELIGRO! ¡MUNICIONES!** Eddie quitó el plástico protector y descubrió una máquina con dos caseteras en ella. Una de éstas estaba cargada. Rolando no pudo entender la única palabra frente a la máquina parlante y le preguntó a Susannah qué era.

"Wollensak," dijo. "Una compañía alemana. En lo que tiene que ver con estas cosas, hacen las mejores."

"Ya no, abejita," dijo Eddie. "En mi cuándo nos gusta decir '¡Sony! ¡Lo demás no es nada!' Ellos tienen una casetera que te puedes poner en el cinturón. Se llama un Walkman. Apuesto a que este dinosaurio pesa diez kilos. Más con las baterías."

Susannah examinaba las cajas de casetes no marcados que habían estado apiladas junto a la Wollensak. Habían tres. "No puedo esperar a escuchar lo que hay en estos," dijo.

"Después que se acabe la luz del día, tal vez," dijo Rolando. "Por ahora, veamos qué más tenemos aquí."

"¿Rolando?" preguntó Jake.

El pistolero se volvió hacia él. Había algo en el rostro del muchacho que casi siempre suavizaba el de Rolando. Mirar a Jake no hacía que el pistolero se viera apuesto, pero parecía darle a sus rasgos una cualidad que no tenían ordinariamente. Susannah pensaba que así se veía el amor. Y, tal vez, alguna leve esperanza para el futuro.

"¿Qué pasa, Jake?"

"Sé que vamos a pelear—"

"Únanse con nosotros la próxima semana para *Regreso al Corral O.K.*, protagonizada por Van Heflin y Lee Van Cleef," murmuró Eddie, caminando hacia el fondo de la cueva. Un objeto mucho mayor había sido cubierto allí con lo que parecía un cobertor con ruedas acolchado.

"—pero ¿cuándo?" continuó Jake. "¿Será mañana?"

"Tal vez," replicó Rolando. "Creo que pasado mañana es más probable."

"Tengo una terrible sensación," dijo Jake. "No es miedo, exactamente—"

"¿Piensas que nos van a ganar, amor?" preguntó Susannah. Puso una mano sobre el cuello de Jake y lo miró a la cara. Había llegado a respetar sus sensaciones. A veces se preguntaba cuánto de lo que ahora era tenía que ver con la criatura que había tenido que enfrentar para llegar aquí: la cosa en la casa en Dutch Hill. Ningún robot allí, ningún viejo juguete mecánico oxidado. El guardián de la puerta había sido un genuino sobreviviente del *Prim*. "¿Hueles una tormenta en el viento? ¿Es eso?"

"No lo creo," dijo Jake. "No sé lo que es. Sólo he sentido algo así una vez, y eso fue justo antes de. . ."

"¿Justo antes de qué?" preguntó Susannah, pero antes de Jake pudiera responder, Eddie interrumpió. Rolando se alegró. *Justo antes de que cayera*. Así es como Jake iba a terminar. *Justo antes de que Rolando me dejara caer*.

"¡Mierda! ¡Vengan chicos! ¡Tienen que ver esto!"

Eddie había quitado el cobertor y mostraba un vehículo motorizado que podía parecer un cruce entre un ATV, esas motocicletas de tres ruedas, y un triciclo gigante. Las llantas eran amplios balones con profundos surcos en zigzag. Los controles estaban todos en los manubrios. Y había una carta de baraja reclinada sobre el rudimentario tablero. Rolando sabía lo que era antes siquiera de que Eddie la tomara con dos dedos y le diera la vuelta. La carta mostraba una mujer con un chal en la cabeza en una rueda giratoria. Era la Dama de las Sombras.

"Parece que nuestro amigo Ted te dejó un vehículo, abejita," dijo Eddie.

Susannah se había apresurado con su rápido arrastre. Ahora levantaba los brazos. "¡Álzame! ¡Álzame, Eddie!"

Así lo hizo Eddie, y cuando ella estuvo sentada, tomando los manubrios en vez de las agarraderas de una silla de ruedas, el vehículo parecía hecho para ella. Susannah presionó un botón rojo y el motor empezó a ronronear, tan bajo que apenas se podía oír. Electricidad, no gasolina, estaba seguro Eddie. Como un carro de golf, pero probablemente mucho más rápido.

Susannah se dio la vuelta para verlos, sonriendo radiantemente. Le dio una palmadita al compartimiento café oscuro del motor del vehículo de tres ruedas. "¡llámenme Señorita Centauro! He estado buscando esto toda la vida y ni siquiera lo sabía."

Ninguno de ellos notó la expresión abatida en el rostro de Rolando. Se agachó para alzar la carta que Eddie había arrojado de forma que nadie lo notara.

Sí, era ella, correcto—la Dama de las Sombras. Bajo su chal parecía sonreír fingidamente y sollozar, al mismo tiempo. La última ocasión que había visto esa carta, había sido en la mano de un hombre que a veces llevaba el nombre de Walter y a veces el de Flagg.

No tienes idea de lo cerca que estás ahora a la Torre, había dicho. *Los mundos giran alrededor de tu cabeza*.

Y ahora reconocía la sensación que había nacido entre ellos como lo que realmente era: no preocupación ni fatiga sino ka-shume. No había una traducción real para ese término cargado de amargura, pero significaba sentir un rompimiento inminente en el ka-tet.

Walter de la Penumbra, su viejo némesis, estaba muerto. Rolando lo había sabido tan pronto como vio el rostro de la Dama de las Sombras. Pronto uno de los suyos moriría también, probablemente en la batalla que venía para romper el poder de la Devar-Toi. Y una

vez más los platos de la balanza que temporalmente se habían movido a su favor se equilibrarían.

Nunca se le pasó por la cabeza, ni una vez, que el que moriría podría ser él.

DOS

Habían tres marcas comerciales en lo que de inmediato Eddie bautizó "El Triciclo Viajero de Suzie." Una era Honda; otra era Takuro (como en esa ampliamente popular importación pre-super gripe, la Takuro Spirit); la tercera era North Central Positronics. Y una cuarta también: EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS, como en PROPIEDAD DE.

Susannah no quería bajarse, pero finalmente lo hizo. Sabía Dios que había mucho más que ver; la cueva estaba llena de tesoros. Su interior que se estrechaba estaba lleno de suministros de comida (principalmente cosas congeladas o secas que probablemente no sabrían tan bien como el estofado de Nigel pero al menos los alimentarían), agua embotellada, bebidas en lata (mucha Coca Cola y Nozz-A-La pero nada alcohólico), y la prometida estufa de propano. También había canastas llenas de armas. Algunas estaban marcadas como EJÉRCITO DE LOS EE.UU., pero de ninguna manera todas.

Ahora surgieron sus habilidades más básicas: la tendencia verdadera, podría haberlo llamado Cort. Aquellos talentos e intuiciones que podían haberse quedado dormidos por la mayor parte de sus vidas, sólo molestando lo suficiente para hacerlos meter en ocasionales problemas, si Rolando no los hubiera despertado deliberadamente. . . los hubiera mimado. . . y luego afilado sus dientes hasta convertirlos en filos mortales.

Apenas si se pronunció una palabra entre ellos cuando Rolando sacó de su bolso una herramienta como palanca y levantó las tapas de las cajas. Susannah se había olvidado del Triciclo Viajero que había estado esperando toda su vida; Eddie olvidó hacer chistes; Rolando olvidó su sensación de presagio. Quedaron absorbidos en el armamento que les habían dejado, y no había una sola cosa que no entendieran o bien de inmediato o tras un poco de estudio.

Había una caja de fusiles AR-15, con los cañones engrasados, y los mecanismos de disparo oliendo a aceite de banana. Eddie notó los interruptores de selección que les habían agregado, y miró la caja al lado de la de los AR-15. Al interior, cubiertos en plástico y engrasados, habían tambores metálicos. Se parecían a las ametralladoras en las películas épicas de mafia como *White Heat*, sólo que éstas eran más grandes. Eddie levantó uno de los fusiles, le dio la vuelta, y encontró exactamente lo que esperaba. Un pasador de conversión que permitía que estos tambores se pegaran a las armas, convirtiéndolas en ametralladoras de fuego rápido. ¿Cuántos disparos por tambor? ¿Cien? ¿Ciento veinticinco? Suficientes para derribar toda una compañía de hombres, eso era seguro.

Había una caja llena con lo que parecían carcasas de cohetes con las letras STS sobre cada una. En una pila a su lado, inclinados contra la pared de la cueva, había media docena de lanzadores manuales. Rolando señaló hacia el símbolo de átomo sobre ellas y sacudió la cabeza. No quería que dispararan armas que liberaran radiación potencialmente letal sin importar lo poderosas que pudieran ser. Quería matar a los Disgregadores si eso era lo que se necesitaba para detener su intromisión con el Haz, pero sólo como último recurso.

Sobre una bandeja metálica llena de máscaras anti-gas (a Jake le parecían espantosas, como las cabezas cercenadas de insectos extraños) habían dos cajas de armas de mano: pistolas de nariz chata con la palabra COYOTE grabada en las culatas y pesadas automáticas llamadas *Cobra Stars*. Jake se sentía atraído por las dos armas (a decir verdad su corazón se sentía atraído por *todas* las armas), pero tomó una de las Stars porque se parecía un poco a la

pistola que había perdido. El proveedor se colocaba por la culata y tenía quince o dieciséis balas. No era cuestión de contar, sino sólo de *mirar y saber*.

“Oigan,” dijo Susannah. Regresaba hacia la entrada de la cueva. “Vengan a ver esto. Sneetches.”

“Revisa la tapa de la caja,” dijo Jake cuando se le unió. Susannah la había puesto a un lado; Jake la alzó y la estudiaba con admiración. Mostraba el rostro de un chicho sonriente con una cicatriz en forma de rayo en la frente. Tenía gafas redondas y lo que parecía la vara de un mago apuntada hacia una sneetch flotante. Las palabras escritas debajo decían:

PROPIEDAD DEL ESCUADRÓN 449
24 “SNEETCHES”

MODELO HARRY POTTER

SERIAL #465-17-CC NDJKR

“No Jodas con la 449!”
¡Te Sacaremos el “Slytherin” a Patadas!

Habían dos docenas de sneetches en la caja, empacadas como huevos en nidos pequeños de rodajas de plástico. Ninguno de la banda de Rolando había tenido la oportunidad de estudiar algunas vivas de cerca durante la batalla con los Lobos, pero ahora tenían bastante tiempo durante el cual podían dejarse llevar por sus más naturales intereses y curiosidades. Cada uno tomó una sneetch. Eran más o menos del tamaño de pelotas de tenis, pero mucho más pesadas. Sus superficies habían sido grabadas como con una malla, lo que las hacía parecer globos terráqueos con sus líneas de latitud y longitud. Aunque parecían de acero, las superficies tenían una cualidad de leve suavidad, como de goma muy dura.

Había un plato de identificación sobre cada sneetch y un botón a su lado. “Eso la despierta,” murmuró Eddie, y Jake asintió. También había una pequeña área más baja en la superficie curvada, el tamaño preciso para un dedo. Jake lo presionó sin la menor preocupación de que la cosa explotara o expulsara una mini-sierra que le cercenara los dedos. Se usaba el botón en el fondo de la depresión para tener acceso a la programación. No sabía cómo lo sabía, pero de seguro así era.

Una sección curvada de la superficie de la sneetch se movió hacia un lado con un leve sonido. En su interior habían cuatro bombillos pequeños, tres de ellos apagados y uno de color ámbar prendiéndose y apagándose lentamente. Habían siete ventanas que indicaban ahora **O OO OO OO**. Debajo de cada una había un botón tan pequeño que se necesitaría algo como la punta de un clip metálico estirado para presionarlo. “El tamaño del ano de un insecto,” como gruñó después Eddie, al intentar programar una. A la derecha de las ventanas habían otros dos botones, estos marcados **P** y **E**.

Jake se lo mostró a Rolando. “Este es PREPARAR y el otro es ESPERAR. ¿Eso crees? Yo sí.”

Rolando asintió. Nunca había visto un arma así antes—no de cerca, de cualquier forma—pero, junto a las ventanas, pensaba que el uso de los botones era obvio. Y pensaba que las sneetches podían ser útiles en una forma en la cual no podían serlo los cañones para disparar desde la distancia con sus carcasas de átomo. PREPARAR y ESPERAR.

PREPARAR. . . y ESPERAR.

“¿Nos dejaron todo esto aquí Ted y sus dos amigos?” preguntó Susannah.

Rolando difícilmente pensaba que importara quién lo había dejado—estaba aquí y eso era suficiente—pero asintió.

“¿Cómo? ¿Y de dónde lo sacaron?”

Rolando no lo sabía. Lo que sabía era que la cueva era un ma'sun—un fortín de guerra. Debajo de ellos, hombres le hacían la guerra a la Torre que la línea de Eld juró proteger. Él y su tet caerían sobre ellos por sorpresa, y con éstas herramientas golpearían y golpearían hasta que sus enemigos yacieran con las botas apuntando al cielo.

O hasta que las de él y su ka-tet lo hicieran.

"Tal vez lo explique en uno de los casetes que nos dejó," dijo Jake. Había puesto el seguro en su nueva automática Cobra y la había arrojado en el bolso con las Orizas restantes. Susannah también se había hecho con una de las Cobras, después de darle un par de vueltas en su dedo, como Annie Oakley.

"Tal vez," dijo ella, y le dio una sonrisa a Jake. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Susannah se había sentido tan bien físicamente. Tan *no-embarazada*. Sin embargo, su mente estaba perturbada. O tal vez era su espíritu.

Eddie sostenía un pedazo de tela que había sido enrollado como un tubo y atado con tres vueltas de cuerda. "Ese tipo Ted dijo que nos dejaba un mapa del campo de la prisión. Apuesto a que es éste. ¿Alguien además de mí quiere echarle un vistazo?"

Todos querían. Jake ayudó a Eddie a desenrollar el mapa. Brautigan les había advertido que era tosco, y en verdad lo era: realmente nada más que una serie de círculos y cuadrados. Susannah vio el nombre de la pequeña aldea—Villa Agradable—y pensó de nuevo en Ray Bradbury. A Jake le divertía la cruda rosa de los vientos, donde el mapista había puesto un signo de interrogación junto a la letra *N*.

Mientras estudiaban este ejemplar de cartografía hecho a las carreras, un largo y ondulante grito sonó en la oscuridad afuera. Eddie, Susannah y Jake miraron a los lados nerviosamente. Acho levantó la cabeza de entre sus patas, hizo un breve gruñido bajo, bajó de nuevo la cabeza y pareció dormirse: *Al demonio contigo, chico malo, estoy con mi familia y no tengo miedo*.

"¿Qué es?" preguntó Eddie. "¿Un coyote? ¿Un chacal?"

"Algún tipo de perro del desierto," concordó Rolando de manera ausente. Se sentaba en sus talones (lo que sugería que su cadera estaba mejor, al menos temporalmente) con los brazos alrededor de su barbilla. Nunca quitó los ojos de los crudos círculos y cuadrados dibujados en la tela. "Can-toi-tete."

"¿Es eso como *Dan-Tete*?" preguntó Jake.

Rolando lo ignoró. Recogió el mapa y dejó la cueva con él, sin mirar hacia atrás. Los otros compartieron una mirada y lo siguieron, envolviéndose de nuevo en sus cobijas como si fueran chales.

TRES

Rolando regresó al lugar a donde Sheemie (con un poco de ayuda de sus amigos) los había llevado. Esta vez el pistolero usó los binoculares, mirando hacia Cielo Azul por largo tiempo. En alguna parte detrás de ellos, el perro del desierto aulló de nuevo, un sonido solitario en la oscuridad.

Y, pensó Jake, la oscuridad era más oscura ahora. Los ojos se ajustaban a medida que pasaba el día, pero esa luz brillante parecía más brillante que nunca en contraste. Estaba bastante seguro de que la cosa con la máquina-sol era que o bien estaba totalmente encendida o totalmente apagada, y nada en el medio. Tal vez incluso lo dejaban prendido toda la noche, pero Jake lo dudaba. Los sistemas nerviosos de la gente estaban hechos para una progresión ordenada de oscuridad y día, eso lo había aprendido en las clases de ciencias. Se podía vivir con largos periodos de baja luz—la gente lo hacía todos los años en los países árticos—pero esto podía interferir realmente con tu cabeza. Jake no pensaba que los tipos a cargo allá abajo quisieran molestar a sus Disgregadores si lo podían evitar. Además, querían ahorrar su "sol" por todo el tiempo que pudieran; todo aquí era viejo y susceptible a dañarse.

Por fin Rolando le pasó los binoculares a Susannah. "Mira especialmente a los edificios a cada lado del rectángulo de hierba." Desdobló el mapa como un personaje a punto de leer un

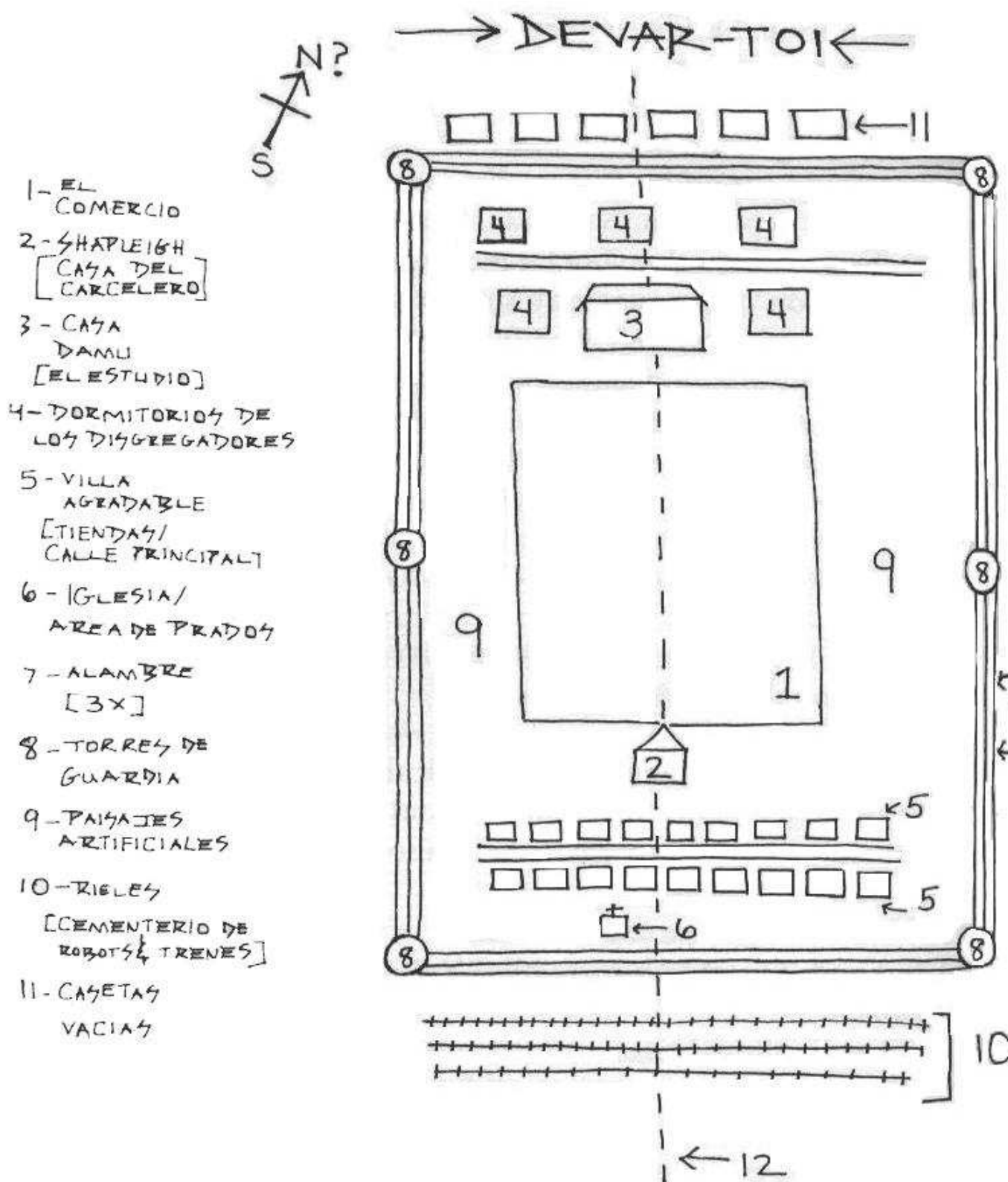
papiro en una obra de teatro, lo miró brevemente y luego dijo, "Tienen los números 2 y 3 en el mapa."

Susannah los estudió cuidadosamente. El marcado con el 2, la Casa del Carcelero, era una pequeña casa de descanso pintada de azul eléctrico con blanco puro. Era lo que su madre podría haber llamado una casa de cuento de hadas, debido a los brillantes colores y el festón de pan de jengibre bajo los alares.

La Casa Damli era mucho más grande, y al mirarla, vio que muchas personas entraban y salían. Algunos tenían la apariencia despreocupada de civiles. Otros parecían mucho más—oh, digamos vigilantes. Y vio a dos o tres sentándose bajo montones de cosas. Le pasó los binoculares a Eddie y le preguntó si eran Hijos de Roderick.

"Eso creo," dijo él, "pero no puedo estar del todo—"

"Olviden a los Rods," dijo Rolando, "no en este momento. ¿Qué piensas de esos dos edificios, Susannah?"



"Bueno," dijo, prosiguiendo cuidadosamente (de hecho, no tenía la menor idea de qué era lo que quería de ella), "están bellamente cuidados, especialmente en comparación con algunos de los desastres en ruinas que hemos visto en nuestros viajes. El que llaman Casa Damli es especialmente hermoso. Es de un estilo que llamamos Reina Ana, y—"

"¿Son de madera, crees, o sólo hechos para que lo parezcan? Me interesa particularmente el que llaman Damli."

Susannah redirigió los binoculares allí, luego se los pasó a Eddie. Él miró, luego se los pasó a Jake. Mientras Jake miraba, se oyó un sonoro *¡CLICK!* que siguió sonando detrás de ellos por millas y millas. . . y el rayo de sol Cecil B. DeMille que había estado brillando sobre la Devar-Toi como una lámpara se apagó, dejándolos en un crepúsculo púrpura oscuro que pronto sería oscuridad completa y total.

En ella, el perro desértico empezó a aullar de nuevo, poniéndole a Jake los brazos con la piel de gallina. El sonido aumentó. . . aumentó. . . y de repente se cortó con una sílaba final ahogada. Sonaba como un grito mortal de sorpresa, y Jake estuvo seguro de que el perro del desierto estaba muerto. Algo se había escabullido detrás de él, y cuando la gran luz se apagó—

Todavía se veían luces allá abajo, vio: una fila blanca doble que podían ser luces de calle en “Villa Agradable,” círculos amarillos que probablemente eran de sodio a lo largo de los varios caminos de lo que Susannah llamaba la U Disgregador. . . y focos que se movían en patrones aleatorios por la oscuridad.

No, pensó Jake, no focos. Luces de cárcel. Como en las películas de prisioneros. “Volvamos,” dijo. “No hay nada más que ver, y no me gusta este sitio en la oscuridad.”

Rolando estuvo de acuerdo. Lo siguieron en fila, Eddie cargando a Susannah y Jake caminando tras de ellos con Acho en sus talones. Seguía esperando que un segundo perro desértico respondiera el grito del primero, pero ninguno lo hizo.

CUATRO

“Eran de madera,” dijo Jake. Se sentaba con las piernas cruzadas bajo una de las linternas de gas, dejando que su luz bienvenida brillara sobre su rostro.

“Madera,” concordó Eddie.

Susannah dudó un momento, sintiendo que era una pregunta de real importancia y repasando lo que había visto. También asintió. “Madera, estoy casi segura. *Especialmente* el que llaman Casa Damli. ¿Un Reina Ana, construido de piedra o ladrillos y camuflado para que parezca madera? No tiene sentido.”

“Si engaña a cualquier vagabundo que lo quiera quemar,” dijo Rolando, “lo tiene. Tiene sentido.”

Susannah pensó en ello. Él tenía la razón, desde luego, pero—

“Aún digo que madera.”

Rolando asintió. “Yo también.” Había encontrado una botella verde grande con la marca **PERRIER**. Ahora la abrió y se aseguró de que Perrier era agua. Tomó cinco tazas y sirvió un poco en cada una. Las puso en el suelo en frente de Jake, Susannah, Eddie, Acho y de él mismo.

“¿Me llamas dinh?” le preguntó a Eddie.

“Sí, Rolando, sabes que así es.”

“¿Compartirás khef conmigo, y beberás de esta agua?”

“Sí, si quieres.” Eddie había estado sonriendo, pero no ahora. La sensación había vuelto y era fuerte. Ka-shume una triste palabra que aún no conocía.

“Bebe, siervo.”

A Eddie no le gustó exactamente que le llamaran siervo, pero bebió su agua. Rolando se arrodilló ante él y puso un breve y seco beso en los labios de Eddie. “Te amo, Eddie,” dijo y afuera en la ruina que era Thunderclap, se levantó un viento desértico, llevando con él polvo de arena venenoso.

“¿Por qué. . .? Yo también te amo,” dijo Eddie. Estaba sorprendido. “¿Qué anda mal? Y no me digas que no es nada, porque lo siento.”

“Nada anda mal,” dijo Rolando, sonriendo, pero Jake nunca había oído tan triste al pistolero. Lo aterraba. “Sólo es ka-shume, y le llega a cada ka-tet que haya existido. . . pero ahora,

mientras estamos completos, compartamos nuestra agua. Compartamos nuestro khef. Es algo alegre que hacer."

Miró a Susannah.

"¿Me llamas dinh?"

"Sí, Rolando, te llamo dinh." Se veía muy pálida, pero tal vez sólo era la luz blanca de las lámparas de gas.

"¿Compartirás khef conmigo, y beberás de esta agua?"

"Con gusto," dijo ella, y tomó el vaso de plástico.

"Bebe, sierva."

Ella bebió, sin apartar ni por un instante sus graves ojos oscuros de los de él. Pensó en las voces que había oído en su sueño de la celda de prisión en Oxford: éste está muerto, aquel muerto, aquel otro muerto; O Discordia y las sombras son más oscuras.

Rolando la besó en la boca. "Te amo, Susannah."

"Yo también te amo."

El pistolero fue hacia Jake. "¿Me llamas dinh?"

"Sí," dijo Jake. No había duda en su palidez; incluso sus labios eran del color de la ceniza. "Ka-shume significa muerte, ¿no es así? ¿Cuál de nosotros será?"

"No lo sé," dijo Rolando, "y aún es posible que la sombra se aleje de nosotros, pues la rueda aún está girando. ¿No sentiste ka-shume cuando tú y Callahan entraron al lugar de los vampiros?"

"Sí."

"¿Ka-shume para los dos?"

"Sí."

"Y sin embargo aquí estás. Nuestro ka-tet es fuerte, y ha sobrevivido a muchos peligros. Puede sobrevivir también a éste."

"Pero siento—"

"Sí," dijo Rolando. Su voz era amable, pero esa expresión terrible estaba en sus ojos. La expresión que estaba más allá de la simple tristeza, la que decía que sería lo que sería, pero la Torre estaba más allá, la Torre Oscura estaba más allá y era allí que habitaba, con el corazón y el alma, ka y khef. "Sí, también lo siento. Todos lo sentimos. Por lo cual bebemos agua, lo que significa comunidad, uno con el otro. ¿Compartirás khef conmigo, y compartirás esta agua?"

"Sí."

"Bebe, siervo."

Jake lo hizo. Entonces, antes que Rolando pudiera besarle, soltó el vaso, puso sus brazos detrás del cuello del pistolero, y le susurró con fiereza al oído: "Rolando, te amo."

"Yo también te amo," dijo, y lo soltó. Afuera, el viento volvió a soplar. Jake esperaba que algo aullara—tal vez triunfante—pero no fue así.

Sonriendo, Rolando se movió hacia el bilibrambo.

"Acho de Mundo Medio, ¿me llamas dinh?"

"Dinh," dijo Acho.

"¿Compartirás khef conmigo, y esta agua?"

"iKhef! iA'ua!"

"Bebe, siervo."

Acho insertó su hocico en su vaso plástico—un acto con alguna delicadeza—y lamió hasta que se acabó el agua. Luego alzó la mirada a la expectativa. Habían gotas de Perrier en sus bigotes.

"Acho, te amo," dijo Rolando, e inclinó su rostro al alcance de los afilados dientes del brambo. Acho le lamió la mejilla una sola vez, luego volvió a meter el hocico en el vaso, esperando que quedaran una o dos gotas.

Rolando estiró las manos. Jake tomó una y Susannah la otra. Pronto todos estaban unidos. *Como ebrios al final de una reunión de los A. A.*, pensó Eddie.

“Somos ka-tet,” dijo Rolando. “Somos uno de muchos. Hemos compartido nuestra agua como hemos compartido nuestras vidas y nuestra gesta. Si uno debiera caer, aquello no estará perdido, pues somos uno y nunca olvidaremos, incluso en la muerte.”

Se tomaron las manos un momento más. Rolando fue el primero en soltarse.

“¿Cuál es tu plan?” le preguntó Susannah. No le dijo *dulzura*; nunca le dijo así ni con ningún otro apelativo de nuevo, por lo que sabía Jake. “¿Nos dirás?”

Rolando asintió señalando con la cabeza la grabadora Wollensak, aún reposando sobre el barril. “Tal vez deberíamos escuchar eso primero,” dijo. “Tengo un plan no muy bueno, pero lo que Brautigan tiene que decir podría ayudar con algunos de los detalles.”

CINCO

La noche en Thunderclap es la definición misma de la oscuridad: no hay luna, no hay estrellas. Sin embargo, si hubiéramos estado fuera de la cueva donde Rolando y su tet recién habían compartido khef y ahora escucharán las cintas que les dejó Ted Brautigan, veríamos dos carbones rojos encendidos flotando en esa oscuridad movida por el viento. Si subiéramos por el camino al costado de Steek-Tete hacia esos carbones flotantes (una idea peligrosa en la oscuridad), eventualmente llegaríamos a una araña de siete patas agachada ahora sobre el raramente desinflado cuerpo de un coyote mutante. Este can-toi-tete era literalmente una cosa malnacida de la vida, con el muñón de una quinta pata surgiendo de su pecho y una masa de carne como de gelatina colgando entre sus patas traseras como una ubre deforme, pero su carne nutre a Mordred, y su sangre—tomada en una serie de chupones largos y vaporosos—es tan dulce como un vino de postre. Hay, a decir verdad, todo tipo de cosas que comer en este sitio. Mordred no tiene amigos que lo lleven de un sitio al otro por medio de las botas sempiternas de la teletransportación, pero ha encontrado su viaje de la Estación Thunderclap a Steek-Tete mucho menos que arduo.

Ha escuchado de lejos lo suficiente para estar seguro de lo que su padre planea: un ataque sorpresa sobre la aldea allá abajo. Están superados en número por mucho, pero la banda de tiradores de Rolando le es fieramente devota, y la sorpresa siempre es un arma poderosa.

Y los pistoleros son lo que Jake llamaría *fou*, locos cuando su sangre está caliente, y no le tienen miedo a nada. Tal locura es un arma incluso más poderosa.

Mordred nació con una gran cantidad de conocimiento, al parecer. Sabe, por ejemplo, que su Padre Rojo, de poseer la información que Mordred tiene ahora, habría enviado palabra de la presencia del pistolero de inmediato al Amo de Devar-Toi o al Jefe de Seguridad. Y entonces, en algún momento de la noche, el ka-tet que salió de Mundo Medio *se habría* encontrado emboscado. Tal vez asesinados mientras dormían, dejando así que los Disgregadores continuaran el trabajo del Rey. Mordred no nació con el conocimiento de ese trabajo, pero es capaz de pensar con lógica y tiene oídos agudos. Ahora entiende de qué andan los pistoleros: han venido a este sitio a disgregar a los Disgregadores.

Podría detenerlo, cierto, pero Mordred no tiene el menor interés en los planes o ambiciones de su Padre Rojo. Lo que en verdad más disfruta, descubre, es la amarga soledad del *exterior*. De observar con el frío interés de un niño que observa la vida y la muerte, la guerra y la paz a través de la pared de cristal de la granja de hormigas que tiene en su escritorio.

¿Permitiría que ese ki'-dam matara realmente a su Padre Blanco? Oh, probablemente no. Mordred se reserva ese placer para sí, y tiene sus razones; ya tiene sus razones. Pero en cuanto a los otros—el joven, la mujer de piernas cortas, el niño—sí, si ki'-dam Prentiss tiene la oportunidad, que mate a alguno o a los tres. En cuanto a Mordred Deschain, dejará que siga el juego. Observará. Escuchará. Oirá los gritos y olerá el fuego y observará la sangre derramada en el suelo. Y luego, si piensa que Rolando no le ganará en su ataque, él, Mordred, se atravesará. A favor del Rey Carmesí, si parece una buena idea, pero realmente a favor de sí mismo, y por su propia razón, que es realmente bastante simple: *Mordred está a-hambriento*.

¿Y si Rolando y su ka-tet ganan su ataque? ¿Ganan y siguen hacia la Torre? Mordred no piensa realmente que eso pasará, pues a su propia y extraña vez es un miembro de su ka-tet, comparte su khaf y siente lo que hacen. Siente el rompimiento inminente de su comunidad.

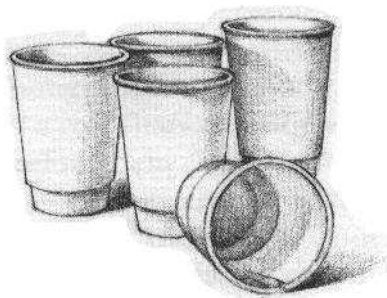
iKa-shume! piensa Mordred, sonriendo. Sólo queda un ojo en la cara del perro del desierto. Una de las velludas patas de araña lo acaricia y luego lo saca. Mordred lo come como una uva, luego se vuelve hacia el sitio donde la luz blanca de las lámparas de gas se derrama alrededor de las esquinas de la cobija que Rolando ha colgado en la entrada de la cueva.

¿Podía acercarse más? ¿Lo suficiente para escuchar?

Mordred piensa que puede, especialmente con el viento para encubrir el sonido de sus movimientos. Una idea excitante.

Se escurre por la falda rocosa hacia las chispas errantes de luz, hacia el murmullo de la voz de la grabadora y los pensamientos de los que escuchan: sus hermanos, su hermana-madre, el brambo mascota y, desde luego, supervisándolos a todos, el Gran Ka-Papi Blanco.

Mordred se arrastra tan cerca como se atreve y se encoge en la oscuridad fría y llena de viento, miserable y disfrutando su miseria, soñando sus sueños del exterior. Adentro, más allá de la cobija, hay luz. Que la tengan, si quieren; por ahora que haya luz. Eventualmente él, Mordred, la apagará. Y en la oscuridad, tendrá su placer.



Capítulo VIII: Notas desde la Casa de Pan de Jengibre

UNO

Eddie miraba a los otros. Jake y Rolando se sentaban sobre las bolsas de dormir que les habían dejado. Acho yacía acurrucado a los pies de Jake. Susannah estaba sentada cómodamente en la silla de su Triciclo Viajero. Eddie asintió, satisfecho, y presionó el botón que ponía en marcha la grabadora. Las caseteras giraron. . . había silencio. . . giraron. . . y silencio. . . luego, después de aclararse la garganta, Ted Brautigan empezó a hablar. Escucharon por más de cuatro horas, reemplazando Eddie cada casetera vacía con la siguiente ya llena sin molestarse en rebobinar.

Ninguno sugirió que pararan, ciertamente no Rolando, que escuchaba con muda fascinación incluso cuando su cadera empezó a latir de nuevo. Rolando pensó que entendía más, ahora; ciertamente sabían que tenían una oportunidad real de detener lo que sucedía en el compuesto bajo ellos. El conocimiento lo asustaba porque sus oportunidades de éxito eran escasas. La sensación de ka-shume dejaba eso en claro. Y uno no entiende realmente las apuestas hasta que ha visto a la diosa con su bata blanca, la diosa-puta cuya manga se recogía y revelaba su blanco brazo cuando lo llamaba a uno con la mano: *Ven a mí, corre a mí. Sí, es posible, puedes alcanzar tu meta, puedes ganar, por eso corre a mí, dame todo tu corazón. ¿Y si lo rompo? ¿Si uno de ustedes no llega, si cae al pozo de coffah (el lugar que tus nuevos amigos llaman infierno)? Qué lástima por ti.*

Sí, si uno de ellos caía al coffah y se quemaba viendo fuentes, de hecho eso sería una lástima. ¿Y la puta de bata blanca? Sólo se pondría las manos en las caderas, y movería hacia atrás la cabeza y reiría mientras el mundo se acababa. Demasiado dependía del hombre cuya voz racional y cansada llenaba ahora la cueva. La Torre misma dependía de él, pues Brautigan era un hombre de poderes vertiginosos.

Lo sorprendente es que lo mismo podía decirse de Sheemie.

DOS

"Probando, uno dos. . . probando, uno dos. . . probando, probando, probando. Les habla Ted Stevens Brautigan y esto es una prueba. . ."

Una breve pausa. Los carretes de las caseteras giraban, uno lleno, el otro empezándose a llenar.

"De acuerdo, bien. Genial, de hecho. No estaba seguro de que esto fuera a funcionar, especialmente aquí, pero parece bien. Me preparé para esto intentando imaginarme a los cuatro—cinco, contando el pequeño amigo del muchacho—escuchándome, porque siempre me ha parecido que la visualización es una técnica excelente al preparar alguna clase de

presentación. Desafortunadamente, en este caso no funciona. Sheemie puede enviarme imágenes mentales muy buenas—brillantes, de hecho—pero Rolando es el único de ustedes que él ha visto realmente, y no desde la caída de Gilead, cuando los dos eran muy jóvenes. No es por ofenderlos, chicos, pero sospecho que el Rolando que viene hacia Thunderclap ahora difícilmente se parece en algo al joven que mi amigo Sheemie tanto adoraba.

“¿Dónde estás ahora, Rolando? ¿En Maine, buscando al escritor? ¿El que también me creó, después de un periodo de descanso? ¿En Nueva York, buscando a la esposa de Eddie? ¿Está al menos uno de ustedes vivo? Sé que las oportunidades de llegar a Thunderclap no son buenas; el ka los dirige a la Devar-Toi, pero un anti-ka muy poderoso, puesto en marcha por aquel que llaman el Rey Carmesí, trabaja contra ti y tu tet de mil maneras. De cualquier forma. . .

“¿Fue Emily Dickinson la que llamó a la esperanza la cosa con plumas? No puedo recordarlo. Hay muchas cosas que ya no recuerdo, pero al parecer aún recuerdo cómo luchar. Tal vez sea algo bueno. Tengo la *esperanza* de que sea algo bueno.

“¿Se les ha pasado por la cabeza preguntarse desde dónde estoy grabando esto, dama y caballeros?”

No se les había pasado por la cabeza. Simplemente se sentaban, hipnotizados por el sonido ligeramente polvoriento de la voz de Brautigan, pasándose una botella de Perrier y una lata llena de galletas.

“Se los diré,” continuó Brautigan, “en parte porque los tres de ustedes que vienen de Estados Unidos seguramente lo encontrarán divertido, pero más que todo porque pueden encontrarlo útil al formular un plan para destruir lo que está pasando en Algul Siento.

“Mientras hablo, me siento en una silla hecha de barras de chocolate. El asiento es un gran malvadisco azul, y dudo si los colchones de aire que les planeamos dejar podrían ser más cómodos. Pensarían que tal asiento es pegajoso, pero no es así. Las paredes de este cuarto—y la cocina que puedo ver si miro a través del arco de goma a mi izquierda—están hechas de dulce verde, amarillo y rojo. Si le pasas la lengua al verde, sabe a lima. Si la pasas por el rojo, sabe a frambuesa. Aunque el gusto (en cualquier sentido de esa resbalosa palabra) tenía muy poco que ver con las elecciones de Sheemie, o eso creo; pienso que simplemente tiene el amor de un niño por los colores primarios brillantes.”

Rolando asentía y sonreía un poco.

“Aunque debo decirles,” dijo con sequedad la voz proveniente de la grabadora, “que estaría feliz de tener al menos un cuarto con una decoración un poco más reservada. Algo en azul, tal vez. Los tonos de tierra estarían aún mejor.

“A propósito de tonos de tierra, las escaleras también son de chocolate. La baranda es una caña de dulce. No obstante, no se puede decir que ‘las escaleras suben al segundo piso,’ porque no hay segundo piso. A través de la ventana se pueden ver autos que se parecen sospechosamente a bombones que se mueven, y la calle misma parece de regaliz. Pero si se abre la puerta y se da más de un paso hacia la Avenida Twizzler, uno se vuelve a encontrar en el mismo sitio donde empezó. En lo que bien podemos llamar ‘el mundo real,’ a falta de un mejor término.

“La Casa de Pan de Jengibre—que es como la llamamos porque a eso es a lo que siempre huele aquí, pan de jengibre tibio, recién sacado del horno—es tan creación de Dinky como de Sheemie. Dink andaba por ahí en el dormitorio de la Casa Corbett y escuchó a Sheemie llorando para dormir una noche. Mucha gente habría pasado de largo al otro lado en un caso como ése, y me doy cuenta de que nadie en el mundo se parece menos al buen samaritano que Dinky Earnshaw, pero en vez de pasar de largo tocó a la puerta de la suite de Sheemie y le preguntó si podía pasar.

“Si le preguntan de ello ahora, Dinky les dirá que no fue gran cosa. ‘Yo era nuevo en el lugar, estaba solo, y quería hacer algunos amigos,’ dirá. ‘Cuando escuché a un tipo gimiendo así, se me ocurrió que él también podía querer un amigo.’ Como si fuera la cosa más natural del mundo. En muchos lugares eso podía ser cierto, pero no en Algul Siento. Y necesito que entiendan eso por encima de cualquier otra cosa, creo, si pretenden *entendernos*. Por eso perdónenme si parezco insistir en ese punto.

“Algunos de los guardias humas nos llaman morks, por un extraterrestre en alguna comedia de la televisión.¹⁵ Y los morks son las personas más egoístas de la tierra. ¿Antisociales? No exactamente. Algunos son *extremadamente* sociales, pero sólo mientras eso les consiga lo que quieran o necesiten en el momento. Muy pocos de los morks son sociópatas, pero la mayoría de los sociópatas son morks, si entienden lo que digo. El más famoso, y gracias a Dios los hombres bajos nunca lo trajeron aquí, era un asesino en masa llamado Ted Bundy.

“Si tienes uno o dos cigarrillos extra, nadie puede ser más simpático—o adulator—que un mork que necesite fumar. Una vez lo tiene, sin embargo, se va.

“La mayoría de los morks—y hablo de noventa y ocho o noventa y nueve de cada cien—habría escuchado llanto detrás de esa puerta cerrada y ni siquiera habría aminorado el paso en su camino a dondequiera que fuera. Dinky tocó y preguntó si podía entrar, incluso aunque era nuevo en el sitio y estaba razonablemente confundido (también pensaba que lo iban a castigar por asesinar a su jefe previo, pero ésa es una historia para otro día).

“Y deberíamos verlo desde la perspectiva de Sheemie. De nuevo, diría que noventa y ocho o incluso noventa y nueve morks de cada cien habrían respondido a una pregunta como ésa gritando ‘¡Lárgate!’ o incluso ‘¡A la mierda!’ ¿Por qué? Porque somos exquisitamente conscientes de que somos diferentes de la mayoría de las personas y ésa es una diferencia que a la mayoría de las personas no le gusta. No más de lo que a los Neanderthales les gustaban los primeros Cro-Magnon en el vecindario, me imagino. A los morks no les gusta que los atrapen con la guardia abajo.”

Una pausa. Los carretes giraron. Los cuatro podían sentir a Brautigan concentrándose.

“No, eso no es del todo correcto,” dijo por fin. “Lo que a los morks no les gusta es que los atrapen en un estado emocionalmente vulnerable. Enojados, felices, llorando o riendo a carcajadas, cualquier cosa como eso. Sería como si ustedes entraran a un sitio peligroso sin sus pistolas.

“Por mucho tiempo estuve solo aquí. Yo era un mork que se preocupaba, me gustara o no. Entonces apareció Sheemie, con el suficiente valor para aceptar consuelo si se lo ofrecían. Y Dink, que estaba dispuesto a intentar expresarse. La mayoría de morks son introvertidos egoístas disfrazados de individualistas desorganizados—quieren que el mundo los vea como del tipo Daniel Boone—y al personal del Algul le encanta, créanme. Ninguna comunidad es más fácil de gobernar que una que rechaza el concepto mismo de comunidad. ¿Ven por qué me atrajeron Sheemie y Dinky, y la suerte que tuve en encontrarlos?”

La mano de Susannah se había colado en la de Eddie. Él la había tomado y apretado suavemente.

“Sheemie le tenía miedo a la oscuridad,” continuó Ted. “Los hombres bajos—los llamo a todos hombres bajos, aunque hay humas y taheen trabajando aquí además de los can-toi—tienen una docena de pruebas sofisticadas para el potencial psíquico, pero al parecer no pudieron darse cuenta de que habían atrapado un idiota que simplemente le temía a la oscuridad. Mala suerte para ellos.

“Dinky entendió el problema de inmediato, y lo solucionó contándole cuentos a Sheemie. Los primeros eran cuentos de hadas, y uno de ellos era ‘Hansel y Gretel.’ Sheemie estaba fascinado con la idea de una casa de dulce, y vivía pidiéndole a Dinky más detalles. Así, ya ven, fue Dinky quien pensó realmente en las sillas de chocolate con asientos de malvavisco, el arco de goma y la baranda de dulce. Por un poco tiempo *hubo* un segundo piso; allí estaban las camas de los Tres Osos. Pero a Sheemie nunca le gustó demasiado ese cuento, y cuando se le fue de la mente, el segundo piso de la Casa¹⁶ de Pan de Jengibre. . .” Ted Brautigan se rió un poco. “Bueno, supongo que podría decirse que se biodegradó.

“En cualquier caso, creo que este lugar en el que estoy es realmente una fístula en el tiempo, o. . .” Otra pausa. Un suspiro. Luego: “Miren, hay un billón de universos que comprenden un billón de realidades. Eso es algo de lo que me he dado cuenta desde que me

¹⁵ N. del T. El programa es el *Mork & Mindy TV Show*, en el cual Mork (Robin Williams) era un extraterrestre del planeta Ork enviado a la tierra, que deseaba quedarse para aprender. Lo que caracteriza a Mork es que siempre hace lo opuesto de lo que hacen las personas de la tierra, p. ej., sentarse de cabeza o ponerse la ropa al revés.

¹⁶ N. del T. En español en el original.

trajeron de vuelta de lo que el ki'-dam insiste en llamar 'mis cortas vacaciones en Connecticut.' ¡Hipócrita hijo de puta!"

Odio real en la voz de Brautigan, pensó Rolando, y eso era bueno. El odio siempre era bueno. Era útil.

"Aquellas realidades son como un salón de espejos, sólo que no hay dos reflejos que sean exactamente igual. Puedo volver a esa imagen eventualmente, pero no todavía. Lo que quiero que entiendan por ahora—o simplemente acepten—es que la realidad es orgánica. La realidad está viva. Es algo como un músculo. Lo que Sheemie hace es abrir un agujero en ese músculo con una jeringa mental. Sólo él tiene una aguja como ésta porque él es especial—"

"Porque es un mork," murmuró Eddie.

"¡Shhhh!" dijo Susannah.

"—usándola," continuó Brautigan.

(Rolando consideró devolver la cinta para escuchar las palabras que faltaban y decidió que no importaba.)

"Es un lugar fuera del tiempo, fuera de la realidad. Sé que entienden un poco sobre cómo funciona la Torre Oscura; entienden su propósito unificador. Bueno, piensen en la Casa de Pan de Jengibre como un balcón de la torre: cuando venimos a este sitio estamos fuera de la Torre pero aún unidos a la Torre. Es un lugar real—lo suficiente para que pueda regresar con manchas de dulce en las manos y en la ropa—pero es un lugar al que sólo Sheemie Ruiz puede tener acceso. Y una vez estamos allí, es lo que quiera que él quiere que sea. Uno se pregunta, Rolando, si tú o tus amigos tenían alguna pista de lo que realmente era Sheemie y lo que podía hacer cuando lo conocieron en Mejis."

Ante esto, Rolando se estiró y detuvo la grabadora. "Sabíamos que era. . . extraño," le dijo a los demás. "Sabíamos que era especial. A veces Cuthbert decía '¿Qué *hay* en ese chico? ¡Hace que me pique la piel!' Y luego apareció en Gilead, él y su mula. Afirmaba que nos había seguido. Y *sabíamos* que eso era imposible, pero estaban pasando tantas cosas entonces que un chico de cantina de Mejis—no brillante pero animoso y útil—era la menor de nuestras preocupaciones."

"Se teletransportó, ¿cierto?" preguntó Jake.

Rolando que nunca antes había escuchado la palabra asintió de inmediato. "Al menos parte de la distancia; tuvo que haberlo hecho. ¿Cómo más pudo haber cruzado el Río Xay? Sólo había un puente, hecho de cuerdas y una vez que estuvimos del otro lado Alain lo cortó. Miramos cómo caía al agua unos tres o cuatro kilómetros abajo."

"Tal vez fue por otra parte," dijo Jake.

Rolando asintió. "Tal vez así fue. . . pero lo habría sacado al menos seiscientas ruedas de su camino."

Susannah silbó.

Eddie esperó a ver si Rolando tenía algo más que decir. Cuando resultó obvio que no lo haría, Eddie se inclinó y puso la grabadora a andar de nuevo. La voz de Ted llenó la cueva una vez más.

"Sheemie es un teletransportador. Dinky en persona es un precognitivo. . . entre otras cosas. Desafortunadamente, muchas avenidas al futuro están bloqueadas para él. Si se preguntan si el joven sai Earnshaw sabe cómo va a resultar todo esto, la respuesta es no."

"En cualquier caso, tenemos este agujero hipodérmico en la carne viva de la realidad. . . este balcón al flanco de la Torre Oscura. . . esta Casa de Pan de Jengibre. Un lugar real, con todo y lo difícil que resulte crearlo. Es aquí que almacenaremos las armas y el equipo para acampar que eventualmente pretendemos dejarles en una de las cuevas en el costado lejano de Steek-Tete, y es aquí que grabo esta cinta. Cuando dejé el cuarto con esta máquina pasada de moda pero aterradoramente eficiente bajo el brazo, eran las 10:14 AM, CAMT—Hora Estándar de Cielo Azul. Cuando regrese, aún serán las 10:14 AM. Sin importar cuánto me quede. Esto es sólo una de las cosas terriblemente convenientes que tiene Casa Pan de Jengibre.

"Tienen que entender—tal vez Rolando, el viejo amigo de Sheemie ya lo entiende—que somos tres rebeldes en una sociedad dedicada a la idea de seguir adelante para seguir adelante, incluso si esto significa el final de la existencia. . . y mientras más pronto mejor.

Tenemos un número de talentos extremadamente útiles, y al unirlos hemos logrado mantenernos un paso adelante. Pero si Prentiss o Finli de Tego—él es el Jefe de Seguridad de Prentiss—descubren lo que intentamos hacer, Dinky sería comida de gusanos para el anochecer. Sheemie también, muy probablemente. Tal vez yo estaría bien por un tiempo más, por razones a las que llegaré, pero si Pimli Prentiss descubriera que intentábamos poner en sus asuntos a un pistolero de verdad—uno que puede ya haber orquestado las muertes de más de cinco docenas de Capas Verdes no lejos de aquí—incluso mi vida podría no estar a salvo.” Una pausa. “Algo fútil.”

Hubo una pausa más larga. El carrito de la casetera que había estado vacío estaba ahora a medio llenar. “Escuchen, entonces,” dijo Brautigan, “y les contaré la historia de un hombre desafortunado y sin suerte. Puede ser más larga que el tiempo que tienen para escuchar; si ése fuera el caso, estoy seguro que al menos tres de ustedes entenderán el uso del botón que dice AVANZAR. En cuanto a mí, estoy en un lugar donde los relojes son obsoletos y sin duda el brócoli está prohibido por la ley. Tengo todo el tiempo del mundo.”

Eddie notó de nuevo lo cansado que sonaba el hombre.

“Sólo sugiero que no adelanten a menos que realmente tengan que hacerlo. Como he dicho, puede haber algo aquí que pueda ayudarles, aunque no sé qué. Simplemente estoy demasiado cerca a ello. Y estoy cansado de mantener la guardia en alto, no sólo cuando estoy despierto sino también cuando duermo. Si no fuera capaz de deslizarme a Casa Pan de Jengibre de vez en cuando y dormir sin defensas, los chicos can-toi de Finli seguramente nos habrían atrapado a los tres hacía tiempo. Hay un sofá en la esquina, hecho también de esos maravillosos malvados no pegachentos. Puedo ir allí y acostarme y tener las pesadillas que necesito tener para mantener mi cordura. Luego puedo regresar a la Devar-Toi, donde mi trabajo no es sólo protegerme sino también a Sheemie y a Dink. Asegurarme de que cuando vayamos a nuestros asuntos encubiertos, le parezca a los guardias y su jodida telemetría que estuvimos todo el tiempo justo en el lugar al que pertenecemos: en nuestras suites, en El Estudio, tal vez viendo una película en el Gem o tomando malteadas en la Droguería Henry Graham y después en La Fuente. También significa seguir Disgregando y todos los días siento el Haz en el que trabajamos actualmente—Oso y Tortuga—abollándose más y más.

“Lleguen rápido, muchachos. Ése es mi deseo para ustedes. Lleguen tan rápido como puedan. Porque no es sólo cuestión de que se me suelte algo. Dinky tiene un terrible temperamento y un hábito de soltarse en palabrotas si alguien presiona sus botones de caliente. En ese estado podría decir algo equivocado. Y Sheemie hace lo mejor que puede, pero si alguien le hiciera la pregunta equivocada o lo atrapara haciendo algo equivocado cuando yo no esté allí para arreglarlo. . .”

Brautigan no terminó esa idea en particular. En lo que tenía que ver con sus oyentes, no había necesidad de hacerlo.

TRES

Cuando empieza de nuevo, es para decirles que nació en Milford, Connecticut, en el año de 1898. Todos hemos oído frases introductorias similares, lo suficiente para saber que señalan—para bien o para mal—el comienzo de una autobiografía. Empero, mientras escuchan esa voz, los pistoleros son visitados por otra familiaridad; esto es cierto incluso para Acho. Al comienzo no pueden asegurarlo, pero con el tiempo les llega. La historia de Ted Brautigan, un Contador Vagabundo en vez de un Sacerdote Vagabundo, es de muchas formas similar a la del Padre Donald Callahan. Casi podrían ser gemelos. Y el sexto oyente—el que se encuentra tras la entrada de la cueva cubierta por una cobija en la oscuridad llena de viento—escucha con creciente simpatía y comprensión. ¿Por qué no? El alcohol no es un protagonista principal en la historia de Brautigan, como era en la del Padre, pero aún es una historia de adicción y aislamiento, la historia de alguien del exterior.

CUATRO

A la edad de dieciocho años, Theodore Brautigan es aceptado en Harvard, a donde fue su tío Tim, y el tío Tim—sin hijos propios—está más que dispuesto a pagar por la educación superior de Ted. Y por lo que Timothy Atwood sabe, lo que sucede es perfectamente simple: oferta hecha, oferta aceptada, sobrino brilla en todas las áreas correctas, sobrino se gradúa y se prepara para entrar al negocio de muebles del tío después de seis meses recorriendo la Europa post Primera Guerra Mundial.

Lo que el Tío Tim no sabe es que antes de ir a Harvard, Ted intenta enlistarse en lo que pronto será conocido como la Fuerza Expedicionaria de los Estados Unidos. "Hijo," le dice el doctor, "tienes un ruido malditamente fuerte en el corazón, y tu audición está por debajo de lo común. ¿Vas a decirme ahora que viniste aquí sin saber que esas cosas te pondrían un sello rojo? Por que, perdón si me salgo del protocolo ahora, te ves demasiado listo para eso."

Y entonces Ted Brautigan hace algo que nunca ha hecho antes, ha jurado que nunca hará. Le pide al doctor del ejército que escoja un número, no sólo entre uno y diez sino entre uno y mil. Para complacerlo (llueve en Hartford, y eso significa que las cosas son lentas en la oficina de reclutamiento), el doctor piensa en el número 748. Ted se lo dice de vuelta. Además de 419. . . 89. . . y 997. Cuando Ted lo invita a pensar en una persona famosa, viva o muerta, y cuando Ted le dice Andrew Johnson, no Jackson sino Johnson, el doctor finalmente está sorprendido. Llama a otro doctor, un amigo, y Ted pasa por las mismas palabras de nuevo. . . con una excepción. Le pide al segundo doctor que elija un número entre uno y un millón, entonces le dice al doctor que estaba pensando en ochenta y siete mil cuatrocientos dieciséis. El segundo doctor se ve momentáneamente sorprendido—aturdido, de hecho—luego sonríe con una sonrisa embustera. "Lo siento, hijo," dice, "fallaste sólo por ciento treinta mil o algo así." Ted lo mira, sin sonreír, sin responder a la sonrisa embustera en forma alguna de la que esté consciente, pero tiene dieciocho años, y es aún lo suficientemente joven para conmocionarse por tal manifiesta y al parecer absurda mentira. Entretanto, la mentira del Dr. Número Dos ha empezado a desvanecerse por sí sola. El Dr. Número Dos se dirige al Dr. Número Uno y dice "Mira sus ojos, Sam—mira lo que le pasa a sus ojos."

El primer doctor intenta prender un oftalmoscopio en los ojos de Ted y éste lo hace a un lado impacientemente. Tiene acceso a espejos y ha visto la forma en que sus pupilas a veces se expanden y se contraen, es consciente cuando está pasando, incluso si no hay un espejo a mano, por una clase de efecto tembloroso y tartamudeante en su vista, y no le interesa, especialmente en este momento. Lo que le interesa ahora es que el Dr. Número Dos está jodiendo con él y no sabe por qué. "Escriba el número esta vez," invita. "Escríballo para que no pueda hacer trampa."

El Dr. Número Dos se enfurece. Ted reitera su reto. El Dr. Sam saca una hoja de papel y una pluma y el segundo doctor las toma. Realmente está a punto de escribir un número cuando lo reconsidera y arroja la pluma sobre el escritorio de Sam y dice: "Esto es alguna clase de truco barato de esquina, Sam. Si no lo puedes ver, estás ciego." Y se aleja.

Ted invita al Dr. Sam a pensar en un familiar, cualquier familiar, y un momento después le dice al doctor que está pensando en su hermano Guy, quien murió de apendicitis cuando tenía catorce años; desde entonces, su madre ha llamado a Guy el ángel de la guarda de Sam. Esta vez el Dr. Sam se ve como si le hubieran dado una bofetada. Por último tiene miedo. Sea por el extraño movimiento adentro—afuera de las pupilas de Ted, o por la demostración evidente de telepatía sin ningún dramático frotarse la frente, ningún "Estoy viendo algo . . . espere," el Dr. Sam está finalmente asustado. Pone **RECHAZADO** en la hoja de reclutamiento de Ted con el gran sello rojo e intenta deshacerse de él—siguiente, ¿quién quiere ir a Francia y oler el gas mostaza?—pero Ted lo toma del brazo de una manera que es suave pero ni en lo más mínimo vacilante.

"Escúcheme," dice Ted Stevens Brautigan. "Soy un telépata genuino. Lo he sospechado desde que tenía seis o siete años—edad suficiente para saber la palabra—y lo he sabido con certeza desde que tenía dieciséis. Podría ser de gran ayuda en Inteligencia Militar, y mi audición por debajo de lo normal y el ruido en el corazón no importarían en ese puesto. ¿En

cuanto a la cosa con mis ojos?" busca en el bolsillo de su camisa, saca un par de gafas oscuras y se las pone. "¡Ta-ta!"

Le da al Dr. Sam una sonrisa vacilante. No sirve. Hay un Sargento en la puerta de la oficina de reclutamiento temporal en el departamento de educación física de la secundaria de East Hartford, y el médico lo llama. "Este tipo es 4-F y estoy cansado de discutir con él. Tal vez usted sea lo suficientemente bueno para acompañarlo fuera de las instalaciones."

Ahora es el brazo de Ted el que es agarrado y sin mucha suavidad.

"¡Espere un momento!" dice Ted. "¡Hay algo más! ¡Algo incluso más valioso! No sé si haya una palabra para eso, pero. . ."

Antes que pueda continuar, el Sargento lo arrastra fuera y lo obliga a andar por el pasillo rápidamente, después de muchos chicos y chicas mirando estupefactos casi exactamente de su misma edad. Hay una palabra, y la aprenderá años después, en Cielo Azul. La palabra es facilitador, y en lo que a Paul "Pimli" Prentiss concierne, hace a Ted Stevens Brautigan simplemente el huma más valioso del universo.

Sin embargo, no en ese día de 1916. En ese día de 1916, es arrastrado por el corredor y depositado en las escaleras de granito fuera de las puertas principales y allí un hombre con un acento grueso le dice "Todoh quieren quedase aquí 'uera, checo." Después de pensarlo un poco, Ted decide que el Sargento no le dice que es de otro país; checo en este contexto es más probablemente como se dice chico en el acento Dixie.

Por un rato Ted se queda justo donde lo dejaron. Piensa ¿Qué se necesita para convencerlos? y ¿Qué tan ciegos pueden ser? No puede creer lo que le acaba de pasar.

Pero tiene que creerlo, porque aquí está, en el exterior. Y al final de una caminata de diez kilómetros por Hartford piensa que entiende también algo más. Nunca creerán. Ninguno de ellos. Jamás.

Se rehusarán a ver que un tipo que podría leer la mente colectiva del Alto Mando alemán podría ser ligeramente útil. Un tipo que podría decirle al Alto Mando Aliado dónde va a llegar el siguiente gran ataque alemán. Un tipo que pudiera hacer algo como eso unas cuantas veces—ital vez incluso una o dos!—podría terminar la guerra para Navidad. Pero no tendrá la oportunidad porque no se la van a dar. ¿Y por qué? Tiene que algo que ver con el que el segundo doctor haya cambiado el número cuando Ted dio con él, y luego rehusándose a escribir otro número. Porque en algún lugar profundo en su interior quieren pelear, y un tipo como él lo arruinaría todo.

Es algo como eso.

A la mierda, entonces. Irá a Harvard con el dinero de su tío.

Y lo hace. Harvard es todo lo que Dinky les dijo, y más: Teatro, Debate, el Crimson¹⁷ de Harvard, los Viejos Tipos Matemáticos y, desde luego, la tapa, Phi Beta Inodoro¹⁸. Incluso le ahorra a su tío unos cuantos dólares graduándose antes.

Está en el sur de Francia, mucho después de que haya terminado la guerra, cuando le llega un telegrama: TÍO MUERTO PUNTO REGRESA CASA PRONTO PUNTO.

La palabra clave aquí parece ser PUNTO.

Sabe Dios que éste fue uno de esos momentos llenos de lágrimas. Fue a casa, sí, y dio consuelo donde debía darse, sí. Pero en vez de entrar al negocio de los muebles, Ted decide poner PUNTO final a su marcha hacia el éxito financiero y EMPEZAR su camino hacia la oscuridad financiera. En el transcurso de la larga historia del hombre, el ka-tet de Rolando nunca escucha una sola vez a Ted Brautigan culpar de su deliberado anonimato a su talento sorprendente, o a su momento de epifanía: éste es un valioso talento que nadie en el mundo quiere.

Y, por Dios, ¡cómo llega a entender eso! En primer lugar, su "talento salvaje" (como a veces lo llaman las revistas de ciencia ficción) es de hecho físicamente peligroso bajo las circunstancias correctas. O las incorrectas.

En 1935, en Ohio, hace de Ted Brautigan un asesino.

¹⁷ Ver nota 5.

¹⁸ Ver nota 10

No tiene duda de que algunos sentirían que la palabra es demasiado dura, pero él será el juez de eso en este caso en particular, muchísimas gracias, y piensa que la palabra es apta. Es Akron y es un crepúsculo azul de verano y los chicos juegan a patear la lata en un costado de la Avenida Stossy y a golpear una pelota con un palo en el otro y Brautigan está en la esquina con un traje de verano, junto al poste con una franja blanca, lo que significa que el autobús para allí. Tras de él hay una confitería desierta con una águila azul de la Asociación Nacional de Rifles en una ventana y un mensaje en yeso en la otra que dice MATAN AL HOMBRE PEQUEÑO. Ted está allí con su portafolios rayado de cordobán y una bolsa marrón—un pernil de cerdo para su cena, lo compró en la Carnicería de Fantasía del Sr. Dale—cuando de repente alguien corre hacia él desde atrás y lo empuja hacia el poste telefónico con la franja blanca. Se encuentra con el poste primero con la nariz. Siente cómo se rompe. Salpica sangre. Luego la boca da contra el poste y en un instante su boca se llena con un sabor salado como jugo de tomate caliente. Hay un golpe en la parte de abajo de su espalda y un sonido de algo que se rasga. Sus pantalones son halados hacia abajo por la fuerza del golpe y cuelgan enrollados, como los pantalones de un payaso, y de repente un tipo con una camiseta y pantalones de gabardina con el trasero lustroso corre por la Avenida Stossy hacia el juego de darle a la pelota y esa cosa que abre y cierra en su mano derecha, moviéndose como una lengua marrón de cuero, esa cosa es la billetera de Ted Brautigan. ¡Le acaban de robar la billetera, por Dios!

El crepúsculo púrpura de esa noche de verano se acentúa de repente hasta una completa oscuridad, luego se aclara, luego se acentúa una vez más. Son sus ojos, haciendo el truco que tanto sorprendió al segundo doctor casi veinte años antes, pero Ted apenas si lo nota. Su atención está puesta en el hombre que escapa, el hijo de puta que le acaba de robar la billetera y en el proceso le arruinó la cara. Nunca ha estado tan enojado en toda su vida, nunca, y aunque el pensamiento que envía al hombre que escapa es inocuo, casi gentil

(digo, hombre, te habría dado un dólar si me lo hubieras pedido tal vez incluso dos)

tiene el peso mortal de una lanza. Y era una lanza. Le toma algo de tiempo aceptarlo por completo, pero para cuando lo hace se da cuenta de que es un asesino y si existe Dios, Ted Brautigan tendrá algún día que pararse ante Su trono y responder por lo que acaba de hacer. El hombre que escapa parece tropezar con algo, pero no hay nada allí, sólo HARRY AMA A BELINDA escrito con tiza desvaída en el andén agrietado. La declaración está rodeada de dibujos infantiles—estrellas, un cometa, una media luna—que después llegará a temer. Ted siente como si le acabaran de clavar a él mismo una lanza en medio de la espalda, pero él, al menos, sigue de pie. Y no tenía la intención. Está eso. Sabe en su corazón que no tenía la intención. Simplemente fue. . . sorprendido con rabia.

Recoge su billetera y ve a los niños que juegan mirándolo, con las bocas abiertas. Apunta hacia ellos con su billetera como alguna clase de pistola con un tambor plano, y el niño que tiene en la mano el palo de escoba roto tiembla. Es ese temblor incluso más que el cuerpo caído el que llenará los sueños de Ted por el siguiente año o más, y después de cuando en cuando por el resto de su vida. Porque le agradan los niños, jamás asustaría a uno a propósito. Y sabe lo que ellos ven: un hombre con los pantalones bajados para que se le vean los calzoncillos (por lo que sabe, su pito podría estar asomándose por el frente, y no sería eso el mágico toque final), una billetera en las manos y una estúpida mirada en su cara sangrante.

"¡No vieron nada!" les grita. "¡Escúchenme! ¡Escúchenme! ¡No vieron nada!"

Entonces se sube los pantalones. Vuelve luego a su maletín y lo recoge, pero no el pernil de cerdo en el saco de papel marrón, a la mierda el pernil de cerdo, perdió el apetito junto con uno de sus incisivos. Luego mira de nuevo al cuerpo en el andén y a los niños asustados. Luego corre.

Lo que se convierte en su carrera.

CINCO

El final de la segunda cinta se soltó e hizo un ruidito mientras giraba.

"Dios," dijo Susannah. "Dios, pobre hombre."

“Hace tanto,” dijo Jake, y se sacudió la cabeza como para aclarársela. Para él, los años entre su cuándo y el del Sr. Brautigan parecían un abismo insalvable.

Eddie tomó la tercera casetera y sacó el cassette del interior, levantando las cejas hacia Rolando. El pistolero movió un dedo con su viejo gesto, el que decía adelante, adelante.

Eddie enrolló la cinta en las cabezas. Nunca había hecho esto antes, pero no se necesitaba ser un científico de cohetes, como decía el dicho. La voz cansina empezó de nuevo, hablando desde la Casa de Pan de Jengibre que Dinky Earnshaw había hecho para Sheemie, un lugar real creado de nada más que de imaginación. Un balcón al costado de la Torre Oscura, lo había llamado Brautigan.

Había matado al hombre (por accidente, todos habían estado de acuerdo; habían llegado a vivir por la pistola y sabían la diferencia entre por *accidente* y a *propósito* sin necesidad de discutir el asunto) hacia las siete de la tarde. Para las nueve de esa noche, Brautigan estaba en un tren que se dirigía al oeste. Tres días después buscaba los anuncios de Se Buscan Contadores en el periódico Des Moines. Sabía algo sobre sí mismo entonces, sabía lo cuidadoso que tendría que ser. Ya no podía permitirse el lujo de la ira incluso si estaba justificada. Por lo común era sólo tu telépata variedad de jardín—podía decirte lo que almorzaste, podía decirte cuál carta era la reina de corazones porque el listillo de esquina que barajaba el monte lo sabía—pero cuando se enojaba tenía acceso a su lanza, esta terrible lanza. . .

“Y a propósito, eso no es cierto,” decía la voz proveniente de la casetera. “La parte de ser sólo un telépata variedad de jardín, quiero decir, y entendía eso incluso cuando era un mocoso intentando entrar al Ejército. Simplemente no sabía la palabra para lo que yo era.”

La palabra, resultó, era *facilitador*. Y después se convenció de que ciertas personas—ciertos *caza-talentos*—lo vigilaban incluso entonces, midiéndolo, sabiendo que era diferente incluso en el subconjunto de los telépatas pero no *qué tan* diferente. En primer lugar, los telépatas que no venían de la Tierra Clave (era la frase que ellos usaban) eran raros. En segundo lugar, Ted había llegado a darse cuenta para la mitad de la década de los treinta que lo que tenía era realmente *atrapar*: si tocaba a una persona mientras estaba en un alto estado de emoción, esa persona se volvía por un corto tiempo un telépata. Lo que no había sabido entonces era que las personas que *ya* eran telépatas se volvían mas fuertes.

Exponencialmente más fuertes.

“Pero eso está más adelante en mi historia,” dijo.

Se trasladaba de ciudad a ciudad, un vagabundo que recorría los caminos en un carro de pasajeros y con un traje en vez de en una carroza vistiendo pantalones de tirantas oshkosh, sin quedarse en un sitio lo suficiente para dejar raíces. Y al mirar hacia atrás, suponía que sabía que incluso entonces era vigilado. Era algo intuitivo, o como rarezas que uno a veces captaba por la esquina del ojo. Se volvió consciente de un cierto *tipo* de gente, por ejemplo. Unas cuantas eran mujeres, en su mayoría eran hombres, y todos tenían gusto por trajes costosos, carne rara, y autos rápidos pintados de colores tan llamativos como sus vestidos. Sus rostros eran curiosamente pesados y extrañamente inexpresivos. Era una mirada que mucho después llegó a asociar con tarados que han tenido una cirugía plástica hecha por médicos falsos. Durante ese mismo periodo de veinticinco años—pero de nuevo no conscientemente, sólo en la esquina del ojo de su mente—se hizo consciente de que sin importar en qué ciudad estuviera, aquellos símbolos infantilmente simples tenían alguna forma de aparecer en cercas, antejardines y andenes. Estrellas y cometas, planetas con aros a su alrededor y medias lunas. En ocasiones un ojo rojo. A menudo había una rayuela pintada en el suelo en la misma área, pero no siempre. Más tarde, dijo, todo encajaba en una forma loca, pero no en las décadas de los treinta y cuarentas y el comienzo de los cincuentas, cuando se movía. No, en esa época había sido un poco como los Doctores Uno y Dos, no queriendo ver lo que había justo frente a él, porque era... perturbador.

Y entonces, justo para cuando Corea terminaba, vio El Anuncio. Prometía **EL TRABAJO DE LA VIDA** y decía que si uno era **EL HOMBRE CON LAS CALIFICACIONES CORRECTAS**, no habría **ABSOLUTAMENTE NINGUNA PREGUNTA**. Se enumeraban varias habilidades requeridas, ser contador entre ellas. Brautigan estaba seguro de que el anuncio salía en todos los periódicos del país; lo leyó en el *Bee* de Sacramento.

“¡Mierda!” dijo Jake. “El mismo periódico que leía el Padre Callahan cuando descubrió a su amigo George Magruder—”

"Shhh," dijo Rolando. "Escucha."
Ellos escucharon.

SEIS

Las pruebas eran administradas por humas (una palabra que Ted Brautigan no conocería por otras cuantas semanas—no hasta que pase del año 1955 al no-tiempo del Algul). El entrevistador que eventualmente encuentra en San Francisco también es un huma. Ted aprenderá (entre muchísimas otras cosas) que los disfraces que llevan los hombres bajos, en particular las máscaras que llevan, no son buenos, no cuando estás cerca y en ambiente personal. Cerca y en ambiente personal puedes ver la verdad: son híbridos huma/taheen que se toman el asunto de su transformación con un fervor religioso. La manera más fácil de encontrarte en un abrazo de oso de parte de un hombre bajo con un conjunto de dientes asesinos de hombre bajo buscando tu carótida es afirmar que las únicas dos cosas en que se están transformando es en más feos y viejos. Las marcas rojas en sus frentes—el Ojo del Rey—usualmente desaparecen (o se secan, como granos temporalmente dormidos) cuando están del lado de los Estados Unidos y las máscaras asumen una calidad orgánica rara, excepto por detrás de las orejas, donde se ve la carne de debajo, velluda y dentada, y dentro de sus fosas nasales, donde uno puede ver docenas de vellos pequeños moviéndose. Pero ¿quién es tan descortés como para mirarle la nariz a alguien por debajo?

Piensen lo que ellos piensen, de cerca y en ambiente personal hay algo definitivamente mal con ellos incluso cuando están del lado de Estados Unidos, y nadie quiere asustar a los peces nuevos antes de que la red esté en su sitio propiamente. Por eso hay humas (una abreviatura que los can-toi ni siquiera usarán; la encuentran degradante, como "negrito" o "vamp") en los exámenes, humas en las salas de entrevista, nada más que humas hasta después, cuando pasan a través de una de las puertas del lado de Estados Unidos que funciona y salen a Thunderclap.

Ted es evaluado, junto con otros cien o más, en un gimnasio que le recuerda al de East Hartford. Éste en particular ha sido llenado con filas y filas de escritorios de estudio (se han puesto consideradamente tapetes para que las bases de hierro de los antiguos escritorios no rayen la madera barnizada), pero tras la primera etapa de evaluación—una prueba diagnóstica de noventa minutos llena de preguntas de matemáticas, lenguaje y vocabulario—la mitad de ellos están vacíos. Tras la segunda etapa, son tres cuartas partes vacías. La etapa Dos consiste en algunas preguntas muy raras, preguntas altamente subjetivas, y en muchos casos Ted da una respuesta en la que no cree, porque piensa—tal vez sabe—que la gente que hace la prueba quiere una respuesta diferente de la que él (y la mayoría de personas) daría ordinariamente. Por ejemplo, está esta pequeña joya:

23. Usted se detiene cerca a un carro volcado en un camino poco transitado. Atrapado en el auto hay un Joven Hombre que pide auxilio. Usted pregunta, "¿Está herido, Joven Hombre?" a lo cual él responde, "¡No lo creo!" En el campo cerca hay un Maletín lleno de Dinero. Usted:

- a. Rescata al Joven Hombre y le devuelve su Dinero
- b. Rescata al Joven Hombre pero insiste en que el Dinero sea llevado a la Policía local
- c. Toma el Dinero y se aleja, sabiendo que aunque el camino puede ser poco transitado, alguien llegará eventualmente para liberar al Joven Hombre.
- d. Ninguna de las anteriores.

Si ésta hubiera sido una prueba para el Departamento de Policía de Sacramento, Ted habría hecho un círculo alrededor de la "b" sin dudarlo. Podía ser poco más que un vagabundo en el

camino, pero su mamá no crió tontos, muchísimas gracias. Esa opción sería la correcta en la mayoría de circunstancias, también—la opción de jugar seguro, la opción de no puede estar mal. Y como un posición a la cual recurrir, la que dice "No tengo la más mínima idea de qué trata esto pero al menos soy lo suficientemente honesto para decirlo," estaba la "d."

Ted hace un círculo sobre "c," pero no porque eso sea necesariamente lo que haría en esa situación. Tiende a pensar que escogería "a," a la larga, presumiendo que al menos pudiera hacerle al "Joven Hombre" unas cuantas preguntas sobre de dónde provenía el dinero. Y si no estaba involucrada la tortura (y él lo sabría, ¿o no?, sin importar lo que el "Joven Hombre" pudiera decir sobre el asunto), seguro, aquí está tu dinero. Vaya con Dios.¹⁹ ¿Y por qué? Porque Ted Brautigan cree que el dueño de la difunta confitería tenía razón en algo: MATAN AL HOMBRE PEQUEÑO.

Pero hace un círculo en la "c," y cinco días después se encuentra en la antesala de un antiguo estudio de danza en San Francisco (su pasaje desde Sacramento pagado de antemano), junto con otros tres hombres y una adolescente de expresión hosca (la chica, resulta, es la antigua Tanya Leeds de Bryce, Colorado). Más de cuatrocientas personas llegaron a la prueba en el gimnasio, atraídas por el aviso como si fuera una jarra de miel. Idiotas, en su mayoría. Aquí, sin embargo, hay cuatro listos. Uno por ciento. E incluso esto, como Brautigan descubrirá con el tiempo, es una pesca sorprendente.

Eventualmente le llevan a una oficina con el letrero PRIVADO. Está llena en su mayoría de cosas de ballet llenas de polvo. Un hombre de rostro duro y hombros anchos vestido de traje marrón se sienta en una silla plegable, rodeado de manera incongruente por tutús rosa como de película. Ted piensa, un sapo real en un jardín imaginario.

El hombre se sienta inclinado hacia adelante, con los brazos en los gigantescos muslos. "Sr. Brautigan," dice, "puede que yo sea o no un sapo, pero puedo ofrecerle el trabajo de su vida. También puedo enviarlo fuera con un sacudón de manos y un muchas gracias. Depende de la respuesta a una pregunta. Una pregunta sobre una pregunta, de hecho."

El hombre, cuyo nombre resulta ser Frank Armitage, le pasa a Ted una hoja de papel. En ella, cortada, está la Pregunta 23, aquella sobre el Joven Hombre y el Maletín con Dinero.

"Puso un círculo en la 'c,' " dice Frank Armitage. "Así que ahora, sin la menor duda, por favor dígame por qué."

"Porque 'c' era lo que ustedes querían," replica Ted sin la menor duda.

"¿Y cómo sabe eso?"

"Porque soy un telépata," dice Ted. "Y eso es lo que están buscando realmente." Intenta mantener su cara de póquer y piensa que tiene el suficiente éxito, pero por dentro está lleno de un grandioso y exilarante alivio. ¿Porque ha encontrado un trabajo? No. ¿Porque en poco le harán una ofertan que haría que los premios de los concursos de la televisión parecieran poco? No.

Porque finalmente alguien quiere lo que él puede hacer.

Porque alguien finalmente lo quiere.

SIETE

La oferta de trabajo resultó ser otra jarra de miel, pero Brautigan era lo suficientemente honesto en su memoria grabada para decir que habría seguido adelante incluso si hubiera sabido la verdad.

"Porque el talento no se quedará callado, no sabe cómo quedarse callado," dijo. "Sea un talento para abrir lo seguro, leer la mente o dividir cifras de diez dígitos en la cabeza, grita por que lo usen. Nunca se calla. Te despertará en el medio de la noche más cansada, gritando, '¡Úsame, úsame, úsame! ¡Estoy cansado de estar sentado! ¡Úsame, cabeza de pito, úsame!'"

¹⁹ N. del T. En español en el original.

Jake soltó una carcajada de pre-adolescente. Cubrió su boca pero siguió riéndose a través de sus manos. Acho alzó la mirada hacia él, esos ojos negros con los anillos dorados de matrimonio flotando en ellos, sonriendo cruelmente.

Allí en el cuarto lleno de los tutús rosa con encajes, su sombrero de ala ancha hacia atrás en su cabeza con el cabello muy corto, Armitage le preguntó a Ted si había oído alguna vez de las "Abejas Marinas de Sudamérica." Cuando Ted le respondió que no, Armitage le contó que un consorcio de ricos hombres de negocios sudamericanos, en su mayoría brasileños, había contratado un grupo de ingenieros, obreros de construcción y trabajadores norteamericanos en 1946. Unos cien en total. Estos eran las Abejas Marinas de Sudamérica. El consorcio los contrató por un periodo de cuatro años, y con diferentes salarios, pero el pago era extremadamente generoso—casi al punto de la vergüenza—en todos los niveles. Un operador de retroexcavadora podría firmar un contrato por U\$20,000 al año, por ejemplo, lo que era muchísimo en esos días. Pero había más: un bono igual al pago de un año. Un total de U\$100,000. Es decir, si el tipo estaba de acuerdo en una condición inusual: vas, trabajas y no vuelves hasta que pasen los cuatro años o el trabajo quede hecho. Te daban dos días de descanso a la semana, como en los Estados Unidos, y vacaciones cada año, como en Estados Unidos, pero en las pampas. No podías volver a Norteamérica (ni siquiera a Río) hasta que se acabara tu contrato de cuatro años. Si morías en Sudamérica, quedabas plantado allí—nadie iba a pagar para que embarcaran tu cuerpo a Wilkes-Barre. Pero tenías cincuenta grandes, y un periodo de gracia de sesenta días durante el cual podías gastarlos, ahorrarlos, invertirlos o sentarte en ellos. Si escogías la inversión, esos cincuenta grandes podrían ser setenta y cinco cuando salieras de la selva bailando un vals con un bronceado hasta los huesos, un conjunto completamente nuevo de músculos y una vida de historias que contar. Y, desde luego, una vez que estabas fuera tenías lo que a los británicos les gustaba llamar "la otra mitad para ponerla encima."

Esto era como eso, le dijo Armitage a Ted con seriedad. Sólo que la mitad del frente sería un genial cuarto de millón y la otra mitad medio millón.

"Lo que sonaba increíble," dijo Ted desde la Wollensak. "Desde luego que sí, por Dios. No descubrí hasta después lo increíblemente baratos que nos estaban comprando, incluso a aquellos precios. Dinky es particularmente elocuente en el asunto de la tacañería de ellos. . . 'ellos' en este caso se refiere a todos los burócratas del Rey. Dice que el Rey Carmesí intenta provocar el final de toda la creación con el plan de ahorro, y desde luego tiene la razón, pero creo que incluso Dinky se da cuenta—aunque no lo admitirá, desde luego—que si le ofreces a un hombre demasiado, simplemente se rehusa a creerlo. O dependiendo de su imaginación (muchos telépatas y precognitivos no tienen casi imaginación en lo absoluto), son *incapaces* de creerlo. En nuestro caso, el periodo de contrato era de seis años, con opción de renovar, y Armitage necesitaba mi decisión de inmediato. Pocas técnicas son tan exitosas, dama y caballeros, como aquella donde bloqueas la mente de tu objetivo, congelándolo con avaricia, y luego lo bombardeas.

"Yo fui bombardeado apropiadamente, y estuve de acuerdo de inmediato. Armitage me dijo que mi cuarto de millón estaría en el Banco de San Francisco en Seaman esa tarde, y podría retirarlo tan pronto como llegara allí. Le pregunté si tenía que firmar un contrato. Él estiró una de sus manos—grande como un jamón—y me dijo que ése era nuestro contrato. Le pregunté a dónde iría y qué haría—preguntas que debí haber hecho primero, estoy seguro que estarían de acuerdo, pero estaba tan aturdido que jamás se me pasó por la cabeza.

"Además, estaba muy seguro de que lo sabía. Pensé que trabajaría para el gobierno. Alguna clase de trabajo de la Guerra Fría. La rama telepática de la CIA o el FBI, ubicada en una isla del Pacífico. Recuerdo pensar que sería una excelente estación de radio.

"Armitage me dijo, 'Vas a viajar mucho, Ted, pero también será justo en la puerta del lado. Y por el momento, es todo lo que puedo decir. Excepto que tengas la boca cerrada sobre nuestro arreglo durante las ocho semanas antes de que realmente. . . mmm. . . te embarques. Recuerda que las bocas sueltas hunden barcos. Y a riesgo de inculcarte paranoia, asume que te están vigilando.'

"Y desde luego *me* vigilaban. Más tarde—*demasiado* más tarde, por así decirlo—fui capaz de recordar mis últimos dos meses en San Francisco y darme cuenta de que los can-toi me vigilaron todo el tiempo.

"Los hombres bajos."

OCHO

"Armitage y otros dos humas nos recibieron fuera del Hotel Mark Hopkins," dijo la voz desde la grabadora. "Recuerdo la fecha con perfecta claridad; era Halloween de 1955. Cinco en punto de la tarde. Yo, Jace McGovern, Dave Ittaway, Dick. . . no puedo recordar su apellido, murió unos seis meses después, Humma dijo que fue neumonía y el resto de los ki'cans lo apoyó—ki'can significa algo así como gente de mierda, si les interesa—pero fue suicidio y yo lo supe aunque no lo supiera nadie más. El resto. . . bueno, ¿recuerdan al Dr. Número Dos? El resto eran y son como él. 'No me digas lo que no quiero saber, sai, no jodas con mi visión del mundo.' De cualquier manera la última fue Tanya Leeds. Pequeña cosa ruda. . ."

Una pausa y un click. Entonces la voz de Ted volvió a empezar, sonando temporalmente refrescada. La tercera cinta casi había acabado. *Debe haberse quemado realmente a través del resto de la historia*, pensó Eddie, y encontró que la idea lo decepcionaba. Fuera lo que fuera, Ted era un maravilloso narrador de cuentos.

"Armitage y sus colegas aparecieron en una camioneta Ford, lo que llamábamos en esos días mágicos una maderita. Nos llevaron al interior, a un pueblo llamado Santa Mira. Había una calle principal pavimentada. El resto de ellas eran polvo. Recuerdo que habían muchas grúas de aceite, parecidas a mantis religiosas, aunque estaba oscuro entonces y realmente eran apenas sombras contra el cielo."

"Yo esperaba una estación de tren, o tal vez un autobús con el letrero PRIVADO en la ventanilla que indicaba el destino. En vez de ello llegamos a un depósito de envíos con una señal que decía EMBARQUE SANTA MIRA colgando inclinada en el frente y me llegó un pensamiento, claro como el día, de Dick como—se—llamara. *Nos van a matar*, pensaba. *Nos trajeron aquí para matarnos y robarnos las cosas*.

"Si no eres telépata, no sabes lo aterrador que algo como eso puede ser. Cómo la certeza de ello casi. . . invade tu mente. Vi a Dave Ittaway palidecer, y aunque Tanya no hizo un sonido—era una pequeña cosa ruda, como les dije—había la suficiente luz en el auto para ver que en sus ojos se acumulaban lágrimas.

"Me incliné hacia ella, tomé en mis manos las de Dick y las apreté cuando él intentó zafarse. Pensé hacia él, *No nos dieron un cuarto de millón a cada uno, en su mayoría aún guardados en el Banco de Seaman, para traernos a los suburbios y robarnos los relojes*. Y Jace pensó hacia mí, *Yo ni siquiera tengo reloj. Empeñé mi Gruen hace dos años en Albuquerque, y para cuando pensé en comprarme otro—anoche a media noche—todas las tiendas estaban cerradas y yo estaba demasiado ebrio para bajarme de la silla de bar en la que estaba, de cualquier manera*.

"Eso nos relajó, y todos nos reímos. Armitage nos preguntó de qué nos reíamos y eso nos relajó aún más, porque teníamos algo que ellos no, podíamos comunicarnos de una manera en que ellos no podían. Le dije que no era nada, luego le di otro apretón a las manos de Dick. Surtió efecto. Yo. . . lo facilité, supongo. Fue la primera vez que lo hice. La primera de muchas. Eso es parte de la razón por la cual estoy tan cansado; toda esa facilitación desgasta a un hombre.

"Armitage y los otros nos llevaron dentro. El lugar estaba desértico, pero al final había una puerta con dos palabras en tiza, junto con esas lunas y estrellas, ESTACIÓN THUNDERCLAP, decía. Bueno, no había ninguna estación: ni rieles, ni autobuses, ningún camino además del que habíamos usado para llegar allí. Habían ventanas a cada lado de la puerta y nada al otro lado del edificio además de un par de edificios más pequeños—cobertizos desérticos, uno de ellos apenas una concha quemada—y mucha tierra llena de maleza y cubierta de basura.

"Dave Ittaway dijo, '¿Por qué vamos hacia allá?' y uno de los otros dijo, 'Ya verán,' y ciertamente así fue.

"'Las damas primero,' dijo Armitage, y abrió la puerta.

"Estaba oscuro del otro lado, pero no el mismo *tipo* de oscuridad. Era oscuridad *más oscura*. Si han visto Thunderclap de noche, lo sabrán. Y sonaba diferente. Al viejo de Dick se le ocurrió algo más y se dio la vuelta. Uno de los hombres sacó una pistola. Y nunca olvidaré lo que

Armitage dijo. Porque sonó. . . amablemente. 'Demasiado tarde para regresar ahora,' dijo. 'Ahora sólo pueden ir hacia adelante.'

"Y pienso que en ese preciso instante supe que ese negocio sobre el plan de seis años, y la renovación si queríamos, era lo que mi amigo Bobby Garfield y *su* amigo Sully-John habrían llamado una mierda y media. No es que pudiéramos leerlo en sus pensamientos. Todos llevaban sombreros, ya ven. Nunca se ve a un hombre bajo—y de paso, a ninguna dama baja—sin un sombrero puesto. Los de los hombres parecían sombreros normales de ala ancha, del tipo que la mayoría de personas llevaban en esa época, pero estos no eran cobertores comunes y corrientes. Eran gorras de pensamiento. Aunque gorras de *anti*-pensamiento sería más adecuado; ocultan los pensamientos de la gente que los lleva puestos. Si intentas perforar a alguien que lleve uno—*perforar* es la palabra que Dinky usa para la lectura de mente—sólo se escucha un zumbido con muchos susurros por debajo. Muy desagradable, como las campanillas del exotransito. Si las han oído, sabrán. Demasiado esfuerzo desanima, y esfuerzo es lo último en que los telépatas del Algul están interesados. Lo que a los Disgregadores más les interesa, dama y caballeros, es seguir adelante para seguir adelante. Lo que sólo se muestra como lo que es—monstruoso— si uno se aparta y mira hacia atrás. Una cosa más que tampoco interesa a la mayoría de Disgregadores. Muy a menudo se escucha un dicho—un pequeño verso—por el campus, o se ve escrito con tiza en las paredes: 'Disfruta el viaje, prende la ventilación, no hay nada que perder, entonces trabaja en tu bronceado.' Significa mucho más que 'Tómalo con calma.' Las implicaciones de esa pequeña rima son extremadamente desagradables. Me pregunto si pueden verlo."

Eddie pensó que *él* podía, al menos, y se le ocurrió que su hermano Henry habría sido un Disgregador absolutamente maravilloso. Suponiendo eso sí que le hubieran dejado llevar su heroína y sus discos de Creedence Clearwater Revival.

Una pausa mayor de Ted, luego una suerte de risa vergonzante.

"Creo que es hora de hacer una historia larga un poco más corta. Pasamos por la puerta, dejémoslo en eso. Si lo han hecho, saben que puede ser muy desagradable si la puerta no funciona a la perfección. Y la puerta entre Santa Mira, California y Thunderclap estaba en mejor forma que algunas por las que he pasado después.

"Por un momento sólo hubo oscuridad del otro lado, y el aullido de lo que los taheen llaman perros del desierto. Luego un grupo de luces se encendió y vimos estas. . . estas cosas con cabezas de pájaros y comadreja y una con la cabeza de un toro, con cuernos y todo. Jace gritó, y yo también. Dave Ittaway se dio la vuelta e intentó correr, pero Armitage lo agarró. Incluso si no lo hubiera hecho, ¿a dónde podía ir? ¿Atrás por la puerta? Estaba cerrada, y por lo que sé, es de un sólo sentido. El único de nosotros que nunca hizo un ruido fue Tanya, y cuando me miró, lo que vi en sus ojos y leí en su mente fue alivio. Porque sabíamos, ya ven. No fueron resueltas todas las preguntas, pero sí las dos que importaban. ¿Dónde estábamos? En otro mundo. ¿Cuándo regresaríamos? Jamás. Nuestro dinero se quedaría en el Seaman de San Francisco hasta que se convirtiera en millones, y nadie jamás lo gastaría. Estábamos dentro para el recorrido largo.

"Había un autobús allí, con un robot conductor llamado Phil. 'Mi nombre es Phil, voy con el redil, pero lo mejor es que no puedo huir,' dijo. Olía a rayos y de su interior provenía toda clase de sonidos discordantes. El viejo Phil ya está muerto, caído en el cementerio de trenes y robots con sólo Dios sabe cuántos más, pero tienen suficiente ayuda mecanizada para ayudar a terminar lo que empezaron, estoy seguro.

"Dick se desmayó cuando salimos del lado de Thunderclap, pero para cuando pudimos ver las luces del complejo ya había vuelto en sí. Tanya tenía la cabeza en el regazo, y recuerdo con cuánto agradecimiento él la miraba. Es gracioso lo que uno recuerda ¿no? Nos registraron a la entrada. Nos asignaron nuestros dormitorios, nos asignaron nuestras suites, vieron que nos alimentaran. . . y fue una comida jodidamente espléndida. La primera de muchas.

"Al día siguiente, fuimos a trabajar. Y, aparte de mis pequeñas 'vacaciones en Connecticut,' hemos estado trabajando desde entonces."

Otra pausa. Luego:

"Que Dios nos ayude, hemos estado trabajando desde entonces. Y, que Dios nos perdone, la mayoría de nosotros hemos sido felices. Porque lo único que el talento quiere es que lo usen."

NUEVE

Les cuenta de sus primeros turnos en El Estudio, y de cómo se dio cuenta—no gradualmente sino casi de inmediato—de que no estaban allí para buscar espías o leer los pensamientos de los científicos rusos, “o cualquier cosa de esa basura sobre el espacio,” como diría Dinky (no es que Dinky hubiera estado allí desde el comienzo, aunque Sheemie sí lo estaba). No, lo que están haciendo es disgregando, rompiendo algo. Puede sentirlo, no sólo en el cielo que cubre Algul Siento sino en toda parte alrededor suyo, incluso bajo sus pies.

Y aún así está contento lo suficiente. La comida es buena, y aunque sus apetitos sexuales han disminuido un poco con los años, no le resulta aversivo ni un poco el viejo polvo, sólo recordándose cada vez que el sexo virtual realmente no es nada más que masturbación con accesorios. Pero entonces, recuerda que ha tenido el viejo polvo con las viejas putas durante los años, como cualquier hombre que vive en el camino, y podría testificar que esa clase de sexo tampoco es demasiado diferente de la masturbación; lo estás poniendo en ella tan duro como puedes, el sudor emanando de ti, y ella dice “Bebé-bebé-bebé,” y se pregunta todo el tiempo si debería llenarle el tanque al auto e intenta recordar qué día hay entradas dobles en el Red & White. Como con la mayor parte de las cosas en la vida, tienes que usar tu imaginación, y Ted puede hacer eso, es bueno con lo de la vieja visualización, muchísimas gracias. Le gusta el techo sobre su cabeza, le gusta la compañía—los guardias son guardias, sí pero les cree cuando dicen que su trabajo es tanto evitar que algo malo entre como asegurarse de que los Disgregadores salgan. Le agrada también la mayoría de internos, y se da cuenta después de un año o dos que los internos lo necesitan de alguna forma extraña. Él es capaz de consolarlos cuando aparecen las manchas; es capaz de calmar sus dolorosas oleadas de extrañar sus casas con una hora más o menos de habla entre susurros. Y seguramente esto es bueno. Tal vez todo es bueno—ciertamente se siente como algo bueno. Extrañar el hogar es humano, pero Disgregar es divino. Intenta explicárselo a Rolando y su tet, pero lo más que logra, lo más cerca que llega, es decir que es como ser capaz por fin de rascarse en ese lugar inalcanzable de la espalda que siempre te enloquece con su leve pero persistente escozor. Le gusta ir a El Estudio, y lo mismo le pasa a los demás. Le gusta cómo se siente sentarse allí, oliendo el olor de la madera y el cuero, buscando. . . buscando. . . y entonces, de repente, aaahhh. Allí estás. Estás enganchado, balanceándote como un simio en una pata. Estás disgregando, bebé, y disgregar es divino.

Dinky dijo una vez que El Estudio era el único lugar del mundo donde realmente se sentía en contacto consigo mismo, y era por eso que quería verlo cerrado. Quemado, si es posible. “Porque sé el tipo de mierda que soy cuando estoy en contacto conmigo mismo,” le dijo a Ted. “Cuando yo, ya sabes, realmente me meto en la abertura.” Y Ted sabía exactamente de qué hablaba. Porque El Estudio era siempre demasiado bueno para ser verdad. Te sentabas, tal vez tomabas una revista, mirabas fotos de modelos y mantequilla, estrellas de cine y autos de motor, y sentías que tu mente subía. El Haz estaba por todas partes, era como estar en un amplio corredor lleno de fuerza, pero tu mente siempre subía hasta el techo y cuando llegaba allí encontraba esa vieja y grande abertura corrediza.

Puede que una vez, justo después que el Prim se retiró y la voz de Gan todavía hacía eco en los cuartos del macroverso, los Haces fueran suaves y lustrosos, pero esos días se fueron. Ahora el Camino del Oso y la Tortuga está lleno de tumultos y erosionado, lleno de recovecos, pasos y grietas, lleno de sitios en donde meter los dedos y agarrarte, y en ocasiones lo halas y puedes sentir como te insertas en él como una gota de ácido que puede pensar. Todas estas sensaciones son intensamente placenteras. Son sexy.

Y para Ted hay algo más, asimismo, aunque no sabe que es el único que lo tiene hasta que Trampas se lo dice. Trampas nunca pretende decirle nada, pero tiene ese feo caso de eczema, ya ven, y esto cambió todo. Es difícil creer que un cuero cabelludo con caspa podría ser responsable de salvar a la Torre Oscura, pero la idea no es muy descabellada.

No es descabellada en lo absoluto.

DIEZ

"Hay unos ciento ocho trabajadores a tiempo completo en el Algul," dijo Ted. "No soy nadie para decirle a alguien cómo hacer su trabajo, pero eso es algo que tal vez querrán escribir ustedes, o al menos recordar. Dicho burdamente, hay sesenta por cada turno de ocho horas y se dividen en grupos de a veinte. Los taheen tienen la visión más aguda y generalmente vigilan las torres de guardia. Los humas patrullan la cerca exterior. Con pistolas—calibres gruesos. En el interior está Prentiss, el Amo, y Finli de Tego, el Jefe de Seguridad—huma y taheen, respectivamente—pero la mayoría de los flotantes son can-toi. . . los hombres bajos, entienden.

"La mayoría de los hombres bajos no se juntan con los Disgregadores; lo mejor que pueden hacer es una pequeña camaradería tiesa. Dinky me dijo una vez que nos tienen celos porque somos lo que llama 'humas terminados.' Al igual que los guardias huma, los can-toi llevan gorras de pensamiento cuando están de turno para que no los podamos perforar. El hecho es que la mayoría de Disgregadores no ha intentado perforar nada ni a nadie más que al Haz por años, y tal vez no puedan ya; la mente es un músculo también, y como cualquier otro, se atrofia si uno no lo usa."

Una pausa. Un click en la cinta. Luego:

"No voy a ser capaz de terminar. Estoy decepcionado pero no del todo sorprendido. Ésta tendrá que ser mi última historia, señores, lo siento."

Un sonido bajo. Susannah estaba muy segura de que era un sonido de beber algo; Ted tomando otro trago de agua.

"¿Les he dicho que los taheen no necesitan llevar las gorras de pensamiento? Hablan inglés a la perfección, y he sentido de tiempo en tiempo que algunos tienen limitadas habilidades propias de perforación, pueden enviar y recibir—al menos un poco—pero si te hundes en ellos, recibes ráfagas que aturden tu cabeza de lo que suena como estática mental—ruido blanco. Supuse que era alguna clase de dispositivo de protección; Dinky cree que es la manera en que *piensan* en realidad. De cualquier forma, hace que sea más fácil para ellos. ¡No tienen que recordar ponerse sombreros por la mañana cuando salen!

"Trampas era uno de los patrulleros can-toi. Podrían verlo un día caminando por la Calle Principal en Villa Agradable, o sentado en una banca en la mitad de el Comercio, usualmente con un libro de auto-ayuda como *Siete Pasos para el Pensamiento Positivo*. Luego, el día siguiente, allí está inclinado contra el costado de Casa Heartbreak, tomando el sol. Igual con los otros can-toi flotantes. Si hay un patrón, nunca he sido capaz de anticiparlo, ni Dinky. No creemos que haya uno.

"Lo que ha hecho diferente siempre a Trampas es una falta completa de ese sentido de celos. Realmente es amistoso—o lo era; en algunas cosas difícilmente parecía ser un hombre bajo en lo absoluto. No parece gustarle mucho a muchos de sus colegas can-toi. Lo cual es irónico, ¿saben?, porque si realmente *existe* algo como la *transformación*, entonces Trampas es uno de los pocos que realmente parece estar llegando a alguna parte con ello. La risa simple, por ejemplo. Cuando la mayoría de hombres bajos se ríen, suena como una canasta de rocas rodando por canaleta de carbón de hojalata: te hace temblar, como dice Tanya. Cuando Trampas ríe, suena un poco en un tono alto, pero por lo demás es normal. Porque se ríe, creo. Se ríe genuinamente. Los demás sólo se obligan a hacerlo.

"De cualquier manera, me puse a conversar con él un día. En Calle Principal, fuera del Gem. *La Guerra de las Galaxias* estaba de vuelta por su enésima resurrección. Si hay una película de la que los Disgregadores nunca se cansan, es *La Guerra de las Galaxias*.

"Le pregunté si sabía de dónde venía su nombre. Dijo que sí, por supuesto, de su clan familiar. A cada can-toi su clan familiar le da un nombre huma en algún momento de su desarrollo; es una clase de marca de madurez. Dinky dice que obtienen ese nombre la primera vez que tienen éxito masturbándose, pero eso es sólo Dinky siendo Dinky. El hecho es que no sabemos y no importa, pero algunos de los nombres son muy graciosos. Hay un tipo que se parece a Rondo Hatton, un actor de cine de los treinta quien sufría de acromegalia y tenía

trabajo actuando como monstruo o psicópata, pero su nombre es Thomas Carlyle. Hay otro llamado Beowulfo y un tipo llamado Van Gogh Báez.”

Susannah, una mujer de la Calle Bleecker de las de antes, se puso el rostro en las manos para sofocar un ataque de risa.

“De cualquier forma, le dije que Trampas era un personaje de una famosa novela western llamada *El Virginiano*. Segundo por detrás del héroe real, cierto, pero Trampas dice la línea del libro que todo el mundo recuerda: ‘¡Sonríe cuando digas eso!’ Le produjo risa a nuestro Trampas, y terminé contándole toda la trama del libro en medio de tazas del café de la droguería.

“Nos hicimos amigos. Le contaba lo que pasaba en nuestra pequeña comunidad de Disgregadores, y él me contaba todo tipo de cosas interesantes pero inocentes sobre lo que pasaba de su lado de la cerca. También se quejaba de su eczema, que hacía que la cabeza le rascara terriblemente. Todo el tiempo levantaba su sombrero—éste parecía un frijol, casi como un *yarmulke*, sólo que hecho de denim—para rascarse por debajo. Afirmaba que ése era el peor lugar de todos, incluso peor que allá abajo en tu hace-hombre. Y poco a poco, me di cuenta de que cada vez que levantaba su frijol para rascarse, podía leer sus pensamientos. No sólo los que estaban encima, sino *todos* ellos. Si era rápido—y aprendí a serlo—podía buscar y escoger, exactamente como uno buscaría y escogería artículos en una enciclopedia pasando las páginas. Sólo que realmente no era como eso; era más como alguien que prende y apaga un radio durante una emisión de noticias.”

“Mierda,” dijo Eddie, y tomó otra galleta graham. Deseaba mucho tener leche para remojarlas: las galletas graham sin leche eran como las Oreo sin la cosa blanca en la mitad.

“Imaginen prender completamente un radio o televisor,” dijo Ted con su voz oxidada y decayente, “y luego apagarla de nuevo. . . así de rápido.” Dijo todo esto al tiempo a propósito, y todos sonrieron—incluso Rolando. “Eso les dará una idea. Ahora les diré lo que aprendí. Sospecho que ya lo saben, pero no puedo arriesgarme a que no sea así. Es demasiado importante.

“Hay una Torre, dama y caballeros, como *deben* saber. En un tiempo seis haces se entrecruzaban allí, tomando energía de ella—es alguna clase de fuente de energía inimaginable—y prestándole soporte, en la forma en que los cables le dan soporte a una torre de radio. Cuatro de estos haces ya han desaparecido, el cuarto muy recientemente. Los únicos dos que quedan son el Haz del Oso, Camino de la Tortuga—el Haz de Shardik—y el Haz del Elefante, Camino del Lobo—algunos lo llaman el Haz de Gan.

“Me pregunto si pueden imaginar mi horror al descubrir lo que realmente había estado haciendo en El Estudio. Cuando había estado rascando en esa comezón inocente. Aunque todo el tiempo supe que era algo importante, lo *sabía*.

“Y había algo peor, algo que *no* había sospechado, algo que aplicaba sólo a mí. Había sabido que yo era diferente en algunas cosas; por ejemplo, parecía ser el único Disgregador con una poca de compasión en mi ser. Cuando se contagian con las irritaciones, soy yo, como les dije, a quien van. Pimli Prentiss, el Amo, casó a Tanya y Joey Rastosovich—insistió en ello, no escucharía una sola palabra en contra de esa idea, vivía diciendo que era su privilegio y responsabilidad, que era como el capitán de un viejo crucero—y desde luego dejaron que lo hiciera. Pero después, vinieron a mis habitaciones y Tanya dijo, ‘*Tú cásanos, Ted. Entonces estaremos casados de verdad.*’

“Y en ocasiones me pregunto a mí mismo, ‘¿Pensabas que eso era todo lo que había? Antes de que empezaras a frecuentar a Trampas, y a escuchar cada vez que levantaba su gorra para rascarse, ¿realmente pensabas que tener un poco de lástima y amor en tu alma eran las únicas cosas que te apartaban de los otros? ¿O también te engañabas a ti mismo sobre eso?’

“No estoy del todo seguro, pero tal vez puedo creerme inocente de ese cargo en particular. Realmente no entendía que mi talento va más allá de perforar y Disgregar. Soy como un micrófono para un cantante o un esteroide para un músculo. Yo los. . . *aumento*. Digamos que hay una unidad de fuerza—llamémosla *oscuridades*, ¿de acuerdo? En El Estudio, veinte o treinta personas pueden ser capaces de poner cincuenta oscuridades por hora sin mí. ¿*Conmigo*? Tal vez salte a *quinientas* oscuridades por hora. Y saltan de golpe.

“Escuchando en la cabeza de Trampas, llegué a ver que me consideraban la caza del siglo, tal vez de toda la historia, el único Disgregador realmente indispensable. Ya les había ayudado

a romper un Haz y les estaba ahorrando *siglos* de trabajo en el Haz de Shardik. Y cuando el Haz de Shardik se rompa, dama y caballeros, el de Gan sólo puede durar un poco de tiempo. Y cuando el Haz de Gan también se rompa, la Torre Oscura caerá, la creación terminará y el mismísimo Ojo de la Existencia quedará ciego.

"Cómo fue que evite que Trampas viera mi molestia no lo sé. Y tengo razones para creer que no mantuve una cara de póquer tan completa como pensaba en el momento.

"Sabía que tenía que salir. Y fue entonces cuando Sheemie llegó a mí por primera vez. *Creo* que me había estado leyendo todo el tiempo, pero incluso ahora no lo sé con certeza, y tampoco Dinky. Todo lo que sé es que una noche vino a mi cuarto y pensó hacia mí, 'Haré un agujero para ti, sai, si quieres, y puedes decir adiosito.' Le pregunté de qué estaba hablando, y sólo me miró. Es gracioso lo mucho que puede decir sólo una mirada, ¿no? *No insultes mi inteligencia. No gastes mi tiempo. No gastes el tuyo.* No leí esos pensamientos en su mente, para nada. Los vi en su rostro."

Rolando expresó su acuerdo con un gruñido. Sus ojos brillantes estaban fijos en las bobinas giratorias de la grabadora.

"Le *pregunté* de dónde saldría el agujero. Dijo que no lo sabía—yo tendría que confiar en la suerte. Daba igual, no lo pensé por mucho tiempo. Temía que de hacerlo, encontraría razones para quedarme. Dije, 'Adelante, Sheemie—hazme decir adiosito.'

"Cerró sus ojos y se concentró, y al instante la esquina de mi cuarto había desaparecido. Podía ver cómo pasaban autos allí. Estaban distorsionados, pero eran genuinos autos norteamericanos. No discutí ni cuestioné más, simplemente fui por ello. No estaba completamente seguro de que pudiera pasar por allí hacia ese otro mundo, pero llegué a un punto donde apenas si me importaba. Pensé que morir podría ser la mejor cosa que podría hacer. Los haría ir más despacio, al menos.

"Y justo antes de sumergirme, Sheemie pensó hacia mí, 'Busca a mi amigo Will Dearborn. Su nombre real es Rolando. Sus amigos están muertos, pero sé que él no, porque puedo escucharlo. Es un pistolero y tiene nuevos amigos. Tráelos aquí y harán que los tipos malos dejen de lastimar el Haz, tal y como hizo que Jonas y sus amigos se detuvieran cuando me iban a matar.' Para Sheemie esto era un sermón.

"Cerré los ojos y atravesé. Hubo una breve sensación de que mi cabeza era volteada, pero eso fue todo. Nada de campanillas ni náusea. Realmente bastante agradable, al menos en comparación a la puerta de Santa Mira. Salí de manos y rodillas junto a una autopista concurrida. Había una hoja de periódico flotando sobre la hierba. La recogí y vi que aterricé en abril de 1960, casi cinco años después de que Armitage y sus amigos nos llevaran como ganado a través de la puerta en Santa Mira, al otro lado del país. Estaba observando una hoja del *Courant* de Hartford. Y el camino resultó ser el Merritt Parkway."

"¡Sheemie puede hacer puertas mágicas!" gritó Rolando. Había estado limpiando su revólver mientras escuchaba, pero ahora lo puso a un lado. "¡Eso es lo que es teletransportación! *¡Eso es lo que significa!*"

"Shhh, Rolando," dijo Susannah. "Ésta debe ser su aventura de Connecticut. Quiero escuchar esta parte."

ONCE

Pero ninguno de ellos escuchó de la aventura de Connecticut de Ted. Él simplemente la llama "una historia para otro día" y le cuenta a sus oyentes que fue atrapado en Bridgeport mientras intentaba acumular suficiente dinero para desaparecer permanentemente. Los hombres bajos lo metieron en un auto, lo llevaron en él a Nueva York y luego a un restaurante llamado el Dixie Pig. De allí a Fedic y de Fedic a la Estación Thunderclap; de la estación fue llevado de vuelta a la Devar-Toi, oh Ted, qué bueno verte, bienvenido otra vez.

La cuarta cinta ha corrido ya tres cuartas partes, y la voz de Ted es poco más que un graznido. Sin embargo, valerosamente continúa.

"No me había ido por mucho tiempo, pero aquí el tiempo había dado uno de sus erráticos saltos hacia adelante. Humma de Tego ya no estaba al frente, probablemente por mi culpa, y Prentiss de Nueva Jersey, el ki'-dam estaba al frente ahora. El y Finli me interrogaron en la suite del Amo muchas veces. No hubo tortura física—creo que pensaban que yo era demasiado importante para arriesgarse a dañarme—pero hubo bastante incomodidad y cantidad de juegos mentales. También me dejaron en claro que si intentaba huir de nuevo, mis amigos de Connecticut morirían. Dije, '¿No lo entienden chicos? Si sigo haciendo mi trabajo van a quedar fuera de cualquier forma. Todo el mundo va a quedar fuera, con la posible excepción de aquel que llaman el Rey Carmesí.'

"Prentiss movió sus dedos en la molesta forma que solía hacerlo y dijo, 'Puede que eso sea o no cierto, sai, pero si así es, no sufriremos cuando 'quedemos fuera,' como dices. El pequeño Bobby y la pequeña Carol, por otra parte. . . por no mencionar a la madre de Carol y al amigo de Bobby, Sully-John. . .' No tuvo que terminar. Aún me pregunto si saben lo terriblemente asustado que me dejaron con esa amenaza contra mis jóvenes amigos. Y lo terriblemente enfadado.

"Todas sus preguntas se resumían en dos cosas que realmente querían saber: Por qué había huido y quién me había ayudado a hacerlo. Pude haber caído en la vieja rutina nombre—rango—número serial, pero decidí arriesgarme a ser un poco más expansivo. Había querido huir, dije, porque había captado una luz de algunos de los guardias can-toi sobre lo que realmente estábamos haciendo y no me había gustado la idea. En cuanto a cómo había salido, les dije que no sabía. Me fui a dormir una noche, dije, y simplemente desperté junto a la Merritt Parkway. Pasaron de reírse de la historia a creerla a medias, sobre todo porque nunca le cambié ni el más mínimo detalle, sin importar cuántas veces lo preguntaban. Y desde luego ya sabían lo poderoso que yo era, y en diferentes maneras a los otros.

"'¿Piensa que usted es un teletransportador de alguna manera subconsciente, sai?' me preguntó Finli.

"'¿Cómo podría decirlo?' pregunté en respuesta—siempre responde a una pregunta con una pregunta es una buena regla a seguir durante un interrogatorio, creo, en tanto sea uno relativamente suave, como era éste. 'Nunca he sentido una habilidad como ésa, pero desde luego no siempre sabemos qué asecha en nuestros subconscientes, ¿o sí?'

"'Mejor espera que no hayas sido tú,' dijo Prentiss. 'Podemos vivir con casi cualquier talento salvaje por aquí excepto ése. Ése, Sr. Brautigan, condenaría a su fin incluso a un empleado tan valioso como usted.' No estaba seguro de creer eso, pero después Trampas me dio razones para pensar que Prentiss podría haber estado diciendo la verdad. De cualquier forma, esa fue mi historia y nunca fui más allá de ese punto.

"El criado de Prentiss, un tipo llamado Tassa—un huma, si importa—traía galletas y latas de Nozz-A-La—que me gusta porque sabe un poco a cerveza de raíz—y Prentiss me ofrecía todo lo que quisiera. . . después de que, claro está, les dijera de dónde había sacado la información y cómo había escapado de Algul Siento. Entonces empezaba de nuevo toda la ronda de preguntas, sólo que esta vez Prentiss y la Comadreja comían galletas y tomaban Nozzie. Pero en algún punto siempre se rendían y me dejaban tomar un trago y darle un mordisco a las galletas. Como interrogadores, me temo que no había en ellos lo suficiente de Nazi para hacerme revelar mis secretos. Intentaron perforarme, desde luego, pero. . . ¿han oído ese viejo dicho sobre nunca decirle mentiras a un mentiroso?"

Eddie y Susannah asintieron. Así como Jake, quien ha oído a su padre decir eso durante numerosas conversaciones acerca de Programar en el Canal.

"Apuesto a que sí," reasume Ted. "Bueno, está bien decir también que no se puede perforar a un perforador, al menos no a uno que ha llegado más allá de un cierto nivel de entendimiento. Y mejor llego al punto antes de que se me acabe la voz por completo.

"Un día unas tres semanas después que los hombres bajos me trajeran de vuelta, Trampas se me acercó en la Calle Principal en Villa Agradable. Para ese instante había conocido a Dinky, lo había identificado como alguien que pensaba y sentía como yo y, con su ayuda, había llegado a conocer mejor a Sheemie. Mucho estaba sucediendo además de mis interrogatorios diarios en la Casa del Carcelero. Apenas si pensaba en Trampas desde que volví, pero él había pensado en poco más que en mí. Como pronto descubrí.

"Sé las respuestas a las preguntas que siguen haciéndote," dijo. 'Lo que no sé es por qué no me has entregado.'

"Dije que la idea nunca se me había pasado por la cabeza—que ser delator no era lo manera en que me habían criado para hacer las cosas. Y además, no era que me estuvieran poniendo un hierro para marcar el ganado con electricidad por el recto o sacándome las uñas... aunque podrían haber pasado a tales técnicas si hubiera sido otro en vez de mí. Lo peor que habían hecho era hacerme mirar el plato de galletas en el escritorio de Prentiss por una hora y media antes de echarse atrás y dejarme comer una.

"Al principio estaba enojado contigo," dijo Trampas, 'pero luego me di cuenta—de mala gana—que podría haber hecho lo mismo en tu lugar. La primera semana que estuviste de vuelta no dormí mucho, puedo decirte. Me quedaba en mi cama en Damli, esperando que vinieran por mí en cualquier momento. Sabes lo que harían si descubrieran que fui yo, ¿o no?'

"Le dije que no. Dijo que sería azotado por Gaskie, el Segundo de Finli, y luego lo enviarían a las tierras baldías, a morir en la Discordia o a encontrar servicio en el castillo del Rey Rojo. Pero tal viaje no sería fácil. Al sudeste de Fedic se pueden contraer cosas como la Enfermedad Devoradora (probablemente cáncer, pero de una variedad que es muy rápida, dolorosa y repulsiva) o lo que llaman el Loco. Los Hijos de Roderick sufren comúnmente de estos dos problemas, y otros también. Las enfermedades menores de la piel de Thunderclap—el eczema, los granos e irritaciones—aparentemente son sólo el comienzo de los problemas de uno en el Mundo Final. Pero para un exiliado, el servicio en la Corte del Rey Carmesí sería la única esperanza. Ciertamente un can-toi como Trampas no podría ir a las Callas. Quedan más cerca y brilla el sol realmente allí, pero pueden imaginar lo que le pasaría a los hombres bajos o los taheen en el Arco de las Callas."

El tet de Rolando puede imaginarlo muy bien.

"No le des demasiada importancia," dije. 'Como diría ese tipo nuevo Dinky, no pongo mi negocio en la calle. Realmente es tan simple como eso. No hay caballería involucrada.'

"Dijo que aún así estaba agradecido, luego miró a los lados y dijo, en voz muy baja: 'Te recompensaré por tu amabilidad, Ted, diciéndote que cooperes con ellos, tanto como puedas. No quiero decir que me debas meter en problemas, pero no quiero que te metas tú en más problemas. Puede que no te necesiten tanto como puedes pensar.'

"Y quiero que me escuchen bien ahora, dama y caballeros, pues esto puede ser muy importante; simplemente no lo sé. Lo único que sé con certeza es que lo que me dijo Trampas en seguida me produjo un terrible escalofrío. Dijo que de todos los mundos del otro lado, hay uno que es único. Lo llaman el Mundo Real. Todo lo que Trampas parece saber de él es que es real en la misma forma que lo era el Mundo Medio, antes que los Haces empezaran a debilitarse y el Mundo Medio se moviera. Del lado de Estados Unidos de este Mundo 'Real,' dice, el tiempo a veces se encoge pero siempre corre en una sola dirección: adelante. Y en ese mundo vive un hombre que también sirve como un tipo de facilitador; incluso puede ser un guardián mortal del Haz de Gan.

DOCE

Rolando miró a Eddie, y cuando sus ojos se encontraron, los dos movieron la boca sin hablar diciendo una palabra: *King*.

TRECE

"Trampas me dijo que el Rey Carmesí ha intentado matar a este hombre, pero el ka siempre ha protegido su vida. 'Dicen que su canción ha cerrado el círculo,' me dijo Trampas, 'aunque nadie parece saber exactamente lo que eso significa.' Ahora, sin embargo, el ka—no el

Rey Rojo sino el simple y viejo ka—ha decretado que este hombre, este guardián o lo que quiera que sea, debería morir. Se ha detenido, ¿saben? Cualquiera que fuera la canción que debía cantar, se ha detenido, y eso finalmente lo ha hecho vulnerable. Pero no para el Rey Carmesí. Trampas insistía en ello. No, es el ka a lo que es vulnerable. 'Ya no canta más,' dijo Trampas. 'Su canción, la que importa, ha terminado. Ha olvidado la rosa.' "

CATORCE

En el silencio exterior, Mordred escuchó esto y luego se retiró para pensar en ello.

QUINCE

"Trampas me dijo todo esto sólo para que yo entendiera que ya no era indispensable. Desde luego querían conservarme; presumiblemente habría honor en derribar el Haz de Shardik antes de que la muerte de este hombre pudiera hacer que el Haz de Gan se disgregara."

Una pausa.

"¿Ven ellos la locura letal de una carrera a la orilla del olvido, y luego sobre el borde? Aparentemente no. Si lo vieran, seguramente no estarían corriendo para empezar. ¿O es un simple fallo de imaginación? A uno no le gusta pensar que un fallo tan rudimentario podría producir el final, y sin embargo. . . "

DIECISÉIS

Rolando, exasperado, movió sus dedos casi como si el viejo cuya voz escuchaban pudiera verlos. Quería escuchar, muy bien y cada palabra, lo que el guardia can-toi sabía de Stephen King, y en cambio Brautigan se había desviado por un camino discursivo divagante. Era comprensible—claramente el hombre estaba exhausto—pero había aquí algo más importante que todo lo demás. Eddie lo sabía, también. Rolando podía leerlo en el rostro tenso del joven. Juntos veían a la cinta marrón restante—ahora no más que un tercio de centímetro—desvanecerse.

DIECISIETE

". . . sin embargo somos sólo pobres humanos ignorantes, y supongo que no podemos saber de estas cosas, no con el menor grado de certidumbre. . . "

Da un suspiro largo y cansado. La cinta gira, agotando la bobina final y corriendo en silencio e inútil entre los cabezotes. Entonces, finalmente:

"Pregunté el nombre de este hombre mágico y Trampas dijo, 'No lo sé, Ted, pero sí sé que ya no hay magia en él, pues ha dejado de hacer lo que quiera que el ka quería que hiciera. Si dejamos que así sea, el Ka de Diecinueve, que es el de su mundo, y el de Noventa y nueve que es el de nuestro mundo se combinarán para—"

Pero no hay más. Allí es donde la cinta se acaba.

DIECIOCHO

El cabezote giró y la brillante cinta marrón quedó suelta, haciendo ese sonido bajo fuip-fuip hasta que Eddie se inclinó y presione el botón de pausa. Murmuró “¡Mierda!” en voz baja.

“Justo cuando se estaba poniendo interesante,” dijo Jake. “Y aquellos números de nuevo. Diecinueve. . . y noventa y nueve.” Hizo una pausa, luego los dijo juntos. “Mil novecientos noventa y nueve.” Luego una tercera vez. “1999. El Año Clave en el Mundo Clave. Donde Mia fue a tener su bebé. Donde ahora se encuentra la Trece Negra.”

“Mundo Clave, Año Clave,” dijo Susannah. Sacó la última cinta del eje, la sostuvo contra una de las lámparas por un momento, luego la puso de vuelta en su caja. “Donde el tiempo siempre corre en una dirección. Como debe ser.”

“Gan *creó* el tiempo,” dijo Rolando. “Esto es lo que dicen las antiguas leyendas. Gan surgió del vacío—algunas historias dicen que del mar, pero las dos seguramente se refieren a el *Prim*—e hizo el mundo. Luego le dio un golpecito con el dedo y lo puso a rodar y se hizo el tiempo.”

Algo se acumulaba en la cueva. Alguna revelación. Todos lo sentían, algo tan a punto de estallar como lo había estado el vientre de Mia al final. Diecinueve. Noventa y nueve. Habían sido hechizados por estos números. Habían aparecido en toda parte. Los veían en el cielo, los veían escritos en los cercados, los escuchaban en sus sueños.

Acho alzó la mirada, con las orejas gachas y los ojos brillantes.

Susannah dijo, “Cuando Mia abandonó el cuarto en que estábamos en el Plaza Park para ir al Dixie Pig—era el cuarto 1919—caí en una clase de trance. Tuve sueños. . . sueños de prisión. . . presentadores de noticias anunciado que éste, aquel y aquel otro habían muerto—”

“Nos lo dijiste,” dijo Eddie.

Ella lo negó sacudiendo la cabeza con violencia. “No *todo*, no lo hice. Porque algo de ello no parecían tener el menor sentido. Escuchar a Dave Garroway decir que el *hijo* pequeño del presidente Kennedy estaba muerto, por ejemplo—el pequeño John-John, el que saludó el ataúd de su Papi cuando se hundió el catafalco. No les dije porque esa parte era una locura. Jake, Eddie, ¿había muerto John-John Kennedy en sus cuándos? ¿En alguno de sus cuándos?”

Los dos dijeron que no con las cabezas. Jake ni siquiera estaba seguro de acerca de quién hablaba Susannah.

“Pero *sí* murió. En el Mundo Clave y en un cuándo más allá de cualquiera de los nuestros. Apuesto a que fue en el cuándo de 1999. Así muere el hijo del último pistolero, O Discordia. Lo que ahora creo es que estaba algo así como escuchando la página del obituario de *El Viajero del Tiempo Semanal*. Eran todos tiempos diferentes mezclados. John John Kennedy, luego Stephen King. Nunca había oído de él, pero David Brinkley dijo que él escribió *Salem’s Lot*. Ése era el libro en el que estaba Padre Callahan, ¿cierto?”

Rolando y Eddie asintieron.

“Padre Callahan nos contó su historia.”

“Sí,” dijo Jake. “Pero qué—”

Ella le ganó. Sus ojos estaban nublados, distantes. Ojos apenas a una pizca de la comprensión. “Y entonces viene Brautigan del Ka-Tet de Diecinueve, y cuenta *su* cuento. ¡Y miren! ¡Miren el contador de la cinta!”

Todos se inclinaron para ver. En las ventanas se leía

1999.

“Creo que King podría haber escrito también la historia de Ted,” dijo ella. “¿Alguien quiere jugar a adivinar en qué año apareció esa historia, o *aparecerá*, en el Mundo Clave?”

"1999," dijo Jake en voz baja. "Pero no la parte que escuchamos. La parte que *no* escuchamos. La Aventura de Connecticut de Ted."

"Y ustedes se reunieron con él," dijo Susannah, mirando a su dñh y a su esposo. "Ustedes se reunieron con Stephen King."

Asintieron de nuevo.

"Él hizo al Padre, hizo a Brautigan, nos hizo a nosotros," dijo ella, como si lo dijera sólo para sí, luego sacudió la cabeza. "No. 'Todas las cosas sirven al Haz.' Él. . . él nos *facilitó*."

"Sí." Eddie asentía. "Sí, de acuerdo. Eso parece muy cierto."

"En mi sueño yo estaba en una celda," dijo ella. "Llevaba la ropa que tenía cuando me arrestaron. Y David Brinkley dijo que Stephen King estaba muerto, ay, Discordia—algo como eso. Brinkley dijo que él fue. . ." Hizo una pausa, frunciendo el ceño. Habría exigido que Rolando la hipnotizara para recordar completamente si hubiera sido necesario, pero resultó que no era así. "Brinkley dijo que King fue asesinado por una minivan mientras caminaba cerca a su casa en Lovell, Maine."

Eddie se sobresaltó. Rolando se sentó hacia adelante, con los ojos ardiendo. "¿Eso dices?"

Susannah asintió con firmeza.

"*¡Compró la casa en Turtleback Lane!*" rugió el pistolero. Se estiró y tomó a Eddie de la camisa. Eddie al parecer ni siquiera lo notó. "*¡Desde luego que sí! ¡El ka habla y el viento sopla! ¡Se trasladó un poco más por el Camino del Haz y compró la casa donde es delgado! ¡Donde vimos los aparecidos! ¡Donde hablamos a John Cullum y por donde luego atravesamos! ¿Lo dudas? ¿Lo dudas al menos un maldito poco?*"

Eddie sacudió la cabeza negando. Desde luego no lo dudaba. Tenía un anillo, como el que uno gana cuando está en el carnaval y golpea con el martillo, golpea con toda la fuerza, y el aparato se movía hasta arriba del poste y le daba a la campana que quedaba allí. Te ganabas una muñeca Kewpie cuando le dabas a la campana, y ¿era eso porque Stephen King *pensaba* que era una muñeca Kewpie? ¿Porque King vino del mundo donde Gan puso a rodar el tiempo con Su santo dedo? ¿Porque si *King* dice Kewpie, *todos* decimos Kewpie, y todos decimos gracias? Si de alguna forma se le hubiera ocurrido que el precio por darle a la campana del Pruebe su Fuerza en la feria era una muñeca *Cloopie*, ¿dirían *ellos* Cloopie? Eddie pensaba que la respuesta era sí. Pensaba que la respuesta era sí tan seguro como Co-Op City quedaba en Brooklyn.

"David Brinkley decía que King tenía cincuenta y dos años. Ustedes lo conocieron, chicos, así que hagan las cuentas. ¿Podría tener cincuenta y dos en el año 99?"

"Puedes apostar tu pureza," dijo Eddie. Le obsequió a Rolando una mirada oscura y angustiosa. "Y ya que diecinueve es la parte en la que seguimos corriendo—Ted Stevens Brautigan, adelante, ¡cuenten las letras!—apuesto que tiene que ver con más que sólo el año. diecinueve—"

"Es una fecha," dijo Jake planamente. "Seguro que sí. La Fecha Clave en el Año Clave en el Mundo Clave. El diecinueve de algo, en el año de 1999. Muy probablemente un mes de verano, porque estaba fuera caminando."

"*Ahora mismo es verano allí*," dijo Susannah. "Es junio. El mes 6. Denle vuelta al 6 y tienen un 9."

"Sí, y digan Roma al revés y tienen amor," dijo Eddie, pero sonaba incómodo.

"Creo que ella tiene la razón," dijo Jake. "Creo que es junio 19. Allí es cuando King es atropellado e incluso la *oportunidad* de que pudiera volver a trabajar en la historia de la *Torre Oscura—nuestra* historia—se ha ido a la mierda. El Haz de Gan se pierde en la sobrecarga. El Haz de Shardik queda, pero ya está erosionado." Miró a Rolando, su rostro pálido, sus labios casi azules por la tensión. "Se quebrará como un palillo."

"Tal vez ya ha pasado," dijo Susannah.

"No," dijo Rolando.

"¿Cómo puedes estar seguro?" preguntó ella.

Él le dio una sonrisa fría y sin humor. "Porque," dijo, "ya no estaríamos aquí."

DIECINUEVE

“¿Cómo podemos evitar que pase?” preguntó Eddie. “Ese tal Trampas le dijo a Ted que era el ka.”

“Tal vez lo entendió mal,” dijo Jake, pero su voz era frágil. Dudosa. “Fue sólo un rumor, así que tal vez lo entendió mal. Y oigan, tal vez King tenga hasta julio. O agosto. ¿O qué tal septiembre? Podría ser septiembre, ¿no parece probable? Después de todo septiembre es el mes 9. . .”

Miraron a Rolando que ahora se sentaba con la pierna estirada delante de él. “Aquí es donde duele,” dijo, como si hablara para sí. Tocó su cadera derecha. . . luego las costillas. . . por último el costado de su cabeza. “Me ha estado doliendo la cabeza. Cada vez es peor. No vi ninguna razón para decirles.” Pasó su disminuida mano derecha hacia abajo por su costado derecho. “Aquí es donde será golpeado. La cadera destrozada. Las costillas rotas. La cabeza aplastada. Será arrojado muerto a la zanja. Ka. . . y el final del ka.” Sus ojos se aclararon y pasaron urgentemente hacia Susannah. “¿Qué fecha era cuando estabas en Nueva York? Refréscame.”

“Junio primero de 1999.”

Rolando asintió y miró a Jake. “¿Y tú? Igual, ¿sí?”

“Sí.”

“Luego a Fedic. . . un descanso. . . y a Thunderclap.” Hizo una pausa, pensando, luego dijo tres palabras con énfasis medido. “Aún hay tiempo”

“Pero el tiempo se mueve más rápido allá—”

“Y si toma uno de esos atajos—”

“Ka—”

Sus palabras se superpusieron. Luego todos quedaron en silencio de nuevo, mirándolo de nuevo.

“Podemos cambiar el ka,” dijo Rolando. “Se ha hecho antes. Siempre hay un precio que pagar—ka-shume, tal vez—pero puede hacerse.”

“¿Cómo llegamos allá?” preguntó Eddie.

“Sólo hay una forma,” dijo Rolando. “Sheemie debe enviarnos.”

Silencio en la cueva, excepto por el trueno distante que le daba a esta oscura tierra su nombre²⁰.

“Tenemos dos trabajos,” dijo Eddie. “El escritor y los Disgregadores. ¿Cuál es primero?”

“El escritor,” dijo Jake. “Mientras aún quede tiempo para salvarlo.”

Pero Rolando decía que no con la cabeza.

“¿Por qué no?” gritó Eddie. “Ah, hombre ¡por qué *no*! ¡Sabes lo inasible que es el tiempo allí! ¡Y va en un sólo sentido! ¡Si perdemos la ventana, nunca tendremos otra oportunidad!”

“Pero también tenemos que hacer seguro el Haz de Shardik,” dijo Rolando.

“¿Estás diciendo que Ted y este tipo Dinky no dejarían que Sheemie nos ayude a menos que los ayudemos primero?”

“No. Sheemie lo haría por mí, estoy seguro. Pero ¿supón que algo le ocurriera mientras estamos en el Mundo Clave? Nos quedaríamos varados en 1999.”

“Aún queda la puerta en Turtleback Lane—” empezó Eddie.

“Incluso si aún existe en 1999, Eddie, Ted nos dijo que el Haz de Shardik ya ha empezado a dañarse.” Rolando sacudió la cabeza. “Mi corazón me dice que aquella prisión es el lugar para empezar. Si alguno de ustedes puede decir diferente, escucharé, y con alegría.”

Estaban callados. Fuera de la cueva, el viento soplaba.

²⁰ N. del T. Thunderclap, traduce trueno o tronido al español.

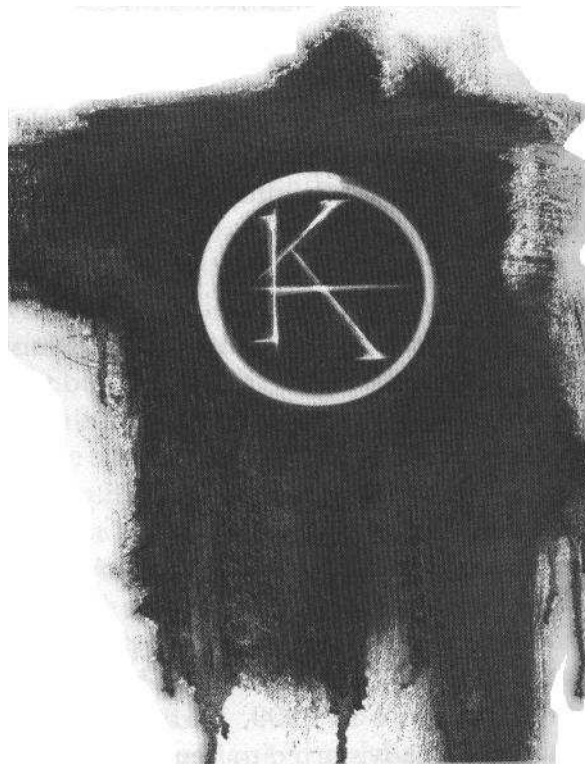
"Necesitamos preguntarle a Ted antes de tomar cualquier decisión final," dijo por fin Susannah.

"No," dijo Jake.

"¡No!" acordó Acho. No había allí ninguna sorpresa; si Ake lo decía, podías llevarlo al banco de los brampos, en la que tenía que ver con Acho.

"Pregúntale a *Sheemie*," dijo Jake. "Pregúntale a Sheemie que piensa él que deberíamos hacer."

Lentamente, Rolando asintió.



Capítulo IX:

Huellas en el Camino

UNO

Cuando Jake despertó de una noche con sueños molestos, la mayoría de ellos ubicados en el Dixie Pig, una luz delgada y perezosa se colaba en la cueva. En Nueva York, ese tipo de luz siempre había hecho que no quisiera ir a la escuela y en vez de ello quedarse todo el día en el sofá, leyendo libros, viendo programas de juegos en la televisión y durmiendo la siesta toda la tarde. Eddie y Susannah estaban abrazados en una sola bolsa de dormir. Acho había dejado la cama que le habían dejado para dormir junto a Jake. Estaba enrollado en una U, con el hocico sobre la pata izquierda delantera. La mayoría habría pensado que dormía, pero Jake veía la delgada franja de dorado bajo sus párpados y sabía que Acho miraba. La bolsa de dormir del pistolero estaba abierta y vacía.

Jake pensó en esto por un momento o dos, luego se levantó y salió al exterior de la cueva. Acho lo siguió, pisando con cuidado sobre la tierra apisonada mientras Jake seguía el sendero.

DOS

Rolando se veía ojeroso e indispuesto, pero estaba de cuclillas sobre sus talones, y Jake decidió que si era lo suficientemente flexible para hacer eso, probablemente estaba bien. Se acuclilló junto al pistolero, con las manos colgando sueltas entre sus muslos. Rolando lo miró de reojo, no dijo nada, luego volvió a mirar hacia la prisión que el personal llamaba Algul Siento y los reclusos llamaban la Devar-Toi. Era una mancha brillante adelante y debajo de ellos. El sol—eléctrico, atómico, lo que fuera—no brillaba todavía.

Acho se echó junto a Jake con un leve sonido como *uuufiin*, luego pareció volver a dormir. Jake no se engañaba.

"Salve y feliz-saludo-del-día," dijo Jake cuando el silencio empezó a sentirse opresivo.

Rolando asintió. "Feliz de ver, feliz seas." Se veía tan feliz como una marcha fúnebre. El pistolero que había bailado una furiosa commala a la luz de las antorchas en Calla Bryn Sturgis podría haber estado en su tumba hacía mil años.

"¿Cómo estás, Rolando?"

"Lo suficientemente bien para ponerme de cuclillas."

"Ajá, pero ¿cómo estás?"

Rolando lo miró, luego buscó en su bolsillo y sacó su bolsa de tabaco. "Viejo y lleno de dolores, como debes saber. ¿Fumarás?"

Jake lo consideró, luego asintió.

"Serán pequeños," advirtió Rolando. "Hay mucho en mi bolso que me alegró recuperar, pero no mucha hierba para fumar."

"Guárdala para ti si quieres."

Rolando sonrió. "Un hombre que no puede soportar compartir sus hábitos es un hombre que necesita dejarlos." Enrolló un par de cigarrillos, usando alguna clase de hoja que rasgó en dos, le pasó uno a Jake, luego los encendió con un fósforo que prendió en la uña de su dedo pulgar. En el aire frío y quieto de Can Steek-Tete, el humo colgó frente a ellos, luego subió lentamente, acumulándose en el aire. Jake pensó que el tabaco era caliente, duro y seco, pero no se quejó ni una vez. Le gustaba. Pensó en todas las veces que se había prometido que no fumaría como lo hacía su padre—nunca jamás—y ahora estaba aquí, empezando el hábito. Y con el acuerdo de su nuevo padre, si no su aprobación.

Rolando estiró un dedo y tocó la frente de Jake. . . su mejilla izquierda. . . su nariz. . . su barbilla. La última dolió un poco. "Granos," dijo Rolando. "Es el aire de este lugar." Sospechaba que era alteración emocional, también—dolor por el Padre—pero dejarle saber a Jake que pensaba eso probablemente sólo aumentaría la tristeza del muchacho por la muerte de Callahan.

"No tienes ninguno," dijo Jake. "La piel está tan lisa como una campana. Suertudo."

"No hay granos," concordó Rolando, y fumó. Bajo ellos en la leve luz estaba la villa. *La pacífica villa*, pensó Jake, pero se veía más que pacífica; se veía completamente muerta. Entonces vio dos figuras, poco más que manchas desde allí, moviéndose una hacia la otra. Guardias humas patrullando el costado más externo de la cerca, supuso. Se fundieron en una sola mancha lo suficiente para que Jake imaginara una parte de su palabra, y luego la mancha se volvió a dividir. "No hay granos, pero mi cadera duele como un hijo de puta. Se siente como si alguien la hubiera abierto de noche y la hubiera rellenado de vidrios rotos. Vidrios *calientes*. Pero esto es mucho peor." Se tocó el costado derecho de la cabeza. "Se siente agrietada."

"¿Realmente piensas que son las heridas de Stephen King lo que sientes?"

En vez de hacer una réplica verbal, Rolando puso el dedo índice de su mano izquierda sobre un círculo hecho con el pulgar y el meñique de su mano derecha: ese gesto que significaba *Te digo la verdad*.

"Es terrible," dijo Jake. "Para él así como para ti."

"Puede ser; puede que no. Porque, piensa vos, Jake; Piensa vos bien. Sólo las cosas que viven sienten dolor. Lo que siento sugiere que King no morirá al instante. Y eso significa que podría ser más fácil de salvar."

Jake pensó que sólo podría significar que King iba yacer junto al camino en una agonía semi-consciente por un rato antes de expirar, pero no quiso decirlo. Que Rolando creyera lo que le viniera en gana. Pero había algo más. Algo que preocupaba a Jake mucho más y lo hacía sentir incómodo.

"Rolando, ¿puedo hablarte dan-dinh?"

El pistolero asintió. "Si tú quieres." Una ligera pausa. Un leve movimiento en la esquina izquierda de la boca que no llegaba a sonrisa. "Si vos quieres."

Jake se armó de valor. "¿Por qué estás tan enojado ahora? ¿De *qué* estás enojado? ¿O con quién?" Ahora fue su turno para hacer una pausa. "¿Soy yo?"

Las cejas de Rolando se alzaron, entonces dio una risotada. "No de ti, Jake. Ni un poco. Nunca jamás."

Jake se sonrojó de placer.

"Siempre olvido lo fuerte que se ha vuelto el tacto en ti. Habrías sido un buen Disgregador, sin duda."

Esto no era una respuesta, pero Jake no se molestó diciéndolo. Y la idea de ser un Disgregador hizo que reprimiera un escalofrío.

"¿No lo sabes?" preguntó Rolando. "Si vos sabes que estoy lo que Eddie llama realmente rabioso, ¿no sabes por qué?"

"Podría mirar, pero no sería de buena educación." Pero era mucho más que eso. Jake vagamente recordaba una historia sobre Noé bebiendo en el arca, mientras él y sus hijos esperaban que cesara el diluvio. Uno de los hijos se había acercado a su viejo que yacía ebrio en su camastro y se había reído de él. Dios lo había maldecido por ello. Echar un vistazo en los pensamientos de Rolando no sería igual que mirar—y reírse—mientras estaba ebrio, pero estaba cerca.

"Sos un buen muchacho," dijo Rolando. "Muy bueno, ea." Y aunque el pistolero hablaba casi ausentemente, Jake podría haber muerto muy feliz en ese instante. De alguna parte detrás y sobre ellos se escuchó un sonoro ¡CLICK!, y al instante el rayo de sol de efectos especiales cayó sobre la Devar-Toi. Un momento después, levemente, escucharon el sonido de la música: "Hey, Jude," arreglado para ascensor y supermercado. Hora de alzarse y dar luz. Otro día de Disgregación acababa de empezar. Si bien, supuso Jake, allí abajo la Disgregación nunca se detenía realmente.

"Juguemos a algo, tú y yo," propuso Rolando. "Intenta meterte en mi cabeza y ver por quién estoy enojado. Intentaré no dejarte entrar."

Jake cambió ligeramente de posición. "No me suena un juego muy divertido, Rolando."

"Como sea, jugaré contra ti."

"De acuerdo, si quieres."

Jake cerró los ojos y convocó una imagen del rostro cansado y sin afeitar de Rolando. Sus brillantes ojos azules. Hizo una puerta entre sus ojos, aunque ligeramente por encima—una pequeña con un pestillo de bronce—e intentó abrirla. Por un momento el pestillo se giró. Luego se detuvo. Jake aplicó más presión. El pestillo empezó a moverse de nuevo, y luego se detuvo una vez más. Jake abrió los ojos y vio que pequeñas gotas de sudor habían aparecido en la frente de Rolando.

"Esto es estúpido. Estoy empeorándote el dolor de cabeza," dijo.

"Olvidalo. Haz lo mejor que puedas."

Lo peor que pueda, pensó Jake. Pero si tenían que jugar este juego, no se echaría atrás. Cerró los ojos de nuevo y una vez más vio la pequeña puerta entre las enredadas cejas. Esta vez aplicó más fuerza, reuniéndola con rapidez. Se sentía un poco como un juego de vencidas con los brazos. Tras un momento el pestillo se movió y la puerta se abrió. Rolando gruñó, luego soltó una dolorosa carcajada. "Es suficiente para mí," dijo. "¡Por los dioses, sos fuerte!"

Jake no le prestó atención a eso. Abrió los ojos. "¿El escritor? ¿King? ¿Por qué estás enojado con él?"

Rolando suspiró y arrojó a un lado la colilla aún quemándose de su cigarrillo; Jake ya había terminado el suyo. "Porque tenemos dos trabajos que hacer cuando deberíamos tener sólo uno. Tener que hacer el segundo es culpa de sai King. Él sabía lo que tenía que hacer, y creo que en algún nivel sabía que hacerlo lo mantendría a salvo. Pero tuvo *miedo*. Estaba *cansado*." El labio superior de Rolando se curvó. "Ahora tiene los hierros en el fuego y nosotros tenemos que sacarlos. Nos va a costar, y probablemente algo muy querido."

"¿Estás enfadado con él porque tiene miedo? Pero. . ." Jake frunció el ceño. "Pero ¿por qué no habría de estarlo? Sólo es un escritor. Un hilador de historias, no un pistolero."

"Eso lo sé," dijo Rolando, "pero no creo que sea el miedo lo que lo detuvo, Jake, o no *sólo* el miedo. Es perezoso, también. Lo sentí cuando lo conocí, y estoy seguro de que Eddie también lo sintió. Miró el trabajo para el que fue hecho y lo acobardó y se dijo a sí mismo, 'De acuerdo, voy a encontrar un trabajo *más fácil*, uno que esté más a mi gusto y habilidades. Y si hay problemas, van a cuidarme. *Tienen* que cuidarme.' Y eso hacemos."

"No te cayó bien."

"No," concordó Rolando, "no me cayó bien. Ni un poco. Ni confié en él. He conocido antes hiladores de historias, Jake, y todos están más o menos cortados por la misma tijera. Todos cuentan historias porque le tienen miedo a la vida."

"¿Eso dices?" Jake pensó que era una idea funesta. También pensó que tenía el aro de la verdad.

"Así es. Pero. . ." Alzó los hombros. *Es lo que es*, decía ese gesto. *Ka-shume*, pensó Jake. Si su ka-tet se rompía, y era culpa de King. . .

Si era culpa de King, ¿qué? ¿Vengarse de él? Era una idea de pistolero; también era una idea estúpida, como la idea de vengarse de Dios.

"Pero estamos atrapados en ello," concluyó Jake.

"Ea. Sin embargo, eso no evitaría que pateara su culo amarillo y perezoso si tuviera la oportunidad."

Jake estalló en carcajadas al oír eso, y el pistolero sonrió. Entonces Rolando se puso en pie con una mueca, con las manos puestas sobre el eje de su cadera derecha. “*Mierda*,” gruñó.

“Duele mucho, ¿no?”

“Olvida mis dolores y penas. Ven conmigo. Te mostraré algo más interesante.”

Rolando, cojeando ligeramente, condujo a Jake al sitio donde el camino se enrollaba alrededor del flanco de la pequeña montaña llena de tumultos, presumiblemente hacia la cima. Aquí el pistolero intentó ponerse en cuclillas, hizo una mueca y en vez de ello puso una rodilla en tierra. Señaló hacia la tierra con la mano derecha. “¿Qué ves?”

Jake también se puso en una rodilla. La tierra estaba llena de piedritas y fragmentos caídos de roca. Algo de este talud había sido removido, dejando marcas en el despeñadero. Más allá del punto donde se arrodillaban uno junto al otro, dos ramas de lo que Jake pensaba era un arbusto de mezquite habían sido arrancadas. Se dobló hacia allí y olió el delgado y agrio aroma de la savia. Luego examinó de nuevo las marcas en el despeñadero. Habían varias, delgadas y no muy profundas. Si eran huellas, ciertamente no eran *humanas*. Ni de un perro del desierto.

“¿Sabes qué hizo estas huellas?” preguntó Jake. “Si lo sabes, sólo dilo—no hagas que lo averigüe con unas vencidas.”

Rolando sonrió brevemente. “Síguelas un poco. Mira qué encuentras.”

Jake se levantó y caminó lentamente por las huellas, doblado por la cintura como un muchacho con un dolor de estómago. Los arañazos en el talud iban tras una peña. Había polvo sobre la piedra, y rasguños en el polvo—como si algo velludo hubiera pasado rozando contra la peña al pasar por allí.

También había un par de tiesos vellos negros.

Jake alzó uno, y luego abrió los dedos de inmediato y lo sopló, temblando de repulsión al hacerlo. Rolando miraba esto atentamente.

“Te ves como si un ganso hubiera recién caminado sobre tu tumba.”

“¡Es terrible!” Jake escuchó un leve tartamudeo en su propia voz. “Oh, Dios, ¿qué era eso? ¿Qué nos estaba v—vigilando?”

“Aquel que Mia llamaba Mordred.” La voz de Rolando no había cambiado, pero Jake descubrió que difícilmente podía obligarse a mirar los ojos del pistolero; estaban así de fríos. “El *chico* del que dice soy padre.”

“¿Estuvo aquí? ¿En la noche?”

Rolando asintió.

“¿Escuchando. . .?” Jake no pudo terminar.

Rolando sí. “Escuchando nuestra palabra y nuestros planes, ea, eso creo. Y el cuento de Ted también.”

“Pero no lo sabes a ciencia cierta. Aquellas huellas podrían ser de cualquier cosa.” Sin embargo lo único en lo que Jake podía pensar en conexión con esas huellas, ahora que había oído la historia de Susannah, eran las piernas de una araña monstruosa.

“Camina un poco más,” dijo Rolando.

Jake lo miró curioso, y Rolando asintió. El viento soplaba, trayéndoles la música ambiental de la prisión (ahora pensaba que era “*Bridge Over Troubled Water*”), así como el sonido distante del trueno, como huesos que rodaban.

“¿Qué—”

“Sigue,” dijo Rolando, asintiendo hacia el talud pedregoso en la curva del camino.

Jake obedeció, sabiendo que esto era otra lección—con Rolando siempre estabas en la escuela. Incluso cuando estabas en la sombra de la muerte habían lecciones por aprender.

Al lado opuesto de la peña, el camino seguía en línea recta unos veinticinco o treinta metros antes de doblarse fuera de la vista una vez más. En este tramo recto, aquellas huellas eran muy claras. Grupos de tres a un lado, grupos de cuatro al otro.

“Ella dijo que le había volado una de las piernas de un disparo,” dijo Jake.

“Eso hizo.”

Jake intentó visualizar una araña de siete patas del tamaño de un bebé humano y no pudo. Sospechaba que no *quería* hacerlo.

Más allá de la siguiente curva había un cadáver disecado en el camino. Jake estaba muy seguro de que había sido despellejado, pero era difícil asegurarlo. No habían entrañas, no había sangre, no habían moscas revoloteando. Apenas un montón de una cosa sucia y polvorienta que vagamente—*muy* vagamente—se parecía a algo canino.

Acho se acercó, olfateó, levantó su pata y orinó en los restos. Regresó al lado de Jake con el aire de alguien que ha terminado algún negocio importante.

“Ésa fue la comida de nuestro visitante anoche,” dijo Rolando.

Jake miraba a los lados. “¿Nos está observando ahora? ¿Qué piensas?”

Rolando dijo, “Creo que los niños en crecimiento necesitan descansar.”

Jake sintió una punzada de alguna emoción desagradable y la dejó atrás sin examinarla mucho. ¿Celos? Seguramente no. ¿Cómo podía estar celoso de una cosa que había empezado la vida comiéndose a su propia madre? Tenía la sangre de Rolando, sí—su hijo verdadero, si querías ser puntual—pero eso no era más que un accidente.

¿O sí?

Jake se dio cuenta de que Rolando lo miraba atentamente, de una forma que lo ponía incómodo.

“¿En qué piensas?” preguntó el pistolero.

“En nada,” dijo Jake. “Sólo me pregunto dónde estará.”

“Difícil decirlo,” dijo Rolando. “Deben haber cien agujeros sólo en esta colina. Ven.”

Rolando le guió de vuelta alrededor de la peña donde Jake había encontrado los tiosos vellos negros, y una vez allí, empezó a borrar con los pies las huellas que Mordred había dejado.

“¿Por qué haces eso?” preguntó Jake, con más dureza de la que quería.

“No es necesario que Eddie y Susannah sepan de esto,” dijo Rolando. “Sólo quiere observar, no interferir con nuestros asuntos. Al menos por el momento.”

¿Cómo lo sabes? quería preguntar Jake, pero de nuevo sintió esa punzada—la que definitivamente no podían ser celos—y decidió no hacerlo. Que Rolando pensara lo que le viniera en gana. Jake, entretanto, mantendría los ojos abiertos. Y si Mordred fuera lo suficientemente tonto como para mostrarse. . .

“Es Susannah la que más me preocupa,” dijo Rolando. “Ella es la que más probablemente se distraerá por la presencia del chico. Y a él le resultaría más fácil leer sus pensamientos.”

“Porque es la madre de eso,” dijo Jake. Ni siquiera notó el cambio en el pronombre, pero Rolando sí lo notó.

“Los dos están conectados, ea. ¿Puedo contar con que vas a tener la boca cerrada?”

“Seguro.”

“E intenta guardar tu mente—eso también es importante.”

“Puedo intentarlo, pero. . .” Jake alzó los hombros para decir que realmente no sabía como se hacía eso.

“Bien,” dijo Rolando. “Y yo haré lo mismo.”

El viento sopló de nuevo. “Bridge Over Troubled Water” había cambiado a (Jake estaba muy seguro) una tonada de los Beatles, aquella en que el coro terminaba *iBip-bip-mmm-bip-bip, yeah!* ¿Conocían aquella en los pueblos agonizantes y polvorientos entre Gilead y Mejis? se preguntó Jake. ¿Habían Shebs en algunas de esas ciudades que tocaban la melodía de “Drive My Car” en pianos desafinados mientras los Haces se debilitaban y el pegamento que mantenía los mundos unidos lentamente se estiraba en hilos y los mundos mismos caían?

Sacudió la cabeza con fuerza y rapidez, intentando aclararla. Rolando aún lo miraba, y Jake sintió un raro resplandor de irritación. “Mantendré la boca cerrada, Rolando, y al menos intentaré mantener mis pensamientos para mí. No te preocupes por mí.”

“No me preocupo,” dijo Rolando, y Jake se encontró peleando contra la tentación de mirar al interior de la cabeza de su dinh y descubrir si eso era realmente cierto. Aún pensaba que mirar era mala idea, y no sólo porque era de mala educación. La desconfianza era probablemente un tipo de ácido. Su ka-tet ya estaba lo suficientemente frágil y había mucho trabajo por hacer.

"Bien," dijo Jake. "Eso está bien."

"¡Bien!" concordó Acho, en un tono sincero de *está dicho* que hizo que los dos sonrieran.

"Sabemos que está allí," dijo Rolando, "y es probable que él no sepa que sabemos. Bajo estas circunstancias, no hay mejor forma de que sean las cosas."

Jake asintió. La idea lo hizo sentir un poco más en calma.

Susannah salió a la boca de la cueva con su usual y veloz arrastrarse mientras volvían a ella caminando. Olfateó el aire e hizo una mueca. Cuando los vio, la mueca se tornó en sonrisa.

"¡Veo hombres apuestos! ¿Hace cuánto están despiertos?"

"Sólo un rato," dijo Rolando.

"¿Y cómo te sientes?"

"Bien," dijo Rolando. "Me levanté con dolor de cabeza, pero ya casi ha desaparecido."

"¿En serio?" preguntó Jake.

Rolando asintió y apretó el hombro del niño.

Susannah quería saber si tenían hambre. Rolando asintió. Así como Jake.

"Bien, entren aquí," dijo ella, "y veremos que podemos hacer con respecto a esa situación."

TRES

Susannah encontró huevos espolvoreados y latas de carne con maíz Prudence. Eddie encontró un abrelatas y una parrilla hibachi que funcionaba con gas. Tras hablarse un poco a sí mismo, la hizo andar y sólo se sobresaltó un poco cuando la hibachi empezó a hablar.

"¡Hola! ¡Estoy tres cuartos llena con Gas en Botella Gamry, disponibles en Wal-Mart, Burnaby's y otros buenos almacenes! ¡Cuando escoges Gamry, escoges calidad! Está oscuro aquí, ¿o no? ¿Puedo ayudarte con recetas o tiempos de cocina?"

"Podrías ayudarme callándote," dijo Eddie, y la parrilla no habló más. Se preguntó si la había ofendido, luego se preguntó si debía matarse y ahorrarse un problema al mundo.

Rolando abrió cuatro cajas de duraznos, los olió y asintió. "Bien, creo," dijo. "Dulce."

Apenas estaban acabando esta comida cuando el aire frente a la cueva brilló temblorosamente. Un momento después Ted Brautigan, Dinky Earnshaw y Sheemie Ruiz aparecieron. Con ellos, tratando de irse y muy asustado, vestido con unos pantalones de tirantas deslucidos y rasgados, iba el Rod que Rolando les había pedido que trajeran.

"Entren y coman algo," dijo Rolando amigablemente, como si un cuarteto de teletransportadores que aparecen de pronto fuera un suceso común. "Hay suficiente."

"Tal vez pasemos por alto el desayuno," dijo Dinky. "No tenemos mucho t—"

Antes que pudiera terminar, las rodillas de Sheemie se doblaron y se derrumbó en la entrada de la cueva, con los ojos poniéndose en blanco y una delgada espuma saliendo de entre sus labios agrietados. Empezó a temblar y patear, con las piernas pateando a cualquier parte, sus mocasines de goma trazando líneas en el talud.



Capítulo X: La Última Palabra (El Sueño de Sheemie)

UNO

Sussannah suponía que no se podría clasificar lo que siguió como un episodio de histeria colectiva: seguramente se requería al menos una docena de personas para inducir tal estado, y apenas eran siete. Ocho contando al Rod, y ciertamente había que contarlos, pues estaba creando una buena parte del tumulto. Cuando vio a Rolando cayó de rodillas, levantó los brazos sobre la cabeza como un árbitro de fútbol americano que señala una patada de puntos extra, y empezó a hacer venias rápidamente. Bajaba tanto que podía golpearse la cabeza con el suelo. Estaba al mismo tiempo balbuceando a todo pulmón en su extraño lenguaje vocálico. Nunca quitó los ojos de Rolando mientras hacía esta rutina de gimnasia. Sussannah no dudaba de que el pistolero era saludado como alguna clase de dios.

Ted también cayó de rodillas, pero era Sheemie quien le importaba. El viejo puso sus manos en los costados de la cabeza de Sheemie para evitar que se moviera adelante y atrás; el viejo conocido de Rolando de sus días en Mejis ya se había cortado una mejilla con un pedazo afilado de roca, un corte que estaba peligrosamente cerca a su ojo izquierdo. Y ahora empezaba a correr sangre por las esquinas de la boca de Sheemie y por sus mejillas con una modesta barba.

"¡Denme algo para ponerle en la boca!" gritó Ted. "¡Vamos, alguno! ¡Despierten! ¡Se está comiendo a sí mismo!"

El cobertor de madera aún reposaba contra la caja abierta de sneetches. Rolando lo golpeó astutamente contra su rodilla levantada—no había señal del chasquido seco en esa cadera ahora, notó ella—y lo rompió en pedazos. Susannah tomó una pieza de la tabla en el aire, luego se movió hacia Sheemie. No había necesidad de ponerse de rodillas; siempre estaba así, de cualquier forma. Un extremo de la pieza de madera estaba astillada. Envolvió una mano protectora alrededor de él y luego puso la pieza de madera en la boca de Sheemie. El la mordió tan duro que ella pudo escuchar cómo crujía.

Entretanto, el Rod continuaba con su canto tan alto que parecía un falsetto. Las únicas palabras que podía entender del galimatías eran *Salve, Rolando, Gilead y Eld*.

"¡Alguien cállelo!" gritó Dinky y Acho empezó a ladrar.

"¡Olvida el Rod, toma los pies de Sheemie!" soltó Ted. "¡Manténlo quieto!"

Dinky se puso de rodillas y tomó los pies de Sheemie, uno descalzo ahora, el otro aún con su absurdo mocasín de goma.

"¡Acho, silencio!" dijo Jake, y Acho se calló. Pero estaba firme con sus cortas patas separadas y su vientre cerca al piso, la piel erizada para que pareciera de casi el doble de su tamaño normal.

Rolando se agachó junto a la cabeza de Sheemie con los antebrazos en el piso de tierra de la cueva, y con la boca en uno de sus oídos. Empezó a murmurar. Susannah logró entender muy poco de ello debido al galimatías en falsetto del Rod, pero escuchó *El que fuera Will Dearborn y Todo está bien y—pensaba—descansa*.

Fuera lo que fuera, parecía estar remitiendo. Poco a poco Sheemie se relajó. Susannah podía ver a Dinky soltando su presión sobre los tobillos del antiguo ayudante de taberna, listo para asirlos de nuevo si Sheemie renovaba su pataleo. La pieza de madera, aún enganchada ligeramente en su boca por sus incisivos superiores, parecía estar levitando. Susannah la sacó con suavidad, observando con sorpresa los hoyos rodeados de sangre, algunos de casi tres centímetros, que se habían formado en la suave madera. La lengua de Sheemie colgando del lado de su boca, le recordaba cómo se veía Acho cuando tomaba la siesta, durmiendo de espaldas con las patas separadas a los cuatro puntos cardinales.

Ahora sólo quedaba el rápido balbuceo de subastador del Rod, y el bajo gruñido en el fondo del pecho de Acho mientras se quedaba protector junto a Jake, mirando al recién llegado con los ojos casi cerrados.

"Cierra la boca y quédate en silencio," le dijo Rolando al Rod, y luego añadió algo más en otra lengua.

El Rod quedó congelado a medio camino en otra venia, con las manos aún levantadas sobre su cabeza, mirando atentamente a Rolando. Eddie vio que el costado de su nariz había sido devorado por una irritación purulenta, roja como una fresa. El Rod puso sus palmas sucias y costrosas sobre sus ojos, como si el pistolero fuera algo demasiado brillante para mirarlo directamente, y cayó de costado. Subió las rodillas hasta el pecho, soltando un sonoro pedo al hacerlo.

"Harpo habla,²¹" dijo Eddie, un chiste lo suficientemente adecuado para hacer que Susannah riera. Luego hubo silencio excepto por el gemido del viento fuera de la cueva, el leve sonido de la música grabada de la Devar-Toi, y el distante rugido del trueno, ese sonido de huesos que rodaban.

Cinco minutos después, Sheemie abrió los ojos, se sentó y miró a los lados con la expresión frenética de alguien que no sabe dónde está, cómo llegó allí o por qué. Luego sus ojos se posaron en Rolando y su pobre rostro cansado se iluminó con una sonrisa.

Rolando la devolvió y estiró los brazos. "¿Puedes venir a mí, Sheemie? Si no, iré a ti, seguro."

Sheemie gateó hasta Rolando de Gilead, el pelo oscuro y sucio colgándole sobre los ojos, y puso su cabeza en el hombro de Rolando. Susannah sintió que las lágrimas le picaban en los ojos y miró a otra parte.

DOS

Poco después Sheemie se sentó contra la pared de la cueva con el cobertor que había estado sobre el Triciclo Viajero de Suzie, apoyando la cabeza y la espalda. Eddie le había ofrecido un refresco, pero Ted sugirió que agua podría ser mejor. Sheemie se bebió la primera botella de Perrier de un sólo trago, y ahora se sentaba tomándose otra de a pocos. El resto de ellos tomó café instantáneo, excepto Ted; él bebía una lata de Nozz-A-La.

"No sé cómo te gusta esa cosa," dijo Eddie.

"Entre gustos no hay disgustos, dijo la vieja señora cuando besaba a la vaca," replicó Ted.

Sólo el Hijo de Roderick no tomó nada. Yacía donde estaba, en la boca de la cueva, con las manos presionadas con firmeza sobre sus ojos. Temblaba un poco.

Ted había revisado a Sheemie entre la primera y la segunda botellas de agua, tomándole el pulso, mirándole la boca y tanteándole la cabeza en busca de sitios suaves. Cada vez que le preguntaba si le dolía, Sheemie lo negaba solemnemente con la cabeza sin quitar ni una vez los ojos de Rolando durante el examen. Tras sentir las costillas de Sheemie ("Cosquillas, sai, eso me causa," dijo Sheemie con una sonrisa), Ted lo declaró tan bien como un violín.

²¹ *N. del T. Harpo* es el nombre de uno de los hermanos Marx, los célebres comediantes norteamericanos de los años 30 y 40. Harpo era mudo y se vestía de una manera harapienta. Publicó su autobiografía en 1961 con el título *Harpo habla*.

Eddie, quien podía ver perfectamente bien los ojos de Sheemie—una de las linternas de gas estaba cerca y arrojaba una luz fuerte sobre el rostro de Sheemie—pensaba que eso era una mentira de una calidad casi presidencial.

Susannah cocinaba una ración fresca de huevos espolvoreados y carne con maíz. (La parrilla había hablado de nuevo—"Más de lo mismo, ¿no?" preguntó en un tono de animosa aprobación.) Eddie miró a Dinky Earnshaw y dijo, "¿Quieres salir fuera conmigo por un momento mientras Suze termina la cena?"

Dinky miró a Ted, que asintió, y luego a Eddie. "Si quieres. Tenemos un poco más de tiempo esta mañana, pero eso no significa que podamos desperdiciarlo."

"Entiendo," dijo Eddie.

TRES

El viento se había hecho más fuerte, pero en vez de refrescar el aire, olía peor que nunca. Una vez, en la secundaria, Eddie había tenido una salida de campo a una refinería de petróleo en Nueva Jersey. Hasta ahora pensaba que sin duda era la peor cosa que había oído en su vida; dos niñas y tres niños habían vomitado. Recordaba que su guía en el recorrido reía alegremente y decía, "Sólo recuerden que ése es el olor del dinero—ayuda." Tal vez *Petróleo y Gasolina Perth* era aún el campeón total, pero sólo porque lo que olía ahora no era tan fuerte. Y a propósito, ¿qué había sobre *Petróleo y Gasolina Perth* que resultaba familiar? No lo sabía y probablemente no importaba, pero era extraño, la forma en que las cosas seguían pasando aquí. Sólo que "pasando" no era la palabra correcta, ¿o sí?

"Repitiéndose," murmuró Eddie. "Eso es lo que es."

"¿Perdón, compañero?" preguntó Dinky. Allí estaban de nuevo de pie en el camino mirando los edificios de techo azul a la distancia, y el enredo de vagones detenidos y la pequeña villa perfecta. Es decir, perfecta hasta que recordabas que estaba detrás de una triple línea de alambre, uno de aquellas con la suficiente electricidad para matar un hombre al más leve contacto.

"Nada," dijo Eddie. "¿A qué huele? ¿Alguna idea?"

Dinky lo negó con la cabeza pero señaló más allá de la prisión hacia lo que podía o no ser el sur o el oriente. "Algo que envenena por allá es todo lo que sé," dijo. "Una vez le pregunté a Finli y dijo que en esa dirección solían haber fábricas. Negocios de Positronics. ¿Conoces ese nombre?"

"Sí. Pero, ¿quién es Finli?"

"Finli de Tego. El jefe de seguridad, el número uno de Prentiss, también conocido como La Comadreja. Un taheen. Sean los que sean sus planes, tendrán que pasar por sobre él para que funcionen. Y no se los va a dejar fácil. Verlo estirado muerto en la tierra me haría sentirme como si fuera una fiesta nacional. A propósito, mi nombre real es Richard Earnshaw. Es un placer casi infernal conocerte." Estiró la mano. Eddie la tomó.

"Soy Eddie Dean. Conocido como Eddie de Nueva York aquí al oeste de los Pecos. La mujer es Susannah. Mi esposa."

Dinky asintió. "Ajá. Y el muchacho es Jake. También de Nueva York."

"Jake Chambers, correcto. Escucha, Rich—"

"Agradezco el esfuerzo," dijo, sonriendo, "pero supongo que he sido Dinky demasiado tiempo como para cambiar ahora. Y podría ser peor. Trabajé un tiempo en el Supermercado Supr Savr con tipo de veinti—algo años conocido como J. J. el Maldito Azulejo. La gente lo va a seguir llamando así cuando tenga ochenta años y tenga que usar pañales."

"A menos que seamos valientes, suertudos y buenos," dijo Eddie, "nadie va a cumplir sus ochenta años. Ni en este mundo ni en ninguno de los otros."

Dinky se veía sobresaltado, luego entristecido. "Tienes razón."

"Ese tipo que Rolando solía conocer se ve mal," dijo Eddie. "¿Viste sus *ojos*?"

Dinky asintió, más entristecido que nunca. "Creo que esos pequeños puntos de sangre en sus ojos se llaman petequias. Algo así." Luego, en un tono de disculpa que Eddie encontraba más bien bizarro, en estas circunstancias: "No sé si lo estoy diciendo bien."

"No me importa cómo se llamen, no es bueno. Y el que se convulsione como gelatina—"

"No es una manera muy bonita de decirlo," dijo Dinky.

A Eddie no le importaba una mierda si lo era o no. "¿Le ha pasado antes?"

Dinky dejó de mirar a Eddie a los ojos y en cambio miró sus pies que se movían. Eddie pensó que era una respuesta suficiente.

"¿Cuántas veces?" Eddie esperaba no sonar tan aterrado como se sentía. Habían suficientes puntos de sangre del tamaño de alfileres en los ojos de Sheemie para hacer que se vieran como si alguien los hubiera rociado con pimentón. Por no hablar de los más grandes en las esquinas.

Todavía sin mirarlo, Dinky levantó cuatro dedos.

"¿Cuatro veces?"

"Sí," dijo Dinky. Aun estudiaba sus mocasines hechos a mano. "Empezando por la vez que envió a Ted a Connecticut en 1960. Fue como si hacer eso hubiera roto algo dentro de él." Alzó la mirada, intentando sonreír. "Pero no se desmayó ayer, cuando los tres volvimos a la Devar."

"Déjame ver si entiendo esto bien. Allá en la prisión, ustedes tienen todo tipo de pecados veniales, pero sólo uno mortal: la teletransportación."

Dinky lo pensó. Las reglas ciertamente no eran tan liberales para los taheen y los can-toi; podían ser exiliados o lobotomizados por todo tipo de razones, incluyendo errores como negligencia, molestar a los Disgregadores o el ocasional acto de clara crueldad. Una vez—eso le dijeron—un Disgregador había sido violado por un hombre bajo, de quien se decía había explicado formalmente al último Amo del campo que era parte de su *transformación*—el Rey Carmesí en persona se le había aparecido a este tipo en un sueño y le había dicho que lo hiciera. Este can-toi fue sentenciado a muerte. Los Disgregadores habían sido invitados a observar su ejecución (perpetrada con un sólo disparo en la cabeza), que había tenido lugar en la mitad de la Calle Principal de Villa Agradable.

Dinky le contó de esto a Eddie, y luego admitió que sí, para los internos, al menos, la teletransportación era el único pecado mortal. Del que tuviera conocimiento, eso sí.

"Y Sheemie es el teletransportador de ustedes," dijo Eddie. "Ustedes lo ayudan—*facilitan* para él, por usar la palabra de Tedster—y lo cubren alterando los registros, de alguna forma—"

"No tienen idea de lo fácil que es confundir su telemetría," dijo Dinky, casi riendo. "Compañero, se *asombrarían*. Lo difícil es asegurarnos de no alterarlo todo."

Eso tampoco le importaba a Eddie. Funcionaba. Eso era lo único que importaba. Sheemie también funcionaba. . . ¿pero por cuánto tiempo?

"—pero él es el que lo hace," terminó Eddie. "Sheemie."

"Sí."

"El único que *puede* hacerlo."

"Sí."

Eddie pensó en sus dos tareas: liberar a los Disgregadores (o matarlos, si no había otra forma de detenerlos) y evitar que una minivan atropellara y matara al escritor mientras diera una caminata. Rolando pensó que podrían ser capaces de lograr las dos cosas, pero necesitarían la habilidad de teletransportación de Sheemie al menos dos veces. Además, sus visitantes tendrían que volver al interior de la triple cerca de alambre después que acabara la palabra de hoy, y presumiblemente eso significaba que él tendría que hacerlo una tercera vez.

"Dice que no le duele," dijo Dinky. "Si eso es lo que te preocupa."

Al interior de la cueva los otros reían por algo, Sheemie estaba consciente de nuevo y comía, todos eran los mejores amigos.

"No es eso," dijo Eddie. "¿Qué piensa Ted sobre lo que le sucede a Sheemie cuando se teletransporta?"

"Que tiene hemorragias cerebrales," dijo Dinky casi de inmediato. "Pequeños derrames en la superficie de su cerebro." Se dio golpecitos con un dedo en diferentes puntos de su propio cráneo para demostrarlo. "Boink, boink, boink."

"¿Está empeorando? Así es, ¿cierto?"

"Mira, si crees que el hecho de que él nos pasee de un lado al otro es idea mía, mejor piénsalo otra vez."

Eddie levantó una mano como un policía de tráfico. "No, no. Sólo intento hacerme una idea de lo que pasa." *Y cuáles son nuestras oportunidades.*

"¡Odio que lo usemos de esa forma!" estalló Dinky. Mantuvo el tono de su voz bajo, para que los que estaban adentro no lo oyeran, pero Eddie no pensó ni por un instante que estuviera exagerando. Dinky estaba muy molesto. "A él no le preocupa—*quiere* hacerlo—y eso lo hace peor, no mejor. La manera en la que mira a Ted. . ." Levantó los hombros. "Es la forma en la que un perro miraría al mejor amo del universo. Mira a tu dinh de igual manera, como estoy seguro habrás notado."

"Lo está haciendo *por* mi dinh," dijo Eddie, "y eso hace que sea bueno. Puede que no creas eso, Dink, pero—"

"Pero tú sí."

"Totalmente. Ahora, ésta es la pregunta realmente importante: ¿tiene Ted alguna idea de cuánto puede durar Sheemie? ¿Teniendo en cuenta que tiene ahora un poco más de ayuda de este lado?"

¿A quién intentas animar, hermano? habló Henry de repente dentro de su cabeza. Cínico como siempre. *¿A él o a ti?*

Dinky miraba a Eddie como si estuviera loco, o tuviera un golpe en la cabeza al menos. "Ted era contador. A veces tutor. Un obrero por días cuando no encontraba nada mejor. No es doctor."

Pero Eddie seguía presionando. "¿Qué piensa él?"

Dinky hizo una pausa. El viento sopló. La música se mecía en él. A lo lejos, el trueno farfulló a través de las gruesas nubes. Finalmente dijo: "Tres o cuatro veces, tal vez. . . pero los efectos empeoran. Tal vez sólo dos veces. Pero no hay garantías, ¿de acuerdo? Podría caer muerto por un derrame masivo la próxima vez que intente hacer ese agujero por el que pasamos."

Eddie intentó pensar en otra pregunta y no pudo. Esa última respuesta cubrió muy bien la playa, y cuando Susannah los llamó para que entraran, estuvo más que alegre de ir.

CUATRO

Sheemie Ruiz había recuperado el apetito, lo que todos tomaron como una buena señal, y comía con mucha energía. Las manchas de sangre se habían diluido un poco, pero aún eran claramente visibles. Eddie se preguntó qué harían con ellas los guardias en Cielo Azul si las notaran, y también se preguntó si Sheemie podría ponerse unas gafas de sol sin levantar comentarios.

Rolando había hecho que el Rod se pusiera en pie de nuevo y ahora conversaba con él en el fondo de la cueva. Bueno. . . algo así. El pistolero hablaba y el Rod escuchaba, ocasionalmente mirando leve y temerosamente al rostro de Rolando. A Eddie le sonaba a galimatías, pero fue capaz de entender dos palabras: Chevin y Chayven. Rolando le preguntaba a éste sobre aquel que encontraron tambaleándose por el camino en Lovell.

"¿Tiene nombre?" le preguntó Eddie a Dink y a Ted, tomando un segundo plato de comida.

"Yo lo llamo Chucky," dijo Dinky. "Porque se parece un poco al muñeco de la película de terror que vi una vez."

Eddie sonrió. “*El Muñeco Diabólico*, sí. Ésa la vi. Después de tu cuándo, Jake. Y *mucho* después del tuyo, Suziella.” El cabello del Rod no era el correcto, pero las mejillas regordetas y con pecas y los ojos azules sí lo eran. “¿Creen que pueda guardar un secreto?”

“Si nadie le pregunta, puede,” dijo Ted. Lo que a los ojos de Eddie no era una respuesta muy satisfactoria.

Tras cinco minutos más o menos de charla, Rolando pareció satisfecho y se unió a los otros. Se sentó sobre sus talones—no tuvo problema haciéndolo ahora que sus articulaciones se habían flexionado—y miró a Ted. “El nombre de este tipo es Haylis de Chayven. ¿Alguien lo extrañará?”

“Improbable,” dijo Ted. “Los Rods aparecen en la puerta después de los dormitorios en grupos pequeños, buscando trabajo. Sobre todo recoger y cargar. Les dan una comida o algo de tomar como pago. Si no aparecen, nadie los extraña.”

“Bien. Ahora—¿qué tan largos son los días aquí? ¿Hay veinticuatro horas desde este instante hasta mañana en la mañana a esta hora?”

Ted pareció interesado en la pregunta y la pensó largo rato antes de responder. “Que sean veinticinco,” dijo. “Tal vez un poco más porque el tiempo se está volviendo lento, al menos aquí. A medida que los Haces se debilitan, parece haber una creciente disparidad en el flujo temporal entre los mundos. Es probablemente uno de los mayores puntos de estrés.”

Rolando asintió. Susannah le ofreció comida y él la rechazó con la cabeza y una palabra de gracias. Tras ellos, el Rod se sentaba en una caja, mirándose los pies descalzos y llenos de irritaciones. A Eddie le sorprendió ver a Acho acercarse al tipo, y aún más cuando el brambo dejó que Chucky (o Haylis) le acariciara la cabeza con una de las garras deformes que tenía por manos.

“¿Y hay una hora de la mañana en la que las cosas allá podrían estar un poco menos. . . no sé. . .”

“¿Un poco desorganizadas?” sugirió Ted.

Rolando asintió.

“¿Escucharon un timbre hace un rato?” preguntó Ted. “¿Justo antes de que apareciéramos?”

Todos lo negaron con la cabeza.

Ted no parecía sorprendido. “Pero escucharon cómo empezaba la música, ¿correcto?”

“Sí,” dijo Susannah, y le ofreció a Ted una lata fresca de Nozz-A-La. Él la tomó y la bebió con gusto. Eddie intentó no sentir un escalofrío.

“Gracias, señora. En cualquier caso, el timbre señala el cambio de turnos. La música empieza entonces.”

“Detesto esa música,” dijo Dinky enérgicamente.

“Si hay un momento en que el control se debilita,” prosiguió Ted, “es ése.”

“¿Y a qué hora es eso?” preguntó Rolando.

Ted y Dinky intercambiaron una mirada dudosa. Dinky mostró ocho dedos, con las cejas levantadas indagando. Se vio aliviado cuando Ted asintió de inmediato.

“Sí, las ocho en punto,” dijo Ted, luego rió y sacudió la cabeza leve y cínicamente. “Lo que *serían* las ocho, de cualquier forma, en un mundo donde esa prisión siempre pudiera estar firmemente en el este y no algunos días en el sudeste y otros en el este.”

No obstante Rolando había estado viviendo en el mundo que se disolvía mucho antes de que Ted Brautigan siquiera hubiera soñado con un sitio como Algul Siento, y no le molestaba particularmente la forma en que los hechos de la vida originalmente duros y rápidos se habían empezado a doblar. “Unas veinticinco hora a partir de este momento,” dijo Rolando. “O un poco menos.”

Dinky asintió. “Pero si cuentan con una confusión completa, olvídenlo. Conocen sus sitios y van a ellos. Son viejos en esto.”

“Aún así,” dijo Rolando, “es lo mejor que podemos hacer.” Ahora miraba a su viejo conocido de Mejis. Y lo llamó con su cabeza.

CINCO

Sheemie puso el plato en el suelo al instante, fue hacia Rolando y cerró en un puño su mano. "Salve, Rolando, el que fue Will Dearborn."

Rolando devolvió el saludo, luego miró a Jake. El muchacho lo miró con incertidumbre. Rolando asintió hacia él y Jake se le acercó. Ahora Jake y Sheemie estaban frente a frente mientras Rolando se agachaba entre ellos, al parecer sin mirar a ninguno ahora que estaban juntos.

Jake levantó una mano a su frente.

Sheemie devolvió el gesto.

Jake bajó la mirada hacia Rolando y dijo, "¿Qué quieres?"

Rolando no respondió, sólo siguió mirando serenamente hacia la boca de la cueva, como si hubiera algo en la oscuridad aparentemente interminable allá afuera que le interesara. Y Jake sabía lo que quería, tan seguro como si hubiera usado el toque en la mente de Rolando para descubrirlo (lo que ciertamente no hizo). Habían llegado a una bifurcación en el camino. Había sido Jake quien había sugerido que fuera Sheemie quien les dijera cuál dirección tomar. En el momento había parecido una idea locamente buena—sabía Dios por qué. Ahora, mirando ese rostro serio y no muy inteligente y esos ojos enrojecidos, Jake se preguntaba dos cosas: qué lo había poseído para sugerir un curso de acción como ése, y por qué nadie—especialmente Eddie, quien mantenía una cabeza relativamente fría a pesar de todo lo que habían pasado—le había dicho, amablemente pero con firmeza, que poner su futuro en las manos de Sheemie Ruiz era una idea estúpida. Totalmente majadera, como habrían dicho sus viejos compañeros en la escuela Piper. Ahora Rolando, quien creía que incluso en la sombra de la muerte quedaban aún lecciones que aprender, quería que Jake hiciera la pregunta que Jake en persona había propuesto, y la respuesta sin duda lo expondría como el olvidadizo supersticioso en que se había convertido. Y aún así, ¿por qué no preguntar? Incluso si fuera el equivalente de arrojar al aire una moneda, ¿por qué no? Jake había llegado, posiblemente en el final de una corta pero innegablemente interesante vida, a un lugar en que habían puertas mágicas, mayordomos mecánicos, telepatía (de la que él mismo era capaz, al menos en algún pequeño grado), vampiros y hombres araña. De forma que ¿por qué no dejar que Sheemie escoja? *Tenían* que tomar un camino o el otro, después de todo, y había pasado por demasiado como para preocuparse por una cosa tan minúscula como parecer un idiota en frente de sus compañeros. *Además, pensó, si no estoy entre amigos aquí, jamás lo estaré.*

"Sheemie," dijo. Mirar a esos ojos enrojecidos era horrible, pero se obligó a sí mismo a hacerlo. "Estamos en una gesta. Eso significa que tenemos un trabajo que hacer. Nosotros—"

"Ustedes tienen que salvar la Torre," dijo Sheemie. "Y mi viejo amigo tiene que entrar y escalar a la cima, y ver lo que haya que ver. Puede haber renovación, puede haber muerte o pueden ser las dos cosas. Él fue una vez Will Dearborn, ea, eso fue. Will Dearborn para mí."

Jake miró a Rolando, quien aún estaba acurrucado mirando hacia fuera de la cueva. Sin embargo, Jake pensó que su rostro se había puesto pálido y extraño.

Uno de los dedos de Rolando hacía su gesto de sigue adelante. "Sí, se supone que debemos salvar la Torre Oscura," estuvo de acuerdo Jake. Y pensó que entendía algo de la sed de Rolando por verla y entrar en ella, incluso si ello le matara. ¿Qué había en el centro del universo? ¿Qué hombre (o muchacho) podría hacer algo que no fuera preguntarse, una vez se pensara la cuestión, y querer ver?

¿Incluso si ver lo llevara a la locura?

"Pero para hacer eso, tenemos que hacer dos trabajos. Uno involucra volver a nuestro mundo y salvar a un hombre. Un escritor que cuenta nuestra historia. El otro trabajo es aquel del que hemos estado hablando. Liberar a los Disgregadores." La honestidad le hizo añadir: "O detenerlos, al menos. ¿Entiendes?"

Pero esta vez Sheemie no respondió. Miraba al sitio al que miraba Rolando, afuera en la oscuridad. Sus rostro era el de alguien que ha sido hipnotizado. Ver esto hizo que Jake se sintiera incómodo, pero siguió adelante. Había llegado a su pregunta, después de todo, y ¿qué más quedaba aparte de seguir adelante?

"La cuestión es, ¿cuál trabajo hacemos primero? Pareciera que salvar al escritor podría ser más fácil porque no hay oposición. . . de la que sepamos, al menos. . . pero hay una posibilidad de que. . . bueno. . ." Jake no quería decir *Pero hay una posibilidad de que teletransportarnos te mate*, y por tanto llegó a un alto débil e insatisfactorio.

Por un momento pensó que Sheemie no respondería, dejándolo con el trabajo de decidir si intentarlo de nuevo o no, pero luego el antiguo ayudante de taberna habló. No miró a ninguno de ellos al hacerlo, sino sólo al exterior de la cueva hacia la penumbra de Thunderclap.

"Tuve un sueño anoche, sí que lo tuve," dijo Sheemie de Mejis, cuya vida había sido salvada una vez por tres jóvenes pistoleros de Gilead. "Soñé que estaba de nuevo en el Descanso de los Viajeros, sólo que Coral no estaba allí, ni Stanley, ni Pettie, ni Sheb—el que solía hacer de pianista. No había nadie más que yo, y yo trapeaba el piso y cantaba 'Careless Love.' Luego chirriaron las puertas de la cantina, eso hicieron, hacían un sonido muy chistoso. . ."

Jake vio que Rolando asentía, con un esbozo de sonrisa en sus labios.

"Alcé la mirada," continuó Sheemie, "y entró un muchacho." Sus ojos se movieron brevemente hacia Jake, luego hacia la entrada de la cueva. "Se parecía a ti, joven sai, así era, suficiente para ser gemelo. Pero su rostro estaba cubierto de sangre y uno de sus ojos se le había salido, arruinando su belleza, y caminaba cojeando. Se veía como la muerte, así se veía, y me asustó mucho, y también me dio tristeza verlo. Sólo seguí trapeando, pensando que si lo hacía era posible que él no me molestara, que ni siquiera me viera y se fuera."

Jake se dio cuenta de que conocía este cuento. ¿Lo había visto? ¿Realmente había sido él ese muchacho sangriento?

"Pero él te miró. . ." murmuró Rolando, aún en cuclillas, aún mirando hacia la penumbra.

"Ea, el que fuera Will Dearborn, justo a mí, eso hizo, y dijo '¿Por qué deben lastimarme, cuando los amo tanto? ¿Si no puedo hacer nada más ni quiero otra cosa, pues el amor me hizo y me alimentó y—'"

"Y me mantuvo en mejores días,'" murmuró Eddie. Una lágrima resbaló de uno de sus ojos e hizo un punto oscuro en el piso de la cueva.

"—y me mantuvo en mejores días? ¿Por qué me cortan y desfiguran mi rostro, y me llenan de aflicción? No he hecho más que amarlos por su belleza como una vez me amaron por la mía en los días antes que el mundo se moviera. Ahora me marcan la piel con clavos y colocan gotas de mercurio ardiente en mi nariz; han soltado sobre mí los animales, eso han hecho, y ellos se han comido mis partes más suaves. Alrededor mío se reúnen los can-toi y no hay paz por su risas. Empero aún los amo y los serviría de nuevo e incluso traería de nuevo la magia, si me dejaran, pues así fue hecho mi corazón cuando surgi del *Prim*. Y una vez fui fuerte así como hermoso, pero ahora mi fuerza casi ha desaparecido."

"Tú lloraste," dijo Susannah, y Jake pensó: *Por supuesto que sí*. Él mismo lloraba. Así como Ted; así como Dinky Earnshaw. Sólo Rolando tenía los ojos secos, y el pistolero estaba pálido, muy pálido.

"Él lloró," dijo Sheemie (las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras contaba su sueño), "y yo también, pues podía ver que había sido hermoso como la luz del día. Dijo 'Si la tortura parara ahora, aún podría recuperarme—si no mi apariencia, al menos mi fuerza—'"

"Mi *kes*,'" dijo Jake, y aunque nunca antes había escuchado la palabra la pronunció correctamente, casi como si dijera *kis*.

"—y mi *kes*. Pero una semana más. . . o tal vez cinco días. . . o incluso tres. . . y será demasiado tarde. Incluso si la tortura se detiene, moriré. Y ustedes morirán también, pues cuando el amor deja el mundo, todos los corazones enmudecen. Cuéntales de mi amor y diles de mi dolor y de mi esperanza, que aún vive. Pues esto es todo lo que tengo y todo lo que soy y todo lo que pido.' Luego el muchacho se dio vuelta y salió. La puerta hizo el mismo sonido. *Skriiik*."

Miró entonces a Jake, y sonrió como alguien que ha sido despertado. "No puedo responder tu pregunta, sai." Se dio un puño en la frente. "No tengo muchos sesos aquí arriba, yo—sólo telarañas. Eso decía Cordelia Delgado, y creo que tenía la razón."

Jake no respondió. Estaba aturdido. Había soñado con el mismo muchacho desfigurado, pero no en ninguna cantina; había sido en el Parque Gage, aquel donde habían visto a Charlie el Chu-Chú. La noche anterior. Tenía que ser. No lo había recordado hasta ahora, y de no

haberles contado Sheemie su propio sueño probablemente jamás lo habría recordado. Y ¿habían tenido también Rolando, Eddie y Susannah una versión del mismo sueño? Sí. Podía verlo en sus caras, de la misma forma que podía ver que Ted y Dinky parecían conmovidos pero por lo demás confundidos.

Rolando se levantó con una mueca de dolor, cerró su mano brevemente alrededor de su cadera, luego dijo "Gracias, sai, Sheemie, nos has ayudado grandemente."

Sheemie sonrió inseguro. "¿Cómo hice eso?"

"Olvidalo, amigo mío." Rolando puso su atención en Ted. "Mis amigos y yo vamos a salir un momento. Necesitamos hablar an-tet."

"Por supuesto," dijo Ted. Sacudió la cabeza como para aclarar sus ideas.

"Háganle un favor a mi paz mental y no tarden," dijo Dinky, "Probablemente aún estamos bien, pero no quiero abusar de nuestra suerte."

"¿Van a necesitar que él los transporte de nuevo adentro?" preguntó Eddie, asintiendo; le asentía a Sheemie. Era una pregunta retórica obvia; ¿cómo más volverían los tres?

"Bueno, sí, pero. . ." empezó Dinky.

"Entonces de verdad estarán abusando de su suerte." Dicho eso, Eddie, Susannah y Jake siguieron a Rolando fuera de la cueva. Acho se quedó atrás, sentado con su nuevo amigo, Haylis de Chayven. Algo de eso le molestaba a Jake. No era un sentimiento de celos sino más bien de temor. Como si viera un augurio que alguien más sabio que él—uno de los Manni, tal vez—podría interpretar. Pero, ¿quería saber?

Tal vez no.

SEIS

"No recordé mi sueño hasta que él nos contó el suyo," dijo Susannah, "y si *no* lo hubiera hecho, probablemente jamás lo habría recordado."

"Sí," dijo Jake.

"Pero ahora recuerdo con mucha claridad," continuó ella. "Yo estaba en una estación del tren subterráneo y el muchacho bajó por las escaleras—"

Jake dijo, "Yo estaba en el Parque Gage—"

"Y yo en el campo de juego de la Avenida Markey, donde Henry y yo solíamos jugar a formar equipos," dijo Eddie. "En mi sueño, el chico con la cara sangrante llevaba una camiseta que decía NI UN MOMENTO OPACO—"

"—EN EL MUNDO MEDIO," terminó Jake, y Eddie lo miró sobresaltado.

Jake apenas si lo notó; sus pensamientos iban en otra dirección. "Me pregunto si Stephen King usa de vez en cuando sueños en sus novelas. Ya saben, una levadura para que la trama crezca."

Esta era una pregunta que ninguno de ellos podía responder.

"¿Rolando?" preguntó Eddie. "¿Dónde estabas en tu sueño?"

"El Descanso de los Viajeros, ¿dónde más? ¿No estuve allí con Sheemie, alguna vez?" *Con mis amigos, muertos ya hace mucho*, podría haber agregado, pero no lo hizo. "Me sentaba en la mesa que prefería Eldred Jonas, jugando Mírame con una mano."

Susannah dijo tranquilamente. "El muchacho en el sueño *era* el Haz, ¿o no?"

Al asentir Rolando, Jake se dio cuenta de que Sheemie les había dicho qué tarea era la primera, después de todo. Se las había dicho sin lugar a dudas.

"¿Tienen alguna pregunta?" preguntó Rolando.

Uno a uno, sus compañeros dijeron que no con la cabeza.

"Somos ka-tet," dijo Rolando, y ellos respondieron al unísono: "*Somos uno de muchos.*"

Rolando no dijo nada por un momento, mirándolos—más que mirándolos, como si saboreara sus rostros—y luego los condujo de nuevo adentro.

"Sheemie," dijo.

"¡Sí, sai! ¡Sí, Rolando, el que fuera Will Dearborn!"

"Vamos a salvar al muchacho del que nos hablaste. Vamos a hacer que los tipos malos dejen de lastimarlo."

Sheemie sonrió, pero era una sonrisa perpleja. No recordaba al chico en su sueño, ya no. "¡Bien, sai, eso es bueno!"

Rolando dirigió su atención hacia Ted. "Una vez que Sheemie los lleve de vuelta esta vez, acuéstenlo. O, si eso atrae la atención equivocada, sólo asegúrense de que no haga esfuerzos."

"Podemos decir que tiene un resfriado y mantenerlo alejado de El Estudio," estuvo de acuerdo Ted. "Hay muchos resfriados de este lado. Pero tienen que entender que no hay garantías. Podría llevarnos de vuelta esta vez, y luego—" Chasqueó los dedos.

Riendo, Sheemie lo imitó, chasqueando sólo dos dedos. Susannah miró a otra parte, con ganas de vomitar.

"Eso lo sé," dijo Rolando, y aunque su tono no cambió mucho, cada miembro de su ka-tet sabía que era algo bueno que esta palabra casi hubiera concluido. Rolando había llegado al límite de su paciencia. "Ténganlo quieto incluso si está bien y se siente bien. No lo necesitaremos para lo que tengo en mente, y gracias por las armas que nos dejaron."

"Son buenas armas," concordó Ted, "pero ¿lo suficientemente buenas para eliminar sesenta hombres, can-toi y taheen?"

"¿Permanecerán ustedes dos con nosotros una vez empieza la pelea?" preguntó Rolando.

"Con el mayor de los placeres," dijo Dinky, mostrando los dientes en una sonrisa notablemente asquerosa.

"Sí," dijo Ted. "Y puede que tenga otra arma. ¿Escucharon las cintas que les dejé?"

"Sí," replicó Jake.

"Así pues conocen la historia del tipo que me robó la billetera."

Esta vez, todos asintieron.

"¿Qué hay con esa mujer joven?" preguntó Susannah. "Una galleta dura, dijiste. ¿Qué hay con Tanya y su novio? ¿O esposo, si eso es lo que es?"

Ted y Dinky intercambiaron una breve mirada de duda, y luego lo negaron con la cabeza al mismo tiempo.

"Algún tiempo, tal vez," dijo Ted. "Ahora no. Ahora está casada. Todo lo que quiere es estar abrazada con su hombre."

"Y Disgregar," añadió Dinky.

"Pero, ¿no entienden ellos que . . ." Susannah descubrió que no podía terminar. Estaba dolida no tanto por su propio sueño como por el de Sheemie. *Ahora me marcan la piel con clavos*, le había dicho el muchacho de los sueños a Sheemie. El muchacho de los sueños que una vez había sido hermoso.

"No *quieren* entender," le dijo Ted amablemente. Notó un poco de la oscura cara de Eddie y sacudió la cabeza. "Pero no voy a dejar que los odien por ello. Ustedes—*nosotros*—podemos tener que matar a algunos de ellos, pero no voy a dejar que los odien. Ellos no alejaron el entendimiento de su corazón por avaricia o miedo, sino por desesperación."

"Y porque Disgregar es divino," dijo Dinky. También miraba a Eddie. "Como puede ser divina la media hora después de que disparan. Si saben de lo que hablo."

Eddie suspiró, con las manos en los bolsillos, y no dijo nada.

Sheemie los sorprendió a todos tomando una de las pistolas-máquinas Coyote y moviéndola en arco. De haber estado cargada, la gran gesta por la Torre Oscura habría terminado allí mismo. "¡Yo también pelearé!" gritó. "¡Pau, pau, pau! ¡Bam-bam-bam-ba-dam!"

Eddie y Susannah se agacharon; Jake se lanzó instintivamente frente a Acho; Ted y Dinky levantaron las manos frente a sus rostros, como si eso los pudiera haber salvado de una carga de cien balas de alto calibre forradas en acero. Rolando le quitó de las manos a Sheemie la pistola-máquina con calma.

"Tu hora de ayudar ya llegará," dijo, "pero después que luchemos y ganemos esta batalla. ¿Ves el brambo de Jake, Sheemie?"

"Ea, está con el Rod."

“Ese brambo habla. Mira si logras que te diga algo.”

Sheemie fue obedientemente al lugar donde Chucky/Haylis aún acariciaba la cabeza de Acho, con una rodilla en tierra, y empezó intentando hacer que Acho dijera su nombre. El brambo lo hizo casi de inmediato y con notoria claridad. Sheemie rió y Hailis se le unió. Sonaban como un par de niños de la Calla. De los arruinados, tal vez.

Rolando, entre tanto, se dirigió a Dinky y a Ted, con los labios tan tensos que eran poco más que una línea blanca en su rostro austero.

SIETE

“Él debe permanecer lejos de todo, una vez que empiece el tiroteo.” El pistolero hizo como si le pusiera llave a un candado. “Si perdemos, lo que le pase después no importará. Si ganamos, lo vamos a necesitar al menos una vez más. Probablemente dos.”

“¿Para ir a dónde?” preguntó Dinky.

“Estados Unidos del Mundo Clave,” dijo Eddie. “Un pequeño pueblo en el occidente de Maine llamado Lovell. Tan temprano en junio de 1999 como el tiempo en un sólo sentido lo permita.”

“Enviarme a Connecticut parece haber dado comienzo a los ataques de Sheemie,” dijo Ted en voz baja. “Saben que enviarlos a ustedes de ese lado puede hacerlo empeorar, ¿o no? ¿O matarlo?” Hablaba en ese tono que decía que era evidente. *Sólo pregunto, gente.*

“Lo sabemos,” dijo Rolando, “y cuando llegue el momento, le dejaré claro el riesgo y le preguntaré si—”

“Ay, vaya, puedes meterte ésa donde el sol no te alumbra,” dijo Dinky, y Eddie se acordó tan fuertemente de sí mismo—tal y como había sido durante sus primeras horas en la playa del Mar Occidental, confundido, enojado y ansioso de heroína—que sintió un momento de *déjà vu*. “Si le dijeras que quieres que se prenda fuego él mismo, lo único que a él le gustaría saber sería si tienes un fósforo. Piensa que eres Jesús en una galleta.”

Susannah esperó, con una mezcla de temor e interés casi morboso, la respuesta de Rolando. No hubo ninguna. Rolando se limitó a mirar a Dinky, con los pulgares en el cinto de su pistola.

“Seguramente te das cuenta de que un muerto no te puede traer de vuelta desde allí,” dijo Ted en un tono más razonable.

“Saltaremos esa cerca cuando lleguemos a ella, si es que llegamos,” dijo Rolando. “Entretanto, tenemos muchas otras cercas que salvar.”

“Me alegra que nos hagamos cargo de la Devar-Toi primero, sea cual sea el riesgo,” dijo Susannah. “Lo que sucede allá abajo es una abominación.”

“Sí, señora,” dijo Dinky con acento vaquero, y se levantó un sombrero imaginario. “Creo que ésa es la palabra.”

La tensión en la cueva se calmó. Detrás de ellos, Sheemie le decía a Acho que se diera vueltas y Acho lo hacía con mucho agrado. El Rod tenía una amplia sonrisa descuidada en el rostro. Susannah se preguntaba cuándo habría sido la última vez en que Haylis de Chayven había usado su sonrisa, que era infantilmente encantadora.

Susannah pensó en preguntarle a Ted si había alguna forma de saber qué día era en ese instante en los Estados Unidos, luego decidió no molestar. Si Stephen King estuviera muerto, lo sabrían; eso había dicho Rolando, y no dudaba que tuviera la razón. Por ahora el escritor estaba bien, malgastando alegremente su tiempo y su valiosa imaginación en algún proyecto sin sentido mientras el mundo que debía imaginar, razón por la que había nacido, seguía acumulando polvo en su cabeza. Si Rolando estaba enojado con él, realmente no era sorprendente. Ella misma estaba un poco enfadada con él.

“¿Cuál es tu plan, Rolando?” preguntó Ted.

"Se basa en dos supuestos: que podemos sorprenderlos y luego aplastarlos. No creo que esperen que los interrumpen en estos últimos días; desde Pimli Prentiss hacia abajo hasta el guardia huma más inferior en el exterior de la cerca, no tienen razón para creer que serán molestados en su trabajo, ciertamente no atacados. Si mis supuestos son correctos, tendremos éxito. Si fallamos, al menos no viviremos suficiente para ver a los Haces disgregarse y a la Torre caer."

Rolando buscó el mapa hecho a mano del Algul y lo puso en el suelo de la cueva. Todos se reunieron alrededor.

"Estas vías férreas," dijo, indicando las marcas con el número 10. "Algunas de las locomotoras varadas y vagones sobre ellas se encuentran a quince o veinte metros de la cerca sur, según parece a través de los binoculares. ¿Es correcto eso?"

"Sí," dijo Dinky, y señaló hacia el centro de la línea más cercana. "Igual podrías llamarla sur, de cualquier forma—es una palabra tan buena como cualquiera. Hay un vagón en esta vía que está realmente cerca al cercado. Sólo unos diez metros o menos. Dice SOO LINE en un costado."

Ted asintió.

"Buena cubierta," dijo Rolando. "Excelente cubierta." Ahora señaló al área más allá del extremo norte del complejo. "Y aquí, todo tipo de casetas."

"Solían haber provisiones allí," dijo Ted, "pero ahora la mayoría están vacías, creo. Por un tiempo una partida de Rods dormía allí, pero hace seis u ocho meses Pimli y la Comadreja los sacaron a patadas."

"Sin embargo, más cubiertas, vacías o llenas," dijo Rolando. "¿Está limpio de obstáculos el terreno atrás y alrededor de ellas y suave? ¿Suave como para que esa cosa vaya de un lado al otro?" Señaló con un pulgar el Triciclo Viajero de Suzie.

Ted y Dinky intercambiaron una mirada. "Definitivamente," dijo Ted.

Susannah esperó a ver si Eddie protestaba, incluso antes de saber lo que tuviera Rolando en mente. No fue así. Bien. Ya Susannah pensaba en las armas que querría. Qué pistolas.

Rolando se sentó en silencio por un momento o dos, mirando el mapa, casi al parecer en comunión con él. Cuando Ted le ofreció un cigarrillo, el pistolero lo aceptó. Luego empezó a hablar. Dos veces dibujó en el costado de una caja de armas con una tiza. Dos veces más dibujó flechas en el mapa, una señalando hacia lo que llamaban norte, una al sur. Ted hizo una pregunta; Dinky respondió otra. Detrás de ellos, Sheemie y Haylis jugaban con Acho como un par de niños. El brambo imitaba su risa con una precisión asombrosa.

Cuando Rolando hubo terminado, Ted Brautigan dijo: "Pretendes derramar muchísima sangre."

"Así es. Tanta como pueda."

"Peligroso para la dama," apuntó Dink, mirándola a ella primero y luego a su esposo.

Susannah no dijo nada. Tampoco Eddie. Reconocía el peligro. También entendía por qué Rolando la quería en el norte del complejo. El Triciclo Viajero le daría movilidad, y eso era algo que necesitaban. En cuanto al peligro, eran seis que planeaban dominar a sesenta. O más. Desde luego habría peligro, y desde luego habría sangre.

Sangre y fuego.

"Tal vez pueda usar un par de otras pistolas," dijo Susannah. Sus ojos habían adquirido ese tono especial de Detta Walker. "Radio controladas, como un avión de juguete. No lo sé. Pero me moveré, de acuerdo. Vo' a acelerar como grasa en una parrilla caliente."

"¿Puede funcionar esto?" preguntó Dinky con brusquedad.

Los labios de Rolando se separaron en una sonrisa sin humor. "*Funcionará*"

"¿Cómo puedes asegurarlo?" preguntó Ted.

Eddie recordó el razonamiento de Rolando antes de que llamaran a John Cullum y pudo haber respondido esa pregunta, pero las respuestas debía darlas el dinh de su ka-tet—si quería—y por tanto le dejó ésta a Rolando.

"Porque tiene que funcionar," dijo el pistolero. "No veo otra forma."



Capítulo XI: El Ataque sobre Algul Siento

UNO

Era el día siguiente y no mucho antes de que el timbre señalara el cambio matutino de la guardia. La música empezaría pronto, el sol saldría, y el turno de noche de los Disgregadores dejaría El Estudio mientras el turno de día entraba en escena. Todo era como debía ser, pero Pimli Prentiss había dormido menos de una hora esa noche e incluso ese breve periodo había sido lleno de sueños agrios y caóticos. Finalmente, alrededor de las cuatro (lo que de hecho su reloj de cama *afirmaba* que eran las cuatro, pero quién lo sabía ahora, y qué importaba de cualquier forma, así de cerca al final), se había levantado y sentado en la silla de su oficina mirando hacia el oscurecido Comercio, desértico a esta hora salvo por un solitario y desorientado robot al que se le había metido en la cabeza patrullar, moviendo sus seis brazos con pinzas por manos hacia el cielo sin el menor propósito. Los robots que aún funcionaban se volvían más débiles cada día, pero sacarles las baterías podría resultar peligroso, pues algunos tenían trampas y explotarían si se intentara. No había nada más que hacer sino aguantar sus extravagancias y seguir recordándote que todo acabaría pronto, alabado sea Jesús y Dios Padre Todopoderoso. En algún momento, el antiguo Paul Prentiss abrió el cajón de su escritorio que estaba sobre el agujero para colocar las piernas, sacó la Colt Pacificadora .40 que había dentro, y la sostuvo sobre su regazo. Ésta fue con la cual el Amo anterior, Humma, había ejecutado al violador Cameron. Pimli no había tenido que ejecutar a nadie durante su tiempo y eso le alegraba, pero sostener la pistola en su regazo, sintiendo su peso solemne, siempre le daba un cierto consuelo. Aunque no tenía la menor idea de por qué necesitaba consuelo al final de la noche, especialmente cuando todo iba tan bien. Todo lo que sabía a ciencia cierta era que habían ocurrido algunos avistamientos anómalos en lo que a Finli y Jenkins, su técnico en jefe, les gustaba llamar la Telemetría Profunda, como si estos instrumentos estuvieran en el fondo del océano en vez de tan sólo en un armario en un sótano adyacente al cuarto largo y bajo donde estaba el resto del equipo más útil. Pimli reconocía lo que sentía—cada cosa por su nombre—como una sensación de ruina inminente. Intentó decirse que sólo era el proverbio de su abuelo en acción, que casi estaba en casa y por tanto era momento de preocuparse por los huevos.

Finalmente había ido a su baño, donde cerró la tapa del inodoro y se arrodilló a rezar. Y aquí estaba, en silencio, sólo que algo había cambiado en la atmósfera. No escuchó ningún paso pero sabía que alguien había entrado en su oficina. La lógica le sugería quién debía ser. Aún sin abrir los ojos, aún con las manos cruzadas sobre el cobertor cerrado del inodoro, dijo: “¿Finli? ¿Finli de Tego? ¿Eres tú?”

“Sí, jefe, soy yo.”

¿Qué estaba él haciendo allí antes del timbre? Todos, incluso los Disgregadores, sabían lo mucho que le gustaba dormir a Finli la Comadreja. Pero todo a su tiempo. En este momento, Pimli entretenía al Señor (aunque a decir verdad casi se había quedado dormido de rodillas cuando algún sub-instinto profundo le había advertido que ya no estaba solo en el primer piso de la Casa del Carcelero). Uno no ignoraba a un invitado tan importante como al Señor Dios de los Ejércitos, y por tanto terminó su oración—“¡Concédeme la gracia de Tu voluntad, Amén!”—

antes de levantarse con una mueca de dolor. Su condenada espalda no se preocupaba ni un poco por la barriga que tenía que levantar al frente.

Finli estaba de pie junto a la ventana, sosteniendo la Pacificadora en la luz penumbrosa, moviéndola a un lado y otro para admirar el delicado tallado en las culatas.

"Ésta es la que le dijo buenas noches a Cameron, ¿cierto?" preguntó Finli. "El violador Cameron."

Pimli asintió. "Ten cuidado, hijo mío. Está cargada."

"¿Seis disparos?"

"¡Ocho! ¿Estás ciego? Mira el tamaño del cilindro, por amor de Dios."

Finli no se molestó en hacerlo. Le devolvió en cambio la pistola a Pimli. "Sé cómo halar el gatillo, eso lo sé, y en lo que tiene que ver con las pistolas eso es suficiente."

"Ea, si está cargada. ¿Qué haces a esta hora y molestando a un hombre en medio de su oración matutina?"

Finli lo miró. "Si te preguntara por qué te encuentro en tu oración, vestido y peinado en vez de en bata y pantuflas con un sólo ojo abierto, ¿qué respuesta me darías?"

"Tengo nervios. Es tan simple como eso. Supongo que tú también."

Finli sonrió, alegre. "¡Nervios! ¿Es eso como tener la tembladera y tener los pelos de punta?"

"Algo así—sí."

La sonrisa de Finli se hizo más amplia, pero Pimli pensaba que no se veía muy genuina. "¡Me gusta! ¡Me gusta mucho! ¡Nerviosado! ¡Nerviudo!"

"No," dijo Pimli. "'Tener nervios,' así es como se usa."

La sonrisa de Finli se diluyó. "También tengo nervios. Tengo la tembladera. Tengo los pelos de punta."

"¿Más avistamientos en la Telemetría Profunda?"

Finli alzó los hombros, luego asintió. El problema con la Telemetría Profunda era que ninguno de ellos estaba seguro exactamente acerca de qué medía. Podría ser telepatía o (Dios no lo quiera) teletransportación, o incluso temblores profundos en la tela de la realidad—precursores del rompimiento inminente del Haz del Oso. Imposible decirlo. Pero más y más de ese equipo previamente oscuro y quieto había adquirido vida en los últimos cuatro meses más o menos.

"¿Qué dice Jenkins?" preguntó Pimli. Dejó caer la .40 en su funda casi sin pensarlo, acercándonos así un paso más a lo que ustedes no querrán oír y yo no querré narrar.

"Jenkins dice lo que lo primero le viene a la cabeza," dijo el de Tego alzando los hombros con rudeza. "Si no sabe siquiera lo que significan los símbolos en los marcadores y pantallas de la Telemetría Profunda, ¿cómo puedes pedir su opinión?"

"Calma," dijo Pimli, poniendo una mano en el hombro de su Jefe de Seguridad. Se sorprendió (y se alarmó un poco) al sentir que la carne bajo la fina camisa Turnbull & Asser de Finli retrayéndose ligeramente. O tal vez temblando. "¡Calma, amigo! Sólo era una pregunta."

"No puedo dormir, no puedo leer, ni siquiera puedo follar," dijo Finli. "¡por Gan que intenté hacer las tres cosas! Camina a Casa Damli conmigo, ¿sí?, y échale una mirada a las malditas lecturas. Tal vez se te ocurra algo."

"Soy jefe de rutas, no técnico," dijo Pimli suavemente, pero ya se movía hacia la puerta. "No obstante, ya que no tengo nada mejor que hacer—"

"Tal vez sólo es el fin que se acerca," dijo Finli, deteniéndose brevemente en la puerta. "Como si pudiera haber un *sólo* en tal cosa."

"Tal vez sea eso," dijo Pimli inalterable, "y una caminata en el aire matutino no puede hacernos ningún da—¡Oye! ¡Oye, tú! ¡Tú, allí! ¡Tú Rod! ¡Voltea a verme cuando te hablo, es mejor que lo hagas!"

El Rod, un tipo raquítico enfundado en un par de viejísimos pantalones de tirantas de denim (el trasero de la prenda, casi desinflado, ya estaba completamente blanco), obedeció. Sus mejillas eran regordetas y con pecas, sus ojos de un azul hermoso aunque en el momento se veían alarmados. Realmente no se vería feo si no fuera por su nariz, que había sido devorada

casi por completo a un lado, dándole una extraña apariencia de una sola fosa nasal. Cargaba un cesto. Pimli estaba muy seguro de que había visto este bah-bo de pies torpes en el rancho antes, pero no estaba seguro del todo; para él, todos los Rods se veían iguales.

No importaba. La identificación era trabajo de Finli y él asumió el cargo ahora, sacando un guante de goma de su cinturón y poniéndoselo al acercarse a pasos largos al Rod. Éste retrocedió contra la pared, agarrando con más fuerza su cesta de mimbre y soltando un sonoro pedo de puro susto. Pimli tuvo que morderse el interior de la mejilla, y con mucha fuerza, para evitar una sonrisa que se asomaba a sus labios.

"¡No, no, *no!*" gritó el Jefe de Seguridad, y abofeteó al Rod con fuerza con su mano recién enguantada. (No era bueno tocar a los Hijos de Roderick piel a piel; portaban demasiadas enfermedades.) De la boca del Rod voló saliva, y sangre del agujero de su nariz. "¡No me hable a mí con su caja *ki'*, sai Haylis! El hoyo que tiene en la cabeza no es mucho mejor, pero al menos me puede dar una palabra de respeto. ¡Será mejor que así sea!"

"¡Salve, Finli de Tego!" murmuró Haylis, y se llevó un puño a la frente con tanta fuerza que su cabeza dio contra la pared—*ibonk!* Eso logró el efecto: Pimli soltó una carcajada contra su voluntad. Finli no podría reprochárselo en su caminata a Casa Damli, pues sonreía ahora también. Aunque Pimli dudaba que el Rod llamado Haylis encontrara mucho alivio en esa sonrisa. Exponía demasiados dientes afilados. "¡Salve, Finli de la Guardia, largos días y noches placenteras a ti, sai!"

"Mejor," cedió Finli. "No mucho, pero algo mejor. ¿Qué demonios haces aquí antes del Timbre y del Sol? Y dime qué hay en tu bascomb, ¿wiggins?"

Haylis la abrazó con más fuerza contra su pecho, sus ojos alarmados. La sonrisa de Finli desapareció de inmediato.

"Abre la tapa y muéstrame qué hay en tu bascomb en este instante, idiota, o tendrás que buscar los dientes en el tapete." Estas palabras salían en un suave gruñido.

Por un momento Pimli pensó que el Rod no obedecería, y sintió un retorcijón de alarma. Luego, lentamente, el tipo levantó la tapa de la cesta de mimbre. Era de esas que tienen manijas, conocidas en el territorio donde nació Finli como bascombs. El Rod la mostró renuentemente. Al mismo tiempo cerró los ojos que se veían irritados y con lagañas, y movió a un lado la cabeza, como si anticipara un golpe.

Finli miró. Por largo rato no dijo nada, luego soltó una carcajada e invitó a Pimli a mirar. El Amo supo de inmediato lo que veía, pero descubrir lo que significaba le tomó un momento más. Luego su mente volvió al grano facial que explotaba y el ofrecimiento del pus sanguinolento a Finli, como uno le ofrecería a un amigo los pasabocas que quedaran al final de una cena. En el fondo de la cesta del Rod había un pequeño montón de pañuelos de papel usados. Kleenex, de hecho.

"¿Te envió Tammy Kelly a recoger la bazofia esta mañana?" preguntó Pimli.

El Rod asintió temeroso.

"¿Te dijo ella que podías tomar lo que encontraras y te gustara en las cestas de la basura?"

Pensó que el Rod mentiría. Si lo hiciera, y cuando lo hiciera, el Amo le ordenaría a Finli golpear al tipo, como una lección de honestidad.

Pero el Rod—Haylis—lo negó con la cabeza, viéndose triste.

"De acuerdo," dijo Pimli, aliviado. Realmente era demasiado temprano en el día para golpizas, aullidos y lágrimas. Le arruinaban a uno el desayuno. "Puedes irte, y con tu botín. Pero la próxima vez, idiota, pide permiso o saldrás de aquí a—herido. ¿Entiendes?"

El Rod asintió enérgicamente.

"¡Adelante, entonces, vete! ¡Fuera de mi casa y fuera de mi vista!"

Lo vieron irse, con su cesta de pañuelos llenos de mocos que sin duda comería como caramelo, cada uno obligando al otro a mantener la cara seria y solemne hasta que el pobre hijo de nadie desfigurado se hubo ido. Entonces estallaron en carcajadas. Finli de Tego se tambaleó contra la pared con la fuerza suficiente para soltar un cuadro de su gancho, luego se deslizó hasta el piso, aullando histéricamente. Pimli se puso la cara en las manos y rió hasta que su considerable estómago le dolió. La risa borró la tensión con la cual cada uno había empezado el día, expresándolo todo al mismo tiempo.

“¡Un tipo en verdad peligroso!” dijo Finli cuando pudo hablar un poco de nuevo. Se secaba los ojos llorosos con una mano-garra peluda.

“¡El Saboteador del Moco!” concordó Pimli. Su rostro estaba muy rojo.

Intercambiaron una mirada y siguieron de nuevo su camino, soltando risotadas de alivio hasta que despertaron a la encargada de la casa en el tercer piso. Tammy Kelly yacía en su estrecha cama, escuchando a esos ka-mais vociferando abajo, mirando con desprecio hacia arriba en la oscuridad. Los hombres eran todos iguales, a su modo de ver, sin importar la piel que llevaran.

Afuera, el Amo huma y el Jefe de Seguridad taheen caminaban hombro a hombro por el Comercio. El Hijo de Roderick, entretanto, se escurría por la puerta norte, con la cabeza gacha, el corazón latiéndole locamente en el pecho. ¡Qué cerca había estado! ¡Ea! Si Cabeza de Comadreja le hubiera preguntado, ‘Haylis, ¿colocaste algo?’ habría mentido lo mejor que podía, pero aquellos como él no podían mentir con éxito ante esos como Finli de Tego; ¡nunca jamás! Habría sido descubierto, seguro. Pero *no* había sido descubierto, alabado sea Gan. La cosa-bola que el pistolero le había dado estaba ahora en su sitio, oculta en el cuarto de atrás, zumbando suavemente para sí. La había puesto en la canasta de la basura como le habían dicho, y la había cubierto con pañuelos limpios de la caja en el lavadero, como también le habían dicho. Nadie le había dicho que podía tomar los pañuelos sucios, pero no había sido capaz de resistir su delicioso olor. Y había funcionado perfectamente, ¿o no? ¡Sí! Pues en vez de hacerle todo tipo de preguntas que no habría podido responder, se rieron de él y lo dejaron irse. Deseaba poder escalar la montaña y jugar con el brambo de nuevo, así era, pero el huma de pelo blanco llamado Ted le había dicho que se fuera, lejos y lejos, una vez que terminara su tarea. Y si escuchaba disparos, Haylis tenía que ocultarse hasta que terminara. Y así lo haría—oh, sí, nair doot. ¿No había hecho lo que Rolando de Gilead le había pedido? La primera de las bolas zumbantes estaba ahora en Federal, uno de los dormitorios, dos más estaban en Casa Damli, donde los Disgregadores trabajaban y los guardias que no estaban de turno dormían y la última estaba en la Casa del Amo. . . ¡donde casi lo habían atrapado! Haylis no sabía lo que hacían las bolas zumbantes, ni quería saberlo. Se iría lejos, posiblemente con su amiga Garma, si la podía encontrar. Si empezaba un tiroteo se ocultarían en un agujero profundo, y compartiría con ella sus pañuelos. Algunos no tenían nada más que fragmentos de espuma de afeitar, pero habían mocos y de los grandes en algunos de los otros, podía oler su atractivo aroma incluso ahora. Guardaría el más grande, el que tenía sangre coagulada, para Garma, y era posible que ella lo dejara pinchar-pinchar. Haylis caminó más rápido, sonriendo ante el prospecto de pinchar-pinchar con Garma.

DOS

Sentada en el Triciclo Viajero en el escondite que le brindaba una de las casetas vacías al norte del complejo, Susannah vio a Haylis irse. Notó que el pobre sai desfigurado sonreía por algo, así que las cosas probablemente habían ido bien con él. Eran buenas noticias, realmente. Una vez no lo pudo ver más, devolvió su atención a su extremo de Algul Siento.

Podía ver las dos torres de piedra (aunque sólo la mitad superior de la que estaba a la izquierda; el resto estaba oculto por un pliegue de colina). Estaban rodeadas por una clase de hiedra. Cultivada más que silvestre, supuso Susannah, dada la esterilidad de la tierra circundante. Había un tipo en la torre occidental, sentado en lo que parecía un amplio sillón, tal vez incluso uno La-Z-Boy. Junto al riel de la torre oriental había un taheen con cabeza de castor y un hombre bajo (si era huma, pensó Susannah, era un hijo de puta feísimo), los dos conversando, claramente esperando el timbre que los relevaría de su cargo y los enviaría a desayunar en la comisaría. Entre las dos torres de vigilancia podía ver las tres líneas de cerca, separadas entre sí lo suficiente para que más guardias pudieran caminar en los corredores entre el alambre sin temer electrocutarse mortalmente. No vio a nadie allí esta mañana, sin embargo. Los pocos que se movían dentro del alambre sólo vagaban por allí, ninguno con afán de llegar a ninguna parte. A menos que la escena perezosa ante ella fuera la estafa más grande del siglo, Rolando tenía razón. Eran tan vulnerables como una piara de cerdos gordos que comían su última cena fuera del matadero: ven-ven-commala, costillas para folía. Y si

bien los pistoleros no habían tenido suerte encontrando alguna clase de armas radio-controladas, *habían* descubierto que tres de los rifles más de ciencia ficción estaban equipados con pasadores que decían INTERVALO. Eddie dijo que estos rifles eran *lázers*, aunque nada de ellos le parecía perezoso a Susannah.²² Jake había sugerido que llevaran uno lejos de la vista de la Devar-Toi y lo intentaran, pero Rolando rechazó la idea de inmediato. Eso había sido la noche anterior, mientras revisaban el plan por lo que parecía ser la centésima vez.

"Él tiene razón, chico," había dicho Eddie. "Los payasos de abajo podrían saber que estuvimos disparando esas cosas incluso si no pudieran ver ni escuchar nada. No sabemos qué tipo de vibraciones puede captar su telemetría."

Bajo la cubierta de la oscuridad, Susannah había dispuesto los tres "lázers." Cuando llegara el momento, colocaría los pasadores en intervalo. Las pistolas podrían funcionar, agregando la impresión que intentaban crear; podrían no hacerlo. Lo intentaría cuando llegara el momento, y eso era todo lo que podía hacer.

Con el corazón latándole fuertemente, Susannah esperó la música. Esperó el timbre. Y, si las sneetches que el Rod había instalado funcionaban como Rolando *creía*, esperaría los fuegos.

"Lo ideal sería que todas se encendieran durante los cinco o diez minutos durante los cuales cambian la guardia," había dicho Rolando. "Todo el mundo corriendo aquí y allá, llamando a sus amigos e intercambiando pequeños chismes. No podemos esperar eso—no realmente—pero podemos ansiar que así sea."

Sí, eso es lo más que podrían hacer. . . pero, deseo en una mano, mierda en la otra, mira cuál se llena primero. En cualquier caso, sería su decisión cuándo hacer el primer disparo. Después de eso, todo pasaría muy rápido.

Dios, por favor, ayúdame a escoger el momento correcto.

Esperó, sosteniendo una de las máquinas-pistolas Coyote con el tambor contra su hombro. Cuando la música empezó—una versión grabada de lo que pensaba podría ser "That's Amore"—Susannah se movió en la silla del TVS y sin querer presionó el gatillo. De no haber estado puesto el seguro, habría lanzado un chorro de balas hacia el techo de la caseta y sin duda habría arruinado el juego de inmediato. Pero Rolando le había enseñado bien, y el gatillo no se movió bajo su dedo. Aún así sus latidos se habían doblado—tal vez triplicado—y podía sentir el sudor resbalando por sus costados, aunque el día estaba fresco una vez más.

La música había empezado y eso estaba bien. Pero la música no era suficiente. Se sentó en la silla del TVS, esperando el timbre.

TRES

"Dino Martino," dijo Eddie, tan bajo que casi no se podía oír.

"¿Cómo?" preguntó Jake.

Los tres estaban tras del vagón de SOO LINE, a donde habían llegado tras moverse entre el cementerio de locomotoras y vagones viejos. Las dos puertas de carga del vagón estaban abiertas, y los tres habían mirado a través de ellas hacia la cerca, las torres de guardia del sur y la aldea de Villa Agradable, que consistía en sólo una calle. El robot de seis brazos que había estado antes en el Comercio estaba ahora allí, rodando arriba y abajo de la Calle Principal hasta después de los almacenes de apariencia antigua (y cerrados), gritando lo que parecían ecuaciones matemáticas a todo. . . ¿pulmón?

"Dino Martino," repitió Eddie. Acho se sentaba a los pies de Jake, alzando la mirada con sus brillantes ojos de aros dorados; Eddie se dobló y le acarició brevemente la cabeza. "Dean Martin cantaba esa canción originalmente."

"¿Sí?" preguntó Jake dudoso.

²² N., del T. Juego de palabras intraducible. Susannah encuentra similar el sonido de la palabra láser (que pronuncia lazer) al del adjetivo perezoso (lazy).

"Seguro. Sólo que nosotros la cantábamos así, 'Cuando-o la luna te golpea el labio como un pedazo de mierda, that's amore—' Eso es *amore*."

"Silencio, si les parece," murmuró Rolando.

"No creo que ustedes sientan el olor de ningún humo todavía ¿o sí?" preguntó Eddie.

Jake y Rolando dijeron que no con sus cabezas. Rolando tenía su gran pistola con la culata de sándalo. Jake estaba armado con un AR-15, pero la bolsa de Orizas colgaba una vez más sobre su hombro, y no sólo para tener buena suerte. Si todo iba bien, Rolando y él las estarían usando pronto.

CUATRO

Al igual que la mayoría de hombres que tiene lo que se conoce como "ayuda de casa," Pimli Prentiss no tenía un sentido claro de que sus empleados eran criaturas con metas, ambiciones y sentimientos—que eran humas en otras palabras. En tanto hubiera alguien que le pusiera su vaso vespertino de whisky y su carne (medio cruda) en frente a las seis y media, no pensaba en ellos en lo absoluto. Ciertamente se habría sorprendido de aprender que Tammy (su ama de casa) y Tassa (su empleado de casa) se odiaban mutuamente. Después de todo, se trataban uno al otro con un respeto perfecto—si bien, frío—cuando estaban alrededor de él.

Sólo que Pimli no estaba por allí esta mañana mientras "That's Amore" (interpretado por los Billion Bland Strings) surgió de los ocultos parlantes de Algul Siento. El Amo caminaba por el Comercio, ahora en compañía de Jakli, un técnico taheen con cabeza de cuervo, así como con su Jefe de Seguridad. Discutían sobre la Telemetría Profunda, y a Pimli ni se le pasaba por la cabeza la casa que había dejado atrás por última vez. Ciertamente nunca se le pasó por la mente que Tammy Kelly (aún con su bata de noche) y Tassa de Sonesh (aún con sus pantalones cortos de seda de dormir) estaban al borde de una batalla sobre los suministros de la bodega.

"¡Mira esto!" gritó ella. Estaban en la cocina, que era profundamente melancólica. Era un amplio cuarto, y todas las luces eléctricas excepto tres estaban fundidas. Sólo quedaban algunos bombillos en Almacenes, y estaban destinados para El Estudio.

"¿Mirar qué?" Se quedaba en silencio. *Haciendo pucheros*. ¿Y eran restos de lápiz labial lo que había en el pequeño arco de Cupido astuto que él tenía por boca? Ella pensaba que así era.

"¿No ves los espacios vacíos en los estantes?" preguntó indignada. "¡Mira! ¡Ya no hay frijoles enlatados—"

"A él no le importan un pepino los frijoles, como muy bien sabes—"

"Tampoco hay atún, ¿y me vas a decir que él no come eso? ¡Lo comería hasta que le saliera por los oídos y vos lo sabes!"

"¿No puedes—"

"Ya no hay sopa—"

"¡Cómo que no hay!" gritó él. "Mira allí, y allí y a—"

"No hay de la Tamater de Campbell que es la que más le gusta," interrumpió ella, acercándosele por la excitación. Sus peleas nunca habían llegado a los puños antes, pero Tassa tenía la idea de que éste podía ser el día. Y si así era, ¡estaba bien! Le encantaría darle un puñetazo en un ojo a esta vieja y gorda puta acaba-en-mi-boca. "¿Ves alguna Tamater de Campbell, Tassa de donde quiera que hayas nacido?"

"¿No puedes traer una caja de latas por ti misma?" preguntó él, dando a su vez un paso adelante; estaban ahora casi nariz contra nariz, y aunque la mujer era grande y el joven era esbelto, el empleado de casa del Amo no mostraba ni pizca de miedo. Tammy pestañeó, y por primera vez desde que Tassa había entrado a la cocina—buscando nada más que una taza de café, digo gracias—una expresión que no era irritación pasó por su rostro. Podría haber sido

nerviosismo; incluso podría haber sido miedo. “¿Eres tan débil de brazos, Tammy de donde quiera que *tú* hayas nacido, que no puedes cargar una caja de latas de sopa desde los Almacenes?”

Ella se incorporó todo lo que pudo, ofendida. Su papada (lustrosa y a-brillante con alguna clase de crema nocturna) temblaba de creer que tenía la razón. “¡Recoger los suministros de la bodega siempre ha sido trabajo del empleado! ¡Y vos lo sabes muy bien!”

“No hay ninguna ley que prohíba que ayudes. Yo podé el césped ayer, como seguro sabes; te vi sentada en la cocina tomando un vaso de té helado, ¿o no?, tan cómoda como la vieja Ellie en tu silla favorita.”

Ella se erizó, perdiendo por la rabia el poco miedo que pudo haber tenido. “¡Tengo el mismo derecho que cualquiera a descansar! Acababa de lavar el piso—”

“A mí me pareció que Dobbie lo estaba haciendo,” dijo él. Dobbie era el tipo de robot doméstico conocido como “duende de casa,” viejo pero aún muy eficiente.

Tammy se enojó aún más. “¿Qué has de saber tú de mis tareas en la casa, pequeño marica delicado?”

Las mejillas normalmente pálidas de Tassa se llenaron de color. Era consciente de que había cerrado en puños las manos, pero sólo porque podía sentir que las uñas cuidadosamente cuidadas se le enterraban en las palmas. Se le ocurría que esta discusión era ridícula, ocurriendo como lo hacía al final de todo atrás de ellos; eran dos tontos dándose golpes y silbando al borde mismo del abismo, pero no le importaba. Esta gorda cerda había hablado mal de él por años, y ahora estaba ahí la verdadera razón. Hela aquí, finalmente desnuda y a la luz.

“¿Es eso lo que te molesta de mí, *sai*?” indagó con dulzura. “¿Que bese la estaca en vez de ensartar el hoyo? ¿Nada más que eso?”

Ahora en vez de rosas, habían antorchas ardiendo en las mejillas de Tammy Kelly. No pretendía llegar tan lejos, pero ya entrada en gastos—*entrados* en gastos, pues si había una riña, sería culpa de él tanto como suya—no iba a retroceder. Sería maldita si lo hiciera.

“La Biblia del Amo dice que ser marica es un pecado,” le dijo con aire moralista. “Yo misma lo he leído, así es. Libro de los Levíticos, Capítulo tres, versículo—”

“¿Y qué dicen los Levíticos del pecado de gula?” indagó él. “¿Qué dicen de una mujer con las tetas tan grandes como almohadas y un culo tan grande como una mesa de coci—”

“¡Olvida el tamaño de mi culo, *chupapollas*!”

“Al menos yo sí puedo *conseguir* hombres,” dijo él con dulzura, “y no tengo que acostarme en la cama con un quita polvo—”

“¡No te atrevas!” gritó ella agudamente. “¡Cierra tu boca estúpida antes de que te la cierre yo!”

“—para limpiarme el coño de telarañas para que pueda—”

“¡Te tumbaré los dientes si no—”

“darme dedo en mi viejo pastelito.” Luego se le ocurrió algo que la ofendería incluso más profundamente. “¡Mi cansado, *sucio* y viejo pastelito!”

Ella cerró a su vez los puños que eran considerablemente más grandes que los de él. “Al menos yo nunca he—”

“No sigas adelante, *sai*, te lo ruego.”

“nunca he tenido la vieja y asquerosa cosa de un hombre . . . un . . . hombre. . .”

Ella retrocedió, perpleja, y olfateando el aire. Él también lo olfateó y se dio cuenta de que el olor que sentía no era nuevo. Lo había estado oliendo casi desde que empezó la pelea, pero ahora era más fuerte.

Tammy dijo, “¿Hueles a—”

“¡—humo!” terminó él, y se miraron el uno al otro alarmados, su pelea olvidada tal vez sólo cinco segundos antes de convertirse en golpes. Los ojos de Tammy se posaron en el letrero que colgaba junto a la estufa. Habían letreros similares por todo Algul Siento, porque la mayoría de edificios que constituían el complejo estaban hechos de madera. Madera *vieja*. TODOS DEBEMOS TRABAJAR JUNTOS PARA CREAR UN AMBIENTE LIBRE DE INCENDIOS, decía.

En algún lugar cerca—en el corredor trasero—uno de los detectores de humo que aún funcionaban se encendió con un rebuzno sonoro y atemorizante. Tammy se apuró hacia la bodega para tomar el extintor de fuego que estaba allí.

“¡Coge el de la biblioteca!” gritó, y Tassa corrió a hacerlo sin decir una palabra de protesta. El fuego era lo único que todos temían.

CINCO

Gaskie de Tego, el Jefe de Seguridad Diputado, estaba de pie en la entrada de Fernal Hall, el dormitorio directamente detrás de la Casa Damli, hablando con James Cagney. Cagney era un can-toi pelirrojo que prefería las camisas estilo western y botas que le añadían casi ocho centímetros a su real un metro sesenta y ocho. Los dos tenían carpetas en las manos y discutían ciertos cambios necesarios en la seguridad de Damli de la siguiente semana. Seis de los guardias que habían sido asignados al segundo turno habían llegado con lo que Gangli, el médico del complejo, decía era una enfermedad huma llamada “paperas.” La enfermedad era muy común en Thunderclap—era el aire, como todos sabían, y los restos envenenados de la gente antigua— pero siempre era inconveniente. Gangli decía que tenían suerte de que nunca hubiera habido una plaga real, como la Muerte Negra o los Temblores Calientes.

Más allá de ellos, en el patio pavimentado detrás de Casa Damli, ocurría un juego de baloncesto de madrugada, varios guardias taheen y can-toi (que oficialmente estarían de guardia tan pronto como sonara el timbre) contra un equipo andrajoso de Disgregadores. Gaskey miró a Joey Rastosovich lanzar desde lejos—rápido. Trampas atrapó el balón y lo sacó del terreno, levantando brevemente su gorra para rascarse debajo. A Gaskie no le importaba mucho Trampas, quien tenía un gusto completamente inapropiado por los animales con talento que estaban a su cargo. Más cerca, sentado en las escalinatas del dormitorio y también mirando el juego, estaba Ted Brautigan. Como siempre, daba sorbos a una lata de Nozz-A-La.

“A la mierda,” dijo James Cagney, hablando con el tono de alguien que quiere dar fin a una discusión aburrida. “Si no te molesta sacar de la patrulla de cercas a un par de humanos por un día o dos—”

“¿Qué hace Brautigan levantado tan temprano?” interrumpió Gaskie. “Casi nunca sale hasta medio día. Ese chico con quien se la pasa es igual. ¿Cuál es su nombre?”

“¿Earnshaw?” Brautigan también se la pasaba con ese medio tonto de Ruiz, pero Ruiz no era un chico.

Gaskie asintió. “Ea, Earnshaw, ése. Está de turno esta mañana. Lo vi temprano en El Estudio.”

A Cag (como lo llamaban sus amigos) no le importaba una mierda por qué Brautigan se levantaba con las aves (no es que quedaran muchas, al menos en Thunderclap); sólo quería terminar con este asunto de las listas para ir a Damli y pedir un plato de huevos revueltos. Uno de los Rods había encontrado cebolletas frescas en alguna parte, o eso había escuchado, y—

“¿Sientes un olor a algo, Cag?” preguntó Gaskie de Tego de repente.

El can-toi que se imaginaba ser James Cagney empezó a preguntar si Gaskie se había echado un pedo, luego reconsideró su apunte humorístico. Pues de hecho sí olía a algo. ¿Era humo?

Cag pensó que así era.

SEIS

Ted se sentaba en las frías escalinatas de Federal Hall, respirando el aire maloliente y escuchando cómo se insultaban humas y taheen desde la cancha de baloncesto. (No a los cantoi; ellos se rehusaban a permitir tal vulgaridad.) Su corazón latía con fuerza pero no rápido. Si había un Rubicón qué pasar, se dio cuenta, lo había pasado ya hacía algún tiempo. Tal vez la noche que los hombres bajos lo habían traído a rastras desde Connecticut, más probablemente el día que se había acercado a Dinky con la idea de contactar a los pistoleros que Sheemie Ruiz insistía estaban cerca. Ahora estaba ansioso (al máximo, habría dicho Dinky), pero ¿nervioso? No. Los nervios, pensó, eran para personas que todavía no se habían decidido del todo.

Tras de él escuchó a un idiota (Gaskie) preguntándole al otro idiota (Cagney) si sentía olor a algo, y Ted supo con certeza que Haylis había hecho su parte; el juego estaba corriendo. Ted buscó en su bolsillo y sacó un pedazo de papel. Escrito en él había un verso exacto de poesía, aunque difícilmente Shakespeareano: *VAYAN AL SUR CON LAS MANOS EN ALTO, NO SALDRÁN LASTIMADOS.*

Observó la nota fijamente, preparándose para transmitir.

Tras de él, en el cuarto de recreación de Federal, un detector de humo se encendió con un sonoro rebuzno.

Aquí vamos, aquí vamos, pensó, y miró hacia el norte, al lugar donde esperaba que el primer tirador—la mujer—estuviera oculto.

SIETE

A tres cuartos de camino desde el Comercio hacia Casa Damli, Amo Prentiss se detuvo con Finli a un lado y Jakli al otro. El timbre aún no se había apagado, pero había un ruidoso sonido de alarma desde atrás de ellos. No habían más que empezado a darse vuelta hacia allí cuando empezó otra alarma desde el otro costado del complejo—del lado de los dormitorios.

“¿Qué demonios—” empezó Pimli.

—*es eso* era como pretendía terminar, pero antes de que pudiera, Tammy Kelly salió afanada por la puerta frontal de la Casa del Carcelero, con Tassa, su empleado doméstico, acercándose a pasos cortos tras de ella. Los dos agitaban sus manos sobre sus cabezas.

“*¡Fuego!*” gritaba Tammy. “*¡Fuego!*”

¿*Fuego? Pero eso es imposible,* pensó Pimli. *Porque si lo que escucho es el detector de humo en mi casa y también el detector de humo de uno de los dormitorios, entonces seguramente—*

“Debe ser una falsa alarma,” le dijo a Finli. “Esos detectores de humo hacen eso cuando sus baterías se—”

Antes que pudiera terminar esta evaluación esperanzada, una ventana lateral de la Casa del Carcelero explotó hacia afuera. El vidrio fue seguido por una exhalación de llamas color naranja.

“¡Dioses!” gritó Jakli en su voz zumbante. “¡Es fuego!”

Pimli lo veía todo con la boca abierta. Y de repente se encendió *otra* alarma de humo y fuego, ésta en una serie de gritos como con hipo. ¡Buen Dios, dulce Jesús, ésa era una de las alarmas en *Casa Damli*! Seguro que nada podría estar mal en—

Finli de Tego lo tomó del brazo. “Jefe,” dijo, con suficiente calma. “Tenemos de verdad problemas.”

Antes que Pimli pudiera responder, el timbre se apagó, señalando el cambio de guardia. Y de repente se dio cuenta de lo vulnerables que serían por los siguientes siete minutos más o menos. Vulnerables a todo tipo de cosas.

Se rehusó a admitir la palabra *ataque* en su consciencia. Al menos no todavía.

OCHO

Dinky Earnshaw había estado sentado en el sillón sobrecargado por lo que le parecía una eternidad, esperando pacientemente a que empezara la fiesta. Usualmente estar en El Estudio lo animaba—demonios, animaba a *todo el mundo*, era el efecto “buena mente”—pero hoy sólo sentía que los cables de tensión en su interior se hacían más y más tensos, haciendo una bola con sus intestinos. Era consciente de los taheen y can-toi que miraban de cuando en cuando hacia abajo desde los balcones, montados en la ola de la buena mente, pero no tenía que preocuparse por ser perforado por ellos; de eso, al menos, estaba a salvo.

¿Era eso una alarma de humo? ¿De Feneral, acaso?

Tal vez. Pero tal vez no, también. Nadie más miraba a los lados.

Espera, se dijo a sí mismo. Ted te dijo que ésta sería la parte difícil, ¿o no? Y al menos Sheemie está fuera del camino. Sheemie está seguro en su cuarto y Corbett Hall está a salvo del fuego. Así que cálmate. Relájate.

Ése era el sonido de una alarma de humo. Dinky estaba seguro de ello. Bueno. . . casi seguro.

Un libro de crucigramas estaba abierto en su regazo. Por los últimos cincuenta minutos había estado llenando uno con letras sin ningún sentido, ignorando por completo las definiciones. Ahora, en la parte de encima, escribió esto en grandes letras oscuras: **VAYAN AL SUR CON LAS MANOS EN ALTO, NO SALDRÁN LAST**

Fue entonces cuando una de las alarmas de fuego del piso superior, probablemente la del ala occidental, se encendió con un sonoro rebuzno. Muchos de los Disgregadores, sacados con rudeza de un aturdimiento profundo de concentración, gritaron de alarma sorprendida. Dinky también gritó, pero de alivio. Alivio y algo más. ¿Alegría? Sí, probablemente era alegría. Porque cuando la alarma de fuego empezó a aullar, había sentido cómo se rompía el poderoso zumbido de la buena mente. La extraña fuerza combinada de los Disgregadores se había apagado como un circuito eléctrico sobrecargado. Por el momento, al menos, el asalto sobre el Haz se había detenido.

Entretanto, tenía trabajo que hacer. No más espera. Se puso en pie, dejando que la revista de crucigramas cayera a la alfombra persa, y lanzó su mente hacia los Disgregadores que estaban en el cuarto. No fue difícil; había estado practicando casi a diario para este momento, con ayuda de Ted. ¿Y si funcionaba? ¿Si los Disgregadores la recogían, retransmitiendo y amplificando al nivel de una orden lo que Dinky sólo podía sugerir? Bien, entonces aumentaría. Se volvería el tono dominante en una nueva forma de la buena mente.

Al menos ésa era la esperanza.

(ES UN INCENDIO GENTE HAY UN INCENDIO EN EL EDIFICIO)

Como para subrayar esto, se escuchó un suave sonido cuando algo implotó y las primeras señales de humo se colaron por los paneles de ventilación. Los Disgregadores miraban a los lados con los ojos abiertos y aturridos, algunos poniéndose de pie.

Y Dinky envió:

(NO SE PREOCUPEN NO ENTREN EN PÁNICO TODO ESTÁ BIEN SUBAN CAMINANDO POR)

Envío una imagen practicada y perfecta de la escalera norte, luego añadió Disgregadores. Disgregadores caminando por la escalera norte. Disgregadores caminando por la cocina. Crepitación de fuego, olor a humo, pero los dos provenientes del área de dormitorios de la guardia en el ala occidental. ¿Y pondría alguien en cuestión la verdad de esta transmisión mental? ¿Se preguntaría alguien quién la estaba emitiendo, o por qué? No en este instante. En este instante *querían* que alguien les dijera qué hacer, y Dinky Earnshaw era ese alguien.

(LA ESCALERA NORTE SUBAN CAMINANDO POR LA ESCALERA NORTE SALGAN CAMINANDO AL CÉSPED NEGRO)

Y funcionaba. Empezaron a caminar en esa dirección. Como ovejas que siguen a un morueco o caballos que siguen a un semental. Algunos recogían las dos ideas básicas

(NO PÁNICO NO PÁNICO)

(ESCALERA NORTE ESCALERA NORTE)

y las retransmitían. E, incluso mejor, Dinky también lo escuchaba desde arriba. De los cantoi y los taheen que los habían estado observando desde los balcones.

Ninguno corría y ninguno entraba en pánico, pero el éxodo por la escalera norte había empezado.

NUEVE

Susannah estaba sentada en el TVS en la ventana de la caseta donde se había estado ocultando, sin preocuparse ahora por ser vista. Los detectores de humo—al menos tres de ellos—ululaban. Una alarma de incendio gritaba incluso más fuerte; ésa era de la Casa Damli, estaba bien segura de ello. Como en respuesta, una serie de fuertes sonidos electrónicos empezó a oírse del lado de Villa Agradable. A esto se le unió una multitud de campanas repiqueteando.

Con todo lo que pasaba al sur de ellos, no era sorpresa que la mujer al norte de la Devar-Toi viera sólo las espaldas de los tres guardias en las torres de vigilancia cubiertas de hiedra. No parecían muchos, pero eran el cinco por ciento del total. Un comienzo.

Susannah apuntó el tambor de su pistola hacia el que estaba a su vista y rezó. *Dios dame verdadera puntería. . . verdadera puntería. . .*

Pronto.

Sería pronto.

DIEZ

Finli agarró al Amo de su brazo. Pimli se lo sacudió y se dirigió de nuevo hacia su casa, incrédulo con los ojos como platos ante el humo que salía ahora por todas las ventanas del costado izquierdo.

"¡Jefe!" gritó Finli, renovando su agarre. "¡Jefe, olvide eso! ¡De lo que tenemos que preocuparnos es de los Disgregadores! ¡Los Disgregadores!"

No logró su propósito, pero el gorgjeo impactante de la alarma de incendios de Casa Damli sí lo hizo. Pimli se dio vuelta en esa dirección y por un momento se encontró con los ojos brillantes de pajarito de Jakli. No vio en ellos nada más que pánico, lo que tuvo el efecto perverso pero benéfico de calmar a Pimli mismo. Sonaban sirenas por toda parte. Una de ellas era una chicharra de ritmo regular que nunca antes había oído. ¿Venía de la dirección de Villa Agradable?

"¡Vamos, jefe!" Finli de Tego casi suplicaba. "Tenemos que asegurarnos de que los Disgregadores estén bien—"

"¡Humo!" gritó Jakli, batiendo sus oscuras (y a todas luces inútiles) alas. "¡Humo en la Casa Damli, también en Feveral!"

Pimli lo ignoró. Sacó la Pacificadora de su funda, preguntándose brevemente qué premonición le había hecho traerla. No tenía idea, pero le alegraba sentir su peso en su mano. Tras de él, Tassa estaba gritando—así como Tammy—pero Pimli lo ignoró. Su corazón latía furiosamente, pero estaba en calma de nuevo. Finli tenía razón. Los Disgregadores eran lo importante en este momento. Asegurarse de que no perdieran un tercio de sus psíquicos entrenados en alguna clase de incendio eléctrico o un acto medio logrado de sabotaje. Asintió hacia su Jefe de Seguridad y juntos empezaron a correr hacia Casa Damli, con Jakli graznando y aleteando detrás de ellos como un refugiado de un dibujo animado de la Warner Bros. En alguna parte por allí, Gaskie pedía ayuda a gritos. Y luego Pimli de Nueva Jersey escuchó un sonido que le dio escalofríos, un sonido rápido como *chau-chau-chau*. ¡Sonido de balas! Si

algún payaso le disparaba a sus Disgregadores, la cabeza de ese payaso terminaría colgada de una estaca, por los dioses. Que los que estuvieran bajo ataque fueran los guardias más que los Disgregadores no se le había pasado por la cabeza en ese momento, ni por la del más astuto Finli. Demasiadas cosas estaban pasando demasiado rápido.

ONCE

Al costado sur del complejo Devar, el sonido aullante sincopado casi era tan duro como para romper tímpanos. “¡Por Dios!” dijo Eddie, y no pudo escucharse él mismo.

En las torres del sur, los guardias tuvieron que darse la vuelta en ellas, mirando hacia el norte. Eddie no podía ver ningún humo todavía. Tal vez los guardias sí podían desde sus posiciones más altas y ventajosas.

Rolando tomó a Eddie del hombro, luego señaló hacia el vagón de SOO LINE. Jake asintió y se movió tras de él con Acho en los talones. Rolando extendió las dos manos hacia Eddie— *¡Quédate donde estás!*—y luego lo siguió. Al otro lado del vagón el muchacho y el pistolero se pusieron de pie, lado a lado. Habrían sido claramente visibles a los guardias si su atención no hubiera sido distraída por los detectores de humo y alarmas de incendio al interior del complejo.

De repente, toda la pared frontal de la Compañía de Hardware de Villa Agradable descendió al piso. Un carro de bomberos robot, todo pintado de rojo brillante y cromado salió aullando del hasta ahora oculto garaje. Una línea de luces rojas latía en el centro de su cuerpo alargado y una voz amplificaba gritaba, “*¡ESTÉN TRANQUILOS! ¡ÉSTE ES EL EQUIPO BRAVO DE RESPUESTA DE INCENDIOS! ¡ESTÉN TRANQUILOS! ¡DEN PASO AL EQUIPO BRAVO DE RESPUESTA DE INCENDIOS!*”

No debía haber disparos desde esta parte de la Devar, todavía no. El costado sur del complejo debía parecerle seguro a los internos cada vez más asustados de Algul Siento: no se preocupen, gentes, aquí esta su puerto en la inesperada tormenta de mierda de hoy.

El pistolero sacó una ‘Riza de la menguante reserva de Jake y movió la cabeza hacia el muchacho para que sacara otra. Rolando señaló al guardia en la torre de la derecha, y luego una vez más hacia Jake. El muchacho asintió, movió su brazo frente a su pecho y esperó a que Rolando le diera la señal.

DOCE

Una vez escuches el timbre que señala el cambio de guardia, le había dicho Rolando a Susannah, llévalo a ellos. Haz tanto daño como puedas, ipero no dejes que vean que sólo se enfrentan con una sola persona, por tu padre!

Como si necesitara decírselo.

Pudo haber derribado a los tres guardias de las torres mientras aún sonaba el timbre, pero algo hizo que esperara. Unos pocos segundos después, se alegró de haber esperado. La puerta trasera del Reina Ana se abrió de golpe con tanta violencia que rompió la bisagra superior. Los Disgregadores salieron en grupo, agarrándose de pánico a los que iban adelante (*estos son los que serían los destructores del universo, pensó, estas ovejas*), y entre ellos vio media docena de los fenómenos con cabeza de animales y al menos cuatro de esos extraños humanoides con las máscaras puestas.

Susannah se encargó primero del guardia en la torre occidental y había puesto la mira en el par de la torre oriental antes de que la primera baja en la Batalla de Algul Siento hubiera caído y rodado por el piso con los sesos saliéndole por el cabello y rodándole por las mejillas. La máquina-pistola Coyote, puesta en la posición media, disparaba ráfagas en tono bajo de tres: *¡Chau! ¡Chau! ¡Chau!*

El taheen y el hombre bajo en la torre oriental giraron con sus barbillas uno hacia el otro, como figuras en un baile. El taheen se derrumbó en el corredor que rodeaba la parte superior de la torre vigía; el hombre bajo fue lanzado al riel, pasó sobre él con las botas hacia el cielo, luego aterrizó primero con la cabeza en el suelo. Escuchó cómo crujía su cuello al romperse.

Un par de los Disgregadores que se movían en manada vio la caída de este desafortunado tipo y gritó.

"¡Pongan las manos en alto!" Ése era Dinky, reconoció su voz. "¡Pongan las manos en alto si son Disgregadores!"

Ninguno cuestionó la idea; en estas circunstancias, cualquiera que pareciera saber lo que sucedía estaba al cargo sin cuestión. Algunos de los Disgregadores—pero no todos, todavía no—levantaron las manos. No representaba ninguna diferencia para Susannah. No necesitaba ver manos en alto para saber la diferencia entre las ovejas y las cabras. Un tipo de claridad encantada había caído sobre su visión.

Movió el control de disparos de RÁFAGA a DISPARO SENCILLO y empezó a dispararle a los guardias que habían salido de El Estudio con los Disgregadores. *Taheen. . . can-toi, dale. . . una huma pero no le dispares, es Disgregadora aunque no tiene las manos en alto. . . no me preguntes cómo lo sé pero así es. . .*

Susannah presionó el gatillo de la Coyote y la cabeza del huma junto a la mujer de brillantes pantalones rojos explotó en una nube de sangre y hueso. Los Disgregadores gritaban como niños, mirando a los lados con los ojos como platos y las manos en alto. Y ahora Susannah escuchó a Dinky de nuevo, sólo que esta vez no su voz física. Era su voz mental la que escuchaba, y era mucho más dura:

(VAYAN AL SUR CON LAS MANOS EN ALTO, NO SALDRÁN LASTIMADOS)

Lo cual era su clave para salir de cubierta y empezar a moverse. Había dado de baja a ocho de los chicos malos del Rey Carmesí, contando los tres de las torres—no es que fueran un gran logro, dado su pánico—y no vio a ningún otro, al menos por el momento.

Susannah movió el acelerador manual y dirigió el TVS hacia una de las otras casetas abandonadas. El agarre del aparato era tan vivaz que casi cayó de la silla que parecía de bicicleta. Intentando no reír (y sin embargo riéndose), gritó a todo lo que le dieron sus pulmones, con su mejor grito de buitre estilo Detta Walker:

"¡Salgan de aquí, cabroneh! ¡Vayan al suh! ¡Levanten lah manoh pa' que no lo confundamoh con loh maloh! ¡To' el que no tenga la mano en alto le vo'a volá la cabeza! ¡Créanme cuando se loh digo!"

A través de la puerta de la siguiente caseta, rasgando una de las llantas globo del TVS en un costado, pero no lo suficiente para levantar la coraza. Gracias a Dios, pues nunca habría tenido fuerza para arreglarla ella sola. Aquí, uno de los "lázers" estaba puesto en un trípode. Presionó el botón de cambio de función marcado con ENCENDIDO y se preguntaba si tenía que hacer algo más con el interruptor de INTERVALO cuando la boquilla del arma emitió un haz cegador de una luz rojiza-púrpura que se dirigió al instante al complejo por encima de la cerca triple e hizo un agujero en el piso superior de Casa Damli. A Susannah le pareció tan grande como un agujero hecho por un cañón de artillería.

Esto es bueno, pensó, tengo que poner a funcionar los otros.

Pero se preguntó si habría tiempo. Ya otros Disgregadores recibían la sugerencia de Dinky, retransmitiéndola y aumentándola en el proceso:

(¡VAYAN AL SUR! ¡MANOS EN ALTO! ¡NO SALDRÁN LASTIMADOS!)

Movió el selector de la Coyote a TOTAL AUTOMÁTICO y barrió con ella el nivel superior del dormitorio más cercano para poner más énfasis en ello. Las balas aullaron y rebotaron. Vidrios se rompieron. Disgregadores gritaron y empezaron a salir en estampida por el costado de Casa Damli con las manos en alto. Susannah vio a Ted salir por esa parte. Era difícil no verlo, pues iba contra la corriente. Él y Dinky se abrazaron brevemente, luego levantaron las manos y se unieron al flujo que iba al sur de Disgregadores, que pronto perderían su estatus de VIPs, de personas muy importantes, y se volverían sólo un grupo más de refugiados luchando por sobrevivir en una tierra oscura y envenenada.

Había dado de baja a ocho, pero no era suficiente. El hambre estaba en ella, esa hambre seca. Sus ojos lo veían todo. Latían y dolían en su cabeza, y veían todo. Ansiaba que otros guardias taheen, hombres bajos o humas salieron por el costado de Casa Damli.

Quería más.

TRECE

Sheemie Ruiz vivía en Corbett Hall, que resultó ser el dormitorio que Susannah, ignorante, había barrido con al menos cien balas. De haber estado en su cama, casi de seguro habría muerto. En cambio, estaba de rodillas a los pies de ella, orando por la seguridad de sus amigos. Ni siquiera alzó la mirada cuando la ventana voló sino que simplemente redobló sus súplicas. Podía escuchar los pensamientos de Dinky

(VAYAN AL SUR)

sonando en su cabeza, luego escuchó que se le unían otros arroyos de pensamiento,

(CON LAS MANOS EN ALTO)

formando un río. Y luego la voz de *Ted* estaba allí, no sólo uniéndose a los otros sino amplificándolos, convirtiendo lo que había sido un río

(NO SALDRÁN LASTIMADOS)

en un océano. Sin darse cuenta, Sheemie cambió su oración. *Padre Nuestro* y *Protege a mis amigos* se convirtió en *vayan al sur con las manos en alto, no saldrán lastimados*. Ni siquiera se detuvo cuando los tanques de propano detrás de la cafetería de Casa Damli volaron con un rugido despedazado.

CATORCE

Gangli Tristum (es decir, el *Doctor* Gangli para usted, digo gracias) era en muchas formas el hombre más temido en Casa Damli. Era un can-toi que había—perversamente—tomado un nombre taheen en vez de uno humano y dirigía la enfermería en el tercer piso del ala occidental con puño de hierro. Y en patines.

Las cosas en el pabellón eran muy relajadas cuando Gangli estaba en su oficina haciendo el papeleo o fuera haciendo rondas (lo que usualmente significaba visitar a los Disgregadores con estornudos en los dormitorios), pero cuando aparecía, todo el lugar—enfermeras y camilleros así como pacientes—se quedaban respetuosamente (y nerviosamente) en silencio. Un recién llegado podría reírse la primera vez que viera a la cosa hombre agachada, de complexión oscura y papada profunda patinando por el pasillo central entre las camas, con los brazos doblados sobre el estetoscopio que tenía en el pecho, los bordes de su bata blanca volando tras de él (un Disgregador había comentado una vez, “Se parece a John Irving después de una mala cirugía facial”). No obstante, tal persona que fuera *atrapada* riéndose nunca se volvería a reír otra vez. El Dr. Gangli tenía una lengua afilada, vaya que sí, y nadie se burlaba de sus patines con impunidad.

Ahora, en vez de patinar en ellos, volaba arriba y abajo por los pasillos, y las ruedas de acero (pues su equipo de patinaje era muy anterior a los patines en línea) crujían sobre el tablado. “¡Todos los papeles!” gritaba. “¿Me escuchan?. . . ¡Si pierdo tan sólo un archivo en este jodido desorden, *un maldito archivo*, me voy a comer los ojos de alguien con mi té vespertino!”

Los pacientes ya se habían ido, desde luego; había hecho que los sacaran de las camas y bajaran las escaleras al primer sonido del detector de humo, ante el primer asomo de humo. Un número de camilleros—maravillas cobardes, y conocía a cada uno de ellos, vaya que sí, y

un reporte completo se haría cuando llegara el momento—había huido con los enfermos, pero cinco se habían quedado, incluyendo a su asistente personal, Jack London. Gangli estaba orgulloso de ellos, aunque uno no lo habría podido adivinar por su voz autoritaria y regañona mientras patinaba de un lado a otro, de un lado a otro, en el humo cada vez más espeso.

“Saquen los papeles, ¿escuchan? ¡Será mejor que lo hagan, por todos los dioses que jamás caminaron o se arrastraron! *¡Será mejor que lo hagan!*”

Un haz rojo entró por la ventana. Alguna clase de arma, pues voló la pared de vidrio que separaba su oficina de la sala y dejó a—incendiado su sillón favorito. Gangli se agachó y patinó bajo el haz de láser sin bajar la velocidad ni por un instante.

“¡Malditos por Gan!” gritó uno de los camilleros. Era un huma, extraordinariamente feo, con los ojos abiertos en su rostro pálido. “¿Qué demonios fue e—”

“¡Olvídalo!” vociferó Gangli. “¡Olvida lo que era, payaso cara de orina! ¡Ve por los papeles! *¡Saca mis putos papeles!*”

De alguna parte al frente—¿el Comercio?—se escuchó la horrible sirena aproximándose de un vehículo de rescate. “*¡ESTÉN TRANQUILOS!*” escuchó Gangli. “*¡ÉSTE ES EL EQUIPO BRAVO DE RESPUESTA DE INCENDIOS!*”

Gangli jamás había oído de algo como el Equipo Bravo de Respuesta de Incendios, pero había mucho que no sabían de este lugar. ¡Podía apenas usar un tercio del equipo de su propia sala de cirugía! Olvídalo, lo que importa en este momento—

Antes que pudiera terminar su pensamiento, los tanques de gas detrás de la cocina volaron. Se escuchó un tremendo rugido—al parecer directamente debajo de ellos—y Gangli Tristum fue lanzado al aire, las ruedas metálicas de sus patines dando vueltas. Los otros también fueron lanzados y de repente el aire humeante estaba lleno de papeles volando. Mirándolos, sabiendo que los papeles arderían y tendría suerte si no se quemaba con ellos, se le ocurrió una idea clara al Dr. Gangli: el fin había llegado antes.

QUINCE

Rolando escuchó cómo la orden telepática

(¡VAYAN AL SUR CON LAS MANOS EN ALTO, NO SALDRÁN LASTIMADOS)

empezó a latir en su mente. Era el momento. Le asintió a Jake y las Orizas volaron. El raro silbido no sonaba duro en la general cacofonía, pero uno de los guardias debió oír que algo venía, pues empezó a darse vuelta cuando el borde afilado del plato le arrancó la cabeza y la arrojó al interior del complejo, con las pestañas abriéndose en aturdida sorpresa. El cuerpo decapitado dio dos pasos y luego se derrumbó con los brazos sobre el riel, brotando sangre de su cuello en un flujo estridente. El otro guardia ya había caído.

Eddie rodó sin esfuerzo tras el vagón de SOO LINE y se puso de pie del lado del complejo. Otros dos carros de bomberos habían salido aullando de la estación hasta entonces oculta por la fachada de almacén de hardware. No tenían ruedas, al parecer corrían sobre cojines de aire comprimido. En algún lugar hacia el extremo norte del campus (pues así persistía en identificar la mente de Eddie a la Devar-Toi), algo explotó. Bien. Adorable.

Rolando y Jake sacaron platos frescos de la reserva menguante y los usaron para cortar a través de las tres líneas de cercas. La de alto voltaje se abrió con un amargo chasquido como de algo frito y un breve pestañeo de fuego azul. Entonces entraron. Moviéndose rápido y sin hablar, pasaron por las torres ahora sin guardia con Acho siguiéndolos de cerca tras los talones de Jake. Aquí había un callejón entre la Droguería Henry Graham y la Fuente de Sodas y la Librería de Villa Agradable.

Al comienzo del callejón, se asomaron y vieron que Calle Principal estaba actualmente vacía, aunque un olor eléctrico fuerte y agradable (un olor a estación del subterráneo, pensó Eddie) proveniente de los últimos dos carros de bomberos aún flotaba en el aire, haciendo que el hedor general fuera incluso peor. A la distancia, las sirenas de los carros aullaban así como los detectores de humo. Aquí en Villa Agradable, Eddie no podía evitar pensar en la Calle Principal de Disneylandia: no había basura en las canaletas, ningún graffiti en las paredes, ni

siquiera polvo en las ventanas de vidrios plateados. Era aquí donde los Disgregadores que extrañaban sus casas venían cuando necesitaban un pequeño olor a Estados Unidos, suponía, pero ¿ninguno de ellos quería algo mejor, algo más *realista*, que esta calma vida plástica y fantástica? Tal vez se veía más atractiva con gente en las aceras y almacenes, pero eso era difícil de creer. Para él, al menos. Tal vez sólo era chovinismo de muchacho ciudadano.

Al otro lado de donde se encontraban veían Zapatos Villa Agradable, Ropa Gay Paree, Cabello Hoy y el Teatro Gem (**ENTREN, ESTÁ FRESCO ADENTRO** decía el cartel que colgaba del fondo de la marquesina). Rolando levantó una mano, poniendo en movimiento a Eddie y Jake hacia ese lado de la calle. Sería allí, si todo salía como esperaba (casi nunca era así), que prepararían su emboscada. Se movieron en grupo, Acho todavía a los pies de Jake. Hasta ahora todo parecía trabajar a la perfección, y eso realmente puso nervioso al pistolero.

DIECISÉIS

Cualquier general con experiencia en batalla te dirá que, incluso en una incursión a pequeña escala (como ésta), siempre hay un momento en el que la coherencia se rompe, así como el flujo narrativo y cualquier conocimiento real de cómo suceden las cosas. Estos hechos son recreados después por los historiadores. La necesidad de recrear el mito de la coherencia puede ser una de las razones por las cuales existe la historia en primer lugar.

No importa. Hemos llegado a ese momento, el momento en que la Batalla de Algul Siento tomó vida propia y todo lo que puedo hacer ahora es señalar aquí y allá y esperar que puedan extraer su propio orden a partir del caos general.

DIECISIETE

Trampas, el hombre bajo enfermo de eczema que de manera inadvertida dejó que Ted entrara tanto, corría hacia el flujo de Disgregadores que escapaba de Casa Damli y agarró a uno del brazo, un raquítico ex-carpintero que se empezaba a quedar calvo llamado Birdie McCann.

"Birdie, ¿qué ocurre?" gritó Trampas. Llevaba entonces su gorra de pensamiento, lo que significaba que no podía compartir la señal telepática a su alrededor. "¿Qué sucede? ¿Lo sab—"

"¡Disparos!" gritó Birdie, zafándose. "¡Disparos! ¡Están allá afuera!" Señaló vagamente tras de sí.

"¿Quién? ¿Cuánt—"

"¡Quítense idiotas va muy rápido!" gritó Gaskie de Tego, desde algún lugar detrás de Trampas y McCann.

Trampas alzó la mirada y quedó horrorizado al ver el carro de bomberos delantero salir rugiendo y moviéndose de lado a lado por el centro de el Comercio, las luces rojas prendiéndose y apagándose, dos robots bomberos inoxidables colgando ahora de la parte atrás. Pimli, Finli y Jakli saltaron a un lado. También lo hizo Tassa el sirviente. Sin embargo, Tammy Kelly yacía boca abajo en el pasto en medio de una sopa creciente de sangre. Había sido aplastada por el Equipo Bravo de Respuesta de Incendios, que no había tenido realmente que apagar ningún incendio en unos ochocientos años. Los días de quejas de la mujer habían acabado.

Y—

"¡ESTÉN TRANQUILOS!" chillaba el carro de bomberos. Detrás de él, otros dos carros de bomberos se desviaron de manera extravagante alrededor de cada costado de la Casa del Carcelero. Una vez más, Tassa el sirviente apenas saltó a tiempo para salvar la vida. "¡ÉSTE ES

EL EQUIPO BRAVO DE RESPUESTA DE INCENDIOS!" Una clase de nodo metálico surgió del centro del carro, se abrió en dos y expulsó un aspersor de acero que empezó a regar chorros de agua a alta presión en ocho direcciones diferentes. **"¡ABRAN PASO AL EQUIPO BRAVO DE RESPUESTA DE INCENDIOS!"**

Y—

James Cagney—el taheen que había estado con Gaskie en la entrada del dormitorio Feneral Hall cuando empezaron los problemas, ¿lo recuerdan?—vio lo que iba a pasar y empezó a gritarle a los guardias que salían tambaleándose del ala occidental de Damli, con los ojos rojos y tosiendo, algunos con los pantalones en llamas, unos cuantos—oh, alabados sean Gan y Bessa y todos los dioses—con armas.

Cag les gritó que salieran del camino y apenas si pudo oírse a sí mismo en medio de la cacofonía. Vio a Joey Rastosovich empujar a un lado a dos de ellos y al chico Earnshaw empujar a otro. Unos cuantos de los fugitivos que tosían y tenían los ojos llorosos vieron el carro de bomberos que se acercaba y saltaron ellos solos. Luego el Equipo Bravo de Respuesta de Incendios pasó a través de los guardias del ala occidental, sin bajar la velocidad, rugiendo hacia Casa Damli, dispersando agua a cada punto cardinal.

Y—

"Jesucristo, no," gimió Pimli Prentiss. Se puso de un golpe las manos sobre los ojos. Finli, por otra parte, fue incapaz de ver a otra parte. Vio a un hombre bajo—Ben Alexander, estaba casi seguro—masticado bajo las grandes ruedas del camión de bomberos. Vio a otro golpeado por las rejas metálicas y aplastado contra el lado de Casa Damli cuando el motor se estrelló contra ella, lanzando tablas y vidrios, atravesando luego un tabique que había estado parcialmente oculto por una cama de flores enfermizas. Una rueda cayó en las escaleras de entrada al sótano y un robot empezó a gritar, **"¡ACCIDENTE! ¡NOTIFIQUEN A LA ESTACIÓN! ¡ACCIDENTE!"**

Ni mierda, Sherlock, pensó Finli, observando la sangre en la hierba con una clase de asombro enfermo. ¿Cuántos de sus hombres y sus valiosos prisioneros había segado el maldito camión dañado? ¿Seis? ¿Ocho? ¿Una puta docena?

Desde atrás de Casa Damli se oyó el terrible sonido como *chau-chau-chau* de nuevo, el sonido de disparos de armas automáticas.

Un Disgregador gordo llamado Waverly lo empujó para seguir su camino. Finli lo agarró antes que pudiera escapar. "¿Qué pasó? ¿Quién te dijo que fueras al sur?" Pues Finli, a diferencia de Trampas, no llevaba ninguna clase de gorra de pensamiento y el mensaje

(VAYAN AL SUR CON LAS MANOS EN ALTO, NO SALDRÁN LASTIMADOS)

sonaba tan duro en su cabeza que casi era imposible pensar en otra cosa.

A su lado, Pimli—luchando por recuperar la calma y pensar con claridad—captó el pensamiento latiente y logró uno propio: *Casi tiene que ser Brautigan, agarrando una idea y amplificándola de esa forma. ¿Quién más podría?*

Y—

Gaskie agarró primero a Cag y luego a Jakli y les gritó que reunieran a todos los guardias armados y los pusieran a trabajar rodeando a los Disgregadores que corrían hacia el sur por el Comercio y las calles que lo rodeaban. Ellos lo miraron con expresión vacua y atenta—ojos de pánico—y él pudo haber gritado de rabia. Y ya venían otros dos carros de bomberos con sus sirenas aullando. El más grande atropelló a dos de los Disgregadores, lanzándolos al piso y pasando por encima de ellos. Una de estas nuevas bajas fue Joey Rastosovich. Cuando el carro hubo pasado, aplastando el pasto con sus ventilas de aire comprimido, Tanya cayó de rodillas junto a su esposo agonizante, levantando las manos hacia el cielo. Gritaba con todas sus fuerzas pero Gaskie apenas si la podía oír. Lágrimas de frustración y miedo se acumulaban en sus propios ojos. *Sucios perros,* pensó. *¡Sucios perros de emboscada!*

Y—

Al norte del complejo del Algul, Susannah salió de su trinchera, moviéndose entre la triple cerca. Esto no estaba en el plan, pero la necesidad de seguir disparando, de seguirlos derribando, era más fuerte que nunca. Simplemente no podía evitarlo, y Rolando lo habría entendido. Además, el humo ondulante proveniente de Casa Damli había oscurecido momentáneamente todo a este lado del complejo. Los haces rojos de los "lázers" se clavaban

en él—entrando y saliendo, entrando y saliendo como una clase de señal de neón—y Susannah se recordó no ponerse en su camino, a menos que quisiera un agujero de seis centímetros a través suyo.

Usó las balas de la Coyote para cortar su parte de la cerca—línea exterior, línea media, línea interior—y luego se desvaneció en el humo más grueso, recargando al entrar.

Y—

El Disgregador llamado Waverly intentó zafarse de Finli. *No, no, nada de eso, que te plazca*, pensó Finli. Agarró al hombre—que había sido librero o algo así en su vida antes de Algul—y lo acercó a sí, luego le dio dos bofetadas, con la fuerza suficiente para que le doliera la mano. Waverly gritó de dolor y sorpresa.

“¡Quién demonios está allá atrás!” rugió Finli. *“¿QUIÉN DEMONIOS ESTÁ HACIENDO ESTO?”* Los carros de bomberos de apoyo se habían detenido frente a Casa Damli y arrojaban chorros de agua hacia el fuego. Finli no sabía si sería de ayuda, pero probablemente no haría daño. Y al menos las malditas cosas no se habían estrellado contra el edificio que debían salvar, como la primera.

“¡Señor, no lo sé!” gimoteó Waverly. De una de sus fosas nasales salía sangre así como de la esquina de su boca. *“¡No lo sé, pero deben ser cincuenta, tal vez cien de esos demonios! ¡Dinky nos sacó! ¡Que Dios bendiga a Dinky Earnshaw!”*

Entretanto, Gaskie de Tego enrolló una mano de buen tamaño alrededor del cuello de James Cagney y la otra alrededor del de Jakli. Gaskie tenía la idea de que el hijo de puta con cabeza de cuervo de Jakli había estado a punto de salir corriendo, pero no había tiempo para preocuparse por eso ahora. Los necesitaba a ambos.

Y—

“¡Jefe!” gritó Finli. *“¡Jefe, agarre al chico Earnshaw! ¡Algo de esto huele mal!”*

Y—

Con la cara de Cag presionando contra una de sus mejillas y Jakli contra la otra, la Comadreja (quien pensaba tan claro como cualquiera en esa mañana terrible) finalmente fue capaz de hacerse escuchar. Gaskie, mientras tanto, repetía su orden: dividan los guardias armados y pónganlos con los Disgregadores que escapen. *“¡No intenten detenerlos, pero quédense con ellos! ¡Y por amor de Dios que no se vayan a electrocutar! ¡Manténganlos lejos de la cerca si pasan de Calle Princi—”*

Antes que pudiera terminar la orden, una figura salió en caída del humo cada vez más grueso. Era Gangli, el doctor del complejo, con su bata blanca en llamas y los patines aún en sus pies.

Y—

Susannah Dean tomó posición en la esquina izquierda trasera de Casa Damli, tosiendo. Vio a tres de los hijos de puta—Gaskie, Jakli y Cagney, si lo hubiera sabido. Antes que pudiera dispararles, el humo los cubrió. Cuando aclaró, Jakli y Cag se habían ido, reuniendo a guardias armados para que hicieran de perros ovejeros que intentaran al menos proteger a sus asustados prisioneros, incluso si no los podían detener de inmediato. Gaskie aún estaba allí y Susannah le dio de baja con un sólo balazo a la cabeza.

Pimli no lo vio. Se estaba aclarando para él que toda la confusión estaba en la superficie. Muy probablemente deliberada. La decisión de los Disgregadores de alejarse de los atacantes desde el norte del Algul había llegado demasiado pronto y era demasiado organizada.

Olvida a Earnshaw, pensó, Brautigan es con quien quiero hablar.

Pero antes que pudiera lanzarse hacia Ted, Tassa agarró al Amo con un aterrado y frenético abrazo, balbuceando que la Casa del Carcelero estaba en llamas, que estaba asustado, terriblemente asustado, que todos los vestidos del Amo, sus libros—

Pimli Prentiss lo hizo a un lado con un golpazo en el costado de la cabeza que lo noqueó. El latido del pensamiento unificado de los Disgregadores (mala—mente ahora, en vez de buena—mente), sonaba incesante

(CON LAS MANOS EN ALTO NO SALDRÁN)

y locamente en su cabeza, amenazando con bloquear todo pensamiento. El jodido Brautigan lo había hecho, lo *sabía*, y el hombre estaba demasiado adelante. . . a menos que. . .

Pimli miró la Pacificadora en su mano, lo pensó, luego la volvió a poner en su funda bajo su brazo izquierdo. Quería vivo al jodido Brautigan. El jodido Brautigan tenía que explicar algunas cosas. Por no hablar de que tenía que disgregar algo más.

Chau-chau-chau. Balas rebotando alrededor suyo. Guardias huma, taheen y can-toi corriendo alrededor suyo. Y por Dios, sólo unos cuantos iban armados, en su mayoría humas que deberían haber estado en la patrulla de la cerca. Aquellos que guardaban a los Disgregadores no necesitaban realmente pistolas, en gran medida los Disgregadores eran tan mansos como pericos y la idea de un ataque exterior había parecido tan ridícula hasta que. . .

Hasta que había sucedido, pensó, y miró a Trampas.

"¡Trampas!" vociferó. "*¡Trampas! ¡Oye, vaquero! ¡Atrapa a Earnshaw y tráelo ante mí! ¡Atrapa a Earnshaw!*"

Aquí en medio del Comercio había un poco menos de ruido y Trampas escuchó a sai Prentiss con claridad. Corrió tras Dinky y agarró al joven de un brazo.

Y—

Daneeka Rostov, de once años, salió del humo que ahora oscurecía por entero la mitad inferior de Casa Damli, halando dos vagones rojos detrás de ella. El rostro de Daneeka estaba rojo e hinchado; las lágrimas le rodaban por las mejillas; estaba casi del todo doblada por el esfuerzo que le representaba seguir halando a Baj, que se sentaba en vagón Radio Flyer, y a Sej, que se sentaba en el otro. Los dos tenían las enormes cabezas y los pequeños y sapientes ojos de sabios hidrocefálicos, pero Sej estaba equipado con pesados pedazos de brazos mientras que Baj no tenía ninguno. Los dos botaban espuma por la boca y emitían horribles jadeos ahogados.

"¡Ayúdenme!" logró gritar Dani, tosiendo más fuerte que nunca. "¡Alguien ayúdeme, antes que se asfixien!"

Dinky la vio y se movió en esa dirección. Trampas lo detuvo, aunque era claro que no quería hacerlo. "No, Dink," dijo. Su tono era apologetico pero firme. "Que alguien más lo haga. El jefe quiere hablar con—"

Entonces apareció de nuevo Brautigan, con el rostro pálido y la boca muy cerrada. "Suéltalo, Trampas. Me agradas, perro, pero no debes meterte en nuestros asuntos hoy."

"¿Ted? ¿Qué—"

Dink empezó a moverse de nuevo hacia Dani. Trampas volvió a detenerlo. Más allá de ellos, Baj se desmayó y se tambaleó del vagón con la cabeza. Aunque aterrizó en el suave pasto, su cabeza hizo un horrible sonido de algo podrido que se *quebra*, y Dani Rostov chilló.

Dinky se lanzó hacia ella. Trampas lo devolvió a su sitio una vez más y con fuerza. Al mismo tiempo sacó la .39 Colt Woodsman que llevaba en su funda.

No había tiempo de razonar con él. Ted Brautigan no había lanzado la lanza mental desde que la usó contra el ladrón de billetteras en Akron, en 1935; ni siquiera la había usado cuando los hombres bajos lo hicieron prisionero de nuevo en el Bridgeport, Connecticut, de 1960, aunque había estado muy tentado. Se había prometido nunca volver a usarla, y ciertamente no quería lanzarla contra

(sonríe cuando digas eso)

Trampas, quien siempre lo había tratado decentemente. Pero tenía que llegar al extremo sur del complejo antes que se restaurara el orden, y pretendía tener a Dinky a su lado cuando llegara.

Además, estaba furioso. ¡El pobre pequeño Baj, quien siempre tenía una sonrisa para todos!

Se concentró y sintió un dolor enfermo rasgando a través de su cabeza. La lanza mental voló. Trampas soltó a Dinky y miró a Ted con un reproche incrédulo que Ted recordaría por el resto de su vida. Luego Trampas se agarró los costados de la cabeza como un hombre con el peor Dolor de Cabeza de Excedrina en el universo, y cayó muerto en el pasto con la garganta hinchada y la lengua por fuera de su boca.

"¡Vamos!" gritó Ted y agarró a Dinky del brazo. Prentiss miraba a otro lado por el momento, gracias a Dios, distraído por otra explosión.

"¡Pero Dani. . . y Sej!"

"¡Ella puede con Sej!" Enviando el resto mentalmente:

(ahora que no tiene que halar también a Baj)

Ted y Dinky huyeron mientras detrás de ellos Pimli Prentiss se daba vuelta, y miraba incrédulo a Trampas, y les gritaba que se detuvieran—que se detuvieran en nombre del Rey Carmesí.

Finli de Tego desenfundó su arma, pero antes que pudiera disparar, Daneeka Rostov cayó sobre él, mordiendo y arañando. Casi no pesaba nada, pero por un momento quedó tan sorprendido por el ataque desde este lugar inesperado que ella casi lo derribó. Enrolló un fuerte y peludo brazo alrededor del cuello de la niña y la tiró a un lado, pero para entonces Ted y Dinky casi estaban fuera de alcance, doblando al lado izquierdo de la Casa del Carcelero y desapareciendo entre el humo.

Finli tomó la pistola con las dos manos, tomó aire, lo contuvo, y disparó una sola vez. La sangre voló del brazo del viejo; Finli lo escuchó gritar y vio cómo se desvió de su ruta. Luego el joven cachorro tomó al viejo y dieron vuelta por la esquina de la casa.

"¡Voy por ustedes!" gritó Finli detrás de ellos. "¡Sí, así es, y cuando los atrape haré que deseen no haber nacido!" Pero la amenaza se sentía horriblemente vacía de alguna manera.

Ahora, la población entera de Algul Siento—Disgregadores, taheen, guardias huma, can-toi con puntos rojos sangrantes en sus frentes como un tercer ojo—se movían como una ola, hacia el sur. Y Finli vio algo que realmente no le gustó en absoluto: los Disgregadores y *sólo* los Disgregadores se movían de esa forma con los brazos en alto. Si habían más francotiradores allá abajo, no tendrían problemas en decir a cuáles disparar, ¿o sí?

Y—

En su cuarto en el tercer piso de Corbett Hall, aún de rodillas a los pies de su cama cubierto de vidrios, tosiendo por el humo que se colaba a través de su ventana rota, Sheemie Ruiz tuvo su revelación. . . o le habló su imaginación, ustedes decidan. En cualquier caso, se puso en pie de un salto. Sus ojos, normalmente amigables pero siempre confundidos por una palabra que no pudiera entender bien, estaban claros y llenos de alegría.

"¡EL HAZ DICE GRACIAS!" le gritó al cuarto vacío.

Miró a los lados, tan feliz como Ebenezer Scrooge descubriendo que los espíritus lo habían hecho todo en una noche, y corrió hacia la puerta con sus pantuflas aplastando el cristal roto. Un afilado pedazo de vidrio le perforó el pie—portando su muerte en su punta, si lo hubiera sabido, digo lo siento, digo Discordia—pero de la alegría ni siquiera lo sintió. Se lanzó al corredor y luego bajó las escaleras.

En el resquicio en el segundo piso, Sheemie se encontró con una madura Disgregadora llamada Belle O'Rourke, la agarró y la sacudió. "¡EL HAZ DICE GRACIAS!" le gritó al rostro aturdido y estupefacto. "¡EL HAZ DICE QUE TODO PUEDE ESTAR AÚN BIEN! ¡NO ES DEMASIADO TARDE! ¡JUSTO A TIEMPO!"

Se alejó corriendo para regar las alegres noticias (alegres para él, de cualquier forma) y—

En Calle Principal, Rolando miró primero a Eddie Dean, luego a Jake Chambers. "Ya vienen, y aquí es donde los acabaremos. Esperen mi orden, luego manténganse firmes y sean fieles."²³

DIECIOCHO

Los primeros en aparecer fueron tres Disgregadores, corriendo y con los brazos en alto. Cruzaron de esa forma por Calle Principal, sin llegar a ver a Eddie, que estaba en la taquilla del Gem (había roto el vidrio a los tres lados con la culata de sándalo de la pistola que una vez había sido de Rolando), a Jake (sentando dentro de un Ford sedán sin motor parqueado frente

²³ Esta frase, traducida así en *La Bola de Cristal*, es traducida como *Álcense y sean certeros*, en *Las Tierras Baldías*.

a la Pastelería de Villa Agradable) o a Rolando (detrás de un maniquí en la ventana de Ropa Gay Paree).

Llegaron a la otra acera y miraron a los lados, confundidos.

Sigan, pensó Rolando hacia ellos. *Sigan y salgan de aquí, tomen el callejón, aléjense mientras puedan.*

"¡Vamos!" gritó uno de ellos, y corrieron por el callejón entre la droguería y la librería. Otro aparecía, luego dos más, luego el primero de los guardias, un huma con una pistola levantada al lado de su rostro asustado y con los ojos como platos. Rolando lo vio. . . y no le disparó a último momento.

Más del personal de la Devar empezó a aparecer, llegando a Calle Principal de en medio de los edificios. Se dispersaron ellos mismos. Como Rolando esperaba y ansiaba, intentaban flanquear a sus prisioneros y canalizarlos. Intentando que la retirada no se convirtiera en una estampida.

"¡Formen dos filas!" gritaba un taheen con cabeza de cuervo, con una voz zumbante y asfixiada. "¡Formen dos filas y manténganlos entre ellas, por sus padres!"

Uno de los otros, un taheen de cabeza roja con la camisa por fuera, gritó: "¿Qué hacemos con la cerca, Jakli? ¿Qué hacemos si corren hacia la cerca?"

"No podemos hacer nada para evitarlo, Cag, sólo—"

Un Disgregador chillando intentó pasar corriendo más allá de donde se encontraba el cuervo antes de que éste pudiera terminar, y el cuervo—Jakli—lo empujó con tanta fuerza que el pobre tipo quedó desparramado en medio de la calle. "¡Permanezcan juntos, gusanos!" gruñó. "¡Corran si quieren, pero mantengan un puto orden al hacerlo!" *Como si pudiera haber algún orden en esto*, pensó Rolando (y no sin satisfacción). Entonces, el llamado Jakli le gritó al cabeza roja: "¡Que uno o dos de ellos se friten—los demás lo verán y se detendrán!"

Las cosas se complicarían si Eddie o Jake empezaran a disparar en ese instante, pero ninguno lo hizo. Los tres pistoleros observaban desde sus escondites mientras una especie de orden surgía del caos. Más guardias aparecieron. Jakli y el cabeza roja los dispusieron en dos filas, lo que era ahora un corredor que iba de un lado de la calle al otro. Unos cuantos Disgregadores se salieron antes que el corredor estuviera plenamente formado, pero sólo unos pocos.

Apareció un nuevo taheen, éste con la cabeza de una comadreja, y se dirigió al llamado Jakli. Éste empujó a un par de los Disgregadores que corrían en la parte de atrás, apurándolos de hecho.

Desde el sur de Calle Principal se escuchó un grito confuso: "¡La cerca está cortada!" Y luego otro: "¡Creo que los guardias están muertos!" Este último grito fue seguido por un aullido de horror, y Rolando supo tan seguro como si lo hubiera visto que algún Disgregador desafortunado había llegado a la cabeza cercenada de algún guardia en la hierba.

No se había expandido el balbuceo aterrado cuando Dinky Earnshaw y Ted Brautigan aparecieron en medio de la panadería y el almacén de zapatos, tan cerca al escondite de Jake que éste pudo haberse estirado por la ventana de su auto y tocarlos. Ted había sido herido. Su manga derecha se había vuelto roja del codo hacia abajo, pero se movía—con un poco de ayuda de Dinky, quien le había puesto un brazo alrededor. Ted se dio vuelta mientras corrían a través del corredor de guardias y miró directamente al escondite de Rolando por un momento. Luego él y Earnshaw entraron al callejón y desaparecieron.

Eso lo ponía a salvo, al menos por el momento, y eso estaba bien. Pero, ¿dónde estaba el pez grande? ¿Dónde estaba Prentiss, el hombre a cargo de este lugar despreciable? Rolando los quería a él y su sai taheen cabeza de Comadreja—corta la cabeza de la serpiente y la serpiente muere. Pero no podían darse el lujo de esperar mucho más. El flujo de Disgregadores a la huida se secaba. El pistolero no creía que sai Comadreja fuera a esperar a los últimos rezagados; querría evitar que sus preciosos prisioneros escaparan por la cerca cortada. Sabría que no irían lejos, dado lo estéril y sombrío del paisaje alrededor, pero también sabía que si habían atacantes al extremo norte del complejo, podrían haber personas de rescate esperándolas en—

Y allí estaba, gracias a los dioses y a Gan—sai Pimli Prentiss, tambaleándose y exhausto, y claramente en estado de shock, con una funda cargada bamboleándose de atrás hacia adelante

bajo su brazo flácido. De una de sus fosas nasales salía sangre, y de la esquina de uno de sus ojos, como si toda esta excitación hubiera hecho que algo se rompiera dentro de su cabeza. Fue hacia la Comadreja, moviéndose ligeramente de lado a lado—fue a este movimiento como de ebrio al que Rolando culparía después en su amargo corazón por el resultado final del trabajo de esa mañana—probablemente con la intención de tomar el mando de la operación. Su breve pero ferviente abrazo, a la vez dando y recibiendo consuelo, le dijo a Rolando todo lo que necesitaba saber sobre lo cercano de su relación.

Apuntó su pistola a la parte de atrás de la cabeza de Prentiss, haló el gatillo y vio cómo volaron sangre y cabello. Las manos del Amo Prentiss se abrieron, los dedos separados contra el oscuro cielo, y se derrumbó casi a los pies de la aturdida Comadreja.

Como en respuesta a esto, el sol atómico se prendió, inundando el mundo de luz.

"¡Salve, pistoleros, mátenlos a todos!" gritó Rolando, abanicando el gatillo de su revólver, esa antigua máquina de matar, con la parte de encima de su mano derecha. Cuatro habían caído bajo su fuego antes que los guardias, alineados como muchos patos de yeso en una caseta de disparos de feria, hubieran registrado el sonido de los disparos, y mucho menos hubieran tenido tiempo de reaccionar. *"¡Por Gilead, por Nueva York, por el Haz, por sus padres! ¡Escúchenme, escúchenme! ¡Que no quede ninguno en pie! ¡MÁTENLOS A TODOS!"*

Y eso hicieron: el pistolero de Gilead, el antiguo drogadicto de Brooklyn, el niño solitario que una vez había sido conocido para la Sra. Greta Shaw como 'Bama. Viniendo hacia el sur detrás de ellos, rodando a través de nubes gruesas de humo en el TVS (desviándose de una trayectoria recta sólo una vez, para eludir el cuerpo de otro criado, ésta llamada Tammy), había una cuarta: la que había sido instruida en los caminos de la protesta no violenta por hombres serios de la N-doble A-C-P y que para ahora había asumido, completamente y sin remordimientos, el camino de la pistola. Susannah dio de baja a tres guardias humanos lentos y un taheen que huía. El taheen llevaba al hombro un rifle pero nunca intentó tomarlo. En vez de ello alzó sus brazos peludos y lustrosos—su cabeza se parecía vagamente a la de un oso—y pidió misericordia y que le dejaran hablar. Consciente de todo lo que había pasado en ese sitio, especialmente de cómo les habían dado de comer a los Disgregadores los cerebros de niños para que siguieran operando con la máxima eficiencia, Susannah no le concedió ni lo uno ni lo otro, aunque tampoco le dio causa para que sufriera ni tiempo para que temiera su destino.

Para cuando llegó al callejón entre el cinema y la peluquería, el tiroteo se había detenido. Finli y Jakli estaban muriendo; James Cagney estaba muerto con su máscara huma rasgada mostrando media cabeza repulsiva de rata; junto a ellos yacían otras tres docenas, igualmente muertos. Las anteriormente inmaculadas canaletas de Villa Agradable corrían con su sangre.

Indudablemente habían otros guardias por el complejo, pero para ese instante estarían ocultándose, seguros de que habían sido atacados por cien o más guerreros expertos, piratas de tierra de sabía Dios dónde. La mayoría de los Disgregadores de Algul Siento estaba en el prado entre la parte de atrás de Calle Principal y las torres del sur, arrumados como las ovejas que eran. Ted, sin prestarle atención a su brazo, había empezado a tomar el mando.

Entonces apareció todo el contingente norte del ejército de francotiradores a la entrada del callejón junto al cinema: una dama negra de piernas cortas montada en un ATV. Conducía con una mano y sostenía con firmeza la máquina-pistola Coyote en los manubrios con la otra. Vio los cuerpos amontonados en la calle y asintió con una satisfacción sin alegría.

Eddie salió de la taquilla y la abrazó.

"Oye, dulzura, oye," murmuró ella, dándole besos por todo el cuello en una forma que hizo que Eddie temblara. Luego llegó Jake—pálido por la matanza, pero firme—y ella lo rodeó con un brazo y lo acercó a ellos. Los ojos de Susannah se posaron en Rolando, de pie en la acera tras los tres que había arrastrado al Mundo Medio. Su pistola colgaba en su mano junto a su muslo izquierdo, y ¿podía él sentir la expresión de añoranza en su propio rostro? ¿Sabía siquiera que estaba allí? Susannah lo dudaba, y su corazón salió hacia él.

"Ven acá, Gilead," dijo ella. "Esto es un abrazo de *grupo* y tú eres parte del grupo."

Por un momento no creyó que entendiera la invitación, o que fingiría que no entendía. Luego él se acercó, deteniéndose un momento para enfundar de nuevo y alzar a Acho. Se movió entre Jake y Eddie. Acho saltó al regazo de Susannah como si fuera la cosa más natural del mundo. Entonces el pistolero puso un brazo alrededor de la cintura de Eddie y el otro alrededor de la de Jake. Susannah se estiró (el brambo moviendo cómicamente sus patas para

no caerse de su regazo que se inclinaba), puso sus brazos alrededor del cuello de Rolando y le dio un beso lleno de cariño en su frente quemada por el sol. Jake y Eddie rieron. Rolando se les unió, sonriendo como lo hacemos cuando nos sorprende la felicidad.

Quiero que los vean así; quiero que los vean muy bien. ¿Lo harán? Están reunidos alrededor del Triciclo Viajero de Suzie, abrazándose después de su victoria. Quiero que los vean de esta forma no porque hayan ganado una gran batalla—ellos saben que no es así, cada uno de ellos—sino porque ahora son ka-tet por última vez. La historia de su comunidad termina aquí, en esta calle de imitación y bajo este sol artificial; el resto del cuento será corto y brutal en comparación con todo lo que ha pasado antes. Porque cuando ka-tet se rompe, el fin siempre llega rápido.

Digo lo siento.

DIECINUEVE

Pimli Prentiss observó a través de sus ojos llenos de sangre y moribundos cómo el más joven de los dos hombres se separó del abrazo de grupo y se acercó a Finli de Tego. El joven vio que Finli aún se movía y puso una rodilla en tierra junto a él. La mujer, que se había bajado de su triciclo motorizado, y el muchacho empezaron a revisar el resto de sus víctimas y a darle el tiro de gracia a los pocos que aún vivían. Incluso mientras yacía agonizando con una bala en su cabeza, Pimli entendió esto como misericordia más que como crueldad. Y cuando el trabajo concluyó, Pimli supuso que se reunirían con el resto de sus cobardes y tramposos amigos y buscarían en aquellos edificios del Algul que aún no estaban en llamas, buscando a los guardias que quedaran, y sin duda disparando a los que descubrieran. *No encontrarán muchos, mis cobardes amigos*, pensó. *Han barrido con dos tercios de mis hombres sólo en este sitio*. Y ¿cuántos de los atacantes habían dado de baja a cambio el Amo Pimli, el Jefe de Seguridad Finli y sus hombres? Por lo que Pimli sabía, ni siquiera uno sólo.

Pero tal vez él podría hacer algo respecto a eso. Su mano derecha empezó su lento y doloroso camino hacia la funda, y a la Pacificadora enfundada allí.

Mientras tanto, Eddie había puesto el cañón del revólver de Gilead con las culatas de sándalo contra el costado de la cabeza del chico Comadreja. Su dedo se tensaba en el gatillo cuando vio que chico Comadreja, aunque tenía un disparo en el pecho, sangraba abundantemente y claramente moría rápido, lo miraba con completa conciencia. Y algo más, algo a lo que Eddie no le prestó mucha atención. Pensó que era desprecio. Alzó la mirada, vio a Susannah y a Jake revisando los cuerpos al extremo oriental de la zona de matanza, vio a Rolando en la acera lejana, hablando con Dinky y Ted mientras anudaba un vendaje improvisado en el brazo del último. Los dos antiguos Disgregadores escuchaban cuidadosamente, y aunque los dos se veían con dudas, asentían con la cabeza.

Eddie devolvió su atención al taheen moribundo. “Estás al final del camino, amigo mío,” dijo. “Absorbido por la bomba, me parece a mí. ¿Quieres decir algo antes de que pases al claro?”

Finli asintió.

“Dilo entonces, capullo. Pero yo de ti lo haría corto si quieres decirlo todo.”

“Tú y los tuyos sois una manada de perros cobardes,” logró decir Finli. Probablemente *había* recibido un disparo en el corazón—así se sentía, de cualquier forma—pero diría esto; necesitaba ser dicho, y deseó que su dañado corazón latiera hasta que lo dijera. Luego moriría y abrazaría la oscuridad. “perros cobardes que apestan a orines, matando a hombres emboscándolos. Eso es lo que yo diría.”

Eddie sonrió sin humor. “¿Y qué dices de los perros cobardes que usan niños para matar al mundo entero en una emboscada, amigo mío? ¿El *universo* entero?”

La Comadreja pestañeó al oír eso, como si no esperara tal respuesta. Tal vez ninguna respuesta de hecho. “Tenía. . . mis órdenes.”

"No lo dudo," dijo Eddie. "Y las seguiste hasta el final. Disfruta el infierno o el Na'ar o como quiera que lo llames." Puso el cañón de su pistola contra la sien de Finli y haló el gatillo. La Comadreja se retorció una sola vez y quedó quieto. Con una mueca, Eddie se puso de pie.

Captó movimiento en la esquina de su ojo al hacerlo y vio que otro—el jefe del espectáculo—se había incorporado en un codo. Su pistola, la Pacificadora .40 que una vez había ejecutado a un violador, ya apuntaba. Los reflejos de Eddie eran rápidos, pero no hubo tiempo de usarlos. La Pacificadora rugió una sola vez, mostrando una llamarada desde el fondo del cañón, y de la frente de Eddie Dean voló sangre. Un mechón de cabello se levantó en la parte de atrás de su cabeza cuando salió la ojiva. Alzó su mano al agujero que apareció sobre su ojo derecho, como un hombre que ha recordado algo de vital importancia demasiado tarde.

Rolando se giró en los talones de sus botas, desenfundando su pistola tan rápido que no se pudo ver. Jake y Susannah también se dieron vuelta. Susannah vio a su esposo de pie en la calle con su mano presionada contra su frente.

"¿Eddie? ¿Dulzura?"

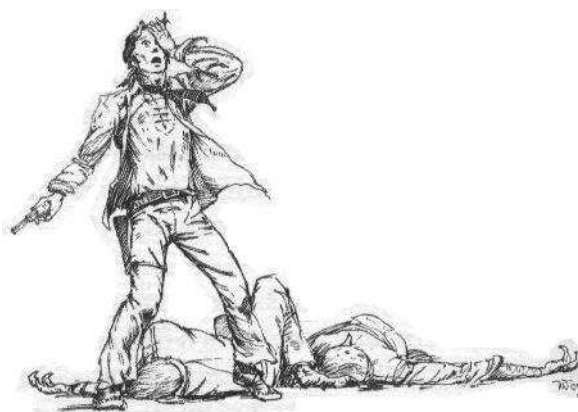
Pimli luchaba por amartillar la Pacificadora de nuevo, con el labio superior alzado y mostrando sus dientes en un gruñido de esfuerzo como de perro. Rolando le disparó en la garganta y el Amo de Algul Siento cayó hacia su izquierda, lanzando al aire la pistola aún sin amartillar, que cayó junto al cuerpo de su amigo la Comadreja. Casi terminó a los pies de Eddie.

"¡Eddie!" gritó Susannah, y empezó a arrastrarse hacia él, empujándose con las manos. *No está malherido*, se dijo a sí misma, *no está malherido*, *Dios santo no dejes que mi hombre esté malherido*—

Entonces vio la sangre que corría bajo la mano que presionaba su frente, cayendo a la calle, y supo que *estaba* malherido.

"¿Suze?" preguntó. Su voz era perfectamente clara. "Suzie, ¿dónde estás? No puedo ver."

Dio un paso, un segundo paso, un tercero. . . y entonces cayó de cara a la calle, tal y como el Anciano Jaffords había sabido que caería, ea, desde el primer momento que había puesto sus ojos en él. Pues el muchacho era un pistolero, digo la verdad, y éste era el único final que un pistolero como él podía esperar.



Capítulo XII: El Tet se Rompe

UNO

Esa noche encontró a Jake Chambers sentado desconsolado fuera de la Taberna el Trébol al costado oriental de Calle Principal en Villa Agradable. Los cuerpos de los guardias habían sido transportados por una partida de robots de mantenimiento, y eso al menos era una suerte de alivio. Acho había estado en el regazo del muchacho por una hora o más. Por lo común nunca se había quedado tan cerca tanto tiempo, pero parecía entender que Jake lo necesitaba. En muchas ocasiones, Jake lloró en la piel del brambo.

Por la mayor parte de ese día interminable Jake se encontró pensando en dos voces diferentes. Esto le había pasado antes, pero no por años; no desde la época en que, cuando era un niño muy pequeño, sospechaba que podría haber sufrido alguna clase de quebrantamiento loco por debajo del radar de los padres.

Eddie está muriendo, decía la primera voz (aquella que solía asegurarle que habían monstruos en el armario, y pronto saldrían para comérselo vivo). *Está en un cuarto en Corbett Hall y Susannah está con él y él no se callará, pero está muriendo*.

No, negaba la segunda voz (aquella que solía asegurarle—débilmente—que no existían los monstruos ni nada por el estilo). *No, eso no puede ser. ¡Eddie es. . . Eddie! Y además, él es ka-tet. Podría morir cuando lleguemos a la Torre Oscura, todos podríamos morir al llegar allí, pero no ahora, no aquí, es una locura*.

Eddie está muriendo, respondía la primera voz. Era implacable. *Tiene un agujero en la cabeza tan grande que casi podrías meter tu dedo allí, y está muriendo*.

A esto la segunda voz sólo pudo ofrecer más negaciones, cada una más débil que la anterior.

Ni siquiera el saber que probablemente habían salvado el Haz (Sheemie ciertamente parecía pensar que así había sido; había recorrido el campus locamente silencioso de la Devar-Toi, gritando las noticias—*¡EL HAZ DICE QUE TODO PUEDE ESTAR BIEN! ¡EL HAZ DICE GRACIAS!*—a todo grito) podía hacer que Jake se sintiera mejor. La pérdida de Eddie era un precio demasiado grande a pagar incluso para tal resultado. Y la ruptura del tet era un precio incluso más grande. Cada vez que Jake pensaba en ello, se sentía mareado y enviaba oraciones inarticuladas a Dios, a Gan, al Hombre Jesús, a cualquiera o a todos ellos para que hiciera un milagro y salvara la vida de Eddie.

Incluso le rezó al escritor.

Salva la vida de mi amigo y nosotros salvaremos la tuya, le rezaba a Stephen King, un hombre que jamás había visto. *Salva a Eddie y no dejaremos que esa camioneta te atropelle. Lo juro*.

Entonces pensaba de nuevo en Susannah gritando el nombre de Eddie, intentando darle la vuelta, y en Rolando abrazándola y diciéndole *No debes hacer eso, Susannah, no debes molestarlo*, y cómo había peleado ella con él, su rostro enloquecido, su rostro cambiando a medida que diferentes personalidades parecían habitarlo por un momento o dos y luego se iban. *¡Tengo que ayudarlo!* sollozaba en la voz de Susannah que Jake conocía, y luego con otra voz más ruda gritaba *¡Déjame ¡' cabrón! ¡Deja que le haga mi vudú, hacé mi magia, y él se va a levantá y va a caminá, ya vah a ver!* Y Rolando la sostenía todo el tiempo, la sostenía y la arrullaba mientras Eddie yacía en la calle, pero no muerto, habría sido mejor, casi, si hubiera

estado muerto (incluso si estar muerto significara el final de hablar de milagros, el final de la esperanza), pero Jake podía ver como sus dedos polvorientos se encogían y podía escuchar cómo murmuraba de manera incoherente, como alguien que habla dormido.

Entonces había llegado Ted, y Dinky detrás suyo, y dos o tres de los demás Disgregadores arrastrándose vacilantes tras de ellos. Ted se había puesto de rodillas junto a la mujer que luchaba y gritaba y le indicó a Dinky que se pusiera de rodillas al otro lado de ella. Ted le había tomado una de las manos, y con la cabeza le indicó a Dinky que tomara la otra. Y algo había salido de ellos—algo profundo y reconfortante. No iba dirigido a Jake, no, para nada, pero recibió algo de ello de cualquier manera, y sintió que su corazón que galopaba salvajemente se calmaba. Miró al rostro de Ted Brautigan y vio que sus ojos hacían su truco, las pupilas hinchándose y encogiéndose, hinchándose y encogiéndose.

Los gritos de Susannah se acallaron, remitiéndose a pequeños gruñidos lastimados. Bajó la mirada hacia Eddie, y cuando bajó la cabeza sus ojos derramaron lágrimas en la espalda de la camisa de Eddie, dejando lugares oscuros, como gotas de lluvia. Fue entonces cuando apareció Sheemie por uno de los callejones, gritando alegres hosannas a todo el que le escuchara “*¡EL HAZ DICE QUE NO ES DEMASIADO TARDE! ¡EL HAZ DICE JUSTO A TIEMPO, EL HAZ DICE GRACIAS Y DEBEMOS DEJAR QUE SANE!*”—y cojeando mucho sobre un pie (ninguno de ellos reparó en esto entonces, o siquiera lo notó). Dinky murmuraba hacia la creciente multitud de Disgregadores que observaban al pistolero herido de muerte, y varios fueron hacia Sheemie e hicieron que se callara. Las alarmas continuaban desde la parte principal de la Devar-Toi, pero los carros de bombero tenía realmente bajo control los tres peores incendios (los de Casa Damli, la Casa del Carcelero y Feneral Hall).

Lo que Jake recordaba después eran los dedos de Ted—dedos increíblemente suaves—separando el cabello en la parte de atrás de la cabeza de Eddie y poniendo a la vista un largo agujero lleno de una gelatina oscura de sangre. Habían pequeños trozos blancos allí. Jake había querido creer que eran pedazos de hueso. Mejor que pensar que eran fragmentos de cerebro de Eddie.

Al ver esta terrible herida en la cabeza, Susannah se puso en pie de un salto y empezó a gritar de nuevo. Empezó a forcejear. Ted y Dinky (quien estaba más pálido que el yeso) intercambiaron una mirada, tensaron su presión en las manos de Susannah, y una vez más enviaron el mensaje

(paz calma tranquila espera calma despacio paz)

reconfortante que era tanto colores—azul claro degradándose a gris—como palabras. Rolando entretanto la sostenía de los hombros.

“¿Puede hacerse algo por él?” le preguntó Rolando a Ted. “¿Cualquier cosa?”

“Podemos ponerlo cómodo,” dijo Ted. “Eso podemos hacerlo, al menos.” Luego señaló hacia la Devar. “¿No tienes aún trabajo por hacer allá, Rolando?”

Por un momento Rolando no pareció entender. Luego miró los cuerpos de los guardias acribillados y lo entendió. “Sí,” dijo. “Supongo que sí. Jake, ¿puedes ayudarme? Si los que quedan encuentran un nuevo líder y se reagrupan. . . eso no sería bueno para nada.”

“¿Qué hacemos con Susannah?” preguntó Jake.

“Susannah va a ayudarnos a asegurarse que su hombre sea llevado a un lugar donde esté cómodo y muera con tanta paz como sea posible,” dijo Ted Brautigan. “¿No es así, querida?”

Ella lo miró con una expresión que no era del todo vacía; la comprensión (y la súplica) en esa mirada entraron en el corazón de Jake como la punta de un carámbano. “¿Debe morir?” le había preguntado.

Ted levantó las manos de Susannah a sus labios y las besó. “Sí,” dijo. “Debe morir y tú debes soportarlo.”

“Entonces tienes que hacer algo por mí,” dijo ella, y tocó con sus dedos la mejilla de Ted. Esos dedos le parecieron fríos a Jake. Helados.

“¿Qué, amor? Lo que esté en mis manos.” Tomó sus dedos y los envolvió

(paz calma tranquila espera calma despacio paz)

con los suyos.

“Dejen de hacer lo que están haciendo, a menos que te diga otra cosa,” dijo ella.

Él la miró sorprendido. Luego miró de reojo a Dinky, que se limitó a alzar los hombros. Entonces volvió la mirada a Susannah.

"No deben usar su buena-mente para robarme mi pena," le dijo Susannah. "Pues deseo abrir mi boca y beberla por completo. Cada gota."

Por un momento Ted sólo se quedó allí con su cabeza agachada y el ceño fruncido. Luego alzó la vista y le dio la sonrisa más dulce que Jake había visto en toda su vida.

"Ea, señora," respondió Ted. "Haremos como pides. Pero si nos necesitas. . . *cuando* nos necesites. . ."

"Los llamaré," dijo Susannah, y una vez más se arrodilló junto al hombre que murmuraba y que yacía en la calle.

DOS

Mientras Rolando y Jake se acercaban al callejón que los conduciría de vuelta al centro de la Devar-Toi, donde olvidarían el lamento por su amigo caído encargándose de cualquiera que aún les ofreciera resistencia, Sheemie los alcanzó y haló la manga de la camisa de Rolando.

"El Haz dice gracias, el que fuera Will Dearborn." Había perdido la voz por gritar y hablaba como croando, horriblemente. "El Haz dice que todo puede estar aún bien. Bueno como nuevo. *Mejor.*"

"Eso está bien," dijo Rolando, y Jake supuso que así era. No obstante, no había habido real alegría en ese momento, como no la había ahora. Jake seguía pensando en el agujero que los suaves dedos de Ted Brautigan habían dejado a la luz. El agujero lleno de gelatina roja.

Rolando puso un brazo alrededor de los hombros de Sheemie, lo apretó y le dio un beso. Sheemie sonrió, deleitado. "Iré contigo, Rolando. ¿Me llevarás, querido?"

"Esta vez no," dijo Rolando.

"¿Por qué lloras?" preguntó Sheemie. Jake había visto cómo desaparecía la felicidad del rostro de Sheemie y era reemplazada por preocupación. Entretanto, más Disgregadores retornaban a Calle Principal, caminando en pequeños grupos. Jake había visto consternación en las expresiones que dirigían al pistolero. . . una cierta curiosidad aturdida. . . y, en algunos casos, clara antipatía. Odio, casi. No había recibido el menor agradecimiento, ni siquiera una pizca, y por esa razón él los había odiado.

"Mi amigo está herido," había dicho Rolando. "Lloro por él, Sheemie. Y por su esposa, que es mi amiga. ¿Irás con Ted y con sai Dinky e intentarás consolarla, si ella pide que la consuelen?"

"¡Si tú lo quieres, sí! ¡Cualquier cosa por ti!"

"Gracias sai, hijo de Stanley. Y ayúdalos si mueven a mi amigo."

"¡Tu amigo Eddie! ¡El que yace herido!"

"Ea, su nombre es Eddie, dices la verdad. ¿Ayudarás a Eddie?"

"¡Ea!"

"Y hay algo más—"

"¿Ea?" preguntó Sheemie, luego pareció recordar algo. "¡Ea! ¡Ayudarte a ir lejos, viajar lejos, tú y tus amigos! Ted me lo dijo. 'Haz un agujero,' dijo, 'como lo hiciste para mí.' Sólo que ellos lo trajeron de vuelta. Los malos. ¡Ellos no te traerán de vuelta, pues los malos se fueron! ¡El Haz está en paz!" y Sheemie rió, un sonido estridente para los oídos apesadumbrados de Jake.

Para los de Rolando también, probablemente, porque su sonrisa se tensó. "A tiempo, Sheemie. . . aunque creo que Susannah puede quedarse aquí, y esperar a que volvamos."

Si es que de verdad volvemos, pensó Jake.

"Pero hay otra cosa que puedes hacer. No ayudar a alguien a viajar a ese otro mundo, pero *como* eso, un poco. Le he dicho a Ted y a Dinky, y ellos te lo dirán, una vez que Eddie sea puesto en un lugar cómodo. ¿Los escucharás?"

“¡Ea! ¡Y ayudaré si puedo!”

Rolando le dio una palmadita en el hombro. “¡Bien!” Luego Jake y el pistolero continuaron en una dirección que podría haber sido el norte, en camino a terminar lo que habían empezado.

TRES

Sacaron de su escondrijo a otros catorce guardias en las siguientes tres horas, en su mayoría humas. Rolando sorprendió a Jake—un poco—matando sólo a los dos que les dispararon desde atrás del carro de bomberos que había chocado y había quedado con una rueda atrapada en el tabique del sótano. Al resto les había quitado las armas y les dio oportunidad de hablar, diciéndoles que cualquier guardia de la Devar-Toi que aún estuviera en el complejo cuando el timbre del cambio de guardia vespertino sonara serían dados de baja.

“Pero, ¿a dónde iremos?” preguntó un taheen con una cabeza de gallo blanco bajo una gran cresta roja (le recordaba un poco a Jake al Gallo Claudio, el personaje de los dibujos animados).

Rolando negó con la cabeza. “No me importa a dónde vayan,” dijo, “en tanto no estén aquí cuando suene el timbre, entiendan. Han hecho el trabajo del infierno aquí, pero el infierno está cerrado, y me encargaré de que nunca vuelva a abrir estas puertas en particular de nuevo.”

“¿Qué quieres decir?” preguntó el taheen-gallo, casi tímidamente, pero Rolando no respondió, sólo le dijo a la criatura que pasara el mensaje a todos los demás con quien se encontrara.

La mayor parte de los taheen y can-toi restantes dejaron Algul Siento en pares o tríos, sin discutirlo y mirando con nerviosismo hacia atrás a cada momento. Jake pensaba que tenían razón en tener miedo, porque el rostro de su dinh había estado abstracto ese día por tanto pensar, y terrible por la pena. Eddie Dean yace en su lecho de muerte, y Rolando de Gilead no soportaría molestias.

“¿Qué vas a hacer con el lugar?” preguntó Jake después que sonó el timbre vespertino. Caminaban por el cascarón humeante que era Casa Damli (donde los robots bomberos habían colocado letreros cada siete metros que decían **PROHIBIDO EL PASO PENDIENTE DE INVESTIGACIÓN DEL DPTO. DE BOMBEROS**), en dirección a ver a Eddie.

Rolando sólo negó con la cabeza, sin responder la pregunta.

En el Comercio, Jake vio a seis Disgregadores dispuestos en un círculo, tomados de las manos. Parecían personas que tenían una sesión de espiritismo. Sheemie estaba allí, así como Ted y Dani Rostov; también estaban una mujer joven, una mayor y un tipo gordo con apariencia de banquero. Más allá, yaciendo con los pies sobresaliendo de las sábanas que los cubrían, había una fila de casi cincuenta guardias que habían muerto durante la breve acción.

“¿Sabes lo que hacen?” preguntó Jake, refiriéndose a los que hacían la sesión—lo que hacían aquellos que estaban detrás de ellos era sólo estar muertos, un trabajo que les mantendría ocupados de allí en adelante.

Rolando miró brevemente hacia el círculo de Disgregadores. “Sí.”

“¿Qué?”

“No en este momento,” dijo el pistolero. “En este momento vamos a dar nuestros respetos a Eddie. Vas a necesitar toda la serenidad que puedas, y eso significa vaciar tu mente.”

CUATRO

Ahora, sentado con Acho fuera de la vacía Taberna Trébol con sus letreros de neón de cerveza y su rocola muda, Jake reflexionaba en cuánta razón había tenido Rolando, y lo agradecido que Jake mismo se había sentido cuando, tras unos cuarenta y cinco minutos, el pistolero lo había mirado, había visto su terrible dolor, y le dio permiso para salir del cuarto donde Eddie permanecía, renunciando a su vitalidad un centímetro a la vez, dejando la huella de su notable voluntad en cada uno de los últimos centímetros de la alfombra de su vida.

El grupo de recoger los escombros que Ted Brautigan había organizado había llevado al joven pistolero a Corbett Hall, donde lo acostaron en el espacioso cuarto de la suite en el primer piso del supervisor. Los recogedores de escombros permanecieron en el patio del dormitorio, y a medida que avanzaba la tarde, el resto de los Disgregadores se les unió. Cuando Rolando y Jake llegaron, una regordeta pelirroja se atravesó en el camino de Rolando.

Señora, yo no haría eso, había pensado Jake. *No esta tarde.*

A pesar de los alaridos y excursiones del día, esta mujer—que a Jake se le parecía a la Presidenta Vitalicia del club de jardinería de su madre—había tenido tiempo de ponerse una capa muy grande de maquillaje: polvos, rubor y lápiz labial tan rojo como el costado de un carro de bomberos de la Devar. Se presentó como Grace Rumbelow (anteriormente de Aldershot, Hampshire, Inglaterra) y exigía saber lo que iba a pasar después—a dónde irían, qué harían, quién los cuidaría. Las mismas preguntas que había hecho el taheen cabeza de gallo, en otras palabras.

“Porque hemos *sido* cuidados,” dijo Grace Rumbelow con tonos resonantes (Jake estaba fascinado por la forma en que decía las palabras para que rimaran), “y no estamos en posición, al menos por ahora, de cuidarnos por nosotros mismos.”

Se escucharon voces de aprobación.

Rolando la miró de arriba a abajo, y algo en su rostro hizo que desapareciera la medida indignación de la mujer. “Apártese de mi camino,” dijo el pistolero, “o la quitaré yo mismo.”

La mujer palideció por debajo de su polvo facial e hizo lo que le dijeron sin decir una sola palabra. Un ruido como de pájaros de desaprobación siguió a Jake y Rolando a Corbett Hall, pero no empezó hasta que el pistolero estaba fuera de su vista y ya no temieron caer bajo la incómoda mirada de sus ojos azules. Los Disgregadores le recordaban a Jake a algunos niños con los que había ido a la escuela en Piper, estúpidos de salón a quienes les gustaba gritar cosas como *este examen apesta o muérdeme el culo*. . . pero sólo cuando el profesor salía del aula.

El corredor del primer piso de Corbett brillaba con luces fluorescentes y olía mucho al humo que había salido de Casa Damli y de Feneral Hall. Dinky Earnshaw estaba sentado en una silla plegable a la derecha de la puerta que decía SUITE DEL SUPERVISOR, fumando un cigarrillo. Alzó la mirada cuando Rolando y Jake se acercaron, mientras Acho trotaba en su usual posición tras los pies de Jake.

“¿Cómo está él?” preguntó Rolando.

“Muriendo, hombre,” dijo Dinky y alzó los hombros.

“¿Y Susannah?”

“Fuerte. Una vez que él muera—” Dinky volvió a alzar los hombros, como para decir que podía ser de cualquier forma.

Rolando dio un suave golpe en la puerta.

“¿Quién es?” La voz de Susannah, silenciada.

“Rolando y Jake,” dijo el pistolero. “¿Nos dejarás entrar?”

La pregunta obtuvo por respuesta lo que a Jake le pareció una pausa inusualmente larga. Rolando, sin embargo, no parecía sorprendido. Y de paso, tampoco Dinky.

Finalmente, Susannah dijo: “Entren.”

Ellos lo hicieron.

CINCO

Sentado con Acho en la reconfortante oscuridad, esperando la llamada de Rolando, Jake reflexionaba en la escena que sus ojos habían visto en el cuarto oscurecido. En eso y en los interminables tres cuartos de hora antes de que Rolando viera su incomodidad y lo dejara irse, diciendo que lo llamaría de vuelta cuando fuera “tiempo.”

Jake había visto mucha muerte desde que fue traído a Mundo Medio; la había afrontado; incluso había experimentado su propia muerte, aunque recordaba muy poco de eso. Pero esto era la muerte de un ka-compañero, y lo que había estado pasando en el cuarto de la suite del supervisor parecía fútil. E *interminable*. Jake deseó con todo el corazón haberse quedado afuera con Dinky; no quería recordar así a su sarcástico y a veces temperamental amigo.

En primer lugar, Eddie se veía más que frágil mientras yacía en la cama del supervisor con su mano entre las de Susannah; se veía viejo y (Jake odiaba pensar en ello) estúpido. Habían grandes manchas color púrpura bajo sus ojos, casi como si ese bastardo de Prentiss lo hubiera golpeado antes de dispararle. Los ojos los tenía cerrados, pero se movían casi incesantemente bajo los delgados velos de sus párpados, como si Eddie estuviera soñando.

Y hablaba. Un constante y bajo flujo murmurante de palabras. Algunas de las cosas que decía Jake podía entenderlas, algunas no. Algunas tenían al menos un poco de sentido, pero muchas eran lo que su amigo Benny habría llamado ki’come: sinsentido completo. De cuando en cuando Susannah humedecía un paño en la palangana sobre la mesa junto a la cama, la exprimía y la pasaba por la frente y secos labios de su esposo. Una vez Rolando se levantó, tomó la palangana, la vació en el baño, la volvió a llenar y se la volvió a llevar. Ella se lo agradeció con un tono de voz bajo y perfectamente agradable. Un poco después Jake había cambiado el agua y ella se lo había agradecido de igual forma. Como si no supiera siquiera que estaban allí.

Vamos por ella, le había dicho Rolando a Jake. *Porque después recordará quién estuvo allí y estará agradecida.*

¿Pero sería así? se preguntaba ahora Jake, en la oscuridad afuera de la Taberna Trébol. ¿*Estaría* agradecida? Era por Rolando que Eddie Dean yacía en su lecho de muerte a la edad de veinticinco o veintiséis, ¿o no? Por otra parte, si no fuera por Rolando, para empezar ella jamás habría conocido a Eddie. Todo era demasiado confuso. Como la idea de mundos múltiples con Nueva Yorks en cada uno, le producía dolor de cabeza a Jake.

Yaciendo allí en su lecho de muerte, Eddie le había preguntado a su hermano Henry por qué nunca se acordaba de hacer cortina en los rebotes en el baloncesto.

Le había preguntado a Jack Andolini quién lo había golpeado con la fea vara.

Había gritado, “¡Cuidado, Rolando, es George Nariz Grande, ha regresado!”

Y “Suze, si puedes contarle el de Dorothy y el hombre de hojalata, le contaré todo el resto.”

Y, helando el corazón de Jake: “No disparo con mi mano; el que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre.”

Ante esa última frase, Rolando le había tomado la mano a Eddie en la penumbra (pues las cortinas estaban cerradas) y la había apretado. “Ea, Eddie, dices la verdad. ¿Abrirás tus ojos y verás mi rostro, querido?”

Pero Eddie no había abierto sus ojos. En vez de eso, helando aún más el corazón de Jake, el joven que llevaba ahora un vendaje inútil en la cabeza había murmurado, “Todo es olvido en las salas de piedra de los muertos. Éstas son las salas de la ruina donde hilan las arañas y los grandes circuitos enmudecen uno a uno.”

Después de eso no hubo nada inteligible por un rato, sólo ese incesante murmullo. Jake había vuelto a llenar la palangana de agua, y cuando había regresado, Rolando vio su rostro pálido y le dijo que podía irse.

“Pero—”

“Vamos, vete, dulzura,” dijo Susannah. “Sólo ten cuidado. Aún podrían haber algunos allá fuera, en busca de revancha.”

“Pero, ¿cómo sabré—”

“Te llamaré cuando sea tiempo,” dijo Rolando, y le tocó la sien a Jake con uno de los dedos que le quedaban en la mano derecha. “Me escucharás.”

Jake había querido besar a Eddie antes de irse, pero tenía miedo. No de que pudiera contagiarse de la muerte como de una gripe—era más inteligente que eso—sino temeroso de que incluso el tacto de sus labios podría ser suficiente para empujar a Eddie al claro al final del camino.

Y entonces Susannah podría culparlo.

SEIS

Afuera en el corredor, Dinky le preguntó cómo iba todo.

"Muy mal," dijo Jake. "¿Tienes otro cigarrillo?"

Dinky levantó el entrecejo pero le dio a Jake un cigarrillo. El muchacho lo golpeó contra la uña de su pulgar, como había visto que el pistolero hacía con los cigarrillos improvisados, luego aceptó fuego e inhaló profundamente. El humo aún le quemaba, pero no tan duro como la primera vez. Su cabeza sólo se sacudió un poco y no tosió. *Muy pronto seré un fumador natural*, pensó. *Si alguna vez vuelvo a Nueva York, tal vez pueda ir a trabajar para el Canal, en el departamento de mi papá. Ya me estoy volviendo bueno en La Matanza.*

Levantó el cigarrillo frente a sus ojos, un pequeño misil blanco con humo saliendo de la punta en vez de la cola. La palabra CAMEL estaba escrita justo por debajo del filtro. "Me dije a mí mismo que nunca haría esto," le dijo Jake a Dinky. "Nunca jamás. Y heme aquí con uno en la mano." Rió. Fue una risa amarga, una risa adulta, y el sonido de cómo salía de su boca le produjo un escalofrío.

"Solía trabajar para un tipo antes de venir a este sitio," dijo Dinky. "Sr. Sharpton era su nombre. Solía decirme que *nunca* es la palabra que Dios escucha cuando necesita reírse."

Jake no respondió. Pensaba en cómo había hablado Eddie de los cuartos de la ruina. Jake había seguido a Mia a un cuarto como ése, hacía mucho tiempo y en un sueño. Ahora Mia estaba muerta. Callahan estaba muerto. Y Eddie estaba muriendo. Pensó en todos los cuerpos que yacían allá fuera bajo las sábanas mientras el trueno sonaba a huesos en la distancia. Pensó en el hombre que le había disparado a Eddie cayendo a la izquierda cuando la bala de Rolando le dio fin a su vida. Intentó recordar la fiesta de bienvenida para ellos en Calla Bryn Sturgis, la música y el baile y las antorchas coloridas, pero todo lo que recordó fue la muerte de Benny Slightman, otro amigo. Esta noche el mundo parecía hecho de muerte.

Él mismo había muerto y regresado: a Mundo Medio y a Rolando. Toda la tarde había intentado creer que lo mismo podría pasarle a Eddie y sabía de alguna manera que no sería así. La parte de Jake en la historia no había terminado. La de Eddie sí. Jake habría dado veinte años de su vida—itreinta!—por no creer eso, pero así era. Suponía que lo había perforado de alguna forma.

Las salas de la ruina donde hilan las arañas y los grandes circuitos enmudecen uno a uno.

Jake conocía una araña. ¿Estaba el hijo de Mia observando todo esto? ¿Divirtiéndose? ¿Acaso apoyando a uno u otro bando, como un puto hinchado de los Yankees sentado en los asientos baratos?

Así es. Sé que así es. Lo siento.

"¿Estás bien, chico?" preguntó Dinky.

"No," dijo Jake. "No estoy bien." Y Dinky asintió como si ésa fuera una respuesta perfectamente razonable. *Bien*, pensó Jake, *probablemente la esperaba. Es un telépata después de todo.*

Como para subrayar esto, Dinky le había preguntado quién era Mordred.

"No querrás saberlo," dijo Jake. "Créeme." Apagó su cigarrillo a medio fumar ("Todo tu cáncer de pulmón está aquí mismo, en el último medio centímetro," solía decir su padre en un tono de certeza absoluta, apuntando a uno de sus propios cigarrillos sin filtro como un locutor de la televisión) y abandonó Corbett Hall. Usó la puerta trasera, esperando evitar la nube de Disgregadores ansiosos y a la espera, y en eso tuvo éxito. Ahora estaba en Villa Agradable,

sentado en una acera como uno de los desposeídos que se veían en Nueva York, esperando a que le llamaran. Esperando el final.

Pensó en entrar a la taberna, tal vez para tomar una cerveza (seguramente si tenía la edad suficiente para fumar y matar gente en emboscadas tenía edad suficiente para tomarse una cerveza), tal vez sólo para ver si la rocola funcionaba sin monedas. Apostaba que Algul Siento había sido lo que su papá había afirmado que los Estados Unidos se volverían con el tiempo, una sociedad sin dinero en efectivo, y que esa vieja rocola Seeberg estaba arreglada de forma que sólo se tenía que presionar en orden los botones para que empezara la música. Y apostaba que si observaba en la lista de canciones la que estaba junto al 19, vería "Alguien Salvó Mi Vida Esta Noche," de Elton John.

Se puso de pie, y fue entonces que llegó la llamada. Y no fue él el único en escucharla; Acho dejó escapar un gruñido corto y lastimero. Rolando podía haber estado parado junto a ellos.

A mí, Jake, y apresúrate. Se está yendo.

SIETE

Jake caminó rápidamente por uno de los callejones, rodeó la aún humeante Casa del Carcelero (Tassa el criado, quien o bien había ignorado la orden de Rolando de largarse o bien no había sido informado, se sentaba en silencio en la entrada con una falda escocesa y un suéter ligero, y la cabeza entre las manos), y empezó a trotar por el Comercio, mirando rápida y atribuladamente a la larga fila de cadáveres. El pequeño círculo de sesión espiritista que había visto antes había desaparecido.

No voy a llorar, se prometió sombríamente. Si tengo la suficiente edad para fumar y pensar en tomar una cerveza, tengo la edad suficiente para controlar mis estúpidos ojos. No voy a llorar.

Sabiendo que casi seguramente lloraría.

OCHO

Sheemie y Ted se habían unido a Dinky afuera de la suite del supervisor. Dinky le había cedido su silla a Sheemie. Ted se veía cansado, pero para Jake Sheemie parecía mierda en una galleta: los ojos enrojecidos de nuevo, una costra de sangre seca alrededor de su nariz y una oreja, las mejillas opacas. Se había sacado una de sus zapatillas y se masajeaba el pie como si le doliera. Pero estaba claramente feliz. Tal vez incluso exaltado.

"El Haz dice que todo puede estar bien aún, joven Jake," dijo Sheemie. "El Haz dice que no es demasiado tarde. El Haz dice gracias."

"Eso está bien," dijo Jake, estirándose para coger el pestillo. Apenas si escuchaba lo que Sheemie decía. Se concentraba

(no voy a llorar y hacerlo más difícil para ella)

en controlar sus emociones una vez que estuviera adentro. Entonces Sheemie dijo algo que lo devolvió a la realidad al instante.

"Tampoco es demasiado tarde en el Mundo Real," dijo Sheemie. "Nosotros sabemos. Echamos un vistazo. Vimos la señal moviéndose. ¿No es así, Ted?"

"Claro que lo hicimos." Ted tenía una lata de Nozz-A-La en su regazo. Ahora la levantó y tomó un trago. "Cuando entres allí, Jake, dile a Rolando que si es en junio 19 de 1999 en el que están interesados, aún están bien. Pero el margen empieza a volverse delgado."

"Se lo diré," dijo Jake.

"Y recuérdale que el tiempo a veces salta allí. Salta como una transmisión vieja. Eso puede continuar por un tiempo, independientemente de la recuperación del Haz. Y una vez que pase el 19. . ."

"No puede volver a pasar nunca más," dijo Jake. "No allí. Lo sabemos." Abrió la puerta y se internó en la oscuridad de la suite del supervisor.

NUEVE

Un sencillo círculo de severa luz amarilla, arrojado por la lámpara sobre la mesa de noche, caía sobre el rostro de Eddie Dean. Hacía que su nariz diera sombra en su mejilla izquierda y transformó sus ojos cerrados en agujeros oscuros. Susannah estaba de rodillas en el piso junto a él, sosteniéndole las manos entre las suyas y mirándolo. La sombra de Susannah se estiraba en la pared. Rolando estaba sentado en el otro lado de la cama, en medio de las sombras. El largo monólogo entre murmullos del hombre agonizante había cesado y su respiración había perdido toda regularidad. Tomaba aire profundamente, lo contenía y luego dejaba salir un prolongado sonido como un silbido. Su pecho quedaba quieto tanto tiempo que Susannah alzaba la mirada para verlo a la cara, con los ojos brillando de ansiedad hasta que empezaba la siguiente y desgarradora respiración.

Jake se sentó en la cama junto Rolando, miró a Eddie, miró a Susannah, luego miró dudoso al rostro del pistolero. En la penumbra no podía ver nada excepto cansancio.

"Ted te manda decir que casi es junio 19 del otro lado, por favor y gracias. También que el tiempo podría saltar."

Rolando asintió. "Sin embargo esperaremos a que esto termine, creo. No falta mucho, y eso se lo debemos a Eddie."

"¿Cuánto más?" murmuró Jake.

"No lo sé. Pensaba que podría irse antes de que llegaras, incluso si corrías—"

"Corrí, una vez que llegue al césped—"

"—pero, como ves. . ."

"Lucha con fuerza," dijo Susannah, y el que esto fuera lo único que le quedaba a ella para enorgullecerse heló a Jake. "Mi hombre lucha con fuerza. Tal vez aún tenga una palabra que decir."

DIEZ

Y así era. Cinco interminables minutos después de que Jake entró al cuarto, los ojos de Eddie se abrieron. "Sue. . ." Dijo, "Su. . . zie—"

Ella se inclinó acercándosele, aún sosteniéndole las manos, sonriéndole, con toda la concentración que podía. Y con un esfuerzo que Jake no había creído posible, Eddie zafó una de las manos, la movió un poco a la derecha y tomó sus gruesos rizos. Si el peso de ese brazo le halaba las raíces del cabello y la lastimaba, ella no mostró señal. La sonrisa que había florecido en su boca era sublime, reconfortante, tal vez incluso sensual.

"¡Eddie! ¡Bienvenido de vuelta!"

"No le digas mentiras. . . a un mentiroso," susurró él. "Estoy de ida, dulzura, no de vuelta."

"Eso es una tonte—"

"Shhhh," susurró él, y ella se calló. La mano que estaba en su cabello haló. Ella llevó su rostro al de Eddie y le besó los labios vivos por última vez. "Yo. . . esperaré. . . por ti," dijo Eddie, obligando a que cada palabra saliera con un esfuerzo inmenso.

Jake vio cómo brotaba sudor de su piel, el último mensaje del cuerpo moribundo al mundo vivo, y fue entonces cuando el corazón del muchacho entendió finalmente lo que su cabeza

había sabido por horas. Empezó a llorar. Habían lágrimas que ardían y limpiaban. Cuando Rolando le tomó la mano, Jake la apretó con fuerza. Estaba asustado así como triste. Si le podía pasar a Eddie, le podía pasar a cualquiera. Le podía pasar a él.

"Sí, Eddie. Sé que me esperarás," dijo ella.

"En. . ." Tomó otra de esas grandes, rasposas y desafortunadas bocanadas de aire. Sus ojos brillaban como gemas. "En el claro." Otra bocanada. La mano sosteniéndole el cabello. La luz de la lámpara rodeándolos en su místico círculo amarillo. "El que queda al final del camino."

"Sí, querido." Su voz estaba en calma ahora, pero una lágrima cayó en la mejilla de Eddie y rodó lentamente por la línea de su barbilla. "Te escucho muy bien. Espérame y te encontraré e iremos juntos. Iré caminando entonces, en mis propias piernas."

Eddie le sonrió y luego puso sus ojos en Jake.

"Jake. . . a mí."

No, pensó Jake, en pánico, *no, no puedo, no puedo*.

Pero ya se estaba acercando, a ese olor del final. Podía ver que la delgada línea de mugre apenas por debajo del lugar donde empezaba el cabello de Eddie se tornaba en una clase de engrudo a medida que surgían más gotitas de sudor. "Espérame, también," dijo Jake a través de labios adormecidos. "¿De acuerdo, Eddie? Iremos todos juntos. Seremos ka-tet, como lo éramos." Intentó sonreír y no pudo. Su corazón le dolía demasiado para sonreír. Se preguntaba si no podría explotarle en el pecho, como a veces explotaban las piedras en un fuego. Había aprendido ese pequeño hecho de su amigo Benny Slightman. La muerte de Benny había sido mala, pero esta era mil veces peor. Un *millón*.

Eddie negaba con la cabeza. "No. . . tan rápido, chico." Tomó aire otra vez e hizo una mueca, como si al aire le hubieran crecido púas que sólo él pudiera sentir. Susurró entonces—no por debilidad, pensó Jake después, sino porque esto era sólo entre ellos. "Ten cuidado. . . con Mordred. Ten cuidado. . . Dandolo."

"¿Dan— qué? Eddie, no entiend—"

"*Dandolo*." Sus ojos se abrieron más. Enorme esfuerzo. "Protege a. . . tu. . . dinh. . . de Mordred. De Dandolo. Tú. . . Acho. Su trabajo." Sus ojos se movieron hacia Rolando, luego otra vez a Jake. "*Shhh*." Luego: "Protege. . ."

"Lo. . . lo haré. Lo *haremos*."

Eddie asintió un poco, luego miró a Rolando. Jake se hizo aun lado y el pistolero se inclinó para escuchar la palabra que Eddie tenía para él.

ONCE

Nunca, jamás, había visto Rolando un ojo tan brillante, ni siquiera en Jericho Hill, cuando Cuthberth le había dicho adiós riendo.

Eddie sonrió. "Nosotros tuvimos. . . algunas veces."

Rolando asintió de nuevo.

"Tú. . . tú. . ." Pero esto no lo pudo terminar Eddie. Levantó una mano e hizo un débil movimiento con la mano.

"Yo bailé," dijo Rolando asintiendo. "Bailé la commala."

Sí, intentó decir Eddie pero no se oyó ningún sonido, luego tomó otra de esas dolorosas bocanadas de aire. Fue la última.

"Te agradezco por mi segunda oportunidad," dijo. "Gracias. . . Padre."

Eso fue todo. Los ojos de Eddie aún lo miraban, y aún estaban conscientes, pero no tuvo aire para reemplazar el que había gastado en esa última palabra, ese *padre*. La luz de la lámpara brillaba en los vellos de sus brazos desnudos, tornándolos en oro. El trueno sonaba. Entonces se cerraron los ojos de Eddie y él dejó caer su cabeza a un lado. Su trabajo había terminado. Había dejado el camino, caminado hacia el claro. Ellos se sentaron alrededor de él en a-círculo, pero ya no eran más ka-tet.

DOCE

Y permanecieron así otros treinta minutos.

Rolando, Jake, Ted y Sheemie se sentaron en una silla en medio del Comercio. Dani Rostov y el tipo que parecía banquero estaban cerca. Susannah estaba en el cuarto de la suite del supervisor, lavando el cuerpo de su esposo para el entierro. La podían oír desde donde se sentaban. Estaba cantando. Todas las canciones parecían ser aquellas que le habían oído cantar a Eddie por el camino. Una era "Born to Run." Otra era "La Canción del Arroz," de Calla Bryn Sturgis.

"Tenemos que irnos, y en este instante," dijo Rolando. Su mano había ido a su cadera y frotaba una y otra vez. Jake lo había visto sacar una botella de aspirinas (sacada de sabía Dios dónde) de su bolso y tomarse tres. "Sheemie, ¿nos enviarás?"

Sheemie asintió. Había cojeado hasta la silla, apoyándose en Dinky, y todavía ninguno de ellos había tenido ocasión de mirar la herida en su pie. Su cojear parecía muy pequeño en comparación con sus otras preocupaciones; seguramente si Sheemie Ruiz fuera a morir esa noche sería como resultado de abrir una puerta artificial entre Thunderclap y Estados Unidos. Otro acto agotador de teletransportación podría ser letal para él—¿qué era un pie lastimado en comparación con eso?

"Lo intentaré," dijo. "Intentaré con toda mi fuerza, así será."

"Aquellos que nos ayudaron a mirar a Nueva York nos ayudarán a hacer esto," dijo Ted.

Fue Ted quien había descubierto cómo determinar el cuándo actual del lado de Estados Unidos en el Mundo Clave. Él, Dinky, Fred Worthington (el hombre que parecía banquero) y Dani Rostov habían estado todos en Nueva York, y eran todos capaces de invocar claras imágenes mentales de Times Square: las luces, las multitudes, los carteles de películas. . . y, más importante, la pantalla gigante de noticias, que transmite los eventos del día a las muchedumbres que pasan debajo, dando un circuito completo por Broadway y la Calle Cuarenta y Ocho cada treinta segundos más o menos. El agujero se había abierto lo suficiente para informarles que los expertos forenses de la ONU examinaban supuestas tumbas masivas en Kosovo, que el vicepresidente Gore había pasado el día en la ciudad de Nueva York haciendo campaña a favor del presidente, que Roger Clemens había ponchado a trece de los Texas Rangers pero aún así los Yankees habían perdido la noche anterior.

Con ayuda del resto, Sheemie pudo haber mantenido abierto el agujero un buen rato más (los otros habían estado mirando al brillo de esa concurrida noche de Nueva York con una clase de asombro hambriento, no Disgregando sino Abriendo, Viendo), pero no hubo necesidad de ello. Después del marcador de béisbol, la fecha y hora había pasado después en brillantes letras de un amarillo verdoso del tamaño de un piso: **JUNIO 18, 1999 9:19 PM.**

Jake abrió la boca para preguntar cómo podían estar seguros de que habían estado mirando al Mundo Clave, aquel donde a Stephen King le quedaba menos de un día de vida, y luego la cerró de nuevo. La respuesta estaba en la hora, estúpida, como siempre era la respuesta: los números en 9:19 también sumaban diecinueve.

TRECE

"Y ¿hace cuánto fue que vieron esto?" preguntó Rolando.

Dinky calculó. "Deben ser cinco horas, al menos. Basado en cuando sonó el timbre de cambio de guardia y el sol se apagó para la noche."

Lo que significaba que serían las dos y treinta de la mañana justo ahora del otro lado, calculó Jake, contando las horas con sus dedos. Pensar era difícil ahora, incluso una simple suma era demorada por los pensamientos constantes sobre Eddie, pero descubrió que podía si realmente lo intentaba. *Sólo que no se puede depender en que sean sólo cinco horas, porque*

el tiempo corre más rápido del lado de los Estados Unidos. Eso podía cambiar ahora que los Disgregadores habían dejado de golpear el Haz—puede equilibrarse—pero probablemente no aún. Justo ahora probablemente corría rápido todavía.

Y podía saltar.

Un momento Stephen King podía estar sentado frente a su máquina de escribir en su oficina en la mañana de junio 19, todo muy bien, y al siguiente. . . ibum! Yaciendo en una sala funeraria cercana esa noche, ocho o doce horas que pasaron en un instante, con la familia llorando sentada en su propio círculo de luz de las lámparas e intentando decidir qué tipo de servicio funerario habría querido King, asumiendo siempre que esa información no estuviera en su testamento; tal vez incluso intentando decidir en dónde sería enterrado. ¿Y la Torre Oscura? ¿La versión de Stephen King de la Torre Oscura? ¿O la versión de Gan, o la del *Prim*? Perdidas por siempre, todas ellas. ¿Y ese sonido que escuchas? Bueno, ése debe ser el Rey Carmesí, riendo y riendo y riendo desde algún lugar en lo profundo de la Discordia. Y tal vez Mordred el Chico-Araña, riendo con él.

Por primera vez desde la muerte de Eddie, algo además de pena se puso al frente en la mente de Jake. Era un leve sonido como un latido, como el que habían hecho las Sneetches cuando Rolando y Eddie las programaron. Eso fue justo antes de dárselas a Haylis para que las pusiera. Era el sonido del tiempo, y el tiempo no era su amigo.

"Él tiene razón," dijo Jake. "Tenemos que irnos mientras aún podemos hacer algo."

Ted: "¿Susannah va a—"

"No," dijo Rolando. "Susannah se quedará aquí, y ustedes la ayudarán a sepultar a Eddie. ¿Están de acuerdo?"

"Sí," dijo Ted. "Desde luego, si eso es lo que desean."

"Si no hemos vuelto en. . ." Rolando calculó, un ojo entrecerrado, el otro mirando a la oscuridad. "Si no hemos vuelto para esta hora pasado mañana, asuman que hemos vuelto a Mundo-Final en Fedic." *Sí, asuman Fedic*, pensó Jake. *Desde luego. Porque ¿de qué serviría asumir la otra opción, más lógica, de que estamos muertos o perdidos entre los mundos, exotransito para siempre?*

"¿Conocen Fedic?" preguntaba Rolando.

"Al sur de aquí, ¿cierto?" preguntó Worthington. Había llegado con Dani, la niña pre-adolescente. "¿O lo que era el sur? Trampas y algunos otros de los can-toi solían hablar de Fedic como si estuviera embrujado."

"Está embrujado, correcto," dijo sombríamente Rolando. "¿Pueden poner a Susannah en un tren hacia Fedic en caso de que no podamos volver a este sitio? Sé que al menos algún trenes deben funcionar, por los—"

"¿Los Capas Verdes?" dijo Dinky, asintiendo. "O los Lobos, como los llaman. Todos los trenes de la línea-D aún funcionan. Son autómatas."

"¿Son monos? ¿Monorrieles? ¿Hablan?" preguntó Jake. Pensaba en Blaine.

Dinky y Ted intercambiaron una mirada dudosa, luego Dinky devolvió su atención a Jake y alzó los hombros. "¿Cómo habríamos de saber? Probablemente sé más de *copas* D de sostén que de líneas-D, y creo que eso es cierto para todos aquí. Los Disgregadores, al menos. Supongo que algunos de los guardias podrían saber algo más. O ese tipo." Señaló con el pulgar a Tassa, que aún se sentaba en la entrada de la Casa del Carcelero, con la cabeza en las manos.

"En cualquier caso, le diremos a Susannah que sea cuidadosa," le murmuró Rolando a Jake. Jake asintió. Supuso que era lo más que podían hacer, pero tenía otra pregunta. Escribió una nota mental sobre preguntarle a Ted o a Dinky, si tenía oportunidad de hacerlo sin que Rolando lo alcanzara a escuchar. No le gustaba la idea de dejar atrás a Susannah—cada instinto de su corazón le decía que no lo hicieran—pero sabía que ella se rehusaría a dejar a Eddie sin sepultar, y Rolando también lo sabía. Podían obligarla a venir, pero sólo atándola y amordazándola, y eso sólo empeoraría las cosas más de lo que ya estaban.

"Es posible," dijo Ted, "que unos cuantos Disgregadores estén interesados en tomar el tren al sur con Susannah."

Dani asintió. "No somos exactamente queridos aquí por ayudarlos," dijo ella. "Ted y Dinky reciben lo peor, pero alguien me escupió hace una media hora, mientras estaba en mi cuarto

sacando esto." Levantó un maltrecho y claramente muy querido Oso de Peluche. "No creo que nos vayan a hacer nada mientras ustedes estén por aquí, pero una vez se vayan. . ." Alzó los hombros.

"Vaya, no entiendo eso," dijo Jake. "Son *libres*."

"¿Libres para hacer qué?" preguntó Dinky. "Piensa en ello. La mayoría eran desajustados del lado de Estados Unidos. Ruedas de repuesto. Aquí somos VIP's, y tenemos lo mejor de lo mejor. Ahora todo eso se fue. Cuando lo piensas así, ¿es tan difícil de entender?"

"Sí," dijo Jake con rudeza. Supuso que no *quería* entender.

"También perdieron algo," les dijo Ted con calma. "Hay una novela de Ray Bradbury llamada *Fahrenheit 451*. 'Era un placer quemar' es la primera frase de esa novela. Bueno, era un placer Disgregar, asimismo."

Dinky asentía. Así como Worthington y Dani Rostov.

Incluso Sheemie asentía con la cabeza.

CATORCE

Eddie yace en ese mismo círculo de luz, pero ahora su rostro estaba limpio y la sábana superior de la cama del supervisor había sido doblada cuidadosamente por sobre su cintura. Susannah lo había vestido con una camisa blanca limpia que había encontrado en alguna parte (en el armario del supervisor suponía Jake), y también tuvo que encontrar una navaja, pues tenía las mejillas rasuradas. Jake intentó imaginarla sentada aquí y rasurando el rostro de su esposo muerto—cantando "Commala-ven-ven, el arroz apenas ha empezado" al rasurarlo—y al comienzo no pudo. Luego le llegó la imagen de golpe, y fue tan poderosa que tuvo que luchar una vez más para no romper en sollozos.

Ella escuchaba en calma mientras Rolando le hablaba, sentada al lado de la cama, con las manos dobladas en su regazo, con la mirada hacia abajo. Al pistolero le recordaba a una virgen tímida que recibe una propuesta de matrimonio.

Cuando Rolando terminó, ella no dijo nada.

"¿Entiendes lo que te he dicho, Susannah?"

"Sí," dijo ella, aún sin alzar la mirada. "Voy a sepultar a mi hombre. Ted y Dinky me ayudarán, aunque sea para evitar que sus amigos—" le dio a esta palabra un pequeño giro amargamente sarcástico que de hecho animó un poco a Rolando; estaba allí, después de todo, al parecer—"me lo quiten y cuelguen su cuerpo de un árbol de manzanas agrias."

"¿Y después?"

"O bien encontrarán una forma de volver acá y volveremos juntos a Fedic, o Ted y Dinky me pondrán en el tren e iré allá sola."

Jake no sólo detestó la fría desconexión en su voz; le aterró, asimismo. "Sabes por qué tenemos que volver al otro lado, ¿cierto?" preguntó ansiosamente. "Quiero decir, lo sabes, ¿no?"

"Para salvar al escritor mientras aún queda tiempo." Susannah había tomado una de las manos de Eddie y Jake notó fascinado que sus uñas estaban perfectamente limpias. ¿Qué había usado Susannah para sacar el mugre debajo de ellas?, se preguntó—¿tenía el supervisor uno de esos aparatos para el cuidado de las uñas, como el que su padre tenía en una cadena en su bolsillo? "Sheemie dice que hemos salvado el Haz del Oso y la Tortuga. *Creemos* que hemos salvado la rosa. Pero queda aún más trabajo por hacer. El escritor. El escritor haragán." Ahora alzó la mirada y sus ojos brillaron. De repente Jake pensó que podría ser bueno que Susannah no estuviera con ellos cuando se encontraran—si es que lo hacían—con sai Stephen King.

"Será *mejoh* que lo salven," dijo. Tanto Rolando como Jake escucharon a la vieja escurridiza de Detta reptando por su voz. "Después de lo que pasó hoy, será *mejoh*. Y esta vez, Rolando, dile que no deje de escribí. Ni porque llegue e' infierno, tormentas, cáncer o gangrena en el

pito. Que se olvide también de preocuparse por el Premio Pulitzer. Dile que siga y acabe su puta historia."

"Le daré el mensaje," dijo Rolando.

Ella asintió.

"Vendrás a nosotros cuando acabe este trabajo," dijo Rolando, y su voz se alzó apenas un poco en la última palabra, casi transformándola en una pregunta. "Vendrás con nosotros y terminarás el trabajo final, ¿no es así?"

"Sí," dijo ella. "No porque quiera—ya no me quedan ganas de nada—sino porque él quería que lo hiciera." Suavemente, muy suavemente, puso la mano de Eddie de nuevo en su pecho junto a la otra. Luego señaló con un dedo a Rolando. La punta temblaba un poco. "Sólo no vayas a empezar con nada de esa mierda de 'somos ka-tet, somos uno de muchos.' Porque esos días ya acabaron. ¿No es cierto?"

"Sí," dijo Rolando. "Pero la Torre aún se erige. Y espera."

"También perdí el gusto por eso, chico grande." No sonó del todo como *pehdí mi gusto por eso*, pero casi. "Te digo la verdad."

Pero Jake se dio cuenta de que no decía la verdad. No había perdido su deseo de ver la Torre Oscura más de lo que lo había perdido Rolando. Más que Jake mismo. Su tet podía estar roto, pero el ka permanecía. Y ella lo sentía tal y como ellos.

QUINCE

La besaron (y Acho lamió su rostro) antes de irse.

"Ten cuidado, Jake," dijo Susannah. "Vuelve a salvo, ¿escuchas? Eddie te habría dicho lo mismo."

"Lo sé," dijo Jake, y la besó de nuevo. Jake sonreía porque podía escuchar a Eddie diciéndole que se cuidara el culo, que ya tenía una grieta, y empezaba a llorar de nuevo por la misma razón. Susannah lo abrazó con fuerza un momento más, luego lo soltó y volvió a mirar a su esposo, yaciendo tan quieto y frío en la cama del supervisor. Jake entendía que ella tenía poco tiempo para Jake Chambers o el dolor de Jake Chambers en este momento. Su propio dolor era demasiado grande.

DIECISÉIS

Afuera de la suite, Dinky esperaba junto a la puerta. Rolando caminaba con Ted, los dos ya en el final del corredor y concentrados en la conversación. Jake supuso que se dirigían de nuevo al Comercio, donde Sheemie (con un poco de ayuda de los demás) intentaría enviarlos una vez más al lado de Estados Unidos. Eso le recordó algo.

"Los trenes de la línea-D van al sur," dijo Jake. "O a lo que se supone es el sur—¿correcto?"

"Más o menos, compañero," dijo Dinky. "Algunas de las locomotoras tienen nombres, como *Lluvia Deliciosa* o *Espíritu del País de la Nieve*, pero todos tienen letras y números."

"¿La D significa Dandelo?" preguntó Jake.

Dinky lo miró con expresión confundida. "¿Dandelo? ¿Qué demonios es eso?"

Jake dijo que no con la cabeza. Ni siquiera quería decirle a Dinky dónde había oído la palabra.

"Bueno, no lo sé, no con seguridad," dijo Dinky cuando volvieron a caminar, "pero siempre supuse que la D significaba Discordia. Porque allí es donde se supone que terminen todos los trenes, ya sabes—en algún lugar en lo profundo de las Tierras Malas más malas del universo."

Jake asintió. D de Discordia. Eso tenía sentido. Algo así, de cualquier forma.

"No respondiste mi pregunta," dijo Dinky. "¿Qué es un Dandelo?"

"Sólo una palabra que vi escrita en la pared en la Estación Thunderclap. Probablemente no signifique nada."

DIECISIETE

Afuera de Corbett Hall, una delegación de Disgregadores esperaba. Se veían sombríos y asustados. *D de Dandelo*, pensó Jake. *D de Discordia*. También *D de desesperado*.

Rolando los enfrentó con los brazos cruzados sobre su pecho. "¿Quién habla por ustedes?" preguntó. "Si uno habla, que salga adelante ya, pues nuestro tiempo aquí se acabó."

Un hombre de cabello gris—otro tipo que parecía banquero, a decir verdad—dio un paso adelante. Llevaba pantalones de sastre grises, una camisa blanca abierta en el cuello y un chaleco gris también abierto. El chaleco se tambaleó. Así como el hombre que lo llevaba.

"Nos han arrancado nuestras vidas," dijo. Pronunció estas palabras con una clase de satisfacción hosca—como si siempre hubiera sabido que llegaría a esto (o a algo como esto). "Las vidas que conocíamos. ¿Qué nos dará a cambio, Sr. Gilead?"

Se escuchó un rugido de aprobación cuando dijo esto. Jake Chambers lo escuchó y de pronto se enfureció como nunca en su vida. Su mano, al parecer por voluntad propia, resbaló a la culata de la máquina-pistola Coyote, la acarició y encontró en su forma un frío consuelo. Incluso un breve respiro de dolor. Y Rolando lo supo, pues se estiró detrás de él sin mirar y puso su mano sobre la de Jake. Apretó hasta que Jake soltó la pistola.

"Les diré lo que voy a darles, ya que preguntan," dijo Rolando. "Pretendía hacer que este sitio, donde los alimentaban con el cerebro de niños indefensos para que destruyeran el universo, se quemara completamente; ea, cada pedazo. Pretendía colocar ciertas bolas voladoras que tenemos y hacerlas explotar, y destruir cada cosa que no estuviera en llamas. Pretendía señalarles el camino al Río Whye y las verdes Callas que yacen al otro lado, y enviarlos con una maldición que mi padre me enseñó: que vivan mucho tiempo, pero no con buena salud."

Un murmullo resentido recibió esto, pero ni uno sólo miró a Rolando a los ojos. El hombre que había estado de acuerdo en hablar por ellos (e incluso en su ira, Jake le daba puntos por su valor) se tambaleaba en sus pies, como si pronto se fuera a desmayar.

"Las Callas aún quedan en esa dirección," dijo Rolando, y señaló con el dedo. "Si van, algunos—incluso muchos—pueden morir en el camino, pues hay animales allá afuera que tienen hambre y el agua que haya puede ser veneno. Sin duda las *yentes* de las Callas sabrán quiénes son y lo que han estado haciendo si mienten, pues ellos tienen a los Manni entre ellos y los Manni ven mucho. Sin embargo pueden encontrar piedad allá más que muerte, pues la capacidad de perdón en los corazones de esas personas se encuentra más allá de la capacidad que corazones como los suyos tienen de entender. O el mío, de paso.

"Que los pondrán a trabajar y que el resto sus vidas lo pasarán no en la comodidad que han conocido sino en el trabajo y el sudor no tengo duda, pero aún así les pido que vayan, aunque sea para encontrar alguna redención por lo que han hecho."

"¡No *sabíamos* lo que hacíamos, hombre chary!" gritó furiosamente una mujer en la parte de atrás.

"¡LO SABÍAN!" respondió Jake gritando, tan fuerte que casi se le fueron las luces y la mano de Rolando se posó de nuevo sobre la suya al instante para que no desenfundara. ¿Realmente habría disparado a la muchedumbre con la Coyote, trayendo más muerte a este lugar terrible? No lo sabía. Lo que sabía era que las manos de un pistolero no están a veces bajo su control una vez que hay una pistola en ellas. "¡No se atrevan a decir que no! ¡Lo sabían!"

"Les daré esto, que les plazca," dijo Rolando. "Mis amigos y yo—los que sobreviven, aunque estoy seguro de que aquel que yace muerto allí estaría de acuerdo, por lo que hablo como lo hago—dejarán en pie este lugar. Hay comida suficiente para que tengan por el resto de sus vidas, no lo dudo, y robots para cocinarles y lavarles los platos e incluso para limpiarles el culo, si eso es lo que creen que necesitan. Si prefieren el purgatorio a la redención, entonces quédense aquí. Si yo fuera ustedes, haría el viaje. Sigán los rieles hasta salir de las sombras.

Díganles lo que hicieron antes de que ellos puedan decírselo a ustedes, y pónganse de rodillas y sin sombrero, y pidan su piedad."

"¡Nunca!" gritó alguien de manera inflexible, pero Jake pensó que algunos de los otros se veían inseguros.

"Como quieran," dijo Rolando. "He dicho mi última palabra sobre el asunto y el siguiente que me hable puede bien quedarse en silencio para siembre después de ello, pues uno de mis amigos está preparando a otro, su esposo, para yacer en la tierra y estoy lleno de dolor y rabia. ¿Me hablarán más? ¿Pondrán a prueba mi ira? Si es así, pongan a prueba esto." Desenfundó su pistola y la puso contra su hombro. Jake se paró a su lado, desenfundando por fin la suya.

Hubo un momento de silencio y luego el hombre que había hablado se dio vuelta.

"No nos dispare, señor, ya ha hecho suficiente," dijo alguien amargamente.

Rolando no respondió y la muchedumbre se empezó a dispersar. Algunos se fueron corriendo y los otros se contagiaron como de una gripe. Se fueron en silencio, excepto por algunos que lloraban, y pronto la oscuridad se los había tragado.

"Uau," dijo Dinky. Su voz era suave y respetuosa.

"Rolando," dijo Ted. "Lo que hicieron no fue del todo su culpa. Pensé que había explicado eso, pero creo que no hice un muy buen trabajo."

Rolando enfundó su revólver. "Hiciste un excelente trabajo," dijo. "Por eso todavía están vivos."

Ahora tenían de nuevo el extremo del Comercio que daba a Casa Damli para ellos, y Sheemie cojeó hacia Rolando. Tenía los ojos muy abiertos y una expresión solemne. "¿Me mostrarás a dónde iras, querido?" preguntó. "¿Me puedes mostrar el lugar?"

El lugar. Rolando había estado tan concentrado en el *cuándo* que apenas si había pensado en el *dónde*. Y sus recuerdos del camino que habían recorrido en Lovell eran muy escuetos. Eddie había estado conduciendo el auto de John Cullum y Rolando estaba concentrado en sus pensamientos, en las cosas que diría para convencer al cuidandero de que les ayudara.

"¿Te mostró Ted un lugar antes de que lo enviaras?" le preguntó a Sheemie.

"Ea, así fue. Sólo que él no sabía que me estaba mostrando. Era una imagen de bebé. . . no sé exactamente cómo decírtelo. . . ¡estúpida cabeza! ¡Llena de telarañas!" Sheemie se dio un puño entre los ojos.

Rolando le tomó la mano antes de que Sheemie pudiera volverse a golpear él mismo y le abrió los dedos. Lo hizo con sorprendente delicadeza. "No, Sheemie. Creo que entiendo. Encontraste un pensamiento. . . un recuerdo de cuando él era un niño pequeño."

Ted se les había acercado. "Desde luego debió ser eso," dijo. "No sé por qué no lo vi antes. Demasiado simple, tal vez. Crecí en Milford y el lugar a donde salí en 1960 estaba apenas a un paso de allí en términos geográficos. Sheemie debió haber encontrado un recuerdo de un paseo en coche, o acaso un viaje en el Trolley de Hartford para ir a ver a mi tío Jim y mi tía Molly en Bridgeport. Algo en mi subconsciente." Sacudió la cabeza. "Sabía que el lugar a donde salí parecía familiar, pero desde luego fue años después. El Merritt Parkway no estaba allí cuando era niño."

"¿Me puedes mostrar una imagen como ésa?" le preguntó Sheemie a Rolando esperanzado.

Rolando pensó una vez más en el sitio en Lovell donde habían aparcado en la Ruta 7, el sitio donde había llamado a Chevin de Chayven de entre los arbustos, pero simplemente no era lo suficiente seguro; no había ninguna marca que delimitara sólo ese lugar y no otro. No uno que recordara, de cualquier manera.

Entonces se le ocurrió otra idea. Una que tenía que ver con Eddie.

"¡Sheemie!"

"¡Ea, Rolando de Gilead, el que fuera Will Dearborn!"

Rolando se estiró y puso sus manos a los lados de la cabeza de Sheemie. "Cierra los ojos, Sheemie, hijo de Stanley."

Sheemie hizo lo que le dijo, luego estiró sus propias manos y tomó los lados de la cabeza de Rolando. Rolando cerró sus ojos.

"Mira lo que yo veo, Sheemie," dijo. "Ve a dónde debemos ir. Míralo muy bien."
Y Sheemie lo hizo.

DIECIOCHO

Mientras estaban allí, Rolando proyectando y Sheemie viendo, Dani Rostov suavemente llamó a Jake.

Una vez estuvo frente a ella, ella dudó, como si no estuviera segura de lo que fuera a decir o a hacer. Jake empezaba a preguntarle, pero antes de que pudiera ella le estampó un beso en la boca. Sus labios eran sorprendentemente suaves.

"Eso es para la buena suerte," dijo ella, y cuando vio la mirada de sorpresa y entendió el poder de lo que había hecho, su timidez disminuyó. Le puso los brazos alrededor del cuello (aún con el Oso de Peluche maltrecho en una mano; Jake lo sentía suave contra su espalda) y lo hizo de nuevo. Jake sintió la presión de sus pequeños y duros pechos y recordaría esa sensación por el resto de su vida. La recordaría a *ella* por el resto de su vida.

"Y eso es por mí." Ella se retiró al lado de Ted Brautigan, con la mirada baja y las mejillas encendidas, antes de que Jake pudiera hablar. No es que pudiera, incluso si su vida hubiera dependido de ello. Tenía la garganta cerrada.

Ted lo miró y sonrió. "Juzgas al resto por el primero," dijo. "Créeme. Lo sé."

Jake aún no podía decir nada. Era como si en vez de besarlo en los labios le hubiera golpeado la cabeza. Así de aturdido estaba.

DIECINUEVE

Quince minutos después, cuatro hombres, una chica, un bilibrambo, y un muchacho aturdido y sorprendido (y muy cansado) estaban de pie en el Comercio. Parecía como si el campus fuera sólo de ellos; el resto de los Disgregadores había desaparecido por completo. Desde donde estaba, Jake podía ver la ventana iluminada en el primer piso de Corbett Hall donde Susannah atendía su hombre. El trueno sonaba. Ted hablaba ahora como lo había hecho en el armario de la oficina de la Estación Thunderclap, donde la placa en la chaqueta roja decía DIRECTOR DE EMBARQUE, antes cuando la muerte de Eddie parecía impensable: "Unan las manos y concéntrense."

Jake empezó a estirar la mano buscando la de Dani Rostov, pero Dinky dijo que no con la cabeza, sonriendo un poco. "Tal vez puedas tomarla de la mano otro día, héroe, pero en este momento tú eres el centro de atención. Y tu dinh es el otro."

"Tómense de las manos unos con otros," dijo Sheemie. Había una calmada autoridad en su voz que Jake no había oído antes. "Eso ayudará."

Jake se puso a Acho en la camisa. "Rolando, ¿pudiste mostrarle a Sheemie—"

"Mira," dijo Rolando, tomándole las manos. Los otros hicieron ahora un estrecho círculo a su alrededor. "Mira. Creo que ya lo verás."

Una brillante grieta se abrió en la oscuridad, borrando a Sheemie y a Ted de la vista de Jake. Por un momento tembló y se oscureció, y Jake pensó que desaparecería. Luego se hizo brillante de nuevo y se abrió más. Escuchó, muy levemente (como se escuchan las cosas cuando estás bajo el agua), el sonido de un auto o camión pasando en ese otro mundo. Y vio un edificio con un pequeño lote de asfalto frente a él. Tres autos y un camión estaban allí parqueados.

¡La luz del día! pensó, aturdido. Porque si el tiempo nunca corría hacia atrás en el Mundo Clave, eso significaba que el tiempo *había* saltado. Si ése era el Mundo Clave, entonces era sábado, diecinueve de junio, del año—

“¡Rápido!” gritó Ted desde el otro lado de ese brillante agujero hacia la realidad. “¡Si se van, váyanse ahora! ¡Se va a desmayar! ¡Si se van—”

Rolando haló a Jake hacia adelante, con el bolso rebotando en su espalda cuando lo hizo.

¡Espera! había querido gritar Jake. *¡Espera, olvidé mis cosas!*

Pero era demasiado tarde. Sintió unas manos grandes estrujando su pecho y sintió que se le salía todo el aire de los pulmones. Pensó, *Cambio de presión*. Sintió como si cayera pero hacia arriba y luego se enrollaba sobre el pavimento del parqueadero con la sombra en sus talones, entrecerrando los ojos y haciendo una mueca, preguntándose en alguna parte distante de su mente hacía cuánto tiempo sus ojos no habían sido expuestos a la vieja y natural luz del día. No desde que había entrado a la Cueva de la Puerta en persecución de Susannah, tal vez.

Muy levemente escuchó a alguien—pensó que era la chica que lo había besado—decir *Buena suerte*, y luego desapareció. Thunderclap había desaparecido, y la Devar-Toi y la oscuridad. Estaban del lado de Estados Unidos, en el parqueadero del lugar al cual la memoria de Rolando y el poder de Sheemie—aumentado por los otros cuatro Disgregadores—los habían llevado. Era el Almacén General de East Stoneham, donde Rolando y Eddie habían sido emboscados por Jack Andolini. Sólo a menos que hubiera habido algún terrible error eso había sido veintidós años antes. Hoy era junio 19 de 1999, y el reloj de la ventana (¡SIEMPRE ES TIEMPO PARA CARNES BOAR’S HEAD! estaba escrito en un círculo alrededor de él) decía que faltaban diecinueve minutos para las cuatro de la tarde.

El tiempo casi se había terminado.



PART THREE:
IN THIS HAZE OF
GREEN AND GOLD

VES'-KA GAN

PARTE TRES:

EN ESTA NIEBLA DE VERDE Y ORO
VES'–KA GAN



Capítulo I: La Sra. Tassenbaum Conduce al Sur

UNO

El hecho de su propia velocidad casi sobrenatural de mano nunca se le ocurrió a Jake Chambers. Todo lo que sabía era que cuando había salido tambaleándose de la Devar-Toi de vuelta hacia Estados Unidos, su camisa—ensanchada en una curva como de embarazo por el peso de Acho—se estaba saliendo de sus pantalones. El brambo, que nunca había tenido mucha suerte en lo que tocaba al paso entre los mundos (casi había sido aplastado por un taxi la última vez), cayó al piso. Casi nadie en el mundo habría sido capaz de evitar esa caída (y de hecho probablemente no habría lastimado en lo absoluto a Acho), pero Jake no era casi nadie. El ka lo quería con tanta fuerza que incluso había encontrado una manera de eludir la muerte para ponerlo del lado de Rolando. Ahora sus manos se dispararon con una velocidad tan grande que por un momento se hicieron borrosas al punto de no verse. Cuando volvieron a aparecer, una estaba enrollada en la piel gruesa en el morro del cuello de Acho y la otra en la piel más corta al final de su larga espalda. Jake depositó a su amigo en el pavimento. Acho alzó la mirada hacia él y dio un único y corto ladrido. Parecía expresar no una idea sino dos: *gracias, y no vuelvas a hacer eso.*

“Vamos,” dijo Rolando. “Tenemos que apresurarnos.”

Jake lo siguió hacia al almacén, Acho ocupando su sitio acostumbrado junto al talón izquierdo del muchacho. Había un letrero colgado en la puerta desde una pequeña pieza de goma que se pegaba por succión al vidrio. Decía ESTAMOS ABIERTOS, entonces ENTREN Y VISÍTENNOS, tal y como era en 1977. Pegado con cinta adhesiva a la ventana a la izquierda de la puerta estaba esto:

VENGA UNO VENGAN TODOS
A LA
1ra IGLESIA CONGREGACIONAL
CENA DE FRIJOLES DEL AGUJERO DE FRIJOL

Sábado Junio 19, 1999
Intersección Ruta 7 & Camino Klatt

CASA PARROQUIAL (En la Parte de Atrás)
5 PM–7:30 PM

EN LA 1ra CONGO
“¡SIEMPRE NOS ALEGRA VERTE, VECINO!”

Jake pensó, *La cena de frijoles empezará en una hora o algo así. Ya deben estar poniendo los manteles y arreglando los lugares.*

Pegado con cinta adhesiva a la derecha de la puerta había un mensaje más sobrecogedor al público:

1ra Iglesia de Lovell–Stoneham de los Aparecidos
¿Te nos unirás TÚ para Alabar?

Servicios dominicales: 10 AM
Servicios jueves: 7 PM

iii TODOS LOS MIÉRCOLES SON NOCHE DE JÓVENES!!! ¡7-9 PM!
¡Juegos! ¡Música! ¡Escritura!
* * * Y * * *

¡NOTICIAS DE APARECIDOS!
¡Oigan, Chicos!

“iii Ve a la Iglesia o ve a Teresa!!!”
“Buscamos la Autopista al Cielo—¿Buscarás Con Nosotros?”

Jake se encontró pensando en Harrigan, el predicador callejero en la esquina de la Avenida Segunda y la Calle Cuarenta y Seis, y preguntándose a cuál de estas dos iglesias podría él verse atraído. Su cabeza podría haberle dicho que era la Primera Congo, pero su *corazón*—

“Apresúrate, Jake,” repitió Rolando, y sonó una campanilla cuando el pistolero abrió la puerta. Agradables olores salieron de allí, recordándole a Jake (como le habían recordado a Eddie) a la tienda de Took en la avenida principal de la Calla: café y dulce de menta, tabaco y salami, aceite de olivas, el regusto salado de la salmuera, azúcar y especias y muchas cosas buenas.

Siguió a Rolando al interior del almacén, consciente de que había traído al menos dos cosas con él, después de todo. La máquina pistola Coyote estaba metida en la cintura de sus pantalones, y la bolsa de Orizas aún colgaba sobre su hombro, a la izquierda de manera que la media docena de platos que quedaban dentro quedara a un fácil alcance para su mano derecha.

DOS

Wendell “Chip” McAvoy estaba en el contador de carnes frías, pesando una bastante grande orden de pavo curtido en miel en rodajas para la Sra. Tassenbaum, y hasta que la campana sobre la puerta sonó, poniendo de cabeza una vez más la vida de Chip (*Te has vuelto tortuga*, solía decir la gente de antes cuando tu auto se salía del camino y te volcabas), habían estado discutiendo la presencia en aumento de los Jet Skis en el Estanque Keywadin. . . o más bien la Sra. *Tassenbaum* lo había estado discutiendo.

Chip pensaba que la Sra. T. era una visitante de verano más o menos típica: rica como Creso (o al menos lo era su esposo que tenía uno de esos nuevos negocios punto com), habladora como un loro embriagado con whisky y tan loca como Howard Hughes inyectado con morfina. Ella podía pagarse un barco (y dos docenas de Jet Skis para halar, si se le ocurría), pero venía al mercado a este extremo del lago en un maltrecho y viejo bote de remos, atándolo justo donde John Cullum solía atar el suyo, hasta Ese Día (a medida que los años habían refinado su historia a una pureza incluso mayor, bruñéndola como un mueble de teca que se pule a menudo, Chip había empezado con cada vez mayor frecuencia a transmitir su estatus de letra mayúscula con su voz, hablando de Ese Día con los mismos tonos reverentes que usaba el Reverendo Conveigh al hablar de Nuestro Señor). La Tassenbaum era habladora,

entrometida, atractiva (algo así... suponía... si no te molestaban el maquillaje y el spray del cabello), llena de billetes y republicana. Bajo tales circunstancias, Chip McAvoy se sentía perfectamente justificado para poner disimuladamente un dedo en la esquina de la báscula. . . un truco que había aprendido de su padre, quien le había dicho que prácticamente tenías el deber de sacarle más dinero a quien lo pudiera pagar, pero nunca se debía sacar más dinero a personas del lugar donde uno vive, ni siquiera si eran tan ricos como ese escritor King, que vivía en Lovell. ¿Por qué? Porque la palabra se corría, y lo siguiente que sabías, una costumbre de fuera era todo lo que un hombre necesitaba ver para luego intentar *hacerlo* en el mes de febrero cuando los bancos de nieve a los costados de la Ruta 7 tienen tres metros de alto. Sin embargo, esto no era febrero y la Sra. Tassenbaum—una Hija de Abraham como no había visto otra—no era de estas partes. No, la Sra. Tassenbaum y su rico como Crespo esposo punto—com estarían de vuelta en Judío York tan pronto como vieran que caía la primera hoja del otoño. Razón por la cual se sentía perfectamente cómodo transformando su orden de seis dólares de pavo en siete dólares y ochenta centavos con el pulgar sobre la báscula. Tampoco hacía daño estar de acuerdo con ella cuando cambiaba de temas y empezaba a hablar del terrible hombre que era Bill Clinton, aunque de hecho Chip había votado dos veces por él, por Bubba, y habría votado una tercera vez si la constitución le permitiera presentarse a otro periodo. Bubba era listo, era bueno persuadiendo a los árabes para que hicieran lo que quería, no había olvidado *del todo* al hombre trabajador y por el Señor que tenía más coños que un inodoro.

"¡Y ahora Gore espera simplemente. . . subir montado en su vestido!" dijo la Sra. Tassenbaum, buscando su chequera (el pavo en la báscula ganó mágicamente otros sesenta gramos, y allí Chip sintió que era prudente quedarse). "¡Afirma que él inventó la Internet! ¡Ah! ¡Yo sé más que eso! ¡De hecho, yo conozco al hombre que realmente inventó la Internet!" Alzó la mirada (el dedo de Chip no estaba ya cerca de las básculas, tenía un instinto para tales cosas, sería maldito si no fuera así) y le dio una sonrisita pícara a Chip. Ella bajó la voz a su tono confidencial de 'sólo entre los dos.' "Debo conocerlo, ¡he estado durmiendo en la misma cama con él por casi veinte años!"

Chip rió cordialmente, bajó el pavo en rodajas de la báscula y lo puso en un papel blanco. Le alegró dejar el asunto de los Jet Skis atrás, pues había ordenado uno de Viking Motors ("Los Chicos con los Juguetes") en Oxford.

"¡Sé de lo que habla! Ese tipo Gore, idemasiado astuto!" La Sra. Tassenbaum asentía de manera entusiasta, y por tanto Chip decidió seguir hablando un poco más. Sin herir, por Dios. "Su cabello, por ejemplo—¿cómo se puede confiar en un hombre que se pone tanta gomina en su—"

Fue entonces cuándo la campana sobre la puerta repiqueteó. Chip alzó la mirada. Y quedó congelado. Muchísima agua había basado bajo el puente desde Ese Día, pero Wendell "Chip" McAvoy reconoció al hombre que había causado todo el problema desde el instante mismo que se posó en la puerta. Simplemente algunas caras no se olvidan. Y ¿no había sabido siempre, en el lugar más secreto de su corazón, que el hombre con los terribles ojos azules no había terminado sus asuntos y volvería?

¿Volvería por él?

Esa idea rompió su parálisis. Chip se dio vuelta y corrió. No logró dar más de tres pasos por el interior del contador antes de que un disparo sonara, tan duro como un trueno en el almacén—el lugar era más grande y mejor dotado de lo que había sido en el 77, gracias a Dios por la insistencia de su padre en un extravagante cubrimiento del seguro—y la señora Tassenbaum soltó un grito agudo. Tres o cuatro personas que habían estado revisando los pasillos se dieron vuelta con expresiones de sorpresa, y una de ellas cayó desmayada. Chip tuvo tiempo de ver que era Rhoda Beemer, la hermana mayor de una de las dos mujeres que habían muerto en ese sitio Ese Día. Luego le pareció que el tiempo se había devuelto y era Ruth en persona yaciendo allí con una lata de maíz con crema rodándose de su mano. Escuchó un zumbido de bala por sobre su cabeza como una abeja enfadada y se quedó quieto con las manos en alto.

"¡No dispare, señor!" se escuchó gritar con la delgada y ondulante voz de un viejo. "¡Llévese lo que haya en la registradora pero no me dispare!"

"Dese vuelta," dijo la voz del hombre que había vuelto tortuga el mundo de Chip Ese Día, el hombre que casi había hecho que lo mataran (había estado en el hospital en Bridgton dos semanas, por Jesús que vive) y ahora había vuelto a aparecer como un viejo monstruo del

armario de algún niño. “El resto de ustedes al piso, pero usted dese vuelta tendero. Dese vuelta y míreme.

“Míreme muy bien.”

TRES

El hombre se tambaleó de un lado al otro, y por un momento Rolando pensó que se desmayaría en vez de darse la vuelta. Tal vez alguna parte orientada a la supervivencia en su cerebro le sugirió que desmayarse probablemente haría que lo mataran, pues el tendero logró mantenerse en pie y *finalmente* se dio la vuelta y miró a la cara al pistolero. Su vestido era extrañamente similar al que llevaba la última vez que Rolando estuvo allí; podía haber sido la misma corbata negra y delantal de carnicero, alto sobre su estómago. El cabello lo tenía aún pinado hacia atrás a lo largo de su cráneo, pero ahora era completamente blanco en vez de sólo tener algunas canas. Rolando recordaba la forma en que la sangre había salido disparada del lado izquierdo de la sien del tendero cuando una bala—disparada por Andolini en persona, por lo que sabía el pistolero—lo perforó. Ahora tenía un nudo grisáceo de tejido cicatrizado allí. Rolando supuso que el hombre se peinaba de esa forma de manera que mostrara esa marca más que ocultarla. O bien había tenido una suerte de tonto ese día o había sido salvado por el ka. Rolando pensó que el ka era lo más probable.

A juzgar por la mirada enferma de reconocimiento en los ojos del tendero, él también lo pensaba.

“¿Tiene un carro-móvil, un camión-móvil o un tac si?” preguntó Rolando, apuntando el cañón de su pistola hacia el pecho del tendero.

Jake se puso de pie junto a Rolando. “¿Qué auto conduce?” le preguntó al tendero. “A eso se refiere.”

“¡Camión!” logró decir el tendero. “¡Un camión International Harvester! ¡Está afuera en el parqueadero!” Buscó dentro de su delantal tan repentinamente que Rolando estuvo a punto de dispararle. El tendero—afortunadamente—pareció no darse cuenta. Todos los clientes de la tienda yacían inclinados, incluyendo a la mujer que había estado en el aparador. Rolando podía oler la carne que ella había estado negociando y su estómago gruñó. Estaba cansado, hambriento, lleno de dolor, y habían demasiadas cosas en qué pensar, realmente demasiadas. Su mente no podría resistirlo. Jake habría dicho que necesitaba “tomarse un tiempo fuera,” pero no veía ningún tiempo fuera en su futuro inmediato.

El tendero sostenía en la mano unas llaves. Sus dedos temblaban y las llaves tintineaban. El sol vespertino que se colaba cayó sobre ellas y se reflejó complicadamente en los ojos del pistolero. Primero el hombre con el delantal blanco había ocultado una mano sin pedir permiso (y no lo hizo despacio); ahora esto, sostener un montón de objetos metálicos que lanzaban reflejos como si quisiera cegar a su adversario. Era como si *intentara* que lo mataran. Pero así había sido también el día de la emboscada, ¿o no? El tendero (de pies más rápidos entonces y sin esa joroba de viudo en su espalda) los había seguido a él y a Eddie de lugar en lugar como un gato que no deja de meterse entre tus pies, al parecer inconsciente de las balas que revoloteaban a su alrededor (tal y como parecía inconsciente de la que le perforó el costado de la cabeza). En un momento, recordó Rolando, había hablado de su hijo, casi como un hombre en una barbería que hace conversación mientras espera su turno para sentarse bajo las tijeras. Un ka-mai, entonces, y los de su clase a menudo estaban a salvo del daño. Al menos hasta que el ka se cansara de sus extravagancias y los sacara del mundo de una palmada.

“¡Tomen el camión, tómenlo y váyanse!” le decía el tendero. “¡Es suyo! ¡Se los estoy regalando! ¡En serio!”

“Si no deja de encandelillarme con esas malditas llaves, sai, lo que voy a tomar es su vida,” dijo Rolando. Había otro reloj tras el aparador. Ya había notado que este mundo estaba lleno de relojes, como si la gente que vivía aquí pensara que teniendo tantos se pudiera enjaular el tiempo. Diez minutos para las cuatro, lo que significaba que llevaban de este lado ya nueve minutos. El tiempo corría, corría. En algún lugar cercano Stephen King ciertamente estaba dando su paseo vespertino, y estaba en terrible peligro aunque no lo sabía. ¿O había pasado

ya? Ellos—Rolando, de cualquier forma—habían supuesto siempre que la muerte del escritor los golpearía con fuerza, como otro Hazemoto, pero tal vez no. Tal vez el impacto de su muerte sería más gradual.

“¿Qué tan lejos de aquí a Turtleback Lane?” le dijo con rudeza Rolando al tendero.

El anciano sai sólo se quedó mirando, con los ojos muy abiertos y llenos de terror. Nunca en su vida Rolando se había sentido con más ganas de dispararle a alguien... o al menos de golpearle con la pistola. Se veía tan tonto como una cabra con una pata atrapada en una grieta.

Entonces la mujer que yacía frente al aparador de carne habló. Estaba mirando a Rolando y Jake, con las manos unidas en su espalda. “Eso queda en Lovell, señor. Queda a unos ocho kilómetros de aquí.”

Una mirada a sus ojos—grandes y de color castaño, temerosos pero no en pánico—y Rolando decidió que era a ella a quien quería, no al tendero. Es decir, a menos que—

Volteó a mirar a Jake. “¿Puedes conducir el camión del tendero ocho kilómetros?”

Rolando vio que el muchacho quería decir que sí, dándose cuenta luego de que no podía atreverse a arriesgar un fracaso total intentando hacer algo que él—muchacho de ciudad que era—nunca antes había hecho en toda su vida.

“No,” dijo Jake. “No lo creo. ¿Qué hay de ti?”

Rolando había visto a Eddie conducir el auto de John Cullum. No se veía tan difícil. . . pero quedaba por considerar su cadera. Rosa le había dicho que el chasquido seco se movía rápido—como un incendio empujado por vientos fuertes, dijo—y ahora entendía a qué se refería. En el camino a Calla Bryn Sturgis, el dolor en su cadera no había sido más que un retorcijón ocasional. Ahora era como si le hubieran inyectado plomo al rojo vivo en la cavidad y luego lo hubieran envuelto en tiras de alambre de púas. El dolor irradiaba toda su pierna hasta el tobillo derecho. Había visto como pisaba Eddie los pedales, adelante y atrás entre el que hacía el carro acelerar y el que lo hacía ir más despacio, usando siempre el pie derecho. Lo que significaba que la articulación de la cadera en la derecha siempre estaba moviéndose.

No creía poder hacerlo. No con el menor grado de seguridad.

“Creo que no,” dijo. Tomó las llaves que le ofrecía el tendero, luego miró a la mujer que yacía al frente del mostrador de carnes. “Levántese, sai,” dijo.

La señora Tassenbaum lo hizo, y cuando estuvo de pie Rolando le dio las llaves. *Sigo conociendo gente útil aquí, pensó. Si ésta es tan buena como resultó ser Cullum, aún podríamos estar bien.*

“Va a llevarnos a mi joven amigo y a mí a Lovell,” dijo Rolando.

“A Turtleback Lane,” dijo ella.

“Dice la verdad, digo gracias.”

“¿Van a matarme después que los lleve a donde quieren ir?”

“No, a menos que pierda el tiempo,” dijo Rolando.

Ella lo pensó, luego asintió. “Entonces no perderé el tiempo. Vámonos.”

“Buena suerte, Sra. Tassenbaum,” le dijo el tendero levemente cuando empezó a moverse hacia la puerta.

“Si no vuelvo,” dijo, “sólo recuerde una cosa: fue mi esposo quien inventó la Internet—él y sus amigos, en parte en CalTech y en parte en sus propios garajes. *No Albert Gore.*”

El estómago de Rolando volvió a sonar. Se estiró sobre el mostrador (el tendero se alejó de él como si sospechara que Rolando portaba la plaga roja), agarró la bolsa de pavo de la mujer y se acomodó tres tajadas en la boca. El resto se lo pasó a Jake, quien comió dos tajadas y luego miró a Acho, quien alzaba la mirada hacia la carne con gran interés.

“Te daré tu parte cuando nos subamos al camión,” prometió Jake.

“Ión,” dijo Acho; luego, con mucho mayor énfasis: “¡Parte!”

“Santo Dios,” dijo el tendero.

CUATRO

El acento yankee del tendero podría haber sido agradable, pero no así su camión. No era automático, por ejemplo. Irene Tassenbaum de Manhattan no había conducido un auto no automático desde que era Irene Cantora de Staten Island. Además tenía una barra de cambios y nunca había manejado uno así.

Jake se sentaba a su lado con los pies de la susodicha barra y Acho (aún comiendo pavo) en su regazo. Rolando se sentaba en la silla del pasajero, intentando no gruñir ante el dolor en su pierna. Irene olvidó pisar el embrague cuando encendió el camión. El camión se lanzó hacia adelante y luego se apagó. Por suerte había estado recorriendo los caminos del occidente de Maine desde la mitad de los sesenta y fue el salto suave de una yegua vieja en vez de la enérgica sacudida de un potro; de otra forma Chip McAvoy habría perdido una vez más al menos una de sus ventanas de vidrio plateado. Acho casi cayó y soltó una bocanada de pavo junto con una palabra que había aprendido de Eddie.

Irene miró con los ojos muy abiertos y sorprendidos al brambo. “¿Acabó esa criatura de decir *mierda*, joven caballero?”

“Olvide lo que dijo,” respondió Jake. Su voz temblaba. Las manecillas del reloj Boar’s Head en la ventana apuntaban ahora a las cuatro menos cinco. Al igual que Rolando, el muchacho nunca había tenido una sensación del tiempo como algo sobre lo que tenían tan poco control. “Use el embrague y *sáquenlos* de aquí.”

Por suerte, los cambios estaban dibujados en la parte de encima de la barra de cambio y aún se veían aunque borrosos. La Sra. Tassenbaum pisó el embrague con un pie con zapatilla, movió los cambios de manera desesperada y finalmente encontró la reversa. El camión retrocedió hacia la Ruta 7 en una serie de sacudones, luego se paró a medio camino sobre la línea blanca. Volvió a encenderlo, dándose cuenta de que había olvidado una vez más el embrague demasiado tarde para evitar otra serie de esos saltos torpes. Rolando y Jake enrollaban con fuerza las manos contra el tablero metálico polvoriento, donde una calcomanía deslucida proclamaba ¡ESTADOS UNIDOS! ¡ÁMALO O VETE! en colores rojo, azul y blanco. Esta serie de sacudones fue realmente algo bueno, pues en ese momento un camión cargado con maderos—fue imposible para Rolando no pensar en el que se había estrellado la última vez que estuvieron allí—subió la cima al norte del almacén. De no haberse sacudido el camión como lo hizo al retroceder desde el parqueadero del Almacén General (golpeando el guardabarros de un auto parqueado al detenerse), habrían sido golpeados de lleno. Y muy probablemente habrían muerto. El camión con leños se tambaleó, pitando, con las llantas traseras levantando polvo.

La criatura en el regazo del muchacho—a la Sra. Tassenbaum le parecía una loca mezcla de perro y mapache—ladró de nuevo.

Mierda. Casi estaba segura de ello.

El tendero y los otros clientes estaban al otro lado del vidrio y de repente ella supo lo que debía sentir un pez en un acuario.

“Señora, ¿puede conducir esto o no?” gritó el muchacho. Tenía una clase de bolso sobre su hombro. Le recordaba al bolso de un repartidor de periódicos, sólo que era de cuero en vez de lona y al parecer habían platos en su interior.

“Puedo conducirlo, joven caballero, no te preocupes.” Estaba aterrada, pero al mismo tiempo. . . ¿lo *disfrutaba*? Casi pensó que así era. Durante los últimos dieciocho años había sido poco más que el adorno de David Tassenbaum, un personaje secundario en su vida cada vez más famosa, la mujer que decía “Prueben uno de *estos*,” mientras pasaba una bandeja de aperitivos en las fiestas. Ahora, de repente, estaba en el centro de algo, y tenía la idea de que era algo realmente muy importante.

“Respire profundamente,” dijo el hombre con el rostro duro y quemado por el sol. Sus brillantes ojos azules se fijaron en los suyos, y al hacerlo era difícil pensar en nada más. Asimismo, la sensación era agradable. *Si esto es hipnosis*, pensó ella, *deberían enseñarla en las escuelas públicas*. “Sosténgalo, luego suéltelo. Y luego llévenos, por su padre.”

Respiró profundamente como se le dijo, y de repente el día pareció más vivo—casi brillante. Y pudo escuchar leves voces que cantaban. Voces adorables. ¿Era el radio del camión que

estaba prendido, sintonizado en algún programa de ópera? No había tiempo de revisarlo. Pero era agradable, fuera lo que fuera. Tan calmante como tomar aire profundamente.

La Sra. Tassenbaum pisó el embrague y volvió a prender el motor. Esta vez encontró la reversa en el primer intento y retrocedió por el camino casi suavemente. Su primer esfuerzo por otro cambio hacia adelante fue la segunda en vez de la primera y el camión casi se paró cuando soltó el embrague, pero luego al parecer el motor se compadeció de ella. Con un ruido de pistones sueltos y golpes maniáticos bajo la capota, empezaron a moverse por el norte hacia la carretera Stoneham-Lovell.

"¿Sabe dónde queda Turtleback Lane?" le preguntó Rolando. Adelante de ellos, cerca a un letrero que decía CAMPAMENTO MILLÓN DE DÓLARES, una estropeada camioneta van azul entró al camino tambaleándose.

"Sí," dijo ella.

"¿Segura?" Lo último que quería el pistolero era desperdiciar tiempo precioso buscando el camino trasero donde vivía King.

"Sí. Tenemos amigos que viven allí. Los Beckhardts."

Por un momento, Rolando sólo pudo tratar de recordar, seguro de que había oído el nombre pero no dónde. Luego lo recordó. Bechardt era el nombre del hombre que era dueño de la cabaña donde él y Eddie habían tenido su palabra final con John Cullum. Sintió una nueva oleada de dolor en su corazón al pensar en Eddie cuando había estado en esa tarde llena de truenos, aún tan fuerte y vital.

"De acuerdo," dijo. "Le creo."

Ella lo miró por encima del muchacho que se sentaba en el medio. "Tiene muchísima prisa, señor—como el conejo blanco en *Alicia en el País de las Maravillas*. ¿Para qué cita muy importante va demasiado tarde?"

Rolando sacudió la cabeza. "Olvídelo, sólo conduzca." Miró el reloj en el tablero del auto, pero no funcionaba, se había detenido en el hace mucho con las manecillas señalando (desde luego) las 9:19. "Puede que aún no sea demasiado tarde," dijo, mientras adelante de ellos, desobediente, la camioneta van azul empezó a alejarse. Se tambaleó por sobre la línea blanca de la Ruta 7 para meterse en la vía en sentido contrario, la que iba hacia el sur, y la Sra. Tassenbaum casi soltó un apunte ingenioso—algo sobre las personas que empezaban a beber antes de las cinco—pero luego la van azul volvió a meterse en el carril correcto, rodeó la siguiente colina y se perdió por el camino hacia el pueblo de Lovell.

La Sra. Tassenbaum se olvidó de aquello. Tenía cosas más interesantes en qué pensar. Por ejemplo—

"No tienen que responder lo que les voy a preguntar ahora si no quieren," dijo, "pero admito que tengo curiosidad: ¿son ustedes aparecidos?"

CINCO

Bryan Smith había pasado las dos últimas noches—junto con sus perros rottweiler, gemelos de camada a los que ha bautizado Bala y Pistola—en el Campamento Millón de Dólares, sobre el camino Lovell-Stoneham. Es agradable allí junto al río (la gente del lugar llama a la desvencijada estructura de madera sobre el agua Puente del Millón de Dólares, lo que según Bryan entiende es un chiste, y uno muy chistoso, por Dios). Además, personas—tipo hippie que vienen de los bosques en Sweden, Harrison y Waterford, principalmente—aparecen a veces allí con drogas para vender. A Bryan le gusta relajarse, le gusta ponerse bajo, que te plazca, y está bajo esta tarde de sábado. . . no mucho, no como le gusta, pero lo suficiente para tener un buen caso de hambre. Venden esas barras de chocolate Marses en el Almacén del Centro de Lovell. Nada mejor para el hambre que ellas.

Sale del campamento y toma la Ruta 7 sin mirar siquiera en ambas direcciones, luego dice "Ups, ise me volvió a olvidar!" Nada de tráfico, sin embargo. Luego—especialmente después del cuatro de julio y hasta el Día del Trabajo, el primer domingo de septiembre—habrá cantidad de tráfico con el cual tratar, incluso aquí fuera en los suburbios, y probablemente se

quedará más cerca a su casa. Sabe que no es muy buen conductor; otra infracción por velocidad u otro choque y probablemente perderá su licencia por seis meses. Otra vez.

Ningún problema esta vez, sin embargo; nada viene excepto un viejo camión y ese bebé está poco más de medio kilómetro atrás.

"¡Cómeme el polvo, vaquero!" dice y ríe. No sabe por qué dijo vaquero cuando la palabra en su mente era cabrón, como en cómeme el polvo cabrón, pero suena bien. Suena correcto. Se le va el carro hacia el otro carril y luego corrige su curso.

"¡De vuelta en el camino otra vez!" grita, y suelta otra aguda carcajada. De vuelta en el camino otra vez es buena, y siempre la usa para impresionar a las chicas. Otra buen es cuando mueves el volante de lado a lado, haciendo que el auto se tambalee adelante y atrás, y dices Ay Dios, ¡tomé demasiado jarabe para la tos! Sabe muchas frases como ésta, incluso pensó una vez en escribir un libro llamado Locos Chistes del Camino, ¡no sería una gran imagen, Bryan Smith escribiendo un libro como el tal King allá en Lovell!

Enciende la radio (la camioneta subiéndose a la tierra a la izquierda del camino, levantando una cola de polvo, pero no del todo saliéndose del camino) y encuentra a Steely Dan, cantando "Oye, Diecinueve." ¡Buena canción! ¡Sí señor, malditamente buena! Acelera un poco más en respuesta a la música. Mira por el retrovisor y ve a sus perros, Bala y Pistola, mirando por sobre la silla trasera, con los ojos brillantes. Por un momento, Bryan piensa que lo están mirando a él, tal vez pensando qué buen tipo es, luego se pregunta cómo puede ser tan estúpido. Hay una pequeña nevera de icopor tras la silla del conductor, y una libre de carne de hamburguesa dentro. Pretende cocinarla más tarde en una fogata en Millón de Dólares. Sí, ¡y otras dos Marse's de postre, por el mechudo Jesús! ¡Las Marses' son malditamente buenas!

"Ustedes dos olviden la nevera," dice Bryan Smith, hablándoles a los perros que puede ver en el retrovisor. Esta vez la minivan salta en vez de desviarse, cruzando la línea blanca al subir a una curva ciega a ochenta kilómetros por hora. Afortunadamente—o desafortunadamente, dependiendo del punto de vista—no viene nada en el otro sentido; nada pone un alto al progreso hacia el norte de Bryan Smith.

"Olviden esas hamburguesas, son mi cena." Dice cenahh, como lo haría John Cullum, pero el rostro que observa a los perros de ojos brillantes por el espejo retrovisor es el rostro de Sheemie Ruiz. Casi exacto.

Sheemie podría ser el gemelo de camada de Bryan Smith.

SEIS

Irene Tassenbaum conducía el camión con más confianza ahora, fuera o no automático. Casi deseaba no tener que girar a la derecha a unos cuatrocientos metros, pues eso necesitaría usar de nuevo el embrague, esta vez para colocar un cambio menor. Pero lo que había adelante era Turtleback Lane y allí es a donde querían ir estos chicos.

¡Aparecidos! Eso dijeron y ella lo creyó, pero ¿quién más lo creería? Chip McAvoy, acaso, y seguro el reverendo Peterson de esa loca Iglesia de los Aparecidos en Stoneham Cormers, pero ¿alguien más? ¿Su esposo, por ejemplo? No. Nunca. Si no se podía meter una cosa en un microchip, David Tassenbaum no creía que fuera real. Se preguntó—no por primera vez últimamente—si cuarenta y siete años era demasiada edad para pensar en un divorcio.

Bajó a segunda velocidad sin molestar *mucho* la caja de cambios, pero luego, al salir de la autopista, tuvo que bajar a primera marcha cuando el estúpido camión viejo empezó a gruñir y hacer ruidos. Pensó que uno de sus pasajeros haría algún comentario astuto (tal vez el perro mutante del muchacho incluso dijera *mierda* otra vez), pero lo único que dijo el hombre en la silla de pasajeros fue, "Esto no se ve igual."

"¿Cuándo estuviste aquí la última vez?" le preguntó Irene Tassenbaum. Consideró subir a segunda otra vez, y decidió dejar las cosas como estaban. "Si no está dañado, no lo arregles," le gustaba decir a David.

"Un buen tiempo," admitió el hombre. Ella tenía que mirarlo disimuladamente a cada momento. Había algo extraño y exótico en él—especialmente sus ojos. Era como si hubieran visto cosas que ella ni siquiera había soñado.

Detente, se dijo a sí misma. *Probablemente es un vaquero de farmacia que viene desde Portsmouth, New Hampshire.*

Pero dudaba eso. El muchacho era extraño, también—él y su exótico perro cruzado—pero no eran nada en comparación con el hombre de rostro cansino y extraños ojos azules.

"Eddie dijo que era un círculo," dijo el muchacho. "Tal vez la última vez vinieron por el otro lado."

El hombre lo pensó y asintió. "¿Sería el otro extremo el extremo de Bridgton?" le preguntó a la mujer.

"Sí, así es."

El hombre de los extraños ojos azules asintió. "Vamos hacia la casa del escritor."

"Cara Risa," dijo de inmediato. "Es una hermosa casa. La he visto desde el lago, pero no sé cuál es el camino de entr—"

"Es el diecinueve," dijo el hombre. Actualmente pasaban por el que decía 27. Desde este costado de Turtleback Lane, los números bajaban en vez de subir.

"¿Qué quieren con él, si puedo preguntar?"

Fue el muchacho quien respondió. "Queremos salvarle la vida."

SIETE

Rolando reconoció la vida de entrada de descenso inclinado de inmediato, aunque la había visto la última vez bajo un cielo negro y con truenos, y mucho de su atención la había captado el brillante taheen volador. No había señal de taheen u otra exótica forma de vida salvaje hoy. El techo de la casa debajo había sido recubierto con cobre en vez de tablones en algún momento durante los años intermedios, y el área de bosque detrás se había convertido en un césped, pero la vía de entrada era la misma, con un letrero que decía CARA RISA del lado izquierdo y uno con el número **19** de gran tamaño a la derecha. Más allá estaba el lago, resplandeciendo azul en la fuerte luz de la tarde.

Desde el césped se escuchaba el ruido de un motor pequeño trabajando a toda potencia. Rolando miró a Jake y quedó espantado por las pálidas mejillas del muchacho y sus ojos aterrados y abiertos como platos.

"¿Qué? ¿Qué anda mal?"

"No está aquí, Rolando. Ni él, ni ninguno de su familia. Sólo el tipo que poda el césped."

"Es ilógico, no puedes—" empezó la señora Tassenbaum.

"¡Lo sé!" le gritó Jake. "¡Lo sé, señora!"

Rolando observaba a Jake con una clase honesta y horrorizada de fascinación. . . pero en su estado actual, el muchacho o bien no entendía la mirada o la ignoraba completamente.

¿Por qué mientes, Jake? pensó el pistolero. E inmediatamente después: *No está mintiendo.*

"¿Qué si ya ha pasado?" demandó Jake, y sí, estaba preocupado por King, pero Rolando no pensaba que eso fuera *todo* de lo que estuviera preocupado. "¿Qué si está muerto y su familia no está aquí porque la policía los llamó, y—"

"No ha pasado," dijo Rolando, pero eso era de lo único que estaba seguro. *¿Qué sabes, Jake, y por qué no me lo dices?* No había tiempo para preguntarse por ello ahora.

OCHO

El hombre de ojos azules se escuchaba en calma al hablarle al muchacho, pero a Irene Tassenbaum no le *parecía* que estuviera en calma; en lo absoluto. Y esas voces que cantaban que había notado primero afuera del Almacén General de Stoneham Este habían cambiado. Su canción aún era dulce, ¿pero no había también allí en ella una nota de desesperación ahora? Eso pensaba. Una alta y suplicante cualidad que hizo que le dolieran la sienes.

“¿Cómo puedes *saber* eso?” le gritó el muchacho llamado Jake al hombre—su padre, supuso. “¿Cómo demonios puedes estar tan seguro?”

En vez de responder a la pregunta del chico, el llamado Rolando la miró a *ella*. La Sra. Tassenbaum sintió que la piel de sus brazos y espaldas se le ponía de gallina.

“Conduzca allá abajo, *sai*, que le plazca.”

Ella observó dudosa la curva inclinada de la vía de entrada de Cara Risa. “Si lo hago, es posible que no pueda hacer subir a este saco de chispas.”

“Tendrá que hacerlo,” dijo Rolando.

NUEVE

El hombre que cortaba el pasto era el sirviente de King, supuso Rolando, o lo que quiera que fuera su equivalente en este mundo. Tenía el pelo blanco bajo su sombrero de paga pero tenía la espalda recta y era robusto, llevando sus años con poco esfuerzo. Cuando el camión bajo por la inclinada entrada a la casa, el hombre hizo una pausa con un brazo descansando en el manubrio de la podadora. Cuando se abrió la puerta del pasajero y el pistolero se bajo, usó el interruptor para apagarla. También se quitó el sombrero—sin estar exactamente consciente de que lo hacía, pensó Rolando. Luego sus ojos registraron la pistola que colgaba de la cadera de Rolando y se abrieron tanto que las arrugas a su alrededor desaparecieron.

“Cómo está, señor,” dijo cautelosamente. *Cree que soy un aparecido*, pensó Rolando. *Tal y como ella había creído*.

Y *eran* aparecidos de una cierta clase, él y Jake; sólo que resultaron llegar a un tiempo y lugar donde tales cosas eran comunes.

Y el tiempo corría.

Rolando habló antes de que el hombre pudiera continuar “¿Dónde están? ¿Dónde está *él*? ¿Stephen King? ¡Habla, hombre, y dime la verdad!”

El sombrero resbaló de los dedos relajados del viejo y cayó a sus pies en el pasto recién cortado. Sus ojos nublados miraron a los de Rolando, fascinados: el pájaro mirando a la serpiente.

“En la casa de loh Fambly al otro lado del lago, en ehe lugah que tienen al otro lado,” dijo. “La vieja casa Schindler. En alguna clase de fie’ta. Steve dijo que iría en su auto despuéh de su caminata.” Y señaló a un pequeño auto negro parqueado en la extensión de la vía de entrada, su parte delantera apenas visible al lado de la casa.

“¿Dónde está caminando? ¡Lo sabes, dile a la señora!”

El viejo miró brevemente sobre el hombro de Rolando, luego de nuevo al pistolero. “Sería máh fácil si yo mihmo loh llevara.”

Rolando lo pensó, pero sólo brevemente. Más fácil para empezar, sí. Tal vez más difícil del otro lado, donde King sería salvado o se perdería. Porque habían encontrado a la mujer en el camino del ka. Sin importar el papel pequeño que pudiera tener, fue a ella a quien encontraron primero en el Camino del Haz. Al final era tan simple como eso. En cuanto al tamaño de la parte de la mujer, era mejor no juzgar tales cosas de antemano. ¿No habían creído él y Eddie que John Cullum, conocido en ese mismo almacén del camino a unas tres ruedas al norte allí, tendría apenas un papel mínimo que hacer en su historia? Y sin embargo había resultado ser todo menos eso.

Todo esto le pasó por la consciencia en menos de un segundo, información (*corazonada*, lo habría llamado Eddie) entregada en un tipo de brillante telegrafía mental.

"No," dijo, y señaló hacia atrás con un pulgar, por sobre su hombro.
"Dígale a ella. Ahora."

DIEZ

El muchacho—Jake—había caído contra la silla con las manos colgando sin fuerza a sus costados. El peculiar perro miraba ansiosamente la cara del chico, pero éste no lo veía. Tenía los ojos cerrados y lo primero que pensó Irene Tassenbaum era que se había desmayado.

"¿Hijo?. . . ¿Jake?"

"Lo tengo," dijo el muchacho sin abrir los ojos. "No a Stephen King—a él no puedo tocarlo—sino al otro. Tengo que demorarlo. ¿Cómo puedo demorarlo?"

La señora Tassenbaum había escuchado lo suficiente a su esposo en el tabajo—sosteniendo largos diálogos entre murmullos consigo mismo—para reconocer una pregunta auto-dirigida cuando escuchaba una. Además, no tenía idea de sobre quién hablaba el muchacho, sólo que no se trataba de Stephen King. Lo cual dejaba otros seis billones de posibilidades, globalmente hablando.

Sin embargo, *respondió*, porque sabía que era lo que la demoraba a ella.

"Qué mal que no necesite ir al baño," dijo ella.

ONCE

No hay fresas en Maine, no tan temprano en esta estación, pero hay frambuesas. Justine Anderson (de Maybrook, Nueva York) y Elvira Toothaker (su amiga de Lovell) caminan por la Ruta 7 (que Elvira aún llama El Viejo Camino a Fryeburg) con sus canastas plásticas, recogiendo los frutos en los arbustos que se encuentran casi un kilómetro por sobre la vieja pared de roca. Garrett McKeen construyó esa pared cien años atrás, y es al biznieto de Garret a quien le habla Rolando Deschain de Gilead en este mismo instante. El ka es una rueda, ¿no lo entiendes?

Las dos mujeres han disfrutado su caminata de una hora, no porque ninguna tenga un gran amor por las frambuesas (Justine cree que ni siquiera se comerá las suyas; las semillas le quedan atrapadas en los dientes) sino porque les da una oportunidad de hablar de sus respectivas familias y reírse un poco de los años en que su amistad era nueva y probablemente la cosa más importante en la vida de las dos. Se conocieron en el Vassar College (mil años atrás, parece) y llevaron las dos el tradicional collar de margaritas en la graduación el año en que cumplieron quince. De esto es de lo que hablan cuando la camioneta minivan azul—es una Dodge Caravan 1985, Justine reconoce la marca y el modelo porque su hijo mayor tenía una igual cuando su propia tribu empezó a crecer—dobla en la curva junto al Restaurante y Brathaus Alemán Melder's. Se toma todo el camino, moviéndose de lado a lado, primero levantando polvo desde la izquierda, luego metiéndose vacilantemente en el asfalto y levantando más polvo del costado derecho. La segunda vez que hace esto—moviéndose hacia ellas ahora, y a una gran velocidad—Justine piensa que puede salirse realmente del camino y volcarse ("volverse tortuga," solían decir en los cuarenta, cuando Elvira y ella estaban en Vassar), pero el conductor lo logra meter de nuevo al camino apenas un instante antes de que eso pueda pasar.

"¡Cuidado, esa persona está ebria o algo!" dice Justine, alarmada. Hala hacia atrás a Elvira, pero encuentran su camino bloqueado por la vieja pared con su vestido de arbustos de frambuesa. Las espinas se meten en sus pantalones (gracias a Dios ninguna de nosotras llevaba pantalones cortos, pensará Justine más tarde. . . cuando tenga tiempo de pensar) y sacan pequeñas motas de tela.

Justine piensa que debería poner un brazo alrededor de su amigo y lanzarse junto con ella sobre la pared alta y gruesa—un salto hacia atrás, como en la clase de gimnasia todos esos

años atrás—pero antes que pueda decidirse a hacerlo, la van azul está junto a ellas, y en el momento en que pasa está más o menos en el camino y no es un peligro para ellas.

Justine lo ve irse en medio de un estruendo acallado de música rock, con el corazón latiéndole con mucha fuerza en el pecho, con el regusto de algo que ha secretado su cuerpo—adrenalina es lo más probable—plano y metálico en su lengua. Y a mitad de camino subiendo por la colina la pequeña van azul una vez más se tambalea por sobre la línea blanca. El conductor corrige la dirección. . . no, se excede. Una vez más la van azul está fuera del carril derecho, levantando polvo casi cincuenta metros.

"Dios, espero que Stephen King vea a ese imbécil," dice Elvira. Se habían cruzado con el escritor casi un kilómetro atrás y se habían saludado. Probablemente todo el mundo en el pueblo lo había visto en su marcha vespertina, en un momento u otro.

Como si el conductor de la van azul hubiera oído a Elvira Toothake llamarlo imbécil, se encienden las luces de freno de la van. De repente se sale del todo del camino y se detiene. Cuando se abre la puerta, las señoras escuchan un golpe aún más ruidoso de rock and roll. También escuchan al conductor—un hombre—gritándole a alguien (Elvira y Justine sólo sienten lástima por la persona que está atrapada allí con ese tipo al volante en una tarde tan bella de junio). "¡Dejen eso quieto!" grita. "No eh suyo, ¿ehcuchan?" Y entonces el conductor se estira en la camioneta, saca una caña y la usa para poder saltar sobre la pared de roca hacia los arbustos. La van se queda ronroneando en la tierra junto al camino, con la puerta del conductor abierta, soltando humo oscuro por un costado y con roca por el otro.

"¿Qué está haciendo?" pregunta Justine, un poco nerviosa.

"Yo votaría porque está orinando," responde su amiga. "Pero si el Sr. King allá atrás tiene suerte, tal vez el tipo esté haciendo la otra cosa. Eso le daría tal vez tiempo de salirse de la Ruta 7 y volver a Turtleback Lane."

De repente Justine no tiene más ganas de recoger frambuesas. Quiere volver a casa y tomarse una taza de té fuerte.

El hombre sale cojeando rápidamente de los arbustos y usa la caña para ayudarse a pasar de nuevo la pared de roca.

"Supongo que no necesitaba hacer la otra cosa," dice Elvira, y cuando el mal conductor se trepa de nuevo a su van azul, las dos mujeres que envejecen se miran una a la otra y estallan en carcajadas.

DOCE

Rolando vio al viejo darle instrucciones a la mujer—algo sobre usar el Camino de Warrington's como atajo—y entonces Jake abrió los ojos. A Rolando le parecía que el muchacho se veía indeciblemente agotado.

"Pude hacer que se detuviera y orinara," dijo. "Ahora está moviendo algo detrás de su asiento. No sé lo que es, pero no lo tendrá ocupado mucho tiempo. Rolando, esto está mal. Vamos terriblemente tarde. Tenemos que irnos."

Rolando miró a la mujer, esperando que su decisión de no reemplazarla tras el volante por el viejo hubiera sido la decisión correcta. "¿Sabe a dónde ir? ¿Entiende?"

"Sí," dijo ella. "Arriba por el restaurante Warrington's hasta la Ruta 7. A veces vamos a cenar allí. Conozco ese camino."

"No puedo garantizar que lo alcanzará en su camino yendo por allí," dijo el empleado, "pero parece probable." Se dobló para alzar su sombrero y empezó a limpiarlo del pasto recién cortado. Lo hacía con largas y lentas caricias, como un hombre atrapado en medio de un sueño. "Ajá, me parece probable." Y luego, aún como un hombre que sueña despierto, puso su sombrero bajo su brazo, levantó un puño hacia su frente y puso una rodilla en tierra ante el extraño con el revólver grande en la cadera. ¿Por qué no había de hacerlo?

El extraño estaba rodeado por luz blanca.

TRECE

Cuando Rolando se metió en la cabina del camión del tendero—una tarea que era más difícil por el dolor que aumentaba rápidamente por su cadera en la derecha—su mano se posó en la pierna de Jake, y así de simple supo lo que Jake se había estado guardando, y por qué. Había tenido miedo de que saberlo podría causar que el enfoque del pistolero se alterara. No era ka-shume lo que había sentido el muchacho, o Rolando también lo habría sentido. ¿Cómo *podía* haber ka-shume entre ellos, con el tet ya roto? Su poder especial, algo más grande que todos ellos, tal vez sacado del Haz mismo, había desaparecido. Ahora eran sólo tres amigos (cuatro, contando al brambo) unidos por un sólo propósito. Y podían salvar a King. Jake lo sabía. Podían salvar al escritor y acercarse un paso más a la salvación de la Torre al hacerlo. Pero uno de ellos iba a morir al hacerlo.

Jake también lo sabía.

CATORCE

Un viejo adagio—uno que le enseñó su padre—le llegó a Rolando a la cabeza entonces: *Si el ka lo dice así, que así sea. Sí; de acuerdo; que así sea.*

Durante los largos años que había pasado tras el rastro del hombre de negro, el pistolero habría jurado que nada en el universo podría haberle hecho que renunciara a la Torre; ¿no había matado literalmente a su propia madre en su búsqueda, al comienzo de su terrible carrera? Pero en aquellos años no había tenido amigos, no había tenido hijos y (no le gustaba admitirlo, pero era verdad) no tenía corazón. Había sido hechizado por ese frío romance que el que no tiene amor malinterpreta como tal. Ahora tenía un hijo y le habían dado una segunda oportunidad y había cambiado. Saber que uno de ellos debía morir para salvar al escritor—que su comunidad se debía reducir otra vez, y tan pronto—no haría que se echara para atrás. Pero se aseguraría de que Rolando de Gilead, no Jake de Nueva York, hiciera el sacrificio esta vez.

¿Sabía el muchacho que había penetrado su secreto? No había tiempo para preocuparse de eso ahora.

Rolando cerró de un portazo la puerta del camión—móvil y miró a la mujer. “¿Su nombre es Irene?” preguntó.

Ella asintió.

“Conduzca, Irene. Hágalo como si Lord Alto Pies Abiertos estuviera tras de usted con violación en su mente, hágalo, lo ruego. Por el Camino de Warrington. Si no lo vemos allí, por el Camino Siete. ¿Lo hará?”

“Tiene toda la jodida razón,” dijo la señora Tassenbaum, y puso el auto en primera con real autoridad.

El motor gritó, pero el camión empezó a rodar hacia atrás, como si estuviera tan asustado por el trabajo que tenía por delante prefiriera terminar en el lago. Luego ella piso el embrague y el viejo International Harvester saltó hacia adelante, enfrentando el inclinado ascenso de la vía de entrada y dejando un rastro de humo oscuro y llanta quemada detrás.

El biznieto de Garrett McKeen los vio irse con la boca completamente abierta. No tenía idea de lo que acababa de pasar, pero estaba seguro de que mucho dependía de lo que pasara después.

Tal vez todo.

QUINCE

La necesidad tan fuerte de mear fue extraña, pues orinar fue lo último que hizo Bryan Smith antes de irse del Campamento Millón de Dólares. Y una vez que se hubo encaramado sobre la jodida pared de roca, no había sido capaz de soltar más que unas cuantas gotas, incluso aunque se sentía como si le fuera a explotar la vejiga en ese momento. Bryan espera no tener problemas con su próstata; problemas con la vieja próstata eran lo último que necesitaba. Ya tenía suficientes problemas aparte de eso, por el peludo de Jesús.

Ah, bien, ahora que se ha detenido podía bien intentar arreglar la nevera de icopor tras la silla—los perro todavía la miraban con sus lenguas por fuera del hocico. Intenta acomodarla bajo la silla, pero no funcionaría—no hay suficiente espacio. Lo que hace en cambio es apuntar con un dedo sucio a sus rottweilers y decirles de nuevo que olviden la nevera y la carne que hay dentro, es suya, va a seh su cena. Esta vez piensa incluso añadir una promesa de que más tarde mezclará un poco de la hamburguesa con su Purina, si son buenos. Esto constituye pensamiento profundo para Bryan Smith, pero la simple idea de coger la nevera y ponerla en la silla vacía de adelante nunca se le pasa por la cabeza.

"Déjenla quieta," les dice de nuevo, y se pone otra vez tras el volante. Cierra la puerta con fuerza, mira brevemente al retrovisor, ve a dos ancianas detrás (no las notó antes porque no estaba exactamente mirando el camino cuando pasó junto a ellas), les dice adiós con la mano, un gesto que jamas ven a través de la sucia ventana trasera y se mete de nuevo a la Ruta 7. Ahora en la radio se escucha "Gangsta Dream 19," por Owt-Ray-Juss, y Bryan le sube el volumen (otra vez saliéndose del carril hacia el costado norte al hacerlo—es el tipo de persona que simplemente no puede colocar una emisora sin mirar a la radio). ¡El rap es lo mejor! ¡Y también el metal! Todo lo que necesita ahora para que su día sea completo es una canción de Ozzy—"Tren Loco" estaría bien.

Y algunas de esas barras Marses.

DIECISÉIS

La Sra. Tassenbaum salió volando del camino de entrada a Cara Risa y hacia Turtleback Lane en segunda, y el viejo motor del camión hacía ruidos terribles (si hubiera habido un medidor de revoluciones por minuto, sin duda la aguja estaría en la zona roja), las pocas herramientas en la parte de atrás bailando locamente sobre el lecho oxidado.

Rolando sólo tenía una poca del tacto—difícilmente algo, en comparación con Jake—pero había conocido a Stephen King y lo había llevado al falso sueño de la hipnosis. Ése era un poderoso vínculo qué compartir, y por tanto no se sorprendió del todo cuando tocó la mente que Jake no había podido alcanzar. Probablemente no le perjudicaba que King estuviera pensando en ellos.

Lo hace a menudo en sus marchas, pensó Rolando. Cuando está solo, escucha la Canción de la Tortuga y sabe que tiene un trabajo que hacer. Uno que elude. Bien, amigo mío, eso acaba hoy.

Es decir, si podían salvarlo.

Se inclinó por sobre Jake y miró a la mujer. "¿No puede hacer que esta cosa maldita por todos los dioses vaya más rápido?"

"Sí," dijo. "Creo que puedo." Y después, a Jake: "¿Realmente puedes leer mentes, hijo o es sólo un juego que juegan tú y tu amigo?"

"No puedo leerlas, exactamente, pero puedo tocarlas," dijo Jake.

"Espero que eso sea verdad," dijo ella, "porque Turtleback es montañoso y sólo es plano en algunos sitios. Si sientes que alguien viene en sentido contrario, déjamelos saber."

"Lo haré."

"Excelente," dijo Irene Tassenbaum. Dejó ver los dientes sonriendo. Realmente, no quedaba ninguna duda: esto era lo mejor que le había pasado en toda su vida. La cosa más *excitante*. Ahora, además de escuchar esas voces que cantaban, podía ver rostros en las hojas de los árboles a los lados del camino, como si una multitud los observara. Podía sentir una fuerza

tremenda que se reunía alrededor de ellos y fue poseída por una repentina noción movediza: que si pisaba a fondo el pedal de gasolina del viejo camión oxidado podría ir más rápido que la velocidad de la luz. Empujado por la energía que ella sentía a su alrededor, podía ser más rápido que el tiempo mismo.

Bien, veamos qué tan cierto es, pensó. Puso el camión en el medio del camino Turtleback Lane, pisó el embragó y puso el camión en tercera. El viejo camión no corrió más rápido que la luz ni fue más rápido que el tiempo, pero el velocímetro subió a ochenta. . . y siguió de largo. El camión subió una colina y cuando empezó a bajar al otro lado quedó brevemente en el aire.

Al menos alguien estaba feliz; Irene Tassenbaum gritaba de excitación.

DIECISIETE

Stephen King toma dos tipos de marchas, la corta y la larga. La corta le lleva a la intersección del Camino de Warrington's y la Ruta 7, luego de vuelta a su casa, Cara Risa, por el mismo camino. Ésa es de cinco kilómetros. La larga marcha (que resulta ser también el nombre de un libro que escribió una vez bajo el nombre de Bachman, antes de que el mundo se moviera) le lleva después de la intersección de Warrington's, abajo por la Ruta 7 hasta el Camino Slab City, luego otra vez de vuelta por la Ruta 7 hasta la colina Berry, rodeando el camino de Warrington's. Esta caminata lo lleva de regreso a su casa por el extremo norte de Turtleback Lane, y es de seis kilómetros y medio. Ésta es la que pretende tomar hoy, pero cuando vuelve a la intersección de la 7 y Warrington's se detiene, jugando con la idea de volver por el camino corto. Siempre tiene cuidado de caminar al borde de la carretera pública, aunque el tráfico es ligero en la Ruta 7, incluso en verano; la única vez que esta vía se congestiona es cuando ocurre la Feria de Fryeburg, y no empieza hasta la primera semana de octubre. La mayoría de puntos para ver son buenos, de cualquier forma. Si un mal conductor se acerca (o un ebrio) usualmente lo puedes ver a más de medio kilómetro, lo que te da bastante tiempo para abandonar el área. Sólo hay una colina ciega, y es la que queda directamente después de la intersección de Warrington's. Sin embargo también es una colina aeróbica, una que hace que el viejo corazón realmente se ponga a funcionar y ¿no es ésa la razón por la que hace estas estúpidas caminatas? ¿Para promover lo que los expertos de la televisión llaman salud cardíaca? Ha dejado de beber, ha dejado las drogas, casi ha dejado de fumar, hace ejercicio. ¿Qué más hay?

No obstante una voz le susurra igual. Sal del camino principal, dice. Vuelve a la casa. Tendrás una hora extra antes que tengas que reunirse con los demás para la fiesta al otro lado del lago. Puedes hacer algo de trabajo. Tal vez empezar la siguiente historia de la Torre Oscura; sabes que ha estado en tu mente.

Ea, ha estado allí, pero ya tiene una historia en la cual trabajar, y le gusta. Volver al cuento de la Torre significa nadar en aguas profundas. Tal vez ahogarse allí. Y sin embargo se da cuenta de pronto, parado allí en este cruce, que si vuelve temprano empezará. No será capaz de contenerse. Tendrá que escuchar aquello en lo que a veces piensa como Ves'-Ka Gan, la Canción de la Tortuga (y a veces como la Canción de Susannah). Dejará a un lado la historia actual, dará la espalda a la seguridad de tierra firme y nadará en esa agua oscura una vez más. Lo ha hecho antes cuatro veces, pero esta vez tendrá que nadar todo el camino hasta el otro lado.

Nadar o ahogarse.

"No," dice. Piensa en voz alta, y ¿por qué no? No hay nadie que lo escuche allí. Percibe, levemente, el sonido atenuado de un auto que se acerca—¿o son dos? ¿uno en la Ruta 7 y otro por el Camino de Warrington's?—pero eso es todo.

"No," dice otra vez. "Voy a caminar y luego voy a la fiesta. No más escribir por hoy. Especialmente no eso."

Y así, dejando atrás la intersección, empieza a subir la inclinada colina con su escaso punto de vista. Empieza a caminar hacia el sonido de la Dodge Caravan que se acerca, que es también el sonido de su muerte que se acerca. El ka del mundo racional lo quiere muerto; el

del Prim lo quiere vivo, y cantando su canción. Es así que en esta tarde soleada en el occidente de Maine, la fuerza irresistible se apresura hacia el objeto inamovible, y por primera vez desde que el Prim se retiró, todos los mundos y toda existencia se giran hacia la Torre Oscura que se erige al extremo lejano de Can'-Ka No Rey, lo que quiere decir los Campos Rojos de Nadie. Incluso el Rey Carmesí interrumpe sus gritos enojados. Pues es la Torre Oscura la que decidirá.

"La resolución exige un sacrificio," dice King, y aunque nadie lo escucha más que los pájaros y no tiene idea de lo que esto significa, no se altera. Siempre está murmurándose a sí mismo; es como si hubiera una Cueva de las Voces en su cabeza, una llena de imitaciones brillantes, pero no necesariamente inteligentes.

Camina, balanceando los brazos junto a los muslos enfundados en unos jeans azules, inconsciente de que su corazón está

(no está)

terminando sus últimos latidos, que su mente está

(no está)

pensando sus últimos pensamientos, que sus voces están

(no están)

haciendo sus últimos pronunciamientos proféticos.

"Ves'-Ka Gan," dice, divertido por cómo suena—y sin embargo atraído también. Se ha prometido a sí mismo que intentará no llenar sus fantasías de la Torre Oscura con palabras impronunciables en algún lenguaje ficticio (por no decir jodido)—su editor, Chuck Verrill en Nueva York, sólo cortará la mayoría de ellas si lo hace—pero su mente parece igual estarse llenando con tales palabras y frases: ka, ka-tet, sai, soh, can-toi (ésta al menos es de otro libro suyo, Desesperación), taheen. ¿Pueden estar muy lejos de eso el Cirith Ungol de Tolkien y el Gran Violinista Ciego, Nyarlathotep, de H. P. Lovecraft?

Se ríe, luego empieza a cantar una canción que una de sus voces le ha dado. Piensa que ciertamente la usará en el siguiente libro del pistolero, cuando finalmente permita a la Tortuga su voz otra vez. "Commala-ven-uno," canta mientras camina, "hay un hombre joven con un pistola. El joven perdió a su amorcito cuando ella se dio a la huida."

¿Y es ese hombre joven Eddie Dean? ¿O es Jake Chambers?

"Eddie," dice en voz alta. "Eddie es el que tiene esposa." Está tan concentrado en sus pensamientos que al comienzo no ve el techo de la Dodge Caravan azul mientras se acerca al corto horizonte adelante de él y por tanto no se da cuenta de que este vehículo no está en lo absoluto en la carretera, sino en el costado polvoriento por el que él camina. Tampoco escucha el rugido que se acerca del camión detrás suyo.

DIECIOCHO

Bryan escucha el rasgueo sobre la tapa de la nevera incluso en medio del ritmo de la música, y cuando observa por el retrovisor queda a la vez consternado y enojado al ver que Bala, siempre el más osado de los dos rottweilers, ha saltado desde el área de bodega en la parte de atrás de la van y se ha puesto en el compartimiento de pasajeros. Las patas traseras de Bala están sobre la silla sucia, su cola pequeña y gruesa moviéndose alegremente, y su hocico dentro de la nevera de Bryan.

En este momento, cualquier conductor razonable se haría a un lado del camino, pararía y se encargaría de su indómito animal. Bryan Smith, sin embargo, nunca ha sido bueno en ser razonable tras el volante, y tiene su registro de conducción para probarlo. En vez de salir del camino, se da vuelta hacia la derecha sosteniendo el volante con la mano izquierda y tratando de agarrar infructuosamente la cabeza plana del rottweiler con la derecha.

"¡Deja eso quieto!" le grita a Bala y su minivan se desvía primero al terreno junto a la carretera a la derecha y le pasa por encima. "¿No me oíhte, Bala? ¿Ereh ehtúpido? ¡Deja eso quieto!" Consigue realmente agarrar la cabeza del perro y levantarla por un momento, pero no hay piel de la cual se puedan asir sus dedos y Bala, si bien no es ningún genio, es lo

suficientemente listo como para saber que tiene al menos otra oportunidad de agarrar lo que está en el papel blanco, lo que emana ese atractivo olor rojo. Se agacha bajo la mano de Bryan y agarra el paquete envuelto de hamburguesa en sus mandíbulas.

"¡Suéltalo!" grita Bryan. "¡Suéltalo... AHORA MISMO!"

Para ganar el suficiente espacio para girarse más en la cabina del conductor, pisa firmemente con los dos pies. Uno de ellos, desafortunadamente, está sobre el acelerador. La van acelera mucho al acercarse a la cima de la colina. En este momento, en medio de su ansiedad y enojo, Bryan ha olvidado por completo dónde está (Ruta 7) y lo que debe estar haciendo (conduciendo una van). Todo lo que le importa es sacar de las mandíbulas de Bala el paquete de carne.

"¡Dámelo!" grita, halando. Con la cola meneándose más furiosamente que nunca (para él es ahora un juego así como una cena), Bullet hala a su vez. Se escucha el papel de la carnicería rasgándose. La van está ahora completamente fuera del camino. Adelante hay una arboleda de viejos pinos iluminada por una hermosa luz matutina: una niebla de verde y oro. Bryan piensa sólo en la carne. No va a comer hamburguesa con saliva de perro encima, y será mejor que lo creas.

"¡Dámelo!" dice, sin ver al hombre en el camino de su van, sin ver el camión que ha aparecido ahora justo detrás del hombre, sin ver la puerta del pasajero del camión abrirse o el escuálido tipo vaquero que salta fuera del camión, un revólver con grandes culatas amarillas saliendo de la funda en su cadera y cayendo al piso mientras salta; el mundo de Bryan Smith se ha reducido a un perro muy malo y un paquete de carne. En el forcejeo por la carne, puntos rojos de sangre, como rosas, brotan en el papel de carnicería como tatuajes.

DIECINUEVE

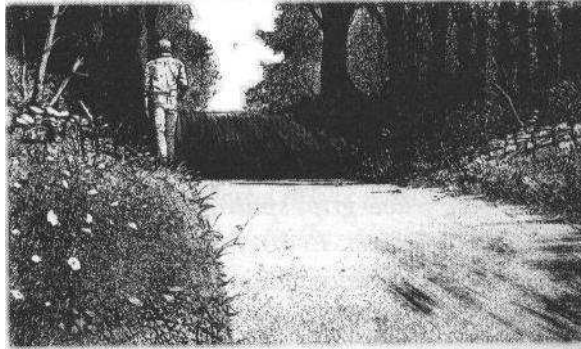
"¡Allí está!" gritó el muchacho llamado Jake, pero Irene Tassenbaum no necesitaba que se lo dijera. Stephen King llevaba jeans, una camisa de trabajo de batista y una gorra de béisbol. Está bastante lejos del lugar donde el camino hacia Warrington's se intersecta con la Ruta 7, a más o menos un cuarto de camino subiendo la curva.

Pisó el embrague, bajó a segunda como un conductor de la NASCAR con la bandera a cuadros a la vista, luego giró con fuerza a la izquierda, moviendo el volante con las dos manos. El camión de Chip McAvoy se columpió pero no se volcó. Vio el centelleo del sol sobre el metal cuando un vehículo aproximándose en el otro sentido alcanzaba la cima de la colina que King subía. Escuchó al hombre sentado junto a la puerta gritar, "¡Póngase tras él!"

Ella hizo lo que Rolando le dijo, aunque podía ver ahora que el vehículo que se aproximaba estaba fuera del camino y por tanto podía embestirlos. Por no hablar de aplastar a Stephen King en un emparedado de metal entre ellos.

La puerta se abrió y el llamado Rolando medio giró, medió saltó del camión.

Después de eso, las cosas pasaron muy, muy rápido.



Capítulo II: Ves'—Ka Gan

UNO

Lo que pasó fue letalmente simple: la cadera mala de Rolando lo traicionó. Cayó de rodillas con un grito de ira, dolor y angustia mezclados. Entonces la luz del sol quedó bloqueada cuando Jake saltó encima suyo con poco más que un paso largo. Acho ladraba locamente desde la cabina del camión “*iAke-Ake! iAke-Ake!*”

“*iJake, no!*” gritó Rolando. Lo vio todo con una terrible claridad. El muchacho agarró al escritor de la cintura cuando el vehículo azul—no un camión ni un auto sino al parecer un cruce entre los dos—se arrojaba hacia ellos en medio de un rugido de música disonante. Jake movió a King a la izquierda, protegiéndolo con su cuerpo, y por tanto fue a Jake a quien golpeó el vehículo. Tras el pistolero, que ahora estaba de rodillas con las manos sangrantes enterradas en la tierra, la mujer de la tienda gritó.

“*iJAKE, NO!*” gritó Rolando de nuevo, pero fue demasiado tarde. El muchacho del que pensaba como su hijo desapareció bajo el vehículo azul. El pistolero vio una manita levantada—jamás la olvidaría—y luego eso también desapareció. King, golpeado primero por Jake y luego por el frente de la van detrás de Jake, fue lanzado al borde de la pequeña arboleda, a poco más de tres metros del punto de impacto. Aterrizó sobre su costado derecho, golpeándose la cabeza con una piedra con la suficiente fuerza para que la gorra le saliera volando. Luego se dio vuelta, tal vez intentando ponerse en pie. O tal vez sin intentar nada en lo absoluto; sus ojos aturcidos estaban abiertos como platos.

El conductor movió el volante de su vehículo y pasó a la izquierda de Rolando, a centímetros de golpearlo, lanzando tan sólo polvo en su rostro en vez de pasarle por encima. Para entonces bajaba la velocidad, el conductor tal vez aplicando el freno ahora que era demasiado tarde. El costado se raspó contra la carrocería del camión, bajándole más la velocidad, pero no había acabado de hacer daño incluso así. Antes de detenerse del todo golpeó de nuevo a King, esta vez mientras yacía en el piso. Rolando escuchó el crujido de un hueso al romperse. Fue seguido por el grito de dolor del escritor. Y ahora Rolando sabía con certeza sobre el dolor de su propia cadera ¿o no? Nunca había sido el chasquido seco en lo absoluto.

Se incorporó como pudo, sólo medianamente consciente de que su dolor había desaparecido completamente. Miró el cuerpo doblado de manera en lo absoluto natural bajo la rueda frontal izquierda del vehículo azul y pensó *iBien!* con un salvajismo impensado. *iBien! iSi alguien ha de morir aquí, que seas tú! iAl demonio con el ombligo de Gan, al demonio con las historias que salen de él, al demonio con la Torre, que seas tú y no mi muchacho!*

El brambo pasó corriendo a su lado hacia el sitio donde yacía Jake boca arriba en la parte de atrás de la van con humo oscuro cayendo sobre sus ojos abiertos. Acho no vaciló; agarró la bolsa de Orizas que aún colgaba del hombro de Jake y lo usó para halar al muchacho lejos de la van, haciéndolo centímetro a centímetro, con las cortas y fuertes piernas levantando tierra. De los oídos de Jake brotaba sangre y de las esquinas de su boca. Los talones de sus botas cortas dejaban una línea doble de huellas en la tierra y las agujas de pino marrones.

Rolando se tambaleó hasta Jake y cayó de rodillas a su lado. Lo primero que pensó fue que Jake estaba bien después de todo. Las extremidades del muchacho estaban derechas, gracias a todos los dioses, y la marca que pasaba sobre el puente de su nariz y abajo por su mejilla lampiña era aceite mezclado con óxido, no sangre como había asumido en principio Rolando.

Sí, de sus oídos *brotaba* sangre, y de su boca también, pero la última podía solo estar saliendo de un corte en su mejilla, o—

“Ve a ver al escritor,” dijo Jake. Su voz era calmada, no limitada en lo absoluto por el dolor. Podían estar sentados alrededor de una pequeña fogata después de un día de camino, esperando a lo que a Eddie le gustaba llamar vituallas. . . o, si se sentía particularmente de humor (como a menudo pasaba), “vi toallas.”

“El escritor puede esperar,” dijo Rolando cortésmente, pensando: *me han concedido un milagro. Uno hecho por la combinación del flexible cuerpo aún no terminado del muchacho y la tierra suave bajo él cuando el camión-móvil de ese bastardo le pasó por encima.*

“No,” dijo Jake. “No puede esperar.” Y cuando se movió, intentando sentarse, su camisa se estiró un poco más contra la mitad superior de su cuerpo y Rolando vio la terrible concavidad del pecho del muchacho. Más sangre brotó de la boca de Jake, y cuando intentó hablar de nuevo en cambio empezó a toser. El corazón de Rolando parecía torcerse como un trapo en su pecho y hubo un momento en que se preguntó cómo era posible que siguiera latiendo ante esto.

Acho habló en un grito de lamento, el nombre de Jake expresado en un medio aullido que hizo que a Rolando se le pusiera la piel de gallina en los brazos.

“No hables,” dijo Rolando. “Puede haber algo roto en tu interior. Una costilla, tal vez dos.”

Jake movió la cabeza a un lado. Escupió una bocanada de sangre—algo de ella corrió por su mejilla como tabaco masticado—y agarró a Rolando por una muñeca. Lo agarró con fuerza; como fuerte era su voz, cada palabra clara.

“*Todo* está roto. Esto es morir—lo sé porque lo he hecho antes.” Lo que dijo después fue lo que Rolando había pensado antes de que partieran de Cara Risa: “Si el ka lo dice así, que así sea. *¡Ve a ver al hombre que vinimos a salvar!*”

Era imposible negar lo imperativo en los ojos y voz del muchacho. Estaba terminado, ahora, el Ka de Diecinueve llevado hasta el final. Excepto, tal vez, por King. El hombre que habían venido a salvar. ¿Cuánto del destino de ellos había danzado desde las puntas de sus dedos ágiles y teñidos de tabaco? ¿Todo? ¿Algo? ¿Esto?

Cualquiera que fuera la respuesta, Rolando podría haberlo matado con las manos mientras yacía bajo la máquina que lo había golpeado, olvidando que King no había sido el conductor de la van; si hubiera estado haciendo lo que el ka quería que hiciera, nunca habría estado allí cuando el tonto llegó conduciendo, y el pecho de Jake no tendría esa terrible apariencia hundida. Era demasiado, tan pronto después de que Eddie hubiera sido asesinado.

Y aún así—

“No te muevas,” dijo, incorporándose. “Acho, no *dejes* que se mueva.”

“No me moveré.” Cada palabra aún clara, aún segura. Pero ahora Rolando podía ver sangre manchando ella parte de abajo de la camisa de Jake y la entrepierna de sus pantalones, floreciendo como rosas. Una vez antes había muerto y había regresado. Pero no desde este mundo. En este mundo, la muerte era para siempre.

Rolando se dio la vuelta hacia el lugar donde yacía el escritor.

DOS

Cuando Bryan Smith intentó salir de atrás del volante de su van, Irene Tassenbaum lo volvió a meter empujándolo con rudeza. Sus perros, tal vez oliendo sangre o a Acho o las dos cosas, ladraban y saltaban salvajemente detrás de él. Ahora en la radio sonaba una nueva y completamente infernal canción de heavy metal. Irene pensó que se le iba a abrir en dos la cabeza, no por el impacto de lo que acababa de pasar sino por el ruido. Vio el revólver del hombre yaciendo en el piso y lo recogió. La pequeña parte de su mente que aún podía pensar

coherentemente se sorprendió por el peso del arma. Sin embargo, le apuntó al hombre con ella, luego se estiró por sobre él y presionó el botón de encendido de la radio. Cuando el aullante tono de las guitarras se fue, pudo escuchar pájaros así como dos perros ladrando y otro aullando. . . bueno, un lo-que-sea aullando.

"Retrocede hasta que salga de tu van el tipo que atropellaste," dijo. "Lentamente. Y si vuelves a pasar por encima del chico al hacerlo, te juro que te volaré tu estúpida cabeza."

Bryan Smith la observaba con los ojos inyectados de sangre y aturcidos. "¿Qué chico?" preguntó.

TRES

Cuando la rueda frontal de la van se movió ligeramente de encima del escritor, Rolando vio que la mitad inferior de su cuerpo estaba torcida de manera poco natural hacia la derecha y se veía un bulto sobresaliendo de la pierna de sus pantalones a ese lado. El hueso de su muslo, seguramente. Además, su frente estaba rota por la piedra contra la que se había golpeado y el lado derecho de su rostro estaba lleno de sangre. Se veía peor que Jake, mucho peor, pero una sola mirada le bastó al pistolero para saber si su corazón era fuerte y el shock no lo mataba, probablemente viviría esto. Una vez más vio a Jake agarrando al hombre por la cintura, protegiéndolo con su propio cuerpo, recibiendo el impacto con su cuerpo más pequeño.

"Otra vez tú," dijo King en una voz baja.

"Me recuerdas."

"Sí. Ahora." King se pasó la lengua por los labios. "Sed."

Rolando no tenía nada para darle, y no le habría dado más que lo suficiente para humedecerle los labios a King incluso si lo tuviera. El líquido podía inducir vómito en un hombre herido y el vómito podía conducir a la asfixia. "Lo siento," dijo.

"No. No lo sientes." Volvió a pasarse la lengua por los labios. "¿Jake?"

"Por allí, en el suelo. ¿Lo conoces?"

King intentó sonreír. "Lo *escribí*. ¿Dónde está aquel que estaba contigo antes? ¿Dónde está Eddie?"

"Muerto," dijo Rolando. "En la Devar-Toi."

King frunció el ceño. "¿Devar. . .? No sé eso."

"No. Por eso estamos aquí. Por eso teníamos que venir. Uno de mis amigos está muerto, otro puede estar muriendo, y el tet está roto. Todo debido a que un hombre perezoso y miedoso dejó de hacer el trabajo que el cual el ka lo dispuso."

No había tráfico en el camino. Excepto por los perros que ladraban, el brambo que aullaba y las aves que gorjeaban, el mundo estaba en silencio. Podían haber estado congelados en el tiempo. *Tal vez lo estamos*, pensó Rolando. Ya había visto suficiente para creer que eso podía ser posible. *Cualquier cosa* era posible.

"Perdí el Haz," dijo King desde donde yacía en la alfombra de agujas de pino al borde de los árboles. La luz del verano incipiente caía por todo lado alrededor de él, esa niebla de verde y oro.

Rolando puso las manos debajo de King y lo ayudó a sentarse. El escritor gritó de dolor cuando el hueso de su cadera inflamada rozó en los restos despedazados y comprimidos de su cavidad, pero no protestó. Rolando señaló con un dedo hacia el cielo. Blancas y gordas nubes del buen clima—*los ángeles*,²⁴ las habrían llamado los vaqueros de Mejis—colgaban inmóviles en el azul del cielo, excepto por aquellas que estaban directamente encima de ellos. Allí éstas se apresuraban rápidamente por el cielo, como si fueran empujadas por un viento escaso.

"¡Allí!" susurró Rolando furiosamente hacia el oído raspado y sucio del escritor. "¡Directamente encima de vos! ¡Alrededor vuestro completamente! ¡No lo sientes! ¡No lo ves!"

²⁴ N. del T. En español en el original.

"Sí," dijo King. "Lo veo ahora."

"Ea, y siempre estuvo allí. No lo perdiste, pusiste tu ojo de cobarde en otro sitio. Mi amigo tuvo que salvarte para que lo veas de nuevo."

La mano izquierda de Rolando buscó en su cinturón y sacó una concha. Al comienzo sus dedos no querían hacer su viejo y diestro truco; temblaban demasiado. Sólo pudo calmarlos recordándose que mientras más tiempo le llevara hacer esto, más oportunidad de que los interrumpieran, o de que Jake muriera mientras él estaba ocupado con este pobre ejemplar de hombre.

Alzó la mirada y vio a la mujer apuntando con su pistola al conductor de la van. Eso era bueno. *Ella* era buena: ¿por qué no le había dado Gan la historia de la Torre a alguien como ella? En cualquier caso, su instinto de mantenerla con ellos había resultado cierto. Incluso el estrépito infernal de perros y brambo se había acallado. Acho lamía el polvo y el aceite del rostro de Jake, mientras que en la van, Pistola y Bala engullían la hamburguesa, esta vez sin interferencia de su amo.

Rolando volvió a mirar a King y la concha hizo su vieja danza segura sobre la parte de encima de sus dedos. King cayó bajo su influjo casi de inmediato, como le pasa a la mayoría de personas que han sido hipnotizadas antes. Tenía los ojos aún abiertos, pero ahora parecían mirar a través del pistolero, más allá de él.

El corazón de Rolando le gritaba que pasara por esto tan rápido como pudiera, pero su cabeza sabía más. *No debes hacerlo mal. No a menos que quieras que el sacrificio de Jake sea inútil.*

La mujer lo observaba, así como el conductor de la van sentado en la puerta abierta de su vehículo. Sai Tassenbaum peleaba con ello, vio Rolando, pero Bryan Smith había seguido a King a la tierra del sueño. Esto no sorprendió mucho al pistolero. Si el hombre hubiera tenido el menor indicio de lo que había hecho allí, bien podía haber aprovechado cualquier oportunidad para escapar. Incluso una oportunidad temporal.

El pistolero regresó su atención al hombre que era, supuso, su biógrafo. Empezó tal y como lo había hecho antes. Días atrás en su propia vida. Alrededor de dos décadas en la vida del escritor.

"Stephen King, ¿me ves?"

"Pistolero, te veo muy bien."

"¿Cuándo me viste la última vez?"

"Cuando vivíamos en Bridgton. Cuando mi tet era joven. Cuando apenas aprendía a escribir." Una pausa, luego le dio lo que Rolando supuso era, para él, la forma más importante de marcar el tiempo, algo que era muy diferente para cada hombre: "Cuando aún bebía."

"¿Estás ahora profundamente dormido?"

"Profundamente."

"¿Estás en dolor?"

"En dolor, sí. Gracias."

El bilibrambo aulló de nuevo. Rolando miró alrededor, terriblemente temeroso de lo que podía significar. La mujer había ido a Jake y se arrodillaba a su lado. Rolando sintió alivio al ver a Jake poner un hombro alrededor de su cuello y acercarle la cabeza para poderle hablar al oído. Si tenía la fuerza suficiente para hacer eso—

¡Detén esto! Viste la forma cambiada bajo su camisa. No puedes darte el lujo de perder el tiempo con esperanzas.

Había aquí una cruel paradoja: puesto que amaba a Jake, tenía que dejarle el asunto de la muerte de Jake a Acho y a una mujer que habían conocido hacía menos de una hora.

Tenía que olvidarlo. Su asunto ahora era con King. Si Jake debía pasar al claro mientras él le daba la espalda. . . *si el ka lo dice así, que así sea.*

Rolando hizo acopio de su voluntad y concentración. Las enfocó en un punto ardiente, luego puso su atención una vez más en el escritor. "¿Eres Gan?" preguntó, abruptamente, sin saber por qué se le ocurrió la pregunta—sólo que era la pregunta *correcta*.

"No," dijo King de inmediato. Corrió sangre en su boca del corte en su cabeza y la escupió, sin parpadear una sola vez. "Una vez pensé que lo era, pero eso era sólo por el alcohol. Y el

orgullo, supongo. Ningún escritor es Gan—ningún pintor, ningún escultor, ningún hacedor de música. Somos kas-ka Gan. No ka-Gan sino kas-ka Gan. ¿Entiendes? ¿Lo. . . lo captas?”

“Sí,” dijo Rolando. Los profetas de Gan o los cantantes de Gan: podía significar una o las dos cosas. Y ahora sabía por qué lo había preguntado. “Y la canción que cantas es Ves’-Ka Gan. ¿O no?”

“¡Oh, sí!” dijo King y sonrió. “La Canción de la Tortuga. ¡Es demasiado hermosa para los de mi clase, que difícilmente podemos hacer una tonada!”

“No me importa,” dijo Rolando. Pensó tan duro y tan claro como su mente aturdida se lo permitió. “Y ahora estás herido.”

“¿Estoy paralizado?”

“No lo sé.” *Ni me importa.* “Todo lo que sé es que vivirás y cuando puedas volver a escribir, escucharás la Canción de la Tortuga, Ves’-Ka Gan, como hiciste antes. Paralizado o no. Y esta vez cantarás hasta que acabe la canción.”

“De acuerdo.”

“Tú—”

“Y Urs-Ka Gan, la Canción del Oso,” lo interrumpió King. Luego sacudió la cabeza, aunque esto claramente le dolió a pesar del estado hipnótico en que estaba. “Urs-A-Ka Gan.”

¿El Llanto del Oso? ¿El Grito del Oso? Rolando no sabía cuál. Tendría que esperar que no importara, que no fuera más que el divagar de un escritor.

Un carro halando una casa móvil pasó por la escena del accidente sin bajar la velocidad, luego un par de grandes bicicletas de motor pasaron en el otro sentido. Y a Rolando se le ocurrió una idea extrañamente persuasiva: el tiempo no se había detenido, pero por el momento, eran *oscuros*. Eran protegidos de esa forma por el Haz, que ya no estaba bajo ataque y por tanto podía ayudar, al menos un poco.

CUATRO

Díselo de nuevo. Que no haya entendido mal. Y que no se debilite, como se ha debilitado antes.

Se dobló hasta que su rostro estuvo frente al de King, sus narices casi tocándose. “Esta vez cantarás hasta que la canción termine, escribir hasta que la historia termine. ¿Realmente entiendes?”

“Y vivieron felices y comieron perdices hasta el final de sus días,” dijo King entre sueños. “Desearía poder escribir eso.”

“Yo también.” Y eso era lo que deseaba, más que nada. A pesar de su dolor, ya no habían lágrimas; sentía los ojos como dos piedras calientes en su cabeza. Tal vez las lágrimas saldrían después, cuando la verdad de lo que había pasado allí tuviera una oportunidad de entrar un poco.

“Haré como dices, pistolero. Sin importar cómo resulte la historia cuando se hagan pocas las páginas.” La voz misma de King se estaba apocando. Rolando pensó que pronto quedaría inconsciente. “Lamento lo de tus amigos, de verdad lo lamento.”

“Gracias,” dijo Rolando, aún conteniendo la necesidad de poner las manos alrededor del cuello del escritor y asfixiarlo hasta que muriera.

“¿Escuchaste la canción de *ella*, como te dije? ¿La Canción de Susannah?”

“Yo. . . sí.”

Ahora King se obligó a incorporarse en un codo, y si bien su fuerza claramente le fallaba, su voz era seca y fuerte. “Ella te necesita. Y tú a ella. Déjame solo ahora. Guarda tu odio para aquellos que lo merecen más. Yo no cree tu ka más de lo que cree a Gan o al mundo, y los dos lo sabemos. Deja atrás tu estupidez—y tu dolor—y has lo que quieres que yo haga.” La voz de King subió hasta un grito rudo; su mano se disparó y agarró la muñeca de Rolando con sorprendente fuerza. “*¡Termina el trabajo!*”

Al comienzo no le salió nada a Rolando cuando intentó responder. Tuvo que aclararse la garganta y empezar de nuevo. "Duerme, sai—duerme y olvida a todos aquí excepto al hombre que te golpeó."

Los ojos de King se cerraron. "Olvidar a todos aquí excepto al hombre que me golpeó."

"Estabas dando tu caminata y este hombre te golpeó."

"Caminando. . . y este hombre me golpeó."

"Nadie más estuvo aquí. Ni yo, ni Jake, ni la mujer."

"Nadie más," concordó King. "Sólo él y yo. ¿Dirá él lo mismo?"

"Sí. Muy pronto dormirás profundamente. Puedes sentir dolor más tarde, pero ahora no sientes nada."

"No hay dolor ahora. Dormir profundamente." El cuerpo torcido de King se relajó sobre las agujas de pino.

"Pero antes de dormir, escúchame una vez más," dijo Rolando.

"Estoy escuchando."

"Una mujer puede venir a t—espera. ¿Sueñas con amor con hombres?"

"¿Me preguntas si soy gay? ¿Tal vez un homosexual latente?" King sonaba débil pero divertido.

"No lo sé." Rolando hizo una pausa. "Eso creo."

"La respuesta es no," dijo King. "A veces sueño con amor con mujeres. Un poco menos ahora que soy más viejo. . . y probablemente no en un buen tiempo ahora. Ese maldito realmente me golpeó duro."

Ni de cerca tan duro como golpeó al mío, pensó Rolando amargamente, pero no lo dijo.

"Si soñáis sólo en amor con mujeres, es una mujer la que puede venir a ti."

"¿Eso dices?" King sonaba levemente interesado.

"Sí. Si ella viene, será bella. Puede hablarte sobre la calma y el placer del claro. Puede hacerse llamar Morphia, Hija del Sueño, o Selena, Hija de la Luna. Puede ofrecerte su brazo y prometer que te llevará allí. Debes rehusarte."

"Debo rehusarme."

"Incluso si estás tentado por sus ojos y sus pechos."

"Incluso entonces," concordó King.

"¿Te rehusarás, sai?"

"Porque la Canción no está terminada."

Por fin Rolando estuvo satisfecho. La señora Tassenbaum se arrodillaba junto a Jake. El pistolero la ignoró así como al muchacho y fue al hombre sentado tras el volante del carruaje de motor que había hecho todo el daño. Los ojos de este hombre estaban muy abiertos y en blanco, y la boca suelta. Una línea de saliva colgaba de su barbilla con una incipiente barba.

"¿Me escuchas, sai?"

El hombre asintió temerosamente. Tras él, los dos perros se habían callado. Cuatro ojos brillantes observaban al pistolero desde el medio de las sillas.

"¿Cuál es tu nombre?"

"Bryan, que te plazca—Bryan Smith."

No, no le placía en lo absoluto. Había aquí otro más que le gustaría estrangular. Otro auto pasó por el camino y esta vez la persona al volante hizo sonar la bocina al pasar. Cualquiera que fuera la protección que tenían, había empezado a debilitarse.

"Sai Smith, vos golpeaste a un hombre con tu auto o camiónmóvil o como quiera que lo llames."

Bryan Smith empezó a temblar. "Nunca me han puesto más que una infracción por parquear mal," gimió, "y itengo que pasarle por encima al hombre más famoso del estado! Mih perros estaban peleando—"

"Tus mentiras no me enfurecen," dijo Rolando, "pero el miedo que las produce sí. Cierra la boca."

Bryan Smith hizo lo que le dijo Rolando. El color desaparecía lenta pero firmemente de su rostro.

"Estabas solo cuando lo golpeaste," dijo Rolando. "Nadie aquí sino vos y el narrador de historias. ¿Entiendes?"

"Estaba solo. Señor, ¿eres un aparecido?"

"Olvida lo que soy. Lo revisaste y viste que aún estaba vivo."

"Todavía vivo, bien," dijo Smith. "No quería lastimar a nadie, en serio."

"Él te habló. Así supiste que estaba vivo."

"¡Sí!" sonrió Smith. Luego frunció el ceño. "¿Qué dijo?"

"No lo recuerdas. Estabas ansioso y asustado."

"Asustado y ansioso. Ansioso y asustado. Sí, lo estaba."

"Conduce ahora. Mientras conduzcas, despertarás, poco a poco. Y cuando llegues a una casa o tienda, te detendrás y dirás que hay un hombre herido por el camino. Un hombre que necesita ayuda. Repítelo, y di la verdad."

"Conducir," dijo. Sus manos acariciaron el volante como si añorara irse ya. Rolando supuso que así era. "Despertar, poco a poco. Cuando llegue a una casa o tienda, decirles que Stephen King está herido a un lado del camino y necesita ayuda. Sé que está vivo porque me habló. Fue un accidente." Hizo una pausa. "No fue mi culpa. Él estaba caminando por la carretera." Una pausa. "Probablemente."

¿Me importa sobre quién caiga la culpa por este desastre? se preguntó Rolando. A decir verdad, no. King seguiría escribiendo fuera como fuera. Y Rolando casi esperaba que lo culparan, pues de hecho sí era culpa de King; en primer lugar, no tenía nada que hacer en este sitio.

"Conduce ahora," le dijo a Bryan Smith. "No quiero verte más."

Smith encendió la van con una expresión de profundo alivio. Rolando no se molestó viéndolo irse. Fue a la señora Tassenbaum y cayó de rodillas a su lado. Acho se sentaba junto a la cabeza de Jake, ahora en silencio, sabiendo que aquel a quien lloraba ya no oiría sus aullidos. Lo que más temía el pistolero había pasado. Mientras le hablaba a los dos hombres que no le agradaban, el muchacho a quien más que a todos los demás—más de lo que había amado a nadie en su vida, incluso a Susan Delgado—había muerto lejos de él por segunda vez. Jake estaba muerto.

CINCO

"Él te habló," dijo Rolando. Tomó a Jake en sus brazos y empezó a mecerlo suavemente de un lado al otro. Las Rizas tintineaban en su bolsa. Ya podía sentir cómo se enfriaba el cuerpo de Jake.

"Sí," dijo ella.

"¿Qué dijo?"

"Me dijo que volviera por ti 'después que acabe el asunto.' Esas fueron sus palabras exactas. Y dijo, 'Dile a mi padre que lo amo.'"

Rolando hizo un ruido, sofocado y miserable, en el fondo de su garganta. Recordaba cómo había sido en Fedic, después que habían pasado por la puerta. *Salve, Padre*, había dicho Jake. Rolando también lo había tomado en sus brazos. Sólo que entonces había sentido cómo latía el corazón del muchacho. Daría lo que fuera por sentir de nuevo cómo latía.

"Hubo más," dijo, "pero ¿tenemos tiempo para eso ahora, especialmente si te lo puedo decir después?"

Rolando entendió de inmediato. La historia que Bryan Smith y Stephen King conocían era simple. No había lugar en ella para un hombre escuálido y cansado por el viaje con una pistola

grande, ni una mujer cuyo pelo se volvía gris; ciertamente no para un muchacho muerto con una bolsa de platos afilados colgada en su hombro y una máquina pistola en la cintura de sus pantalones.

La única pregunta era si la mujer iba a volver o no. No era la primera persona que él había atraído para que hiciera cosas que no habrían hecho por lo general, pero sabía que las cosas le podrían parecer diferentes a ella una vez que estuviera lejos de él. Pedirle una promesa—*¿Juras volver por mí, sai? ¿Lo juras por el corazón acallado de este muchacho?*—no serviría. Podía decir cada palabra honestamente aquí y luego cambiar de opinión una vez pasara la primera colina.

Sin embargo, cuando tuvo la oportunidad de llevarse al tendero que era dueño del camión, no lo había hecho. Ni la había reemplazado por el viejo que cortaba el pasto en casa del escritor.

"Será más tarde," dijo. "Por ahora, apresúrate en tu camino. Si por alguna razón sientes que no puedes volver a este sitio, no te culparé."

"¿A dónde irías tú solo?" le preguntó ella. "¿A dónde *sabrías* ir? Éste no es tu mundo. ¿O lo es?"

Rolando ignoró la pregunta. "Si aún quedan personas aquí la primera vez que vuelvas—oficiales de paz, guardias de seguridad, espaldas azules, no sé—sigue de largo sin parar. Vuelve en el lapso de media hora. Si aún están aquí, sigue adelante otra vez. Sigue haciéndolo hasta que se vayan."

"¿Me notarán yendo de un lado al otro?"

"No lo sé," dijo. "¿Lo harán?"

Ella lo pensó, luego casi sonrió. "¿Los policías de esta parte del mundo? Probablemente no."

Él asintió, aceptando su criterio. "Cuando sientas que sea seguro, para. No me verás, pero yo sí te veré. Esperaré hasta que esté oscuro. Si no estás aquí para entonces, me voy."

"Vendré por ti, pero no en ese miserable ejemplar de camión," dijo. "Vendré en un Mercedes Benz S600." Dijo esto con algo de orgullo. Rolando no tenía idea de qué era un Mercedes Ven, pero asintió como si lo entendiera.

"Ve. Hablaremos más tarde, después que vuelvas."

Si es que vuelves, pensó.

"Creo que podrías querer esto," dijo, y puso el revólver de vuelta en su funda.

"Os agradezco, sai."

"De nada."

La vio irse hacia el viejo camión (y pensó que a ella había empezado a gustarle, a pesar de sus palabras de desprecio) y ponerse al volante. Y al hacerlo, Rolando se dio cuenta de que había algo que necesitaba, algo que podría estar en el camión. "*¡Espera!*"

La Sra. Tassenbaum había puesto su mano en la llave en el encendido. Ahora la bajó y lo miró curiosa. Rolando puso suavemente a Jake en el suelo bajo el cual debía yacer pronto (fue esa idea la que le había hecho gritarle) y se puso en pie. Hizo una mueca y se puso la mano en la cadera, pero eso era sólo un hábito. No había dolor.

"¿Qué?" preguntó ella cuando se acercaba. "Si no me voy pronto—"

No importaba en lo absoluto si se iba. "Sí, lo sé."

Miró en la parte de atrás del camión. Junto con el reguero descuidado de herramientas había una forma cuadrada bajo un impermeable azul. Los bordes del impermeable habían sido doblados bajo el objeto para evitar que se volara. Cuando Rolando quitó el impermeable, vio ocho o diez cajas hechas del papel grueso que Eddie llamaba "cartón tabla." Las habían puesto juntas para dar la forma de cuadrado. Las imágenes impresas en el cartón tabla le decían que eran cajas de cerveza. No le habría importado así fueran cajas de explosivos.

Era el impermeable lo que quería.

Se alejó del camión con él en los brazos y dijo, "*Ahora* puedes irte."

Ella agarró la llave que encendía el motor una vez más, pero no lo prendió de inmediato. "Señor," dijo, "lamento tu pérdida. Sólo quería decirle eso. Puedo ver lo que el muchacho significaba para ti."

Rolando Deschain dobló la cabeza y no dijo nada.

Irene Tassenbaum lo miró un momento más, recordándose que a veces las palabras son cosas inútiles, luego encendió el motor y cerró con fuerza la puerta. Rolando la vio meterse al camino (su uso del embrague ya se había vuelto suave y seguro), dando una vuelta fuerte para poder conducir al norte, de vuelta a Stoneham Este.

Lamento tu pérdida.

Y ahora estaba solo con esa pérdida. Solo con Jake. Por un momento Rolando se quedó revisando la pequeña arboleda junto a la carretera, observando a dos de los tres que habían sido arrastrados a este sitio: un hombre, inconsciente, y un muchacho muerto. Los ojos de Rolando estaban secos y calientes, palpitando en su sitio, y por un momento estuvo seguro de que había perdido la capacidad de llorar. La idea le horrorizó. Si era incapaz de llorar después de todo esto—después de lo que había vuelto a ganar y luego había perdido otra vez—¿de qué servía todo aquello? Por eso fue un inmenso descanso cuando las lágrimas finalmente llegaron. Se derramaron de sus ojos, calmado su brillo azul casi loco. Bajaron por sus sucias mejillas. Lloraba casi en silencio, pero hubo un sólo sollozo y Acho lo escuchó. Levantó su hocico hacia el corredor de nubes que se movían rápidamente y aulló una sola vez hacia ellas. Luego también quedó en silencio.

SEIS

Rolando cargó a Jake a lo profundo del bosque, con Acho, corriendo en sus talones. Que el brambo también estuviera llorando ya no sorprendía a Rolando; lo había visto llorar antes. Y los días en que creía que las demostraciones de inteligencia (y empatía) de Acho podían ser nada más que imitación habían pasado hacía mucho tiempo. La mayor parte de lo que Rolando pensaba en esa corta caminata era en una oración para los muertos que le había oído a Cuthberth en su última campaña juntos, aquella que terminó en Jericho Hill. Dudaba que Jake necesitara una oración para enviarlo, pero el pistolero necesitaba tener la mente ocupada, pues no la sentía fuerte en este momento; si se le iba demasiado en la dirección incorrecta, ciertamente se quebraría. Tal vez más tarde podría permitirse la histeria—o incluso la irina, la locura sanadora—pero no ahora. No se quebraría en este momento. No dejaría que la muerte del muchacho quedara en nada.

El brillo del verano como una niebla de verde y oro que habita sólo en bosques (y bosques viejos, como aquel donde el Oso Shardik asechaba), se hizo más profundo. Caía a través de los árboles como haces crepusculares y el lugar donde Rolando se detuvo finalmente parecía más una iglesia que un claro. Había recorrido alrededor de unos doscientos pasos desde el camino en una línea hacia el occidente. Allí puso en el suelo a Jake y miró a los lados. Vio dos latas de cerveza oxidadas y unas cuantas vainillas de balas, probablemente resto de los cazadores. Las tomó y las arrojó más hacia el bosque de manera que el lugar quedara limpio. Luego miró a Jake, secándose las lágrimas para poder ver tan claramente como pudiera. El rostro del muchacho estaba tan limpio como el claro, Acho se había encargado de eso, pero uno de los ojos de Jake aún estaba abierto, dándole al muchacho una malévolamente expresión de que guiñaba un ojo, que no debía permitirse. Rolando le cerró el párpado con un dedo y cuando se volvió a abrir (como una cortina rebelde, pensó), se pasó la lengua por la yema del pulgar y cerró el párpado de nuevo. Esta vez permaneció cerrado.

Había sangre y polvo en la camisa de Jake. Rolando se la sacó, luego se quitó la suya y se la puso a Jake, moviéndolo como una muñeca para poder ponérsela. La camisa casi le daba a las rodillas, pero Rolando no intentó arremangarla; de esta forma cubría las manchas de sangre en los pantalones de Jake.

Todo esto lo observaba Acho, con sus ojos de aros dorados brillantes por las lágrimas.

Rolando había esperado que la tierra fuera suave bajo la gruesa alfombra de agujas de pino, y así era. Ya llevaba un buen pedazo de la tumba de Jake cuando escuchó el sonido de un motor, proveniente del camino. Otros carruajes de motor habían pasado desde que había

cargado a Jake en el bosque, pero reconoció el ruido disonante de éste. El hombre del vehículo azul había vuelto. Rolando no había estado completamente seguro de que lo hiciera.

"Quédate," le murmuró al brambo. "Guarda a tu amo." Pero eso estaba mal. "Quédate y guarda a tu amigo."

No habría sido extraño que Acho repitiera la orden (*¡Édate!* era probablemente lo mejor que podría decir) en la misma voz baja, pero esta vez no dijo nada. No obstante, Rolando lo vio sentarse junto a la cabeza de Jake y espantar una mosca que se acercaba volando hacia la nariz del muchacho. Rolando asintió, satisfecho, luego se alejó en la dirección por la que habían venido.

SIETE

Bryan Smith estaba fuera de su carruaje de motor y sentado sobre el muro de piedra para cuando Rolando volvió a verlo, la caña que llevaba la tenía sobre su regazo. (Rolando no tenía idea de si la caña era un manierismo o algo que el tipo realmente necesitaba, y tampoco le preocupaba.) King había recuperado una versión pastosa de consciencia y los dos hombres hablaban.

"Por favor dime que sólo esta dislocada," dijo el escritor con una voz débil y preocupada.

"¡No! Diría que la pierna está rota en seis o tal vez siete lugares." Ahora que había tenido tiempo de calmarse y tal vez inventar una historia, Smith sonaba no sólo en calma sino casi feliz.

"Anímate, ¿por qué no?" dijo King. El lado visible de su rostro estaba muy pálido pero el flujo de sangre de la herida en su cien casi se había detenido. "¿Tienes un cigarrillo?"

"No," dijo Smith en esa misma voz locamente animadora. "Dejé de fumar."

Aunque no era particularmente fuerte en el tacto, Rolando tenía lo suficiente para saber que eso era mentira. Pero Smith sólo tenía tres y no los quería compartir con el hombre, quien probablemente podía comprarse suficientes cigarrillos para llenar la van de Smith con ellos. *Además*, pensó Smith—

"Además, las personas que han estado en un accidente no deben fumar," dijo Smith virtuosamente.

King asintió. "Es difícil respirar, de cualquier manera," dijo.

"Probablemente una costilla o dos también estén rotas. Mi nombre es Bryan Smith. Soy el que te atropello. Lo siento." Estiró su mano e, increíblemente, King también se la dio.

"Nada como esto me había pasado antes," dijo Smith. "Nunca he recibido siquiera una infracción de parqueo."

Puede que King supiera o no que esto era una mentira, pero optó por no hacer ningún comentario; había algo más en su mente. "Sr. Smith—Bryan—¿estuvo alguien más aquí?"

En los árboles, Rolando se tensó.

Smith pareció de hecho pensarlo. Buscó en su bolsillo sacó una barra de Mars y empezó a abrirla. Luego sacudió la cabeza. "Sólo usted y yo. Pero llamé al 911 y a Rescate, en la tienda. Dijeron que había alguien muy cerca. Dijeron que estarían aquí en muy poco tiempo. No se preocupe."

"Usted sabe quién soy."

"¡Por Dios, sí!" dijo Bryan Smith y sonrió. Le dio una mordida a la barra de dulce y habló con la boca ella en la boca. "Lo reconocí de inmediato. He vihto todas sus películas. Mi favorita es la del San Bernardo. ¿Cómo se llamaba el perro?"

"Cujo," dijo King. Era una palabra que Rolando conocía, una que Susan Delgado había usado a veces cuando estaban solos. En Mejis, *cujo* significa "dulce."

"¡Sí! ¡Fue grandiosa! ¡Asustaba como el demonio! ¡Me alegra que el niño viviera!"

"En el libro moría." Luego King cerró los ojos y se acostó, esperando.

Smith mordió otra vez, esta ocasión una mordida enorme. "¡También me gustó el programa que hicieron del payaso! ¡Genial!"

King no respondió. Sus ojos permanecieron cerrados, pero Rolando pensó que el movimiento ascendente y descendente del pecho del escritor se veía profundo y firme. Eso era bueno.

Entonces un camión fue hacia ellos y se movió hasta detenerse frente a la van de Smith. El nuevo carruaje de motor era del tamaño de una carroza fúnebre, pero naranja en vez de negro y equipado con luces que prendían y apagaban. A Rolando no le disgustó ver que se paraba encima de las huellas del camión del tendero antes de detenerse.

Rolando casi esperaba que un robot se bajara del coche, pero fue un hombre. El tipo buscó en el auto una bolsa negra de médico. Satisfecho de que todo estaría tan bien allí como era posible, Rolando regresó al lugar donde depositó a Jake, moviéndose con toda su vieja gracia inconsciente: no quebró una sola rama, ni hizo volar a ningún pájaro por la sorpresa.

OCHO

¿Les sorprendería, después de todo lo que hemos visto juntos y todos los secretos que hemos aprendido, saber a las cinco y cuarto de esa tarde la Sra. Tassenbaum metió el viejo camión de Chip McAvoy en la carretera de entrada de una casa que ya hemos visitado? Probablemente no, porque el ka es una rueda, y lo único que sabe es rodar. La última vez que visitamos este sitio, en 1977, la casa y el bote en la playa del Estanque Keywadin eran blancos con verde claro. Los Tassenbaum, que compraron el sitio en el 94 lo habían pintado de un color crema muy agradable (no claro; según la manera de pensar de Irene Tassenbaum, el claro es para personas indecisas). También habían puesto un letrero que decía CABAÑA DEL OCASO en un poste a la entrada de la carretera de acceso, y en lo que al Tío Sam concernía era parte de su dirección de correo, pero para la gente del lugar, esta casa al extremo sur del Estanque Keywadin siempre sería la vieja casa de John Cullum.

Parqueó el camión junto a su Benz rojo oscuro y se metió dentro, ensayando mentalmente lo que le diría a David sobre por qué tenía el camión del tendero local, pero la Cabaña del Ocaso murmuraba con el silencio peculiar que sólo tienen los lugares vacíos; ella lo captó de inmediato. Había regresado a muchos lugares vacíos—apartamentos al comienzo, casas más y más grandes a medida que pasaba el tiempo—en el curso de los años. No porque David estuviera fuera embriagándose o con mujeres, Dios no lo quiera. No, él y sus amigos usualmente estaban en el garaje de uno u otro, un taller de sótano u otro, bebiendo vino barato y cerveza en descuento del Beverage Barn, creando la Internet además de todo el software necesario para darle soporte y hacerlo más amigable al usuario. Los beneficios, aunque la mayoría no lo habría creído, habían sido sólo un efecto colateral. El silencio al cual sus esposas tan a menudo llegaban en sus casas era otro. Tras un rato todo ese silencio murmurante te atrapaba, incluso te *enloquecía*, pero no hoy. Hoy estaba deleitada de que la casa fuera sólo para ella.

¿Vas a dormir con el Comisario Dillon si te quiere?

No era una pregunta en la que siquiera tuviera que pensar. La respuesta era sí, dormiría con él si la quería: follaría de lado, de espaldas, en estilo perrito o de pie, si eso era lo que él quería. Él ni siquiera—incluso si no estuviera llorando la pena por su joven

(¿sai? ¿hijo?)

amigo, ni siquiera habría querido dormir con ella, con sus arrugas, con su cabello que se volvía gris en las raíces, con la llanta de repuesto que sus vestidos de diseñador no podían ocultar. La idea misma era ridícula.

Pero sí. Si él la quería, ella lo haría.

Miró al refrigerador y allí, bajo uno de los imanes que lo adornaban (SOMOS POSITRONICS, CONSTRUYENDO EL FUTURO UN CIRCUITO A LA VEZ, decía éste) había una nota pequeña.

Ree—

Querías que me relajara, y eso estoy haciendo (¡maldición!). Es decir, me fui de pesca con Sonny Emerson, al otro lado del lago, ajá, ajá. Volveré a las 7 a menos que los insectos estén muy mal. Si te llevo una lobina, ¿cocinarás y limpiarás?

D.

P.D.: Pasó algo en la tienda lo suficientemente grande para reunir 3 patrullas de policía. ¿¿¿¿APARECIDOS, tal vez??? ☺ Si escuchas algo, cuéntame.

Le había dicho que *ella* iba a la tienda esta tarde—huevos y leche que desde luego nunca había conseguido—y él había asentido. *Sí querida, sí querida*. Pero esta nota no mostraba una pizca de preocupación, ninguna señal de que se acordara incluso de lo que ella le había dicho. ¿Bien, qué más podía esperar? En lo que tocaba a David, la información entraba por la oreja A, la información salía por la oreja B. Bienvenidos a GenioLandia.

Le dio la vuelta a la nota, sacó una pluma de una taza de té llena de ellas, dudó y luego escribió:

David,

Algo pasó, y tengo que irme por un tiempo. 2 días al menos, creo, tal vez 3 o 4. Por favor no te preocupes por mí y no llames a nadie. MUCHO MENOS A LA POLICÍA. Es un asunto de gato callejero.

¿Entendería eso? Pensó que sí, si recordaba cómo se conocieron. Fue en la Asociación Protectora de Animales de Santa Mónica, entre las filas almacenadas de jaulas para perro en la parte de atrás: el amor florece mientras los gozques ladran. A ella le sonaba como una frase de James Joyce, por Dios. Él había llevado un perro callejero que había encontrado en una calle de suburbio cerca al apartamento donde se quedaba con media docena de amigos intelectuales. Ella estaba buscando un gato para darle vida a lo que era una vida esencialmente sin amigos. En ese entonces él tenía todo su cabello. En cuanto a ella, pensaba que las mujeres que se tinturaban el suyo eran levemente divertidas. El tiempo era un ladrón y una de las primeras cosas que se llevaba era tu sentido del humor.

Dudó, y luego añadió

Te amo,

Ree

¿Era eso aún verdad? Bueno, como fuera lo dejaría así. Tachar lo que se ha escrito en tinta siempre se veía feo. Puso de nuevo la nota en el refrigerador con el mismo imán para mantenerla en su sitio.

Sacó las llaves del Mercedes de la canasta junto a la puerta, luego recordó el bote de remos, aún atado al pequeño muelle tras el almacén. Estaría bien allí. Pero luego pensó en algo más, algo que el muchacho le había dicho. *Él no sabe de dinero*.

Fue a la bodega, donde siempre mantenía un rollo delgado de billetes de cincuenta dólares (habían lugares aquí, lejos de la civilización donde le gustaría jurar que nunca habían oído de MasterCard) y sacó tres. Empezó a caminar, alzó los hombros, volvió y sacó otros tres. ¿Por qué no? Hoy estaba viviendo peligrosamente.

De camino hacia la salida, paró un momento para observar la nota. Y entonces, por absolutamente ninguna razón que pudiera entender, quitó el imán de Positronics y lo reemplazó con una tajada de naranja. Luego se fue.

No importaba el futuro. Por el momento, tenía suficiente para mantenerse ocupada en el presente.

NUEVE

La carroza de emergencia se había ido, llevando al escritor al hospital o enfermería más cercana, supuso Rolando. Los oficiales de paz habían llegado tan pronto como se fue, y estuvieron tal vez media hora hablando con Bryan Smith. El pistolero podía escuchar la palabra desde el lugar donde se encontraba, apenas al otro lado del primer ascenso. Las preguntas de los espaldas azules eran claras y en calma, las respuestas de Smith poco más que murmullos. Rolando no encontró razón para dejar de trabajar. Si los azules llegaban y lo encontraban, se encargaría de ellos. Sólo los incapacitaría, a menos que hicieran que eso fuera imposible; sabían los dioses que ya habían muerto suficientes. Pero sepultaría a su muerto, fuera como fuera.

Sepultaría a su muerto.

La hermosa luz verde y dorada del claro se hizo más profunda. Los mosquitos lo encontraron pero no se detuvo en lo que hacía para espantarlos, simplemente los dejó llenarse e irse volando pesadamente, hartos con su carga de sangre. Escuchó motores que se encendían cuando terminó de excavar la tumba con sus manos, el suave rugido de dos autos y el sonido más irregular del van-móvil de Smith. Había escuchado la voz de sólo dos oficiales de paz, lo que quería decir que, a menos que hubiera un tercer espalda azul que no dijo nada, dejaban que Smith condujera él mismo. Rolando pensó que esto era más bien extraño, pero—como la pregunta de si King estaba o no paralizado—no era nada que le importara. Lo único que importaba era esto; lo único que le importaba era ver por el suyo.

Hizo tres viajes para recoger piedras, porque una tumba cavada a mano necesariamente debía ser poco profunda y los animales, incluso en un mundo tan suave como éste, siempre estaban hambrientos. Arrumó las piedras en la cabecera del agujero, una cicatriz rodeada por tierra tan fértil que podía haber sido satén negro. Acho yacía junto a la cabeza de Jake, observando cómo iba y venía el pistolero, sin decir nada. Siempre había sido diferente de los de su clase como ellos lo habían sido desde que el mundo se había movido; Rolando incluso había especulado que era la extraordinaria capacidad de hablar de Acho lo que había hecho que los otros de su tet lo expulsaran, y no suavemente. Cuando se habían topado con él, no muy lejos de la ciudad de River Crossing, estaba esquelético a punto de morir de inanición y con una mordida a medio sanar en un costado. El brambo había amado a Jake desde el comienzo: “Eso es tan claro como la tierra lo necesita,” podría haber dicho Cort (o, en ese caso, el padre de Rolando). Y fue a Jake a quien más le hablaba el brambo. Rolando tenía la idea de que Acho podría quedarse en silencio casi todo el tiempo ahora que el muchacho estaba muerto, y esta idea fue otra manera de definir lo que se perdió.

Recordó al muchacho parado ante la gente de Calla Bryn Sturgis a la luz de las antorchas, su rostro joven y hermoso, como si fuera a vivir por siempre. *Soy Jake Chambers, hijo de Elmer, de la línea de Eld, del ka-tet del Noventa y Nueve*, había dicho, y oh, así era, pues aquí estaba en el Noventa y Nueve, con su tumba cavada por completo, limpia y lista para él.

Rolando empezó a llorar de nuevo. Se puso las manos sobre el rostro y se meció en sus rodillas, oliendo las agujas de pino de dulce aroma y deseando haberse echado atrás antes que el ka, ese viejo y paciente demonio, le hubiera enseñado el precio real de su gesta. Lo habría dado todo por cambiar lo que había pasado, cualquier cosa por cerrar este agujero con nada en su interior, pero éste era el mundo en el que el tiempo corría en un sólo sentido.

DIEZ

Cuando hubo ganado el control de sí mismo otra vez, envolvió a Jake cuidadosamente en el impermeable azul, diseñando una clase de capucha alrededor del pálido y acallado rostro. Taparía el rostro antes de volver a llenar la tumba, pero no hasta entonces.

"¿Acho?" preguntó. "¿Dirás adiós?"

Acho miró a Rolando y por un momento el pistolero no estuvo seguro de que entendiera. Entonces el brambo extendió su cuello y acarició la mejilla del muchacho por última vez con su lengua. "Íós, Ake," dijo: *Adiós, Jake o me duele*, eran lo mismo.²⁵

El pistolero alzó al muchacho (qué ligero era, este muchacho que había saltado del granero con Benny Slightman, y que había hecho frente a los vampiros con el Padre Callahan, qué curiosamente ligero; como si su peso en aumento se hubiera ido junto con su vida) y lo depositó en el agujero. Un poco de tierra cayó sobre una mejilla y Rolando lo limpió. Al terminar, cerró los ojos de nuevo y pensó. Luego, por fin—vacilante—empezó. Sabía que cualquier traducción al lenguaje de este lugar sería tosca, pero hizo lo mejor que pudo. Si el hombre—espíritu de Jake permanecía cerca, éste era el lenguaje que entendería.

"El tiempo vuela, la muerte llama, escucha entonces mi oración.

"El nacimiento no es sino la muerte que empieza, escucha entonces mi oración.

"La muerte no tiene voz, escucha entonces la mía.

Las palabras se dispersaban en la niebla de verde y oro. Rolando las dejó dispersarse, luego empezó con el resto. Ahora hablaba más rápido.

"Éste es Jake, quien sirvió a su ka y a su tet. Digo la verdad.

"Que la mirada compasiva de S'mana sane su corazón. Digo por favor.

"Que los brazos de Gan lo levanten desde la oscuridad de esta tierra. Digo por favor.

"Rodéalo, Gan, con luz.

"Llévalo, Chloe, con fuerza.

"Si tiene sed, dale agua en el claro.

"Si tiene hambre, dale comida en el claro.

"Que su vida en esta tierra y el dolor de su muerte se vuelvan como un sueño para su alma que despierta, y que sus ojos caigan sobre cada visión hermosa; que encuentre los amigos que perdió, y que cada uno de aquellos que llame lo llamen a su vez.

"Éste es Jake, quien vivió bien, amó a los suyos, y murió como el ka lo quiso.

"Cada hombre debe una muerte. Éste es Jake. Denle paz."

Se arrodilló un momento más con las manos entrelazadas entre sus rodillas, pensando que no había entendido el poder real de la aflicción, ni el dolor del arrepentimiento, hasta este momento.

No puedo soportar dejarlo ir.

Pero una vez más, esa cruel paradoja: si no lo hacía, el sacrificio era en vano.

Rolando abrió sus ojos y dijo, "Adiós, Jake. Te amo, querido."

Luego cerró la capucha azul alrededor del rostro del muchacho para protegerlo de la lluvia de tierra que debía seguir.

ONCE

Cuando estuvo llena la tumba y las rocas estuvieron puestas sobre ella, Rolando volvió al claro junto al camino y examinó la historia que contaban los varios rastros, simplemente porque no había nada más que hacer. Cuando hubo terminado esa tarea sin sentido, se sentó en un leño caído. Acho se había quedado junto a la tumba y a Rolando se le ocurrió que podía quedarse allí. Llamaría al brambo cuando regresara la Sra. Tassenbaum, pero sabía que Acho

²⁵ N. del T. Juego de palabras intraducible. Las palabras de Acho, *I Ake*, pueden interpretarse como *bye, Jake* (adiós, Jake) o como *I ache* (me duele).

podría no venir; si no lo hacía, significaba que Acho había decidido unirse a su amigo en el claro. El brambo simplemente se quedaría prestando guardia a la tumba de Jake hasta que la inanición (o algún depredador) se lo llevara. La idea hizo más profunda la pena de Rolando, pero aguardaría a la decisión de Acho.

Diez minutos después el brambo salió del bosque por sí solo y se sentó junto a la bota izquierda de Rolando. "Buen chico," dijo Rolando, y acarició la cabeza del brambo. Acho había decidido vivir. Era algo pequeño, pero algo bueno.

Diez minutos después de eso, un auto rojo oscuro se dirigió casi en silencio al sitio donde King había sido golpeado y Jake había muerto. Se detuvo. Rolando abrió la puerta de pasajeros y entró, aún haciendo una mueca por un dolor que ya no tenía. Acho saltó entre sus pies sin que se lo pidiera, y se acostó, con la nariz contra su costado y dio la impresión de dormirse.

"¿Vio de su muchacho?" preguntó la sra. Tassenbaum, arrancando.

"Sí. Gracias-sai."

"Supongo que no puedo poner una lápida allí," dijo ella, "pero después puedo plantar algo. ¿Hay algo que crea que le hubiera gustado?"

Rolando alzó la mirada, y por primera vez desde la muerte de Jake, sonrió. "Sí," dijo. "Una rosa."

DOCE

Estuvieron andando por casi veinte minutos sin decir una sola palabra. Ella se detuvo en una pequeña tienda sobre la línea municipal de Bridgton y llenó el auto de gasolina: MOBIL, una marca que Rolando reconocía de sus andanzas.

Cuando ella entró para pagar, él alzó la mirada hacia los ángeles, corriendo queridos y certeros por el cielo. El Camino del Haz, y ya más fuerte, a menos que fuera sólo su imaginación. Supuso que no importaba que así fuera. Si el Haz no estaba más fuerte ahora, lo estaría pronto. Habían tenido éxito en salvarlo, pero Rolando no sentía alegría por la idea.

Cuando la señora Tassenbaum salió del almacén, cargaba una camisa sin mangas con un dibujo de un vagón-carroza en él—un vagón-carroza real—y palabras escritas en un círculo. Pudo descifrar CASA, pero nada más. Le preguntó qué decían las palabras.

"DÍAS DE LA VIEJA CASA DE BRIDGTON, JULIO 27 A JULIO 30, 1999," le dijo ella. "Realmente no importa lo que diga en tanto cubra su pecho. Tarde que temprano querremos detenernos, y hay un dicho de estas partes: 'Sin camisa, sin zapatos, sin servicio.' Sus botas se ven gastadas y rotas, pero creo que pasará por la puerta de la mayoría de lugares. Pero ¿sin camisa? Ah no, de ninguna manera. Le conseguiré una camisa mejor luego—una con cuello—y también unos pantalones decentes. Esos vaqueros están tan sucios que apuesto a que se quedan de pie ellos solos." Entró en un breve (pero furioso) debate interior, luego concluyó. "Usted tiene voy a decir unos dos billones de cicatrices. Y eso sólo en la parte de usted que puedo ver."

Rolando no respondió a esto. "¿Tiene dinero?" preguntó.

"Saqué trescientos dólares cuando volví a casa por mi auto y tenía treinta o cuarenta conmigo. También tarjetas de crédito, pero su difunto amigo dijo que usara efectivo siempre que pudiera. Hasta que usted pueda seguir por usted mismo, si es posible. Dijo que habrían hombres buscándolo. Los llamó 'hombres bajos.'"

Rolando asintió. Sí, habrían hombres bajos allá fuera y después de todo lo que él y su ka-tet habían hecho para frustrar los planes de su amo, ellos estarían más que ansiosos por tener su cabeza. Preferiblemente humeando y en el extremo de una estaca. También la cabeza de sai Tassenbaum, si descubrían de ella.

"¿Qué más le dijo Jake?" preguntó Rolando.

"Que debo llevarlo a la ciudad de Nueva York, si usted quería ir allí. Dijo que hay una puerta allá que le llevará a un lugar llamado Faydag."

"¿Dijo más?"

"Sí. Dijo que había otro sitio al que usted podría querer ir antes de usar la puerta." Lo miró tímidamente de reojo. "¿Lo hay?"

Rolando lo meditó y luego asintió.

"También le habló al perro. Sonó como si le estuviera dando al perro. . . ¿órdenes? ¿Instrucciones?" Lo miró con dudas. "¿Es eso posible?"

Rolando pensó que sí. A la mujer Jake sólo podía pedírselo. En cuanto a Acho. . . bueno, podría explicar por qué el brambo no se había quedado junto a la tumba, con todo y los muchos deseos que hubiera podido tener. Por un rato viajaron en silencio. El camino en que estaban condujo a uno más concurrido, lleno de autos y camiones moviéndose a gran velocidad por varios carriles. Ella tuvo que detenerse en un peaje y dar dinero para seguir adelante. El recaudador del peaje era un robot con una canasta por brazo. Rolando pensó que podría dormir, pero vio el rostro de Jake cuando cerró los ojos. Luego el de Eddie, con el vendaje inútil cubriendo su frente. *Si esto es lo que viene cuando cierro los ojos, pensó, ¿cómo serán mis sueños?*

Abrió los ojos de nuevo y la vio conducir por una suave rampa pavimentada, deslizándose por el pesado flujo del tráfico sin parar un momento. Se inclinó y alzó la mirada a través de la ventana a su lado. Habían nubes, los ángeles, viajando por encima de ellos, en la misma dirección. Aún estaban en el Camino del Haz.

TRECE

Ella pensó que él estaba durmiendo con los ojos abiertos. Ahora el volteó a verla desde el lugar donde se sentaba en la silla de pasajero con las manos en el regazo, la mano buena doblada sobre la mutilada, ocultándola. Ella pensó que nunca había conocido a nadie que se viera más ajeno en un Mercedes-Benz. O en cualquier automóvil. También pensó que nunca había visto a un hombre que se viera tan cansado.

Pero no está agotado. No creo que esté siquiera cerca al agotamiento, aunque él puede pensar de otra forma.

"El animal. . . ¿Acho?"

"Acho, sí." El brambo alzó la mirada ante el sonido de su nombre, pero no lo repitió como podría haberlo hecho apenas el día anterior.

"¿Es eso un perro? No lo es, exactamente, ¿o sí?"

"Él, no eso. Y no, no es un perro."

Irene Tassenbaum abrió la boca y luego la volvió a cerrar. Esto era difícil, pues el silencio en compañía no le venía bien. Y estaba con un hombre que encontraba atractivo, incluso en medio de su dolor y agotamiento (tal vez en alguna medida debido a esto). Un muchacho agonizante le había pedido que llevara a este hombre a Nueva York y lo llevara a los sitios a los que necesitara ir una vez estuvieran allí. Había dicho que su amigo sabía incluso menos de Nueva York de lo que sabía de dinero y ella creía que eso era cierto. Pero también creía que este hombre era peligroso. Quería hacerle más preguntas, pero ¿qué si se las respondía? Entendía que lo menos que supiera, mejor su oportunidad, una vez que él se hubiera ido, de fundirse en la vida que había estado viviendo a las cuatro menos cuarto esta tarde. Fundirse como uno se funde a la autopista desde un camino lateral. Eso sería mejor.

Encendió la radio y encontró una estación que pasaba "Amazing Grace." Cuando volvió a ver a su extraño compañero, vio que miraba hacia el cielo que oscurecía y lloraba. Luego miró hacia abajo y vio algo mucho más extraño, algo que conmovió su corazón como no había sido conmovido en quince años, cuando había perdido a su único esfuerzo por tener un hijo.

El animal, el no-perro, el Acho. . . él también lloraba.

CATORCE

Ella salió de la 95 apenas después de la línea estatal de Massachussets y consiguió un par de habitaciones que estaban unidas en un basural llamado la Posada de la Brisa del Mar. No había pensado en traer sus lentes para conducir, los que llamaba culo de insecto (como cuando se dice "cuando traigo puestas estas cosas alcanzo a verle el culo a un insecto"), y de cualquier forma no le gustaba conducir de noche. Con los lentes culo de insecto o sin ellos, conducir de noche le quemaba los nervios, y eso bien podía darle una migraña. Con una migraña no sería de utilidad para ninguno de ellos y su Imitrex se había quedado sentado inútilmente en el botiquín en Stoneham Este.

"Además," le dijo a Rolando, "si esta Corporación Tet que buscas se encuentra en un edificio de negocios, no podrás entrar hasta el lunes de cualquier forma." Probablemente no era cierto; éste era el tipo de hombre que entraba a los lugares cuando le venía en gana. No se le podía mantener fuera. Supuso que eso era parte del atractivo que ejercía sobre un cierto tipo de mujer.

En cualquier caso, no hizo ninguna objeción sobre el motel. No, no saldría a cenar con ella, y por tanto buscó la sucursal de comidas rápidas aceptables más cercana y trajo una cena tardía de KFC. Cenaron en el cuarto de Rolando. Irene le puso a Acho un plato sin que se lo pidieran. Acho comió una sola presa del pollo, sosteniéndola fijamente entre las patas, luego fue al baño y dio la impresión de dormirse en el tapete frente a la bañera.

"¿Por qué llaman a esto Brisa del Mar?" preguntó Rolando. A diferencia de Acho, comía un poco de todo, pero lo hacía sin mostrar la menor señal de placer. Comía como un hombre que hace un trabajo. "No siento ningún olor del océano."

"Bueno, probablemente puedas cuando el viento esté en la zona adecuada y esté soplando un huracán," dijo ella. "Es lo que llamamos una licencia poética, Rolando."

Él asintió, mostrando una inesperada (para ella, al menos) comprensión. "Mentiras bonitas," dijo.

"Sí, supongo."

Encendió el televisor, pensando que lo distraería y quedó impactada por su reacción (aunque se dijo a sí misma que lo que sentía era diversión). Cuando él le dijo que no lo podía ver, no tenía ni idea de cómo interpretar lo que él le decía; su primera idea fue que era alguna clase de crítica indirecta y *teddiblemente* intelectual sobre el medio de comunicación mismo. Luego pensó que podría estar hablando (en una forma igualmente indirecta) de su dolor, su estado de duelo. No fue hasta que él le dijo que escuchaba voces, sí, pero sólo veía líneas que le hacían lagrimear los ojos que se dio cuenta de que él le estaba diciendo la verdad literal: no podía ver las imágenes en la pantalla. No podía ver la repetición de *Roseanne*, ni el comercial de Ab-Flex, ni la cabeza parlanchina en las noticias locales. Lo dejó prendido hasta la historia sobre Stephen King (llevado en un helicóptero de rescate LifeFlight al Hospital General Central de Maine en Lewiston, donde una operación al comienzo de la noche al parecer le había salvado la pierna derecha—su condición mencionada como buena, más operaciones por venir, camino a la recuperación que se esperaba fuera larga e incierta), y luego apagó el televisor.

Alzó la basura—siempre había mucha *más* en una comida de KFC, de alguna forma—le dio a Rolando unas buenas noches inseguras (que él respondió en una manera distraída como de no-estoy-realmente-aquí que la puso nerviosa y triste), luego fue a su propio cuarto que quedaba al lado. Allí vio una hora de una película vieja en la cual Yul Brynner hacía el papel de un robot vaquero que se había enloquecido antes de apagar el televisor e ir al baño a cepillarse los dientes. Allí se dio cuenta de que había—idesde *luego*, tonta!—olvidado su cepillo de dientes. Hizo lo mejor que pudo con su dedo, luego se acostó en la cama en sostén y bragas (tampoco había traído una bata para dormir). Estuvo una hora así antes de notar que intentaba escuchar sonidos del otro lado de la pared del grosor de una hoja de papel, y un sonido en particular: el estallido de la pistola que consideradamente él no había llevado del auto al cuarto del motel. El solitario disparo que significaría que le había puesto fin a su dolor en la forma más directa.

Cuando no pudo soportar más el silencio desde el otro lado de la pared se levantó, se volvió a poner la ropa y salió a mirar las estrellas. Allí, sentado en la acera, encontró a Rolando, con el no-perro a su lado. Quería preguntarle cómo había salido de su cuarto sin que ella lo notara (las paredes eran tan delgadas y ella había estado escuchando con *tanta* atención), pero no lo hizo. En cambio, le preguntó qué hacía allí afuera y la respuesta y la patente desnudez en su rostro al voltearse a verla, la cogieron sin que estuviera preparada. Seguía esperando de él un

rastro de civilización—un movimiento en la dirección de las sutilezas—pero no hubo nada de eso. La honestidad de Rolando era aterradora.

“Tengo miedo de ir a dormir,” dijo. “Tengo miedo de que mis amigos muertos vengan a mí y que verlos me mate.”

Ella lo miró con firmeza en la mezcla de luces: la que caía de su cuarto y ese brillo desalmado de noche de brujas de las luces de sodio del parqueadero. El corazón le latía con suficiente fuerza para que le temblara todo el pecho, pero cuando habló la voz le salió con suficiente calma: “¿Sería de ayuda si me acuesto a tu lado?”

Él lo pensó y asintió. “Creo que sí.”

Ella lo tomó de la mano y entraron al cuarto que ella le había rentado. Él se deshizo de su ropa sin la menor señal de vergüenza y ella miró, absorta y asustada, las cicatrices que cruzaban y mellaban la parte superior de su cuerpo: el fruncimiento rojo de una cuchillada en uno de sus bíceps, la marca lechosa de una quemadura en el otro, las equis blancas de las marcas de latigazos entre sus omoplatos y por sobre ellos, tres hoyuelos profundos que sólo podían ser viejas heridas de balas. Y, desde luego, los dedos que faltaban en su mano derecha. Tenía curiosidad pero sabía que nunca se atrevería a preguntar de ellos.

Se quitó la ropa que llevaba por fuera, dudó, luego se quitó el sostén también. Sus pechos colgaron un poco y en uno de ellos había una cicatriz propia, de una extirpación de quiste en vez de una bala. Y ¿qué con eso? Nunca habría sido modelo de Victoria’s Secret, incluso en su juventud. E incluso en su juventud nunca se había pensado erróneamente a sí misma como tetas y culo pegados a un sistema de respiración artificial. Ni había permitido que alguien más—incluso su esposo—cometiera el mismo error.

Sin embargo, se dejó las bragas puestas. Si se hubiera depilado al menos un poco la entrepierna tal vez se las habría quitado. Si hubiera sabido, al levantarse esa mañana, que se acostaría con un extraño en un cuarto de hotel barato mientras un animal raro dormitaba en el tapete del baño frente a la bañera. Desde luego también habría empacado un cepillo de dientes y un tubo de pasta dental Crest.

Cuando él la rodeó con sus brazos, ella sintió un nudo en la garganta y se tensó, luego se relajó. Pero muy lentamente. Las caderas de Rolando se pegaron contra su trasero y ella sintió el considerable peso que él tenía en el paquete, pero aparentemente lo que él tenía en mente era sólo consuelo; su pene estaba flácido.

Él agarró su pecho izquierdo y pasó el pulgar por el agujero de la cicatriz dejada por la extirpación del quiste. “¿Qué es esto?” preguntó.

“Bueno,” dijo (ahora su voz ya no era firme), “de acuerdo a mi doctor, en otros cinco años habría sido cáncer. De forma que lo sacaron antes de que pudiera. . . no sé, exactamente—la metástasis viene después, si es que llega.”

“¿Antes que pudiera florecer?” preguntó él.

“Sí. Correcto. Bien.” Su pezón estaba ahora tan duro como una roca, y seguramente él debía sentirlo. Ah, esto era tan loco.

“¿Por qué late tan fuerte tu corazón?” preguntó él. “¿Te asusto?”

“Yo. . . sí.”

“No tengas miedo,” dijo él. “La matanza ha terminado.” Una pausa larga en la oscuridad. Podían escuchar el leve zumbido de los autos en la autopista. “Por ahora,” añadió Rolando.

“Oh,” dijo ella con una voz muy baja. “Bien.”

La mano sobre su pecho. La respiración sobre su cuello. Tras un momento interminable que podía haber sido una hora o sólo cinco minutos, la respiración de él se hizo más larga, y ella supo que se había ido a dormir. Estaba alegre y decepcionada a la vez. Algunos minutos después ella también fue a dormir, y fue el mejor descanso que había tenido en años. Si él había tenido pesadillas con sus difuntos amigos, no la molestó con ellas. Cuando despertó en la mañana eran las ocho y él estaba desnudo de pie junto a la ventana, mirando fuera a través de una rendija que había hecho con un dedo en las cortinas.

“¿Dormiste?” preguntó ella.

“Un poco. ¿Seguiremos adelante?”

QUINCE

Podrían haber estado en Manhattan a las tres de la tarde, y el camino a la ciudad en un domingo habría estado mucho menos congestionado que durante la hora pico del lunes en la mañana, pero las habitaciones de hotel en Nueva York eran costosas e incluso si eran del doble de precio necesitaría usar una tarjeta de crédito. Se quedaron en cambio en un Motel 6 en Harwich, Connecticut. Ella rentó sólo una habitación y esa noche él le hizo el amor. No porque él quisiera exactamente, sentía ella, sino porque él entendía que eso era lo que ella quería. Tal vez lo que necesitaba.

Fue extraordinario, aunque ella no podría haber dicho precisamente cómo; a pesar de sentir todas esas cicatrices bajo sus manos—algunas duras, otras suaves—tenía la sensación de hacerle el amor a un sueño. Y esa noche ella *soñó*. Era un campo lleno de rosas con lo que soñó, y una inmensa torre hecha de piedra de pizarra negra erigiéndose en el extremo lejano. En ella, un poco arriba, brillaban lámparas rojas. . . sólo que tenía la idea de que no eran lámparas en lo absoluto, sino ojos.

Ojos *terribles*.

Escuchó muchas voces cantando, miles de ellas, y entendió que algunas eran las voces de los amigos perdidos de Rolando. Despertó con lágrimas en las mejillas y una sensación de pérdida aunque él estaba aún a su lado. Después de ese día no lo vería nunca más. Y eso era lo mejor. Aún así, habría dado cualquier cosa en su vida por hacer que él le hiciera de nuevo el amor, aunque entendía que no había sido realmente a ella a quien él le había estado haciendo el amor; incluso cuando él se corrió en su interior, los pensamientos de Rolando habían estado muy, muy lejos, con aquellas voces.

Aquellas voces perdidas.



Capítulo III:

Nueva York de Nuevo

(Rolando Muestra Su Identificación)

UNO

En la mañana del Lunes 21 de junio del año 99, el sol brillaba sobre la ciudad de Nueva York como si Jake Chambers no yaciera sin vida en un mundo y Eddie Dean en otro; como si Stephen King no yaciera en una sala de Cuidados Intensivos en el hospital de Lewiston, sumergiéndose en la luz de la conciencia sólo por breves intervalos; como si Susannah Dean no se sentara sola con su dolor a bordo de un tren corriendo por antiguas vías peligrosas a lo largo de las tierras baldías de Thunderclap hacia el pueblo fantasma de Fedic. Habían otros que habían elegido acompañarla en su viaje al menos hasta allí, pero ella les había pedido que le dieran espacio, y habían cumplido su deseo. Sabía que se sentiría mejor si pudiera llorar, pero hasta ahora no había sido capaz de eso—unas cuantas lágrimas al azar, como duchas sin sentido en el desierto, eran lo más que había logrado—aunque tenía la horrible sensación de que las cosas eran peores de lo que sabía.

Mie'da, eso no e' ninguna "sensació," gruñía Detta con desprecio desde su lugar bien adentro, mientras Susannah se sentaba mirando hacia las oscuras y pedregosas tierras baldías o a las ocasionales ruinas de ciudades y pueblos que habían sido abandonadas cuando el mundo se movió. *¡Tiene' una intuición genuina, niña! Lo único que no puede' e' decir si e' el viejo alto y feo o Joven Amo Dulzura el que le e'ta haciendo visita a tu homb'e en el claro.*

"Por favor, no," murmuró. "Por favor ninguno de ellos, Dios, no podría soportar otro más."

Pero Dios permanecía sordo a su oración, Jake seguía muerto, la Torre Oscura seguía de pie al final de Can'-Ka No Rey, proyectando su sombra sobre un millón de rosas que gritaban, y en Nueva York el sol del cálido verano brillaba igual sobre justos e injustos.

¿Puedes darme un aleluya?

Gracias sai.

Ahora alguno gríteme uno de los grandes y viejos amén de Dios-bomba.

DOS

La señora Tassenbaum dejó su auto en Sir Speedy-Park en la calle Sesenta y tres (la señal en la acera mostraba a un caballero con su armadura tras el volante de un Cadillac, su lanza asomándose alegremente por la ventana del conductor), donde David y ella alquilaban dos establos al año. Tenían un apartamento cerca, e Irene le preguntó a Rolando si le gustaría ir allí y asearse. . . aunque el hombre de hecho no se veía mal, tenía que admitirlo. Le había comprado un par de vaqueros nuevos y una camisa blanca de abotonar que él se había arremangado hasta los codos; también le había comprado un peine y un tubo de loción capilar

tan fuerte que su constitución molecular probablemente era más cercana al Súper-Pegamento que al gel de Vitales. Con la rebelde mata de cabello llena de canas grises peinada hacia atrás desde su frente, ella había revelado la buena apariencia y los rasgos angulares de un cruce interesante: una mezcla de cuáquero y Cherokee fue lo que se imaginó. La bolsa de Orizas colgaba una vez más de su hombro. Su revólver, la funda envuelta en su cinturón de conchas, estaba allí también. Él la había cubierto de ojos indagadores con la camiseta de Días de la Vieja Casa.

Rolando dijo que no con la cabeza. "Gracias por la oferta, pero he de acabar pronto con lo que necesite hacerse y luego volveré a donde pertenezco." Inspeccionó fríamente las muchedumbres afanosas en las aceras. "Si es que pertenezco a alguna parte."

"Podrías quedarte en el apartamento un par de días y descansar," dijo ella. "Me quedaría contigo." *Y follaría contigo hasta sacarte los sesos, que te plazca*, pensó ella y no pudo evitar una sonrisa. "Es decir, sé que no lo harás, pero *necesitas* saber que la oferta está abierta."

Él asintió. "Gracias, pero hay una mujer que necesita que vuelva a ella tan pronto como pueda." Para él esto sonó a mentira, y una grotesca. Basado en todo lo que había pasado, parte de él pensaba que Susannah Dean necesitaba a Rolando de Gilead de vuelta en su vida casi tanto como los bah-bos de guardería necesitaban veneno para ratas en sus biberones. Irene Tassenbaum la aceptó, sin embargo. Y parte de ella estaba de hecho ansiosa de volver a su esposo. Lo había llamado la noche anterior (usando un teléfono de monedas a kilómetro y medio del motel, sólo para estar segura), y al parecer por fin había atraído de nuevo la atención de David Seymour Tassenbaum. Después de su encuentro con Rolando, la atención de David definitivamente era el segundo premio, pero era mejor que nada, por Dios. Rolando Deschain se desvanecería de su vida pronto, abandonándola para que volviera al norte de Nueva Inglaterra ella sola y explicara lo que había pasado tan bien como pudiera. Parte de ella lloraba la pérdida inminente, pero ya había tenido suficiente aventura en las últimas cuarenta horas o algo así para que le durara por el resto de su vida, ¿o no? Y cosas en qué pensar, eso también. En particular, parecía que el mundo era más delgado de lo que ella había imaginado jamás. Y la realidad más amplia.

"De acuerdo," dijo. "Es la Segunda Avenida con calle Cuarenta y seis a donde quieres ir primero, ¿correcto?"

"Sí." Susannah no había tenido oportunidad de decirles mucho de sus aventuras después que Mia había raptado su cuerpo compartido, pero el pistolero sabía que había un edificio alto—lo que Eddie, Jake y Susannah llamaban rascacielos—que se erigía en el lugar del antiguo lote vacío, y la Corporación Tet seguramente debía estar dentro. "¿Necesitaremos un tac-sí?"

"¿Pueden tú y tu amigo peludo caminar diecisiete calles cortas y dos o tres largas? Es tu decisión, pero a mí no me molestaría estirar las piernas."

Rolando no sabía qué tan larga era una calle larga o qué tan corta podría ser una corta, pero estaba más que dispuesto a descubrirlo ahora que el dolor profundo en su cadera derecha había desaparecido. Stephen King tenía ese dolor ahora, junto con aquel en sus costillas aplastadas y el costado derecho de su cabeza rota. Rolando no lo envidiaba por esos dolores, pero al menos estaban de vuelta con su dueño.

"Vamos," dijo.

TRES

Quince minutos después estaba frente a la larga estructura oscura que se alzaba en el cielo de verano, intentando evitar que su boca se soltara y tal vez se cayera hasta su pecho. No era la Torre Oscura, no *su* Torre Oscura, al menos (aunque no le habría sorprendido saber que habían personas trabajando en esa torre-cielo—algunas de ellas lectores de las aventuras de Rolando—que llamaban a 2 Hammarskjöld Plaza exactamente así), pero no tenía duda de

que era el representante de la Torre en este Mundo Clave, así como la rosa representaba un campo lleno de ellas; el campo que había visto en tantos sueños.

Podía escuchar las voces que cantaban desde aquí, incluso sobre la congestión y el ruido del tráfico. La mujer tuvo que llamarlo por su nombre tres veces y finalmente halarlo de una manga para lograr su atención. Cuando él se volvió a verla—reluctante—vio que no era la torre al otro lado de la calle lo que ella miraba (había crecido a apenas una hora de Manhattan y los edificios altos eran un cuento viejo para ella) sino al pequeño parque a su lado de la calle. Su expresión estaba llena de deleite. “¿No es un hermoso lugarcito? Debo haber pasado por esta esquina cien veces y nunca lo noté hasta ahora. ¿Ves la fuente? ¿Y la escultura de la tortuga?”

Así era. Y aunque Susannah no les había contado esta parte de su historia, Rolando supo que ella había estado aquí—junto con Mia, hija de nadie—y se había sentado en la banca más cercana al mojado caparazón de la tortuga. Casi podía verla sentada allí.

“Me gustaría entrar,” dijo ella tímidamente. “¿Podemos? ¿Hay tiempo?”

“Sí,” dijo él, y la siguió a través de la pequeña puerta de hierro.

CUATRO

El pequeño parque era pacífico, pero no del todo silencioso.

“¿Escuchas personas cantando?” preguntó la señora Tassenbaum en una voz que era difícilmente más que un susurro. “¿Un coro de alguna parte?”

“Apuesta hasta tu último dólar,” respondió Rolando, y de inmediato se arrepintió. Le había aprendido esa frase a Eddie, y decirla le dolió. Caminó hacia la tortuga y puso en tierra una rodilla para examinarla más de cerca. Había una pequeña pieza faltante en su boca, dejando un espacio como un diente faltante. En el lomo había un rayón en forma de un signo de interrogación, y letras rosa deslucidas.

“¿Qué dice?” preguntó ella. “Algo sobre una tortuga, pero eso es todo lo que alcanzo a entender.”

“Mira la TORTUGA de enorme amplitud.” Supo esto sin leerlo.

“¿Qué significa?”

Rolando se puso en pie. “Es demasiado para entrar en detalles. ¿Te gustaría esperarme mientras entro allí?” Asintió en dirección a la torre con sus ventanas de vidrios negros brillando al sol.

“Sí,” dijo ella. “Me gustaría. Simplemente me sentaré en la banca al sol y te esperaré. Es. . . refrescante. ¿Suenas loco eso?”

“No,” dijo él. “Si alguien en cuya apariencia no confías quisiera hablarte, Irene—no lo creo probable, porque éste es un sitio seguro, pero ciertamente es posible—concéntrate tan fuerte como puedas y llámame.”

Sus ojos se abrieron mucho. “¿Estás hablando de PES²⁶?”

Rolando no sabía que significaba PES, pero entendió lo que ella quería decir, y asintió.

“¿Escucharías eso? ¿Me escucharías?”

No podía decir a ciencia cierta que la escucharía. El edificio podría estar equipado con dispositivos para empantanar, como las gorras de pensamiento que llevaban los can-toi, eso lo haría imposible.

“Puede que sí. Y como dije, no son probables los problemas. Éste es un sitio seguro.”

Ella miró a la tortuga, su caparazón brillando con el agua que le caía de la fuente. “Lo es ¿o no?” Empezó a sonreír, luego se detuvo. “Volverás, ¿cierto? No me dejarías sin al menos. . .” Levantó un hombro. El gesto la hizo ver muy joven. “¿Sin al menos decir adiós?”

²⁶ *N. del T.* Percepción extra-sensorial.

“Nunca jamás. Y mis negocios en aquella torre no deben tardar mucho.” De hecho, difícilmente eran negocios en lo absoluto. . . a menos eso sí, que quienquiera que estuviera dirigiendo actualmente la Corporación Tet tuviera algo con él. “Hay otro lugar al cual ir, y es allí que Acho y yo nos alejaremos de ti.”

“De acuerdo,” dijo ella, y se sentó en la banca con el brambo a sus pies. El borde estaba húmedo y ella llevaba puestos un par de pantalones nuevos (que compró en la misma tienda de compras rápidas que había provisto la camisa y vaqueros nuevos de Rolando), pero esto no la molestó. Se secarían rápido con un día tan cálido y soleado, y se dio cuenta de que quería estar cerca a la escultura. Para estudiar sus ojitos negros y sin tiempo mientras escuchaba esas dulces voces. Pensó que eso le daría mucho descanso. No era una palabra de la que pensara comúnmente estuviera relacionada con Nueva York, pero éste era un lugar muy poco como Nueva York, con esta sensación de calma y paz. Pensó que podría traer a David aquí, que si se podían sentar en esta banca él podría escuchar la historia de sus tres días fuera sin pensar que estaba loca. O *demasiado* loca.

Rolando empezó a alejarse, moviéndose con facilidad—moviéndose como un hombre que podría caminar durante días y semanas sin alterar su paso. *No me gustaría tenerlo tras mi rastro*, pensó ella, y tembló un poco ante la idea. Rolando llegó a la puerta de hierro, a través de la cual pasaría a la acera, luego se volteó a verla una vez más. Habló como si cantara suavemente.

“¡Mira la TORTUGA de enorme amplitud!
Sobre su caparazón sostiene la tierra.
Su pensar es lento pero siempre amable;
Él nos tiene a todos dentro de su mente.
Sobre su lomo se pronuncian todos los votos;
Él ve la verdad, pero no siempre ayuda.
Él ama la tierra y ama el mar,
Y ama incluso a un niño como yo.”

Luego la dejó, moviéndose ágil y precisamente, sin volver la vista atrás. Ella se acomodó en la banca y lo vio esperar junto con los otros apoltronados en la esquina mientras el semáforo les indicaba que caminaran, después cruzando con ellos, mientras la bolsa de cuero colgaba sobre su hombro rebotando ligeramente contra su cadera. Lo vio subir los escalones del 2 Hammarskjöld Plaza y desaparecer dentro. Luego se recostó en la banca, cerró los ojos y escuchó a las voces cantar. En algún momento se dio cuenta de que al menos dos de las palabras que cantaban eran aquellas que componían su nombre.

CINCO

A Rolando le parecía que grandes multitudes de *yentes* entraban al edificio, pero ésta era la percepción de un hombre que se había pasado los últimos años de su gesta en lugares en su mayoría desiertos. Si hubiera llegado faltando un cuarto para las nueve, mientras la gente aún llegaba, en vez de un cuarto para las once, habría quedado aturdido por el flujo de cuerpos. Ahora la mayoría de los que trabajaban aquí estaban en sus oficinas y cubículos generando papel y bytes de información.

Las ventanas del lobby eran de cristal claro y al menos de dos pisos de altura, tal vez tres. En consecuencia el lobby estaba lleno de luz, y cuando entró, el dolor que lo había poseído desde que se arrodilló junto a Eddie en la calle de Villa agradable desapareció. Allí dentro, las voces que cantaban sonaban más fuerte, no un coro sino una gran coral. Y, vio, no era el único que las escuchaba. En la calle, la gente caminaba afanada con sus cabezas bajas y miradas de

distraída concentración en sus rostros. Como si no vieran deliberadamente la delicada y perecedera belleza del día que les había sido dado; aquí dentro era imposible no sentir al menos algo de aquello a lo cual el pistolero estaba tan exquisitamente afinado, y lo que bebía como agua en el desierto.

Como si soñara, se dejaba llevar por sobre la baldosa de mármol color rosa, escuchando el eco de los tacones de sus botas, oyendo la leve y cambiante conversación de los Orizas en su bolsa. Pensó, *La gente que trabaja aquí desearía vivir aquí. Puede que no lo sepan, exactamente, pero así es. La gente que trabaja aquí busca excusas para trabajar hasta tarde. Y vivirán vidas largas y productivas.*

En el centro de la elevada sala llena de ecos, el costoso piso de mármol le daba paso a un cuadrado de humilde tierra oscura. Estaba rodeado por cuerdas de terciopelo vinotinto, pero Rolando sabía que incluso la presencia de las cuerdas no era necesaria allí. Nadie trasgrediría ese pequeño jardín, ni siquiera un desesperado can-toi suicida que quisiera hacerse un nombre. Era tierra santa. Había tres palmeras enanas y plantas que no había visto desde que había dejado Gilead: *Espatipillum*, creía que las llamaban allí, aunque podrían no tener el mismo nombre en este mundo. Había también otras plantas, pero sólo una importaba.

En medio del cuadrado, sola, estaba la rosa.

No había sido trasplantada; Rolando vio eso al instante. No. Estaba donde había estado en 1977, cuando el lugar donde ahora estaba parado había sido un lote vacío, lleno de basura y ladrillos rotos, dominado por un letrero que anunciaba la llegada de Apartamentos de Lujo Turtle Bay, a ser construidos por Construcciones Mills y Fincas Sombra S.A. En vez de ello se había construido este edificio, todos sus cien pisos, y *alrededor* de la rosa. Cualquiera que fuera el negocio que se hiciera aquí, era secundario a ese propósito.

2 Hammarskjöld Plaza era un altar.

SEIS

Alguien tocó su hombro y Rolando se giró tan repentinamente que atrajo miradas de alarma. Él mismo estaba alarmado. Nunca en años—tal vez desde sus primeros años de adolescencia—alguien había sido tan silencioso como para acercársele a distancia de tocarle un hombro sin ser escuchado. Y en este piso de mármol seguramente debía haberlo—

La joven (y extremadamente bella) mujer que se le había acercado estaba claramente sorprendida por lo repentino de su reacción, pero las manos que Rolando movió para apresarla por los hombros sólo agarraron aire y después chocaron entre ellas, soltando un suave sonido de aplauso que hizo eco desde el techo, un techo al menos tan alto como el de la Cuna de Lud. Los ojos verdes de la mujer estaban bien abiertos y alerta, y Rolando hubiera podido jurar que no había peligro en ellos, pero aún así, primero ser sorprendido y después *fallar* al intentar atraparla de esa manera—

Echó un vistazo a los pies de la mujer y obtuvo al menos una parte de la respuesta. Llevaba puesto un tipo de zapato que nunca antes había visto, algo con suelas amplias de espuma y lo que podría ser una cubierta de lona. Zapatos que se moverían tan suavemente como mocasines en una superficie dura. En cuanto a la mujer en sí misma—

Una curiosa doble certeza le llegó al mirarla: primero, que había “visto el bote en el que llegó,” como se decía del parecido entre familiares a veces en Calla Bryn Sturgis; segundo, que una sociedad de pistoleros se estaba incubando en este mundo, este Mundo Clave especial, y acababa de ser abordado por una de ellos.

Y ¿qué mejor lugar para tal encuentro que a la vista de la rosa?

“Veo a tu padre en tu rostro, pero no encuentro su nombre,” dijo Rolando en voz baja. “Dime quién fue, y que te plazca.”

La mujer sonrió, y Rolando casi encontró el nombre que buscaba. Luego se le fue, como sucedía a menudo con tales cosas: la memoria podía ser tímida. “Nunca lo conocí. . . aunque puedo entender por qué podría pensar que sí lo hizo. Se lo diré luego, si lo desea, pero en este instante debo llevarlo arriba, señor Deschain. Hay alguien que quiere...” Por un momento

pareció como si se sintiera observada, como si pensara que alguien le había dicho que usara una cierta palabra para que se burlaran de ella. Luego se formaron hoyuelos en las esquinas de su boca y sus ojos verdes se curvaron encantadoramente hacia arriba en las esquinas; era como si estuviera pensando *Si esto es una broma, que la hagan*. "... alguien que quiere *tener palabra* con usted," concluyó.

"De acuerdo," dijo Rolando.

Ella le tocó el hombro levemente, para mantenerlo en su sitio aún un poco más. "Me pidieron asegurarme de que usted leyera el letrero en el Jardín del Haz," dijo ella. "¿Lo hará?"

La respuesta de Rolando fue seca, pero aún así un poco como si se disculpara. "Lo haré si puedo," dijo, "pero siempre he tenido problemas con su lenguaje escrito, aunque parece salir lo suficientemente bien de mi boca cuando estoy de este lado."

"Creo que podrá leer éste," dijo ella. "Inténtelo." Y tocó su hombro de nuevo, suavemente dándole la vuelta hacia el cuadrado de tierra en el piso del lobby—no tierra que hubiera sido traída en carretillas por algún grupo de talentosos jardineros, lo sabía, sino la tierra real de este sitio, terreno que podría haber sido labrado pero que no había sido cambiado por lo demás.

Al comienzo no tuvo más éxito con el pequeño letrero de bronce en el jardín del que había tenido con la mayoría de letreros en las ventanas de los almacenes o las palabras en las portadas de las "res-vistas." Estaba a punto de decirlo, de pedirle a la mujer con el rostro levemente familiar que se lo leyera, cuando las letras cambiaron, transformándose en las Grandes Letras de Gilead. Entonces fue capaz de leer lo que allí estaba escrito, y fácilmente. Cuando hubo terminado, volvió a cambiar.

"Un buen truco," dijo. "¿Respondió a mis pensamientos?"

Ella sonrió—sus labios estaban cubiertos con alguna cosa rosada parecida al dulce—y asintió. "Sí. Si usted fuera judío, podría haberlo visto en hebreo. Si fuera ruso, habría estado en cirílico."

"¿Dices la verdad?"

"Verdad."

El lobby había recuperado su ritmo normal. . . excepto, entendía Rolando, que el ritmo de este lugar nunca sería como el que había en otros edificios de negocios. Aquellos que vivían en Thunderclap sufrirían todas sus vidas de pequeñas aflicciones como forúnculos y eczema y dolores de cabeza e infecciones de oído; al final de ello, morirían (probablemente a temprana edad) por un tumor grande y doloroso, probablemente los cánceres que comían rápido y quemaban los nervios como antorchas mientras hicieran sus comidas. Aquí era exactamente lo opuesto: salud y armonía, buena voluntad y generosidad. Estas *yentes* no escuchaban a la rosa cantando, exactamente, pero no necesitaban oírla. Eran los afortunados, y en algún nivel cada uno de ellos lo sabía. . . lo que era lo más afortunado de todo. Los observaba entrar y cruzar hacia las cajas que alzaban que eran llamadas ele-voidores, moviéndose ágilmente, moviendo sus paquetes, su equipo y su gunna, y ninguna ruta era una línea perfectamente recta desde las puertas. Unos cuantos llegaban a lo que ella había llamado el Jardín del Haz, pero incluso aquellos que no lo hacía doblaban sus pasos brevemente en esa dirección, como si fueran atraídos por un imán poderoso. ¿Y si alguno intentaba lastimar la rosa? Había un guardia de seguridad sentado en un pequeño escritorio junto a los elevadores, vio Rolando, pero era gordo y viejo. Y no importaba. Si alguien se movía amenazadoramente, todos en este lobby escucharían un grito de alarma en sus cabezas, tan fuerte e imperativo como ese tipo de silbato que sólo pueden oír los perros. Y convergirían sobre el posible asesino de la rosa. Lo harían ágilmente, y sin el menor cuidado por su propia seguridad. La rosa había sido capaz de protegerse a sí misma cuando había crecido en la basura y las hierbas del lote vacío (o al menos atraído a aquellos que la protegerían) y eso no había cambiado.

"¿Señor Deschain?" ¿Está listo para subir ahora?

"Ea," dijo él. "Lléveme como desee."

SIETE

La familiaridad del rostro de la mujer encajó en su sitio para él tan pronto llegaron al elevador. Tal vez fue el verla de perfil lo que lo logró, algo sobre la forma de los huesos de sus mejillas. Recordó a Eddie hablarle de su conversación con Calvin Torre después que Jack Andolini y George Biondi habían dejado el Restaurante Manhattan de la Mente. Torre había estado hablando de la familia de su más viejo amigo. *Les gusta presumir de que tienen el membrete legal más exclusivo de Nueva York, tal vez en todo Estados Unidos. Dice simplemente: DEEPNEAU.*

"¿Eres la hija de sai Deepneau?" le preguntó. "Seguramente no, eres demasiado joven. ¿Su nieta?"

La sonrisa de la mujer se desvaneció. "Aaron nunca tuvo hijos, seños Deschain. Soy la nieta de su hermano mayor, pero mis propios padres y abuelo murieron jóvenes. Airy fue el que me crió la mayor parte del tiempo."

"¿Lo llamabas así? ¿Airy?" Rolando estaba encantado.

"De niña así era, y se quedó así." Estiró una mano, recobrando su sonrisa. "Nancy Deepneau. Y me complace mucho conocerlo. Me asusta un poco, pero me complace."

Rolando le estrechó la mano, pero el gesto fue hecho a la ligera, difícilmente más que un leve contacto. Luego, con considerablemente mayor sentimiento (pues éste era el ritual con el que había crecido, el que entendía), puso su puño contra su frente y dobló una pierna. "Largos días y noches placenteras, Nancy Deepneau."

La sonrisa de la mujer se hizo mayor hasta convertirse en una risa animosa. "¡Y que tengas dos veces ese número, Rolando de Gilead! ¡Qué tengas dos veces ese número!"

El elevador llegó, se subieron, y fue al piso noventa y nueve al que se dirigieron.

OCHO

Las puertas se abrieron a una amplia sala redonda. El piso era alfombrado de un tono de rosa como del alba que era del mismo matiz de la rosa. Frente al elevador había un vidrio con las palabras **LA CORPORACIÓN TET** escritas en él. Más allá, Rolando vio otro lobby más pequeño donde una mujer se sentaba en un escritorio, aparentemente hablándose a sí misma. A la derecha de la puerta exterior del lobby había dos hombres en traje de negocios. Conversaban animosamente, con las manos en los bolsillos, al parecer relajados, pero Rolando vio que estaban todo menos eso. E iban armados. Las chaquetas de sus trajes estaban bien diseñadas, pero un hombre que sabe buscar una pistola usualmente ve una, si la hay. Estos dos tipos permanecerían en esta sala por una hora, tal vez dos (era difícil incluso para buenos hombres permanecer totalmente alerta más tiempo), haciendo su pequeña rutina de 'sólo estamos charlando' cada vez que se abrieran las puertas del elevador, listos para moverse la instante si olían algo mal. Rolando lo aprobó.

No obstante, no gastó mucho tiempo viendo a los guardias. Una vez que los hubo identificado como lo que eran, dejó que su mirada fuera a donde había querido estar desde que se abrieron las puertas del elevador. Había un gran cuadro a blanco y negro en la pared a su izquierda. Era una fotografía (originalmente había pensado que la palabra era *fottografía*) de metro y medio por noventa centímetros, montada sin marco, curvada tanto a la forma de la pared que parecía un agujero hacia alguna realidad poco naturalmente silenciosa. Tres hombres en vaqueros y con camisas con el cuello abierto se sentaban en una cerca, con las botas engarzadas en el madero inferior. ¿Cuántas veces, se preguntó Rolando, había visto

vaqueros o *pastorillas* sentados de la misma forma mientras observaban cómo marcaban, enlazaban, castraban o domaban caballos salvajes? ¿Cuántas veces se había sentado así él mismo, a veces con uno o más de su viejo tet—Cuthbert, Alain, Jaime DeCurry—sentados a cada lado de él, como John Cullum y Aaron Deepneau se sentaban a los lados del hombre negro con los anteojos de color oro y el pequeño bigote blanco? Ese recuerdo le causó dolor, y no era un dolor simple de la mente; su estómago se encogió y su corazón se aceleró. Los tres en la foto habían sido atrapados riéndose por algo, y el resultado fue una suerte de perfección sin tiempo, uno de esos extraños momentos en que los hombres se alegran de ser lo que son y de donde están.

“Los Padres Fundadores,” dijo Nancy. Sonaba a la vez alegre y triste. “Esa foto fue tomada en un retiro de ejecutivos en 1986, Taos, Nuevo México. Tres ciudadanos en tierra de vacas, qué tal eso. ¿Y no parece que la están pasando extremadamente bien?”

“Dices verdad,” dijo Rolando.

“¿Los conoces a los tres?”

Rolando asintió. Los conocía, de acuerdo, aunque nunca se había encontrado con Moses Carver, el hombre en la mitad. El compañero de Dan Holmes, el padrino de Odetta Holmes. En la foto parecía tener unos robustos y saludables setenta, pero seguramente para 1986 debía estar más cerca de los ochenta. Tal vez ochenta y cinco. Desde luego, se recordó Rolando, había aquí un comodín: la maravillosa cosa que acababa de ver en el lobby de este edificio. La rosa no era una fuente de la juventud más de lo que la tortuga en el parque pequeño al otro lado de la calle era el Maturin real, pero ¿creía que tenía ciertas cualidades benéficas? Sí que lo creía. ¿Ciertas cualidades de curación? Sí lo creía. ¿Creía que los nueve años de vida que Aaron Deepneau había ganado entre 1977 y la toma de esta foto en 1986 habían sido un asunto de las píldoras en reemplazo del *Prim* y los tratamientos médicos de la gente antigua? No, no lo creía. Estos tres hombres—Carver, Cullum y Deepneau—se habían reunido, casi mágicamente, para pelear por la rosa a su anciana edad. Su historia, creía el pistolero, daría ella sola para un libro, muy probablemente uno bueno y emocionante. Lo que Rolando creía era la simplicidad en persona: la rosa había mostrado su gratitud.

“¿Cuándo murieron?” le preguntó a Nancy Deepneau.

“John Cullum se fue primero, en 1989,” dijo ella. “Víctima de una herida por un disparo. Duró doce horas en el hospital, lo suficiente para que todos le dijeran adiós. Estaba en Nueva York para la reunión anual de la junta directiva. De acuerdo a la policía de Nueva York, fue un limosnero de esquina que se tornó malo. Nosotros creemos que fue asesinado por un agente de Sombra o de North Central Positronics. Probablemente uno de los can-toi. Hubieron otros intentos fallidos.”

“Sombra y Positronics son la misma cosa,” dijo Rolando. “Son las agencias del Rey Carmesí en este mundo,”

“Lo sabemos,” dijo ella, luego señaló con el dedo al hombre al lado izquierdo de la foto, al que ella se parecía tanto. “Tío Aaron vivió hasta 1992. ¿Cuándo lo conociste... en 1977?”

“Sí,” dijo Rolando.

“En 1977, nadie habría creído que podría vivir tanto tiempo.”

“¿También lo asesinaron las *fayen-yentes*?”

“No, el cáncer volvió, eso es todo. Murió en su cama. Estuve allí. Lo último que dijo fue, ‘Dile a Rolando que hicimos nuestro mejor esfuerzo.’ Y así te lo digo.”

“Gracias-sai.” Escuchó la rudeza en su propia voz y esperó que ella no lo fuera a malinterpretar por sequedad. Muchos habían realizado su mejor esfuerzo por él, ¿no era cierto? Muchísimos, empezando por Susan Delgado, todos esos años atrás.

“¿Se siente bien?” preguntó ella con una voz baja de simpatía.

“Sí,” dijo él. “Bien. ¿Y Moses Carver? ¿Cuándo murió él?”

Ella levantó las cejas y después rió.

“¿Qué—?”

“¡Véalo por usted mismo!”

Señaló hacia las puertas de vidrio. Acercándoseles ahora desde el interior, pasando junto a la mujer en el escritorio que al parecer se hablaba a sí misma, había un hombre envejecido con

cabello esponjado rebelde y cejas blancas iguales. Su piel era oscura, pero la mujer sobre cuyo brazo se apoyaba era aún más oscura. Era alto—tal vez un metro noventa, si su columna vertebral no estuviera corvada—pero la mujer era aún más alta, al menos dos metros. Su rostro no era bello sino casi salvajemente hermoso. El rostro de un guerrero.

El rostro de un pistolero.

NUEVE

De haber estado derecha la columna vertebral de Moses Carver, Rolando y él habrían quedado cara a cara. Como estaba, Carver necesitó alzar la vista ligeramente, lo que hizo torciendo la cabeza, como un pájaro. Parecía incapaz de realmente doblar su cuello; la artritis lo había dejado sellado en su lugar. Sus ojos eran marrón, y la parte blanca tan oscurecida que era difícil decir dónde terminaban los iris, y estaban llenos de alegría tras los anteojos de ribetes dorados. Aún tenía el pequeño bigote blanco.

“¡Rolando de Gilead!” dijo. “¡Cómo he ansiado conocerlo, señor! Creo que e’ lo que me ha mantenido con vida tanto tiempo después de que murieron John y Aaron. ¡Suéltame un minuto, Marian, suéltame! ¡Hay algo que tengo que hacer!”

Marian Carver lo soltó y miró a Rolando. Él no escuchó la voz de la mujer en su cabeza y no tuvo necesidad; lo que ella quería decirle se veía claramente en sus ojos: *Atrápalo si se cae, sai.*

No obstante, el hombre al que Susannah había llamado Papi Mose no se cayó. Puso su artrítico puño débilmente cerrado en su frente, luego dobló su rodilla derecha, poniendo todo su peso en su temblorosa pierna derecha. “Salve, tú último pistolero, Rolando Deschain de Gilead, hijo de Steven y genuino descendiente de Arturo Eld. Yo, el último de lo que era llamado entre nosotros mismos el Ka-Tet de la Rosa, te saludo.”

Rolando puso su propio puño en su frente e hizo más que doblar la rodilla; la puso en tierra. “Salve Papi Mose, padrino de Susannah, dinh del Ka-Tet de la Rosa, te saludo con mi corazón.”

“Gracias,” dijo el anciano y después rió como un niño. “¡Somos todos bien encontrados en la Casa de la Rosa! ¡Lo que una vez fuera la Tumba de la Rosa! ¡Ja! ¡Dime si no es así! ¿Puedes?”

“No, pues sería una mentira”

“¡Dilo!” chilló el anciano, y luego soltó otra vez esa animosa carcajada de vete al infierno. “Pero se me olvidan mi’ modale’ por la sorpresa, pistolero. Esta hermosa mujer aquí a mi lado, sería natural para ti llamarla mi nieta, porque yo tenía setenta cuando ella nació, lo que significa mil novecientos sesenta y nueve. Pero la verda’ es”—*Pero’a vedá* es fue lo que llegó al oído de Rolando—“que a veces las mejoras cosas de la vida se empiezan tarde, y tener hijos”—*í’os*—“es una de esas, en mi opinión. Lo que es una manera larga de decir que ésta es mi hija, Marian Odetta Carver, Presidenta de la Corporación Tet desde que me retiré en el 97, a la edad de noventa y ocho. ¿Y piensas que le congelaría las pelotas a algunos, Rolando, saber que este negocio, con un capital de unos diez billones de dólares, es dirigido por un Negro?” Su Acento, que se hacía más fuerte al crecer su emoción y alegría, transformó a lo último en *Ete negohio, co’n capitá de ‘nos diz bí’ones de dola’s, e diigido po’ un NEE-gro?*

“Basta, Papá,” dijo la alta mujer a su lado. Su voz era amable pero no admitía un rechazo. “Vas a hacer que ese monitor cardiaco que llevas haga sonar la alarma si no paras y el tiempo de este hombre es corto.”

“¡Me maneja como un ca’allo!” gritó indignado el anciano. Al mismo tiempo movió ligeramente su cabeza y le hizo un guiño a Rolando de inexpresable reserva y buen humor con el ojo que su hija no alcanzaba a ver.

Como si ella no conociera tus trucos, anciano, pensó Rolando, divertido incluso en su dolor. *Como si ella no los hubiera conocido por muchos y muchos años—digo delah.*

Marian Carver dijo, “Tendremos palabra contigo por sólo un rato, Rolando, pero primero hay algo que necesito ver.”

“¡Eso no e’ necesario ni una pizca!” dijo el anciano, su voz destilando indignación. “¡Ni una pizca de necesidad, y lo sabes! ¿Será que crié una tonta?”

“Muy probablemente tiene razón,” dijo Marian, “pero mejor prevenir—”

“—que lamentar,” dijo el pistolero. “Es una buena regla, ea. ¿Qué es lo que quieres ver? ¿Qué te dirá que soy quien digo que soy, y creas que lo soy?”

“Tu pistola,” dijo ella.

Rolando sacó la camisa de los Viejos Días de la bolsa de cuero, luego sacó la funda. Desenvolvió el cinturón con balas y sacó su revólver con las culatas de sándalo. Escuchó a Marian Carver inhalar de manera rápida y atemorizada y decidió ignorarlo. Notó que los dos guardias con sus trajes bien cortados se habían acercado con los ojos como platos.

“¡Lo ves!” gritó Moses Carver. “¡Ajá, todos ustedes aquí! ¡Digan *Dios*! ¡Igual podrían decirle a sus nietos que vieron a Excalibur, la Espada de Arturo, pues es lo mismo!”

Rolando sostuvo el revólver de su padre hacia Marian. Sabía que ella necesitaría tomarlo para confirmar quién era él, que debía hacerlo antes de llevarlo al blando vientre de la Corporación Tet (donde la persona equivocada podría hacer un terrible daño), pero por un momento ella fue incapaz de cumplir con su responsabilidad. Luego se calmó y tomó la pistola, con los ojos abriéndose ante su peso. Cuidadosa de mantener todos los dedos lejos del gatillo, se llevó el tambor a los ojos y luego recorrió un poco del tallado cerca al cañón.



“¿Me dirá que significa esto, Sr. Deschain?” le preguntó.

“Sí,” dijo, “si me llamáis Rolando.”

“Si usted lo pide, lo intentaré.”

“Ésta es la marca de Arturo,” dijo, recorriéndola él mismo con los dedos. “La única marca sobre la puerta de su tumba. Su marca de dinh y significa BLANCO.”

El anciano estiró sus manos temblorosas, en silencio pero imperativo.

“¿Está cargada?” le preguntó ella a Rolando, y luego, antes que pudiera responderle: “Desde luego que lo está.”

“Dásela a él,” dijo Rolando.

Marian se veía dudosa, los dos guardias incluso más, pero Papi Mose aún tenía las manos estiradas hacia la widowmaker, y Rolando asintió. La mujer estiró reacia la pistola hacia su padre. El viejo la tomó con las dos manos, y luego hizo algo que a la vez alegró y asustó el corazón del pistolero: besó el tambor con sus viejos labios arrugados.

“¿A qué os sabe?” preguntó Rolando, honestamente curioso.

“Los años, pistolero,” dijo Moses Carver. “A eso.” Y con eso le devolvió la pistola a la mujer, con la culata por delante.

Ella se la pasó a Rolando como si le alegrara deshacerse de su peso grave y asesino, y él la envolvió una vez más en su cinturón con balas.

“Entre,” dijo ella. “Y aunque nuestro tiempo es corto, lo haremos tan alegre como lo permita tu dolor.”

“¡Eso merece un Amén!” dijo el anciano, y le dio una palmada a Rolando en el hombro. “Aún está viva, mi Odetta—la que llamas Susannah. Hay eso. Pensé que te alegraría saberlo, señor.”

Rolando *estaba* alegre, y le dio las gracias con la cabeza.

“Venga ahora, Rolando,” dijo Marian Carver. “Venga y sea bienvenido a nuestro lugar, pues es su lugar también, y sabemos que son grandes las oportunidades de que nunca jamás vuelva a visitarlo.”

DIEZ

La oficina de Marian Carver estaba en la esquina noroccidental del piso noventa y nueve. Aquí las paredes eran todas de cristal sin una sola división de metal u otra cosa, y la vista le quitó el aliento al pistolero. Pararse en esa esquina y mirar fuera era colgar en el aire sobre un paisaje más fabuloso del que nadie pudiera imaginar. Sin embargo, era uno que ya había visto antes, pues reconoció el lejano puente colgante así como algunos de los altos edificios a este lado de él. *Debería* haber reconocido el puente, pues casi habían muerto en él en otro mundo. Jake había sido secuestrado por Gasher, y llevado al Hombre Tick-Tock. Esta era la Ciudad de Lud como debió haber sido en sus orígenes.

"¿La llaman Nueva York?" preguntó. "Así es, ¿cierto?"

"Sí," dijo Nancy Deepneau.

"¿Y aquel puente, el que se mueve?"

"El George Washington," dijo Marian Carver, "O sólo el GW, si eres de por aquí."

Así que allí estaba no sólo el puente que los había llevado a Lud sino aquel junto al cual el Padre Callahan había caminado cuando abandonó Nueva York para empezar sus días errantes. Eso lo recordaba Rolando de su historia, y muy bien.

"¿Le gustaría algún refresco?" preguntó Nancy.

Rolando empezó a decir que no, se dio cuenta de cómo nadaba su cabeza, y cambió de opinión. Algo, sí, pero sólo si afilaba sentidos que necesitaban ser afilados. "Té, si tienen," dijo. "Té fuerte, caliente, con azúcar o miel. ¿Pueden?"

"Podemos," dijo Marian, y presionó un botón en su escritorio. Le habló a alguien que Rolando no podía ver, y de inmediato la mujer de la oficina exterior—aquella que parecía estar hablando sola—tuvo más sentido para él.

Cuando trajeron la orden de bebidas calientes y sándwiches (en lo que Rolando supuso que siempre pensaría como popkins), Marian se inclinó y buscó la mirada de Rolando. "Estamos bien encontrados en Nueva York, Rolando, eso espero, pero nuestro tiempo aquí no es. . . no es *vital*. Y sospecho que usted sabe por qué."

El pistolero lo pensó, luego asintió. De una manera levemente cautelosa, pero con los años había adquirido algo de cautela en su naturaleza. Había otros—Alain Jhons había sido uno, Jamie DeCurry otro—para los cuales un sentido de cautela había sido innato, pero ése no había sido nunca el caso con Rolando, cuya tendencia había sido disparar primero y preguntar después.

"Nancy te pidió que leyeras la placa en el Jardín del Haz," dijo Marian. "¿Leyó—"

"Jardín del Haz, idigan *Dios!*" interrumpió Moses Carver. Caminando por el corredor hacia la oficina de su hija había tomado un bastón de un estante con forma de pata de elefante y lo golpeaba ahora contra la costosa alfombra para hacer énfasis. Marian soportaba esto pacientemente. "¡Digan *Dios-bomba!*"

"La reciente amistad de mi padre con el Reverendo Harrigan, que tiene su corte allá abajo, no ha sido lo mejor de mi vida," dijo Marian suspirando, "pero olvídelo. ¿Leyó la placa, Rolando?"

Él asintió. Nancy Deepneau había usado una palabra diferente—señal o sigul—pero entendía que eran lo mismo. "Las letras cambiaron a las Grandes Letras. Lo pude leer muy bien."

"¿Y qué decía?"

"DONADA POR LA CORPORACIÓN TET, EN HONOR DE EDWARD CANTOR DEAN Y JHON 'JAKE' CHAMBERS." Hizo una pausa. "Después decía 'Cam-a-cam-mal, Pria-toi, Gan delah,' lo que ustedes podrían decir como BLANCO SOBRE ROJO, ASÍ DESEA GAN PARA SIEMPRE."

"Y para nosotros dice BIEN SOBRE MAL, ÉSTA ES LA VOLUNTAD DE DIOS," dijo Marian.

"¡Dios sea alabado!" dijo Moses Carver, y golpeó con su bastón. "¡Qué ascienda el *Prim!*"

Se escuchó un golpecito ligero en la puerta y luego entró la mujer del escritorio exterior, llevando una bandeja plateada. Rolando estaba fascinado de ver una pequeña esfera negra suspendida frente a sus labios, y un delgado artefacto negro que desaparecía en su cabello. Alguna suerte de dispositivo para hablar de lejos, seguramente. Nancy Deepneau y Marian Carver la ayudaron a depositar las tazas humeantes de té y café, tazas de azúcar y miel, un recipiente con crema. También había un plato de sándwiches. El estómago de Rolando crujió. Pensó en sus amigos sepultados—no más popkins para ellos—y también en Irene Tassenbaum,

sentada en el parquecito al otro lado de la calle. Cualquiera de los dos pensamientos por sí solo debía ser suficiente para quitarle el apetito, pero su estómago hizo una vez más su ruido impúdico. Algunas partes de un hombre no tienen consciencia, un hecho que supuso había sabido desde la niñez. Se hizo con un popkin, depositó una cucharada rebosante de azúcar en su té, luego añadió miel para el sabor. Haría esto tan breve como fuera posible y volvería a Irene tan pronto como pudiera, pero entretanto. . .

"Qué le guste, señor," dijo Moses Carver, y sopló sobre su taza de café. "¡Sobre los dientes, sobre las encías, cuidado tripas, aquí viene! ¡Hee!"

"Papá y yo tenemos una casa en Montauk Point," dijo Marian, poniendo crema en su café, "y estuvimos allí la semana pasada. A eso de las cinco y cuarto en la tarde del sábado, recibí una llamada de uno de los tipos de seguridad aquí. La Asociación Hammarskjöld Plaza los emplea, pero la Corporación Tet les paga un bono para que sepamos. . . ciertas cosas de interés, digamos. . . tan pronto como ocurren. Hemos estado observando esa placa en el lobby con extraordinario interés a medida que se acercaba el diecinueve de junio, Rolando. ¿Le sorprendería saber que, hasta casi quince minutos antes de las cinco ese día, decía DONADA POR LA CORPORACIÓN TET, EN HONOR DE LA FAMILIA DEL HAZ, Y EN HONOR DE GILEAD?"

Rolando lo pensó, sorbió un trago de su té (estaba caliente, fuerte y bueno), y luego sacudió la cabeza. "No."

Ella se inclinó, con los ojos brillando. "¿Y por qué lo dice?"

"Porque hasta la tarde del sábado entre las cuatro y las cinco, nada era seguro. Incluso habiendo detenido a los Disgregadores, nada era seguro hasta que Stephen King estuviera a salvo." Los miró a todos brevemente. "¿Saben de los Disgregadores?"

Marian asintió. "No los detalles, pero sabemos que el Haz que estaban intentando destruir está a salvo de ellos ahora, y que no estaba tan maltrecho como para que no pudiera regenerarse." Vaciló, luego dijo: "Y sabemos de su pérdida. Sus dos pérdidas. Lo sentimos muchísimo, Rolando."

"Esos muchachos están a salvo en los brazos de Jesús," dijo el padre de Marian. "E incluso si no lo están, están juntos en el claro."

Rolando, que quería creer en esto, asintió y dijo gracias. Luego se volteó a ver a Marian. "El asunto con el escritor estuvo muy cerca. Fue herido, y mucho. Jake murió salvándolo. Puso su cuerpo entre King y la van-móvil que habría tomado su vida."

"King vivirá," dijo Nancy. "Y va a escribir de nuevo. Lo sabemos por muy buena fuente."

"¿Quién?"

Marian se inclinó. "En un minuto," dijo. "El punto es, Rolando, que lo creemos, estamos seguros de ello, y la seguridad de King durante los siguientes años significa que su trabajo en el asunto de los Haces ha terminado: Ves'-Ka Gan."

Rolando asintió. La canción continuaría.

"Queda mucho trabajo para nosotros por delante," continuó Marian, "treinta años por lo menos, calculamos, pero—"

"Pero es *nuestro* trabajo, no el suyo," dijo Nancy.

"¿Saben esto por la misma 'buena fuente'?" preguntó Rolando, sorbiendo su té. Caliente como estaba, ya se había tomado la mitad de la gran taza.

"Sí. Su gesta de derrotar las fuerzas del Rey Carmesí ha sido exitosa. El Rey Carmesí en persona—"

"¡Ésa no fue *nunca* la gesta de e'te hombre y lo saben!" dijo el hombre centenario sentado junto a la hermosa mujer negra, y una vez más golpeó el suelo con su bastón para enfatizar. "Su gesta—"

"Papá, es suficiente." La voz fue lo suficientemente dura para que el hombre pestañeara.

"No, déjelo hablar," dijo Rolando, y todos lo miraron, sorprendidos (y un poco asustados) por ese seco reproche. "Que hable, pues dice lo cierto. Si vamos a hablar, hablemoslo todo. Para mí, los Haces desde siempre han sido nada más que medios para un fin. Si se rompieran, la Torre habría caído. Si la Torre hubiera caído, nunca la habría alcanzado, y escalado a su cima."

"Dice que le importaba más la Torre Oscura que el que continuara la existencia del universo," dijo Nancy Deepneau. Hablaba en un tono de 'déjeme ver si lo entiendo bien' y miró a Rolando con una mezcla de asombro y desprecio. "La existencia de *todos* los universos."

"La Torre Oscura es existencia," dijo Rolando, "y he sacrificado a muchos amigos para alcanzarla con los años, incluyendo a un muchacho que me llamaba padre. He sacrificado mi propia alma en el asunto, lady-sai, así que mueve tu vaso impúdico hacia otra parte. Que lo hagas pronto y que lo hagas bien, lo ruego."

Su tono era cortés pero terriblemente frío. Todo el color desapareció del rostro de Nancy Deepneau, y la taza de té en sus manos temblaba tanto que Rolando se estiró y se la sacó de la mano, para que no se derramara y la quemara.

"No me tomes a mal," dijo él. "Entiéndeme, pues nunca más hablaremos. Lo que se hizo, se hizo en los dos mundos, bien y mal, para el ka y contra él. Empero hay más, más allá de todos los mundos, de lo que sabes, y más detrás de ellos de lo que podrías suponer. Mi tiempo es corto, así que sigamos adelante."

"¡Bien dicho, señor!" gruñó Moses Carver, y golpeó con su bastón otra vez.

"Si lo ofendí, lo siento realmente," dijo Nancy.

Rolando no respondió, pues sabía que ella no lo sentía ni un poco—sólo estaba asustada de él. Hubo un momento de incómodo silencio que Marian Carver finalmente rompió. "No tenemos Disgregadores propios, Rolando, pero en el rancho en Taos empleamos una docena de telépatas y precognitivos. Lo que hacen juntos es a veces incierto pero siempre mayor que la suma de sus partes. ¿Conoce el término 'buena mente'?"

El pistolero asintió.

"Hacen una versión de eso," dijo, "aunque estoy segura que no es tan grande o poderosa como los Disgregadores en Thunderclap eran capaces de producir."

"Porque ellos tenían cientos," gruñó el anciano. "Y eran mejor alimentados."

"También porque los sirvientes del Rey estaban más que dispuestos a secuestrar a cualquiera particularmente poderoso," dijo Nancy, "siempre tuvieron lo que llamaríamos 'lo mejor de la basura.' Aún así, los nuestros nos han servido lo suficientemente bien."

"¿De quién fue la idea de poner a tales gentes a trabajar para ustedes?" preguntó Rolando.

"Con todo y lo extraño que parezca, compañero," dijo Moses, "fue Cal Torre. Él nunca contribuyó mucho—nunca hizo mucho más que coleccionar sus libros y arrastrar los pies, avariento, blancucho, arrogante hijo de puta que era—"

Su hija le dio una mirada de advertencia. Rolando se dio cuenta de que tenía que luchar por mantener una expresión seria. Moses Carver podía tener cien años de edad, pero había descrito a Calvin Torre en una sola oración.

"De cualquier forma, leyó sobre poner telépatas a trabajar en un montón de libros de ciencia ficción. ¿Sabes qué es ciencia ficción?"

Rolando dijo que no con la cabeza.

"Bueno, yo tampoco. La mayoría son puras sandeces, pero de cuando en cuando aparece una buena idea. Escúchame y te diré una buena. Lo entenderá si sabes de lo que hablaron Torre y tu amigo el señó' Dean hace unos veintidós años, cuando el señó' Dean vino y salvó a Torre de los dos villanos blancuchos."

"Papá," dijo Marian advirtiéndole. "Deja de hablar como negrito, ya. Eres viejo pero no estúpido."

Él la miró; sus viejos ojos la miraron con un buen ánimo malicioso; volvió a mirar a Rolando y una vez más hizo ese mal intento de guiño. "¡Los dos villanos blancuchos *italianones*!"

"Eddie habló de ello, sí," dijo Rolando.

El acento desapareció de la voz de Carver; sus palabras se volvieron duras. "Entonces sabes que hablaron de un libro llamado *El Hogan*, por Benjamin Slightman. El título del libro estaba mal escrito, así como el nombre del autor, que era justamente lo que enloquecía los circuitos del viejo gordo."

"Sí," dijo Rolando. El título mal escrito había sido *El Dogan*, una frase que había llegado a tener un gran significado para Rolando y su tet.

"Bien, después que tu amigo vino de visita, Cal Torre se interesó otra vez en ese tipo, y resultó que él había escrito otros cuatro libros bajo el nombre de *Daniel Holmes*. Era tan blanco como una camisa Klansman, el tal Slightman, pero el nombre que escogió para escribir sus otros libros era el nombre del padre de Odetta. Y apuesto a que eso tampoco te sorprende, ¿o sí?"

"No," dijo Rolando. Era sólo otro click leve a medida que el discado del ka daba vuelta.

"Y todos los libros que escribió bajo el nombre Holmes eran de ciencia ficción, sobre el gobierno contratando telépatas y precognitivos para descubrir cosas. Y fue de allí de donde *nosotros* sacamos la idea." Miró a Rolando y dio con su bastón un golpe triunfante. "Queda más del cuento, mucho más, pero no creo que tengas el tiempo. Eso es a todo lo que se reduce, ¿o no? Tiempo. Y en este mundo sólo corre en un sentido." Parecía nostálgico. "Daría muchísimo, pistolero, por ver de nuevo a mi ahijada, pero no creo que eso esté en las cartas, ¿o sí? A menos que nos encontremos en el claro."

"Creo que dices verdad," le dijo Rolando, "pero le llevaré palabra de ti, y cómo te hallé aún lleno de saliva caliente y fuego—"

"¡Digan *Dios*, digan *Dios-bomba!*" interrumpió el anciano y golpeó con su bastón. "¡Dilo, hermano! ¡Y asegúrate de decírselo a *ella!*"

"Eso haré." Rolando apuró el resto de su té, luego puso la taza sobre el escritorio de Marian Carver y se puso de pie con una mano apoyada en la cadera derecha al levantarse. Le tomaría un largo tiempo acostumbrarse a la falta de dolor allí, muy probablemente más tiempo del que tenía. "Y ahora debo dejarlos. Hay un lugar no lejos de aquí a donde necesito ir."

"Sabemos a dónde," dijo Marian. "Habrà alguien esperándolo cuando llegue. El lugar se ha mantenido a salvo para usted, y si la puerta que busca aún está allí y aún funciona, pasará por ella."

Rolando hizo una leve venia. "Gracias-sai."

"Pero siéntese unos momentos más, si quiere. Tenemos obsequios para usted, Rolando. No suficientes para compensarlo por todo lo que ha hecho—haya sido o no ése su primer propósito—pero cosas que le pueden gustar, asimismo. Una es noticias de nuestra gente de buena mente en Taos. Una es de. . ." Lo pensó. ". . . investigadores más normales, gente que trabaja para nosotros en este mismo edificio. Se llaman a sí mismos los Calvinos pero no por una religión. Tal vez es un pequeño homenaje al señor Torre, quien murió de un infarto en su nueva librería hace nueve años. O tal vez sólo sea un chiste."

"Uno malo si así es," gruñó Moses Carver.

"Y luego hay dos más. . . de nosotros. De Nancy, y yo, y mi Papá, y alguien que ya ha muerto. ¿Se sentará un poco más?"

Y aunque estaba ansioso de irse, Rolando hizo lo que le pidieron. Por primera vez desde la muerte de Jake una emoción genuina diferente al dolor había aparecido en su mente.

Curiosidad.

ONCE

"Primero, las noticias de la gente en Nuevo México," dijo Marian cuando Rolando se hubo sentado de nuevo. "Ellos los han vigilado a ustedes tanto como pueden, y aunque lo que veían del lado de Thunderclap era cuando más borroso, creen que Eddie le dijo a Jake Chambers algo—tal vez algo de importancia—no mucho antes de morir. Probablemente mientras yacía en el suelo, y antes de que. . . no sé. . ."

"¿Antes de que cayera al crepúsculo?" sugirió Rolando.

"Sí," concordó Nancy Deepneau. "Eso creemos. Es decir, eso creen *ellos*. Nuestra versión de los Disgregadores."

Marian frunció un poco el ceño hacia ella, lo que sugería que ésta era una mujer a quien no le gustaba que la interrumpieran. Luego le devolvió su atención a Rolando. "Ver cosas de este lado es más fácil para nuestra gente, y muchos de ellos están bien seguros—no lo creen, están

seguros—de que Jake puede haber pasado este mensaje antes de morir él también.” Hizo una pausa. “Esta mujer con la que viaja, la señora Tassenbaum—”

“Tassenbaum,” corrigió Rolando. Lo hizo sin pensarlo pues su mente estaba ocupada en algo más. Furiosamente ocupada.

“Tassenbaum,” estuvo de acuerdo Marian. “Sin duda ella le habló a usted de algo de lo que Jake le dijo antes de morir, pero puede haber algo más. No algo que ella se esté guardando, sino algo que no reconoció como importante. ¿Le pedirá usted que vuelva a lo que le dijo Jake una vez más antes de que se separen?”

“Sí,” dijo Rolando, y desde luego lo haría, pero no creía que Jake le hubiera pasado el mensaje de Eddie a la señora Tassenbaum. No, no a ella. Se dio cuenta de que casi no había pensado en Acho desde que habían parqueado el auto de Irene, pero Acho había estado con ellos, desde luego; estaría yaciendo ahora mismo a los pies de Irene mientras se sentaba en el parquecito al otro lado de la calle, yaciendo al sol y esperándolo.

“De acuerdo,” dijo ella. “Eso está bien. Prosigamos.”

Marian abrió el ancho cajón central de su escritorio. De allí sacó un sobre envuelto y una caja de madera pequeña. El sobre se lo pasó a Nancy Deepneau. La caja la puso sobre el escritorio frente a ella.

“Lo siguiente lo debe decir Nancy,” dijo. “Y sólo te pediré que seas breve, Nancy, porque este hombre se ve muy ansioso de irse.”

“Dilo,” dijo Moses, y golpeó con su bastón.

Nancy lo miró de reojo y luego a Rolando. . . o en sus alrededores, de cualquier forma. Sus mejillas se estaban poniendo rojas, y se veía irritada. “Stephen King,” dijo, luego carraspeó un poco y lo dijo de nuevo. Después de eso parecía que no sabía cómo seguir. Su color era más fuerte bajo su piel.

“Toma bastante aire,” dijo Rolando, “y no lo sueltes.”

Ella hizo lo que le dijo.

“Ahora suéltalo.”

Y esto también.

“Ahora dime lo que quieras, Nancy sobrina de Aaron.”

“Stephen King ha escrito casi cuarenta libros,” dijo, y aunque seguía sonrojada (Rolando supuso que descubriría pronto lo que eso significaba), su voz estaba más en calma. “Un número sorprendente de ellos, incluso los primeros, tienen que ver con la Torre Oscura en una forma o la otra. Es como si siempre estuviera en su mente, desde el mismo comienzo.”

“Dices lo que sé que es verdad,” le dijo Rolando, cerrando los puños, “digo gracias.”

Esto pareció calmarla aún más. “De ahí los Calvinos,” dijo. “Tres hombres y dos mujeres de corte académico que no hacen nada más de ocho de la mañana a cuatro de la tarde que leer los libros de Stephen King.”

“No sólo los leen,” dijo Marian. “Trazan referencias comunes entre ellos por lugares, por personajes, por temas—tal y como son—incluso por la mención de populares productos de ciertas marcas.”

“Parte de su trabajo consiste en buscar referencias a personas que viven o vivieron en el Mundo Clave,” dijo Nancy. “Personas reales, en otras palabras. Y referencias a la Torre Oscura, desde luego.” Le pasó a Rolando el sobre y Rolando sintió las esquinas de lo que sólo podía ser un libro en el interior. “Si King escribió alguna vez un *libro* clave, Rolando—es decir, aparte de la serie misma de la Torre Oscura—creemos que debe ser éste.”

El sobre estaba sujeto por un broche. Rolando buscó desaprobación en los rostros de Marian y Nancy. Ellas asintieron. El pistolero abrió el broche y sacó un volumen extremadamente grueso con una cubierta de rojo y blanco. No había imágenes en ella, sólo el nombre de Stephen King y una sola palabra.

Rojo para el Rey, Blanco para Arturo Eld, pensó. *Blanco sobre rojo, así desea Gan para siempre.*

O tal vez sólo era una coincidencia.

“¿Qué palabra es ésta?” preguntó Rolando, dando un golpecito en el título.

"*Insomnia*," dijo Nancy. "Significa—"

"Sé lo que significa," dijo Rolando. "¿Por qué me dan el libro?"

"Porque la historia gira en torno a la Torre Oscura," dijo Nancy, "y porque hay un personaje en él llamado Ed Deepneau. Resulta ser el villano de la historia."

El villano de la historia, pensó Rolando. *No es sorpresa que se haya puesto de color rosa.*

"Hay alguien con ese nombre en tu familia," le preguntó a ella.

"Hubo alguien," dijo. "En Bangor, que es la ciudad sobre la que escribe King cuando escribe de Derry, como hace en este libro. El Ed Deepneau real murió en 1947, el año en que King nació. Era contable, tan inofensivo como la leche y las galletas. El de *Insomnia* es un lunático que cae bajo el poder del Rey Carmesí. Intenta usar un aeroplano como bomba y estrellarlo en un edificio, matando miles de personas."

"Ruega que nunca pase," dijo lúgubrementes el anciano, mirando hacia el perfil de los edificios de Nueva York. "Sabe Dios que podría pasar."

"En la historia el plan falla," dijo Nancy. "Aunque algunas personas sí mueren, el personaje principal del libro, un anciano llamado Ralph Roberts, logra evitar que pase lo peor."

Rolando miraba intensamente a la sobrina nieta de Aaron Deepneau. "¿El Rey Carmesí es mencionado aquí? ¿Por *nombre real*?"

"Sí," dijo ella. "El Ed Deepneau en Bangor—el Ed Deepneau *real*—era primo de mi padre, en cuarto o quinto grado. Los Calvinos podrían mostrarle el árbol familiar si quisiera, pero no hay realmente mayor conexión con la parte del árbol de tío Aaron. Creemos que King puede haber usado el nombre en el libro como una forma de captar su atención, Rolando—o la nuestra—sin siquiera darse cuenta de lo que estaba haciendo."

"Un mensaje de su inframente," murmuró el pistolero.

Nancy se iluminó. "¡Su subconsciente, sí! ¡Sí, exactamente eso es lo que creemos!"

Eso *no era* exactamente lo que Rolando pensaba. El pistolero recordaba cómo había hipnotizado a King en el año de 1977; cómo le había dicho que escuchara la Ves'-Ka Gan, la Canción de la Tortuga. ¿Había la inframente de King, la parte de él que nunca había dejado de intentar obedecer la orden hipnótica, puesto parte de la Canción de la Tortuga en este libro? ¿Un libro que los Siervos del Rey podrían haber ignorado porque no era parte del 'Ciclo de la Torre Oscura'? Rolando pensó que eso podía ser, y que el nombre Deepneau podría de hecho ser un sigil. Pero—

"No puedo leer esto," dijo. "Una palabra aquí y una palabra allá, tal vez, pero no más."

"Tú no, pero mi niña sí," dijo Moses Carver. "Mi niña Odetta, a la que llamas Susannah."

Rolando asintió lentamente. Y aunque ya había empezado a tener sus dudas, su mente sin embargo produjo una imagen brillante de ellos dos sentados cerca junto a una hoguera—una grande, pues la noche era fría—con Acho en medio. En las rocas sobre ellos el viento ululaba notas amargas de invierno, pero no les preocupaba, pues sus vientres estaban llenos, sus cuerpos estaban tibios, vestidos con la piel de animales que ellos mismos habían matado, y tenían una historia para entretenerse.

La historia de Stephen King de *insomnia*.

"Ella te lo leerá en el camino," dijo Moses. "En tu último camino, idigan Dios!"

Sí, pensó Rolando. *Una última historia que escuchar, un último camino que seguir. El que lleva a Can'-Ka No Rey y la Torre Oscura. O sería bueno pensar que así era.*

Nancy habló, "En la historia, el Rey Carmesí usa a Ed Deepneau para matar a un solo niño, un muchacho llamado Patrick Danville. Justo antes del ataque, mientras Patrick y su madre esperan a que una mujer dé un discurso, el muchacho hace un dibujo, uno que lo muestra a usted, Rolando, y al Rey Carmesí, aparentemente apresado en la cima de la Torre Oscura."

Rolando se incorporó en su silla. "¿La *cima*? ¿Apresado en la *cima*?"

"Calma," dijo Marian. "Tómelo con calma, Rolando. Los Calvinos han estado analizando por años el trabajo de King, cada palabra y cada referencia, y todo lo que producen es enviado a las *yentes* de buena mente en Nuevo México. Aunque estos dos grupos nunca se han visto unos a otros, sería perfectamente correcto decir que trabajan en conjunto."

"No es que siempre estén de acuerdo," dijo Nancy.

"¡Por cierto que *no!*" habló Marian, con el tono exasperado de alguien que ha tenido que hablar de más que de sus desacuerdos. "Pero algo en lo que *sí* están de acuerdo es en que las referencias de King a la Torre Oscura casi siempre están disfrazadas, y en ocasiones pueden no significar nada en lo absoluto."

Rolando asintió. "Él habla de ello porque su inframente siempre piensa en ello, pero a veces tiene lapsos de galimatías."

"Sí," dijo Nancy.

"Pero obviamente ustedes no creen que todo el libro sea una ruta falsa, o no me lo darían."

"Claro que no," dijo Nancy. "Pero eso no significa que el Rey Carmesí necesariamente esté aprisionado en la *cima* de la Torre. Aunque supongo que podría ser así."

Rolando pensó en su propia creencia en que el Rey Rojo estaba apresado fuera de la Torre, en una suerte de balcón. ¿Era una intuición genuina, o sólo algo en lo que quería creer?

"En cualquier caso, creemos que debería estar atento ante este Patrick Danville," dijo Marian. "El consenso es que es una persona real, pero no hemos sido capaces de encontrar ni el menor rastro de él aquí. Tal vez lo pueda encontrar en Thunderclap."

"O más allá," agregó Moses.

Marian asentía. "De acuerdo a la historia que King narra en *Insomnia*—Patrick Danville muere siendo un joven. *Pero eso puede no ser cierto*. ¿Lo entiende?"

"No estoy seguro."

"Cuando encuentre a Patrick Danville—o cuando él lo encuentre a usted—aún puede ser el niño descrito en el libro," dijo Nancy, "o podría ser tan viejo como Tío Mose."

"¡Mala suerte para él si así e'!" dijo el anciano, y rió alegremente.

Rolando alzó el libro, contempló la cubierta roja y blanca, recorrió las letras ligeramente levantadas que componían una palabra que no podía leer. "¿Seguramente es sólo una historia?"

"A partir de la primavera de 1970, cuando escribió en su máquina de escribir la línea *El hombre de negro huía a través del desierto, y el pistolero iba en pos de él*," dijo Marian Carver, "muy pocas de las cosas que Stephen King escribió fueron 'sólo historias.' Puede que él no lo crea; nosotros sí."

Pero años de tratar con el Rey Carmesí pueden haberte dejado con la tendencia a saltar ante cualquier sombra, que te plazca, pensó Rolando. En voz alta dijo, "Si no son historias, ¿qué?"

Fue Moses Carver quien respondió. "Creemos que tal vez sean mensajes en botellas." En la forma en que pronunció esta palabra—*boteh'ías*, casi—Rolando escuchó un eco, que le rompió el corazón, de Susannah, y de repente quiso verla y saber que estaba bien. Este deseo era tan fuerte que le dejó un sabor amargo en la lengua.

"—ese gran mar."

"Ruego tu perdón," dijo el pistolero. "Estaba reuniendo lana."

"Dije que creemos que Stephen King ha puesto sus botellas en ese gran mar. El que llamamos el *Prim*. Con la esperanza de que te lleguen, y los mensajes dentro harán posible que tú y mi Odetta alcancen su objetivo."

"Lo que nos lleva a nuestros obsequios finales," dijo Marian. "Nuestros verdaderos obsequios. Primero. . ." Le pasó la caja.

Tenía una bisagra. Rolando puso su mano izquierda abierta sobre la tapa, con la intención de abrirla, luego se detuvo y estudio a sus interlocutores. Lo miraban con esperanza e interés en suspenso, una expresión que lo hizo sentirse incómodo. Una idea desquiciada (pero sorprendentemente persuasiva) se le ocurrió: que estos eran en verdad agentes del Rey Carmesí, y que cuando abriera la caja, lo último que vería sería una sneetch activada, su conteo llegando al cero rojo. Y el último sonido que escucharía antes de que el mundo volara a su alrededor sería su risa loca y un grito de *¡Salve el Rey Carmesí!* No era imposible, igual, pero llegaba un punto en el que uno tenía que confiar, porque la alternativa era la locura.

Si el ka dice así, que así sea, pensó, y abrió la caja.

DOCE

Dentro, descansando en terciopelo azul oscuro (que era posible que supieran o no era el color de la Corte Real de Gilead), había un reloj dentro de una cadena que lo rodeaba. Grabados sobre su cubierta dorada había tres objetos: una llave, una rosa y—en medio y ligeramente encima de ellos—una torre con pequeñas ventanas rodeando toda su circunferencia en una espiral ascendente.

Rolando estaba sorprendido de notar que sus ojos se llenaban una vez más de lágrimas. Cuando volvió a ver a los otros—dos mujeres jóvenes y un hombre anciano, el cerebro y el corazón de la Corporación Tet—primero vio a seis en vez de tres. Pestañeó para alejar los dobles fantasmas.

“Abre la cubierta y mira dentro,” dijo Moses Carver. “Y no hay necesidad de ocultar tus lágrimas en esta compañía, hijo de Steven, pues no somos las máquinas con los que los otros nos reemplazarían, si logran su cometido.”

Rolando vio que el anciano hablaba la verdad, pues rodaban lágrimas por la oscuridad de sus mejillas. Nancy Deepneau también lloraba libremente. Y aunque Marian Carver sin duda se jactaba de ser hecha de material más duro, sus ojos tenían un brillo sospechoso.

Oprimió el botón que sobresalía de la parte superior del estuche, y la tapa se abrió de golpe. Dentro, manecillas finamente talladas daban la hora y los minutos, y con una precisión perfecta, no tenía la menor duda. Debajo, en su propio círculo pequeño, una manecilla más pequeña contaba los segundos. Dentro de la tapa estaba grabado esto:

A la Mano de ROLANDO DESCHAIN

De Aquellas de

MOSES ISAAC CARVER

MARIAN ODETTA CARVER

NANCY REBECCA DEEPNEAU

Con Nuestra Gratitud

Blanco Sobre Rojo, Así Desea DIOS Para Siempre

“Gracias-sai,” dijo Rolando en una voz gruesa y temblorosa. “Les agradezco, y también lo harían mis amigos, si estuvieran aquí para hablar.”

“En nuestros corazones ellos *hablan*, Rolando,” dijo Marian. “Y en su rostro los vemos muy bien.”

Moses Carver sonreía. “En nuestro mundo, Rolando, darle a un hombre un reloj de oro tiene un significado especial.”

“¿Y cuál es?” preguntó Rolando. Sostuvo el reloj—fácilmente el mejor reloj que jamás había tenido en toda su vida—y lo llevó a su oído, y escuchó el preciso y delicado sonido de su maquinaria.

“Que su trabajo está hecho y es hora de que vaya a pescar o a jugar con sus nietos,” dijo Nancy Deepneau. “Pero se lo dimos por una razón diferente. Que cuente las horas hasta su meta y le diga cuándo está cerca de ella.”

“¿Cómo puede hacer eso?”

“Tenemos un tipo excepcional de los de la buena mente en Nuevo México,” dijo Marian. “Su nombre es Fred Towne. Él ve mucho y rara vez se equivoca, si es que se ha equivocado alguna vez. Este reloj es un Patek Philippe, Rolando. Costó diecinueve mil dólares, y los fabricantes garantizan la devolución total del dinero si alguna vez se adelanta o se atrasa. No necesita que le den cuerda, pues funciona con una batería—*no* hecha por North Central Positronics o

ninguna de sus empresas subsidiarias, puedo asegurarlo—que durará cien años. De acuerdo a Fred, cuando esté cerca de la Torre Oscura, el reloj puede detenerse sin embargo.”

“O empezar a correr hacia atrás,” dijo Nancy. “Cuídelo.”

Moses Carver habló, “Creo que lo hará, ¿o no?”

“Ea,” concordó Rolando. Puso el reloj cuidadosamente en un bolsillo (después de dedicarle otra larga mirada a las imágenes talladas en la cubierta dorada) y la caja en otro. “Miraré muy bien este reloj.”

“Debe estar atento de algo más, también,” dijo Marian. “Mordred.”

Rolando esperó.

“Tenemos razón para creer que ha asesinado al que usted llamaba Walter.” Hizo una pausa. “Y veo que eso no lo sorprende. ¿Puedo preguntar por qué?”

“Walter ha dejado finalmente mis sueños, tal y como el dolor ha dejado mi cadera y mi cabeza,” dijo Rolando. “La última vez que los visitó fue en Calla Bryn Sturgis, la noche del Hazemoto.” No les iba a contar lo terribles que habían sido esos sueños, sueños en los que erraba, perdido y solo, por el húmedo corredor de un castillo con telarañas enredándose en su rostro; el sonido de algo que se le acercaba desde la oscuridad detrás de él (o tal vez encima), y, justo antes de despertar, el brillo de ojos rojos y una voz inhumana que susurraba: “Padre.”

Lo miraban todos de manera sombría. Por fin Marian dijo: “Cuídese de él, Rolando. Fred Towne, el tipo que mencioné, dice ‘Mordred está a-hambriento.’ Dice que es un hambre literal. Fred es un hombre valiente, pero tiene miedo de su . . . su enemigo.”

Mi hijo, ¿por qué no lo dices? pensó Rolando, pero creía que lo sabía. Ella se abstuvo preocupada por sus sentimientos.

Moses Carver se puso de pie y depositó el bastón junto al escritorio de su hija. “Tengo una cosa más para ti,” dijo, “sólo que era tuyo todo el tiempo—tuyo para que lo llevaras y lo pusieras en el suelo cuando llegaras a donde debes llegar.”

Rolando estaba honestamente perplejo, y más perplejo todavía cuando el anciano empezó a desabotonar lentamente su camisa por el frente. Marian hizo ademán de ayudarle y él la rechazó con la mano bruscamente. Bajo su camisa estaba la camiseta sin mangas de un anciano, lo que el pistolero llamaba una slinkum. Bajo ella se adivinaba una forma que Rolando reconoció al instante, y pareció que su corazón se detenía en su pecho. Por un momento estuvo de vuelta en la cabaña en el lago—la cabaña Beckhardt, Eddie a su lado—y escuchó sus propias palabras: *Ponte la cruz de la Tía alrededor del cuello, y cuando conozcas a sai Carver, muéstrasela. Puede ayudar mucho a convencerlo de que estás del lado correcto. Pero primero. . .*

La cruz estaba ahora en una cadena de finos eslabones dorados. Moses Carver la sacó de debajo de su slinkum halándola de la cadena, la miró por un momento, alzó la mirada hacia Rolando con una pequeña sonrisa en los labios, luego otra vez a la cruz. Sopló sobre ella. Muy, muy leve, erizando los vellos de los brazos del pistolero, se escuchó la voz de Susannah:

“Enterramos a Pimsey bajo el árbol de manzana. . .”

Luego se fue. Por un momento no se escuchó nada, y Carver, frunciendo el ceño ahora, tomó aire para soplar otra vez. No hubo necesidad. Antes que pudiera, surgió el acento de yankee de Jhon Cullum, no de la cruz misma, sino al parecer del aire por encima de ella.

“Hicimos lo mejor que pudimos, compañero”—*compahñero*—“y espero que haya estado lo suficientemente bien. Ahora, siempre supe que esto era sólo un préstamo, y aquí está, de vuelta a donde pertenece. Sabes en donde termina, yo. . .” Aquí las palabras, que se habían ido desvaneciendo desde *aquí está*, se volvieron inaudibles incluso a los agudos oídos de Rolando. Sin embargo, escuchó lo suficiente. Tomó la cruz de Tía Talitha, a quien le había prometido depositarla a los pies de la Torre Oscura, y se la puso una vez más. Había vuelto a él, ¿y por qué habría de no hacerlo? ¿No era el ka una rueda?

“Te agradezco, sai Carver,” dijo. “Por mí mismo, por el que fuera mi ka-tet, y por la mujer que me la dio a mí.”

“No me lo agradezcas a mí,” dijo Moses Carver. “Agradécele a Johnny Cullum. Él me la dio en su lecho de muerte. Ese hombre tenía una dura coraza sobre él.”

"Yo—" empezó Rolando, y por un momento no pudo decir más. Su corazón estaba demasiado lleno. "Les agradezco a todos," dijo por fin. Dobló su cabeza hacia ellos con la palma de su puño derecho contra su frente y los ojos cerrados.

Cuando los volvió a abrir, Moses Carver estiraba sus delgados brazos. "Ahora es tiempo de que nosotros sigamos nuestro camino, y que tú tomes el tuyo," dijo. "Pon tus brazos alrededor mío, Rolando, y besa mi mejilla en despedida si lo deseas, y piensa en mi niña como lo haces, pues le diré adiós a ella si puedo."

Rolando hizo lo que le pidió, y en otro mundo, mientras cabeceaba adormilada a bordo de un tren que se dirigía a Fedic, Susannah se puso una mano en la mejilla, pues le pareció que Papi Mose había ido a ella, y puesto un brazo alrededor suyo, y le había dicho adiós, buena suerte, buen viaje.

TRECE

Cuando Rolando salió del ele-vaidor hacia el lobby, no le sorprendió ver a una mujer con un suéter gris-verde y pantalones del color del musgo de pie frente al jardín con otras pocas *yentes* silenciosamente respetuosas. Un animal que no era del todo un perro se sentaba junto a su pie izquierdo. Rolando se movió hacia ella y le tocó el codo. Irene Tassenbaum se giró hacia él, con los ojos abiertos de asombro.

"¿Lo escuchas?" preguntó ella. "Es como el canto que escuchamos en Novell, sólo que cien veces más dulce."

"Lo escucho," dijo él. Luego se dobló y alzó a Acho. Miró a los ojos brillantes de aros dorados del brambo mientras las voces cantaban. "Amigo de Jake," dijo, "¿qué mensaje dio él?"

Acho lo intentó, pero lo mejor que alcanzó a decir fue algo que sonaba como *Dandy-o*, una palabra que Rolando recordaba vagamente de una vieja canción para beber, que rimaba con *Adelina dice que está cachonda-o*.

Rolando puso su frente contra la de Acho y cerró los ojos. Olió el tibio aliento del brambo. Y más: un aroma profundo en su piel que era el heno en el cual Jake y Benny Slightman tomaban turnos para saltar no mucho antes. En su mente, mezclado con el dulce canto de aquellas voces, escuchó la voz de Jake Chambers por última vez:

Dile que Eddie dice, "Cuidado con Dandelo." ¡No lo olvides!

Y Acho no lo había olvidado.

CATORCE

Afuera, a medida que descendían los escalones del 2 Hammarskjöld Plaza, una voz deferente dijo, "¿Señor? ¿Madam?"

Era un hombre de traje negro y una suave gorra negra. Estaba de pie junto al auto más largo y negro que Rolando hubiera visto jamás. Observarlo hizo que el pistolero se sintiera incómodo.

"¿Quién nos envió un carruaje funerario?" preguntó.

Irene Tassenbaum sonrió. La rosa la había refrescado—la había emocionado y regocijado, también—pero aún estaba cansada. Y preocupada por ponerse en contacto con David, quien probablemente estaría enloquecido de la preocupación para ese momento.

"No es un coche fúnebre," dijo. "Es una limosina. Un auto para personas especiales... o personas que creen que son especiales." Luego, dirigiéndose al conductor: "Mientras conducimos, ¿puede hacer que alguien en su oficina revise algo de información de vuelos para mí?"

"Desde luego, madam. ¿Puedo preguntar su aerolínea de elección y su destino?"

"Mi destino es Portland, Maine. Mi aerolínea de elección es Aerolíneas Rubberband, si tienen vuelos hacia allí esta tarde."

Las ventanas de la limosina eran de vidrio polarizado, el interior era opaco y rodeado de luces de colores. Acho saltó a una de las sillas y observó con interés como pasaba la ciudad junto a él. Rolando estaba levemente sorprendido de ver que había una barra de licores completamente abarrotada a un lado del largo compartimiento de pasajeros. Pensó en tomarse una cerveza y decidió que incluso una bebida tan suave sería suficiente para opacar sus propias luces. Irene no tenía tales preocupaciones. Se sirvió lo que parecía whisky de una pequeña botella y estiró el vaso hacia él.

"Que tu camino siempre vaya más alto y el viento esté siempre a tus espaldas, me foine bucko," dijo ella.

Rolando asintió. "Un buen brindis. Gracias-sai."

"Estos han sido los tres días más sorprendentes de mi vida. Quería darte las gracias-sai a *tí*. Por escogermé." *Y también por cogermé*, pensó pero no lo dijo. Dave y ella aún disfrutaban el ocasional retozo, pero no como el de la noche anterior. Nunca había sido así. ¿Y si Rolando no hubiera estado distraído? Muy probablemente habría explotado su tonto ser, como un cohete de feria Black Cat.

Rolando asintió y observó las calles de la ciudad—una versión de Lud, pero aún joven y vital—pasar. "¿Qué hay de tu auto?" preguntó.

"Si lo necesitamos antes de volver a Nueva York, haremos que alguien lo conduzca hasta Maine. Probablemente el Beemer de David nos baste. Es una de las ventajas de ser acaudalados—¿Por qué me miras de esa manera?"

"¿Tienes un carro-móvil llamado un *Beamer*²⁷?"

"Es una palabra vulgar," dijo ella. "De hecho es un BMW. Eso significa Bavarian Motor Works."

"Ah." Rolando intentó dar la impresión de que entendía.

"Rolando, ¿puedo hacerte una pregunta?"

Él giró la mano para indicarle que la hiciera.

"Cuando salvamos al escritor, ¿también salvamos el mundo? De alguna manera lo hicimos, ¿o no?"

"Sí," dijo él.

"¿Cómo es que un escritor que ni siquiera es muy bueno—y eso lo puedo decir, he leído cuatro o cinco de sus libros—resulta estar a cargo del destino del mundo? ¿O del universo entero?"

"Si no es muy bueno, ¿por qué no te detuviste en el primero?"

La señora Tassenbaum sonrió. "Me atrapaste. Él es legible, eso se lo admito—cuenta una buena historia, pero tiene un oído de lata para el lenguaje. Respondí tu pregunta, ahora responde la mía. Sabe Dios que hay escritores que sienten que el mundo entero depende de lo que ellos dicen. Norman Mailer me llega a la cabeza, también Shirley Hazzard y John Updike. Pero aparentemente en este caso el mundo en verdad dependía de él. ¿Cómo ocurrió eso?"

Rolando alzó los hombros. "Él escucha las voces correctas y canta las canciones correctas. Lo que quiere decir, ka."

Fue el turno de Irene Tassenbaum de aparentar que entendía.

QUINCE

La limosina se detuvo frente a un edificio con un frente con toldos verdes. Otro hombre con un traje bien cortado estaba junto a la puerta. Los escalones que conducían desde la acera estaban bloqueados con cinta amarilla. Había palabras escritas en ella que Rolando no podía leer.

²⁷ N. del T. Juego de palabras intraducible. *Beamer*, suena a *Beam*, Haz.

"Dice ESCENA DE CRIMEN, NO PASE," le contó la señora Tassenbaum. "Pero parece que lleva aquí poco tiempo. Creo que usualmente quitan la cinta una vez han terminado con sus cámaras y cepillos y cosas. Debes tener amigos poderosos."

Rolando estaba seguro de que la cinta había de hecho sido puesta hacía poco; tres semanas, poco más o menos. Eso fue cuando Jake y el Padre Callahan habían entrado al Dixie Pig, seguros de que iban hacia sus muertes pero sin detenerse de cualquier forma. Vio que quedaba un pequeño trago en el vaso de Irene y se lo tomó, haciendo una mueca ante el caliente sabor del alcohol, pero disfrutando del ardor en el camino hacia su estómago.

"¿Mejor?" preguntó ella.

"Ea, gracias." Volvió a acomodar la bolsa con los Orizas en ella más firmemente en su hombro y salió con Acho a sus pies. Irene se detuvo para hablarle al conductor, quien parecía haber tenido éxito en hacer sus arreglos de viaje. Rolando se agachó bajo la cinta y luego se quedó donde estaba por un momento, escuchando los pitos y ruidos de la ciudad en este brillante día de junio, disfrutando su vitalidad adolescente. Nunca vería otra ciudad, de eso estaba casi seguro. Y tal vez eso estaba bien también. Tenía la idea de que después de Nueva York todas las demás estarían un escalón por debajo.

El guardia—obviamente alguien que trabajaba para la Corporación Tet y no para el alguacilesco de esta ciudad—se le unió al caminar. "Si quiere entrar allí, señor, tendrá que enseñarme algo."

Rolando sacó una vez más su cinturón con balas de la bolsa, una vez más lo desenvolvió de la funda, una vez más desenfundó la pistola de su padre. Esta vez no lo ofreció para que lo tomaran, ni el caballero lo pidió. Sólo examinó el tallado, particularmente al final del cañón. Luego asintió respetuosamente y dio un paso atrás. "Le quitaré el seguro a la puerta. Una vez que usted esté dentro, quedará por su cuenta. Entiende eso, ¿cierto?"

Rolando, quien había quedado por su cuenta la mayor parte de su vida, asintió.

Irene le tomó del codo antes de que se moviera hacia delante, le hizo darse vuelta y puso sus brazos alrededor de su cuello. También se había comprado unos zapatos de tacón bajo, y sólo necesitó mover su cabeza levemente hacia atrás para mirarlo a los ojos.

"Cuida de ti, vaquero." Lo besó brevemente en la boca—el beso de una amiga—y luego se arrodilló para acariciar a Acho. "Y cuida del pequeño vaquero también."

"Haré mi mejor esfuerzo," dijo Rolando. "¿Recordarás tu promesa sobre la tumba de Jake?"

"Una rosa," dijo. "Lo recordaré."

"Gracias." La miró un instante más, consultó los trabajos de sus propios instintos internos—corazonada-pensamiento—y llegó a una decisión. De la bolsa que contenía los Orizas, sacó el sobre que contenía el libro grueso. . . el que Susannah nunca le leería por el camino, después de todo. Lo puso en las manos de Irene.

Ella lo miró, frunciendo el ceño. "¿Qué hay aquí? Parece un libro."

"Sí. Uno de Stephen King. *Insomnia*, se llama. ¿Lo habéis leído vos?"

Ella sonrió un poco. "No, vos no lo he leído. ¿Y vos?"

"No. Y no lo haré. Me parece engañoso."

"No te entiendo."

"Se siente. . . delgado." Estaba pensando en el Cañón de la Armella, en Mejis.

Ella lo alzó. "A mí me parece jodidamente pesado. Un libro de Stephen King, seguramente. Él vende por centímetros, Estados Unidos compra por libras."

Rolando sólo dijo que no con la cabeza.

Irene dijo, "Olvidalo. Estoy haciéndome la lista porque Ree no es buena para las despedidas, nunca lo ha sido. Quieres que conserve esto, ¿cierto?"

"Sí."

"De acuerdo. Tal vez cuando el Gran Stephen salga del hospital, iré a pedirle un autógrafo. Tal y como lo veo, me debe un autógrafo."

"O un beso," dijo Rolando, y tomó uno para él. Con el libro ya no en su poder se sentía de alguna forma más liviano. Más libre. Más *seguro*. La atrajo completamente entre sus brazos y la abrazó. Irene Tassenbaum respondió a la fuerza de ese abrazo con la suya propia.

Luego Rolando la soltó, tocó su frente ligeramente con su puño, y se dio la vuelta hacia la puerta del Dixie Pig. La abrió y se coló dentro sin mirar atrás. Ésa, había descubierto, siempre era la manera más fácil.

DIECISÉIS

El poste de cromo que había estado fuera la noche en que Jake y el Padre Callahan habían entrado había sido puesto en el lobby para mantenerlo a salvo. Rolando tropezó con él, pero sus reflejos eran tan rápidos como siempre y lo agarró antes de que se cayera. Leyó el letrero en la parte superior lentamente, pronunciando las palabras y entendiendo sólo una: CERRADO. Las luces eléctricas naranja que habían iluminado el comedor estaban apagadas, pero las luces de emergencia que funcionaban por baterías estaban prendidas, llenando el área más allá del lobby y la barra con un brillo plano. A la izquierda había un arco y otro comedor más allá. No había luces de emergencia allí; esa parte del Dixie Pig era tan oscuro como una cueva. La luz del comedor principal parecía extenderse apenas un metro y medio—lo suficiente para iluminar el extremo de una larga mesa—y luego se extinguía. El tapete decorado del que había hablado Jake había desaparecido. Podía estar en la sala de evidencias de la estación de policía más cercana, o podía ya hacer parte del conjunto de rarezas de un coleccionista. Rolando podía sentir el leve aroma de carne chamuscada, vago y desagradable.

En el comedor principal, dos o tres mesas estaban de cabeza. Rolando vio manchas en la alfombra roja, varias oscuras que casi de seguro eran sangre y una masa amarillenta que era. . algo más.

¡Zzla a un lado! ¡Asquerosa baratija del ios oveja, zzzla a un lado si te atreves!

Y la voz del Padre, haciendo eco difusamente en los oídos de Rolando, sin miedo: *No necesito apostar mi fe ante el reto de una cosa como tú, sai.*

El Padre. Otro de aquellos que había dejado atrás.

Rolando pensó brevemente en la tortuga grabada que había estado oculta en la tela de la bolsa que habían encontrado en el lote vacío, pero no gastó tiempo buscándola. De haber estado allí, pensó que habría escuchado su voz, llamándolo en el silencio. No, quienquiera que se haya apropiado del decorado de los caballeros-vampiros cenando muy probablemente se había llevado la *sköldpadda* también, sin saber qué era, sabiendo sólo que era algo extraño y maravilloso y de otro mundo. Qué mal. Habría podido resultar útil.

El pistolero siguió adelante, moviéndose entre las mesas con Acho trotando junto a sus pies.

DIECISIETE

Hizo una pausa en la cocina, lo suficiente para preguntarse qué había pensado de ella la policía de Nueva York. Quería apostar que nunca habían visto otra como ésa, no en esta ciudad de maquinaria limpia y luces eléctricas brillantes. Esto era una cocina en la que Hax, el cocinero que mejor recordaba de su niñez (y bajo cuyos pies muertos él y su mejor amigo habían esparcido migajas para los pájaros), se habría sentido en casa. El fuego había estado apagado por semanas, pero el olor de la carne que se había rostizado allí—algo de la variedad conocida como cerdo largo—era fuerte y nauseabundo. Había más señales de problemas aquí, asimismo (una olla manchada de suciedad yaciendo en las baldosas verdes del piso, sangre que se había vuelto negra al quemarse sobre una de las estufas), y Rolando se podía imaginar a Jake peleando por salir de la cocina. Pero no en pánico; no, no él. En cambio se había detenido a pedirle señas al muchacho del cocinero.

¿Cómo te llamas, hombre?

Jochabim, ése soy yo, hijo de Hossa.

Jake les había contado esta parte de su historia, pero no era ese recuerdo el que le hablaba a Rolando ahora. Eran las voces de los muertos. Había escuchado tales voces antes, y las reconocía por lo que eran.

DIECIOCHO

Acho dirigió el camino como lo había hecho la última vez que estuvo allí. Aún podía oler el aroma de Ake, leve y doloroso. Ake se había ido adelante ahora, pero no demasiado lejos; él era bueno, Ake era bueno, Ake esperaba, y cuando llegara el momento—cuando el trabajo que Ake le había encargado estuviera concluido—Acho lo alcanzaría e iría con él como antes. Su nariz era fuerte, y encontraría olor más fresco que éste cuando llegara el momento de buscarlo. Ake lo había salvado de la muerte, lo que no importaba. Ake lo había salvado de la soledad y la vergüenza después que Acho había sido expulsado por el tet de los de su clase, y eso sí importaba.

Entretanto, quedaba este trabajo por terminar. Condujo al hombre Olan a la bodega. La puerta secreta hacia las escaleras había estado cerrada, pero el hombre Olan buscó pacientemente entre los estantes de latas y cajas hasta que halló la manera de abrirla. Todo estaba como había estado, la larga escalera descendiente ligeramente iluminada por bombillos en el techo, el olor húmedo y a musgo. Podía oler las ratas que corrían por las paredes; ratas y otras cosas también, algunos de los bichos del tipo que había matado la última vez que Jake y él estuvieron allí. Esa había sido una buena matanza, y alegremente tendría más, si más le ofrecieran. Acho deseaba que los bichos aparecieran otra vez y lo desafiaran, pero desde luego no lo hicieron. Tenían miedo, y tenían razón de tenerlo, pues sus especies habían sido desde siempre enemigas.

Empezó a descender las escaleras con el hombre Olan siguiéndolo detrás.

DIECINUEVE

Pasaron junto a un kiosco abandonado con sus letreros amarillentos por el tiempo (RECUERDOS DE NUEVA YORK, ÚLTIMA OPORTUNIDAD, y VISITE EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001), y quince minutos después—Rolando revisó su reloj nuevo para asegurarse del tiempo—llegaron a un lugar donde había una buena cantidad de cristales rotos en el polvoriento piso del corredor. Rolando alzó a Acho para que no se cortara las patas. En las dos paredes veía los restos destrozados de lo que había sido aberturas cubiertas de vidrio de alguna clase. Cuando miró dentro, vio maquinaria complicada. Casi habían atrapado a Jake aquí, casi lo capturaron en una clase de trampa mental, pero una vez más Jake había sido lo suficientemente listo y valiente para pasar. *Sobrevivió a todo excepto a un hombre demasiado estúpido y descuidado para hacer el simple trabajo de conducir su carruaje por un camino vacío*, pensó Rolando con amargura. *Y al hombre que lo llevó allí—ese hombre, también*. Entonces Acho le ladró y Rolando se dio cuenta de que en medio de su ira por Bryan Smith (y por sí mismo), estaba apretando con demasiada fuerza al pobre pequeño.

“Imploro perdón, Acho,” dijo, y lo puso en el suelo.

Acho trotó sin replicar, y no mucho después Rolando llegó a los cuerpos regados de los hijos de puta que habían disparado a su muchacho desde el Dixie Pig. Aquí también, impresos en el polvo que cubría el suelo de este antiguo corredor, estaban los rastros que Eddie y él habían

hecho al llegar. De nuevo, escuchó una voz fantasmal, esta vez la del hombre que había sido el líder de los tiradores.

Conozco tu nombre por tu rostro, y tu rostro por tu boca. Es igual a la boca de tu madre, quien se la mamó a John Farson con tal alborozo.

Rolando le dio vuelta al cuerpo con la punta de su bota (un huma llamado Flaherty, cuyo padre le había puesto en la cabeza miedo a los dragones, de haberlo sabido el pistolero, o de haberle importado... lo que no era así) y observó al rostro muerto, que acumulaba ya una capa de moho. Junto a él estaba el taheen con cabeza de armiño cuya proclamación final había sido *Te sea maldita, entonces, chary-ka*. Y más allá de los cuerpos amontonados de estos dos y sus parejas estaba la puerta que le sacaría para bien del Mundo Clave.

Asumiendo que aún funcionara.

Acho trotó hacia ella y se sentó al frente, mirando a Rolando. El brambo respiraba agitado, pero su vieja sonrisa amistosa y endiablada había desaparecido. Rolando llegó a la puerta y puso sus manos contra la fustánima de vetas juntas. En su interior sintió una baja y turbia vibración. Esta puerta aún funcionaba pero podría no ser así por mucho más tiempo.

Cerró sus ojos y pensó en su madre doblándose sobre él mientras yacía en su camita (qué tan antes de eso había sido ascendido de la cuna a la cama no lo sabía, pero seguramente no mucho), el rostro de ella una colcha de colores por las ventanas de la guardería, Gabrielle Deschain que después moriría por esas manos que acariciaba tan ligera y amorosamente con las suyas propias; hija de Candor el Alto, esposa de Steven, madre de Rolando, arrullándolo para que se durmiera y que soñara con aquellas tierras que sólo los niños conocen.

Bebé-entre colores, bebé querido,

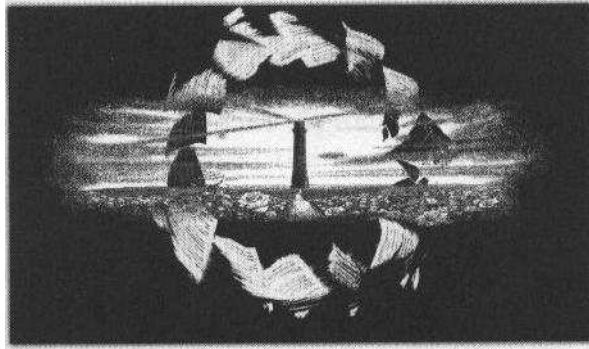
Bebé, trae tus moras aquí.

¡Chussit, chissit, chassit!

¡Trae suficiente para llenar tu canasta!

Tan lejos he viajado, pensó con las manos estiradas sobre la puerta de fustánima. Tan lejos he viajado y a tantos he lastimado por el camino, lastimado o asesinado, y lo que puedo haber salvado fue salvado por accidente y puede nunca salvar mi alma, si tengo una. Empero queda esto: He llegado al comienzo del último camino, y no necesito viajarlo solo, si tan sólo Susannah quiere ir conmigo. Tal vez aún haya suficiente para llenar mi canasta.

“Chassit,” dijo Rolando, y abrió sus ojos a medida que se abría la puerta. Vio a Acho saltar ágilmente a través de ella. Escuchó el agudo grito del vacío entre los mundos, y luego pasó él también caminando, cerrando la puerta detrás suyo y aún sin mirar atrás.



Capítulo IV: Fedic (Dos Perspectivas)

UNO

¡Mira lo brillante que está aquí!

Cuando vinimos aquí, Fedic no tenía sombras y era opaco, pero había una razón para ello: no era el Fedic real sino sólo un tipo de sustituto de exotransito; un lugar que Mia conocía bien y recordaba bien (tal y como recordaba la atracción del castillo, donde iba a menudo antes que las circunstancias—en la persona de Walter de la Penumbra—le dieran un cuerpo físico) y podía por tanto re-crear. Hoy sin embargo, la ciudad desierta es casi demasiado brillante para mirarla (aunque sin duda veremos mejor una vez que nuestros ojos se ajusten de la oscuridad de Thunderclap y del pasaje bajo el Dixie Pig). Cada sombra es profunda; podrían haber sido cortadas de fieltro negro y puestas sobre el oggan. El cielo es de un azul fuerte y sin nubes. El aire es frío. El viento ululante alrededor de los aleros de los edificios vacíos y a través de las almenas del Castillo Discordia es otoñal y de alguna forma introspectivo. Quieta en la Estación Fedic se encuentra una locomotora—lo que los antiguos llamaban una hot-enj²⁸—con las palabras **ESPÍRITU DE TOPEKA** escritas a los dos lados de la nariz de bala. Las delgadas ventanas de los pilotos han quedado casi completamente opacas por los siglos de arenisca desértica que han volado contra el vidrio, pero eso poco importa; la *Espíritu de Topeka* ha hecho su último viaje, e incluso cuando *aún* corría regularmente, ningún simple huma guío jamás su curso. Tras la locomotora hay sólo tres vagones. Había una docena cuando partió de la Estación Thunderclap en su último viaje, y había una docena cuando tuvo a la vista a este pueblo fantasma, pero. . .

Ah, bien, ésa es una historia que debe contar Susannah, y escucharemos mientras se la cuenta al hombre que llamaba dinh cuando había un ka-tet qué guiar. Y aquí está Susannah en persona, sentada donde la vimos antes una vez, frente al Salón Gin-Puppy. Aparcado junto al riel está su corcel de cromo, que Eddie bautizó Triciclo Viajero de Suzie. Tiene frío y no lleva más que un suéter para cubrirse, pero su corazón le dice que su espera casi ha terminado, y ahora ansía que su corazón tenga razón, pues este lugar está embrujado. A Susannah el ulular del viento le suena demasiado a los gritos confusos de los niños que fueron traídos aquí para que arruinaran sus cuerpos y asesinaran sus mentes.

Junto al albergue de latón oxidado en el extremo de la calle (la Estación Experimental Arc 16, ¿no lo recuerdas?) están los grises caballos cibernéticos. Algunos otros más se han caído desde la última vez que estuvimos aquí; otros cuantos menean sus cabezas incesantemente hacia delante y hacia atrás, como si intentaran ver a los jinetes que vendrán a soltarlos. Pero eso no pasará nunca, pues los Disgregadores han sido liberados y no hay más necesidad de niños para alimentar sus cabezas talentosas.

Y ahora, ¡mira! Por fin llega lo que la dama ha esperado durante todo este largo día, y el día anterior, y el día anterior a éste, cuando Ted Brautigan, Dinky Earnshaw y algunos otros (no Sheemie, él se ha ido al claro al final del camino, digo lo siento) se despidieron de ella. La puerta del Dogan se abre y un hombre sale. Lo primero que ve es que ya no cojea. En seguida nota sus nuevos vaqueros azules y su camisa también nueva. Trapos bonitos, pero por lo demás está tan mal preparado para este frío clima como ella. En sus brazos el recién llegado

²⁸ N. del T. De Hot Engine – Motor (locomotora) Caliente

carga un animal peludo con las orejas gachas. Eso está bien, pero el muchacho que debería estar cargando al animal no está. Ningún muchacho, y el corazón de Susannah se llena de pesar. No de sorpresa, sin embargo, porque ha sabido, así como aquel hombre (aquel hombre *desalmado*²⁹) habría sabido si ella hubiera sido la que saliera del camino.

Se baja de su silla con las manos y los muñones de sus piernas; se mueve empujándose del corredor hecho de tablas y sale a la calle. Allí levanta una mano y la mueve por sobre su cabeza. "¡Rolando!" grita. "¡Oye, pistolero! ¡Estoy por aquí!"

Él la ve y mueve también su mano en respuesta. Luego se inclina y pone al animal en el piso. Acho corre hacia ella por decisión propia, con la cabeza agachada, las orejas planas contra su cráneo, corriendo con la velocidad y gracia saltarina de una comadreja caminando en la nieve. Cuando está aún a unos veinte centímetros (por lo menos veinte), salta en el aire, su sombra moviéndose rápidamente sobre la tierra apisonada de la calle. Ella lo atrapa como un basquetbolista que espera un pase. La fuerza del movimiento del animal la deja sin aire y la derriba en una nube de polvo, pero el aire que logra inhalar la primera vez sale en forma de carcajada. Aún está riéndose mientras él se para con sus regordetas patas delanteras sobre su pecho y sus regordetas patas traseras en su vientre, las orejas en alto, el garabato que tiene por cola meneándose, lamiéndole las mejillas, la nariz y los ojos.

"¡Para ya!" grita ella. "¡Para, antes de que me mates!"

Susannah escucha esto, dicho sin implicar nada más, y su risa se detiene. Acho se baja de encima suyo, se sienta, mueve su hocico hacia el casquete azul y vacío del cielo y suelta un solo aullido largo que le cuenta a Susannah todo lo que necesita saber, si no fuera por que ya lo sabía. Pues Acho tiene maneras más elocuentes de hablar que sus pocas palabras.

Ella se sienta, limpiándose el polvo de la camisa y una sombra cae sobre ella. Alza la mirada pero al comienzo no puede ver el rostro de Rolando. Su cabeza se encuentra directamente frente al sol y éste se convierte en una corona ardiente alrededor de Rolando. Sus rasgos están perdidos en la oscuridad.

Pero estira sus manos.

Parte de ella no quiere tomarlas, ¿no lo entiendes? Parte de ella terminaría aquí y lo mandaría a las tierras baldías solo. Sin importar lo que Eddie querría. Sin importar lo que sin ninguna duda Jake también querría. Esta sombra oscura con el sol brillando alrededor de su cabeza la ha sacado de una vida muy cómoda (oh sí, tenía sus fantasmas—y al menos un demonio de corazón rudo, también—pero ¿quién de nosotros no los tiene?). Él la introdujo primero al amor, luego al dolor, luego al horror y a la pérdida. En otras palabras, el trato ha salido muy mal. Es su mano peligrosamente talentosa la que ha sido autora de su propio dolor, este polvoriento caballero errante que salió caminando del viejo mundo con sus viejas botas y un viejo motor de muerte en cada cadera. Éstos son pensamientos melodramáticos, imágenes en color púrpura y la vieja Odetta, patrona de Los Hambrientos y de todo gato bonito, sin duda se habría reído de ellos. Pero ella ha cambiado, él la ha cambiado, y cree que si alguien tiene la licencia de tener pensamientos melodramáticos e imágenes en púrpura, ésa es Susannah, hija de Dan.

Parte de ella le diría que se fuera por donde vino, no para poner fin a su gesta o quebrar su espíritu (sólo la muerte hará esas dos cosas), sino para tomar la luz que quede en esos ojos y castigarlo por su implacable crueldad sin significado. Pero el ka es la rueda a la que todos estamos atados, y cuando la rueda gira, por fuerza tenemos que girar con ella, primero nuestras cabezas hacia el cielo y luego rotando hacia el infierno de nuevo, donde los sesos parecen quemarse. Y así pues, en vez de decirle que se fuera por donde vino—

DOS

²⁹ N. del T. *Chary*, de hecho, significa *indeciso*. En Lobos de Calla es traducida por *desalmado*, y se mantiene aquí ya que fonéticamente *chary* recuerda al árbol *Charyou* de *La Bola de Cristal*.

En vez de decirle que se fuera por donde vino, como parte de ella quería hacer, Susannah tomó las manos de Rolando. Él la levantó, no para ponerla de pie (pues no tenía pies, aunque por un rato le dieron un par en préstamo) sino hacia sus brazos. Y cuando intentó besarla en la mejilla, ella volteó la cara para que sus labios se encontraran. *Que entienda que no es algo a medias*, pensó, respirando su aire dentro de él y recibiendo el de él, cambiado. *Que entienda que si estoy adentro, estoy hasta el final. Que Dios me ayude, estoy con él hasta el final.*

TRES

Había ropa en Vestidos y Sombreros Para Damas de Fedic, pero se despedazaban con sólo tocarlas—las polillas y los años no habían dejado nada utilizable. En el Hotel Fedic (CUARTOS SILENCIOSOS, BUENAZ CAMAS) Rolando encontró un gabinete con algunas sábanas que los protegería al menos contra el frío vespertino. Se envolvieron en ellas—la brisa de la tarde era apenas suficiente para hacer soportable el olor enmohecido—y Susannah preguntó sobre Jake, para sacar de una vez por todas el dolor inmediato por ello.

“El escritor otra vez,” dijo ella amargamente cuando Rolando hubo terminado, secándose las lágrimas. “Maldito sea ese hombre.”

“Mi cadera se soltó y el... y Jake ni siquiera lo dudó.”

Rolando casi lo había llamado *el muchacho*, como se había enseñado a pensar del hijo de Elmer mientras se acercaban a Walter. Cuando se le dio otra oportunidad, se prometió que nunca haría eso otra vez.

“No, desde luego que no dudó,” dijo Susannah con una sonrisa. “Jamás dudaría. Tenía mucho valor nuestro Jake. ¿Te encargaste de él? ¿Lo cuidaste bien? Puedo escuchar esa parte.”

Y Rolando se la contó, sin dejar de incluir la promesa de Irene Tassenmbaum de la rosa. Susannah asintió, y luego habló: “Quisiera que hubiésemos podido hacer lo mismo por tu amigo, Sheemie. Murió en el tren. Lo siento, Rolando.”

Rolando asintió. Deseaba haber tenido tabaco, pero desde luego no lo había. De nuevo tenía dos pistolas y había siete platos Oriza también. Por lo demás tenían poco más que nada.

“¿Tuvo Sheemie que empujar una vez más, mientras venían hacia acá? Supongo que así fue. Sabía que uno más podía matarlo. Sai Brautigan también lo sabía. Y Dinky.”

“Pero no fue eso, Rolando. Fue su pie.”

El pistolero la miró, sin comprender.

“Se lo cortó con un pedazo de vidrio roto durante la lucha por tomar Cielo Azul, iy el aire y la suciedad de ese lugar eran *veneno!*” Fue Detta la que dijo la última palabra, con un acento tan grueso que el pistolero apenas si la entendió: *¡Vinino!* “¡E’ maldito pie se hinchó. . . lo’ dedos como salchichas. . . luego se le oscurecieron las mejillas y la garganta, como amoratados. . . le dio fiebre. . .!” Tomo aire a fondo, tensando las dos sábanas que la cubrían. “Estaba delirante, pero su cabeza se aclaró al final. Habló de ti, y de Susan Delgado. Hablaba con mucho amor y dolor. . .” Hizo una pausa, y luego soltó: “*Iremos allí, Rolando, lo haremos*, y si no vale la pena, tu Torre, ide alguna manera haremos que la valga!”

“Iremos,” dijo él. “Hallaremos la Torre Oscura y nada se nos interpondrá, y antes de entrar, pronunciaremos sus nombres. Los de todos los perdidos.”

“Tu lista será más larga que la mía,” dijo ella, “pero la mía será lo suficientemente larga.”

Rolando no respondió ante esto, pero el robot voceador, tal vez sacado de su largo sueño por el sonido de sus voces, sí lo hizo. “¡Chicas, chicas, *chicas!*” gritó desde el interior de las puertas del Bar y Grill Gaiety. “Algunas son humitas y otras cibercitas, pero a quién le importa, no se puede saber, a quién le importa, ellas dan, tú lo cuentas, las chicas lo cuentan, tú lo cuentas. . .” Hubo una pausa y luego el voceador robot gritó una palabra final—“¡SATISFACCIÓN!”—y quedó en silencio.

“Por todos los dioses, pero éste es un triste lugar,” dijo él. “Pasaremos aquí la noche y luego no lo veremos más.”

“Al menos hay sol y eso es una bendición después de Thunderclap, ipero es muy *frío!*”

Rolando asintió y luego le preguntó por los demás.

"Han seguido adelante," dijo ella, "pero hubo un minuto en que no pensé que ninguno de nosotros fuera a seguir a ninguna parte excepto al fondo de aquel abismo."

Señaló con su dedo hacia el extremo de la calle de Fedic más alejada de la pared del castillo.

"Hay pantallas de televisión que aún funcionan en algunos de los vagones, y cuando llegábamos a la ciudad vimos una buena imagen del puente que ya no está. Pudimos ver los extremos sobresaliendo sobre el agujero, pero en el medio el vacío debía ser de unos cien metros. Tal vez más. También pudimos ver el andamiaje del puente. Aún estaba intacto. El tren bajaba de velocidad en ese momento, pero no lo suficiente como para que alguno de nosotros pudiera haber saltado. En ese momento ya no había tiempo. Y el salto de seguro habría matado a cualquiera que lo hubiera intentado. Íbamos a unos, digamos que a unos ochenta kilómetros por hora. Y tan pronto estuvimos sobre el andamiaje, la maldita cosa empezó a rechinar y crujir. O a crujiar y rechir, si alguna vez leíste a James Thurber, lo que no creo. El tren ponía música. Como lo hacía Blaine, ¿lo recuerdas?"

"Sí."

"Pero podíamos escuchar que el andamiaje se alistaba para desprenderse incluso con eso. Entonces todo empezó a sacudirse de un lado a otro. Una voz—muy calmada y arrulladora—dijo, 'Estamos experimentando dificultades menores, por favor tomen sus asientos.' Dinky sostenía a esa pequeña rusa, Dani. Ted me tomó las manos y dijo, 'Quiero decirle, madam, que ha sido un placer conocerla.' Hubo una sacudida tan fuerte que casi me saca de la silla, de no ser por que Ted me estaba sosteniendo—y pensé 'Esto fue todo, vamos a morir, por favor Dios que esté muerta antes de que lo que quiera que haya allá abajo ponga en mí sus dientes,' y por uno o dos segundos nos movimos hacia atrás. ¡Hacia atrás, Rolando! Podía ver todo el vagón—estábamos en el primero, detrás de la locomotora—doblandose. Se escuchó metal rasgándose. Luego la vieja y buena *Espíritu de Topeka* salió disparada hacia delante. Di lo que quieras sobre la gente antigua, sé que hicieron una cantidad de cosas mal, pero construyeron máquinas que tenían *cojones*.

"Lo siguiente que supe fue que nos deteníamos en la estación. Y suena esa misma voz arrulladora, esta vez para decirnos que miráramos alrededor de los asientos y nos aseguráramos de tener todas nuestras propiedades—nuestro gunna, captas. ¡Como si estuviéramos en un maldito vuelo de TWA aterrizando en Idlewild! No fue hasta que estuvimos fuera en la plataforma que vimos que los últimos nueve vagones del tren habían desaparecido. Gracias a Dios todos estaban vacíos." Miró con reproche (pero con miedo) hacia el extremo lejano de la calle. "Espero que lo que haya allá abajo se atragante con ellos."

Luego sonrió.

"Hay algo bueno—a velocidades de hasta quinientos kilómetros por hora, lo según esa voz de '¿no estamos felices?' era la velocidad del *Espíritu de Topeka*, debimos haber dejado atrás al Maestro Chico-Araña."

"Yo no contaría con ello," dijo Rolando.

Ella movió los ojos hacia él cansadamente. "No me digas eso."

"Te lo *digo*. Pero trataremos con Mordred cuando llegue el momento, y no creo que eso sea hoy."

"Bien."

"¿Has vuelto a ir bajo el Dogan? Supongo que sí."

Susannah abrió mucho los ojos. "¿No es algo *grande*? Hace que la estación Gran Central parezca una estación de trenes en Sticksville, Estados Unidos. ¿Cuánto te tomó encontrar la salida?"

"De haber estado yo solo, aún estaría vagando allá abajo," admitió Rolando. "Acho encontró la salida. Supuse que estaba siguiendo tu aroma."

Susannah lo pensó. "Tal vez sí. Más probablemente el de Jake. ¿Pasaste por un pasaje amplio con un letrero en la pared que decía MUESTRE SÓLO EL PASE NARANJA, EL PASE AZUL NO ES ACEPTADO?"

Rolando asintió, pero el letrero desvaído pintado en la pared había significado poco para él. Había identificado el pasaje que los Lobos tomaban al comienzo de sus excursiones al ver dos caballos grises inmóviles al extremo del pasaje y otra de esas máscaras gruñonas. También

había visto un mocasín que recordaba muy bien, uno que había estado hecho de un trozo de goma. Uno de los de Ted o de Dinky, decidió; sin duda Sheemie Ruiz había sido sepultado con los suyos.

"Y entonces," dijo Rolando. "Se bajaron del tren—¿cuántos había?"

"Cinco, ya muerto Sheemie," dijo ella. "Ted, Dinky, Dani Rostov, Fred Worthington y yo—¿te acuerdas de Fred?"

Rolando asintió. El hombre con el traje de banquero.

"Les di la visita guiada por el Dogan," dijo. "Tanto como pude, de cualquier manera. Las camas donde les robaban los sesos a los chicos y aquella donde Mia finalmente dio a luz a su monstruo; la puerta en un solo sentido entre Fedic y el Dixie Pig en Nueva York que aún funciona; el apartamento de Nigel.

"Ted y sus amigos estaban muy sorprendidos por la plaza redonda donde están todas la puertas, especialmente la que iba a Dallas en 1963, donde fue asesinado el Presidente Kennedy. Encontramos otra puerta dos niveles más abajo—donde está la mayoría de pasajes—que va al Teatro Ford, donde el Presidente Lincoln fue asesinado en 1865. Incluso hay un afiche de la obra que él estaba mirando cuando Booth le disparó. *Nuestro Primo Americano*, se llamaba. ¿Qué tipo de persona querría ir y mirar cosas como ésas?"

Rolando pensó que de hecho muchas personas podrían, pero sabía que era mejor no decirlo.

"Todo está muy viejo," dijo Susannah. "Y muy caliente. Y muy jodidamente tenebroso, si quieres saber la verdad. La mayor parte de la maquinaria ha renunciado y hay charcos de agua y aceite y sabe Dios qué por toda parte. Algunos de los charcos emitían un brillo y Dinky dijo que pensaba que podía ser radiación. No me gusta pensar lo que me está creciendo en los huesos o que se me empiece a caer el cabello. Había puertas donde podíamos escuchar esas terribles campanillas. . . las que te destemplan los dientes."

"Campanillas de exotransito."

"Sí. Y cosas detrás de ellas. Cosas que reptaban. ¿Fuiste tú o fue Mia quien me dijo que hay monstruos en la oscuridad del exotransito?"

"Pude ser yo," dijo. Sabían los dioses que los había.

"También hay cosas en esa grieta después de la ciudad. Mia fue quien me lo dijo. 'Monstruos que embaucan, engañan, crecen y planean escapar,' dijo. Y entonces Ted, Dinky, Dani y Fred unieron sus manos. Hicieron lo que Ted llamó 'la pequeña buena mente.' La pude sentir aunque no estaba en su círculo, y me *alegró* sentirla, porque ese viejo lugar allá abajo es escabroso." Tensó aún más las sábanas. "No estoy ansiosa de ir de nuevo."

"Pero piensas que tenemos que volver."

"Hay un pasaje que va bien por debajo del Castillo y sale del otro lado, en la Discordia. Ted y sus amigos lo localizaron recogiendo viejos pensamientos, lo que Ted llamó pensamientos fantasma. Fred tenían una barra de tiza en su bolsillo y la marcó para mí, pero aún así será difícil volverlo a hallar. Allá abajo se parece al laberinto de una vieja leyenda griega donde se suponía que corría un monstruo-toro. *Creo* que la podemos encontrar de nuevo. . ."

Rolando se dobló y acarició la piel ruda de Acho. "La hallaremos. Este sujeto rastreará tu aroma. ¿O no, Acho?"

Acho alzó hacia él su mirada de aros dorados, pero no dijo nada.

"De cualquier manera," continuó ella, "Ted y los demás tocaron las mentes de las cosas que viven en esa grieta fuera del pueblo. No querían, pero lo hicieron. Esas cosas no están ni a favor ni en contra del Rey Carmesí, sólo están a favor de ellas mismas, pero *piensan*. Y son telépatas. Sabían que estábamos allí y una vez se hizo contacto estaban alegres de tener palabra. Ted y sus amigos dijeron que ellos habían estado cavando un camino hacia las catacumbas por debajo de la Estación Experimental por mucho, mucho tiempo, y ahora están a punto de entrar. Una vez lo hagan, estarán libres para vagar por donde les plazca."

Rolando consideró esto en silencio por unos momentos, balanceándose hacia delante y atrás en los tacones gastados de sus botas. Esperaba que Susannah y él se hubieran ido mucho antes de que entraran. . . pero tal vez ocurriría antes de que Mordred llegara, y el enano tendría que enfrentarlas, si quería seguirlos. Bebé Mordred contra los monstruos antiguos de debajo de la tierra—esa era una idea feliz.

Finalmente asintió para indicarle a Susannah que prosiguiera.

"Escuchamos también campanillas de exotransito saliendo de algunos de los pasajes. ¡No sólo de atrás de las puertas sino de pasajes sin puertas que los bloquearan! ¿Ves lo que eso significa?"

Rolando lo veía. Si tomaban el pasaje equivocado—o si Ted y sus amigos se habían equivocado en el pasaje que habían marcado—Susannah, Acho y él probablemente desaparecerían para siempre en vez de salir del costado lejano del Castillo Discordia.

"No me iban a dejar sola allá abajo—me trajeron de vuelta hasta la enfermería antes de seguir adelante ellos mismos—y me alegró muchísimo. No estaba ansiosa por buscar mi camino yo sola, aunque creo que probablemente lo habría hallado."

Rolando puso un brazo alrededor de ella y la abrazó. "Y ¿su plan era usar la puerta que usaron los Lobos?"

"Ajá, la que estaba al final del corredor de PASE NARANJA. Saldrán donde salían los Lobos, buscarán el Río Whye y después hasta Calla Bryn Sturgis. Las *yentes* de las Callas los acogerán ¿o no?"

"Sí."

"Y una vez escuchen la historia completa ¿No los. . . no los colgarán o algo así?"

"Estoy seguro que no. Henchick sabrá que dicen la verdad e intercederá por ellos, aunque nadie más lo haga."

"Esperan usar la Cueva de la Puerta para volver del lado de Estados Unidos." Suspiró. "Espero que funcione para ellos, pero tengo mis dudas."

Rolando también las tenía, pero los cuatro eran poderosos y Ted le había dejado la honda impresión de ser un hombre de extraordinaria determinación e ingenio. Los Manni también eran poderosos, a su manera, y grandes viajeros entre los mundos. Pensó que, tarde o temprano, Ted y sus amigos probablemente *volverían* a Estados Unidos. Pensó en decirle a Susannah que eso ocurriría si el ka lo quería, y luego pensó que era mejor no decirlo. En ese preciso instante ka no era la palabra favorita de Susannah, y no podía culparla por eso.

"Ahora escúchame muy bien y piensa con fuerza, Susannah. ¿Significa la palabra *Dandelo* algo para ti?"

Acho alzó la cabeza, con los ojos brillando.

Susannah lo pensó. "Me suena levemente familiar," dijo, "pero nada más que eso. ¿Por qué?"

Rolando le contó lo que creía: que mientras Eddie yacía agonizante, le habían concedido alguna suerte de visión sobre una cosa... o lugar... o persona. Algo llamado Dandelo. Eddie se lo había pasado a Jake, Jake se lo había pasado a Acho y Acho se lo había pasado a Rolando.

Susannah fruncía el ceño dudando. "Tal vez ha sido manipulada demasiado. Había un juego que solíamos jugar de niños. *Susurro*, se llamaba. El primer niño pensaba en algo, una palabra o una frase, y se la susurraba al siguiente niño. Uno sólo la podía oír una vez, no se permitía repetirla. El siguiente niño debía pasar lo que creyera que había oído, y así el siguiente y el siguiente. Para cuando llegaba al último niño en la fila, era algo completamente diferente, y todos reían mucho. Pero si ésta está mal, no creo que nos vayamos a reír."

"Bueno," dijo Rolando, "estaremos atentos y esperemos que me haya llegado bien. Tal vez no signifique nada en absoluto." Sin embargo, no creía en eso realmente.

"¿Qué vamos a usar para ponernos si hace más frío aún?" preguntó Susannah.

"Haremos lo que necesitamos. Sé cómo. Es algo más de lo que no tenemos que preocuparnos hoy. Por lo que tenemos que preocuparnos es por hallar algo de comer. Supongo que si es necesario, podemos hallar la bodega de Nigel—"

"No quiero volver bajo el Dogan hasta que tengamos que hacerlo," dijo Susannah. "Debe haber una cocina cerca de la enfermería; deben haberle dado algo de comer a esos pobres chicos."

Rolando lo pensó y luego asintió. Era una buena idea.

"Hagámoslo ya," dijo Susannah. "No quiero estar siquiera en el piso superior de ese sitio después de que oscurezca."

CUATRO

En Turtleback Lane, en el año 2002, mes de agosto, Stephen King despierta de un soñar despierto con Fedic. Escribe en su teclado "*No quiero estar siquiera en el piso superior de ese sitio después de que oscurezca.*" Las palabras aparecen en la pantalla frente a él. Es el final de lo que llama un subcapítulo, pero eso no significa siempre que haya terminado por ese día. Terminar por un día depende de lo que escucha. O, más propiamente, de lo que no escucha. Lo que escucha es Ves'-Ka Gan, la Canción de la Tortuga. Esta vez la música, que es leve algunos días y tan fuerte en otros que casi lo ensordece, parece haber cesado. Volverá mañana. Al menos, siempre ha sido así.

Presiona al tiempo la tecla control y la tecla G. El computador suelta una pequeña campanilla, indicando que el material que ha escrito hoy ha sido guardado. Entonces se incorpora, haciendo una mueca por el dolor en su cadera, y camina hasta la ventana de su oficina. Domina sobre la entrada de automóvil que sube en un ángulo profundo hasta el camino por el que ahora rara vez camina. (Y nunca por el camino principal, Ruta 7). La cadera está muy mal esta mañana y los grandes músculos de su muslo arden. Se frota de manera ausente la cadera y se pone a mirar fuera.

Rolando, desgraciado, me devolviste el dolor, piensa. Baja por su pierna derecha como una cuerda al rojo vivo, ¿no puedes decir Dios? ¿no puedes decir Dios-bomba?, y fue él quien se quedó con él al final. Han pasado tres años desde el accidente que casi le quitó la vida y el dolor aún sigue allí. Es menos ahora, el cuerpo humano tiene un sorprendente motor de curación dentro (un *hot-enj*, piensa y sonríe), pero en ocasiones aún está mal. No piensa mucho en ello cuando escribe, escribir es una suerte de exotransito benigno, pero siempre está tiesa cuando pasa un par de horas en su escritorio.

Piensa en Jake. Siente terriblemente que Jake muriera, y supone que cuando este último libro esté publicado, los lectores se van a poner *furiosos*. ¿Y por qué no? Algunos de ellos han conocido a Jake Chambers durante veinte años, casi dos veces más de lo que el muchacho vivió realmente. Oh, se van a poner furiosos, de acuerdo, y cuando escriba de nuevo y diga que lo siente tanto como ellos, que está tan *sorprendido* como ellos, ¿le creerán? Ni en tus fotos, como solía decir su abuelo. Piensa en *Misery*—Annie Wilkes llamando a Paul Sheldon un jonino canalla por intentar deshacerse de la tonta, estúpida de Misery Chastain. Annie gritando que Paul es el escritor y que el escritor es Dios para sus personajes, que no tiene que matar a ninguno de ellos si no quiere.

Pero él *no* es Dios. Al menos no en este caso. Sabe condenadamente bien que Jake Chambers no estuvo allí el día de su accidente, ni tampoco Rolando Deschain—la idea es irrisible, ellos son ficticios, por Cristo—pero sabe también que en algún punto la canción que escucha cuando se sienta en su máquina escritora Macintosh de fantasía se volvió la canción de la muerte de Jake, e ignorar eso habría sido perder contacto con Ves'-Ka Gan enteramente, y no debe hacer eso. No si piensa terminar. Esa canción es el único hilo que tiene, el rastro de migajas que debe seguir si piensa salir alguna vez de este bosque confuso de historia que ha plantado, y—

¿Estás seguro de que tú lo plantaste?

Bueno... no. De hecho no lo está. Así pues, llama a los hombres de batas blancas.

¿Y estás completamente seguro de que Jake no estuvo allí ese día? Después de todo, ¿cuánto del maldito accidente recuerdas realmente?

No mucho. Recuerda haber visto la parte superior de la van de Bryan Smith aparecer en el horizonte y darse cuenta de que no iba por el camino, donde debería, sino sobre el borde. Después de eso recuerda a Smith sentado en una pared de piedra, mirándolo desde arriba y diciéndole que su pierna estaba rota en al menos seis lugares, tal vez siete. Pero entre estos dos recuerdos—el de la aproximación y el posterior al accidente—la película de su memoria se ha quemado y puesto roja.

O *casi* roja.

Pero a veces en la noche, cuando despierta de sueños que no logra recordar...

A veces hay... bueno...

"A veces hay voces," dice. "¿Por qué no lo dices?"

Y después, riendo. "Creo que acabo de decirlo."

Escucha las uñas de las patas acercándose por el salón, y Marlowe mete su largo hocico en la oficina. Es un corgi galés, de patas cortas y orejas grandes, y ya está bastante viejo, con sus propios dolores y dolencias, por no hablar del ojo que perdió por el cáncer el año pasado. El veterinario dijo que probablemente no se recuperaría de eso, pero así fue. Qué buen tipo. Que fuerte. Y cuando levanta su cabeza desde su necesariamente baja perspectiva para mirar al escritor, tiene su vieja sonrisa malévola. *¿Cómo va, hombre?* parece decir esa mirada. *¿Hay buenas palabras hoy? ¿Cómo te va?*

"Me va bien," le dice a Marlowe. "Me mantengo. ¿Cómo estás tú?"

Marlowe (a veces conocido como El Maestro del Hocico) mueve su artrítico extremo trasero en respuesta.

"Otra vez tú." Eso es lo que le dije. Y él pregunto, "¿Me recuerdas?" O tal vez sólo lo dijo—"Me recuerdas." Le dije que tenía sed. Él dijo que no tenía nada de beber, que lo sentía, y yo lo llame mentiroso. Y tenía razón en llamarlo mentiroso porque no lo sentía ni un poco. Le importaba un pepino si yo tenía sed porque Jake estaba muerto e intentaba culparme a mí, hijo de puta intentó echarme la culpa a mí—

"Pero nada de eso pasó realmente," dice King, viendo a Marlowe contonearse de nuevo hacia la cocina, donde revisará su plato antes de tomar una de sus cada vez más largas siestas. La casa está vacía excepto por ellos dos, y bajo aquellas circunstancias a menudo habla solo. "Es decir, *sabes eso ¿cierto? ¿Que nada de eso pasó realmente?*"

Supone que sí, pero fue tan *extraño* que Jake muriera así. Jake está en todas sus notas, y no es sorpresa, pues se suponía que Jake estuviera hasta el mismo final. Todos ellos, de hecho. Desde luego ninguna historia, excepto una mala, una que llega muerta desde antes de empezar, está *completamente* bajo el control del escritor, pero ésta está tan fuera de control que es ridícula. Realmente es más como ver algo pasar—o escuchar una canción—que escribir una maldita historia inventada.

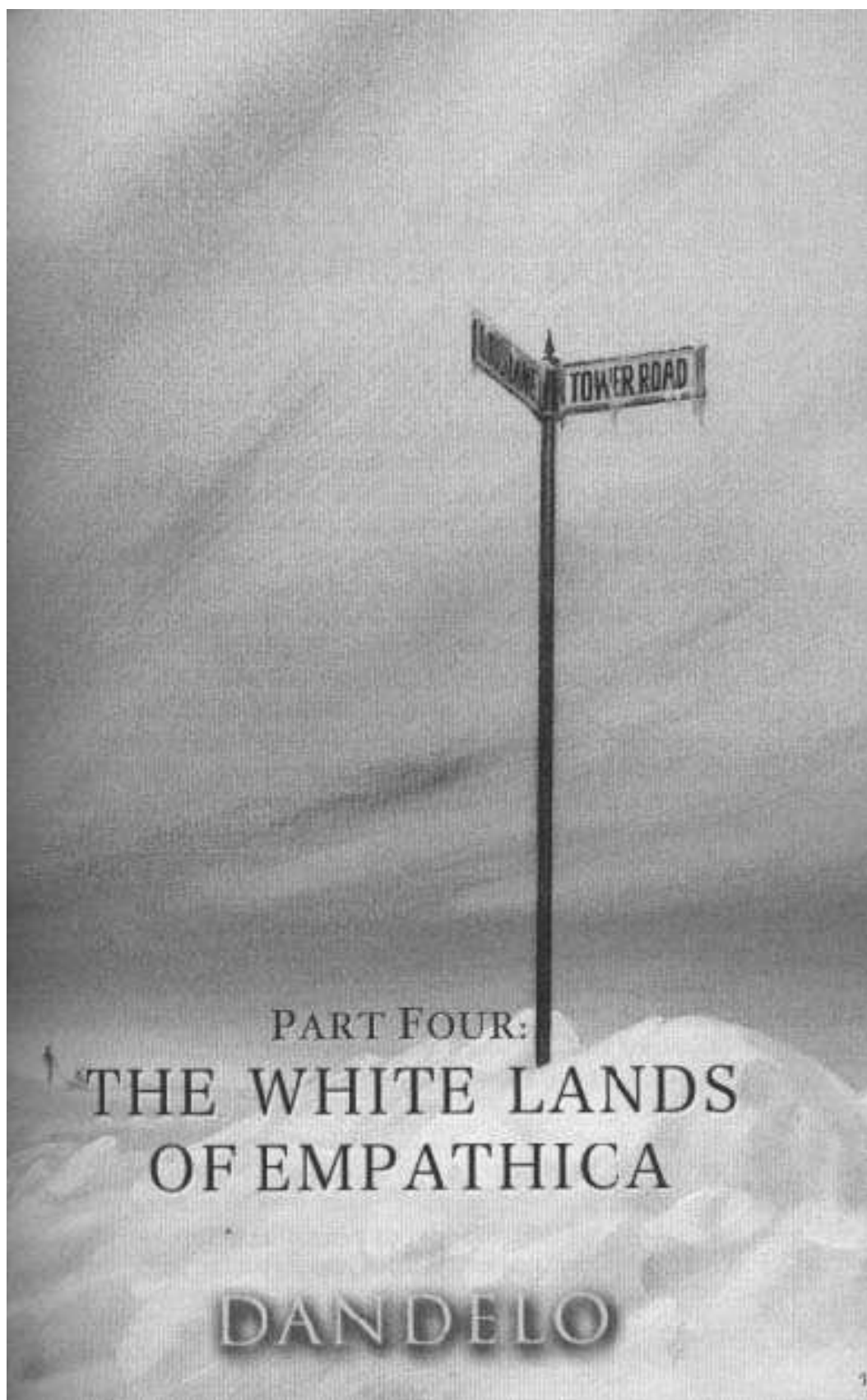
Decide prepararse un sándwich de gelatina y mantequilla de maní para el almuerzo y olvidar todo el maldito asunto por otro día. Esta noche irá a ver la nueva película de Clint Eastwood, *Bloodwork*, y estará feliz de poder ir a cualquier parte, de hacer cualquier cosa. Mañana estará de vuelta en su escritorio, y algo de la película puede colarse en el libro—ciertamente Rolando mismo era parcialmente Clint Eastwood para empezar, el Hombre Sin Nombre de Sergio Leone.

Y... hablando de libros...

Sobre la mesa del café hay uno que llegó por FedEx desde su oficina en Bangor recién esa mañana: *Las Obras Poéticas Completas de Robert Browning*. Contiene, desde luego, "Childe Roland a la Torre Oscura Llegó," el poema narrativo que se encuentra en la raíz de la larga (e irritante) historia de King. Una idea se le ocurre de repente, y lleva a su rostro una expresión que está al borde de convertirse en carcajada. Como si leyera sus sentimientos (y posiblemente puede; King siempre ha sospechado que los perros son emigrantes muy recientes de ese inmenso país de 'Sé exactamente cómo te sientes' de Empathica), la propia sonrisa malévola de Marlowe parece agrandarse.

"Un lugar para el poema, viejo muchacho," dice King, y arroja el libro de nuevo sobre la mesa de café. Es un libro grande y aterriza con un sonido fuerte. "Un lugar y sólo un lugar." Luego se acomoda más en la silla y cierra los ojos. *Sólo me voy a sentar así por un minuto o dos*, piensa, sabiendo que se está engañando a sí mismo, sabiendo que ciertamente se dormirá. Como sucede.





PARTE CUATRO:

LAS TIERRAS BLANCAS DE EMPATHICA DANDELO

Capítulo I: La Cosa Bajo el Castillo

UNO

De hecho encontraron una cocina de buen tamaño y una bodega adjunta al nivel del piso en la Estación Experimental Arc 16, y no lejos de la enfermería. Encontraron también algo más: la oficina de sai Richard P. Sayre, otrora Director de Operaciones del Rey Carmesí, ahora en el claro al final del camino por cortesía de la rápida mano de Susannah Dean. Encima del escritorio de Sayre había archivos sorprendentemente completos de los cuatro. Los destruyeron, usando el aparato para rasgar papel. Había fotografías de Eddie y Jake en las carpetas, fotos que mirarlas era simplemente demasiado doloroso. Los recuerdos eran mejores.

En la pared de Sayre estaban dos pinturas al óleo enmarcadas. Una mostraba a un chico fuerte y bien parecido. Estaba sin camisa, descalzo, despeinado, sonriente, vestido sólo con unos vaqueros y con la funda de un revólver. Parecía de la edad de Jake. Esta pintura tenía en ella una sensualidad no del todo agradable. Susannah pensó que el pintor, sai Sayre, o los dos podían haber hecho parte de la Pandilla de Lavender Hill, como a veces oía que llamaban a los homosexuales en la Villa. El cabello del muchacho era negro. Sus ojos eran azules. Sus labios eran rojos. Tenía una cicatriz lívida en su costado y una marca de nacimiento en su talón izquierdo tan carmesí como sus labios. Un caballo blanco como la nieve yacía muerto frente a él. Había sangre en sus dientes refunfuñantes. El teñido pie izquierdo del muchacho reposaba sobre el flanco del caballo y sus labios estaban curvados con una sonrisa de triunfo.

«Ése es Llamrei, el caballo de Arturo Eld», dijo Rolando. «Su imagen era llevada a la batalla en los pendones de Gilead y era el sigil de todo el Mundo Interior».

«Entonces, ¿de acuerdo con esta pintura el Rey Carmesí gana?» preguntó Susannah. «¿O si no él entonces Mordred, su hijo?»

Rolando enarcó las cejas. «Gracias a John Farson, los hombres del Rey Carmesí ganaron hace mucho en las tierras del Mundo Interior», dijo. Pero luego sonrió. Era una expresión iluminada tan diferente a su expresión usual que verla le producía siempre mareo a Susannah. «Pero creo que ganamos la única batalla que importa. Lo que se muestra en la pintura no es nada más que el cuento de hadas de los sueños de alguien». Después, con un aire tan salvaje que la sorprendió, Rolando destrozó el vidrio sobre el marco con su puño y arrancó la pintura, rasgándola casi toda hacia abajo al hacerlo. Antes de que la despedazara, como seguramente pretendía, Susannah lo detuvo y señaló a la parte de abajo. Escrito allí en caligrafía pequeña pero sin embargo extravagante estaba el nombre del artista: **Patrick Danville**.

La otra pintura mostraba a la Torre Oscura, un cilindro negro ahumado que se hacía más estrecho hacia arriba. Se erigía al extremo final de Can'-Ka No Rey, el campo de rosas.

En sus sueños la Torre siempre les había parecido más alta que el rascacielos más alto de Nueva York (para Susannah esto quería decir el edificio Empire State). En la pintura no parecía ser de más de unos ciento ochenta metros de altura, pero esto no le quitaba sin embargo nada de su majestad como de sueño. Las delgadas ventanas ascendían en una espiral alrededor de ella como en sus sueños. En la cima había una ventana, como un mirador, de muchos colores—cada uno, sabía Rolando, correspondiente a una de las Bolas de Cristal del Hechicero. El círculo más inmediato al primero era del color rosa de la bola que había sido dejada al cuidado temporal de una cierta mujer-bruja llamada Rhea; el centro era del ébano muerto de la Trece Negra.

«El cuarto tras esa ventana es a donde debo ir», dijo Rolando dando un golpecito en el vidrio sobre la pintura. «Allí es donde termina mi gesta». Su voz era baja y consternada. «Esta pintura no la hicieron sacada de un sueño, Susannah. Es como si pudiera tocar la textura de cada ladrillo. ¿Estás de acuerdo?»

«Sí». Fue todo lo que pudo decir. Verla aquí en la pared del difunto Richard Sayre le quitó el aliento. De repente todo parecía posible. El final del negocio estaba, muy literalmente, a la vista.

«La persona que la pintó debió estar allí», murmuró Rolando. «Debe haber puesto su caballete en las rosas mismas».

«Patrick Danville», dijo. «Es la misma firma que en la de Mordred y el caballo muerto, ¿lo ves?»

«Lo veo muy bien».

«¿Y ves el camino a través de las rosas que conduce a los escalones en la base?»

«Sí. Diecinueve escalones, sin duda. Chassit. Y las nubes encima—»

También Susannah las veía. Formaban una clase de remolino antes de alejarse de la Torre y moverse hacia el Lugar de la Tortuga, al otro extremo del Haz que habían seguido hasta entonces. Y vio otra cosa. Fuera de los muros de la Torre, a lo que podían ser intervalos de quince metros, había balcones rodeados por rieles de hierro a la altura de la cintura. En el segundo de estos había una mancha de rojo y tres manchitas de blanco: un rostro que era demasiado pequeño para verlo, y un par de manos levantadas.

«¿Es ése el Rey Carmesí?» preguntó, apuntando con el dedo. No se atrevía a poner la punta del dedo en el cristal sobre esa diminuta figura. Era como si esperara que cobrara vida y la arrastrara hacia la pintura.

«Sí», dijo Rolando. «Apresado fuera de la única cosa que quiso toda su vida».

«Entonces tal vez podamos subir las escaleras y pasarlo de largo. Darle el viejo lengüetazo de camino». Y cuando Rolando se vio confundido al escuchar eso, Susannah sacó la lengua entre los dientes, soplando, y se lo demostró.

Esta vez la sonrisa del pistolero fue leve y distraída. «No creo que vaya a ser tan fácil», dijo.

Susannah suspiró. «Realmente, yo tampoco».

Tenían lo que habían venido a recoger—un poco más, de hecho—pero aún así les resultó difícil dejar la oficina de Sayre. La pintura no los dejaba irse. Susannah le preguntó a Rolando si no quería que se la llevaran. Ciertamente sería bastante simple sacarla del marco cortándola con el abrecartas sobre el escritorio de Sayre y enrollarla. Rolando lo pensó y dijo que no con la cabeza. Había una clase de vida malévola en ella que podría atraer el tipo equivocado de atención, como polillas a una luz brillante. E incluso si no fuera así, tenía la idea de que los dos podían pasarse demasiado tiempo mirándola. La pintura podría distraerlos o, incluso peor, hipnotizarlos.

Al final, tal vez sólo es otra trampa mental, pensó. Como Insomnia.

«La dejaremos aquí», dijo. «Muy pronto—meses, tal vez incluso semanas—podremos mirar la real».

«¿Eso dices?» preguntó ella levemente. «Rolando, ¿realmente eso dices?»

«Eso digo».

«¿Nosotros tres? ¿O tendremos Acho y yo que morir también para abrirte camino hasta la Torre? Después de todo, empezaste solo, ¿o no? Tal vez tengas que terminar así. ¿No es así como lo querría un escritor?»

«Eso no quiere decir que pueda hacerlo», dijo Rolando. «Stephen King no es el agua, Susannah—sólo es el tubo por el que corre».

«Entiendo lo que dices, pero no estoy segura de creerlo por completo».

Rolando tampoco estaba por completo seguro. Pensó en señalarle a Susannah que Cuthbert y Alain habían estado con él en el genuino comienzo de su gesta, en Mejis, y cuando partieron de Gilead la siguiente vez, Jamie DeCurry se les había unido, haciendo del trío un cuarteto. Pero la gesta realmente había empezado después de la batalla de Jericó Hill, y sí, para entonces había estado solo.

«Empecé solitario, pero no es así como he de terminar», dijo. Susannah había empezado a moverse hábilmente de un sitio a otro en una silla con ruedas de la oficina. Ahora Rolando la sacó de ella y la acomodó en su cadera derecha, la que ya no le dolía. «Acho y tú estarán conmigo cuando suba los escalones y entre por la puerta, estarán conmigo cuando suba las escaleras, estarán conmigo cuando me enfrente con ese duende saltarán rojo y estarán conmigo cuando entre al cuarto en la cima».

Aunque Susannah no lo dijo, le pareció que era una mentira. A decir verdad, a los dos les parecía una mentira.

DOS

Llevaron comidas enlatadas, una sartén, dos ollas, dos platos y dos conjuntos de utensilios al Hotel Fedic. Rolando había agregado una lámpara que ofrecía un brillo endeble por las baterías casi muertas, un cuchillo de carnicero y una manejable hacha de mano con un asidero de caucho. Susannah había encontrado un par de bolsas buenas para almacenar este pequeño fragmento de gunna fresco. También había encontrado tres latas de una cosa como gelatina en un estante alto en la bodega adyacente a la cocina de la enfermería.

«Es Sterno», le dijo al pistolero cuando le preguntó por ellas. «Una cosa buena. Puedes encenderlo. Se quema lentamente y hace una llama azul lo suficientemente caliente para cocinar».

«Pensé que haríamos una pequeña hoguera junto al hotel», dijo. «Ciertamente no necesitaré esta cosa olorosa para hacer una». Lo dijo con un dejo de desdén.

«No, supongo que no. Pero podría resultar útil».

«¿Cómo?»

«No lo sé, pero...» Susannah se encogió de hombros.

Cerca de la puerta que daba a la calle pasaron por lo que parecía un armario de conserje lleno de montones de despojos. Susannah había tenido suficiente del Dogan por un día y estaba ansiosa por salir, pero Rolando quería echar un vistazo. Ignoró los traperos y escobas y utensilios de aseo a favor de un enredo de cuerdas y correas arrumado en una esquina. Susannah supuso por las tablas sobre las que estaba que esta cosa había sido usada una vez para construir andamios temporales. También tenía una idea de para que las quería Rolando, y su corazón se hundió. Era como volver al comienzo otra vez.

«Pensé que ya había terminado mis asuntos con los arneses», dijo molesta, y con más de un poco de Detta en su voz.

«Es la única forma, creo», dijo Rolando. «Sólo me alegra estar completo de nuevo para cargar con tu peso».

«Y ese pasaje por debajo, ¿es el único camino? ¿Estás seguro de eso?»

«Supongo que podría haber un camino a través del castillo—» empezó él, pero Susannah ya decía que no con su cabeza.

«He estado arriba con Mia, no lo olvides. La caída al interior de la Discordia del extremo alejado es de por lo menos unos quince metros. Probablemente más. Puede que hace mucho hubieran escaleras, pero ya no existen».

«Entonces vamos por el pasaje», dijo Rolando, «y el pasaje es para nosotros. Tal vez hallemos algo en lo que puedas andar una vez estemos del otro lado. En otra ciudad o pueblo».

De nuevo Susannah sacudía la cabeza diciendo que no. «Creo que aquí es donde termina la civilización, Rolando. Y creo que mejor nos abrigamos tan bien como podamos, porque va a hacer frío».

Sin embargo, a diferencia de los abarrotos, los materiales para abrigarse parecían estar agotados. Nadie había pensado en almacenar algunos suéteres y chaquetas de lana en latas empacadas al vacío. Había sábanas, pero incluso almacenadas se habían vuelto delgadas y frágiles, apenas al borde de lo inservible.

«Me importa el culo de una garrapata», dijo en una voz deslucida. «Mientras salgamos de este sitio».

«Lo haremos», dijo Rolando.

TRES

Susannah está en Central Park, y hace el suficiente frío como para ver su aliento. El cielo por encima es blanco de lado a lado, un cielo de nieve. Está mirando al oso polar (que da vueltas alrededor de su isla rocosa, al parecer disfrutando bastante bien el frío) cuando una mano se desliza alrededor de su cintura. Labios tibios la besan en su helada mejilla. Se da vuelta y allí están Eddie y Jake. Tienen sonrisas idénticas y gorros rojos casi idénticos. El de Eddie dice FELIZ en el frente, y el de Jake dice NAVIDAD. Abre su boca para decirles «Chicos, ustedes no pueden estar aquí, ustedes están muertos chicos», y entonces se da cuenta, con un gran y alegre alivio, que todo eso no era más que un sueño que tuvo. Y realmente, ¿cómo puedes dudarlo? No hay animales parlantes llamados bilibrambos, no realmente, no hay criaturas taheen con cuerpos de humano y cabezas de animales, no hay sitios llamados Fedic o Castillo Discordia.

Sobre todo, no hay pistoleros. John Kennedy fue el último, su chofer Andrew tenía razón en eso.

«Te traje chocolate caliente», dice Eddie y estira la mano con la taza hacia ella. Es la taza perfecta de chocolate caliente, con mit schlag por encima y nuez moscada espolvoreada sobre la crema; lo puede oler y cuando lo toma puede sentir los dedos de Eddie dentro de sus guantes y las primeras escarchas de la nieve de ese invierno cayendo entre ellos. Piensa qué bueno es estar viva en la vieja Nueva York, lo genial que es el que la realidad sea la realidad, que estén juntos en el año de nuestro Señor de—

¿Qué año de nuestro Señor?

Frunce el ceño, porque es una pregunta seria, ¿o no? Después de todo, Eddie es un hombre de los ochentas y ella nunca llegó más allá de 1964 (¿o era 1965?). En cuanto a Jake, Jake Chambers con la palabra NAVIDAD impresa frente a su sombrero navideño,

¿no es él de los setentas? Y si los tres representan tres décadas de la segunda mitad del siglo veinte, ¿qué tienen en común? ¿Qué año es éste?

«DIECINUEVE», dice una voz que sale del aire (tal vez sea la voz de Bango Skank, el Gran Personaje Perdido), «esto es DIECINUEVE, esto es CHASSIT. Todos tus amigos están muertos».

Con cada palabra el mundo se hace más irreal. Puede ver a través de Eddie y Jake. Cuando mira al oso polar lo ve muerto en su isla de rocas con sus patas hacia arriba. El buen olor del chocolate se desvanece, y es reemplazado por un olor enmohecido: El olor de un cuarto de hotel donde nadie ha dormido en años.

No, gime su mente. No, quiero Central Park, quiero al señor FELIZ y al señor NAVIDAD, quiero el olor del chocolate caliente y ver los primeros copos vacilantes de diciembre, ya he tenido suficiente de Fedic, Mundo Interior, Mundo Medio y Mundo Final. Quiero Mundo Mío. No me importa si no llego a ver la Torre Oscura.

Los labios de Eddie y Jake se mueven al unísono, como si cantaran una canción que no puede oír, pero no es una canción; las palabras que ve en esos labios justo antes de que se acabe el sueño son

CUATRO

«Cuidado con Dandolo»

Despertó con estas palabras en sus propios labios, temblando en la luz temprana que llegaba a ser del alba. Y la parte de su sueño en que veía su aliento era cierta, aunque nada de lo demás lo fuera. Se tocó las mejillas y secó la humedad que había allí. No hacía el suficiente frío como para congelarle las lágrimas en la piel, pero casi.

Miró alrededor suyo en el cuarto monótono aquí en el Hotel Fedic, deseando con todo su corazón que el sueño en Central Park hubiera sido cierto. Por una parte, había tenido que dormir en el piso—la cama, básicamente, no era más que una escultura oxidada esperando a desintegrarse—y tenía tiesa la espalda. Por la otra, las sábanas que había usado como improvisadas cobijas y aquellas en las que se había envuelto se habían rasgado todas al moverse o darse vuelta. El aire se sentía pesado por el polvo que tenían, cosquilleándole en la nariz y tapándole la garganta, haciéndola sentir que empezaba a contagiarse con el peor resfriado del mundo. A propósito de frío, tiritaba. Y tenía que orinar, lo que significaba arrastrarse por el pasillo en sus muñones y sus manos medio dormidas.

Y nada de eso era realmente lo que estaba mal con Susannah Odetta Holmes Dean esta mañana, ¿de acuerdo? El problema era que acababa de despertar de un bello sueño a un mundo

(esto es DIECINUEVE todos tus amigos están muertos)

donde estaba en ese instante tan sola que se sentía medio enloquecida por ello.

El problema era que el sitio donde el sol brillaba no era necesariamente el oriente. El problema era que estaba cansada y triste, con nostalgia de su hogar y el corazón dolido, acongojada y deprimida. El problema era que, en esta hora antes del alba, en este cuarto de hotel con apariencia de pieza de museo de frontera donde el aire estaba lleno de fibras de sábana mohosas, se sentía como si le hubieran exprimido todo excepto las últimas dos onzas de jódete. Quería que el sueño volviera.

Quería a Eddie.

«Veo que también estás despierta», dijo una voz, y Susannah se dio vuelta, rotando sobre sus manos tan rápido que se clavó una astilla.

El pistolero se apoyaba contra la puerta entre el cuarto y el pasillo. Había entretejido las tiras hasta convertirlas en la suerte de cargador que a Susannah le resultaba tan familiar, y le colgaba en el hombro izquierdo. En el derecho tenía un saco de cuero lleno con sus nuevas posesiones y las Orizas restantes. Acho se sentaba a los pies de Rolando, mirándola solemnemente.

«Me dio un susto de mierda, sai Deschain», dijo.

«Has estado llorando».

«No es de tu incumbencia si así ha sido o no».

«Nos sentiremos mejor una vez hayamos salido de aquí», dijo. «Fedic está coagulada».

Susannah sabía exactamente de qué hablaba Rolando. El viento había soplado con fuerza durante la noche, y cuando ululaba en los aleros del hotel y la cantina de junto, a Susannah le había sonado como los gritos de los niños—aquellos tan perdidos en el tiempo y el espacio que jamás encontrarían el camino a sus casas.

«De acuerdo, pero Rolando—antes de que crucemos la calle y vayamos a ese Dogan, quiero que me prometas algo».

«¿Qué promesa querías?»

«Si parece que algo nos va a atrapar—algún monstruo salido del Culo del Diablo o uno de las tierras intermedias del exotransito—me pones una bala en la cabeza antes de que suceda. En lo que a ti concierne, puedes hacer lo que te venga en gana, pero... ¿qué? ¿Para qué estiras eso?» Era uno de sus revólveres.

«Porque sólo soy realmente bueno con uno de ellos estos días. Y porque no seré yo quien te quite la vida. Sin embargo, si decides hacerlo tú misma—»

«Rolando, tus jodidos escrúpulos nunca dejan de sorprenderme», dijo. Luego tomó la pistola con una mano y señaló hacia el arnés con la otra. «En cuanto a esa cosa, si crees que me voy a meter en ella antes de que sea necesario, estás loco».

Una leve sonrisa asomó en los labios de Rolando. «Es mejor cuando somos los dos, ¿o no?»

Susannah suspiró y luego asintió. «Un poco, sí, pero dista mucho de ser perfecto. Vamos, grandullón, volemos este sitio. Mi culo es un cubo de hielo y el olor me está matando la nariz».

CINCO

Rolando la puso en la silla de oficina con ruedas una vez estuvieron de vuelta en el Dogan y la empujó en ella hasta la primera serie de escaleras, Susannah cargando el gunna que llevaban y las Orizas en el regazo. En las escaleras, el pistolero empujó la silla con una patada en el borde y luego se quedó de pie con Susannah en su cintura, los dos haciendo muecas ante los ecos de los golpes que se daba la silla al caer y caer hasta el fondo.

«Es el final de eso», dijo Susannah cuando por fin cesaron los ecos. «Hubiera dado igual haberla dejado arriba para lo que me va a servir ahora».

«Ya lo veremos», dijo Rolando empezando a moverse. «Puede que te sorprendas».

«Esa cosa no va' servi' pa' una mierda y lo' dos lo sabemos», dijo Detta. Acho soltó un breve ladrido agudo, como si dijera Correcto.

SEIS

Sin embargo, la silla sí sobrevivió a la caída. Y también a la siguiente. Pero cuando Rolando se agachó para examinar la pobre cosa aporreada después de haberla lanzado abajo por una tercera (y extremadamente larga) escalera, una de las ruedas estaba completamente doblada. Le recordó a Rolando un poco cómo se veía la silla de ruedas abandonada de Susannah cuando se habían topado con ella después de la batalla con los Lobos en el Camino Este.

«¿Ves, ahora? ¿No te lo dije?» preguntó Susannah y rió de manera estrepitosa. «¡Creo que e' hora de empeza' a carga' esa balsa, Rolando!»

Rolando la miró. «¿Puedes hacer que Detta se vaya?»

Ella lo miró, sorprendida, luego usó su memoria para repetirse lo último que había dicho. Se sonrojó. «Sí», dijo en una voz notablemente baja. «Digo lo siento, Rolando».

Él la alzó y la acomodó en el arnés. Luego siguieron adelante. Con todo y lo desagradable que era bajo el Dogan—lo escalofriante que era bajo el Dogan—Susannah estaba alegre de que estuvieran dejando a Fedic atrás. Porque eso significaba que estaban dejando el resto atrás también: Lud, las Callas, Thunderclap, Algul Siento; Nueva York y el occidente de Maine, también. El castillo del Rey Rojo estaba adelante, pero no pensaba que debieran preocuparse mucho por eso, pues su ocupante más célebre había enloquecido y se había retirado a la Torre Oscura.

Lo que no era central desaparecía. Se acercaba al final de su largo viaje y había poco más en qué preocuparse. Eso estaba bien. ¿Y si ella misma debía caer en el camino hacia la obsesión de Rolando? Bueno, si sólo había oscuridad del otro lado de la existencia (como había creído durante la mayor parte de su vida adulta), entonces no había nada que perder, siempre y cuando no fuera la oscuridad del exotransito, un lugar lleno de monstruos escalofriantes. ¡Y, oye! Tal vez había un más allá, un cielo, una reencarnación, tal vez incluso una resurrección en el claro al final del camino. Le gustaba la última idea, y ya había visto suficientes maravillas para creer que podría ser así. Tal vez Eddie y Jake la estarían esperando allí, abrazados y con las primeras escarchas de la nieve del invierno acumulándoseles en las cejas: Señor FELIZ y señor NAVIDAD, ofreciéndole chocolate caliente. Mit schlag.

¡Chocolate caliente en Central Park! ¿Qué era la Torre Oscura comparada con eso?

SIETE

Pasaron a través de la sala redonda con sus puertas por todo lado; eventualmente llegaron al amplio corredor con el letrero en la pared que decía MUESTRE SÓLO EL PASE NARANJA, EL PASE AZUL NO ES ACEPTADO. Un poco más dentro del corredor, a la luz de una de las luces fluorescentes que aún funcionaban (y cerca al olvidado mocasín de goma), vieron algo escrito en la baldosa y torcido para que lo leyeran.

*Rolando, Susannah: ¡Ya estamos de camino! ¡Deséennos suerte!
¡Buena suerte a ustedes!
¡Dios los bendiga!
¡Nunca los olvidaremos!*

Bajo el mensaje principal habían firmado con sus nombres: Fred Worthington, Dani Rostov, Ted Brautigan y Dinky Earnshaw. Bajo los nombres había otros dos renglones, escritos con otra letra. Susannah pensó que era la de Ted y leerlas le produjo ganas de llorar:

*Vamos a buscar un mundo mejor.
Que ustedes también encuentren uno.*

«Dios los ame», dijo Susannah con voz áspera. «Que Dios los ame y los cuide a todos».

«Ui-ide», dijo una voz baja y más bien tímida surgida de los pies de Rolando. Los dos miraron hacia el suelo.

«¿Decidiste hablar de nuevo, dulzura?» preguntó Susannah, pero Acho no le respondió. Pasaron semanas antes de que hablara de nuevo.

OCHO

Dos veces se perdieron. Una vez Acho volvió a encontrar el camino a través del laberinto de túneles y corredores—algunos gimiendo con brisas distantes, algunos vivos con sonidos que estaban más cerca y eran más amenazantes—y una vez Susannah misma volvió a la ruta, detectando una envoltura de Mounds Bar que Dani había arrojado. El Algul había estado bien abarrotado de dulces y la niña había traído bastantes con ella. («Aunque ni una sola muda de ropa», dijo Susannah riendo y meneando la cabeza.) En un punto, frente a una antigua puerta de fustafarro que a Rolando le parecía como las que había encontrado en la playa, escucharon un desagradable ruido de algo que masticaba. Susannah intentó imaginar qué podría estar haciendo ese ruido y no se le ocurrió nada más que un gigante, la boca sin cuerpo llena de colmillos amarillos manchados de suciedad. En la puerta había un símbolo indescifrable. Sólo mirarlo la puso incómoda.

«¿Sabes lo que dice?» preguntó. Rolando—aunque hablaba más de media docena de lenguas y le resultaban familiares muchas más—le dijo que no con la cabeza. Susannah se sentía aliviada. Tenía la idea de que si se sabía lo que significaba el símbolo, le darían a uno ganas de decirlo. Podría tener uno que decirlo. Y entonces se abriría la puerta. ¿Querías correr cuando vieras la cosa que masticaba al otro lado? Probablemente. ¿Serías capaz de hacerlo?

Tal vez no.

Poco después de pasar esta puerta llegaron a otras escaleras más cortas. «Supongo que se me olvidó ésta cuando hablamos ayer, pero ahora la recuerdo», dijo Susannah, y señaló hacia el polvo en los escalones, que se veía removido. «Mira, allí están nuestros rastros. Fred me llevó en brazos hasta abajo, Dinky lo hizo cuando subimos de vuelta. Casi estamos allí, Rolando, lo prometo».

Pero se perdió una vez más en el laberinto de corredores divergentes al final de las escaleras y fue allí cuando Acho los puso en el camino, trotando por un penumbroso corredor en forma de túnel por el que el pistolero tuvo que caminar encorvado con Susannah colgando a su cuello.

«No sé—» empezó Susannah y fue entonces cuando Acho los condujo a un corredor más iluminado (comparativamente hablando: la mitad de las luces fluorescentes del techo estaban apagadas, y muchas de las baldosas habían caído de las paredes, revelando la tierra oscura y húmeda tras ellas). El brambo se sentó en medio de una rayada confusión de rastros y los miró como si dijera ¿Es esto lo que querían?

«Sí», dijo Susannah, obviamente aliviada. «De acuerdo. Mira, tal y como te lo dije». Señaló hacia una puerta con el letrero TEATRO FORD, 1865 VEA EL ASESINATO DE LINCOLN. Junto a ella, bajo un vidrio, había un afiche para Nuestro Primo Americano que se veía como si lo hubieran impreso el día anterior. «Lo que buscamos está a unos pasos de aquí. Dos a la izquierda y luego uno a la derecha—creo. De cualquier forma, lo sabré cuando lo vea».

Todo el tiempo Rolando fue paciente con ella. Tenía una idea desagradable que no compartió con Susannah: que el laberinto de pasajes y corredores allí abajo podría estar cambiando, como las puntas del compás, en aquello de lo que ya pensaba como «el mundo arriba». Si así era, estaban en problemas.

Allí abajo hacía calor, y pronto estaban sudando. Acho respiraba agitado con rudeza y regularmente, como un pequeño motor, pero mantenía un ritmo firme junto al pie izquierdo del pistolero. No había polvo en el piso, y los rastros que habían visto ir y venir antes habían desaparecido. Sin embargo, los ruidos tras las puertas se oían más fuertes y cuando pasaron junto a una, algo del otro lado golpeó contra ella con la suficiente fuerza para que temblara en su marco. Acho le ladró, acostando las orejas contra su cráneo y Susannah soltó un grito.

«Calmaos», dijo Rolando. «No puede pasar. Nadie puede pasar». «¿Estás seguro de eso?» «Sí», dijo el pistolero con firmeza. No estaba seguro en lo absoluto. Se le ocurrió una

frase de Eddie: Todas las apuestas están cerradas.

Esquivaron los charcos, cuidándose de no tocar siquiera aquellos que brillaban con lo que podía haber sido radiación o luz de bruja. Pasaron junto a un tubo roto que exhalaba una nube de desgano vapor verde, y Susannah sugirió que contuvieran la respiración hasta que estuvieran bien lejos de ella. Rolando pensó que ésa era una idea extremadamente buena.

Treinta o cuarenta metros después Susannah le dijo que se detuviera. «No sé, Rolando», dijo, y él la podía escuchar luchando por que no se le notara el pánico en la voz. «Pensé que lo habíamos logrado en las sombras cuando vi la puerta de Lincoln, pero ahora esto... este lugar...» Su voz flaqueaba y Rolando la sintió inhalar profundamente, luchando por mantenerse bajo control. «Todo esto se ve diferente. Y los sonidos... cómo se te meten en la cabeza...»

Rolando sabía de qué hablaba. A su izquierda había una puerta sin letreros que colgaba torcida sobre sus bisagras, y desde el espacio que sobraba por encima salía el sonido átono de las campanillas del exotransito, un sonido que era a la vez horrible y fascinante. Con las campanillas salía una brisa de aire maloliente. A Rolando se le ocurrió que Susannah estaba a punto de sugerir que volvieran mientras aún podían, tal vez pensarán mejor toda esta idea de ir bajo el castillo, y por eso dijo, «Veamos que hay allí arriba. De cualquier forma hay un poco más de luz».

Al acercarse a una intersección desde la cual brotaban corredores embaldosados en todas direcciones, Rolando sintió que ella se movía contra él. «¡Allí!» gritó ella. «¡Esa pila de escombros! ¡Pasamos junto a ella! ¡Pasamos junto a ella, Rolando, lo recuerdo!»

Parte del techo había caído al medio de la intersección creando un montón de baldosas

rotas, cristal quebrado, hebras de alambre y el viejo y simple polvo. Bordeándolo había huellas.

«¡Por allí!» gritó Susannah. «¡En línea recta! Ted dijo, ‘Creo que éste es el que llamaban Calle Principal’ y Dinky dijo que él también lo creía. Dani Rostov dijo que hacía mucho tiempo, para la época en que el Rey Carmesí hizo lo que quiera que haya oscurecido a Thunderclap, un montón de gente usó ese camino para salir. Sólo que dejaron atrás algunos de sus pensamientos. Le pregunté cómo se sentía sentir eso y dijo que era un poco como ver espuma de jabón sucia en los bordes de la bañera después que sales del agua. ‘No es agradable,’ dijo. Fred lo marcó y luego nos devolvimos hasta la enfermería. No quiero alardear y arruinar el asunto, pero creo que vamos a estar bien».

Y lo estaban, al menos por el momento. A ochenta pasos del montón de escombros llegaron a una abertura en forma de arco. Más allá, bolas blancas vacilantes de iluminación colgaban del techo, alejándose en un ángulo descendente y curvo. En la pared, en cuatro trazos de tiza que ya habían empezado a desaparecer debido a la humedad que exudaba a través de las baldosas, estaba el último mensaje que les habían dejado los Disgregadores liberados:



Descansaron allí por un rato, comiendo manotadas de uvas pasas de una lata sellada al vacío. Incluso Acho comió algunas, aunque por la manera en que lo hacía era claro que no le importaban mucho. Cuando hubieron comido todos sus porciones y Rolando había guardado una vez más la lata en el saco de cuero que había encontrado por el camino, le preguntó a Susannah: «¿Estás lista para seguir adelante?»

«Sí. Justo ahora, creo, antes de que pierda mi—¿por Dios, Rolando, qué fue eso?»

Desde atrás de ellos, probablemente desde uno de los pasajes que se alejaba de la intersección llena de escombros, se había escuchado el sonido bajo de algo cayendo. Tenía en sí una cualidad líquida, como si un gigante con las botas de goma llenas de agua hubiera dado un único paso.

«No lo sé», dijo Rolando.

Susannah miraba incómoda hacia atrás por sobre su hombro pero no podía ver más que sombras. Algunas de ellas se movían, pero eso podía haber sido porque algunas de las luces parpadeaban.

Podía haber sido.

«Sabes», dijo Susannah, «creo que podría ser Buena idea si dejáramos esta área tan rápido como podamos».

«Creo que tienes razón», dijo él, descansando en una rodilla y en las puntas separadas de sus dedos, como un corredor que se alista para salir corriendo. Cuando Susannah estuvo

de vuelta en el arnés, Rolando se puso de pie y se alejó de la flecha en la pared, con un paso que casi era un trote.

NUEVE

Habían estado moviéndose a ese casi trote por unos quince minutos cuando llegaron a un esqueleto vestido con los restos de un uniforme militar que se pudría. Aún quedaba un pedazo de cuero cabelludo en su cabeza y un mechón de pelo negro saliendo de él. La mandíbula sonreía, como si les diera la bienvenida al inframundo. En el piso junto a la pelvis desnuda de la cosa había un anillo que finalmente se había salido de uno de los dedos en descomposición de la mano derecha del muerto. Susannah le preguntó a Rolando si podía mirar de cerca. Él lo alzó y se lo pasó. Ella lo examinó lo suficiente para confirmar lo que había pensado, y luego lo arrojó a un lado. Tintineó un poco y luego sólo se escucharon los sonidos del agua que goteaba y las campanillas del exotransito, más leves ahora pero persistentes.

«Lo que pensaba», dijo.

«¿Y qué era lo que pensabas?» preguntó Rolando, caminando de nuevo.

«El tipo era un Alce.¹ Mi papá tenía el mismo maldito anillo».

«¿Un alce? No entiendo».

«Es una orden fraterna. Un tipo de ka-tet de buenos chicos viejos. ¿Pero qué demonios estaría haciendo un Alce aquí abajo? Un Shriner, eso lo podría entender²». Y rió, un poco salvajemente.

Las bombillas colgantes estaban llenas de algún gas brillante que latía con un compás rítmico pero no del todo constante. Susannah sabía que había algo allí que tenía que tomar, y tras un rato lo descubrió. Mientras Rolando apuraba el paso, el latido de las luces era rápido. Cuando disminuyó la velocidad un poco (sin detenerse pero conservando igual su energía), el latido en las bombillas también se hacía más lento. No creía que estuvieran respondiendo a los latidos de Rolando, exactamente, o a los de ella, pero eso era parte del asunto. (De haber conocido el término biorritmo, lo habría adoptado alegremente.) A unos cincuenta metros por delante de su posición en cualquier momento dado, Calle Principal estaba oscura. Luego, una por una, las luces se encenderían al acercarse ellos. Era hipnotizante. Se giró para mirar atrás—sólo una vez, no quería que Rolando perdiera su ritmo—y vio que, sí, las luces se apagaban de nuevo unos cincuenta metros atrás. Estas luces eran mucho más fuertes que las bombillas parpadeantes a la entrada de Calle Principal, y supuso que aquéllas funcionaban con otra fuente de energía, una que empezaba (como todo lo demás en este mundo) a extinguirse. Luego se dio cuenta de que una de las bombillas a las que se acercaban permanecía apagada. Al acercarse y pasar bajo ella, vio que no estaba del todo fundida; un centro de iluminación apenas brillante se quemaba débilmente en el interior, moviéndose al ritmo de sus cuerpos y cerebros. Le recordó a Susannah cómo a veces se veía un letrero de neón con una o más letras dañadas, convirtiendo a PABST en PA ST o a TASTY

BRATWURST en TASTY RATWURST. A unos trescientos metros más o menos llegaron a otra bombilla fundida, luego a otra, dos de un solo golpe.

«Es bien posible que nos quedemos en la oscuridad en no mucho tiempo», dijo desesperanzada.

«Lo sé», dijo Rolando. Empezaba a sonar ligeramente sin aire.

El aire aún era húmedo, y un escalofrío empezaba a reemplazar gradualmente al calor. Había afiches en las paredes, en su mayoría podridos más allá de lo legible. En una larga pared seca Susannah vio uno que mostraba a un hombre que acababa de perder una batalla en una arena con un tigre. El felino halaba una tira sangrienta de intestinos del vientre del hombre que gritaba mientras la multitud enloquecía. Había una frase copiada en media docena de idiomas. El español era el segundo desde arriba. ¡VISITE EL CIRCO MÁXIMUS! ¡GRITARÁ DE EMOCIÓN! decía.

«Por Dios, Rolando», dijo Susannah. «Dios todopoderoso, ¿qué eran ellos?»

Rolando no respondió, aunque sabía la respuesta: eran yentes que habían enloquecido.

DIEZ

A intervalos de unos cien metros, pequeñas escaleras—la más larga de apenas diez escalones de arriba hasta abajo—los llevó gradualmente más profundo al interior de las entrañas de la tierra. Después de haber recorrido lo que Susannah estimaba eran unos cuatrocientos metros, llegaron a una puerta que había sido arrancada, tal vez por alguna clase de vehículo, y reducida a astillas. Allí había más esqueletos, tantos que Rolando tuvo que pisar algunos para pasar. No crujieron pero hicieron un sonido húmedo que de alguna manera era peor. El olor que surgió de ellos era enfermizo y húmedo. La mayor parte de las baldosas estaban rotas sobre estos cuerpos, y aquellas que aún estaban en las paredes tenían agujeros de balas. Una balacera, entonces. Susannah abrió la boca para decir algo acerca de eso, pero antes de poder hacerlo, ese sonido bajo de algo que caía se oyó otra vez. Pensó que se oía un poco más fuerte esta vez. Un poco más cerca. Miró de nuevo hacia atrás y no vio nada. Las luces cincuenta metros atrás aún se apagaban en fila.

«No quiero sonar paranoica, Rolando, pero creo que nos están siguiendo».

«Sé que nos están siguiendo».

«¿Quieres que dé un disparo hacia allá? ¿O que lance un plato? Ese silbido puede ser muy aterrador».

«No».

«¿Por qué no?»

«Puede que no sepa lo que somos. Si disparas... lo sabrá».

Le tomó un momento a Susannah darse cuenta de lo que decía realmente Rolando: no estaba seguro de que las balas—o una Oriza—detendrían lo que quiera que estuviera allá atrás. O, peor aún, tal vez estaba seguro.

Cuando Susannah volvió a hablar, se esforzó muchísimo por parecer calmada, y creyó que había tenido un éxito tolerablemente bueno. «¿Es algo de esa grieta en la tierra, crees?»

«Podría ser», dijo Rolando. «O podría ser algo que salió del espacio del exotransito. Ahora guarda silencio».

El pistolero apuró el paso, alcanzando finalmente un ritmo de trote y luego superándolo. Susannah estaba asombrada por la movilidad que tenía ahora que el dolor que le había molestado la cadera había desaparecido, pero también podía escuchar su respiración así como sentirla con el sube y baja de su espalda—rápida, inhalaciones ahogadas seguidas por exhalaciones fuertes que sonaban casi como gritos de molestia. Susannah habría dado cualquier cosa por estar corriendo a su lado con sus propias piernas, las fuertes que Jack Mort le había robado.

Las bombillas en el techo latían ahora más rápido, y era más fácil ver el pulso pues había más pocas. Entre ellas, su sombra combinada se estiraba bastante por delante, luego se acortaba poco a poco al acercarse a la siguiente luz. El aire estaba más frío; las cosas de cerámica que adornaban el corredor eran cada vez menos parejas. En algunos lugares se habían rasgado y los pedazos habían sido arrojados a un lado, dejando trampas para los incautos. Acho los evitaba con facilidad, y hasta entonces Rolando también había sido capaz de evitarlos.

Susannah estaba a punto de decirle que no había escuchado a su perseguidor por un rato cuando algo detrás de ellos toma una inmensa bocanada de aire. Sintió el aire a su alrededor ir en dirección reversa; sintió que los gruesos rizos de su cabeza se levantaban salvajemente mientras el aire era absorbido hacia atrás. Se escuchó un enorme ruido de baba que resbalaba que le produjo a Susannah ganas de gritar. Lo que quiera que hubiera allí atrás, era grande.

No.

Enorme.

ONCE

Bajaron corriendo por otra de aquellas cortas escaleras. Cincuenta metros después, otras tres de las bombillas pulsantes brillaban con una luz irregular, pero después de eso sólo hubo oscuridad. Los costados con baldosas rasgadas del corredor y su piso irregular y lleno de escombros se fundieron en un vacío tan profundo que parecía una sustancia física: grandes nubes de fieltro negro que ha sido mal apisonado. Correrían hacia eso, pensó Susannah, y al comienzo la inercia los seguiría llevando hacia delante. Luego la pared los empujaría hacia atrás como un resorte y lo que hubiera atrás estaría sobre

ellos. Susannah podría verla un segundo, algo tan terrible y extraño que su mente no podría reconocerlo, y eso podría ser un acto de misericordia. Entonces, eso se abalanzaría, y—

Rolando corrió hacia la oscuridad sin disminuir el paso, y desde luego no rebotaron. Al comienzo había un poco de luz, algo que venía de las luces atrás y algo de las bombillas sobre sus cabezas (unas pocas aún soltaban un último resplandor agonizante). Suficiente para ver otras escaleras, su extremo superior flanqueado por esqueletos que se desmoronaban vestidos con algunos trapos rasgados de ropa. Rolando bajó los escalones corriendo—en estas escaleras eran nueve—sin detenerse. Acho corría a su lado, con las orejas contra la cabeza, y la piel moviéndose lustrosamente, casi como si bailara al bajar. Después quedaron en la oscuridad más profunda.

«¡Ladra, Acho, para que no nos tropecemos entre nosotros!» vociferó Rolando.
«¡Ladra!»

Acho ladró. Después de unos treinta segundos, Rolando vociferó la misma orden y Acho ladró de nuevo.

«Rolando, ¿y si llegamos a otras escaleras?»

«Llegaremos a otras escaleras», dijo, y unos noventa segundos después, llegaron a ellas. Sintió cómo Rolando se inclinaba hacia delante, los pies tropezando. Sintió los músculos de la espalda de Rolando saltar cuando puso las manos hacia delante para amortiguar el golpe, pero no cayeron. Susannah no pudo más que maravillarse por tales reflejos. Las botas golpeaban sin dudar bajando en la oscuridad. ¿Doce escalones esta vez? ¿Catorce? Estaban de vuelta en la superficie plana del corredor antes de que pudiera contarlos bien. De manera que ahora Susannah sabía que él era capaz de bajar escaleras incluso en la oscuridad, incluso huyendo de la muerte. Sólo que, ¿qué pasaría si se le enredara un pie en un agujero? Sabía Dios que era posible, dada la forma en que se había podrido el piso. ¿O supón que llegaban a una barrera de huesos de esqueletos acumulados? En el corredor plano, a la velocidad a la que corría ahora, eso significaría por lo menos un horrible tropezón. ¿O supón que corrieran hacia un montón de huesos al comienzo de una de esas pequeñas escaleras? Intentó bloquear la imagen de Rolando cayendo hacia la oscuridad como un buzo paralizado y no lo logró del todo. ¿Cuántos de sus huesos se romperían cuando aterrizaran contra el fondo? Mierda, dulzura, elige un número, podría haber dicho Eddie. Esta carrera plana era locura.

Pero no había opción. Podía escuchar la cosa tras de ellos muy claramente ahora, no sólo su respiración babosa sino un sonido rasposo como de lija mientras algo se arrastraba a través de una de las paredes del corredor—o tal vez las dos. A cada instante escuchaba también el sonido de una baldosa que era arrancada. Era imposible no construir una imagen a partir de estos sonidos, y lo que Susannah empezó a ver era una gran lombriz negra cuyo cuerpo en partes llenaba el corredor de lado a lado, ocasionalmente soltando los cuadrados sueltos de cerámica y aplastándolos bajo su

cuerpo gelatinoso mientras se movía hacia delante, hambrienta, acortando la distancia entre ellos.

Y acortándola ahora mucho más rápido. Susannah pensó que sabía por qué. Antes, habían estado corriendo en una isla de luz en movimiento. Fuera lo que fuera, a la cosa detrás de ellos no le gustaba la luz. Susannah pensó en la linterna que Rolando había puesto en su gunna, pero sin las baterías frescas sería casi inútil. Veinte segundos después de presionar el botón en su largo tubo, la maldita cosa se apagaría.

Excepto que... espera un minuto.

Su tubo.

¡Su largo tubo!

Susannah se estiró hacia la bolsa de cuero que saltaba en el costado de Rolando, encontrando latas de comida, pero esas no eran las latas que quería. Por fin encontró una que sí, reconociéndola por el canaleta circular que corría alrededor de la tapa. No había tiempo de preguntarse por qué se sentía tan inmediata e íntimamente familiar; Detta tenía sus secretos, y algo que ver con el Sterno era probablemente uno de ellos. Levantó la lata para olerla y estar segura, y luego se golpeó con ella en el puente de la nariz cuando Rolando tropezó con algo—tal vez un pedazo del piso, tal vez otro esqueleto—y tuvo que luchar de nuevo por recuperar el equilibrio. También ganó esta vez, pero eventualmente perdería y la cosa allá atrás estaría sobre ellos antes de que se pudiera levantar. Susannah sintió sangre tibia empezar a correr por su rostro y la cosa detrás de ellos, tal vez olfateándola, soltó un enorme grito húmedo. Susannah pensó en un lagarto gigante en un pantano de la Florida, levantando su cabeza con escamas hacia la luna. Y estaba tan cerca.

Dios santo dame tiempo, pensó. No quiero morir así, que le disparen a uno es una cosa, pero ser devorado en vida en la oscuridad—

Eso era otra cosa.

«Más rápido», le gruñó a Rolando, lo golpeó en los costados con los muslos, como un jinete que apura a un caballo cansado.

De alguna manera, Rolando se apuró. Su respiración era ahora un rugido agonizado. No había respirado así ni aún siquiera después de danzar la commala. Si seguía a ese ritmo, su corazón le estallaría en el pecho. Pero—

«¡Más rápido, Tex! ¡Suéltalo todo, maldita sea! ¡Puede que yo tenga un as bajo mi manga, pero entretanto dame todo lo que tengas!»

Y allí en la oscuridad bajo el Castillo Discordia, eso hizo Rolando.

DOCE

Susannah metió la mano que tenía libre una vez más en la bolsa y la cerró sobre el tubo de la linterna. La sacó y se la puso bajo el brazo (sabiendo que si la soltaba de seguro

morirían), luego levantó la tapa de la lata de Sterno, aliviada de escuchar el susurro momentáneo cuando se rompió el sello al vacío. Aliviada pero no sorprendida—si el sello hubiera estado roto, la gelatina inflamable en el interior se habría evaporado tiempo atrás y la lata habría estado más liviana.

«¡Rolando!» gritó. «¡Rolando, necesito fósforos!»

«¡Camisa... bolsillo!» respondió él sin aire. «¡Búscalos!»

Pero primero Susannah soltó la linterna en el espacio donde su entrepierna se encontraba con la mitad de la espalda de Rolando, y luego la apretujó antes de que pudiera caerse. Ahora, bien agarrada, metió el tubo de la linterna en la lata de Sterno. Agarrar uno de los cerillos le habría supuesto una tercera mano, así que se deshizo de la lata. Había otras dos en la bolsa, pero si ésta no funcionaba jamás tendría una oportunidad de buscar una de ellas.

La cosa gruñó otra vez, sonando como si estuviera justo atrás de ellos. Ahora Susannah podía olerla, el aroma como un cargamento de pescado podrido al sol.

Susannah se estiró por sobre el hombro de Rolando y tomó un solo cerillo de su bolsillo. Podría haber tiempo para encender uno; no para dos. Rolando y Eddie eran capaces de encenderlos en las uñas de sus pulgares, pero Detta Walter conocía un truco que valía por dos de esos, lo había usado más de una vez para impresionar a sus víctimas blancas en los restaurantes de camino a donde iba a buscar pleitos. Hizo una mueca en la oscuridad, dejando los dientes al descubierto, y puso la cabeza de la cerilla entre los dos del frente en la parte de arriba. Eddie, si estás allí, ayúdame, dulzura—ayúdame a hacerlo bien.

Movió el fósforo. Algo caliente ardió en su paladar y sintió en la lengua el regusto al azufre. La cabeza del fósforo casi dejó ciegos sus ojos adaptados a la oscuridad, pero pudo ver lo suficiente para ponerlo en el tubo embadurnado en gelatina de la linterna. El Sterno se encendió al instante, convirtiendo el tubo en una antorcha. Era débil, pero era algo.

«¡Date vuelta!» gritó.

Rolando patinó hasta detenerse de inmediato—sin preguntas, sin protestas—y se dio vuelta en los talones. Susannah sostuvo la linterna en llamas frente a sí y por un momento los dos vieron la cabeza de algo húmedo y cubierto con rosados ojos albinos. Debajo de ellos había una boca del tamaño de una puerta de buhardilla, llena de tentáculos que se movían de un lado a otro. El Sterno no daba mucha luz, pero en esa oscuridad total daba la suficiente para que la cosa retrocediera. Antes de desaparecer de nuevo en la oscuridad, Susannah vio todos esos ojos cerrándose y por un instante pensó en lo sensibles que debían ser si incluso una pequeña llama como ésta podía—

Bordeando el piso del corredor a los dos lados había montones de huesos. En su mano, el extremo de la linterna donde estaba la bombilla ya se estaba poniendo tibio. Acho ladraba frenéticamente, mirando hacia atrás a la oscuridad con la cabeza baja y sus cortas patas separadas, cada pelo completamente erizado.

«¡Agáchate, Rolando, agáchate!»

Rolando lo hizo y ella le pasó la antorcha improvisada, que ya empezaba a extinguirse, las llamas amarillas subiendo y bajando por el tubo poniéndose azules. La cosa en la oscuridad soltó otro rugido ensordecedor, y ahora Susannah podía ver su forma de nuevo, moviéndose de lado a lado. Se arrastraba hacia ellos a medida que la luz flaqueaba.

Si el piso está húmedo aquí, seguro estamos muertos, pensó, pero el tacto de sus dedos al estirarse hacia un fémur le sugería que no era así. Tal vez eso era un falso mensaje enviado por sus sentidos esperanzados—ciertamente podía escuchar agua goteando desde el suelo en algún sitio adelante—pero no lo creía.

Buscó en la bolsa otra lata de Sterno, pero al comienzo el anillo de lata para abrirla la desafió. La cosa se acercaba y ahora podía ver un número cualquiera de cortas patas deformes bajo el tumor levantado que tenía por cabeza. No era una lombriz después de todo sino una clase de ciempiés gigante. Acho se puso frente a ella, aún ladrando, mostrando cada uno de sus dientes. Sería a Acho a quien tomaría primero la cosa si ella no lograba—

Entonces su dedo se coló en el anillo que estaba casi al mismo nivel de la tapa de la lata. Se escuchó un sonido al abrirse. Rolando agitaba la linterna hacia delante y hacia atrás, intentando avivar un poco las llamas que se extinguían (lo que podría haber funcionado si hubiera combustible para ellas), y Susannah veía sus sombras que se desvanecían moviéndose delirantemente a un lado y otro sobre las paredes con baldosas desmoronadas.

La circunferencia del hueso era demasiado grande para la lata. Ahora, estirada extrañamente, mitad dentro y mitad fuera del arnés, metió en ella los dedos, sacó una manotada de gelatina y la embadurnó por todo el hueso. Si éste estaba húmedo, esto sólo les daría unos cuantos segundos más de horror. Sin embargo, si estaba seco, entonces tal vez... entonces tal vez...

La cosa se acercaba más y más. En medio de los tentáculos que surgían de su boca Susannah podía ver colmillos asomándose. En cualquier momento estaría lo suficientemente cerca para atrapar a Acho, tomándolo con la velocidad de una salamanquesa atrapando a una mosca en el aire. Su olor a pescado rancio era fuerte y nauseabundo. ¿Y qué podía haber tras ella? ¿Qué otras abominaciones?

No había tiempo de pensar en eso en ese momento.

Puso su antorcha hecha de fémur en las llamas que se apagaban del tubo de la linterna. La llamarada fue mayor de lo que había esperado—mucho mayor—y el grito de la cosa esta vez estaba lleno de dolor tanto como de sorpresa. Se escuchó un horrible sonido como de zapato mojado, como lodo lanzado a un impermeable de vinilo, y la cosa retrocedió.

«Consígueme máh hueso'», dijo mientras Rolando arrojaba a un lado la linterna. «Y asegúrate que sean hueso' secos». Se rió ante su propio apunte (ya que nadie más lo haría), una sucia carcajada de Detta.

Aún boqueando para respirar, Rolando hizo lo que ella le dijo.

TRECE

Volvieron a tomar su avance por el pasaje, Susannah ahora montada de espaldas, una posición que era difícil pero no imposible. Si salían de allí, la espalda le dolería endiabladamente por uno o dos días. Y disfrutaré cada latido del dolor, se dijo a sí misma. Rolando aún tenía la camiseta de los Días de la Vieja Casa de Bridgton que le había comprado Irene Tassenbaum. Se la pasó a Susannah. Ella la envolvió alrededor del extremo del hueso y sostuvo la antorcha tan lejos como podía mientras intentaba mantener el equilibrio. Rolando no era capaz de correr—seguramente Susannah habría caído del arnés de haber intentado hacerlo—pero mantenía un paso bien rápido al caminar, haciendo pausas cada rato para recoger un brazo o pierna en buen estado. Acho captó la idea pronto y empezó a llevárselos al pistolero en la boca. La cosa aún los seguía. A cada rato Susannah lograba un vistazo de su piel babosa, e incluso cuando retrocedía de la luz riesgosa de su antorcha actual, escuchaban esos sonidos líquidos como de algo que caía, como un gigante con botas llenas de lodo. Susannah empezó a pensar que era el sonido de la cola de la cosa. Esto la llenó con un horror que era irracional y privado, y casi lo suficientemente poderoso como para descomponerle la mente.

¡Que tuviera una cola! casi deliraba su mente. ¡Una cola que sonara como si estuviera llena de agua o gelatina o sangre a medio coagular! ¡Jesús! ¡Dios mío! ¡Jesús mío!

No era sólo la luz la que evitaba que los atacara, pensó Susannah, sino el miedo al fuego. La cosa debió haberse mantenido lejos mientras estaban en la parte del pasaje donde aún funcionaban los globos de luz, pensando (si es que podía pensar) que esperaría y los tomaría una vez estuvieran en la oscuridad. Susannah tenía la idea de que de haber sabido que tenían acceso al fuego, podría simplemente haber cerrado algunos o todos de sus muchos ojos y se habría lanzado hacia ellos donde unas cuantas bombillas estaban apagadas y la luz era menor. Ahora había perdido al menos temporalmente la suerte, pues los huesos resultaron antorchas sorprendentemente buenas (la idea de que a este respecto eran ayudados por el Haz en recuperación no se le pasó por la cabeza). La única pregunta era si el Sterno alcanzaría o no. Era capaz de ahorrar ahora porque los huesos ardían por sí solos una vez estaban prendidos—exceptuando un par de huesos húmedos que tuvo que arrojar tras encender las siguientes antorchas de sus puntas que

se apagaban—pero tenías que mantenerlos prendidos, y ya llegaba al fondo de su tercera y última lata. Amargamente lamentó aquella que arrojó cuando la cosa se les acercaba, pero no sabía qué más podía haber hecho. También deseaba que Rolando fuera más rápido, aunque supuso que Rolando no habría podido mantener mucha velocidad incluso si ella estuviera montada del lado correcto y abrazándose a él. Tal vez una carrera corta, pero seguramente no más. Podía sentir cómo temblaban los músculos de Rolando bajo su camisa. Estaba cerca de caer exhausto.

Cinco minutos después, mientras sacaba una manotada de calor enlatado para embadurnar con él una rodilla de hueso sobre un hueso de tibia, sus dedos tocaron el fondo de la lata de Sterno. Desde la oscuridad detrás de ellos se escuchó otro de esos sonidos agudos. La cola de su amigo, insistía su mente. Mantenía el ritmo. Esperaba a que se les acabara el combustible y el mundo se volviera a oscurecer. Entonces atacaría.

Entonces comería.

CATORCE

Iban a necesitar una posición en la cual atrincherarse. Estuvo segura de ello casi tan pronto como las yemas de sus dedos tocaron el fondo de la lata. Diez minutos y tres antorchas después, Susannah se preparó para decirle al pistolero que se detuviera cuando

llegaran—si es que llegaban—a otro osario especialmente grande. Podían hacer una hoguera con trapos y huesos y una vez estuviera caliente y luminosa, simplemente correrían como el diablo. Cuando escucharan a la cosa—si es que la escuchaban—de ese lado de la barrera de fuego otra vez, Rolando podría aminorar su carga y acelerar sus talones dejándola a ella atrás. Susannah veía esta idea no como un auto-sacrificio sino como simplemente lógica—no había razón para que el ciempiés monstruoso se los llevara a los dos si podían evitarlo. Y ella no tenía planes de dejar que la cosa se la llevara, fuera como fuera. Ciertamente no se la llevaría viva. Tenía su pistola y la usaría. Cinco disparos para Sai Ciempiés: si después de eso seguía acercándose, la sexta para ella misma.

Sin embargo, antes de que pudiera decir ninguna de estas cosas, Rolando logró decir dos palabras que detuvieron todas las suyas. «Luz», dijo jadeando. «Adelante».

Susannah giró la cabeza y al comienzo no vio nada, probablemente por la antorcha que sostenía. Luego vio algo: un leve brillo blanco.

«¿Más de esos globos?» preguntó. «¿Una fila de ellos que aún funciona?»

«Tal vez. No lo creo».

Cinco minutos después Susannah se dio cuenta de que podía ver el piso y las paredes a la luz de su última antorcha. El piso estaba cubierto con una capa fina de polvo y piedrecillas del tipo que sólo podían haber entrado sopladas desde fuera. Susannah levantó los brazos sobre su cabeza, una mano sosteniendo un hueso ardiente envuelto en

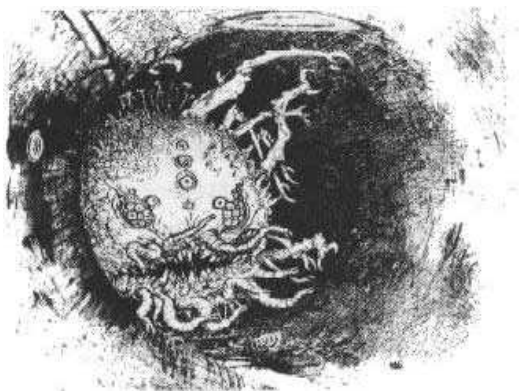
una camisa, y soltó un grito de triunfo. La cosa detrás respondió con un rugido de furia y frustración que le hizo bien al corazón de Susannah mientras le ponía la piel de gallina.

«¡Adiós, dulzura!» gritó. «¡Adiós, hijo de puta lleno de ojos!»

Éste rugió de nuevo y se lanzó hacia delante. Por un momento Susannah lo vio bien: una enorme verruga redonda que no podía ser llamada cara a pesar de la boca asomándose; el cuerpo en partes, rasguñado y supurando por el contacto con las duras paredes; un cuarteto de apéndices regordetes parecidos a brazos, dos a cada lado. Estos terminaban en pinzas de cangrejo. Susannah chilló y le lanzó la antorcha y la cosa se retiró con otro rugido ensordecedor.

«¿Nunca te enseñó tu madre que está mal molestar a los animales?» le preguntó Rolando y su tono era tan seco que Susannah no podía decir si estaba bromeando o no.

Cinco minutos después estaban fuera.



Capítulo II:

En la Avenida Tierras Malas

UNO

Salieron a través de un arco en ruinas en la falda de una colina junto a una caseta similar en forma a la Estación Experimental Arc 16 pero mucho más pequeña. El techo de este pequeño edificio estaba cubierto de óxido. Había montones de huesos dispersos alrededor del frente en un círculo irregular. Las rocas circundantes estaban ennegrecidas y en algunos sitios rotas; una peña del tamaño de la casa estilo Reina Ana donde eran guardados los Disgregadores estaba partida en dos, revelando un interior lleno de minerales brillantes. El aire estaba frío y podían escuchar el gemido incesante del viento, pero las rocas bloqueaban la peor parte y ellos alzaron sus rostros hacia el cielo azul profundo con una gratitud sin palabras.

«Aquí hubo alguna clase de batalla, ¿cierto?» preguntó Susannah.

«Sí, eso diría. Una grande, hace mucho tiempo». Sonaba definitivamente aturdido.

Un letrero yacía boca abajo en el suelo frente la puerta a medio abrir de la caseta. Susannah insistió en que Rolando la pusiera en el suelo para darle vuelta y leerlo. Él le hizo caso y luego se sentó con la espalda recostada en una roca, contemplando el Castillo Discordia, que ahora estaba detrás de ellos. Dos torres sobresalían en el cielo azul, una completa y la otra destrozada cerca de lo que Rolando pensaba habría sido la cima. Se concentró en recuperar el aliento. La tierra debajo de él estaba muy fría, y ya sabía que el viaje a través de las Tierras Malas iba a ser difícil.

Entretanto, Susannah había levantado el letrero. Lo sostuvo con una mano y limpió una antigua capa de tierra con la otra. Las palabras que descubrió estaban en español y le produjeron un profundo escalofrío:

ESTE PUNTO DE REGISTRO ESTÁ CERRADO. PARA SIEMPRE.

Bajo el letrero, en color rojo, como si la mirara, estaba el Ojo del Rey.

DOS

No había nada en la sala principal de la caseta más que pilas de equipo que se habían arruinado y más esqueletos, ninguno entero. En la bodega adjunta, sin embargo, Susannah encontró sorpresas deliciosas: repisas y repisas de comida enlatada—más de la que podían cargar—y también más Sterno. (No creía que Rolando volvería a hacer mala cara ante la idea de la comida en lata, y tenía razón.) Asomó la cabeza por la puerta trasera de la bodega casi como si se le acabara de ocurrir, sin esperar encontrar nada excepto acaso unos cuantos esqueletos, y había uno. El premio era el vehículo en que esta desordenada aglomeración de huesos se encontraba: un pequeño carromato de dos ruedas un poco parecido a aquel en que había estado sentada arriba en el castillo, durante su palabra con Mia. Éste era más pequeño y estaba en mucha mejor forma. En vez de madera, las ruedas eran de metal forrado con cáscaras delgadas de algún material sintético. De los lados brotaban varas para ser empujado, y Susannah se dio cuenta de que no era un carromato en lo absoluto, sino una suerte de litera.

¡Prepárate pa' halar a tu amo'cito, carne gris!

Éste era un típico pensamiento Detta Walker desagradable, pero logró sacarle una risotada igual.

«¿Qué encontraste que sea divertido?» le gritó Rolando.

«Ya lo verás», respondió gritando, luchando por que no se le saliera el Detta, al menos en la voz. En esto no tuvo un éxito completo. «Lo va' a ver bien pronto».

TRES

En la parte de atrás de la litera había un pequeño motor, pero los dos vieron de inmediato que habían pasado siglos sin que funcionara. En la bodega Rolando halló unas cuantas herramientas simples, incluyendo una llave inglesa. Estaba congelada y abierta, pero un poco de aceite (en lo que para Susannah era una lata roja y negra muy

familiar de 3-en1) la puso a trabajar de nuevo. Rolando usó la llave para desmontar el motor y luego lo tiró a un lado. Mientras Rolando trabajaba y Susannah hacía lo que Papi Mose habría llamado la pesada mirada, Acho se sentó cuarenta pasos fuera del arco a través del cual habían salido, claramente prestando guardia contra la cosa que los había seguido en la oscuridad.

«No más de quince libras», dijo Rolando, secándose las manos en los vaqueros y observando al motor caído, «pero creo que nos alegrará habernos deshecho de él para cuando terminemos con esto».

«¿Cuándo empezamos?» preguntó ella.

«Tan pronto hayamos cargado tantas cosas en lata en la parte de atrás como crea que puedo empujar», respondió él, y tomó aire profundamente. Tenía el rostro pálido y sin afeitar. Había círculos oscuros bajo sus ojos, arrugas nuevas atravesando sus mejillas y descendiendo hasta su mandíbula desde las esquinas de su boca. Se veía tan delgado como un látigo.

«¡Rolando, no puedes! ¡No tan pronto! ¡Estás agotado!»

Él hizo un gesto hacia Acho, que se sentaba tan pacientemente, y hacia las fauces de oscuridad que había cuarenta pasos después de él. «¿Quieres estar así de cerca de ese agujero cuando oscurezca?»

«Podemos hacer una hoguera—»

«Puede tener amigos», dijo Rolando, «que no sean tímidos con el fuego. Mientras estuvimos en ese paso a esa cosa no le habría gustado compartírnos porque no pensaba que tendría que hacerlo. Ahora es posible que no le importe, en especial si es de mente vengativa».

«Una cosa como esa no puede pensar. Seguro que no». Esto era más fácil de creer ahora que estaban fuera, pero sabía que cambiaría de opinión una vez empezaran a crecer y reunirse las sombras.

«No creo que sea un riesgo que podamos tomar», dijo Rolando.

Susannah decidió, muy renuientemente, que Rolando tenía la razón.

CUATRO

Afortunadamente para ellos, este primer fragmento del delgado camino que se metía a las Tierras Malas era en su mayor parte plano, y cuando llegaron a una pequeña colina, Rolando no objetó a la idea de Susannah de bajarse y moverse alegremente tras lo que había bautizado el Taxi de Lujo de Ho Fat hasta que llegaran a la cresta. Poco a poco el Castillo Discordia iba quedando atrás. Rolando siguió moviéndose después de que las rocas ocultaron la torre destruida de su vista, pero cuando la otra también desapareció

Rolando señaló a una esquelética enramada junto al camino y dijo, «Allí es donde acamparemos esta noche, a menos que tengas alguna objeción».

Susannah no tenía ninguna. Habían traído suficientes huesos y trapos color caqui para hacer una hoguera, pero ella sabía que el combustible no duraría mucho. Los trapos se quemarían tan rápido como el periódico y los huesos se acabarían antes de que las manecillas del nuevo reloj de fantasía de Rolando (que él le había mostrado con algo similar a la reverencia) se unieran a medianoche. Y en la noche del día siguiente probablemente no habría fuego en lo absoluto y habría comida fría directamente de las latas. Era consciente de que las cosas podían haber sido mucho peores—calculaba la temperatura del día en siete grados, más o menos, y tenían comida—pero habría dado muchísimo por un suéter; incluso más por un par de pantalones qué ponerse debajo.

«Probablemente hallaremos más cosas que podamos usar como combustible en el camino», dijo esperanzada una vez estuvo encendida la hoguera (los huesos ardientes soltaban un olor nauseabundo y tuvieron cuidado de sentarse en dirección contraria al viento). «Hierbas... arbustos... más huesos... tal vez incluso leña».

«No lo creo», dijo Rolando. «No de este lado del castillo del Rey Carmesí. Ni siquiera hierba del diablo, que crece casi en cualquier maldito lugar en Mundo Medio».

«No sabes si eso sea cierto. No con certeza». No pudo soportar pensar en días y días de frío inmutable, los dos vestidos para nada más que un día de primavera en Central Park.

«Creo que el rey asesinó esta tierra cuando oscureció a Thunderclap», murmuró Rolando. «Probablemente no había mucho, para empezar, y ahora está estéril. Pero no seas desagradecida». Se estiró y tocó una espinilla que la había salido a Susannah en la piel junto a sus labios. «Hace cien años esto se podría haber oscurecido y esparcido y habría devorado tu piel hasta los huesos. Se habría metido en tu cerebro y te habría enloquecido antes de que murieras».

«¿Cáncer? ¿Radiación?»

Rolando se encogió de hombros como si quisiera decir que no importaba. «En alguna parte más allá del castillo del Rey Carmesí podemos llegar a prados e incluso a bosques otra vez, pero la hierba probablemente estará enterrada bajo la nieve cuando lleguemos, pues la estación está mal. Puedo sentirlo en el aire, verlo en la forma en que oscurece tan rápidamente».

Susannah gruñó, intentando parecer cómica, pero lo que le salió fue un sonido de miedo y agotamiento tan real que la asustó. Acho alzó las orejas y los miró. «¿Por qué no me das algo de ánimos, Rolando?»

«Necesitas saber la verdad», respondió él. «Podemos continuar como vamos por un buen tiempo, Susannah, pero no va a ser agradable. Tenemos comida suficiente en aquel carro para un mes o más, si la estiramos... y así lo haremos. Cuando lleguemos de nuevo a tierra que esté viva, encontraremos animales incluso si hay nieve. Y eso es lo

que quiero. No porque para entonces estemos hambrientos de carne fresca, aunque lo estaremos, sino porque necesitaremos las pieles. Espero que no vayamos a necesitarlas desesperadamente, que no las necesitemos así ni de cerca, pero—»

«Pero temes que así será».

«Sí», dijo. «Temo que así será. Durante un largo periodo de tiempo hay poco en la vida que sea tan descorazonador como el frío constante—no lo suficiente para matarte, tal vez, pero siempre ahí, robando tu energía y tu voluntad y tu grasa corporal, una onza a la vez. Temo que vamos para un periodo muy duro. Lo verás».

Así fue.

CINCO

Hay poco en la vida que sea tan descorazonador como el frío constante.

Los días no eran tan malos. Se movían, al menos, ejercitándose y manteniendo caliente sangre. Aún así, durante los días Susannah empezó a tenerle miedo a las áreas abiertas a las que a veces llegaban, donde el viento ululaba a lo largo de kilómetros de roca árida rota y en medio de las ocasionales colinas o mesetas. Éstas resaltaban en el inmutable cielo azul como los dedos rojos de gigantes de piedra sepultados. El viento parecía arreciarse mientras caminaban dificultosamente bajo los hilos lechosos de nube que se movían a lo largo del Camino del Haz. Susannah tenía que cubrirse el rostro con las manos, cuarteadas por el frío, para guarecerse del viento, detestando la manera en que sus dedos nunca se sentían completamente dormidos sino que en cambio se convertían en cosas confusas llenas de zumbidos sepultados. Los ojos se le llenaban de agua y luego las lágrimas se deslizaban por las mejillas. Estas lágrimas nunca se congelaban; el frío no era tanto. Era apenas lo suficiente para que sus vidas se convirtieran lentamente en una miseria en aumento. ¿Por cuál miseria habría vendido su alma inmortal durante aquellos días desagradables y esas noches horribles? Algunas veces pensaba que un solo suéter la habría comprado; otras veces pensaba No, dulzura, tienes demasiado autorespeto, incluso ahora. ¿Te gustaría pasar la eternidad en el infierno—o acaso en la oscuridad del exotransito—por un simple suéter? ¡Seguramente que no!

Bueno, tal vez no. Pero si el diablo que la tentara le agregara un par de orejeras—

Y se habría necesitado tan poco, realmente, para que estuvieran cómodos. Susannah pensaba en esto constantemente. Tenían la comida y también tenían agua, porque a intervalos de unos dos kilómetros y medio a lo largo del camino aparecían bombas de agua que aún funcionaban, expulsando grandes chorros de agua de sabor mineral del fondo bien profundo de las Tierras Malas.

Tierras Malas. Tenía horas y días y, últimamente, semanas para meditar en esas palabras. ¿Qué las hacía malas? ¿El agua envenenada? El agua allí no era dulce, de ninguna forma, pero tampoco estaba envenenada. ¿Falta de comida? Tenían comida, aunque supuso que eso podría convertirse en un problema después, si no hallaban más.

Entretanto se estaba hartando de la carne con maíz, por no hablar de las pasas para el desayuno y las pasas si uno quería postre. Sin embargo, era comida. Gasolina corporal.

¿Qué hacía malas a las Tierras Malas cuando se tenía comida y agua? Mirar al cielo volverse primero dorado y luego rosa en el occidente; verlo ponerse color violeta y luego negro y salpicado de estrellas en el oriente. Susannah veía los días terminar con un terror en aumento: pensar en otra noche interminable, los tres apiñados mientras el viento ululaba y se movía entre las rocas y las estrellas titilando. Fragmentos interminables de un purgatorio frío mientras que tus pies y dedos te zumbaban y pensabas Si sólo tuviera un suéter y un par de guantes, podría estar cómoda. Eso es todo lo que se necesitaría, sólo un suéter y un par de guantes. Porque realmente no hace tanto frío.

¿Exactamente qué tan frío se ponía después del ocaso? Nunca menos de cero grados, sabía, porque el agua que le ponía a Acho nunca se había congelado. Suponía que la temperatura bajaba a unos cuatro o cinco grados en las horas entre la medianoche y el alba; un par de noches pudo haber estado un poco menos, porque vio pequeños trozos de hielo en el borde de la olla que le servía a Acho de plato.

Empezó a envidiarle la piel. Al comienzo se decía a sí misma que no era más que un ejercicio especulativo, una forma de pasar el tiempo—¿cómo funcionaba exactamente el metabolismo del brambo, y qué tan caliente exactamente lo mantenía ese abrigo (ese grueso, lujosamente grueso, ese sorprendentemente grueso abrigo)? Poco a poco reconoció sus sentimientos como lo que eran: celos que murmuraban en la voz de Detta. El pequeño tipo no siente dolo' despué' que anochece, ¿o sí? ¡No, él no! ¿Cree' que podrías saca' dos pare' de mitones de esa piel?

Susannah alejaba esos pensamientos, miserable y horrorizada, preguntándose si había algún límite inferior para el espíritu humano en lo nauseabundo, calculador y egoísta, sin querer saber la respuesta.

El frío se metía más y más en ellos, día a día y noche a noche. Era como una astilla. Se dormían apiñados con Acho en medio, luego se turnaban de forma que los costados de ellos que habían estado enfrentando el frío quedaran hacia Acho de nuevo. El sueño real restaurador nunca duraba mucho, sin importar lo cansados que estuvieran. Cuando la luna empezó a crecer, iluminando la oscuridad, se pasaron dos semanas caminando de noche y durmiendo de día. Eso fue un poco mejor.

La única vida silvestre que veían eran grandes pájaros negros volando contra el horizonte al sudeste o reunidos en una suerte de convención sobre las mesetas. Si el viento iba en la dirección correcta, Rolando y Susannah podían escuchar su estridente y ruidosa conversación.

«¿Crees que esas cosas se podrían comer?» le preguntó Susannah al pistolero una vez. La luna casi había desaparecido y habían vuelto a viajar de día de forma que pudieran

ver cualquier riesgo potencial (muchas veces profundas grietas atravesaban el camino y una vez llegaron a un pozo que parecía no tener fondo).

«¿Tú que crees?» le preguntó Rolando.

«Probablemente no, pero no me molestaría hacer la prueba con uno y descubrirlo». Hizo una pausa. «¿De qué crees que viven?»

Rolando sólo sacudió la cabeza. Allí el camino se movía a través de un fantástico jardín petrificado de formaciones rocosas agudas como agujas. Más allá, cien o más pájaros negros como cuervos volaban en círculo alrededor de una meseta o se sentaban al borde mirando en la dirección de Rolando y Susannah como un panel de jurados con ojos de ave.

«Tal vez deberíamos tomar un desvío», dijo ella. «Ver si podemos descubrirlo».

«Si perdemos el camino es posible que no lo podamos hallar de nuevo», dijo Rolando.

«¡Es un embuste! Acho podría—»

«¡Susannah, no quiero volver a oír de ello!» Rolando hablaba en un tono muy enfadado que Susannah nunca antes había oído. Enfadado, sí, había escuchado a Rolando enfadado muchas veces. Pero en ésta había un tono de menosprecio, un disgusto que la preocupó. Y también la asustó un poco.

Continuaron en silencio por la siguiente media hora, Rolando halando el Taxi de Lujo de Ho Fat y Susannah montada en él. Entonces el estrecho camino (la Avenida Tierras Malas, había llegado a llamarla) empezó a subir y Susannah se bajó de un salto, alcanzándolo y luego moviéndose a su lado. Para tales incursiones Susannah había rasgado la camiseta de los Días de la Vieja Casa en dos partes y las llevaba envueltas en las manos. La protegía de piedras afiladas y también le calentaba los dedos, al menos un poco.

Rolando bajó la mirada hacia ella y luego siguió mirando hacia el camino. El labio inferior le sobresalía un poco y Susannah pensó que de seguro Rolando no sabía lo absurdamente caprichosa que era su expresión—como la de un niño de tres años al que le niegan un paseo a la playa. Rolando no lo sabía y ella no iba a decírselo. Más tarde, tal vez, cuando pudieran ver hacia atrás a esta pesadilla y reírse. Cuando ya no pudieran recordar más qué era exactamente lo terrible de una noche cuando la temperatura era de cinco grados y yacías despierto, temblando en el frío suelo, observando al ocasional meteoro rasgando en hielo frío el cielo, pensando Sólo un suéter, eso es todo lo que necesito. Sólo un suéter y andaría tan feliz como un periquito a la hora de la comida. Y preguntándose si había suficiente piel en Acho para hacer para los dos un par de calzones y si matarlo no podría ser de hecho hacerle un favor al pobre animalito; había estado tan triste desde que Jake pasó al claro.

«Susannah», dijo Rolando. «Fui rudo contigo hace un rato, y pido tu perdón».

«No es necesario», respondió ella.

«Creo que sí. Ya tenemos suficientes problemas sin que creemos problemas entre nosotros. Sin que creemos resentimientos entre nosotros».

Susannah estaba en silencio. Mirándolo mientras él miraba hacia el sudeste, a los pájaros que volaban en círculos.

«Esos pajarracos», dijo Rolando.

Susannah estaba en silencio, esperando.

«En mi niñez los llamábamos a veces los Pájaros Negros de Gan. Les conté a ti y a Eddie sobre cómo mi amigo Cuthbert y yo esparcimos pan para los pájaros después que colgaron al cocinero, ¿o no?»

«Sí».

«Eran pájaros exactamente como esos, que algunos llaman Cuervos de Castillo.¹ Sin embargo, nunca los llaman Cuervos Reales, pues son carroñeros. Preguntaste de qué viven esos cuervos. Puede que se alimenten de la carroña en los patios y calles del castillo del rey, ahora que se ha ido».

«Le Casse Roi Russe, o Roi Rouge, o como sea que lo llames».

«Ea. No lo digo con certeza, pero...» Rolando no concluyó y no tuvo necesidad de hacerlo. Después de eso, Susannah mantuvo un ojo en los pájaros, y sí, parecían ir y venir del sudeste. Los pájaros podrían significar que estaban avanzando después de todo. No era mucho, pero suficiente para subirle el espíritu el resto de ese día y hacia otra noche de terrible frío.

SEIS

La siguiente mañana, mientras comían otro desayuno frío en otro campamento sin hoguera (Rolando había prometido que esa noche usarían algo del Sterno y tendrían una comida que estuviera al menos tibia), Susannah preguntó si podía echarle un vistazo al reloj que le había dado la Corporación Tet. Rolando se lo pasó de buen gusto. Susannah miró por largo tiempo a los tres siguls tallados en la cubierta, especialmente a la Torre con su espiral ascendente de ventanas. Luego lo abrió y miró dentro. Sin alzar la mirada hacia Rolando dijo, «Cuéntame de nuevo lo que te dijeron».

«Me contaban lo que uno de sus buenas mentes les dijo. Uno especialmente talentoso, de acuerdo a sus cálculos, aunque no recuerdo su nombre. De acuerdo a él, el reloj puede pararse cuando nos acerquemos a la Torre Oscura, o incluso empezar a andar hacia atrás».

«Es difícil imaginar a un Patek Philippe corriendo hacia atrás», dijo ella. «De acuerdo a esto, son las ocho y dieciséis de la mañana o de la noche en Nueva York. Aquí parecen

las seis y treinta de la mañana, pero no creo que eso signifique mucho, de una forma u otra. ¿Cómo vamos a darnos cuenta si este bebé corre rápido o despacio?»

Rolando había dejado de guardar cosas en su gunna y consideraba la pregunta. «¿Ves la pequeña manecilla en la parte de abajo? ¿La que corre sola?»

«El segundero, sí».

«Dime cuando esté arriba».

Susannah miró al segundero corriendo por su propio círculo, y cuando estuvo en las 12, dijo, «Ya».

Rolando estaba agachado, una posición que podía lograr fácilmente ahora que ya no tenía el dolor en la cadera. Cerró los ojos y se envolvió con las manos las rodillas. Cada vez que tomaba aire, salía en una leve neblina. Susannah intentó no mirar esto; era como si el odiado frío se hubiera vuelto de hecho tan fuerte como para aparecer frente a ellos, aún como un fantasma pero visible.

«Rolando, ¿qué estas hac—»

Él levantó una mano hacia ella, con la palma hacia afuera, sin abrir los ojos, y ella se calló.

El segundero corría por su círculo, primero bajando, luego subiendo hasta que estuvo de nuevo bien arriba. Y cuando llegó a las 12—

Rolando abrió los ojos y dijo, «Eso es un minuto. Un minuto verdadero, como vivo bajo el Haz».

Susannah quedó boquiabierta. «¿Cómo rayos hiciste eso?»

Rolando sacudió la cabeza. No sabía. Solo sabía que Cort les había dicho que siempre debían ser capaces de mantener el tiempo en sus cabezas, porque no se podía depender de los relojes, y uno de sol no servía en un día nublado. O, de paso, a medianoche. Un verano los había enviado al Bosque del Bebé al occidente del castillo noche incómoda tras noche incómoda (y allí también daba miedo, al menos cuando uno estaba solo, aunque desde luego ninguno de ellos lo había dicho jamás en voz alta, incluso entre ellos), hasta que podían volver al patio atrás del Gran Salón en el momento mismo que Cort había especificado. Era extraño como funcionaba ese asunto del reloj en la cabeza. La cosa era que al comienzo no funcionaba. Y no funcionaba. Y no funcionaba. Y bajaba la mano callosa de Cort, bajaba un coscorrón, y Cort gruñía Arrr, gusano, ¡de vuelta al bosque mañana en la noche! ¡Debe gustarte ese sitio! Pero una vez que el reloj en la cabeza empezaba a moverse, siempre parecía correr bien. Por un tiempo Rolando lo había perdido, tal y como el mundo había perdido sus puntos cardinales, pero ahora estaba de vuelta y eso le alegró mucho.

«¿Contaste el minuto?» preguntó Susannah. «¿Mississippi-uno, Mississippi-dos, algo así?»

Rolando le dijo que no con la cabeza. «Simplemente lo sé. Cuando ha pasado un minuto o una hora».

«¡In-cre-í-ble!» se mofó Susannah. «¡Lo adivinaste!»

«Si lo hubiera adivinado, ¿habría hablado exactamente después de una vuelta completa de la manecilla?»

«Pudiste habe' tenido suerte», dijo Detta y lo miró astutamente con un ojo casi del todo cerrado, una expresión que Rolando detestaba. (Pero nunca lo había dicho; eso sólo haría que Detta lo incitara con ella en esas ocasiones en que asomaba.)

«¿Quieres intentarlo de nuevo?» preguntó él.

«No», dijo Susannah y suspiró. «Tomo tu palabra de que este reloj mantiene el tiempo perfecto. Y eso significa que no estamos cerca de la Torre Oscura. Aún no».

«Tal vez no lo suficiente para afectar al reloj, pero más cerca de lo que he estado jamás», dijo Rolando de manera calmada. «Comparativamente hablando, estamos casi en su sombra. Créeme, Susannah—lo sé».

«Pero—»

Por encima de sus cabezas se oyó un ruido que era la vez rudo y extrañamente amortiguado: ¡Cru-cru! en vez de ¡Cau-cau! Susannah alzó la mirada y vio a uno de los grandes pájaros negros—los que Rolando había llamado Cuervos de Castillo—volando sobre ellos lo suficientemente bajo como para que escuchar el batir trabajoso de sus alas. Columpiándose en su largo pico encorvado había una tira lisa de algo verde amarillento. A Susannah le pareció una rama de alga muerta. Sólo que no del todo muerta.

Se volteó hacia Rolando, y lo miró con ojos emocionados.

Él asintió. «Hierba del diablo. Probablemente llevándola para construir el nido de su pareja. Seguramente no para alimentar a los polluelos. No con eso. Pero la hierba del diablo siempre es la última en desaparecer cuando entras a las Tierras de Ningún Lugar, y siempre es la primera en aparecer cuando sales de ellas, como lo estamos haciendo nosotros. Como por fin lo estamos haciendo nosotros. Ahora escúchame, Susannah, quiero que me escuches tú y que envíes a esa perra agotadora de Detta lo más lejos que puedas. Y tampoco quiero que malgastes mi tiempo diciéndome que no está allí cuando puedo verla bailando la commala en tus ojos».

Susannah parecía sorprendida, luego ofendida, como si fuera a protestar. Luego miró a otro lado sin decir nada. Cuando volvió a mirarlo, ya no podía sentir la presencia de aquella a la que Rolando había llamado «esa perra agotadora». Y Rolando no debía detectar ya su presencia, porque prosiguió.

«Creo que parecerá pronto que estamos saliendo de las Tierras Malas, pero harás bien en no creer en lo que veas—unos cuantos edificios y tal vez algo de pavimento en los caminos no significan seguridad o civilización. Y antes de que pase mucho tiempo vamos a llegar a su castillo, Le Casse Roi Russe. El Rey Carmesí casi de seguro se ha ido de allí, pero puede habernos dejado una trampa. Quiero que mires y escuches. Si hay que hablar, quiero que me dejes hacerlo».

«¿Qué sabes que yo no?» preguntó ella. «¿Qué estás ocultando?»

«Nada», dijo él (con lo que era, para Rolando, una rara seriedad). «Es sólo una sensación, Susannah. Estamos ahora cerca a nuestra meta, sin importar lo que pueda decir el reloj. Cerca de lograr terminar nuestro camino a la Torre Oscura. Pero mi maestro, Vannay, solía decir que sólo hay una regla sin excepciones: antes de la victoria viene la tentación. Y mientras mayor es la victoria a lograr, mayor es la tentación a resistir».

Susannah tembló y se abrazó a sí misma. «Todo lo que quiero es algo de calor», dijo. «Si nadie me ofrece un cargamento grande de leña y un traje de franela a cambio de la Torre, creo que estaremos bien un rato más».

Rolando recordó una de las máximas más serias de Cort—¡Nunca digas lo peor en voz alta!—pero mantuvo su boca cerrada, al menos a ese respecto. Volvió a guardar cuidadosamente el reloj y luego se incorporó, listo para seguir adelante.

Sin embargo, Susannah permaneció quieta un momento más. «He soñado con el otro», dijo. No había necesidad de que dijera de quién hablaba. «Tres noches seguidas, siguiendo nuestro rastro. ¿Piensas que realmente está allí?»

«Oh sí», dijo Rolando. «Y creo que tiene el estómago vacío».

«Hambriento, Mordred está a-hambriento», dijo ella, pues también había oído estas palabras en su sueño.

Susannah volvió a temblar.

SIETE

El camino por el que andaban se ensanchó y esa tarde empezaron a aparecer en su superficie los primeros pedazos costrosos de pavimento. Se ensanchó aún más y no mucho antes de que oscureciera llegaron a un lugar donde otro camino (que seguramente había sido una carretera hace mucho tiempo) se le unía. Allí había una viga oxidada que probablemente había portado una señal de tránsito, aunque no había nada en ella ahora. Al día siguiente llegaron al primer edificio de este lado de Fedic, un despojo decadente con un letrero vuelto del revés en los restos del porche. Con la ayuda de Rolando, Susannah le dio vuelta al letrero y sólo pudieron entender una palabra: CARRUAJES. Debajo de ella estaba el ojo rojo que habían llegado a conocer tan bien.

«Creo que el sendero que hemos estado siguiendo fue una vez una carretera entre el Castillo Discordia y Le Casse Roi Russe», dijo Rolando. «Tiene sentido».

Empezaron a pasar más edificios, más caminos que se cruzaban. Se encontraban en los suburbios de un pueblo o villa—tal vez incluso una ciudad que alguna vez se había esparcido alrededor del castillo del Rey Carmesí. A diferencia de Lud, sin embargo, quedaba muy poco de ella. Ramas de hierba del diablo crecían en ramos lisos alrededor de las ruinas de algunos de los edificios, pero nada más con vida. Y el frío era peor que nunca. En su cuarta noche después de ver los cuervos intentaron acampar en los restos de un edificio que aún estaba en pie, pero los dos escucharon voces que susurraban en las sombras. Rolando las identificó—con un tono de ‘es tan evidente’ que a Susannah le resultaba extraño—como las voces de fantasmas de lo que el llamaba «caseros», y sugirió que volvieran a la calle.

«No creo que nos puedan dañar a nosotros, pero podrían dañar al pequeño», dijo Rolando, y acarició a Acho, que había trepado a su regazo con una timidez muy diferente a su manera usual.

Susannah estaba más que dispuesta a retirarse. El edificio en que habían intentado acampar tenía un frío que pensaba era peor que el físico. Las cosas que habían escuchado susurrando allí podían ser viejas, pero ella pensaba que aún tenían hambre. Y así, los tres se apiñaron una vez más en busca de calor en medio de la Avenida Tierras Malas, junto al Taxi de Lujo Ho Fat y esperaron a que el alba elevara la temperatura algunos pocos grados. Intentaron hacer una hoguera con las tablas de uno de los edificios derrumbados, pero lo único que lograron fue desperdiciar una doble manotada de Sterno. La gelatina encendió a lo largo de las piezas astilladas de una silla rota que habían usado como leña y luego se apagó. La madera simplemente se rehusaba a encender.

«¿Por qué?» preguntó Susannah mientras veía disiparse los últimos restos del humo. «¿Por qué?»

«¿Estás sorprendida, Susannah de Nueva York?»

«No, pero quiero saber por qué. ¿Es demasiado vieja? ¿Está petrificada o algo así?»

«No encenderá porque nos odia», dijo Rolando, como si esto debiera haber sido obvio para ella. «Este lugar es de él, aún de él aunque se haya ido. Todo aquí nos odia. Pero... escucha, Susannah. Ahora que estamos en un camino real, aún más pavimentado que no, ¿qué dices si caminamos de noche de nuevo? ¿Lo intentarás?»

«Seguro», dijo ella. «Cualquier cosa debe ser mejor que yacer en el suelo y temblar como un gato que acaba de caerse en un barril lleno de agua».

De manera que eso fue lo que hicieron—el descanso de esa primera noche, toda la siguiente y las dos después de ésta. Susannah pensaba una y otra vez Voy a enfermarme, no puedo seguir así sin que me dé algo, pero no enfermó. Ninguno de ellos enfermó. Sólo

había ese grano a la izquierda de su labio inferior, que a veces explotaba y derramaba un pequeño flujo de sangre antes de inflamarse y formarse costra otra vez. La única enfermedad que tenían era el frío constante, metiéndose más y más dentro de ellos. La

luna empezaba a agrandarse una vez más y una noche Susannah se dio cuenta de que habían estado viajando hacia el sudeste desde Fedic casi un mes.

Lentamente, una aldea desierta reemplazó los fantásticos jardines de agujas hechos de roca, pero Susannah se había tomado al pie de la letra lo que había dicho Rolando: aún estaban en las Tierras Malas, y aunque ahora podían leer algún letrero ocasional que proclamaba que este era EL CAMINO DEL REY (con el ojo, desde luego; siempre estaba el ojo rojo), entendía que aún estaban en la Avenida Tierras Malas.

Era un pueblo desquiciado y no podía empezar a imaginarse qué especie de personas locas podrían haber vivido allí. Las calles anexas eran empedradas. Las cabañas eran angostas y de techos afilados, las puertas eran estrechas y anormalmente altas, como si estuvieran hechas para el tipo de gente delgada que se ve en las curvas distorsionadas de las casas de espejos de las ferias. Eran casas Lovecraft, casas Clark Ashton Smith, casas limítrofes William Hope Hodgson. Todas apiladas bajo una luna de segador Lee Brown Coye, las casas todas a-curvadas y a-inclinadas en las colinas que crecían gradualmente alrededor del camino por el que iban. Aquí y allá había una que se había derrumbado, y había una apariencia desagradablemente orgánica en estas ruinas, como si fueran carne rasgada y putrefacta en vez de antiguas tablas y cristales. Una y otra vez se descubría viendo rostros muertos observándola desde alguna configuración de tablas y sombras, rostros que parecían rotar en las ruinas y seguir su curso con terribles ojos de zombi. La hacían pensar en el Guardián de la puerta en Dutch Hill y eso le produjo escalofríos.

En la cuarta noche en El Camino del Rey, llegaron a una intersección grande donde el camino principal daba un giro acentuado, doblándose más al sur que al oriente y por tanto lejos del Camino del Haz. Adelante, a menos de una noche caminando (o montando, si uno estaba a bordo del Taxi de Lujo Ho Fat), había una alta colina con un enorme castillo enclavado en ella. A la incierta luz de la luna tenía una apariencia vagamente oriental. Las torres asomaban en las partes superiores, como si desearan poder ser minaretes. Fantásticos corredores volaban entre ellas, entrecruzándose sobre el patio frente al castillo. Algunos de estos corredores habían caído a la ruina, pero la mayoría aún se sostenía. También podía escuchar un vasto sonido ronroneante. No de maquinaria.

Le preguntó por ello a Rolando.

«Agua», dijo él.

«¿Qué agua? ¿Tienes alguna idea?»

Él le dijo que no con la cabeza. «Pero yo no bebería de lo que fluyera cerca de ese castillo, incluso si estuviera muriendo de sed».

«Este lugar es malo», murmuró, pensando no sólo en el castillo sino en la villa anónima de casas inclinadas

(morbosas)

que habían crecido alrededor de él. «Y Rolando—no está vacío».

«Susannah, si vos sentís espíritus que llaman a la puerta tratando de meterse en vuestra cabeza—llamando o royendo—entonces aléjalas».

«¿Funcionará eso?»

«No estoy seguro», admitió, «pero he escuchado que tales cosas no pueden entrar si no se las deja, y que son astutas en lograr que las dejen con trucos y ardides».

Susannah había leído Drácula así como había oído la historia del Padre Callahan de Jerusalem's Lot, y entendió demasiado bien a qué se refería Rolando.

Él la tomó suavemente por los hombros y le dio vuelta de forma que mirara en una dirección diferente a la del castillo—que después de todo podía no ser naturalmente negro, había decidido Susannah, sino sólo opacado por los años. La luz del día lo diría. Por el momento su camino era iluminado por una media luna tapada por nubes.

Muchos otros caminos se alejaban del lugar donde se habían detenido, en su mayoría tan torcidos como dedos rotos. El que Rolando quería que mirara era recto, sin embargo, y Susannah se dio cuenta de que era la única calle completamente recta que había visto desde que la aldea desierta empezó a aparecer silenciosamente en su camino. Estaba

suavemente pavimentado más que empedrado y se dirigía al sudeste a lo largo del Camino del Haz. Sobre él flotaban las nubes iluminadas por la luna como botes en una procesión.

«¿Logras ver vos una mancha oscura en el horizonte, querida?» murmuró él.

«Sí. Una mancha oscura y una banda blancuzca frente a ella. ¿Qué es? ¿Lo sabes?»

«Tengo una idea, pero no estoy seguro», dijo Rolando. «Tengamos un descanso aquí. El alba no está lejos, y entonces lo veremos. Y además no quiero aproximarme a ese castillo de noche».

«Si el Rey Carmesí se ha ido y el Camino del Haz yace en esa dirección—» Susannah señaló con su dedo. «¿Por qué necesitamos ir a ese maldito castillo viejo?»

«Para asegurarnos de que se ha ido, en primer lugar», dijo Rolando. «Y podemos poner un trampa al que está tras nosotros. Lo dudo—es astuto—pero hay una oportunidad. También es joven y los jóvenes son a veces descuidados».

«¿Lo matarías?»

La sonrisa de Rolando era fría a la luz de la luna. Despiadada. «Sin dudarlo ni un momento», dijo.

OCHO

En la mañana Susannah despertó de un incómodo adormecimiento en medio de los abarrotos regados en la parte de atrás del carro y vio a Rolando de pie en la intersección y viendo en dirección del Camino del Haz. Susannah se bajó, moviéndose con gran cuidado porque estaba tiesa y no quería caerse. Imaginó sus huesos fríos y frágiles dentro de su cuerpo, listos a romperse como un cristal.

«¿Qué ves?» le preguntó Rolando. «Ahora que hay luz, ¿qué ves en esa dirección?»

La banda blancuzca era nieve, lo que no la sorprendió dado el hecho de que aquellas eran tierras realmente altas. Lo que la sorprendió—y alegró su corazón más de lo que habría creído posible—eran los árboles más allá de la banda de nieve. Abetos verdes. Seres vivientes.

«¡Oh, Rolando, se ven hermosos!» dijo. «¡Incluso con los pies en la nieve se ven hermosos! ¿No es cierto?»

«Sí», dijo él. La levantó en alto y en dirección al camino por el que habían llegado. Más allá del horrible suburbio apiñado de casas muertas podía ver algo de las Tierras Malas por las que habían venido, todas esas espinas arracimadas de roca interrumpidas por la ocasional colina o meseta.

«Piensa en esto», dijo Rolando. «Allá atrás mientras miras se encuentra Fedic. Después de Fedic, Thunderclap. Más allá de Thunderclap, las Callas y el bosque que marca el límite entre el Mundo Medio y el Mundo Final. Lud se encuentra más allá en esa vía, y River Crossing aún después; también el Mar Occidental y el gran Desierto Mohaine. En algún lugar allá atrás, perdido en las leguas y perdido en el tiempo también se encuentra lo que queda del Mundo Interior. Las Baronías. Gilead. Lugares donde incluso ahora hay personas que recuerdan el amor y la luz».

«Sí», dijo ella sin entender.

«Ese es el camino que el Rey Carmesí tomó para verter su petulancia», dijo Rolando. «Él pretendía ir en la dirección opuesta, debes entender, hacia la Torre Oscura, e incluso en su locura sabía que era mejor no matar la tierra por la que debía pasar, él y cualquiera que fuera la banda de seguidores que se llevó con él». Rolando la acercó hacia sí y la besó en la frente con una ternura que la hizo sentirse con deseos de llorar. «Los tres visitaremos su castillo y pondremos a Mordred una trampa allí si nuestra fortuna es buena y la de él es mala. Entonces seguiremos adelante y volveremos a tierras vivientes. Habrá madera para las hogueras y presas que nos den comida fresca y pieles para envolvernos. ¿Puedes continuar un poco más, querida? ¿Puedes vos?»

«Sí», dijo ella. «Gracias, Rolando».

Lo abrazó, y al hacerlo miró hacia el castillo rojo. En la luz creciente podía ver que la piedra de la que estaba hecho, aunque oscurecida por los años, había sido una vez del color de la sangre derramada. Esto trajo un recuerdo de su palabra con Mia en el Castillo Discordia, un recuerdo de luz carmesí palpitante firmemente en la distancia. Casi desde donde ellos se encontraban ahora, de hecho.

Ven a mí ahora, si es que vas a venir, Susannah, le había dicho Mia. Pues el Rey puede fascinar, incluso a la distancia.

Era de ese brillo rojo palpitante del que había estado hablando, pero—

«¡Se ha ido!» le dijo a Rolando. «¡La luz roja del castillo—Forja del Rey, ella la llamó! ¡Se ha ido! ¡No la hemos visto ni una sola vez en todo este tiempo!»

«No», dijo Rolando, y esta vez su sonrisa era más cálida. «Creo que debe haberse detenido al mismo tiempo que pusimos fin al trabajo de los Disgregadores. La Forja del Rey se ha apagado, Susannah. Para siempre, si los dioses son buenos. Al menos eso hemos hecho, aunque nos ha costado mucho».

Esa tarde llegaron a Le Casse Roi Russe, que resultó no estar completamente desierto, después de todo.



Capítulo III:

El Castillo del Rey Carmesí

UNO

Estaban a poco menos de dos kilómetros del castillo, y el rugido del río que aún no veían se había hecho muy fuerte cuando empezaron a aparecer banderines y afiches. Los banderines consistían en guirnaldas rojas, blancas y azules—el tipo que Susannah asociaba con los desfiles de los días de conmemoración y las calles de los pueblos el cuatro de julio. En las fachadas de esas casas angostas y llenas de secreto y el frente de las tiendas por largo tiempo cerradas y vacías del sótano al ático, tal decoración se parecía al rubor en las mejillas de un cadáver en descomposición.

Los rostros en los afiches eran demasiado familiares para Susannah. Richard Nixon y Henry Cabot Lodge hacían V's de victoria con los dedos y sonreían como vendedores

de autos (NIXON/LODGE, PORQUE EL TRABAJO NO ESTÁ TERMINADO, decían estos). Jhon Kennedy y Lyndon Johnson estaban de pie con sus brazos unidos y las manos libres en alto. Bajo sus pies estaba escrita la osada proclamación ESTAMOS AL BORDE DE UNA NUEVA FRONTERA.

«¿Alguna idea de quién ganó?» le preguntó Rolando sobre su hombro. Susannah iba montada en el Taxi de Lujo Ho Fat, contemplando el paisaje (y deseando un suéter: incluso un cárdigan ligero le haría mucho bien, por Dios).

«Oh, sí», respondió. No había duda en su mente de que estos afiches habían sido puestos para su beneficio. «Kennedy ganó».

«¿Se convirtió en su dinh?»

«Dinh de todos los Estados Unidos. Y Johnson obtuvo el trabajo cuando mataron a Kennedy a balazos».

«¿Le dispararon? ¿Eso dices?» Rolando estaba interesado.

«Ea. Un cobarde llamado Oswald le disparó desde un escondite».

«Y sus Estados Unidos era el país más poderoso del mundo».

«Bueno, Rusia estaba compitiendo con nosotros cuando me agarraste del cuello y me arrastraste al Mundo Medio, pero sí, básicamente».

«Y la gente de tu país escoge ella misma a su Dinh. No se hace por herencia».

«Correcto», dijo ella, un poco cansada. Casi esperaba que Rolando despotricara del sistema democrático. O se riera de él.

En cambio, la sorprendió diciendo, «Para citar a Blaine el Mono, eso suena estupendo».

«Hazme un favor y no lo cites, Rolando. Ni ahora, ni nunca. ¿De acuerdo?»

«Como gustes», dijo, y luego siguió adelante sin demora, pero en una voz mucho más baja. «Mantén lista mi pistola, que te plazca».

«Me parece bien», concordó al instante y con la misma voz baja. Se escuchó E 'arece 'en, porque ni siquiera quería mover los labios. Podía sentir que eran observados desde dentro de los edificios que llenaban este extremo del Camino del Rey como almacenes y posadas en una aldea medieval (o en un estudio de películas en la forma de una). No sabía si eran humanos, robots o tal vez sólo cámaras de televisión aún funcionando, pero no había desconfiado de su sensación incluso antes de que Rolando hablara y se la confirmara. Y sólo tenía que mirar a la cabeza de Acho, moviéndose como un péndulo de un lado a otro en un reloj de abuelo, para saber que él también lo sentía.

«¿Y fue un buen dinh, este Kennedy?» preguntó Rolando, asumiendo de nuevo su voz normal. Se oía bien en el silencio. Susannah se dio cuenta de algo más bien adorable:

por primera vez no tenía frío, incluso cuando el aire tan cerca al río que se oía era húmedo así como helado. Estaba demasiado concentrada en el mundo a su alrededor como para tener frío. Al menos por el momento.

«Bueno, no todo el mundo pensaba así, ciertamente no el loco que le disparó, pero yo sí», dijo. «Le decía a la gente en la candidatura que pretendía cambiar las cosas. Probablemente la mitad de los electores pensaron que era en serio, porque la mayoría de políticos mienten por la misma razón que un mono mueve la cola, es decir, porque puede. Pero una vez que fue elegido empezó a hacer las cosas que había prometido. Hubo un enfrentamiento en un lugar llamado Cuba y él fue tan valiente como... bueno, digamos que a ti te habría gustado cabalgar con él. Cuando algunos vieron lo serio que era, los hijos de puta contrataron al desquiciado que le disparó».

«Oz-walt».

Susannah asintió sin molestarse en corregirlo, pensando que en realidad no había nada que corregir. Oz-walt. Oz. Todo volvía a aparecer, ¿o no?

«Y Johnson asumió cuando Kennedy cayó».

«Sí».

«¿Y él cómo lo hizo?»

«Era muy pronto para decirlo cuando me fui, pero él era el tipo de persona acostumbrado a jugar el juego. ‘Seguir adelante en seguir adelante,’ solíamos decir. ¿Lo entiendes?»

«Sí, claro que sí», dijo él. «Y Susannah, creo que hemos llegado». Rolando detuvo el Taxi de Lujo de Ho Fat. Se quedó quieto con los manubrios envueltos en sus puños, mirando a Le Casse Roi Russe.

DOS

Allí terminaba el Camino del Rey, en un amplio patio empedrado que sin duda había sido vigilado alguna vez tan asiduamente por los hombres del Rey Carmesí como lo era el Palacio de Buckingham por la guardia de la Reina Isabel. Un ojo que había perdido sólo un poco su color con los años estaba pintado en color escarlata sobre las piedras. Si uno estaba en el suelo, apenas podía suponer lo que era, pero desde los niveles superiores del castillo mismo, creía Susannah, el ojo dominaría la vista hacia el noroeste.

La misma maldita cosa probablemente estaría pintada también en todos los demás puntos cardinales, pensó.

Sobre este patio exterior, entre dos torres de vigilancia abandonadas, había una pancarta que se veía recién pintada. En ella estaba escrito (también en rojo, blanco y azul) esto

¡BIENVENIDOS, ROLANDO Y SUSANNAH!

(¡ACHO TAMBIÉN!)

¡SIGAN ROCKEANDO EN EL MUNDO LIBRE!

El castillo después del patio interior (y el río cuyo cauce desviado servía allí como foso) era de hecho bloques de piedra color rojo oscuro que se habían oscurecido a un casi negro con los años. Desde el castillo surgían torres y torrecillas, en una forma que lastimaba los ojos y parecía desafiar la gravedad. El castillo dentro de esos corchetes extravagantes era sobrio y sin decoración excepto por el ojo tallado en el arco de piedra encima de la entrada principal. Dos de los corredores colgantes habían caído, ensuciando el patio principal con pedazos de piedra dispersos, pero otros seis permanecían en su sitio, entrecruzándose a diferentes niveles de una manera que le hizo pensar a Susannah en esas entradas y salidas de autopistas donde se encontraban varias avenidas grandes. Como con las casas, las puertas y ventanas eran extrañamente estrechas. Gordos cuervos negros estaban apostados en las cornisas de las ventanas y alineados en los corredores colgantes, mirándolos.

Susannah se bajó del carro con la pistola de Rolando en el cinturón, donde resultaba fácil sacarla. Se hizo a su lado, observando la puerta principal de este lado del foso. Estaba abierta. Más allá de ella, un puente de piedra pasaba sobre el río. Bajo el puente corría agua oscura a través de una garganta de piedra de unos doce metros de ancho. El agua olía fuerte y desagradable y en los sitios en los que rodeaba un número de afiladas rocas negras, la espuma era amarilla en vez de blanca.

«¿Qué hacemos ahora?» preguntó.

«Escuchar a esos tipos, para empezar», dijo Rolando, y movió la cabeza hacia las puertas principales del costado lejano del patio empedrado del castillo. Los portales estaban abiertos y a través de ellos salían ahora dos hombres—hombres perfectamente comunes, no tipos delgados de casa de espejos como había de cierta manera esperado ella. Cuando iban a mitad del patio, un tercer hombre salió y se movió hacia ellos. Ninguno parecía armado, y a medida que los dos del frente se acercaban al puente, Susannah no se sorprendió exactamente de ver que eran gemelos idénticos. Y el de atrás se veía igual: caucásico, bastante alto, largo cabello negro. Trillizos, entonces: dos para conocernos y uno para la buena suerte. Llevaban vaqueros y pesadas chaquetas de las cuales se sintió inmediatamente celosa (y nostálgica). Los dos del frente llevaban grandes cestos de mimbre por asideros de cuero.

«Ponles anteojos y barbas y se ven exactamente iguales a Stephen King como era cuando Eddie y yo lo vimos por primera vez», dijo Rolando en voz baja.

«¿En serio? ¿Dices la verdad?»

«Sí. ¿Recuerdas lo que te dije?»

«Dejarte hablar a ti».

«Y antes de la victoria viene la tentación. Recuerda eso también».

«Lo haré. Rolando, ¿tienes miedo de ellos?»

«Creo que hay poco que temer de esos tres. Pero está lista a disparar».

«No parecen armados». Desde luego quedaban esas cestas de mimbre; podía haber cualquier cosa en ellas.

«De cualquier manera tienes que estar lista».

«Cuenta con ello», respondió Susannah.

TRES

Incluso con el ruido del río corriendo bajo el puente pudieron escuchar el sonido de las botas de los extraños. Los dos con los cestos caminaron por el puente y se detuvieron a la mitad. Allí pusieron sus cargas una junto a la otra. El tercer hombre se detuvo del lado del castillo y se quedó allí con las manos decorosamente cruzadas frente a él. Susannah podía sentir ahora el olor de carne cocinada que indudablemente había en uno de los cestos. No era cerdo. Carne de res rostizada y pollo, todo mezclado era lo que creía Susannah, un olor que era celestial. Empezó a hacérsele agua la boca.

«¡Salve, Rolando de Gilead!» dijo el hombre de cabello oscuro a la derecha de ellos.

«¡Salve, Susannah de Nueva York! ¡Salve, Acho de Mundo Medio! ¡Largos días y noches placenteras!»

«Uno es feo y los otros son peores», comentó su compañero.

«No le presten atención», dijo el gemelo de Stephen King a la derecha.

«‘No le presten atención,’» lo arremedó el otro, torciendo la cara en una mueca tan decididamente fea que resultaba chistosa.

«Que reciban dos veces lo mismo», dijo Rolando, respondiendo al más educado de los dos. Levantó el talón e hizo una venia ligera sobre su pierna estirada. Susannah hizo una venia a la manera de las Callas, estirando una falda imaginaria. Acho se sentó junto al pie izquierdo de Rolando, tan sólo mirando a los dos hombres idénticos sobre el puente.

«Somos uffis», dijo el hombre a la derecha. «¿Entiendes uffis, Rolando?»

«Sí», respondió, y luego le dijo a Susannah: «Es una vieja palabra... Antigua, de hecho. Afirma que son seres que cambian de forma». A esto añadió en una voz mucho más baja que seguramente no podría ser escuchada sobre el ruido del río: «Dudo que sea cierto».

«Pero lo es», dijo el de la derecha, con un tono bastante placentero.

«Los mentirosos ven a los de su clase en todas partes», observó el de la izquierda, y movió un cínico ojo azul. Sólo uno. Susannah no creía haber visto nunca a una persona mover sólo un ojo.

El hombre de atrás no dijo nada, sólo continuaba parado y observando con las manos cruzadas por delante.

«Podemos tomar cualquier forma que queramos», continuó el de la derecha, «pero nuestras órdenes fueron asumir la de alguien que reconocieran y en quien confiaran».

«No confiaría en sai King más de lo que podría alzar a su abuelo más pesado», señaló Rolando. «Tan problemático como una cabra que come pantalones, ese hombre».

«Hicimos lo mejor que pudimos», dijo el Stephen King de la derecha. «Pudimos haber tomado la forma de Eddie Dean, pero sentimos que podría ser demasiado doloroso para la dama».

«La ‘dama’ parece como que se alegraría de follar con una cuerda, si pudiera hacerla erigirse entre sus muslos», dijo el Stephen King de la izquierda y la miró.

«Innecesario», dijo el de atrás, el que tenía las manos cruzadas. Hablaba con los tonos leves del árbitro de un concurso. Susannah casi esperaba que sentenciara al Malhablado King a cinco minutos en la cámara de castigo. No es que tal cosa le hubiera molestado a ella, pues escuchar a Malhablado King hablar así le había lastimado el corazón; le había recordado a Eddie.

Rolando ignoró la conversación.

«¿Podrían tomar los tres formas diferentes?» indagó de Bienhablado King. Susannah escuchó al pistolero pasar saliva muy audiblemente antes de hacer esta pregunta y supo que no era la única en luchar por no babear con los olores de la canasta de comida. «¿Podría uno de ustedes haber sido sai King, otro sai Kennedy y otro Sai Nixon, por ejemplo?»

«Una buena pregunta», dijo Bienhablado King a la derecha.

«Una estúpida pregunta», dijo Malhablado King a la izquierda. «Nada que sea importante. Lejos vamos hacia el salvaje azul más allá. Oh vaya, ¿hubo alguna vez un héroe de acción que fuera un intelectual?»

«El príncipe Hamlet de Dinamarca», dijo Árbitro King con calma detrás de ellos. «Pero dado que es el único que me viene a la mente inmediatamente, puede no ser más que la excepción que confirma la regla».

Bienhablado y Malhablado se dieron la vuelta para verlo. Cuando fue claro que había terminado, volvieron a mirar a Rolando y a Susannah.

«Dado que somos de hecho un solo ser», dijo Bienhablado, «y además de capacidades bien limitadas, la respuesta es no. Podríamos ser todos Kennedy, o todos Nixon, pero—»

«‘Hubo jalea ayer, habrá jalea mañana, pero nunca jalea hoy,’» dijo Susannah. No tenía idea de porqué se le había ocurrido esto (incluso menos de porqué lo dijo en voz alta), pero Árbitro King dijo «¡Exactamente!» y con la cabeza le dio la señal de ‘vas a la cabeza del concurso.’

«Apresúrate, por tu padre», dijo Malhablado King a la izquierda. «Apenas si puedo ver a estos traidores del Señor de lo rojo sin vomitar».

«Muy bien», dijo su compañero. «Aunque llamarlos traidores parece más bien injusto, al menos si uno añade el ka a la ecuación. Dado que los nombres que nos damos serían impronunciables para ustedes—»

«Como el enemigo de Súperman, el Sr. Mxyzptlk», dijo Malhablado.

«—pueden usar aquellos que Los’ usaba. Aquel al que ustedes llaman el Rey Carmesí. Yo soy el yo, aproximadamente hablando, y me conocen por el nombre de Fémalo. Este tipo aquí a mi lado es Fúmalo. Es nuestro ello».

«De forma que el que está atrás debe ser Fímalo», dijo Susannah, pronunciándolo Fíema-lo. «¿Qué es él, su súper yo?»

«¡Oh, brillante!» exclamó Fúmalo. «¡Apuesto que puedes decir Freud como se dice en alemán!» Se inclinó hacia delante y la miró con su expresión erudita. «¿Pero sabes cómo se escribe, ave negra de piernas cortas de Nueva York?»

«No le presten atención», dijo Fémalo, «siempre se ha sentido amenazado por las mujeres».

«¿Son ustedes el yo, el ello y el súper yo de Stephen King?» preguntó Susannah.

«¡Qué buena pregunta!» dijo Fémalo afirmativamente.

«¡Qué tonta pregunta!» dijo Fúmalo negativamente. «¿Tuvieron tus padres algún hijo que haya vivido, pájaro negro?»

«No te va a gustar empezar a jugar así conmigo», dijo Susannah, «Sacaré a Detta Walker y te callaré».

Árbitro King dijo, «No tengo nada que ver con sai King además de haber adoptado algunas de sus características físicas por un corto tiempo. Y entiendo que corto tiempo es realmente todo el tiempo que tienen. No guardo un particular amor por su causa ni intención de salir de mi camino para ayudarlos—al menos no muy lejos de mi camino—y sin embargo entiendo que ustedes dos son en gran medida responsables por la partida de Los’. Ya que él me tenía prisionero y me trataba como poco más que su bufón—o incluso su mascota monito—no me lamenta en lo absoluto verlo irse. Les ayudaría si

pudiera—un poco al menos—pero no, no saldría de mi camino para hacerlo. ‘Dejemos eso en claro,’ como diría su difunto amigo Eddie Dean».

Susannah intentó no hacer ningún gesto al oír esto, pero dolía. Dolía.

Como antes, Fémalo y Fúmalo se habían dado vuelta para ver a Fímalo hablar. Ahora volvieron a ver a Rolando y Sussanah.

«La honestidad es la mejor política», dijo Fémalo con una expresión piadosa. «Cervantes».

«Los mentirosos prosperan», dijo Fúmalo con una sonrisa cínica. «Anónimo».

Fémalo dijo, «Había momentos en que Los’ nos hacía dividirnos en seis, o incluso en siete, y por ninguna otra razón más que porque dolía. Sin embargo, no podíamos irnos más de lo que cualquier otra persona en el castillo podía, pues él había puesto una línea de muerte alrededor de sus paredes».

«Pensamos que nos mataría a todos antes de irse», dijo Fúmalo, y con nada de su previo cinismo de ‘a la mierda.’ Su rostro tenía la larga e introspectiva expresión de alguien que mira hacia atrás a un desastre, tal vez evitado por algunos centímetros.

Fémalo: «Mató a muchísimos. Decapitó a su Ministro de Estado».

Fúmalo: «Que tenía sífilis avanzada y no tenía más idea de lo que le pasaba que la que tiene un cerdo en el matadero, mayor es la pena».

Fémalo: «Puso en fila al personal de la cocina y las mujeres del trabajo—»

Fúmalo: «Todos los cuales habían sido muy leales a él, muy leales realmente—»

Fémalo: «Y los hizo tomar veneno mientras estaban de pie frente a él. Los pudo haber matado mientras dormían si hubiera querido—»

Fúmalo: «Y con sólo desear que hubieran muerto».

Fémalo: «Pero en cambio los hizo tomar veneno. Veneno de ratas. Ellos se pasaron grandes tragos y murieron en medio de convulsiones justo frente a él mientras se sentaba en su trono—»

Fúmalo: «Que está hecho de calaveras, entienden—»

Fémalo: «Se sentó allí con el codo sobre su rodilla y el puño en su barbilla, como un hombre perdido en profundos pensamientos, tal vez sobre volver cuadrado el círculo o encontrar el Último Número Primo, mientras que los veía a todos contorsionándose y vomitando y convulsionando en el piso de la Cámara de Audiencias».

Fúmalo (con un aire de avidez que Susannah encontró a un tiempo morboso y extremadamente repulsivo): «Algunos murieron suplicando agua. ¡Era un veneno de los que dan sed, ea! ¡Y pensamos que nosotros seríamos los próximos!»

Ante esto Fémalo por fin mostró, si no rabia, al menos un poco de enfado. «¿Me dejarás contar esto y terminar con esto para que se puedan ir o volver atrás como les plazca?»

«Mandón como siempre», dijo Fúmalo, y se quedó en un silencio enojado. Por encima de ellos los Cuervos de Castillo se peleaban por un sitio y miraban hacia abajo con sus ojos redondos. Sin duda con la esperanza de hacerse con una comida con aquellos que no sobrevivan, pensó Susannah.

«Él tenía seis de las Bolas de Cristal del Hechicero que aún quedaban con vida», dijo Fémalo. «Y cuando ustedes estaban aún en Calla Bryn Sturgis, vio algo en ellas que terminó el trabajo de enloquecerlo. No sabemos qué fue con seguridad, pues no vimos, pero creemos que fue su victoria no sólo en la Calla sino después, en Algul Siento. Si así es, significaba el fin de su plan de derrumbar la Torre desde lejos, disgregando los Haces».

«Desde luego así fue», dijo Fímalo de forma calmada, y una vez más los dos Stephen Kings en el puente se voltearon para mirarlo. «Pudo no haber sido nada más. Lo que lo llevó al borde de la locura en primer lugar fueron dos compulsiones en conflicto en su mente: derribar la Torre y llegar allí antes que usted pudiera, Rolando, y escalar a la cima. Destruirla... o gobernarla. No estoy seguro de que le haya preocupado jamás entenderlo—sólo llegar primero en algo que usted quiere, y luego rapárselo de las manos. Tales cosas le preocupaban mucho».

«Sin duda le alegrará saber cuánto él hablaba de usted en su rabia, y cómo maldecía su nombre en las semanas antes de que él aplastara sus juguetes», dijo Fúmalo. «Cómo llegó a temerle, tanto como podía sentir miedo».

«No a éste», contradijo Fémalo, de una forma más bien triste, pensó Susannah. «A éste no le alegraría mucho en lo absoluto. Gana con no más gracia que con la que pierde».

Fímalo dijo: «Cuando el Rey Rojo vio que el Algul caería ante ustedes, comprendió que los Haces agonizantes se regenerarían. ¡Aún más! Que eventualmente esos dos Haces funcionando re-crearían los otros Haces, tejiéndolos kilómetro a kilómetro y rueda a rueda. Si eso ocurre, entonces eventualmente...»

Rolando asentía con la cabeza. En sus ojos Susannah veía una expresión completamente nueva: alegre sorpresa. Tal vez sabe cómo ganar, pensó. «Entonces eventualmente lo que se ha movido podría volver», dijo el pistolero. «Tal vez Mundo Medio y Mundo Interior». Hizo una pausa. «Tal vez incluso Gilead. La luz. Lo Blanco».

«Ningún tal vez en ello», dijo Fímalo. «Pues el ka es una rueda, y si una rueda no está rota siempre girará. A menos que el Rey Carmesí pueda convertirse en el Señor de la Torre o en su Señor Verdugo Superior, todo lo que era eventualmente volverá».

«Locura», dijo Fúmalo. «Y además locura destructiva. Pero desde luego el Gran Rojo siempre fue el lado desquiciado de Gan». Sonrió feamente a Susannah y dijo, «Eso es Frooooooid, Dama Pájaro Negro».

Fémalo tomó la palabra. «Y después que fueron aplastadas las Bolas y terminó la matanza—»

«Esto es lo que queremos que entiendan», dijo Fúmalo. «Es decir, si sus cabezas no son demasiado estúpidas como para entenderlo».

«Después que fueron concluidas aquellas tareas, se suicidó», dijo Fímalo, y una vez más los otros dos se voltearon hacia él. Era como si fueran incapaces de hacer otra cosa.

«¿Lo hizo con una cuchara?» preguntó Rolando. «Pues ésa era la profecía con la que crecimos mis amigos y yo. Era en forma de coplas».

«Así fue ciertamente», dijo Fímalo. «Pensé que se había cortado la garganta con ella, pues el borde de la cuchara siempre ha estado afilado (como ciertos platos, entienden—ka es una rueda, y siempre vuelve a su punto de partida), pero se la tragó. Se la tragó, ¿pueden imaginarlo? Grandes gotas de sangre brotaban de su boca. Torrentes. Luego se subió al más grande de los caballos grises—él lo llama Nis, como la tierra del sueño y de los sueños—y cabalgó al sudeste hacia las tierras blancas de Empathica con el poco gunna que tenía delante suyo en la silla». Sonrió. «Hay grandes bodegas de comida aquí, pero él no tenía necesidad de ella, como pueden entender. Los' ya no come».

«Esperen un momento, tiempo fuera», dijo Susannah, uniendo las manos en forma de T (era un gesto que le había aprendido a Eddie, aunque no se había dado cuenta). «Si se tragó una cuchara afilada y se cortó por dentro además de asfixiarse—»

«¡La Dama Pájaro Negro ve la luz!» exultó Fúmalo y agitó las manos hacia el cielo.

«—¿entonces cómo podía hacer cualquier cosa?»

«Los' no puede morir», dijo Fémalo, como si explicara algo obvio para un niño de tres años. «Y ustedes—»

«Ustedes pobres ingenuos—» añadió su compañero con una alegre sarna.

«Ustedes no pueden matar a alguien que ya está muerto», terminó Fímalo. «Como era antes, Rolando, sus pistolas podrían haberlo matado...»

Rolando asentía con la cabeza. «Heredadas de padre a hijo, con cañones hechos de la gran espada de Arturo Eld, Excalibur. Sí, eso también es parte de la profecía. Como sin duda él sabía».

«Pero ahora está a salvo de ellas. Se ha puesto más allá de su alcance. Está Nomuerto».

«Tenemos razones para creer que ha sido trasladado a un balcón de la Torre», dijo Rolando. «Sea o no un No-muerto, jamás podría haber llegado a la cima sin algún sigil de los Eld; seguramente si sabía tanto de la profecía, entonces sabía eso».

Fímalo sonreía de manera sombría. «Ea, pero como Horacio poseía el puente en una historia contada en el mundo de Susannah, así mismo Los', el Rey Carmesí, ahora posee

la Torre. Ha logrado meterse en su boca pero no puede escalar hasta la cima, eso es cierto. Empero mientras la sostenga con fuerza ustedes tampoco».

«Parece que el viejo Rey Rojo no estaba completamente loco, después de todo», dijo Fémalo.

«¡Lo-co, fuera de foco!» añadió Fúmalo. Se dio un golpe en la sien con seriedad... y luego estalló en carcajadas.

«Pero si siguen adelante», dijo Fímalo, «le llevan los siguls de los Eld que necesita para ganar posesión de aquello que ahora lo mantiene cautivo».

«Primero tendría que quitármelas», dijo Rolando. «Quitárnoslas». Hablaba sin drama, como si simplemente comentara sobre el clima.

«Cierto», convino Fímalo, «pero piénsalo, Rolando. No puedes matarlo con ellas, pero es posible que él sea capaz de quitártelas, pues su mente está llena de engaños y tiene un largo alcance. Si así fuera... ¡bien! ¡Imaginen un rey muerto y loco y en la cima de la Torre Oscura, con un par de viejos pistolones en sus manos! Podría gobernar desde allí, pero creo que, dada su locura, preferiría en cambio derrumbarla. Lo que podría ser capaz de hacer. Con o sin Haces».

Fímalo los examinó con seriedad desde su sitio en el costado lejano del puente.

«Y entonces», dijo, «todo sería oscuridad».

CUATRO

Hubo una pausa durante la cual aquellos reunidos en ese lugar consideraron la idea. Entonces Fémalo dijo, casi como si se disculpara: «El costo podría no ser tan grande si uno considerara sólo este mundo, que podríamos llamar Clave Torre, dado que la Torre Oscura existe aquí no como una rosa, como es en muchos, o como un tigre inmortal, como en otros, o el ur-perro Rover, como es en al menos uno—»

«¿Un perro llamado Rover?» preguntó Susannah, divertida. «¿Realmente dices eso?»

«Señora, tiene usted toda la imaginación de una rama a medio quemar», dijo Fúmalo en un tono de profundo disgusto.

Fémalo no prestó atención. «En este mundo, la Torre es ella misma. En el mundo donde usted, Rolando, ha estado últimamente, la mayoría de especies aún tienen descendencia y muchas vidas son dulces. Aún queda energía y esperanza. ¿Se arriesgaría a destruir ese mundo así como éste, y los demás mundos que sai King ha tocado con su imaginación, y de los que se ha nutrido? Pues no fue él quien los creo. Echar un vistazo al ombligo de Gan no hace que uno sea Gan, aunque muchas personas creativas parecen pensar eso. ¿Lo arriesgaría todo?»

«Sólo preguntamos, no intentamos convencerlo», dijo Fímalo. «Pero la verdad es cruda: ésta es ahora su única gesta, pistolero. Eso es todo lo que es. Nada lo envía más allá.

Una vez haya pasado este castillo y se haya internado en las Tierras Blancas, usted y sus amigos pasarán más allá del ka mismo. Y no necesita hacerlo. Todo lo que han pasado fue puesto en movimiento para que pudieran salvar los Haces, y salvándolos aseguraran la existencia de la Torre, el eje sobre el que todos los mundos y toda vida giran. Eso ha terminado. Si se dan vuelta ahora, el Rey muerto estará atrapado para siempre donde está».

«Eso dice' tú», dijo Susannah con una rudeza propia de sai Fúmalo.

«Digan lo cierto o digan lo falso», dijo Rolando. «Seguiré adelante. Pues lo he prometido».

«¿A quién le ha dado su promesa?» irrumpió Fúmalo. Por primera vez desde que se detuvo en el costado del puente que daba contra el castillo, soltó sus manos y las usó para limpiarse el cabello de la frente. El gesto era mínimo pero expresó su frustración con perfecta elocuencia. «Pues no hay ninguna profecía de tal promesa; ¡eso le digo!»

«Ni la habrá. Pues es una que me hice a mí mismo, y una que pretende cumplir».

«Este hombre está tan loco como Los' el Rojo», dijo Fúmalo, no sin respeto.

«De acuerdo», dijo Fúmalo. Suspiró y una vez más entrelazó las manos frente a él. «He hecho lo que yo puedo hacer». Movi6 la cabeza hacia sus otros dos tercios, que lo miraban atentamente.

Fémalo y Fúmalo pusieron una rodilla en tierra: Fémalo la izquierda, Fúmalo la derecha. Levantaron los cobertores de las cestas de mimbre que habían traído y las levantaron hacia delante. (Susannah record6 brevemente la forma como las modelos de El Precio es Correcto y de Concentración mostraban los premios)

Dentro de una había comida: pollo y cerdo, carne de res, y sendos jamones. Susannah sintió que al verlo todo su est6mago se expandía, como preparándose para engullirlo todo, y fue sólo con gran esfuerzo que detuvo el sensual gemido que subía por su garganta. La boca se le llen6 de saliva y levant6 una mano para secarla. Ellos sabrían lo que hacía, supuso que no podía evitarlo, pero al menos podía quitarles la satisfacción de ver la evidencia física de su hambre reluciendo en sus labios y barbilla. Acho ladr6, pero se mantuvo en su sitio junto al pie izquierdo del pistolero.

Dentro de la otra cesta había grandes suéteres tejidos, uno verde y uno rojo: colores de navidad.

«También hay ropa interior larga, abrigos, botines de lana y guantes», dijo Fémalo. «Pues Empathica está mortalmente fría en esta época del año y les quedan meses de camino».

«A la salida del pueblo les hemos dejado un ligero trineo de aluminio», dijo Fúmalo. «Pueden ponerlo en la parte de atrás de su pequeño carro y usarlo para cargar a la dama y su gunna una vez que lleguen a la nieve».

«Sin duda se preguntan por qué hacemos todo esto, ya que desaprobamos su viaje», dijo Fímalo. «El hecho es que estamos agradecidos por nuestra supervivencia—»

«Realmente pensamos que estábamos acabados», interrumpió Fúmalo. «‘El defensa está tostado,’ podría haber dicho Eddie».

Y esto también le dolió a Susannah... pero no tanto como mirar toda esa comida. No tanto como imaginar cómo se sentiría ponerse uno de esos gruesos suéteres sobre su cabeza y dejar que cayeran hasta la mitad de sus muslos.

«Mi decisión fue intentar convencerlos de no ir si podía», dijo Fímalo—el único que hablaba de sí mismo en primera persona del singular, había notado Susannah. «Y si no podía, les daría los abarrotes que necesitarían para seguir adelante».

«¡No puedes matarlo!» soltó Fúmalo. «¿No ves eso, máquina de asesinar con cabeza de madera, no lo ves? ¡Lo único que puedes hacer es ponerte demasiado ávido y jugar en sus muertas manos! ¿Cómo puedes ser tan estúp—?»

«Silencio», dijo con suavidad Fímalo y Fúmalo se calló al punto. «Él ha tomado su decisión».

«¿Qué harán ustedes?» preguntó Rolando. «Es decir, una vez nos vayamos».

Los tres encogieron los hombros al perfecto unísono, pero fue Fímalo—el así llamado súper yo del uffi—quien respondió. «Esperar aquí», dijo. «Ver si la matriz de la creación vive o muere. Entretanto, intentaremos restaurar Le Casse y llevarla a algo de su anterior gloria. Fue una vez un bello lugar. Puede volver a serlo. Y creo ahora que nuestra palabra ha terminado. Tomen sus regalos con nuestros agradecimientos y buenos deseos».

«Renuentes buenos deseos», dijo Fúmalo y sonrió realmente. Viniendo de él, esa sonrisa era confusa e inesperada.

Susannah casi empezó a moverse. Hambrienta como estaba de comida fresca (de carne fresca), eran los suéteres y la ropa interior térmica lo que realmente ansiaba. Aunque las provisiones se empezaba a agotar (y seguramente se habrían acabado antes de que pasaran el sitio que el uffi llamó Empathica), aún quedaban latas de frijoles, atún y carne con maíz en la parte de atrás del Taxi de Lujo de Ho Fat, y tenían los estómagos llenos por el momento. Era el frío el que la estaba matando. Al menos, eso era lo que sentía; el frío metiéndose hacia su corazón, un doloroso centímetro a la vez.

Dos cosas la detuvieron. Una fue el darse cuenta de que un solo paso hacia delante era lo único que se necesitaba para destruir lo poco que le quedaba de voluntad; correría hasta el centro del puente y caería de rodillas ante esa gran canasta de prendas y escarbaría en ella como una ama de casa depredadora en la venta anual de Filene's. Una vez diera ese primer paso, nada la detendría. Y perder su voluntad no sería lo peor; también perdería el auto-respeto por el que Odetta Holmes había luchado toda su vida, a pesar de la apenas sospechada saboteadora asechando en su mente.

Sin embargo, incluso eso no habría sido suficiente para mantenerla en su sitio. Lo que la mantuvo fue un recuerdo del día que había visto al cuervo con la cosa verde en el pico, el cuervo que hacía ¡Cru, cru! en vez de ¡Cau-cau! Sólo hierba del diablo, cierto, pero igual algo verde. Algo vivo. Ese fue el día en que Rolando le había dicho que tuviera quieta la lengua, le había dicho—¿qué cosa? Antes de la victoria viene la tentación. Jamás habría sospechado que la mayor tentación de su vida sería un suéter tejido de pescador, pero—

De repente entendió lo que el pistolero debió haber sabido, si no desde el comienzo, al menos desde poco después que aparecieron los tres Stephen Kings: todo ese asunto era una máscara. No sabía qué había exactamente en esas cestas de mimbre, pero dudaba como el diablo que fuera comida y ropa.

Se aplomó en su interior.

«¿Bien?» preguntó Fímalo con paciencia. «¿Vendrán y tomarán los regalos que les doy? Deben venir si los quieren, pues la mitad del puente es lo más lejos que puedo ir. Justo en frente de Fémalo y Fúmalo está la línea de muerte del Rey. Usted y ella pueden pasar en los dos sentidos. Nosotros no».

Rolando dijo, «Le agradecemos por su amabilidad, sai, pero vamos a rehusarnos. Tenemos comida y la ropa nos espera adelante, aún de camino. Además, realmente no hace tanto frío».

«No», convino Susannah, sonriendo a los tres rostros idénticos—e idénticamente sorprendidos. «Realmente no».

«Seguiremos avanzando», dijo Rolando e hizo otra venia con su pierna doblada.

«Decimos gracias, decimos que tengan bien», añadió Susannah, y una vez más separó su falda invisible.

Rolando y ella empezaron a darse vuelta. Y fue allí cuando Fémalo y Fúmalo, aún de rodillas, buscaron algo en el interior de las cestas abiertas frente a ellos.

Susannah no necesitó ninguna instrucción de Rolando, ni aún una palabra gritada. Desenfundó el revólver de su cinturón y le disparó al de la izquierda—Fúmalo—justo mientras sacaba un revólver plateado de largo cañón de la canasta. De él colgaba lo que parecía una bufanda. Rolando desenfundó, con una rapidez tan cegadora como siempre, y disparó una sola vez. Por sobre ellos los cuervos se lanzaron al vuelo, graznando espantados, convirtiendo momentáneamente el cielo azul en negro. Fémalo, también con una de las pistolas plateadas en la mano, cayó lentamente hacia delante sobre su cesta de comida con una expresión agonizante de sorpresa en el rostro y un mortal agujero de bala en medio de su frente.

CINCO

Fímallo permanecía en su sitio, del costado lejano del puente. Sus manos estaban aún cruzadas frente a él, pero ya no se parecía a Stephen King. Tenía ahora la larga cara amarillenta de un anciano que muere lentamente y mal. El cabello que le quedaba era de un gris sucio más que negro. Su cráneo era un jardín agonizante de eccema. Sus mejillas, barbilla y frente tenían granos y heridas abiertas, algunas exudando pus, otras sangrando.

«¿Qué eres, realmente?» le preguntó Rolando.

«Un huma, como ustedes», dijo resignado Fímallo. «Rando Pensativo era mi nombre durante mis años como Ministro de Estado del Rey Carmesí. Sin embargo, érase una vez que yo era el simple y viejo Austin Cornwell, del norte del estado de Nueva York. No del Mundo Clave, lamento decir, sino de otro. Dirigí el Niágara Mall alguna vez y antes de eso tuve una carrera exitosa en publicidad. Podría interesarles saber que trabajé en proyectos para Nozz-A-La y la Takuro Spirit».

Susannah ignoró esta bizarra e inesperada hoja de vida. «Así que después de todo no decapitó a su hombre de confianza», dijo. «¿Qué hay de los tres Stephen Kings?»

«Sólo una ilusión», dijo el anciano. «¿Van a matarme? Adelante. Lo único que pido es que sea rápido. No estoy bien, como deben ver».

«¿Era verdad algo de lo que nos dijiste?» preguntó Susannah.

Los viejos ojos del hombre la miraron con sorpresa. «Todo era verdad», dijo, y avanzó hacia el puente, donde los otros dos hombres—sus asistentes, érase una vez, estaba segura Susannah—yacían. «Todo ello, de cualquiera manera, salvo por una mentira... y esto». Le dio una patada a los cestos de forma que los contenidos salieran.

Susannah soltó un grito involuntario de horror. Acho se levantó en un segundo, parándose protector frente a ella con sus cortas piernas separadas y la cabeza agachada.

«Está bien», dijo ella, pero aún le temblaba la voz. «Sólo me... sorprendió».

La cesta de mimbre que había contenido al parecer todo tipo de carne recién hecha estaba de hecho llena de miembros humanos en descomposición—cerdo, después de todo, y en mala forma aún considerando lo que era. La carne era en su mayor parte azulnegra y llena de gusanos.

Y no había ropa en la otra cesta. Lo que Fímallo había regado era de hecho un enredo brillante de serpientes agonizantes. Sus pequeños ojos eran duros; sus lenguas dobles entraban y salían sin parar; muchas habían dejado de moverse.

«Las habrían refrescado maravillosamente, si las hubieran presionado contra su piel», dijo Fímallo lamentándolo.

«Realmente no esperaban que eso sucediera, ¿o sí?» preguntó Rolando.

«No», admitió el anciano. Se sentó en el puente suspirando agotado. Una de las serpientes intentó subirse a su regazo y él la hizo a un lado con un gesto que era a la vez ausente e impaciente. «Pero tenía órdenes, así que lo hice».

Susannah miró a los cadáveres de los otros dos con una fascinación horrorizada. Fémalo y Fúmalo, ahora sólo un par de muertos, se descomponían con una rapidez innatural, sus pieles de papiro desinflándose hacia el hueso y exudando pus. Mientras Susannah miraba, las cavidades oculares del cráneo de Fémalo aparecieron como periscopios idénticos, dándole al cadáver una momentánea expresión de sorpresa. Algunas de las serpientes reptaban y se movían alrededor de estos cadáveres decadentes. Otras se movían en la cesta de los miembros con gusanos, buscando las regiones indudablemente más cálidas en el fondo del montón. El deterioro traía sus propias fiebres temporales y suponía que ella misma podría estar tentada a regodearse en ella mientras pudiera. Es decir, si fuera una serpiente.

«¿Van a matarme?» preguntó Fímalo.

«No», dijo Rolando, «pues tus deberes no han terminado. Tienes a otro que viene detrás».

Fímalo alzó la mirada, un brillo de interés en sus reumáticos ojos ancianos. «¿Su hijo?»

«Mío y también de tu amo. ¿Le darás una palabra por mí durante su palabra?»

«Si estoy vivo para dársela, seguro».

«Dile que soy viejo y astuto, mientras que él es joven cuando más. Dile que si se queda aún puede vivir con sus sueños de venganza... aunque no sé lo que le hecho que amerite su venganza. Y dile que si se acerca, lo mataré tal y como pretendo matar a su Padre Rojo».

«O bien oyes y no escuchas, o escuchas y no crees», dijo Fímalo. Ahora que su propio disfraz había sido expuesto (nada tan glamoroso como un uffi, pensó Susannah; sólo un publicista retirado del norte del estado de Nueva York), parecía inenarrablemente débil. «No se puede matar a una criatura que se ha matado a sí misma. Tampoco puedes entrar a la Torre Oscura, pues sólo hay una entrada, y el balcón en el cual está apresado Los' la vigila. Y está aprovisionado con suficientes armas. Sólo las sneetches te buscarían y destrozarían antes de que hubieras cruzado la mitad del campo de rosas».

«Eso es preocupación nuestra», dijo Rolando, y Susannah pensó que rara vez había dicho una palabra más cierta: ella ya se estaba preocupando por eso. «En cuanto a ti, ¿pasarás mi mensaje a Mordred cuando lo veas?»

Fímalo hizo un gesto de aquiescencia.

Rolando le dijo que no con la cabeza. «No sólo muevas vuestra mano hacia mí, ignorante—déjame oírlo de tu boca».

«Pasaré tu mensaje», dijo Fímalo, luego añadió: «Si le veo y tenemos palabra».

«Así será. Buen día a ti, señor». Rolando empezó a darse vuelta, pero Susannah lo tomó del brazo y lo hizo moverse hacia atrás de nuevo.

«Júrame que todo lo que nos dijeron era verdad», le dijo al feo anciano sentado en el puente empedrado y bajo la fría mirada de los cuervos, que empezaban a tomar sus lugares otra vez. No tenía la menor idea de qué quería aprender o probar con esto. ¿Conocería incluso ahora las mentiras del hombre? Probablemente no. Pero igual siguió adelante. «Júralo por el nombre de tu padre, y también por su rostro».

El anciano levantó su mano hacia ella, enseñándole la palma, y Susannah vio que incluso allí había heridas abiertas. «Lo juro por el nombre de Andrew John Cornwell, de Tioga Springs, Nueva York. Y por su rostro también. El Rey de este castillo realmente enloqueció y realmente explotó esas Bolas de Cristal del Hechicero que cayeron en sus manos. Realmente obligó a sus empleados a tomar veneno y realmente los vio morir». Metió la mano que había tenido en alto en la cesta de miembros cercenados. «¿De dónde cree que saque esto, Dama Pájaro Negro? ¿Partes Corporales R Us?»

Susannah no entendió la referencia y permaneció en silencio.

«Realmente se ha ido a la Torre Oscura. Es como el perro en alguna vieja fábula, que quiere asegurarse de que si él no puede sacar nada bueno del heno, nadie más lo haga. Ni siquiera les mentí sobre lo que había en estas cajas, no realmente. Simplemente les mostré los bienes y dejé que sacaran sus propias conclusiones». Su sonrisa de cínico placer hizo que Susannah se preguntara si debía recordarle que Rolando, por lo menos, había visto a través del truco. Decidió que no valía la pena.

«Les dije una sola mentira completa», dijo el antiguo Austin Cornwell. «Que él me había decapitado».

«¿Estás satisfecha, Susannah?» le preguntó Rolando.

«Sí», respondió, aunque no lo estaba; no realmente. «Vamos».

«Entonces sube al Ho Fat y no le des la espalda cuando vos lo hagas. Es taimado».

«Dímelo a mí», dijo Susannah, e hizo lo que le dijo.

«Largos días y noches placenteras», dijo el antiguo sai Cornwell desde el lugar donde se sentaba en medio de las serpientes agonizantes que se removían. «Que el Hombre Jesús los cuide y a todo su clan. ¡Y que muestren sentido antes de que sea demasiado tarde para el sentido y permanezcan lejos de la Torre Oscura!»

SEIS

Volvieron por el camino a la intersección en que se habían alejado del Camino del Haz para llegar al castillo del Rey Carmesí, y allí se detuvo Rolando para descansar unos

instantes. Un poco de brisa se había levantado, y ondeaban los banderines patrióticos. Susannah vio que ahora se veían viejos y deslucidos. Las fotografías de Nixon, Lodge, Kennedy y Johnson habían sido deformadas por grafittis que en sí mismos eran antiguos. Toda la ilusión—la ilusión desvencijada que había sido capaz de lograr el Rey Carmesí— había desaparecido.

Máscaras fuera, máscaras fuera, pensó cansada. Fue una fiesta maravillosa, pero se acabó... y la Muerte Roja mantiene el control sobre todo.

Se tocó la erupción junto a la boca, luego se miró la punta del dedo. Esperaba ver sangre o pus, o las dos cosas. No había ninguna y eso era un alivio.

«¿Qué tanto de ello crees?» le preguntó Susannah.

«Prácticamente todo», replicó Rolando.

«Entonces él está allí. En la Torre».

«No en ella. Atrapado fuera de ella». Sonrió. «Hay una gran diferencia».

«¿La hay realmente? ¿Y qué le harás?»

«No lo sé».

«¿Piensas que si él ganara control de tus pistolas, podría entrar a la Torre y subir a la cima?»

«Sí». La respuesta fue inmediata.

«¿Qué harás ante eso?»

«No permitirle que se haga con ninguna de ellas». Hablaba como si eso debiera haber sido evidente y Susannah supuso que así debió ser. Lo que solía olvidársele era lo jodidamente literal que era Rolando. En cada cosa.

«Estabas pensando en ponerle una trampa a Mordred en el castillo».

«Sí», convino Rolando, «pero dado lo que hallamos allí—y lo que nos dijeron—me pareció mejor seguir adelante. Más simple. Mira».

Sacó el reloj y abrió la tapa. Los dos observaron el segundero corriendo su curso solitario. ¿Pero a la misma velocidad de antes? Susannah no estaba segura, pero no lo creía. Alzó la mirada hacia Rolando con las cejas enarcadas.

«La mayor parte del tiempo aún está bien», dijo él, «pero ya no lo está todo el tiempo. Creo que está perdiendo al menos un segundo cada sexta o séptima vuelta. Tal vez de tres a seis minutos al día, en total».

«Eso no es mucho».

«No», admitió Rolando, guardando el reloj, «pero es un comienzo. Que Mordred haga como le plazca. La Torre Oscura se encuentra cerca, después de las tierras blancas, y pretendo alcanzarla».

Susannah podía entender su avidez. Sólo esperaba que no lo hiciera descuidado. Si así fuera, podría ser que la juventud de Mordred Deschain ya no importara. Si Rolando cometía el error apropiado en el momento equivocado, ella, él y Acho podrían no ver nunca la Torre Oscura.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una gran agitación atrás de ellos. No del todo perdida dentro de ella se escuchó un sonido humano que empezó como un aullido y pronto subió a chillido. Aunque la distancia disminuía el grito, el horror y el dolor que había en él se escuchaban con demasiada claridad. Finalmente se desvaneció, algo por lo que Susannah dio gracias.

«El Ministro de Estado del Rey Carmesí ha entrado al claro», dijo Rolando.

Susannah miró hacia el castillo. Podía ver sus muros rojos-negrucos, pero nada más. Le alegró no poder ver nada más.

Mordred está a-hambriento, pensó. El corazón le latía rápido y pensó que jamás había estado tan asustada en toda su vida—ni yaciendo junto a Mia mientras daba a luz, ni siquiera en la oscuridad bajo el Castillo Discordia.

Mordred está a-hambriento... pero ahora estará alimentado.

SIETE

El anciano que había iniciado su vida como Austin Cornwell y la terminaría como Rando Pensativo se sentó en el extremo del puente que daba al castillo. Los cuervos esperaban sobre su cabeza, tal vez sintiendo que la excitación del día no había terminado aún.

Pensativo tenía el calor suficiente gracias al abrigo que llevaba, y se había tomado un trago de brandy antes de salir a encontrarse con Rolando y su amiga pájaro negro. Bueno... tal vez eso no era cierto del todo. Tal vez fueron Brass y Compson (también conocidos como Fémalo y Fúmalo) quienes habían tomado los tragos del mejor brandy del Rey, y el ex-Ministro de Estado el que había dado cuenta del último tercio de la botella.

Fuera por lo que fuera, el anciano se quedó dormido, y la llegada de Mordred Talón-Rojo no le despertó. Estaba sentado con la barbilla en el pecho y de entre sus labios pronunciados brotaba un hilo de saliva, y resultaba parecido a un bebé que se ha dormido en su silla. Los pájaros en los parapetos y corredores se encontraban más apiñados que nunca. Seguramente habrían volado ante la cercanía del joven Príncipe, pero él alzó la mirada hacia ellos e hizo un gesto en el aire: la mano derecha abierta gesticuló con brusquedad frente a su rostro, luego se convirtió en un puño y haló hacia abajo. Esperen, decía.

Mordred se detuvo del lado opuesto del puente, olisqueando delicadamente la carne descompuesta. Ese olor había sido suficientemente cautivador como para llevarlo hasta allí incluso aunque sabía que Rolando y Susannah habían continuado por el Camino del Haz. Que ellos y su mascota brambo vuelvan fácilmente a su camino, pensaba el chico. Éste no era el momento de cerrar la brecha. Más tarde, tal vez. Más tarde su Papi Blanco bajaría la guardia, aunque sólo fuera por un instante, y entonces Mordred lo tendría.

Para la cena, esperaba, pero el almuerzo o el desayuno estarían casi igualmente bien.

La última vez que vio a este hombre, Mordred era sólo

(bebé entre colores bebé querido, bebé trae tus moras aquí)

un bebé. La criatura de pie ante las puertas del castillo del Rey Carmesí se había convertido en un chico que aparentaba unos nueve años. No un chico hermoso; no del tipo que nadie (excepto su lunática madre) habría llamado agraciado. Esto tenía menos que ver con su complicada herencia genética que con la simple inanición. El rostro bajo la seca mata de cabello negro era ojeroso y demasiado delgado. La carne bajo los azules ojos de bombardero de Mordred era de un color violeta descolorido e inflamado. Su complexión era un desastre de heridas y cicatrices. Éstas, como el grano junto a la boca de Susannah, podían haber sido resultado de su viaje a través de las tierras envenenadas, pero seguramente la dieta de Mordred tenía algo que ver con ello. Podía haberse abarrotado con cosas enlatadas antes de salir del punto de revisión después de la salida del túnel— Rolando y Susannah habían dejado bastantes atrás—pero no lo había pensado. Como lo sabía Rolando, estaba apenas aprendiendo los trucos de la supervivencia. Lo único que Mordred se había llevado de la caseta era una putrefacta chaqueta de empleado ferroviario y un par de botas útiles. Hallarlas fue buena suerte, de hecho, aunque se habían despedazado en su mayoría a medida que continuaba el viaje.

De haber sido un huma—o de paso incluso un hombre-criatura más ordinario— Mordred habría muerto en las Tierras Malas, con o sin abrigo, con o sin botas. Como era lo que era, había llamado a los cuervos hacia él cuando tenía hambre y los cuervos no tenían más opción que ir. Los pájaros eran una desagradable comida y los bichos que convocaba desde debajo de las rocas secas (y aún levemente radioactivas) eran incluso peores, pero se los había tragado. Un día tocó la mente de una comadreja y la obligó a acercarse. Había sido una cosa raquítica y miserable, a punto de morir de inanición ella también, pero le supo al mejor bistec del mundo en comparación con las aves y los insectos. Mordred había cambiado a su otro yo y atraído a la comadreja hacia su abrazo de siete patas, absorbiendo y comiendo hasta que no quedó nada más que un pedazo rasgado de piel. Alegrementemente se habría comido otra media docena, pero ésa había sido la única.

Y ahora había toda una cesta de comida frente a él. Ya tenía un buen tiempo, cierto, pero ¿y qué con eso? Incluso los gusanos brindarían alimento. Más que suficiente para llevarlo a los bosques nevados al sudeste del castillo, que estarían llenos de presas.

Pero antes de ellas, estaba el anciano.

«Rando», dijo. «Rando Pensativo»

El anciano se estiró y musitó y abrió los ojos. Por un momento vio al raquítico niño de pie ante él con una falta total de comprensión. Luego sus ojos agotados se llenaron de pavor.

«Mordred, hijo de Los'», dijo, intentando sonreír. «¡Salve a ti, Rey que será!» Hizo un gesto confuso con sus piernas, después pareció darse cuenta de que estaba sentado y no funcionaría. Intentó ponerse en pie, cayó con un sonido que divirtió al chico (la diversión había sido difícil de encontrar en las Tierras Malas, y él la recibió alegre), luego intentó otra vez. En esa ocasión logró levantarse.

«No veo cuerpos excepto esos dos tipos que parece que murieron aún más viejos que tú», comentó Mordred, mirando hacia los lados de manera exagerada. «Ciertamente no veo pistoleros muertos, de la variedad de piernas largas o de piernas cortas».

«Dices verdad—y yo digo gracias, claro que sí—pero puedo explicar eso, sai, y muy fácilmente—»

«¡Oh, pero espera! ¡Guarda vuestra explicación, aunque estoy seguro es excelente! ¡Deja que yo lo adivine! ¿Es acaso que las serpientes han atado al pistolero y su dama, largas y gordas serpientes, y tú los has llevado a este castillo para mantenerlos a salvo?»

«Mi señor—»

«Si es así», continuó Mordred, «debe haber una increíble cantidad de serpientes en vuestra canasta, pues aún veo muchas aquí fuera. Algunas parecen estar cenando con lo que debió haber sido mi cena». Aunque los miembros cercenados y putrefactos en la cesta aún serían su cena—una parte al menos—Mordred miró al anciano con una mirada llena de reproches. «¿Entonces, han sido exterminados los pistoleros?»

La mirada de pavor del anciano desapareció y fue reemplazada por una de resignación. Mordred encontró esto completamente irritante. Lo que quería ver en el viejo rostro de sai Pensativo no era miedo, y ciertamente no resignación, sino esperanza. La cual Mordred le arrancaría a su antojo. Su forma vaciló. Por un momento el anciano vio la oscuridad sin forma que se asomó detrás y las muchas patas. Luego se fue y el niño regresó. Al menos por el momento.

Que no muera gritando, pensó el antiguo Austin Cornwell. Concédanme eso al menos, dioses que existan. Que no muera gritando en los brazos de esa monstruosidad

«Sabes lo que ha pasado aquí, joven sai. Está en mi mente, y por tanto en la tuya. ¿Por qué no tomas el desastre en esa cesta—las serpientes también, que te gusten—y dejas a un anciano la poca vida que le queda? Por tu padre, si no por ti mismo. Le serví bien, incluso al final. Pude simplemente haberme ocultado en el Castillo y dejarlos seguir su curso. Pero no lo hice. Lo intenté».

«No tenías opción», replica Mordred desde su costado del Puente. Sin saber si era cierto o no. Sin importarle. La carne muerta era sólo alimento. La carne viva y la sangre aún rica con el aire del último suspiro del hombre... ah, eso era algo más. ¡Eso era buena comida! «¿Me dejó él un mensaje?»

«Ea, sabes que así fue».

«Cuéntame».

«¿Por qué no simplemente lo sacas de mi mente?»

De nuevo apareció ese vacilante cambio momentáneo. Por un instante no fue ni un chico ni una araña del tamaño de un niño parado en extremo opuesto del puente sino algo que era las dos cosas al mismo tiempo. La boca de sai Pensativo se secó incluso mientras la saliva que se le había escapado durante su siesta aún le brillaba en la barbilla. Entonces la versión niño de Mordred se solidificó de nuevo dentro de su roto y putrefacto abrigo.

«Porque me place escucharlo de tu vieja bocota de estofado», le dijo a Pensativo.

El anciano se pasó la lengua por los labios. «De acuerdo, que te haga bien. Dijo que es astuto mientras que tú eres joven y con nada más que un trago de engaño. Dijo que si no te quedas en el sitio al que perteneces, te arrancará la cabeza de los hombros. Dijo que le gustaría sostenerla en alto ante tu Padre Rojo mientras permanece atrapado en su balcón».

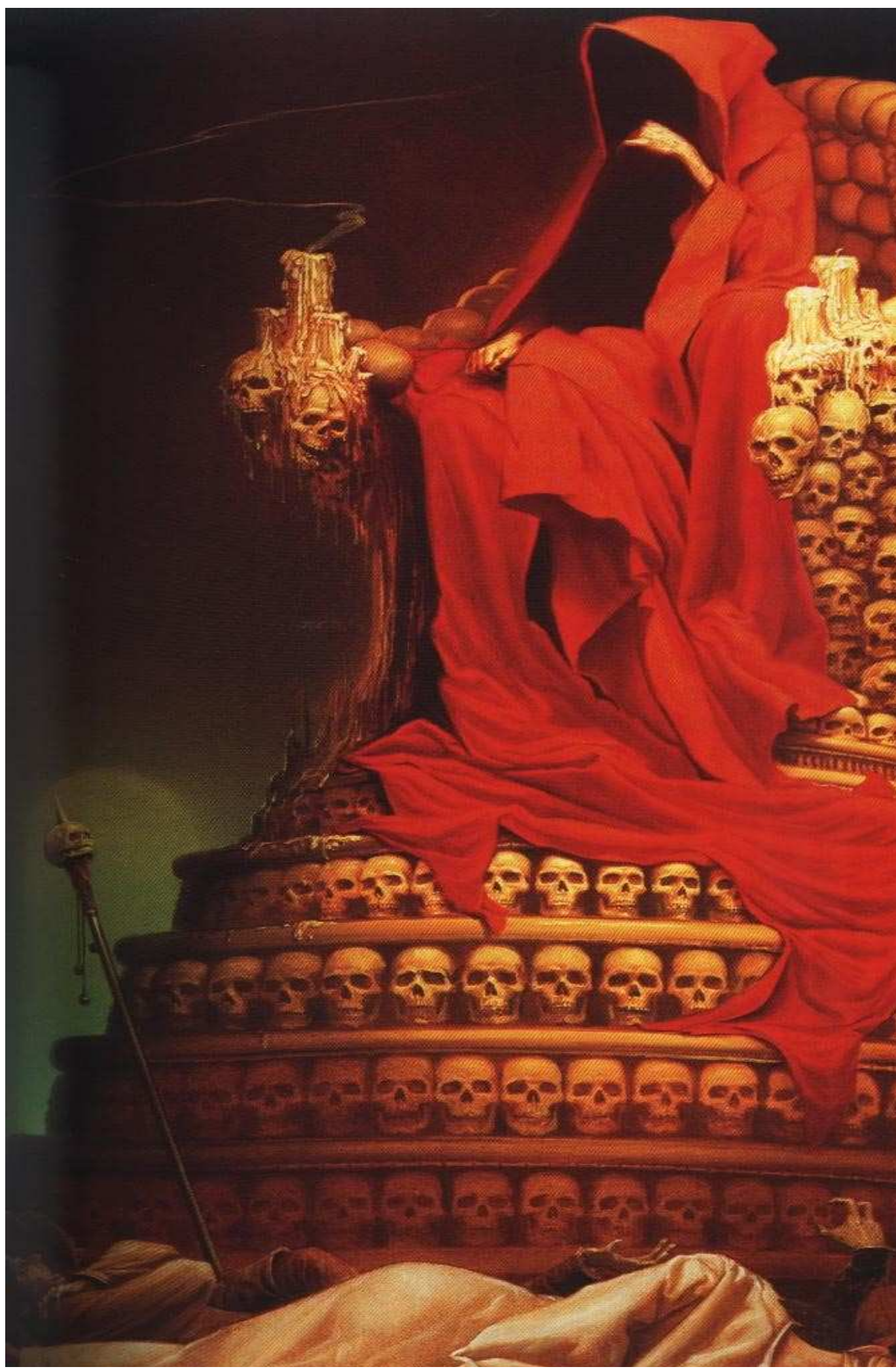
Esto era mucho más de lo que dijo Rolando realmente (como deberíamos saber, ya que estuvimos allí), y más que suficiente para Mordred.

Sin embargo, no lo era para Rando Pensativo. Tal vez sólo diez días antes habría logrado el propósito del anciano, que era incitar al chico a que lo matara rápidamente. Pero Mordred había madurado en un santiamén y ahora sofocó su primer impulso de simplemente saltar el puente hacia el patio del castillo, cambiando mientras embestía, y arrancarle a Rando Pensativo la cabeza con una sola pata velluda.

En cambio, miró a los cuervos—cientos de ellos, ahora—y ellos lo miraron a él, con tanta intensidad como estudiantes en un aula de clases. El chico hizo un gesto rápido con los brazos y luego apuntó hacia el anciano. Al instante el aire se llenó con el batir de alas. El Ministro del Rey se dio vuelta para escapar, pero antes de poder dar un solo paso, los cuervos descendieron sobre él como una nube de tinta. Levantó sus brazos para protegerse la cara mientras se agolpaban en su cabeza y hombros, convirtiéndolo en un espantapájaros. El gesto instintivo no funcionó; más de ellos se apilaron en sus brazos levantados hasta que el peso mismo de las aves lo obligó a bajarlos. Los picos mordisqueaban y perforaban el rostro del viejo, derramando sangre como puntos de un tatuaje.

«¡No!» gritó Mordred. «Déjenme a mí la piel... pero pueden comerse sus ojos».

Fue entonces, mientras los ávidos cuervos sacaban los ojos de Rando Pensativo de sus cuencas vivas, que el ex-Ministro de Estado emitió el aullido creciente que Rolando y Susannah escucharon al acercarse al borde de la aldea-Castillo. Los pájaros que no pudieron encontrar un sitio para posarse volaban alrededor de él como un rayo viviente.



Lo levantaron en vilo y le dieron vuelta y lo llevaron hacia el muchacho cambiante, quien había avanzado para ese momento hasta la mitad del puente y se había agachado allí. Las botas y la putrefacta chaqueta habían sido dejadas atrás para siempre del costado del puente que daba al pueblo; lo que esperaba a sai Pensativo, apoyado en sus patas traseras, las delanteras moviéndose en el aire, la marca roja en su velludo vientre demasiado visible, era Dan-Tete, el Pequeño Rey Rojo.

El hombre flotó hacia su destino, chillando y sin ojos. Movía sus manos frente a él, haciendo gestos para alejarlo, y las patas delanteras de la araña se hicieron con una de ellas, la guiaron a las fauces velludas de su boca, y la arrancaron con el crujido de una barra de caramelo.

¡Dulce!

OCHO

Esa noche, después de las últimas casas raramente estrechas, raramente desagradables, Rolando se detuvo frente a lo que probablemente había sido una pequeña granja. Se paró frente a las ruinas del edificio principal, olfateando.

«¿Qué, Rolando? ¿Qué?»

«¿Puedes sentir el olor de la madera de ese lugar, Susannah?»

Ella olisqueó. «De hecho, sí puedo—¿qué hay con eso?»

Él se dio vuelta para verla, sonriente. «Si la podemos oler, la podemos quemar».

Eso resultó ser correcto. Tuvieron problemas para encender el fuego, incluso ayudados por los más astutos trucos de Rolando y media lata de Sterno, pero al final lo consiguieron. Susannah se sentó tan cerca al fuego como pudo, dándose vuelta a intervalos regulares para tostarse por igual los dos lados. Había olvidado lo que era sentir calor, y siguió poniendo leña en las llamas hasta que la pequeña fogata fue una ardiente hoguera. A los animales en las tierras más allá por el Camino del Haz que se curaba, ese fuego debía parecerles un cometa que había caído a la tierra, aún ardiendo. Acho se sentó junto a ella, con las orejas agachadas, mirando al fuego como si estuviera hipnotizado. Susannah seguía esperando que Rolando objetara—que le dijera que dejara de poner leña en la maldita cosa y empezara a dejar que se quemara, por su padre—pero él no lo hizo. Sólo se sentó con sus pistolas desenfundadas ante él, aceitando las piezas. Cuando el fuego se puso demasiado caliente retrocedió unos cuantos pasos. Su sombra danzaba una commala vacilante y delgaducha a la luz del fuego.

«¿Puedes soportar una o dos noches más de frío?» le preguntó por fin a Susannah.

Ella asintió. «Si tengo que hacerlo».

«Una vez empecemos a ascender hacia las tierras nevadas va a hacer realmente mucho frío», dijo él, «Y si bien no puedo prometerte que tendremos que durar sin fuego por una sola noche, no creo que sean más de dos».

«Piensas que será más fácil encontrar presas si no hacemos una hoguera, ¿cierto?»

Rolando asintió y empezó a ensamblar de nuevo las pistolas.

«¿Habrá presas tan pronto como pasado mañana?»

«Sí».

«¿Cómo lo sabes?»

Rolando lo pensó, luego sacudió la cabeza. «No puedo decirlo—pero lo sé».

«¿Puedes olerlo?»

«No».

«¿Tocar sus mentes?»

«Tampoco es eso».

Susannah se rindió. «Rolando, ¿qué si Mordred envía los pájaros contra nosotros esta noche?»

Rolando sonrió y señaló hacia las llamas. Bajo ellas, un lecho creciente de carbones al rojo vivo brillaba y relucía como el aliento de un dragón. «No se acercarán a vuestra fogata».

«¿Y mañana?»

«Mañana estaremos más lejos de Le Casse Roi Russe de lo que incluso Mordred puede persuadirlos a ir».

«¿Y cómo sabes eso?»

Él volvió a sacudir la cabeza, aunque pensó que sabía la respuesta a su pregunta. Lo que sabía venía de la Torre. Podía sentir su latir despertando en su cabeza. Era como lo verde saliendo de una semilla seca. Aunque era demasiado pronto para decirlo.

«Recuéstate, Susannah», dijo. «Toma tu descanso. Haré guardia hasta medianoche, entonces te despertaré».

«De forma que ahora ponemos un guardia», dijo.

Rolando asintió.

«¿Nos está observando?»

Rolando no estaba seguro, pero creía que así era. Lo que su imaginación veía era un chico raquítrico (aunque con el vientre hinchido ahora, pues había comido bien), desnudo dentro de los trapos de un sucio abrigo roto. Un chico raquítrico acostado en una de esas casas poco naturalmente raquítricas, tal vez en el tercer piso, desde donde podía ver bien. Se sienta frente a una ventana con las rodillas contra el pecho para calentarse, la cicatriz en su costado tal vez doliéndole en el frío, observando las llamas de su hoguera, celoso de ella. Celoso de que tuvieran compañía también. Media-madre y Padre Blanco, dándole la espalda.

«Es probable», dijo.

Susannah empezó a recostarse, y luego se detuvo. Tocó la irritación junto a su boca. «Esto no es un grano, Rolando».

«¿No?» Se sentaba en calma, mirándola.

«Tenía una amiga en la universidad a la que le salió uno igual», dijo Susannah. «Sangraba, luego paraba, casi se sanaba, luego se oscurecía y sangraba un poco más. Por último fue a ver a un doctor—de un tipo especial que llamamos dermatólogo—y él dijo que era un angioma. Un tumor de sangre. Le puso una inyección de novocaína y se lo cortó con un escalpelo. Dijo que había sido bueno que hubiera ido en ese momento, pues cada día que esperaba la cosa metía sus raíces un poco más profundo. Eventualmente, dijo, se le habría metido hasta el paladar, y tal vez incluso hasta sus senos nasales también».

Rolando estaba callado, esperando. El término que había usado Susannah resonaba en su cabeza: tumor de sangre. Pensó que podía haber sido acuñado para describir al mismísimo Rey Carmesí. A Mordred también.

«No tenemos novocaína. Botas de bebé», dijo Detta Walker, «¡y yo sé eso, seguro! Pero si llega e' momento y te digo, tú saca' tu cuchillo y corta' ese feo hijoputa de mí. Va' a hacerlo más rápido de lo que el brambo ese puede coge' una mosca en el aire. ¿Me entiende'? ¿Capta' lo que digo?»

«Sí. Ahora acuéstate. Descansa un poco».

Ella se acostó. Cinco minutos después de que pareciera haberse dormido, Detta Walker abrió los ojos y lo

(Yo e'toy vigilándote, chico blanco)

miró. Rolando le asintió con la cabeza y ella volvió a cerrar los ojos. Uno o dos minutos después, se abrieron por segunda vez. Era Susannah quien lo miraba ahora, y esta vez cuando sus ojos se cerraron no volvieron a abrirse.

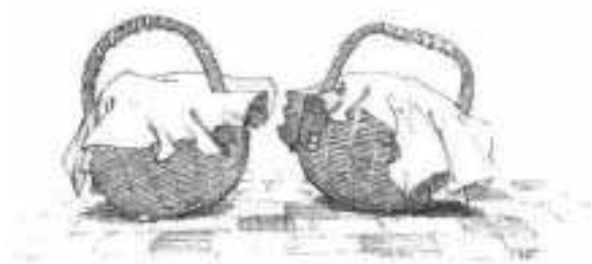
Rolando había prometido despertarla a medianoche, pero la dejó dormir dos horas más, sabiendo que al calor del fuego el cuerpo de Susannah realmente descansaba, al menos por esa única noche. A lo que su fino reloj nuevo decía era la una en punto sintió

finalmente que la mirada de su perseguidor desaparecía. Mordred había perdido su batalla por estar despierto a lo largo de las horas más oscuras de la noche, como le había pasado a innumerables niños antes que él. Dondequiera que quedara su cuarto, el solitario niño despreciado dormía ahora con su desastroso abrigo alrededor suyo y la cabeza en los brazos.

¿Y los labios de Mordred, aún manchados con la sangre de sai Pensativo, se apretaban y temblaban, como si soñaran con el pezón que conocieron sólo una vez, la leche que nunca saborearon?

Rolando no lo sabía. No quería particularmente saberlo. Sólo le alegraba estar despierto en medio de la noche, poniendo ocasionalmente leña en el fuego. Se apagaría pronto, pensó. La madera era más reciente que aquella con la cual habían sido construidas las casas de la aldea, pero aún así era vieja, endurecida hasta convertirse en algo que casi era piedra.

El día siguiente verían árboles. Los primeros desde Calla Bryn Sturgis, si se dejaban a un lado los que crecían bajo el sol artificial de Algul Siento y los que había visto en el mundo de Stephen King. Eso sería bueno. Entretanto, la oscuridad seguía fuerte. Después del círculo de la fogata agonizante un viento gimió, levantando el cabello de la sien de Rolando y transportando un leve y dulce olor a nieve. Movié la cabeza hacia atrás y observó el reloj de las estrellas moverse en la oscuridad sobre su cabeza.



Capítulo IV:

Pieles

UNO

Tuvieron que andar sin fuego tres noches en vez de una o dos. La última noche constituyó las más largas y desastrosas doce horas de la vida de Susannah. ¿Es peor que la noche en que murió Eddie? se preguntó en algún momento. ¿Realmente dices que esto es peor que yacer despierta en uno de esos cuartos de dormitorio, sabiendo que así ibas a permanecer el resto de tu vida? ¿Peor que lavarle el rostro, las manos y los pies? ¿Lavarlos para su entierro?

Sí. Esto era peor. Detestaba saberlo, y jamás se lo admitiría a nadie más, pero el profundo e interminable frío de esa última noche era mucho peor. Llegó a tener miedo de cada ligera brisa proveniente de las tierras nevadas al occidente y al sur. Era a la vez terrible y extrañamente humillante darse cuenta de la fácil manera en que la

incomodidad física podía tomar el control, expandiéndose como gas venenoso hasta que era dueña de todo el piso, dominando todo el campo de juego. ¿Tristeza? ¿Duelo? ¿Qué eran esas cosas cuando se podía sentir el frío en movimiento, entrando por tus dedos, arrastrándose por tu jodida nariz, y moviéndose hacia dónde? Hacia el cerebro, y que te plazca. Y hacia el corazón. En medio de un frío como ese, la tristeza y el duelo no eran más que palabras. No, ni siquiera eso. Sólo sonidos. Ruido sin sentido mientras te sentabas temblando bajo las estrellas, esperando una mañana que jamás llegaría.

Lo que empeoraba las cosas era saber que había fogatas potenciales en toda parte alrededor de ellos, pues habían llegado a la región viva que Rolando llamaba «la bajo nieve». Era una serie de largos oteros con pasto (en su mayoría blanco y muerto ahora) y valles profundos donde se erigían grupos aislados de árboles y riachuelos congelados. Antes, a la luz del día, Rolando le había señalado varios agujeros en el hielo y le había dicho que los habían hecho los venados. También señaló varios montículos de excrementos. A la luz del día esa señal había resultado interesante, incluso esperanzadora. Sin embargo, en esa noche interminable, escuchando el ritmo constante de sus dientes tiritando, no significaba nada. Eddie no significaba nada. Tampoco Jake. La Torre Oscura no significaba nada, ni la fogata que habían hecho en los suburbios de la aldea Castillo. Podía recordar cómo se veía, pero la sensación del calor en su piel hasta que le produjo sudor se había perdido del todo. Como una persona que ha muerto por un momento o dos y ha visitado brevemente algún más allá brillante, Susannah sólo podía decir que había sido maravilloso.

Rolando se sentaba rodeándola con sus brazos, en ocasiones tosiendo secamente y con fuerza. Susannah pensó que se podía estar enfermando, pero esa idea tampoco tenía poder. Sólo el frío.

Una vez—poco antes de que el alba por fin empezara a teñir el cielo en el este— Susannah vio luces color naranja bailando a la distancia, después del lugar donde empezaba la nieve. Le preguntó a Rolando si tenía alguna idea de qué eran. No le interesaba realmente, pero escuchar su propia voz le confirmaba que no estaba muerta. Al menos no aún.

«Creo que son hobs».

«¿Q-Qué s-son?» Ahora tartamudeaba y balbuceaba todo.

«No sé cómo explicártelos», dijo. «Y realmente no hay necesidad. Los verás a su tiempo. En este instante si escuchas, oirás algo más cerca y más interesante».

Al comienzo, Susannah sólo escuchaba el susurro del viento. Luego bajó y sus oídos captaron el sonido de la hierba cuando la pisaban. Esto fue seguido por un leve sonido crujiente. Supo exactamente qué era: un casco caminando por hielo delgado, rompiéndolo para que saliera al frío mundo exterior. También sabía que en tres o cuatro días podría estar vestida con un abrigo hecho del animal que ahora bebía cerca, pero

esto tampoco tenía significado. El tiempo era un concepto inútil cuando uno se sentaba despierto en medio de la oscuridad y con un dolor constante.

¿Había pensado que tenía frío antes? Eso era bastante gracioso, ¿o no?

«¿Qué hay de Mordred?» preguntó. «¿Crees que está allí afuera?»

«Sí».

«¿Y siente el frío como nosotros?»

«No lo sé».

«No puedo soportar mucho más de esto, Rolando—realmente no puedo».

«No tendrás que hacerlo. Pronto amanecerá, y espero que mañana en la noche tengamos un fuego». Tosió en su puño, luego volvió a abrazarla. «Te sentirás mejor una vez nos levantemos y estemos haciendo algo. Entretanto, al menos estamos juntos».

DOS

Mordred tenía tanto frío como ellos, y no tenía a nadie.

Sin embargo, estaba lo suficientemente cerca como para oírlos: no sus palabras exactas, sino el sonido de sus voces. Temblaba de manera incontrolable y se había llenado la boca de pasto muerto cuando empezó a asustarse de que los agudos oídos de Rolando captaran el sonido de sus dientes tiritando. La chaqueta del empleado ferroviario no era de ayuda; la había arrojado cuando se había roto tanto que ya no podía mantenerla unida. Había llevado puestas las mangas al salir de la aldea Castillo, pero entonces también se despedazaron, empezando por los codos, y las arrojó al pasto junto al viejo camino con una petulante maldición. Sólo era capaz de seguir usando las botas porque había logrado tejer pasto largo en forma de cuerda. Con ella había atado lo que le quedaba de botas en los pies.

Había considerado la idea de volver a su forma de araña, sabiendo que el cuerpo sentiría menos el frío, pero toda su corta vida había sido plagada por el espectro de la inanición y supuso que parte de él siempre le tendría miedo, sin importar cuánta comida tuviera a mano. Sabían los dioses que no había mucha ahora; tres brazos cercenados, cuatro piernas (dos parcialmente comidas) y un pedazo de torso de la cesta de mimbre, eso era todo. Si cambiaba, la araña se comería ese poco antes de que amaneciera. Y si bien había presas allí—escuchaba al venado moviéndose por ahí tan claro como su Papi Blanco—Mordred no confiaba del todo en su capacidad de atraparlo, o perseguirlo.

De forma que se sentó y tembló y escuchó el sonido de las voces hasta que se callaron. Tal vez dormían. Él mismo podía haber dormitado un poco. Y lo único que evitaba que renunciara y regresara era su odio por ellos. Que se tuvieran uno al otro cuando él no tenía a nadie. A nadie en absoluto.

Mordred está a-hambriento, pensó miserablemente. Mordred tiene a-frío. Y Mordred no tiene a nadie. Mordred está solo.

Dejó que la muñeca de su mano se metiera en su boca, mordió con fuerza y chupó la tibieza que brotó. En la sangre, saboreó lo último de la vida de Rando Pensativo... ¡pero tan poco! ¡Tan rápido se acabó! Y una vez se acabó, no quedó nada más que el inútil sabor reciclado de sí mismo.

En la oscuridad, Mordred empezó a llorar.

TRES

Cuatro horas después que amaneció, bajo un cielo blanco que prometía lluvia o aguanieve (tal vez las dos al mismo tiempo), Susannah Dean yacía temblando tras un tronco caído,

mirando hacia abajo hacia uno de los pequeños valles. Escucharás a Acho, le había dicho el pistolero. Y también me escucharás a mí. Haré lo que pueda, pero los estaré empujando hacia delante y tú tendrás el mejor ángulo para disparar. Haz que cada disparo cuente.

Lo que empeoraba las cosas era su creciente intuición de que Mordred estaba ahora muy cerca y que podía intentar emboscarla mientras ella daba la espalda. Miraba a los lados incesantemente, pero habían escogido un punto relativamente claro y el prado abierto detrás de ella había estado vacío cada vez, excepto en una ocasión en que vio a un gran conejo oscuro caminando por allí con las orejas contra el suelo.

Por fin escuchó el ladrido agudo de Acho desde el matorral de árboles a su izquierda. Un momento después Rolando empezó a gritar. «¡Hia! ¡Hia! ¡Apresúrate! ¡Apresúrate, te digo! ¡Nunca demores! ¡Nunca demores ni un—!» Luego el sonido de la tos de Rolando. No le gustaba esa tos. No, en lo absoluto.

Ahora podía ver movimiento en los árboles, y por una de las pocas veces desde que Rolando la había obligado a admitir que había otra persona oculta dentro de ella, llamó a Detta Walker.

Te necesito. Si quieres tener calor otra vez, sostenme las manos para que pueda disparar sin temblar.

Y el temblor incesante de su cuerpo se detuvo. Cuando la manada de ciervos salió corriendo de los árboles—y no era una manada pequeña; debían ser al menos dieciocho, dirigidos por un macho con una magnífica cornamenta—sus manos también dejaron de temblar. En la derecha sostenía el revólver de Rolando con las culatas de sándalo.

Allí venía Acho, saltando del bosque tras el último rezagado. Era una hembra mutante, corriendo (y con una extraña gracia) en cuatro patas de tamaños diferentes con una quinta moviéndose sin huesos desde la mitad de su vientre como una ubre. En último lugar venía Rolando, no realmente corriendo, ya no, sino más bien tambaleándose hacia

delante con un trote sombrío. Susannah lo ignoró, rastreando al macho con la pistola mientras corría a lo largo de su campo de fuego.

«Por aquí», susurró. «Muévete a la derecha, dulzura, veamos cómo lo haces. Commalaven-ven».

Y si bien no había razón para que lo hiciera, el macho que dirigía su pequeña manada en fuga giró levemente en dirección de Susannah. Ahora estaba llena con el tipo de frialdad que agradecía. Su visión pareció afinarse hasta que podía ver los músculos moviéndose bajo la piel del macho, el blanco cuando sus ojos se movían, la vieja herida en la pata delantera de la hembra más cercana, donde la piel nunca le había vuelto a crecer. Tuvo un momento para desear que Eddie y Jake estuvieran acostados a su lado, sintiendo lo que ella, viendo lo que ella, y entonces eso también desapareció.

No mato con mi pistola; la que mata con su pistola ha olvidado el rostro de su padre.

«Mato con mi corazón», murmuró, y empezó a disparar.

La primera bala le dio al macho que iba delante en la cabeza, y éste cayó a su izquierda. Los demás siguieron corriendo. Una hembra saltó y la segunda bala de Susannah le dio en el punto más alto de su salto, de forma que aterrizó muerta del otro lado, con una pierna abierta y rota, toda la gracia desaparecida.

Escuchó a Rolando disparar tres veces, pero no volteó a ver cómo le había ido; tenía que atender a sus propios negocios, y los atendió bien. Cada una de las últimas cuatro balas en el tambor se llevó a un ciervo, y sólo uno se movía aún cuando cayó. No se le ocurrió que eso fuera una asombrosa demostración de tiro, especialmente con una pistola; era una pistolera, después de todo, y el tiro era su negocio.

Además, no había viento en la mañana.

La mitad de la manada yacía ahora muerta en el valle lleno de prados abajo. Los demás, excepto uno, viraron a la izquierda y se lanzaron hacia el arroyo. Un momento después se perdieron tras una cortina de sauces. El último, un joven macho, corrió directamente hacia ella. Susannah no se molestó en intentar recargar de la pequeña pila de balas a su lado en un pedazo de piel, sino que tomó uno de los platos 'Riza, su mano hallando automáticamente el sitio de donde se asían.

«¡'Riza!» gritó y lo lanzó. Voló a lo largo del pasto seco, elevándose ligeramente, soltando ese raro sonido gimiente. Le dio al macho que corría en la mitad del cuello. Goterones de sangre volaron como una guirnalda alrededor de su cabeza, negra contra el blanco cielo. Un cuchillo de carnicero no podría haber hecho un trabajo más limpio. Por un momento el macho siguió corriendo, descuidado y descabezado, la sangre saliendo a chorros del muñón de su cuello mientras su corazón que corría daba su última media docena de latidos. Luego se desplomó sobre sus patas delanteras separadas a menos de diez metros del escondite de Susannah, tiñendo el seco pasto amarillo de un rojo brillante.

La larga miseria de la noche previa estaba olvidada. La sensación de adormecimiento se había ido de sus manos y piernas. No había tristeza en ella ahora, ninguna sensación de pérdida, ningún miedo. Por el momento Susannah era exactamente la mujer que él había hecho de ella. El olor mezclado de la pólvora y la sangre del macho era amargo; también era el perfume más dulce del mundo.

Incorporándose sobre sus muñones, Susannah separó los brazos, la pistola de Rolando bien agarrada en la mano derecha, e hizo una Y contra el cielo. Luego gritó. No había palabras en ello, ni podría haberlas. Nuestros más grandes momentos de triunfo siempre son inarticulados.

CUATRO

Rolando había insistido en que desayunaran muy bien, y las protestas de Susannah de que la carne fría con maíz sabía a papilla grumosa las había ignorado completamente. Para las dos de esa tarde de acuerdo al reloj de fantasía de bolsillo de Rolando—más o menos para cuando la fría lluvia regular se había convertido en una llovizna helada, en otras palabras—Susannah estaba alegre. Jamás había tenido un día tan difícil de trabajo físico y el día aún no acababa. Rolando estuvo junto a ella todo el tiempo, igualándola a pesar de su tos cada vez peor. Susannah tuvo tiempo (durante su breve pero locamente delicioso almuerzo de filetes de venado asados) para pensar en lo extraño que era él, lo extraordinario. Después de todo ese tiempo y todas esas aventuras, Susannah aún no le había visto el fondo. Ni siquiera de cerca. Lo había visto riendo y llorando, matando y bailando, lo había visto durmiendo y acurrucado tras unos arbustos, con los pantalones en los tobillos y el trasero sobre lo que él llamaba el Tronco del Alivio. Jamás había dormido con él como una mujer duerme con un hombre, pero creía que lo había visto en todas las demás circunstancias, y... no, aún no le veía el fondo.

«Esa tos me suena más y más a neumonía», comentó Susannah, no mucho después que hubiera empezado la lluvia. Estaban en la parte de las actividades del día que Rolando llamaba aven-car: cargar lo que se ha cazado y prepararse para convertirlo en algo más.

«Nunca dejes que eso te preocupe», dijo Rolando. «Tengo aquí lo que necesito para curarla».

«¿Dices verdad?» preguntó dudosa.

«Sí. Y éstas, que nunca perdí». Buscó en su bolsillo y le mostró una manotada de tabletas de aspirina. Susannah pensó que la expresión en su rostro era de reverencia real, y ¿por qué no? Era posible que Rolando le debiera su vida a lo que llamaba astina. Astina y cheflet.

Cargaron a sus presas hasta la parte trasera del Taxi de Lujo de Ho Fat y lo arrastraron hasta el arroyo. Les tomó en total tres viajes. Una vez apilaron los cadáveres, Rolando puso cuidadosamente la cabeza del macho joven sobre la pila, desde donde los miró con sus ojos vidriosos.

«¿Para qué quieres eso?» preguntó Susannah, con algo de Detta en su voz.

«Vamos a necesitar todos los cerebros que podamos conseguir», dijo Rolando, y de nuevo tosió secamente en su puño. «Es una forma sucia de hacer el trabajo, pero es rápida, y funciona».

CINCO

Cuando sus presas estuvieron apiladas junto al arroyo helado («Al menos no tenemos que preocuparnos por las moscas», dijo Rolando), el pistolero empezó a recoger leña. Susannah ansiaba el fuego, pero su terrible necesidad de la noche previa había desaparecido. Había estado trabajando duro y por el momento, al menos, tenía el calor suficiente para sentirse bien. Intentó recordar la profundidad de su desesperación, cómo el frío se había metido hasta sus huesos, convirtiéndolos en cristal, y no pudo hacerlo. Supuso que era porque el cuerpo tenía una manera de olvidar las peores cosas, y sin la cooperación del cuerpo todo lo que tenía el cerebro eran recuerdos como fotografías descoloridas.

Antes de empezar con su tarea de recolección de leña, Rolando inspeccionó el banco del arroyo helado y excavó un pedazo de roca. Se la pasó a Susannah y ella frotó su pulgar contra su superficie lechosa y alisada por el agua. «¿Cuarzo?» preguntó, pero no pensaba que lo fuera. No del todo.

«No conozco esa palabra, Susannah. Nosotros la llamamos chert. Sirve para hacer herramientas primitivas pero muy útiles: hachas, cuchillos, broquetas, cuchillos para pelar las pieles. Es esto último lo que queremos. También al menos un martillo».

«Sé qué vamos a pelar, pero ¿qué vamos a martillar?»

«Te lo mostraré, pero primero, ¿vendrás conmigo aquí por un momento?»

Rolando se puso de rodillas y tomó la fría mano de Susannah entre las suyas. Juntos quedaban frente a la cabeza del venado.

«Te agradecemos por lo que vamos a recibir», le dijo Rolando a la cabeza y Susannah tembló. Así era exactamente como empezaba su padre cuando iba a dar la bendición antes de una gran cena, una donde se reunía toda la familia.

Nuestra propia familia está rota, pensó, pero no lo dijo; lo hecho, hecho estaba. La respuesta que dio fue una que le enseñaron de niña: «Padre, te damos gracias».

«Guía nuestras manos y guía nuestros corazones mientras tomamos vida de la muerte», dijo Rolando. Luego la miró, con las cejas enarcadas, preguntando sin decir una palabra si ella tenía más que decir.

Susannah descubrió que así era. «Padre Nuestro, que estás en el cielo, santificado sea Tu nombre. Venga tu reino, hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo. Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. No nos dejes caer

en tentación; líbranos del mal. Tuyo es el reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos».

«Ésa es una hermosa oración», dijo Rolando.

«Sí», concordó Susannah. «No la dije del todo bien—ha pasado mucho tiempo—pero aún es la mejor oración. Ahora hagamos lo que tenemos que hacer, mientras aún puedo sentir las manos».

Rolando le respondió con un amén.

SEIS

Rolando tomó la cabeza cercenada del joven venado (su cornamenta incipiente hacía fácil levantarla), la puso frente a él, luego golpeó el trozo de piedra del tamaño de un puño contra el cráneo. Se escuchó un crujido silenciado que hizo que a Susannah se le encogiera el estómago. Rolando agarró los cuernos y haló, primero a la izquierda y

luego a la derecha. Cuando Susannah vio la forma en que el cráneo roto se movía bajo la piel, su estómago hizo más que encogerse; hizo un lento movimiento en espiral.

Rolando lo golpeó dos veces más, moviendo el pedazo de chert con una precisión casi quirúrgica. Luego usó su cuchillo para cortar un círculo en la piel de la cabeza, que luego sacó halando como si fuera una gorra. Esto reveló el cráneo roto que estaba debajo. Rolando metió el cuchillo en la grieta más ancha y lo usó como palanca. Cuando estuvo expuesto el cerebro del venado, lo sacó, lo puso con cuidado a un lado y miró a Susannah. «Queremos todos los cerebros de todos los venados que matamos y para eso es que necesitamos un martillo».

«Oh», dijo Susannah con una voz ahogada. «Cerebros».

«Para hacer un engrudo para curtir. Pero hay más usos para el chert que eso. Mira». Le mostró como entrechocar dos trozos hasta que uno se rompía, dejando pedazos largos, casi iguales, en vez de trozos irregulares. Sabía que las rocas metamórficas se rompían así, pero el esquisto y las de su clase eran generalmente demasiado endebles como para hacer buenas herramientas. Esta cosa era fuerte.

«Cuando obtengas trozos que se rompan gruesos lo suficiente como para cogerlos de un lado pero delgados hasta formar un filo en el otro», dijo Rolando, «ponlos a un lado. Esos serán los que usemos para despellejar. Si tuviéramos más tiempo podríamos hacer empuñaduras, pero no es así. Nuestras manos van a estar muy irritadas para cuando vayamos a dormir».

«¿Cuánto tiempo crees que tome conseguir suficientes cuchillos para despellejar?»

«No mucho», dijo Rolando. «El chert se rompe fácilmente, o eso solía escuchar».

Mientras Rolando recogía leña para una hoguera en un matorral de sauces y alisos junto al arroyo congelado, Susannah inspeccionó los bancos, en busca de chert. Para cuando

había encontrado una docena de trozos largos, también había localizado una roca de granito que salía de la tierra en una suave curva pulida por el clima. Pensó que sería un buen yunque.

El chert realmente se rompió fácil y tenía treinta cuchillos potenciales para despellejar para cuando Rolando traía su tercera carga de madera. Rolando hizo una pequeña pila que encendió y que Susannah guareció con las manos. Para entonces caía aguanieve, y aunque trabajaban bajo un cúmulo bastante denso de árboles, Susannah pensaba que no tardarían mucho en estar ensopados.

Cuando la hoguera encendió, Rolando se alejó unos pasos, se puso de rodillas de nuevo, y entrecruzó las manos.

«¿Rezando otra vez?» preguntó ella, divertida.

«Lo que aprendemos en la niñez tiene una forma de persistir», respondió él. Cerró los ojos unos momentos, luego se llevó sus manos entrecerradas a la boca y se las besó. La única palabra que Susannah le escuchó decir fue Gan. Luego Rolando abrió los ojos y levantó las manos, separando los brazos y haciendo un bonito gesto que a Susannah le parecía como el de pájaros que alzan el vuelo. Cuando Rolando volvió a hablar, su voz era seca y prepotente: Sr. Me Hago Cargo de Mis Asuntos. «Eso está muy bien, entonces», dijo. «Vamos a trabajar».

SIETE

Hicieron cuerda con el pasto, como lo había hecho Mordred, y colgaron al primer venado—el que ya no tenía cabeza—de sus patas traseras de la rama baja de un sauce. Rolando usó su cuchillo para rasgarle el vientre, luego metió la mano entre las tripas, buscó y sacó dos órganos rojos goteantes que Susannah creía eran riñones.

«Estos son para la fiebre y la tos», dijo y mordió el primero como si fuera una manzana. Susannah soltó un gruñido y movió la cabeza para mirar el arroyo hasta que Rolando terminó. Cuando lo hizo, se volvió para mirarlo y lo vio cortar círculos alrededor de las piernas colgantes cerca al lugar donde se unían con el cuerpo.

«¿Estás mejor?» le preguntó incómoda.

«Lo estaré», dijo. «Ayúdame a arrancarle la piel a este tipo. Queremos la primera con el pelo aún en ella—necesitamos hacer un tazón para nuestro engrudo. Ahora mira».

Metió los dedos en el sitio donde la piel del venado aún estaba pegada al cuerpo por la gruesa capa de grasa y músculo bajo ella, y después haló. La piel se rasgó fácilmente hasta un punto a medio camino hacia abajo en la mitad del venado. «Ahora hala de tu lado, Susannah».

Meter los dedos por debajo fue lo único difícil. Esta vez halaron al tiempo, y cuando tuvieron la piel hasta las piernas colgantes, les recordó vagamente a una camisa. Rolando usó el cuchillo para cortarla y después empezó a cavar en la tierra un pequeño

camino desde la fogata ardiente pero aún bajo el amparo de los árboles. Susannah le ayudó, disfrutando de la forma en que el sudor le resbalaba por el rostro y el cuerpo. Cuando tuvieron un agujero en forma de tazón de poco más de medio metro de ancho y unos cuarenta centímetros de profundidad, Rolando lo forró con la piel.

Toda esa tarde tomaron turnos despellejando a los otros ocho venados que habían matado. Era importante hacerlo tan rápido como pudieran, pues cuando se secara la capa subyacente de grasa y músculo, el trabajo se haría más lento y pesado. El pistolero mantenía vivo el fuego, dejando a cada instante a Susannah para sacar las cenizas. Cuando se habían enfriado lo suficiente como para que no hicieran agujeros en el forro de su tazón, las arrojaba al agujero que habían hecho. Para las cinco de la tarde a Susannah le dolían bastante la espalda y los brazos, pero siguió trabajando. El rostro, cuello y manos de Rolando estaban cómicamente manchados de ceniza.

«Te pareces a un tipo en uno de esos espectáculos en que los blancos se disfrazaban de negros», dijo Susannah en algún momento. «Rastus Coon».

«¿Quién es ése?»

«Nadie más que el tonto de los blancos», respondió Susannah. «¿Crees que Mordred está allí fuera, viendo cómo trabajamos?» Había estado prestando guardia todo el día por él.

«No», dijo Rolando, tomándose un descanso. Se quitó el cabello de la frente, dejando una mancha fresca y haciendo que Susannah pensara ahora en los penitentes del Miércoles de Ceniza. «Creo que se ha ido a cazar sus propias presas».

«Mordred está a-hambriento», dijo Susannah. Después dijo: «Puedes tocarlo un poco, ¿o no? Al menos lo suficiente para saber si está aquí o se ha ido».

Rolando lo meditó y luego dijo simplemente: «Soy su padre».

OCHO

Cuando oscureció ya tenían un largo montón de pieles de venado y una pila de cadáveres despellejados y sin cabezas que sin duda estaría lleno de moscas si el clima fuera más cálido. Comieron otra inmensa cena de filetes de venado, simplemente deliciosa, y Susannah pensó de nuevo en Mordred, en algún sitio allí en la oscuridad, probablemente comiendo su propia cena cruda. Tal vez tendría fósforos, pero no era estúpido; si vieran otra fogata en medio de toda esa oscuridad correrían hacia ella. Y hacia él. Luego, bang-bang-bang, adiós Chico Araña. Susannah sintió una sorprendente cantidad de simpatía hacia él y se dijo que debía tener cuidado con eso. Ciertamente él no habría sentido ninguna por ella ni por Rolando, de estar en la misma situación.

Cuando terminaron de comer, Rolando se secó los dedos grasosos en la camisa y dijo, «Eso supo bien».

«En eso tienes razón».

«Ahora saquemos los cerebros. Luego dormiremos».

«¿Uno a la vez?» preguntó Susannah.

«Sí—por lo que sé, los cerebros sólo vienen de a uno por cliente».

Por un momento Susannah estuvo demasiado sorprendida al escuchar la frase de Eddie (uno por cliente)

saliendo de la boca de Rolando, como para darse cuenta de que había hecho un chiste. Malo, sí, pero un chiste real. Luego logró una risa improvisada. «Muy chistoso, Rolando. Sabes de qué estoy hablando».

Rolando asintió. «Dormiremos uno a la vez y prestaremos guardia, sí. Creo que eso sería lo mejor».

El tiempo y la repetición habían hecho su trabajo; Susannah había visto demasiadas tripas saliendo como para que le dieran asco unos cuantos cerebros. Quebraron cabezas, usaron el cuchillo de Rolando (el borde ya romo) para abrir cráneos y sacaron los cerebros de sus presas. Los pusieron cuidadosamente a un lado, como un racimo de grandes huevos grises. Para cuando el último venado fue descerebrado, los dedos de Susannah estaban tan irritados e hinchados que difícilmente podía doblarlos.

«Acuéstate», dijo Rolando. «Duerme. Tomaré la primera guardia».

Susannah no lo discutió. Con su estómago lleno y el calor del fuego, sabía que el sueño vendría rápidamente. También sabía que cuando se levantara al día siguiente estaría tan adolorida que incluso sentarse sería difícil y doloroso. Sin embargo, en ese momento no le importaba. Una sensación de inmensa satisfacción la llenaba. Algo de ello era por haber comido algo caliente, pero de ninguna manera era sólo por eso. En su mayor parte, su bienestar surgía de un día de trabajo duro, nada más y nada menos que de eso. La sensación de que no estaban sólo flotando por allí sino trabajando por sí mismos.

Jesús, pensó, creo que me estoy volviendo republicana a mi avanzada edad.

Algo más se le ocurrió en ese momento: lo silencioso que estaba todo. No había más sonidos que el viento, la aguanieve susurrante (empezando a amainar) y el crujido del bendito fuego.

«¿Rolando?»

Él alzó la mirada hacia ella desde su lugar junto al fuego, con las cejas enarcadas.

«Has dejado de toser».

Rolando sonrió y asintió. Susannah se llevó esa sonrisa a su sueño, pero fue con Eddie con quien soñó.

Permanecieron tres días en el campamento junto al arroyo y durante ese tiempo Susannah aprendió más sobre hacer prendas de cuero de lo que jamás habría creído (y mucho más de lo que realmente quería saber).

Buscando por más de kilómetro y medio en cada dirección a lo largo del arroyo encontraron un par de troncos, uno para cada uno. Mientras buscaban, usaron su olla improvisada para poner en remojo sus pieles en una sopa oscura compuesta por ceniza y agua. Pusieron sus troncos en ángulo contra los troncos de los sauces (cerca, para que pudieran trabajar uno junto a la otra) y usaron los cuchillos de chert para eliminar el pelo de las pieles. Esto les tomó un día. Cuando terminaron, le sacaron el agua a la «olla», la cubrieron de piel y la volvieron a llenar, esta vez con una mixtura de agua y los cerebros aplastados. Este «curtido en clima frío» le resultaba nuevo a Susannah. Pusieron las pieles en este engrudo para que se empaparan durante toda la noche y, mientras Susannah empezaba a hacer hilo con fibras de cartílago y tendón, Rolando volvió a afilar su cuchillo, luego lo usó para tallar media docena de agujas de hueso. Cuando terminó, todos los dedos le sangraban por docenas de heridas poco profundas. Se las cubrió con ceniza y durmió con ellas así, sus manos como si estuvieran cubiertas por largos e incómodos guantes de un gris negruzco. Cuando se las lavó en un arroyo al día siguiente, Susannah se sorprendió de ver que las heridas ya estaban bien. Intentó ponerse algo de esa ceniza de madera en la persistente irritación junto a su boca, pero le causó un horrible escozor

y se la lavó rápidamente.

«Quiero que me cortes esta maldita cosa», dijo.

Rolando sacudió la cabeza. «Le daremos un poco más de tiempo para que sane solo».

«¿Por qué?»

«Cortar un grano es mala idea a menos que no haya más alternativa. Especialmente aquí fuera, en lo que Jake habría llamado ‘los suburmios’».

Susannah estuvo de acuerdo (sin molestarse en corregirle la pronunciación), pero imágenes desagradables se le metieron en la cabeza cuando se acostó: visiones de la pústula empezando a expandirse, borrándole el rostro centímetro a centímetro, convirtiendo su cabeza en un negro tumor costroso y sangrante. En la oscuridad, tales visiones tenían una horrible capacidad de persuasión, pero afortunadamente estaba demasiado cansada para que ellas la mantuvieran por mucho tiempo en vela.

En su segundo día en lo que Susannah había empezado a llamar el Campamento de las Pielas, Rolando construyó un marco grande y endeble sobre una nueva fogata, una que era pequeña y lenta. Pusieron las pieles al humo por parejas y luego las ponían a un lado. El olor del producto terminado era sorprendentemente agradable. Huele a cuero, pensó, poniéndose una contra la cara y después tuvo que reír. Después de todo eso era exactamente lo que era.

El tercer día lo pasaron «haciendo», y en ello finalmente Susannah superó al pistolero. Rolando cosía una puntada ancha y apenas servible. Susannah creía que los chalecos y piernas que hacía el pistolero resistirían un mes, dos cuando más, y luego empezarían a descoserse. Ella era mucho más adepta. Coser era una habilidad que les había aprendido a su madre y sus dos abuelas. Al comienzo las agujas de hueso de Rolando le parecieron desesperantemente incómodas y tuvo que detenerse el tiempo suficiente como para cubrirse el pulgar y el índice con pequeños dedales de piel de venado que aseguró con el hilo. Después de eso fue más rápido y para la mitad de la tarde del día de hacer tomaba prendas de la pila de Rolando y colocaba sobre las puntadas de Rolando las suyas propias, que eran más finas y estrechas. Pensó que Rolando podría objetarle que hiciera eso—los hombres eran orgullosos—pero no fue así, lo que probablemente era sabio. Muy probablemente habría sido Detta la que respondiera a cualquier queja o protesta.

Para el momento en que llegó su tercera noche en el Campamento de las Pielas, cada uno tenía un chaleco, un par de piernas y un abrigo. También tenían un par de mitones cada uno. Estos eran grandes e irrisorios, pero mantendrían sus manos tibias. Y, a propósito de manos, una vez más Susannah apenas si podía doblar las suyas. Miró dudosa hacia las pieles restantes y le preguntó a Rolando si iban a pasar otro día de hacer allí.

Rolando consideró la idea y luego dijo que no con la cabeza. «Cargaremos las que quedan en el Tac-sí Ho Fat, creo, junto con algo de la carne y pedazos de hielo del arroyo para mantenerla fresca y buena».

«El Taxi no nos va a servir mucho cuando lleguemos a la nieve, ¿o sí?»

«No», admitió el pistolero, «pero para entonces el resto de las pieles serán ropa y la carne ya habrá sido comida».

«Simplemente no puedes quedarte más tiempo en este lugar, eso es lo que pasa, ¿no? La escuchas llamando. A la Torre».

Rolando miró hacia el fuego y no dijo nada. Ni tuvo necesidad de hacerlo.

«¿Qué haremos para llevar nuestro gunna cuando lleguemos a las tierras blancas?»

«Construir un trineo pequeño que halaremos. Y habrá mucho para cazar».

Susannah asintió y empezó a recostarse. Rolando la tomó de los hombros y le dio vuelta hacia la fogata. Su rostro se acercó al de ella y por un momento Susannah pensó que le iba a dar el beso de las buenas noches. En cambio, Rolando miró por largo tiempo a la irritación costrosa junto a su boca.

«¿Y bien?» preguntó por último. Pudo haber dicho más, pero Rolando habría sentido el temblor en su voz.

«Creo que está un poco más pequeño. Una vez dejemos atrás las Tierras Malas, puede que se cure solo».

«¿Realmente dices eso?»

El pistolero lo negó al punto con la cabeza. «Digo que puede. Ahora acuéstate, Susannah. Toma tu descanso».

«De acuerdo, pero no me dejes dormir de más esta vez. Quiero vigilar lo que me corresponde».

«Sí. Ahora acuéstate».

Susannah lo obedeció y estuvo dormida incluso antes de cerrar los ojos.

DIEZ

Ella está en el Central Park y hace el suficiente frío como para que vea el vapor de su respiración. Sobre su cabeza el cielo está blanco de lado a lado, un cielo de nieve, pero no tiene frío. No, no con su nuevo abrigo, piernas, chaleco y graciosos mitones de piel de venado. También hay algo en su cabeza, cubriéndole las orejas y manteniéndoselas tan tibias como el resto de su ser. Se quita la gorra, curiosa, y ve que no es de piel de venado como el resto de su ropa nueva, sino una gorra navideña roja y verde. Escrito en el frente está FELIZ NAVIDAD.

Susannah la observa, aturdida. ¿Se puede tener un déjà vu en un sueño? Al parecer, sí. Mira a los lados y allí están Eddie y Jake, sonriéndole. No llevan gorras y Susannah se da cuenta de que tiene en sus manos una combinación de las que ellos llevaban en algún otro sueño. Siente una inmensa explosión de alegría, como si acabara de resolver algún problema supuestamente irresoluble: hacer cuadrado el círculo, digamos, o hallar el Último Número Primo (toma ésa, Blaine, que te queme el cerebro, loco tren chu-chu).

Eddie lleva una camiseta que dice ¡YO TOMO NOZZ-A-LA!

Jake lleva una que dice ¡YO CONDUZCO LA TAKURO SPIRIT!

Los dos tienen tazas de chocolate caliente, el mit schlag perfecto por encima y pequeñas salpicaduras de nuez moscada sobre la crema.

«¿Qué mundo es este?» les pregunta, y se da cuenta de que cerca en algún lugar un grupo de gente canta el villancico «Qué Niño es Este».

«Debes dejar que siga su camino solo», dice Eddie.

«Sí, y debes tener cuidado con Dandelo», dice Jake.

«No entiendo», dice Susannah y estira sus manos con el gorro hacia ellos. «¿No era suyo esto? ¿No lo compartían?»

«Podría ser tu sombrero, si lo quieres», dice Eddie, y luego estira su taza hacia ella. «Mira, te traje chocolate caliente».

«No más gemelos», dice Jake. «Sólo hay un sombrero, ¿no lo ves?»

Antes de que pueda responder, se escucha una voz en el aire y el sueño empieza a desenmarañarse. «DIECINUEVE», dice la voz. «Esto es DIECINUEVE, esto es CHASSIT».

Con cada palabra el mundo se vuelve más irreal. Puede ver a través de Eddie y Jake. El buen olor del chocolate caliente se desvanece, siendo reemplazado por el olor de la ceniza

(miércoles)

y el cuero. Ve que los labios de Eddie se mueven y piensa que está pronunciando un nombre, y luego

ONCE

«Hora de levantarse, Susannah», dijo Rolando. «Es tu turno». Susannah se sentó, mirando a los lados. La hoguera ardía sin mucha fuerza.

«Lo escuché moviéndose por allí», dijo Rolando, «pero eso fue hace un buen rato.

Susannah, ¿estás bien? ¿Estabas soñando?» «Sí», dijo ella. «Sólo había un sombrero en este sueño, y yo lo llevaba puesto». «No te entiendo». Ni ella misma se entendía. El sueño ya se desvanecía, como pasa con los sueños. Lo

único que sabía a ciencia cierta era que el nombre en los labios de Eddie justo antes de desaparecer había sido el de Patrick Danville.



Capítulo V:

Joe Collins de Odd's Lane

UNO

Tres semanas después del sueño con un sombrero, tres figuras (dos grandes, una pequeña) salieron de un tramo de bosque elevado y empezaron a moverse lentamente a través de un inmenso campo abierto hacia más bosques abajo. Una de las figuras grandes halaba a la otra en un aparato que era más un trineo grande que uno pequeño.

Acho corría de un lado a otro entre Rolando y Susannah, como si estuviera constantemente en guardia. Su piel era gruesa y lisa por el tiempo helado y una dieta constante de carne de venado. La tierra que recorrían actualmente los tres podría haber sido una pradera en las estaciones más cálidas, pero ahora el suelo estaba sepultado bajo metro y medio de nieve. Halar era fácil, porque su camino finalmente iba hacia abajo. Rolando de hecho se atrevía a esperar que lo peor ya hubiera pasado. Y cruzar las Tierras Blancas no había estado demasiado mal—al menos no todavía. Había suficiente que cazar, había suficiente madera para su fogata nocturna, y en las cuatro ocasiones en que el clima se puso feo y soplaron ventiscas, simplemente se habían acostado y esperado que las tormentas se agotaran en los peñascos boscosos que se movían hacia el sudeste. Eventualmente se calmaron, aunque la peor de las ventiscas duró dos días enteros, y cuando tomaron una vez más el Camino del Haz, encontraron otro metro de nieve nueva en el suelo. En los lugares abiertos donde el ululante viento del noreste había sido capaz de soplar a pleno, había corrientes como ondas oceánicas. Algunas de éstas habían sepultado pinos altos casi hasta sus copas.

Después del primer día en las Tierras Blancas, mientras Rolando se esforzaba mucho por halarla (y en ese entonces la nieve tenía menos de treinta centímetros de profundidad), Susannah vio que era posible que pasaran meses atravesando esos altos riscos llenos de bosque a menos que Rolando tuviera un par de zapatos para la nieve, así que la primera noche se propuso hacerle unos. Fue un proceso de ensayo y error («Por intuición y por Dios» era como lo decía Susannah), pero el pistolero declaró que su tercer esfuerzo era un éxito. Los marcos estaban hechos de ramas flexibles de abedul y los centros de tiras superpuestas y entretejidas de piel de venado. A Rolando se le parecieron a lágrimas.

«¿Cómo sabías hacer esto?» le preguntó el primer día de llevarlos puestos. El aumento en la distancia cubierta era simplemente asombroso, en especial una vez que Rolando aprendió a caminar con un tipo de paso deslizante y como de cubierta de barco que evitaba que la nieve se acumulara en las superficies enrejadas.

«La televisión», dijo Susannah. «Había un programa que veía de niña, Sargento Preston del Yukon. El sargento Preston no tenía un bilibrambo que le hiciera compañía, pero sí tenía su perro fiel, King. De cualquier forma, cerré los ojos e intenté recordar cómo se veían los zapatos de nieve del tipo». Señaló a los que llevaba Rolando. «Eso es lo mejor que pude hacer».

«Lo hiciste bien», dijo él, y la sinceridad que Susannah escuchó en ese simple cumplido hizo que todo el cuerpo le hormigueara. No era así como necesariamente quería que Rolando (o de paso, cualquier otro hombre) la hiciera sentirse, pero no pudo evitarlo. Se preguntó si eso era natura o nurtura, y no estaba segura de querer saberlo.

«Estarán bien en tanto no se rompan», admitió. Su primer esfuerzo había resultado así.

«No siento que las cuerdas se estén soltando», le dijo él. «Tal vez estirándose un poco, pero eso es todo».

Ahora, mientras cruzaban el inmenso espacio abierto, ese tercer par de zapatos de nieve aún no se rompía y como sentía que había hecho alguna clase de contribución,

Susannah era capaz de dejar que Rolando la halara sin sentir demasiada culpa. Sí se preguntaba por Mordred de cuando en cuando, y una noche, unos diez días después de que cruzaron el límite de la nieve, le pidió a Rolando que le dijera lo que sabía. Lo que la incitó a preguntarle fue la declaración de Rolando de que no había necesidad de poner un guardia, al menos por un tiempo; los dos podían tomar un sueño de diez horas si eso era lo que necesitaban sus cuerpos. Aho los despertaría si fuera necesario.

Rolando había suspirado y mirado al fuego por casi un minuto entero, con los brazos alrededor de las rodillas y las manos entrelazados sin fuerza en medio de ellas. Susannah acababa de decidir que Rolando no le iba a responder cuando dijo, «Aún nos sigue, pero se está quedando más y más rezagado. Luchando por comer, luchando por alcanzarnos, luchando sobre todo por permanecer en calor».

«¿Permanecer en calor?» A Susannah le resultaba difícil creerlo. Había árboles por doquier.

«No tiene fósforos ni la cosa Sterno. Creo que una noche—temprano, había sido— llegó a una de nuestras fogatas que aún tenía carbones calientes bajo la ceniza, y pudo cargar algunos con él por unos días después de eso y así tener una fogata en la noche. Así como los antiguos habitantes de las rocas solían llevar el fuego en sus viajes, o eso me enseñaron».

Suannah asintió. Le habían enseñado casi lo mismo en una clase de ciencias en la secundaria, aunque el maestro había admitido que mucho de lo que se sabía sobre la forma en que vivía la gente de la Era de Piedra no era verdadero conocimiento en lo absoluto, sino especulación informada. Se preguntó cuánto de lo que le acababa de decir Rolando era también especulación, de forma que le preguntó a él.

«No es especulación, pero no puedo explicarlo. Si es el tacto, Susannah, no es como el que tenía Jake. No es ver, oír o siquiera soñar. Aunque... ¿crees que a veces tenemos sueños que no recordamos después de despertar?»

«Sí». Pensó en decirle sobre el movimiento ocular rápido, y los experimentos en sueño MOR de los que había leído en la revista Look, y decidió que sería demasiado complejo. Se contentó con decir que estaba segura de que la gente tiene sueños todas las noches de los que no se acuerda.

«Puede que lo vea y lo escuche en uno de esos sueños», dijo Rolando. «Todo lo que sé es que lucha por seguir. Sabe tan poco sobre el mundo que es realmente una maravilla que aún esté vivo».

«¿Te sientes mal por él?»

«No. No puedo darme el lujo de la compasión y tú tampoco».

Pero miró hacia otra parte cuando dijo eso y Susannah creyó que mentía. Tal vez Rolando no quería sentirse mal por Mordred, pero estaba segura de que así era, al menos un poco. Tal vez Rolando quería tener la esperanza de que Mordred muriera en el camino— ciertamente había muchas oportunidades de que eso pasara, con la hipotermia como la causa más probable—pero Susannah no creía que él fuera capaz de hacerlo. Podían haber ido más allá del ka, pero Susannah creía que la sangre era aún más espesa que el agua.

Sin embargo, había algo más, más poderoso incluso que la sangre de la relación. Lo sabía porque podía sentir cómo latía ahora en su cabeza, estando dormida y despierta. Era la Torre Oscura. Pensaba que ahora estaban muy cerca de ella. No tenía idea de qué iban a hacer con su desquiciado guardián cuando llegaran allí, si es que llegaban, pero descubrió que ya no le importaba. Por el momento, todo lo que quería era verla. La idea de entrar en ella era aún más de lo que su imaginación podía soportar, pero ¿verla? Sí, eso se lo podía imaginar. Y pensó que verla sería suficiente.

DOS

Se movieron lentamente cuesta abajo por la amplia pendiente blanca, Acho primero corriendo junto a los pies de Rolando, luego rezagándose para echarle un vistazo a Susannah, luego corriendo de nuevo hacia Rolando. En ocasiones se abrían ante ellos brillantes agujeros azules. Rolando sabía que eso era el Haz trabajando, halando constantemente las nubes hacia el sudeste. Por lo demás, el cielo era blanco de horizonte a horizonte y tenía una baja apariencia completa que los dos reconocían ahora. Estaba por caer más nieve y el pistolero creía que esta tormenta podría ser la peor que verían. El viento se levantaba y la humedad en él era suficiente para adormecerle toda la piel que tenía descubierta (después de tres semanas de diligente trabajo con la aguja, eso se remontaba a no mucho más que su frente y la punta de su nariz). Las ráfagas de viento levantaban largas bufandas diáfanas de nieve blanca. Éstas pasaban por sobre ellos y luego bajaban la pendiente como fantásticas bailarinas de ballet de formas cambiantes.

«Son hermosas, ¿o no?» le preguntó Susannah, casi melancólicamente.

Rolando de Gilead, que no era ningún juez de belleza (excepto una vez en la tierra exterior de Mejis), soltó un gruñido. Sabía qué cosa le parecería hermosa: una cubierta decente cuando la tormenta cayera sobre ellos, algo más que un matorral espeso de árboles. De manera que casi dudo en lo que vio cuando la última ráfaga de viento sopló y la nieve se asentó. Soltó la cuerda que usaba para halar, la hizo a un lado, volvió hacia Susannah (su gunna, que ahora aumentaba de nuevo, estaba atado al trineo tras de ella) y puso en tierra una rodilla a su lado. Vestido con pieles de pies a cabeza, parecía más un velludo pie grande que un hombre.

«¿Qué crees que sea eso?» le preguntó.

El viento volvió a soplar, con más fuerza que nunca, oscureciendo al principio lo que Rolando había visto. Cuando amainó, sobre ellos se abrió un agujero en las nubes y el sol brilló brevemente por allí, iluminando el campo de nieve con millones y millones de destellos como de diamantes. Susannah puso una mano sobre sus ojos y miró pendiente abajo. Lo que vio era una T invertida tallada en la nieve. El brazo horizontal, el más cercano a ellos (pero aún así al menos a tres kilómetros) era relativamente corto, tal vez de unos sesenta metros a cada lado. Sin embargo, el brazo vertical era muy largo, estirándose hasta el horizonte, y desapareciendo en él.

«¡Son caminos!» dijo. «¡Alguien ha hecho un par de caminos allí abajo, Rolando!»

Él asintió. «Eso pensé, pero quería escuchártelo decir. También veo algo más».

«¿Qué? Tus ojos son más agudos que los míos, y por mucho».

«Cuando estemos un poco más cerca, lo verás por ti misma».

Rolando intentó incorporarse y Susannah le haló del brazo impacientemente. «No juegues ese juego conmigo. ¿Qué es?»

«Techos», dijo, rindiéndose ante ella. «Creo que hay cabañas allí abajo. Tal vez incluso un pueblo».

«¿Gente? ¿Estás diciendo gente?»

«Bueno, parece que sale humo de una de las casas. Aunque es difícil decirlo con certeza estando el cielo tan blanco».

Susannah no sabía si quería ver gente o no. Ciertamente eso complicaría las cosas. «Rolando, debemos ser cuidadosos».

«Sí», respondió él y volvió a su cuerda de halar. Antes de recogerla, se detuvo a ajustarse de nuevo el cinturón, soltando un poco la funda del revólver para quedara más cómodamente cerca de su mano izquierda.

Una hora después llegaron a la intersección de la calle y el camino. Estaba rodeada por un banco de nieve fácilmente de unos tres metros de alto, uno que había sido construido por alguna clase de arado, Susannah podía ver las marcas, como las que deja una retroexcavadora, contra la nieve apretujada. Alzándose de entre ese apretujo, había un poste. El letrero que había sobre él no era diferente de los que había visto en todo tipo de ciudades y pueblos; de paso, en las intersecciones en Nueva York. El que indicaba hacia el camino corto decía

ODD'S LANE

Fue el otro, sin embargo, el que le aceleró el corazón.

CAMINO DE LA TORRE

decía.

TRES

Todas las casetas excepto una que estaban apretujadas alrededor de la intersección estaban desiertas, y muchas yacían como montones a medio sepultar, rotas bajo el peso de la nieve que se acumulaba. Sin embargo, una—a unos tres cuartos del camino por el costado izquierdo de Odd's Lane—era claramente diferente de las otras. El techo había sido limpiado en su mayor parte del peso potencialmente aplastante de la nieve y un camino había sido hecho a pala desde la calle hasta la puerta frontal. Era de la chimenea de esta cabaña curiosa rodeada de árboles que salía el humo, completamente blanco. Una ventana estaba iluminada del color amarillo de la mantequilla, también, pero era el humo el que atrapó la mirada de Susannah. Por lo que a ella tocaba, era el toque final. La única pregunta en su cabeza era quién respondería a la puerta cuando tocaran. ¿Sería Hansel o su hermana Gretel? (¿Y eran gemelos esos dos? ¿Había alguien investigado alguna vez ese asunto?) Tal vez sería Caperucita Roja o sería Goldilocks, esperando a los tres osos con la cara culposamente llena de avena.

«Tal vez deberíamos sólo pasar de largo», dijo Susannah, consciente de que su voz era poco más que un susurro, aunque aún estaban en la parte alta del banco de nieve creado por el arado. «Dejarlo para otro día y decir gracias». Gesticuló hacia el letrero que decía CAMINO DE LA TORRE. «Tenemos un camino claro, Rolando—tal vez deberíamos tomarlo».

«Y si así debiéramos, ¿crees que Mordred lo hará?» preguntó Rolando. «¿Crees que simplemente pasará de largo y dejará en paz a quienquiera que viva ahí?»

Ésa era una pregunta que ni siquiera se le había ocurrido a Susannah, y desde luego la respuesta era no. Si Mordred decidía que mataría a quienquiera que estuviera en la cabaña, lo haría. Por comida si los habitantes eran comestibles, pero la comida sólo sería una consideración secundaria. Los bosques atrás de ellos estaban llenos de presas, e incluso si Mordred no hubiera sido capaz de atrapar su propia comida (y en su forma de araña, Susannah estaba segura de que habría sido perfectamente capaz de hacerlo), habían dejado los restos de sus propias comidas en varios campamentos. No, saldría de las tierras nevadas lleno... pero no feliz. En lo más mínimo. Y así pues causaría dolor a cualquiera que se atravesara en su camino.

De otro lado, pensó... sólo que no había otro lado, y de cualquier forma repentinamente ya era demasiado tarde. La puerta frontal de la cabaña se abrió y un anciano salió a las escalinatas. Vestía botas, vaqueros y un grueso abrigo con una capucha forrada en piel. Esta última prenda le pareció a Susannah como algo que se podía haber comprado en el Almacén de Abastecimientos de la Armada-Marina en Greenwich Village.

El anciano tenía las mejillas rosadas, la imagen de la buena salud invernal, pero cojeaba mucho, dependiendo del grueso bastón que llevaba en la mano izquierda. Desde atrás de la curiosa cabañita con su nube de humo de cuento de hadas se escuchó el relincho estridente de un caballo.

«¡Claro, Lippy, los veo!» gritó el anciano, girando en esa dirección. «Aún me queda al menos un ojo bueno, ¿o no?» Luego se dio vuelta en dirección al sitio en que Rolando se paraba sobre el banco de nieve con Susannah y Acho a cada lado. Levantó su bastón en forma de saludo, uno que parecía a la vez feliz y despreocupado. Rolando levantó su propia mano en respuesta.

«Parece que tendremos algo de palabra lo queramos o no», dijo Rolando.

«Lo sé», replicó ella. Después le dijo al brambo: «Acho, cuida tus modales ahora, ¿me escuchas?»

Acho la miró y luego miró de nuevo al anciano sin emitir un sonido. Al parecer, en el asunto de guardar sus modales había seguido su propio consejo todo el tiempo.

La pierna mala del anciano claramente estaba muy mal— «En la puerta del lado de la nada», habría dicho Papi Mose Carver—pero se movía suficientemente bien con su bastón, con un paso que consistía en saltitos laterales que a Susannah le resultaba a la vez divertido y admirable. «Ágil como un grillo», era otro de los muchos dichos de Papi Mose y tal vez éste se ajustaba mejor a aquel hombre. Ciertamente no veía riesgo o peligro en alguien de pelo blanco (el cabello era largo, y fino como el de un bebé, colgándole a la altura de los hombros de su chaqueta) que tenía que dar saltitos con un bastón. Y a medida que se acercaba, vio que uno de sus ojos tenía una catarata. La pupila, que era levemente visible, parecía mirar torpemente hacia su izquierda. La otra, sin embargo, observaba a los recién llegados con un animoso interés mientras el habitante de la cabaña saltaba por Odd's Lane hacia ellos.

La yegua volvió a relinchar y el anciano agitó su bastón salvajemente contra el cielo blanco. «Cierra el pico caja de heno, fábrica de mierda, coño viejo, ¿nunca has vi'to compañía antes? ¿Naciste en un establo, je-je? (Porque si no, soy un simio de ojo' azules, ¡y esos simios no existen!)»

Rolando soltó una carcajada genuina, y lo último del miedo de Susannah desapareció. La yegua volvió a relinchar desde la construcción atrás de la cabaña—no era ni de cerca lo suficientemente grande para ser llamada granero—y el anciano agitó su bastón hacia allí una vez más, casi cayéndose a la nieve en el proceso. Su extraño pero aún así rápido paso ya lo había llevado a mitad de camino del sitio donde se encontraban. Se salvó a sí mismo de lo que habría sido un horrible tropezón, dio un salto largo usando el bastón para empujarse y luego lo agitó alegremente en dirección a ellos.

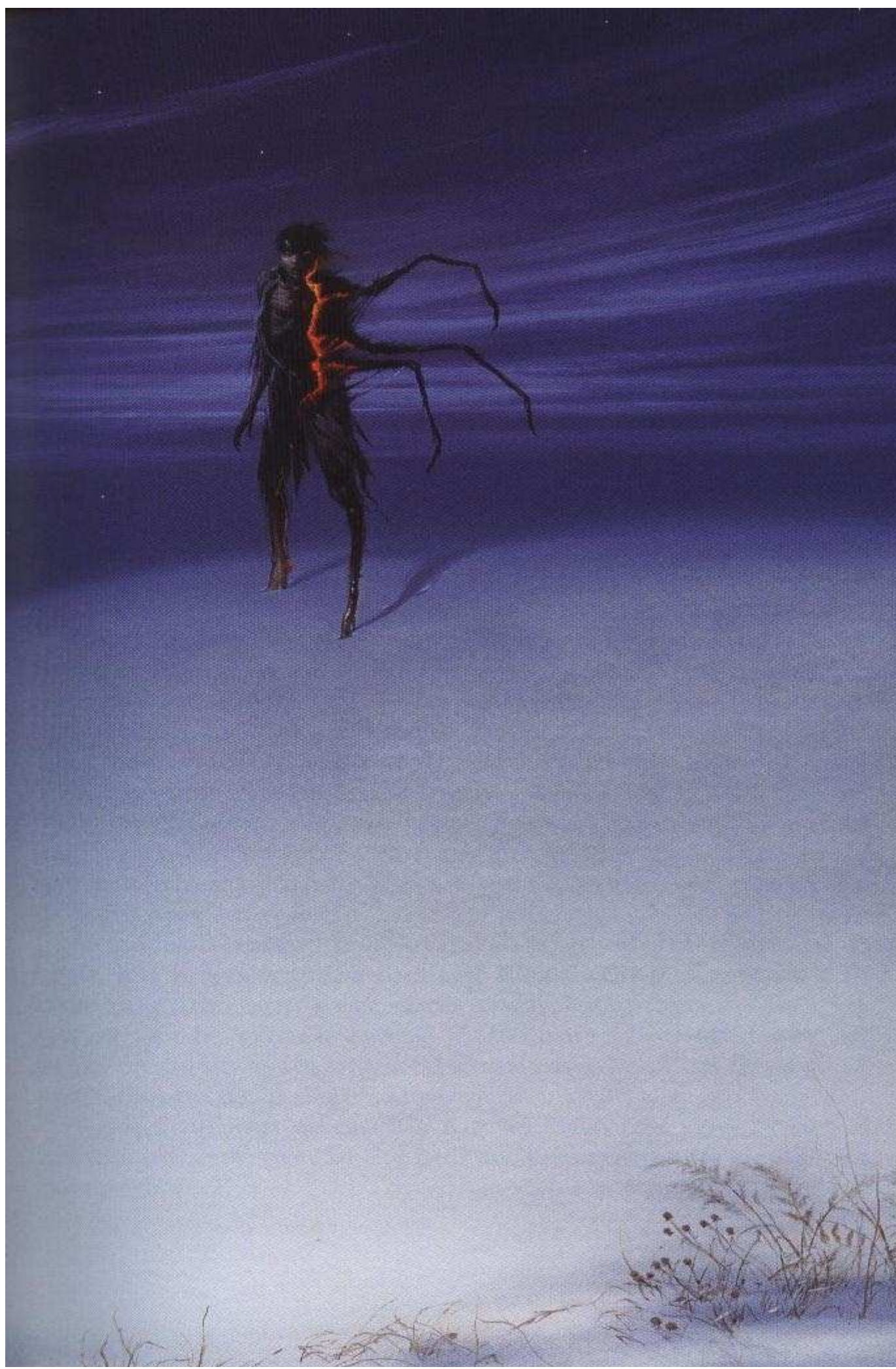
«¡Salve, pistoleros!» gritó el anciano. Sus pulmones, por lo menos, eran admirables. «Pistoleros en peregrinación a la Torre Oscura, eso son u'tedes, eso deben ser, pues ¿no

veo grandes hierros con las culatas de sándalo? ¡Y el Haz e'tá devuelta, sano y fuerte, pues lo siento y también Lippy! Ágil como una potra ha estado desde navidad, o lo que yo llamo navidad, sin tener un calendario ni ver a Papá Noel, lo que no esperaba, porque ¿he sido un niño bueno? ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Los niños buenos van al cielo y todos mis amigos están en el otro sitio, asando malvadiscos y tomando Nozzy con whisky en la madriguera del diablo! ¡Arrr, olvídenlo, mi lengua se quedó atrapada en el medio y corre en las dos direcciones! ¡Salve a uno, salve al otro y salve al pequeño peludo que está entre lo' dos! ¡Bilibrambo como vivo y respiro! ¡Vaya si no es bueno verlos! ¡Joe Collins es mi nombre, Joe Collins de Odds' Lane, bien raro soy también¹, tuerto y cojo, pero por lo demás a su servicio!»

Había llegado ya al banco de nieve que señalaba el punto donde terminaba el Camino de la Torre... o donde empezaba, dependiendo de tu punto de vista y la dirección en la que viajabas, supuso Susannah. El anciano los miró, un ojo tan brillante como el de un pájaro, el otro mirando hacia las tierras blancas con una fascinación aletargada.

«Largos días y noches placenteras, sí, eso digo yo, y cualquiera que diga otra cosa, bueno no está aquí de cualquier forma, ¿así que a quién le importa un pito lo que diga?»

¹ Odd's Lane puede traducirse como «Calle de lo Extraño.»



Sacó de su bolsillo lo que sólo podía ser una goma y la arrojó. Acho la atrapó en el aire fácilmente: de un solo golpe desapareció.

Ante eso Rolando y Susannah rieron. Se sentía extraño reír, pero era una buena sensación, como encontrar algo de valor mucho después de que estabas seguro de que se había perdido para siempre. Incluso Acho parecía sonreír, y si la yegua le molestaba (relinchó otra vez como si viera a sai Collins desde donde estaba), no lo mostraba.

«Tengo un millón de pregu'tas para u'tedes», dijo Collins, «pero empezaré con sólo una: ¿cómo demonios se piensan bajar de ese banco de nieve?»

CUATRO

Resultó que Susannah bajó deslizándose, usando su pequeño carro como un trineo. Escogió el sitio donde el extremo noroeste de Odd's Lane desaparecía bajo la nieve, porque el banco era un poco más profundo allí. Su viaje fue corto pero no fue suave. Golpeó un inmenso peñasco de nieve a tres cuartos de camino, cayó del carro e hizo el resto de la caída en un par de vuelcos extravagantes, riendo tan salvajemente como se sentía. El carro quedó patas arriba—como una tortuga, que te plazca—y esparció su gunna por todas partes y al infierno el desayuno.

Rolando y Acho bajaron detrás saltando. Rolando se arrodilló a su lado de inmediato, claramente preocupado, y Acho olisqueó ansiosamente su rostro, pero Susannah aún reía. Así como el anciano. Papi Mose habría llamado a la risa del hombre «alegre como la vieja cinta del sombrero de papá».

«Estoy bien, Rolando—peores tumbos tuve de niña con mi trineo Flexible Flyer, te digo verdad».

«Todo está bien si termina bien», convino Joe Collins. Le echó una mirada con el ojo bueno para asegurarse de que realmente estaba bien y luego empezó a recoger las cosas regadas, inclinándose laboriosamente sobre su bastón, el fino cabello blanco cayéndole sobre el rostro rosado.

«No, no», dijo Rolando, estirándose para tomarle el brazo. «Yo haré eso, vos caerás de yidos».

Al oír esto el viejo rió a carcajadas y Rolando se le unió de buen agrado. Desde atrás de la cabaña la yegua soltó otro relincho, como si protestara todo ese buen humor.

«¡Caer de yidos! ¡Ése es uno bueno! ¡No tengo la más remota idea de dónde quedan mis yidos, sí es uno bueno! ¡Vaya si lo es!» Limpió la nieve del abrigo de piel de Susannah mientras Rolando recogía rápidamente las cosas dispersas y las apiñaba en su trineo hecho a mano. Acho ayudó, llevando varios paquetes envueltos de carne en la boca y soltándolos en la parte trasera del pequeño trineo.

«¡Qué animalito tan listo!» dijo admirado Joe Collins.

«Ha sido un buen compañero de camino», estuvo de acuerdo Susannah. Ahora estaba muy feliz de que se hubieran detenido; no se habría privado de la familiaridad de los mundos que tenía este buen anciano. Le ofreció su mano incómodamente arropada. «Soy Susannah Dean—Susannah de Nueva York. Hija de Dan».

El anciano le tomó la mano y se la estrechó. La llevaba sin guantes y aunque los dedos estaban torcidos por la artritis, la apretó con fuerza. «¡Nueva York! Vaya, una vez salí de allí yo también. Y de Akron, Omaha, y de San Francisco. Hijo de Henry y Flora, si te interesa».

«¿Eres del lado de Estados Unidos?» preguntó Susannah.

«Dios, sí, pero hace muchísimo tiempo», dijo. «Lo que podrían llamar delah». Su ojo bueno titilaba; el malo seguía observando las tierras nevadas con la misma falta inerte de interés. Se volteó hacia Rolando. «¿Y quién eres tú, amigo mío? Pues te llamaré amigo como llamo a todos, a menos que demuestren lo contrario, en cuyo caso les daría de golpes con Bessie, que es como llamé a mi bastón».

Rolando sonreía. No podía evitarlo, pensó Susannah. «Rolando Deschain, de Gilead. Hijo de Steven».

«¡Gilead! ¡Gilead!» El ojo bueno de Collins se movía sorprendido. «He ahí un nombre salido del pasado, ¿o no? ¡Uno para los libros! ¡Rayos, debes ser más viejo que Dios!»

«Algunos dirían eso», convino Rolando, ahora sólo con una leve sonrisa... aunque cálida.

«¿Y el pequeño?» preguntó, inclinándose. De su bolsillo sacó otras dos gomas, una roja y otra verde. Colores de navidad. Y Susannah sintió un leve dejo de déjà vu. Pasó rozando su mente como un ala y luego desapareció. «¿Cuál es tu nombre, pequeño? ¿Cómo te llaman cuando quieren que regreses a casa?»

«Él ya no—»

—habla más, aunque alguna vez lo hizo era como pretendía concluir la frase, pero antes de que pudiera el brambo dijo: «¡Acho!» Y lo hizo con tanta alegría y firmeza como lo hacía en su época con Jake.

«¡Buen chico!» dijo Collins y lanzó las gomas hacia la boca de Acho. Luego estiró la misma mano retorcida y Acho levantó su pata para saludarlo. Estrecharon las manos, bien encontrados cerca de la intersección entre Odd's Lane y el Camino de la Torre.

«Vaya si estaré maldito», dijo suavemente Rolando.

«Así estaremos todos al final, creo, con Haz o sin él», comentó Joe Collins, soltando la pata de Acho. «Pero no hoy. Ahora lo que digo es que vayamos a donde hay calor y podamos tener palabra con una taza de café—pues tengo algo, así es—o una jarra de cerveza. Incluso tengo algo que llamo ponche, si les place. Para mí e'tá bien, sobre todo

con una pizquita de ron, pero ¿quíe' sabe? Realmente no siento el sabor de nada hace por

lo menos ci'co años. El aire de la Discordia me acabó las papilas gustativas y también las de la nariz. Como sea, ¿qué dicen?» Los miraba muy alegremente.

«Diría que eso sueno condenadamente bien», le dijo Susannah. Rara vez había dicho algo tan en serio.

El anciano le dio una palmadita de confianza en el hombro. «¡Una buena mujer es una perla invaluable! No sé si eso es de Shakespeare o de la Biblia, o una combinación de los d—

«Arr, Lippy, malditos sean los que solían ser tus ojos, ¿a dó'de crees que vas? ¿Querías conocer a estas personas, es eso?»

Su voz se había convertido en el iracundo graznido que parece ser propiedad exclusiva de las personas que viven solas excepto por una o dos mascotas. Su yegua había logrado moverse hasta donde estaban ellos y Collins la agarró del cuello, acariciándola con un rudo afecto, pero Susannah pensaba que el animal era el cuadrúpedo más feo que había visto en toda su vida. Algo de su buen ánimo se desvaneció al ver esa cosa. Lippy estaba ciega—no de un solo ojo, sino de los dos—y era tan raquítica como un espantapájaros. Mientras caminaba, los huesos se le movían de un lado a otro tan claramente bajo su deslucida piel que Susannah casi esperaba que alguno se le saliera. Por un momento recordó el corredor negro bajo el Castillo Discordia con una suerte de recuerdo total de pesadilla: el sonido al arrastrarse de la cosa que los había seguido, y los huesos. Todos esos huesos.

Era posible que Collins hubiera visto algo de esto en su rostro pues cuando volvió a hablar sonaba casi a la defensiva. «Es una cosa fea, lo sé, pero cuando seas tan vieja como ella, ¡no creo que vayas a ganar muchos concursos de belleza!» Le dio unas palmaditas a la yegua en el cuello quemado e irritado, luego la tomó de la escasa crin como si quisiera arrancarle el pelo de raíz (aunque Lippy no mostró señal de dolor) y la movió en dirección a la cabaña otra vez. Al hacerlo, cayeron los primeros copos de nieve de la tormenta que se aproximaba.

«¡Vamos Lippy, vieja caja-ki' y cañería carcamal, jamelgo cojo y leprosa de cuatro patas! ¿No sientes el olor de la nieve en el aire? ¡Porque yo sí puedo, y mi nariz se fue al sur hace años!»

Se dio la vuelta hacia Rolando y Susannah y dijo, «Espero que les llegue a gustar mi comida, así es, porque creo que va a ser una tormenta de tres días. ¡Ea, tres al menos antes de que la Luna del Demonio vuelva a mostrar su cara! ¡Pero es bueno que nos encontráramos, vaya que sí, y yome apostarí el reloj²! ¡No querrán juzgar mi hospitalidad por mi hospicaballidad, eh!»

Espero que no, pensó Susannah, y tembló un poco.

El anciano se había dado vuelta, pero Rolando la miró con curiosidad. Susannah le sonrió y sacudió la cabeza como si dijera No es nada—lo que desde luego sí era. Susannah no le iba a decir al pistolero que una yegua vieja coja por el esparaván con cataratas en los ojos y las costillas sobresaliéndole le había producido un caso de escalofríos. Rolando nunca la había llamado gallina tonta, y por Dios que no quería darle motivos para hacerlo en ese m—

Como si escuchara sus pensamientos, la anciana yegua volteó a verla y le mostró a Susannah los pocos dientes que le quedaban. Los ojos de la esquelética cuña que Lippy tenía por cabeza eran agujeros de ceguera rodeados de pus por encima de su sonrisa de alguna forma horrible. Relinchó hacia Susannah como si le dijera Piensa lo que quieras, ave negra; estaré aquí mucho después de que hayas seguido vuestro camino y muerto vuestra muerte. En ese mismo instante el viento sopló, arrojando nieve a sus rostros, murmurando entre los pinos enterrados en la nieve y ululando bajo los aleros de la casita de Collins. Empezó a morir y luego se fortaleció de nuevo por un momento, soltando un breve grito lastimero que sonó casi humano.

² Esta frase (I set my watch and warrant on it), muy común en toda la saga de la Torre Oscura es traducida en al menos dos formas. Además de la usada aquí, también se usa Y de eso doy fe con mi sello.

CINCO

La construcción exterior consistía de un gallinero por un lado, el establo de Lippy por el otro y un pequeño altillo lleno de heno. «Me puedo subir y bajarlo con un rastrillo», dijo Collins, «pero llevo mi vida en las manos cada vez que lo hago, gracias a esta cadenera rota que tengo. Ahora, no puedo obligarlo a que ayude a un anciano, sai Deschain, ¿pero si lo hiciera...?»

Rolando subió por la escalera que se inclinaba contra el borde del piso del altillo y bajó heno hasta que Collins le dijo que estaba bien, suficiente para que le durara a Lippy a través de incluso cuatro días de tormenta. («Pues no come siquiera lo que ustedes podrían llamar una mierda, como pueden ver si la miran», dijo). Luego el pistolero bajó y Collins los condujo por el corto camino que regresaba hacia su cabaña. La nieve apilada a cada lado llegaba a la altura de la cabeza de Rolando.

«No hay lugar como el hogar, etcétera», dijo Joe, y los llevó a su cocina. Tenía paneles de pino que realmente eran de plástico. Susannah lo vio cuando se acercó. Y estaba deliciosamente cálida. El nombre sobre la estufa eléctrica era Roscco, una marca de la nunca había oído. El refrigerador era un Amana y tenía una puertezuela especial al frente, por encima de la manija. Susannah se acercó más y vio las palabras HIELO MÁGICO. «¿Esta cosa hace cubos de hielo?» preguntó deleitada.

«Bueno, no, no exactamente», dijo Joe. «Es el congelador el que los hace, belleza; esa cosa al frente sólo los suelta en tu bebida».

Esto le pareció gracioso a Susannah y rió. Miró hacia el suelo, vio a Acho viéndola con su vieja sonrisa maligna y eso le produjo más risa que nunca. Aparte de los aparatos eléctricos, el olor de la cocina era maravillosamente nostálgico: azúcar y especias y todo bien.

Rolando miraba hacia las luces fluorescentes en el techo y Collins asentía. «Sí, sí, tengo todo eléctrico», dijo. «También aire acondicionado, ¿no es algo bueno? ¡Y nadie me envía ninguna cuenta! El generador está en una caseta al otro lado. ¡Es un Honda, y silencioso como un domingo en la mañana! Incluso encima de su pequeña caseta no se e'cucha nada sino mmmmmmm. Bill el Tartamudo cambia el tanque de propano y hace el mantenimiento cuando es necesario, lo que no ha pasado sino dos veces desde que estoy aquí. No, Joe miente, pronto se le caerá un diente. Tres veces han sido. Tres en total».

«¿Quién es Bill el Tartamudo?» preguntó Susannah, justo cuando Rolando preguntaba «¿Hace cuánto estás aquí?»

Joe Collins rió. «¡Uno a la vez, mis buenos y nuevos amigos, uno a la vez!» Había dejado su bastón a un lado para quitarse el abrigo, apoyó su peso sobre su pierna mala, soltó un bajo gruñido y casi se cayó. Se habría caído si Rolando no lo hubiera sostenido.

«Gracias, gracias, gracias», dijo Joe. «¡Aunque te digo, no habría sido la primera vez que termino con la nariz en el piso! Pero como me salvaste de una caída, responderé primero a tu pregunta. He estado aquí, el Extraño Joe de Odd's Lane³, unos dieci'iete años. La única razón por la que no puedo decirles la fecha exacta es que por un rato el tiempo se volvió jodidamente chistoso, si saben a lo que me refiero».

«Así es», dijo Susannah. «Créeme que así es».

Collins se quitaba ahora un suéter, y bajo éste había otro. La primera impresión de Susannah fue la de un robusto anciano que estaba a punto de ser gordo. Ahora veía que mucho de lo que había tomado como grasa no era nada más que ropa. No estaba tan desesperadamente raquítrico como su vieja yegua, pero estaba bien lejos de ser robusto.

«Ahora, Bill el Tartamudo», continuó el anciano, quitándose el segundo suéter, «es un robot. Limpia la casa así como mantiene el generador funcionando... y desde luego es el que limpia el camino. Cuando llegué aquí por primera vez, sólo tartamudeaba de vez en cuando; ahora lo hace cada dos o tres palabras. Lo que haré cuando finalmente se

³ Odd Joe. Ver nota anterior.

muera no lo sé». A Susannah le sonó como si estuviera singularmente despreocupado por ese asunto.

«Tal vez mejore, ahora que el Haz funciona bien de nuevo», dijo ella.

«Puede que dure un poco más, pero dudo como el diablo que se mejore», dijo Joe. «Las máquinas no sanan como los seres vivientes». Finalmente había llegado a la camisa

térmica que llevaba debajo y allí dejó de desvestirse. Susannah estaba agradecida. Ver el barril casi cadavérico de las costillas del caballo, tan cerca bajo el corto pelo gris, había sido suficiente. No tenía el menor deseo de ver también las de su amo.

«Quítense los abrigos y pantalones», dijo Joe. «Les traeré ponche o lo que gusten en uno o dos minutos, pero primero les mostraré mi sala, pues es mi orgullo, vaya que lo es».

SEIS

Había un tapete de trapo en el piso de la sala que se habría visto como en casa en el hogar de la Abuela Holmes, y una silla reclinatoria con una mesa a su lado. La mesa estaba atestada de revistas, libros en pasta suave, un par de anteojos y una botella marrón que contenía sabía Dios qué clase de medicina. También había un televisor, aunque Susannah no podía imaginar lo que el viejo Joe podía ver en él (Eddie y Jake habrían reconocido la videocasetera que estaba en la gaveta debajo). Sin embargo, lo que captó toda la atención de Susannah—y de Rolando también—fue la fotografía en una de las paredes. La habían colgado con chinchetas ligeramente torcida, de una manera casual que parecía (al menos a los ojos de Susannah) casi sacrílega.

Era una fotografía de la Torre Oscura.

Susannah quedó sin aliento. Luchó por llegar hasta la foto, apenas sintiendo los nudos del tapete de trapo bajo las palmas de sus manos, y luego levantó los brazos. «¡Rolando, álzame!»

Así lo hizo éste, y Susannah vio que su rostro estaba pálido como de muerte, excepto por dos manchas de color que ardían bajo sus delgadas mejillas. Los ojos le llameaban. La Torre se erigía contra el cielo casi oscuro, el ocaso pintando de color naranja las colinas tras de ella, las ventanas ascendiendo en su eterno espiral. De algunas de estas ventanas surgía una luz difusa y misteriosa. Susannah podía ver balcones que asomaban de los costados de piedra oscura cada dos o tres pisos, y las puertas pequeñas y anchas que los abrían, todas cerradas. Y bajo llave, sin ninguna duda. Ante la Torre estaba el campo de rosas, Can'-Ka No Rey, opaco pero aún hermoso en las sombras. La mayoría de las rosas estaban cerradas contra la oscuridad inminente pero unas pocas aún miraban como ojos adormilados.

«¡Joe!» dijo Susannah. La voz era poco más que un susurro. Se sentía a punto de desmayarse y parecía que podía escuchar voces cantando, lejanas y diminutas. «¡Oh, Joe! ¡Esta foto...!»

«Sí, mamá», dijo, claramente satisfecho por cómo había reaccionado ella. «Es una buena, ¿no? Por eso es que la puse. Tengo otras, pero ésta es la mejor. Justo en el ocaso, de manera que la sombra parece caer para siempre sobre el Camino del Haz. Lo que de cierta manera es verdad, como estoy seguro los dos deben saber».

La respiración de Rolando en el oído derecho de Susannah era rápida y entrecortada, como si acabara de correr una carrera, pero Susannah apenas si lo notaba. Pues no era sólo el motivo de la imagen lo que la llenaba de pavor.

«¡Es una foto Polaroid!»

«Bueno... sí», respondió el viejo, sonando confundido por el nivel de la emoción de Susannah. «Supongo que Bill el Tartamudo pudo haberme traído una Kodak si se la hubiera pedido, pero ¿cómo habría desarrollado la película? Y para cuando se me ocurrió una cámara de video—porque el aparato bajo el televisor puede mostrar esas cosas—ya era demasiado viejo para regresar, y esa yegua vieja era demasiado vieja para cargarme.

Pero si pudiera lo haría, pues es hermoso allí, un lugar de fantasmas de corazón cálido. Escuché las voces que cantaban de amigos que murieron hace mucho; también mi Ma y mi Pa. Yo—»

Una parálisis se había apropiado de Rolando. Susannah lo sentía en la rigidez de sus músculos. Luego se rompió y Rolando se dio vuelta hacia el anciano tan rápido que Susannah se sintió mareada. «¿Has estado allí?» preguntó el pistolero. «¿Has estado en la Torre Oscura?»

«Vaya que sí», dijo el viejo. «¿Oquién más crees que tomó esa foto? ¿El maldito Ansel Adams?»

«¿Cuándo la tomaste?»

«Es de mi último viaje», dijo. «Hace dos años, en el verano—aunque queda en tierras más bajas, deben saber, y si la nieve alguna vez llega allí, nunca la he visto».

«¿Qué tan lejos está de aquí?»

Joe cerró el ojo malo y calculó. No le llevó mucho tiempo, pero a Rolando y Susannah les pareció mucho, realmente mucho. Afuera, el viento soplaba. El jamelgo relinchaba como si protestara por el sonido. Al otro lado de la ventana rodeada de escarcha, la nieve que caía empezaba a girar y bailar.

«Bueno», dijo, «ahora van de bajada, y Bill el Tartamudo mantiene limpio el Camino de la Torre hasta donde ustedes van; ¿qué más tiene que hacer el que podrían llamar anciano con su tiempo? Desde luego querrán esperar aquí hasta que deje de soplar este viento nuevo del noreste—»

«¿Cuánto una vez empecemos a movernos?» preguntó Rolando.

«Ansioso por irse, ¿no? Sí, ansioso y caliente, y por qué no, pues si has venido del Mundo Interior debes haber pasado muchos largos años llegando hasta aquí. Detesto pensar cuántos, así es. Diría que les tomaría seis días salir de las Tierras Blancas, tal vez siete—»

«¿Llamas a estas tierras Empathica?» preguntó Susannah.

El anciano parpadeó y luego la miró confundido. «Pues no, señora—nunca he escuchado que a esta parte de la creación la llamaran con otro nombre al de Tierras Blancas».

La mirada confundida era una farsa. Susannah estaba casi segura de ello. El viejo Joe Collins, alegre como el Padre Navidad en un juego de niños, le acababa de mentir. No estaba segura del por qué, y antes de que pudiera averiguarlo Rolando preguntó con acidez: «¿Olvidarías eso por ahora? ¿Lo harías, por tu padre?»

«Sí, Rolando», dijo respetuosamente. «Desde luego».

Rolando volteó a ver a Joe, aún con Susannah en su cadera.

«Les podría tomar hasta nueve días, supongo», dijo Joe, rascándose la barbilla, «pues ese camino puede estar muy resbaloso, especialmente después de que Bill apisona la nieve, pero pueden hacer que se detenga. Tiene que seguir las órdenes. Su programación, lo llama él». El anciano vio que Rolando se preparaba para hablar y levantó una mano. «No, no, no lo estoy alargando para irritarlos, señor o sai o lo que prefieras—es sólo que no estoy muy acostumbrado a la compañía.

«Una vez pasen el borde de la nieve les debería tomar otros diez o doce días caminando, pero no hay necesidad en el mundo de caminar a menos que así lo quieran. Hay otra de esas cabañas de Positronics allá abajo con muchos vehículos de ruedas parqueados en el interior. Son como carritos de golf. Las baterías están todas muertas, naturalmente—verdadero como su sombrero—pero allá también hay un generador, Honda como el mío, y estaba a-trabajando la última vez que estuve allí, pues Bill mantiene las cosas tan bien como puede. Si pudieran cargar uno de esos vehículos, eso les acortaría el camino a cuatro días cuando más. Así que he aquí lo que creo: si tuvieran que caminar todo el camino, les podría llevar hasta diecinueve días. Si pueden ir el último tramo en uno de los zumbantes—así es que los llamo, zumbantes, pues ese es el sonido que emiten cuando andan—diría que diez días. Tal vez once».

El cuarto quedó en silencio. El viento soplaba, arrojando nieve contra el costado de la cabaña y Susannah notó una vez más cómo sonaba casi como un grito humano. Un truco de los ángulos y aleros, sin duda.

«Menos de tres semanas, incluso si tuviéramos que caminar», dijo Rolando. Se estiró hacia la fotografía Polaroid de la torre de piedra oscura erigiéndose contra el cielo en el ocaso, pero no la tocó. Era como si, pensó Susannah, Rolando tuviera miedo de tocarla. «Después de todos los años y todos los kilómetros».

Por no hablar de los litros de sangre derramada, pensó Susannah, pero no lo habría dicho en voz alta incluso si sólo estuvieran los dos. No había necesidad; Rolando sabía cuánta sangre se había derramado tan bien como ella. Pero había algo allí que no encajaba. No encajaba o estaba completamente mal. Y el pistolero no parecía saberlo.

La simpatía era respetar los sentimientos de otro. La empatía era realmente compartir esos sentimientos. ¿Por qué alguien le pondría por nombre Empathica a una tierra?

¿Y por qué mentiría sobre ello este agradable anciano?

«Dime algo, Joe Collins», dijo Rolando.

«Ea, pistolero, si puedo».

«¿Has ido hasta ella? ¿Has puesto tu mano en su piedra?»

El anciano pareció intentar primero determinar si Rolando bromeaba con él. Cuando estuvo seguro de que no era ese el caso, pareció conmocionado. «No», dijo, y por primera vez sonó tan estadounidense como Susannah misma. «Esa foto es lo más cerca que me atreví a ir. El borde del campo de rosas. Diría que a unos doscientos metros, quítenle o pónganle veinte metros. Lo que el robot llamaría quinientos arcos de la rueda».

Rolando asintió. «¿Y por qué no?»

«Porque pensé que acercarme más me podría matar, pero no sería capaz de detenerme. Las voces me arrastrarían. Eso pensé entonces y eso pienso incluso hoy día».

SIETE

Después de la cena—de seguro la mejor que Susannah había tenido desde que la secuestraron hasta este otro mundo, y posiblemente la mejor de toda su vida—la herida de su rostro se abrió. Fue culpa de Joe Collins, en cierto sentido, pero incluso después, cuando tenían mucho en contra del único habitante de Odd's Lane, no lo culpó por ello. Era lo último que él habría querido, seguramente.

Sirvió pollo, asado a una vuelta y especialmente sabroso después de tanto venado. Con él, Joe trajo a la mesa puré de patatas con salsa de carne, gelatina de arándano rebanada en gruesos discos rojos, guisantes verdes («Sólo enlatadas, digo lo siento», les dijo) y un plato de cebollitas hervidas y bañadas en dulce leche enlatada. También había ponche. Rolando y Susannah lo bebieron con apetito infantil, aunque los dos pasaron cuando les ofreció «la pizquita de ron». Acho tuvo su propia comida; Joe le hizo un plato de pollo y patatas y se lo puso junto a la estufa. Acho se hizo con él rápidamente y luego se acostó en el corredor entre la cocina y la sala-comedor, lamiéndose las patas para absorber todo el sabor de la salsa que tenía en los bigotes mientras miraba a los humas con las orejas en alto.

«No me podría comer el postre así que no me preguntes», dijo Susannah cuando terminó de limpiar su plato por segunda vez, limpiando lo que quedaba de la salsa con un pedazo de pan. «Ni siquiera estoy segura de me pueda bajar de esta silla».

«Bueno, está bien», dijo Joe, al parecer decepcionado, «tal vez más tarde. Tengo un pudín de chocolate y uno de caramelo».

Rolando levantó su servilleta para ocultar un eructo y luego dijo, «Creo que me podría comer una rebanada de los dos».

«Bueno, si es así, tal vez yo también podría», admitió Susannah. ¿Cuántos eones desde que había saboreado caramelo?

Cuando terminaron el pudín, Susannah ofreció ayudar con la limpieza pero Joe la alejó con las manos, diciendo que sólo pondría las ollas y platos en el lavaplatos para que se enjuagaran y luego se encargaría de «todo el grupo feliz de ellos». Le pareció más ágil a Susannah mientras él y Rolando iban y venían de la cocina, menos dependiente del bastón. Susannah supuso que la pizquita de ron (o tal vez muchas, sumando una pizca grande para el final de la comida) podía tener algo que ver con eso.

Collins sirvió café y los tres (los cuatro, contando a Acho) se sentaron en la sala. Afuera oscurecía y el viento ululaba más fuerte que nunca. Mordred está afuera en algún sitio, agazapado en un agujero o entre una arboleda, pensó Susannah, y una vez más tuvo que sofocar la lástima que sentía por él. Habría sido más fácil si no hubiera sabido que, asesino o no, aún debía ser un niño.

«Dinos cómo fue que llegaste hasta aquí, Joe», invitó Rolando.

Joe sonrió. «Esa es una historia larga como para que a uno le crezca pelo», dijo, «pero si realmente quieren oírla, creo que no me molestará contarla». La sonrisa se volvió melancólica. «Es agradable, tener gente que quiera hablar un poco. Lippy es perfecta para escuchar pero nunca responde nada».

Había empezado intentando ser maestro, dijo Joe, pero pronto descubrió que esa vida no era para él. Le gustaban los niños—los amaba, de hecho—pero odiaba toda la mierda administrativa y la forma en que el sistema parecía hecho para asegurarse de que ninguna ficha cuadrada escapara del incesante proceso de volverse redonda. Dejó de enseñar después de apenas tres años y entró al negocio del espectáculo.

«¿Cantabas o bailabas?» quería saber Rolando.

«Ninguna de las dos», replicó Joe. «Hacía el viejo stand-up»

«¿Stand-up?»

«Quiere decir que era comediante», dijo Susannah. «Contaba chistes».

«¡Correcto!» dijo Joe alegremente. «Algunos también pensaban realmente que eran graciosos. Desde luego eran la minoría».

Tenía un agente cuya empresa anterior, un almacén de descuentos de ropa masculina, se había ido a la bancarrota. Una cosa llevó a la otra, dijo, y también una le daba risa a la otra. Eventualmente se encontró trabajando en clubes nocturnos de segundo y tercer nivel de costa a costa, conduciendo una maltrecha pero confiable camioneta Ford vieja y

yendo a donde Shantz, su agente, lo enviara. Casi nunca trabajaba los fines de semana; los fines de semana, incluso los clubes de tercer nivel querían pasar bandas de rock and roll.

Eso pasó a finales de los sesenta y comienzo de los setenta, y no le había faltado lo que Joe llamaba «material de eventos actuales»: hippies y yippies, los que quemaban sostenes y Panteras Negras, estrellas de cine y, como siempre, política—pero dijo que había sido un comediante más orientado al chiste tradicional. Que Mort Sahl y George Carlin hicieran los chistes sobre los eventos actuales si querían; él se quedaría con Hablando de mi suegra y Dicen que los Polacos son tontos pero dejen que les cuente de esta irlandesa que conocí.

Durante su recitación, una cosa extraña (y—al menos para Susannah—más bien triste) ocurrió. El acento de Mundo Medio de Joe Collins, con sus vos y sus que-te-plazca empezó a cruzarse con un acento que sólo podía identificar como típicamente estadounidense. Seguía esperando que carta saliera de su boca como ca-ta, barco se escuchara como ba-co, pero creía que eso era sólo porque había pasado tanto tiempo con Eddie. Creía que Joe Collins era uno de esos extraños imitadores naturales cuyas voces son el equivalente auditivo de es goma sintética con que se pueden hacer mil figuras, tomando impresiones que se desvanecen tan pronto como surgen a la superficie. Hecho en club en Brooklyn, probablemente era ca-ta y ba-co; en Pittsburg sería carra y barrco; el supermercado Águila Gigante se volvería Ájila Gigande.

Rolando lo detuvo pronto para preguntarle si un cómico era como un bufón de corte, y el anciano rió sinceramente. «Eso es. Sólo imagínate un montón de gente sentada en un cuarto lleno de humo con tragos en sus manos en cambio del rey y sus cortesanos».

Rolando asintió, sonriendo.

«Sin embargo, hay ventajas en ser alguien chistoso haciendo shows de una noche en el medio oeste», dijo. «Si lo haces mal en Dubuque, lo único que pasa es que terminas haciendo veinte minutos en vez de cuarenta y cinco y luego vas al siguiente pueblo. Probablemente hay sitios en Mundo Medio donde te cortarían la maldita cabeza por contar un mal chiste».

Al oír esto, el pistolero estalló en carcajadas, un sonido que aún tenía el poder de sobresaltar a Susannah (aunque ella también reía). «Dices verdad, Joe».

En verano de 1972, Joe había estado actuando en un club nocturno llamado Jango's en Cleveland, no lejos del ghetto. Rolando interrumpió de nuevo, esta vez queriendo saber que era un ghetto.

«En el caso de Hauck», dijo Susannah, «significa una parte de la ciudad donde la mayoría son negros y pobres, y los policías tienen el hábito de utilizar sus garrotes primero y preguntar después».

«¡Bing!» exclamó Joe, y se dio con los nudillos encima de la cabeza. «¡No lo podría haber dicho mejor!»

De nuevo se oyó ese extraño grito como de bebé desde el frente de la casa, pero esta vez el viento estaba en una calma relativa. Susannah miró a Rolando de reojo, pero si el pistolero lo había oído, no parecía mostrarlo.

Fue el viento, se dijo Susannah. ¿Qué más podía ser?

Mordred, le susurró su mente. Mordred allí fuera, congelándose. Mordred allí fuera muriendo mientras nos sentamos aquí a tomar café caliente.

Pero no dijo nada.

Habían ocurrido problemas en Hauck un par de semanas, dijo Joe, pero él había estado bebiendo mucho («Golpeándola fuerte» fue como lo dijo) y apenas si se dio cuenta de que la asistencia a su segundo show era una quinta parte del tamaño de la primera.

«Demonios, yo estaba en una buena racha», dijo. «No sé de los demás, pero yo me estaba matando a golpes, era una buena noche».

Entonces alguien había arrojado un cóctel Molotov a través de la ventana frontal del club (cóctel Molotov era un término que Rolando entendía), y antes de que pudieras decir Llévese a mi suegra... por favor, el lugar estaba en llamas. Joe había escapado a la parte de atrás, a través de la puerta del escenario. Casi había llegado a la calle cuando tres hombres («todos muy negros, todos casi del tamaño de defensas de la NBA») lo agarraron. Dos lo sostenían; el tercero golpeaba. Entonces alguien había usado una botella. Bum-bum, las luces se apagaron. Había despertado en un prado en una colina cerca de un pueblo desértico llamado Stone's Warp, de acuerdo con los letreros en los edificios vacíos de la Calle Principal. A Joe Collins le había parecido como el set de una película del oeste después de que todos los actores se habían ido a casa.

Fue más o menos en ese momento en el que Susannah decidió que no creía mucho de la historia de sai Collins. Sin duda era entretenida, y dada la primera entrada de Jake a Mundo Medio, después de ser empujado a la calle y muerto de camino a la escuela, no era totalmente improbable. Pero aún así no creía mucho de ello. La pregunta era, ¿importaba?

«No podía uno llamarlo cielo, porque no había nubes ni coros de ángeles», dijo Joe, «pero igual decidí que era una clase de vida después de la muerte». Había caminado por allí. Encontró comida, encontró una yegua (Lippy) y siguió adelante. Había encontrado varias bandas errantes de personas, algunas amistosas, otras no, algunas normales, otras mutantes. Suficiente para captar algo de la jerga y un poco de la historia del Mundo Medio; ciertamente sabía de los Haces y la Torre. En un momento intentó cruzar las Tierras Malas, dijo, pero se había asustado y dio la vuelta cuando su piel empezó a erupcionarle con toda clase de granos y manchas locas.

«Me salió un grano en el culo y ese fue el toque final», dijo. «Pudo ser hace unos seis u ocho años. Yo y Lippy dijimos a la mierda con ir más allá. Fue entonces cuando encontré este sitio, que se llama Westring, y cuando Bill el Tartamudo me encontró. Es un poco doctor, y me cortó el grano en el trasero».

Rolando quería saber si Joe había presenciado el paso del Rey Carmesí cuando esa loca criatura hizo su peregrinación final a la Torre Oscura. Joe dijo que no, pero que seis meses atrás había sobrevenido una terrible tormenta («una real tempestad») que lo hizo meterse al sótano. Mientras estaba allí, una sensación se apoderó de él de que alguna terrible criatura estaba cerca y que en cualquier momento podría tocar la mente de Joe y seguir sus pensamientos hasta el sitio en que se ocultaba.

«¿Saben cómo me sentía?» les preguntó.

Rolando y Susannah dijeron que no con las cabezas. Acho hizo lo mismo, en perfecta imitación.

«Pasabocas», dijo Joe, «Un pasabocas potencial».

Esta parte de su historia es cierta, pensó Susannah. Puede haberla cambiado un poco, pero básicamente es cierta. Y si tenía alguna razón para pensarlo, era sólo porque la idea del Rey Carmesí viajando en su propia tormenta portátil parecía horriblemente posible.

«¿Qué hiciste?» preguntó Rolando.

«Me fui a dormir», dijo. «Es un talento que siempre he tenido, como hacer imitaciones—aunque no hago voces famosas en mi acto, porque nunca van en las afueras. No a menos que seas Rich Little, al menos. Extraño pero cierto. Puedo dormir a voluntad, así que eso fue lo que hice en el sótano. Cuando desperté otra vez las luces estaban de vuelta y el... el lo que fuera se había ido. Sé del Rey Carmesí, desde luego, veo gente de cuando en cuando todavía—nómadas como ustedes tres, en su mayoría—y hablan de él. Usualmente hacen la señal del mal de ojo y escupen entre sus dedos cuando lo hacen.

Creen que era él, ¿cierto? Creen que el Rey Carmesí realmente pasó por Odd's Lane de camino a la Torre». Entonces, antes de que tuvieran tiempo de responder: «Bueno, ¿por qué no? El Camino de la Torre es la vía principal, después de todo. Va directamente hasta allí».

Sabes que era él, pensó Susannah. ¿A qué juego estás jugando, Joe?

El grito leve que definitivamente no era el viento se oyó otra vez. Sin embargo, ya no pensaba que fuera Mordred. Pensó que tal vez venía del sótano donde Joe se había ido a esconder del Rey Carmesí... o eso había dicho. ¿Quién estaba abajo ahora mismo? ¿Y se ocultaba, como Joe lo había hecho, o era un prisionero?

«No ha sido una vida mala», decía Joe. «No es la vida que esperaba, de ninguna manera, pero tengo una teoría—la gente que termina viviendo la vida que esperaba son a

menudo los que terminan tomando pastillas para dormir o metiéndose el cañón de una pistola en la boca y halando el gatillo».

Rolando aún parecía estar algunos momentos atrás, porque dijo, «Eras un bufón de corte y los clientes de estas posadas eran tu corte».

Joe sonrió, mostrando muchos dientes blancos. Susannah frunció el ceño. ¿Había visto sus dientes antes? Habían estado riendo mucho y debió haberlos visto, pero no podía recordar haberlo hecho realmente. Ciertamente no tenía el sonido de alguien que ha perdido casi todos sus dientes (ese tipo de personas habían consultado a su padre muchas veces, en su mayoría buscando reemplazos artificiales). Si hubiera tenido que adivinarlo antes, habría dicho que tenía dientes pero estaban reducidos a nada más que pedazos y—

¿Y qué pasa contigo, chica? Puede que mintiera en algunas cosas, ¡pero seguramente no le habían crecido unos dientes nuevos desde que te sentaste a comer! Estás dejando que tu imaginación te domine.

¿Era así? Bueno, era posible. Y tal vez ese grito leve no era nada más que el sonido del viento en los aleros frente a la casa, después de todo.

«Me gustaría escuchar algunos de tus chistes e historias», dijo Rolando. «Como las contabas en el camino, si te place».

Susannah lo miró de cerca, preguntándose si el pistolero tenía algún motivo ulterior para esta petición, pero parecía genuinamente interesado. Incluso antes de ver la Polaroid de la Torre Oscura clavada en la pared de la sala (sus ojos volvían a ella constantemente mientras Joe le contaba su historia), Rolando había sido investido por una clase de ajetreado buen ánimo que realmente no era muy común en él en lo absoluto. Era casi como si estuviera enfermo, entrando y saliendo del delirio.

Joe Collins parecía sorprendido por la petición del pistolero, pero en lo absoluto molesto. «Dios santo», dijo. «No he hecho stand-up en lo que parecen mil años... y considerando la forma en que el tiempo se estiró por aquí un rato, tal vez han pasado mil. No estoy seguro de saber cómo empezar».

Susannah se sorprendió a sí misma diciendo. «Intenta».

OCHO

Joe pensó en ello y luego se incorporó, limpiándose algunas boronas errantes que estaban en su camisa. Cojeó hasta el centro del cuarto, dejando su muleta recostada contra la silla. Acho alzó la mirada hacia él con las orejas recogidas y su vieja sonrisa sobre las patas, como si anticipara el entretenimiento que venía. Por un momento Joe pareció inseguro. Luego tomó aire profundamente, lo soltó y les sonrió. «Prometan que no lanzarán tomates si arruino los chistes», dijo. «Recuerden, ha pasado mucho tiempo».

«No después de que nos trajiste y alimentaste», dijo Susannah. «Jamás».

Rolando, siempre literal, dijo, «No tenemos tomates, en cualquier caso».

«Correcto, correcto. Aunque quedan algunos enlatados en la bodega... ¡olviden que dije eso!»

Susannah sonrió. También Rolando.

Animado, Joe dijo: «De acuerdo, volvamos a ese lugar mágico llamado Jango's en esa ciudad mágica que algunos llaman el error en el lago. Cleveland, Ohio, en otras palabras. Segundo show. El que nunca terminé, y estaba en una buena racha, les doy mi palabra. Denme sólo un segundo...»

Cerró sus ojos. Pareció concentrarse. Cuando los volvió a abrir, de alguna forma se veía diez años menor. Era sorprendente. Y no sólo sonaba como estadounidense cuando empezó a hablar, se veía estadounidense. Susannah no habría podido explicarlo en palabras, pero sabía que era cierto: allí estaba un Joe Collins, Made in U.S.A.

«Oigan, damas y caballeros, bienvenidos a Jango's, soy Joe Collins y ustedes no».

Rolando rió y Susannah sonrió, sobre todo por educación—era uno muy viejo.

«La administración me ha pedido que les recuerde que ésta es una noche de dos cervezas por dólar. ¿Lo entienden? Bien. Con ellos el motivo es la ganancia, conmigo es autointerés. Porque mientras más beban ustedes, más chistoso me pongo».

La sonrisa de Susannah se amplió. Había un ritmo en la comedia, incluso ella lo sabía, aunque no habría sido capaz de hacer siquiera cinco minutos de stand-up frente a una ruidosa muchedumbre de club nocturno, ni siquiera si su vida dependiera de ello. Había un ritmo, y después de un comienzo incierto, Joe estaba encontrando el suyo. Sus ojos estaban entrecerrados y Susannah supuso que el hombre veía los colores mezclados de las luces sobre el escenario—muy parecidos a los colores del Arco Iris del Hechicero, ahora que lo pensaba—y que sentía el humo de cincuenta cigarrillos prendidos. Una mano en la vara cromada del micrófono; la otra libre para hacer cualquier gesto que quisiera. Joe Collins actuando en Jango's una noche de viernes—

No, no un viernes. Dijo que todos los clubes querían bandas de rock and roll los viernes.

«Olviden todo ese asunto del error en el lago, Cleveland es una bella ciudad», dijo Joe. Aumentaba un poco el ritmo ahora. Empezaba a rapear, podría haber dicho Eddie. «Mis padres son de Cleveland pero cuando cumplieron setenta se mudaron a la Florida. No querían hacerlo, pero mierda, ésa era la ley. ¡Bing!» Joe golpeó los nudillos contra su cabeza y puso bizca la mirada. Rolando rió de nuevo aunque no podía tener la menor idea de dónde estaba la Florida (o incluso qué era). La sonrisa de Susannah era más amplia que nunca.

«Florida es un lugar estupendo», dijo Joe. «Estupendo lugar. Hogar de los recién casados y de los casi muertos. Mi abuelo se retiró a la Florida, en paz descansa. Cuando

yo me muera, quiero morir en paz, dormido, como el abuelo Fred. No gritando, como los que iban en su auto».

Rolando estalló en carcajadas con ése y también Susannah. La sonrisa de Acho era tan amplia como nunca antes.

«Mi abuela, también era genial. Decía que aprendió a nadar cuando alguien la llevó al río Cuyahoga y la arrojó del bote. Le dije, ‘Oye, Nana, no te estaban enseñando a nadar’».

Rolando soltó un ronquido de risas, se secó la nariz, luego roncó otra vez. Las mejillas se le llenaron de color. La risa elevaba todo el metabolismo, lo ponía casi en una situación de lucha o escapa; Susannah lo había leído en alguna parte. Lo que significaba que su propio metabolismo aumentaba, pues también reía. Era como si todo el horror y dolor brotaran de una herida abierta, chorreando como—

Bueno, como sangre.

Escuchó que una leve alarma empezaba a sonar, en lo profundo de su mente, y la ignoró. ¿De qué debía alarmarse? ¡Se estaban riendo, por Dios! ¡Pasándola bien!

«¿Puedo ser serio por un minuto? ¿No? Bueno, jódanse ustedes y el jamelgo que los trajo—mañana cuando me levante estaré sobrio, pero ustedes todavía serán feos.

«Y calvos».

(Rolando se carcajeaba)

«Voy a ser serio, ¿de acuerdo? Si no les gusta, métansela en donde guardan el dinero. Mi Nana era una señora estupenda. Las mujeres en general son estupendas, ¿lo saben? Pero tienen sus fallas como los hombres. Si una mujer tiene que escoger entre atrapar una bola y salvarle la vida a un bebé, por ejemplo, salvará al bebé sin siquiera pensar en cuántos hombres están en bases. ¡Bing!» Se dio otro coscorrón e hizo que sus ojos salieran hacia delante de una manera que los hizo reír a los dos. Rolando intentó poner su taza de café a un lado y lo derramó. Se agarraba el estómago. Escucharlo reír tan fuerte—rendirse a la risa tan completamente—era en sí mismo chistoso, y Susannah soltó una risotada.

«Los hombres son una cosa, las mujeres son otra. Júntenlos y tendrán un nuevo sabor. Como las galletas Oreo. Como las tazas de mantequilla de maní. Como el pastel de pasas con salsa de moco. Muéstrenme un hombre y una mujer y les mostraré la Institución Peculiar—no la esclavitud, el matrimonio. Pero eso ya lo dije. ¡Bing!» Otro coscorrón. Otra vez saltaron los ojos. Esta vez pareció como si la mitad de ellos se saliera de sus cuencas.

(cómo es que hace eso)

y Susannah tuvo que agarrarse el estómago, que empezaba a dolerle con la fuerza de su carcajada. Y sus sienes empezaban a dolerle. Dolía, pero era un buen dolor.

«El matrimonio es tener una esposa o un esposo. ¡Sí! ¡Revisen el diccionario! La bigamia es tener demasiado una esposa o esposo. Desde luego, eso es también monogamia. ¡Bing!»

Si Rolando se riera más fuerte, pensó Susannah, se caería de la silla sobre el charco de café derramado.

«Y entonces viene el divorcio, un término que viene del latín ‘arrancarle los genitales a un hombre a través de la billetera.’

«Pero les hablaba de Cleveland, ¿recuerdan? ¿Saben cómo empezó Cleveland? Un montón de gente en Nueva York dijo, ‘Rayos, me empiezan a gustar el crimen y la pobreza, pero no hace suficiente frío. Vayamos al oeste.’»

La risa, pensaría después Susannah, es como un huracán: una vez que llega a un cierto punto, se alimenta sola, se sostiene sola. Te ríes no porque los chistes sean graciosos sino porque tu propia condición es graciosa. Joe Collins los llevó a este punto con su siguiente apunte.

«¿Recuerdan que en la escuela primaria les decían que en caso de incendio tenían que ponerse en fila en silencio por orden de estatura, los más bajos delante y los más altos atrás? ¿Cuál es la lógica de eso? ¿Se queman más despacio los altos?»

Susannah chilló de la risa y se dio una bofetada a un lado del rostro. Esto produjo una repentina e inesperada explosión de dolor que le sacó toda la risa en un instante. El grano junto a su boca había estado creciendo de nuevo, pero no había sangrado en dos o tres días. Cuando inadvertidamente lo golpeó con su mano, arrancó la costra rojizanegra que lo cubría. El grano no simplemente sangraba; manaba.

Por un momento no supo lo que le acababa de ocurrir. Sólo supo que abofetearse un lado de la cara le dolía mucho más de lo que le debió haber dolido. Joe tampoco pareció darse cuenta (sus ojos estaban ahora casi cerrados), debía no haberse dado cuenta, pues rapeaba más rápido que nunca: «¿Y qué hay de ese restaurante de comida de mar que tienen en el Mundo Marino? ¡Cuando llegué a la mitad de mi hamburguesa de pescado me pregunté si me estaba comiendo a uno de los que no aprendían! ¡Bing! Y a propósito de pescado —»

Acho ladró en señal de alarma. Susannah sintió que una repentina tibieza húmeda le resbalaba por el costado del cuello y sobre el hombro.

«Para, Joe», dijo Rolando. Sonaba sin aire. Débil. Por la risa, supuso Susannah. Oh, pero el lado de la cara le dolía, y—

Joe abrió sus ojos, parecía molesto. «¿Qué? ¡Santo Dios, lo querían y se los estoy dando!»

«Susannah se hirió». El pistolero estaba de pie y la miraba, la risa perdida por la preocupación.

«No estoy herida, Rolando, sólo me di una bofetada un poco más duro de lo que p-» Entonces se miró y le angustió ver que su mano era un guante rojo.

NUEVE

Acho ladró de nuevo. Rolando tomó la servilleta que estaba junto a su taza caída. Un extremo estaba de color marrón y ensopado con café, pero el otro estaba seco. Rolando lo presionó contra el grano que chorreaba y Susannah retrocedió la cabeza cuando la tocó la primera vez, los ojos llenos de lágrimas.

«No, déjame al menos detener la hemorragia», murmuró Rolando y le agarró la cabeza, encajando suavemente los dedos entre sus rizos. «Quédate quieta». Y para él logró mantenerse así.

A través de sus ojos lagrimosos Susannah pensaba que Joe aún se veía enfadado de que hubiera interrumpido su rutina de comedia de una manera tan drástica (por no decir ruínosa), y en cierto sentido no lo culpaba. Había estado haciendo realmente un buen trabajo; ella lo había arruinado. Aparte del dolor, que menguaba un poco ahora, estaba horriblemente avergonzada, recordando la vez que le había llegado su periodo en clase de gimnasia y una pequeña gota de sangre le había bajado por el muslo a los ojos de todo el mundo—bueno, la parte con la tomaba educación física del tercer periodo. Algunas de las chicas habían empezado a canturrear ¡Tapónalo! como si eso fuera lo más gracioso del mundo.

Mezclado con este recuerdo estaba el miedo por el grano mismo. ¿Y si era cáncer? Anteriormente, siempre había sido capaz de desechar la idea antes de que estuviera plenamente articulada en su mente. Esta vez no pudo. ¿Y si su estúpido ser se había enfermado de cáncer al viajar por las Tierras Malas?

Se le encogió el estómago, y luego lo sintió hinchado. Mantenía su buena comida en su sitio, pero tal vez sólo por un rato.

De repente quería estar sola, necesitaba estar sola. Si iba a vomitar, no quería hacerlo frente a Rolando y este extraño. Incluso si no iba a vomitar, quería algo de tiempo para recuperar el control. Una ráfaga de viento con la fuerza suficiente para que toda la cabaña temblara pasó como una hot-enj a todo vuelo; las luces vacilaron y su estómago se encogió de nuevo con el movimiento mareado de las sombras en la pared.

«Tengo que ir... baño...» logró decir. Por un instante el mundo parpadeó, pero luego se estabilizó de nuevo. En el fuego explotó un leño, soltando una capa de chispas color carmesí por la chimenea.

«¿Segura?» preguntó Joe. Ya no estaba enojado (si es que lo estuvo), pero la miraba dudoso.

«Deja que vaya», dijo Rolando. «Necesita calmarse, creo».

Susannah empezó a sonreírle agradecida, pero le dolió el lugar del grano y también empezó a sangrar de nuevo. Susannah no sabía qué más podía cambiar en el futuro inmediato gracias a la estúpida irritación que no sanaba, pero sí sabía que no quería saber de más chistes por un rato. Necesitaría una transfusión si se reía más.

«Volveré», dijo. «Y no se coman el resto de pudín mientras no esté». La sola idea de comida la hizo sentirse enferma, pero era algo que decir.

«Sobre el asunto del pudín, no prometo nada», dijo Rolando. Luego, cuando Susannah empezaba a darse vuelta añadió: «Si te sentís débil allí, llámame».

«Lo haré», respondió ella. «Gracias, Rolando».

DIEZ

Aunque Joe Collins vivía solo, su baño tenía un toque agradablemente femenino. Susannah lo había notado la primera vez que lo usó. El papel tapiz era rosa, con hojas verdes y— ¿qué más?—rosas silvestres. El inodoro parecía perfectamente moderno excepto por la tapa, que era de madera en vez de plástico. ¿La había tallado él mismo? No creía que fuera algo ilógico, aunque probablemente el robot la había traído de algún olvidado almacén de cosas. ¿Carl el Tartamudo? ¿Era ése el nombre por el que lo llamó Joe? No, Bill. Bill el Tartamudo.

A un lado del inodoro había una butaca, al otro una bañera con patas de yeso, con una ducha que le hizo pensar en Psicosis de Hitchcock (aunque cada ducha le hacía pensar en esa condenada película desde que la había visto en Times Square). También había un lavamanos de porcelana sobre un gabinete de madera de altura media—el viejo y simple cedro en vez de fustafierro, creía. Había un espejo sobre esto. Suponía que si lo abría encontraría las pastillas y jarabes. Todas las comodidades de una casa.

Quitó la servilleta con una mueca de dolor y un poco de llanto siseante. Se había quedado pegada en la sangre seca y sacarla dolía. Le angustió ver la cantidad de sangre en sus mejillas, labios y barbilla—por no hablar del cuello y el hombro de su camisa. Se dijo que no debía dejarse enloquecer por eso; te arrancaste la punta de algo e iba a sangrar, eso era todo. Especialmente si estaba en tu estúpida cara.

En el otro cuarto escuchó que Joe decía algo, no sabía qué, y la respuesta de Rolando: unas pocas palabras con una risa al final. Es tan extraño oírlo hacer eso, pensó. Casi como si estuviera ebrio. ¿Había visto ebrio a Rolando alguna vez? Se dio cuenta de que no era así. Nunca hasta estar a punto de caerse, nunca desnudo, nunca completamente atrapado por la risa... hasta ahora.

Ocúpate de tu' asunto', mujé', le dijo Detta.

«De acuerdo», musitó. «De acuerdo, de acuerdo».

Pensando ebrio. Pensando desnudo. Pensando perdido en la risa. Pensando que todas esas cosas estaban muy cerca de ser lo mismo.

Tal vez eran lo mismo.

Entonces se subió a la butaca y abrió el agua. Salió en un chorro fuerte, bloqueando los sonidos del otro cuarto.

Se preparó para el frío, salpicándosela suavemente por el rostro, luego usando una toallita facial—aún más suavemente—para limpiar la piel alrededor del grano. Cuando hubo terminado, se secó a golpecitos el grano mismo. Hacerlo no le dolió tanto como temía. Susannah estaba un poco animada. Cuando terminó enjuagó la toallita antes de que se secaran las manchas de sangre y se inclinó hacia el espejo. Lo que vio la hizo soltar un suspiro de alivio. Abofetearse sin cuidado en el rostro así le había arrancado toda la punta al grano, pero tal vez al final eso resultaría ser lo mejor. Algo era seguro: si Joe tenía una botella de peróxido de hidrógeno o alguna clase de crema antibiótica en su botiquín, intentaba darle a la maldita cosa una buena limpieza mientras estuviera abierta. Y a la mierda lo mucho que le ardería. Tal limpieza era necesaria y más que eso. Una vez terminara, la cubriría con un vendaje y luego esperaría a que pasara lo mejor.

Estiró la toallita al lado del bacín para que se secara, luego tomó una toalla (era del mismo tono de rosa que el papel tapiz) de una pila de ellas en una gaveta cercana. La llevó casi hasta su rostro y luego quedó paralizada. Había una nota de papel sobre la siguiente toalla de la pila. En la parte superior había una cerca con flores y debajo un par de felices ángeles de caricatura. Debajo estaba este renglón impreso en negrillas:

☺ ☹ ¡RELÁJENSE! ¡AQUI VIENE EL ☺ ☹
DEUS EX MACHINA!
~~~~~

Y, en una desvaída tinta de pluma

Odd's Lane  
Odd Lane

Dale vuelta a esto después de que pienses en ello.

Frunciendo el ceño, Susannah tomó la nota de la pila de toallas. ¿Quién la había dejado allí? ¿Joe? Lo dudaba completamente. Le dio vuelta a la hoja. Allí la misma mano había escrito:

*¡No pensaste en ello!  
¡Qué niña tan mala!  
Te dejé algo en el botiquín,  
pero primero  
\*\*¡PIENSA EN ELLO!\*\**

*(Pista: Comedia + Tragedia = ENGAÑO)*

En el otro cuarto, Joe seguía hablando y esta vez Rolando estalló en carcajadas en vez de sólo reír. A Susannah le sonaba como si Joe hubiera reanudado su monólogo. De cierta manera lo podía entender—había estado haciendo algo que amaba, algo que no había tenido oportunidad de hacer en muchos, muchos años—pero a una parte de ella no le gustaba la idea en absoluto. El que Joe reanudara mientras ella estaba en el baño atendiéndose, el que Rolando lo dejara reanudar. Que escuchara y riera mientras ella derramaba sangre. Parecía una cosa podrida, como de club de niños, para hacer. Supuso que se había acostumbrado a mejor por Eddie.

¿Por qué no olvidas a los chicos por el momento y te concentras en lo que está frente a ti? ¿Qué significa?

Algo parecía obvio: alguien había esperado que ella entrara allí y encontrara esa nota. No Rolando, ni Joe. Ella. Qué niña tan mala, decía. Niña.

¿Pero quién podría haberlo sabido? ¿Quién podría haber estado seguro? No era que ella tuviera el hábito de darse palmadas en el rostro (o el pecho, o la rodilla) cuando se reía; no podía recordar ninguna otra ocasión en que—

Pero sí podía. Una vez. En una película de Dean Martin-Jerry Lewis. Idiotas en el mar<sup>4</sup>, o algo así. Entonces, había sido atrapada de igual manera, riendo simplemente porque la risa había llegado a un punto de masa crítica y se había vuelto capaz de autoalimentarse. Todo el auditorio—en el Clark en Times Square, por lo que recordaba— haciendo lo mismo, bailando rock and roll, moviéndose de un lado a otro, regando palomitas de maíz de bocas que ya no les eran propias. Bocas que le pertenecían, al menos por unos minutos, a Martin y Lewis, esos idiotas en el mar. Pero sólo le había pasado esa vez.

Comedia más tragedia igual engaño. Pero no hay tragedia aquí, ¿o sí?

No esperaba una respuesta a eso, pero la obtuvo. Le llegó en la fría voz de la intuición.

Aún no, no la hay.

Por ninguna razón empezó a pensar en Lippy. Sonriendo, la horrible Lippy. ¿Reían las yentes en el infierno? Susannah estaba de alguna manera segura de que así era. Sonreían como Lippy la Yegua Maravilla cuando Satanás empezaba su

<sup>4</sup> N. del T. Probablemente Susannah se refiere a la comedia *Sailor beware* de 1951.

(llévese mi caballo... por favor)

rutina, y luego todos reían. Inevitablemente. Desesperadamente. Por toda la eternidad, que no les plazca en absoluto.

¿Qué demonios te pasa, mujer?

En el otro cuarto, Rolando volvió a reír. Acho ladró y también eso sonaba a risa.

Odd's Lane, Odd Lane... piensa en ello.

¿Qué había que pensar? Una era el nombre de la calle, la otra era lo mismo, sólo que sin la—

«Alto, espera un segundo», dijo en voz baja. Poco más que un susurro, realmente, y ¿quién pensaba que la oiría? Joe estaba hablando—casi sin pausas, se escuchaba—y Rolando reía. ¿Entonces quién creía que podría estar escuchando? ¿El habitante del sótano, si es que realmente existía?

«Alto un segundo, sólo espera».

Cerró los ojos y vio una vez más los dos letreros de las calles sobre sus postes, letreros que realmente estaban un poco por debajo de los peregrinos, porque los recién llegados habían estado de pie sobre un banco de nieve de casi tres metros de alto. CAMINO DE LATORRE decía uno de los letreros—el que apuntaba al camino limpio que desaparecía en el horizonte. El otro, el que indicaba a la corta calle con las cabañas, había dicho ODD'S LANE, sólo que...

«Sólo que no era así», murmuró, cerrando el puño en que no tenía la nota. «No decía eso».

Lo podía ver claramente con los ojos de su mente: ODD'S LANE con el apóstrofe y la S añadidas, ¿y por qué alguien haría eso? ¿El que cambió el letrero era algún loco compulsivo que no podía soportar—?

¿Qué? ¿Que no podía soportar qué?

Al otro lado de la puerta cerrada del baño, Rolando se carcajeaba con más fuerza que nunca. Algo cayó y se rompió. No está acostumbrado a reír así, pensó Susannah. Mejor ten cuidado, Rolando, o te lastimarás tú mismo. Reirás hasta que te salga una hernia o algo así.

Piensa en ello, le había recomendado su desconocido corresponsal, y lo intentaba. ¿Había algo en las palabras odd y lane que alguien no quería que vieran? Si así era, esa



persona no tenía que preocuparse, pues de seguro ella no lo veía. Deseó que Eddie estuviera allí. Eddie era el que era bueno con las cosas graciosas: chistes y adivinanzas y... an...

Su respiración se detuvo. Una expresión de entendimiento con los ojos bien abiertos empezó a aparecer en su rostro, y el rostro de su gemela en el espejo. No tenía lápiz y era terrible en el tipo de reordenamientos mentales que tenía que hacer ahor—

Balanceada sobre la butaca, Susannah se inclinó sobre el lavamanos y sopló en el espejo, empañándolo. Escribió **ODD LANE** . Lo miró con creciente comprensión y angustia. En el otro cuarto, Rolando reía con más fuerza que antes y ahora ella reconocía lo que debió haber visto treinta valiosos segundos antes: esa risa no era alegre. Era irregular y fuera de control, la risa de alguien que lucha por respirar. Rolando se reía como las yentes reían cuando la comedia se transformaba en tragedia. Como las yentes reían en el infierno.

Debajo de **ODD LANE** usó la punta de su dedo para escribir **DANDELO**, el anagrama que Eddie podría haber visto al instante, y seguramente una vez se hubiera dado cuenta de que el apóstrofe-S en el letrero habían sido agregados para distraerlos.

En el otro cuarto la risa bajaba y cambiaba, convirtiéndose en un sonido que era alarmante más que entretenido. Acho ladraba como loco y Rolando—

Rolando se asfixiaba.



## Capítulo VI:

**Patrick Danville**

UNO

Susannah no cargaba su pistola. Joe había insistido en que se sentara en la silla reclinatoria La-Z Boy cuando habían regresado a la sala después de la cena, y ella había puesto el revólver en la mesa llena de revistas junto a la silla, después de mover el tambor y sacar las balas. Las balas las tenía en el bolsillo.

Abrió de un golpe la puerta del baño y se arrastró hasta la sala. Rolando yacía en el suelo junto al sillón y el televisor, su rostro de un terrible color violeta. Se rascaba la garganta hinchada y aún reía. Su anfitrión se paraba junto a él, y lo primero que Susannah vio fue que su cabello—ese cabello blanco, como de bebé, que le daba a los hombros— estaba ahora completamente negro. Las arrugas alrededor de sus ojos y boca se habían borrado. En vez de diez años más joven, Joe Collins parecía ahora veinte o incluso treinta años más joven.

El hijo de puta.

El hijo de puta vampiro.

Acho saltó hacia él y agarró la pierna izquierda de Joe justo por encima de la rodilla. «¡Ve’nticinco, sesentacuatro, diecinueve, adelante!» gritó alegremente Joe, y se deshizo de Acho pataleando, tan ágil ahora como Fred Astaire. Acho voló por los aires y golpeó

la pared con la suficiente fuerza para hacer que cayera una placa que decía **DIOS BENDIGA NUESTRO HOGAR** al suelo. Joe se dio vuelta de nuevo hacia

Rolando.

«Lo que creo», dijo, «es que las mujeres necesitan una razón para tener sexo». Joe puso un pie sobre el pecho de Rolando—como un cazador con su trofeo, pensó Susannah. «Por otra parte, los hombres sólo necesitan un sitio. ¡Bing!» Hizo que sus ojos saltaran. «El asunto con el sexo es que Dios le da a los hombres un cerebro y una pija, pero sólo sangre suficiente para operar uno a la—»

Nunca la escuchó acercarse o encaramarse a la La-Z Boy para ganar la altura suficiente; se concentraba completamente en lo que hacía. Susannah entrelazó las manos hasta convertirlas en un solo puño, las levantó hasta la altura de su hombro derecho, y luego las movió hacia abajo y al lado con toda la fuerza que pudo. El puño le dio a Joe en un costado de la cabeza con la fuerza suficiente para despedirlo hacia un lado. Sin embargo, Susannah había hecho contacto con hueso sólido y el dolor en sus manos era espantoso.

Joe se tambaleó, moviendo los brazos para recuperar el equilibrio y tratando de mirarla. Su labio superior se levantó, exponiendo sus dientes—dientes perfectamente normales, y ¿por qué no? No era el tipo de vampiro que sobrevivía de sangre. Después de todo, esto era Empathica. Y el rostro alrededor de esos dientes estaba cambiando:

oscureciéndose, contrayéndose, transformándose en algo que ya no era humano. Era el rostro de un payaso psicótico.

«Tú», dijo, pero antes de poder decir algo más, Acho se abalanzó sobre él de nuevo. No hubo necesidad de que el brambo usara los dientes esta vez porque su anfitrión aún se tambaleaba. Acho se agazapó tras el tobillo de la cosa y Dandelo simplemente tropezó con él, sus maldiciones cesando abruptamente cuando se golpeó la cabeza. El golpe lo habría dejado sin sentido si no fuera por el hogareño tapete de trapo que cubría el piso de madera. Tal y como cayó se obligó a sentarse desde su posición, casi de inmediato, mirando a los lados aturdido.

Susannah se puso de rodillas junto a Rolando, que también intentaba sentarse pero no lo lograba. Susannah agarró el revólver de Rolando en su funda, pero él le agarró la muñeca con una mano antes de que pudiera sacarla. Instinto, desde luego, y esperable, pero Susannah se sintió cerca al pánico cuando la sombra de Dandelo cayó sobre ellos.

«Perra, te enseñaré a interrumpir a un hombre cuando está en—»

«¡Rolando, suelta!» gritó, y él lo hizo.

Dandelo cayó, con la intención de caerle encima a Susannah y aprisionar la pistola entre ellos dos, pero ella fue demasiado rápida por un segundo. Dio un bote hacia un lado y Dandelo aterrizó sobre Rolando, en cambio. Susannah escuchó el sonido torturado del pistolero cuando perdió el poco aire que había logrado recuperar. Se incorporó sobre un brazo, respirando agitada, y apuntó con la pistola al que estaba encima, el que sufría de un horrible cambio afanoso dentro de su ropa. Dandelo levantó las manos, que estaban vacías. Desde luego que lo estaban, no era con sus manos que solía matar. Mientras lo hacía, sus rasgos empezaron a unirse, convirtiéndose más y más en cosas superficiales—no rasgos en absoluto, sino marcas en la piel de un animal o el caparazón de un insecto.

«¡Detente!» gritó, con una voz que bajaba de tono y se volvía algo como el sonido de una cigarra. «¡Quiero contarte el del arzobispo y la corista!»

«Ya me lo sé», dijo Susannah, y le disparó dos veces, una bala después de la otra dentro de su cerebro apenas por encima de lo que había sido su ojo derecho.

## DOS

Rolando logró como pudo ponerse de pie. Tenía el cabello enredado cayéndole a los costados de su rostro hinchado. Cuando Susannah intentó tomarlo de la mano, él la hizo a un lado y se tambaleó hasta la puerta frontal de la pequeña cabaña, que ahora le parecía a Susannah sucia y oscura. Vio que había manchas de comida en el tapete y una mancha grande de agua en una pared. ¿Habían estado esas cosas allí antes? ¿Y, santo Dios del

cielo, qué habían comido exactamente en la cena? Decidió que no quería saber, en tanto no la enfermara. En tanto no fuera venenoso.

Rolando de Gilead abrió la puerta. El viento se la quitó de la mano y la envió contra la pared con un golpe. Rolando logró dar dos pasos hacia la ululante ventisca, se dobló con las manos en los muslos y vomitó. Susannah vio el chorro de material vomitado y cómo el viento lo lanzaba hacia la oscuridad. Cuando Rolando volvió a entrar, su camisa y el costado de su rostro estaban llenos de nieve. Hacía mucho calor en la cabaña; eso era una cosa más que la ilusión de Dandelo les había ocultado hasta entonces. Vio que un termostato—un viejo Honeywell, no muy diferente del que estaba en su apartamento de Nueva York—aún estaba en la pared. Fue hacia él y lo examinó. Estaba puesto al máximo, más allá de la marca de treinta grados. Lo devolvió a veinte grados con la punta de un dedo y luego se dio vuelta para revisar el cuarto. La chimenea era de hecho de dos veces el tamaño que les había parecido y tenía suficientes leños para que rugiera como un horno de acero. No había nada que hacer al respecto por el momento, pero eventualmente se apagaría.

La cosa muerta sobre el tapete se había salido casi del todo de su ropa. A Susannah le parecía ahora alguna clase de insecto con apéndices deformes—casi piernas y brazos—saliendo de las mangas de su camisa y las botas de sus vaqueros. La parte trasera de la camisa se había rasgado por la mitad y lo que vio en la brecha era una clase de concha sobre la cual estaban impresos rasgos humanos rudimentarios. No habría creído que nada pudiera ser peor que Mordred en su forma de araña, pero esta cosa lo era. Gracias a Dios estaba muerta.

La hermosa e iluminada cabaña—como algo salido de un cuento de hadas, ¿y no había visto eso desde el comienzo?—era ahora una choza de campesino penumbrosa y llena de humo. Aún había luces eléctricas, pero se veían viejas y muy usadas como el tipo de electrodomésticos que se encuentran en una pensión barata. El tapete de trapo se veía oscuro por la mugre y manchado por comida derramada y roto en algunas partes.

«Rolando, ¿estás bien?»

Rolando la miró y luego, lentamente, se puso de rodillas ante ella. Por un momento Susannah pensó que se estaba desmayando y se alarmó. Cuando cayó en la cuenta, un segundo después, de lo que estaba pasando, se alarmó aún más.

«Pistolera, estoy asombrado», dijo Rolando con una voz oscura y temblorosa. «Me tomaron como a un niño, e imploro tu perdón».

«¡Rolando, no! ¡Levá'tate!» Ésa fue Detta, que siempre parecía aparecer cuando Susannah estaba bajo mucha presión. Pensó, Es una maravilla que no dije «Levá'tate, grandote», y tuvo que sofocar un grito de risa histérica. Rolando no habría entendido.

«Dame tu perdón, primero», dijo Rolando, sin mirarla.

Susannah buscó las palabras en su cabeza y las encontró, lo que era un alivio. No podía soportar verlo así de rodillas. «Levántate, pistolero, te doy tu perdón de buen corazón». Hizo una pausa, y luego añadió: «Si salvo tu vida otras nueve veces, estaremos cerca de quedar a mano».

Rolando dijo, «Tu amable corazón me hace avergonzarme del mío», y se puso en pie. El terrible color desaparecía de sus mejillas. Miró a la cosa sobre el tapete, arrojando su deforme sombra en la pared con la luz del fuego. Miró a su alrededor a la cabañita con sus electrodomésticos antiguos y sus bombillas parpadeantes.

«Lo que nos dio de comer estaba bien», dijo. Era como si le hubiera leído la mente y visto el peor miedo que había en ella. «Nunca habría envenenado lo que pretendía... comer».

Susannah alargó la mano para entregarle el revólver, sosteniéndolo por el cañón. Rolando lo tomó y recargó las dos recámaras vacías antes de enfundarlo de nuevo. La puerta de la choza aún estaba abierta y la nieve entraba con el viento. Ya había creado un delta blanco en el pequeño pasillo de entrada, donde colgaban sus abrigo de piel. El cuarto estaba un poco más frío ahora, un poco menos como un baño de sauna.

«¿Cómo lo supiste?» preguntó él.

Susannah pensó en el hotel donde Mia había dejado la Trece Negra. Después, cuando ya se habían ido, Jake y Callahan habían sido capaces de entrar al cuarto 1919 porque alguien les había dejado una nota y

(dad-a-chí)

una llave. El nombre de Jake y Ésta es la verdad habían sido escritos en el sobre en un híbrido de letra cursiva e impresa. Estaba segura de que si tuviera el sobre con su breve mensaje y lo comparara con el que ella había encontrado en el baño, encontraría que la misma mano las escribió.

De acuerdo con Jake, el hombre que atendía en el Nueva York Plaza-Parque Hotel les había dicho que el mensaje lo había dejado un hombre llamado Stephen King.

«Ven conmigo», dijo. «Al baño».

### TRES

Como el resto de la cabaña, el baño era ahora más pequeño, no mucho más grande que un armario. La bañera era vieja y oxidada, con una delgada capa de mugre en el fondo. Parecía como si la hubieran usado por última vez...

Bueno, la verdad es que a Susannah le parecía que nunca la habían usado. La ducha estaba llena de óxido. El papel tapiz color rosa se veía gastado y sucio, pelado en algunas partes. No había rosas. El espejo aún estaba allí, pero estaba roto por la mitad hacia abajo, y pensó que era una suerte de maravilla el que no se hubiera cortado la yema del dedo cuando escribió sobre él. El vapor de su respiración había desaparecido pero las palabras aún estaban allí, visibles en la suciedad del espejo: ODD LANE y, debajo DANDELO

«Es un anagrama», dijo. «¿Lo ves?»

Rolando estudió la escritura, luego sacudió la cabeza, al parecer un poco avergonzado.

«No es tu culpa, Rolando. Son letras de las nuestras, no de las que conoces. Te doy mi palabra, es un anagrama. Apuesto a que Eddie lo habría visto de inmediato. No sé si era la idea de un chiste de Dandelo, o si hay alguna clase de reglas que los ilusionistas como esa cosa tienen que seguir, pero el asunto es que nos dimos cuenta a tiempo, con un poco de ayuda de Stephen King».

«Tú te diste cuenta», dijo el pistolero. «Yo estaba ocupando riendo hasta morir».

«Los dos lo habríamos hecho», dijo ella. «Sólo que tú eras un poco más vulnerable por tu sentido del humor... perdóname Rolando, pero por regla, es bastante escaso».

«Eso lo sé», dijo Rolando parcamente. Luego se dio vuelta repentinamente y abandonó el cuarto.

Una horrible idea se le ocurrió a Susannah y le pareció que pasó mucho antes de que el pistolero regresara. «Rolando, ¿aún está...?»

Rolando asintió, sonriendo un poco. «Aún tan muerto como siempre. Disparaste bien, Susannah, pero por un momento necesitaba estar seguro».

«Me alegra», dijo ella con simpleza.

«Acho presta guardia. Si algo llegara a pasar, de seguro nos lo dejaría saber». Recogió la nota del suelo y cuidadosamente intentó descifrar lo que estaba escrito en la parte de atrás. La única palabra con la que Susannah tuvo que ayudarlo fue con botiquín. «‘Te dejé algo.’ ¿Sabes qué?»

Susannah meneó la cabeza. «No tuve tiempo de ver».

«¿Dónde está el botiquín?»

Susannah apuntó hacia el espejo y él lo abrió. Chilló en sus bisagras. Había gavetas en el interior, pero en vez de las filas ordenadas de pastillas y jarabes que Susannah se había imaginado, sólo había otras dos botellas color marrón, como la que había sobre la mesa junto a la La-Z Boy, y lo que a Susannah le parecía era la caja más vieja de Gotas para la Tos Smith Brothers Wild Cherry. Sin embargo, también había un sobre y Rolando se lo pasó. Escrito en el frente, con la misma medio-escritura medio-impresión, estaba

esto:

Childe Roland, de Gilead  
Susannah Jean, de New York  
salvaron mi vida  
salvé la suya.  
Todas las deudas están saldadas.  
S.K.

«¿Childe?» preguntó ella. «¿Significa eso algo para ti?»

Rolando asintió. «Es un término que describe a un caballero—o pistolero—en una gesta. Un término formal y antiguo. Nunca lo usamos entre nosotros mismos, debes entender, pues significa santo, elegido por el ka. Nunca nos gustó pensar en nosotros en tales términos y no he pensado en mí mismo en esos términos por muchos años».

«¿Pero aún así eres Childe Roland?»

«Tal vez lo fui alguna vez. Estamos más allá de esas cosas ahora. Más allá del ka».

«Pero aún en el Camino del Haz».

«Ea». Recorrió con un dedo la última línea encima del sobre: Todas las deudas están saldadas. «Ábrelo, Susannah, pues quiero ver lo que hay dentro».

Ella lo hizo.

#### CUATRO

Era una fotocopia de un poema de Robert Browning. King había escrito el nombre del poeta en su medio-escritura, medio-impresión encima del título. Susannah había leído

algunos de los monólogos dramáticos de Browning en la universidad, pero este poema no le resultaba familiar. Sin embargo, le resultaba extremadamente familiar su tema; el título del poema era «Childe Roland a la Torre Oscura Llegó». Era de estructura narrativa, del tipo baládico en esquema de rima (a-b-b-a-a-b), y con treinta y cuatro estrofas de longitud. Cada estrofa estaba indicada con un número romano. Alguien—presumiblemente King—había hecho un círculo alrededor de las estrofas I, II, XIII, XIV y XVI.

«Lee las marcadas», dijo el pistolero en tono áspero, «porque sólo puedo entender una palabra aquí y allá, y quiero saber lo que dicen, saberlo muy bien».

«Primera Estrofa», dijo Susannah, y luego carraspeó un poco. Tenía la garganta seca. Afuera el viento ululaba y la desnuda bombilla en el techo pestañeó en su sucia porcelana.

«Mi primer pensamiento fue que él mentía en cada palabra, Ese tullido anciano, con ojo malicioso Receloso al observar el trabajo de su mentira En mí, y boca apenas capaz de ocultar La alegría, que unía y separaba Sus labios, ante una víctima más ganada de esa forma».

«Collins», dijo Rolando. «¡Quienquiera que haya escrito eso hablaba de Collins tan seguro como que King habló alguna vez de nuestro ka-tet en sus historias! ‘¡Mentía en cada palabra!’ ¡Ea, eso hacía!»

«No Collins», dijo ella, «Dandelo».

Rolando asintió. «Dandelo, dices verdad. Adelante».

«De acuerdo; Segunda Estrofa.

«¿Para qué si no estaría estar él preparado, con su vara? ¿Para qué, salvo para acechar con sus mentiras, enredar a Todos los viajeros que pudieran hallarle allí parado, Y preguntaran por el camino? Imaginé qué risa cadavérica Estallaría, qué muleta escribiría mi epitafio Como pasatiempo en el polvoriento camino».

«¿Recuerdas su bastón, y cómo lo agitaba?» le preguntó Rolando.

Claro que lo recordaba. Y el camino había sido nevado en vez de polvoriento, pero por lo demás era igual. De otra forma era una descripción de lo que acababa de pasarles. La idea le produjo escalofríos.

«¿Era este poeta de tu tiempo?» preguntó Rolando. «¿Tu cuándo?»

Susannah meneó la cabeza. «Ni siquiera de mi país. Murió al menos sesenta años antes de mi cuándo».

«Igual debe haber visto lo que acabó de pasar. Al menos una versión de ello, en cualquier caso».

«Sí. Y Stephen King conocía el poema». Susannah tuvo una intuición repentina, una que ardía con tanta luz que no podía ser nada más que la verdad. Miró a Rolando con los ojos salvajes y aturridos. «¡Fue este poema el que puso a andar a King! ¡Fue su inspiración!»

«¿Eso dices, Susannah?»

«¡Sí!»

«Pero este Browning debe habernos visto».



Susannah no lo sabía. Era demasiado confuso. Como intentar determinar qué fue primero, el huevo o la gallina. O estar perdido en una sala de espejos. Su cabeza nadaba.

«¡Lee la siguiente marcada, Susannah! Lee con tu ojo-ojo-ojo».

«Es la Estrofa Trece», dijo.

«En cuanto a la hierba, crecía tan escasa como el cabello Cuando hay lepra; delgados filos secos atravesaban el lodo Que parecía por debajo amasado con sangre. Un famélico caballo ciego, cada hueso se veía, Se paraba estupefacto, sin embargo allí iba; ¡Arrojado del servicio de los establos del demonio!

«Ahora te leo la Estrofa Catorce.

«¿Vivo? Podría estar muerto por lo que sé, Con ese rojo cuello raquítico, despedazado y estirado, Y los ojos cerrados bajo esa vetusta crin; Rara vez iba tal grotesca cosa acompañada por tal pesar; Nunca vi una bestia que odiara tanto; Debía de estar maldito para merecer tal dolor».

«Lippy», dijo el pistolero y movió un pulgar hacia atrás sobre su hombro. «La de allá es raquítica, tiene el cuello lleno de excrecencias y todo, sólo que es hembra en vez de macho».

Susannah no dijo nada—no tuvo necesidad de hacerlo. Desde luego era Lippy: ciega y esquelética, su cuello a carne viva en algunos sitios. Es una cosa fea, lo sé, había dicho el viejo... la cosa que parecía un viejo. ¡Vieja caja-ki' y cañería carcamal, jamelgo cojo y leprosa de cuatro patas! Y allí estaba en blanco y negro, un poema escrito mucho antes de que sai King siquiera hubiera nacido, tal vez ochenta o cien años antes: ...tan escaso como el cabello/ Cuando hay lepra.

«¡Arrojado del servicio de los establos del demonio!» dijo Rolando, sonriendo de manera sombría. «¡Y si bien nunca será un semental ni nunca lo fue, veremos que vuelva con el demonio antes de que nos vayamos!»

«No», dijo ella. «No lo veremos». La voz le sonaba más seca que nunca. Quería beber algo, pero ahora temía tomar cualquier cosa que saliera de ese vil lugar. En poco tiempo tomaría algo de nieve y la derretiría. Entonces tendría su bebida y no antes.

«¿Por qué dices eso?»

«Porque se ha ido. Salió en la tormenta cuando escuchábamos lo mejor de su amo».

«¿Cómo lo sabes?»

Susannah sacudió la cabeza. «Sólo lo sé». Pasó a la siguiente página del poema que llegaba a unos doscientos versos.

«Estrofa Dieciséis.

«¡No esto! Observé...»

Susannah se detuvo.

«¿Susannah? ¿Por qué—?» Entonces la mirada del pistolero se posó sobre una de las palabras que seguían, que podía leer incluso con estas letras. «Sigue», dijo. Su voz era baja, las palabras apenas más que un susurro.

«¿Estás seguro?»

«Lee, pues quiero oír».

Susannah tosió un poco. «Estrofa Dieciséis».

«¡No esto! Imaginé la tez enrojecida de Cuthbert Bajo el adorno de rizos dorados, Querido amigo, hasta que casi lo sentí cruzar Su brazo con el mío para retenerme en ese lugar, Así era como solía. Ah, la desgracia de una noche. Salió el nuevo fuego de mi corazón y lo dejó helado.

«Está escribiendo sobre Mejis», dijo Rolando. Sus puños estaban cerrados, aunque Susannah dudaba que lo supiera. «Escribe sobre cómo nos separamos por Susan Delgado, pues después de eso nunca fue lo mismo entre nosotros. Compusimos nuestra amistad lo mejor que pudimos, pero no, nunca fue lo mismo».

«Una vez que la mujer llega al hombre o el hombre a la mujer, no creo que jamás sea lo mismo», dijo, y le pasó las hojas fotocopias. «Toma esto. He leído todas las que mencionó. Si hay cosas en el resto sobre llegar a la Torre Oscura—o no llegar—descúbrelo tú mismo. Creo que puedes hacerlo tú solo si te esfuerzas lo suficiente. En cuanto a mí, no quiero saber».

Rolando, al parecer, sí quería. Pasó las páginas, buscando la última. Las páginas no estaban numeradas pero encontró el final fácilmente por el espacio bajo la estrofa con el número XXXIV. Sin embargo, antes de que pudiera leerla se escuchó de nuevo ese grito leve. Esta vez el viento estaba en completa quietud y no había duda de dónde provenía.

«Hay alguien bajo nosotros, en el sótano», dijo Rolando.

«Lo sé. Y creo saber de quién se trata».

Rolando asintió.

Susannah lo miraba firmemente. «Todo encaja, ¿o no? Es como un rompecabezas y hemos juntado todas las piezas que faltaban».

El grito se oyó de nuevo, leve y perdido. El grito de alguien que estaba en la puerta del lado de la muerte. Dejaron el baño, desenfundando las pistolas. Susannah no creía que las fueran a necesitar esa vez.

## CINCO

El insecto que se había disfrazado de un anciano guasón llamado Joe Collins yacía donde había caído, pero Acho había retrocedido uno o dos pasos. Susannah no lo culpaba.

Dandelo empezaba a heder, y pequeños ríos de una cosa blanca empezaban a rezumar a través de su caparazón en descomposición. Sin embargo, Rolando le dijo al brambo que se quedara donde estaba y vigilara.

El grito se oyó de nuevo cuando llegaron a la cocina, y era más fuerte, pero al comienzo no vieron cómo podían llegar al sótano. Susannah se movió lentamente por el piso sucio y resquebrajado, buscando una puerta oculta en el suelo. Estaba a punto de decirle a Rolando que no había nada cuando él dijo, «Aquí, tras la caja fría».

El refrigerador ya no era un Amana de los mejores con una hielera en la puerta sino una cosa grande y sucia con el motor encima, en un contenedor en forma de tambor. Su madre había tenido una igual cuando Susannah era una niña pequeña que respondía al nombre de Odetta, pero su madre habría muerto antes de dejar que su nevera estuviera siquiera diez veces menos sucia que ésta. Cien veces.

Rolando la hizo a un lado con facilidad, pues Dandelo, monstruo astuto que había sido, la había puesto en una pequeña plataforma con ruedas. Susannah dudaba que recibiera muchas visitas, no allí en el Mundo Final, pero había estado preparado para ocultar sus secretos si alguien pasaba. Como seguramente hacían las yentes de cuando en cuando. Imaginó que pocos si es que alguno llegó a pasar más allá de la cabañita en Odd Lane.

Las escaleras que iban al sótano eran estrechas e inclinadas. Rolando tanteó junto a la puerta interior y encontró un interruptor. Encendió dos bombillas, una a mitad de camino por las escaleras y una más abajo. Como en respuesta ante la luz, el grito se volvió a oír. Estaba lleno de dolor y miedo, pero no había palabras en él. El sonido le produjo un escalofrío.

«¡Sal a los pies de la escalera, quienquiera que seas!» dijo Rolando.

Ninguna respuesta desde abajo. Afuera el viento soplaba y ululaba, arrojando nieve contra el costado de la casa con tanta fuerza que sonaba como arena.

«¡Ven a donde podemos verte, o te dejaremos donde estás!» habló Rolando.

El habitante del sótano no salió a la escasa luz sino que gritó de nuevo, un sonido cargado de pesar, terror y—temía Susannah—locura.

Rolando la miró. Ella asintió y le susurró. «Ve primero. Yo cubro tu jugada, si tienes que hacer alguna».

«Cuidado con los escalones para que no tropieces», dijo en la misma voz baja.

Ella asintió de nuevo e hizo el gesto de impaciencia de Rolando moviendo una mano: Adelante, adelante.

Eso produjo una sombra de sonrisa en los labios del pistolero. Bajó las escaleras con el revólver contra su hombro derecho, y por un momento se pareció tanto a Jake Chambers que Susannah pudo haber llorado.

## SEIS

El sótano era un laberinto de cajas y barriles y cosas tapadas que colgaban de ganchos. Susannah no deseaba en lo absoluto saber que eran esas cosas que se mecían. Se volvió a escuchar el grito, un sonido como una amalgama de llanto y aullido. Por encima de ellos, opaco y ahora acallado, se escuchaba el viento ululando y deteniéndose.

Rolando viró a su izquierda y caminó como pudo por el medio del pasillo zigzagueante que estaba abarrotado a cada lado de cajas amontonadas hasta la altura de su propia cabeza. Susannah lo seguía, manteniendo una buena distancia entre ellos y mirando constantemente hacia atrás. También estaba alerta por si Acho daba la alarma desde arriba. Vio una pila de cajas que tenían el nombre de TEXAS INSTRUMENTS y otra con GALLETAS CHINAS DE LA SUERTE HO FAT impresas en un costado. No le sorprendió ver el nombre que usaban de chiste para referirse a su taxi, largo tiempo ya abandonado; Susannah estaba mucho más allá de la sorpresa.

Delante de ella, Rolando se detuvo. «Lágrimas de mi madre», dijo en voz baja. Susannah lo había escuchado usar esa frase una vez antes, cuando se toparon con un ciervo que había caído a un precipicio y yacía allí con las dos patas traseras y una de las delanteras rotas, muriendo de hambre y alzando la cabeza para verlos sin lograrlo, pues las moscas se le habían comido en vida los ojos al desgraciado animal.

Susannah se quedó donde estaba hasta que él le hizo gestos de que se le uniera, y luego se puso rápidamente a su lado, alzándose con las palmas de las manos.

En la esquina de la pared de piedra más alejada del sótano de Dandelo—la esquina sudeste, si estaba bien orientada—había una tosca celda. Su puerta estaba hecha de barras de acero entrecruzadas. Cerca se encontraba la forja que Dandelo debió usar para construirla... pero hacía mucho tiempo, a juzgar por la gruesa capa de polvo en el tanque de acetileno. Colgando de un garfio en forma de S clavado en la pared, apenas más allá del alcance del prisionero—Susannah creía que sin duda la habían puesto cerca de él para poder burlarse—estaba una antigua

(dad-a-chum dad-a-chí)

llave plateada. El prisionero en cuestión estaba junto a las barras de su confinamiento, estirando sus sucias manos hacia ellos. Estaba tan esquelético que le recordó a Susannah de ciertas fotos terribles de los campos de concentración que había visto, imágenes de aquellos que sobrevivieron a Auschwitz, Bergen-Belsen y Buchenwald, sindicaciones vivientes (apenas) de la humanidad como un todo con sus uniformes a rayas colgando de sus cuerpos y en las cabezas esos horribles gorros rotos como los de los botones de los hoteles y sus terribles ojos brillantes, tan llenos de alerta. Desearíamos no saber en qué nos hemos convertido, decían esos ojos, pero desafortunadamente lo sabemos.

Algo parecido a eso había en los ojos de Patrick Danville cuando estiraba sus manos y emitía sus suplicantes ruidos inarticulados. De cerca, le sonaban a Susannah como los gritos de un pájaro selvático en la banda sonora de una película: ¡A-yiiii, A-yiiii, Aiyooo, A-iyooo!

Rolando soltó la llave del garfio y fue hacia la puerta. Una de las manos de Danville lo agarró de la camisa y el pistolero se deshizo de ella con una palmada. Fue un gesto completamente sin rabia, pensó Susannah, pero la raquílica cosa en la celda retrocedió con los ojos desorbitados. Tenía el cabello largo—le llegaba hasta los hombros—pero apenas había la más leve sombra de barba en sus mejillas. Era un poco más espesa en su barbilla y sobre sus labios. Susannah pensó que debía tener unos diecisiete años, seguramente no mucho más que eso.

«No te ofendas, Patrick», dijo Rolando en tono de pura conversación. Puso la llave en el candado. «¿Eres vos Patrick? ¿Eres vos Patrick Danville?»

La escuálida cosa vestida con vaqueros sucios y camisa gris que le quedaba grande (le daba casi a las rodillas) retrocedió hacia la esquina de su celda triangular sin replicar. Cuando su espalda dio contra la piedra, se dejó resbalar hasta quedar sentado junto a lo que Susannah suponía era la cubeta en que le arrojaban los restos de comida que eran su alimento, el frente de su camisa primero amontonándose y luego cayendo hacia su entrepierna como el agua cuando sus rodillas se alzaron para casi cubrir su rostro aterrado y demacrado. Cuando Rolando abrió la puerta de la celda y la sacó tanto como era posible (no había bisagras), Patrick Danville empezó a hacer el sonido de ave otra vez, sólo que esta vez más duro: ¡A-YIIII! ¡A-IYOOO! ¡A-YIII! A Susannah se le destemplaron los dientes. Cuando Rolando dio señas de entrar a la celda, el muchacho gritó aún más duro y empezó a golpearse la cabeza contra las piedras. Rolando salió de la celda. El terrible golpe de la cabeza cesó, pero Danville miraba al extraño con miedo y desconfianza. Luego estiró sus manos mugrientas y de uñas largas de nuevo, como si pidiera socorro.

Rolando miró a Susannah.

Ella se columpió en sus manos hasta que llegó a la puerta de la celda. El muchachocosa demacrado en la esquina soltaba su loco chillido de pájaro otra vez y alejaba las manos suplicantes, cruzando los brazos y convirtiendo el gesto de los pistoleros en uno de defensa patética.

«No, amorcito». Ésta era una Detta Walker que Susannah nunca había escuchado antes, y que tampoco sospechaba. «No, amohcito, no te vo' a hacer daño. Si así fuera, solo te pondría do' balas en la cabeza como al cabrón allá arriba».

Vio algo en los ojos del muchacho—tal vez sólo un ensanchamiento momentáneo que reveló más de sus ojos enrojecidos. Susannah sonrió y asintió. «¡Eso e' correcto! Señó Collins, él e'tá muerto. No va' vuelve' a bajar más y... ¿uh? ¿Qué te hizo, Patrick?»

Por encima de sus cabezas, amortiguado por la piedra, ululaba el viento. Las luces parpadearon; la casa crujía y gruía como protesta.

«¿Qué te hizo, chico?»

No era bueno. No entendía. Susannah acababa de decidirlo cuando Patrick Danville se puso las manos en el estómago y se lo agarró. Torció su cara hasta formar un calambre que Susannah descubrió debía indicar risa.

«¿Te hacía reír?»

Patrick, enrollado en su esquina, asintió. Su rostro se torció aún más. Ahora sus manos se volvieron puños que subieron hasta su rostro. Se limpió las mejillas con ellos, y luego se restregó los ojos, para luego mirarla. Susannah notó que había una pequeña cicatriz en el puente de su nariz.

«Tambié' te hacía llorar».

Patrick asintió. Volvió a hacer la mímica de la risa otra vez, agarrándose el estómago y simulando reír; hizo la mímica del llanto, secándose lágrimas de sus mejillas ligeramente velludas; esta vez agregó un tercer fragmento de mímica, haciendo una cueva con las manos frente a su boca y haciendo un ruido de masticación con los labios. Desde arriba y ligeramente detrás de Susannah, Rolando dijo: «Te hacía reír, te hacía llorar, te hacía comer».

Patrick sacudió la cabeza en negación tan violentamente que golpeó las paredes de piedra que eran los límites de su esquina.

«Él comía», dijo Detta. «Eso e' lo que tratas de decir, ¿no? Dandelo comía».

Patrick asintió con fuerza.

«Te hacía reír, te hacía llorar, y despué' comía lo que salía. ¡Po'que eso es lo que él hace!»

Patrick asintió de nuevo, estallando en llanto. Soltaba gemidos inarticulados. Susannah entró de poco a la celda, empujándose con las palmas, lista a retirarse si empezaban de nuevo los golpes con la cabeza. No fue así. Cuando llegó junto al chico en la esquina, él puso su rostro contra su regazo y lloró. Susannah se dio vuelta, miró a Rolando y le dijo con los ojos que ya podía entrar.

Cuando Patrick alzó el rostro para verla, fue con una tonta adoración como de perro.

«No te preocupes», dijo Susannah—Detta se había ido de nuevo, probablemente agotada por toda esa amabilidad. «No te va a atrapar, Patrick, está tan muerto como un clavo, como una piedra en el río. Ahora quiero que hagas algo por mí. Quiero que abras la boca».

Al punto Patrick sacudió la cabeza. Había miedo de nuevo en sus ojos, pero también algo más que Susannah odiaba ver incluso más. Vergüenza.

«Sí, Patrick, sí. Abre la boca».

El muchacho sacudió la cabeza violentamente, moviendo el cabello grasiento de lado a lado como un trapeador.

Rolando dijo, «¿Qué—»

«Shh», le respondió Susannah. «Abre la boca, Patrick, y muéstranos. Luego te sacaremos de aquí y nunca tendrás que regresar. Nunca tendrás que ser de nuevo la comida de Dandelo».

Patrick la miró, suplicante, pero Susannah simplemente le devolvió la mirada. Por fin el chico cerró los ojos y lentamente abrió la boca. Allí estaban sus dientes, pero no su lengua. En algún momento, Dandelo debió haberse cansado de la voz de su prisionero—o las palabras que articulaba, de cualquier forma—y se la había arrancado.

## SIETE

Veinte minutos después, los dos estaban en la entrada de la cocina, viendo a Patrick Danville comer una taza de sopa. Al menos la mitad de ella caía en la camisa gris del muchacho, pero Susannah creía que estaba bien; había suficiente sopa y más camisas en el único dormitorio de la cabaña. Por no hablar de la gruesa chaqueta de Joe Collins colgada en el gancho de la entrada, que esperaba Patrick usara de allí en adelante. En cuanto a los restos de Dandelo—el que fuera Joe Collins—los habían envuelto en tres sábanas y los habían arrojado de manera nada ceremoniosa a la nieve.

Susannah habló. «Dandelo era un vampiro que se alimentaba de emociones en vez de sangre. Patrick, bueno... Patrick era su vaca. Hay dos formas de alimentarse de una vaca: carne o leche. El problema con la carne es que una vez te comes la primera capa de carne, la siguiente y luego los filetes, se acaba. En cambio, si sólo tomas la leche puedes seguir por toda la eternidad... siempre y cuando le des a la vaca algo de comer de vez en cuando».

«¿Cuánto tiempo crees que lo mantuvo encerrado?» preguntó Rolando.

«No lo sé». Pero recordaba el polvo en el tanque de acetileno, lo recordaba demasiado bien. «Como sea, muchísimo tiempo. Lo que a él le debió parecer una eternidad».

«Y le dolió».

«Mucho. Con todo y lo doloroso que debió ser cuando Dandelo le arrancó la lengua al pobre chico, apuesto a que la sangría emocional le dolía más. Ya ves cómo es él».

Rolando lo veía, de acuerdo. También veía algo más. «No podemos sacarlo en medio de esta tormenta. Incluso si le pusiéramos tres capas de ropa, seguro que moriría».

Susannah asintió. También estaba segura. De eso y de algo más: no se podía quedar en la casa. Eso la podría matar a ella.

Rolando estuvo de acuerdo cuando ella se lo dijo. «Acamparemos afuera en el granero hasta que la tormenta pase. Va a hacer frío, pero veo un par de posibles ganancias: Mordred puede venir y Lippy puede regresar».

«¿Los matarías a los dos?»

«Ea, si pudiera. ¿Tienes un problema con eso?»

Susannah lo pensó y le dijo que no con la cabeza.

«De acuerdo. Juntemos lo que hemos de sacar de este sitio, pues no tendremos fuego al menos por los dos días siguientes. Tal vez hasta cuatro».

## OCHO

Resultaron ser tres noches y dos días antes de que la ventisca se ahogara en su propia furia y se extinguiera. Cerca al crepúsculo del segundo día, Lippy salió cojeando de la tormenta y Rolando le puso una bala en la pala ciega que era su cabeza. Mordred nunca se mostró, aunque Susannah tenía la sensación de que acechaba cerca en la segunda noche. Tal vez también Acho lo sintió pues se quedó en la entrada del granero, ladrando con fuerza hacia la tormenta de nieve.

Durante ese tiempo, Susannah descubrió mucho más sobre Patrick Danville de lo que esperaba. La mente del muchacho había sido profundamente dañada por su periodo de cautiverio y eso no la sorprendía. Lo que sí la sorprendía era su capacidad de recuperación, con todo y lo limitada que podría ser. Se preguntó si ella misma podría haber simplemente vuelto tras tal tortura. Tal vez el talento del chico tenía algo que ver con ello. Ella misma había visto ese talento, en la oficina de Sayre.

Dandelo le había dado a su cautivo el mínimo de comida necesaria para mantenerlo con vida, y le había robado emociones a intervalos regulares: dos veces a la semana, a veces tres, muy de vez en cuando incluso cuatro. Cada vez que Patrick se convencía de que la siguiente vez lo mataría, alguien aparecía. Apenas recientemente Patrick se había librado de las peores depredaciones de Dandelo porque la «compañía» había sido más frecuente de lo que había sido hasta entonces. Rolando le dijo a Susannah después esa noche, una vez se habían acostado en el heno, que creía que muchas de las víctimas más recientes de Dandelo debían haber sido exiliados escapando o de Le Casse Roi Russe o de la aldea vecina. Ciertamente Susannah podía simpatizar con la idea de tales refugiados:

El Rey se ha ido, larguémonos de aquí mientras podemos. Después de todo, el Gran Rojo podría tener deseos de regresar, y ha perdido la chaveta, se ha chiflado, tiene un ascensor que ya no va al último piso.



En algunas ocasiones, Joe había asumido su verdadera forma de Dandelo frente a su prisionero, y entonces comía el resultante terror del chico. Pero había querido mucho más que terror de su vaca cautiva. Susannah creía que diferentes emociones debían producir diferentes sabores: como comer cerdo un día, pollo al siguiente y pescado el día después.

Patrick no podía hablar, pero podía gesticular. Y pudo hacer más que eso, una vez Rolando les mostró un raro hallazgo con el que se topó en la alacena. En uno de los estantes superiores había una pila de blocs de dibujo de gran tamaño de marca MICHELANGELO, BUENO PARA EL CARBONCILLO. No había carboncillos, pero cerca de los blocs había un puñado de lápices Eberhard-Faber # 2 atados con un elástico. Lo que calificaba el hallazgo como especialmente raro era el hecho de que alguien (presumiblemente Dandelo) le había cortado cuidadosamente el borrador a cada lápiz. Los borradores estaban en una lata junto a los lápices, así como algunos clips y un tajalápiz que se parecía a los silbatos en los costados inferiores de los pocos platos Oriza que quedaban de Calla Bryn Sturgis.

Cuando Patrick vio los blocs, sus ojos comúnmente aletargados se encendieron y estiró sus manos todo lo que pudo hacia ellos, haciendo urgentes soniditos.

Rolando miró a Susannah, quien se encogió de hombros y dijo, «Veamos lo que puede hacer. Ya tengo una muy buena idea, ¿tú no?»

Resultó que podía hacer mucho. La habilidad para el dibujo de Patrick Danville no era menos que sorprendente. Y sus dibujos le dieron toda la voz que necesitaba. Los producía rápidamente y con claro placer; no parecía turbado en lo absoluto por su molesta claridad. Uno mostraba a Joe Collins cortando la parte de atrás de la cabeza de un visitante ingenuo con un cuchillo de cocina, los labios mostrando una retorcida sonrisa de placer. Junto al punto de impacto, el muchacho había escrito ¡CHUNT! Y ¡SPLUSH! en grandes letras de cómics. Por encima de la cabeza de Collins, Patrick dibujó un globo de pensamiento con las palabras ¡Toma eso, cabrón! escritas dentro. Otro dibujo mostraba a Patrick, yaciendo en el suelo, reducido a la indefensión por la risa que estaba dibujada con una terrible precisión (no hubo necesidad de escribir ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! encima de su cabeza), mientras que Collins se paraba a su lado con las manos en las caderas, observando. Patrick le dio vuelta a la hoja con el dibujo en ella y rápidamente hizo otro que mostraba a Collins de rodillas, con una mano entre el cabello de Patrick mientras que sus labios que hacían pucheros se movían frente a la boca que reía y agonizaba del muchacho. Rápidamente, en un único movimiento practicado (la punta del lápiz nunca dejó el papel), el muchacho hizo otro globo de tira cómica sobre la cabeza del anciano y luego puso ocho letras y dos signos de exclamación en el interior.

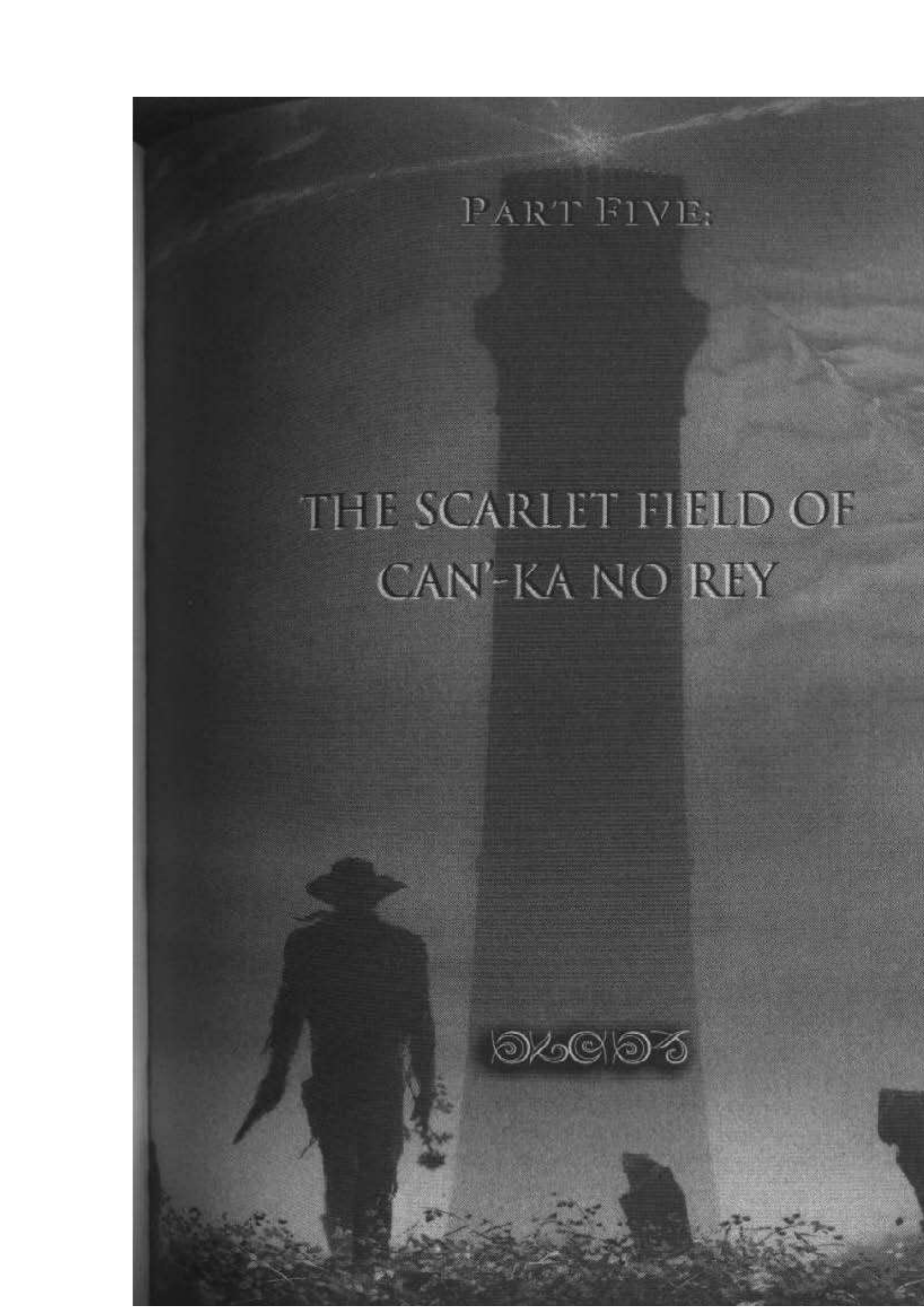
«¿Qué dice?» preguntó Rolando, fascinado.

«¡UMM! ¡Bueno!» respondió Susannah. Su voz era tenue y enfermiza.

Aparte del tema del dibujo, ella lo habría podido ver dibujar por horas; de hecho, así fue. La velocidad del lápiz era increíble y ninguno de ellos pensó en darle uno de los borradores amputados, pues no parecía haber necesidad. Por lo que Susannah podía ver, el muchacho o bien nunca cometía un error, o bien incorporaba los errores en sus dibujos de una manera que los convertía en—bueno, ¿por qué buscar otras palabras si éstas eran las correctas?—pequeños actos de un genio. Y los dibujos resultantes no eran borradores, no realmente, sino obras de arte acabadas en sí mismas. Sabía lo que Patrick—éste Patrick u otro de otro mundo a lo largo del camino del Haz—sería capaz de hacer después con las pinturas al óleo, y tal conocimiento le hizo sentirse fría y caliente a la vez. ¿Qué tenían aquí? ¿Un Rembrandt sin lengua? Se le ocurrió a Susannah que éste era su segundo idiota-genio. El tercero, si contaban a Acho junto con Sheemie.

Sólo una vez se le pasó por la cabeza a Susannah la falta de interés de Patrick por los borradores, y se lo achacó a la arrogancia de un genio. Ni una sola vez se le ocurrió a ella—ni a Rolando—que era posible que esta joven versión de Patrick Danville no supiera todavía que algo como los borradores incluso existiera.





PART FIVE:

THE SCARLET FIELD OF  
CAN'-KA NO REY

0205

## PARTE CINCO:

### ***EL CAMPO ESCARLATA DE CAN'-KA NO REY***

## **Capítulo I: El Grano y la Puerta (Adiós, Mi Amada)**

### UNO

En los días finales de su largo viaje, después de que Bill—ahora sólo Bill, ya no más Bill el Tartamudo—los dejó en el Federal, al borde de las Tierras Blancas, Susannah Dean empezó a sufrir frecuentes episodios de llanto. Sentía esas nubes a punto de estallar y les pediría perdón a los otros para retirarse, diciendo que tenía que ir a los arbustos a hacer sus necesidades. Y una vez allí, se sentaba en un tronco caído o tal vez sólo en el frío suelo, ponía sus manos sobre su rostro, y dejaba que las lágrimas cayeran. Si Rolando sabía que eso estaba pasando—y seguramente debió haber notado los ojos enrojecidos cuando ella regresaba al camino—no hizo ningún comentario. Susannah suponía que Rolando sabía lo que hacía.

Su tiempo en el Mundo-Medio—y Mundo-Final—había llegado casi a su final.

### DOS

Bill los llevó en su bello arado color naranja a una caseta militar abandonada con un letrero desvaído en el frente que decía

#### PUESTO FEDERAL 19 GUARDIA DE LA TORRE

#### ¡EL PASO MÁS ALLÁ DE ESTE PUNTO ESTÁ PROHIBIDO!

Susannah supuso que el Puesto Federal 19 aún se encontraba técnicamente en las Tierras Blancas de Empathica, pero el aire se había calentado considerablemente hasta medida que el Camino de la Torre descendía y la nieve en el suelo era poco más que una tela. Pequeñas arboledas poblaban medianamente el terreno adelante, pero Susannah pensaba que la tierra pronto estaría completamente abierta, como las praderas del medio oeste en los Estados Unidos. Había arbustos que probablemente daban bayas con el clima tibio—tal vez incluso grosellas—pero ahora estaban vacíos y se oía el sonido de sus ramas al entrechocarse en el viento casi constante. Lo que más veían a cada lado del Camino de la Torre—que alguna vez había sido pavimentado pero ahora estaba reducido a poco más de un par de trochas como las que deja un carro pesado—era hierba alta asomándose por entre la delgada cubierta de nieve. Susurraban en el viento y Susannah conocía su canción: Commala-ven-ven, el viejo casi ha terminado.

«No puedo ir más allá,» dijo Bill, apagando el arado y cortando a la mitad la canción de Little Richard. «Les digo lo siento, como lo dicen en el Arco de las Tierras Limítrofes.»

El viaje les había llevado un día entero y la mitad de otro, y durante ese tiempo Bill los había entretenido con un flujo constante de lo que llamaba las «clásicas de oro».

Algunas de éstas no le resultaban en lo absoluto clásicas a Susannah; canciones como «Sugar Shack» y «Heat Wave» habían sido éxitos actuales en la radio para la época en que había regresado de sus cortas vacaciones en el Mississippi. Otras canciones jamás las había escuchado. La música estaba grabada no en discos o en cassettes sino en preciosos discos plateados que Bill llamaba «ce-des». Los metía en una hendidura en el tablero lleno de instrumentos del arado y la música sonaba desde al menos ocho parlantes diferentes. Cualquier música le habría sonado bien a ella, suponía, pero la atraparon especialmente dos canciones que nunca antes había oído. Una era una cancioncita deliradamente feliz de rock que se llamaba «She Loves You». La otra, triste y reflexiva, se llamaba «Hey Jude». De hecho, Rolando parecía conocer la última; la cantaba, aunque las palabras que sabía eran diferentes de las que salían de los múltiples parlantes del arado. Cuando

Susannah preguntó, Bill le dijo que el grupo se llamaba Los Beatles<sup>1</sup>.

«Gracioso nombre para una banda de rock-and-roll», dijo Susannah.

Patrick, sentado con Acho en la pequeña silla trasera del arado, le tocó el hombro. Cuando se dio vuelta, sostenía el bloc con el que actualmente trabajaba en las manos y lo estiraba hacia ella. Bajo un dibujo de Rolando de perfil, había escrito: BEATLES, no Beatles.

«Es un nombre gracioso para una banda de rock-and-roll sin importar cómo lo escribas» dijo ella y eso le dio una idea. «Patrick, ¿tienes el tacto?» Cuando él frunció el ceño y levantó las manos—No entiendo, decía el gesto—Susannah volvió a formular la pregunta. «¿Puedes leer mi mente?»

El muchacho se encogió de hombros y sonrió. Este gesto decía No sé, pero Susannah pensó que Patrick sí lo sabía. Pensó que lo sabía muy bien.

### TRES

Llegaron a «el Federal» casi al mediodía, y allí Bill les sirvió una sabrosa comida. Patrick se devoró la suya en un santiamén y luego se sentó a un lado con Acho enrollado a sus pies, esbozando a los demás mientras se sentaban a la mesa en lo que alguna vez había sido el salón común. Las paredes de este cuarto estaban cubiertas de pantallas de televisión—Susannah creía que había unas trescientas o más. También debieron construirlas para que duraran porque algunas aún servían. Unas cuantas mostraban las colinas circundantes a la caseta, pero la mayoría mostraban sólo nieve y una mostraba una serie de líneas circulares que la hacía sentirse mareada si la miraba demasiado. Las pantallas con la nieve, dijo Bill, habían mostrado alguna vez imágenes de satélites en órbita alrededor de la tierra, pero las cámaras en los satélites se habían apagado bastante

<sup>1</sup> N. del T. Susannah entiende Beatles (bichos) en vez de Beatles.

tiempo atrás. La de las líneas circulares era más interesante. Bill les dijo que, hasta hacía apenas algunos meses, aquélla había mostrado a la Torre Oscura. Entonces, repentinamente, la imagen se había disuelto en nada más que esas líneas.

«No creo que al Rey Rojo le gustara salir por televisión», les dijo Bill. «Especialmente si sabía que se acercaba compañía. ¿Desean otro sándwich? Hay muchos, les aseguro. ¿No? ¿Sopa, entonces? ¿Qué hay de ti, Patrick? Estás demasiado delgado, sabes—muy, muy delgado».

Patrick le dio vuelta a su bloc y les mostró un dibujo de Bill haciendo una venia frente a Susannah con una bandeja de sándwiches perfectamente cortados en una mano metálica y una jarra de té helado en la otra. Como todos los dibujos de Patrick, se encontraba más allá de la caricatura, aunque había sido hecho con una velocidad de mano que era asombrosa. Susannah aplaudió. Rolando sonrió y asintió. Patrick sonrió a su vez, manteniendo juntos los dientes para que los demás no vieran el agujero vacío detrás de ellos. Luego le dio vuelta a la hoja y empezó a dibujar algo nuevo.

«Hay una flotilla de vehículos atrás», dijo Bill, «y si bien muchos ya no funcionan, hay algunos que sí. Puedo darles un camión con tracción en las cuatro ruedas, y aunque no les puedo asegurar que ande suavemente, creo que pueden contar con que los lleve hasta la Torre Oscura, que está a no más de ciento veinte ruedas de aquí».

Susannah sintió que el estómago se le encogía mucho y luego se relajaba. Ciento veinte ruedas eran unos ciento sesenta kilómetros, tal vez incluso un poco menos. Estaban cerca. Tan cerca que daba miedo.

«No querrán llegar a la Torre después de que anochezca», dijo Bill. «Al menos eso creo, teniendo en cuenta el nuevo habitante. Pero, ¿qué es una noche más acampando en el costado del camino para unos viajeros tan grandes como ustedes? ¡No mucho, diría! Pero incluso con una última noche en el camino (y exceptuando que el camión se averíe de vez en cuando, lo que como saben los dioses siempre es posible), tendrán su destino a la vista a media mañana del día de mañana».

Rolando lo pensó larga y cuidadosamente. Susannah tuvo que decirse a sí misma que respirara mientras Rolando pensaba, pues una parte de ella no quería hacerlo.

No estoy lista, pensaba esa parte. Y había una parte más profunda—una que recordaba cada detalle de lo que se había vuelto un sueño recurrente (y en evolución)—que pensaba en algo más: No se pretende que yo vaya en lo absoluto. No todo el camino.

Finalmente Rolando habló: «Te agradezco, Bill—todos decimos gracias, estoy seguro—pero creo que diremos que no a tu amable oferta. Si me preguntarás por qué, no sabría explicarlo. Solo que parte de mí piensa que el día de mañana es demasiado pronto. Esa parte de mí cree que deberíamos seguir lo que queda del camino a pie, tal y como ya hemos viajado hasta ahora». Inhaló profundamente y luego soltó el aire. «No estoy listo aún para estar allí. No del todo».

Tú también, pensó Susannah asombrada. Tú también.

«Necesito un poco más de tiempo para preparar la mente y el corazón. Acaso incluso el alma». Buscó en el bolsillo trasero y sacó la fotocopia del poema de Robert Browning que les habían dejado en el botiquín de Dandelo. «Hay algo escrito aquí sobre recordar los viejos tiempos antes de llegar a la última batalla... o el último sitio. Está bien dicho. Y tal vez, realmente, lo único que necesito es aquello de lo que habla este poeta—un trago de imágenes pasadas, más felices. No lo sé. Pero a menos que Susannah objete, creo que iremos a pie».

«Susannah no objeta», dijo ella con calma. «Susannah cree que eso es lo que ordenó el doctor. Susannah sólo objeta que la carguen atrás como el escape dañado de un auto».

Rolando le sonrió agradecido (aunque distraídamente)—era como si se hubiera ido lejos de ella de alguna forma durante los últimos días—y luego volvió a mirar a Bill. «¿Me pregunto si tienes un carruaje que pueda halar? Pues tendremos que llevar al menos algo de gunna... y además está Patrick. Tendrá que descansar una parte del viaje.»

Patrick se veía indignado. Dobló un brazo frente a él, cerró la mano en un puño y flexionó el músculo. El resultado—un huevecillo levantándose en el bíceps de su brazo de dibujo—pareció avergonzarlo pues bajó el brazo rápidamente.

Susannah sonrió y extendió el brazo para darle una palmadita en la rodilla. «No hagas esa cara, dulzura. No es culpa tuya que te hayas pasado sabe Dios cuánto tiempo enjaulado como Hansel y Gretel en la casa de la bruja».

«Estoy seguro de tener tal cosa», dijo Bill, «y una versión con baterías para Susannah. Lo que no tengo, puedo hacerlo. Me tomaría una hora o a lo sumo dos».

Rolando calculaba. «Si nos vamos ahora mismo con cinco horas de luz por delante, es posible que recorramos veinte ruedas para el ocaso. Lo que Susannah llamaría quince o dieciséis kilómetros. Otros cinco días a esa más bien cómoda velocidad nos llevarían a la Torre que he gastado mi vida buscando. Me gustaría llegar a ella en el ocaso, de ser posible, pues así es que la he visto siempre en mis sueños. ¿Susannah?»

Y la voz interior—esa voz profunda—susurró: Cuatro noches. Cuatro noches para soñar. Eso debería bastar. Tal vez sea más que suficiente. Desde luego el ka tendría que intervenir. Si de hecho habían ido más allá de la influencia del ka, eso no pasaría—no podía pasar. Pero Susannah creía ahora que el ka alcanzaba a toda parte, incluso a la Torre Oscura. Se encarnaba, tal vez, en la Torre Oscura.

«Está bien,» le respondió a Rolando con una voz suave.

«¿Patrick?» preguntó Rolando. «¿Qué dices tú?»

Patrick se encogió de hombros y movió una mano en dirección a él, apenas alzando la vista de su bloc. Lo que quieran, decía ese gesto. Susannah creía que Patrick entendía poco sobre la Torre Oscura, y que le preocupaba aún menos. ¿Y por qué habría de



preocuparle? Estaba libre del monstruo y tenía el estómago lleno. Esas cosas eran suficientes para él. Había perdido la lengua, pero podía dibujar para alegría de su corazón.

Estaba segura de que a Patrick eso le parecía más que un trato justo. Y sin embargo...y sin embargo...

El tampoco debe ir. Ni él, ni Acho, ni yo. Pero, ¿qué pasará con nosotros, entonces?

No lo sabía, pero curiosamente no le preocupaba. El ka lo diría. El ka, y sus sueños.

## CUATRO

Una hora después los tres humas, el brambo y Bill el robot se paraban alrededor de un vagón bajo que parecía una versión ligeramente más grande del Taxi de Lujo de Ho Fat. Las llantas eran altas pero delgadas y giraban como un sueño. Incluso cuando esté lleno, pensó Susannah, parecerá que se está halando una pluma. Al menos mientras Rolando estuviera fresco. Sin duda halarlo colina arriba lo dejaría sin energías después de un rato, pero a medida que comieran la comida que llevaban, el Ho Fat II se haría más liviano... y creía que de cualquier forma no se iban a encontrar con muchas colinas. Habían llegado a las tierras abiertas, las praderas; todos los riscos cubiertos de nieve y árboles habían quedado atrás. Bill le había dado a ella un carrito eléctrico que era más motocicleta pequeña que carro de golf. Los días de ser cargada atrás («como escape dañado») se habían acabado.

«Si me dan otra media hora, puedo suavizarlo,» dijo Bill, pasando su mano de acero de tres dedos por el borde donde había cortado la mitad frontal del pequeño vagón que era ahora el Ho Fat II.

«Decimos gracias, pero no será necesario», dijo Rolando. «Pondremos un par de pieles encima, nada más.»

Está impaciente por irse, pensó Susannah, y después de todo ese tiempo, ¿por qué no habría de estarlo? Yo misma estoy ansiosa por salirme.

«Bueno, si lo dices, que así sea», dijo Bill, al parecer no muy feliz por ello. «Supongo que detesto verlos partir. ¿Cuándo veré humas de nuevo?»

Ninguno de ellos le respondió. No lo sabían.

«Hay una sirena que suena muy duro en el techo», dijo el robot, señalando hacia el Federal. «No sé para qué tipo de problema la hicieron—fugas radioactivas, tal vez, o alguna clase de ataque—pero sé que el sonido se oirá por al menos cien ruedas. Más, si el viento sopla en la dirección adecuada. Si llegara a ver al tipo que creen les está siguiendo,

o si los sensores de movimiento que aún funcionan lo detectan, la encenderé. Tal vez la

escucharán.»

«Gracias», dijo Rolando.

«Si condujeras, lo dejarías atrás fácilmente», comentó Bill. «Llegarías a la Torre y nunca tendrías que verlo».

«Eso es muy cierto», dijo Rolando, pero no mostró el menor indicio de querer cambiar de opinión, lo que alegró a Susannah.

«¿Qué harán con el que llaman su Padre Rojo, si realmente está al mando de Can'-Ka No Rey?»

Rolando sacudió la cabeza, aunque había discutido esa probabilidad con Susannah. Pensaba que podrían rodear la Torre desde una distancia y llegar a su base desde una dirección que fuera ciega para el balcón en que el Rey Carmesí estaba atrapado. Entonces podían tratar de llegar a la puerta que se hallaba debajo de él. No sabrían si sería posible hasta que pudieran realmente ver la Torre y la extensión del terreno, desde luego.

«Bueno, habrá agua si Dios quiere», dijo el robot anteriormente conocido como Bill el Tartamudo, «o eso decía los antiguos. Y tal vez los vuelva a ver, en el claro al final del camino, si no es en otra parte. Si dejan que los robots vayan allí. Eso espero, pues hay muchos que he conocido a quienes querría ver otra vez».

Se oía tan solitario que Susannah fue hacia él y levantó los brazos para que él la alzara, sin pensar en lo absurdo de querer abrazar un robot. Pero él la alzó y ella lo abrazó—y muy fervientemente. Bill era la contraposición del malicioso Andy, en Calla Bryn Sturgis, y por esa sola razón al menos se merecía un abrazo. Cuando los brazos de Bill se cerraron alrededor de ella, se le ocurrió a Susannah que Bill podría partirla en dos con esos brazos de acero-titanio si quisiera. Pero no era así. Era suave.

«Largos días y noches placenteras, Bill», dijo. «Que lo hagas bien, y todos lo decimos.»

«Gracias, madame», dijo y la depositó en el suelo. «Digo gug-gracias, grac-gracias, grug—» ¡liip! Y se dio en golpe en la cabeza, produciendo un ruido lustrado. «Digo gracias amablemente». Hizo una pausa. «Sí reparé el tartamudeo, digo verdad, pero como pude haberles dicho, no carezco del todo de emociones».

## CINCO

Patrick los sorprendió a los dos caminando casi cuatro horas junto a la pequeña moto eléctrica de Susannah antes de cansarse y subirse al Ho Fat II. Estuvieron atentos en escuchar la sirena que les alertaría que Bill había visto a Mordred (o que los instrumentos en el Federal lo habían detectado), pero no la oyeron... y el viento soplaba hacia ellos. Para el crepúsculo, habían dejado lo último de la nieve. La tierra seguía aplanándose, haciendo largas sus sombras frente a ellos.

Cuando finalmente se detuvieron por el anochecer, Rolando reunió leña suficiente para un fuego y Patrick, que se había dormido, despertó lo suficiente para comer una enorme cena de salchichas y frijoles. (Susannah, observando cómo desaparecían los frijoles en la boca sin lengua del muchacho, se recordó que debía colgar sus pieles entre Patrick y ella cuando finalmente posara su agotada cabeza para dormir). Acho y ella también comieron ávidamente, pero Rolando apenas si tocó su comida.

Cuando hubo acabado la cena, Patrick tomó su bloc para dibujar, frunció el ceño mirando el lápiz, y luego estiró una mano hacia Susannah. Ella sabía lo que él quería y sacó la lata de entre la bolsa de cosas que llevaba colgada al hombro. La cargaba porque allí estaba el único tajalápiz, y le daba miedo que Patrick lo perdiera. Desde luego Rolando podía afilar los Eberhard-Fabers con el cuchillo, pero eso cambiaría la calidad de las puntas. Le dio unos golpecitos a la lata, derramando borradores, clips y el objeto requerido en su palma. Luego se lo pasó a Patrick, quien afiló su lápiz con unos pocos giros rápidos, se lo devolvió y de inmediato se concentró en su trabajo. Por un momento Susannah miró los borradores rosados y se preguntó de nuevo por qué Dandelo se había molestado en cortarlos. ¿Como una forma de molestar al chico? Si así era, no había funcionado. Después en la vida de Patrick, tal vez, cuando las conexiones sublimes entre su cerebro y dedos se oxidaran un poco (cuando el mundo pequeño pero indudablemente brillante de su talento se moviera), podría necesitar borradores. Por ahora incluso sus errores seguían siendo inspiraciones.

No dibujó mucho tiempo. Cuando Susannah lo vio cabeceando sobre su bloc a la luz naranja del ocaso cambiante, se lo sacó de los dedos que no protestaron, lo empujó suavemente hasta dejarlo acostado en la parte trasera del carro (que había sido puesta al mismo nivel del extremo frontal por sobre una roca conveniente que salía del suelo), lo cubrió de pieles y lo besó en la mejilla.

Adormilado, Patrick estiró la mano y le tocó el grano bajo la mejilla. Susannah hizo una mueca por el dolor, y luego se quedó quieta con su tacto suave. El grano se había coagulado de nuevo, pero le latía dolorosamente. Incluso sonreír le dolía esos días. La mano cayó y Patrick durmió.

Las estrellas habían salido. Rolando las miraba embelesado.

«¿Qué ves?» le preguntó Susannah.

«¿Qué ves tú?» le preguntó a su vez Rolando.

Susannah alzó la mirada hacia el brillante paisaje celestial. «Bueno,» dijo, «allí están la Vieja Estrella y la Vieja Madre, pero parecen haberse movido al oeste. Y ésa de allí— ¡ay, Dios mío!» Puso sus manos en las mejillas con una barba leve de Rolando (al parecer nunca le crecía una barba real) y le giró la cabeza. «¡Ésa no estaba cuando salimos del Mar Occidental, sé que no estaba. Ésa queda en nuestro mundo, Rolando— la llamamos Gran Cucharón!»

Rolando asintió. «Y una vez, de acuerdo con los libros más viejos de la biblioteca de mi padre, estuvo también en el cielo de nuestro mundo. Cucharón de Lydia, se llamaba. Y ahora, hela aquí de nuevo». Se volvió a verla, sonriendo. «Otra señal de vida y renovación. ¡Cómo debe odiar el Rey Carmesí alzar la mirada desde su encierro y verla en el cielo de nuevo!»

## SEIS

No mucho después, Susannah durmió. Y soñó.

## SIETE

Está en Central Park de nuevo, bajo un brillante cielo gris del que caían una vez más los primeros copos de nieve; cantaban villancicos cerca, pero no era «Noche de Paz» o «Qué Niño es Éste» sino la Canción del Arroz: «¡El arroz es verdor, Ved lo que nos, Ved el verdor, Ven-ven-commala!» Susannah se quita el gorro, temerosa de que haya cambiado de alguna forma, pero aún dice ¡FELIZ NAVIDAD! y

(no hay gemelos aquí)

se siente reconfortada.

Mira a los lados y allí están Eddie y Jake, sonriéndole. No tienen nada en las cabezas; ella tiene los gorros. Ha combinado los gorros.

Eddie lleva una camiseta que dice ¡YO TOMO NOZZ-A-LA!

Jake lleva una que dice ¡YO CONDUZCO LA TAKURO SPIRIT!

Nada de esto es exactamente nuevo. Lo que Susannah ve tras de ellos, cerca de un camino de carruajes que conduce de vuelta a la Quinta Avenida, ciertamente lo es. Es una puerta de unos dos metros de alta y hecha de fustaferrero, al parecer. El pomo de oro sólido, y afiligranado con una forma que la pistolera finalmente reconoce: dos lápices cruzados. Eberhard-Faber #2, sin duda. Y los borradores han sido cortados.

Eddie lleva en la mano una taza de chocolate caliente. Es del tipo perfecto con mit schlag por encima y salpicaduras de nuez moscada sobre la crema. «Mira», le dice él, «te traje chocolate caliente».

Susannah ignora la taza ofrecida. Está fascinada con la puerta. «Es como las que había en la playa, ¿cierto?» pregunta.

«Sí», dice Eddie.

«No», dice Jake al mismo tiempo.

«Lo descubrirás», dicen al unísono y sonríen entre sí, deleitados.

Susannah camina hasta dejarlos atrás. Sobre las puertas a través de las cuales Rolando los trajo estaba escrito EL PRISIONERO y LA DAMA DE LAS SOMBRAS y EL QUE

EMPUJA. Sobre ésta dice  . Y debajo de eso:

## EL ARTISTA

Cuando se vuelve para verlos ya no están. Central Park ya no está. Observa la ruina de Lud, asomándose sobre las tierras baldías.

En una brisa fría y amarga escucha seis palabras entre susurros: «Casi se ha acabado el tiempo... apresúrate...»

## OCHO

Despertó con una suerte de pánico, pensando Tengo que dejarlo... y mejor que lo haga antes de pueda más que ver la Torre Oscura en el horizonte. Pero ¿a dónde voy? ¿Y cómo puedo abandonarlo para que luche con Mordred y el Rey Carmesí con tan sólo Patrick para ayudarle?

La idea la hizo reflexionar en una certeza amarga: de haber un enfrentamiento, Acho casi de segura sería más valioso para Rolando que Patrick. El brambo había probado su capacidad más de una vez y habría sido digno del título de pistolero de haber tenido tan sólo una pistola que enfundar y una mano para hacerlo. Patrick, sin embargo... Patrick era un... bueno, un lápiz-tolero. Más rápido que el diablo, pero no se podía matar mucho con un Eberhard-Faber a menos que estuviera muy afilado.

Susannah se sentó. Rolando, apoyándose contra el lado opuesto de su pequeña motocicleta y prestando guardia, no lo había notado. Y Susannah no quería que lo notara. Eso llevaría a las preguntas. Se acostó, cubriéndose con las pieles y pensando en la primera caza. Recordaba cómo el macho se había desviado y corrido directamente hacia ella, y cómo lo había decapitado con la Oriza. Recordó el sonido como de silbato en el frío aire, el que resultaba cuando soplaba el viento a través del pequeño accesorio en el fondo del plato, el que se parecía tanto al tajalápiz de Patrick. Pensó que su mente intentaba hacer alguna suerte de conexión allí, pero estaba demasiado cansada para saber de qué se trataba. Y tal vez, también, se esforzaba demasiado. Si así era, ¿qué debía hacer al respecto?

Había al menos una cosa que sí sabía, desde su época en Calla Bryn Sturgis. El significado de los símbolos escritos sobre la puerta era NO HALLADA.

Casi se ha acabado el tiempo. Apresúrate.

Al siguiente día empezaron las lágrimas.

## NUEVE

Aún había muchos arbustos atrás a los que podía ir a hacer sus necesidades (y a llorar sus lágrimas, cuando no las podía retener más), pero la tierra se seguía haciendo más llana y abierta. Hacia el medio día de su segundo día entero en el camino, Susannah vio lo que en principio pensó era una sombra de nube moviéndose por la tierra lejos

adelante, sólo que el cielo sobre sus cabezas era de un azul sólido de horizonte a horizonte. Entonces el gran parche oscuro empezó a virar de una manera muy diferente a como lo haría una nube. Tomó aire y detuvo su pequeña moto eléctrica.

«¡Rolando!» dijo. «¡Es una manada de búfalos o tal vez bisontes! ¡Tan seguro como la muerte o los impuestos!»

«Ea, ¿eso dices?» preguntó Rolando, con apenas un leve interés. «Nosotros los llamábamos bannock, en el hace mucho. Es una manada de buen tamaño».

Patrick estaba de pie en la parte trasera del Ho Fat II, dibujando como loco. Cambió la forma de agarrar el lápiz que usaba, y ahora lo sostenía con el cilindro amarillo contra su palma y hacía sombras con la punta. Susannah casi podía sentir el olor de la tierra que levantaba la manada cuando Patrick la dibujaba con su lápiz. Aunque le pareció que se había tomado la libertad de acercarse a la manada ocho o incluso quince kilómetros, a menos que la visión de Patrick fuera mucho más aguda que la de ella. Eso, supuso, era perfectamente posible. En cualquier caso, sus ojos se habían ajustado y pudo ver la manada mucho mejor. Sus grandes cabezas temblorosas. Incluso sus ojos negros.

«No ha habido una manada de búfalos de ese tamaño en mi país por casi cien años», dijo.

«¿Ea?» Todavía era sólo un interés por cortesía. «Pero los hay en abundancia aquí, diría. Si un pequeño tet de ellos se acerca a distancia de disparar, tomemos un par. Me gustaría comer carne fresca que no sea de venado. ¿Te gustaría?»

Susannah dejó que su sonrisa diera la respuesta por ella. Rolando se la devolvió. Y se le ocurrió a Susannah que pronto no lo vería más, este hombre que creía era un espejismo o un demonio antes de llegarlo a conocer an-tet y dan-dinh. Eddie estaba muerto, Jake estaba muerto y pronto no vería más a Rolando de Gilead. ¿Moriría él, también? ¿Moriría ella?

Alzó la mirada hacia el sol, queriendo que Rolando pensara que la razón de sus lágrimas, si las veía, era otra. Y se movieron hacia el sudeste de esa inmensa y vacía tierra, hacia el cada vez más fuerte latido-latido-latido que era la Torre en el eje de todos los mundos y del tiempo mismo.

Latido-latido-latido.

Commala-ven-ven, el viaje casi ha acabado.

Esa noche prestó la primera guardia y luego despertó a Rolando a medianoche.

«Creo que está por allí en algún lugar», dijo, señalando hacia el noroeste. No hubo necesidad de ser más específica; sólo podía ser Mordred. Todos los demás ya no estaban. «Vigila bien».

«Lo haré», dijo él. «Y si escuchas un disparo, despierta bien. Y rápido».

«Puedes contar con ello», respondió Susannah y se acostó en la seca hierba invernal tras el Ho Fat II. Al comienzo no estaba segura de que pudiera dormir; aún estaba confundida por la sensación de otro no amigable en la vecindad. Pero sí durmió. Y soñó.

## DIEZ

El sueño de la segunda noche es igual y a la vez diferente del primero. Los elementos principales son exactamente los mismos. Central Park, cielo gris, copos de nieve, voces corales (esta vez cantando «Vengan Conmigo», el viejo éxito de Del-Vikings), Jake (¡YO CONDUZCO LA TAKURO SPIRIT!) y Eddie (esta vez con una camiseta que decía ¡CLICK! ¡ÉSTA ES UNA CÁMARA SHINNARO!). Eddie tiene chocolate caliente pero no se lo ofrece. Susannah puede ver la ansiedad no sólo en sus rostros sino en lo tenso de sus cuerpos. Ésa es la principal diferencia en este sueño: hay algo que ver, o algo que hacer, o acaso las dos cosas. Sea lo que sea, esperan que ella lo vea o lo haga en ese instante y está atrasada.

Una pregunta más bien terrible se le ocurre: ¿está atrasada a propósito? ¿Hay algo aquí que no quiere confrontar? ¿Podría incluso ser posible que la Torre Oscura esté jodiendo las comunicaciones? Seguramente esa idea es estúpida—estas personas que ve no son sino productos de su añorante imaginación, después de todo, ¡están muertos! Eddie asesinado por una bala, Jake como resultado de ser atropellado por un auto— uno muerto en este mundo, otro en el Mundo Clave donde la diversión es diversión y lo hecho está hecho (debe estar hecho, pues el tiempo siempre corre en una sola dirección) y Stephen King es su poeta laureado.

Aún así no puede negar la expresión en sus rostros, esa mirada de pánico que parece decirle Lo tienes, Suze—tienes lo que queremos mostrarte, tienes lo que necesitamos que sepas. ¿Vas a dejar que se te escape? Es el último cuarto del partido. Es el ultimo cuarto y el reloj camina y seguirá caminando, debe seguir porque se han acabado todos tus tiempos fuera. Tienes que apresurarte... apresurarte...

## ONCE

Se despertó de golpe boqueando. Casi era el alba. Se pasó una mano por la frente y le quedó mojada por el sudor.

¿Qué quieres que sepa, Eddie? ¿Qué es lo que quieres que sepa?

No hubo respuesta a esa pregunta. ¿Cómo podía haberla? El Señor Dean, e'tá muerto, pensó y volvió a recostarse. Se quedó así por otra hora, pero no logró conciliar de nuevo el sueño.

## DOCE

Como el Ho Fat I, el Ho Fat II estaba equipado con manubrios. A diferencia de los que había en el Ho Fat I, éstos eran ajustables. Cuando Patrick tenía ganas de caminar, los

manubrios podían ser separados de forma que él halara uno y Rolando el otro. Cuando Patrick tenía ganas de montar, Rolando los juntaba para halarlos él solo.

Se detuvieron a mediodía para comer. Cuando terminaron, Patrick se arrastró hasta la parte trasera del Ho Fat II para tomar una siesta. Rolando esperó hasta que escuchó al muchacho (pues así seguían pensando en él, sin importar qué edad tuviera) roncando, y se volteó a ver a Susannah.

«¿Qué os ensombrece, Susannah? Quisiera que me lo dijeras. Quisiera que me lo dijeras dan-dinh, incluso aunque ya no haya un tet y no sea ya más tu dinh». Le sonrió. La tristeza en esa sonrisa le rompió el corazón a Susannah y no pudo contener más las lágrimas. Ni la verdad.

«Si aún estoy contigo cuando veamos tu Torre, Rolando, las cosas habrán salido mal».

«¿Qué tan mal?» le preguntó él.

Susannah sacudió la cabeza, empezando a llorar más fuerte. «Tiene que haber una puerta. Es la Puerta No Hallada. ¡Pero no sé cómo hallarla! Eddie y Jake vienen a mí en mis sueños y me dicen que lo sé—me lo dicen con los ojos—¡pero no es así! ¡Juro que no lo sé!»

Rolando la tomó en sus brazos y la abrazó y la besó en la sien. En la comisura de su boca, el grano le latía y le ardía. No le sangraba, pero le había empezado a crecer de nuevo.

«Que sea lo que ha de ser», dijo el pistolero, como su propia madre le había dicho a él una vez. «Que sea lo que ha de ser, y calla, y que el ka Trabaje».

«Dijiste que lo habíamos superado».

Él la arrulló en sus brazos, la acunó, y fue bueno. La calmaba. «Estaba equivocado», dijo. «Como vos sabes».

## TRECE

Era el turno de prestar guardia de Susannah al comienzo de la tercera noche, y miraba hacia atrás de ellos, al noroeste por el Camino de la Torre, cuando una mano la agarró por el hombro. El terror brotó en su mente como uno de esos juguetes que saltan cuando abres una caja y se dio vuelta

(¡está detrás de mí santo Dios Mordred ha llegado a mis espaldas y es la araña!)

con la mano yendo a la pistola en su cinturón y desenfundándola.

Patrick retrocedió, con el rostro lleno de terror, levantando las manos frente a sí. Si hubiera gritado de seguro habría despertado a Rolando, y entonces todo podría haber sido diferente. Pero estaba demasiado aterrado para gritar. Soltó un sonido bajo por la garganta y eso fue todo.



Susannah enfundó de nuevo, le mostró las manos vacías, luego se arrastró hasta él y lo abrazó. Al comienzo estaba tenso contra ella—aún asustado—pero al poco se relajó.

«¿Qué sucede, cariño?» le preguntó Susannah, con una voz suave. Después, usando la frase de Rolando sin siquiera darse cuenta: «¿Qué os ensombrece?»

Él se alejó de ella y señaló hacia el norte. Por un momento no le entendió, pero luego vio las luces color naranja bailando y saltando. Consideró que estaban al menos a unos ocho kilómetros y apenas si podía creer que no las hubiera visto antes.

Aún hablando en voz baja, para no despertar a Rolando, dijo: «No son nada más que fuegos fatuos, dulzura—no pueden lastimarte. Rolando los llama hobs. Son como fuego de San Telmo o algo así».

Empero, Patrick no tenía idea de lo que era el fuego de San Telmo; Susannah lo podía ver en esa mirada insegura. Le dijo de nuevo que no podían lastimarlo, y de hecho, eso fue lo más cerca que los hobs se acercaron. Incluso mientras los miraba, empezaron a alejarse bailando y pronto la mayoría de ellos desapareció. Tal vez los había alejado con la mente. Alguna vez se habría reído de la idea, pero ya no.

Patrick empezó a relajarse.

«¿Por qué no vuelves a dormir, dulzura? Necesitas descansar». Y ella también lo necesitaba, pero lo temía. Pronto despertaría a Rolando, y dormiría, y su sueño vendría. Los fantasmas de Jake y Eddie la mirarían, más frenéticos que nunca. Queriendo que supiera algo que no sabía, que no podía saber.

Patrick sacudió la cabeza.

«¿No tienes sueño todavía?»

Él volvió a sacudir la cabeza.

«Bueno, entonces ¿por qué no dibujas un rato?» Dibujar siempre lo relajaba.

Patrick sonrió y asintió y se dirigió al punto al Ho Fat por su bloc actual, caminando exageradamente de puntillas para no despertar a Rolando. Eso le produjo a Susannah una sonrisa. Patrick siempre quería dibujar; supuso que una de las cosas que lo mantuvieron con vida en el sótano de la cabaña de Dandelo había sido saber que de vez en cuando el podrido carcamal hijo de puta le daría un bloc y uno de los lápices. Era tan adicto como Eddie en sus peores tiempos, pensó, sólo que la droga de Patrick era una línea delgada de grafito.

El chico se sentó y empezó a dibujar. Susannah volvió a su guardia, pero pronto sintió un extraño cosquilleo por todo su cuerpo, como si fuera a ella a quien vigilaran. Pensó de nuevo en Mordred y luego sonrió (lo que le dolió; ahora que el grano crecía de nuevo,

siempre le dolía). No era Mordred. Patrick. Patrick la miraba.

Patrick la dibujaba.

Susannah se sentó quieta por casi veinte minutos hasta que la curiosidad le pudo. Para Patrick, veinte minutos serían tiempo suficiente para hacer la Mona Lisa, y tal vez la Basílica de San Pablo de fondo para que quedara mejor. Esa sensación de cosquilleo era tan extraña, casi no algo mental en lo absoluto sino algo físico.

Susannah fue hacia él, pero al principio Patrick llevo el bloc contra su pecho con una timidez nada típica. Pero quería que ella mirara; eso se le notaba en los ojos. Era casi una mirada de amor, pero ella pensó que era de la Susannah dibujada de quien él se había enamorado.

«Vamos, cariño», le dijo, y puso una mano en el bloc. Pero no se lo raparía, ni siquiera si él así lo quisiera. Él era el artista; que fuera completamente su decisión si quería mostrárselo o no. «¿Por favor?»

Él se aferró a su bloc un instante más. Luego—tímidamente, sin mirarla—lo estiró. Susannah lo tomó y se vio a sí misma. Por un momento casi no pudo respirar, así de bueno era. Los ojos anchos. Las mejillas altas, que su padre había llamado «esas joyas de Etiopía». Los labios carnosos, que Eddie amaba tanto besar. Era ella, ella en cada detalle... pero también era más que ella. Nunca había pensado que el amor pudiera brillar con tal perfecta desnudez de los trazos hechos con un lápiz, pero allí había amor, oh digo verdad, digo muy verdad; amor del muchacho por la mujer que lo había salvado, que lo había sacado del hoyo oscuro donde de otra forma seguramente habría muerto. Amor por ella como madre, amor por ella como mujer.

«¡Patrick, es maravilloso!» dijo.

Él la miró ansiosamente. Con duda. ¿En serio? preguntaban esos ojos, y ella se dio cuenta de que sólo él—el pobre Patrick necesitado en el interior, que había vivido con su habilidad toda la vida y la tomaba como algo natural—podía dudar en la simple belleza de lo que había hecho. Dibujar lo ponía feliz a él; eso era lo más que él sabía. Que sus dibujos podían hacer felices a otros... esa idea requeriría que se acostumbrara. Susannah volvió a preguntarse por cuánto tiempo lo había tenido Dandelo cautivo y cómo era que la vieja cosa malvada se había topado con Patrick en primer lugar. Supuso que nunca lo sabría. Entretanto, parecía muy importante convencerlo de su propia valía.

«Sí», le dijo. «Sí, es maravilloso. Eres un gran artista, Patrick. Mirarlo me hace sentir bien».

Esta vez el muchacho olvido mantener los dientes apretados. Y esa sonrisa, con o sin lengua, fue tan maravillosa que Susannah se la pudo haber comido. Hizo que sus propios miedos y ansiedades parecieran pequeños y estúpidos.

«¿Puedo quedármelo?»

Patrick asintió entusiasmado. Hizo un movimiento con la mano como de rasgar y luego señaló hacia ella. ¡Sí! ¡Arráncalo! ¡Tómalo! ¡Quédatelo!

Susannah empezó a hacerlo pero se detuvo. El amor de Patrick (y su lápiz) la habían hecho hermosa. Lo único que arruinaba esa belleza era la mancha negra junto a su boca. Le dio vuelta al dibujo hacia Patrick, le dio unos golpecitos con el dedo al grano en el dibujo y luego se lo tocó en su propio rostro. He hizo una mueca por el dedo. Incluso el toque más ligero le dolía. «Ésta es la única maldita cosa», dijo.

Patrick se encogió de hombros, levantando las manos a la altura de sus hombros, y Susannah tuvo que reír. Lo hizo suavemente para no despertar a Rolando, pero sí, tenía que reír. Se le había ocurrido una frase de alguna película vieja: Pinto lo que veo.

Sólo que esto no era pintura y de repente se le ocurrió que el muchacho podía encargarse de la horrible, hedionda y dolorosa cosa. Al menos, tal y como estaba en el papel.

Entonces será mi gemela, pensó con cariño. Mi mejor mitad; mi hermosa hermana gem—

Y repentinamente lo entendió—

¿Todo? ¿Entendió todo?

Sí, pensaría mucho más tarde. No de una manera coherente que pudiera ser escrita— si  $a + b = c$ , entonces  $c - b = a$  y  $c - a = b$ —pero sí, lo entendió todo. Lo intuyó todo. No era raro que el Eddie-sueño y el Jake-sueño hubieran estado impacientes con ella; era tan obvio.

Patrick, dibujándola.

Y no era la primera vez que la dibujaban.

Rolando la había traído a su mundo<sup>2</sup>...con magia.

Eddie la había atraído hacia sí con amor.

Como lo había hecho Jake.

Santo Dios, ¿había pasado tanto tiempo allí y había pasado por tanto sin saber lo que era ka-tet, lo que significaba? Ka-tet era familia.

Ka-tet era amor.

Dibujar es hacer un dibujo con un lápiz o un carboncillo. También<sup>3</sup> es fascinar, atraer y acercar. Salirse uno de uno mismo.

Los cajones<sup>4</sup> era el lugar a donde iba Detta a completarse.

Patrick, ese niño genio sin lengua, confinado en la jungla. Confinado en los cajones. ¿Y ahora? ¿Ahora?

Ahora él, mi especial, pensó Susannah/Odetta/Detta y buscó en su bolsillo una jarra de cristal, sabiendo exactamente lo que iba a hacer y por qué iba a hacerlo.

Cuando ella le devolvió el bloc sin arrancar la hoja que ahora llevaba su imagen, Patrick se vio terriblemente decepcionado.

«No, no», le dijo Susannah (y con la voz de muchas). «Es sólo que hay algo que quiero que hagas antes de que lo tome como mi hermoso, mi precioso, mi eterno retrato,

<sup>2</sup> N. del T. Juego de palabras intraducible. Draw significa tanto dibujar, como traer o arrastrar.

<sup>3</sup> Ídem. <sup>4</sup> N. del T. La palabra drawers (cajones) también podría traducirse como dibujantes.

de que lo guarde y sepa cómo era en el tiempo en que estuve en este dónde, en este cuándo».

Estiró la mano con uno de los borradores de goma color rosa, entendiendo ahora por qué Dandelo los había cortado. Tenía sus razones.

Patrick tomó lo que le ofrecían y le dio vueltas entre sus dedos, frunciendo el ceño, como si nunca antes hubiera visto algo parecido. Susannah estaba segura de lo contrario, aunque ¿cuántos años atrás? ¿Qué tan cerca había estado Patrick de deshacerse de su verdugo de una vez para siempre? ¿Y por qué no lo había matado Dandelo entonces?

Porque una vez que cortó los borradores pensó que estaba a salvo, pensó.

Patrick la miraba, confundido. Empezando a enojarse.

Susannah se sentó junto a él y señaló con un dedo la mancha en el dibujo. Luego puso sus dedos delicadamente alrededor de la muñeca de Patrick y la acercó al papel. Al comienzo, el muchacho se resistió, pero luego dejó que su mano con la goma rosa en ella fuera movida.

Susannah pensó en la sombra sobre la tierra que no había sido una sombra en lo absoluto sino una manada de inmensas y temblorosas bestias que Rolando llamaba bannock. Pensó en cómo había sido capaz de oler el polvo cuando Patrick empezó a dibujarlo. Y pensó en cómo, cuando Patrick había dibujado la manada más cerca de lo que realmente estaba (licencia artística, y todos decimos gracias), realmente se había visto más cerca. Recordó cómo pensaba que sus ojos se habían ajustado y ahora se maravillaba de su propia estupidez. Como si los ojos se pudieran ajustar a la distancia en la misma forma en que se ajustaban a la oscuridad.

No, Patrick los había acercado. Los había movido más cerca dibujándolos más cerca<sup>5</sup>.

Cuando la mano que sostenía el borrador casi tocaba el papel, Susannah retiró la suya— esto tenía que ser totalmente obra de Patrick, de alguna manera estaba segura de ello.

Movió los dedos atrás y adelante, remedando lo que quería. Patrick no la entendió. Susannah volvió a hacerlo y luego señaló hacia el grano junto a su grueso labio inferior.

<sup>5</sup> De nuevo, esta frase podría traducirse también como Trayéndolos más cerca.

«Haz que se vaya, Patrick», le dijo, sorprendida por la firmeza de su propia voz. «Es feo, haz que se vaya». Una vez más hizo el gesto en el aire. «Bórralo».

Esta vez le entendió. Susannah vio la luz en sus ojos. Patrick estiró el borrador hacia ella. Era de un rosa perfecto—ni una mancha de grafito en él. El muchacho la miró con las cejas enarcadas, como si le preguntara si estaba segura.

Ella asintió.

Patrick bajó el borrador hacia el grano y empezó a frotarlo contra el papel, al principio de manera tentativa. Luego, cuando vio lo que pasaba, trabajó con más espíritu.

## CATORCE

Susannah volvió a sentir la misma extraña sensación de cosquilleo, pero cuando él la había estado dibujando, la había sentido por todo el cuerpo. Ahora sólo estaba en un sitio, a la derecha de su boca. Cuando Patrick agarró el borrador con más fuerza y lo siguió presionando, el cosquilleo se convirtió en un hondo y monstruoso escozor. Susannah tuvo que meter las manos en la tierra a cada costado de su cuerpo para evitar alzarlas y clavarlas en el grano, rascándolo furiosamente, y olvidándose de la posibilidad de rasgarlo y hacer que un chorro de sangre resbalara por su camisa de piel de venado.

Terminará en unos pocos segundos, tiene que terminar, tiene que terminar, santo Dios que por favor LO DEJARA TERMINAR—

Patrick, entretanto, parecía haberse olvidado por completo de ella. Miraba su dibujo con el pelo colgándole a ambos lados de la cara y oscureciéndola casi del todo, completamente absorto por el maravilloso juguete nuevo. Borró delicadamente... luego un poco más duro (el escozor se intensificó)... luego más suavemente otra vez. Susannah tenía ganas de gritar. Ese escozor estuvo de repente en todo su cuerpo. Ardía en la parte delantera de su cerebro, zumbaba por las superficies húmedas de sus ojos como nubes gemelas de mosquitos, temblaba en las puntas mismas de sus pezones, haciendo que se

pusieran desesperadamente duros.

Gritaré, no puedo evitarlo, tengo que gritar—

Tomaba aire para hacer eso exactamente cuando de pronto el escozor desapareció. El dolor también desapareció. La pistolera estiró las manos hacia la comisura de su boca y luego lo dudó.

No me atrevo.

¡Será mejor que te atrevas! respondió Detta indignada. ¡Después de todo lo que has pasado—todo lo que hemos pasado—debes tener suficientes huevos como para que te pueda’ tocar tu jodida cara, perra!

Dejó resbalar los dedos por la piel. La suave piel. El grano que tanto la había molestado desde Thunderclap había desaparecido. Sabía que cuando se mirara en un espejo o incluso en un charco de agua, no vería siquiera una cicatriz.

## QUINCE

Patrick trabajó un poco más—primero con el borrador, luego con el lápiz, luego con el borrador otra vez—pero Susannah no sintió escozor y ni siquiera un leve cosquilleo. Era como si, una vez que hubo superado algún punto crítico, las sensaciones simplemente hubieran cesado. Susannah se preguntó qué edad tenía Patrick cuando Dandelo le cortó todos los borradores a los lápices. ¿Cuatro? ¿Seis? De cualquier forma, era pequeño. Estaba segura de que su original mirada de confusión cuando le mostró uno de los borradores era genuina, y sin embargo una vez empezó, lo usó como un veterano profesional.

Tal vez es como montar en una bicicleta, pensó. Una vez que aprendes cómo, ya nunca se te olvida.

Esperó tan pacientemente como pudo, y tras cinco larguísimos minutos, su paciencia fue recompensada. Sonriendo, Patrick le dio vuelta al bloc y le mostró el dibujo. Había borrado la mancha completamente y luego sombreado ligeramente el área para que pareciera igual al resto de su piel. El muchacho había sido cuidadoso en limpiar cada resto de borrador.

«Muy lindo», dijo, pero era un asco de cumplido que darle a un genio, ¿o no? De forma que se inclinó hacia él, lo rodeó con sus brazos y lo besó firmemente en la boca. «Patrick, es hermoso.»

El color se le subió a él a la cara tan rápidamente y con tanta fuerza que Susannah se alarmó al comienzo, preguntándose si no tendría un infarto a pesar de su juventud. Pero el chico sonreía mientras estiraba el bloc hacia ella con una mano, haciendo gestos de arrancar la hoja con la otra. Quería que ella lo tomara. Quería que ella lo tuviera.

Susannah la arrancó con mucho cuidado, preguntándose en una esquina oscura de su cabeza lo que pasaría si lo rompiera—si se rompiera a sí misma—por la mitad. Notó mientras lo hacía que no había sorpresa en el rostro del muchacho, nada de asombro, ningún miedo. Patrick debía haber visto el grano en la comisura de su boca, pues esa maldita cosa había dominado casi todo su rostro por todo el tiempo en que él la había conocido, y lo había dibujado con un detalle casi fotográfico. Ahora había desaparecido—sus dedos exploradores se lo decía—y aún así Patrick no evidenciaba ninguna emoción, al menos con respecto a eso. La conclusión parecía bien clara. Cuando lo había borrado de su dibujo, también lo había borrado de su propia mente y memoria.

«¿Patrick?»

Él la miró, sonriente. Feliz de que ella estuviera feliz. Y Susannah estaba muy feliz. El hecho de que también tuviera un miedo de muerte no cambiaba eso en lo más mínimo.

«¿Dibujarás algo más para mí?»

Patrick asintió. Dibujó un signo en su bloc y le dio vuelta para que ella pudiera verlo:

?

Susannah miró el signo por un instante y luego lo miró a él. Vio que agarraba el borrador, su maravilloso juguete nuevo, con mucha fuerza.

Susannah dijo: «Quiero que me dibujes algo que no está aquí».

El chico movió la cabeza de manera inquisitiva hacia un lado. Susannah tuvo que sonreír un poco a pesar de su corazón que latía rápidamente—Acho se veía así algunas veces, cuando no estaba cien por ciento seguro de lo que le querías decir.

«No te preocupes, te lo diré».

Y se lo dijo, con mucho cuidado. Patrick escuchó. En algún momento Rolando escuchó la voz de Susannah y despertó. Se acercó, la miró a la difusa luz roja de la fogata, empezó a mirar hacia otro lado y luego volvió a mirarla de golpe con los ojos como platos. Hasta ese momento, Susannah no había estado segura de que Rolando vería lo que ya no estaba allí. Pensó que era al menos posible que la magia de Patrick hubiera sido lo suficientemente fuerte como para borrarla también de la memoria del pistolero.

«¡Susannah, vuestro rostro! ¡Qué ha pasado con vuestro—!»

«Calla, Rolando, si me amas».

El pistolero se calló. Susannah devolvió su atención a Patrick y empezó a hablar de nuevo, con calma pero con urgencia. Patrick

escuchaba, y mientras lo hacía, Susannah vio la luz del entendimiento que empezaba a asomar en su mirada.

Rolando reavivó el fuego sin que se lo pidieran, y pronto su pequeño campamento se veía brillante bajo las estrellas.

Patrick escribió una pregunta, poniéndola ahorrativamente a la izquierda del signo de interrogación que ya había dibujado:

¿Qué tan alta?

Susannah tomó a Rolando por el codo y lo puso frente a Patrick. El pistolero medía alrededor de un metro noventa. Ella hizo que la alzara y luego levantó una mano a unos ocho centímetros por encima de la cabeza de Rolando. Patrick asintió sonriendo.

«Y mira algo que tiene que estar escrito en ella», dijo ella, y tomó una rama de su pequeño montón de leña. La rompió con la rodilla creando una punta. Podía recordar los símbolos, pero sería mejor si no pensaba demasiado en ellos. Sentía que tenían que estar absolutamente bien o la puerta que quería que le hiciera se abriría en algún lugar al que no quería ir, o simplemente no se abriría. Por tanto, una vez empezó a dibujar en la mezcla de tierra y ceniza junto a la fogata, lo hizo tan rápido como lo podría haber hecho el mismísimo Patrick, sin detenerse lo suficiente para poner su ojo en alguno de los símbolos que ya había escrito. Pues si mirara alguno de seguro miraría todo hasta el comienzo, y vería que algo no le parecía bien, y la incertidumbre se colaría como una enfermedad. Detta—la ruda y vulgar Detta que había aparecido más de una vez para ser su salvadora—podría entrar y tomar el control, terminar por ella, pero no podía contar con eso. En el nivel más profundo de su corazón no confiaba aún del todo en que Detta no mandaría todo a la mierda en un momento crucial, y por ninguna razón más que la negra alegría de hacerlo. Tampoco confiaba plenamente en Rolando, quien podría querer que se quedara por razones que él mismo no entendía a plenitud.

De forma que dibujó rápidamente en la tierra y cenizas, sin mirar atrás, y estos fueron los símbolos que aparecieron bajo la punta voladora de su improvisado implemento:



«No hallada», dijo Rolando respirando. «Susannah, qué—cómo—» «Calla», repitió ella. Patrick se dobló sobre su bloc y empezó a dibujar.

## DIECISÉIS

Susannah seguía mirando a todos lados buscando la puerta, pero el círculo de luz que arrojaba su fuego era muy pequeño incluso después de que Rolando lo avivó. Pequeño comparado con la vasta oscuridad de la pradera, al menos. No veía nada. Cuando se volteó a mirar a Rolando pudo ver la pregunta no formulada en sus ojos, de manera que mientras Patrick seguía trabajando, le mostró el dibujo que había hecho el joven. Le



indicó el lugar donde había estado el grano. Acercando la página a su rostro, Rolando vio por fin las señales del borrador. Patrick había ocultado los pocos trazos que había dejado con gran cuidado, y Rolando sólo los encontró con el mayor escrutinio; era como buscar una vieja trocha después de muchos días de lluvia.

«Con razón el anciano cortó sus borradores», dijo, devolviéndole el dibujo.

«Eso es lo que pensé».

De allí, Susannah pasó a su verdadero salto intuitivo: que si Patrick podía (al menos en este mundo) des-crear borrando, podía ser capaz de crear dibujando. Cuando mencionó la manada de bannock que había parecido misteriosamente más cerca, Rolando se frotó la frente como alguien con un horrible dolor de cabeza.

«Debí haber visto eso. También debí darme cuenta de lo que significaba. Susannah, me estoy volviendo viejo».

Susannah ignoró eso—ya lo había oído antes—y le contó de los sueños de Eddie y Jake, asegurándose de mencionar los nombres de los productos en las camisetas, las voces corales, la oferta de chocolate caliente y el creciente pánico en sus ojos a medida que pasaban las noches y ella no veía aún aquello a lo que el sueño había sido enviado para mostrarle.

«¿Por qué no me contaste de este sueño antes?» preguntó Rolando. «¿Por qué no pediste ayuda para interpretarlo?»

La mujer lo miró firmemente, pensando que había tenido razón en no pedirle ayuda. Sí—sin importar cuánto pudiera dolerle a él. «Has perdido a dos. ¿Qué tan dispuesto habrías estado a perderme a mí también?»

Rolando se sonrojó. Incluso a la luz del fuego Susannah podía verlo. «Vos habláis mal de mí, Susannah, y has pensado peor».

«Tal vez así sea», dijo. «Si así es, digo lo siento. No estoy segura de lo que yo misma quiero. Parte de mí quiere ver la Torre, ya sabes. Parte de mí lo quiere muchísimo. E incluso si Patrick puede traer a la vida la Puerta No Hallada dibujándola y puedo abrirla, no es al mundo real al que abre. Eso es lo que significan los nombres en las camisetas, estoy segura».

«No debes pensar eso», dijo Rolando. «La realidad rara vez es algo en blanco y negro, creo, de es y no es, de ser y no ser».

Patrick soltó un aullido y los dos lo miraron. Sostenía su bloc en alto, vuelto hacia ellos para que pudieran ver lo que había dibujado. Era una representación perfecta de la puerta No Hallada, pensó ella. En ella no estaba escrito EL ARTISTA, y el pestillo era simple metal brillante—ningunos lápices cruzados lo adornaban—pero estaba bien. Ella no se había molestado en decirle de esas cosas, lo que había sido para su propio beneficio y entendimiento.

Hicieron todo excepto dibujarme un mapa, pensó. Se preguntó por qué todo tenía que ser tan condenadamente duro, tan condenadamente

(riddle-de-dum)

misterioso, y supo que ésa era una pregunta a la cual jamás encontraría una respuesta satisfactoria... excepto que fuera la condición humana, ¿o no? Las respuestas que importaban nunca aparecían fácilmente.

Patrick hizo otro de sus aullidos. Esta vez tenía una cualidad interrogativa. De repente, Susannah se dio cuenta de que el pobre chico prácticamente moría de ansiedad, ¿y por qué no? Había acabado de ejecutar su primera comisión y quería saber lo que su patrono d'arte pensaba de ella.

«Es grandioso, Patrick—excelente».

«Sí», concordó Rolando, tomando el bloc. La puerta se veía exactamente igual a las que había encontrado mientras se tambaleaba por la playa del Mar Occidental, delirante y muriendo por la mordida venenosa de la langostruosidad. Era como si la pobre criatura sin lengua hubiera mirado dentro de su cabeza y visto una imagen real de esa puerta—una fotergrafía.

Susannah, entretanto, miraba a los lados desesperadamente. Y cuando empezó a empujarse con sus manos hacia el extremo de la luz de la fogata, Rolando tuvo que llamarla con fuerza, recordándole que Mordred podía estar allí fuera en cualquier parte, y la oscuridad era amiga de Mordred.

Impaciente como estaba, se retiró del borde de la luz, recordando con demasiada claridad lo que le había pasado a la madre corporal de Mordred y lo rápido que había pasado. Aún así le dolía devolverse, casi físicamente. Rolando le había dicho que esperaba ver lo primero de la Torre Oscura hacia el final del día que se aproximaba. Si aún estaba con él, si la veía con él, pensaba que su poder podría resultar demasiado fuerte para ella. Su hechizo. Ahora, cuando podía elegir entre la puerta y la Torre, sabía que aún podía escoger la puerta. Pero a medida que se acercaran y el poder de la Torre se hiciera mayor, su latido más profundo y más atractivo en su cabeza, las voces que cantaban aún más dulces, escoger la puerta sería más difícil de hacer.

«No la veo», dijo desesperada. «Tal vez estaba equivocada. Tal vez no hay ninguna jodida puerta. Ay, Rolando—»

«No creo que estuvieras equivocada», le dijo Rolando. Hablaba con una renuencia obvia, pero como alguien que tiene un trabajo que hacer, o una deuda que pagar. Y le debía una a esta mujer, creía, pues ¿no la había en gran medida arrastrado del cuello hacia este mundo, donde había aprendido el arte del asesinato y se había enamorado y enviudado? ¿No la había secuestrado hacia su presente pesar? Si podía hacer eso bien, tenía la obligación de hacerlo. Su deseo de mantenerla junto a él—y a riesgo de la vida de Susannah—era puro egoísmo e iba en contra de su entrenamiento.

Más importante que eso, iba en contra de lo mucho que había llegado a amarla y respetarla. Le rompió lo que le quedaba de corazón el pensar en decirle adiós, la última de su extraño y maravilloso ka-tet, pero si eso era lo que ella quería, lo que necesitaba, entonces él debía hacerlo. Y pensó que podía, pues había visto algo en el dibujo del joven que Susannah había pasado por alto. No algo que estuviera allí; algo que no estaba.

«Mira», dijo suavemente, mostrándole el dibujo. «¿Ves lo mucho que se ha esforzado por complaceros, Susannah?»

«¡Sí!» dijo ella. «Sí, desde luego que sí, pero—»

«Le tomó diez minutos hacer esto, diría, y la mayor parte de sus dibujos, con todo y lo buenos que son, son el fruto de tres o cuatro cuando más, ¿no dirías?»

«¡No te entiendo!» Casi lo gritó.

Patrick acercó a Acho hacia sí y lo arropó con un brazo, mientras miraba a Susannah y Rolando con los ojos bien abiertos y no muy felices.

«Trabajó tan duro por darte lo que querías que allí sólo está la Puerta. Se erige ella sola, completamente sola en el papel. No tiene ningún... ningún...»

Buscaba la palabra correcta. El fantasma de Vannay se lo susurró secamente en el oído.

«¡No tiene ningún contexto!»

Por un instante Susannah seguía pareciendo confundida, pero después empezó a asomar el entendimiento en su mirada. Rolando no esperó; simplemente dejó caer su mano izquierda buen en el hombro de Patrick y le dijo que pusiera la puerta tras el pequeño carro de golf eléctrico de Susannah, que había empezado a llamar Ho Fat III.

Patrick estuvo feliz de obedecer. Por una parte, poner el Ho Fat II frente a la puerta le daba razón para usar su borrador. Trabajó con él mucho más rápido esta vez—casi descuidadamente, podría haber dicho un observador—pero el pistolero estaba sentado junto a él y no creía que Patrick pasara por alto un solo trazo al dibujar el carrito. Terminó dibujando su única llanta frontal y poniendo un reflejo de la luz del fuego en la cabina. Luego puso a un lado su lápiz, y al hacerlo hubo una turbulencia en el aire. Rolando sintió que empujaba contra su rostro. Las llamas del fuego, que habían estado ardiendo hacia arriba en la oscuridad sin viento, temblaron brevemente hacia un lado. Luego desapareció la sensación. Las llamas ardieron de nuevo hacia arriba. Y a menos de diez metros de ese fuego, tras el carro eléctrico, estaba una puerta que Rolando había encontrado por última vez en Calla Bryn Sturgis, en la Cueva de las Voces.

## DIECISIETE

Susannah esperó hasta el amanecer, perdiendo el tiempo al principio reuniendo su gunna, luego poniéndolo de nuevo a un lado—¿en cuanto serían avaluadas sus pocas posesiones (por no hablar de la pequeña bolsa de cuero en que estaba guardadas) en la

ciudad de Nueva York? La gente reiría. Probablemente se reirían de cualquier forma... o gritarían y correrían sólo al verla. La Susannah Dean que de repente aparecería en Central Park le parecería a la mayoría no una graduada de la universidad ni una heredera de una inmensa fortuna; ni siquiera se les parecería a Sheena, Reina de la Jungla, digo lo siento. No, para las personas civilizadas probablemente parecería alguna clase de fugitiva de un espectáculo de fenómenos. Y una vez atravesara esta puerta, ¿habría vuelta atrás? Nunca. Nunca jamás.

De forma que puso a un lado su gunna y simplemente esperó. Mientras el alba empezaba a mostrar sus primeras luces leves en el horizonte, llamó a Patrick y le preguntó si quería ir con ella. De vuelta al mundo del que viniste o a uno que te gustará mucho, le dijo, aunque sabía que él no recordaba ese mundo en lo más mínimo—o había sido tomado muy pequeño, o el trauma de ser secuestrado le había borrado la memoria.

Patrick la miró, luego a Rolando, quien estaba en cuclillas, mirándolo. «Lo que tú quieras, hijo», dijo el pistolero. «Puedes dibujar en cualquier mundo, te digo verdad. Aunque a donde ella va, habrán más que lo aprecien».

Él quiere que se quede, pensó Susannah y se sintió enfadada. Luego Rolando la miró y sacudió su cabeza por un leve instante. No estaba segura, pero pensaba que eso quería decir—

Y no, no sólo lo pensaba. Sabía lo que quería decir. Rolando quería que ella supiera que ocultaba sus pensamientos de Patrick. Sus deseos. Y si bien había visto al pistolero mentir (de una manera espectacular en la asamblea en el territorio común de Calla Bryn Sturgis antes de la llegada de los Lobos), nunca había sabido que él le mintiera a ella. A Detta, tal vez, pero no a ella. Ni a Eddie. Ni a Jake. Había ocasiones en que no les había dicho todo lo que sabía, pero ¿mentirles directamente...? No. Habían sido ka-tet, y Rolando había sido honesto con ellos. Al César lo que es del César.

Repentinamente Patrick tomó su bloc y escribió rápidamente en la hoja en blanco. Luego se los mostró.

### ***Me quedaré. Me asusta ir a un sitio nuevo.***

Como si quisiera enfatizar exactamente lo que quería decir, abrió los labios y señaló hacia su boca sin lengua.

¿Y acaso vio Susannah alivio en el rostro de Rolando? Si así era, lo odiaba por ello.

«De acuerdo, Patrick», dijo, intentando no mostrar ninguno de sus sentimientos en la voz. Incluso se estiró hacia él y le acarició la mano. «Entiendo cómo te sientes. Y si bien es cierto que la gente puede ser cruel... cruel y ruda... hay muchos que son amables. Escucha: No voy a irme hasta que amanezca. Si cambias de opinión, la oferta está abierta».

Patrick movió rápidamente la cabeza asintiendo. Agradecido de que no vo' a intentá' más que cambie de opinión, pensó enojada Detta. ¡El viejo blanquito probablemente tambié' e'tá agradecido!

Cállate, le dijo Susannah y sorprendentemente, Detta se calló.

## DIECIOCHO

Sin embargo, a medida que el día sea aclaraba (revelando una manada de tamaño mediano de bannock pastando), dejó que Detta volviera a su cabeza. Aún más: dejó que Detta tomara el control. Así era más fácil, menos doloroso. Fue Detta quien dio un último paseo alrededor del campamento, respirando agitadamente lo último de este mundo para las dos, y guardando el recuerdo. Fue Detta quien rodeó la puerta primero por un lado y luego por el otro en sus palmas endurecidas, y vio la nada que había del otro lado de la puerta. Patrick caminaba a un lado de ella y Rolando al otro. Patrick aulló con sorpresa cuando vio que la puerta desapareció. Rolando no dijo nada. Acho caminó hasta el sitio donde había estado la puerta, olfateó el aire... y luego atravesó caminando el lugar donde estaba, si se miraba desde el otro lado. Si e'tuviéramos allí lo veríamos atravesarla, como un truco de magia, pensó Detta.

Regresó al Ho Fat III, en el que había decidido atravesaría la puerta. Siempre y cuando, eso sí, se abriera. Todo este asunto sería un buen chiste si resultara que no se podía abrir. Rolando empezó a ayudarla a subir a la silla; ella lo alejó con una mano y se subió sola. Presionó el botón rojo junto a los manubrios y el motor eléctrico del carrito se encendió con un leve ruido. La aguja que marcaba la carga aún se movía bastante en el color verde. Giró el manubrio derecho y se movió lentamente hacia la puerta cerrada con los símbolos que significaban NO HALLADA en el frente. Se detuvo cuando la pequeña

punta en forma de bala del carrito casi tocaba la puerta.

Se dio vuelta hacia el pistolero con una fingida sonrisa fija.

«De acue'do, Rolando—Te diré adiós entonces. Largos días y noche' placenteras. Que alcances tu jodida Torre, y—»

«No», dijo él.

Ella lo miró, Detta lo miró con sus ojos a un tiempo ardiendo y riendo. Desafiándolo a que convirtiera esto en algo que ella no quería que fuera. Desafiándolo a que la sacara ahora que estaba adentro. Vamo', blanquito, veamo' cómo lo logras.

«¿Qué?» preguntó. «¿Qué hay en tu mente, grandullón?»

«No te diré adiós de esta manera, después de todo este tiempo», respondió él.

«¿Qué quieres decir?» Sólo que en el tono sarcástico y enojado de Detta se escuchó ¿Qué quiere' decí'?

«Ya lo sabes».

Ella sacudió la cabeza desafiante. No.

«En primer lugar», dijo Rolando, tomándole la mano izquierda endurecida por el camino en la mano derecha mutilada, «hay otro que debería tomar la decisión de irse o quedarse, y no hablo de Patrick».

Por un momento ella no entendió. Luego bajó la mirada hacia un cierto par de ojos de aros dorados, un cierto par de orejas agachadas, y lo entendió. Se había olvidado de Acho.

«Si Detta se lo pide, seguro se quedará, pues ella nunca ha sido de su gusto. Si Susannah se lo pregunta... bueno, entonces no lo sé».

Y así de simple Detta se fue. Volvería—Susannah entendía ahora que jamás se libraría por completo de Detta Walker, y eso estaba bien, pues ya no quería que eso pasara—pero por el momento se había ido.

«¿Acho?» dijo suavemente. «¿Vendrás conmigo, dulzura? Puede que encontremos a Jake de nuevo. Tal vez no igual del todo, pero aún así...»

Acho, que había estado en silencio casi por completo durante su viaje a través de las Tierras Malas y las Tierras Blancas de Empathica y las tierras abiertas, habló entonces. «¿Ake?» dijo. Pero hablaba con dudas, como alguien que apenas si recuerda, y el corazón se le rompió a Susannah. Se había prometido que no lloraría, y Detta lo garantizaba por completo, pero ahora ya no estaba Detta y las lágrimas aparecieron de nuevo.

«Jake», dijo. «Recuerdas a Jake, cariño, sé que lo recuerdas. Jake y Eddie».

«¿Ake? ¿Ed?» Con un poco más de certeza ahora. Recordaba.

«Ven conmigo», dijo, y Acho empezó a moverse como si fuera a saltar al carrito junto a ella. Después, sin tener la menor idea de por qué lo iba a decir, añadió. «Hay otros mundos aparte de estos».

Acho se detuvo tan pronto salieron las palabras de la boca de Susannah. Se sentó. Luego se incorporó de nuevo y por un instante ella sintió esperanza: tal vez aún podía haber algún pequeño ka-tet, un dan-tete-tet, en alguna versión de Nueva York donde la gente conducía Takuro Spirits y se tomaba fotos bebiendo Nozz-A-La con sus cámaras Shinnaro.

En cambio, Acho volvió trotando junto al pistolero y se sentó junto a una de las maltrechas botas. Esas botas habían caminado mucho, mucho. Kilómetros y ruedas, ruedas y kilómetros. Pero ahora la caminata casi había terminado.

«Olan», dijo Acho, y la finalidad en su extraña voccecita fue como una roca lanzada contra el corazón de la mujer. Se volvió a mirar amargamente al viejo hombre con el inmenso hierro en su cadera.

«Ves», dijo. «Tienes tu propio hechizo, ¿no? Siempre lo tuviste. Llevaste a Eddie a una muerte y a Jake a un par de ellas. Ahora Patrick e incluso el brambo. ¿Estás feliz?»

«No», dijo él, y Susannah vio que sinceramente no lo estaba. Creyó que jamás había visto tal tristeza y tal soledad en un rostro humano. «Nunca estuve más lejos de la felicidad, Susannah de Nueva York. ¿Cambiarás de opinión y te quedarás? ¿Vendrás vos conmigo el último trecho? Eso me haría feliz».

Por un momento loco, ella pensó que lo haría. Que simplemente conduciría el carrito eléctrico lejos de la puerta—que era de una sola vía y no hacía promesas—e iría con él a la Torre Oscura. Lo lograrían en un solo día; acamparían a mitad de la tarde y así pues llegarían al crepúsculo, como él quería.

Entonces recordó el sueño. Las voces que cantaban. El joven que le estiraba una taza de chocolate caliente—del bueno, mit schlag.

«No», dijo suavemente. «Tomaré mi oportunidad y me iré».

Por un momento pensó que él se lo haría fácil, estaría de acuerdo y la dejaría ir. Pero entonces su rabia—no, su desesperación—estalló dolorosamente. «¡Pero no puedes estar segura! Susannah, ¿y si el sueño mismo es un truco y una ilusión? ¿Y si las cosas que ves incluso cuando la puerta esté abierta no son más que trucos e ilusiones? ¿Y si vas directo al espacio del exotransito?»

«Entonces iluminaré la oscuridad con los pensamientos de aquellos a quienes amo».

«Y eso podría funcionar», dijo él, con la voz más amarga que Susannah le había escuchado jamás. «Por los primeros diez años... o veinte... o incluso cien. ¿Y luego? ¿Y el resto de la eternidad? ¡Piensa en Acho! ¿Crees que ha olvidado a Jake? ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca jamás! ¡Siente que algo está mal! Susannah, no, te lo suplico, no te vayas. Me arrodillaré, si eso ayuda». Y para horror de Susannah, empezó a hacer exactamente eso.

«No servirá de nada», le dijo. «Y si ésta es la última vez que te veo—mi corazón dice que la es—que no sea viéndote de rodillas. No eres un hombre que se arrodille. Quiero verte de pie, como en Calla Bryn Sturgis. Como estuviste con tus amigos en Jericó Hill».

Rolando se levantó y se acercó a ella. Por un momento ella pensó que la iba a retener a la fuerza y tuvo miedo. Pero él sólo puso su mano en su brazo por un momento y luego lo retiró. «Déjame preguntártelo de nuevo, Susannah. ¿Estás segura?»

Susannah consultó su corazón y vio que lo estaba. Entendía los riesgos, pero sí—lo estaba. ¿Y por qué? Porque el camino de Rolando era el camino de la pistola. El camino de Rolando era muerte para aquellos que cabalgaban o caminaban a su lado. Lo había mostrado una y otra vez, desde los primeros días de su gesta—no, incluso antes, desde que escuchó a medias a Hax el cocinero confabulando traición y asegurando así su muerte en la soga. Todo fue por el bien (por lo que él llamaba lo Blanco), Susannah no tenía la menor duda de eso, pero Eddie aún yacía en su tumba en un mundo y Jake en otro. No tenía duda de que el mismo destino seguramente esperaba a Acho y al pobre Patrick.

Y sus muertes no tardarían en llegar.

«Estoy segura», dijo.

«De acuerdo. ¿Me darás un beso?»

Ella lo tomó del brazo y lo haló hacia sí hasta que sus labios se posaron en los del pistolero. Cuando tomó aire, respiró el aire de mil años y diez mil kilómetros. Y sí, sintió el sabor de la muerte.

Pero no para ti, pistolero, pensó. Para otros, pero nunca para ti. Que pueda yo escapar de tu hechizo, y que lo haga bien.

Fue ella quien terminó el beso.

«¿Puedes abrirme la puerta?» preguntó.

Rolando fue a ella y tomó el pomo en su mano, y el pomo se movió fácilmente.

Salió aire frío de ella, suficiente como para levantar el largo cabello de Patrick, y con el viento se colaron algunos copos de nieve. Susannah logró ver hierba aún verde bajo la leve escarcha, y un camino y una baranda de hierro. Unas voces cantaban «Qué Niño es Éste», tal y como en su sueño.

Podía ser Central Park. Sí, podía serlo; Central Park de algún otro mundo a lo largo del eje, acaso, y no aquél del que vino, pero lo suficientemente cerca de manera que con el tiempo no reconocería la diferencia.

O tal vez era, como dijo él, una ilusión.

Tal vez era la oscuridad del exotransito.

«Podría ser un truco», dijo él, ciertamente leyéndole la mente.

«La vida es un truco, el amor es una ilusión», replicó. «Tal vez nos encontremos de nuevo, en el claro al final del camino».



«Que como dices, así sea», le dijo él. Adelantó una pierna, el gastado talón de su bota plantado en la tierra, y le hizo una venia. Acho había empezado a llorar, pero se sentaba firmemente junto a la bota izquierda del pistolero. «Adiós, mi amada».

«Adiós, Rolando». Luego miró al frente, tomó una gran bocanada de aire y giró el manubrio del carrito. Se movió suavemente hacia delante.

«¡Espera!» gritó Rolando, pero ella nunca se dio vuelta, ni lo volvió a ver. Atravesó la puerta. Se cerró de golpe tras ella con un sonido plano y declamatorio que él conocía demasiado bien, uno con el que había soñado desde su larga caminata enfebrecida por el borde del Mar del Oeste. El sonido de cantos había desaparecido y sólo quedaba el sonido solitario del viento de la pradera.

Rolando de Gilead se sentó frente a la puerta, que ya se veía cansada y nimia. Nunca se volvería a abrir. Puso su rostro entre las manos. Se le ocurrió que si nunca los hubiera amado, nunca se habría sentido tan solo como se sentía ahora. Y sin embargo, de entre todas las muchas cosas de las que se arrepentía, el que su corazón se hubiera vuelto a abrir no se encontraba entre ellas, incluso en ese instante.

## DIECINUEVE

Después—porque siempre hay un después, ¿o no?—cocinó el desayuno y se obligó a comer su porción. Patrick comió ávidamente, luego se retiró a hacer sus necesidades mientras Rolando empacaba.

Había un tercer plato, y éste aún estaba lleno. «¿Acho?» preguntó Rolando, empujándolo hacia el brambo. «¿No la probarás al menos?»

Acho miró el plato, y luego retrocedió dos pasos con firmeza. Rolando asintió y arrojó la comida intacta, esparciéndola entre la hierba. Tal vez Mordred llegaría a tiempo y encontraría algo de su gusto.

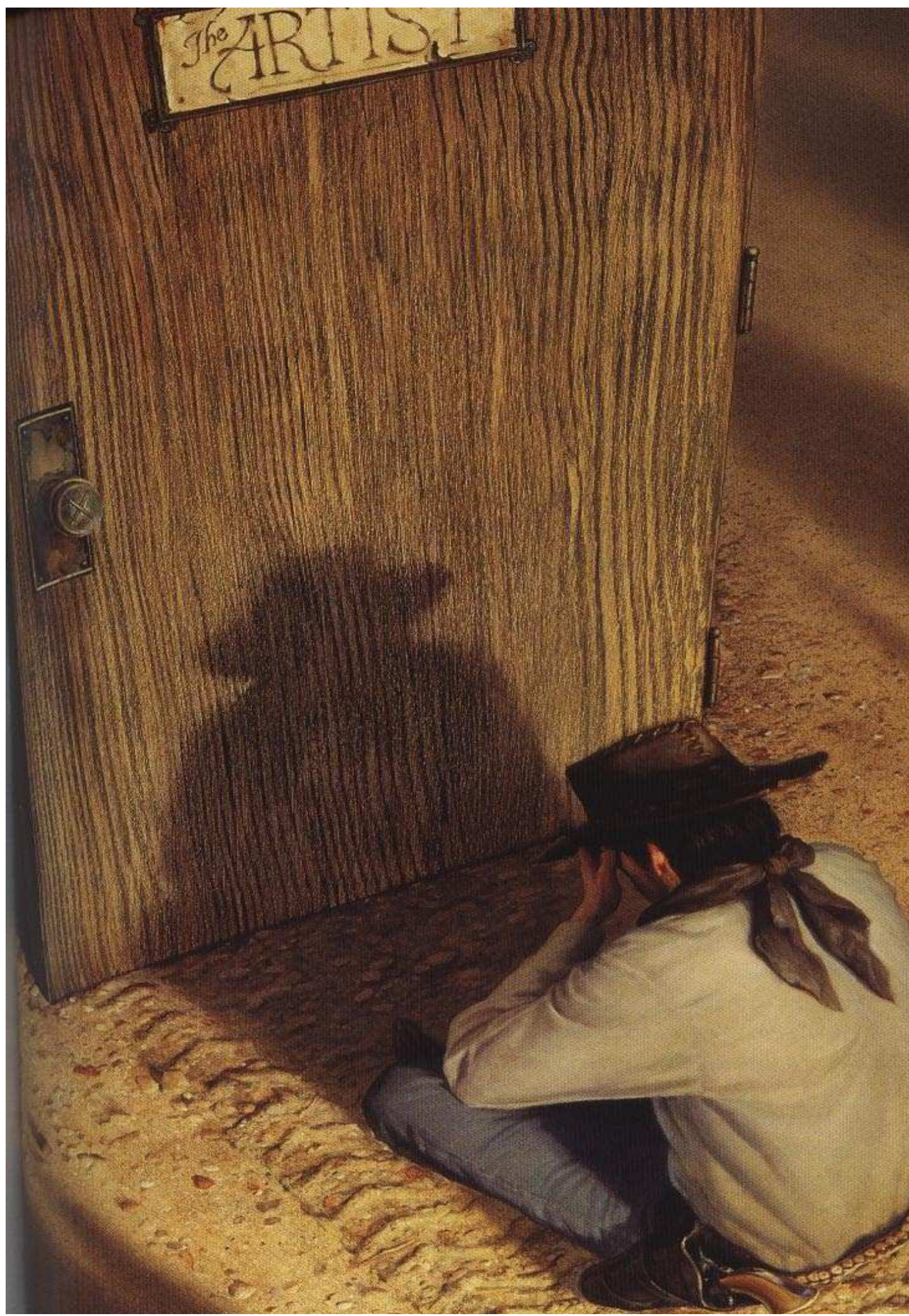
A media mañana se movieron, Rolando halando el Ho Fat II y Patrick caminando a un lado cabizbajo. Y pronto el latido de la Torre volvió a llenar de nuevo la cabeza del pistolero. Muy cerca ahora. Ese poder constante y palpitante alejaba todos los pensamientos en Susannah y eso lo alegró. Se rindió al latido firme y dejó que se llevara todos sus pensamientos y todo su dolor.

Commala-ven-ven, cantaba la Torre Oscura, ahora apenas sobre el horizonte.  
Commalaven-ven, pistolero que vengas.

Commala-ven-Rolando, el viaje casi ha terminado.









## Capítulo II: Mordred

### UNO

El dan-tete observaba cuando el tipo de cabello largo con el que viajaban ahora agarró el hombro de Susannah para señalarle los hobs danzarines de color naranja a la distancia. Mordred la vio girarse, desenfundando uno de los revólveres del Papi Blanco. Por un momento los ojos de vidrio para ver de lejos que había encontrado en la casa de Odd's Lane temblaron en la mano de Mordred, con tanta fuerza quería que su Mami Ave Negra le disparara al Artista. ¡Cómo la habría devorado la culpa! ¡Como el filo de un cuchillo romo, sí! Incluso era posible que, consternada por el horror de lo que había hecho, se pusiera el cañón de la pistola en la cabeza y halara el gatillo por segunda vez, ¿y qué tanto le gustaría caminar así al Viejo Papi Blanco?

Ah, los niños son tan soñadores.

No ocurrió, desde luego, pero había habido mucho más que ver. Algo de ello, sin embargo, fue difícil de ver. Pues no fue sólo la excitación la que hizo que los binoculares temblaran. Mordred estaba ahora vestido cálidamente, con capas de las ropas huma de Dandelo, pero aún tenía frío. Excepto cuando estaba caliente. Y en cualquier caso, caliente

o frío, temblaba como un viejo carcamal sin dientes en la esquina de una chimenea. Este estado de cosas había estado empeorando gradualmente desde que dejó atrás la casa de Joe Collins. La fiebre ardía en sus huesos como un ventarrón. Mordred ya no estaba ahambriento (pues Mordred ya no tenía apetito), pero Mordred estaba a-enfermo, aenfermo, a-enfermo.

A decir verdad, temía que Mordred pudiera estar a-agonizando.

Sin embargo observaba el grupo de Rolando con gran interés, y una vez el fuego fue reavivado, vio incluso mejor. Vio cómo era creada la puerta, aunque no pudo leer los símbolos allí escritos. Entendió que el Artista de alguna manera la había traído a la vida dibujándola—¡qué talento divino era ése! ¡Mordred deseaba comerlo sólo por la oportunidad de que tal talento pudiera ser transmisible! Lo dudaba, el lado espiritual del canibalismo era inmensamente sobreestimado, pero ¿qué problema había en verlo por uno mismo?

Observó su palabra. Vio—y también entendió—la petición que les hizo al Artista y al Gozque, sus ruegos lastimeros (ven conmigo para que no tenga que irme sola, vamos, sé bueno, de hecho, sean buenos los dos, oh, buu-buu)

y se alegró por el dolor y la furia de la mujer cuando su solicitud fue rechazada por el chico y por el animal; Mordred se alegró incluso aunque sabía que eso haría su propio trabajo más difícil. (De cualquier manera, un poco más difícil; ¿cuánto problema podían realmente darle un joven mudo y un bilibrambo, una vez cambiara de forma e hiciera su ataque?) Por un momento pensó que por la rabia, la mujer le dispararía al Viejo Papi

Blanco con su propia pistola, y eso no lo quería Mordred. El Viejo Papi Blanco tenía que ser suyo. La voz de la Torre Oscura se lo había dicho. A-enfermo seguramente estaba, amuriendo era posible, pero aún así el Viejo Papi Blanco tenía que ser su cena, no la de Mami Ave Negra. ¡Ella dejaría que la carne se pudriera sin darle un solo mordisco! Pero no le disparó. En cambio lo besó. Mordred no quería ver eso, lo puso más mareado que nunca, por lo que hizo a un lado los binoculares. Se acostó en la hierba en medio de una arboleda pequeña de alisos, temblando, caliente y con frío, intentando no vomitar (al parecer se había pasado todo el día anterior vomitando y cagando hasta que los músculos de su tórax le dolían por la fuerza de enviar todo ese tráfico pesado en dos direcciones al mismo tiempo y nada le salía por la garganta además de hilos gruesos de mucosidad y nada por detrás sino una masa marrón y grandes pedos vacíos), y cuando miró de nuevo por los binoculares fue justo a tiempo para ver cómo desaparecía la parte trasera del carrito eléctrico mientras Mami Ave Negra atravesaba la puerta. Algo daba vueltas alrededor de ella. Polvo, tal vez, pero creía que era nieve. También se oían cánticos. El sonido lo puso casi tan mareado como verla besar al Viejo Papi Pistolero Blanco. Luego se cerró la puerta de un portazo y los cantos desaparecieron y el pistolero sólo se quedó sentado cerca de ella, con el rostro entre las manos, bu-bu, snif-snif. El brambo fue hacia él y puso su largo hocico en una de sus botas como para darle consuelo, qué dulce, qué nauseabundamente dulce. Para entonces había amanecido, y Mordred dormitó un poco. Cuando despertó, fue al sonido de la voz del Viejo Papi Blanco. El escondite de Mordred daba contra el viento y escuchó las palabras claramente. «¿Acho? ¿No la probarás al menos?» Sin embargo, el brambo no lo hizo y el pistolero había arrojado la comida que había sido para la pequeña bestia peluda. Más tarde, después de que se movieron (el Viejo Papi Pistolero Blanco halando el carruaje que el robot les había hecho, moviéndose lentamente por el Camino de la Torre cabizbajo y con los hombros a-caídos), Mordred se arrastró hasta el campamento. De hecho comió algo de la comida esparcida—seguramente no había estado envenenada si Rolando había esperado que el brambo se la tragara— pero su detuvo tras apenas tres o cuatro bocados de carne, sabiendo que si seguía comiendo sus intestinos enviarían todo de vuelta, por el norte y por el sur. No podría soportar eso. Si no tenía al menos algo de alimento, estaría demasiado débil para seguirlos. Y debía seguirlos, tenía que permanecer cerca un poco más. Tendría que ser esa noche. Tendría que ser, porque al día siguiente el Viejo Papi Blanco llegaría a la Torre Oscura, y entonces casi de seguro sería demasiado tarde. Su corazón se lo decía. Mordred se arrastró como Rolando lo había hecho, pero incluso más despacio. A cada instante se doblaba cuando los calambres lo agarraban y su forma humana temblaba, esa negritud subiendo y bajando bajo su piel, su gruesa chaqueta levantándose incesantemente cuando las patas intentaban liberarse y luego quedándose quieta cuando Mordred las obligaba a meterse de nuevo, apretando los dientes y gimiendo de esfuerzo. En una ocasión cagó como medio litro de un apestoso fluido marrón en sus pantalones, y en otra logró bajárselos, y le importó poco lo uno o lo otro. ¡Nadie lo había invitado al Baile de la Siega, ja-ja! ¡La invitación se había extraviado en el correo, sin duda! Más tarde, cuando fuera hora de atacar, dejaría que el pequeño Rey Rojo quedara en libertad. Pero si le ocurría en ese momento, estaba casi seguro de que no podría volver a su forma

humana otra vez. No habría tenido la fuerza. El metabolismo más rápido de la araña avivaría la enfermedad como un viento fuerte aviva una fogata pequeña hasta convertirla en un incendio forestal. Lo que lo mataba lentamente lo mataría en cambio rápidamente. Por lo que peleaba contra ello, y para la tarde se sintió un poco mejor. El latido de la Torre crecía rápidamente, en fuerza y en urgencia. Como la voz de su Papi Rojo, afanándolo, implorándole que se quedara a distancia de ataque. El Viejo Papi Pistolero Blanco llevaba semanas sin dormir más de cuatro horas, pues había estado prestando guardia y guardia con la ahora ida Mami Ave Negra. Pero la Mami Ave Negra jamás había halado el carro, ¿o sí? No, ¡sólo se montaba como la Reina Mierda de la Colina Estiércol, eh! Lo que significaba que el Viejo Papi Pistolero Blanco estaba muy cansado, incluso con el latido de la Torre Oscura para alentarlo y empujarlo. Esta noche el Viejo Papi Blanco tendría o bien que depender del Artista y el Gozque para que prestaran la primera guardia o bien que intentar hacerlo todo él solo. Mordred pensó que él mismo podría resistir otra noche más despierto, simplemente porque sabría que jamás tendría otra. Se acercaría arrastrándose, como la noche anterior. Observaría su campamento con los ojos de vidrio para ver de lejos del anciano-monstruo. Y cuando todos estuvieran dormidos, cambiaría por última vez y se abalanzaría sobre ellos, ¡Ia-ia-o, ahí voy yo! Era posible que el Viejo Papi Blanco nunca se despertara, pero Mordred esperaba que sí lo hiciera. Justo en el último momento. Apenas lo suficiente para darse cuenta de lo que le pasaba. Apenas suficiente para saber que su hijo lo enviaba a la tierra de la muerte apenas unas horas antes de llegar a su preciosa Torre Oscura. Mordred apretó los puños y vio cómo se ennegrecían los dedos. Sintió el terrible pero placentero cosquilleo en los costados de su cuerpo cuando las patas intentaron salir—siete en vez de ocho, gracias a la terrible horrenda horrible Mami Ave Negra que había estado al tiempo embarazada y no embarazada, y que se pudriera gritando en el espacio del exotransito para siempre (o al menos hasta que uno de Los Grandes que acechaban allí la encontrara). Luchó y animó el cambio con igual ferocidad. Finalmente sólo luchó contra él, y el afán de cambiar se apagó. Soltó un pedo de victoria, pero aunque éste fue largo y oloroso, fue silencioso. Su culo era ahora una caja de música rota que ya no daba música sino sólo jadeaba. Sus dedos regresaron a su color normal rosáceo-blanco y el cosquilleo arriba y abajo por los costados de su cuerpo desapareció. La cabeza le daba vueltas por la fiebre; los brazos delgados (poco más que palos) le dolían por el escalofrío. La voz de su Papi Rojo era a veces fuerte y a veces leve, pero siempre estaba ahí: Ven a mí. Corre hacia mí. Apresura tu yo doble. Ven-commala, buen hijo mío. Derribaremos la Torre, destruiremos la luz que quede, y luego gobernaremos juntos la oscuridad.

Ven a mí.

Ven.

## DOS

Seguramente aquellos tres que quedaban (cuatro, contándose a sí mismo) habían sobrepasado la sombrilla del ka. Desde que el Prim había retrocedido nunca había habido una criatura como Mordred Deschain, que era parte huma y parte de esa rica y

potente sopa. Seguramente el ka jamás pretendería que una criatura tal muriera por una muerte tan mundana como la que ahora lo amenazaba: fiebre por intoxicación con comida.

Rolando le podría haber dicho que comer lo que halló alrededor del costado del granero de Dandelo era mala idea; también se lo habría dicho Robert Browning, de paso. Maldito

o no, caballo real o no, Lippy (bautizado así probablemente por otro poema, y mejor conocido, de Browning llamado «Fra Lippo Lippi») había sido una bestia enferma cuando Rolando puso fin a su vida de un balazo en la cabeza. Pero Mordred había estado en su forma de araña cuando había llegado a la cosa que al menos parecía caballo, y casi nada habría evitado que se comiera la carne. No fue hasta que tomó de nuevo su forma humana que se preguntó incómodo cómo era posible que hubiera tanta carne en la esquelética yegua vieja de Dandelo y por qué había estado tan suave y cálida, tan llena de sangre sin coagular. Después de todo había estado en medio de una nevada y se había quedado allí por algunos días. Los restos de la yegua debían haber estado congelados.

Entonces empezó la vomitona. Después apareció la fiebre, y con ella la lucha por no cambiar hasta que estuviera lo suficientemente cerca de su Viejo Papi Blanco para rasgarlo de lado a lado. El ser cuya venida había sido profetizada por miles de años (principalmente por la gente Manni y usualmente en medio de susurros asustados), el ser que crecería para ser mitad humano y mitad dios, el ser que supervisaría el final de la humanidad y el retorno del Prim... ese ser había llegado finalmente como un ingenuo y malévolo niño que moría ahora por hartarse con carne de caballo envenenada.

El ka no ha tenido parte en esto.

### TRES

Rolando y sus dos compañeros no hicieron mucho progreso el día que los dejó Susannah. Incluso si no hubiera planeado viajar pocos kilómetros para poder llegar a la Torre al crepúsculo del siguiente día, Rolando no habría sido capaz de ir muy lejos. Estaba descorazonado, solitario y con un cansancio casi de muerte. Patrick también estaba cansado, pero al menos él podía treparse al Ho Fat II si así quería y eso fue lo que hizo la mayor parte del día, a veces tomando siestas, a veces dibujando, a veces caminando un poco antes de treparse otra vez y dormir otra siesta.

El latido de la Torre era fuerte en la cabeza y corazón de Rolando, y su canción era poderosa y hermosa, al parecer compuesta ahora de mil voces, pero ni siquiera estas cosas podían quitarle el peso de los hombros. Después, mientras buscaba un punto sombreado donde pudieran detenerse a comer una pequeña comida de medio día (para entonces de hecho era media tarde), vio algo que le hizo olvidar momentáneamente su cansancio y su pesar.

Creciendo al lado del camino había una rosa silvestre, al parecer una gemela exacta de la que estaba en el lote vacío. Florecía desafiando a la estación, que Rolando creía era el comienzo de la primavera. Era de un tono rosa claro por fuera y oscurecía hasta un rojo fuerte en el interior; el color exacto, pensó, del deseo del corazón. Cayó de rodillas ante ella, bajó su oído hasta la copa de coral y escuchó.

La rosa cantaba.

El cansancio se quedó, como siempre (al menos a este lado de la tumba), pero la soledad y la tristeza se fueron, al menos por un rato. Miró en el corazón de la rosa y vio un centro de color amarillo tan brillante que no lo pudo mirar directamente.

La puerta de Gan, pensó, sin estar seguro exactamente de lo que eso era pero confiado en que tenía la razón. ¡Ea, la puerta de Gan, eso es!

Era diferente a la rosa en el lote vacío de una manera crucial: la sensación de mareo y las voces leves de la discordia ya no estaban. Ésta estaba llena de salud tanto como de luz y amor. Ésta y todas las demás... ellas... ellas deben...

Ellas alimentan a los Haces, ¿o no? Con sus canciones y su perfume. Tal y como los Haces las alimentan. Es un campo de fuerza viviente, un dar y recibir, todo dando vueltas desde la Torre. Y ésta es sólo la primera, la más alejada. En Can'-Ka No Rey hay decenas de miles, tal y como ésta.

La idea lo hizo tambalearse de sorpresa. Entonces se le ocurrió otra que lo llenó de rabia y miedo: el único con una vista de esa inmensa cobija roja estaba loco. Las aplastaría de golpe, si se lo permitieran.

Sintió un golpecito vacilante en su hombro. Era Patrick, con Acho a sus pies. Patrick señalaba hacia el área de hierba que estaba junto a la rosa y luego hizo gestos de comida. Señaló a la rosa e hizo movimientos de dibujo. Rolando no tenía mucha hambre, pero la otra idea del muchacho le agradó mucho.

«Sí», dijo. «Comeremos aquí un poco y luego tal vez tomaré una siesta mientras dibujas la rosa. ¿Harás dos dibujos de ella, Patrick?» Le mostró los dos dedos que le quedaban de la mano izquierda para asegurarse que le entendiera.

El joven frunció el ceño y agachó la cabeza a un lado, aún sin entender. El cabello le colgó sobre un hombro como una brillante trenza. Rolando pensó en cómo Susannah había lavado ese cabello en un arroyo a pesar de las protestas entre gemidos de Patrick. Era la clase de cosa que Rolando jamás habría pensado en hacer, pero hacía que el joven se viera mucho mejor. Mirar esa trenza de cabello brillante le hizo extrañar a Susannah a pesar de la canción de la rosa. Ella había traído gracia a su vida. Esa palabra no se le ocurrió hasta que ella se había ido.

Entretanto, allí estaba Patrick, salvajemente talentoso pero terriblemente lento para entender.



Rolando gesticuló hacia el bloc y luego a la rosa. Patrick asintió—esa parte la entendió. Luego Rolando levantó dos de los dedos de su mano buena y señaló de nuevo al bloc. Esta vez la luz apareció en el rostro de Patrick. Señaló a la rosa, al bloc, a Rolando y luego a sí mismo.

«Correcto, grandote», dijo Rolando. «Un dibujo de la rosa para ti y uno para mí. Es bonita, ¿no?»

Patrick asintió con entusiasmo, poniéndose a trabajar mientras Rolando cocinaba la comida. De nuevo Rolando dispuso tres platos, y de nuevo Acho rechazó su parte. Cuando Rolando miró a los ojos de aros dorados del brambo vio un vacío allí—una clase de pérdida—que le dolió muy adentro. Y Acho no podría resistir mucho aguantar más hambre; ya estaba demasiado delgado. Desgastado por el camino, habría dicho Cuthbert, probablemente sonriendo. Con necesidad de sasafrás caliente y sales. Pero el pistolero no tenía sasafrás con él.

«¿Por qué te ves así?» le preguntó con fuerza Rolando al brambo. «¡Si querías ir con ella, vos debiste ir cuando podías! ¡Por qué pones tus tristes ojos de houken en mí ahora!»

Acho lo miró un momento más y Rolando vio que había herido los sentimientos del pequeño; ridículo pero cierto. Acho se alejó, con la pequeña cola caída. Rolando quiso llamarlo de nuevo, pero eso había sido aún más ridículo, ¿no? ¿Qué plan tenía? ¿Pedirle disculpas a un bilibrambo?

Se sintió enojado y asqueado de sí mismo, sentimientos de los que nunca había sufrido antes de traer a Eddie, Susannah y Jake del lado de los Estados Unidos a su vida. Antes de que vinieran no había sentido casi nada, y si bien esa era una estrecha forma de vida, en algunos aspectos no era tan mala; al menos no se desperdiciaba el tiempo pensando si se debía pedir disculpas a los animales por hablarles en un tono alto, por los dioses.

Rolando se agachó junto a la rosa, inclinándose hacia el poder reconfortante de su canción y la luz—saludable luz—de su centro. Entonces Patrick gimió hacia él, gesticulando hacia Rolando para que se quitara y le dejara verla y dibujarla. Esto se añadió a la sensación de dislocación y molestia de Rolando, pero se movió sin protestar. Después de todo él fue quien le dijo que dibujara, ¿cierto? Pensó en cómo, de haber estado allí Susannah, se habrían mirado uno al otro con una comprensión divertida, como los ojos de los padres ante las extravagancias de un niño pequeño. Pero desde luego no estaba allí; había sido la última de ellos y ahora también se había ido.

«De acuerdo, ¿puedes ver ahora ezta-roza un poquín mejor?» preguntó, luchando por sonar chistoso y tan sólo sonando rudo—rudo y cansado.

Patrick, al menos, no reaccionó a la dureza en el tono del pistolero; probablemente ni siquiera entendió lo que dije, pensó Rolando. El chico mudo se sentaba con las piernas

cruzadas y el bloc equilibrado sobre sus muslos, y con el plato de comida a medio terminar puesto a un lado.

«No te concentres tanto que se te olvide comer eso», dijo Rolando. «Me preocupas, ahora». Recibió otro movimiento de cabeza distraído en respuesta y se rindió. «Voy a dormir un poco, Patrick. Será una tarde larga». Y una noche incluso más larga, añadió para sí mismo... y aún así tenía el mismo consuelo que Mordred: esta noche probablemente sería la última. No sabía con certeza lo que le esperaba en la Torre Oscura al final del campo de rosas, pero incluso si lograba destruir al Rey Carmesí estaba bien seguro de que ésta era su última marcha. No creía que fuera a dejar jamás Can'-Ka No Rey, y eso estaba bien. Estaba muy cansado. Y, a pesar del poder de la rosa, triste.

Rolando de Gilead puso un brazo sobre sus ojos y al instante quedó dormido.

#### CUATRO

No durmió mucho antes de que Patrick lo despertara con un entusiasmo infantil para mostrarle el primer dibujo que había hecho de la rosa—el sol sugería que no habían pasado más de diez minutos, quince en el mejor de los casos.

Como todos los dibujos del muchacho, éste tenía un extraño poder. Patrick había capturado la rosa casi como si estuviera viva, aunque no había tenido más que un lápiz con qué trabajar. Aún así, Rolando habría preferido con mucho haber dormido otra hora por sobre este ejercicio de apreciación artística. Asintió como aprobación, no obstante—no más gruñidos ni refunfuños en presencia de algo tan hermoso, se prometió—y Patrick sonrió, feliz incluso con tan poco. Patrick le dio vuelta a la hoja y empezó a dibujar de nuevo. Un dibujo para cada uno, como le había pedido Rolando.

Éste pudo haber dormido de nuevo, pero ¿para qué? El chico mudo acabaría el segundo dibujo en cuestión de minutos y sólo lo volvería a despertar. En cambio, fue hacia Acho y le acarició la densa piel, algo que rara vez hacía.

«Lamento haberte hablado rudo, hombre», dijo Rolando. «¿No me dirigirás al menos una palabra?»

Pero Acho no lo hizo.

Quince minutos después, Rolando volvió a buscar las pocas cosas que había sacado del carro, escupió en sus manos y agarró los manubrios de nuevo. El carro estaba ahora más liviano, tenía que estarlo, pero se sentía más pesado.

Desde luego es más pesado, pensó. Lleva mi dolor adentro. Lo llevo conmigo a toda parte, así es.

Pronto el Ho Fat II tenía también a Patrick dentro. El muchacho se encaramó, se buscó un sitio y cayó dormido casi instantáneamente. Rolando anduvo, cabizbajo, la sombra alargándose a sus pies. Acho caminaba a su lado.

Una noche más, pensó el pistolero. Una noche más, un día más luego y habrá terminado. De una u otra forma.

Dejó que el latido de la Torre y sus muchas voces cantantes llenaran su cabeza y alivianaran sus pies... al menos un poco. Ahora se veían más rosas, docenas esparcidas a cada lado del camino e iluminando el paisaje por lo demás sórdido. Unas cuantas crecían en el camino mismo y Rolando tuvo cuidado para desviarse sin tocarlas. Podía estar cansado, pero no pensaba pisar ninguna, o pasar una rueda sobre un solo pétalo caído.

## CINCO

Se detuvo a pasar la noche mientras el sol aún se veía bien por sobre el horizonte, demasiado cansado para avanzar más aunque aún le quedarían al menos dos horas de luz. Allí había un arroyo que se había secado, pero en su lecho crecía un manojo de esas hermosas rosas silvestres. Sus canciones no disminuían su cansancio, pero revivían su espíritu en alguna medida. Pensó que lo mismo era cierto también para Patrick y Acho, y eso estaba bien. Cuando Patrick había despertado, miró alrededor entusiasmado al comienzo. Luego su rostro se había nublado y Rolando supo que se volvía a dar cuenta de que ya no estaba Susannah. El muchacho había llorado un poco entonces, pero tal vez no habría llanto aquí.

Había una arboleda de algodones en el banco—o al menos eso creía el pistolero—pero se habían secado cuando el arroyo del que bebían sus raíces había desaparecido. Ahora las ramas sólo eran palos secos, esqueléticos y sin hojas contra el cielo. En sus siluetas Rolando podía distinguir el número diecinueve una y otra vez, tanto en los números del mundo de Susannah como en los suyos. En un lugar las ramas parecían decir claramente la palabra CHASSIT contra el cielo que oscurecía.

Antes de hacer una fogata y cocinarles una cena temprana—supuso que las cosas enlatadas de la alacena de Dandelo servirían bastante bien por esa noche—Rolando fue al seco lecho del arroyo a sentir el olor de las rosas, moviéndose lentamente entre los árboles muertos y escuchando su canción. Tanto el olor como el sonido eran refrescantes.

Sintiéndose un poco mejor, reunió leña debajo de los árboles (arrancando algunas pocas ramas bajas para que hubiera suficiente, dejando astillados muñones secos que le recordaban un poco a los lápices de Patrick) y apiló un poco de hojarasca en el centro. Luego encendió una luz, recitando el viejo catecismo casi sin oírlo «Chispa de la oscuridad, ¿quién es mi amo? ¿Me acostaré? ¿Me quedaré? Bendice este campo con fuego».

Mientras esperaba que el fuego creciera primero y luego muriera en una cama de tizones color rosa, Rolando sacó el reloj que le dieron en Nueva York. El día anterior se había detenido, aunque le habían asegurado que la batería con que funcionaba duraría cincuenta años.

Ahora, mientras la tarde se convertía en noche, las manecillas se habían empezado a mover lentamente hacia atrás.

Lo miró por un rato, fascinado, luego cerró la tapa y miró los siguls inscritos en ella: llave, rosa y Torre. Una leve y fantasmagórica luz azul había empezado a brillar desde las ventanas que subían en espiral.

No sabían que haría eso, pensó, y luego volvió a poner el reloj cuidadosamente en el bolsillo frontal izquierdo, revisando primero (como siempre lo hacía) que no hubiera en él ningún agujero por el que se cayera. Luego cocinó. Él y Patrick comieron bien.

Acho no probó ni un bocado.

## SEIS

Aparte de la noche que se pasó en palabra con el hombre de negro—la noche durante la cual Walter le había leído una parca fortuna de un mazo indudablemente arreglado—aquellas doce horas de oscuridad junto al arroyo seco fueron las más largas de la vida de Rolando. El cansancio se posaba sobre él cada vez más profundo y oscuro, hasta que se sintió como una capa de piedras. Viejos rostros y viejos lugares pasaban frente a sus pesados párpados: Susan, cabalgando a toda velocidad por la Pendiente con el rubio cabello al aire; Cuthbert cabalgando por el costado de Jericó Hill en una manera muy similar, gritando y riendo; Alain Johns levantando un vaso para brindar; Eddie y Jake jugando a pelear en la hierba, gritando, mientras Acho bailaba alrededor de ellos, ladrando.

Mordred estaba ahí fuera en algún sitio, y cerca, pero una y otra vez Rolando parecía caerse del sueño. Cada vez que lograba despertarse, mirando con los ojos como platos alrededor en la oscuridad, sabía que había estado un paso más cerca del borde de la inconciencia. Cada vez esperaba ver la araña con la marca roja en su vientre abalanzándose sobre él y no veía nada más que los hobs, bailando de color naranja a la distancia. No escuchaba nada más que el sonido del viento.

Pero él espera. Él aguarda. Y si me duermo—cuando me duerma—caerá sobre nosotros.

A eso de las tres de la mañana se levantó apenas por su fuerza de voluntad de un entresueño que estaba justo a punto de derrumbarlo a un sueño más profundo. Miró a los lados desesperadamente, frotándose los ojos con las palmas de las manos con la fuerza suficiente para que le estallaran mirks, fouders y sankofites en su campo de visión. El fuego ardía poco. Patrick estaba acostado a unos seis metros de él, en la base retorcida de un algodonal. Desde donde se sentaba Rolando, el muchacho no era más que un arrume cubierto de pieles. De Acho no había señal inmediata. Rolando llamó al brambo y no obtuvo respuesta. El pistolero estaba a punto de ponerse a buscarlo cuando vio al viejo amigo de Jake un poco más allá del borde de la luz vacilante de la fogata—o al menos el brillo de sus ojos de aros dorados. Esos ojos lo miraron por un momento,

luego desaparecieron, probablemente cuando Acho puso de nuevo su hocico sobre sus patas.

Él también está cansado, pensó Rolando, y ¿por qué no?

La pregunta de lo que pasaría con Acho después del día siguiente intento surgir en la superficie de la atribulada y cansada mente del pistolero, y Rolando la alejó. Se incorporó (en su cansancio sus manos se deslizaron a su anteriormente adolorida cadera, como si esperara que el dolor siguiera allí), fue hacia Patrick y lo sacudió hasta despertarlo. Le tomó algún rato hacerlo pero finalmente los ojos del muchacho se abrieron. Eso no fue suficiente para Rolando. Lo agarró de los hombros y lo sentó. Cuando el muchacho

intentó acostarse de nuevo, Rolando lo sacudió. Con fuerza. Patrick miró a Rolando con una aturdida falta de comprensión.

«Ayúdame a alimentar el fuego, Patrick».

Eso lo despertaría al menos un poco. Y una vez que el fuego ardiera con fuerza de nuevo, Patrick tendría que hacer un breve turno de guardia. A Rolando no le gustaba la idea, sabía plenamente bien que dejar a Patrick a cargo de la noche sería peligroso, pero intentar vigilar el resto él sólo lo sería incluso más. Necesitaba dormir. Una hora o dos serían suficientes, y seguramente Patrick podía estar despierto ese tiempo.

Patrick estaba más que dispuesto a recoger algunas ramas y ponerlas en el fuego aunque se movía como un bougie—un cadáver reanimado. Y cuando el fuego ardía, se volvió a sentar en su anterior sitio con los brazos entre sus raquíticas rodillas, ya más dormido que despierto. Rolando pensó que podría tener de hecho que abofetear al muchacho para despertarlo, y más tarde desearía—amargamente—haber hecho exactamente eso.

«Patrick, escúchame». Sacudió a Patrick por los hombros con fuerza suficiente para que se le moviera el cabello largo, pero algo le cayó sobre los ojos. Rolando se lo quitó de la frente. «Necesito que te quedes despierto y vigiles. Sólo una hora... sólo hasta que... ¡alza la mirada, Patrick! ¡Mira! ¡Dioses, no te atrevas a dormirte de nuevo mientras te hablo! ¿Ves eso? ¡La estrella más brillante de todas esas cerca de nosotros!»

Era la Vieja Madre a la que señalaba Rolando, y Patrick asintió al punto. En sus ojos había un brillo de interés, y el pistolero pensó que eso le daba ánimos. Era la mirada de Patrick de «quiero dibujar». Y si se sentaba a dibujar a la Vieja Madre brillando en medio de las ramas más gruesas del algodonal muerto más grande, entonces había buenas oportunidades de que se quedara despierto. Tal vez incluso hasta el alba, si se involucraba por completo.

«Por aquí, Patrick». Hizo que el muchacho se sentara contra la base del árbol. Era

esquelético y nudoso, y—esperaba Rolando—lo suficientemente incómodo para evitar que se durmiera. Todos esos movimientos Rolando los sentía como si los hiciera bajo el agua. Ah, estaba tan cansado. Tan cansado. «¿Aún ves la estrella?»

Patrick asintió entusiasmado. Parecía como si hubiera olvidado su sueño, y el pistolero les agradeció a los dioses por el favor. «Cuando vaya tras esa rama gruesa y ya no puedas verla o dibujarla sin levantarte... llámame. Despiértame, sin importar cuánto te cueste. ¿Entiendes?»

Patrick asintió de inmediato, pero Rolando había viajado con él lo suficiente como para saber que tal gesto significaba poco o nada. Ansioso por complacer, así era como estaba. Si le preguntaras si nueve y nueve sumaban diecinueve, asentiría con el mismo entusiasmo instantáneo.

«Cuando ya no la puedas ver más desde donde te sientas...» Sus propias palabras parecían salir de muy, muy lejos. Sólo le quedaba esperar que Patrick entendiera. El muchacho sin lengua había sacado su bloc, al menos, y un lápiz recientemente afilado.

Ésa es mi mejor protección, le murmuró la mente mientras se tambaleaba hacia su pequeño montón de pieles entre el campamento y el Ho Fat II. No se dormirá mientras dibuja, ¿o sí?

Esperaba que no, pero suponía que no lo sabía a ciencia cierta. Y no importaba, porque él, Rolando de Gilead, iba a dormir en cualquier caso. Lo había hecho lo mejor que podía, y tendría que ser suficiente.

«Una hora», murmuró, y su voz se escuchaba lejana y diminuta en sus propios oídos. «Despiértame en una hora... cuando la estrella... cuando la Vieja Madre vaya detrás de...»

Pero Rolando fue incapaz de terminar. Ni siquiera sabía ya lo que decía. El agotamiento lo agarró y lo llevó ligeramente a un sueño sin sueños.

## SIETE

Mordred lo vio todo con los ojos de cristal para ver de lejos. Su fiebre había ardido, y a su brillante llama, su propio cansancio se había ido al menos temporalmente. Observó con ávido interés cuando el pistolero despertaba al chico mudo—el Artista—y lo obligaba a ayudarlo a avivar el fuego. Vio, ansioso porque el mudo terminara su tarea y se volviera a dormir antes de que el pistolero pudiera detenerlo. Desafortunadamente eso no pasó. Habían acampado cerca de una arboleda de algodones muertos, y Rolando llevó al Artista al más grande. Allí apuntó hacia el cielo. Estaba lleno de estrellas, pero Mordred creía que el Viejo Papi Pistolero Blanco apuntaba hacia la Vieja Madre, porque era la más brillante. Finalmente el Artista, que no parecía ser muy brillante (al menos no el departamento de cerebro) pareció entender. Sacó su bloc y ya había empezado a dibujar mientras el Viejo Papi Blanco se alejó un poco tambaleando, aún murmurándole instrucciones y órdenes a las cuales el Artista muy claramente no les

prestaba en lo absoluto la menor atención. El Viejo Papi Blanco se derrumbó tan repentinamente que por un instante que Mordred temía que la cinta temblorosa que tenía el hijo de puta por corazón finalmente había dejado de latir. Entonces Rolando se estiró en la hierba, acomodándose, y Mordred, que yacía en una pequeña colina a unos ochenta metros al oeste del lecho seco del arroyo, sintió que su corazón volvía a latir más despacio. Y aunque el agotamiento del Viejo Papi Pistolero Blanco fuera profundo, su entrenamiento y su largo linaje, que iba hasta el Eld mismo, serían suficientes para despertarlo con la pistola en la mano en el instante mismo en que el Artista soltara uno de sus gritos sin palabras pero diabólicamente ruidosos. Mordred sentía calambres, los peores hasta el momento. Se dobló, luchando por mantener su forma humana, luchando por no gritar, luchando por no morir. Escuchó otro de esos ruidos húmedos desde abajo y sintió que más de esa materia marrón empezaba a bajarle por las piernas. Su nariz sobrenaturalmente aguda sintió el olor de más que excrementos en esta nueva cagada; esta vez sintió el olor de la sangre además del de la mierda. Pensó que el dolor no acabaría jamás, que se haría más y más fuerte hasta partirlo en dos, pero al fin empezó a remitir. Miró su mano izquierda y no le sorprendió del todo ver que los dedos se habían ennegrecido y fundido. Esos dedos jamás volverían a ser humanos de nuevo; creía que sólo le quedaba un cambio más en su interior. Mordred se enjugó el sudor de la frente con la mano derecha y levantó los bin-doculares hacia sus ojos otra vez, rezándole a su Papi Rojo que el mudito estúpido estuviera dormido. Pero no lo estaba. Se apoyaba contra el algodonal y miraba a lo alto entre las ramas dibujando la Vieja Madre. Fue en ese momento en el que Mordred Deschain estuvo más cerca de la desesperación. Como Rolando, creía que dibujar era lo único que probablemente mantendría al chico idiota despierto. Por tanto, ¿por qué no rendirse al cambio mientras aún tenía el calor de la última fiebre para llenarlo con su energía destructiva? ¿Por qué no aprovechar su oportunidad? Después de todo, era a Rolando a quien quería, no al muchacho; seguramente podría, en su forma de araña, moverse hacia el pistolero con la suficiente rapidez para agarrarlo y halarlo hacia su hambrienta boca de araña. El Viejo Papi Blanco podría dar un disparo, posiblemente incluso dos, pero Mordred creía que podría resistir uno o dos, si los fragmentos voladores de plomo no le daban al nodo blanco en el lomo de la araña: el cerebro de su cuerpo doble. Y una vez que esté en mi boca, no lo soltaré hasta que esté seco, nada más que una mami de polvo como la otra, Mia. Se relajó, listo para dejar que el cambio se hiciera con él, pero entonces otra voz le habló desde el centro de su mente. Era la voz de su Papi Rojo, el que estaba aprisionado al costado de la Torre Oscura y necesitaba a Mordred con vida, al menos otro día, para que lo liberara.

Espera un poco más, aconsejaba esta voz. Espera un poco más. Puede que me quede

otro truco bajo la manga. Espera... espera sólo un poco más...

Mordred esperó. Y tras un momento o dos sintió que el latido de la Torre Oscura cambiaba.

## OCHO

Patrick también sintió ese cambio. El latido se volvió arrullador. Y había palabras en él, palabras que bloqueaban sus ganas de dibujar. Dibujó otra línea, hizo una pausa, luego puso a un lado su lápiz y se limitó a mirar a la Vieja Madre, que parecía latir al mismo tiempo que las palabras que escuchaba en su cabeza, palabras que Rolando habría reconocido. Sólo que éstas eran cantadas en la voz de un anciano, temblorosa pero dulce:

«Bebé entre colores, mi querido, Ahora otro día se ha ido. Que tus sueños sean dulces y felices, Que sueños con campos y perdices.

Bebé entre colores, bebé querido, Bebé, trae aquí tus moras. ¡Oh chussit, chissit, chassit! ¡Trae suficientes para llenar tu canasta!

Patrick empezó a cabecear. Sus ojos se cerraron... se abrieron... se volvieron a cerrar. Suficientes para llenar mi canasta, pensó, y durmió a la luz de la fogata.

## NUEVE

Ahora, mi buen hijo, susurró la voz fría en medio del caliente cerebro de Mordred, que se derretía. Ahora. Ve a él y asegúrate de que nunca se levante de su sueño. Mávalo entre las rosas y gobernaremos juntos.

Mordred salió de su escondite, los binoculares tambaleándose en una mano que ya no era mano. Mientras cambiaba, una sensación de inmensa confianza se apoderó de él. Todo terminaría en un minuto. Los dos dormían y no había forma de perder.

Se lanzó a toda carrera hacia el campamento y los hombres que dormían, una negra pesadilla en siete patas, la boca abriéndose y cerrándose.

## DIEZ

En algún lugar, a mil kilómetros de distancia, Rolando escuchó un ladrido, fuerte y en tono urgente, furioso y salvaje. Su mente agotada intentó alejarse del sonido, opacarlo y dormir más profundamente. Entonces se oyó un terrible grito de agonía que lo despertó al instante. Conocía esa voz, incluso con lo distorsionada que estaba por el dolor.

«¡Acho!» gritó, incorporándose de un salto. «Acho, ¿dónde estás? ¡A mí! ¡A m—»

Allí estaba, sacudiéndose en las patas de la araña. Los dos se veían claramente a la luz del fuego. Después de donde se encontraban, sentado contra el algodonal, Patrick miraba estúpidamente a través de una cortina de pelo que pronto estaría sucia otra vez, ahora que Susannah se había ido. El brambo se retorció hacia delante y hacia atrás, mordiendo el cuerpo de la araña con espuma saliéndole de la mandíbula incluso cuando Mordred lo doblaba en una dirección en la que la espalda del brambo nunca debía moverse.

Si no hubiera saltado desde la alta hierba, pensó Rolando, ése sería yo en las patas de Mordred.



Acho enterró sus colmillos con fuerza en una de las patas de la araña. A la luz del fuego Rolando podía ver los hoyuelos del tamaño de monedas de los músculos de la quijada del brambo mientras mordía con más fuerza aún. La cosa chilló y la fuerza con que agarraba al brambo menguó. En ese momento Acho pudo haberse liberado, de haberlo elegido así. No lo hizo. En vez de zafarse y saltar a un lado hacia la momentánea libertad que se le otorgaba antes de que Mordred fuera capaz de volver a apretarlo, Acho empleó el tiempo para extender su largo cuello y agarrar el lugar en que una de las patas de la cosa se unía con su cuerpo hinchado. Mordió con fuerza, produciendo un chorro de un icor rojo-negrucado que corrió libremente a los costados de su hocico. A la luz de la fogata brilló con chispazos color naranja. Mordred chilló aún más fuerte. Había dejado a Acho por fuera de sus cálculos, y ahora pagaba el precio. A la luz del fuego, las dos formas que se retorcían eran figuras salidas de una pesadilla.

Cerca, Patrick chillaba de terror.

Después de todo el inútil hijo de puta se quedó dormido, pensó Rolando amargamente. Pero, ¿quién lo había puesto a prestar guardia?

«¡Suéltalo, Mordred!» gritó. «¡Suéltalo y te dejaré vivir otro día! ¡Lo juro por el nombre de mi padre!»

Ojos rojos, llenos de locura y malevolencia, lo observaron por sobre el cuerpo contorsionado de Acho. Por encima de ellos, altos en la curva del lomo de la araña, estaban unos pequeños ojos azules, difícilmente más grandes que la cabeza de un alfiler. Miraban al pistolero con un odio que era demasiado humano.

Mis propios ojos, pensó Rolando con angustia, y luego se escuchó un crujido amargo. Era la columna vertebral de Acho, pero a pesar de esta herida mortal nunca menguó su mordida en la articulación donde la pata de Mordred se unía a su cuerpo, aunque las aceradas vellosidades de la araña le habían rasgado mucho del hocico, dejando a la vista afilados colmillos que se habían cerrado a veces en la muñeca de Jake con un suave afecto, halándolo hacia algo que Acho quería que el muchacho viera. ¡Ake! gritaba en tales ocasiones. ¡Ake! ¡Ake!

La mano derecha de Rolando bajó hacia la funda y la encontró vacía. Fue sólo entonces, horas después de que ella se había ido, que se dio cuenta de que Susannah se había llevado uno de sus revólveres al otro mundo. Bien, pensó. Bien. Si fue la oscuridad con lo que se encontró, habrían cinco para las cosas en ella y una para ella misma. Bien.

Pero esta idea también era opaca y distante. Sacó el otro revólver cuando Mordred se reclinaba en sus patas traseras y usaba la pata de la mitad que le quedaba enrollándola alrededor de Acho y halando al animal, aún gruñendo, lejos de su rasgada y sangrante pata. La araña levantó el cuerpo peludo en un terrible espiral. Por un momento ocultó el faro que era la Vieja Madre. Luego arrojó a Acho lejos y Rolando tuvo un momento de déjà vu, dándose cuenta de que había visto esto mucho tiempo atrás, en la Bola de Cristal del Mago. Acho fue lanzado en un arco en medio de la oscuridad y quedó empalado en una de las ramas de algodonal que el pistolero en persona había cortado

para usar como leña. Soltó un terrible grito de dolor—un grito de muerte—y luego colgó, suspendido y sin fuerza, por sobre la cabeza de Patrick.

Mordred fue hacia Rolando al instante, pero su carga era una cosa lenta y temblorosa; una de sus patas se la habían arrancado de un disparo unos pocos minutos después de su nacimiento y ahora le colgaba otra rota, sus pinzas retorciéndose en espasmos mientras se arrastraban por la hierba. El ojo de Rolando nunca había sido más claro, el escalofrío que lo rodeaba en momentos como éste nunca había sido más hondo. Vio el nodo blanco y los ojos azules de bombardero que eran sus propios ojos. Vio el rostro de su único hijo asomándose sobre el lomo de la abominación y luego desapareció en un chorro de sangre cuando su primera bala lo rasgó. La araña retrocedió con las patas levantándose hacia el cielo negro y estrellado. Las dos balas que siguieron entraron por su vientre expuesto y salieron por el lomo, esparciendo oscuros chorros de líquido. La araña se dio vuelta violentamente hacia un lado, acaso intentando huir, pero las patas que le quedaban no le servirían de soporte. Mordred Deschain cayó en el fuego, levantando una humareda de chispas rojas y naranja. Se retorció en los tizones, las vellosidades de su vientre empezando a quemarse, y Rolando, sonriendo con amargura, le disparó de nuevo. La araña agonizante salió a trompicones del ahora esparcido fuego en su lomo, las patas que le quedaban uniéndose en un nudo y luego separándose. Una cayó en el fuego y empezó a arder. El olor era atroz.

Rolando empezó a moverse hacia él, con la intención de apagar los pequeños incendios que los tizones regados habían iniciado en la hierba y entonces escuchó en su cabeza un aullido de cólera incontenible.

¡Mi hijo! ¡Mi único hijo! ¡Lo has asesinado!

«También era mío», dijo Rolando, observando a la monstruosidad quemándose. Podía apegarse a la verdad. Sí, eso podía hacerlo.

¡Ven, entonces! ¡Ven, asesino de hijos, y mira tu Torre, pero tienes que saber esto—morirás de vejez al borde del Can'-Ka antes de que llegues siquiera a tocar su puerta! ¡Nunca te dejaré pasar! ¡El mismísimo espacio del exotransito pasará antes de que yo te deje pasar! ¡Asesino! ¡Asesino de tu madre, asesino de tus amigos—ea, todos ellos, pues Susannah yace muerta con la garganta abierta al otro lado de la puerta por la que la enviaste—y ahora asesino de tu propio hijo!

«¿Quién lo envió hacia mí?» preguntó Rolando a la voz en su cabeza. «¿Quién envió a este niño—pues eso es lo que es, dentro de esa piel negra—a su muerte, cabrón rojo?»

No hubo respuesta a esa pregunta, por lo que Rolando volvió a enfundar su pistola y apagó los parches de fuego antes que se esparcieran. Pensó en lo que la voz le dijo sobre Susannah, y decidió que no lo creía. Podría estar muerta, ea, podría estarlo, pero pensó que el Padre Rojo de Mordred no lo sabía con mayor certeza de lo que Rolando lo sabía.

El pistolero dejó que se fuera esa idea y fue hacia el árbol, donde el último de su katet colgaba, empalado... pero aún con vida. Los ojos de aros dorados miraron a Rolando con lo que casi podía ser diversión cansada.

«Acho», dijo Rolando, estirando su mano, sabiendo que se la podían morder y sin importarle en lo más mínimo. Supuso que parte de él—y no una parte pequeña—quería que lo mordieran. «Acho, todos decimos gracias. Yo digo gracias, Acho».

El brambo no lo mordió y dijo una sola palabra. «Olan», dijo. Suspiró, lamió una sola vez la mano del pistolero, descolgó su cabeza, y murió.

## ONCE

Mientras el alba se hacía más fuerte hacia la clara luz de la mañana, Patrick se acercó vacilante al sitio donde se sentaba el pistolero en el lecho seco del arroyo, entre las rosas, con el cuerpo de Acho sobre su regazo como una estola. El joven pronunció un sonido suave e interrogativo.

«No ahora, Patrick», dijo Rolando de manera ausente, acariciando la piel de Acho. Era densa pero suave al tacto. Le resultaba difícil creer que la criatura bajo ella se hubiera ido, a pesar de los músculos que se hacían rígidos y los lugares enredados donde la sangre se había coagulado. Peinó estos sitios con sus dedos lo mejor que pudo para desenredarlos. «No ahora. Tenemos todo el largo día para llegar, y lo haremos bien».

No, no había necesidad de apresurarse, ninguna razón por la cual no pudiera llorar a placer al último de sus muertos. No había habido duda en la voz del viejo Rey cuando le había prometido que Rolando moriría de vejez antes de que pudiera siquiera tocar la puerta en la base de la Torre. Irían, desde luego, y Rolando estudiaría el terreno, pero sabía incluso en ese momento que su idea de llegar por el costado ciego del anciano monstruo y luego rodear la Torre no era una idea en lo absoluto, sino la esperanza de un tonto. No había habido duda en la voz del viejo villano; tampoco se escondía ninguna duda detrás de ella.

Y por el momento, nada de eso importaba. Allí estaba otro que había sido asesinado, y si quedaba algún consuelo, era éste: Acho sería el último. Ahora estaba solo de nuevo excepto por Patrick, y Rolando tenía la idea de que Patrick era inmune al terrible germen que portaba el pistolero, pues para empezar nunca había sido ka-tet.

Yo sólo mato a mi familia, pensó Rolando, acariciando al bilibrambo muerto.

Lo que más le dolía era recordar la cruel forma en que le había hablado a Acho el día anterior. ¡Si querías ir con ella, vos debiste ir cuando podías!

¿Se había quedado porque sabía que Rolando lo necesitaría? ¿Que cuando fuera hora del partido (era una frase de Eddie, desde luego), Patrick fracasaría?

¿Por qué pones tus tristes ojos de houken en mí ahora?

¿Porque había sabido que sería su último día y su muerte sería difícil?

«Creo que sabías las dos cosas», dijo Rolando, y cerró los ojos para poder sentir mejor su piel bajo sus manos. «Lamento tanto haberos hablado así—daría los dedos de mi mano buena si pudiera devolver las palabras. Así es, cada uno, digo verdad».

Pero allí, como en el Mundo Clave, el tiempo corría en una sola dirección. Lo hecho estaba hecho. Nada se devolvería.

Rolando habría dicho que ya no le quedaba ira, que cada fragmento de ella había sido quemado, pero cuando sintió el cosquilleo sobre su piel y entendió lo que significaba, sintió que una furia fresca crecía en su corazón. Y sintió que la frialdad se acomodaba en sus manos cansadas pero aún talentosas.

¡Patrick lo estaba dibujando! Sentado bajo el algodonal como si una criaturita tan valiente que valía diez veces lo que él—¡no, cien veces!—no hubiera muerto en ese mismo árbol, y por los dos.

Es su forma, le dijo Susannah con calma y suavidad desde el fondo de su mente. Es todo lo que tiene, todo lo demás se lo han quitado—su mundo natal así como su madre y su lengua y el poco cerebro que alguna vez haya tenido. También llora, Rolando. También está asustado. Ésta es la única forma que tiene de consolarse a sí mismo.

Indudablemente todo era verdad. Pero la verdad de ello realmente alimentaba su rabia más que sofocarla. Puso a un lado la pistola que le quedaba (yació brillando entre dos de las rosas que cantaban) porque tenerla cerca de su mano no sería bueno, no, no en su actual estado de ánimo. Se puso de pie luego, intentando darle a Patrick el regaño de su vida, aunque no fuera por ninguna otra razón más que por hacer que Rolando se sintiera un poco mejor. Ya podía escuchar las primeras palabras: ¿Disfrutas dibujando a aquellos que salvaron tu vida casi inútil, muchacho estúpido? ¿Te alegra el corazón?

Estaba abriendo su boca para empezar cuando Patrick puso a un lado su lápiz y agarró en cambio su juguete nuevo. Quedaba la mitad del borrador ahora, y no quedaban más; así como con la pistola de Rolando, Susannah se había llevado los borradores rosa, probablemente por la sencilla razón de que llevaba la jarra en el bolsillo y su cabeza había estado ocupada en otros asuntos más importantes. Patrick posó el borrador sobre su dibujo y luego alzó la mirada—tal vez para asegurarse de que realmente quería borrar— y vio al pistolero de pie en el lecho seco y frunciendo el ceño hacia él. Patrick supo inmediatamente que Rolando estaba enojado, aunque probablemente no tenía ni idea de por qué, y su rostro se encogió de miedo e infelicidad. Rolando lo vio entonces como Dandelo lo debió haber visto una y otra vez, y su ira se derrumbó con la idea. No haría que Patrick le temiera—por Susannah, si no por sí mismo, no haría que Patrick le temiera.

Y descubrió después de todo que era por sí mismo.

¿Por qué no matarlo, entonces? preguntó la taimada y palpitante voz en su cabeza. ¿Matarlo y librarlo de su miseria, si te sentís tan tierno hacia él? El brambo y él podrían entrar juntos al claro. Pueden hacer un lugar para ti, pistolero.

Rolando sacudió su cabeza e intentó sonreír. «No, Patrick, hijo de Sonia», dijo (pues así era como Bill el robot había llamado al muchacho). «No, estaba equivocado—otra vez—y no te reprenderé. Pero...»

Caminó hacia donde se sentaba Patrick. Éste se alejó de él con una sonrisa aplacante como de perro que hizo que Rolando se volviera a enojar, aunque esta vez se deshizo de la emoción fácilmente. Patrick también había amado a Acho, y ésta era la única forma de tratar con su dolor.

Eso le importaba poco a Rolando en ese momento.

Se estiró y suavemente le quitó el borrador de los dedos. Patrick lo miró inquisitivo, luego estiró su mano vacía, pidiendo con los ojos que el nuevo juguete maravilloso (y útil) le fuera devuelto.

«No», dijo Rolando, tan amablemente como pudo. «Lo hiciste saben los dioses por cuántos años sin saber siquiera que estas cosas existían; puedes hacerlo por el resto de este día, creo. Tal vez habrá algo para que dibujes—y luego desdibujes—más tarde. ¿Entiendes, Patrick?»

Patrick no entendió, pero una vez que el borrador fue puesto seguramente en el bolsillo de Rolando junto al reloj, pareció olvidarse de él y volvió a su dibujo.

«Pon tu pintura a un lado por un momento, también», le dijo Rolando.

Patrick lo hizo sin protestar. Primero señaló hacia el carro, luego al Camino de la Torre, e hizo su sonido interrogativo.

«Ea», dijo Rolando, «pero primero deberíamos ver lo que Mordred tenía de gunna—puede que hay algo útil allí—y enterrar a nuestro amigo. ¿Me ayudarás a ver que Acho sea sepultado, Patrick?»

Patrick estaba dispuesto, y el entierro no tomó mucho tiempo; el cuerpo era mucho más pequeño que el corazón que llevaba. Para la mitad de la mañana habían empezado a andar los últimos cuantos kilómetros del largo camino que llevaba a la Torre Oscura.



### Capítulo III: El Rey Carmesí y la Torre Oscura

#### UNO

El camino y la historia han sido largos los dos, ¿no lo dirían ustedes? El viaje ha sido largo y el costo ha sido alto... pero ninguna cosa grandiosa se logró jamás fácilmente. Una historia larga, como una Torre alta, debe construirse una piedra a la vez. Ahora, sin embargo, cuando el fin se acerca, deben observar a los dos viajeros que caminan hacia nosotros con gran cuidado. El más viejo—el que tiene la piel tamizada por el sol, el rostro marcado y la pistola en la cadera—hala el carruaje que llaman Ho Fat II. El menor—el que tiene el bloc de dibujo de gran tamaño bajo el brazo que lo hace parecerse a un estudiante de los días de antaño—camina a su lado. Suben una larga y suavemente empinada colina no muy diferente de los cientos de colinas que han subido. El camino sobrecrecido que siguen tiene a lado y lado los restos de paredes de piedra; en una amable profusión crecen rosas silvestres entre los restos del campo de piedras. En la tierra abierta con ocasionales arboledas al otro lado de las paredes caídas hay extraños edificios de piedra. Algunos parecen ruinas de castillos; otros tienen la apariencia de obeliscos egipcios; unos cuantos son claramente Círculos Parlantes del tipo en que pueden convocarse demonios; una antigua ruina de pilares y plintos de roca tiene la apariencia de Stonehenge. Uno casi espera ver a los Druidas encapuchados reunidos en el centro de ese inmenso círculo, tal vez leyendo las runas, pero los guardianes de estos monumentos, estos precursores del Gran Monumento, se han ido todos. Sólo pequeñas manadas de bannock pastan donde una vez ellos rindieron culto.

Olvídenlo. No son viejas ruinas lo que vinimos a observar cerca al final de nuestro largo viaje, sino al viejo pistolero halando los manubrios del carro. Estamos de pie en la cresta de la colina y esperamos mientras él viene hacia nosotros. Viene. Y viene. Imparable como siempre, un hombre que siempre aprende a hablar el lenguaje de la tierra (al menos una parte) y las costumbres del país; aún es un hombre de los que enderezaría cuadros en extraños cuartos de hotel. Mucho de él ha cambiado, pero no eso. Sube la colina, tan cerca de nosotros ahora que podemos sentir el olor agrio de su sudor. Alza la mirada, un vistazo rápido y automático que lanza primero hacia el frente y luego a cada

lado siempre que llega a la cima de cualquier colina—Siempre busca tu ventaja era la regla de Cort, y el último de sus pupilos no lo ha olvidado aún. Alza la mirada sin interés, la baja... y se detiene. Tras un momento de observar el pavimento agrietado e infestado de hierba del camino, alza de nuevo la mirada, esta vez más lentamente. Mucho más lentamente. Como si temiera lo que cree que ha visto.

Y es aquí donde debemos unirnosle—sumergirnos en él—aunque cómo buscaremos nuestra ventaja en el corazón de Rolando en un momento como éste, cuando el único propósito de su vida por fin está a la vista, es más de lo que este pobre intento de narrador de historias puede decir. Algunos momentos se encuentran más allá de la imaginación.

## DOS

Rolando echó un rápido vistazo al llegar a la cima de la colina no porque esperara problemas sino porque el hábito estaba demasiado engranado como para romperse. Siempre busca tu ventaja, les había dicho Cort, insertándolo en sus cabezas desde la época en que eran poco más que bebés. Bajó la mirada hacia el camino—se hacía más y más difícil moverse entre las rosas sin aplastar ninguna, aunque hasta ese momento le había salido el truco—y entonces, tardíamente, se dio cuenta de lo que acababa de ver.

Lo que pensaste que viste, se dijo a sí mismo, aún mirando hacia el camino. Probablemente es sólo otra de las extrañas ruinas que hemos estado pasando desde que empezamos a movernos de nuevo.

Pero incluso Rolando sabía que no era así. Lo que había visto no estaba a ningún lado del Camino de la Torre, sino exactamente adelante.

Alzó de nuevo la mirada, escuchando cómo crujía su cuello como las bisagras de una puerta vieja, y allí, aún a kilómetros pero ya visible en el horizonte, real como las rosas, estaba la cima de la Torre Oscura. Aquella que había visto en mil sueños la veía ahora con sus propios ojos. A unos cincuenta o setenta metros adelante, el camino ascendía a una colina más alta con un antiguo Círculo Parlante pudriéndose entre la hiedra y madreselva a un lado y una arboleda de árboles de fustafarro al otro. En el centro de este cercano horizonte, la negra forma se erigía en la distancia cercana, tapando una pequeña porción del cielo azul.

Patrick se detuvo junto a Rolando e hizo uno de sus chillidos.

«¿La ves?» preguntó Rolando. Su voz era apagada, agrietada por la sorpresa. Entonces, antes de que Patrick pudiera responder, el pistolero apuntó con un dedo a lo que el muchacho llevaba alrededor del cuello. Al final, los binoculares habían sido el único objeto en el pequeño gunna de Mordred que valía la pena llevarse.

«Dámelos, Pat».

Patrick se los dio, de buena gana. Rolando se los llevó a los ojos, hizo un ajuste diminuto a la nudosa perilla de enfoque, y luego se quedó sin aire cuando la cima de la

Torre saltó a la vista, al parecer tan cerca que se podía tocar. ¿Cuánto era visible sobre el horizonte? ¿Cuánto de la Torre miraba? ¿Seis metros? ¿Acaso incluso quince? No lo sabía, pero podía ver al menos tres de las delgadas ventanas que ascendían en espiral por el cilindro de la Torre, y pudo ver la ventana que sobresalía de la pared en la cima, sus muchos colores brillando a la luz del sol de primavera, el centro negro como si lo observara a él a través de los binoculares como el mismísimo Ojo del Exotránsito.

Patrick soltó un chillido y estiró una mano para que le devolviera los binoculares. Quería echar un vistazo él mismo y Rolando se los pasó sin siquiera murmurar. Sentía la cabeza elevada, como si no estuviera allí realmente. Se le ocurrió que a veces se sentía así en las semanas antes de su batalla con Cort, como si fuera un sueño o un rayo de luna. Había sentido que algo se acercaba, un cambio inmenso, y eso era lo que sentía ahora.

Adelante está, pensó. Adelante está mi destino, el final del camino de mi vida. Y sin embargo mi corazón aún late (un poco más rápido que antes, eso es cierto), mi sangre aún corre, y sin duda cuando me incline para agarrar los asideros de este maldito carro mi espalda se quejará y puede que se me escape un pequeño gas. Nada ha cambiado en absoluto.

Esperó por la decepción que esta idea seguramente presagiaba—el desengaño. No llegó. Lo que en cambio sentía era una ardiente y extraña brillantez que parecía empezar en su mente y luego esparcirse a sus músculos. Por primera vez desde que partió a media mañana, los recuerdos de Acho y Susannah abandonaron su cabeza. Se sentía libre.

Patrick bajó los binoculares. Cuando volteó hacia Rolando, su rostro estaba excitado. Apuntó hacia el pulgar negro que asomaba sobre el horizonte y chilló.

«Sí», dijo Rolando. «Algún día, en algún mundo, alguna versión tuya la pintará, junto con Llamrei, el caballo de Arturo Eld. Eso lo sé, pues he visto la prueba. Por ahora, es allí a donde debemos ir».

Patrick volvió a chillar, entonces alargó el rostro. Se puso las manos en las sienes y movió la cabeza adelante y atrás, como alguien que tiene una terrible jaqueca.

«Sí», dijo Rolando. «Yo también estoy asustado. Pero es inevitable. Tengo que ir allí. ¿Te quedarías aquí, Patrick? ¿Te quedarías y me esperarías? Si así quisieras, te daría permiso de hacerlo».

Patrick dijo que no con la cabeza al punto. Y sólo en caso de que Rolando no hubiera entendido, el chico mudo le agarró el brazo con fuerza. La mano derecha, con la que dibujaba, era como hierro.

Rolando asintió. Incluso intentó sonreír. «Sí», dijo, «está bien. Quédate conmigo tanto como quieras. Siempre que entiendas que al final tendré que seguir solo».

## TRES



Ahora, mientras subían de cada depresión y llegaban a la cima de cada colina, la Torre Oscura parecía aparecer más cerca. Más de las ventanas en espiral que corrían alrededor de su inmensa circunferencia se hacían visibles. Rolando podía ver dos postes de acero surgiendo de la cima. Las nubes que seguían los Caminos de los dos Haces que funcionaban parecían fluir lejos de las puntas, haciendo una gran forma de X en el cielo. Las voces sonaban más fuerte, y Rolando notó que cantaban los nombres del mundo. De todos los mundos. No sabía cómo podía saber algo como eso, pero estaba seguro de ello. Esa levedad de ser seguía llenándolo. Finalmente, al subir una colina con inmensos hombres de piedra marchándose hacia el norte a su izquierda (los restos de sus rostros, pintados en alguna cosa de color rojo sangre, los observaron), Rolando le dijo a Patrick que se subiera al carro. Patrick parecía sorprendido. Hizo una serie de chillidos que Rolando interpretó como ¿Pero no estás cansado?

«Sí, pero necesito un ancla, incluso así. Sin una, es posible que empiece a correr hacia esa Torre, incluso aunque parte de mí sabe que no es lo mejor. Y si el simple y viejo agotamiento no me explota el corazón, el Rey Rojo me puede volar la cabeza con uno de sus juguetes. Súbete, Patrick».

Patrick lo hizo. Se sentó mirando hacia delante, con los binoculares contra los ojos.

#### CUATRO

Tres horas después, llegaron al pie de una colina mucho más inclinada. Era, le decía a Rolando su corazón, la última colina. Can'-Ka No Rey estaba al otro lado. En la cima, a la derecha, había una pila de peñas que alguna vez fue una pequeña pirámide. Lo que quedaba llegaba a unos nueve metros de altura. En su base crecían rosas en un casi círculo carmesí. Rolando puso en ello su vista y empezó la subida lentamente, halando el carro por los manubrios. Al subir, la cumbre de la Torre Oscura apareció una vez más. Cada paso ponía una longitud mayor a la vista. Ahora podía ver los balcones con sus barandas a la altura de la cintura. No había necesidad de binoculares; el aire era sobrenaturalmente claro. Calculó la distancia que restaba en no más de ocho kilómetros. Tal vez sólo cinco. Nivel tras nivel subía ante sus no del todo incrédulos ojos.

Apenas un poco antes de la cima de la colina, con la pirámide derrumbada de rocas a veinte pasos delante de ellos a la derecha, Rolando se detuvo, se inclinó, y puso los manubrios del carro en el camino por última vez. Cada nervio de su cuerpo le gritaba peligro.

«¿Patrick? Baja».

Eso hizo el chico, mirando ansiosamente al rostro de Rolando y chillando.

El pistolero sacudió la cabeza. «No puedo decir por qué en este momento. Sólo que no es seguro». Las voces cantaban en un grandioso coro, pero el aire alrededor de ellas estaba en calma. Ni un pájaro volaba sobre sus cabezas o cantaba a la distancia. Las manadas errantes de bannock habían quedado todas atrás. Una brisa murmuró alrededor de ellos, y las hierbas se ondularon. Las rosas asintieron con sus silvestres cabezas.

Los dos siguieron juntos caminando, y al hacerlo, Rolando sintió un tímido toque al costado de su mano derecha de dos dedos. Miró a Patrick. El muchacho mudo le devolvió la mirada ansiosamente, intentando sonreír. Rolando le tomó la mano y llegaron a la cima de la colina de esa manera.

Bajo ellos había una gran sábana de rojo que se estiraba hasta el horizonte en todas las direcciones. El camino la atravesaba, una polvorienta línea blanca perfectamente recta y tal vez de unos seis metros de ancho. En medio del campo de rosas se erigía la Torre de color gris oscuro como de humo, tal y como se erigía en sus sueños; sus ventanas brillaban al sol. Allí el camino se dividía y hacía un círculo blanco perfecto alrededor de la base de la Torre para continuar al otro lado, en una dirección que Rolando creía ahora era el este exacto en vez del sur por el este. Otro camino salía en ángulo recto a la Torre Oscura: al norte y al sur, si tenía razón al creer que las puntas del compás se habían restablecido. Desde arriba, la Torre Oscura se vería como el centro de una mirilla de pistola llena de sangre.

«Es—» empezó Rolando, y entonces un inmenso chillido enloquecido flotó hacia ellos en la brisa, locamente sin bajar de volumen por la distancia de los kilómetros. Viene en el Haz, pensó Rolando. Y es cargado por las rosas.

«¡PISTOLERO!» gritó el Rey Carmesí. «¡MUERE!»

Se escuchó un sonido silbante, leve al comienzo y luego creciendo, atravesando la canción combinada de la Torre y las rosas como el filo más agudo jamás puesto en una rueda espolvoreada con diamantes. Patrick se quedó paralizado, mirando tontamente hacia la Torre; lo habrían volado si no fuera por Rolando, cuyos reflejos eran tan rápidos como siempre. Haló al muchacho mudo tras la piedra amontonada de la pirámide sin soltarle la mano. Había otras piedras ocultas en la hierba alta de malva y estramonio;



tropezaron con éstas y cayeron de bruces. Rolando sintió que la esquina de una se le enterraba dolorosamente en las costillas.

El silbido siguió creciendo, convirtiéndose en un alarido insoportable. Rolando vio que algo dorado pasaba destellando en el aire—una de las sneetches. Le dio al carro y lo voló, esparciendo su gunna por todas partes. La mayor parte de las cosas rodó hasta el camino, latas cascabeleando y rebotando, algunas de ellas explotaron.

Luego se escuchó una alta risa rechinante que le destempló a Rolando los dientes; junto a él, Patrick se cubrió los oídos. La locura en esa risa casi era insoportable.

«¡SAL!» pidió esa distante, loca y risueña voz. «¡SAL Y JUEGA, ROLANDO! ¡VEN A MÍ! VEN A TU TORRE, ¿O NO LO HARÁS DESPUÉS DE TODOS LOS LARGOS AÑOS?»

Patrick lo miró, con los ojos desesperados y asustados. Sostenía su bloc de dibujo contra su pecho como un escudo.

Rolando se asomó cuidadosamente por el borde de la pirámide, y allí, en un balcón dos niveles por encima de la base de la Torre, vio exactamente lo que había visto en la pintura de sai Sayre: una mancha de rojo y tres manchas de blanco; un rostro y dos manos en alto. Pero esto no era ninguna pintura, y una de las manos se movió rápidamente hacia delante en un gesto de lanzamiento y se escuchó otro infernal chirrido en ascenso. Rolando se movió de nuevo hasta los restos de la pirámide. Hubo una pausa que parecía interminable, y entonces el sneetch golpeó contra el otro lado de la pirámide y explotó. La fuerza de la explosión los lanzó de bruces al suelo. Patrick gritó de terror. Rocas volaron a cada lado en una lluvia. Algunas de ellas cayeron al camino, pero Rolando no vio que siquiera una pieza de metralla golpeará una sola rosa.

El muchacho se puso de rodillas y habría corrido—probablemente de vuelta al camino—pero Rolando lo agarró del cuello de su abrigo de piel y lo sentó.

«Aquí estamos bien a salvo», le murmuró a Patrick. «Mira». Estiró la mano hacia un agujero revelado por la roca que caía, golpeó el interior con los nudillos, lo que produjo un ruido tintineante y grave, y mostró sus dientes en una sonrisa tensa. «¡Acero! ¡Sí! Puede golpear esta cosa con una docena de sus bolas de fuego voladoras y no derrumbarla. Lo único que puede hacer es destruir las rocas y bloques y exponer lo que está debajo. ¿Lo entiendes? Y no creo que malgaste su munición. No puede tener mucho más que un cargamento de burro».

Antes de que Patrick pudiera replicar, Rolando se asomó una vez más por el ajado borde de la pirámide. Se puso las manos alrededor de la boca y gritó: «¡INTENTA DE NUEVO, SAI! ¡AÚN ESTAMOS AQUÍ, PERO TAL VEZ TU PRÓXIMO TIRO SEA DE SUERTE!»

Hubo un momento de silencio, luego un grito enloquecido: «¡EEEEEEEEEEEEEE! ¡NO TE ATREVAS A BURLARTE DE MÍ! ¡NO TE ATREVAS! ¡EEEEEEEEEEEEEE!»

Después se escuchó otro de esos silbidos crecientes. Rolando agarró a Patrick y cayó encima de él, tras la pirámide pero no contra ella. Tenía miedo de que vibrara con tanta fuerza cuando la sneetch le diera para producirles heridas por el choque, o convertir sus partes blandas en gelatina.

Sólo que esta vez la sneetch no golpeó a la pirámide. Pasó de largo, en cambio, planeando sobre el camino. Rolando se quitó de encima de Patrick y quedó boca arriba. Sus ojos detectaron la mancha dorada y marcaron el sitio donde dio vuelta hacia sus blancos. Le disparó en el aire como un plato de yeso. Hubo un resplandor enneguecedor y luego desapareció.

«¡AH QUERIDA, SIGO AQUÍ!» gritó Rolando, intentando poner la nota justa de diversión burlona en su voz. No era fácil cuando gritabas con toda la fuerza de tus pulmones.

Otro grito enloquecido en respuesta—»¡EEEEEEEEEE!» Rolando estaba sorprendido de que el Rey Rojo no se abriera en dos la cabeza con tales gritos. Recargó la cámara que había vaciado—intentaba mantener la pistola llena tanto como pudiera—y esta vez se escuchó un doble chirrido. Patrick gimió, se puso boca abajo y enterró el rostro en la hierba llena de rocas, cubriéndose la cabeza con las manos. Rolando se sentó con su espalda contra la pirámide de roca y acero, el largo cañón de su revólver en el muslo, relajado y esperando. Al mismo tiempo dobló toda su fuerza de voluntad hacia un objeto. Sus ojos querían llorar en respuesta a ese alto silbido que se acercaba, y no debía permitirselos. Si alguna vez necesitó la sobrenaturalmente aguda vista que lo había hecho famoso en su época, era ésta.

Esos ojos azules aún estaban claros cuando las sneetches pasaron sobre el camino. Esta vez una giró a la izquierda y otra a la derecha. Tomaban acción evasiva, girando locamente primero en un sentido y luego en otro. No hacía ninguna diferencia. Rolando esperaba, sentado con las piernas estiradas y sus viejas botas rotas haciendo una V relajada, su corazón latiendo lenta y firmemente, su ojo lleno de toda la claridad y color del mundo (de haber visto mejor ese último día, creía que habría sido capaz de ver el viento). Entonces levantó su pistola, voló en el aire las dos sneetches, y una vez más recargaba las cámaras vacías mientras las post-imágenes aún latían con los latidos de su corazón frente a sus ojos.

Se inclinó hacia la esquina de la pirámide, levantó los binoculares, los colgó en un pedazo conveniente de roca y buscó a su enemigo con ellos. El Rey Carmesí casi saltó hacia él, y por primera vez en su vida Rolando vio exactamente lo que había imaginado: un anciano con una enorme nariz, encapuchado y lustroso; labios rojos que florecían en la nieve de una barba frondosa; cabello canoso que caía por la espalda del Rey Carmesí casi hasta su culo raquítrico. Su cara encendida de un tono rosa asomaba hacia los peregrinos. El Rey llevaba una bata de rojo brillante, marcada aquí y allá con rayos y símbolos cabalísticos. A Susannah, Eddie y Jake se les habría parecido a Papá Noel. A Rolando se le parecía a lo que era: El infierno, encarnado.

«¡QUÉ LENTO ERES!» gritó el pistolero en un tono de diversión burlona. «¡INTENTA TRES, TAL VEZ TRES AL TIEMPO TE SERVIRÁN!»

Mirar en los binoculares era como mirar en un reloj de arena mágico puesto de lado. Rolando vio al Gran Rey Rojo saltando, sacudiendo sus manos junto a su rostro en una forma que casi era cómica. Rolando pensaba que podía ver una caja a los pies de esa figura en bata, pero no estaba seguro del todo; los balaustres de hierro entre el piso del balcón y su baranda lo oscurecían.

Debe ser su provisión de municiones, pensó. Debe ser. ¿Cuántas puede tener en una caja de ese tamaño? ¿Veinte? ¿Cincuenta? No importaba. A menos que el Rey Rojo pudiera lanzar más de doce a la vez, Rolando confiaba en poder dispararle en el aire a todo lo que el viejo demonio le enviara. Después de todo, era para esto para lo que había sido hecho.

Desafortunadamente, el Rey Carmesí lo sabía tan bien como Rolando.

La cosa en el balcón soltó otro grito horrible y desgarrador (Patrick se tapó los sucios oídos con los sucios dedos) e hizo ademán de agacharse por más munición fresca. Luego, sin embargo, se detuvo. Rolando lo vio avanzar hacia las columnas del balcón... y después mirar al pistolero directamente a los ojos. Esa mirada era roja y ardiente. Rolando bajó los binoculares al instante, de lo contrario quedaría fascinado.

La llamada del Rey se movía hacia él. «¡ESPERA ENTONCES, UN POCO—Y MEDITA EN LO QUE GANARÍAS, ROLANDO! ¡PIENSA EN LO CERCA QUE ESTÁ! Y... ¡ESCUCHA! ¡OYE LA CANCIÓN QUE CANTA TU AMADA!»

Se quedó en silencio entonces. No hubo más silbidos; no más chillidos; no más sneetches aproximándose. Lo que escuchó Rolando en cambio era el murmullo del viento... y lo que el Rey quería que oyera.

El llamado de la Torre.

Ven, Rolando, cantaban las voces. Venían de las rosas de Can'-Ka No Rey, venían de los Haces que se fortalecían sobre sus cabezas, venían más que todo de la Torre misma, aquella que había buscado toda la vida, aquella que estaba ahora a su alcance... aquella que era alejada de él, ahora, al final. Si fuera hacia ella, moriría al descampado. Sin embargo la llamada era como un anzuelo en su cabeza, atrayéndolo. El Rey Carmesí sabía que haría su trabajo si esperaba. Y a medida que pasara el tiempo, Rolando llegaría a saberlo también. Porque las voces que llamaban no eran constantes. En su actual nivel las podría resistir. Las estaba resistiendo. Pero a medida que avanzara la tarde, el nivel de la llamada se haría más fuerte. Empezó a entender—y con un horror creciente—por qué en sus sueños y visiones siempre se había visto llegando a la Torre Oscura al ocaso, cuando la luz en el cielo occidental parecía reflejar el campo de rosas, transformando al mundo entero en una cubeta de sangre sostenida sólo por un poste, negro como la media noche contra el ardiente horizonte.

Se había visto a sí mismo llegando al ocaso porque era entonces cuando el cada vez más fuerte llamado de la Torre finalmente vencería su fuerza de voluntad. Iría. Ningún poder en la tierra sería capaz de detenerlo.

Ven... ven... se volvía VEN... VEN... y luego ¡VEN! ¡VEN! Le dolía la cabeza con eso. Y por eso. Una y otra vez se levantaba en sus rodillas y tenía que obligarse a sentarse una vez más con la espalda contra la pirámide.

Patrick lo miraba cada vez más espantado. Era parcial o completamente inmune a ese llamado—Rolando entendía esto—pero sabía lo que estaba pasando.

## CINCO

Habían estado clavados allí por lo que Rolando creía era una hora cuando el Rey intentó otro par de sneetches. Esta vez volaron a cada lado de la pirámide y dieron la vuelta casi al unísono, viniendo hacia él en perfecta formación pero a seis metros de distancia. Rolando le disparó a la de la derecha, movió la muñeca a la izquierda y voló la otra en el cielo. La explosión de la segunda estuvo lo suficientemente cerca para bañarle el rostro con aire tibio, pero al menos no había metralla; cuando explotaban, al parecer explotaban por completo.

«¡INTÉNTALO OTRA VEZ!» gritó. Tenía la garganta irritada y seca ya, pero sabía que las palabras llegaban—el aire de este sitio estaba hecho para tal comunicación. Y sabía que cada una era una daga que atormentaba la carne del viejo lunático. Sin embargo, tenía sus propios problemas. La llamada de la Torre se hacía cada vez más fuerte.

«¡VEN, PISTOLERO!» instaba la voz del loco. «¡TAL VEZ DEJARÉ QUE VOS VENGAS, DESPUÉS DE TODO! AL MENOS PODRÍAMOS TENER PALABRA SOBRE EL ASUNTO, ¿O NO?»

Para su horror, Rolando pensó que sentía una cierta sinceridad en esa voz.

Sí, pensó de manera sombría. Y tomaremos café. Tal vez incluso un poco de frituras.

Sacó el reloj de su bolsillo y lo abrió. Las manecillas corrían rápidamente hacia atrás. Apoyó la espalda contra la pirámide y cerró los ojos, pero eso fue peor. La llamada de la Torre

(ven, Rolando ven, pistolero, commala-ven-ven, el viaje ahora ha terminado)

se oía más fuerte, más insistente que nunca. Los volvió a abrir y alzó la mirada hacia el despiadado cielo azul y las nubes que corrían a través de él en columnas hacia la Torre al final del campo de rosas.

Y la tortura continuó.

## SEIS



Estuvo así otra hora mientras las sombras de los arbustos y rosas que crecían cerca de la pirámide se alargaban, esperando contra toda esperanza que algo se le ocurriera, alguna brillante idea que lo salvara de tener que poner su vida y su destino en las manos del talentoso pero débil de mente muchacho a su lado. Pero cuando el sol empezó a bajar por el arco occidental del cielo y el azul sobre su cabeza empezó a oscurecerse, supo que no había nada más. Las manecillas del reloj de bolsillo giraban hacia atrás cada vez más rápido. Pronto parecerían una licuadora. Y cuando empezaran a girar así, iría. Con sneetches o sin ellas (¿y qué más podría tener reservado el demente?), iría. Correría, haría un zigzag, caería al suelo y se arrastraría si fuera preciso, y sin importar lo que hiciera, sabía que tendría suerte si cubría incluso la mitad de la distancia hasta la Torre antes de que lo volaran de sus botas.

Moriría entre las rosas.

«Patrick», dijo. Su voz era apagada.

Patrick alzó la mirada hacia él con una intensidad desesperada. Rolando miró las manos del muchacho—sucias, costrosas, pero a su manera tan increíblemente talentosas como las suyas propias—y se rindió. Se le ocurrió que sólo había resistido tanto tiempo por el orgullo; había querido matar al Rey Carmesí, no solamente enviarlo a alguna zona nula. Y desde luego no había ninguna garantía de que Patrick le pudiera hacer al Rey lo que le había hecho al grano en el rostro de Susannah. Pero la atracción de la Torre pronto sería demasiado fuerte para resistirla, y todas sus demás opciones habían desaparecido.

«Cambiemos de lugar, Patrick».

Patrick le obedeció, moviéndose cuidadosamente por encima de Rolando. Estaba ahora al borde de la pirámide más próximo al camino.

«Mira a través del instrumento para ver de lejos. Ponlo en esa muesca—sí, así mismo—y mira».

Patrick lo hizo, y por lo que a Rolando le pareció un tiempo muy largo. La voz de la Torre, entretanto, cantaba y hacía voces. Después de largo rato, Patrick volteó a mirarlo.

«Ahora toma tu bloc, Patrick. Dibuja a aquel hombre». No es que fuera un hombre, pero al menos parecía uno.

Al comienzo, sin embargo, Patrick sólo siguió mirando a Rolando, mordiéndose el labio. Luego, finalmente, tomó los costados de la cabeza del pistolero con las manos y la acercó hasta que quedaron unidos frente con frente.

Muy difícil, susurró una voz en lo profundo de la mente de Rolando. No era la voz de un muchacho en lo absoluto, sino la de un hombre crecido. Un hombre poderoso. Él no está enteramente allí. Él oscurece. Él es tintura.

¿Donde había oído Rolando esas palabras antes?



No había tiempo de pensar en ello ahora.

«¿Estás diciendo que no puedes?» preguntó Rolando, inyectando (con un esfuerzo) una nota de decepcionada incredulidad en su voz. «¿Que tú no puedes? ¿Que Patrick no puede? ¿El Artista no puede?»

Los ojos de Patrick cambiaron. Por un momento Rolando vio en ellos la expresión que estaría allí permanente si se convertía en un hombre... y las pinturas en la oficina de Sayre decían que eso haría, al menos en algún trayecto de tiempo, en algún mundo. Lo mayor, al menos, para pintar lo que hubiera visto en este día. Esa expresión sería engreimiento, si se convertía en un anciano con poca sabiduría en comparación con su talento; por ahora sólo era arrogancia. La mirada de un chico que sabe que es más rápido que el diablo, el mejor, y no le preocupa nada más. Rolando conocía esa mirada, pues ¿no la había visto mirándolo a él desde cien espejos y estanques en calma cuando había sido tan joven como lo era ahora Patrick Danville?

Puedo, se oyó la voz en la cabeza de Rolando. Sólo digo que no será fácil. Necesitaré el borrador.

Rolando sacudió la cabeza de inmediato. En su bolsillo, la mano se cerró alrededor de lo que quedaba de la goma color rosa y la apretó con fuerza.

«No», dijo. «Vos tienes que dibujar en frío, Patrick. Cada línea bien la primera vez. Borrar viene después».

Por un instante la mirada de arrogancia vaciló, pero sólo por un instante. Cuando regresó, lo que vino con ella complació mucho al pistolero, y también lo tranquilizó un poco. Era una mirada de excitación. Era la mirada que tenían los talentosos cuando, tras años de simplemente moverse de aquí para allá, finalmente son desafiados a hacer algo que pondrá a prueba sus habilidades, que los llevará hasta sus límites. Tal vez incluso más allá de ellos.

Patrick volvió a los binoculares otra vez, que había dejado apoyados apenas por debajo de la muesca. Observó por largo tiempo mientras las voces cantaban su creciente imperativo en la cabeza de Rolando.

Y finalmente miró a otra parte, tomó su bloc, y empezó a dibujar el dibujo más importante de su vida.

## SIETE

Fue un trabajo lento en comparación con el método usual de Patrick—rayones rápidos que producían un dibujo completo y atrayente en apenas minutos. Una y otra vez Rolando tenía que contenerse para no gritarle al muchacho: ¡Apresúrate! ¡Por todos los dioses, apresúrate! ¿No puedes ver que estoy agonizando aquí?

Pero Patrick no lo veía y en cualquier caso no le habría importado. Estaba totalmente absorto en su trabajo, atrapado en la ignorante sed de él, deteniéndose sólo para volver a

mirar por los binoculares a cada rato en busca de otro largo vistazo a su modelo de bata roja. Algunas veces inclinaba el lápiz para sombrear un poco, luego frotaba con su pulgar para producir una sombra. Algunas veces volteaba los ojos hacia dentro, mostrándole al mundo nada más que el brillo ceroso de sus ojos en blanco. Era como si mirara alguna versión del Rey Rojo que brillaba en su cerebro. Y de hecho, ¿cómo sabía Rolando que eso no era posible?

No importa lo que sea. Sólo que termine antes que enloquezca y corra hacía lo que el Viejo Rey Rojo tan correctamente llamó «mi querida».

Media hora que duró al menos tres días pasó de esta manera. Una vez el Rey Carmesí gritó más incitante que nunca para Rolando, preguntándole si no vendría a la Torre y tendrían palabra, después de todo. Tal vez, dijo, si Rolando lo liberara de su prisión en el balcón, podrían enterrar juntos una flecha y luego subir al cuarto de la cima de la Torre en ese mismo espíritu de amistad. No era imposible, después de todo. Un aguacero creaba extraños amigos en la posada; ¿no había escuchado Rolando antes ese refrán?

El pistolero conocía bien el refrán. También sabía que la oferta del Rey Rojo era esencialmente la misma petición falsa de antes, sólo que esta vez iba disfrazada de capa y corbata. Y esta vez Rolando escuchaba preocupación acechando en la voz del viejo monstruo. No gastó energía respondiéndole.

Dándose cuenta de que su incitación había fracasado, el Rey Carmesí lanzó otra sneetch. Ésta voló tan alto por sobre la pirámide que era sólo una chispa, luego bajó hacia ellos con el grito de una bomba en caída libre. Rolando se encargó de ella con un solo disparo y recargó de una plenitud de balas. De hecho, deseaba que el Rey le enviara más granadas voladoras, porque eso distraería a su mente temporalmente de la llamada de la Torre.

Ha estado esperando por mí, pensó con angustia. Eso es lo que la hace tan difícil de resistir, creo—me está llamando a mí en particular. No a Rolando, exactamente, sino a toda la línea de Eld... y de esa línea, sólo yo quedo.

## OCHO

Finalmente, cuando el sol cayente empezó a tomar sus primeros tonos de color naranja y Rolando sentía que no podría soportarlo más, Patrick puso a un lado su lápiz y estiró el bloc hacia Rolando, frunciendo el ceño. La mirada preocupó a Rolando. Nunca había visto esa expresión particular en el repertorio del chico mudo. La previa arrogancia de Patrick había desaparecido.

Sin embargo, Rolando tomó el bloc y por un instante estuvo tan maravillado por lo que vio allí que miró a otra parte, como si incluso los ojos del dibujo de Patrick pudieran tener el poder de fascinarlo; acaso empujarlo a ponerse la pistola en la sien y volarse los sesos adoloridos. Así de bueno era. El rostro lujurioso e indagante era largo, las mejillas y la frente marcadas por arrugas tan profundas que podían no tener fondo. Los labios

con la barba espumosa eran anchos y crueles. Era la boca de un hombre que convertiría un beso en un mordisco si se sintiera de humor, y así sería a menudo.

«¿QUÉ CREES QUE ESTÁS HACIENDO?» se escuchó ese grito lunático. «¡NO TE SERVIRÁ DE NADA, SEA LO QUE SEA! YO GOBIERNO LA TORRE— ¡EEEEEEEE! ¡SOY COMO EL PERRO CON LAS UVAS, ROLANDO! ¡ES MÍA INCLUSO SI NO PUEDO SUBIRLA! ¡Y TÚ VENDRÁS! ¡EEEEEE! ¡DIGO VERDAD! ¡ANTES QUE LA SOMBRA DE LA TORRE LLEGUE A TU RIDÍCULO ESCONDITE! ¡VENDRÁS! ¡EEEEEEEE! ¡EEEEEEEEEE! ¡EEEEEEEEEE!»

Patrick se tapó los oídos, haciendo una mueca. Ahora que había dejado de dibujar volvía a escuchar esos terribles gritos.

De que el dibujo era el mejor trabajo de la vida de Patrick Rolando no tenía la menor duda. Desafiado, el muchacho había hecho más que superarse a sí mismo; se había sobrepasado y convertido en un genio. La imagen del Rey Carmesí era terrorífica en su

claridad. El instrumento para ver de lejos no podría explicarlo, o no del todo, pensó Rolando. Es como si Patrick tuviera un tercer ojo, uno que observa desde su imaginación y lo ve todo. Es ese ojo por el que mira cuando pone en blanco los otros dos. ¡Tener tal habilidad... y expresarla con algo tan humilde como un lápiz! ¡Dioses!

Casi esperaba ver cómo el latido empezaba a notarse en los hoyuelos de las sienes del anciano, donde grupos de venas habían sido delineados con apenas unos cuantos leves sombreados. En la comisura de los labios anchos y sensuales, el pistolero podía ver la punta de un afilado

(colmillo)

diente, y pensó que los labios del dibujo podrían cobrar vida y separarse mientras los miraba, revelando una bocanada de colmillos: una sola mancha de blanco (que después de todo era solamente un pedazo de papel sobre el que no se había dibujado) hacía que la imaginación viera el resto, e incluso sintiera el hedor de carne que acompañaría su aliento. Patrick había capturado a la perfección un rizo de cabello que salía de una de las fosas nasales del Rey, y una pequeña cicatriz que entraba y salía de la ceja derecha del Rey como un pedazo de cuerda. Era una obra maravillosa, de lejos mejor que el retrato que el chico mudo había hecho de Susannah. De seguro si Patrick había sido capaz de borrar el grano de aquél, entonces podría borrar al Rey Carmesí de éste, dejando nada más que las columnas del balcón ante él y la puerta cerrada hacia el cuerpo de la Torre atrás. Rolando casi esperaba que el Rey Carmesí respirara y se moviera, y ¡seguramente estaba terminado! Seguramente...

Pero no lo estaba. No lo estaba, y desearlo no haría que lo estuviera. Ni siquiera necesitarlo haría que así fuera.

Son sus ojos, pensó Rolando. Eran anchos y terribles, los ojos de un dragón en forma humana. Eran terriblemente buenos, pero no estaban bien. Rolando sintió una clase de

certeza desesperada y miserable y tembló de pies a cabeza, con suficiente fuerza como para que le castañearan los dientes. No están del todo b—

Patrick tomó a Rolando por el codo. El pistolero estaba tan concentrado en el dibujo que casi gritó. Alzó la mirada. Patrick asintió hacia él, y luego se puso los dedos en las esquinas de sus ojos.

Sí. Sus ojos. ¡Eso lo sé! ¿Pero qué hay de malo con ellos?

Patrick aún se tocaba las esquinas de los ojos. Por encima de ellos, una bandada de herrumbreros pasó volando por un cielo que pronto sería más púrpura que azul, soltando los ásperos gritos que les habían dado su nombre. Era hacia la Torre Oscura que volaban; Rolando se levantó para seguirlos, de forma que no tuvieran lo que él no podía tener.

Patrick lo asió de su abrigo de piel y lo haló hacia abajo. El muchacho sacudió la cabeza violentamente y esta vez apuntó hacia el camino.

«¡VI ESO, ROLANDO!» se escuchó el grito. «CREES QUE LO QUE ES BUENO PARA LAS AVES TAMBIÉN ES BUENO PARA TI, ¿O NO? ¡EEEEEEEE! ¡Y ES CIERTO, SEGURO! SEGURO COMO EL AZUCAR, COMO LA SAL, COMO LOS RUBÍES EN LA BÓVEDA DEL REY PASCUAL— ¡EEEEEEEEEE, JA! PUDE HABERTE MATADO EN ESE MOMENTO, PERO ¿PARA QUÉ MOLESTARSE? ¡CREO QUE ES MEJOR VERTE VENIR, MEÁNDOTE Y TEMBLANDO E INCAPAZ DE DETENERTE!»

Y así será, pensó Rolando. No seré capaz de detenerme. Puedo resistir otros diez minutos, tal vez incluso otros veinte, pero al final...

Patrick interrumpió sus pensamientos, una vez más apuntando hacia el camino. Apuntando hacia el camino por el que habían llegado.

Rolando sacudió la cabeza cansinamente. «Incluso si pudiera luchar contra la atracción de la cosa—y no podría, no puedo más que aguardar aquí—la retirada no nos haría ningún bien. Una vez que estemos descubiertos, usará lo que sea que tiene guardado. Tiene algo, estoy seguro. Y sea lo que sea, las balas de mi revólver no podrán detenerlo».

Patrick sacudió la cabeza con suficiente fuerza como para que su cabello volara de un lado al otro. La presión en el brazo de Rolando se hizo más fuerte hasta que las uñas del muchacho se enterraron en la carne del pistolero incluso a través de tres capas de pieles. Sus ojos, siempre gentiles y usualmente confundidos, miraban a Rolando ahora con una expresión cercana a la furia. Apuntó de nuevo con su mano libre, tres rápidos gestos con el sucio dedo índice. Sin embargo, no señalaba al camino.

Patrick señalaba a las rosas.

«¿Qué hay con ellas?» preguntó Rolando. «¿Patrick, qué hay con ellas?»

Esta vez Patrick señaló primero a las rosas y luego a los ojos de su dibujo. Y esta vez Rolando entendió.

## NUEVE

Patrick no quería ir por ellas. Cuando Rolando le hizo gestos para que fuera, el muchacho sacudió la cabeza, moviendo de nuevo el cabello de un lado al otro, con los ojos bien abiertos. Hizo un ruido como de silbido entre sus dientes que fue una bastante buena imitación de una sneetch volando.

«Le dispararé a todo lo que envíe», dijo Rolando. «Me has visto hacerlo. Si hubiera alguna suficientemente cerca que yo pudiera coger, lo haría. Pero no hay ninguna. De forma que tienes que ser tú quien coja la rosa y yo quien te cubra».

Pero Patrick sólo se acomodó contra el lado rasgado de la pirámide. Patrick no lo haría. Su miedo podía no ser tan grande como su talento, pero seguramente estaba cerca. Rolando calculó la distancia hasta la rosa más cercana. Estaba más allá de su escasa protección, pero tal vez no demasiado. Miró su disminuida mano derecha, que tendría que hacer el trabajo, y se preguntó qué tan difícil podría ser. El hecho, desde luego, era que no lo sabía. No eran rosas comunes y corrientes. Por lo que sabía, las espinas que crecía en el tallo verde podrían tener un veneno que lo dejaría paralizado en la hierba alta, un blanco fácil.

Y Patrick no lo haría. Patrick sabía que Rolando había tenido amigos alguna vez y que ahora todos sus amigos estaban muertos, y Patrick no lo haría. Si Rolando hubiera tenido dos horas para trabajar en el muchacho—posiblemente incluso una—podría haber vencido ese terror. Pero no tenía ese tiempo. Casi era el ocaso.

Además, está cerca. Puedo hacerlo si es necesario... y así es.

El clima se había calentado lo suficiente como para que no necesitara los incómodos guantes de piel de ciervo que Susannah les había hecho, pero Rolando llevaba los suyos esa mañana y aún los tenía en el cinturón. Sacó uno de ellos y cortó el extremo, de forma que los dos dedos que le quedaban asomaran por entre ellos. Lo que quedaba al menos le protegería la palma de la mano de las espinas. Se lo puso, luego puso una rodilla en tierra para descansar con la pistola que le quedaba en la otra mano, mirando la rosa más cercana. ¿Una sería suficiente? Tendría que serlo, decidió. La siguiente estaba casi a dos metros.

Patrick lo agarró del hombro, sacudiendo la cabeza frenéticamente.

«Tengo que hacerlo», dijo Rolando, y desde luego era cierto. Éste era su trabajo, no el de Patrick, y había estado equivocado al intentar hacer que el muchacho lo hiciera en primer lugar. Si tenía éxito, muy bien. Si fallaba y era volado en pedazos allí al borde de Can'-Ka No Rey, al menos esa horrible atracción terminaría.

El pistolero inhaló una gran bocanada de aire, salió a descubierto de un salto hacia la rosa. En el mismo momento, Patrick se lanzó hacia él de nuevo, intentando retenerlo.

Agarró un pliegue del abrigo de Rolando y lo hizo tambalearse. Rolando cayó incómodamente de costado. La pistola se le cayó de la mano y aterrizó en la hierba alta. El Rey Carmesí gritó (el pistolero escuchó triunfo y rabia a la vez en esa voz) y luego se escuchó el silbido de otra sneetch. Rolando cerró su mano enguantada alrededor del tallo de la rosa. Las espinas atravesaron la burda piel de venado como si no fuera más que una telaraña. Luego atravesaron su mano. El dolor era enorme, pero la canción de la rosa era dulce. Podía ver el brillo amarillo profundo en su centro, como el de un sol. O un millón de ellos. Podía sentir el calor de la sangre que llenaba su mano y corría entre los dedos que le quedaban. Empapó la piel de venado, haciendo otra rosa en la rayada superficie color marrón. Y ya venía la sneetch que lo mataría, apagando la canción de la rosa, llenando su cabeza y amenazando con partirle el cráneo.

El tallo nunca se rompió. Al final, la rosa salió completa de la tierra, con todo y raíces. Rolando rodó hacia su izquierda, agarró la pistola y disparó sin mirar. Su corazón le dijo que ya no había tiempo de hacerlo. Se escuchó una terrible explosión y el aire tibio que le rozó el rostro esta vez fue como un huracán.

Cerca. Muy cerca, esa vez.

El Rey Carmesí gritó de frustración—»¡EEEEEEEEEEEEEE!»—y el grito fue seguido por múltiples silbidos. Patrick se apretó contra la pirámide, de cara. Rolando, agarrando la rosa con su mano derecha sangrante, se puso de espaldas, levantó el revólver y esperó a que las sneetches dieran la vuelta. Cuando lo hicieron, se encargó de ellas: una, dos y tres.

«¡SIGO AQUÍ!» le gritó al viejo Rey Rojo. «¡SIGO AQUÍ, VIEJO CHUPAPOLLAS, QUE TE PLAZCA!»

El Rey Carmesí soltó otro de sus terribles aullidos, pero no envió más sneetches.

«¡ASÍ QUE AHORA TIENES UNA ROSA!» gritó. «¡ESCÚCHALA, ROLANDO! ¡ESCUCHA BIEN, PUES CANTA LA MISMA CANCIÓN! ¡ESCUCHA Y COMMALAVEN-VEN!»

Ahora esa canción era sólo imperativa en la cabeza de Rolando. Ardía furiosamente por sus nervios. Agarró a Patrick y le dio vuelta. «Ahora», dijo. «Por mi vida, Patrick. Por las vidas de cada hombre y mujer que murió en mi lugar para que pudiera seguir adelante».

Y cada niño, pensó, viendo a Jake con el ojo de su memoria. Jake primero colgando sobre la oscuridad y luego cayendo en ella.

Miró fijamente a los aterrados ojos del chico mudo. «¡Termínalo! Muéstrame que puedes».

DIEZ

Ahora Rolando presenciaba algo sorprendente: cuando Patrick tomó la rosa, no se cortó. Ni siquiera se rasguñó. Rolando se quitó el lacerado guante con los dientes y vio que no sólo su mano había sido cortada duramente, sino que uno de los dedos que le quedaba colgaba ahora sólo de un tendón sangrante. Colgaba como algo que quiere irse a dormir. Pero Patrick no se había cortado. Las espinas no lo perforaron. Y el terror había desaparecido de sus ojos. Miraba de la rosa a su dibujo, de una a otro con tierno cálculo.

«¡ROLANDO! ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? ¡VEN, PISTOLERO, PUES EL OCASO CASI HA LLEGADO!»

Y sí, iría. De una u otra forma. Saber que así era lo tranquilizaba un poco, le daba el poder de quedarse donde estaba sin temblar demasiado. Sentía la mano derecha adormecida hasta la muñeca y sospechaba que jamás volvería a sentirla. Estaba bien; no había sido mucho desde que las langostruosidades se habían hecho con ella.

Y la rosa cantaba Sí, Rolando, sí—la tendrás de nuevo. Estarás completo de nuevo. Habrá renovación. Sólo ven.

Patrick arrancó un pétalo de la rosa, lo examinó y luego arrancó otro. Los puso en su boca. Por un momento su rostro se relajó con una suerte peculiar de éxtasis, y Rolando se preguntó a qué podrían saber los pétalos. Sobre su cabeza el cielo oscurecía. La sombra de la pirámide que había estado oculta por las rocas se estiraba casi hasta el camino.

Cuando la punta de esa sombra tocara el camino que lo había llevado hasta allí, Rolando suponía que iría así el Rey Carmesí aún gobernara o no la entrada de la Torre.

«¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? ¡EEEEEEEEE! ¿QUÉ DIABLURA PASA POR VUESTRA MENTE Y CORAZÓN?»

Eres el más indicado para hablar de diabluras, pensó Rolando. Sacó su reloj y levantó la cubierta. Bajo el cristal, las manecillas corrían a toda velocidad hacía atrás, de las cinco en punto a las cuatro, de las cuatro a las tres, de las tres a las dos, de las dos a la una, y de la una a medianoche.

«Patrick, apresúrate», dijo. «Tan rápido como puedas, lo ruego, pues mi tiempo casi ha terminado».

Patrick se puso una mano bajo la boca y escupió una pasta roja del color de la sangre fresca. El color de la bata del Rey Carmesí. Y el color exacto de sus ojos de lunático.

Patrick, a punto de usar color por primera vez en su vida como artista, empezó a mover la punta de su dedo índice hacía esa pasta y luego vaciló. En ese momento una certeza extraña se apropió de Rolando: las espinas de esas rosas sólo cortaban cuando sus raíces aún unían la planta a Mim, o la Madre Tierra. De haber obligado a Patrick, Mim habría hecho trizas esas manos talentosas y las habría dejado inútiles.

Aún es ka, pensó el pistolero. Incluso aquí en el Mundo-F—

Antes que pudiera terminar la idea, Patrick tomó la mano derecha del pistolero y la miró con la intensidad de alguien que lee la fortuna. Tomó algo de la sangre que corría allí y la mezcló con su pasta de rosa. Luego, cuidadosamente, tomó un poco de esta mixtura con el segundo dedo de su mano derecha. La bajó hacia su pintura... dudó... miró a Rolando. Rolando le asintió con la cabeza y Patrick asintió a su vez, tan serio como un cirujano a punto de hacer el primer corte en una operación peligrosa, luego puso su dedo en el papel. La punta lo tocó tan delicadamente como el pico de un colibrí en una flor. Coloreó el ojo izquierdo del Rey Carmesí y luego se levantó. Patrick bajó la cabeza, mirando lo que había hecho con una fascinación que Rolando nunca antes había visto en un rostro humano en todo su largo y errante tiempo. Era como si el muchacho fuera algún profeta Manni, al que finalmente se le obsequia con una mirada al rostro de Gan tras veinte años de espera en el desierto.

Luego su rostro mostró una enorme y alegre sonrisa.

La respuesta desde la Torre Oscura fue más inmediata e—al menos para Rolando—inmensamente gratificante. La vieja criatura atrapada en el balcón aulló de dolor.

«¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? ¡EEEEEEEEEE! ¡EEEEEEEEEE! ¡DETENTE! ¡QUEMA! ¡QUEEEEEEMA! ¡EEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE!»

«Ahora termina el otro», dijo Rolando. «¡Pronto! ¡Por tu vida y la mía!»

Patrick coloreó el otro ojo con el mismo delicado movimiento del dedo. Ahora dos brillantes ojos carmesí miraban desde el dibujo en blanco y negro de Patrick, ojos que habían sido coloreados con extracto de rosa y la sangre de Eld; ojos que ardían con el fuego propio del Infierno.

Estaba terminado.

Finalmente Rolando sacó el borrador y se lo pasó a Patrick. «Haz que se vaya», dijo. «Haz que ese sucio hob se vaya de este mundo y de todos los mundos. Haz que se vaya por fin».

## ONCE

No había duda de que funcionaría. Desde el primer momento en que Patrick tocó el dibujo con su borrador—resultó ser en ese rizo de vello de la nariz—el Rey Carmesí empezó a gritar de dolor y horror desde su balcón. Y de comprensión.

Patrick titubeó, buscando confirmación en Rolando, y éste asintió. «Ea, Patrick. Su tiempo ha llegado y tú debes ser su verdugo. Sigue con ello».

El Viejo Rey lanzó otras cuatro sneetches y Rolando se encargó de todas ellas con gran tranquilidad. Después de eso no lanzó más, pues ya no tenía manos con qué lanzarlas. Sus aullidos se convirtieron en temblorosos gemidos que Rolando creía jamás olvidaría.

El muchacho mudo borró la boca ancha y sensual desde el interior de su barba y al hacerlo los gritos primero se amortiguaron y luego cesaron. Al final Patrick borró todo



excepto los ojos, y a estos el pedazo restante de borrador ni siquiera los borroneó un poco. Permanecieron hasta que el pedazo de goma color rosa (originalmente parte de un Paquete de Lápices comprado en un almacén Woolworth en Norwich, Connecticut durante una venta de vuelta-al-colegio en agosto de 1958) había sido reducido a un fragmento que el muchacho no podía sostener incluso entre sus largas uñas sucias. Y así pues, lo arrojó al suelo y le mostró al pistolero lo que quedaba: dos malévolos ojos de color rojo sangre flotando en el primer cuarto superior de la página.

Todo el resto de él había desaparecido.

## DOCE

La sombra de la punta de la pirámide había llegado a tocar el camino; ahora el cielo al oeste cambió del naranja de una fogata a ese caldero de sangre que Rolando había visto en sus sueños desde la niñez. Cuando lo hizo, la llamada de la Torre se dobló, luego se triplicó. Rolando la sintió estirarse y agarrarlo con manos invisibles. El tiempo de su destino había llegado.

Empero, quedaba este muchacho. Este muchacho sin amigos. Rolando no lo dejaría morir allí al final del Mundo Final si podía evitarlo. No tenía interés en la expiación, y sin embargo Patrick había llegado a significar todos los asesinatos y traiciones que finalmente lo habían llevado a la Torre Oscura. La familia de Rolando estaba muerta; su hijo bastardo había sido el último. Ahora que se unieran Eld y la Torre.

Pero primero—o por último—esto.

«Patrick, escúchame», dijo, tomando el hombro del muchacho con toda su mano izquierda y la derecha mutilada. «Si deseas vivir para hacer todos los dibujos que el ka tiene guardados en tu futuro, no me hagas una sola pregunta ni me pidas que repita una sola cosa».

El muchacho lo miró, con los ojos abiertos y en silencio a la luz roja y agonizante. Y la Canción de la Torre se elevó alrededor de ellos hasta convertirse en un poderoso grito que no era nada más que commala.

«Vuelve al camino. Recoge todas las latas que estén enteras. Eso debe bastar para alimentarte. Vuelve por el camino por el que vinimos. Nunca dejes el camino. Lo harás bien».

Patrick asintió con perfecto entendimiento. Rolando vio que el muchacho creía, y eso estaba bien. La creencia lo protegería incluso con más seguridad que un revólver, incluso uno con culatas de sándalo.

«Vuelve al Federal. Vuelve al robot, el que fuera Bill el Tartamudo. Dile que te lleve a una puerta que se abra del lado de Estados Unidos. Si no la puedes abrir con la mano, dibújala abierta con tu lápiz. ¿Entiendes?»

Patrick asintió de nuevo. Desde luego entendía.

«Si el ka eventualmente te conduce a Susannah en cualquier dónde o cuándo, dile que Rolando aún la ama, y con todo su corazón». Atrajo a Patrick hacia sí y besó al muchacho en la boca. «Dale eso. ¿Entiendes?»

Patrick asintió.

«De acuerdo. Me voy. Largos días y noches placenteras. Que nos encontremos en el claro al final de camino cuando todos los mundos terminen».

Pero incluso entonces sabía que esto no pasaría, pues los mundos jamás terminarían, no ahora, y para él no habría claro. Para Rolando Deschain de Gilead, el último de la línea de Eld, el camino terminaba en la Torre Oscura. Y eso le parecía bien.

Se puso de pie. El muchacho lo miraba con los ojos abiertos y curiosos, agarrando su bloc. Rolando se dio vuelta. Tomó todo el aire que pudo y lo soltó en un inmenso grito.

«¡AHORA LLEGA ROLANDO A LA TORRE OSCURA! ¡HE SIDO FIRME Y AÚN CARGO LA PISTOLA DE MI PADRE Y TE ABRIRÁS A MI MANO!»

Patrick lo vio caminar a grandes pasos hacia donde terminaba el camino, una silueta negra contra ese ardiente cielo sangriento. Vio a Rolando caminar entre las rosas, y se sentó temblando en las sombras mientras Rolando empezaba a gritar los nombres de sus amigos y amados y ka-compañeros; aquellos nombres se escucharon claramente en ese extraño aire, como si fueran a hacer eco para siempre.

«¡Vengo en el nombre de Steven Deschain, el de Gilead!

«¡Vengo en el nombre de Gabrielle Deschain, la de Gilead!

«¡Vengo en el nombre de Cortland Andrus, el de Gilead!

«¡Vengo en el nombre de Cuthbert Allgood, el de Gilead!

«¡Vengo en el nombre de Alain Johns, el de Gilead!

«¡Vengo en el nombre de Jaime DeCurry, el de Gilead!

«¡Vengo en el nombre de Vannay el Sabio, el de Gilead!

«¡Vengo en el nombre de Hax el Cocinero, el de Gilead!

«¡Vengo en el nombre de David el halcón, el de Gilead y el cielo!

«¡Vengo en el nombre de Susan Delgado, la de Mejis!

«¡Vengo en el nombre de Sheemie Ruiz, el de Mejis!

«¡Vengo en el nombre de Pere Callahan, el de Jerusalem's Lot, y los caminos!

«¡Vengo en el nombre de Ted Brautigan, el de Estados Unidos!

«¡Vengo en el nombre de Dinky Earnshaw, el de Estados Unidos!

«¡Vengo en el nombre de Tía Talitha, la de River Crossing, y pondré aquí su cruz como se me dijo!

«¡Vengo en el nombre de Stephen King, el de Maine!

«¡Vengo en el nombre de Acho, el valiente, el de Mundo Medio!

«¡Vengo en el nombre de Eddie Dean, el de Nueva York!

«¡Vengo en el nombre de Susannah Dean, la de Nueva York!

«¡Vengo en el nombre de Jake Chambers, el de Nueva York, a quien llamo mi hijo verdadero!

«Soy Rolando de Gilead, y vengo como yo mismo; te abrirás a mí».

Después de eso se escuchó el sonido de un cuerno. Ese sonido al mismo tiempo le heló a Patrick la sangre y lo exaltó. Los ecos se desvanecieron hasta desaparecer. Luego, tal vez un minuto después, se escuchó un inmenso sonido que hizo eco: el sonido de una puerta que se cierra para siempre.

Y después de eso vino el silencio.

## TRECE

Patrick se sentó donde estaba en la base de la pirámide, temblando, hasta que la Vieja Estrella y la Vieja Madre subieron en el cielo. La canción de las rosas y la Torre no había cesado, pero se había vuelto lenta y somnolienta, poco más que un murmullo.

Finalmente volvió al camino, recogió tantas latas enteras como pudo (había un número sorprendente de ellas, considerando la fuerza de la explosión que había demolido el carro) y encontró un saco de piel de venado en qué llevarlas. Se dio cuenta de que había olvidado su lápiz y volvió por él.

Junto al lápiz, brillando a la luz de las estrellas, estaba el reloj de Rolando.

El muchacho lo recogió con un aullido pequeño (y nervioso) de alegría. Lo puso en su bolsillo. Luego volvió al camino y se colgó su pequeño saco de gunna al hombro.

Puedo decirles que caminó casi hasta medianoche, y que miró el reloj antes de tomar su descanso. Puedo decirles que el reloj se había detenido completamente. Puedo decirles que, para el mediodía del día siguiente, lo miró de nuevo y vio que había empezado a moverse en la dirección correcta una vez más, aunque muy lentamente. Pero de Patrick no puedo decirles más, no puedo decirles si logró volver al Federal, ni si encontró a Bill el Tartamudo, ni si eventualmente volvió del lado de Estados Unidos. No puedo decirles ninguna de estas cosas, digo lo siento.

Aquí la oscuridad lo oculta de mi ojo de narrador de historias y debe seguir solo.



SUSANNAH IN NEW YORK  
EPILOGUE



## Susannah en Nueva York (Epílogo)

Nadie se alarma cuando el pequeño carro eléctrico sale de la nada un centímetro a la vez hasta que está completamente aquí en Central Park; nadie lo ve sino nosotros. La mayoría de aquellos que están aquí miran hacia el cielo, mientras los primeros copos de nieve de lo que mostrará ser una inmensa tormenta de nieve pre-Navidad bajan de un cielo blanco. La Ventisca del 87, la llamarán los periódicos. Los visitantes del parque que no están mirando como empieza a caer la nieve están observando a los coros de villancicos, que provienen de escuelas públicas lejos al norte de la ciudad. Llevan chaquetas rojo oscuro (los chicos) o vestidos sin mangas rojo oscuro (las chicas). Éste es el Coro de la Escuela Harlem, a veces llamados Las Rosas de Harlem en el Post y su periódico rival, el New York Sun. Cantan un viejo villancico en una hermosa armonía, chasqueando los dedos mientras leen las partituras, convirtiéndolo en algo que suena casi como Spurs, Coasters o Dark Diamonds. Están de pie no demasiado lejos del ambiente donde los osos polares viven sus vidas ciudadinas, y la canción que cantan es «¿Qué Niño es Éste?»

Uno de los que miran a la nieve es un hombre que Susannah conoce bien, y el corazón le salta hasta el cielo al verlo. En su mano izquierda tiene un vaso grande de papel y está segura de que tiene chocolate caliente, del bueno, con mit schlag.

Por un instante es incapaz de tocar los controles del carrito, que vino de otro mundo. Los pensamientos en Rolando y Patrick han dejado su mente. En lo único que puede pensar es en Eddie—Eddie frente a ella justo aquí y ahora, Eddie vivo otra vez. Y si éste no es el Mundo Clave, no del todo, ¿qué hay con eso? Si Co-Op City queda en Brooklyn (¡o incluso en Queens!) y Eddie conduce una Takuro Spirit en vez de un Buick Electra, ¿qué hay con eso? No importa. Sólo una cosa importaría, y es eso lo que evita que su mano vaya al manubrio y mueva el carro hacia él.

¿Y si no la reconoce?

¿Y si cuando se voltee no ve nada más que una dama negra sin casa en un carro eléctrico cuya batería estará pronto tan vacía como un sombrero aplastado, una dama negra sin dinero, sin ropa, sin dirección (no en este dónde y cuándo, digo gracias sai) y sin piernas? ¿Una dama negra sin casa con ninguna conexión con él? ¿O si él sí la conoce, en alguna parte en lo profundo de su mente, pero aún así la niega tan completamente como Pedro negó a Jesús, porque recordar es demasiado doloroso?

Aún peor, ¿y si se voltea hacia ella y Susannah ve la gastada, jodida y vacía mirada del veterano drogadicto? Y si, y si, y aquí viene la nieve que pronto dejará el mundo en blanco.

Deja de lloriquear y ve a él, le dice Rolando. No enfrentaste a Blaine y a los taheen de Cielo Azul y la cosa bajo el Castillo Discordia sólo para acobardarte y salir corriendo, ¿o sí? Seguro tienes más huevos que eso.

Pero no está segura de realmente tenerlos hasta que ve su mano subir hacia el manubrio. Sin embargo, antes de darle vuelta la voz del pistolero le habla de nuevo, esta vez sonando levemente divertido.

¿Tal vez haya algo de lo que quieras deshacerte primero, Susannah?

Ella baja la mirada y ve el arma de Rolando metida entre su cinturón cruzado como la pistola de un bandido mexicano o el sable de un pirata. Lo saca, sorprendida de lo bien que se siente en su mano... lo brutalmente bien. Separarme de esto, piensa, será como separarme de un amante. Y no tiene que hacerlo, ¿o sí? La pregunta es, ¿qué ama más? ¿El hombre o la pistola? Todas las otras opciones dependerán de ésta.

En un impulso abre al tambor y ve que las balas en el interior se ven viejas, sus vainillas frías.

Nunca dispararán, piensa... y, sin saber por qué, o precisamente qué significa: Están mojadas.

Mira por el cañón y se siente raramente entristecida—pero no sorprendida—al hallar que el cañón no deja pasar ninguna luz. Está taponado. Lo ha estado por décadas, por como se ve. Esta pistola jamás disparará de nuevo. No hay opción que tomar, después de todo. Esta pistola ha muerto.

Susannah, aún sosteniendo el revólver con las culatas de sándalo en una mano, gira el manubrio con la otra. El pequeño carro eléctrico—al que llamaba Ho Fat III, aunque eso ya se desvanece de su mente—se mueve silencioso hacia delante. Pasa junto a un bote

verde de basura que tiene escrito a un costado **¡PONGA LA BASURA EN SU LUGAR!** Allí arroja Susannah el revólver de Rolando. Hacerlo le causa dolor en el corazón, pero nunca duda. Es pesado y se hunde entre los envoltorios arrugados de la comida rápida, las circulares publicitarias y periódicos arrojados como una piedra en el agua. Susannah tiene aún lo suficiente de pistolero como para lamentar amargamente el deshacerse de tal famosa arma (incluso si el viaje final entre mundos la ha arruinado), pero ya se ha convertido en lo suficiente de la mujer que la espera adelante como para no detenerse o mirar atrás una vez el trabajo está hecho.

Antes de que pueda llegar al hombre con el vaso de papel, él se da vuelta. De hecho lleva una camiseta que dice **¡YO TOMO NOZZ-A-LA!**, pero Susannah apenas si se da cuenta. Es él: de eso es de lo que se da cuenta. Es Edward Cantor Dean. Y entonces incluso eso se vuelve secundario, porque lo que ve en sus ojos es todo lo que ha temido. Es una confusión total. Él no la conoce.

Luego, tentativamente, él le sonríe, y es la sonrisa que ella recuerda, la que siempre amó. También está limpio, lo sabe de inmediato. Lo ve en su rostro. Sobre todo en sus ojos. Los cantantes de Harlem cantan, y él estira hacia ella el vaso de chocolate caliente.

«Gracias a Dios», dice él. «Acababa de decidir que me lo iba a tomar yo. Que las voces estaban mal y después de todo me había vuelto loco. Que... bueno...». Se calla, viéndose más que confundido. Se ve asustado. «Escucha, estás aquí por mí, ¿cierto? Por favor dime que no estoy haciendo un ridículo. Porque, señora, en este momento me siento tan nervioso como un gato con cola larga en un cuarto lleno de mecedoras».

«No es así», dice ella. «No haces el ridículo, quiero decir». Susannah recuerda la historia de Jake sobre las voces que escuchaba discutiendo en su cabeza, una gritándole que estaba muerto, la otra que estaba vivo. Las dos estaban absolutamente convencidas. Al menos tenía idea de lo terrible que debió ser eso, porque sabía un poco sobre otras voces. Voces extrañas.

«Gracias a Dios», dice. «¿Tu nombre es Susannah?»

«Sí», dice ella. «Mi nombre es Susannah».

Tiene la garganta terriblemente seca, pero las palabras salen, al menos. Toma el vaso que le ofrecen y sorbe el chocolate caliente a través de la crema. Es dulce y bueno, un sabor de este mundo. El sonido de los taxis que suenan la bocina, sus conductores apresurándose para hacer su día antes de que la nieve se los impida, es igualmente bueno. Sonriendo, él se estira y seca un poco de crema de la punta de la nariz de Susannah. Su tacto es eléctrico y ella ve que él también lo siente. Se le ocurre a Susannah que va a besarla por primera vez, y dormir con ella de nuevo por primera vez, y enamorarse de ella de nuevo por primera vez. Puede que él sepa esas cosas porque las voces se lo han dicho, pero ella las sabe por una razón mucho mejor: porque esas cosas ya pasaron. El ka

es una rueda, dijo Rolando, y ahora ella sabe que es verdad. Sus recuerdos del

(Mundo-Medio)

dónde y cuándo del pistolero se vuelven nublados, pero cree que recordará apenas lo suficiente para saber que todo ha pasado antes, y hay algo increíblemente triste en ello.

Pero al mismo tiempo, es bueno.

Es un maldito milagro, eso es lo que es.

«¿Tienes frío?» le pregunta él.

«No, estoy bien. ¿Por qué?»

«Temblaste».

«Es la dulzura de la crema». Luego, mirándolo tal y como lo hace, saca la lengua y la pasa por un poco de la espuma espolvoreada con nuez moscada.

«Si no tienes frío en este momento, lo tendrás», dice Eddie. «WRKO dice que la temperatura va a bajar a unos seis grados bajo cero esta noche. Así que te compré algo».



De su bolsillo trasero saca un gorro tejido, de los que puedes ponerte sobre las orejas. Susannah lo mira al frente y ve las palabras allí escritas en rojo: FELIZ NAVIDAD.

«Lo compré en Brendio's, en la Quinta Avenida», dice.

Susannah nunca ha oído de Brendio's. Tal vez Brentano's—la librería—pero no Brendio's. Pero desde luego en el país en que creció nunca oyó de Nozz-A-La o los automóviles Takuro Spirit. «¿Te dijeron las voces que lo compraras?» Incitándolo ahora un poco.

Él se sonroja. «De hecho, ya sabes, algo así. Pruébatelo».

Le queda perfectamente.

«Dime algo», le dice Susannah. «¿Quién es el presidente? No me vas a decir que es Ronald Reagan, ¿o sí?»

Él la mira incrédulo por un momento y luego sonríe. «¿Qué? ¿Ese viejo actor que solía presentar Death Valley Days en televisión? Bromeas, ¿cierto?»

«No. Siempre pensé que eras tú el que bromeaba sobre Ronnie Reagan, Eddie».

«No sé que quieres decir».

«Está bien, sólo dime quién es el presidente».

«Gary Hart», dice, como si le hablara a un niño. «De Colorado. Casi quedó por fuera en 1980—como seguro sabes—con ese asunto del Negocio del Mono. Luego dijo ‘Que se jodan si no pueden soportar un chiste’ y continuó desde allí. Terminó ganando de manera apabullante».

Su sonrisa se desvanece un poco al estudiar a Susannah.

«No me estás tomando del pelo, ¿o sí?»

«¿Me estás tomando tú del pelo sobre las voces? ¿Las que escuchas en tu cabeza? ¿Las que te despiertan a las dos de la mañana?»

Eddie parece casi aturdido. «¿Cómo sabes eso?»

«Es una larga historia. Tal vez algún día te la contaré». Si aún la puedo recordar, piensa.

«No son sólo las voces».

«¿No?»

«No. He estado soñando contigo. Por varios meses. Te he estado esperando. Escucha, no nos conocemos... esto es loco... pero ¿tienes un lugar dónde quedarte? No lo tienes, ¿cierto?»

Ella sacude la cabeza. Haciendo una imitación pasable de John Wayne (o tal vez a quien imita es a Blaine el tren), dice: «Soy un extranjero aquí en Dodge, peregrino».

El corazón le late lenta y pesadamente en el pecho, pero siente una creciente alegría. Esto va a estar bien. No sabe cómo es posible, pero sí, va a estar bien. Esta vez el ka trabaja a su favor, y la fuerza del ka es enorme. Esto lo sabe por experiencia.

«Si preguntara cómo es que te conozco... o de dónde vienes.» Eddie hace una pausa, mirándola tranquilamente. «¿O cómo es posible que ya te ame...?»

Susannah sonríe. Se siente bien sonreír, y ya no le duele el costado del rostro, porque lo que hubiera allí (alguna clase de cicatriz, tal vez—no lo logra recordar) se ha ido.

«Dulzura», le responde, «es lo que dije: una larga historia. Escucharás algo de ella a su tiempo, sin embargo... lo que recuerde de ella. Y puede que aún tengamos algún trabajo que hacer. Para una organización llamada la Corporación Tet». Mira a los lados y luego dice, «¿Qué año es éste?»

«1987», le responde él.

«¿Y vives en Brooklyn? ¿O acaso en el Bronx?»

El joven cuyos sueños y voces que discuten han traído aquí—con una taza de chocolate caliente en la mano y un gorro de FELIZ NAVIDAD en el bolsillo trasero—estalla en carcajadas. «¡Por Dios, no! ¡Soy de White Plains! Vine en tren con mi hermano. Él está por allí. Quería mirar de cerca los osos polares».

El hermano. Henry. El gran sabio y eminente yonqui. El corazón se le hunde a Susannah.

«Déjame presentarte», dice Eddie.

«No, en serio, yo—»

«Oye, si vamos a ser amigos, tiene que ser amiga con mi pequeño hermano. Somos muy cercanos. ¡Jake! ¡Oye, Jake!»

Susannah no ha notado al muchacho de pie junto a los rieles que guardan el hundido ambiente de los osos polares del resto del parque, pero ahora él se da vuelta y el corazón le da un salto inmenso y frívolo en el pecho. Jake la saluda con la mano y se dirige lentamente hacia ellos.

«Jake también ha soñado contigo», le dice Eddie. «Ésa es la única razón por la que sé que no me estoy volviendo loco. Más loco que de costumbre, al menos».

Susannah toma a Eddie de la mano—esa amada y familiar mano. Y cuando los dedos se cierran sobre los suyos, piensa que morirá de alegría. Tendrá muchas preguntas—así como ellos—pero por el momento sólo tiene una que parece importante. Mientras la nieve empieza a caer más pesadamente alrededor de ellos, aterrizándole a Eddie en el cabello, las pestañas y los hombros de su camiseta, Susannah se la pregunta.

«Jake y tú—¿cuál es su apellido?»

«Toren», dice él. «Es alemán».

Antes de cualquiera de los dos pueda decir algo más, Jake se les une. ¿Y les diré que estos tres vivieron felices para siempre? No, pues nadie vive así. Pero hubo felicidad.

Y vivieron.

Bajo el brillo flotante y en ocasiones vislumbrado del Haz que conecta a Shardik el Oso y Maturin la Tortuga por el camino de la Torre Oscura, vivieron.

Eso es todo.

Eso es suficiente.

Digo gracias.





CODA



FOUND

## Hallada (Coda)

### UNO

He contado mi historia hasta el final, y estoy satisfecho. Fue (y me apostaría el reloj) del tipo que sólo un buen Dios guardaría para el final, llena de monstruos y maravillas, y viajes por aquí y por allá. Puedo detenerme ahora, poner a un lado mi pluma y descansar mi mano cansada (aunque tal vez no para siempre; la mano que cuenta las historias tiene una mente propia, y la costumbre de volverse incansable). Puedo cerrar mis ojos a Mundo Medio y todo lo que se encuentra más allá de Mundo Medio. Sin embargo, es probable que algunos de ustedes que han brindado los oídos sin los cuales ninguna historia puede sobrevivir un solo día no estén tan dispuestos. Ustedes son los sombríos y orientados a una meta que no creerán que la alegría está en el viaje más que en el destino sin importar cuántas veces se les haya demostrado. Ustedes son los desafortunados que aún confundirán el hacer el amor con la ridícula secreción que llega al final (el orgasmo es, después de todo, la forma en que Dios nos dice que hemos terminado, al menos por el momento, y deberíamos ir a dormir). Ustedes son los crueles que niegan los Puertos Grises<sup>6</sup>, donde los personajes cansados van a descansar. Ustedes dicen que quieren saber cómo resulta todo. Dicen que quieren seguir a Rolando hasta el interior de la Torre; ustedes dicen que por eso fue que pagaron, que ése es el espectáculo que vinieron a ver.

Espero que la mayoría de ustedes sepan que eso no es lo mejor. Que quieran esperar. Espero que vinieran a escuchar la historia, y no sólo a devorar páginas hasta el final. Para un final, lo único que tienen que hacer es darle vuelta a la última página y ver lo que

<sup>6</sup> Los Puertos Grises son uno de los asentamientos de los elfos en la saga de El Señor de los Anillos.

hay allí escrito. Pero los finales son despiadados. Un final es una puerta cerrada que ningún hombre (o Manni) puede abrir. He escrito muchos, pero la mayoría sólo por la misma razón por la que me pongo los pantalones en la mañana antes de dejar el cuarto— porque es la costumbre del país.

Y así pues, mi querido Lector Constante, te digo esto: Puedes detenerte aquí. Puedes dejar que tu último recuerdo sea el de ver a Eddie, Susannah y Jake en Central Park, juntos de nuevo por primera vez, escuchando al coro infantil cantando «Qué Niño Es Éste». Puedes contentarte con el conocimiento de que tarde que temprano Acho (probablemente una versión canina de largo cuello, extraños ojos de aros dorados y un ladrido que a veces suena extrañamente como si hablara) también entrará al grupo. Es una imagen bonita, ¿no? Eso creo yo. Y también muy cerca al felices para siempre. Bastante cerca, como diría Eddie.

De seguir adelante, seguramente quedarás decepcionado o decepcionada, tal vez incluso con el corazón roto. Sólo me queda una llave en el cinturón, pero lo que abre es esa

puerta final, la marcada  . Lo que hay detrás no mejorará tu vida sentimental,

ni hará que te crezca el cabello donde ya se te ha caído, ni le dará cinco años más a tu lapso de vida natural (ni siquiera cinco minutos). No existe tal cosa como un final feliz. Nunca conocí siquiera uno comparable al «Érase una vez»

Los finales son despiadados. Final es sólo otra palabra para adiós.

DOS ¿Aún así te quedarás? Muy bien, entonces, ven. (¿Me escuchas suspirar?) Aquí está la Torre Oscura, al final

de Mundo Final. Mírala, te ruego. Mírala muy bien. Aquí está la Torre Oscura en el ocaso.

### TRES

Llegó a ella con la sensación más extraña de remembranza; lo que Susannah y Eddie llamaban *déjà vu*.

Las rosas de Can'-Ka No Rey se abrieron ante él en un camino hacia la Torre Oscura, los soles amarillos en sus copas como si lo miraran como ojos. Y mientras caminaba hacia esa columna gris-negra, Rolando sintió que empezaba a resbalar del mundo como siempre lo había conocido. Pronunció los nombres de sus amigos y amados, como siempre se había prometido que lo haría; los pronunció en el ocaso, y con fuerza perfecta, pues ya no había necesidad de guardar energía con la cual pelear contra la atracción de la Torre. Rendirse—finalmente—era el alivio más grande de su vida.

Pronunció los nombres de sus compadres y amores, y aunque cada uno venía del fondo de su corazón, cada uno parecía tener menos que ver con el resto de él. Su voz se desplazaba hacia el horizonte rojo que se oscurecía, nombre con nombre. Pronunció el de Eddie y el de Susannah. Pronunció el de Jake, y por último el suyo propio. Cuando el sonido de éste murió, la ráfaga de un gran cuerno replicó, no desde la Torre misma sino desde las rosas que yacían en una alfombra alrededor de ella. Ese cuerno era la voz de las rosas, y le gritó bienvenido con el estruendo de un rey.

En mis sueños el cuerno siempre era mío, pensó. Debí saber que no era así, pues el mío se perdió con Cuthbert, en Jericó Hill.

Una voz susurró desde encima de él: Habría sido cuestión de tres segundos doblarse y alzarlo. Incluso en medio del humo y la muerte. Tres segundos. Tiempo, Rolando—siempre se resume en eso.

Esa era, pensó, la voz del Haz—el que habían salvado. Si hablaba por gratitud pudo haberse ahorrado el esfuerzo, pues ¿de qué le servían a él esas palabras ahora? Recordó una frase del poema de Browning: Un sabor de los viejos tiempos lo arregla todo

.

Nunca había sido esa su experiencia. En la suya, los recuerdos sólo traían tristeza. Eran el alimento de poetas y tontos, dulces que dejaban un regusto amargo en la boca y la garganta.

Rolando se detuvo un momento aún a diez pasos de la puerta de fustánima en la base de la Torre, dejando que la voz de las rosas—ese cuerno de bienvenido—hiciera eco hasta perderse. La sensación de déjà vu aún era fuerte, casi como si hubiera estado allí después de todo. Y desde luego había estado, en diez mil sueños premonitorios. Alzó la mirada hacia el balcón donde se había parado el Rey Carmesí, intentando desafiar el ka e interrumpir su camino. Allí, alrededor de un metro ochenta por encima de las cajas que contenían las pocas sneetches que quedaban (parecía que después de todo el viejo lunático no había tenido más armas), vio dos ojos rojos, flotando en el aire cada vez más oscuro, mirándolo con odio eterno. Desde atrás de ellos, el delgado plateado de los nervios ópticos (ahora teñidos de rojo-naranja con la luz del sol que se ocultaba) se dirigían hacia la nada. El pistolero supuso que los ojos del Rey Carmesí permanecerían allí para siempre, observando Can'-Ka No Rey mientras su propietario deambularía por el mundo a la cual el borrador de Patrick y el ojo encantado del Artista lo enviaron. O, más probablemente, al espacio entre los mundos.

Rolando caminó hacia donde el camino terminaba en el pedazo rodeado de acero de fustánima negra. En ella, un sigul que ahora conocía bien estaba tallado a un tercio de altura:



Allí puso dos cosas, lo último que quedaba de su gunna: la cruz de Tía Talitha, y la pistola que le quedaba. Cuando se levantó, vio que los primeros dos jeroglíficos se habían desvanecido:



NO HALLADA se había convertido en HALLADA.

Levantó la mano como si fuera a llamar a la puerta, pero ésta se abrió por sí sola antes de que pudiera tocarla, revelando los escalones profundos de una escalera que ascendía en espiral. Había una voz susurrante—Bienvenido, Rolando, vos de Eld. Era la voz de la Torre. El edificio no era de piedra en lo absoluto, aunque pudiera parecerse a la piedra; era una cosa viva, Gan mismo, probablemente, y el latido que había sentido en lo profundo de su cabeza incluso a miles de kilómetros de aquí había sido siempre la palpitante fuerza vital de Gan.

Commala, pistolero. Commala-ven-ven.

Y saliendo se sentía el olor del álcali, amargo como las lágrimas. El olor de... ¿qué? ¿Qué, exactamente? Antes de que pudiera ubicarlo el olor se fue, dejando a Rolando suponiendo que se lo había imaginado.

Entró, y la Canción de la Torre, que siempre había escuchado—incluso en Gilead, donde se había ocultado en la voz de su madre mientras ella le cantaba canciones de



cuna—finalmente cesó. Se escuchó otro susurro. La puerta se cerró con un estruendo, pero no quedó a oscuras. La luz que quedaba era la de las brillantes ventanas en espiral, mezclada con el brillo del ocaso.

Escaleras de piedra, un corredor apenas lo suficientemente ancho para una persona, ascendían.

«Ahora viene Rolando», gritó, y las palabras parecieron subir en espiral hasta el infinito. «Vos en la cima, escucha y dame la bienvenida si quieres. Si eres mi enemiga, tienes que saber que vengo desarmado y sin mala intención».

Empezó a escalar.

Diecinueve escalones lo llevaron al primer rellano (y a todos los demás a partir de éste). Una puerta abierta estaba allí, y al otro lado había un pequeño cuarto redondo. Las piedras de su pared estaban talladas con miles de caras que se superponían. Muchas las

conocía (una era el rostro de Calvin Torre, mirando taimadamente sobre un libro abierto).

Los rostros los miraron y Rolando escuchó cómo murmuraban.

Bienvenido Rolando, tú el de los muchos kilómetros y muchos mundos; bienvenido vos el de Gilead, vos el de Eld.

En el costado lejano del cuarto había una puerta flanqueada por trapos de color rojo oscuro bordeados de oro. A eso de un metro ochenta de la puerta—a la altura exacta de sus ojos—había una pequeña ventana redonda, apenas más grande que el hoyo por el que miran los forajidos. Había un olor dulce, y éste sí lo pudo identificar: el sobrecito de pino que su madre había puesto primero en su cuna, y luego, más tarde, en su primera cama real. Le llevó a esos días con gran claridad, como siempre lo hacen los aromas; si hay un sentido que nos sirva como máquina del tiempo, es el del olfato.

Luego, como el olor amargo del álcali, desapareció.

El cuarto no tenía muebles, pero una sola cosa yacía en el suelo. Avanzó hacia ella y la recogió. Era un pequeño gancho de cedro, su arco envuelto en una pequeña cinta de seda azul. Había visto esas cosas mucho tiempo atrás, en Gilead; debió haber llevado uno él mismo. Cuando los parteros le cortaban el cordón umbilical a un recién nacido, separando madre de hijo, tales ganchos eran puestos encima del ombligo del bebé, donde permanecerían hasta que el resto del cordón se cayera, y el gancho con él. (el ombligo mismo era llamado tet-ka can Gan.) El pedazo de seda en éste decía que había pertenecido a un niño. El gancho de una niña habría sido envuelto en cinta rosa.

Fue el mío, pensó. Lo consideró un momento más, fascinado, luego lo puso cuidadosamente en donde había estado. Donde pertenecía. Cuando se incorporó de nuevo, vio el rostro de un bebé

(¿Puede ser éste mi querido bah-bo? ¡Si así dices, que así sea!)

entre la multitud de los otros. Estaba contorsionado, como si el primer aire que inhaló por fuera del útero no hubiera sido de su agrado, ya viciado de muerte. Pronto pronunciaría su juicio sobre su nueva situación con un chillido que haría eco a lo largo de los apartamentos de Steven y Gabrielle, haciendo que los amigos y sirvientes que lo oyeran sonrieran de alivio. (Sólo Marten Broadcloak haría mala cara.) El parto había terminado, y había terminado bien, díganle a Gan y todos los dioses gracias. Había un heredero de la Línea de Eld, y por tanto había aún la más ligera oportunidad de que se pudiera dar vuelta al lamentable camino del mundo hacia la ruina.

Rolando abandonó el cuarto, la sensación de déjà vu más fuerte que nunca. Así como la sensación de que había entrado al cuerpo de Gan en persona.

Se dio vuelta hacia las escaleras y una vez más empezó a subir.

#### CUATRO

Otros diecinueve escalones lo llevaron al segundo rellano y el segundo cuarto. Allí, fragmentos de ropa estaba esparcidos por todo el piso circular. Rolando no dudaba de que una vez hubieran sido ropa de bebé, hecha trizas por un cierto petulante entrometido, quien había salido al balcón a echar un vistazo al campo de rosas y se encontró encerrado. Era una criatura de astucia monumental, lleno de malévola sabiduría... pero al final se había resbalado, y ahora lo pagaría por toda la eternidad.

¿Si sólo quería echar un vistazo, por qué se llevó su munición con él cuando salió?

Porque era su único gunna, y colgaba sobre su espalda, susurró uno de los rostros tallados en la curva de la pared. Éste era el rostro de Mordred. Rolando no vio odio allí ahora sino sólo la tristeza solitaria de un niño abandonado. Ese rostro era tan solitario como un silbato de tren en una noche sin luna. No había habido gancho para el ombligo de Mordred cuando vino al mundo, sólo la madre que había tomado como su primera comida. Ningún gancho, nunca jamás, pues Mordred nunca había sido parte del tet de Gan. No, él no.

Mi Padre Rojo nunca iría desarmado, susurró el niño de piedra. No una vez que salió de su castillo. Estaba loco, pero no tanto.

En este cuarto se sentía el olor del talco puesto por su madre mientras él yacía desnudo sobre una toalla, fresco por el baño y jugando con sus recién descubiertos dedos de los pies. Ella le había refrescado la piel con él, cantando mientras lo acariciaba: Bebé entre colores, bebé querido, ¡bebé trae aquí tu cesta!

Este olor también se fue tan rápido como llegó.

Rolando se movió hacia la pequeña ventana, caminando entre los trapos rasgados del pañal, y miró hacia fuera. Los ojos sin cuerpo lo sintieron y se dieron vuelta rápidamente para mirarlo. Esa mirada era venenosa de furia y pérdida.

¡Sal, Rolando! ¡Sal y enfréntame uno contra uno! ¡Hombre a hombre! ¡Ojo por ojo, que te plazca!

«Creo que no», dijo Rolando, «pues tengo más trabajo que hacer. Un poco más, incluso ahora».

Fue la última palabra hacia el Rey Carmesí. Aunque el lunático le gritó pensamientos, gritaba en vano, pues Rolando nunca miró atrás. Tenía más escaleras que subir y más cuartos que investigar de camino hasta la cima.

## CINCO

En el tercer rellano miró a través de la puerta y vio un traje de pana que sin duda había sido suyo cuando tenía un año de edad. Entre los rostros de esta pared vio el de su padre, pero como un hombre mucho más joven. Después ese rostro se había vuelto cruel—los eventos y las responsabilidades lo habían vuelto así. Pero no aquí. Aquí, los ojos de Steven Deschain eran los de un hombre que ve algo que le agrada más que cualquier otra cosa que hubiera visto o que pudiera ver. Aquí Rolando sintió un dulce olor fuerte que sabía era el aroma de la espuma de afeitar de su padre. Una voz fantasma le susurró,

¡Mira, Gabby, mira! ¡Está sonriendo! ¡Sonriéndome a mí! ¡Y le salió otro diente!

En el suelo de la cuarta habitación estaba el collar de su primer perro, Ring-A-Levio. Ringo, en palabras cortas. Había muerto cuando Rolando tenía tres, lo que fue algo así como un regalo. A un niño de tres años aún le permiten llorar por su mascota muerta, incluso un niño con la sangre de Eld en sus venas. Aquí el pistolero sintió un olor que era maravilloso pero no tenía nombre, y supo que era el olor de la Tierra Llena en la piel de Ringo.

Tal vez dos docenas de pisos por encima del Cuarto de Ringo había un reguero de migas de pan y una pila de plumas que alguna vez pertenecieron a un halcón llamado David—no una mascota, sino ciertamente un amigo. El primero de muchos sacrificios de Rolando hacia la Torre Oscura. En una sección de la pared Rolando vio a David tallado en pleno vuelo, sus alas gruesas abiertas sobre toda la corte reunida de Gilead (Marten el Encantador no era el menor entre ellos). Y a la izquierda de la puerta que llevaba al balcón, David estaba tallado de nuevo. Aquí sus alas estaban plegadas mientras caía sobre Cort como una bala ciega, impassible ante la lanza en alto de Cort.

Viejos tiempos.

Viejos tiempos y viejos crímenes.

No lejos de Cort estaba el rostro sonriente de la ramera con la que el muchacho había pasado esa noche. El olor en el Cuarto de David era el perfume de la mujer, barato y dulce. Mientras lo aspiraba, recordó tocar los vellos púbicos de la ramera y le conmovió recordar ahora lo que había recordado entonces, mientras sus dedos resbalaban hacia su pegajosa y dulce raja: sentirse fresco por su baño de bebé, con las manos de su madre sobre él.

Empezó a tener una erección y abandonó ese cuarto por el miedo.

## SEIS

Ya no había más rojo que iluminara su camino, sólo el brillo azul sobrenatural de las ventanas—ojos de cristal que estaban vivos, ojos de cristal que miraban al intruso desarmado. Afuera de la Torre Oscura, las rosas de Can'-Ka No Rey se habían cerrado por otro día. Parte de su mente se maravilló de estar allí; de haber superado los obstáculos en su camino uno por uno, tan temerosa y sencillamente como siempre. Soy como uno de los robots de los antiguos, pensó. Uno que logrará la tarea para la cual fue hecho o morirá intentándolo.

Sin embargo, otra parte de él no estaba sorprendida en lo más mínimo. Era la parte que soñaba como los mismísimos Haces debían hacerlo, y este yo más oscuro pensó de nuevo en el cuerno que había caído de los dedos de Cuthbert—Cuthbert, que había ido a su muerte riendo. El cuerno que podría yacer hasta este mismo día donde había caído por la pendiente rocosa de Jericó Hill.

¡Y desde luego he visto estos cuartos antes! Después de todo están narrando mi vida.

Y así era. Piso a piso, e historia a historia (por no decir muerte a muerte), los cuartos ascendentes de la Torre Oscura recontaban la vida y gesta de Rolando Deschain. Cada uno tenía su objeto recordatorio; cada uno su aroma propio. Muchas veces había más de un solo cuarto dedicado a un solo año, pero siempre había al menos uno. Y tras el cuarto treinta ocho (que es el doble de diecinueve, ¡no lo ven!), deseó no mirar más. Éste contenía el madero chamuscado en el que habían atado a Susan Delgado. No entró, pero miró el rostro en la pared. Eso se lo debía a ella. ¡Rolando, te amo! había gritado Susan Delgado, y sabía que era verdad, pues era sólo su amor el que la hacía reconocible. Y, con amor o sin él, al final había sido aún así quemada.

Éste es un lugar de muerte, pensó, y no sólo aquí. Todos estos cuartos. Cada piso.

Sí, pistolero, susurró la Voz de la Torre. Pero sólo porque tu vida lo ha hecho así.

Tras el piso treinta y ocho, Rolando subió más rápido.

## SIETE

Afuera, Rolando había juzgado que la Torre era de unos ciento ochenta metros de alto. Sin embargo, cuando miró al cuarto número cien, y luego al doscientos, se sintió seguro de que había subido esa distancia ocho veces. Pronto se acercaría a la medida de

distancia que sus amigos del lado de Estados Unidos habían llamado un kilómetro y medio. Eso era más pisos de los que podía haber posiblemente—¡ninguna Torre podía medir tanto!—pero aún así subió, subió hasta que casi corría, si bien nunca se cansó. Se le pasó una vez por la cabeza que nunca llegaría a la cima; que la Torre Oscura era infinita en altura tal y como era eterna en el tiempo. Pero tras considerarlo un momento rechazó la idea, pues era su vida lo que la Torre contaba, y si bien esa vida había sido larga, de ninguna manera había sido eterna. Y como había tenido un comienzo (marcado por el gancho de cedro y el pedazo de cinta de seda azul), así tendría un final.

Pronto, muy probablemente.

La luz que sentía tras sus ojos era más fuerte ahora, y no parecía tan azul. Pasó por un cuarto que contenía a Zoltan, el ave del comedor de hierba. Pasó por un cuarto que contenía el pistón atómico de la Estación de Paso. Subió más escaleras, se detuvo un momento fuera de un cuarto que contenía una langostuosidad muerta, y para ese momento la luz que sentía era mucho más fuerte y ya no era azul.

Era...

Estaba muy seguro de que era...

Era luz solar. Podría ser después del crepúsculo, con la Vieja Estrella y la Vieja Madre brillando por encima de la Torre Oscura, pero Rolando estaba bien seguro de que veía—o sentía—luz solar.

Subió sin mirar ningún otro de los cuartos, sin molestarse en sentir los aromas del pasado. Las escaleras se estrecharon hasta que sus hombros casi tocaban los costados de piedra curvada. Sin canciones ahora, a menos que el viento fuera una canción, pues lo escuchaba soplando.

Pasó una última puerta abierta. En el piso del pequeño cuarto al otro lado había un bloc del cual el rostro había sido borrado. Lo único que quedaba eran dos ojos rojos, mirando.

He llegado al presente. He llegado al ahora.

Sí, y había luz del sol, commala luz solar dentro de sus ojos y esperándolo. Era caliente y dura sobre su piel. El sonido del viento era más fuerte, y ese sonido también era duro. Despiadado. Rolando miró las escaleras curvándose hacia arriba; ahora sus hombros tocarían las paredes, pues el corredor no era más ancho que los costados de un ataúd. Otras diecinueve escaleras, y luego el cuarto en la cima de la Torre Oscura sería suyo.

«¡Vengo!» gritó. «¡Si me escuchas, escúchame bien! ¡Vengo!»

Subió los escalones uno a uno, caminando con la espalda recta y la cabeza en alto. Los otros cuartos habían estado abiertos a sus ojos. El último estaba cerrado. Su camino

bloqueado por una puerta de fustánima con una sola palabra tallada en ella. Esa palabra era

## **ROLANDO.**

Agarró el pomo. Estaba tallado con una rosa silvestre enrollada en un revólver, una de aquellas grandiosas pistolas viejas de su padre y ahora perdidas para siempre.

Pero será tuya de nuevo, susurraron la voz de la Torre y la voz de las rosas—estas voces eran una ahora.

¿Qué quieres decir?

No hubo respuesta a esta pregunta, pero el pomo se movió bajo su mano, y tal vez eso era una respuesta. Rolando abrió la puerta en la cima de la Torre Oscura.

Vio y entendió de inmediato, el conocimiento cayendo sobre él como un martillazo, caliente como el sol del desierto que era la apoteosis de todos los desiertos. ¿Cuántas veces había subido estas escaleras sólo para encontrarse retornado, retrocedido, devuelto? No hasta el comienzo (cuando las cosas podrían haberse cambiado y la maldición del tiempo levantada), sino hasta ese momento en el Desierto Mohaine cuando había entendido finalmente que su gesta sin pensamientos, sin preguntas, tendría éxito finalmente. ¿Cuántas veces había viajado por una curva como la del gancho que una vez había pellizcado su ombligo, su propio tet-ka can Gan? ¿Cuántas veces lo viajaría?

«¡Oh, no!» gritó. «¡Por favor, no de nuevo! ¡Piedad! ¡Misericordia!»

Las manos lo halaron hacia adelante de cualquier forma. Las manos de la Torre no conocían misericordia.

Eran las manos de Gan, las manos de ka, y no conocían misericordia.

Sintió el olor del álcali, amargo como las lágrimas. El desierto al otro lado de la puerta era blanco; cegador; seco; sin ningún rasgo salvo por el leve resplandor nublado de las montañas que se dibujaban en el horizonte. El olor bajo el álcali era el de la hierba del diablo que traía dulces sueños, pesadillas, muerte.

Pero no para ti, pistolero. Nunca para ti. Tú oscureces. Tú eres tintura. ¿Puedo ser brutalmente franco? Tú sigues adelante.

Y cada vez olvidas la última vez. Para ti, cada vez es la primera vez.

Hizo un esfuerzo final para retroceder: inútil. Ka era más fuerte.

Rolando de Gilead caminó a través de la última puerta, la que siempre buscó, la que siempre encontró. Se cerró suavemente tras de él.

OCHO El pistolero hizo una pausa por un momento, tambaleándose. Pensó que casi se había desmayado. Era el calor, desde luego; el maldito calor. Había viento, pero era seco

y no traía alivio. Tomó su odre de agua, juzgó cuánto le quedaba por el peso, supo que no debía beber—no era momento de beber—y se tomó un trago de cualquier manera.

Por un momento se había sentido en otro lugar. En la Torre misma, tal vez. Pero desde luego el desierto era engañoso, y lleno de ilusiones. La Torre Oscura quedaba aún a miles de ruedas adelante. La sensación de haber subido muchas escaleras y haber visto muchos cuartos donde muchos rostros lo habían mirado a él ya se desvanecía.

La alcanzaré, pensó, entrecerrando un poco los ojos ante el sol cruel. Juro por el nombre de mi padre que lo haré.

Y tal vez esta vez si llegas allí será diferente, susurró una voz—seguramente la voz del delirio del desierto, pues ¿cuál otra vez había habido? Era lo que era y donde estaba, sólo eso, nada más que eso, nada más. No tenía sentido del humor y poca imaginación, pero era inmutable. Era un pistolero. Y en su corazón, bien oculto, aún sentía el amargo romance de la gesta.

Tú eres el que nunca cambia, le había dicho Cort una vez, y en su voz Rolando pudo haber jurado que escuchaba miedo... aunque por qué Cort debía haberle tenido miedo a él—un niño—Rolando no lo podía decir. Será tu maldición, muchacho. Acabarás cien pares de botas en tu marcha hacia el infierno.

Y Vannay: Los que no aprenden del pasado están condenados a repetirlo. Y su madre: Rolando, ¿debes ser siempre tan serio? ¿No puedes descansar nunca? Y sin embargo la voz lo susurró de nuevo (diferente esta vez tal vez diferente) y Rolando pareció sentir el olor de algo distinto al álcali y la hierba del diablo. Pensó

que podrían ser flores.

Pensó que podrían ser rosas.

Se pasó el gunna de un hombro al otro, luego tocó el cuerno que llevaba en el cinturón junto a la pistola en su cadera derecha. El antiguo cuerno de bronce que una vez había tocado el mismísimo Arturo Eld, o eso decía la historia. Rolando se lo había dado a Cuthbert Allgood en Jericó Hill, y cuando Cuthbert cayó, Rolando se había detenido

apenas lo suficiente para recogerlo de nuevo, limpiando de un golpe el polvo de muerte de ese lugar de la garganta del cuerno.

Éste es tu sigil, susurró la voz que se desvanecía y que llevaba con ella el dulce olor crepuscular de las rosas, el aroma de una casa en una noche de verano—¡Oh perdido!—una piedra, una rosa, una puerta no hallada; una piedra, una rosa, una puerta.

Ésta es tu promesa de que las cosas pueden ser diferentes, Rolando—que aún puede haber descanso. Incluso salvación.

Una pausa, y luego:

Si permaneces. Si eres recto.

Se sacudió la cabeza para aclarársela, pensó en tomar otro sorbo de agua y desechó la idea. Esta noche. Cuando construyera su fogata sobre los huesos de la fogata de Walter. Entonces bebería. Por el momento...

Por el momento, empezaría de nuevo el viaje. En algún lugar adelante estaba la Torre Oscura. Sin embargo, más cerca, mucho más cerca, estaba el hombre (¿era un hombre? ¿lo era realmente?) que acaso podría decirle cómo llegar a ella. Rolando lo atraparía, y cuando lo hiciera, ese hombre hablaría—ea, sí, sip, díganlo en la montaña como lo escucharon en el valle: Walter sería atrapado, y Walter hablaría.

Rolando tocó el cuerno de nuevo, y su realidad era extrañamente confortante, como si nunca lo hubiera tocado antes.

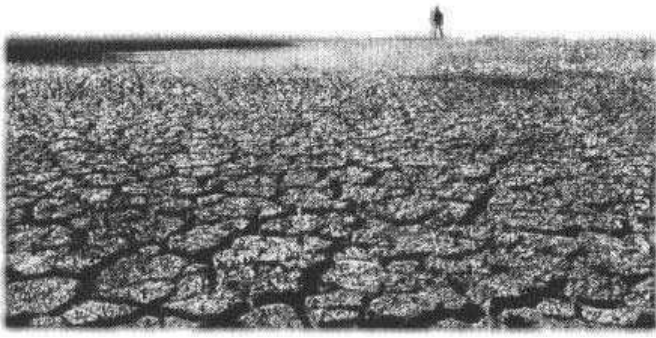
Hora de ponerse en movimiento.

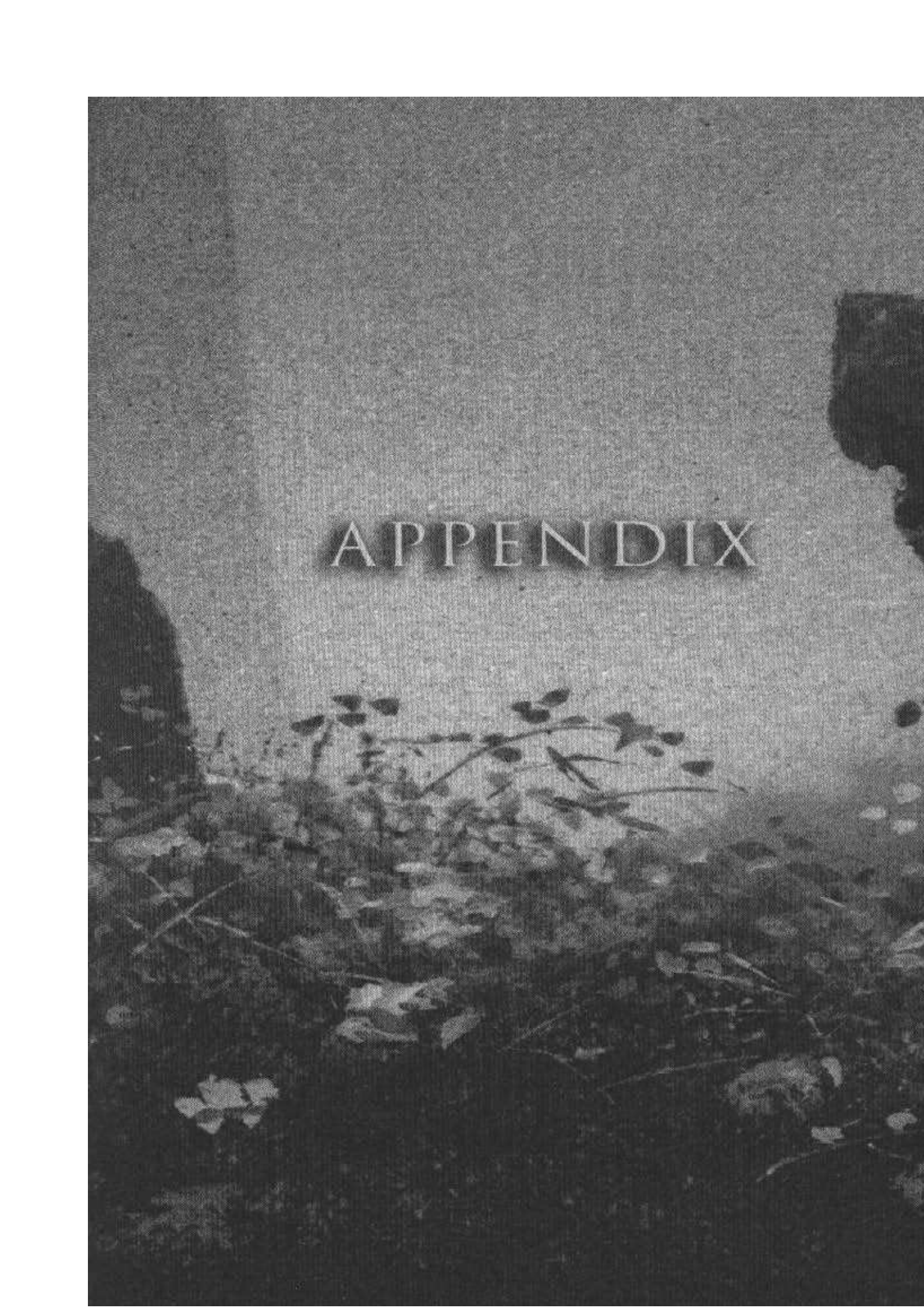
El hombre de negro huía a través del desierto, y el pistolero iba en pos de él.

Junio 19, 1970-Abril 7, 2004:

Digo a Dios gracias.





A black and white photograph of a textured wall, possibly made of stone or concrete. The wall has a rough, uneven surface. In the lower portion of the image, a plant with small, dark leaves is growing out of the wall. The lighting is soft, creating subtle shadows and highlights on the wall's texture. The word "APPENDIX" is centered on the wall in a serif font.

# APPENDIX

## ROBERT BROWNING

### «CHILDE ROLAND A LA TORRE OSCURA LLEGÓ»

#### I

Mi primer pensamiento fue que él mentía en cada palabra, Ese tullido anciano, con ojo malicioso Receloso al observar el trabajo de su mentira En mí, y boca apenas capaz de ocultar La alegría, que unía y separaba Sus labios, ante una víctima más ganada de esa forma.»

#### II

¿Para qué si no estaría estar él preparado, con su vara? ¿Para qué, salvo para acechar con sus mentiras, enredar a Todos los viajeros que pudieran hallarle allí parado, Y preguntaran por el camino? Imaginé qué risa cadavérica Estallaría, qué muleta escribiría mi epitafio Como pasatiempo en el polvoriento camino.»

#### III

Si fuera por su consejo, debería salir De ese camino siniestro que, todos concuerdan, Oculta la Torre Oscura. Aún así resignadamente Me desvié como él señaló, ni orgullo Ni esperanza renaciente al final divisada, Sino alegría de que pudiera haber algún fin.

#### IV

Porque, qué de todo mi vagar por todo del mundo, Qué de mi búsqueda llevada a cabo por años, mi esperanza Decaída hasta ser un fantasma no hecho para afrontar Esa estrepitosa alegría que traería el éxito, – Difícilmente trataba ahora de reprochar el salto Que dio mi corazón, encontrando fracaso en su intención.

#### V

Como cuando un hombre enfermo muy cercano a la muerte Parece muerto de hecho, y siente cómo empiezan y terminan Las lágrimas, y escucha el adiós de cada amigo, Y escucha a uno pedir al otro que se vaya, y respire Más libremente fuera, ('puesto que todo se acabó,' dijo él,

‘Y ningún lamento puede enmendar el golpe dado;’)v

#### VI

Mientras que algunos discuten si cerca de las otras tumbas Hay espacio suficiente para ésta, y qué día Es el mejor para llevarse el cadáver. Con cuidado con los estandartes, pañolones y varas: Y el hombre aún lo escucha todo, y sólo ruega No poder afrentar tal tierno amor y permanecer.

#### VII

De esta misma forma, había sufrido yo por tanto tiempo en esta gesta, Escuchado que se profetizaba el fracaso tan a menudo, sido contado Tantas veces entre «La Banda»— a saber, Los caballeros que a la búsqueda de la Torre Oscura dirigieron Sus pasos – que tan sólo fallar como ellos, parecía lo mejor. Y toda la duda era ahora – ¿sería digno?

### VIII

Así, tan en silencio como la angustia me alejé de él, Ese detestable tullido, fuera de su avenida Hacia el camino que él señalaba. Todo el día

Había sido cuando más un día aburrido, y la oscuridad Ya se acercaba, y aún así lanzaba una horrible Mirada roja para ver la llanura atrapar su descarrío.

### IX

¡A la marca! no tardé más en hallarme En la llanura, después de un paso o dos, Que, parando para dar una última mirada atrás Sobre el seguro camino, éste había desaparecido; llano gris por todo alrededor: Nada sino llano hasta el límite del horizonte. Podría continuar; nada más quedaba por hacer.

### X

Así, continué. Pienso que nunca vi Tal vil naturaleza hambrienta; nada crecía: En cuanto a las flores - ¡tanto como esperar que crezca un cedro! Pero cizaña, euforbio, de acuerdo con su ley Podían propagar su estirpe, sin nada que temer, Se pensaría: una carda habría sido un tesoro encontrado.

### XI

¡No! penuria, inercia y mueca, De alguna suerte extraña, eran lo que era la tierra. «Vean O cierren sus ojos» dijo la Naturaleza molesta, «Esto nada instruye: no puedo evitar mi caso: Es el fuego del Juicio final el que debe curar este lugar, Calcinar sus suelos y liberar mis prisioneros.»